JOSEP FONTANA

EL SIGLO DE LA REVOLUCIÓN

UNA HISTORIA DEL MUNDO DESDE 1914



CRÍTICA

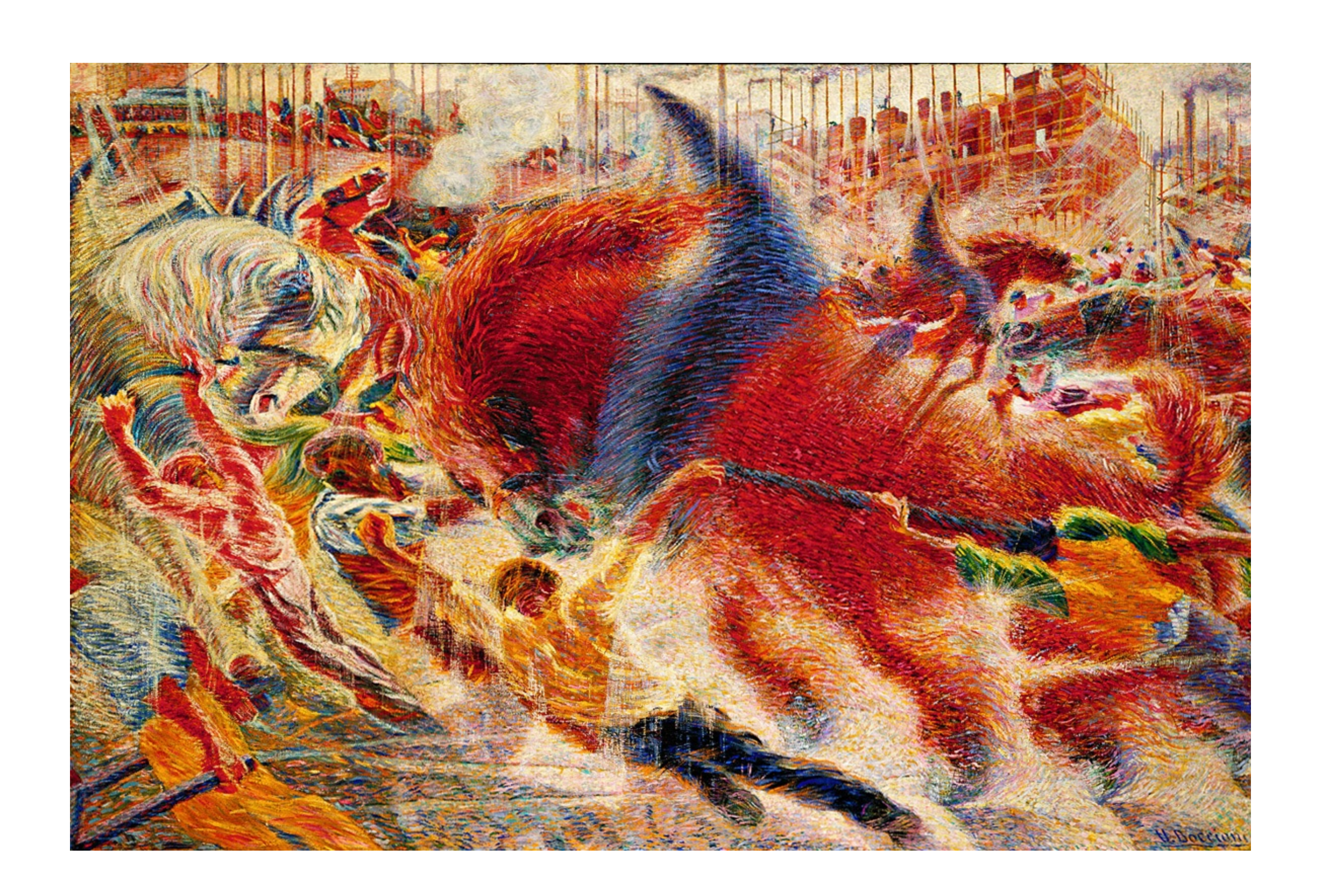
Índice

Créditos






You
Tube

Para Francisco Trasmonte, sin cuya ayuda no hubiera podido concluir este libro

Il fallait y croire il fallait
Croire que l’homme a le pouvoir
D’être libre d’être meilleur
Que le destin qui lui est fait

Paul Éluard,
Poèmes politiques

INTRODUCCIÓN

Las luchas colectivas de las sociedades humanas han sido motivadas ante todo por la esperanza de acceder a dos objetivos estrechamente asociados: la libertad y la igualdad. Esto es, a la capacidad de vivir sin trabas que obstaculicen nuestro pleno desarrollo, y al derecho a participar equitativamente de los bienes naturales y de los frutos de nuestro trabajo.

«Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad —escribían Karl Marx y Friedrich Engels en 1848— es una historia de luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta.»

La historia de la humanidad está, en efecto, llena de momentos de lucha por la libertad y la igualdad, de revueltas contra los opresores y de intentos de construir sociedades más justas, aplastados por los defensores del orden establecido, que han sostenido siempre, y siguen haciéndolo hoy, que la sujeción y la desigualdad son necesarias para asegurar la prosperidad colectiva, o incluso que forman parte del proyecto divino.

Uno de esos intentos de transformación social, que se inició en Rusia en 1917, ha marcado la trayectoria de los cien años transcurridos desde entonces. La amenaza de subversión del orden establecido que implicaba el modelo revolucionario bolchevique determinó la evolución política de los demás, empeñados en combatirlo y, sobre todo, en impedir que su ejemplo se extendiera por el mundo. Fascismo y nazismo, por ejemplo, nacieron como respuestas a la amenaza comunista, proponiendo como alternativa modelos de revolución nacionalista que no pasaron de formulaciones retóricas.

Respuestas más positivas a esta misma amenaza fueron los avances conseguidos en muchos países por el movimiento obrero en alianza con la socialdemocracia. La culminación de esta dinámica se produjo después de la Segunda guerra mundial, cuando, tras la derrota del fascismo, los avances sociales del estado de bienestar cumplieron la función de servir como antídoto contra la penetración de las ideas del comunismo en las sociedades del mundo desarrollado. Fue así como se alcanzó aquella situación excepcional de los años que van de 1945 a 1975, cuando en los países desarrollados se registraron las mayores cotas de igualdad hasta entonces conocidas y se reforzó la ilusión de un mundo de progreso continuado en que los grandes objetivos sociales de los revolucionarios podrían alcanzarse pacíficamente por la vía de la negociación.

A partir de los años setenta del siglo pasado, sin embargo, al tiempo que se hundía el poder soviético y que el comunismo dejaba de ser una amenaza interna para las sociedades «occidentales», esa trayectoria cambió para dar paso a la reconquista del poder por las clases dominantes y a una fase de retroceso social que culminó después de la crisis final del «sistema socialista» en 1989, saludada por los intelectuales al servicio del sistema con augurios de que el triunfo de la democracia liberal y de la economía de mercado iban a significar el inicio de una nueva era de progreso e igualdad.

No ha sido así, de modo que hoy, a los veinticinco años de la disolución definitiva de la URSS, resulta evidente que no ha habido los avances anunciados, sino que, por el contrario, nos encontramos en una situación de estancamiento económico y ante el panorama de una desigualdad creciente que se traduce en un empobrecimiento general.

Frente a las explicaciones de quienes sostienen que el estancamiento y las desigualdades actuales son el resultado inevitable de la evolución autónoma de las fuerzas económicas, obviando cualquier referencia a sus causas políticas,[1] me parece conveniente revisar la historia de este «siglo de la revolución» para tratar de entender las causas que nos han llevado a la situación actual.

La tarea no es fácil, por cuanto los objetivos económicos, las formulaciones políticas y las legitimaciones ideológicas aparecen estrechamente asociados en la realidad. Tratar de mostrarlos por separado implicaría desnaturalizarlos, y traicionaría la complejidad de las motivaciones de sus protagonistas. Como la historia de estas luchas está integrada en el conjunto de la evolución política,

económica y cultural, no hay más remedio que seguir su pista en un relato más o menos asociado. Es una tarea difícil, y muy expuesta a errores factuales, en los que no dudo que habré caído en más de una ocasión, pese al esfuerzo que he hecho por verificar los datos y contrastar las interpretaciones. Pero el interés del objetivo compensa este riesgo.

He escogido como inicio 1914, cuando la Primera guerra mundial, conocida generalmente como la Gran guerra, dinamitó el viejo orden, y lo acabo en la proximidad de 2017, cuando se celebrará el primer centenario de una revolución que, con sus conquistas, sus errores y su fracaso final, sigue siendo un fantasma que atemoriza aún las noches de los poderosos.

Mi intención ha sido recuperar la política, entendida como la acción colectiva de la «polis», como un factor histórico explicativo, para tratar de entender el mundo en que vivimos, a lo que se agrega la convicción de que tan sólo a partir de la política se puede aspirar a recuperar una dinámica que vuelva a hacer posibles los avances en la conquista de la libertad y la igualdad.

JOSEP FONTANA

1

LA GRAN GUERRA (1914-1918)

La paz que reinaba en Europa a comienzos de 1914 estaba cargada de amenazas que derivaban de una compleja dinámica de tensiones y enfrentamientos entre las grandes potencias: pugna en los Balcanes entre Austria-Hungría y Rusia por apoderarse de los territorios europeos del Imperio otomano (en la que también participaban, por su propia cuenta, Serbia, Bulgaria, Rumania y Grecia); enfrentamiento en África entre Alemania, Francia y Gran Bretaña por el dominio de las colonias (Alemania había llegado tarde al reparto del mundo: en 1900 los británicos tenían 367 millones de súbditos coloniales y los franceses 50 millones, mientras que los alemanes apenas llegaban a 12, menos que los holandeses o los belgas); deseo de revancha de Francia, a la que la derrota ante Prusia en 1870-1871 le había dejado una herida permanente...

En todas partes, además, los gobiernos veían con temor el desarrollo del movimiento obrero y el ascenso de los partidos socialdemócratas que los representaban en los parlamentos. Alarmado ante la revolución rusa de 1905, el emperador alemán —el Káiser, como se le llamaba— había escrito a Bernhard von Bülow, que era entonces su canciller, o sea, su jefe de gobierno: «Antes que nada hay que acabar con los socialistas, decapitarlos e impedir que puedan perjudicar, aunque sea por medio de matanzas. Y después hacer una guerra exterior. Pero no antes y no enseguida».

Que hubiese de acabar habiendo una guerra parecía seguro. En espera de que estallara las potencias europeas se habían agrupado en dos grandes bloques defensivos: la Triple Alianza (Austria-Hungría, Alemania e Italia) y la Triple Entente (Francia, Rusia y Gran Bretaña), y todas se preparaban para un futuro enfrentamiento en una fecha imprevisible.

La declaración de guerra

En las circunstancias que llevaron a la declaración de guerra hay tantos elementos contingentes que no ha de extrañar que, como escribe Annika Mombauer, se haya llegado a decir que «la guerra fue inevitable, improbable, evitable, previsible o que estalló por sorpresa».

En la determinación del momento de inicio influyeron sobre todo los alemanes, que en 1914 estaban mejor preparados que nadie para iniciarla —eran los únicos que se encontraban entonces en condiciones de enviar un millón de hombres al frente—[1] y que se sentían angustiados ante los planes de rearme de sus dos principales enemigos continentales, Francia y Rusia.

Temían quedar atrás en la carrera del rearme por la dificultad de obtener financiación para el gasto militar, como consecuencia de la compleja estructura del sistema político del Imperio alemán que, bajo el mando supremo del Káiser o emperador, cargo que ostentaba el rey de Prusia, era una especie de federación de monarquías que conservaban sus reyes, cortes, leyes e impuestos, pero donde la votación del presupuesto imperial dependía de una cámara elegida por sufragio universal, el *Reichstag*, donde no siempre era fácil obtener la aprobación de los partidos, y en especial del Socialdemócrata (SPD, *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*).

Ésta es la razón que permite entender que el Comandante Supremo del ejército alemán (*Oberste Heeresleitung* u OHL), general Helmuth Moltke, le pidiese en la primavera de 1914 al ministro de Asuntos exteriores, Gottlieb Jagow, que procurase iniciar una guerra preventiva lo antes posible, porque la situación militar de Alemania se estaba deteriorando.

Pero la fecha concreta en que se produjo la declaración de la guerra partió de un incidente imprevisto. El 28 de junio de 1914 un acto terrorista conmocionó Europa: el asesinato en Sarajevo del archiduque de Austria Francisco Fernando, heredero de la corona imperial, y de su esposa a manos de siete jóvenes bosnios partidarios de Serbia, alentados y armados por un militar serbio que actuaba a espaldas del gobierno de su país.

A los dirigentes del Imperio austro-húngaro, y en especial a los militares, a cuyo frente estaba el jefe del estado mayor, el conde Franz Conrad von

Hötzendorf,[2] este atentado les daba una oportunidad para justificar una intervención contra Serbia con el objeto de frenar su expansión y consolidar la presencia austríaca en los Balcanes. Exigirían responsabilidades al gobierno serbio por el asesinato del archiduque y, de no recibir plena satisfacción a sus demandas, invadirían su territorio. Como había que temer que Rusia, aliada a los serbios, pudiese intervenir en su defensa, necesitaban contar previamente con el apoyo de Alemania.

Enviaron por ello a Berlín a un miembro destacado de su diplomacia, el conde Hoyos, para que explicase que se proponían actuar con dureza frente a Serbia, «incluso a riesgo de una guerra con Rusia». El emperador alemán, Guillermo II, no sólo aprobó esta conducta sino que el 5 de julio de 1914 le dijo al embajador austríaco en Berlín que la acción de castigo contra Serbia debía emprenderse cuanto antes y que, si se llegaba a una guerra contra Rusia, el gobierno de Viena podía estar seguro de que tendría el apoyo de Alemania «con la probada lealtad de un aliado». Al día siguiente el Káiser iniciaba sus vacaciones de verano con una excursión naval por las costas de Noruega.

Viena contaba a partir de entonces con lo que se suele llamar un «cheque en blanco» de Alemania, que se comprometía a respaldar su actuación contra Serbia. Como dice Hew Strachan, lo más extraordinario del «cheque» es que era realmente «en blanco». Los alemanes prometían apoyo a Austria de manera irresponsable, sin una evaluación de las consecuencias, al haber dejado en manos del gobierno de Viena la naturaleza de su actuación contra Serbia, sin imponerle restricción alguna.

Austria no podía poner en marcha de inmediato una acción militar, dado que el permiso veraniego que se daba a los soldados del Imperio austro-húngaro para que participasen en la recolección de las cosechas los mantenía estos días lejos de los cuarteles, lo que obligaba a esperar por lo menos hasta el 22 de julio para presentar el ultimátum a Serbia.

El texto con las demandas austríacas, que se entregó en Belgrado a las seis de la tarde del 23 de julio, y que fijaba un plazo de 48 horas para su aceptación, contenía exigencias muy difíciles de aceptar por un estado soberano, como la de que funcionarios austríacos participasen en la investigación del atentado de Sarajevo en suelo serbio. Era, en opinión de Edward Grey, ministro de Asuntos exteriores de Gran Bretaña, «la nota más fuerte que una potencia haya enviado

nunca a otra, e imposible de aceptar».

Este ultimátum se interpretó generalmente como muestra de una voluntad de declarar la guerra. Así se entendió en Rusia, donde, a instancias del ministro de Asuntos exteriores, Sergei Sazonov, se celebró el 24 de julio una reunión urgente del consejo de ministros que acordó trasladar de inmediato los fondos del tesoro depositados en bancos de Berlín y adoptar en secreto las primeras medidas de preparación militar. Ese mismo día Sazonov aconsejaba al embajador de Serbia que diesen una respuesta moderada al ultimátum austríaco, aunque sin aceptarlo por completo, y le ofrecía la ayuda de Rusia en caso de llegar a un conflicto.

El ultimátum alarmó también a los británicos, que se daban cuenta del efecto que podía tener, si bien esperaban que la crisis pudiese neutralizarse a tiempo. Lo que en realidad preocupaba en aquellos momentos al gobierno de Londres, presidido por H. H. Asquith, eran sus problemas internos, asociados a la crisis de Irlanda, que iba a culminar en la revuelta de Pascua de 1916.

Dos semanas de confusión

El sábado 25 de julio el gobierno serbio dio una respuesta conciliadora al ultimátum austríaco, sin aceptarlo totalmente. Austria declaró rotas las relaciones con Serbia, mientras en Viena «multitudes entusiastas se manifestaban por las calles gritando a favor de la guerra».

Con la intención de complacer las presiones de Alemania el emperador Francisco José firmó la declaración de guerra el martes 28 por la mañana. Pero el Káiser, que regresó este mismo día de Noruega, leyó aquella tarde la respuesta de Serbia y opinó que no era necesaria la guerra, sino que bastaría con que los austríacos hiciesen una «demostración militar» para salvar su honor. Era tarde, puesto que la guerra se había declarado ya aquella misma mañana.

Ante la confusión reinante, la diplomacia alemana inició una serie de contactos con los gobiernos de Francia y de Rusia, advirtiéndoles que no movilizaran sus ejércitos, porque, en caso contrario, Alemania tendría que hacer lo mismo y se correría el riesgo de una «guerra europea». El canciller Bethmann llamó por su parte al embajador británico en Berlín para pedirle que su gobierno se mantuviese neutral si Alemania declaraba la guerra a Francia y a Rusia. A

preguntas del embajador, Bethmann se comprometió a respetar la neutralidad de Holanda, pero no la de Bélgica. El gobierno inglés se negó a aceptar el trato.

El jueves 30 de julio los rusos, que temían verse sorprendidos por un ataque de Alemania, comenzaron a movilizarse en secreto, al tiempo que los alemanes iniciaban también su preparación para la guerra y exigían a los franceses que se comprometiesen a mantenerse neutrales si declaraban la guerra a Rusia, aliada de Francia en la Entente.

El sábado 1 de agosto Bethmann se dirigió al Bundesrat —la cámara integrada por representantes de los distintos estados, que era la que tenía la facultad de declarar la guerra— para comunicar que se había presentado un ultimátum a Rusia y una nota de advertencia a Francia, de modo que, si Rusia no aceptaba, se verían obligados a declararle la guerra, igual que sucedería con Francia, si no garantizaba su neutralidad. «No queríamos la guerra, pero se nos ha forzado a ella.» El Bundesrat dio apoyo unánime al canciller.

El gobierno británico, un ministerio de coalición de conservadores y liberales, estaba dividido respecto de la actitud que debían adoptar ante el posible conflicto europeo, de modo que optó por comunicar al gobierno alemán que para mantenerse al margen necesitaba una garantía de que se iba a respetar la neutralidad de Bélgica. Pero el ejército alemán había comenzado ya su avance hacia Bélgica y el domingo 2 de agosto presentó al gobierno de Bruselas un ultimátum en que se le exigía que dejase pasar las tropas alemanas en dirección a Francia; tenían hasta las dos de la tarde del día siguiente para contestar.

El lunes 3 de agosto la noticia del ultimátum alemán conmocionó a la opinión británica, y Grey se dispuso a hablar en la cámara de los Comunes para plantear la necesidad de enfrentarse a los acontecimientos de Europa «desde el punto de vista de los intereses británicos, del honor británico y de las obligaciones británicas». Grey mostró a los diputados la amenaza de un futuro en que el poder alemán, instalado en las costas de Francia, Bélgica, Holanda y tal vez Dinamarca, les dejaría indefensos. Gran Bretaña, añadía, sufriría tanto si participaba en la guerra como si se mantenía al margen de ella, de ahí que fuese mejor participar en un conflicto que permitiría frenar la amenaza del desarrollo naval de Alemania. Una gran ovación mostró que había convencido a la mayoría de los diputados.

Ante la sorpresa de los alemanes, los belgas rechazaron su ultimátum. Como

había que declarar también la guerra a Francia antes de invadirla, el embajador alemán presentó al gobierno francés la declaración de guerra hacia las siete de la tarde del día 3. Ese mismo día Italia, aliada a Alemania y Austria en la Triple Alianza, pero que no había sido consultada por los austríacos antes de presentar su ultimátum a Serbia, anunció que se mantendría neutral.

El 4 de agosto por la mañana las tropas alemanas invadieron Bélgica. A las tres de la tarde Poincaré comunicaba a las cámaras francesas que Alemania les había declarado la guerra, a lo que le respondieron votando por unanimidad los créditos necesarios, con pleno apoyo de los socialistas. Media hora más tarde Bethmann conseguía también en Berlín una aprobación entusiasta del Reichstag, a la que se sumaron igualmente los socialistas (que habían estado organizando actos contra la guerra hasta el mes de julio).

En este momento los alemanes confiaban aún en la neutralidad de Gran Bretaña; pero a las siete de la tarde el embajador Goschen llevaba a Jagow un ultimátum en que el gobierno británico daba de plazo al alemán hasta la medianoche para que detuviera la invasión y garantizase la neutralidad de Bélgica. Ante la negativa alemana a aceptar estas exigencias, Gran Bretaña declaró la guerra a la una de la madrugada. (Austria y Rusia, por quienes se suponía que había comenzado el conflicto, no se declararon la guerra hasta el 6 de agosto.)

La Gran guerra en Europa

Éste iba a ser un conflicto de una nueva naturaleza. Las dimensiones de los ejércitos, que llegaron a movilizar en total a 74 millones de hombres, daban lugar a nuevas exigencias de aprovisionamiento y logística: la necesidad de transportar, alojar, alimentar y armar a millones de combatientes, que no podían mantenerse sobre el terreno como los ejércitos del pasado, obligó a un enorme esfuerzo colectivo, en especial en el terreno de la producción industrial, que había de responder a la demanda de un número cada vez mayor de armas y proyectiles para el desarrollo de operaciones militares de una gigantesca envergadura.

La tecnología y la organización del aprovisionamiento estuvieron a la altura

de las necesidades, no así la competencia de los militares. Cuando comenzó el conflicto hacía un siglo que no había habido ninguna gran guerra global en Europa. Los militares se habían acostumbrado entre tanto a las fáciles victorias en las guerras coloniales que condujeron a la conquista del mundo por los imperios europeos, gracias a la superioridad que les proporcionaban las nuevas armas —una sola ametralladora igualaba la capacidad de fuego de cuarenta a ochenta hombres con fusiles—, que resultaban de una brutal eficacia contra ejércitos indígenas equipados con armas primitivas. Los militares europeos no estaban preparados, en cambio, para enfrentarse a un enemigo que dispusiera de estas armas modernas, a las que en el curso del conflicto se añadieron todavía los aviones,[3] los tanques y los gases tóxicos.

Los militares ingleses esperaban obtener la victoria con una gran carga de caballería, como la que en 1898 había llevado al triunfo en la legendaria batalla de Omdurmán a lord Kitchener, que era en 1914 su ministro de la Guerra. Pero los caballos no podían avanzar por los terrenos que la artillería había triturado, llenándolos de cráteres, y que estaban además atravesados por las trincheras. Hubo que emplear a un buen número de soldados en la tarea de preparar «caminos» para los caballos, rellenando de tierra los cráteres y construyendo puentes por encima de las trincheras, para establecer senderos señalados con banderitas de colores por los que los caballos pudieran pasar. Aunque la gran carga de caballería no se llegó a realizar, el coste de mantener un enorme número de caballos implicó que a lo largo de la guerra los británicos enviasen a Francia más alimentos para los animales que para los soldados.[4]

Los franceses, por su parte, seguían empeñados en cumplir con un reglamento en que el momento esencial del combate era la carga de la infantería a la bayoneta, avanzando a toque de trompeta para aniquilar al enemigo en combate cuerpo a cuerpo; pero la combinación de las alambradas y las ametralladoras hacían imposible la carga. En realidad, según el estudio de Jean Norton Cru, en la Primera guerra mundial parece que no hubo ni un solo caso de ataque a la bayoneta.[5] Que los soldados avanzasen en línea, uniformados con unos pantalones rojos que los hacían fácilmente visibles (a diferencia de los demás ejércitos, que usaban uniformes con colores de camuflaje), representaba una práctica suicida que explica que tuviesen medio millón de bajas en los primeros meses.

Los alemanes, confiados en sus tácticas de «guerra relámpago», basadas en la organización de rápidos desplazamientos de tropas por ferrocarril (en el verano de 1914 se necesitaron 20.800 trenes de 54 vagones para transportar hacia la frontera occidental 2.070.000 hombres, 400.000 toneladas de pertrechos y 118.000 caballos) perdían estas ventajas al bajar de los trenes, obligados a depender de los caballos para el transporte de los suministros, y a someter a sus soldados a agotadoras marchas a pie. Avanzada la contienda, la fatiga de los soldados se combinó con la escasez tanto de caballos como de automóviles, mientras franceses y británicos les superaban ampliamente en la disponibilidad de vehículos de motor.

Pero el peor de los rasgos de esta guerra, que los soldados no tardarían en descubrir, fue el desprecio por las vidas humanas por parte de unos jefes a quienes no importaba mandar a sus hombres a la muerte para conseguir los éxitos personales que esperaban obtener de una victoria. El primer ministro británico, Lloyd George, le dijo en diciembre de 1917 a C. P. Scott, un periodista del *Manchester Guardian*: «Si la gente supiese [la verdad], la guerra se detendría mañana mismo. Pero, por supuesto, ni la saben ni deben saberla».

El curso de la guerra: 1914-1915, fracaso de los planes alemanes

Los viejos planes del estado mayor alemán, pensados para atacar a Francia, hubieron de rehacerse para adaptarlos a una guerra en dos frentes, que debía incluir también a Rusia. La idea era dirigir el máximo de las fuerzas disponibles contra Francia, en una rápida y vigorosa campaña que se esperaba concluir en poco más de cuarenta días, mientras el ejército austríaco asumía inicialmente la mayor parte del esfuerzo en el frente oriental, conteniendo a los rusos con el despliegue de cuatro cuerpos de ejército en Galitzia (entre el sur de Polonia y Ucrania). Esto permitiría a los alemanes concluir rápidamente su campaña contra Francia, usando allí la mayor parte de sus fuerzas y, una vez concluida, transportar al este tres millones de soldados que, unidos a los dos millones que desplegaría Austria, les darían la victoria sobre Rusia. Las dos partes de este plan acabaron fallando.

Los primeros movimientos de los ejércitos alemanes, que contaban con más

del doble de los soldados que habían podido reunir inicialmente Francia y Gran Bretaña, proporcionaron un triunfo rotundo a los invasores en la llamada «batalla de las fronteras» (16-23 de agosto de 1914). Fueron unas primeras semanas de confusión y desorden en que regimientos enteros de las tropas de la Entente se retiraban en un completo desbarajuste, en que los franceses sufrieron doscientas sesenta mil bajas y los británicos de la B. E. F. (British Expeditionary Force) fueron diezmados en combate.

El gran movimiento de ataque de los alemanes, en que más de un millón de hombres habían de ejecutar, entrando por Bélgica, un gran movimiento de cerco, se vio frenado al comienzo por la resistencia de los belgas, que retrasaron el avance alemán, y por las dificultades logísticas de desplazar y aprovisionar a su enorme ejército. Pero cuando los rusos comenzaron a adentrarse por Prusia, y ante las noticias de las atrocidades que los invasores cometían contra la población civil alemana, Helmut von Moltke no tuvo más remedio que retirar dos divisiones de Francia para reforzar a las del este. Puso al mando de las tropas del frente oriental al mariscal Paul von Hindenburg, que se había retirado en 1911, al que acompañaba Erich Ludendorff. La victoria en la batalla de Tannenberg (24-29 de agosto de 1914), donde cercaron al Segundo ejército ruso, que tuvo treinta mil bajas y dejó en manos alemanas noventa y dos mil prisioneros, fue un triunfo que les convirtió a los dos en héroes de guerra e inició para ambos una nueva carrera en la milicia y en el poder.

Los ejércitos austríacos estaban entre tanto sufriendo los efectos de un doble fracaso. La invasión de Serbia desde territorio de Bosnia, iniciada el 12 de agosto con fuerzas insuficientes y mal preparadas, sufrió en pocos días una vergonzosa derrota en la batalla de Cer. En Galitzia, donde Conrad dirigía el grueso de las fuerzas del imperio contra los rusos, con un total de 1.200.000 hombres, unas primeras victorias puntuales acabaron cuando el 11 de septiembre se vio obligado a ordenar la retirada, abandonando Lemberg (Lvov o Lviv), al no haber recibido de los alemanes el apoyo que esperaba: había perdido más de 350.000 hombres y abandonaba 1.000 locomotoras y 15.000 vagones. Sólo la resistencia de la fortaleza de Przemysl impidió que los rusos, que al llegar el invierno se encontraban sin los equipamientos adecuados para resistir el frío y la nieve, siguieran avanzando hacia Hungría.

En el frente occidental, en Francia, Joseph Joffre, comandante en jefe de las fuerzas francesas, consiguió restablecer el orden entre sus tropas, privó de mando a los generales que se habían mostrado más incompetentes, y decidió aprovechar la oportunidad que le ofrecía la retirada de las tropas alemanas que se enviaban a luchar contra Rusia, combinada con un erróneo planteamiento de Moltke, que dejó un vacío entre los dos ejércitos que avanzaban hacia París. La llamada «primera batalla del Marne» (5 a 10 de septiembre de 1914), que fue en realidad una compleja serie de combates dispersos, consiguió contener a los alemanes.

Moltke, que había estado dirigiendo la guerra a distancia, desde Luxemburgo, fue sustituido en el mando de los ejércitos alemanes del oeste por el general Falkenhayn, quien trasladó el escenario de los combates a la orilla del mar, en Flandes, un lugar importante para la defensa de los puertos por donde se recibían los suministros procedentes de Inglaterra. Contando con cuatro cuerpos de reserva, compuestos sobre todo por jóvenes voluntarios recién reclutados, quiso romper el frente en la primera batalla de Ypres (12 de octubre-11 de noviembre de 1914). Sus primeros éxitos dieron lugar a que el propio Káiser viajara para ver cómo se completaba la victoria; pero los belgas abrieron las esclusas de sus diques para crear un amplio lago que los alemanes no podían atravesar, y la Fuerza Expedicionaria Británica logró frenar el ataque en un combate que les costó cincuenta mil bajas, pero que causó más del doble a los alemanes, en especial entre los jóvenes reclutas que cayeron en lo que se iba a conocer como la «matanza de los inocentes de Ypres».

El viejo plan Schlieffen, con sus previsiones de rápidos avances para rodear al enemigo, iba a quedar definitivamente arrumbado. Se consolidó entonces una línea de frente de quinientos cincuenta mil kilómetros, desde la frontera suiza hasta el mar, que cambiaría muy poco en los cuatro años siguientes. Los alemanes se habían instalado en posiciones defensivas que dificultaban cualquier intento aliado de reconquistar el terreno perdido.

Los planes que preveían una guerra de corta duración, ganada gracias a la movilidad de los ejércitos alemanes, se venían abajo y obligaban a pensar en un conflicto mucho más prolongado, que obligaría a multiplicar los recursos destinados a la guerra. El propio Falkenhayn pidió que se negociase una paz

separada con Rusia, porque pensaba que en una contienda prolongada en ambos frentes Alemania estaba condenada a ser derrotada como consecuencia del agotamiento de sus recursos.

Lord Kitchener, el ministro de la Guerra británico, había previsto, en cambio, un conflicto de larga duración, en que la participación británica se desarrollaría inicialmente en el mar, impidiendo la acción de la flota alemana y bloqueando el aprovisionamiento de materiales y alimentos a los imperios centrales. La participación del ejército de tierra se reduciría de momento a una modesta fuerza expedicionaria, mientras se preparaban los «nuevos ejércitos» británicos que tardarían un par de años en entrar en acción (pasaron de dos millones de combatientes a mediados de 1915 a cerca de cuatro millones a comienzos de 1918), lo que significaba que franceses y rusos tendrían que sostener entre tanto el coste humano de la guerra.[6]

El año 1915 fue un tiempo de desastres para los aliados de la Entente. El frente del oeste se mantenía inmóvil, sin que ninguno de los dos contrincantes consiguiera romper el equilibrio, con los soldados viviendo en las trincheras en medio del barro, «más parecidos a gusanos que a seres humanos», o muriendo en inútiles intentos de ruptura, como las batallas de Neuve Chapelle, en el saliente de Ypres (donde los alemanes usaron por primera vez los gases tóxicos el 22 de abril de 1915), y de Loos, cuyo fracaso llevó a destituir al general French del mando del ejército expedicionario británico, que pasó a Douglas Haig, quien, al igual que sus colegas franceses, creía que la guerra sólo podía ganarse con una «batalla decisiva» que rompiera las líneas enemigas y permitiera un avance triunfal.

De momento, y a la espera de reunir más fuerzas, franceses y británicos mantenían en el oeste una actividad limitada, con el objeto de aliviar la situación del frente del este, donde el ejército ruso sufría por la incompetencia de sus gobernantes, incapaces de atender las necesidades de los soldados, a los que podían faltar en un momento dado municiones, botas y alimentos.

Con el frente del oeste inmovilizado, Falkenhayn decidió reforzar la actuación en el este, donde la caída de Przemyśl en manos de los rusos, el 22 de marzo de 1915, volvía a poner en peligro la situación de los ejércitos de los

imperios centrales. La llegada de tropas alemanas, con una enorme superioridad en artillería respecto de los rusos, que apenas tenían municiones para sus cañones (a consecuencia de los negocios que el ministro de la Guerra, general Sujomlinov, hacía con las contratas de armamento) permitió que las fuerzas conjuntas austro-alemanas obtuvieran una gran victoria en Görlitz en mayo de 1915 y que el 3 de junio recuperasen Przemyśl; en una semana los rusos perdieron doscientos diez mil hombres, cuarenta mil de ellos como prisioneros. Pero Falkenhayn no quiso seguir la campaña; no le interesaba ganar territorio, sino ir destrozando la resistencia de los rusos, con la esperanza de forzarles a abandonar la guerra, lo que le permitiría concentrar las fuerzas en el oeste.

En este mismo mes de mayo de 1915 los gobiernos de la Entente consiguieron convencer a Italia para que se sumase a su bando y declarase la guerra a Austria, con la promesa de concederle una serie de territorios fronterizos, así como zonas de Dalmacia y Eslovenia. El resultado fue que el comandante en jefe de las tropas italianas, el general Luigi Cadorna, un hombre de sesenta y cinco años, próximo ya al retiro, pasase los dos años siguientes lanzando ataques suicidas en el frente del río Isonzo (se cuentan once «batallas del Isonzo» entre junio de 1915 y septiembre de 1917, hasta llegar a la duodécima, que fue la derrota de Caporetto) y perdiera casi un millón de hombres en el intento. El único beneficio que proporcionaron los italianos a sus aliados fue el de mantener inmovilizadas en aquel frente tropas austríacas que hubieran podido combatir contra los rusos.

En los Balcanes el conflicto se planteó desde el inicio como una continuación de las guerras de 1912-1913. Cada uno de los contrincantes se sumó al bando que parecía estar en situación de ofrecerle mayores compensaciones territoriales. Bulgaria entró en la guerra en octubre de 1915 al lado de los imperios centrales, que le ofrecían cederle Macedonia. Con la ayuda de las tropas austro-alemanas, que atacaron por el norte y conquistaron Belgrado el 9 de octubre, los búlgaros invadieron Serbia y el ejército serbio, que no recibió de sus aliados los auxilios que necesitaba, y que fue víctima además de una terrible epidemia de tifus, se vio obligado a emprender una épica retirada hasta los puertos de Albania. De los cuatrocientos veinte mil soldados que integraban sus fuerzas armadas, sólo unos

ciento cuarenta mil consiguieron llegar a estos puertos, desde los cuales las embarcaciones de la Entente los sacaron del país para, tras unos meses de recuperación, enviar ciento veinticinco mil a Salónica, donde siguieron combatiendo, sin aceptar la derrota.

Rumania, que se había mantenido neutral, se sumó a la guerra el 17 de agosto de 1916 al lado de la Entente, cuando el triunfo de Brusílov, del que se hablará más abajo, pareció que podía cambiar el curso de la guerra en el frente oriental. No fue así, y los rumanos fueron derrotados por alemanes y búlgaros, que ocuparon su capital y les obligaron a rendirse y a firmar el tratado de Bucarest el 7 de mayo de 1918. Grecia, por su parte, no intervino en la guerra hasta que fue prácticamente forzada a hacerlo en apoyo de la Entente el 30 de junio de 1917.

1916: EL AÑO DE LAS GRANDES MATANZAS

El año en que comenzó a cambiar el curso de la guerra fue 1916. El aumento del reclutamiento por parte de británicos y rusos, y la entrada de Italia al lado de la Entente desequilibraron las fuerzas armadas de los dos bandos, con 356 divisiones de la Entente contra 289 de los imperios centrales. Había aumentado también el volumen de la producción de armas y municiones por parte de franceses y rusos, a lo que se agregaban las grandes cantidades de armamento que la industria de Estados Unidos proporcionaba a Gran Bretaña y Francia.

Abandonada la idea de una guerra de movimientos, en que habían residido inicialmente las esperanzas alemanas de victoria, Falkenhayn, convencido de que el conflicto no debía prolongarse, optó por un nuevo concepto: el de una guerra de desgaste que causase tal número de bajas al enemigo que, aunque no se le hubiese conquistado más terreno, le obligase a rendirse por su debilidad. La operación se dirigiría contra los franceses, tratando de conseguir que abandonasen la guerra, con el fin de poder concentrar todos los esfuerzos contra Inglaterra, que era para Falkenhayn el enemigo más temible. Su propósito era atacar objetivos que fuesen de tal naturaleza que obligasen a los franceses a utilizar en su defensa todas sus fuerzas, hasta desangrarse. El lugar escogido fue Verdun, una plaza fortificada que los franceses consideraban inexpugnable, pero

que estaba mal equipada para su defensa.

La operación se preparó con una enorme dotación de mil doscientos cañones y unas provisiones de dos millones y medio de obuses, la mayor concentración de poder artillero que se hubiese visto hasta entonces. El 21 de febrero, a las 8.12 de la mañana, se inició el ataque con un bombardeo artillero al ritmo de cien mil proyectiles a la hora, destinado a aplastarlo todo, a la vez que se usaban gases tóxicos para debilitar la acción de los artilleros enemigos. Comenzaron a caer los primeros puntos del círculo de fortificaciones que componían el complejo de Verdun, pero la ciudad resistió aquel asalto. Para los franceses lo más razonable hubiera sido abandonarla, ya que se había convertido en una trampa mortal, mientras el terreno accidentado y boscoso detrás de ella era fácil de defender. El general Philippe Pétain, encargado de su defensa, opinaba que no merecía la pena resistir; pero el presidente de la república le dijo que era imposible abandonar la plaza: había que conservarla «a cualquier precio». Tal como habían previsto los alemanes, Verdun se había convertido en una cuestión de honor nacional.

A fines de junio el paisaje de la zona había cambiado: habían desaparecido bosques y poblados, y el terreno era una sucesión de cráteres de obuses, a modo de un escenario lunar. Los hombres vivían en medio de los muertos, víctimas, en ocasiones, de los errores de su propia artillería, que «no regulaba bien su tiro y nos hacía víctimas casi cada día», escribió en sus cuadernos Louis Balthas. Así se iba desarrollando una carnicería sin sentido que produjo unas setecientas mil bajas, repartidas por mitades entre ambos bandos. Verdun sería la más larga batalla de esta guerra (de febrero a diciembre de 1916), y una de las peores de la historia, si tomamos en cuenta su inutilidad y su coste en vidas y sufrimientos.

Ante una situación semejante Foch pidió a Haig, el nuevo jefe de las tropas británicas, que adelantase la batalla que los aliados habían preparado en el Somme, que iba a ser la primera gran participación del nuevo ejército británico basado en el reclutamiento forzoso, dado que el número de voluntarios que se alistaban resultaba insuficiente. Antes de que empezara esta batalla, sin embargo, una desastrosa derrota del ejercito austro-húngaro forzó a Falkenhayn a enviar de nuevo tropas en socorro de Austria. Esto, sumado al inicio de los combates en el Somme, le obligó a aflojar la presión sobre Verdun. Los franceses habían conseguido resistir, pero a costa de tantos y tales sufrimientos

que prepararon el terreno para las revueltas militares que se producirían después, como consecuencia de la desmoralización general de los soldados.

El hundimiento del ejército austro-húngaro en el frente del este había comenzado meses antes, cuando el general Conrad se empeñó en lanzar una ofensiva en Italia, para lo cual retiró cuatro divisiones y la mayor parte de la artillería pesada del frente del este. La campaña del Trentino fue planeada por Conrad desde su cuartel general en Tischen, a más de mil doscientos kilómetros de un escenario italiano que le era desconocido, lo que explica que hubiera de aplazarse tres veces como consecuencia de los grandes espesores de nieve que había en las montañas. Iniciada a mediados de mayo, sus efectos positivos se habían agotado a comienzos de junio, al recuperar los italianos todo el terreno que habían perdido inicialmente.

Fue entonces cuando los rusos, atendiendo a las peticiones de ayuda de sus aliados occidentales, decidieron atacar al ejército austro-húngaro. La ofensiva la emprendió el general Alexéi Brusílov en la madrugada del 4 de junio; contaba con fuerzas muy inferiores en número a las de sus enemigos, pero su hábil gestión le permitió alcanzar una victoria espectacular, en la que el ejército austro-húngaro tuvo más de 475.000 bajas, incluyendo 226.000 presos. Conrad se vio obligado a ir a Berlín a pedir refuerzos a Falkenhayn, quien le obligó a abandonar sus proyectos en Italia y le proporcionó las fuerzas necesarias para contener un desastre que a fines de julio había causado al ejército austríaco cerca de medio millón de bajas, más de la mitad de las cuales consistían en presos o desertores. Desde este momento los mandos militares alemanes tomaron la iniciativa en las campañas en que intervenían conjuntamente con los austríacos. [7]

A Verdun le sucedió en suelo francés otra batalla catastrófica, la del Somme, que los aliados iniciaron a comienzos de julio y que iba a durar hasta el 18 de noviembre de 1916. Ésta iba a ser la primera gran acción protagonizada fundamentalmente por los británicos, con un ejército de reclutas jóvenes y sin suficiente experiencia de combate. Pero la causa fundamental de su fracaso debe

atribuirse a la dirección del general Douglas Haig, un fundamentalista religioso convencido de estar realizando un plan divino para salvar al mundo, que fue incapaz de sacar partido de la gran superioridad de sus fuerzas y de su artillería.

Los planes iniciales del general Rawlinson eran prudentes y se limitaban a buscar el desgaste del enemigo; pero Haig quería un combate de penetración, que pudiera convertirse en la batalla decisiva, convencido de que los alemanes «estaban a punto de desmoronarse». Un teniente inglés escribió en una carta, momentos antes de empezar el combate: «Estamos a pocos minutos del comienzo del fin de la cultura alemana». Era lógico esperar el éxito si se tomaba en cuenta la superioridad en hombres y armamento de las fuerzas de la Entente (19 divisiones, más 10 de reserva, contra 7 divisiones alemanas, y un número mucho mayor de aviones y de piezas de artillería).

La operación comenzó con un gigantesco ataque de artillería en que 1.437 cañones lanzaron un millón y medio de obuses durante una semana (se dice que el ruido de los cañones se oyó desde Londres). El 1 de julio las tropas británicas y francesas (todas las que no estaban ocupadas en Verdun) habían de avanzar sobre la tierra vacía, donde se suponía que las alambradas habrían sido destrozadas por el ataque artillero, para ocupar las trincheras de unos alemanes muertos o aterrorizados por el bombardeo. Pero los alemanes habían mejorado mucho las técnicas de defensa y podían resistir estos bombardeos artilleros en los refugios subterráneos que habían construido en los dos años de ocupación de aquel terreno.

A las 8.30 de la mañana del día 1 de julio empezaron a sonar las llamadas que ordenaban el comienzo del ataque y una línea de tal vez 55.000 soldados de infantería avanzó en un frente de cuarenta kilómetros de amplitud. Se les había dicho que la artillería lo habría aplastado todo y que el avance iba a ser un paseo. Llevaban encima una carga que les obligaba a caminar lentamente, sin que pudieran correr o moverse con rapidez, y que les hacía difícil trepar para salir de una trinchera.

Un oficial médico alemán ha contado lo que sucedió cuando comenzó el avance de los ingleses: «No esperaban que nadie hubiese sobrevivido al bombardeo. Pero los que manejaban las ametralladoras y los soldados de infantería se arrastraron fuera de sus agujeros, con los ojos inflamados, las caras negras por el fuego y sus uniformes manchados por la sangre de sus compañeros

heridos. Era un alivio poder salir fuera, aunque sólo fuese para respirar el aire lleno de humo y de olor a cordita. Empezaron a disparar furiosamente y los ingleses tuvieron pérdidas espantosas». Sus jefes no habían aprendido, concluye, «que era inútil dejar que seres humanos avanzasen contra las ametralladoras y contra un fuego intenso de infantería».

Lo que se consiguió el primer día fue ganar dos pueblos y un punto fuerte alemán a costa de 19.240 soldados ingleses muertos, 35.493 heridos, 2.142 desaparecidos y 585 prisioneros, a lo que hay que sumar unas 1.590 bajas francesas: en un solo día, el 1 de julio de 1916, el ejército británico tuvo más muertos que durante todas las guerras de Crimea y de Sudáfrica juntas, mientras que las bajas alemanas no pasaron de 13.000.[8]

Todo lo que se ganaba en los combates eran aldeas, que a veces se ocupaban por la mañana y se abandonaban por la noche, a costa de una inmensa mortandad. En nueve días de combate se había hecho retroceder a los alemanes de dos a tres kilómetros. El resultado final de la batalla, que duró cerca de cinco meses, fue conseguir un avance de diez kilómetros de profundidad, en un frente de unos cuarenta kilómetros de amplitud, a costa de 623.907 bajas aliadas, contra 429.209 alemanas.

Tampoco los alemanes salieron bien parados, puesto que las instrucciones de Falkenhayn de que defendieran cada palmo de terreno a toda costa fueron causa de grandes pérdidas. Dada la superioridad de los aliados en hombres y recursos, el desgaste sufrido en Verdun y en el Somme fue mucho más grave para los alemanes, lo que, combinado con el fracaso que significaba la ofensiva de Brusílov en el este y la inesperada entrada de Rumania en la guerra, explica que a fines de agosto de 1916 el Káiser destituyera a Falkenhayn, y lo reemplazara por Paul von Hindenburg, siempre con Erich Ludendorff como colaborador. Fue precisamente este último quien, tras acudir al Somme para ver qué fallaba, cambió por completo el sistema de combate, acabando con el sacrificio de grandes masas de infantería y con los planes fijados desde arriba, para dar a los capitanes y tenientes que actuaban sobre el terreno más capacidad para adaptarse a la marcha del combate.[9]

Haig tuvo la desvergüenza de decir que la batalla del Somme había sido un éxito, porque había desgastado al enemigo. A. J. P. Taylor opina, en cambio, que fue un rotundo fracaso y, sobre todo, un desengaño: «El idealismo murió en el

Somme. No hubo ya más voluntarios llenos de entusiasmo. Habían perdido la fe en su causa, en sus jefes, en todo excepto en la lealtad hacia sus camaradas de combate». Uno de los supervivientes afirmaba: «Los generales que ordenaron, planearon y dirigieron este criminal asesinato en masa fueron ascendidos, condecorados y más adelante ennoblecidos, en lugar de ser llevados a un tribunal y severamente castigados, en unión de los políticos que les habían incitado». En 1976 un oficial que había vivido la batalla concluía tajantemente: «El Somme no fue más que una matanza».

1917: Alemania recupera la iniciativa

Hindenburg comenzó su gestión como Comandante Supremo del ejército alemán con un programa encaminado a alcanzar la victoria a toda costa, para lo cual pedía que se duplicase la producción de material de guerra y exigía un nuevo esfuerzo colectivo, lo que obligó a requisas de materiales —hasta las campanas de las iglesias— y al empleo de trabajo forzado —el de los prisioneros de guerra o el de trabajadores belgas reclutados a la fuerza— para cubrir aquellas actividades que no podían atender los obreros alemanes empleados en la fabricación de armas y municiones. Fue también entonces cuando exigió una reactivación de las campañas navales, lo que condujo a proclamar la guerra submarina sin restricciones.

Con Ludendorff mejoró la situación del ejército alemán en el frente del oeste, al corregir los errores que habían llevado al fracaso de Falkenhayn. Renunció de momento a las grandes operaciones al viejo estilo, e instaló sus fuerzas en las sólidas posiciones defensivas de la llamada por los aliados «línea Hindenburg» (para los alemanes «línea Sigfrido», *Siegfriedstellung*), con lo que consiguió prolongar su capacidad de resistencia. Los jefes militares de la Entente no acertaron en cambio a rectificar, como lo demuestra que siguieran sacrificando un enorme número de vidas de sus soldados en acciones de desgaste. Los ejemplos más claros de esta insensatez fueron los episodios del «Chemin des Dames» y, sobre todo, los combates en torno a Passchendaele, cerca de Ypres.

En el Chemin des Dames el nuevo general en jefe del ejército francés,

Nivelle, quiso dar a mediados de abril de 1917 un gran golpe por sorpresa, en que no hubo tal sorpresa, puesto que los alemanes se enteraron de sus planes con antelación, pero sí un nuevo e inútil sacrificio de soldados (132.000 bajas francesas en poco más de diez días, con 28.000 muertos y 20.000 prisioneros). Entre los aspectos más lamentables del combate figura el trato dado a los «tiradores senegaleses», soldados africanos que fueron conducidos sin ninguna consideración a una masacre: se les llevó a zonas en que nevaba todavía, sin estar adecuadamente preparados. Pese a lo cual avanzaron, con bajas del 60 % —1.400 muertos en el primer día—, hasta que, por la noche, la propia artillería francesa acabó disparando sobre ellos.

La consecuencia inmediata de un estilo de guerra semejante fueron los motines de los soldados franceses, que se negaban a obedecer las órdenes de regresar al frente, con lo que crearon una situación que, de haberla aprovechado a tiempo los alemanes, les hubiese permitido penetrar hasta París. Ante la magnitud del desastre, Nivelle fue reemplazado por Pétain, que no organizó grandes campañas, porque era partidario de la defensiva, pero no pudo evitar que las bajas siguieran aumentando en los combates locales.

Más al norte, en el sector que cubrían los ingleses, Haig siguió buscando una gran victoria en la tercera batalla de Ypres, que se justificaba por la necesidad de asegurar el dominio de la costa. Los combates, que se iniciaron en junio, entraron en una fase decisiva el 13 de septiembre, con un ataque en que se lanzaron 3,5 millones de proyectiles, sin demasiado efecto. Después, de octubre a noviembre, las acciones se desarrollaron en torno al pueblo de Passchendaele, en un terreno convertido por las lluvias en un mar de barro: los hombres podían morir ahogados en un cráter lleno de lluvia, las caballerías se hundían con sus cargas, y los cañones no encontraban terreno sólido en que asentarse. Estos combates costaron unas 470.000 bajas a los aliados y 270.000 a los alemanes. Lo que no sirvió para nada, porque la localidad era difícil de defender y los alemanes la recuperaron el 1 de abril de 1918.

Eran momentos en que el cansancio de la guerra se dejaba sentir entre los combatientes. Los motines de soldados franceses, ingleses e italianos se multiplicaron en el transcurso de 1917, y una de sus consecuencias fueron los fusilamientos de los amotinados: 600 franceses, 330 ingleses y 750 italianos, limitándonos a los que fueron juzgados previamente, sin contar los ejecutados

sobre el terreno. Un cansancio que se reflejaba también en la población civil: en abril de 1917 trescientos mil obreros alemanes se declaraban en huelga, protestando por la reducción de la ración de pan.

Este rechazo a la guerra se había manifestado con anterioridad en la política alemana en una disidencia entre los socialistas: en marzo de 1916 un total de 19 diputados del SPD, con Hugo Haase a su frente, se negaron a votar los nuevos créditos para la guerra, fueron expulsados del partido y fundaron el USPD (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands o Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania).

La suerte del conflicto pareció que podía cambiar a favor de Alemania a fines de 1917, con el hundimiento del frente ruso y el triunfo de la revolución bolchevique —un acontecimiento al que hay que prestar atención por separado— que condujeron a la firma de un armisticio, en diciembre de 1917, y al tratado de paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918 (un tratado tan abusivo, que el SPD se abstuvo de votar su aprobación en el Reichstag). El 7 de mayo se firmó, además, el tratado de Bucarest, que certificaba la derrota de Rumania.[10]

Mientras Guillermo II seguía soñando en una expansión hacia el este y en la sujeción de la raza eslava a los germanos, para Ludendorff el final de los combates en Rusia significaba simplemente la posibilidad de disponer de tropas para otros fines. De momento pudo enviar a Italia siete divisiones en apoyo de los austríacos, donde contribuyeron, a partir del 24 de octubre de 1917, a obtener una victoria total en Caporetto. El frente italiano se desmoronó y sus tropas cedieron más de un centenar de kilómetros en una despavorida huida que dejó tras de sí 700.000 bajas (con 275.000 prisioneros), 2.500 cañones y grandes cantidades de material. Los aliados se vieron obligados a enviar once divisiones para evitar un hundimiento total del ejército italiano, y los jefes de los gobiernos británico y francés, Lloyd George y Clemenceau, aprovecharon la ocasión para, en una conferencia celebrada en Rapallo el 5 de noviembre, crear un Consejo Superior Interaliado de la Guerra que arrebataba la dirección suprema del conflicto de las manos incompetentes de los generales.

La guerra en el mar y la intervención de Estados Unidos

Estas noticias favorables a los imperios centrales se vieron contrarrestadas por la amenaza que significaba la entrada en el conflicto de Estados Unidos, que declaró la guerra a Alemania el 5 de abril de 1917, si bien los primeros soldados norteamericanos no iban a llegar a Francia hasta muchos meses más tarde.[11]

El presidente norteamericano, Woodrow Wilson, se había esforzado hasta entonces en promover negociaciones de paz, aunque los norteamericanos proporcionaban alimentos y armas a los británicos, lo que los alemanes trataban de impedir con sus submarinos.

La guerra naval, para la que británicos y alemanes se habían preparado construyendo grandes embarcaciones de combate, fue un fiasco total. Todo este costoso armamento apenas salió al mar y no se empleó más que en un gran encuentro, la batalla de Jutlandia, en junio de 1916. El choque, que resultó más bien favorable a los alemanes (los británicos perdieron 112.000 toneladas y 6.000 marineros, por 61.000 toneladas y 1.500 marineros los alemanes), significó una completa decepción para los británicos, que tenían un potencial mucho mayor y contaban con él para la victoria. Los alemanes recibieron su triunfo con euforia —«la maldición de Trafalgar se ha roto», proclamó el Káiser — pero eran conscientes de que no podían lograr nada en este escenario, de modo que hicieron volver la flota a los puertos, de donde no salió hasta el fin de la guerra.

La contribución más importante de la flota británica al conflicto no se manifestó en el combate, sino en la protección ofrecida a su marina mercante (que representaba cerca el 40 % del tonelaje mundial) para asegurar el transporte de hombres y suministros desde América, la India o Australia, a la vez que les permitía establecer un bloqueo para impedir el aprovisionamiento del enemigo, no sólo en armamento, sino también en alimentos y fertilizantes, lo que hoy sabemos que causó serios problemas de desnutrición a los alemanes, y en especial a sus niños.

Como los británicos, que contaban además con la ventaja de haber descifrado los códigos de transmisiones de sus enemigos, podían bloquear el mar en superficie, los alemanes replicaron con la actividad de sus submarinos, empeñados en romper las líneas de abastecimiento británicas en el Atlántico. Lo hicieron con un notable éxito, puesto que a fines de 1916 habían hundido ya más de dos millones de toneladas de embarcaciones de los aliados. El escándalo

producido por el hundimiento de algunos barcos de pasajeros, como el trasatlántico *Lusitania*, torpedeado el 6 de mayo de 1915 (donde murieron 1.198 civiles, incluyendo 128 norteamericanos), les forzó por un tiempo a respetar las leyes de la guerra, que obligaban a los submarinos a emerger para identificar las embarcaciones. Sin embargo, la importancia que tenía para los alemanes dejar a Gran Bretaña sin los suministros vitales para prolongar su resistencia les llevó a proclamar la guerra submarina sin restricciones, que empezaría a aplicarse a comienzos de febrero de 1917: una medida que el propio Bethmann Hollweg calificó como «una segunda declaración de guerra».

Los resultados iniciales, con hundimientos del orden de las quinientas toneladas al mes (exagerados por la prensa alemana hasta más de ochocientas mil), fueron espectaculares, hasta el punto de que los propios dirigentes británicos, cuyos recursos económicos estaban al borde del agotamiento como consecuencia del pago de las importaciones de alimentos y armas, llegaron a creer en 1917 que los alemanes estaban en camino de ganar la guerra. Un temor que se agravó ante la serie de fracasos en los escenarios de combate terrestres que se fueron acumulando desde el otoño de 1917 a la primavera de 1918: derrota de los italianos en Caporetto, revolución bolchevique y firma de la paz de Brest-Litovsk...

Woodrow Wilson había ganado en 1916 su reelección como presidente de Estados Unidos presentándose como el hombre que había mantenido el país al margen de una guerra que, por otra parte, había beneficiado considerablemente a la economía norteamericana, tanto por sus grandes exportaciones de armas como por la implicación de los bancos, y en especial de J. P. Morgan, en la gestión de créditos y la emisión de bonos a favor de los gobiernos de Francia y Gran Bretaña.

En enero de 1917 Wilson formulaba ante el senado una propuesta para terminar la guerra con una «paz sin victoria», a la que los alemanes respondieron con la proclamación de la guerra submarina sin restricciones, que iba a afectar de pleno a las embarcaciones norteamericanas y que condujo a que el 3 de febrero el Congreso de Estados Unidos aprobase la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania.

Wilson no hubiera ido más allá, sin embargo, sin la provocación que significó el llamado «telegrama Zimmermann», del nombre del ministro de

Asuntos exteriores alemán que el 16 de enero de 1917 envió instrucciones al embajador alemán en México para que entregara al gobierno mexicano una nota en que decía: «Pensamos iniciar la guerra submarina sin restricciones el 1 de febrero. Trataremos, con todo, de mantener neutral a Estados Unidos. En caso de que esto no se consiga hacemos a México el ofrecimiento de una alianza sobre las siguientes bases: hacer la guerra juntos, hacer la paz juntos, generosa ayuda financiera y apoyo por nuestra parte para que México recupere los territorios perdidos en Texas, Nuevo México y Arizona».

Los británicos, que interceptaron en México el mensaje, lo dieron a conocer al público. A la indignación que provocó el telegrama contribuyó el hecho de que había sido enviado al embajador alemán en Washington por el cable submarino transatlántico norteamericano, desde la terminal de la embajada de Estados Unidos en Berlín, por la que los norteamericanos permitían que los alemanes enviasen textos codificados, bajo palabra de honor de que sólo se transmitirían mensajes relativos a las negociaciones de paz.

La propuesta era tan absurda que Zimmermann pudo haber evitado el desastre desmintiendo su autenticidad; pero cometió la estupidez de reconocerlo y la indignación que produjo lo que la prensa norteamericana interpretó como un plan para una invasión prusiana de América contribuyó a facilitar la entrada de Estados Unidos en la guerra. Wilson se presentó el 2 de abril de 1917 ante una sesión conjunta del Congreso pidiendo que aprobaran «una guerra para terminar todas las guerras»: el 6 de abril se aprobó la declaración de guerra a Alemania y el 7 de diciembre a Austria-Hungría.

Estados Unidos no entraba en el conflicto como aliado de la Entente, precisó Wilson, sino como «asociado», conservando una independencia que les permitiría disentir de los gobiernos francés y británico. Algo que quedó en evidencia en su discurso de 8 de enero de 1918 en que expuso los «catorce puntos» para la paz, con los que fijaba por su cuenta, sin haberlo consultado previamente con los gobiernos de la Entente, las condiciones para la paz que habían de marcar el futuro del mundo, con exigencias puntuales como la desarticulación de los imperios austro-húngaro y otomano, la creación de un estado polaco independiente, y otras de tipo más general, como la libertad de comercio y navegación o la formación de una «asociación general de naciones».

Más allá de Europa: una guerra mundial

Las guerras imperiales

Lo que hizo de la Gran guerra un conflicto mundial fue el hecho de que en ella no se enfrentasen naciones, sino imperios. De carácter netamente imperial fue la guerra en África, donde combatieron las colonias francesas y británicas contra las alemanas. Esto es, donde se enfrentó a los colonizados, dirigidos por funcionarios y militares de las metrópolis, en una guerra en que el papel que desempeñaron los nativos fue sobre todo el de resolver el problema del transporte como porteadores, en número muy superior al de soldados (esta misma dificultad de transporte explica el escaso papel de la artillería en las campañas africanas). Hubo combates en diversos escenarios, como en Camerún; pero el episodio más notable de esta guerra tuvo por escenario Tanganica (África Alemana del Este, en la actual Tanzania), donde el coronel Paul von Lettow-Vorbeck, consciente de que no podía enfrentarse en campo abierto a los británicos con su pequeño ejército, integrado por doscientos europeos y unos dos mil askaris nativos, se dedicó a hostilizarlos con actividades de guerrilla, y consiguió llegar al fin de la contienda (se rindió el 25 de noviembre de 1918, a las dos semanas de firmado el armisticio en Europa), habiendo mantenido ocupados en África a un considerable número de soldados de la Entente.

De un carácter muy distinto fue la participación en la guerra de los japoneses, que enviaron un ultimátum a Alemania para que les entregase todas sus concesiones en China, le declararon la guerra el 23 de agosto de 1914 y se apoderaron de la base alemana de Tsingtao (Qingdao), en la península de Shantung, en una operación en que colaboraron tropas británicas. Más adelante, y de acuerdo con los británicos, contribuyeron a expulsar a los alemanes de sus posesiones en el Pacífico (islas Marianas, Carolinas, Marshall). Aprovechando su presencia en China, los japoneses presentaron, el 18 de enero de 1915, sus «Veintiuna demandas» al presidente Yuan Shikai, en un primer paso de su intento de convertir China en un estado vasallo.

Pero la aportación que hicieron a la guerra las colonias y los territorios dependientes fue mucho mayor, puesto que las metrópolis imperiales, además de consumir sus recursos, se llevaron a sus súbditos a pelear y morir en tierras

extrañas por causas que les eran ajenas. Francia, por ejemplo, utilizó unos quinientos mil soldados coloniales en el frente del oeste, y otros doscientos mil fueron llevados a las industrias de guerra, en condiciones próximas a las del trabajo forzado. Los franceses reclutaron no sólo africanos, sino también malgaches, vietnamitas, canacos y tahitianos, hasta que la evidencia de la forma inhumana en que eran sacrificados suscitó revueltas en todas las colonias.

La amplitud de su imperio favoreció, en el caso de Gran Bretaña, el volumen y la diversidad de su reclutamiento colonial. Mientras los movilizados en África, que incluían cien mil hombres aportados por Sudáfrica, se destinaron a la lucha en el propio continente, la aportación de la India fue impresionante: 130.000 soldados hindúes lucharon en Occidente y unos 750.000 en el Oriente próximo. Muy importante fue también la contribución de los «dominios», que incluían tropas «nativas», como los maoríes neozelandeses: Canadá envió 500.000 hombres a Europa y al Oriente próximo, Irlanda 200.000, Australia más de 300.000, Nueva Zelanda 100.000... Alrededor de 250.000 de estos perdieron la vida en combates en que las bajas pasaban del 50 %.

El Imperio otomano y la guerra santa de Oriente

La guerra que el Imperio otomano, aliado a Alemania y a Austria-Hungría, declaró a las potencias de la Entente el 2 de noviembre de 1914 era de una naturaleza distinta a la que se estaba desarrollando en los campos de Francia o de Austria: era una guerra santa, una yihad contra los cristianos proclamada desde Estambul por el sultán turco Mehmet V en su condición de califa (aunque el poder político estuviese desde 1909 en manos del Comité de Unión y Progreso de los «jóvenes turcos» [CUP], el sultán conservaba su autoridad religiosa). La idea de establecer una alianza con Turquía y sublevar a los pueblos islámicos, desde Marruecos hasta la India, contra sus opresores cristianos parece haber surgido del arqueólogo y orientalista alemán Max von Oppenheim, y la verdad es que, aunque el llamamiento a la guerra santa no fuera atendido ni en la India ni en el norte de África, esta operación llegó a ser más importante de lo que se suele pensar.

Los turcos entraron en la guerra contando con la ayuda y el asesoramiento de

los alemanes, que les habían cedido previamente dos cruceros para que hicieran frente a los rusos en el mar Negro. De hecho su participación comenzó cuando el 29 de octubre, antes por tanto de la declaración de guerra, barcos turcos atacaron los puertos rusos. Sus planes consistían en atacar sobre todo en dos frentes: hacia el Cáucaso, para recuperar territorios anexionados por Rusia tras la guerra de 1877-1878, y hacia Egipto, que era una provincia otomana ocupada por los británicos, que la convirtieron entonces en protectorado y destituyeron al virrey nombrado por Estambul.

Los rusos respondieron en noviembre atacando por el este de Anatolia, mientras los británicos desembarcaban en Irak, en una campaña destinada inicialmente a proteger la refinería de petróleo de Abadán, y ocupaban Basora con unas tropas integradas fundamentalmente por soldados hindúes, a la vez que reunían en Egipto una fuerza militar considerable, en que participaban hindúes, neozelandeses y australianos, con el doble propósito de intervenir en el Oriente próximo y de resguardar el canal de Suez, contando además para ello con la colaboración de embarcaciones francesas. Había que defender el petróleo iraní y la ruta hacia la India, que eran dos pilares fundamentales del Imperio británico.

Mientras el ministro de la Guerra turco, Enver Pashá, se disponía a atacar a los rusos por el Cáucaso, Cemal Pashá, un general nativo de Georgia que formaba también parte de la cúpula de poder de los Jóvenes Turcos, se instalaba en Siria con plenos poderes para reunir un ejército con el que atacar Egipto a través del Sinaí.

La campaña contra los rusos, en que se esperaba contar con el apoyo de los musulmanes del Cáucaso, fracasó. Enver y sus consejeros alemanes pretendieron repetir allí el esquema de la batalla de Tannenberg, lo que era imposible en un escenario montañoso y en una época de frío intenso, con unas tropas que carecían del equipamiento adecuado para luchar en estas condiciones. La batalla por la toma de Sarıkamış, a fines de noviembre de 1914, acabó en una terrible derrota de las fuerzas otomanas.

En enero de 1915 Cemal Pashá iniciaba el ataque hacia el canal de Suez con fuerzas inferiores a las de los británicos, pero confiando en el apoyo que podían darle las revueltas locales. Los turcos llegaron a cruzar el canal de noche, pero la fuerte resistencia que encontraron les obligó a retroceder, sin haber podido satisfacer la demanda de los alemanes, que querían sobre todo que hundiesen

algún buque para cerrar el tránsito por el canal.

La siguiente actividad de los otomanos fue una operación en Irak, destinada a recuperar Basora de los británicos. El problema que tenían los turcos en aquel territorio era que no podían contar con el apoyo de los árabes del Golfo Pérsico (los británicos se habían adelantado, concediendo la independencia a Kuwait) y que la lealtad de los nómadas de Irak era poco de fiar. La derrota sufrida en la batalla de Shaiba, el 12 de abril de 1915, no sólo permitió a los británicos mantener Basora, sino avanzar hacia el norte.

La falsa sensación de debilidad que produjeron estos primeros fracasos turcos animó a lord Kitchener, con la plena colaboración de Winston Churchill como Primer lord del Almirantazgo, a organizar una operación destinada a atacar a Alemania por donde menos lo esperaba, y ayudar de paso a los rusos que, con los puertos del Báltico y del mar Negro bloqueados por sus enemigos, se veían obligados a aprovisionarse por el puerto de Arjángelsk, que permanecía medio año helado, o por el muy lejano de Vladivostok, en el Pacífico.

Las fuerzas de la Entente atacarían por mar en los Dardanelos para que los turcos, al ver amenazada Estambul, retirasen tropas del Cáucaso, a la vez que con ello esperaban abrir paso para enviar ayuda a los rusos a través de los estrechos que separan el Mediterráneo del mar Negro. El objetivo inicial era bombardear las defensas turcas y desembarcar en la península de Gallipoli, con Estambul a la vista.

Las acciones comenzaron con el bombardeo de las fuerzas turcas por los buques de guerra británicos y franceses. A esto había de seguir una operación de limpiado de minas para poder penetrar más profundamente en los estrechos; pero el mal tiempo la retrasó más de lo previsto y la artillería móvil que los alemanes habían proporcionado a los turcos comenzó a causar daños en los buques. El ataque en masa del 18 de marzo de 1915 fue desastroso. Un buque francés, el *Buvet*, hizo explotar una mina y se hundió con la mayor parte de su tripulación; el ataque acabó con tres barcos hundidos y otros tres gravemente dañados: era la primera victoria de los turcos.

Estaba claro que la operación había de completarse con una acción terrestre que anulase las defensas turcas y permitiese entrar a los barcos. La Fuerza Expedicionaria Mediterránea —compuesta inicialmente por unos setecientos cincuenta mil hombres e integrada por británicos, australianos, neozelandeses,

hindúes, franceses y tropas coloniales africanas— comenzó a desembarcar el 25 de abril en Gallipoli. La batalla, que se prolongó de abril de 1915 a febrero de 1916, fue un gigantesco desastre. Se había emprendido con oficiales viejos o retirados, cuya incompetencia asombraba a los militares turcos, entre los que se encontraba Mustafa Kemal, el futuro padre de la patria turca; los soldados de la Entente sufrieron además por la dureza de las condiciones, que se agravaron con una epidemia de disentería.

No se consiguió ninguno de los objetivos propuestos y su coste fue de medio millón de bajas y más de cien mil muertos, a partes iguales entre los turcos y las fuerzas de la Entente. Finalmente fue el propio lord Kitchener quien hubo de plantear la necesidad de la evacuación, que se realizó con un elevado riesgo y abandonando sobre el terreno grandes cantidades de material. Gallipoli consumió hombres y materiales que hubieran sido mejor empleados en el frente de Francia, y dejó la suerte de la guerra en Oriente en la mayor de las incertidumbres, con el miedo pendiente a una revuelta islámica en el mundo colonial.[12]

El genocidio armenio

Mientras se desarrollaba la campaña de Gallipoli, los turcos, que temían que la numerosa población armenia del imperio, de religión cristiana y con aspiraciones nacionalistas, se comportase como un enemigo interno, comenzaron retirando las armas a los armenios enrolados en el ejército, a los que se destinó a batallones de trabajo. En abril de 1915 se dieron en la zona de Van (cerca de la frontera de Irán) órdenes de «exterminar a todos los armenios de doce años para arriba»; lo que explica que cuando los rusos ocuparon la provincia encontrasen unos 55.000 cadáveres, la mitad de la población armenia de la zona. Pocos días después comenzaba la detención en Estambul de varios centenares de notables armenios y se ordenaba al ejército destruir todas las organizaciones armenias, con el fin de privarles de sus dirigentes naturales. Comenzaron a partir de entonces las deportaciones en masa hacia zonas desérticas, acompañadas de asaltos y asesinatos.

Con el pretexto de unas revueltas armenias que nunca existieron se ordenó, a fines de mayo de 1915, deportar y dispersar las poblaciones armenias del este hacia territorios del sur. Pero si las disposiciones publicadas hablaban de deportación, las instrucciones secretas ordenaban el exterminio. Se sacó de la cárcel a asesinos convictos y se los movilizó en bandas constituidas para actuar como «carniceros». Armenios, asirios y cristianos fueron asesinados en episodios de una extrema brutalidad. De mayo a noviembre de 1915 casi todos los armenios del este de Anatolia habían sido expulsados de sus hogares: los hombres eran asesinados, y las mujeres y los niños marchaban en caravanas hacia el desierto sirio, a pie o transportados en vagones de ganado, en una marcha imparable hacia el sur, cuyo objetivo era el exterminio gradual de sus miembros entre asesinatos en masa, violaciones, secuestro de niños y conversiones forzadas. En la primavera y el verano de 1916, escribe Ronald Grigor Suny, «se produjo una orgía de asesinatos: decenas o tal vez centenares de miles de los armenios deportados fueron exterminados a lo largo del Éufrates y en Deir al Zor», mientras los supervivientes eran empujados más allá. Según el cónsul norteamericano, de los 300.000 armenios que habían llegado a Deir al Zor, en septiembre de 1916 quedaban tan sólo unos 12.000, que fueron finalmente masacrados.

No hubo en general resistencia, salvo casos aislados como el de los 4.200 armenios que se refugiaron en el Musa Dag, la montaña de Moisés, y resistieron al ejército turco hasta que los rescató la Armada francesa en septiembre de 1915. Los cálculos más documentados estiman que entre 1915 y 1918, en el transcurso de la guerra, murieron en el Imperio otomano más de 600.000 armenios (a lo que habría que agregar los que murieron en las operaciones que se produjeron después de terminada la guerra).

La derrota de los otomanos

La guerra proseguía en Mesopotamia, donde durante la primavera y el verano de 1915 las tropas expedicionarias anglo-indias habían seguido progresando, hasta que unas fuerzas otomanas reorganizadas, puestas al mando de un general alemán, el barón Goltz, frenaron su avance e iniciaron en diciembre el sitio de la ciudad de Kut, en la orilla izquierda del Tigris. El sitio duró más de cuatro meses, durante los cuales se frustraron todo los esfuerzos británicos por romperlo, empleando incluso tropas sacadas del frente occidental. Kut se rindió el 29 de abril de 1916 y 5 generales, 400 oficiales y 13.000 soldados quedaron prisioneros de los turcos. Era la mayor derrota británica de esta guerra y una clara demostración de que el futuro del conflicto era todavía incierto.

El final de la guerra en este escenario de Oriente no fue en realidad obra de los ejércitos de la Entente, sino que tuvo como protagonistas a los pueblos árabes, mal acomodados al dominio turco, que se vieron además sometidos a un hambre catastrófica en 1915, como consecuencia de una plaga de langosta, combinada con los efectos del bloqueo de sus costas por las embarcaciones de la Entente. Los británicos buscaron la alianza del jerife Husayn de La Meca, del linaje hachemita, emparentado con el Profeta, para contrarrestar con su autoridad religiosa la del sultán otomano. Como resultado de las promesas del comisionado británico en Egipto, sir Henry McMahon, que ofrecía a Husayn la independencia árabe y un vasto reino, comenzó en junio de 1916 la revuelta árabe en La Meca, protagonizada por bandas nómadas que contaban con el apoyo de la escuadra y la aviación británicas, y con artillería y, sobre todo, con abundantes recursos enviados desde Egipto. Hubo que proporcionarles también combatientes de refuerzo, que habían de ser musulmanes, y se envió a Thomas E. Lawrence como asesor de Faysal, el hijo de Husayn, para colaborar con él en el proyecto de crear una gran monarquía árabe.

En Palestina las fuerzas que mandaba Allenby, muy superiores en número a las que le oponían los turcos, tomaron Gaza el 31 de octubre y consiguieron rendir Jerusalén el 9 de diciembre de 1917: era el «regalo de Navidad» que el gobierno británico ofrecía a su pueblo. La campaña siguió hasta la toma de Alepo el 26 de octubre de 1918. Cuatro días más tarde, el 30 de octubre, se firmaba el armisticio con Turquía en Mudros, en la isla de Lemnos (en la noche

del 1 al 2 de noviembre ocho altos mandos del gobierno del CUP, incluyendo a Enver y Cemal, embarcaron en un torpedero alemán y emprendieron una larga fuga que acabaría llevándolos a Berlín). En noviembre los soldados de la Entente desembarcaban en Estambul.

El final de la Gran guerra

Aunque se hubiese extendido a escala mundial, la guerra, que se había iniciado en Europa, iba también a concluir aquí, de modo que conviene volver a este escenario para entender cómo y por qué acabó. Un final que no se decidió en los campos de batalla, sino que fue consecuencia de la crisis interna que el cansancio de la guerra estaba produciendo en las sociedades de Alemania y de Austria, agravada por el ejemplo ofrecido por la revolución rusa.

Carlos, el nuevo emperador de Austria-Hungría (1916-1918), se deshizo del equipo político y militar de su predecesor, y trató de hacer frente a una inquietud social creciente volviendo a abrir el parlamento austríaco, que se había cerrado al iniciarse la guerra, a la vez que forzaba la renuncia de Tisza, el dirigente húngaro que se negaba a aceptar cambios en su país. Este intento de apertura democrática permitió advertir que los distintos grupos nacionales insatisfechos —checos, eslavos del sur, polacos...— aspiraban ante todo a separarse del imperio, donde la situación había llegado a ser desastrosa: faltaban los alimentos y se iba extendiendo un malestar que se tradujo en grandes huelgas y en un motín en la flota del Adriático, que izó la bandera roja. Convencido de que el imperio no podría sobrevivir a la prolongación de la guerra, Carlos inició conversaciones secretas con políticos franceses para explorar las posibilidades de un acuerdo de paz; pero sus aliados alemanes, que pudieron enterarse de este intento por una indiscreción de Clemenceau, no sólo no estaban dispuestos a tolerar que se negociase mientras creían conservar posibilidades de ganar la guerra, sino que impusieron al emperador austríaco humillantes condiciones de sumisión.

En Alemania también, a medida que se desvanecían las ilusiones que había suscitado la campaña de los submarinos y se agravaba la escasez de alimentos, se fue gestando una crisis que llevó al Reichstag a presentar propuestas de

democratización, a la vez que se reivindicaba una paz «sin anexiones ni reparaciones». La «Resolución sobre la paz», presentada por iniciativa del político católico Matthias Erzberger, con el apoyo de otros grupos, incluidos los socialdemócratas, fue aprobada por 212 votos contra 126, ante la indignación del Káiser y de los militares. El canciller Bethmann Hollweg renunció el 13 de julio de 1917, en una decisión forzada por Hindenburg y Ludendorff, que amenazaron al Káiser con dimitir si no lo echaba.

Los militares lograron además que Bethmann fuese reemplazado por hombres débiles, cancilleres de papel como Michaelis y Hertling, lo que les dejó manos libres para ejercer desde este momento una «dictadura silenciosa» que prescindía del Reichstag y dejaba aislado al Káiser. Para dotarse de apoyo político crearon, en septiembre de 1917, el Partido de la Patria —*Deutsche Vaterlandspartei*— dirigido por Wolfgang Kapp y por el almirante Von Tirpitz, un marino que no tenía en estos momentos destino activo. El nuevo partido, financiado por donaciones de la gran industria, alcanzó a tener más de un millón de afiliados, fundamentalmente conservadores de clase media (terratenientes, académicos, clérigos, funcionarios, maestros...) que rechazaban tanto la reforma constitucional, que pedía la izquierda en el Reichstag, como sus propuestas sobre la paz, e intentaban revivir «el espíritu de 1914».

La situación se fue degradando al mismo tiempo que se difundía una creciente oposición a la continuación de la guerra, movida tanto por la escasez de los alimentos como por las noticias que transmitían los soldados que regresaban con permiso. Las huelgas de los obreros industriales se multiplicaron —a fines de enero de 1918 hubo un movimiento de huelga que se inició en Berlín y se extendió a todas las grandes ciudades del imperio, en medio de incitaciones para imitar la conducta del «proletariado ruso»—, y comenzaron los motines entre los marineros de la flota. Para los militares el riesgo de subversión social, que atribuían a la labor de agitación de socialistas radicales y de agentes del enemigo, sólo podía resolverse después de ganar la guerra, cuando pudieran aplicar todo el rigor de la represión al restablecimiento del orden social.

El fin de la guerra en el este a partir del armisticio de diciembre de 1917, culminado en el tratado de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918), liberaba unas fuerzas con las que Ludendorff se propuso organizar una gran ofensiva en el frente del oeste para romper el equilibrio que lo había inmovilizado. Convenía

forzar el fin de la guerra antes de que pudiera llegar a Europa el grueso de las tropas norteamericanas.

La nueva ofensiva de Ludendorff se inició el 21 de marzo de 1918, lanzando un millón de hombres sobre los británicos, con la esperanza de que, vencidos estos, los franceses abandonarían la lucha. Entre sus novedades tácticas, que incluían una mayor movilidad de la infantería, figuraba un empleo distinto de la artillería, que se utilizaba ahora para atacar las baterías del enemigo con proyectiles que combinaban la destrucción de los cañones con el uso de gases tóxicos para neutralizar al personal al servicio de éstos.

La operación se desglosó en una serie de ofensivas que le permitieron ganar terreno y situarse a sesenta kilómetros de París, que experimentó el pánico de un bombardeo de artillería por obra de un enorme cañón Krupp que llegó a disparar unas 350 veces y causó 256 muertos y más de 600 heridos en la capital francesa.

Los éxitos alemanes duraron hasta mediados de julio de 1918, en un momento en que, según escribe Strachan, «el Imperio alemán alcanzó su máxima extensión», desde las afueras de París a Ucrania. Sin embargo, el triunfo de Ludendorff era equívoco, ya que no había conseguido la derrota total del enemigo —no había logrado que se rindiese— y había consumido en estas operaciones sus mejores reservas, a costa de unas ochocientas mil bajas. Sus hombres —que sufrieron ahora además los primeros efectos del contagio de la llamada «gripe española», que iba a causar millones de muertos en el mundo entero—[13] se encontraban agotados, faltos de provisiones y, sobre todo, habían perdido la esperanza en un próximo fin de la guerra. Los desertores de un ejército imperial desmoralizado informaban a los aliados de los planes de batalla de los alemanes, lo que les ayudaba a contener sus ataques.

Incapaz de percatarse de la realidad, Ludendorff seguía manteniendo sueños megalómanos. Esperaba derrotar a Francia en 1918 y, para obligar a los ingleses a rendirse, proponía organizar una nueva campaña asiática en dirección a la India, contando con el apoyo de los turcos, que no estaban ya en aquellos momentos en condiciones de colaborar en tales aventuras.

Los aliados, que habían recibido los primeros refuerzos norteamericanos, prepararon un gran contraataque, pese a las advertencias del jefe del gobierno británico, Lloyd George, que pedía a los militares que no se precipitasen, porque había que conservar fuerzas para la campaña de 1919, cuando podrían contar con

el potencial que significarían cerca de un millón y medio de soldados norteamericanos.

La respuesta militar de los aliados, dirigida por Foch, que estuvo al frente de las fuerzas conjuntas franco-británicas en la llamada «campaña de los cien días», fue en buena medida un triunfo del potencial industrial de los aliados, que contaban ahora con superioridad en la artillería y con una dotación de centenares de tanques. El 8 de agosto comenzó el avance de los aliados, con un gran ataque por sorpresa en la región de Amiens. Los alemanes tuvieron 27.000 bajas, 15.000 de ellas como prisioneros de guerra, y perdieron gran cantidad de cañones, morteros y ametralladoras. Un desmoralizado Ludendorff diría que «el 8 de agosto fue el día más negro del ejército alemán en la historia de esta guerra».[14]

Exhausto físicamente, y con el trauma de ver cómo un hijastro suyo moría abatido en un combate aéreo, Ludendorff seguía insistiendo en las posibilidades de agotar al enemigo que ofrecía «una defensiva estratégica con acciones ofensivas periódicas».

Quedaban todavía tres meses de guerra, en que los alemanes resistieron con firmeza, aunque, desvanecida la esperanza de una victoria, comenzaban a pensar en la necesidad de pedir un armisticio. Les forzaba a ello la perspectiva de lo que podía ocurrir cuando los norteamericanos se incorporasen con todas sus fuerzas, pero también la situación interior de Alemania, donde se temía que pudiera repetirse lo que el año anterior había sucedido en Rusia con el inicio de la revolución bolchevique.

El 26 de septiembre comenzó la ofensiva Meuse-Argonne, en que se produjo la primera y no muy afortunada intervención de las tropas norteamericanas, a las órdenes del general Pershing, con un gran número de bajas, que la convirtieron en la más sangrienta batalla de la historia estadounidense hasta aquel momento.

Se iniciaba también entonces el ataque aliado contra la línea Hindenburg/Sigfrido, un sistema fortificado de 160 km. Sobrepasada esta enorme instalación defensiva, comenzaron a avanzar hacia las fronteras de Alemania, en una dura sucesión de operaciones en que hasta el último momento siguió cayendo una gran cantidad de hombres.

Todo se estaba derrumbando: Bulgaria capituló el 30 de septiembre, Turquía el 30 de octubre y Austria-Hungría se declaró vencida en el frente italiano el 3

de noviembre, mientras sus ejércitos plurinacionales se disgregaban.

Preocupados sobre todo por la evolución que estaba siguiendo la sociedad alemana, los altos mandos militares, el «cuerpo de oficiales», se proponían contener el avance revolucionario, para lo cual necesitaban conseguir un armisticio, tal como Hindenburg y Ludendorff le propusieron el 29 de septiembre al Káiser, que les contestó: «La guerra ha acabado de modo muy distinto a como esperábamos. Nuestros políticos nos han fallado miserablemente». Sabían, sin embargo, que el presidente norteamericano, Woodrow Wilson, había señalado como una exigencia previa para empezar a negociar con Alemania: «Que sepamos en nombre de quién hablan sus portavoces cuando hablan con nosotros, si en el de la mayoría del Reichstag o en el del partido militar cuyo credo es el de la dominación imperial».

El 3 de octubre de 1918 se nombró canciller a un príncipe liberal, Max von Baden, que formó un gobierno que incluía diputados de los partidos que habían apoyado la «Resolución sobre la paz». Incitado por Ludendorff, que temía ahora que si no se detenían los combates podía producirse la disolución del ejército, el nuevo canciller inició sus contactos con Wilson. Las primeras respuestas del presidente norteamericano —influidas posiblemente por el hecho de que el 11 de octubre un submarino alemán había hundido un buque de pasajeros y causado 450 muertes— fueron desalentadoras, puesto que sólo ofrecía negociaciones de paz sobre la base de los catorce puntos de su programa a un gobierno auténticamente representativo.

Ludendorff consideró que las condiciones que exigía Wilson eran demasiado duras y que se podría conseguir un mejor trato si seguían luchando. Pero el nuevo canciller seguía empeñado en negociar la paz, para lo cual consiguió que el Káiser aprobase el fin de la guerra submarina sin restricciones. Hindenburg y Ludendorff se dirigieron a Berlín el 25 de octubre para pedirle al Káiser la destitución de Max von Baden, el abandono de las negociaciones y la continuación de la guerra. Guillermo II, que pensaba que lo que Wilson deseaba era la caída del jefe supremo del ejército, y no la suya, optó en esta ocasión por destituir a Ludendorff, reemplazado por el general Groener, que tenía muy claro que lo único que cabía hacer era negociar un armisticio.

El 26 de octubre de 1918 Max von Baden hizo votar en el Reichstag una modificación de la constitución alemana de 1871 que determinaba que el

gobierno pasaba a ser responsable ante el parlamento, con lo cual la monarquía se convertía de súbito en plenamente parlamentaria (no se cambiaron, en cambio, las reglas mucho más retrógradas que regían las elecciones en el reino de Prusia).

Los almirantes de la flota trataron por su cuenta de obstaculizar las negociaciones de paz. Decidieron para ello sacar los buques, que habían permanecido amarrados desde la batalla de Jutlandia, para enfrentarse a los británicos en una batalla decisiva. En aquella flota inmovilizada en Kiel los marineros llevaban mucho tiempo pasando hambre con raciones miserables, a diferencia de lo que ocurría con los oficiales. El malestar y los actos de indisciplina suscitados por estos hechos determinaron que se autorizase a los marineros a organizar comités de alimentos, que fueron sus primeros núcleos de organización legal. Poco a poco la mayoría de ellos, que no estaban politizados, pero odiaban a sus jefes y deseaban la paz, fueron entrando en contacto con los socialdemócratas radicales, estimulados por lo que había sucedido en Rusia, donde la primera consecuencia de la revolución había sido el fin de la guerra. Así, lo que había comenzado como una simple muestra de malestar, se radicalizó, hasta llegar el momento en que los marineros se ofrecieron a firmar un documento en demanda de la paz que se leería en una conferencia internacional en Estocolmo. Cuando el 29 de octubre se supo que la flota se disponía a zarpar, los marineros se negaron a obedecer las órdenes y se dispersaron por los alrededores de Kiel, extendiendo la revolución, primero por la costa, en Hamburgo y Bremen; después por el interior, en Hannover y Colonia.

En el ejército de tierra la deserción de los soldados (muchos de los que marchaban con permiso no regresaban al frente), y la actitud de algunas unidades —en especial las que habían sido transportadas desde el frente ruso, que se negaban a seguir combatiendo— anunciaban la proximidad de una catástrofe. Había que negociar la paz de inmediato.

La situación interior se agravaba también por momentos, con la agitación de una población que deseaba el fin de la guerra a cualquier precio, sin que bastaran a contenerla los socialdemócratas, que recomendaban a los «obreros con conciencia de clase» que no hicieran huelgas ni manifestaciones contra el gobierno, puesto que no querían optar por una vía revolucionaria como la de los

bolcheviques rusos. Rathenau, dirigente de la gran empresa industrial A. E. G., consideraba que el país estaba siguiendo un camino parecido al de Rusia. En Berlín se estaban produciendo ya manifestaciones en favor de la paz que se dirigían a la embajada soviética para expresar su solidaridad, a costa de una dura represión por parte de la policía, y Karl Liebknecht, el jefe socialista radical («espartaquista») liberado de la cárcel, fue recibido como un héroe y llevado en hombros por soldados condecorados con la Cruz de Hierro.

El 7 de noviembre, siguiendo el impulso que se había iniciado en Kiel, estalló en Múnich una revolución en que participaban conjuntamente el SPD y el USPD, que derribó la monarquía de Baviera y entregó el poder a un «consejo de trabajadores, campesinos y soldados», bajo la dirección de Kurt Eisner, quien proclamó la República socialista de Baviera.

Mientras la revolución se extendía, y los monarcas de los diversos estados alemanes eran destronados, la situación en Berlín había llegado a tal punto que el 7 de noviembre el dirigente del SPD Friedrich Ebert le dijo a Max von Baden que «si el Káiser no abdicaba, la revolución era inevitable». Los socialistas publicaron este mismo día un ultimátum exigiendo la inmediata abdicación del Káiser, en un intento de frenar el descontento de las masas.

Guillermo II, que había salido de Berlín el 29 de octubre en dirección al cuartel del Alto Mando en Spa, en Bélgica, donde estaba rodeado por sus generales, se negaba a abdicar, convencido de que podía contar todavía con la fidelidad de los soldados para oponerse a las demandas «de unos pocos centenares de judíos o de un millar de trabajadores». Pero Groener había consultado a los comandantes de las tropas del frente si sus soldados estarían dispuestos a combatir por el emperador y contra el bolchevismo, y la respuesta había sido negativa. Guillermo seguía resistiéndose, tratando por lo menos de conservar el título de rey de Prusia.

El 9 de noviembre, mientras la revolución se extendía por Berlín, y el SPD, viendo que era inevitable su triunfo, abandonaba el gobierno, Max von Baden anunció a mediodía por su cuenta que «el Káiser y rey ha decidido abandonar el trono»[15] y le entregó el poder a Ebert, como jefe que era de la mayoría socialdemócrata del último parlamento. En la calle grandes manifestaciones marchaban hacia el centro de la ciudad, acompañadas por soldados que abandonaban los cuarteles y les arrancaban a los oficiales estrellas y galones.

Llegaron así frente al Reichstag, donde Philipp Scheidemann, un dirigente del SPD que había formado parte del último gobierno, salió al balcón, anunció la abdicación del Káiser y proclamó la república. Ebert se convertía así en jefe de un gobierno que era, a la vez, el de «los comisarios del pueblo» y el último «gobierno imperial».

El 11 de noviembre, poco después de las cinco de la mañana, se firmó el armisticio en un vagón de ferrocarril en el bosque de Compiègne, a unos noventa kilómetros al norte de París. Una delegación alemana, presidida por el ministro de Estado Matthias Erzberger, en representación de Ebert, e integrada además por un representante del ministerio de Asuntos exteriores, un militar y un marino, firmaron el documento que les presentaron el general Foch, jefe supremo de las tropas aliadas, y el almirante británico sir Rosslyn Wemyss. Era de hecho una rendición incondicional. No se había cumplido la promesa de Wilson de que habría «negociaciones de paz», sino que todo se redujo a una serie de imposiciones que los derrotados estaban obligados a aceptar. En un momento dado la discusión en el vagón de ferrocarril de Compiègne versó sobre el número de ametralladoras que los alemanes debían entregar. Se les pidieron treinta mil, pero la delegación alemana protestó que, si entregaban tantas, «no les quedarían suficientes para disparar sobre el pueblo alemán, si ello llegaba a ser necesario». Foch les concedió que se quedasen cinco mil más para esta eventualidad.

La Primera guerra mundial fue un conflicto brutal, «una hecatombe sin precedentes, con pérdidas en una escala monstruosa», en palabras de Antoine Prost, en que murieron diez millones de soldados de un total de cerca de setenta y cuatro millones movilizados.[16] Las muertes de civiles se estiman en unos siete millones: un millón como consecuencia de acciones militares directas, y cerca de seis millones por el hambre y las enfermedades causadas por la guerra. Otros elevan esta cifra a diez millones, incluyendo un millón y medio de víctimas del exterminio de los armenios. La mayor parte de las muertes de civiles por acción de guerra se refieren a las «atrocidades» que cometieron los soldados de todos los ejércitos en todos los frentes, justificadas habitualmente como una respuesta a los ataques recibidos por parte de la población civil. Como

diría Harry Patch, el último superviviente británico de la lucha en las trincheras, que falleció en 2009, la Primera guerra mundial «no fue más que un asesinato en masa legalizado».

Los tratados de paz

Los tratados que pusieron fin a la guerra no fueron negociaciones de paz, sino imposiciones de los vencedores. En las conversaciones celebradas en París a partir de enero de 1919 se estableció un «consejo de los cinco» integrado por las potencias vencedoras, cuya primera misión, a instancias de Wilson, fue establecer el convenio para la creación de una Sociedad de Naciones. Armados con el disfraz de liberalismo que esto les proporcionaba, los vencedores se dispusieron a rehacer el mapa de Europa y a repartirse las colonias de los vencidos, imponiendo sus decisiones a los derrotados, a quienes se obligó a firmar los tratados de paz sin ninguna opción de discutirlos.

Japón obtuvo la transferencia de los derechos de Alemania en China y de una parte de las islas que ésta ocupaba en el Pacífico (otras fueron para Australia y Nueva Zelanda), y se desentendió del resto. Italia, tratada como un actor secundario, participó en las negociaciones mientras esperaba conseguir sus demandas territoriales, pero se desinteresó del tema a partir del momento en que vio que no iba a recibir lo que se le había prometido inicialmente. Fueron, por tanto, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña quienes se dedicaron a establecer un nuevo mapa del mundo, comenzando por rehacer por completo el de Europa.

Los tratados se firmaron todos en «chateaux» franceses de los alrededores de París, que les dieron su nombre. El tratado con Alemania se firmó en Versalles el 25 de junio de 1919. Después siguieron, entre septiembre de 1919 y agosto de 1920, los de Saint-Germain-en-Laye con Austria, de Neuilly con Bulgaria, de Trianon con Hungría y de Sèvres con Turquía.

Alemania, privada de sus colonias y de su flota, y con grandes limitaciones a su capacidad militar —su desarme era la principal, y legítima, preocupación de los franceses—, quedaba reducida a una potencia continental europea, pero no experimentó grandes pérdidas territoriales.[17] Contra lo que quiere el tópico, el tratado de Versalles no castigó duramente a Alemania. No tiene comparación

con las exigencias que los alemanes impusieron a Francia tras su derrota en 1871, ni con las que sufrieron los países ocupados por ellos durante la Segunda guerra mundial. Se quería frenar su prepotencia sin debilitarla en exceso, puesto que se esperaba que sirviese de barrera a la amenaza del comunismo soviético. Pero los alemanes, que nunca acabaron de aceptar que habían perdido la guerra, no estaban dispuestos a asumir las consecuencias, y se sentían especialmente agraviados por el artículo 231 del tratado de Versalles, que les declaraba responsables «de haber causado las pérdidas y daños a que los aliados y gobiernos asociados y sus nacionales se han visto sujetos como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados». Lo cual, por otra parte, era cierto.

Las pérdidas territoriales mayores las sufrieron Austria, Hungría y Bulgaria, como consecuencia de una remodelación del mapa de la Europa oriental que estaba destinada a crear un cinturón de estados fuertemente armados —Polonia, Checoslovaquia y Rumania— que habían de constituir la primera barrera contra la amenaza soviética.

Austria quedó reducida a un pequeño país de 6,5 millones de habitantes (contra los 51,39 millones que tenía el imperio), la tercera parte de los cuales residía en la ciudad de Viena, y se encontró privada tanto de sus viejas fuentes de alimentos y materias primas, como de los mercados para una industria que colocaba tradicionalmente sus productos en los territorios del imperio.

El caso de Hungría fue peor. El tratado de Trianon le arrebató nada menos que dos tercios de su territorio y tres cuartas partes de su población para contentar a los aliados de los vencedores (checos, rumanos y serbios). Tan sólo Rumania recibió 103.000 km^2 de territorio húngaro, mientras que la propia Hungría quedaba reducida a 93.000 km^2.

El tercero de los grandes perjudicados fue Bulgaria, que perdió la mayor parte de Macedonia en beneficio de Serbia, y Dobruja, incorporada a Rumania, a la vez que se veía privada de su salida al Mediterráneo por Tracia, que se cedió a Grecia, lo que la dejó aislada en el mar Negro.

De este arreglo salieron dos países nuevos y un tercero cambió de naturaleza. [18] Polonia reaparecía después de haber permanecido durante ciento veintiocho años repartida entre Rusia, Prusia y Austria. Nadie creía en su viabilidad; Keynes opinaba que era «una imposibilidad económica, cuya única industria es

la persecución de judíos». Su heterogeneidad étnica y cultural agravaba la situación: en su territorio había un 70 % de polacos, un 15 % de ucranianos y rutenos, un 8 % de judíos y un 4 % de bielorrusos. Uno de los mayores problemas de su creación fue el establecimiento de sus fronteras, en especial de las que la separaban de Rusia. El ministro británico de Asuntos exteriores, lord Curzon, hizo una propuesta que se basaba en los antecedentes históricos; pero ni rusos ni polacos la aceptaron. Los diversos enfrentamientos entre 1919 y 1921 que conocemos como la «guerra soviético-polaca» dieron la oportunidad a los polacos de desplazar la frontera a la «línea de Riga», unos 250 km al este de la línea Curzon, con lo que se incorporaron unos 135.000 km^2 de territorio donde la población de etnia polaca era minoritaria. La fragmentación étnica explica que en 1926 hubiese 26 partidos políticos polacos y 36 de las minorías (en un país mucho más pequeño, como era Letonia, había 45 partidos diferentes).

Checoslovaquia era un país creado de nuevo que integraba a los checos, que habían conseguido un notable desarrollo, tanto económico como cultural, en el seno del Imperio austro-húngaro, con los eslovacos, que habían permanecido integrados a Hungría, y constituían un país católico, agrario y más atrasado, que aceptó unirse a los checos porque éstos les ofrecieron una amplia autonomía. A éstos se agregó aun la Rutenia subcarpática, que había estado también integrada en Hungría.

Las dificultades para precisar las fronteras explican que hubiera unas relaciones conflictivas entre estos países (de Checoslovaquia con Hungría y con Polonia, por ejemplo), lo que echó por tierra la ilusión aliada de que se unieran para hacer un frente común contra el bolchevismo.

En cuanto a Serbia, el compromiso de los aliados era simplemente el de darle «libre acceso al mar» por Bosnia; pero la preocupación por la afinidad de los serbios, que eran eslavos y de religión ortodoxa, a los rusos, movió a los aliados a fomentar la creación de un estado en el que se integrasen también los croatas y eslovenos, católicos y culturalmente más próximos a «Occidente». Los promotores de esta fusión —serbios, croatas y eslovenos, porque a los bosnios, kosovares y macedonios ni siquiera se los tomó en cuenta— llegaron a un acuerdo en Corfú, en julio de 1917, para constituir un «Reino de los serbios, croatas y eslovenos», con los derechos culturales y religiosos de cada comunidad garantizados por una Asamblea constituyente que determinaría la organización

interna del estado y las características de la autonomía de sus diversos componentes.

En la mayoría de estos nuevos estados europeos la evidencia histórica de las nacionalidades que se recreaban era ambigua, con el agravante de que tenían una población muy heterogénea desde el punto de vista étnico, lo que dejaba en los nuevos marcos políticos un total de 25 millones de miembros de minorías diversas. Y la celebración de plebiscitos para conocer la voluntad de los pueblos se limitó a aquellos casos que los vencedores consideraron oportunos, de manera que el hecho de dar la independencia a la etnia mayoritaria en un territorio, no sólo no resolvía el problema de las minorías irredentas, sino que incluso lo agravaba. Los croatas, por ejemplo, descubrieron muy pronto que gozaban de mayor libertad cuando formaban parte del Imperio austro-húngaro, que después de independizarse con los serbios.

Keynes nos ha descrito el espectáculo en París de los estadistas marchando a cuatro patas sobre enormes mapas, intentando poner fronteras en regiones de las que ni siquiera habían oído hablar con anterioridad. Los resultados fueron fatales, de modo que se puede considerar que uno de los orígenes de la Segunda guerra mundial surgió de este apresurado reparto que pretendió crear estados-nación por decreto. Entre sus resultados están millones de muertos causados por los procesos de limpieza étnica en los cincuenta años siguientes.

2

LA HORA DE LA REVOLUCIÓN

A lo largo del siglo XIX la fuerza de los trabajadores agrupados en sindicatos había ido creciendo en Europa. En los últimos años del siglo aparecieron, además, los partidos políticos socialdemócratas que iban a representarles en los parlamentos, en una nueva fase en que, tras la experiencia frustrada de la Comuna de París en 1871, renunciaron a la revolución y depositaron las esperanzas de mejora en la posibilidad de alcanzar nuevas cotas de poder a través del voto, gracias a la apertura gradual de los sistemas de democracia parlamentaria. De este modo el Partido Socialdemócrata de Alemania (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD), el *Labour Party* británico, la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO), el *Partito Socialista Italiano* o el Partido Socialista Obrero Español, entre otros, agrupados desde 1889 en la Segunda Internacional, optaron por una política reformista. Al margen quedaban los anarquistas, que seguirían teniendo un peso considerable en los sindicatos y una participación activa en los movimientos de protesta, con la revolución como objetivo único y directo, practicando en ocasiones el terrorismo, y los sindicalistas revolucionarios, que optaban por la combatividad de la huelga y rechazaban integrarse en el sistema parlamentario.

Esto sucedía al tiempo que los gobiernos conservadores europeos practicaban, siguiendo el modelo de la Alemania de Bismarck, «el reformismo del miedo», adoptando medidas favorables a la clase obrera con el fin de impedir que el descontento la empujase hacia la revolución. Como dijo Gustav Schmoller, «la revolución puede evitarse siempre con las reformas oportunas».

Aunque entregados a una práctica reformista, los partidos socialdemócratas conservaron formalmente la retórica revolucionaria en sus programas para no desconcertar a una militancia que no aspiraba tan sólo a la reforma sino al

cambio social. El conflicto existente entre la retórica y la praxis se pudo advertir ante la proximidad de la Primera guerra mundial. En el congreso que la Internacional Socialista celebró en Basilea en noviembre de 1912 se proclamó que «era deber de las clases obreras y de sus representantes parlamentarios ... realizar todos los esfuerzos para prevenir el inicio de la guerra» y que, si ésta finalmente estallaba, debían intervenir para su pronto fin «y utilizar la crisis económica y política creada por la guerra para levantar al pueblo y acelerar la caída del gobierno de la clase capitalista». El congreso proclamaba, además, su satisfacción ante «la completa unanimidad de los partidos socialistas y de los sindicatos de todos los países en la guerra contra la guerra», y llamaba a «los trabajadores de todos los países a oponer el poder de la solidaridad internacional del proletariado al imperialismo capitalista».

Pero en la tarde del 4 de agosto de 1914 tanto los socialistas franceses como los alemanes aprobaron entusiásticamente en sus respectivos parlamentos la declaración de guerra y votaron los créditos necesarios para su inicio. El SPD alemán, que había organizado actos contra la guerra hasta julio de 1914, no sólo la aceptó a comienzos de agosto, sino que se integró en una política de *Burgfrieden* o tregua, que implicaba el compromiso de no criticar al gobierno mientras durase la guerra, y se esforzó en desalentar las huelgas.

La revolución rusa de 1917 siguió una trayectoria muy distinta y se convirtió en un nuevo modelo de praxis revolucionaria, que aportaba, como cambio fundamental, una nueva herramienta de lucha: el protagonismo de los consejos —los «sóviets», en lengua rusa— de trabajadores, campesinos y soldados, que se presentaban como la base de una nueva forma de organización social en que el poder debía ir de abajo a arriba. Esto significaba que el proceso revolucionario podía partir aquí de una situación muy distinta a aquella en que se desarrollaba la actividad de los partidos socialdemócratas europeos, que habían aceptado las reglas de la democracia parlamentaria burguesa y veían la revolución y el socialismo como objetivos remotos.

El modelo soviético no se repitió con exactitud en ningún caso, pero dejó un poso de ideas y esperanzas que iban a mantener por muchos años la ilusión de que un orden político y social más igualitario y más justo era posible. La revolución de 1917 marcó profundamente la historia del siglo, alimentando las esperanzas de los de abajo y convertida, por lo menos en sus temores, en la

mayor de las amenazas para los de arriba.

La revolución rusa

Rusia entró en la guerra mal preparada, con una población descontenta del gobierno y una familia real desacreditada: un zar de limitada inteligencia, que le decía a su ministro de Asuntos exteriores, «Procuro no pensar demasiado en ninguna cuestión», y una zarina alemana dominada por un monje embaucador... La autoridad del estado, confiada en las zonas de guerra a los militares, se colapsó. El esfuerzo por la guerra fue muy duro, hasta llevar el país al desastre. Habían movilizado más que ningún otro contrincante, unos quince millones de hombres, y tuvieron dos millones de muertos. En el verano de 1916 se decidió reclutar incluso a los musulmanes del Cáucaso y de Asia central, no para combatir, sino para formar batallones de trabajo, lo que provocó una serie de levantamientos locales. Antes de que comenzaran los movimientos revolucionarios de 1917, afirma Sanburn, «la nación estaba al borde de la guerra civil».

La mala organización del transporte fue responsable de que los vagones quedasen parados en las estaciones, mientras escaseaban los alimentos tanto en el frente como en la retaguardia. En la última semana de febrero[1] de 1917 faltaba el pan en Petrogrado —la capital, que había cambiado su nombre de San Petersburgo para eliminar la terminación alemana «burg»—, donde había manifestaciones, huelgas y una confusión general.

El 23 de febrero, el Día Internacional de la Mujer, se inició en la ciudad una huelga de las trabajadoras de las fábricas de tejidos, que el 25 se había convertido ya en huelga general, a la que el ejército replicó este día y el siguiente disparando sobre la multitud. El lunes 27, sin embargo, fueron los propios soldados los que se rebelaron y empezaron a unirse a los trabajadores para discutir con ellos la situación. Se formó entonces el «Comité Ejecutivo provisional del sóviet de representantes de los trabajadores», al que se unieron después los representantes de los consejos o sóviets de los soldados. Fue en estos momentos cuando los trabajadores de las fábricas comenzaron a ejercer un cierto grado de control a través de unos comités que, sostiene Samuel A. Smith, «se

convirtieron en una parte central del "contraestado" que los obreros construyeron entre febrero y octubre, en cuyo nombre tomaron los bolcheviques el poder».

En vista del hundimiento del gobierno —unos ministros fueron detenidos por los revolucionarios y otros huyeron— se formó un Comité provisional de la «duma» (el parlamento, que en aquellos momentos no estaba en funciones, porque había agotado su mandato) con el objetivo de tomar el poder en sus manos, aceptando la exigencia de los revolucionarios de que en noviembre se convocase una Asamblea constituyente, elegida por sufragio universal, para decidir la forma de gobierno que había que adoptar.

El 22 de febrero, en la víspera de estos acontecimientos, el zar había marchado en tren al puesto de mando central del ejército (la Stavka), en Mogilev. Al enterarse de lo que sucedía en Petrogrado se limitó a ordenar por telégrafo que se suprimieran inmediatamente y por la fuerza los desórdenes.[2] Cuando a comienzos de marzo dos enviados del Comité de la duma le pidieron que abdicara, el zar decidió hacerlo en su hermano Miguel, para que su hijo Aleksiei, que padecía una enfermedad incurable, quedase al margen de estos conflictos. Esto creaba un complejo problema legal, de modo que el Comité decidió que la cuestión había de discutirse en la Asamblea constituyente de noviembre, y el gran duque Miguel renunció a la corona, reconociendo que el poder estaba de hecho en manos del gobierno salido de la revolución, que heredaba así la legitimidad de los zares.

Aunque la realidad era que el poder se encontraba en estos momentos dividido entre los sóviets, que representaban a las fuerzas de la revolución, y el Comité de la duma, formado por miembros de los partidos liberales, que aceptó formar un nuevo gobierno, presidido por el príncipe Lvov, del que formaba parte Aleksandr Kérenski, un político del ala moderada del Partido socialista revolucionario, que era también miembro del sóviet, lo cual aseguraba la comunicación entre los dos organismos.

Mientras los delegados obreros del sóviet eran partidarios de la moderación, los de los soldados forzaron la publicación de la «Orden número 1» del sóviet de Petrogrado, en que se ordenaba a los soldados que eligiesen representantes para el sóviet y que, en lo sucesivo, obedeciesen a los oficiales tan sólo en el frente, pero no en materia de política, en que sólo debían obedecer a sus representantes. Mientras tanto la situación se radicalizaba. En la base de Kronstadt los marinos

se sublevaron, mataron al gobernador, almirante Viren, y se adueñaron de la instalación.

La revolución de febrero, se ha dicho, fue un movimiento que surgió espontáneamente, sin líderes que la dirigieran, puesto que los partidos revolucionarios[3] tenían a sus jefes en el exilio, en Siberia o en la cárcel. La situación cambió cuando el 3 de marzo el Gobierno provisional publicó una amnistía «para todos los delitos políticos y religiosos, incluyendo actos terroristas, revueltas militares, crímenes agrarios, etc.».

Stalin (Iósif V. Dzhugashvili) y Lev Kámenev, dos dirigentes bolcheviques, regresaron el 12 de marzo de Siberia y se hicieron cargo del periódico del partido, *Pravda*, en cuyas páginas defendían el programa de continuar la guerra y convocar una Asamblea constituyente en noviembre, de acuerdo con los planteamientos de mencheviques y socialistas revolucionarios, que dominaban entonces en los sóviets y que eran partidarios de la formación de una república burguesa y de aplazar el socialismo para el futuro.

El 3 de abril regresaba de su exilio en Zúrich Vladimir Uliánov, Lenin, el líder más destacado del partido bolchevique, que pudo hacer el viaje de Suiza a Rusia, en compañía de otros exiliados de su mismo partido, gracias a que el gobierno alemán, que lo que quería era favorecer la retirada de Rusia de la guerra, le facilitó que viajase en un vagón sellado hasta la costa del Báltico, para que, a través de Suecia y de Finlandia, pudiese llegar a Petrogrado.[4]

En la solemne recepción que los bolcheviques le organizaron en la estación de Finlandia, Lenin, que desde Suiza había protestado contra la línea adoptada por los bolcheviques, en defensa de una política más radical, dijo desde la plataforma del vagón: «El pueblo necesita paz; el pueblo necesita pan; el pueblo necesita tierra. Y le dan guerra, hambre, no pan, y dejan a los terratenientes en la tierra. Hemos de luchar por la revolución social, luchar hasta el fin, hasta la victoria completa del proletariado». A lo que añadiría poco después: «Esta guerra entre piratas imperialistas es el comienzo de una guerra civil en toda Europa. Uno de estos días la totalidad del capitalismo europeo se vendrá abajo. La revolución rusa que vosotros habéis llevado a cabo ha preparado el camino y ha inaugurado una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!».

El discurso de Lenin fue mal recibido inicialmente por los bolcheviques, que se habían acomodado a la idea de apoyar una revolución democrático-burguesa

como primer paso de un largo trayecto hacia el socialismo. Las llamadas «tesis de abril», con el lema de «Paz, tierra y pan», presentaban un programa radical que propugnaba el final inmediato de la guerra a cualquier precio y la nacionalización de la tierra, que debía ser entregada a los sóviets de campesinos (nada de programas de reforma agraria). Pero el punto más innovador de este programa era el que sostenía que, ante los avances alcanzados desde febrero, no tenía sentido alguno optar, como hacían el gobierno provisional y sus aliados, por una república parlamentaria burguesa, sino que debía irse a un sistema en que el poder estuviese en manos de los sóviets o consejos, que se encargarían de abolir gradualmente todos los mecanismos de poder del estado —la policía, el ejército y la burocracia— iniciando así el camino hacia su desaparición.

Lenin reproducía así la crítica de la vía parlamentaria que Marx había hecho en 1875 en la *Crítica del Programa de Gotha*, donde rechazaba la idea de avanzar hacia el socialismo a través del «estado libre», a lo cual objetaba que «entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el período de la transformación revolucionaria de la una en la otra. A éste le corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser sino la *dictadura revolucionaria del proletariado*».

Las tesis fueron mal recibidas inicialmente por muchos militantes bolcheviques (el Comité del partido de Petrogrado las rechazó por 13 votos a 2); pero dejaron un fuerte impacto y, gracias a la insistencia de Lenin y a la forma en que evolucionó la realidad, acabaron convirtiéndose en el programa de otra revolución, más ambiciosa que la de febrero.

Progresivamente el control del gobierno sobre el país se desvanecía y el ejército se desintegraba en medio de las revueltas y las deserciones (los soldados de origen campesino, a los que llegaban rumores de que en sus pueblos se estaban repartiendo las fincas de los terratenientes, querían regresar a sus hogares). El gobierno, en el que a comienzos de mayo se integraron otro socialista revolucionario y un menchevique, no aceptaba adelantar las reformas, sino que sostenía que había que continuar la guerra y esperar a la Asamblea constituyente. Contaba en estos momentos con el apoyo del congreso de los sóviets de Rusia, reunido en junio, que formó un nuevo comité en representación de todo el país (con 284 socialistas revolucionarios, 248 mencheviques y 195 bolcheviques) para reemplazar a los componentes del comité inicial, que se

había limitado a reunir representantes de Petrogrado.

A comienzos de julio, coincidiendo con una desastrosa operación militar del ejército, grupos de soldados indignados promovieron en Petrogrado un movimiento contra el gobierno provisional, que las autoridades supusieron que había sido promovido por los bolcheviques. Los sublevados lograron sacar a la calle a decenas de miles de trabajadores que recorrieron la ciudad en unión de los soldados al grito de «¡Todo el poder para los sóviets!», sin más resultado que facilitar la represión del gobierno, que se propuso encarcelar a los líderes bolcheviques, a los que acusaba de estar a sueldo de los alemanes, lo cual obligó a Lenin a huir a Finlandia.

En estos mismos días dimitían del Gobierno provisional los ministros liberales (miembros del Partido Liberal Constitucional, conocidos como «cadetes») y el 7 de julio lo hacía el príncipe Lvov, y se formaba un nuevo gobierno, presidido por Kérenski, que aceptaba el compromiso de diferir las reformas hasta la Asamblea constituyente y se proponía restablecer el orden en el ejército con el fin de continuar la guerra, a la vez que anunciaba futuras concesiones a los trabajadores y a los campesinos.

Mientras tanto los generales exigían al gobierno que restableciera su autoridad —restaurando la pena de muerte, por ejemplo— y que acabase con el poder dual que ejercían comités y sóviets. Kérenski mantenía negociaciones sobre estos puntos con el general Lavr Kornílov, a quien había dado el mando supremo del ejército, y parecía dispuesto a hacer concesiones a los militares, hasta que el 27 de agosto Kornílov envió tropas hacia la capital para protegerla de desórdenes como los de julio y Kérenski, que había autorizado inicialmente este movimiento, temió que Kornílov pretendía derrocarle y cambió de actitud: destituyó al general y pidió auxilio al sóviet de Petrogrado, que movilizó a las masas en defensa de la revolución, con lo que consiguió que se paralizaran los ferrocarriles que habían de llevar las tropas a la capital e hizo fracasar una intentona contrarrevolucionaria que no había llegado ni siquiera a conseguir amplio apoyo militar (la guarnición de Moscú, por ejemplo, se negó a unirse a ella).

La revolución bolchevique

Lenin regresó en octubre de Finlandia con un manuscrito inacabado, el de *El estado y la revolución*, que había ido redactando entre septiembre y octubre. Partiendo de los escritos de Marx y de Engels, analizaba la función del estado como organismo de poder de la clase dominante, denunciaba las mentiras del sistema parlamentario burgués en que todo (las reglas del sufragio, el control de la prensa, etc.) contribuía a establecer «una democracia tan sólo para los ricos», y sostenía que sólo se podría conseguir la democracia plena que había de surgir de la eliminación del estado y de sus instrumentos de coerción, y que liberaría a la humanidad «de la esclavitud asalariada», con una etapa previa de transición en que la «dictadura del proletariado» se impusiera por la fuerza a la resistencia de los capitalistas. Si las condiciones en que se encontraba Rusia en octubre de 1917 ofrecían la posibilidad de ir más allá de la revolución burguesa, que era lo que en realidad ofrecía el programa para la elección de una Asamblea constituyente, el objetivo de los bolcheviques debía ser el comienzo de la revolución socialista.

El llamamiento de Lenin a una acción inmediata para la toma del poder encontró resistencias por parte de dirigentes como Zinóviev y Kámenev, que opinaban que lo que había que hacer era prepararse para obtener el mayor número de diputados posible en las elecciones para la Asamblea constituyente, que habían de celebrarse dentro de pocas semanas, pero Lenin consiguió que su plan fuese aprobado el 10 de octubre. Los bolcheviques, que no sólo dominaban ahora en los sóviets de Petrogrado y de Moscú, sino que habían conseguido desarrollar en la capital una organización con capacidad para movilizar a los trabajadores de las fábricas, a los soldados de la guarnición y a los marinos de la flota del Báltico, se dispusieron a derribar el gobierno provisional con el fin de dar todo el poder a los sóviets y a sus organismos representativos. El método que había que seguir iba a ser el de dar un golpe incruento para derribar el gobierno, aislándolo para que no pudiese movilizar al ejército en su defensa, y conseguir que el segundo congreso de los sóviets, que había de reunirse estos mismos días en Petrogrado para elegir un nuevo comité ejecutivo, asumiese el poder político total.

El Comité Militar Revolucionario, que se había creado para hacer frente a un posible movimiento contrarrevolucionario en la capital, comenzó la operación

tomando los puentes, que eran vitales para el control de la ciudad, y ocupó los telégrafos, los teléfonos, el correo y las estaciones de ferrocarril, sin encontrar resistencia.

Mientras Kérenski abandonaba el Palacio de Invierno en un automóvil de la embajada de Estados Unidos para ir a buscar ayuda contra el movimiento bolchevique, los ministros reunidos en aquel edificio, que era la sede del gobierno, reaccionaban adoptando medidas contra los bolcheviques y contra el Comité Militar, sin capacidad alguna para imponerlas. Lenin quería que el asalto al palacio, que significaría la liquidación del gobierno, concluyera antes de la reunión del congreso de los sóviets, pero hubo errores que provocaron el retraso de la operación.[5] El asalto, en que murieron cinco soldados y un marinero entre los asaltantes, y ninguno de los defensores, no parece haber sido un acontecimiento épico —los mayores estragos los sufrió la bodega en que el zar guardaba las reservas de su vino preferido, el Chateau d'Yquem 1847. Fue, por otra parte, un suceso aislado, que se desarrolló sin que muchos habitantes de Petrogrado llegasen a enterarse de lo que ocurría, en un día, el 25 de octubre, en que los tranvías funcionaban normalmente, los restaurantes y los cines estaban abiertos, se representaba *Borís Godunov* en el teatro Marinski, y Chaliapin cantaba *Don Carlos* en el Narodny Dom. Los informes de las comisarías de policía de muchos barrios hablaban de una noche tranquila y sin incidentes.

La «revolución» se produjo en realidad en el interior del Instituto Smolny, en lo que había sido un centro de enseñanza para «doncellas nobles», donde se celebraba el congreso de los sóviets, cuyas reuniones comenzaron a las 10,40 de la noche, con 670 delegados: 300 bolcheviques, 193 socialistas revolucionarios (más de la mitad de ellos de izquierda), 68 mencheviques, 14 mencheviques-internacionalistas, *etc.* Como el asalto al palacio no concluyó hasta las dos de la madrugada, no fue hasta entonces cuando se pudo anunciar a los congresistas que el gobierno provisional había caído y que el poder estaba en manos de los sóviets. Marcharon de la reunión algunos mencheviques y socialistas revolucionarios de derechas, que tenían ministros de su partido en el gobierno, lo que favoreció que los bolcheviques obtuvieran 390 votos —de los 625 delegados que seguían presentes en el congreso— a favor de la aceptación del poder, y Lenin consiguió que se votasen también los dos primeros decretos del nuevo gobierno: el de la paz, que hacía un llamamiento para negociar el fin inmediato

de la guerra, y el de la tierra, que abolía la gran propiedad agraria y entregaba los latifundios de los nobles, de la corona y de la Iglesia a los comités y sóviets de los campesinos locales.

El fácil triunfo alcanzado en Petrogrado se repitió en otras ciudades del país, salvo en Moscú, donde la resistencia de los militares, dirigidos por el coronel Riabtsev, y de la burguesía dio lugar a una semana de luchas con unos quinientos muertos. En Petrogrado el nuevo organismo de gobierno, que actuaba como delegado de los sóviets con el nombre de Sovnarkom (Consejo de comisarios del pueblo) pudo hacer frente a la reacción del gobierno derrocado, gracias a que los cosacos que Kérenski había enviado para que recuperasen la capital fueron derrotados en Púlkovo el 29 de octubre, y a que los marinos y los guardias rojos consiguieron liquidar un levantamiento derechista en la ciudad.

Pero esto no significaba el triunfo de «la revolución», sino tan sólo su comienzo. Mencheviques y socialistas revolucionarios (de los que se separó su ala izquierda, para aliarse a los bolcheviques) rechazaban el resultado del segundo congreso de los sóviets y confiaban en que el triunfo en las elecciones a la Asamblea les permitiría recuperar la dirección de la política, siguiendo con el programa de febrero, que implicaba continuar en la línea del desarrollo de la revolución democrática burguesa. El partido bolchevique era esencialmente una fuerza urbana, con un gran peso en los sectores obreros y entre los soldados, pero sin la implantación que los socialistas revolucionarios tenían en el mundo campesino. De modo que cuando se celebraron, del 15 al 19 de noviembre de 1917, las elecciones para la Asamblea constituyente, los socialistas revolucionarios obtuvieron una amplia mayoría.[6]

Lenin opinaba que el triunfo de los sóviets había cambiado radicalmente las cosas, y que, tras haber asumido éstos el poder, era innecesario dar marcha atrás para iniciar una etapa previa democrático-burguesa. No había ahora más poder que el de los sóviets y no tenía sentido esperar que fuesen a cederlo a una representación parlamentaria que incluía a grupos de derecha.

La Asamblea constituyente se reunió por primera vez el 5 de enero de 1918 por la mañana, en comisiones separadas, y a las cuatro de la tarde en sesión plenaria, con la participación de 410 diputados. Los bolcheviques querían que se aprobase una «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado» que implicaba un reconocimiento de lo que se había realizado desde octubre,

pero la Asamblea lo rechazó por 237 votos contra 146. Los bolcheviques la abandonaron y más tarde lo hicieron los socialistas revolucionarios de izquierda. A las 4 de la madrugada del 6 de enero el jefe de la guardia pidió a los diputados que seguían en la sala que concluyeran, y lo hicieron, tras haber adoptado algunos acuerdos sobre la tierra, sobre la proclamación de Rusia como república federal democrática y haber preparado una petición a las potencias para que definiesen las condiciones de una paz democrática.

Antes de retirarse acordaron volver a reunirse a las cinco de la tarde de aquel mismo día, pero no pudieron hacerlo, porque no se lo permitió la guardia, de acuerdo con un decreto que disolvía la Asamblea.

El tercer congreso de los sóviets (10-18 de enero de 1918), que reunió delegados de más de trescientos sóviets de obreros, soldados y campesinos, aprobó la disolución de la Asamblea constituyente y votó la «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado», que iba a servir de base para la redacción de la constitución soviética.

El armisticio que había de poner fin a la guerra comenzó el 15 de diciembre y una semana más tarde se iniciaba en Brest-Litovsk, donde se hallaba situado el cuartel general alemán, la conferencia de paz entre los bolcheviques y los representantes de los gobiernos de Alemania, de Austria-Hungría y del Imperio otomano, aunque la figura dominante era el general Max Hoffmann, jefe del ejército alemán en el frente oriental.

Había en estos momentos un debate interno entre los dirigentes revolucionarios. Mientras Lenin era partidario de aceptar las condiciones que presentaran los alemanes, por desfavorables que fuesen, porque el fin de la guerra era necesario para la consolidación del nuevo régimen, la mayoría de los miembros del comité central, y en especial Nikolái Bujarin, se oponían a ello, convencidos de que la revolución estaba a punto de estallar en la Europa central (las huelgas de enero de 1918 en Alemania, que movilizaron a más de un millón de participantes, alimentaban esta ilusión) y que lo que convenía era hacer una guerra revolucionaria para estimular este proceso.

La dureza de las exigencias presentadas por los alemanes y sus aliados llevaron a Trotski a retirarse de las reuniones el 10 de febrero, defendiendo una política de «ni guerra, ni paz», esto es, de cese de las hostilidades sin acuerdo alguno (pero un día antes los alemanes habían firmado ya un tratado de paz por

separado con Ucrania, que proclamaba así su independencia). Los negociadores de los imperios centrales declararon entonces que el armisticio iba a quedar sin efecto el día 17, y el 18 iniciaron de nuevo los combates, a los que los rusos no podían oponer una resistencia adecuada. Hubo entonces que aceptar unas condiciones todavía más duras que las que se les habían presentado en primera instancia, y el 3 de marzo se firmó un tratado por el que Rusia perdía Ucrania, que se iba a convertir en un protectorado alemán, parte de Polonia, Finlandia y la mayoría de los territorios del Báltico, además de otros en el Cáucaso, que pasaban a los turcos.

La construcción de una nueva sociedad

El 7 de enero de 1918 Lenin afirmaba que, tras un período en que habría que vencer la resistencia burguesa, el triunfo de la revolución socialista sería cosa de meses. Una vez liquidada la Asamblea, los bolcheviques siguieron gobernando en nombre del apoyo de los trabajadores, que era evidente que tenían, así como el de los soldados y el de la flota del Báltico, alegando que la revolución ya había avanzado demasiado como para dar marcha atrás.

Para hacer frente a las resistencias de quienes no aceptaban los cambios igualitarios que implicaba la revolución, como los cincuenta mil funcionarios y empleados que en enero de 1918 paralizaron la administración con una huelga, se creó un organismo, la Cheka, encargado de luchar contra la contrarrevolución y el sabotaje.

Había que comenzar de inmediato la tarea de legislar, que resultaba muy compleja, por cuanto se trataba de establecer un estado transitorio de características nuevas, destinado a extinguirse una vez la revolución hubiese «tomado posesión de los medios de producción en nombre de toda la sociedad».

Las reglas se fijaron en la constitución de la República Socialista Soviética Federada de Rusia, aprobada el 10 de julio de 1918 por el quinto congreso de los sóviets de Rusia. En ella se establecía «la dictadura del proletariado rural y urbano, y del campesinado pobre en la forma de un poderoso Gobierno soviético de toda Rusia, con vistas a suprimir por completo la burguesía, aboliendo la explotación del hombre por el hombre, y estableciendo el socialismo, bajo el

cual no habrá ni división de clases ni poder del estado».

¿En qué consistía la revolución social que los bolcheviques se proponían realizar? Hay que partir del hecho de que hasta aquel momento ningún partido socialista se había planteado en serio lo que había que hacer una vez obtenido el poder, porque la perspectiva de conseguirlo parecía remota. Lo que se proponían los bolcheviques lo podemos deducir de lo que decía Lenin en *El estado y la revolución*, donde preveía la extinción del estado en dos fases. En la primera el estado burgués sería reemplazado por un estado socialista basado en la dictadura del proletariado. La segunda sería el resultado de la extinción gradual de todos los rasgos del estado, hasta llegar a la sociedad comunista. Durante esta transición los socialistas debían mantener el más riguroso control sobre el trabajo y el consumo; un control que sólo podía establecerse con la expropiación de los capitalistas, pero que no había de conducir a la formación de un nuevo estado burocratizado, sino a la del estado de los obreros armados.

Todo ello, como se ve, todavía inconcreto. El problema residía en cómo empezar la tarea, una vez tenían el poder en sus manos. Había un primer punto que era indiscutible, y que formaba parte también del programa de los socialistas revolucionarios: la abolición de la propiedad aristocrática de la tierra para darla a los campesinos. Pero ésta no era una medida socialista, sino de justicia social. Los problemas venían en lo que se refería a la propiedad capitalista en la industria y el comercio, una vez que los obreros habían tomado el poder.

El texto más revelador en este terreno es un largo escrito de Lenin, «La catástrofe que nos amenaza y la forma de combatirla», escrito en septiembre, a un mes de la toma del poder, en que planteaba la necesidad de buscar remedios contra la crisis económica, contra el paro y, sobre todo, contra el hambre que amenazaba como consecuencia de la inactividad del gobierno provisional. Lenin proponía cinco medidas inspiradas en las de la economía de guerra de los estados beligerantes: fusión de todos los bancos en uno controlado por el estado, nacionalización de los consorcios empresariales, abolición del secreto comercial, sindicación obligatoria de los industriales, comerciantes y empresarios en general, y agrupación obligatoria de la población en cooperativas de consumo. En líneas generales: control de una economía «sindicada» con un banco estatal único.

Un aspecto fundamental del proyecto lo aportaron los trabajadores. Desde la

revolución de febrero los sindicatos estaban discutiendo acerca de lo que había que hacer en el terreno económico y, sobre todo, acerca del control obrero. Lenin quería una economía con pocas regulaciones, en que el control obrero se limitase a una inspección para evitar los abusos: una especie de economía de mercado en que se asociasen obreros y patronos, sin que los empresarios fuesen excesivamente coartados, ni se les extrajese otra cosa que el impuesto. «No le quitaremos a nadie lo que posee, si no es por una ley especial. Al margen de una contabilidad y de un control estricto, y de la percepción de los impuestos que ya están en vigor, el gobierno no se propone tomar otras medidas.» Fueron los sindicatos los que avanzaron en la dirección de intervenir no sólo en la fiscalización, sino en la dirección de la producción.

El 27 de noviembre se publicaba el decreto de control obrero, que permitía que los consejos de trabajadores pudieran intervenir en la producción y la gestión financiera de las empresas. El 15 de diciembre se establecía el *Vesenja* o Consejo superior de la economía nacional, y el 27 de diciembre se daba la única medida nacionalizadora: la que se aplicaba a la banca, refundiéndola con el banco del estado. Fueron los comités de fábrica de Petrogrado los que organizaron el primer *Sovnarjoz* o Consejo de la economía nacional, que en abril de 1918 contaba ya con once secciones de ramas de industria, dos del transporte y una del comercio, dirigidas cada una de ellas por un consejo de los trabajadores elegido por los comités de fábrica y por los sindicatos, los delegados de los sóviets y de las cooperativas, y técnicos y expertos comerciales de las empresas.

¿Qué habría ocurrido en esta especie de transición? ¿Se hubiera impuesto la idea leninista de un «capitalismo de estado» destinado a «aprender en la escuela del capitalismo» o la sindical de forzar el acceso de los obreros a la dirección de la economía? No podemos saberlo. Lo impidió, por una parte, el hecho de que los patronos no quisieran prestarse, como era previsible, a esta eutanasia del capitalismo. Boicoteaban el funcionamiento de la empresa, vendían las materias primas o, sencillamente, cerraban el negocio y huían. Los casos de fuga facilitaban que unos trabajadores amenazados de quedar sin trabajo pidiesen la nacionalización de todas estas empresas.

Y en el terreno político, ¿se podía crear, como alternativa a la Asamblea disuelta, un sistema de sóviets en que el poder fuese de abajo hacia arriba de

manera eficaz y que hiciese posible, a la larga, aquel ideal leninista de ir aboliendo el estado, y poner el poder al alcance de la gente? Es imposible contestar porque los acontecimientos que se desencadenaron desde 1918 cambiaron las reglas del juego.

La guerra civil

Los costes humanos que no había tenido la revolución, concebida como una toma del poder por medios pacíficos, los iba a tener su consolidación en los tres años de la «guerra civil», que Khlevniuk describe como un confuso conflicto en que «innumerables grupos luchaban unos contra otros» y que causó ocho millones de víctimas como resultado de los combates, del hambre y de las enfermedades.

En este complejo contexto podemos encontrar dos líneas de resistencia fundamentales. La primera en el tiempo fue la de los restos del ejército zarista que pasaron a combatir a los rojos con el apoyo en primer lugar de los alemanes y, tras el fin de la Primera guerra mundial, de franceses y británicos. La segunda fue la que opuso a los partidarios del proyecto de la Asamblea constituyente contra los bolcheviques. Y, combinándose con las dos, la intervención extranjera, que comenzó como un intento de evitar que los rusos se retirasen de la lucha contra los imperios centrales, para convertirse, una vez acabada la guerra, en una cruzada anticomunista.

Socialistas revolucionarios, mencheviques y algunos de sus aliados liberales se oponían a la humillación que representaba el tratado de paz firmado en Brest-Litovsk (que implicaba la pérdida de un 26 % de la población del Imperio ruso y de una parte considerable de su producción agrícola e industrial). Mantuvieron por un tiempo la esperanza de que una alianza renovada con las potencias de la Entente permitiría reanudar la guerra contra Alemania. Pero aunque los británicos llegaron a enviar suministros y una pequeña fuerza expedicionaria, al mando del general Poole, a los puertos de Múrmansk y Arjángelsk, en la zona ártica, Lenin se opuso a la reanudación de la guerra, dando prioridad a asentar la revolución, lo que acababa con cualquier esperanza de cambio político que hubieran podido mantener sus oponentes.

Al acabar la Primera guerra mundial, en noviembre de 1918, el carácter de la intervención en Rusia de las potencias de la Entente cambió de sentido. No se trataba ya de dar apoyo a grupos que se comprometieran a seguir la guerra contra Alemania, sino de luchar directa y abiertamente contra la revolución, para lo cual podían utilizar ahora la ruta del mar Negro, que les permitía un acceso más fácil que las de Múrmansk, al norte del Círculo polar ártico, o de Vladivostok, en el Pacífico, donde en abril de 1918 habían desembarcado tropas japonesas y británicas, a las que se sumaron poco después los norteamericanos, enviados oficialmente para dar apoyo a la retirada de los legionarios checos, de los que se hablará seguidamente, pero preocupados ante todo por impedir que los japoneses se apoderasen de los mercados de Siberia.

Desde su mismo inicio la revolución hubo de enfrentarse a una hostilidad global que marcaría su futuro. No se trataba tan sólo de las resistencias internas para combatir a las cuales se había creado la Cheka, sino del cerco establecido por el capitalismo a escala mundial, que creó en los gobernantes soviéticos el miedo no sólo a las invasiones, sino a la posible existencia de conspiraciones. Un miedo que iba a determinar a lo largo de toda su trayectoria una actuación que tendría como la primera de sus preocupaciones la de asegurar la supervivencia de la revolución.

Lo que podemos llamar la guerra interna de las fuerzas revolucionarias comenzó en junio de 1918, cuando un grupo de antiguos constituyentes, organizados en el Komuch (Comité de miembros de la Asamblea constituyente), con predominio de los socialistas revolucionarios de derechas, se sublevaron en Samara, en la región del Volga, contando con la colaboración armada de la «legión checa», un grupo de unos sesenta mil hombres reclutados entre los prisioneros del ejército austro-húngaro que combatieron junto a los rusos contra los imperios centrales, y que ahora, al acabarse las hostilidades en el frente ruso, pretendían volver a Occidente para proseguir la lucha contra Austria, lo que sólo podían hacer, mientras duraba la guerra, atravesando Siberia para embarcar en Vladivostok hacia Europa. Los sublevados se estaban acercando a mediados de julio a Ekaterimburgo, donde estaba presa la familia imperial, lo que determinó que los bolcheviques tomasen la decisión de dar muerte a todos sus miembros, para

evitar que fuesen utilizados políticamente por sus enemigos.[7] El 7 de agosto el «ejército del pueblo», integrado por los partidarios del Komuch, los checos y los oficiales blancos que se sumaron a ellos, tomó Kazán, donde se apoderó de las reservas de oro del tesoro imperial, trasladadas a aquella ciudad con motivo de la guerra.

Éste era un enfrentamiento brutal, en que lo único que contaba era la supervivencia, y donde los choques se producían en medio de una tremenda confusión, en que «en ocasiones, unidades enteras del ejército cambiaban de un bando a otro. Los desertores eran alistados una y otra vez, los oficiales zaristas luchaban en ambos bandos, y tanto los rojos como los blancos reclutaban a sus prisioneros de guerra». Como afirma Khlevniuk, en un contexto en que se había perdido todo sentido del bien o el mal, «salvajes asesinatos y actos de terror en masa se convirtieron en algo normal. La epidemia de salvajismo acabó afectando a los propios bolcheviques. La guerra civil contribuyó a formar el nuevo estado y determinó en buena medida su trayectoria».

Fue León Trotski quien hubo de asumir la tarea de crear un nuevo ejército rojo para combatir la revuelta del Volga, donde el Komuch había pretendido iniciar una «contrarrevolución democrática» que no consiguió suficiente apoyo popular para consolidarse, lo que le obligó a abandonar Kazán el 10 de septiembre de 1918. El ejército rojo, que podía contar, una vez firmada la paz con Alemania, con los hombres liberados del frente del oeste, utilizaba a la oficialidad zarista para organizarse, doblándola con una estructura de comisarios políticos bolcheviques para asegurarse de su fidelidad.

Más al sur, en la región del Don, se había iniciado una revuelta de cosacos, a cuyo frente se puso Piotr Krasnov, quien llegó a contar con un ejército de cuarenta mil combatientes, armados por los alemanes, con los que emprendió el sitio de la ciudad de Tsaritsyn (llamada más adelante Stalingrado, en honor de la parte que Stalin, que acudió allí en busca de grano, tomó en su defensa y, años después, Volgogrado), cuya importancia residía en el hecho de que era la puerta de la ruta que conducía hacia los recursos del Cáucaso.

Los bolcheviques pudieron frenar este ataque en primera instancia, mientras más al sur, en la región de Kubán, se formó el «Ejército voluntario» blanco, integrado sobre todo por oficiales del ejército zarista, que mandaba inicialmente Kornílov, a quien reemplazó, después de su muerte en combate, el 13 de abril de

1918, Antón Denikin, un general de origen campesino. Fue en esta zona donde se iniciaron, con la aportación de la ayuda extranjera, los más importantes ataques contra el régimen bolchevique.[8]

En Siberia hubo inicialmente catorce gobiernos distintos, hasta que el 23 de septiembre de 1918 se formó en Omsk un gobierno de todas las Rusias en que participaban los socialistas revolucionarios y los «cadetes». Los británicos trataron de impulsar un acuerdo entre el gobierno de Omsk y el del Komuch en Samara, pero la situación cambió radicalmente el 18 de noviembre, cuando el ministro de la Guerra del gobierno de Siberia, almirante Aleksandr Kolchak, dio un golpe de fuerza, expulsó a los socialistas revolucionarios y se proclamó «Gobernante supremo del Estado Ruso» (fueron las potencias que combatían contra los bolcheviques las que le dieron el título de «regente»).

El golpe de Kolchak, cuya autoridad fue gradualmente reconocida por otros jefes de la resistencia blanca, puso fin a la etapa en que la guerra podía interpretarse, por lo menos en parte, como una pugna democrática que enfrentaba a los partidarios de la Asamblea contra los bolcheviques. A partir de este momento todo quedó reducido al enfrentamiento entre el nuevo ejército rojo (que pasó de trescientos mil hombres en 1918 a un millón en 1920), contra una serie de ejércitos blancos integrados por extranjeros y por zaristas que trataban de restablecer el viejo orden.[9]

En Siberia, los japoneses y los norteamericanos que habían desembarcado en la costa del Pacífico fueron más un obstáculo que una ayuda en la guerra contra los rojos. Se quedaron en el este, cerca de la costa, dedicados a comerciar, para lo cual necesitaban utilizar los ferrocarriles, mientras los suministros militares y sanitarios destinados al frente se amontonaban en las estaciones de los puertos. En palabras del general Knox, agregado militar británico en Siberia, «se puede decir que Norteamérica es neutral y Japón hostil. Los japoneses hacen todo lo posible para debilitar a Rusia, dando apoyo a cualquier bandolero y permitiéndole que desafíe al mismo gobierno central que los otros queremos reforzar». En su opinión las tropas de Kolchak, con los contingentes de ingleses, franceses, canadienses e italianos que combatían con ellas en el frente del Volga, hubieran podido tomar Moscú, si les hubiesen llegado los suministros que estaban bloqueados en los puertos del este.[10]

El de 1919 fue el año más dramático para los bolcheviques, que hubieron de

hacer frente a los ataques de todos sus enemigos. Unos ataques que habían comenzado en diciembre del año anterior con el avance de las tropas de Kolchak hacia los Urales, en un movimiento que prosiguió hasta mayo de 1919. Desde el sur, donde los ejércitos blancos habían llegado a reunir ciento cincuenta mil hombres, avanzaban las tropas mandadas por Denikin que, con el apoyo de las armas proporcionadas por las potencias occidentales, consiguieron realizar un avance considerable hacia el norte, hasta llegar en octubre a Orel, desde donde pretendían dirigirse a Tula, el arsenal de los rojos, y de allí hacia Moscú. Yudénich atacaba al mismo tiempo desde Estonia para tomar Petrogrado, que parecía a punto de caer en sus manos. Los momentos más duros se produjeron en octubre, a los dos años de la revolución, cuando parecía que Moscú podía caer en manos de las tropas que se acercaban a la capital desde el sur y desde el este, y que el triunfo de los «blancos» sobre los «rojos» era cosa de poco tiempo.

Pero de pronto las cosas cambiaron. Petrogrado, que contaba con una corta guarnición del ejército rojo y estaba bloqueada por mar por embarcaciones de guerra británicas, consiguió resistir. Lenin permaneció en la ciudad todo este tiempo, Trotski movilizó todas las fuerzas posibles e incluso se trajeron refuerzos de Tula, pese a la amenaza del ejército blanco. Las fuerzas de Denikin, que habían cometido el error de avanzar con demasiada rapidez en dirección a Moscú, sin dominar el territorio que ocupaban, fueron derrotadas por la caballería roja de Budionni, un militar de origen campesino, y comenzaron a retirarse. El ejército de Kolchak, perjudicado por una mala dirección y por el retraso en recibir las armas que los británicos desembarcaban en el Pacífico, se vio frenado por un ejército rojo superior en número, retrocedió y acabó desintegrándose en Siberia, donde había surgido entre tanto un movimiento de resistencia de campesinos y desertores. Kolchak cedió en enero de 1920 el mando de sus tropas y fue arrestado por los checos como un seguro que había de facilitar su viaje hacia los puertos del Pacífico, hasta que al encontrarse en Irkustk, en su camino de fuga, con un nuevo gobierno bolchevique, le entregaron el tesoro capturado en Kazán y a Kolchak, que fue fusilado el 7 de febrero de 1920.

Los gobiernos aliados se estaban cansando de esta guerra. Los norteamericanos no habían querido participar directamente en ella y los franceses lo hicieron con pocos recursos, de modo que la mayor parte de la carga

recaía en los británicos. En febrero de 1919, en vísperas de las grandes ofensivas blancas que parecía que podían llevarles a la victoria, el primer ministro británico, Lloyd George, le dijo a Winston Churchill, partidario de mantener a toda costa la cruzada contra los comunistas:[11] «Si Rusia es antibolchevique, Kolchak, Yudénich y Denikin han de poder reunir más hombres que los bolcheviques y, con nuestro armamento y nuestra ayuda, ganarán fácilmente la guerra; sobre todo si es verdad que todos los rusos están contra los bolcheviques. Pero si Rusia es probolchevique, perderemos todo lo que les enviemos, nos arruinaremos y no habremos hecho otra cosa que abrir el camino al bolchevismo en nuestra propia casa».

Estos temores, y la negativa a implicarse mayormente en el conflicto, permiten entender por qué las democracias burguesas no siguieron combatiendo contra la Rusia soviética. Comenzaron a retirar sus fuerzas, mientras seguían manteniendo un apoyo cada vez menos entusiasta a los ejércitos blancos, puesto que sus finanzas no andaban sobradas de recursos. Desmoralizado ante esta situación, Denikin se refugió en Novorosíisk, a orillas del mar Negro, desde donde una parte de sus tropas fue evacuada a Crimea en barcos ingleses, franceses y norteamericanos a fines de marzo de 1920. El mando de las fuerzas del ejército del sur pasó al barón Piotr Wrangel, que siguió combatiendo unos meses más en Crimea, hasta que abandonó Rusia con sus hombres en noviembre de 1920.

Mientras Wrangel seguía combatiendo en Crimea, en la primavera de 1920, los polacos decidieron aprovechar la debilidad del estado soviético para declararle la guerra e invadieron Ucrania, objeto tradicional de sus apetencias. La operación fracasó y la contraofensiva soviética estuvo cerca de conseguir una victoria total; pero un enfrentamiento final en el Vístula, con un triunfo polaco que obligó a los rusos a retirarse, les forzó a concertar un armisticio, tras el cual se llegó a un tratado de paz firmado en Riga en marzo de 1921. Los polacos aprovecharon la situación para establecer una nueva frontera, la «línea de Riga», que quedaba unos doscientos cincuenta kilómetros al este de la línea Curzon, que el Consejo supremo de la guerra aliado había sugerido como frontera en 1919.

Paralelamente se fueron negociando los primeros acuerdos comerciales soviéticos, comenzando con el que se firmó con Gran Bretaña en marzo de 1921.

Desvanecida la esperanza de que la revolución se extendiera de inmediato a otros países, los bolcheviques se disponían a restañar las heridas de siete años de guerra y a iniciar un desarrollo económico basado en nuevas reglas.

Las causas de la victoria bolchevique en la guerra civil son complejas. Una de ellas fue, sin duda, la ausencia por parte de los dirigentes blancos de un programa político que pudiera responder a las aspiraciones que los acontecimientos de 1917 habían suscitado. Su único programa era la reposición de la monarquía y el restablecimiento del antiguo orden social, realizado por unos ejércitos que se dedicaban sistemáticamente al saqueo de las poblaciones «liberadas» y al exterminio de sus enemigos, reales o imaginarios. Los políticos que les acompañaban fueron incapaces de imponer un programa de acción razonable, y acabaron dando apoyo a lo que era una simple dictadura militar.

Pero el principal de los factores del triunfo de los «rojos» tiene que ver con otro conflicto que conocemos mal en sus complejos rasgos: la revolución verde del campesinado hambriento de tierras, que coincidió inicialmente con la revolución de los bolcheviques, sobre la base de la política que iniciaron con el decreto sobre la tierra. Estos campesinos no iban a aceptar el retorno de los viejos propietarios que acompañaban a los ejércitos blancos, mucho más brutales que el rojo, con la pretensión de restablecer el viejo orden del latifundio feudal.

El general Knox explica que le preguntó a un campesino siberiano si prefería que ganasen los rojos o los blancos, y que éste respondió: «Los que roben menos». En este momento estaba claro que los rojos eran una opción mejor. Otro testimonio campesino explicaba: «Cuando los blancos [de Denikin] llegaban sacrificaban todo nuestro ganando ... nos quitaban el buen calzado de los pies y se llevaban todas nuestras ropas. Los rojos no nos trataban tan mal. No nos mataban el ganado y compraban todo lo que necesitaban».

El apoyo de los campesinos, que formaron unidades de combate para luchar junto a los rojos, o promovieron revueltas por su cuenta en la retaguardia de los ejércitos blancos, ha sido sin duda un elemento esencial en esta pugna, que se desarrollaba en unos momentos en que sus enemigos eran los mismos que los de los bolcheviques.

Lo que los iba a separar de ellos más adelante serían las consecuencias del

«comunismo de guerra». En un país conmocionado por la guerra desaparecieron casi por completo el mercado y los intercambios. Con una inflación galopante, los campesinos no tenían interés alguno en vender sus productos por dinero, sino que preferían intercambiarlos por especies. Eso hubiera dejado al resto del país y al ejército sin alimentos, de modo que hubo que proceder a requisarles sus productos, hasta el punto de que en 1920 el 80 % de los productos agrarios que se consumían en las ciudades procedían de requisas y sólo el 20 % de venta consensuada. La producción agrícola disminuyó en un 60 % respecto del nivel que tenía en 1913, en buena medida porque los campesinos no tenían interés alguno en trabajar si habían de verse obligados a ceder sus productos sin compensación.

De ahí surgió el malestar que les llevó a sublevarse para recuperar la libertad de que habían disfrutado en los primeros momentos, cuando eran gobernados por «sóviets sin comunistas», esto es, sin control externo al poder campesino. En febrero de 1921 los bolcheviques habían de enfrentarse a revueltas campesinas en Ucrania, Kubán y Siberia.

1921: La consolidación política de la revolución

La victoria obtenida en la guerra civil engendró en algunos un sentimiento de euforia. Se salía de la guerra con una economía en que prácticamente no había moneda, sin salarios monetarios y con la mayor parte de la industria nacionalizada. Algunos pensaban que esto era un atajo hacia la sociedad socialista. Trotski, más realista, dijo que el «comunismo de guerra», como se definió esta etapa, no era más que la suma de las confiscaciones y el racionamiento, necesarios en tiempos de guerra, pero intolerables en los de paz. Las requisas habían llevado a un descenso de la productividad agrícola, agravada además por la sequía, y el salario igualitario había tenido el mismo efecto en la productividad de los obreros industriales.

Había además el problema de reintegrar cerca de cinco millones de soldados desmovilizados a una actividad económica normal. A comienzos de 1921 había bandidaje y hambre por todo el país.[12] De los 3,6 millones de trabajadores industriales que había en 1917, quedaban tan sólo 1,5 millones, ya que el resto

había huido al campo escapando del hambre. La productividad del trabajo industrial había disminuido en un 35 %, lo que se debía en buena parte a la desnutrición (un trabajador recibía ahora menos de la mitad de las calorías que consumía en 1913), a la mala calidad de las materias primas y al deterioro del utillaje industrial. Sin contar los efectos de una mala organización del trabajo.

Era evidente que había que comenzar resolviendo el problema que representaba la tremenda destrucción de los recursos económicos. Hasta 1918 se esperaba que la extensión de la revolución a otros países de tecnología avanzada, y muy en especial a Alemania, proporcionaría una ayuda para resolver al atraso ruso. Pero esta esperanza se había desvanecido, de modo que los bolcheviques se encontraban ahora construyendo el socialismo sin más que sus propios recursos, seriamente mermados por la guerra.

Había, además, problemas políticos muy serios que debían resolverse de inmediato. El primero de ellos era el del centralismo democrático. La guerra había obligado a establecer una severa disciplina del partido en los sóviets, reduciendo el número de quienes tomaban las decisiones. Como diría Bujarin más adelante: «En la época del comunismo de guerra, con el país sitiado, la dictadura del proletariado se transformó en una dictadura militar del proletariado. Las asambleas plenarias de los sóviets no existían, la dirección real estaba en manos de comités ejecutivos de tres o cinco personas. En lugar de leyes había órdenes». Pero Lenin pensaba que en aquel momento era imposible ceder en este terreno, porque se necesitaba mantener una férrea disciplina política para garantizar el carácter proletario del poder estatal y mantener la revolución, sin ceder a reivindicaciones democráticas pequeñoburguesas.

El segundo problema era el de la llamada «oposición obrera». El abandono de los empresarios y una reorientación hacia las necesidades de la guerra habían contribuido a aumentar la centralización en la industria. A evitar el colapso contribuyeron sobre todo los sindicatos, que no estaban todavía controlados por los bolcheviques, y que con sus 3,5 millones de afiliados asumieron la movilización y el control de los recursos humanos: fijaban los salarios y las condiciones de trabajo, y se ocupaban de movilizar todas las fuerzas disponibles.

Estas circunstancias reforzaron las aspiraciones de los sindicatos a desempeñar un papel fundamental en la gestión económica. El punto quinto de programa del octavo congreso del partido, en 1919, decía: «El aparato

organizativo de la industria socializada ha de basarse en primera instancia en los sindicatos ... Los sindicatos deberán en última instancia concentrar efectivamente en sus manos toda la administración de la economía nacional en su integridad. La participación de los sindicatos en la administración económica es el recurso principal en la lucha contra la burocratización del aparato económico». En el noveno congreso, en 1920, el debate se planteó entre los partidarios de entregar la dirección de la economía a los sindicatos, creando un consejo supremo independiente del aparato político del partido, y los que proponían que el estado absorbiera a los sindicatos.

En marzo de 1921, mientras se celebraba en Moscú el décimo congreso del Partido comunista ruso, los conflictos habían llegado a un punto máximo. En Petrogrado se había producido la revuelta de los marinos de Kronstadt, los hombres de la flota del Báltico que habían sido uno de los más firmes apoyos de la revolución de octubre. Los marinos estaban en contacto con los trabajadores de la ciudad, que se habían declarado en huelga por motivos económicos, pero también en protesta contra la militarización del trabajo y en demanda de mayor libertad sindical. Movidos por esta inquietud, y por las noticias acerca del malestar del campo, que conocían por las cartas que les enviaban sus familiares, los marinos presentaron una serie de reivindicaciones políticas: más derechos de participación, nuevas elecciones a los sóviets (que estaban ahora dominados por los bolcheviques) y reformas democráticas. No se dejaron convencer por Kalinin, enviado por el partido a negociar con ellos, y su protesta se interpretó como una rebelión que había que aplastar por la fuerza. En Kronstadt, dijo Lenin, «no quieren los guardias blancos, ni quieren nuestro poder; pero no hay otro».

En el congreso, Lenin defendió el mantenimiento de la disciplina política y combatió los planteamientos de la oposición obrera. Completada la conquista del poder, había que asegurarlo e iniciar el paso siguiente hacia el socialismo, que pasaba por potenciar el crecimiento económico.

Las grandes líneas del futuro se expresaban en esta conclusión: «Nos costará por lo menos diez años organizar una industria a gran escala para producir una reserva y asegurar el control de la agricultura. Éste sería el período más breve, incluso si las condiciones técnicas fuesen extraordinariamente favorables. Pero sabemos que nuestras condiciones son terriblemente desfavorables. Tenemos un

plan para la construcción de Rusia sobre la base de una industria moderna a gran escala: es el plan de electrificación elaborado por nuestros científicos. El período más breve previsto en el plan es de diez años ... Hemos llegado a la esencia misma de la cuestión: la situación es tal que las clases hostiles al proletariado se mantendrán ... Seguirá habiendo dictadura del proletariado. Después vendrá la sociedad sin clases».

Era también, por otra parte, un momento de consolidación del nuevo estado revolucionario. El 28 de diciembre de 1921 las repúblicas socialistas de Rusia, de Ucrania, de Bielorrusia y de Transcaucasia (cuya conquista había culminado con la ocupación de Georgia) firmaban el tratado que constituía la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El gran resplandor del este

La acción de los bolcheviques había demostrado que no era necesario aguardar a la crisis del capitalismo para que se produjera el advenimiento del socialismo, sino que éste podía adelantarse por la vía de la revolución. Las noticias del triunfo soviético tuvieron un fuerte impacto en la combatividad del movimiento obrero europeo en los años de 1918 a 1921, hasta el punto de que pudo parecer viable la idea de una revolución en los países económicamente avanzados, especialmente en Alemania, donde el movimiento de los consejos (un término equivalente a sóviet) y el programa de los espartaquistas parecían aspirar a repetir la experiencia bolchevique; pero tanto en este caso como en los de Hungría o de Italia, las condiciones no eran las mismas que se habían dado en la Rusia de 1917 (faltó, por ejemplo, en todos ellos la plena participación de los campesinos).

Aunque tal vez el rasgo más notable de la contrarrevolución que impidió la expansión del comunismo por Europa fuese el protagonismo que adquirieron en este proceso los partidos socialdemócratas, teóricamente revolucionarios, que predicaban a los trabajadores la buena nueva de la revolución que se alcanzaría con su actuación dentro de los estados burgueses, mientras bajo mano colaboraban con las fuerzas reaccionarias, en el caso de Alemania con el propio ejército prusiano, para combatir a sangre y fuego a los comunistas.

Revolución y contrarrevolución en Europa central

A lo largo del año 1918 fueron creciendo en Alemania los movimientos obreros de protesta, que cada vez adoptaban un carácter más politizado. En las grandes huelgas de fines de enero y comienzos de febrero los trabajadores pedían una paz sin anexiones, consultas con los representantes de los trabajadores en las negociaciones de paz con Rusia en Brest-Litovsk, mejoras en el reparto de alimentos, fin del estado de sitio y de la militarización de las empresas, liberación de los presos políticos y reforma del sistema de voto en Prusia.

Estas movilizaciones alcanzaron un punto máximo a comienzos de noviembre, cuando se produjeron los primeros intentos de reproducir en Alemania el modelo soviético. El 9 de noviembre, como se ha dicho, los militares forzaron la abdicación del Káiser y pasaron el gobierno a los socialdemócratas, que eran el partido dominante en el Reichstag, quienes se apresuraron a proclamar la república para ponerse al frente del movimiento popular.

El 10 de noviembre Friedrich Ebert formaba un gobierno integrado por tres socialistas del SPD y por tres del Partido socialista independiente (USPD), y se presentó con él ante los representantes de los consejos de obreros y soldados de Berlín, elegidos el día antes en un número cercano a los tres mil, que se reunieron en el Circo Busch para «elegir el gobierno provisional». Contra la propuesta de Karl Liebknecht de que todos los poderes estuviesen en manos de los consejos de trabajadores y de soldados, los miembros de la reunión acabaron aceptando que el Comité Ejecutivo, el «órgano supremo de la revolución» que se suponía que había de ejercer un control sobre el gobierno, estuviese integrado por catorce representantes de los trabajadores y catorce de los soldados, con paridad de miembros del SPD y del USPD, al igual que lo estaba el gobierno formado por Ebert, que fue reconocido por los representantes de los consejos.

Esta misma noche, al regresar inquieto a la cancillería, Ebert recibió una llamada telefónica del general Groener, que se ponía en comunicación con él en nombre de Hindenburg:

—Groener al aparato. ¿Está el gobierno dispuesto a proteger Alemania contra la anarquía, y a restablecer el orden? —preguntó una voz autoritaria desde Spa.

—Sí —contestó Ebert—, el gobierno está dispuesto a hacerlo.

—En este caso el alto mando mantendrá la disciplina en el ejército y le ordenará regresar a la patria sin disturbios de ningún tipo.

—¿Cuál es la actitud del alto mando ante los consejos de soldados? —preguntó Ebert. La respuesta fue que se habían dado órdenes de tratar con ellos con espíritu amistoso.

—¿Qué esperan de nosotros? —preguntó el canciller.

—El alto mando confía en que el gobierno colaborará con el cuerpo de oficiales en la supresión del bolchevismo y el mantenimiento de la disciplina dentro del ejército. Exige también que se asegure el aprovisionamiento del ejército y que se impida cualquier alteración en el sistema de comunicaciones. —Añadió, finalmente, que Hindenburg seguiría al frente del ejército.

Cada día Groener y Ebert hablaban por teléfono y se consultaban lo que había que hacer. Los socialdemócratas predicaban la revolución en la calle, para arrebatar la clientela a los revolucionarios, y practicaban la contrarrevolución desde el poder. Los sucesores de Marx y de Engels se habían aliado con los militares contra la revolución. Como ha escrito Jürgen Kocka, que las tensiones de clase no se transformasen en Alemania en conflictos de clase se debió ante todo a la influencia moderadora del SPD y de los sindicatos.

Groener explicó en sus memorias que el propósito de su actuación era «asegurar al ejército y al cuerpo de oficiales parte del poder en el nuevo estado», con el objeto de que sobrevivieran en la nueva Alemania «los mejores y más recios elementos de la vieja Prusia».

El día 12 de noviembre de 1918 el nuevo gobierno publicaba un manifiesto en que enumeraba sus compromisos: jornada de ocho horas, mejoras de la seguridad social, recuperación de las libertades civiles, convocatoria de una Asamblea constituyente... Medidas en un sentido de avance democrático, pero que no tenían nada que ver con una evolución hacia el socialismo. Ebert y el SPD estaban decididos a impedir que se realizaran los proyectos del USPD, que pretendía que el poder pasara a manos de los representantes de los obreros y de los soldados.

El 15 de noviembre los sindicatos llegaron a un acuerdo con la patronal, que les reconocía como legítimos representantes de los obreros en la negociación de convenios, y aceptaba la jornada de ocho horas. Parecía que se estaban obteniendo conquistas sociales importantes, algo que podía interpretarse como el

inicio de un camino hacia la transformación socialista de la sociedad. Sólo que tal transformación era difícilmente compatible con una situación en que se mantenían en sus puestos todas las viejas autoridades «federales, estatales y militares», y en que se comenzaba por conservar a Hindenburg y Groener al frente del ejército. Como ha escrito Carsten, «las fuerzas que habían creado y gobernado la vieja Prusia, la burocracia y el cuerpo de oficiales, permanecían en sus posiciones, sin ningún cambio real en su composición y estructura».

En una organización descentralizada como era la del Imperio alemán, los diversos estados respondieron de modo distinto a la desaparición de las monarquías. Baviera se había adelantado a los sucesos de Berlín con un movimiento revolucionario que se desarrolló pacíficamente, en virtud del cual el 7 de noviembre de 1918 se instaló en Múnich un gobierno de la república de Baviera dirigido por el socialista Kurt Eisner y por el dirigente campesino Ludwig Gandorfer. En otros estados los cambios se produjeron con un traspaso pacífico de poderes, como en Baden y Wurtemberg, mientras que en Sajonia se instaló una «república socialista» y en Prusia se conservaba todo el viejo aparato de la burocracia imperial, en una situación facilitada por la decisión de Ebert de conservar intacta la maquinaria administrativa del imperio, con el argumento de que era indispensable para que siguiesen funcionando «el aprovisionamiento de alimentos y la economía». Argumentos parecidos a los que sostenía para justificar el mantenimiento del cuerpo de oficiales, considerándolo necesario para asegurar el regreso ordenado de los soldados de los diversos frentes.

La crisis más grave se inició en Berlín el 16 de diciembre de 1918, al reunirse el primer congreso de los representantes de los Consejos de trabajadores y soldados de Alemania, formado por delegados de los consejos de todo el país,[13] que pretendían ocupar el lugar del inexistente parlamento. La decisión más importante que tomaron fue la de celebrar elecciones para una Asamblea constituyente el 19 de enero de 1919, lo que significaba una clara opción por un gobierno parlamentario constitucional en lugar de por un sistema de consejos, esto es, lo contrario de lo que habían hecho los soviéticos un año antes. Un

grupo de representantes de los soldados irrumpió en el congreso para pedir que los consejos de soldados tuvieran la autoridad suprema en el ejército y que se abolieran los rangos e insignias. Sus propuestas fueron discutidas y en parte aprobadas; pero una advertencia de Groener de que el Alto Mando dimitiría si eran aceptadas, y que ello haría imposibles las negociaciones de paz con los aliados, llevó a Ebert a defender la importancia de conservar el acuerdo existente con el «cuerpo de oficiales» y a evitar que las propuestas aprobadas llegasen a ponerse en práctica. Sólo los tres ministros del USPD se opusieron y acabaron dimitiendo del gobierno.

Ebert estaba dispuesto a resistir el avance de la revolución, y pudo actuar con más libertad a partir del momento en que el USPD abandonó el gobierno. En lugar de crear milicias civiles, como proponían los soldados, legalizó los Freikorps, grupos paramilitares de voluntarios reclutados por el propio cuerpo de oficiales, que reprimieron salvajemente una insurrección prematuramente iniciada en Berlín el 5 de enero de 1919, y asesinaron a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg, los dirigentes del recién creado Partido Comunista Alemán (KPD), fundado el 1 de enero de 1919.

En febrero regresaba a Alemania el general Ludendorff, quien escribía a su esposa: «Si un día vuelvo al poder, no habrá perdón. Con la conciencia tranquila haré colgar a Ebert y compañía, y los estaré contemplando hasta que exhalen su último aliento».

En Austria, donde la monarquía se había hundido con la derrota, se formó una asamblea del estado germano-austríaco, mientras checos, polacos y eslavos del sur se declaraban independientes. No hubo necesidad de una revolución austríaca, porque las viejas autoridades colaboraron en la formación del nuevo orden, mientras el retorno del ejército germánico —los soldados de otras nacionalidades marcharon directamente a sus lugares de origen— se produjo de manera espontánea y pacífica (no había en este caso un «cuerpo de oficiales» con una fuerza comparable al de Alemania).

El 12 de noviembre de 1918 la Asamblea nacional reunida en Viena declaró el fin de la monarquía y proclamó la república, para poder negociar la paz, puesto que Wilson se negaba a tratar con autócratas.[14] Los austríacos

pretendían unirse al Reich alemán, pero los aliados se negaron a aceptarlo —ni Francia ni Italia querían una Alemania reforzada— y no autorizaron a que en este caso se hiciese un referéndum para consultar la voluntad popular. Lejos de ello, en el tratado de Versalles se impuso a Alemania la obligación de respetar la independencia austríaca.

El único caso en que se llegó a consolidar en la Europa central un régimen socialista, aunque fuese fugazmente, fue el de Hungría, con la república soviética dirigida por Béla Kun. Puede ayudar a explicarlo el ensañamiento de quienes dictaron las condiciones de la paz, que arrebataron a Hungría tres cuartas partes de su territorio, lo que dejaba sus comunicaciones bloqueadas: carreteras y ferrocarriles (de los que más de la mitad quedaron fuera de su territorio) se interrumpían bruscamente en la frontera, ya que respondían a trayectos que se dirigían a los territorios ahora amputados.

Su economía quedó desarticulada, con una gran industria harinera cuya producción no compraban ahora los checos. La nueva Hungría, que se apresuró a convertirse en república para disociarse en algún modo del imperio, resultaba políticamente inviable. Tenía una población mayoritariamente campesina, nacionalista y antisemita, sin relación alguna con el único partido que tenía alguna fuerza, el socialdemócrata, que era urbano y ajeno a los problemas agrarios, lo que explica que vetara una propuesta de reforma encaminada a repartir los latifundios de la nobleza.

Un grupo de dirigentes de izquierda, socialistas o enrolados ya en el nuevo Partido comunista, que regresaban de Rusia, y al frente de ellos Béla Kun —un periodista de origen judío, que había sido capturado en el frente ruso en 1915 y que, como otros presos de guerra, se había puesto del lado de los bolcheviques —, radicalizaron la situación y, aunque tenían un escaso seguimiento político en el país, aprovecharon la indignación por el desguace territorial a que iban a someterles los aliados, que habían permitido que tropas y funcionarios de Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia comenzaran a instalarse en los territorios húngaros que reclamaban. Se explica así que un buen número de socialdemócratas se aliasen a los comunistas, que llamaron en su defensa al ejército ruso, confiando en que la ayuda de éste les salvaría de ceder a las

exigencias de los aliados (Kun esperaba además que habría una revolución bolchevique triunfante en Alemania).

El 22 de marzo de 1919, en medio de «una oleada de entusiasmo nacional-bolchevique», se fundó la República soviética húngara, que a mediados de junio proclamó la dictadura del proletariado, pero que no sólo no acertó a atraerse a los campesinos repartiéndoles los latifundios de la nobleza, sino que se enfrentó a ellos con la práctica de las requisas de las cosechas para alimentar a la población urbana. Los intentos húngaros de reconquistar parte de los territorios segregados —llegaron a ocupar parte de Eslovaquia, donde se instaló una fugaz república soviética— fallaron ante la falta del esperado apoyo ruso, y Kun acabó escapando a Viena, y de allí a Moscú, al tiempo que acababan los 133 días de la revolución comunista húngara. Las consecuencias fueron terribles, puesto que el ejército rumano, al que las potencias vencedoras de la guerra encargaron la tarea de resolver la situación (no en vano iban a ser los rumanos los mayores beneficiarios del desguace de Hungría), invadió el país, ocupó la capital a comienzos de agosto y no se retiró más que a mediados de noviembre, llevándose consigo los frutos de un inmenso saqueo.

En el contexto de desorden interno causado por la caída de los gobiernos imperiales de Berlín y de Viena, milicias paramilitares que se crearon con la complicidad de los respectivos ejércitos, protagonizaron una ola de terror que se extendió especialmente por Alemania, Austria y Hungría. Los Freikorps, de los que llegó a haber tan sólo en Alemania unos ciento veinte que encuadraban de doscientos cincuenta mil a cuatrocientos mil hombres, estaban generalmente dirigidos por antiguos oficiales, sobre todo por tenientes y capitanes, que se negaban a aceptar la derrota y querían «vengarse de los responsables», y en especial de los revolucionarios y de los judíos, identificados como los principales enemigos del nacionalismo.

Estas milicias colaboraban entre sí e incluso con las de países vecinos, hasta el punto de que sus dirigentes celebraron reuniones secretas en Budapest y en Baviera en el verano de 1920, tratando de coordinar su actuación para liquidar la inquietud revolucionaria y acabar, de paso, con los regímenes democráticos que se habían implantado en Alemania y en Austria. Como le escribía el general

Ludendorff al regente húngaro Miklós Horthy, esta colaboración era necesaria para salvarse del «peligro rojo del este».

El «terror blanco» desencadenado por los Freikorps no guardaba proporción con el «terror rojo» revolucionario que se suponía que pretendían vengar, puesto que las cifras de las víctimas de las revoluciones de 1919 —de cien a doscientas en Alemania, cinco en Austria y de cuatrocientas a quinientas en Hungría— no pueden compararse con las causadas por el «terror blanco» que, aunque imposibles de evaluar con exactitud, sabemos que fueron mucho mayores. Era, de algún modo, un terror preventivo, como lo expresaba Karl Hellering: «En lugar de esperar a que un sicario pagado por los judíos me abra la cabeza con un palo o me clave un cuchillo entre las costillas, prefiero dispararles mientras tenga balas».

La justificación principal de esta contrarrevolución era el miedo al bolchevismo, a una imaginaria invasión del mundo por las hordas del comunismo ruso, auxiliadas por oscuras fuerzas subversivas del interior. Las noticias sobre las atrocidades cometidas por los comunistas en Rusia, que se difundían en versiones que exageraban su número y su alcance, cuando no eran sencillamente inventadas, servían para legitimar el exterminio de rojos y judíos, en una terrible escalada de brutalidad que invadió el mundo de la posguerra.

En Alemania los Freikorps, integrados sobre todo por soldados desmovilizados, a los que se unieron estudiantes y campesinos, dirigidos por mandos militares y apoyados por el nuevo ministro de defensa, Gustav Noske, miembro del SPD, se emplearon en la disolución violenta de los consejos de trabajadores y de soldados, y liquidaron la República soviética de Baviera, además de luchar en Silesia contra los polacos. Para la campaña del Báltico, a la que se sumaron soldados en paro y campesinos sin tierra, movidos por la ambición de establecerse en estos territorios, y estimulados de inmediato por las perspectivas del saqueo, se calcula que reunieron treinta mil voluntarios en pocos meses.

En Hungría, mientras los rumanos liquidaban la república, un «héroe de guerra», el almirante Miklós Horthy (almirante de la vieja flota austro-húngara), había formado en el oeste un «ejército nacional» con un reclutamiento inicial de unos

seis mil quinientos hombres, en su mayoría oficiales, que se dedicó a perseguir a rojos y judíos, pero rehusó enfrentarse a los invasores rumanos. Horthy entró en Budapest a los dos días de haberla abandonado los rumanos, y se dedicó a liquidar la izquierda, en una campaña de «terror blanco» en la que colaboró activamente la aristocracia, y que tuvo como participantes más activos a bandas paramilitares racistas incontroladas, inspiradas por grupos como el Pacto de sangre de la doble cruz, la Sociedad científica húngara para la protección de la raza o un grupo dirigido por aristócratas, el batallón Prónay, en cuyo cuerpo de oficiales había un duque, ocho condes y siete barones. El «terror blanco» superó de largo las atrocidades que se atribuían al «terror rojo»: hubo de cinco a seis mil muertos, en su mayoría judíos, además de palizas, violaciones y abusos de todo tipo a individuos de cualquier naturaleza étnica; unas setenta mil personas fueron internadas en cárceles y campos de concentración y otras cien mil, «entre ellas algunas de las mejores mentes de Hungría», abandonaron el país para siempre.

El comunismo a escala internacional

El fracaso de los intentos revolucionarios en Europa central provocó la división en el seno de los partidos socialistas existentes, cuyos dirigentes, después de haber colaborado en la guerra, se dedicaron en la posguerra a frenar las opciones revolucionarias. La Tercera Internacional «Comunista» (*Komintern*), fundada en Moscú en marzo de 1919, acabó provocando en todas partes la escisión de partidos comunistas minoritarios, separados de los socialistas afiliados a la Segunda Internacional, que siguieron en la mayoría de los casos manteniendo su influencia sobre los sindicatos. El Segundo congreso de la Komintern, celebrado en Petrogrado en julio y agosto de 1920, declaró la guerra «a todo el mundo burgués y a todos los partidos de la socialdemocracia amarilla», y estableció las «veintiuna condiciones» que había de cumplir un partido para ser admitido en la organización. Unas condiciones que exigían la «ruptura completa y absoluta con el reformismo», la expulsión de «todos los elementos pequeñoburgueses» y la práctica del «centralismo democrático» (lo que significaba una «disciplina férrea» de respeto a las decisiones del «centro dirigente del partido»).

El control que la Komintern ejercía sobre los partidos comunistas nacionales, supeditándolos a los intereses políticos de la Rusia soviética y a la defensa de los planteamientos ideológicos que sostenía la dirección del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) contribuyó a aislarlos de sus respectivas sociedades.

La Komintern no pensaba solamente en Europa. Su cuarto congreso planteó la necesidad de la lucha contra el imperialismo. Para expandirse hacia Oriente, en sociedades donde el desarrollo económico no permitía pensar en una revolución socialista, se esforzó en encontrar la forma de movilizar a los campesinos en luchas de liberación nacional. En octubre de 1923 se celebró en Moscú la Primera conferencia internacional campesina, con delegaciones de cuarenta países, desde México a Japón o Indochina (cuyo representante era Hô´ Chí Minh).

El viraje interno de la política del PCUS por obra de Stalin iba a tener graves consecuencias para el movimiento comunista internacional, condenado a una política izquierdista de «clase contra clase» que, sobre la base de la tesis sobre el *socialfascismo*, decidió que el ala izquierda de la socialdemocracia era más

peligrosa que su ala derecha, rechazó por principio las propuestas de los partidos socialistas y decidió aceptar únicamente la colaboración con sus organizaciones de base. La consecuencia de este viraje iba a ser la depuración de los viejos dirigentes formados en la etapa de la política de colaboración, lo que llevó a postergar o a expulsar a dirigentes acusados, casi siempre sin razón, de bujarinismo, como Isaac Deutscher, Georg Lukács, Angelo Tasca, Jules Humbert-Droz o Joaquín Maurín.

Pese a los errores de los partidos comunistas y a las decepciones que produjo su sectarismo, las propuestas ideológicas del comunismo siguieron conservando su poder inspirador de esperanzas en la lucha contra la desigualdad. Como había dicho Karl Kraus, se podía rechazar su praxis a la vez que se deseaba que se conservasen «en su condición de amenaza constante sobre las cabezas de los que poseen riquezas; de los que, para preservarlas, envían implacables a los otros a los frentes del hambre y del honor de la patria, mientras pretenden consolarnos diciendo y repitiendo que la riqueza no es lo más importante en esta vida. Que Dios nos conserve para siempre el comunismo, para que esta chusma no se vuelva todavía más desvergonzada ... y para que, por lo menos, cuando se vayan a dormir sufran pesadillas».

El nuevo rumbo del socialismo soviético

La NEP

El problema fundamental de la economía soviética residía en el campo, donde dominaba una agricultura de pequeñas explotaciones con un equipamiento pobrísimo. Habría que ir avanzando de acuerdo con los campesinos, y eso implicaba ante todo satisfacerles en los aspectos de que estaban quejosos, para recuperar los niveles de producción anteriores a la guerra, sin lo cual no sólo no se podría progresar, sino que ni siquiera estaría asegurada la subsistencia, como lo vino a demostrar la terrible hambruna de 1921-1922, que causó cinco millones de muertos, y que fue aliviada por la ayuda internacional, con una intervención especial de Estados Unidos.

«Sólo el acuerdo con los campesinos puede salvar la revolución socialista en Rusia, mientras no estalle la revolución en otros países.» Para satisfacer a los campesinos y conseguir que volviesen a intercambiar sus productos por los de la ciudad había que crear un mercado y revalorizar la moneda. Se comenzó suprimiendo las requisas, reemplazadas por unos impuestos en especies, lo cual les dejaba excedentes que podrían vender libremente. Era la base de la NEP, la «Nueva política económica», que se fundamentaba en la convicción de que el socialismo sólo se podía construir a partir del crecimiento económico. No era un retorno al capitalismo, sino una transición que partía del abandono de las políticas del comunismo de guerra.

La NEP implicaba en la agricultura cierta tolerancia en el arrendamiento de la tierra y en el alquiler de fuerza de trabajo, a condición de que la propia familia trabajase al lado de los asalariados. El regreso al mercado favoreció ahora la diferenciación en el seno de la sociedad rural y condujo al ascenso de los «kulaks», los campesinos ricos; pero permitió por lo menos la recuperación de las cosechas.

También se quiso extender el cambio a la industria. Había que reanimar la pequeña industria local para obtener artículos de consumo que intercambiar con los de los campesinos, pasando a personas privadas o a cooperativas la gestión de aquellas pequeñas empresas que no resultaban rentables para una gestión centralizada.

Se fue además a una racionalización en el sector nacionalizado, forzándolo a ser más eficiente. Las empresas se organizaban en uniones o trust que estaban

obligados a mejorar su productividad. Y se estableció un control de los beneficios que estas empresas producían. No se trataba de dar las fábricas en propiedad privada a sus trabajadores, que se había demostrado que podían acabar siendo tan egoístas como los viejos propietarios burgueses: había que destinar una parte de los beneficios a la amortización del capital fijo, un 25 % iría destinado al trust y un 22 % a un fondo para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Pero la verdad es que la NEP fue mucho menos efectiva en la industria que en la agricultura, y que fracasó por completo en su intento de atraer inversiones extranjeras.

A fines de 1922, cuenta Margarete Buber-Neumann, se podían ver ya los efectos de la NEP. Había una nueva vitalidad que estaba despertando lo que parecía haberse fosilizado. En las estaciones de tren «los campesinos acudían con sus productos, que vendían a los pasajeros ... Moscú ... respiraba y recordaba las alegrías y placeres de la existencia, desaparecidos durante la dictadura bolchevique y la guerra civil. Habían abierto pequeños restaurantes en los que se podía comer y beber a buen precio».

No hubo, en cambio, ninguna concesión en el terreno político. La introducción de la NEP fue acompañada por el encarcelamiento de mencheviques, incluyendo a todos los miembros del comité central del partido, y por la deportación de otros muchos. En 1922 se procesó por crímenes contra el estado a una serie de socialistas revolucionarios de derecha. La liberalización de la economía iba acompañada por un refuerzo de la centralización que impedía todo tipo de oposición a la política del partido. Algo que se consideraba necesario para asegurar la supervivencia de un movimiento que vivía bajo el temor de las asechanzas de sus poderosos enemigos externos.

En abril de 1922 Lloyd George convocó a 34 países a una reunión internacional en Génova para llegar a un acuerdo global sobre la reconstrucción de la economía europea, con una especial atención a los problemas de Alemania y a la reincorporación de Rusia. Estaba convencido de que la evolución que implicaba la NEP era una muestra de que los soviéticos se empezaban a dar cuenta de su fracaso y de que estarían dispuestos a hacer concesiones a cambio de ayuda económica occidental.

Paralelamente, y en los mismos días, los rusos completaban las negociaciones secretas que venían sosteniendo desde hacía tiempo con los alemanes, con la intención de reanudar las relaciones económicas —estaban interesados, por ejemplo, en grandes adquisiciones de locomotoras y vagones para reactivar el sistema ferroviario— y el 16 de abril de 1922 firmaron en Rapallo un acuerdo por el que finalizaba el estado de guerra entre los dos países, que renunciaban a exigirse reparaciones públicas o privadas. Una cláusula secreta permitía además a Alemania realizar en suelo ruso maniobras militares y producir armas que le estaban prohibidas por el tratado de Versalles.

La noticia del acuerdo conmocionó a los reunidos en Génova, que trataron en vano de obligar a sus firmantes a anularlo. Las negociaciones prosiguieron, obstaculizadas sobre todo por Francia, que reclamaba a los bolcheviques la recuperación completa de sus propiedades privadas, lo que se refería sobre todo a las grandes inversiones en deuda rusa que habían hecho los ciudadanos franceses durante el zarismo, de modo que el proyecto de Lloyd George se frustró y no se lograron más que resultados provisionales que dejaban para el futuro el tema de las propiedades privadas.

Los problemas acerca de la continuidad de la NEP comenzaron a plantearse en 1924, cuando el objetivo de la recuperación de las cosechas se había alcanzado, coincidiendo con la muerte de Lenin el 21 de enero de 1924, lo que iba a enlazar el debate sobre la economía con la lucha por la sucesión de Lenin al frente del partido. Los dos principales aspirantes eran Stalin y Trotski. Trotski era en aquellos momentos el número dos indiscutible del partido gracias a su actividad en la guerra civil. Stalin, en cambio, hijo de un artesano de Georgia, era un personaje oscuro que había conseguido progresar en el aparato del partido hasta alcanzar la secretaría en 1922. Lenin lo había criticado en los últimos meses de su vida por la rudeza con que había actuado en un conflicto del partido en Georgia y dejó un texto en que le descartaba para su sucesión, al igual que a Trotski, y prevenía acerca del peligro de división que podía surgir de la confrontación entre ambos.

Los debates que siguieron a la muerte de Lenin, aunque su objetivo real fuese el acceso al poder, se formularon en términos de una discusión sobre el

modelo económico que había que seguir entre una «derecha», mayoritaria en el politburó, que apoyaba la continuidad de la NEP, y la «izquierda», representada sobre todo por Trotski, Zinóviev y Kámenev, que defendía la necesidad de acelerar la industrialización y prevenía, por otra parte, contra los riesgos de reaparición del capitalismo que implicaba el auge de los kulaks, los campesinos ricos. Stalin tuvo la habilidad de mantenerse a la espera, aceptando las reglas de la dirección colectiva y procurando que sus amigos, los que se acabarían integrando en su equipo, ocupasen posiciones en el politburó. Gracias a la habilidad con que se movió, Trotski y Zinóviev fueron primero apartados del politburó y, como prosiguieron en sus actividades de oposición, se les expulsó del comité central en octubre de 1927.[15]

El debate de la industrialización

En 1924 estaba claro que no iba a haber la esperada revolución mundial y que habría que construir el socialismo en un solo país, la Unión Soviética, sin ayudas exteriores. Pero ¿cómo hacerlo? Era evidente que la condición necesaria para realizar este avance era conseguir un considerable crecimiento económico, y éste era el primer problema que había que resolver.

Algunos, como Bujarin, pensaban que el crecimiento se había de conseguir sobre la base del desarrollo de la economía campesina, mayoritaria en Rusia, lo que sólo se podía lograr favoreciendo una política liberalizadora como la de la NEP. Bujarin llegó a decir: «A los campesinos, a todos los campesinos, hemos de decirles: "Enriqueceos, desarrollad vuestras explotaciones y no temáis que se os pongan obstáculos. Aunque parezca paradójico, hemos de desarrollar las explotaciones acomodadas para ayudar a los pequeños campesinos pobres"».

Frente a esta opción agrarista los industrializadores pensaban, como Yevgueni Preobrazhenski, que había que dar un salto adelante, que sólo podía lograrse forzando las etapas para conseguir una «acumulación socialista originaria». Se necesitaba una acumulación inicial de recursos, sin los cuales no habría posibilidades de progresar hacia el socialismo. Para conseguirlo había que forzar la transferencia de recursos del sector no socialista al estatal-socialista mediante procedimientos que podían ir desde los impuestos hasta un intercambio

desigual conseguido a través de la fijación de los precios.

Mientras tanto se estaba desarrollando la elaboración de un nuevo modelo económico, el de la planificación, cuyos primeros esquemas aparecen ligados al Goelro, la Comisión del estado para la electrificación de Rusia, que dirigía el ingeniero Gleb Krzhizhanovsky. Un modelo que respondía inicialmente a las ilusiones productivistas que llevaban a soñar en grandes centrales eléctricas que permitirían una transformación global de la economía, al llevar la energía hasta las pequeñas explotaciones agrarias, de acuerdo con la idea de Lenin que basaba la construcción del socialismo en la combinación de «los sóviets y la electrificación», o sea, del poder político y el crecimiento económico, favorecido por los avances tecnológicos. De ahí que se eligiera a un ingeniero como Krzhizhanovsky para dirigir inicialmente la oficina del Gosplan (Comité estatal de planificación), creado en 1921.

Pero lo que un amplio conjunto de técnicos de diversas disciplinas —no sólo bolcheviques, sino también mencheviques y neopopulistas— llevaron a cabo en el Gosplan entre 1921 y 1928 iba mucho más allá. Fue en estos años cuando se consiguieron adelantos extraordinarios en el estudio de las relaciones estructurales de la economía, y cuando se elaboraron los primeros planes de control y previsión, que iban muy por delante de lo que estaban realizando los economistas de otros países en aquellos momentos. Entre quienes elaboraban los nuevos métodos había hombres como Vladimir Groman y Vladimir Bazarov, mencheviques, que veían la planificación como «la combinación óptima del desarrollo de las fuerzas productivas, del aumento del bienestar de las masas trabajadoras y del desarrollo de las formas socialistas de la economía», junto a innovadores como Nikolái Kondrátiev, teórico de los ciclos largos de la economía, como Aleksandr Chayánov, un neopopulista que desarrolló el estudio de la lógica de la producción campesina, e incluso otros, fuera del Gosplan, como el ingeniero Piotr Palchinsky, que denunció el error de invertir los recursos en obras gigantescas, guiados por el espejismo de la industrialización avanzada en Alemania o en Estados Unidos, sin tomar en cuenta la realidad de las condiciones locales (todos estos hombres acabaron silenciados por Stalin, y en su mayor parte ejecutados).

Los proyectos de los planificadores no veían el crecimiento como una simple consecuencia de una dirección centralizada y de la aportación del progreso tecnológico, sino que preveían una transformación previa de las formas de trabajo y de las relaciones económicas entre los hombres, que estaban indisolublemente ligadas a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, y que habían de realizarse sin ninguna coerción, procediendo con tanta lentitud como fuese necesario para ir creando formas de economía socialista, no sólo centralizada. Los planes se fijaban por años agrícolas —de octubre a octubre— y se tomaban períodos de cinco años porque era el plazo que convenía para el planteamiento de grandes obras y para obtener estimaciones medias de las cosechas sobre las cuales se habían de basar las previsiones.

El primer plan quinquenal se proyectó para el período del 1 de octubre de 1928 al 30 de septiembre de 1933. Era un estudio en tres volúmenes que se ocupaba de cada sector de la economía (energía, industria, agricultura), tomaba en cuenta la diversa naturaleza de los problemas (sociales, de comercio, de trabajo) y acababa con una extensa documentación sobre las regiones. Presentaba rama por rama y región por región los recursos disponibles, la posibilidad de aplicar nuevas técnicas y los niveles productivos que se podrían conseguir con ellas. Preveía tasas de crecimiento muy elevadas para la industria, a la vez que un gran incremento en la construcción de viviendas, un aumento del salario real e incluso de los ingresos de los campesinos, en el marco de un crecimiento de la renta nacional del ciento por ciento.

Estos estudios eran tan sólo una herramienta para la previsión y para la orientación de las inversiones del estado. Transformarlos en un conjunto de directrices que se pudieran aplicar exigía crear todo un sistema de instrucciones, porque nada en el proyecto planificador implicaba el uso de la coerción. Todos estaban de acuerdo en que la planificación era necesaria, tanto los partidarios de la continuidad de la NEP como los que querían forzar la industrialización. Y lo estaban también en considerar que los objetivos sociales eran irrenunciables.

En 1927 la disminución de la parte de la cosecha que los campesinos llevaban al mercado vino a determinar la crisis de la NEP. En una economía que seguía dependiendo de los resultados de la agricultura esto significaba que iban a

disminuir los recursos disponibles para la industrialización y a retrasarse los planes de crecimiento. Stalin lo atribuyó a una «huelga de los kulaks», de los campesinos ricos, y se dieron órdenes a las organizaciones del partido para que sacasen el grano de donde pudieran. Para asegurarse de los resultados el propio Stalin, que temía que los funcionarios regionales se resistiesen a las requisas, se desplazó a Siberia en enero de 1928 y pasó allí tres semanas, incentivando a los funcionarios a realizar las requisas, para lo cual reimplantaba los métodos represivos del comunismo de guerra.

Este cambio radical en la línea seguida hasta entonces por el politburó había de provocar una crisis de la relación entre una mayoría de miembros partidarios de la continuidad de la NEP, como Rýkov y Bujarin, y la minoría de los amigos fieles de Stalin, como Mólotov, Voroshílov, Mikoyán y Ordzhonikidze, que capitalizaron el éxito de las requisas, que permitieron aportar más recursos para la industrialización. Ésta fue la oportunidad que Stalin aprovechó para hacerse finalmente con el poder: inició una campaña contra los desviacionistas de derechas y logró el apoyo suficiente para expulsar del politburó a Ríkov, Bujarin y sus partidarios.

Fue también de 1928 a 1930 cuando la frustración ante la lentitud de los progresos de la industrialización condujo a una serie de procesos contra técnicos e ingenieros acusados de sabotear la producción en connivencia con potencias extranjeras. Los informes que la Dirección de la policía de estado, la OGPU, enviaba a Stalin no dejaban duda de que las potencias extranjeras trataban de impedir el progreso soviético y que contaban para ello con la colaboración de traidores en el interior. Al informe policíaco que mencionaba nombres como los de Chayánov y Kondrátiev, Stalin agregó el de Ríkov y le dijo a Mólotov que aunque el nombre de Bujarin no aparecía en los documentos «él es sin duda el instigador de la campaña contra el partido».

Con Stalin y su equipo firmemente asentados en el poder iba a iniciarse una nueva etapa en la historia de la revolución.

3

RESTABLECER EL ORDEN (1919-1929)

El mundo que salió de la Primera guerra mundial era muy distinto al de antes del conflicto. Desaparecieron entidades seculares, como el Imperio otomano o los de Austria-Hungría, Rusia y China. Nacieron en contrapartida nuevas naciones y se reestructuraron las fronteras de otras. Pero el cambio tal vez más importante fue el inicio de la decadencia de Europa y el ascenso de Estados Unidos al lugar de potencia dominante.

En todo el mundo la herencia inmediata de la guerra fue una crisis económica que frenó los proyectos de reconstrucción y provocó un grave aumento del paro. En todas partes, en Europa como en las Américas del Norte y del Sur, la inquietud social, espoleada por el triunfo de la revolución rusa, reflejaba el malestar de los trabajadores, a quienes se pretendía hacer pagar el coste de la crisis, y el de los campesinos, que sufrieron el hundimiento de los precios de sus productos.

La decadencia de Europa

De la guerra salían arruinados tanto los vencedores, salvo Estados Unidos, como los vencidos. Francia, Gran Bretaña e Italia no sólo se habían empobrecido como consecuencia de la guerra, sino que tenían grandes deudas con Estados Unidos que, con sus ventas de armas y suministros a los beligerantes, había acumulado la mayor parte de las reservas mundiales de oro, lo que convirtió al dólar en la moneda de referencia para el futuro, reemplazando a la libra esterlina.

La guerra había exigido un esfuerzo económico brutal a los beligerantes, que aunque aumentaron considerablemente los impuestos (el tipo medio del

impuesto sobre los ingresos pasó del 5 % en 1913 al 38 % en 1921), no pudieron atender los costes del conflicto con los recursos disponibles y se endeudaron, comprometiendo de este modo su futuro.

Acabada la guerra, los vencedores se hicieron inicialmente la ilusión de que podrían recuperarse con las reparaciones que se obligaría a pagar a los alemanes. Necesitados de contentar a su electorado, los políticos hablaban de sacarles cifras elevadísimas, que hubieran debido saber que los alemanes no podrían pagar. Los franceses eran quienes pedían una suma mayor y la exigían con más urgencia, puesto que necesitaban comenzar a reconstruir de inmediato las zonas devastadas. De momento se exigió a Alemania un pago anticipado de veinte mil millones de marcos oro antes de mayo de 1921, que era la fecha en que la Comisión de reparaciones había de fijar las sumas definitivas que se iban a exigir (pero en aquellos momentos las reservas totales del Reichsbank ascendían tan sólo a dos mil cuatrocientos millones).

La publicación en diciembre de 1919 del libro de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz*, donde sostenía que las exigencias que se presentaban a Alemania eran inviables, vino a activar las discusiones, pero lo que Keynes proponía no era tan sólo que se fijasen las reparaciones de acuerdo con las posibilidades alemanas de pagar, sino que se negociase un acuerdo global acerca de las deudas entre los aliados, a lo que habría que añadir un préstamo internacional para la reconstrucción de Europa y una política de cooperación tanto con Alemania como con la Rusia soviética. Unas propuestas sensatas que nadie iba a escuchar.

El acuerdo de pagos de Londres de 1921 fijó la suma total que habían de pagar los alemanes en treinta y tres mil millones de dólares, a mucha distancia de las peticiones iniciales. Una cantidad engañosa, puesto que la distinción entre tres tipos diferentes de bonos reducía considerablemente la suma real. Hubo que llegar a nuevos arreglos con el Plan Dawes de 1924 y el Plan Young de 1929; pero lo que finalmente pagaron los alemanes, que se ha estimado en unos doce mil quinientos millones de dólares, no sirvió para resolver los problemas de sus acreedores, que, tras haber experimentado en 1919 una recuperación que duró poco más de un año, vieron como en 1921 se iniciaba una tremenda crisis que paralizó la producción, extendió el paro y alimentó el malestar social.

Mientras tanto algunos gobernantes, como los de Gran Bretaña y Francia,

pretendían volver a los buenos tiempos del pasado revalorizando sus monedas a los niveles de antes de 1914, en la época del patrón oro, cuando tenían valores estables —una libra esterlina equivalía a cinco dólares y un dólar a cinco francos, pesetas o liras— lo cual facilitaba un comercio internacional sin barreras.

Era un disparate. Países empobrecidos como Francia, Gran Bretaña o Italia no podían esperar que sus monedas conservasen la misma relación con el dólar americano, respaldado por unas enormes reservas de oro. Pero esto servía, cuando menos, para tranquilizar a los ciudadanos que habían comprado bonos de guerra para sostener a sus gobiernos durante el conflicto, y esperaban que se mantuviese el valor de los ahorros que les habían confiado. La ilusión duró muy poco.

Gran Bretaña

Los británicos salieron de la guerra creyéndose vencedores, cuando habían quedado destrozados económicamente. En los primeros tiempos de la paz todo parecía marchar favorablemente. Duraba aún la euforia del triunfo y Lloyd George, «el hombre que había ganado la guerra», obtuvo la victoria en unas elecciones a las que se presentó con un gobierno de coalición de conservadores, liberales y laboristas, con la promesa de que harían de Gran Bretaña «un país apto para que vivan en él los héroes», para lo cual emprendió un programa de mejoras sociales que comprendía la construcción de doscientas mil viviendas en cuatro años. Se esperaba que los alemanes pagarían la factura y se sostenía que, si era necesario, «les buscaremos bien en los bolsillos», sin advertir que podían estar vacíos. Todo parecía marchar bien, con la economía en plena fiebre de reconstrucción; pero la ilusión duró tan sólo un año.

La realidad era que se habían perdido viejos mercados que ya no se recuperarían, y que la necesidad de hacer frente a las deudas de guerra empezaba a afectar al valor de la libra esterlina, que antes de 1914 se cotizaba a 4,86 dólares y que cayó ahora a 3,75. El gobierno aplicó las viejas fórmulas de la época del patrón oro —cortar el gasto y aumentar los tipos de interés— pero esto sólo sirvió para desencadenar la crisis. El paro alcanzó la cifra de dos millones

en 1921 (3,5 millones según los sindicatos) y se mantuvo estable hasta 1930.

Mientras tanto Lloyd George, preocupado ante todo por los asuntos internacionales, fracasaba en su intento de poner orden en la economía europea de posguerra en la conferencia de Génova de abril-mayo de 1922, a lo cual se vino a sumar poco después el riesgo de una guerra con Turquía, como consecuencia del apoyo británico a la intervención de los griegos en Asia Menor. Los conservadores abandonaron el gobierno y la coalición se desintegró. Lloyd George, que no tenía un partido propio (soñaba con crear un gran partido de centro) fue derrotado y desapareció de la escena política.

La prolongada inestabilidad condujo a que en enero de 1924 se encargase de formar gobierno a los laboristas, con Ramsay MacDonald a su frente. Como no tenían mayoría en las cámaras, emprendieron una política moderada, planteando medidas razonables, puesto que necesitaban de los votos de los liberales para subsistir. Pero la propuesta de un tratado de comercio con la Unión Soviética provocó su derrota parlamentaria en octubre de 1924, cuando sólo llevaban diez meses en el poder. MacDonald hubo de convocar nuevas elecciones, durante cuya tramitación los laboristas fueron víctimas de todo tipo de abusos, como la divulgación de una falsa «carta de Zinóviev» en que se exponían unos supuestos planes para subvertir Gran Bretaña.

Los conservadores, que obtuvieron una mayoría aplastante en estas elecciones, creyeron que había llegado el momento de realizar su proyecto de recuperar la vieja valoración de la libra a 4,86 dólares, volviendo al patrón oro —esto es, comprometiéndose a responder con sus reservas de la cotización de la moneda—, una medida que adoptaron en abril de 1925, con Winston Churchill como ministro de Hacienda.

Era un disparate, aunque no era un disparate inocente, puesto que respondía a los intereses financieros de la City, pero representaba un desastre para los tres sectores más importantes de la industria británica tradicional —hierro, tejidos de algodón y carbón— que dependían de las exportaciones, puesto que la revaluación de la libra encarecería los precios de sus productos. Como avisó Keynes, aumentar el valor de la libra en un 10 % significaba que los exportadores británicos habrían de rebajar sus precios en un 10 %, si pretendían

seguir vendiendo fuera de su país, lo cual les obligaría a reducir sus costes, y había pocos que fuesen tan susceptibles de una rebaja inmediata como los salarios.

Eso se iba a ver de inmediato en el caso del carbón. Los dueños de las minas dijeron que habría que revisar urgentemente los acuerdos sobre salarios y aumentar las jornadas de trabajo para compensar el descenso de sus precios de venta al exterior. Era una prueba de fuego para los sindicatos, que no estaban preparados para ir a una huelga general, algo que no se había producido nunca en Gran Bretaña. El 1 de mayo de 1926 se decidió finalmente que los mineros iniciasen una huelga, en la que colaboraron otros sectores, y en especial el transporte. El gobierno estaba dividido entre quienes querían un enfrentamiento con los sindicatos, como Churchill, y los partidarios de una negociación.

El 3 de mayo había dos millones y medio de trabajadores en huelga de apoyo a los mineros, contra los cuales se movilizaron los estudiantes universitarios, que conducían trenes y autobuses, y las señoritas de la buena sociedad, que les asistían como cantineras. La huelga general duró nueve días, hasta que los sindicatos se dieron cuenta de que una medida semejante no tenía sentido si no iba seguida por otro tipo de actuaciones posteriores, más radicales, que ni podían ni deseaban emprender. Cuando el primer ministro Baldwin anunció por radio que no habría represalias, la huelga acabó. Sólo los mineros, abandonados por todos, siguieron seis meses más, hasta que en diciembre no les quedó otro remedio que regresar al trabajo en las condiciones fijadas por los patronos.

Éste fue también un tiempo de dificultades para los campesinos, con los precios de sus productos en descenso, y para los trabajadores de las viejas industrias que comenzaban su decadencia. Las condiciones de vida de unos y otros eran infrahumanas, mientras los ricos parecían ahora más ricos que nunca. Las divisiones sociales aumentaron, de modo que cuesta entender que no se produjesen más explosiones sociales en el país. Una de las causas puede haber sido precisamente la tradición y la fuerza de un movimiento sindical como el británico, que tenía más de un siglo de historia y que había creado una cultura propia, con una red de sociabilidad —cooperativas que podían dar crédito en los momentos difíciles, centros y bibliotecas obreros, coros y bandas de los mineros, grupos deportivos en años de ascenso del fútbol, etc.— que en algún modo integraban a esta población en apuros y le daban una perspectiva de lucha en el

terreno político, lo que la alejaba del estallido social.

Eran muchas las cosas que habían cambiado en la vida y en la sociedad británicas desde 1914. Las mujeres, que ganaron el voto parcialmente en 1918, y por completo en 1928, adoptaban formas de vida más libres. La nueva cultura de élite la estaba creando el llamado «grupo de Bloomsbury», con Virginia Woolf, Keynes, Forster y ese personaje singular que fue Lytton Strachey, que en 1918 escribió un libro disolvente, *Victorianos eminentes*, y en 1921 una biografía irreverente de la reina Victoria. Otros escritores más avanzados no podían ni siquiera publicar en Inglaterra, como James Joyce, que tuvo que editar *Ulises* en París en 1922, o D. H. Lawrence, que en 1928 imprimió en Florencia *El amante de lady Chatterley*, una obra que no pudo editarse íntegramente en Inglaterra hasta 1960.

La década de posguerra fue dura; pero tal vez esto ayude a entender que, cuando llegó la crisis de los años treinta, los políticos británicos habían aprendido de sus errores y estaban en situación de rectificar, lo que les permitió hacer frente a las nuevas dificultades en mejores condiciones.

Francia

Al igual que había sucedido en Gran Bretaña, los gobernantes que habían «ganado la guerra» salían de ella con un prestigio reforzado que les permitió continuar en el poder. Pero también aquí, como en Gran Bretaña, fueron incapaces de percatarse de cuánto y cómo habían cambiado las cosas.

Lo que hacía diferente, y más difícil aun, el caso de Francia, era que se trataba del país más perjudicado por la guerra. Había tenido 1.400.000 muertos y un millón de inválidos y sus pérdidas materiales habían sido terribles: 350.000 casas destruidas, 6.000 fábricas vaciadas de maquinaria por los alemanes, la industria textil de Lille y de Sedán aplastada; en las minas de carbón habían volado 112 pozos e inundado y obstruido unos 1.600 km de galerías. Mientras se retiraban, los alemanes lo arrasaban todo: destrozaron unos 1.500 km de vía férrea y volaron un millar de puentes, además de casas e iglesias. En cuatro años de ocupación se llevaron a Alemania medio millón de vacas, medio millón de ovejas y 300.000 caballerías. Al acabar la guerra los franceses tuvieron que retirar de sus campos 300.000 km de alambre de espino y rellenar trincheras con 250 millones de metros cúbicos de tierra. Pese a ello, mucho suelo agrícola quedó inutilizable. Los franceses lo tenían claro: «Le boche paiera», lo pagará el alemán. Pero el alemán no pagó y la euforia del triunfo se agotó muy pronto.

De momento todo seguía igual en el terreno político. En 1919 el Bloc national, sostenido por los propietarios agrarios pequeños y medios y por la burguesía urbana, que contaba con el prestigio de Georges Clemenceau, y que explotaba el miedo al bolchevismo, ganó netamente las elecciones. El hombre escogido para suceder a Clemenceau al frente del gobierno, Alexandre Millerand, era un antiguo socialista reconvertido al centrismo, que se vio obligado a enfrentarse a la oleada de huelgas con que los trabajadores reclamaban lo que creían haber ganado en la guerra, obligados además por la inflación a mantener una lucha constante para no perder el poder adquisitivo de sus salarios. Los trabajadores consiguieron entonces la jornada de ocho horas y una ley de contratos colectivos; pero Millerand no se mostró dispuesto a hacer más concesiones, y el choque se produjo en una actividad en que los patronos estaban decididos a resistir y en que los trabajadores tenían una larga tradición de lucha: los ferrocarriles.

La huelga de los ferrocarriles de mayo de 1920 significó el punto máximo de unos años de lucha que habían reforzado a los sindicatos y consolidado un «cinturón rojo» en las localidades del entorno de París. Pero el gobierno estaba preparado: las tropas ocuparon las estaciones y el ejército, con la colaboración de voluntarios burgueses, como los estudiantes de las grandes escuelas técnicas, los veteranos de guerra y miembros de grupos de derechas, pudieron mantener los servicios esenciales, de modo que, pese a las huelgas de solidaridad que llegaron a paralizar la economía, la falta de apoyo popular a los sindicatos les obligó a desconvocarla. Habían sufrido un duro golpe: el sindicato ferroviario perdió entonces un 80 % de su afiliación.

Entre tanto Francia estaba financiando su reconstrucción con deuda interior, contando siempre con pagarlo todo a costa de las reparaciones alemanas. De 1914 a 1920 el franco perdió un 65 % de su valor en relación al dólar. Pero los gobiernos conservadores no querían crear nuevos impuestos para repartir el sacrificio, sino que seguían esperando las compensaciones alemanas.

Esto sucedía mientras una Alemania que no había visto sus fábricas destruidas, como había ocurrido en Francia, reconstruía su industria. Exasperados, franceses y belgas invadieron en enero de 1923 la cuenca alemana del Ruhr con sus grandes centros industriales, y ocuparon fábricas y minas para obtener directamente lo que los alemanes no pagaban, en especial para remediar sus problemas de escasez de carbón. Pero aunque consiguieron que las cosas funcionasen por un tiempo, las perspectivas a largo plazo eran negativas. Al final, el tema de las reparaciones fue objeto de reconsideración en el Plan Dawes, que exigía el abandono previo de la ocupación, de modo que aceptaron marchar entre julio y agosto de 1925.

Un mes después de esta retirada ganaba las elecciones en Francia un llamado «Cartel des Gauches», integrado por una alianza de radicales y socialistas encabezada por Édouard Herriot, pero la derecha seguía controlando tanto el Senado como, a través de los medios de negocios, el Banco de Francia, que era a la vez el banco nacional y un negocio privado.

La situación financiera era delicada. Llegó un momento en que el gobierno se vio obligado a pedir anticipos al Banco de Francia, que los atendía imprimiendo billetes por encima de los límites que fijaba la ley. Esto ponía al gobierno en manos del banco que, si revelaba que se había traspasado el límite

legal, desencadenaría el pánico a la inflación. A comienzos de 1925, en efecto, el director del Banco de Francia reclamó al gobierno la devolución de lo que le había anticipado, amenazando con revelar al público que se había aumentado el límite de la circulación. Atrapado en esta trampa, Herriot se vio obligado a dimitir.

En los 19 meses que van de enero de 1925 a julio de 1926 hubo en Francia siete gobiernos, con un total de nueve ministros de Hacienda, que fueron incapaces de emprender una política de saneamiento a causa de la oposición del «mur d'argent», la muralla del dinero que controlaba el Banco de Francia. En julio de 1926 se formó un gobierno de unidad nacional con Poincaré al frente, que tenía como primera misión la de salvar el franco, volviendo al patrón oro. Poincaré y sus amigos financieros querían una revalorización que les permitiera obtener grandes ganancias, mientras que los industriales, de quienes dependía la creación de puestos de trabajo, querían una estabilización moderada que les permitiese seguir exportando.

El gobernador del Banco de Francia, Émile Moreau, y sus asesores eran partidarios de estabilizar a un tipo de 125 francos la libra; pero aguardaron un año y medio, hasta junio de 1928, para proclamarlo oficialmente, evitando enfrentarse a los consejeros del banco que habían esperado hacer un gran negocio con una revaluación mayor.[1] Se consiguió así una etapa de recuperación en que Francia vio progresar su industria —era la segunda productora mundial de automóviles— y contó con una moneda sólida y respetable. Pero toda esta felicidad se desvaneció después de 1929.

Éstos fueron los años del ascenso del modo de vida pequeñoburgués: de una burguesía de hogares con una criada, donde las señoras llevaban siempre sombrero, para distinguirse de las mujeres de las capas populares, que iban con la cabeza al descubierto. Mujeres delgadas que Coco Chanel vestía con ropa deportiva y que comenzaban a vivir la emancipación femenina con escándalos como el de la novela de Victor Margueritte, *La Garçonne*, que tenía por protagonista a una joven, Monique, que, al saber que su prometido la engañaba, decidió ir de amante en amante, tanto masculinos como femeninos, tomar drogas y tener un hijo al margen del matrimonio. El arte de esta burguesía no era el de la vanguardia, sino el «art déco» que recibe su nombre de la Exposición de Artes Decorativas de París en 1925, que lo puso de moda.

Éstos fueron también los años locos del *jazz* y del tango, del nuevo *music-hall* de Joséphine Baker: productos de una cultura de masas que reemplazaba a la vieja cultura popular de raíces autóctonas y campesinas. Fue entonces cuando aparecieron periódicos destinados al consumo popular, que se alimentaban de los crímenes de Landru o de los éxitos del deporte, que convirtieron en héroes nacionales al boxeador Carpentier o al tenista Lacoste. Volvían los folletines policíacos —*Fantomas, Arsène Lupin*— que se difundían por la prensa, y la radio dio un enorme impulso a la canción popular, con figuras como Mistinguett o Maurice Chevalier. Fue, sobre todo, la época del ascenso del cine, que contribuyó a completar una nueva cultura urbana.

Alemania: colapso y recuperación

La república de Weimar, que recibe su nombre del lugar en que se votó su constitución, nació como un intento de evitar el proceso revolucionario, de acuerdo con el pacto a que habían llegado el ejército y los socialistas. Ebert, que «odiaba la revolución como el pecado», vio secundada su actuación por el trabajo sucio que realizaba su ministro del Interior, Noske, y por la acción de los cuerpos francos paramilitares que aplastaron los movimientos revolucionarios.

Las elecciones que se celebraron el 19 de enero de 1919 dieron un resultado que equilibraba a los socialistas del SPD y a los partidos de centro (*Zentrum* y *Deutsche Demokratische Partei* [DDP]), de forma que pudieron formar un gobierno de coalición, y dejaron en minoría al USPD, que no había conseguido establecer una organización a escala nacional, y al recién creado DVP (*Deutsche Volkspartei*) de Gustav Stresemann, destinado a convertirse en el órgano representativo de la burguesía protestante moderada.

En febrero se reunió en Weimar la asamblea que redactó una singular constitución: el Reich alemán era una república con la bandera negro-rojo-oro de la revolución de 1848, con una estructura federal en que Prusia tenía una posición especial. El gobierno era parlamentario, con una sola cámara, el Reichstag, elegida por sufragio universal, pero la existencia de un fuerte poder presidencial le daba un carácter peculiar. El presidente del Reich, con un mandato que duraba siete años, podía someter a referéndum las leyes aprobadas

por el parlamento con las que no estuviera de acuerdo y tenía la facultad de dictar ordenanzas en caso de necesidad. El presidente nombraba un canciller que actuaba como jefe del gobierno y que era responsable ante el parlamento. Tenía además la potestad de disolver el Reichstag y convocar elecciones tantas veces como quisiera. Esto hizo tan importante este cargo que desempeñaron Ebert hasta su muerte, en 1925, y el mariscal Hindenburg desde 1925 hasta su fallecimiento en 1934.

Los primeros años de la nueva república fueron difíciles: de abril a mayo de 1919 hubo un intento de revolución soviética en Múnich (una república que fue primero gobernada por el USPD y los anarquistas, y más adelante por los comunistas); en junio se formó una «República renana» de corta duración, alentada por los franceses. Había por otra parte la presión de la derecha, que podía contar con la considerable fuerza de los Freikorps y con el apoyo más o menos oculto del ejército.

En la noche del 12 al 13 de marzo de 1920 se produjo un *putsch* dirigido por Wolfgang Kapp, un funcionario prusiano, con el apoyo del general Lüttwitz, en protesta por las limitaciones al tamaño de las fuerzas armadas que imponía el tratado de Versalles. Kapp, al frente de una brigada de marina, entró de noche en Berlín y se apoderó de los ministerios, mientras el ejército se negaba a obedecer las órdenes de intervención que le había dado el ministro de Defensa, argumentando que «la *Reichswehr* no dispara sobre la *Reichswehr*». El gobierno huyó a Stuttgart, pero mientras Kapp negociaba con los dirigentes de los partidos de centro y de derecha, una huelga general y la resistencia popular y obrera que paralizaron la capital dieron lugar a que el golpe se viniera abajo en cuatro días.

El auténtico vencedor de esta intentona fue el ejército, que obtuvo la amnistía de los sublevados, a cambio de que las tropas sediciosas se usasen para aplastar levantamientos obreros. El SPD prefirió renovar su pacto con el ejército antes que aliarse con los trabajadores que lo habían salvado.

Las elecciones que se celebraron el 6 de junio de 1920, tras la disolución de la asamblea, registraron un desplazamiento hacia la derecha que permitió formar un gobierno minoritario de coalición burguesa (*Zentrum*, DDP y DVP) que gobernaba con la tolerancia del SPD. Fracasó en marzo de 1921 un nuevo intento revolucionario en la zona minera e industrial del centro de Alemania, protagonizado por el Partido comunista (KPD), mientras continuaba un

terrorismo de extrema derecha que asesinó a políticos como el católico Matthias Erzberger (26 de agosto de 1921) y el ministro de Asuntos exteriores, Walter Rathenau (24 de junio de 1922) tras haber firmado con la URSS el tratado de Rapallo. El de 1923 fue el año terrible de Weimar, con la ocupación del Ruhr por franceses y belgas, el fracasado *putsch* de Adolf Hitler en Baviera y la hiperinflación.

La inflación había comenzado en realidad durante la guerra, debido a que los alemanes decidieron pagarla con la creación de deuda, lo que significaba aumentar los billetes en circulación, una táctica que siguieron usando después para pagar las primeras reparaciones. En 1923, con la ocupación del Ruhr, el proceso se aceleró y llevó a la práctica la destrucción del valor de la moneda. En julio de 1914 un dólar valía 4,21 marcos; en enero de 1919, al final de la guerra, 8,20 marcos; en enero de 1922, 192 marcos; pero en noviembre de 1923 su cotización era de 4.200.000.000.000 marcos. Por entonces había 1.783 máquinas imprimiendo billetes día y noche. Era un proceso de hiperinflación como no se había conocido antes en la historia.

El gobierno sacó provecho de ello en un doble sentido: demostraba a sus acreedores exteriores la debilidad de su economía y, por tanto, la imposibilidad de pagar reparaciones, y reducía prácticamente a cero toda la deuda interior. Pero las consecuencias que tuvo en la sociedad, donde los especuladores hicieron grandes fortunas a costa del empobrecimiento de quienes perdían sus ahorros, fueron terribles.

Aunque la guerra fue la causa inicial del proceso inflacionista, su agravamiento se debió a la insuficiencia de los ingresos del estado, que no bastaban más que para pagar de un 34 a un 44 % de los gastos de desmovilización, de reconstrucción, del mantenimiento de las tropas estacionadas en Renania... Otro de los motivos de su rápida progresión fue la facilidad con que se concedían créditos al sector privado; en el verano de 1922 el Reichsbank daba créditos a tipos de interés inferiores a la tasa de inflación, lo que significaba que estaba pagando parte de las inversiones industriales con esta «huida del marco hacia la máquina». En 1924 las fábricas alemanas estaban equipadas con nueva maquinaria y la flota mercante, que había quedado

prácticamente anulada por las entregas de barcos a los vencedores, se había recuperado por completo.

El miedo a guardar el dinero daba lugar a que se comprasen más productos y animaba el mercado interior. En medio del desastre monetario la tasa de paro era en Alemania del 1,4 %, cuando en Gran Bretaña era del 14 %, en Holanda del 10 % y en Suecia del 15 %.

La hiperinflación afectaba gravemente a los que tenían cuentas acreedoras, inversiones en deuda o salarios fijos, así como a los comerciantes medianos y a los pequeños propietarios rurales. Por otra parte, la pérdida de confianza en la estabilidad del dinero se extendió a la confianza en la sociedad y se convirtió en un estímulo para la delincuencia, que aumentó considerablemente en estos años.

El gobierno se vio obligado al propio tiempo a hacer frente al golpe que dio en Baviera Adolf Hitler, al frente del partido nazi (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, NSDAP), que contaba con escuadras armadas, las SA o Destacamentos de asalto (*Sturmabteilung*), en que se integraban miembros de los disueltos Freikorps junto a jóvenes sin trabajo, dirigidos por Ernst Röhm, un militar que había sido gravemente herido en la campaña de Francia. La movilización nacionalista provocada por la ocupación del Ruhr animó a Hitler a dar un golpe, iniciado en una cervecería de Múnich el 8 de noviembre de 1923, con el apoyo del general Ludendorff. El golpe falló y Hitler pasó unos meses en la cárcel, donde escribió la primera parte de *Mein Kampf*, una mezcla de autobiografía adornada y de programa de una política nacionalista y racista, donde se sostenía la necesidad de la expansión de Alemania hacia el este para «asegurar a la raza que abarca este estado los medios de subsistencia sobre este planeta».

Por entonces, las medidas que había puesto en marcha Gustav Stresemann contribuyeron a que hubiera un cambio radical en la situación económica. Se consiguió acabar con la inflación creando una moneda provisional, el *Rentenmark*, como paso previo a una nueva moneda estable, el *Reichsmark*, que reemplazaría al viejo marco. A lo que hay que agregar la reformulación en abril de 1924 del programa de reparaciones por medio del Plan Dawes, al que acompañaba un empréstito internacional destinado a ayudar a Alemania, que incluía el compromiso de retirada de los ocupantes del Ruhr.

La negociación del Plan Dawes fue el primer éxito de Stresemann como

ministro de Asuntos exteriores, un cargo que conservaría hasta su muerte en octubre de 1929, en una gestión que contribuyó a la aceptación de la nueva Alemania en la política internacional, y a su entrada en la Sociedad de Naciones con un lugar permanente en el consejo (lo que no implicó que se le dejase tomar parte en la administración de sus antiguas colonias, pese a las reivindicaciones de la Asociación Colonial Alemana).

En febrero de 1925, a la muerte de Ebert, había que elegir un nuevo presidente. Las elecciones de diciembre de 1924 habían dejado el parlamento sin posibilidad de crear una mayoría estable, como consecuencia de la fragmentación de los partidos. En esta situación la derecha creyó que, tras los fracasos de las intentonas de Kapp y de Hitler, la batalla para reformar el estado en un sentido conservador había que darla en las elecciones a la presidencia.

En la primera vuelta todos los partidos presentaron candidatos distintos, con lo que el voto se dispersó. En la segunda, los partidos de derecha se pusieron de acuerdo para presentar un único candidato, que no había tomado parte en la primera vuelta, el mariscal Hindenburg. El SPD apoyaba a un político del Zentrum, Wilhelm Marx, pero el Partido comunista, desoyendo el consejo de la Tercera Internacional, se obstinó en presentar su propio candidato, Ernst Thaelman, que obtuvo dos millones de votos, insuficientes para ser elegido, pero que hubieran bastado tal vez para asegurar el triunfo de Wilhelm Marx y para evitar el acceso al poder de Hindenburg.

Mientras la obstinación en mantener estable su moneda había empujado a la crisis a Gran Bretaña y a Francia, la ruina de la moneda alemana favoreció la recuperación de su economía, que vivió sus años dorados entre 1924 y 1929, con unos gobiernos sin mayoría en el parlamento, que necesitaban contar con la tolerancia del SPD para asegurar la paz social. Las industrias de exportación se veían favorecidas por el poder porque se pensaba que era necesario exportar para reunir los recursos que permitieran hacer frente a las reparaciones, mientras la industria pesada, y muy en especial la siderurgia, se beneficiaba de unos aranceles proteccionistas que se compensaban proporcionando a los

exportadores una indemnización económica por los productos metálicos que vendían al exterior.

En estas condiciones los propios industriales eran partidarios de un entendimiento con los sindicatos. En 1926 un gran empresario, Paul Silverberg, decía ante la Liga de la industria alemana que gobernar sin la clase obrera era indeseable e imposible (en 1930, en cambio, atacaba al estado por seguir «políticas económicas socialistas y colectivistas»).

Aunque esta prosperidad tuviese unas bases débiles, que se desvanecieron con la crisis de 1929 y con el fin de los créditos norteamericanos, la gente la vivió como un progreso real. La producción industrial alemana era en 1929 la segunda del mundo, adelantada tan sólo por la de Estados Unidos. Eso explica la armonía entre los industriales y los trabajadores, que pudieron conseguir ahora algunas de sus viejas reivindicaciones. No sucedía lo mismo en la agricultura, que no había recuperado sus niveles de producción de antes de la guerra y se veía perjudicada en sus términos de intercambio con los productos industriales. Esta situación explica que el coste de la vida subiese menos que los salarios, lo que implicaba una mejora de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, que se traducía en más consumo y, en consecuencia, en más producción para el mercado interno.

Los trabajadores colaboraban en este proceso, estimulados por las mejoras obtenidas, que les hacían sentirse fuertes y aceptados por el estado. Pensaban que se estaba avanzando armónicamente hacia fórmulas de transformación social y que, después de la democracia política, vendría una democracia económica que daría rasgos de igualitarismo a la sociedad. El SPD se había convertido en un partido popular: el 25 % de sus militantes y el 40 % de sus votantes no eran obreros. Los industriales cumplían su parte del trato aceptando el sistema de mediación en las disputas y pagando salarios elevados, seguros sociales y medidas de bienestar.

Por todo ello la victoria de los socialistas en las elecciones de mayo de 1928, acompañada de un considerable aumento de diputados comunistas y de un descenso global de los partidos burgueses, no fue entendida por los socialistas como un estímulo para avanzar más en la transformación social, sino como una confirmación de que la línea política seguida era acertada, y que no era necesario acelerar el ritmo de los cambios. Los sindicatos, mientras tanto, se habían

despolitizado, entregados a tareas de gestión.

Cuando se dejaron sentir las primeras dificultades de la crisis mundial se pudo ver la debilidad del sistema de partidos alemán, en que los grupos de centro y de derecha no habían acertado a representar satisfactoriamente los intereses de la burguesía y de las capas medias, mientras los agricultores y la pequeña burguesía, perjudicados por la evolución económica, daban apoyo a partidos sectoriales, que eran o bien regionales o bien «partidos de intereses», que expresaban los de grupos y fracciones concretas: en las elecciones de 1928, por ejemplo, se presentaron dos nuevos partidos campesinos que consiguieron 22 diputados, y un partido «de la clase media alemana».

Los militantes de los partidos burgueses exigieron entonces que se acabase la convivencia con los socialistas y se escoraron a la derecha, mientras los trabajadores, que no se habían preocupado por cambiar las reglas, se encontraron con que no controlaban las estructuras y organismos oficiales, porque en medio de su euforia no se habían preocupado de prepararse para cuando acabase la colaboración.

Cuando en el otoño de 1928 comenzaron los *lockouts* en el Ruhr y se endureció la actitud patronal, el SPD y los sindicatos no sabían qué hacer, porque no tenían otra política que la de la gestión de los intereses cotidianos de la clase obrera. La crisis de Wall Street de 1929 acabó con los créditos norteamericanos y la economía alemana cayó en una depresión que fue la mayor de las que sufrieron los países europeos (en 1932 su producción industrial era tan sólo un 61 % de la de 1929).

El avance electoral que lograron los nazis en 1930 no tenía que ver solamente con los efectos de la crisis mundial, sino con problemas de la sociedad alemana que venían de lejos y que los partidos burgueses no habían sabido resolver. Mientras la derecha apoyaba a los empresarios industriales, y la izquierda a los obreros, amplias capas de las clases medias (pequeños productores, artesanos, tenderos, campesinos) no se sentían representados por los partidos tradicionales. La república de Weimar no había conseguido establecer un sistema parlamentario que representase efectivamente a la sociedad alemana.

Italia y el nacimiento del fascismo

Italia salió de la guerra sin obtener las anexiones territoriales que se le habían prometido, ni las reparaciones que hubieran debido servir para saldar sus deudas. Se encontraba, además, con graves problemas sociales, como las reivindicaciones de los campesinos del sur, mientras que el Partido Socialista Italiano (PSI) y su sindicato, la CGL (*Confederazione Generale del Lavoro*), dieron nueva fuerza a las luchas obreras, estimuladas por el ejemplo soviético. [2]

A ello se sumaba el malestar de los soldados desmovilizados, de cuyas filas salieron tanto los trescientos hombres que acompañaron en septiembre de 1918 al poeta Gabriele D'Annunzio en la aventura de la ocupación de la ciudad croata de Fiume (Rijeka), una de las promesas incumplidas de la guerra, como los que se convirtieron en los escuadristas del fascismo.

En 1919 se fundó el *Partito Popolare Italiano* (PPI, el origen de la Democracia Cristiana) dirigido por dom Luigi Sturzo, un cura siciliano. Su aparición representaba la vuelta de los católicos a la vida política, de la que llevaban largo tiempo ausentes. Nacía con el apoyo de la fuerza organizativa de la Iglesia: 22 diarios, 93 semanarios, bancos y cooperativas locales, reforzada con la creación de un sindicalismo cristiano, rival del socialista, en el que se inscribían sobre todo los campesinos. En las elecciones de 1919 el viejo sistema político se hundió, lo que explica que de 1919 a 1920 se sucedieran cinco gobiernos distintos, inestables e impotentes.

Los enfrentamientos sociales más graves comenzaron en el campo, con las ocupaciones de fincas que, iniciadas en la provincia de Roma en agosto de 1919, se extendieron hacia el sur. Más al norte, en el valle del Po, en la Emilia-Romagna y en la Lombardía, que eran las zonas de agricultura capitalista más avanzada, el conflicto tomó un carácter agudo. Fueron los propietarios agrarios los que pagaron los primeros subsidios a las bandas de escuadristas que se encargaban de luchar contra socialistas, comunistas y sindicalistas.

En septiembre de 1920, en respuesta a un cierre patronal, medio millón de trabajadores ocuparon las fábricas, izando banderas rojas y tratando de gestionar las empresas por su cuenta. Vista la situación desde el miedo de los propietarios, la revolución parecía inminente; pero el gobierno dejó hacer a los obreros para que se convenciesen de que no podían seguir mucho tiempo con la gestión de las

fábricas, en especial a partir del momento en que tanto el PSI como el sindicato CGL votaron contra la participación en actos revolucionarios encaminados a la toma del poder. El jefe del gobierno, Giovanni Giolitti, pudo arrancar concesiones a los propietarios y liquidó la ocupación.

Los socialistas italianos habían cometido el error de actuar con una retórica maximalista, sin ningún propósito de transformarla en acción revolucionaria. Con ello dieron tiempo a terratenientes y empresarios a prepararse para hacer imposible la revolución. Había llegado la hora de Mussolini y de los fascistas.

Benito Mussolini era hijo de un herrero socialista. De limitada cultura, se convirtió en 1908 en un periodista socialista de izquierda, opuesto a la entrada de Italia en la guerra. Incapaz de arrebatar el control a los dirigentes reformistas, acabó expulsado del partido y aceptó dinero de los industriales para transformar su periódico, *Il Popolo d'Italia*, en el «periódico de los combatientes y de los productores», en que expresaba sus nuevas ideas sobre la concordancia de intereses entre los productores burgueses y los productores obreros.

Para dar una base política a su movimiento fundó el 23 de marzo de 1919 los Fasci italiani di Combattimento, una organización que agrupaba a veteranos de guerra, viejos izquierdistas decepcionados, futuristas, sindicalistas revolucionarios y personajes del más diverso pelaje. Se presentó a las elecciones de noviembre de 1919 con una candidatura en que participaban el poeta futurista Marinetti y el director de orquesta Toscanini, con resultados desastrosos. A fines de 1919 los fascistas no contaban con más de cuatro mil afiliados en toda Italia.

El movimiento se mantenía vivo por las acciones violentas de sus escuadras en las zonas rurales del norte, en un clima de huelgas y ocupaciones de tierra. De 1920 a 1922 el fascismo creció en la zona agraria central en que se daban los conflictos más violentos, atacando tanto a los sindicatos socialistas como a las ligas campesinas católicas. Las huelgas aumentaban y el escuadrismo, financiado por los terratenientes, crecía paralelamente, dirigido por jefes como Italo Balbo, Roberto Farinacci o Dino Grandi, que actuaban con frecuencia de modo independiente, y empleaban lenguajes políticos distintos. En menos de dos años llegaron a tener más de doscientos cincuenta mil afiliados: veteranos de guerra, jóvenes de clase media, propietarios, campesinos acomodados... En los

seis primeros meses de 1921 destruyeron 85 cooperativas agrarias, 59 cámaras de trabajo, 53 sindicatos agrícolas, 25 casas del pueblo, centros y diarios. Farinacci disolvió 64 ayuntamientos forzando las dimisiones con palizas, incendios e ingestiones forzadas de aceite de ricino.

Pero esto no era lo que quería Mussolini, que tenía claro que el camino hacia el poder pasaba por el pacto con las fuerzas dominantes en la sociedad italiana: la monarquía, el ejército, la Iglesia y la Confindustria (la patronal de los grandes industriales). Para ello se alió a las fuerzas liberales conservadoras en las elecciones de 1921, en las que obtuvo 35 diputados. Su primer discurso en el parlamento mostró gestos favorables a la Iglesia y a la Confindustria: al estado, sostenía, le correspondían la policía, la justicia, la política exterior y el ejército; todo lo demás había de privatizarse.

Es difícil interpretar lo que hay realmente detrás de la doctrina del fascismo, objeto de una inmensa literatura interpretativa. En el caso de Italia parece haber más escenografía (saludo romano, camisas negras, arquitectura monumental, la propia figura del Duce como caudillo carismático) que contenido político, puesto que el estado corporativo, que se presentaba co-mo una tercera vía entre capitalismo y socialismo, no llegó a implantarse nunca. En una dimensión europea está claro que su función principal era la lucha contra el comunismo en nombre de una revolución nacionalista, casi siempre con un componente racial, que pretendía encaminar las fuerzas de la confrontación social hacia la conquista de unos imperios que asegurarían el progreso colectivo. En todos los casos suele haber una primera fase en que se proponen objetivos revolucionarios, seguida de una acomodación al orden establecido, que deja pendiente la promesa de una «segunda revolución». Parece más útil juzgar al fascismo por su praxis que por su retórica, no siempre coherente.

Para pactar con los otros partidos Mussolini necesitaba controlar las fuerzas que le seguían, para lo cual fundó el *Partito Nazionale Fascista* en noviembre de 1921, con la intención de crear una organización jerarquizada. Entre tanto, en enero de 1921, los comunistas se separaron del PSI y fundaron el *Partito*

Comunista Italiano (PCI), lo que contribuyó a debilitar la izquierda como fuerza parlamentaria.

El año 1922 fue el del triunfo definitivo del fascismo. En enero se celebró la reunión sindical de Bolonia en que se decidió la creación de la *Confederazione nazionale delle Corporazioni sindacali*, que partía de una concepción de superación de la lucha de clases a favor de la colaboración, aunque conservaba una retórica heredada del viejo sindicalismo revolucionario, como base para la creación de un futuro «estado corporativo».

En la primavera de 1922 los fascistas iniciaron una nueva campaña de violencia en las provincias de Ferrara y Ravenna, en que los escuadristas ocuparon las ciudades de Ferrara y Bolonia, con columnas que llegaron a sumar hasta cuarenta mil fascistas. A fines de julio, la convocatoria por los socialistas de una huelga general dio paso a una respuesta fascista que culminó en una secuencia de incendios (incluyendo el de la redacción del periódico socialista *Avanti* en Milán), de destrucción de cooperativas y ocupación de ciudades. Todo ello ante la tolerancia de los dirigentes del estado, que temían más a los rojos que a los fascistas.

Tras su triunfo en agosto, cuando los fascistas neutralizaron la huelga socialista, se comenzó a hablar de culminar el movimiento con una «marcha sobre Roma». Mussolini, por su parte, era consciente de que debía aprovechar el momento, sin dar tiempo al estado liberal a reaccionar. La «marcha sobre Roma» no fue una farsa, como suele decirse, sino, según Emilio Gentile, un movimiento bien organizado, destinado a sacar provecho de la campaña de terror realizada hasta entonces, con lo que consiguió asustar al rey.

El 27 de octubre se iniciaba una marcha de veinte mil a treinta mil hombres que hubiera podido ser detenida fácilmente por los veintiocho mil hombres con que el gobierno contaba para defender la capital. Todo dependía de la voluntad de resistir que tuviese. El jefe del gobierno, Luigi Facta, se entrevistó con el rey Víctor Manuel III en la madrugada del día 28 para pedirle que firmara la declaración de estado de sitio, lo que hubiera obligado al ejército a detener a los fascistas. El rey accedió inicialmente, a las cinco de la mañana, pero cuando, cuatro horas más tarde, le llevaron el decreto para que lo firmara se negó a hacerlo. No confiaba en la capacidad de Facta para hacer frente a la situación y había recibido noticias alarmantes acerca de la importancia de las fuerzas

fascistas —le habían asegurado que contaban con más de cien mil hombres— y de posibles complicidades en la propia guarnición de Roma.

Llamado al poder por el rey, Mussolini formó un gobierno de coalición en que los fascistas eran minoría y el conjunto de las fuerzas políticas, incluyendo los socialistas, lo aceptaron sin resistencia. Dado que contaba con un número reducido de diputados, presentó a la aprobación del parlamento una nueva ley electoral que determinaba que el partido que obtuviese más votos, con la condición de que hubiese alcanzado más del 25 % del voto total, tendría dos tercios de los diputados y, por tanto, mayoría absoluta. Mussolini pudo sacar adelante esta propuesta el 21 de julio de 1923 gracias a la traición de los católicos (dom Sturzo propuso que votasen en contra, pero fue derrotado en el congreso del PPI), que permitió que la reforma se aprobase por 223 votos a favor y 123 en contra.[3] De haberse opuesto los populares, no se hubiese conseguido aprobarla, pero unos setenta diputados se abstuvieron y otros treinta votaron a favor.

El 19 de noviembre Mussolini recibió un voto de confianza y, cinco días después, le otorgaron plenos poderes por 306 votos favorables, 116 negativos y 7 abstenciones. Una victoria que obtuvo gracias a que socialistas, comunistas y otras fuerzas antifascistas, que sumaban unos ciento cincuenta diputados, no acudieron a la votación como gesto de protesta.

En las elecciones de 1924, a las que los fascistas se presentaron en alianza con independientes moderados, liberales, católicos y hasta socialdemócratas, y en que Mussolini fingió repudiar a sus extremistas, el fascismo consiguió el 65 % de los votos y 375 escaños. Los viejos partidos liberales pasaron de 210 diputados a 45; los populares de 106 a 39; los socialistas, de 122 a 46; sólo los comunistas aumentaron algo, de 13 a 19.

Estas elecciones se habían ensuciado con todo tipo de violencias. Lo denunció en el parlamento el 30 de mayo de 1924 el diputado socialista Giacomo Matteotti, con el propósito de demostrar que no habían sido válidas: el 10 de junio una banda fascista lo secuestró en el centro de Roma y lo asesinó. Que Mussolini haya dado o no la orden del asesinato no importa, ya que tenía a su servicio una banda de asesinos a quienes les bastaba haberle oído decir en público que «a los provocadores como Matteotti sólo se les puede contestar a tiros». Y está claro, por otra parte, que se ocupó de que se ocultaran las pruebas

del crimen y protegió al asesino.

La indignación por *«il delitto Matteotti»* dio lugar a que los diputados de la oposición se retirasen del parlamento, pero no aceptaron la propuesta comunista de convertirse en contraparlamento. Esto preocupaba poco a Mussolini que, comenzando por la censura de prensa, comenzó a desarticular los mecanismos del parlamentarismo. A fines de 1925 aprovechó el control que tenía sobre la cámara para hacerse nombrar jefe del gobierno, lo que significaba que podía gobernar personalmente, sin hacer caso de los ministros, y que tenía la facultad de legislar sin contar con el parlamento, que sólo opinaba cuando Mussolini lo consultaba, lo que excluía la posibilidad de un voto de censura. Utilizó además los atentados contra su persona, auténticos o simulados, para avanzar en el control de la situación. Un atentado en Bolonia en octubre de 1926 le dio la oportunidad de promulgar una ley de defensa del estado que le permitía suprimir los partidos políticos, suspender los periódicos independientes y crear «tribunales revolucionarios», destinados a promover el terror.

Pero la acción del fascismo no iba a limitarse a la conquista del poder. Mussolini había comenzado practicando una política ultraliberal, aboliendo las leyes con las que los gobiernos anteriores habían tratado de repartir socialmente los costes de la guerra. Esta etapa duró de 1923 a 1925, mientras realizaba su aproximación a los grandes empresarios agrupados en la Confindustria, que en diciembre de 1923 firmaron con la Confederación de las corporaciones el pacto del palacio Chigi, por el cual se ofrecían a colaborar, a cambio de que el estado impidiese la formación de una asociación de las pequeñas y medianas empresas, lo que la convertía en el único interlocutor por parte de la patronal.

En 1925, al propio tiempo que evolucionaba hacia la dictadura, el gobierno fascista abandonaba el liberalismo económico para practicar una política de intervención que comenzó con la «defensa de la lira», estabilizada en la llamada «quota 90», esto es, con su revaluación a la cotización de 90 liras por una libra esterlina, lo cual favorecía a las grandes industrias. La medida contribuyó a la entrada de capitales norteamericanos y favoreció los procesos de concentración empresarial, que tendrían como beneficiarios a los grandes capitanes de industria como Gino Olivetti o Alberto Pirelli.

La estabilización de la lira estuvo además acompañada por un arreglo favorable de la deuda de guerra con Estados Unidos, que reflejaba la simpatía con que los medios políticos y financieros de Washington veían al nuevo gobierno italiano.

Para consolidar el pacto del fascismo con la gran burguesía convenía, sin embargo, frenar la deriva revolucionaria del sindicalismo fascista. El 2 de octubre de 1925 se firmaba el pacto del palacio Vidoni, por el cual la Confindustria y la Confederación de las corporaciones se reconocían mutuamente como únicos representantes de los trabajadores y de los «dadores de trabajo». Para reforzar este acuerdo se dictó una ley que declaraba que se podían rescindir las cláusulas de los contratos de trabajo sobre representación obrera acordados con anterioridad, lo que dejaba a los demás sindicatos sin capacidad de reclamar sobre la base de los acuerdos existentes. Simultáneamente se asaltaba la sede de la CGL en Milán y el 4 de enero de 1927 se ponía fin a su existencia.

Para evitar que los «revolucionarios» fascistas sacasen partido de esta nueva situación, la Confindustria arrancó en 1926 al gobierno la ley Rocco, que prohibía la huelga y determinaba que cualquier reclamación que tuviesen los trabajadores debía pasar en primer lugar por la magistratura del trabajo. La consolidación de este pacto global vendría dada por la publicación en 1927 de la «Carta del Lavoro», que ofrecía plenas garantías a la empresa privada.

En 1929 acababa el término del parlamento elegido en 1924. Mussolini podía haberlo suprimido, pero lo conservó por el efecto que podía producir en el exterior. Se ordenó que las elecciones se hiciesen sobre la base de una lista única de cuatrocientos nombres, tantos como diputados, que los electores habían de aceptar o rechazar en bloque. Y decidió que no había que discutir esta ley en la cámara, porque la discusión no era el estilo fascista —en efecto, durante los cinco años anteriores, de las 5.553 leyes promulgadas, tan sólo 45 habían sido discutidas en el parlamento. Aparte de que el «Duce», como se conocía a Mussolini desde su ascenso al poder, ya había advertido previamente que, si el resultado de la consulta le era desfavorable, no pensaba ceder el poder.

También fue en 1929 cuando el gobierno llegó a un acuerdo con la Iglesia en el tratado o pacto de Letrán, que ponía fin al contencioso que el estado italiano y el Vaticano mantenían desde la anexión de Roma en 1870. Mussolini rechazaba

la actuación política autónoma de las entidades católicas, pero le daba al Vaticano una indemnización sustancial. El papa Pío XI aceptó el desmantelamiento del Partito Popolare, y contribuyó a legitimar el poder de Mussolini, a quien proclamó como un hombre enviado por la providencia para liberar Italia de la herejía del liberalismo.[4]

La fragilidad de la nueva Europa

Los nuevos estados europeos surgidos de los tratados de paz nacían en condiciones que hacían difícil organizar una economía estable, mientras que la diversidad de sus componentes étnicos y sociales les impedían establecer un sistema de partidos que representasen las aspiraciones de los diversos grupos de sus pobladores. Los gobiernos de estos países tendieron a ejercer una política centralizadora para cohesionar las minorías, lo que, combinado con su fracaso en el terreno económico, ayuda a entender que se desarrollasen en ellos virajes autoritarios, salvo en Checoslovaquia, que pudo mantener en estos años una vida democrática normal.

Austria fue un caso especial, en que apareció una neta división entre una población rural conservadora y una «Viena Roja», donde los socialistas contaban con el apoyo de las masas obreras. El primer choque se produjo en julio de 1927, durante el llamado «viernes sangriento». Los socialdemócratas habían ganado las elecciones municipales en Viena y el gobierno central quería hacer una demostración de fuerza contra ellos. Todo comenzó como consecuencia de un juicio contra tres militantes de extrema derecha, acusados de haber asesinado a un socialdemócrata y a un niño de ocho años. El juez los dejó en libertad y se produjo de manera espontánea una gigantesca manifestación que se dirigió al Palacio de Justicia, donde unos policías que no estaban preparados para frenar a los manifestantes, comenzaron atacándolos a sablazos. La multitud, indignada, pegó fuego al Palacio de Justicia e impidió el paso de los bomberos. La policía disparó entonces sobre los manifestantes, mató a 85 e hirió a centenares. Elias Canetti, que se encontraba en medio de aquella masa engañada y frustrada, nos ha dejado el testimonio de unos sentimientos de solidaridad que compartió a partir de aquel día. Así comenzó el giro a la derecha que acabaría llevando

Austria a manos de Hitler.

En Hungría los aliados, preocupados por la experiencia de la revolución de Béla Kun, favorecieron desde el primer momento la continuidad de un régimen salido de la contrarrevolución, como era el de Horthy, que aceptó gobernar como regente, se instaló en el palacio real de Buda y consolidó su poder con el control del ejército.

Su condición de regente le permitía nombrar y destituir al jefe del gobierno, disolver las cámaras y vetar sus leyes (algo que no tuvo que hacer jamás, dada la docilidad de los representantes). Pese a que continuase la práctica del «terror blanco» y a que promulgase una legislación antidemocrática, las potencias vencedoras no dudaron en reconocer a este gobierno, que les parecía una garantía de anticomunismo.

En el resto de los países de la Europa del este había normalmente un partido socialdemócrata fuerte, que representaba a los trabajadores urbanos, pero que no era lo suficientemente poderoso para conseguir la mayoría del voto, y unos partidos agrarios que tampoco conseguían gobernar. Ésta fue, por ejemplo, la experiencia de Bulgaria, donde al fin de la guerra los votantes dejaron caer a los partidos burgueses y dieron el triunfo a un partido campesino, la Unión Agraria nacional de Aleksandar Stamboliski, que estableció un régimen populista avanzado, con el apoyo de un grupo paramilitar propio, la Guardia Naranja. Stamboliski realizó una reforma agraria, estableció una red de cooperativas agrícolas y unos monopolios estatales del comercio de los granos y el tabaco. Este gobierno de «tercera vía», un populismo que era a la vez anticomunista y anticapitalista, fue derribado en 1923 por un golpe dado por militares, por miembros de los viejos partidos y por la organización terrorista de los macedonios. La resistencia campesina que trató de defenderlo resultó derrotada y Stamboliski fue torturado y decapitado.

En Rumania, transformada por la gran ampliación de su territorio por las adquisiciones territoriales obtenidas en los tratados de paz, se realizó una reforma agraria destinada a desposeer a los terratenientes, muchos de ellos

húngaros, de unos seis millones de hectáreas para asentar en ellas campesinos rumanos, lo que pretendía ser una medida preventiva para asegurar la estabilidad social contra las tentaciones del bolchevismo. Rumania vivió en estos años una etapa de prosperidad, con una política de apariencia democrática, aunque profundamente corrompida.

Grecia, debilitada por la lucha contra los turcos en Asia Menor, vio sucederse el destronamiento de Constantino I en 1922 y el de su hijo Jorge II dos años más tarde, para acabar proclamando una república. Albania vivió una etapa de desorden hasta que Ahmet Zog (o Zogu) se convirtió en 1925 en presidente de la república y en 1928 en el rey Zog I.

En la mayoría de los nuevos países los sistemas parlamentarios sucumbieron a los pocos años, como ocurrió en Polonia o en el Reino de los serbios, croatas y eslovenos. En este último caso los problemas causados por la precipitada unión de componentes étnicos diversos surgieron ya en diciembre de 1918, con choques entre ciudadanos croatas y tropas serbias en las calles de Zagreb. En 1920 se eligió, con métodos que favorecían a los serbios, una Asamblea constituyente que había de comenzar a discutir, al cabo de dos años de realizada la unión, si había de construirse un país federal o unitario.

El 6 de enero de 1929 el rey Alejandro suspendió la constitución y comenzó a gobernar dictatorialmente con el apoyo del ejército. El país tomó entonces el nombre de Reino de Yugoslavia y se dividió en provincias que pretendían hacer olvidar las entidades territoriales históricas para imponer un modelo centralizador. En 1931 se promulgó una nueva constitución que establecía un régimen semiparlamentario, creaba un Partido nacional yugoslavo y prohibía todas las asociaciones políticas de base territorial o religiosa. En 1934, cuando estaba de visita en Marsella, terroristas macedonios a sueldo de los croatas asesinaron al rey Alejandro.

Una cultura para los nuevos tiempos

La guerra había puesto al descubierto las mentiras de aquella civilización

burguesa en que se basaba el orden establecido y esto había de reflejarse en su cultura. La ciencia estaba transformando la imagen del mundo físico con la doble aportación de la relatividad, que creaba un universo con nuevas dimensiones, y de la física cuántica, una de las mayores revoluciones científicas de la historia, y una revolución semejante se produjo en el terreno del arte y de la literatura.

En los primeros momentos del conflicto los artistas y escritores de vanguardia se dividieron, de manera que hubo quienes participaron entusiásticamente en la guerra —algunos fueron heridos, como Apollinaire, Braque o Kokoschka, o murieron, como Franz Marc, Boccioni o Sant'Elia— mientras que otros escaparon del conflicto, como Picabia, Duchamp o los Delaunay. Al final, sin embargo, todos resultaron afectados por aquella experiencia de horror.

La guerra había hecho evidente, en primer lugar, la insensatez de las reglas del juego social a que los hombres estaban sometidos: les hacía conscientes de la monstruosidad de lo que habían aceptado cotidianamente en tiempos de paz, y les mostraba que la cultura oficialmente admitida formaba parte de este mismo orden establecido que había conducido a la inmolación de millones de jóvenes en las trincheras.

La consecuencia que finalmente acabarían sacando —pero no todos, ni al mismo tiempo— sería la de la necesidad de contribuir a cambiar el orden aceptado de las cosas a través de la modificación de la cultura. Una sociedad nueva exigía un hombre nuevo, y un hombre nuevo había de crearse con una nueva cultura. Sólo que esto no lo podían realizar en los pequeños círculos minoritarios en que se movía la vanguardia, que no permitían que se extendiese el mensaje renovador. Necesitaban proyectar lo que hacían sobre el conjunto de la sociedad.

Las vanguardias que formularon los nuevos lenguajes de las artes del siglo XX tuvieron su primera y fundamental etapa creativa antes de 1914. Muchas de las tendencias más innovadoras estaban ya en marcha antes de que comenzase la Gran guerra, en momentos en que la búsqueda de un lenguaje exclusivo para la aristocracia del intelecto era una forma de respuesta a la inquietud que producía

a las clases dominantes, y a los intelectuales que dependían de ellas, el ascenso de las masas, identificadas como «la multitud» salvaje de los nuevos bárbaros, tal como los había descrito Le Bon en *Psicología de las masas* (1895), un libro que admiraron Sigmund Freud y Adolf Hitler. Esta hostilidad a las masas, y el menosprecio por su pretensión de participar en la cultura, afectaría a hombres de las más diversas actitudes, que van desde el Nietzsche que proclamaba la necesidad de una declaración de guerra contra las masas y pedía a los «hombres superiores» que se alejasen de la plaza del mercado y de «las largas orejas de la plebe», hasta el Spengler de *La decadencia de Occidente* (1918-1923) y, más tardíamente, el Ortega de *La rebelión de las masas* (1929).

No es que estos lenguajes de la vanguardia no se pudiesen usar de otro modo. Raymond Williams ha señalado que, manteniéndose antiburgueses, los miembros de la vanguardia «o bien escogieron la vieja valoración aristocrática del arte como un dominio sagrado que estaba por encima del dinero y del comercio, o bien optaron por las doctrinas, formuladas desde 1848, del arte como vanguardia liberadora de la conciencia popular».

Los primeros que iniciaron esta segunda vía fueron algunos de los que se habían negado a participar en la guerra y se habían refugiado en ciudades neutrales como Zúrich, Nueva York o Barcelona. En Zúrich se podía encontrar en 1916 a los exiliados bolcheviques (que, con Lenin a la cabeza, preparaban la revolución), a James Joyce (que estaba escribiendo *Ulises* en medio de la mayor pobreza) y a un grupo de artistas —Hugo Ball, Hans Arp, Tristan Tzara...—, que fundaron el Cabaret Voltaire, en la misma calle en que vivía Lenin, y un movimiento que se llamaría Dadá: un movimiento de revuelta contra la sociedad existente, sin otro programa que el de la crítica por el ridículo de la cultura establecida —esto es, de los fundamentos de la sociedad— y la provocación del espectador para estimular su imaginación. Pronto se dieron cuenta de que lo que hacían era también «una misa de réquiem» por el viejo mundo. Como diría Hugo Ball, «cada palabra que se pronuncia y se canta aquí expresa por lo menos una cosa: que esta época humillante no ha logrado ganarse nuestro respeto».

Acabada la Primera guerra mundial la vanguardia dio sus frutos más maduros: en los años 1922 y 1923 se publicaron obras tan significativas de la innovación literaria como *Ulises*, *La tierra baldía*, *El cementerio marino* y las *Elegías de Duino*. Y se produjo también un hecho nuevo: la toma de conciencia

por parte de algunos artistas de que los nuevos lenguajes de la vanguardia podían servir, no solamente para enterrar la vieja sociedad, como pretendía Dadá, sino para la construcción de una nueva cultura de masas que contribuyese a transformar el mundo. Esto comenzó en los dos países que habían experimentado los efectos más destructivos de la guerra y que aspiraban a construir una sociedad mejor y más equitativa: la Rusia soviética y la Alemania de la república de Weimar.

En Rusia los artistas de vanguardia colaboraron ampliamente en los primeros años con el régimen revolucionario en tareas de propaganda y de agitación, como los carteles satíricos preparados por Mayakovski y por sus compañeros para la agencia Rosta. Pronto, además, quisieron ir más allá y actuar en el terreno de la producción destinada al consumo de masas. En la Vkhutemas de Moscú, una escuela superior de arte y diseño, se enseñaban a la vez arquitectura, pintura, escultura, arte gráfico, trabajo de la madera y del metal, y diseño textil, en una línea programática que tendía a la superación de la concepción tradicional del arte en nombre de un «constructivismo» que había de tomar en cuenta tanto las posibilidades de la técnica como las necesidades sociales de los nuevos tiempos, con el añadido de que «la forma ha de definirse en el proceso de creación por la finalidad utilitaria del objeto», lo que no impediría que un constructivista como Tatlin proyectase una obra tan imaginativa y ambiciosa como el «Monumento a la Tercera Internacional», que no llegó nunca a levantarse.

Este proyecto cultural fracasó porque de algún modo se adelantaba a las transformaciones sociales que había de realizar el bolchevismo. Si Lenin, aunque no los comprendiese, toleraba a los artistas de vanguardia —el desencanto llegó pronto para algunos, como Chagall o Kandinski, que marcharon de nuevo al extranjero—, Stalin no podía arriesgarse a dejar que los artistas expresasen su mensaje con independencia y favoreció el retorno a posturas estéticas conservadoras, que eran más fáciles de controlar: la seguridad de conservar el poder era más importante que el programa de crear una nueva cultura. En su última conferencia a un auditorio popular, poco antes de suicidarse, Mayakovski se quejaba del retorno de la «Venus de Milo», que «envenena de nuevo nuestro cerebro y desnaturaliza nuestra concepción del arte».

Donde el proyecto iniciado en Rusia se pudo desarrollar con más libertad fue en la Alemania de la república de Weimar. La doble influencia de Dadá, que enlazó fácilmente con la tradición popular de los cabarés de Berlín, y la del constructivismo soviético, que causó un fuerte impacto con motivo de la exposición de arte ruso celebrada en Berlín en 1922, cuajó en una nueva síntesis, la *Neue Sachlichkeit* o «nueva objetividad», según la denominación ideada por Gustav Hartlaub, quien organizó la exposición que reunió en la Kunsthalle de Mannheim una serie de pintores —como Otto Dix, Beckman o Grosz— que rechazaban la vacuidad formalista de las viejas corrientes para volver a la realidad, dando un papel esencial a la representación de la figura humana, a la vez que adoptaban un compromiso social explícito.

La propia Bauhaus, fundada en 1919 en Weimar como una escuela de artes y oficios, cambió de programa en 1923, con el lema de «Arte y tecnología, una nueva unidad», y se aproximó al constructivismo en su preocupación por el diseño. Cuando este giro le costó la oposición de un nuevo gobierno de derechas, la institución se trasladó en 1925 a Dessau, donde desarrolló plenamente su nueva línea, con un programa de estudios mucho más prácticos.

La Bauhaus, sin embargo, pese a su prestigio, debido a que colaboraron con ella grandes nombres de la historia del arte del siglo XX, no es el mejor ejemplo del cambio cultural que se produjo en la Alemania de estos años, que fue más bien una amplia obra colectiva, dominada por la preocupación por las nuevas formas de cultura de masas y por el desarrollo de nuevos medios que ampliaban los horizontes culturales del ciudadano común como la radio, el cine, la fotografía y el gramófono.

Los problemas económicos de la época de la hiperinflación influyeron además en la condición de artistas e intelectuales, que, obligados a buscar su subsistencia en el mercado, se sintieron proletarizados e hicieron un análisis de su posición social que pretendía romper con la vieja ilusión aristocratizante que los mostraba como parte de las clases dominantes.

Los intelectuales de izquierdas asumieron entonces una nueva función. Las revoluciones, decía Hans Zehrer en 1929, nacen en el terreno del intelecto. Todos los movimientos revolucionarios son en una primera fase acciones de minorías inteligentes y cualificadas que toman fuerza cuando «comunican sus

ideas a las masas e identifican las tensiones sociales para darles conciencia y proporcionarles dirección».

Las teorizaciones revolucionarias eran frecuentes en la Europa de estos años, pero lo que caracterizaría el caso alemán es que el programa de acercamiento a la realidad y de compromiso social de la «nueva objetividad» fue llevado a la práctica y se extendió al conjunto de la actividad intelectual. Por ejemplo, en un país en que los «clubs del libro» habían hecho aumentar considerablemente el número de lectores, los escritores analizaban los mecanismos del éxito para aprender a «intervenir en la realidad social» con sus obras, escribiendo de otro modo. Libros como *La montaña mágica*, de Thomas Mann, publicado en 1924 (el mismo año en que se estrenaba en los teatros *La ópera de cuatro cuartos* de Bertolt Brecht y Kurt Weill), parecían pertenecer a un mundo del pasado en que el intelectual podía limitarse a una reflexión personal y distante. Ahora, decía Walter Benjamin, «la auténtica actividad literaria no puede aspirar a desarrollarse en un marco literario, sino que esto es más bien la expresión habitual de su esterilidad. El trabajo literario significativo sólo puede realizarse en una estricta alternancia entre acción y escritura».

Mientras Erwin Piscator creaba un «teatro político» con la ambición de llevar a la escena el estilo factual de la «nueva objetividad» —aunque estaba obligado a dirigirse a un público burgués, ya que los costes de funcionamiento le forzaban a cobrar las entradas por encima de la capacidad económica de un público proletario—, músicos como Weill, Krenek y Hindemith desarrollaban nuevos conceptos musicales «utilitarios», ideaban un nuevo tipo de ópera breve y de actualidad (la *Zeitopera*) o se atrevían a crear una gran ópera épica radical como *Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny* (1930), recibida con alborotos nazis contra el «bolchevismo cultural».

La voluntad de los artistas de intervenir en la vida cotidiana les llevó a trabajar en el grafismo, la publicidad, la moda y el diseño industrial, y a explorar los nuevos medios de masas. La radio tenía un enorme potencial como instrumento de combate político, pero el gobierno se percató pronto de ello y se dispuso a controlarla desde el primer momento (en las elecciones a la presidencia de 1925, por ejemplo, pudieron utilizarla los dos candidatos principales, Hindenburg y Wilhelm Marx, pero se impidió que la utilizara el candidato comunista Ernst Thälmann). Pese a ello era evidente que en 1928, con

dos millones de aparatos de radio en los hogares alemanes, había que preocuparse por la capacidad del nuevo medio para llevar la cultura a las masas. No sólo se adaptaron obras para radiarlas, sino que se creó un género literario, el *Hörspiel*, pensado específicamente para este medio.

Los discos de gramófono, por su parte, dieron una extraordinaria difusión a las canciones teatrales de Brecht y Weill. El cine, «la literatura de los que no leen», que había desarrollado su lenguaje artístico a partir del expresionismo, evolucionaría hacia una nueva conciencia en un proceso en que la ambivalencia de *Metrópolis* (1927), formalmente expresionista pero no exenta de preocupaciones sociales, puede servir de ejemplo. Un teórico de las nuevas formas artísticas como Siegfried Kracauer se ocupaba de analizar los aspectos más diversos de la cultura de masas.

Este esfuerzo de transformación de la cultura no iba a bastar, sin embargo, para crear una nueva conciencia colectiva capaz de detener la reacción. Duró poco y en el contexto de la gravísima crisis que sufrió la economía alemana en los primeros años treinta y de la ruptura del consenso social en que se basaba la política de Weimar, no pudo impedir el triunfo de la cultura de la derecha, la que representaban Oswald Spengler, Ernst Jünger o Carl Schmitt, entre otros, que fueron quienes proporcionaron a Adolf Hitler el bagaje de ideas y el lenguaje con el que asaltó el poder. Una vez hubo triunfado el nazismo, consciente de la importancia del intento de cambio cultural que había intentado la izquierda, Hitler se apresuró a condenarlo como *Entartete Kunst*, arte degenerado: retiró sus pinturas de los museos, quemó sus libros y persiguió a los autores, los músicos y los directores de cine que habían creado estas obras.

Una evolución semejante no se produjo en estos años en otras partes. Desde el punto de vista de las vanguardias la Francia de los años veinte se recuerda sobre todo por unas manifestaciones de carácter elitista, de las que puede ser ejemplo un ballet como *Parade*, que se representó en 1917, con libreto de Cocteau, notas de programa de Apollinaire, música de Satie y decorados de Picasso, que fue recibido por el público con gritos de «¡A Berlín!», «¡Emboscados!», «¡Fumadores de opio!»; un espectador dijo: «Si hubiese sabido que era tan estúpido hubiera traído a los niños». Algo semejante sucedió con otros ballets en

que colaboraban Stravinski, Juan Gris, Braque o Falla.

La función social que el arte de vanguardia había desempeñado en Rusia, primero, y en la Alemania de Weimar, más tarde, no se manifestó al mismo tiempo en otros países, porque la «nueva objetividad» no había nacido como resultado de la evolución interna del arte, sino de la influencia del entorno social que contribuyó a dar al artista la conciencia que lo llevaría a asumir un papel activo en la transformación de la sociedad.

En otros países este fenómeno se dio coincidiendo con la crisis económica de los años treinta y con el ascenso del fascismo, que concienció a artistas y escritores, y les llevó a buscar ejemplo en las experiencias de Rusia y de Alemania. En Francia, donde el surrealismo no se había movido de los círculos de público burgués consumidor de arte de vanguardia, la amenaza del fascismo llevó a hombres como Louis Aragon y Paul Eluard a asumir decididamente un compromiso político; en Estados Unidos, un novelista como Steinbeck escribió novelas sobre huelgas (*En lucha incierta*) o sobre los efectos de la crisis, contando la historia de los campesinos que perdían sus tierras (*Las uvas de la ira*), mientras que un autor de teatro como Elmer Rice dedicó una de sus mejores obras, que King Vidor llevó al cine, a explicar la vida en una cooperativa agraria.

Estos fueron también los años de los grandes muralistas mexicanos, de óperas como *Matías el pintor*, de Hindemith, sobre la guerra de los campesinos (que no gustó a Hitler), o de la sinfonías de Shostakóvitch (que no gustaron a Stalin), entre muchos otros ejemplos del mismo género.

Los veinte años que van del fin de la Primera guerra mundial al comienzo de la Segunda han sido una de las pocas épocas de la historia en que los artistas han creído que podían ayudar a cambiar el mundo utilizando su capacidad creativa, no para construir grandes monumentos de glorificación del orden establecido, como en el pasado, sino para transformar la vida y la conciencia de las masas a través de la creación de una cultura crítica y participativa. Obras como el *Guernica* de Picasso, una elocuente denuncia de los métodos que el fascismo empleó en la guerra civil española de 1936-1939, son un buen ejemplo de esta trayectoria.

Las Américas

Estados Unidos: los «roaring twenties»

Estados Unidos salía de la Primera guerra mundial convertido en la primera potencia mundial, desbancando a Gran Bretaña; pero no querían asumir las responsabilidades internacionales que esto implicaba en relación con la compleja situación de Europa, de modo que repudiaron los intentos de Wilson de firmar el tratado de paz de Versalles, que entre sus cláusulas incluía el ingreso en la Sociedad de Naciones. Optaron por aislarse de los cambios que se estaban produciendo en Europa, en especial cuando la crisis económica de posguerra comenzó a traducirse en problemas sociales internos y se inició el «red scare», el miedo a lo rojo y a los rojos, que ha seguido pesando sobre la sociedad norteamericana hasta la actualidad.

Un aislacionismo en el terreno de las relaciones internacionales que no se aplicaba ni a la intervención en América Latina ni a aquellas cuestiones en que consideraban que sus intereses podían resultar afectados, como se pudo ver en la convocatoria de la Conferencia Naval de Washington, que de noviembre de 1921 a febrero de 1922 reunió a nueve grandes potencias para acordar una serie de tratados que fijaban un límite al potencial naval que podían mantener, con la vista puesta en el equilibrio del poder en el Pacífico. Un inmovilismo político, más aparente que real, que nos impide percibir la activa intervención que las grandes empresas financieras norteamericanas iban a tener a partir de este momento en la escena internacional.

Wilson, empeñado en una campaña para defender ante el público norteamericano el proyecto de la Sociedad de Naciones, sufrió un colapso en octubre de 1919 y quedó prácticamente incapacitado hasta el fin de su gestión en marzo de 1921; algo que ocultó cuidadosamente su esposa Edith, que fue de hecho la presidenta en la sombra durante todo este tiempo, descartando recurrir al vicepresidente, Thomas Marshall, un sujeto de pocas luces en quien nadie confiaba.

En noviembre de 1920 las elecciones presidenciales, las primeras en que

votaban las mujeres[5] y las primeras en que los resultados se difundieron por radio, fueron ganadas por el republicano Warren G. Harding, con Calvin Coolidge como vicepresidente, quienes obtuvieron un resonante triunfo sobre la base de ofrecer «el retorno a la normalidad» y rechazar la entrada en la Sociedad de Naciones: «no queremos tomar parte en la dirección de los destinos del Viejo Mundo».

Harding —a quien Mencken calificó como «el mayor tonto de la historia de América», y de quien se decía que era el único capaz de acumular siete errores gramaticales en una sola frase— era consciente de su inferioridad. Hijo de un campesino de Ohio, se presentaba como un tipo corriente, anticuado en cuestiones de religión y moral, aunque bebía licor clandestino, jugaba al póquer y mantuvo durante quince años relaciones con una mujer casada (cuando fue nominado para la presidencia, hubo que pagar una suma considerable a la amante y al marido de ésta para que se mantuvieran en silencio).

Su mensaje político era: «Lo que América necesita hoy no es heroísmo sino normalidad; no revolución, sino restauración». Pero en su entorno, entre los miembros del «gang de Ohio» a quienes repartió cargos de confianza, se registró una amplia secuencia de escándalos de corrupción.

A diferencia de sus predecesores no reivindicó la autoridad que le daba el cargo para dirigir la política, sino que cedió la iniciativa al Congreso, que fue quien desarrolló la política antiliberal que el país deseaba en aquellos momentos: libertad para las empresas, represión del movimiento obrero, aranceles elevados para protegerse de la competencia exterior, reducción de impuestos y menos inmigrantes.

Harding murió en agosto de 1923, al parecer de una embolia cerebral.[6] Su muerte fue sinceramente sentida por los norteamericanos, que estimaban a este tipo corriente, de trato amable, hasta que años después conocieron los aspectos ocultos de su personalidad.

Lo reemplazó el vicepresidente Calvin Coolidge, que ganó las elecciones de 1924. Era un hombre honesto, frugal y callado, en parte porque no tenía mucho tiempo para hablar —dormía doce horas y a ello le añadía una buena siesta—, pero también porque, incluso despierto, tenía poco que decir. «Si el gobierno federal desapareciera —llegó a afirmar— la gente común no se daría cuenta de ello.» Pero lo que no hacía personalmente, lo dejaba hacer, como se pudo ver en

un tiempo agitado por la violencia engendrada por la producción y venta clandestina de bebidas alcohólicas, por el escándalo de la venta de tierras en Florida o por la ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti.

Fue un firme apoyo para el mundo de los negocios, hasta el punto de que el *Wall Street Journal* pudo afirmar que «nunca, ni aquí ni en cualquier otro lugar, ha habido un gobierno tan integrado con los negocios». Permitió que se hicieran grandes rebajas en los impuestos con que contribuían las empresas y los empresarios, pero cuando en abril de 1927 se produjo la «gran inundación del río Mississippi», una de las mayores catástrofes naturales de la historia de Estados Unidos, en que cientos de miles de campesinos perdieron tierras y hogares, Coolidge se negó a aceptar que se les proporcionase ayuda federal, alegando que hubiera sido una medida «radical y peligrosa».

Éstos fueron unos años de giro conservador en la vida norteamericana. La campaña moralizadora llevó a que algunos estados prohibiesen determinados trabajos en los días de fiesta, que el sexo extramarital fuese considerado como un crimen o que se prohibiesen los trajes de baño «indecentes». En el cine se estableció una oficina de censura controlada por William Hays y se llegó a extremos de mojigatería en lo referente a los libros como fue prohibir la importación de las obras de Ovidio o de Rabelais, del *Cándido* de Voltaire o del *Ulises* de Joyce.

La crisis económica de posguerra, y la agitación social como consecuencia de ella, alimentaron el miedo de los norteamericanos hacia el mundo exterior y hacia todo lo que pudiera significar un cambio: los rojos, los extranjeros, los sindicatos... Son los años del «nativismo», del «ciento por ciento americano», en que se reducen las cuotas de admisión de inmigrantes, en especial los de «pueblos inferiores», como los europeos del sur, así como las de los judíos y los católicos (salvo los irlandeses).

En la frontera con México se decidió desinfectar a las personas y las ropas de los inmigrantes con Zyklon B, el gas que los nazis utilizaron años después para los exterminios del holocausto, sin tener en cuenta que el contacto posterior de estas ropas con la piel de los inmigrantes iba a provocar daños, e incluso la muerte, a «tal vez decenas de miles» de ellos.

Ésta fue también una época de auge del racismo, alimentado en las zonas rurales por la grave crisis que sufrían los agricultores. Si los linchamientos de negros se practicaban hasta entonces sobre todo en los estados del sur, y con el pretexto de castigar la violación de mujeres blancas (entre 1877 y 1950 se han documentado unos cuatro mil linchamientos en los estados del sur), la violencia se extendió ahora al norte y tomó matices sociales, al dirigirse contra negros que trabajaban en la industria o que pretendían establecerse en barriadas de predominio blanco. Al argumento de la violación se añadió ahora el de que socialistas y comunistas se estaban infiltrando entre los negros para iniciar una revolución. El propio Wilson, que tras haber obtenido el voto negro con promesas de libertad, impulsó durante su presidencia la segregación, temía que los soldados negros que volvían de Europa, donde habían combatido en un ejército segregado, introdujesen el bolchevismo en Norteamérica.

El verano rojo de 1919 vio revueltas raciales en muchas ciudades en que la segregación era ahora mucho peor que antes de la guerra. En Washington el conflicto estalló el 21 de julio de 1919, provocado por una prensa que cultivaba el odio racial y que acabó desatando los ataques contra los negros y la respuesta de éstos; en Chicago la revuelta duró una semana y se cobró la vida de 38 personas (23 blancos y 15 negros).

Esta coyuntura ayuda a entender el renacimiento del Ku Klux Klan, la organización secreta de lucha contra los negros, refundada en 1915 por William Simmons, un profesor de historia del sur, que recuperó los rituales del Klan, y extendió la lucha tradicional contra los negros a los judíos, los extranjeros y los católicos. En 1920 se le unió una pareja de agentes profesionales que lo convirtieron en un negocio, vendiendo títulos de miembro, y consiguieron elevar la militancia a cien mil asociados. Fue entonces cuando se produjo un golpe de estado interno y el fundador fue desplazado por el «gran dragón del reino de Indiana», Hiram W. Evans, un dentista que en 1923 presumía de contar con una afiliación de cinco millones y que consiguió tener un peso considerable en el partido Demócrata.

El racismo, teñido de darwinismo social, se manifestaba también por otras vías, como en la ley de esterilización de los débiles mentales aprobada en el estado de Virginia, que dio lugar a abusos sistemáticos, como el de la esterilización de Carrie Buck y de su hija, que recibió en 1924 la aprobación del

Tribunal supremo, donde el juez Oliver Wendell Holmes habría dicho: «El principio que hace obligatoria la vacunación cubre en un sentido amplio las trompas de Falopio. Tres generaciones de imbéciles son más que suficientes». Entre 1924 y 1980 el estado de Virginia esterilizó a más de siete mil quinientas mujeres: débiles mentales, pero también prostitutas, madres solteras, delincuentes menores de edad y niñas con problemas de conducta.

Ésta fue además, y sobre todo, una época de persecución de los sindicatos. Al término de la guerra las empresas se negaban a seguir negociando con los sindicatos e iniciaron una ofensiva que dio lugar a una oleada de huelgas que llegaron a implicar a cinco millones de trabajadores, en especial en la industria del acero. Mientras se toleraba a la *American Federation of Labor* (AFL), que sólo integraba a trabajadores especializados, el sindicato más radical, International *Workers of the World* (IWW), que ya había sufrido en 1915 el asesinato legal de uno de sus dirigentes, Joe Hill, fue ahora liquidado hasta su casi total extinción por la persecución policíaca. El resultado fue que de 1920 a 1929 la afiliación sindical descendiese en Estados Unidos de más de cinco millones a menos de tres.

El miedo a los extranjeros subversivos se cebó especialmente en los anarquistas. Primero fue Andrea Salsedo, un impresor al que el FBI tuvo ocho semanas aislado en el piso catorce de su edificio en Nueva York, hasta que apareció muerto en la calle, y el FBI sostuvo que se había suicidado lanzándose por la ventana. Dos amigos suyos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, inmigrantes italianos y anarquistas, tuvieron miedo y se armaron. Les acusaron de un atraco que se había realizado en una fábrica de zapatos, y aunque pudieron presentar 107 testigos que afirmaban que estaban trabajando en otra parte cuando se produjo el atraco, el FBI presentó otros 61 que los identificaban, incluyendo un grupo de italianos amenazados de expulsión si no colaboraban. Las apelaciones duraron siete años y hubo peticiones de todo el mundo solicitando que se les dejase en libertad. Pero en 1927 fueron condenados a muerte y ejecutados en la silla eléctrica.

El conservadurismo se extendía también a la educación. La Asociación mundial de fundamentalistas cristianos, que sostenía que la Biblia había de interpretarse literalmente, trató de conseguir que se prohibiese la enseñanza del evolucionismo. Cuando un profesor de Tennessee, Johnny Scopes, infringió esta

prohibición, fue sometido a un proceso en Dayton en 1925. El «juicio del mono», presentado como el combate entre la religión y la ciencia, se convirtió en un espectáculo sobre el que estaba fijada la atención del país. Acabó con una condena leve para Scopes, que pudo seguir enseñando la evolución. Pero todavía hoy el combate a favor del creacionismo y de otras aberraciones intelectuales sigue en pleno vigor en Estados Unidos.

En 1920 había entrado en vigor la enmienda XVIII a la constitución, la «ley seca», que prohibía la producción y consumo de bebidas alcohólicas. J. Edgar Hoover, el director del Buró de Investigación, que más adelante se convertiría en el FBI, sostenía que se trataba de un gran experimento económico y social; en realidad la medida iba destinada a controlar mejor a las capas populares urbanas, en las que se habían integrado un gran número de inmigrantes. Lisa McGirr sostiene que la ley seca contribuyó a crear una nueva obsesión por el crimen y estimuló el desarrollo de nuevas actividades de vigilancia y represión por parte del gobierno federal.

Por otra parte, la venta clandestina de bebidas se convirtió en un gran negocio que hizo crecer la delincuencia de manera fulgurante. En Nueva York, donde antes de la prohibición había unos quince mil bares legales, llegó a haber treinta y dos mil «speakeasies» clandestinos donde se servían bebidas. El alcohol condujo al auge del gansterismo. Es la época de Jim Colosimo, el jefe de la delincuencia de Chicago, que fue asesinado por uno de sus gorilas, Johnny Torrio, quien llevó el negocio a un gran crecimiento, con destilerías clandestinas, y con la policía comprada. Torrio se retiró en 1925 y pasó el negocio al joven Al Capone, que logró ganancias de sesenta millones de dólares al año. Entre 1927 y 1930 hubo quinientos asesinatos en Chicago, que en su mayor parte quedaban impunes. Capone usaba ametralladoras y coches blindados para actuaciones en gran escala, como la «matanza de San Valentín» de 1929, en que liquidó a sus rivales irlandeses.

Esto sucedía en una Norteamérica en que la desigualdad social era creciente y el orden estaba asegurado por un clima político represivo. El crecimiento económico se polarizaba en los monopolios: la United States Steel, de la familia Morgan, concentraba el 60 % de la producción siderúrgica; DuPont de Nemours

controlaba la industria química y Goodyear y Firestone el caucho; el petróleo estaba en manos de Standard Oil, propiedad de los Rockfeller, y de Gulf Oil, de los Mellon. La influencia de estos grandes empresarios en la política puede ilustrarse con el ejemplo de Andrew Mellon, un industrial millonario que fue secretario del Tesoro de 1921 a 1932, durante las presidencias de Harding, Coolidge y Hoover, quien en 1923 presentó al Congreso un plan para la reducción «general» del impuesto sobre la renta, que disminuía el tipo más alto del 50 al 25 %, lo que le ahorraba personalmente ochocientos mil dólares de impuestos al año, y a su hermano, seiscientos mil.

Las diferencias de fortuna eran enormes. Hacia 1929, antes de comenzar la crisis, un 42 % de la población norteamericana ingresaba menos de mil dólares al año, por debajo de lo necesario para la subsistencia, mientras que un 1/100 de la población, integrado por las familias más ricas, recibían tantos ingresos como este 42 % de los más pobres.

Pese a esta desigualdad, el 40 % de los norteamericanos que ingresaban más de dos mil dólares al año podían comprar nuevos bienes de consumo —coches, neveras, radios...— que eran cada vez más asequibles. En conjunto, el país daba una imagen de prosperidad que servía para ocultar la suerte contraria de los que iban mal: los agricultores, los mineros del carbón o los obreros industriales que trabajaban en condiciones deplorables: cada año había veinte mil muertos y cien mil inválidos por accidentes de trabajo.

Los presidentes republicanos se sentían confiados ante el crecimiento que se estaba produciendo y no fueron capaces de ver los fallos que iban a conducirles a la crisis. Herbert Hoover, que fue elegido presidente en 1928 con una mayoría de seis millones de votos, había dicho durante la campaña: «El mundo tiene ante sí la mayor era de expansión comercial de la historia».

Los cambios en las formas de vida y en la cultura de masas

Pese al aumento de la desigualdad y de la pobreza, no hubo protesta social en la Norteamérica de los años veinte, aunque buena parte del mérito haya de atribuirse a la ferocidad de una represión que se ensañó con el movimiento obrero y con los sindicatos. Los adelantos tecnológicos estaban cambiando la

vida de la gente. El automóvil, que se expandió con una rapidez espectacular (de 1,5 millones en 1921, se pasó a 5,3 millones en 1929) fue responsable de que los centros de las ciudades se despoblasen, mientras se desplazaba la vivienda a los suburbios.

Otro de los grandes cambios en la vida cotidiana fue la electrificación del hogar, con la difusión de la plancha eléctrica, la aspiradora y la nevera, que ayudaban al ama de casa en una época en que el servicio doméstico comenzaba a escasear, dado que las mujeres preferían el trabajo más regular e independiente de la fábrica.

Los años veinte vieron también producirse un cambio en la mentalidad de las mujeres, a las que el derecho al voto daba una nueva presencia en la sociedad, que se reflejó en una forma de vestir asociada a la imagen de la mujer moderna: «the flapper», una chica de cabello corto, vestido recto y falda corta, sin destacar los senos. A esta chica moderna y deportiva le correspondían unas nuevas costumbres, que señalaban su desprecio por las normas convencionales, e incluso nuevos bailes, como el charlestón, que se puso de moda a partir de 1923, inspirado al parecer en un baile de negros de Carolina del Sur.

El nuevo fenómeno de la música popular fue el *jazz*, que emigró hacia el norte cuando las autoridades de la marina hicieron cerrar el barrio de los burdeles de Nueva Orleans en que tocaban habitualmente las orquestas de *jazz*. Algunos músicos, como Louis Armstrong, encontraron trabajo en los cabarés propiedad de los gánsteres, locales elegantes donde éstos podían reunirse con los políticos y los hombres de negocios sin despertar sospechas (Al Capone, por ejemplo, era un gran aficionado y un buen conocedor del *jazz*). De Nueva Orleans habían pasado a Chicago, de allí fueron a Nueva York: en realidad a Harlem, la ciudad negra dentro de la metrópoli neoyorquina, con locales como el Cotton Club. Allí estaba surgiendo también la nueva literatura negra de la Harlem Renaissance, con voces como la del poeta Langston Hughes.

La experiencia de la guerra trajo un cambio a la literatura norteamericana, que refleja mejor que nadie Sinclair Lewis, que durante ocho años situó cinco de sus novelas en las listas de *best-sellers*, como *Main Street*, que vendió doscientos cincuenta mil ejemplares en 1921, *Babbitt* o *Elmer Gantry*. Eran relatos realistas, que reflejaban el desencanto por el sueño americano de los tiempos de euforia. Algo semejante podía decirse de Scott Fitzgerald, que en 1920 alcanzó un gran

éxito con *This side of Paradise*, una novela sobre la juventud americana después de la guerra; pero no volvió a repetir este éxito con una obra como *El gran Gatsby*, pese a los elogios que recibió de la crítica. Como sucedió en 1926 con *Fiesta*, de Hemingway, un autor que comenzó a vender en 1929 con *Adiós a las armas*. En cuanto a los grandes nombres europeos, como Proust, D. H. Lawrence o Joyce no había problema, puesto que estaban prohibidos en Estados Unidos. Un caso especial fue una traducción del alemán, la de *Sin novedad en el frente*, de Remarque, que vendió trescientos mil ejemplares en el primer año.

Los grandes éxitos populares eran libros como el de etiqueta «moderna» de Emily Post o el *Esquema de la historia* de H. G. Wells; fue también entonces cuando nacieron el *Reader's Digest*, que daba a conocer los libros en resúmenes, y los Clubs del libro del mes, que comenzaron a difundir los libros por correo. La literatura popular estuvo dominada por la épica del oeste, que tuvo su mayor exponente en Zane Grey (1872-1939), un dentista que escribió una treintena de novelas —*Nevada*, *Arizona*, *El caballo de hierro*...— de las que se vendieron millones de ejemplares.

Las otras Américas

La política norteamericana respecto de América Latina se basaba en la doctrina Monroe, que Theodore Roosevelt enriqueció con un corolario referido al área del Caribe y de América Central que sostenía que Estados Unidos debía actuar como policía de estos países, para evitar que los europeos pretendieran intervenir en ellos (como lo habían intentado en Venezuela).

México era otra cosa. Había experimentado desde 1910 un proceso revolucionario que se consolidó como la primera revolución social del siglo XX, y que consiguió asentarse, pese a la interferencia de Estados Unidos, que ocupó Veracruz en 1914, en un intento de monopolizar la producción mexicana de petróleo, que en aquellos momentos representaba una cuarta parte de la mundial.

La revolución condujo a la publicación en 1917 de una constitución que era en su tiempo la más avanzada del mundo, sobre todo por su extenso artículo 27, que era una auténtica ley de reforma agraria: sostenía que había que fijar el máximo de tierra que podía poseer un solo propietario, y que lo que excediese de

esta extensión había de ponerse a la venta para que pudiesen adquirirla los campesinos, a pagar en anualidades en no menos de veinte años, al 5 % de interés.

En 1917 fue elegido presidente Venustiano Carranza, que hubo de hacer frente a una situación incierta, sobre todo como consecuencia de que Emiliano Zapata, el gran líder campesino, seguía peleando porque consideraba que no se habían cumplido las promesas sobre el reparto de la tierra. Como los generales que enviaba contra Zapata no conseguían derrotarle, se decidió acabar con él llevándolo a una trampa en la hacienda de Chinameca, en Morelos, cerca de donde había comenzado su revolución. Lo asesinaron allí en abril de 1919, pero, contra lo que esperaba Carranza, la muerte del líder campesino no significó el final de unas luchas que siguen vivas hoy en tierras mexicanas.

Carranza murió asesinado un año más tarde, mientras la revuelta de los generales de Sonora aseguraba el triunfo en las elecciones a Álvaro Obregón, que inició una época de política renovadora, con el apoyo de los agraristas seguidores de Zapata y del principal sindicato obrero (el CROM, Confederación Obrera Regional Mexicana). Tuvo como ministro de Instrucción pública a Vasconcelos, que hizo una gran labor de difusión de la educación y protegió a los artistas que crearon un arte nuevo al servicio del pueblo, como los muralistas Orozco, Rivera y Siqueiros.

Como la constitución mexicana prohíbe la reelección, Plutarco Elías Calles reemplazó en 1924 a Obregón, en la primera de las elecciones fraudulentas que caracterizarían al nuevo régimen. El anticlericalismo de los revolucionarios, que trataron en vano de organizar una Iglesia apostólica mexicana independiente del Vaticano, enfrentó a Calles con la jerarquía católica; pero mientras México, el Vaticano y Estados Unidos negociaban a tres bandas para resolver el problema, se produjo la «revuelta cristera» de 1927, que les sorprendió a todos. La revuelta llegó a tener veinticinco mil soldados regulares y otros tantos en guerrillas, en una situación que no se resolvió hasta que se llegó a un pacto con la Iglesia en 1929. Los «cristeros» pasaron entonces a una actuación terrorista, que llevó a que un joven fanático asesinase a Obregón, a quien se consideraba el inspirador de la política anticlerical, con una pistola bendecida en un convento.

Calles no aceptó ir a una reelección. Sostenía que se había acabado ya el tiempo de los caudillos, de modo que fundó el Partido Nacional Revolucionario

—que posteriormente cambiaría su nombre por los de Partido de la Revolución Mexicana y Partido Revolucionario Institucional (PRI)— y organizó las elecciones que llevaron a la presidencia a Emilio Portes Gil.

La América Latina al sur de México era considerada por Estados Unidos como un coto propio (su «patio de atrás»). En una primera etapa buscaron beneficios especulativos a través de la compra de deuda. Fue la época de la «danza de los millones», en que los banqueros estadounidenses colocaban el dinero de sus clientes en créditos insensatos a gobiernos corrompidos, por los mismos años en que se desarrolló el negocio, de mucho mayor volumen e igualmente fraudulento, de la colocación a los ahorradores norteamericanos de títulos de deuda pública alemana.

La inversión privada norteamericana en América Latina se dirigió sobre todo a las actividades productivas: minas, plantaciones, petróleo... En Perú, por ejemplo, se pasó de las viejas exportaciones de azúcar, algodón y lana, producidas por empresas nacionales, a las de petróleo y cobre, controladas directamente por empresas norteamericanas. Se hicieron grandes inversiones en la producción de petróleo en Colombia y Venezuela, en el cobre de Chile (donde entraron grandes compañías como Kennecott y Anaconda) o en el hierro de Coquimbo. Esto traía como consecuencia que el gobierno de Estados Unidos se implicase directamente en la política de estos países, puesto que le afectaba todo lo que pudiera referirse a sindicatos, salarios y condiciones de trabajo.

Esta implicación llegaba al máximo en la zona de América Central y del Caribe, donde el dominio se asemejaba a un auténtico protectorado, hasta el punto de que los norteamericanos se consideraban autorizados no sólo a controlar la política, sino a poner o derrocar a los dirigentes en función de la protección de sus intereses.

En Cuba, de donde los norteamericanos habían expulsado a los españoles en 1898, la relación se fijó en 1902, tras cuatro años de ocupación, con la «enmienda Platt», que sostenía que Estados Unidos estaba autorizado a intervenir en la isla cada vez que considerase que el orden estaba amenazado. Cuba se vio sometida a una total dependencia económica, como consecuencia de la apropiación por el capital norteamericano de sus plantaciones y centrales

azucareras, y del hecho de que Estados Unidos adquiría de un 75 a un 80 % de sus exportaciones. Mientras la producción azucarera prosperaba, Cuba estuvo regida por gobernantes tutelados por los norteamericanos. Pero desde 1925 los precios del azúcar cayeron, como los de la mayoría de los productos agrícolas, y la respuesta de los dos principales partidos cubanos, liberal y conservador, fue asociarse en el llamado «cooperativismo» para gobernar conjuntamente y dar apoyo al presidente Machado, un gobernante corrompido y autoritario que había prometido no presentarse a la reelección, con lo que se inició una deriva que iba a alterar la vida del país en los años treinta.

En Panamá, un país creado a costa de Colombia para proteger un canal que acortaba vitalmente las rutas marítimas entre las costas del este y del oeste de Estados Unidos, el dominio norteamericano estaba asegurado por la posesión de una franja de diez millas en torno al canal, lo cual legitimaba sus interferencias en la vida del país.

En los otros países de América Central y del Caribe el dominio era más informal, y se basaba en el apoyo a gobernantes autoritarios y corrompidos, que eran los que con más seguridad podían garantizar el «orden» que convenía a los negocios, sin necesidad de ir más allá de enviar unos barcos y unos marines cuando se presentaba algún problema político serio.

En Guatemala sostenían al presidente Estrada Cabrera, que temía que le envenenasen y vivía encerrado en su palacio, sin comer más que lo que su madre le cocinaba, pero que no tenía escrúpulo en encarcelar y liquidar a sus oponentes. Como éste era un país seguro, fue el elegido por la compañía United Fruit para instalar sus grandes plantaciones de bananas. En Nicaragua se sucedieron los golpes y los desembarcos, hasta que la familia Chamorro firmó el tratado Brian-Chamorro que convertía el país en un protectorado virtual.

En la República Dominicana los gobernantes locales dejaron en manos de funcionarios norteamericanos la administración de las aduanas, que proporcionaban el ingreso fiscal más importante del país. Este acuerdo, establecido por un tratado de 1907 y mantenido hasta 1940, no impidió que se produjeran intervenciones armadas cada vez que había un conflicto político, y que de 1916 a 1924 hubiera un gobierno militar norteamericano. En Haití, un país políticamente inestable, la muerte del presidente Vilbrun Guillaume Sam, que fue descuartizado en las calles, dio lugar a que Woodrow Wilson ordenase

que las tropas norteamericanas se establecieran en el país con el pretexto de impedir un desembarco alemán, en lo que fue el inicio de una brutal ocupación militar que duró hasta 1934.

Nadie ha reflejado mejor la naturaleza de esta política que uno de sus forjadores, el general de marines Smedley Butler, condecorado por tres veces con la Medalla de Honor del Congreso, quien en 1933 reconocía haber sido durante más de treinta y tres años un gánster del capitalismo al servicio de los bancos y de Wall Street: «Ayudé a hacer México, y en especial Tampico, seguro para los intereses del petróleo norteamericano en 1914. Ayudé a hacer de Haití y de Cuba un lugar decente para que los chicos del National City Bank recogieran ingresos. Ayudé a la violación de media docena de repúblicas de América Central para beneficio de Wall Street. La lista de los actos de bandidaje es larga. Ayudé a purificar Nicaragua para la casa internacional de banca de Brown Brothers en 1909-1912 ... Hice la luz en la República Dominicana para los intereses norteamericanos del azúcar en 1916...».

En los grandes países del sur las intervenciones no fueron directas, sino que se hacían dando apoyo a gobernantes que favorecían los intereses norteamericanos. Eran países que vivían en un difícil equilibrio entre los grupos de terratenientes conservadores y las burguesías comerciales que luchaban por implantar gobiernos liberales de tipo moderno. En algunos, como Bolivia y Perú, subsistía, al igual que en México, una gran masa de campesinos indígenas que trabajaban tierras que eran propiedad tradicional de las comunidades locales y que tenían el problema de defenderse de los intentos de apropiación de los terratenientes, que pretendían privatizarlas en nombre del progreso y de la civilización, ya que se consideraba al indígena incapaz de adaptarse a la vida moderna.

En otros casos los conflictos surgieron entre grandes propietarios y colonos pobres, como en los movimientos agrarios de Brasil. En un país de grandes latifundios, que hasta hacía pocos años habían sido cultivados por esclavos, los problemas sociales se expresaban en ocasiones a través de movimientos primitivos, de carácter religioso, como los de Canudos y del Contestado. Canudos era una hacienda abandonada del interior del estado de Bahía donde se habían instalado de veinte mil a treinta mil habitantes, dirigidos por Antonio

Conselheiro, que cultivaron la tierra hasta que fueron aplastados y exterminados por el ejército. En el Contestado los campesinos se levantaron en armas contra la usurpación de sus tierras, que habían sido concedidas a una compañía ferroviaria. Les dirigía el «santo monje José María», que organizó una especie de «monarquía celeste». José María murió en un enfrentamiento con el ejército, pero el movimiento duró hasta 1916. Al margen de estos grupos había también el bandolerismo más o menos social de los *cangaceiros*, con jefes como Virgulino Ferreira da Silva, «Lampiâo», hijo de un pequeño campesino, que se mantuvo en activo de 1920 a 1938.

El descontento de las clases medias ante unos gobiernos conservadores corruptos se expresó también a través del ejército, como en las revueltas del *tenentismo* brasileño, que nacían del malestar por las dificultades de ascenso en una carrera dominada por los miembros de la oligarquía política. Las primeras revueltas se produjeron en 1922 y 1924, y enlazaron con la revuelta del capitán gaucho Luís Carlos Prestes en Río Grande do Sul, en un movimiento en que las quejas sociales se mezclaban con reivindicaciones federales. La «columna Prestes», que reunía unos mil quinientos hombres, hizo una marcha de unos veinticuatro mil kilómetros por todo el país en nombre de una revolución confusa, con ideas de oposición a la oligarquía, que podían compartir las capas medias urbanas, pero que no encontraron suficiente respaldo entre los campesinos. Finalmente, en febrero de 1927 se disolvieron y se internaron en Bolivia y Paraguay.[7]

En las dos primeras décadas del siglo XX las economías latinoamericanas crecían rápidamente gracias al aumento constante de sus exportaciones de productos agrarios y materias primas al mundo industrializado. Una de las ventajas de esta situación, que más adelante se convertiría en un grave problema, era que este sistema les permitía especializarse en aquellos productos para los que eran más adecuadas sus condiciones naturales. Argentina exportaba cereales y carne; Brasil, Venezuela y Colombia, café (a lo que Brasil añadía el caucho natural); México, metales preciosos, azúcar y fibras del Yucatán; Cuba, azúcar y tabaco; Chile, cobre y nitratos, empleados como abono agrícola; los países de América Central café y frutas tropicales, en especial bananas.

Estas actividades habían atraído también grandes inversiones europeas en el terreno de la comercialización: en Argentina, por ejemplo, los británicos eran propietarios de los ferrocarriles, los mataderos y los frigoríficos, desde los que embarcaban la carne para Gran Bretaña. Pero no invertían en la industria, puesto que lo que intentaban era compensar las exportaciones latinoamericanas con productos industriales europeos.

Para estimular el crecimiento de la producción agraria y ganadera, que generaba una considerable demanda de trabajo, países como Argentina y Brasil favorecieron la inmigración de europeos, lo cual no sólo permitía extender la producción, sino que ayudaba a mantener los salarios bajos, en favor de la acumulación de fortunas de los potentados locales, que tenían palacios en París e importaban obras de arte de Europa para sus residencias en suelo americano.

En 1914 un 30 % de los habitantes de Argentina había nacido fuera del país, lo que explica el carácter «europeo» de su cultura urbana. Con estos inmigrantes vinieron también ideas sociales avanzadas de matriz europea. Los alemanes trajeron a Argentina el socialismo marxista, mientras italianos y españoles difundían el anarcosindicalismo en México (en la producción de petróleo, de donde Augusto César Sandino, que había trabajado en estas tierras, llevó el himno y la bandera del anarquismo a Nicaragua), así como en Argentina y Brasil.

En estos años los terratenientes plantadores que producían las cosechas que América Latina exportaba al mundo desarrollado eran los protagonistas de estas sociedades. A escala global dominaban la política de las repúblicas, pero lo más importante era que controlaban también la vida provincial y local, como los gamonales de Perú o los latifundistas mexicanos, señores de tierras y de hombres.

En algunos casos la contraposición política entre los terratenientes y la burguesía comercial tenía un perfil muy claro, como en Ecuador, donde la Sierra era el espacio de los terratenientes conservadores y de la Iglesia, mientras la costa, y en concreto el puerto de Guayaquil, estaba dominada por una burguesía liberal y laica. Es el contraste que refleja la figura de Eloy Alfaro. Su labor de transformación social, apoyada por los pequeños cultivadores campesinos y por los artesanos, topó, por su carácter laico, con las guerrillas de la Restauración católica. Su gran obra fue la construcción del ferrocarril transandino Guayaquil-

Quito, inaugurado en 1908, cuyo elevado coste endeudó al país, sin aportar los milagrosos efectos económicos que se esperaban.

Cuando los compradores europeos empezaron a disminuir su demanda, como consecuencia de la crisis económica, surgieron problemas para las oligarquías terratenientes, porque Estados Unidos no era importador de muchos de los productos agrarios y ganaderos que los latinoamericanos vendían a Europa. Los precios comenzaron a caer y surgieron las primeras conmociones sociales, hasta que en 1929 la crisis se lo llevó todo por delante.

El desarrollo de las ciudades fue acompañado por el aumento de la pequeña burguesía y de sus aspiraciones de participación política; pero esta tendencia se veía frenada por los problemas económicos, por el ascenso paralelo del movimiento obrero y por la aparición de los primeros partidos comunistas.

Éste fue el caso de Argentina, uno de los países más avanzados del continente, que parecía progresar por el camino de la modernización. El presidente radical Hipólito Irigoyen, que venció en las elecciones de 1916, era un liberal, partidario del movimiento de reforma de la educación, que convirtió la Universidad de Buenos Aires en una de las mejores del continente. Pero no estaba preparado para hacer frente a una inquietud social agravada por la inflación, que dio lugar a la huelga general de 1919, en la llamada «semana trágica», que no sólo causó muertos en los enfrentamientos entre los huelguistas y la policía, sino que vio surgir bandas de vigilantes que se dedicaban a atacar a la comunidad ruso-judía, porque pensaban que estaba preparando una revolución bolchevique, y que la huelga era el inicio de este proyecto.

En 1920 el conflicto surgió en la Patagonia: comenzó en las ciudades y se extendió a las estancias de cría de ovejas, con la organización de bandas armadas que contribuían a difundirla. En Buenos Aires la Liga Patriótica dijo que era una conspiración chilena para anexionarse el territorio, de modo que se envió al ejército, que la reprimió en una campaña que se prolongó durante 1921 y 1922, en que se cometieron todo tipo de brutalidades. Como dice Eduardo Galeano: «Los peones de los campos de la Patagonia argentina se habían alzado en huelga contra los salarios cortísimos y las jornadas larguísimas, y el ejército se ocupó de restablecer el orden».[8]

En Brasil se produjo en 1917 la primera huelga general, un gran movimiento que presentaba caracteres políticos y no sólo reivindicativos, en un contexto en que dominaban aún los anarquistas. La huelga comenzó en una fábrica textil de São Paulo y se fue extendiendo y agravando como consecuencia de la intransigencia patronal.

En algunos países en que la inquietud social no se podía contener con los medios habituales de represión, se recurrió a actuaciones dictatoriales que prescindían de las apariencias democráticas. Como en Chile, donde la agitación de un movimiento obrero en rápido crecimiento generó la respuesta represiva de la derecha durante la gestión de Arturo Alessandri, hasta que éste renunció en 1925 y el coronel Carlos Ibáñez se hizo nombrar presidente y estableció una dictadura que duró hasta 1931.

Algo semejante sucedió en Perú durante el «oncenio» (1919-1930) de Augusto B. Leguía, un rico empresario de metro y medio de estatura, que disolvió el parlamento y formó un gobierno denominado «la patria nueva», que tuvo unos inicios reformistas (jornada de ocho horas, salario mínimo, aumento de las obras públicas), creó un departamento del indio y reconoció constitucionalmente la legalidad de la propiedad colectiva de la tierra de los indígenas, un hecho nuevo e insólito en la América de su tiempo. Fomentó las inversiones norteamericanas en la minería del cobre y en el petróleo, y emitió una gran cantidad de deuda destinada a pagar las obras de infraestructura. Quiso, más adelante, perpetuarse en el poder, buscando todo tipo de alianzas, hasta que dio un giro a la derecha y consagró el país al Sagrado Corazón de Jesús.

4

REPARTIRSE EL MUNDO (1918-1939)

De acuerdo con los planes de Wilson, la formación de la Sociedad de Naciones (SDN), cuya misión era «aportar garantías mutuas de independencia política e integridad territorial tanto a los grandes como a los pequeños estados», fue la primera cuestión que se debatió en la conferencia de paz de París: el 25 de enero de 1919 se votó por unanimidad una resolución para que el «pacto de la SDN» fuese parte integral de todos los tratados de paz.

El pacto se aprobó por unanimidad el 28 de abril y se incluyó en los diversos tratados, de modo que el 10 de enero de 1920, cuando el de Versalles entró en funciones, al ser ratificado por Alemania y por tres de los principales aliados, la Sociedad de Naciones (*League of Nations*) se fundó oficialmente. Seis días más tarde, el 16 de enero, se celebró en París la primera reunión de un organismo cuyos miembros eran los firmantes aliados de los tratados de paz, a los que en el transcurso de dos meses se unieron trece estados que habían permanecido neutrales durante el conflicto. Los países vencidos no eran admitidos por el momento.

La SDN constaba de tres organismos esenciales: asamblea, consejo y secretariado. La asamblea, que se reunía cada mes de septiembre en Ginebra, estaba integrada por representantes de todos los estados miembros, con un voto para cada uno de ellos, y nombraba un comité ejecutivo y seis comisiones especializadas.

El consejo estaba integrado por cinco miembros permanentes[1] y otros no permanentes, que eran elegidos para participar temporalmente. Aunque el consejo era el poder ejecutivo, el hecho de que muchas decisiones hubieran de tomarse por unanimidad lo convirtió en inoperante: la SDN era una alianza de naciones y no un organismo supranacional. Por otra parte, la ausencia de Estados

Unidos debilitó seriamente su capacidad de actuación.

El secretariado, que llegó a tener seiscientos funcionarios, preparaba los documentos, informes y programas. El primer secretario general fue sir Eric Drummond, que estuvo al frente de la organización de 1920 a 1933. Había, además, toda una serie de instituciones auxiliares, como el Tribunal Internacional permanente de Justicia, que se estableció en 1921 en La Haya, mientras que otras, creadas anteriormente, como la Cruz Roja, pusieron ahora sus oficinas bajo el auspicio de la SDN.

La finalidad principal de la institución era, como se ha dicho, preservar la paz y negociar el desarme; pero en caso de agresión las únicas sanciones que podía imponer eran de carácter económico. Las sanciones militares, que habrían de ser recomendadas unánimemente por el consejo, eran facultativas, lo que dejaba a los estados en libertad para seguir o no la recomendación. Esto, por otra parte, perjudicaba las negociaciones para el desarme, que no tenían sentido si no existían garantías que protegiesen al desarmado de una posible agresión.

En octubre de 1925 se reunió en Locarno una conferencia internacional, con la intervención de Gustav Stresemann, Aristide Briand y Austin Chamberlain, ministros de Exteriores de Alemania, Francia y Gran Bretaña, que aprobó una serie de tratados que garantizaban las fronteras entre Alemania, Bélgica y Francia, lo cual facilitó que en 1926 Alemania ingresara en la Sociedad de Naciones y se integrase en su consejo. En 1928 se firmó el pacto Briand-Kellog, por el que un grupo de naciones, que en 1939 llegaron a la cifra de sesenta, se comprometían a no usar la guerra como instrumento para la solución de las controversias internacionales. Era el apogeo de la «pactomanía» que, a falta de garantías, no iba a servir para nada en estos años; pero que inspiró los principios que recogería después de la Segunda guerra mundial la carta de las Naciones Unidas (con una ineficacia parecida).

Cuando estallaron los primeros conflictos internacionales la impotencia de la SDN quedó en evidencia: se pudo ver en 1933, cuando condenó a Japón por la invasión de Manchuria, y el agresor se limitó a retirarse de la Sociedad, sin que ésta pudiese hacer nada para sancionarlo; pero su mayor fracaso se produjo en 1935, cuando la Italia fascista atacó Etiopía y se vio que ni la condena ni las sanciones económicas obtenían resultado alguno.

Entre los aspectos más positivos de su tarea, aparte de su actuación en la

administración del Sarre o de la ciudad de Danzig (Gdansk), figuran las realizaciones de algunas entidades afiliadas, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT, ILO en sus siglas inglesas), el Alto comisariado para los refugiados, presidido por el noruego Fridtjof Nansen, que creó el «pasaporte Nansen», que daba una identidad a apátridas y refugiados, o su Organización económica y financiera, que reunió conferencias internacionales para discutir los problemas de la crisis de los años treinta.

La última sesión del consejo se celebró el 11 de diciembre de 1939. La mayoría de los miembros del secretariado regresaron entonces a sus países. Un pequeño número de funcionarios de la Organización económica y financiera permanecieron en Ginebra hasta junio de 1940, cuando Estados Unidos les invitó a seguir trabajando en la Universidad de Princeton. El Comisariado para los refugiados marchó a Londres, la OIT a Montreal y el secretariado para los narcóticos a Washington. El segundo secretario de la SDN, Joseph Avenol, dimitió a fines de agosto de 1940, reemplazado por el irlandés Sean Lester, que fue el tercero y último. Sólo quedó en Suiza un pequeño grupo, encargado del mantenimiento del palacio, hasta que en abril de 1946 se celebró una sesión en que se decidió disolver la Sociedad de Naciones y transferir sus recursos a la ONU y a la OIT.

Pero si la SDN fracasó en sus pretensiones de mantener la paz entre las potencias, todavía fue peor su actuación como protectora de los territorios coloniales, que la llevó a convertirse en un mero instrumento de reparto del mundo al servicio de las grandes potencias europeas.

La consolidación de los imperios coloniales

Los imperios coloniales europeos habían tenido su fase de mayor esplendor entre comienzos del siglo XIX y 1914, en el «primer siglo global» de la economía mundial, con Gran Bretaña a la cabeza, seguida por Francia, Alemania, Holanda, Portugal, Bélgica e Italia en los esfuerzos por controlar todos los territorios susceptibles de explotación, mientras que Rusia se extendía hacia el Pacífico por Asia central y por Siberia (la construcción del ferrocarril Transiberiano y su conexión con el del este de China permitió triplicar el comercio efectuado en

este ámbito entre 1895 y 1914), a la vez que pugnaba con Turquía, y con los pueblos nativos, por el control del Cáucaso.

Los imperios coloniales proporcionaban dos tipos de beneficios. Los económicos procedían de las materias primas obtenidas a bajo precio gracias a la explotación, generalmente forzada, del trabajo de los nativos. Es verdad que los costes de la conservación y administración de estos territorios eran con frecuencia superiores a los beneficios globales que proporcionaban a la metrópoli, pero estos costes los pagaban todos los ciudadanos a través de los impuestos y del servicio militar, mientras que los beneficios los recibían sobre todo los grupos dirigentes de la política y de la economía (se ha podido decir que el imperialismo actuaba como un mecanismo para transferir ingresos de las clases medias, que eran las que pagaban sus costes, a las altas, que eran las que recibían los beneficios de la explotación colonial).

Había, además, un beneficio político, que derivaba del hecho de que el conjunto de la sociedad, incitada a ello por la propaganda de sus propios gobiernos, compartiese la ilusión imperial que asociaba el orgullo de la conquista a la promesa de un futuro de prosperidad a cuenta de las riquezas coloniales. Entidades como la Deutsche Kolonialgesellschaft, fundada en Alemania en 1887, estaban ligadas a los intereses industriales y comerciales que esperaban beneficiarse de la expansión colonial, pero una de sus funciones más importantes era la de difundir entre el público la ilusión imperial, en un tiempo en que dominaba la convicción de que, como había dicho Joseph Chamberlain, que dirigió la política colonial británica entre 1895 y 1903: «El tiempo de los pequeños reinos ha pasado. El futuro es de los grandes imperios».

Acabada la Gran guerra, había que poner orden en este panorama. Los representantes de los países colonizados que acudieron en 1919 a la conferencia de París para exponer sus reivindicaciones, ilusionados por la retórica de los discursos de Wilson sobre la autodeterminación, no consiguieron ni siquiera que se les escuchase. Los representantes de China se vieron relegados a un lugar secundario, y los de Irán, Siria o Armenia fueron rechazados. Nguyen Ai Quoc, conocido años después como Hô´ Chí Minh, que vivía pobremente en París, alquiló un traje para pedir una audiencia a Wilson, que nunca le fue concedida.

La única simpatía que encontró en Francia fue la que le mostraron los comunistas, fieles a la denuncia que Lenin había hecho del imperialismo.

Incluso Japón, que acudía como uno de los vencedores, fracasó en su demanda de que se reconociera la igualdad racial en la constitución de la Sociedad de Naciones; la petición consiguió un voto mayoritario de los reunidos, pero fue el propio Woodrow Wilson, que era un ardiente defensor de la superioridad de la raza blanca, y que no quería ver más japoneses en California, quien logró que se anulase.

La carta de la Sociedad de Naciones, que no decía nada acerca de los imperios de los vencedores, se ocupaba en su artículo 22 de los territorios dependientes de las potencias derrotadas, habitados «por pueblos que no estaban todavía preparados para mantenerse por sí mismos en las difíciles condiciones del mundo moderno», y creaba para ellos un sistema de tutela ejercido por las «naciones avanzadas» (todas ellas, naturalmente, del bando vencedor), que lo desempeñarían a título de «mandatos» de la Sociedad, con la misión de prepararlos para que asumiesen la independencia. Estos mandatos se dividían en tres categorías, según el grado de desarrollo de los diversos territorios coloniales. Los de tipo A, una categoría que sólo se aplicó a las antiguas posesiones turcas, recibirían auxilio administrativo y apoyo para acceder a la independencia a corto plazo; los de tipo B, menos desarrollados, serían administrados por la metrópoli que los tutelaba, y los de tipo C se consideraban de hecho como parte integrante de la metrópoli.

En realidad las dos potencias vencedoras que, en ausencia de Estados Unidos, podían ejercer mayor influencia en la SDN, Francia y Gran Bretaña, eran también las titulares de los dos mayores imperios coloniales del mundo, y se encargaron de utilizar el sistema arbitrado por la SDN para extender su dominio en Oriente próximo y en África, al propio tiempo que consolidaban sus posesiones asiáticas, en un escenario donde iba a aparecer, con Japón, un aspirante a crear un nuevo imperio.

Lo que en los textos de la SDN aparecía como un proyecto impregnado de idealismo «wilsoniano», se convirtió en la práctica en un instrumento para el reparto del mundo entre las potencias imperiales. El mayor de los fallos del

sistema fue, sin duda, su impotencia para conseguir la libertad del trabajo, proclamada por la recién creada Organización Internacional del Trabajo, al aceptar que se usase en las colonias el trabajo forzado para las obras de infraestructura, con la única exigencia de que por lo menos se pagase un salario a quienes lo realizaban, algo que nadie iba a controlar.

Unas infraestructuras que, por otra parte, no estaban pensadas para beneficiar a la población local, sino para explotar mejor los territorios coloniales, favoreciendo la exportación de sus productos. La construcción de puertos y ferrocarriles consumió no sólo trabajo, sino numerosas vidas. El ferrocarril Congo-Océano, que había de unir Brazzaville con la costa atlántica, por ejemplo, obligó a traer trabajadores forzados de otras colonias francesas cuando se agotó la disponibilidad de obreros nativos. Peor fue el caso de Ruanda-Burundi, donde los belgas, empeñados en forzar la construcción de carreteras, provocaron una hambruna que causó unos cuarenta mil muertos.

Aparte de la explotación directa del nativo para la construcción de infraestructuras, portugueses y belgas no tenían inconveniente en alquilar trabajadores a las plantaciones privadas. Al fin y al cabo, sostenía un representante portugués en la SDN, no se podía olvidar que la «obligación de trabajar era el fundamento de toda sociedad civilizada», de modo que resultaba necesario forzar a los negros a hacerlo, si se pretendía civilizarlos. Los australianos, por su parte, consideraban que habían recibido los territorios alemanes de Nueva Guinea como un premio por su actuación en la Primera guerra mundial y no veían motivo alguno para modificar los métodos brutales que se usaban para forzar a los indígenas a trabajar en la producción de copra.

Oriente próximo: la destrucción del Imperio otomano

Los territorios árabes que habían pertenecido al Imperio otomano, decía la carta de la SDN, «habían alcanzado un grado de desarrollo tal que su existencia como naciones independientes puede ser reconocida provisionalmente, sujeta a la provisión de consejo y asistencia administrativa de un mandatario, hasta que llegue el tiempo en que puedan mantenerse por sí mismas».

En realidad, los primeros planes sobre esta cuestión se habían tomado el 16

de mayo de 1916 en el acuerdo Sykes-Picot, por el que ingleses y franceses, con la conformidad de los rusos, se repartían las zonas de influencia en el Oriente próximo. Los franceses reivindicaban una amplia zona que incluía Siria y el Líbano, y los británicos otra que iba de Irak al Sinaí. Todos estos territorios se pondrían bajo la soberanía de uno o más jefes árabes, salvo Palestina, que quedaría al margen.

Lo primero que hicieron los vencedores una vez acabado el conflicto fue confirmar este reparto en la reunión celebrada en San Remo en abril de 1920, que decidió confiar a Gran Bretaña, como «mandatos» de la Sociedad de Naciones, los territorios de Palestina, Jordania y Mesopotamia, mientras que los franceses recibían el mismo encargo respecto de Siria y el Líbano.

Las peores consecuencias de la destrucción del Imperio otomano se produjeron sin embargo más al norte, en Anatolia. En el tratado de Sè-vres, que el último sultán, Mehmet VI, aceptó el 10 de agosto de 1920 —los dirigentes de los «jóvenes turcos», que habían llevado el país a la guerra, se habían apresurado a escapar, como ya hemos explicado— el imperio quedaba literalmente destrozado. La mayor parte del litoral mediterráneo de Anatolia se ponía bajo la tutela de franceses e italianos, a la vez que se cedían a los griegos Tracia, Esmirna y su entorno, y que el control de las aguas navegables entre el Mediterráneo y el mar Negro se ponía en manos de una comisión internacional, en la que Turquía no podría participar hasta que fuese aceptada como miembro de la Sociedad de Naciones. Armenios y kurdos se repartían por su parte la Anatolia oriental... En palabras de Eugene Rogan, el Imperio otomano quedaba reducido «a aquellas regiones de la Anatolia central que nadie más quería».

Los griegos, que llevaban cerca de un siglo practicando una política de limpieza étnica en los Balcanes, con matanzas y expulsiones de campesinos musulmanes, se habían propuesto usar los mismos métodos para reconquistar la Anatolia occidental, de milenaria tradición helénica, donde habitaban entonces unos cuatro millones de turcos y seiscientos cincuenta mil griegos. El 15 de mayo de 1919 un ejército griego desembarcó en Esmirna, ayudado por los británicos, que habían ocupado previamente las fortificaciones de la ciudad, y comenzó a saquear y masacrar tanto la ciudad como las localidades próximas, aprovechando que los turcos estaban desarmados. Oficiales, funcionarios, periodistas y otros dirigentes de la sociedad civil turca fueron asesinados, con la

excusa de proteger a los cristianos griegos.[2]

Se había concedido a los griegos la zona de Esmirna con la idea de que ejerciesen en ella una ocupación temporal pacificadora, con el compromiso de que al cabo de cinco años se celebrase un plebiscito que decidiría su suerte. Pero el propósito de los griegos era ocupar definitivamente la costa y expandirse desde ella hacia el interior. Y aunque una investigación reveló las brutalidades que cometían, estos hechos se ocultaron a la opinión pública europea, porque a los vencedores de la guerra les interesaba que se quedasen.

La expulsión de los turcos de estos territorios se vio facilitada por el hecho de que muchos conocían bien lo que era el terror griego, puesto que era sobre todo en esta zona donde se habían instalado desde 1912 los ciento cincuenta mil fugitivos que huían de las persecuciones en los Balcanes, y esto explica que se apresurasen a huir de nuevo. Los griegos aplicaban en su avance una política sistemática de terror. Cuando se ocupaba una localidad, se desarmaba a los turcos, se encarcelaba a sus dirigentes y se armaba a los cristianos, incitándolos a vengarse, con lo que comenzaba una secuencia de asaltos, profanación de mezquitas, robos y violaciones.

Mustafa Kemal Pachá, el más prestigioso de los militares turcos, héroe de la campaña de los Dardanelos, se negó a aceptar las concesiones hechas por el gobierno del sultán en el tratado de Sèvres y se sublevó en Ankara, donde se constituyó una Asamblea nacional que negaba reconocimiento al gobierno de Estambul. El propósito de Kemal no era recomponer el Imperio otomano, sino crear una nación que se extendiese por todos los territorios habitados mayoritariamente por turcos. Tras haber llegado a un pacto con los soviéticos, combatió a los armenios en el Cáucaso, negoció acuerdos con los franceses y los italianos, que abandonaron el territorio turco que ocupaban a cambio del reconocimiento de otras posesiones y de concesiones económicas, y emprendió la reconquista de la zona ocupada por los griegos en la llamada «campaña de Anatolia», que los turcos consideran su guerra de independencia.

Obligados a retirarse, los griegos se dedicaron a destruir todo lo que no habían destrozado anteriormente, incendiando pueblos y ciudades, talando árboles y matando el ganado: en Karatepe, por ejemplo, encerraron a todos los habitantes turcos en la mezquita y le prendieron fuego; los que trataban de escapar eran muertos a tiros. En Esmirna, con una flota aliada en el puerto en

funciones de protección, fueron los turcos los que pegaron fuego a la ciudad, atacando a griegos y armenios, que hubieron de ser evacuados por mar.

La venganza de los turcos fue terrible, no tanto por parte del ejército como de las bandas de campesinos que querían cobrarse los sufrimientos que habían padecido. El resultado final fue la expulsión de ochocientos mil griegos de Anatolia, de donde huían embarcados en buques griegos. La situación se complicó cuando las autoridades turcas ordenaron la expulsión de todos los cristianos del interior y del norte, que se fueron acumulando en los puertos del mar Negro, a los que no podían acceder los barcos griegos, ya que no se les permitía atravesar los estrechos. En enero de 1923 el gobierno griego, que se había visto obligado a acoger más de un millón de fugitivos, declaró que no podía recibir ya más refugiados. Paralelamente cuatrocientos mil habitantes de origen étnico turco se vieron forzados a abandonar Grecia para marchar a Turquía.

Tras los acuerdos con italianos y franceses, sólo quedaban frente a Kemal los británicos, que ocupaban la zona de los estrechos con unas fuerzas que no hubieran podido resistir un ataque del ejército turco. Se evitó finalmente el choque, que estuvo a punto de producirse en Chanak, y la actitud de los británicos cambió a partir del momento en que los conservadores echaron a Lloyd George del poder y renegaron de las aventuras exteriores en que éste se había embarcado. Tras seis meses de negociaciones, la situación se normalizó con el tratado de Lausana de julio de 1923, firmado por el nuevo gobierno nacionalista turco, en que se reconocía la independencia de Turquía con unos límites semejantes a los actuales. El 19 de octubre de este mismo año, tras haber abolido el sultanato, se proclamaba la República turca, que tendría como primer presidente a Mustafa Kemal, a quien se concedió en 1935 el título honorífico de Atatürk (padre de los turcos).

Kemal se dedicó a occidentalizar y laicizar el país, que gobernó hasta su muerte en 1938. En 1926 se suprimió la ley islámica, se adoptó el código civil suizo y tanto el código penal como el comercial se inspiraron en los de Italia y Alemania. Se prohibió el uso del fez, se adoptó el calendario occidental, con el domingo como fiesta, se hizo traducir el Corán y se obligó a llamar a la oración en turco.

La parte sustancial del reparto de las antiguas posesiones otomanas era la que había de beneficiar a británicos y franceses a partir de los territorios árabes que se les asignaron como mandatos. En Siria los franceses hubieron de imponerse a sangre y fuego, llevando tropas africanas para combatir a los rebeldes y bombardeando pueblo a pueblo, en una muestra de lo que significaba realmente la tutela de las potencias sobre sus mandatos.

Los británicos, por su parte, se proponían formar una especie de comunidad de estados árabes regidos por miembros de la familia Hachemita, a cuyo frente estaría Husayn, gobernando Arabia, con sus hijos: Faisal en Irak y Abdullah, al frente de un reino de Jordania establecido sobre un territorio que se desgajó de Palestina en 1923. Todo lo cual se completaría con una especie de protectorado sobre Irán, como una garantía para el control del petróleo (indispensable desde el momento en que Winston Churchill había decidido en 1911 que los buques de la flota quemasen petróleo en lugar de carbón). Ésta fue la razón de que, con motivo de una revuelta contra el dominio británico, emprendieran una acción de reconquista de Mesopotamia con cien mil hombres, artillería pesada y bombardeos aéreos, tras lo cual pusieron al frente de Irak al emir Faisal, hijo de Husayn, quien se había instalado anteriormente como rey de Siria, pero había sido expulsado de Damasco por los franceses. En 1930 se dio la independencia al reino de Irak, con un tratado de alianza que permitía a los británicos estacionar tropas para proteger los intereses de la Iraq Petroleum Company (e impedir que los alemanes reclamasen sus derechos sobre viejas concesiones petrolíferas en la región de Mosul).[3] En Jordania colocaron a otro hijo de Husayn, Abdullah, con un ejército, la Legión árabe, puesto bajo el mando de un inglés, John Bagot Glubb, conocido como «Glubb Pachá».

Husayn, en cambio, rechazó las restricciones a la independencia árabe que implicaban estos arreglos, que traicionaban las promeses que McMahon le había hecho durante la guerra, y renunció a la protección de los británicos. Todo se vino finalmente abajo cuando el emir de Riad, Ibn Saud, de la secta extremista de los wahabíes, se apoderó de las ciudades santas de La Meca y Medina y estableció en 1926 el reino de la Arabia Saudí, que negociaría posteriormente las concesiones del petróleo con los norteamericanos.

La parte más desastrosa de este plan correspondió a Palestina, donde los

británicos, condicionados por la presión de los grupos judíos ingleses, dirigidos por Chaim Waizman, aceptaron crear un asentamiento judío. En noviembre de 1917 se hizo pública la declaración Balfour, que creaba un «hogar nacional» judío en suelo palestino, «sin emprender nada que pueda afectar a los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías». El hecho de que en 1922 la Sociedad de Naciones concediese Palestina a Gran Bretaña como un mandato, permitió llevar adelante el proyecto. En 1925 había unos 100.000 judíos, en su mayoría llegados en inmigraciones recientes, y 765.000 palestinos. Los años siguientes vieron producirse grandes inmigraciones judías, que los árabes intentaron en vano frenar, y la situación condujo a un conflicto que sigue en la actualidad sin solución.

ÁFRICA

África es un continente con dos realidades culturales distintas, separadas, salvo en la cuenca del Nilo, por el Sahara, que deja al norte el mundo islámico, orientado hacia el Mediterráneo, y al sur el África negra (lo que se suele designar como África subsahariana o SSA, en sus iniciales en inglés), objeto de una penetración creciente del islam hacia el sur.

El África islámica del norte estaba en grados de desarrollo muy diversos, que iban desde el atraso tribal del Rif o de Libia, a la relativa modernidad de Egipto, donde en el siglo XIX se habían realizado tentativas autóctonas de industrialización. En todo el territorio existía un sentimiento de hostilidad hacia los dominadores cristianos, que se expresó primero en revueltas religiosas inspiradas por los ulemas, hasta que, a partir de la década de los treinta, comenzó a aparecer un nacionalismo de tipo moderno, surgido entre las minorías educadas a la manera europea y difundido entre la población urbana.

La conferencia de París reconoció a Egipto como un protectorado británico —había sido hasta entonces una provincia del Imperio otomano, aunque desde la construcción del canal de Suez la influencia de los británicos era ya considerable—, pero la agitación nacionalista dirigida por el partido Wafd llevó a los ingleses a hacer en 1922 una concesión unilateral de independencia, que el sultán Fu’ad aprovechó para proclamarse rey, como Fu’ad I, admitiendo que los británicos

dejasen en el país las tropas suficientes para controlarlo —y sobre todo para proteger el canal de Suez— y un alto comisario que mediatizaba al rey; Sudán era declarado algo tan extraño como un condominio anglo-egipcio. Los ingleses habían llegado a la convicción de que si bien Egipto era un punto esencial para el control del imperio, no necesitaban ocuparlo, sino consolidar su presencia estacionando tropas junto al canal de Suez y controlando Sudán.

La combinación del dominio inglés con una monarquía corrompida fue incapaz de resolver los problemas de una sociedad en que el aumento de la población y el acaparamiento de tierras en manos de los grandes terratenientes llevaron a la acumulación de los habitantes en las ciudades y a un empobrecimiento general. En 1936, a la muerte de Fu'ad, a quien sucedió su hijo Faruq, se firmó un nuevo reconocimiento de la independencia que seguía admitiendo que los británicos conservasen tropas para la protección del canal.

Los franceses habían reunido bajo su poder todo el Magreb, salvo el pequeño territorio del protectorado español en el Rif, y habían contribuido a desarrollarlo económicamente en su propio provecho. En Marruecos, donde figuraban como «protectores» de la monarquía, la revuelta de Abd el-Krim, que se sublevó contra los españoles, les obligó a intervenir para impedir que el movimiento se extendiera hacia el sur, en una campaña en que españoles y franceses no dudaron en usar gases tóxicos lanzados desde los aviones, pese a que habían firmado unas convenciones internacionales que lo prohibían, pero que nadie se preocupaba de aplicar cuando se trataba de gasear a las poblaciones coloniales.

En Túnez los franceses controlaban el protectorado, que tenía a su frente a un bey. El sector acomodado de la sociedad tunecina había fundado ya en la época otomana el partido Destur (Constitución), que pretendía controlar el poder absoluto del bey, pero que no aceptaba explotar el malestar popular para hacer una política de masas. Ésta fue la razón de que en 1934 los más jóvenes y extremistas fundasen el Neo-Destur, un partido netamente nacionalista, que se planteaba el objetivo de la independencia y que, guiado por Habib Burguiba, no vaciló en oponerse violentamente a la represión metropolitana.

Argelia, conquistada en 1830, era en teoría parte de Francia. Se habían instalado en su territorio un gran número de colonos venidos de la metrópoli,

mientras que las clases elevadas nativas se educaban en escuelas francesas. Aquí se podían encontrar dos corrientes de opinión muy distintas: unas capas superiores plenamente occidentalizadas que pedían plena igualdad con los franceses, en lugar de una ciudadanía de segunda clase, en contraste con un movimiento popular independentista que se había extendido sobre todo entre las capas populares urbanas, y en especial entre los trabajadores, a lo que había que añadir la oposición religiosa de los ulemas. La presencia de una gran masa de franceses instalados como propietarios de la tierra en la «provincia» creaba una situación especial.

Respecto del África al sur del Sahara, la conquista, basada en la violencia, se había completado ya en 1914, salvo en lo que se refiere a Etiopía, que en 1896 había rechazado el intento de conquista de los italianos en la batalla de Adua. En el suroeste, la guerra de los colonizadores alemanes contra los namas y hereros (1904-1906) acabó en lo que ha sido considerado como el primer genocidio del siglo XX, con la eliminación de sesenta mil a cien mil nativos.[4] Por los mismos años (1905-1907) la revuelta de los Maji Maji contra el dominio alemán, en la actual Tanzania, acabó también en un número incalculable de muertes. Aunque tal vez fuese la brutal explotación del Congo, un negocio personal de Leopoldo II de Bélgica, al que se atribuye la muerte de millones de nativos (de 1885 a 1908 la población del Congo disminuyó de veinte millones a diez millones) lo que sirvió para exponer al desnudo la miseria del colonialismo, en un contexto evocado por Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas* y denunciado por Roger Casement en un informe publicado en 1904.

Estas historias de violencia genocida no se iban a repetir en la misma escala después de 1918, pero la suerte de los africanos no mejoró. Cuando la colonia del África del Sudoeste, la actual Namibia, pasó a África del Sur a título de mandato, los nativos se vieron defraudados en sus esperanzas de recuperar la libertad de vivir en sus tierras con sus ganados. La nueva administración sudafricana denunció al mundo los abusos cometidos por los alemanes, pero se apresuró a tranquilizar a los colonos que permanecían en el territorio (a los que se facilitó en bloque una nueva nacionalidad y la participación en una asamblea legislativa «solo para blancos»), y repartió millones de hectáreas a nuevos

cultivadores blancos, que lo que querían era forzar a los nativos a trabajar para ellos. Se les arrebataron por ello las tierras de pasto y se les cargó con impuestos —por ejemplo, sobre los perros que necesitaban para su actividad ganadera— acosándolos hasta provocar un intento de revuelta que acabó con la aviación sudafricana bombardeando sus campamentos y matando a mujeres y niños. Los sudafricanos se indignaron de que sus actos fuesen condenados por los europeos, que estaban acostumbrados a emplear estos mismos métodos en sus colonias. No se podía proceder de otro modo, sostenían, con nativos que vivían «hundidos en la barbarie desde hacía incontables siglos».

Aunque el sistema de los mandatos se había creado como una alternativa a la anexión, la entrada de Alemania en la SDN sirvió para que las potencias que habían recibido sus antiguas colonias reafirmasen su autoridad sobre ellas, para evitar que los alemanes las reclamasen. Los belgas, por ejemplo, se esforzaron en blindar sus dominios en Ruanda y Burundi de las apetencias alemanas, y la cuestión volvió a plantearse cuando los británicos pretendieron incorporar el territorio de Tanganica, que era un mandato, a una federación del Este de África, junto a sus colonias de Uganda y Kenia, dentro de su sueño por establecer una ruta del Cabo a El Cairo.

Los británicos procuraban minimizar los costes de la administración, y dar una imagen de gobierno limpio, con el sistema del «indirect rule» (o, más cínicamente, «divide-and-rule»), preconizado por lord Lugard, que sostenía que había que dejar que estos países funcionasen con sus sistemas sociales tradicionales y con sus propios jefes, asociándose a ellos para ayudarlos a evolucionar en un sentido que favoreciese el crecimiento económico, que era lo que interesaba a la metrópoli. El sistema, que se aplicó a grandes territorios como Nigeria y Kenia, dejaba en manos de los ingleses la relación con el exterior, el ejército y los impuestos, y se apoyaba en los jefes tribales nativos para regir el funcionamiento interno de estas sociedades. Los belgas lo aplicaron también en Ruanda y Burundi, contando con los reyezuelos y notables locales.

Una de las ventajas de este sistema era que tendía a diferenciar y contraponer

los diversos grupos étnicos de las colonias, con lo que se dificultaba la formación de grupos nacionalistas de oposición. La colonización «indirecta» favoreció la tribalización y la etnicidad, y estuvo en el origen mismo de algunas de las peores catástrofes del África independiente, como la de Ruanda, donde los colonizadores belgas, aplicando el mismo sistema, habían fomentado la división étnica entre hutus y tutsis para facilitar su dominio con el enfrentamiento entre ambos. O como en Darfur, un sultanato que los británicos integraron a Sudán, sin respetar su identidad étnica y cultural, lo que acabó conduciendo, en 1994, a la violencia que causó cientos de miles de muertos y unos tres millones de desplazados.

Un estudio reciente demuestra que en los países dominados por Inglaterra en que se aplicó el sistema de gobierno indirecto se puede advertir, en comparación con los del África francófona, un predominio de la etnicidad sobre el sentimiento de nacionalidad y una mayor debilidad en la construcción del estado.

Los franceses habían adoptado inicialmente una política distinta, la de asimilación, que pretendía imponer una administración directa para acabar absorbiendo los pueblos colonizados como ciudadanos de segunda clase de la metrópoli. Pero esto sólo se aplicó limitadamente en algunos casos, como en Senegal y en Argelia, mientras que en la mayor parte de las colonias se usó la política de asociación, que sostenía que los dos pueblos, dominador y dominado, habían de cohabitar, el uno enseñando y el otro aprendiendo, mientras las estructuras políticas indígenas mejoraban, eliminando de ellas a los jefes incómodos y premiando a los más próximos a Francia, que se convertían así en agentes de la colonización. Los principios centralizadores franceses se impusieron en aspectos como la creación de un sistema estatal de enseñanza en lengua francesa, que favorecía la preparación de los dirigentes coloniales asociados a la metrópoli, a la vez que facilitaba la desarticulación de las sociedades locales. Esta política condujo a que Francia tendiera a formar grandes agrupaciones coloniales, prescindiendo de los marcos originales políticos o tribales.

Los portugueses, que se habían instalado en Angola y Mozambique a fines del siglo XV, contaban con una amplia capa de mestizos en estas colonias, lo que

facilitaba una política de asimilación y explica que en 1935, al establecerse en Portugal el *Estado Novo*, el dictador Oliveira Salazar las proclamase provincias, partes integrantes de la nación portuguesa, lo que no impedía que el gobierno alquilase negros semiesclavos para que trabajasen en Sudáfrica.

En general la población de origen europeo era muy escasa en las colonias tropicales africanas, cuyo clima les resultaba difícil resistir. Sólo hubo grupos colonizadores importantes en los territorios de clima más suave, como eran los más alejados del Ecuador, al norte y al sur (Sudáfrica, la actual Namibia o Argelia), o en aquellos que tenían zonas de altiplano, como Kenia y las dos Rodesias. De entre estos territorios, los de colonización británica aspiraban a convertirse en «dominios» dentro de la Commonwealth, a semejanza de Australia o Nueva Zelanda, ficciones de democracia que exigían que se redujese al mínimo el papel político de los indígenas. En Kenia el gobierno británico aceptó crear un Consejo legislativo en que participaban representantes elegidos de los blancos, los árabes y los indios, mientras que los intereses de los africanos, que eran la inmensa mayoría de la población, los defendía un miembro designado por el gobierno.

El caso de Sudáfrica era distinto. El país entró en el siglo XX después de concluida la guerra de los *bóers* (1899-1902), en que los ingleses aplastaron las repúblicas *afrikaners* de cultura holandesa (en el conflicto murió un 10 % de esta población «blanca»). La paz se firmó con la condición de que el tema de las libertades de los nativos negros no se planteara hasta que hubiese autogobierno en la colonia. En 1910 se creó la Unión Sudafricana, que sería un territorio con autogobierno, donde los negros y la gente de color (inmigrantes indios) tendrían los mismos derechos de voto que antes de la guerra (lo que significaba que sólo los tendrían, y muy escasos, en la provincia del Cabo). La inmensa mayoría de los pobladores negros seguirían como ciudadanos de segunda clase, una situación que empeoró cuando se les impuso la separación (*apartheid*), con el pretexto de protegerlos de los abusos de los blancos.

Sudáfrica alcanzó una gran prosperidad como consecuencia de su riqueza minera —producía más de la mitad del oro mundial y el 70 % de los diamantes— lo cual facilitó la tolerancia internacional de un sistema inhumano y

antidemocrático, mientras recibía considerables inversiones de capitales extranjeros, en especial ingleses, y su economía se modernizaba. El general Jan Smuts, que fue su primer ministro de 1919 a 1924, aprovechó su participación en la Primera guerra mundial para intervenir en los tratados de paz y conseguir que se le cediesen los territorios alemanes del suroeste como mandato de la SDN. La Unión entró a formar parte de la Commonwealth británica en 1931, con la condición de que se dejase intacto el problema de los negros.

La explotación económica de las colonias africanas corría normalmente a cargo de grandes empresas europeas que se repartían los territorios y mantenían acuerdos para no competir entre sí: la De Boers Consolidated Mines controlaba la producción de diamantes de Sudáfrica, la Société Générale de Belgique y la Union Minière du Haut Katanga, la minería del Congo, Unilever dominaba la producción del aceite de coco con que se fabricaban los jabones...

Las colonias se dedicaban a la obtención de productos destinados a una exportación que los gobiernos metropolitanos favorecían construyendo puertos, ferrocarriles y carreteras. Este sistema condujo a una etapa de crecimiento de las exportaciones que concluyó después de 1929, cuando la retracción del comercio mundial y la caída de los precios, que fue muy desfavorable para los productos coloniales, mostró la debilidad de este modelo, que había descuidado por completo el desarrollo interno de estos países. La producción para la exportación era una especie de enclave, cuyos beneficios no se reinvertían en el propio territorio. Nada se había hecho, en cambio, para mejorar la eficacia y la productividad de las actividades locales, de las que dependía la subsistencia de los nativos, cuyo desarrollo hubiera estimulado la creación de un mercado interior.

La modernización tuvo, en contrapartida, un efecto negativo para la continuidad del imperialismo. De las escuelas europeas en que se educaban los estratos superiores de la colonia, asociados al «indirect rule», salieron los primeros dirigentes nacionalistas coloniales. Una de las influencias tempranas que recibieron provenía de los negros americanos, como la del «garveyismo», del

jamaicano Marcus Garvey, que retomaba el mito del retorno a África, a la vieja tierra madre, y exaltaba el orgullo africano. Más importante fue el *panafricanismo*, inspirado por el norteamericano William E. B. Du Bois, que sostenía que los negros debían luchar unidos en América contra la desigualdad y en África, contra los abusos de la colonización.

En 1919, mientras se celebraba en París la conferencia de la paz, tuvo lugar también el primer congreso panafricano, que pidió a la Sociedad de Naciones que se reconociesen los servicios que los africanos habían prestado en la Gran guerra, y que se estimulase la liberación de las colonias que habían sido concedidas a los vencedores en condición de mandatos. En los sucesivos congresos panafricanos se reunieron en torno a Du Bois los que habían de ser los dirigentes del nuevo nacionalismo africano, como Nnamdi Azikiwe de Nigeria o Kwame Nkrumah, de Costa de Oro.

Otra influencia fundamental, con especial importancia en Asia, fue la de los comunistas de la Tercera Internacional, que inspiraron la reunión en Bruselas, en 1927, de la Liga contra el imperialismo (un nombre elegido como crítica a la *League of Nations*, el nombre inglés de la SDN), que reunió a representantes de 134 organizaciones, procedentes de 37 territorios coloniales distintos. Albert Einstein y Romain Rolland figuraron entre los patrocinadores de una reunión a la que acudieron figuras del futuro tan diversas cono Sukarno, Nehru, el peruano Haya de la Torre, el argelino Messali Hadj y una amplia representación del Kuomintang chino. Un año más tarde, en septiembre de 1928, el sexto congreso de la Internacional Comunista publicaba unas *Tesis sobre los movimientos revolucionarios en los países coloniales y semicoloniales* en que se planteaban los métodos con que ayudar a las «revoluciones democrático-burguesas» de estos países.

Mientras en las colonias se sucedían las revueltas nativas, brutalmente aplastadas por las metrópolis, sin que estos hechos recibieran atención alguna en el Occidente civilizado, los que habían de convertirse en los dirigentes de la independencia se preparaban para un futuro difícil, porque a las experiencias negativas de Etiopía, conquistada por Italia en 1935-1936 para convertirla en una nueva colonia, y del Manchukuo japonés, se unían las reivindicaciones de la Alemania de Hitler, que deseaba recuperar sus territorios africanos (unas reivindicaciones que los colonos de origen alemán de África del Sudoeste, de

Camerún y de Tanganica recibieron con entusiasmo). Todo lo cual mostraba que el objetivo de la independencia estaba todavía muy lejano.

Un nuevo mapa de Asia oriental

China

A comienzos del siglo XX el gran objetivo de las ambiciones coloniales en el Extremo Oriente era una China derrotada y desmoralizada, que los países europeos se disponían a repartirse en pedazos (de momento controlaban ya más de ochenta de sus puertos, gracias a tratados que les daban el derecho a comerciar en ellos sin sujetarse a la administración local). En el tránsito al siglo XX el imperio estuvo regido por un personaje, la emperatriz viuda Cixi, que se negaba a cualquier intento de reforma y rechazaba seguir un camino de modernización como el que había emprendido Japón hacía unas décadas. En 1900 se produjo la insurrección de los *bóxers*, un movimiento popular contra los occidentales, cuyo fracaso obligó al gobierno imperial a hacer nuevas concesiones a los europeos: pagar una indemnización de 67,5 millones de libras esterlinas, que había de abonarse en 39 años, y quedar en dependencia de los ejércitos extranjeros. En 1900 los rusos se apresuraron a invadir los territorios del norte para asegurarse la protección del Ferrocarril del sur de Manchuria, y los ingleses ocuparon el Tíbet y lo declararon autónomo.

El máximo representante en China de un reformismo político basado en un programa de «democracia, nacionalismo y justicia social», era Sun Yat-sen (Sun Yixian), nacido en una familia campesina de Guangdong, que se educó en Honolulú y estudió medicina en Hong Kong. En 1894 había intentado promover una insurrección contra la dinastía manchú, por lo que se vio obligado a huir a Japón y a Inglaterra, donde fue secuestrado y estuvo a punto de ser devuelto a China para matarlo.

En 1908 la emperatriz viuda murió, unos días después de que falleciera el emperador Guangxu, de treinta y siete años de edad, a quien parece ser que la emperatriz quiso llevarse consigo. La corona recayó en un niño, Puyi, en cuyo nombre gobernaría su padre, a título de regente. En 1911 el gobierno imperial se desmoronó como consecuencia de las revueltas militares y de la secesión de las provincias. Sun Yat-sen regresó entonces del exilio y el primero de enero de 1912 proclamó en Nanjing una república, cuya presidencia ofreció a Yuan Shikai, jefe de los ejércitos del norte, consciente de que carecía de fuerzas para imponerse.

Lo que hizo Yuan Shikai fue dirigirse a la corte, donde la madre del nuevo

emperador aceptó que Puyi abdicase el 12 de febrero de 1912, a cambio de asegurarse unos ingresos millonarios y de seguir habitando en el palacio de la «Ciudad Prohibida». Yuan Shikai se negó entonces a reconocer al gobierno de Nanjing y formó en Beijing un gobierno provisional apoyado por una Asamblea nacional, mientras se redactaba una constitución.

Al anunciarse que iban a celebrarse elecciones en diciembre de 1912, Sun Yat-sen creó el Guomindang (*Kuomintang*) o Partido Nacional del pueblo, y presentó a uno de sus lugartenientes como candidato a la presidencia. El Guomindang ganó ampliamente las elecciones; pero su candidato fue asesinado cuando se dirigía hacia Beijing, seguramente a instigación de Yuan, quien se apresuró a forzar a la Asamblea para que le nombrase presidente, mediante el expediente de rodear de tropas el edificio y amenazar a los diputados con que no saldrían de allí si antes no le votaban.

Ilegalizó de inmediato el Guomindang (GMD), obligando a Sun Yat-sen a marchar de nuevo al exilio, y liquidó el parlamento y la constitución, reemplazada por un documento que prolongaba su mandato por diez años, renovables sin ningún impedimento, y le autorizaba a nombrar a su sucesor. Para conservar el poder se vio obligado a aceptar las condiciones que le imponía Japón (derechos para controlar una serie de aspectos de la política interior), a la vez que reconocía la posesión de Mongolia Exterior por Rusia y del Tíbet por Gran Bretaña. Una vez consolidado en el poder a este precio, dio en diciembre de 1915 el paso siguiente, que era el de «aceptar las peticiones de su pueblo» y convertirse en emperador. Seguía en esto los consejos de su asesor norteamericano, el presidente de la Universidad Johns Hopkins, que sostenía que una república no era un régimen adecuado para China. Las revueltas que se produjeron de inmediato, y el abandono de todos sus partidarios, marcaron los pocos meses de este imperio, que acabó con la muerte de Yuan en mayo de 1916, sin haber llegado a coronarse.

Desde 1916 hasta 1928 China vivió bajo el dominio de los «señores de la guerra»: los jefes militares que se declaraban independientes en sus provincias, algunos de ellos protegidos por Japón, y que trataban de obtener préstamos del extranjero. Hubo incluso una restauración de Puyi en Beijing, que duró tan sólo doce días, del primero al 12 de julio de 1917.

Sun Yat-sen regresó del exilio en 1916 y estableció un gobierno en

Guangzhou, con la idea de emprender un plan de reconstrucción de China con la ayuda de capital extranjero. Pero no era el hombre con el que los banqueros querían hacer negocios. Pese a haberse declarado a favor de la Entente, no se hizo caso alguno a los chinos, que reclamaron en París la devolución del territorio que los alemanes ocupaban en Shandong, sino que las potencias vencedoras aceptaron transferirlo a Japón, vulnerando los pronunciamientos contrarios al imperialismo (británicos y franceses, que tenían sus propios intereses en China, alegaron que había que respetar las promesas hechas a los japoneses al entrar en la guerra). El 4 de mayo de 1919 una gran manifestación de estudiantes protestaba en Beijing por este atropello en lo que se puede considerar como uno de los primeros movimientos del nacionalismo chino moderno.

El Guomindang fue evolucionando de sus orígenes como un partido de la burguesía urbana, aproximándose a los trabajadores y a los campesinos, a quienes daba apoyo en sus revueltas. En 1920 Sun organizó en Guangzhou un gobierno del GMD en oposición al de Beijing, pero fue aplastado por las fuerzas de la derecha, que le consideraban ahora un extremista de izquierdas, y se vio obligado a esconderse en Shanghái. Fue entonces cuando se aproximó a los comunistas, a quienes el Komintern ordenó que se integrasen en el GMD y secundasen su revolución democrática-burguesa, lo que hicieron a título individual.

Sun tenía como jefe de estado mayor a Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi), un militar formado en Japón, a quien se envió un tiempo a Moscú para que aprendiese del ejército rojo. Desde Guangzhou, convertido de nuevo en 1923 en sede de su gobierno, Sun trató de obtener el reconocimiento de Beijing. Mientras viajaba hacia la capital para hablar con el señor de la guerra que mandaba allí, cayó enfermo, se le descubrió un cáncer de hígado terminal y murió en 1925.

En 1926 el ejército del GMD, dirigido ahora por Chiang Kai-shek, declaró la guerra al gobierno de Beijing, que estaba en aquellos momentos en manos de Zhang Zuolin, un señor de la guerra manchú protegido por los japoneses. Todo el territorio de China iba cayendo en manos del GMD a medida que avanzaba su «campaña del norte», pero cuando en mayo de 1930 llegó a las cercanías de Shandong, los japoneses se apresuraron a enviar tropas para proteger su enclave y se produjeron choques de una extraordinaria brutalidad. El objetivo de Chiang

seguía siendo Beijing, de donde Zhang Zuolin se apresuró a huir (los japoneses, irritados por su fracaso, lo mataron haciendo explotar una bomba bajo su tren). El hijo de Zhang Zuolin, instalado en Manchuria, reconoció entonces al gobierno del GMD, de modo que en octubre de 1928 parecía consolidada una China unida bajo un gobierno del GMD, con capital en Nanking.

Chiang, que aspiraba a obtener el reconocimiento y el apoyo de las grandes potencias, dio ahora un viraje radical a su política: se aproximó a la burguesía y liquidó a los comunistas y al ala izquierda de su propio partido, con lo que provocó una escisión que llevó a los fugitivos de sus persecuciones a refugiarse en el interior, donde se inició la lucha reivindicativa de los rojos, con quienes estuvieron desde los primeros momentos Mao Zedong y Zhou Enlai.

La unificación conseguida por Chiang durante la llamada «etapa de Nanjing» (1928-1937) era, sin embargo, ilusoria. No contaba con una hacienda estatal —había hecho la guerra con las contribuciones sacadas a la fuerza a los industriales de Shanghái—, ni tenía un control local efectivo. Los «señores de la guerra» que le habían ayudado en la campaña del norte mantenían el poder en sus territorios, conservaban sus propios ejércitos y retenían una buena parte de los impuestos.

Mientras tanto los comunistas habían fundado una especie de repúblicas soviéticas rurales que Chiang no logró dominar hasta 1934. Fue entonces cuando los comunistas se vieron obligados a iniciar la «larga marcha», iniciada por unos ochenta y seis mil hombres que llevaban raciones de arroz y sal para siete semanas, acompañados por 35 mujeres (entre ellas las esposas de Mao y de Zhou Enlai). Dejaban atrás la mayor parte de las mujeres y veinte mil enfermos o heridos que no podían resistir tanto esfuerzo y que permanecieron sobre el terreno como guerrilleros. La marcha comenzó el 16 de octubre de 1934 y duró 370 días, hasta el 20 de octubre de 1935, tras haber caminado unos diez mil kilómetros en unas durísimas condiciones, de las que sólo sobrevivieron unas cinco mil personas, a las cuales se fueron uniendo nuevas fuerzas, hasta que se instalaron en 1936 en el Yanan, al norte del país, un territorio árido y desierto, en una de las zonas más pobres de China.

Los japoneses, que no habían abandonado sus aspiraciones a controlar una China dependiente, habían comenzado en 1931 a intervenir en Manchuria, que era una de las zonas más desarrolladas desde el punto de vista económico, con buenos puertos y una densa red ferroviaria, articulada en torno al Ferrocarril del

sur de Manchuria, que los japoneses, que se lo arrebataron a los rusos, explotaban desde 1907, utilizándolo como un instrumento de penetración imperialista. Crearon un estado títere en aquella zona y forzaron gradualmente al gobierno chino a hacerles una concesión tras otra, hasta que en 1937 iniciaron la ocupación formal de China y obligaron al gobierno del GMD a retirarse al interior y establecer su capital en Chonqquing.

Fue en estos momentos cuando Chiang se vio forzado a aceptar la propuesta de Mao de formar un frente común para luchar contra la invasión japonesa.

Japón y su imperio

Japón había entrado en los tiempos modernos de súbito, con la llamada «restauración Meiji» de 1868, e inició un rápido proceso de industrialización, a la vez que se armaba para no exponerse a la triste suerte de otros países asiáticos, manipulados por las potencias occidentales. Fue el primer país no europeo que comenzó a crear un imperio colonial propio, no sólo por razones económicas, sino también defensivas. Su primer objetivo fue Corea, que veía como «un puñal apuntado al corazón de Japón», y que era objeto entonces de la penetración de los chinos y de los rusos.

Su victoria sobre China en 1895 le permitió obligar a los vencidos a pagar una fuerte indemnización, a abandonar Corea y a venderles Taiwán y la península de Liaotung, al sur de Manchuria. Su siguiente enfrentamiento, en 1904-1905, fue con Rusia, a la que los japoneses derrotaron en el mar en la batalla de Tsushima, hundiéndoles seis acorazados y cinco destructores. Los rusos hubieron de aceptar una paz, el tratado de Porstmouth, en que reconocían buena parte de los intereses japoneses en la zona. Como indemnización hubieron de cederles además la Compañía del ferrocarril del sur de Manchuria (llamado también del este de China), que quedó bajo el control de los militares y tuvo un papel decisivo en el desarrollo económico de su entorno, hasta convertirse en la empresa más rentable de Japón.

Los japoneses se adueñaron de Corea en 1910, ante la indiferencia de las grandes potencias, que no hicieron caso alguno de las protestas de los coreanos, y la convirtieron en una colonia en la que se instalaron cientos de miles de

inmigrantes japoneses, que ocupaban las tierras y se comportaban igual que los representantes del imperialismo europeo en otras partes del mundo.

Japón funcionaba como una democracia formal, pero se ocupaba de liquidar con procesos, y con el establecimiento de una policía especial, cualquier tentación de que se formasen partidos de izquierda. El esfuerzo industrializador proseguía entre tanto, favorecido por la protección oficial y por los bajos salarios que se pagaban a los campesinos arruinados, y en especial a las mujeres. Los protagonistas de este proceso eran los *zaibatsu*, los grandes grupos financieros e industriales, algunos de los cuales procedían de las viejas casas comerciales, como Mitsui y Sumitomo, mientras que otros eran empresarios surgidos de las capas bajas de los samuráis, como Mitsubishi.

En 1912 murió de diabetes el emperador Mutsuhito, que recibió póstumamente el nombre de Meiji, en reconocimiento del período de «gobierno ilustrado» que había caracterizado su reinado. Yoshihito, su hijo, se convirtió en emperador, adoptando para su reinado el nombre de Taisho, «la gran rectitud», pero pronto se pudo ver que su salud no le permitía gobernar con normalidad, de modo que se recurrió a su hijo Hirohito, que se hizo cargo de la regencia en 1921, a los veinte años de edad, y le sucedió en 1926, para reinar hasta su muerte en 1989.

El hecho de haberse aliado a Gran Bretaña en 1902 lo utilizaron los japoneses para declarar la guerra a Alemania en 1914 y aprovechar la oportunidad para apoderarse de las plazas que los alemanes tenían en China, en la península de Shandong, y de sus islas en el Pacífico (Marianas, Carolinas, Marshall). Sin haber enviado un solo soldado a luchar contra los alemanes en Europa o África, consiguieron que en los tratados de paz se les reconociesen estas conquistas, que completaban un imperio que incluía Taiwán y Corea; pero se sintieron humillados cuando pretendieron que la Sociedad de Naciones incluyese en su carta una cláusula de igualdad racial. Los australianos se opusieron a ello, amenazando con retirarse, puesto que sostenían una política de «Australia blanca» y temían la inmigración japonesa, al igual que sucedía con Estados Unidos, que aprobaron cláusulas restrictivas a la emigración «amarilla», limitando la llegada de trabajadores japoneses a California.

Prosiguiendo en su intento de penetrar en China, Japón presentó a su gobierno una serie de demandas para que se le permitiera participar en la política

interior, como el nombramiento de consejeros japoneses que intervendrían en el gobierno, en las fuerzas armadas y en la policía, lo que hubiera conducido al establecimiento gradual de un protectorado. El último capítulo de esta etapa de expansión imperial fue la vergonzosa intervención de japoneses y norteamericanos en Siberia, de 1917 a 1922, con el pretexto de combatir la revolución bolchevique.

La Primera guerra mundial había traído una etapa de prosperidad a la industria japonesa, tanto por la demanda militar como porque le permitió ocupar unos mercados a los que no llegaban los productos europeos o norteamericanos, al paso que la elevación de los precios del arroz enriquecía a los pequeños campesinos. Esta prosperidad acabó con el fin de la guerra, y fue seguida por una época de crisis y conflicto social, en medio de una vida política violenta, dominada por sociedades secretas que no dudaban en recurrir al crimen para conseguir sus fines. Los años veinte fueron en Japón una época de desequilibrios interiores y violencia.

Los problemas se vieron agravados por el gran terremoto de Kantó del 1 de septiembre de 1923, que mató a unas ciento cuarenta mil personas en el área cercana a la capital y destruyó medio millón de viviendas, como consecuencia, sobre todo, de los incendios provocados por los hogares domésticos de carbón en las casas de madera. La reacción inmediata fue el asesinato de unos seis mil residentes coreanos, acusados por rumores sin fundamento de haber incendiado las casas y envenenado los pozos, e incluso de ser culpables del terremoto, al desagradar a los dioses su presencia en territorio japonés. De paso la policía militar aprovechó el desorden para matar a una serie de dirigentes sindicales (un dirigente anarquista fue asesinado con su esposa y un sobrino de seis años).

La situación política era difícil, dominada en el parlamento por unos partidos conservadores, profundamente corrompidos, que estaban estrechamente ligados a los grandes zaibatsu, en especial a Mitsui y Mitsubishi, pero éstos tenían en contra a los militares, cuyo malestar se agravó cuando en la Conferencia Naval de Washington de 1921, que fijaba el número de acorazados que se podían construir, se dio a Japón un rango de potencia de segundo orden en comparación con Estados Unidos y con Gran Bretaña.

Mientras que los partidos dominados por los zaibatsu promovían una política de paz, que favorecía la actividad exportadora, los militares querían una política

imperial de guerra, acorde con las necesidades de espacio vital de una población que se había duplicado desde 1868. La crisis rural favoreció que los campesinos se dejaran convencer de que la solución a sus problemas residía en proseguir la expansión imperial.

Los militares comenzaron entonces a combatir a los políticos partidarios de una política internacional pacífica: el primer ministro Hamaguchi resultó gravemente herido en un atentado y el ministro de Hacienda y otros funcionarios fueron asesinados.

Fueron finalmente los propios militares los que tomaron por su cuenta la decisión de iniciar una nueva campaña de expansión imperial. El 18 de septiembre de 1931, con motivo de un sabotaje en el ferrocarril de Manchuria, organizado por los propios japoneses para provocar el conflicto, los militares iniciaron por su cuenta una campaña para apoderarse de Mukden y extenderse por Manchuria, a la que se unieron las tropas estacionadas en Corea, desobedeciendo las órdenes del gobierno, que tuvo que aceptar públicamente lo que habían hecho los militares (quienes habían preparado paralelamente planes para instaurar un gobierno militar).

En 1932 daban un nuevo paso y creaban un estado «independiente», Manchukuo, que comenzó como una república y en 1934 se convirtió en imperio, al poner a su frente a Puyi, el último emperador de China. Se inició entonces un proceso de desarrollo económico controlado desde arriba, con enormes inversiones que hicieron de Manchukuo «la joya de la corona» y favorecieron grandes migraciones de japoneses a su suelo. La Sociedad de Naciones envió una comisión para investigar el «incidente de Manchuria», lo que condujo a la condena de Japón, que basaba su derecho a intervenir en el argumento de que China había dejado de ser un estado organizado desde la muerte en 1916 de Yuan Shikai, el último aspirante a coronarse emperador, y que, como respuesta a la condena de la SDN, se limitó a retirarse de ella.

Los militares, con su policía actuando impunemente, controlaban por entonces la política japonesa. Sus planteamientos «patrióticos» ganaban cada vez más el apoyo de un país en el que la crisis económica mundial había arruinado a los productores de seda y obligaba a los padres de familia campesinos a vender a sus hijas para que se prostituyeran en las ciudades. Convencidos de que los culpables de sus males eran los políticos ligados a los intereses industriales y

financieros, los campesinos daban pleno apoyo a estos soldados que predicaban la expansión imperial. El emperador callaba y los militares consideraban que su deber era protegerlo de los malos consejeros. Cuando en 1932 un grupo de chinos, furiosos por la ocupación de Manchuria, mataron en Shanghái a unos clérigos budistas japoneses, el ejército respondió bombardeando la ciudad y causando miles de víctimas civiles.

Desde 1932 esta fracción intervencionista del ejército —inspirada por el movimiento de la «restauración Shōwa», que proponía acabar con el liberalismo de la época Taishō— controlaba cada vez más la política japonesa, lo que les permitió imponer al gobierno el reconocimiento de Manchukuo, en un claro desafío a la condena internacional.

El 26 de febrero de 1936 un grupo de unos mil cuatrocientos soldados, dirigidos por oficiales jóvenes, atacaron edificios del gobierno en Tokio y asesinaron a funcionarios y consejeros imperiales, entre ellos al octogenario ministro de Hacienda Takahashi Korekiyo, artífice de la recuperación financiera en los años de la crisis mundial, con el propósito de instalar una dictadura militar favorable a las ideas ultranacionalistas. Pero los altos mandos del ejército estaban divididos con respecto a esta actuación extrema, y la marina se declaró en su contra. El emperador Hirohito, indignado por lo que habían hecho con sus consejeros, no sólo rehusó hablar con los oficiales rebeldes, sino que les negó el derecho a un suicidio ritual y exigió que se les procesase: 17 fueron ejecutados y 65 encarcelados; pero no se hizo nada contra los mandos superiores que habían simpatizado con ellos.

Ésta fue una excepción en la conducta de Hirohito, que no se oponía en realidad a una doctrina que se basaba en la idea de que el emperador era una divinidad encarnada, el descendiente de Amaterasu («luz del cielo»), la diosa del sol, y que compartía la idea de que era misión de los japoneses liberar Asia de los dominadores europeos, sometiéndola a su autoridad.

Gracias a las inversiones en la producción industrial y a la prudente gestión de Takahashi, Japón había salido de la crisis de los años treinta antes que otros países, convertido en el primer exportador de tejidos de algodón del mundo, aunque esta prosperidad estaba demasiado concentrada en pocas manos: en 1937 los dos zaibatsu mayores, Mitsui y Mitsubishi, reunían una séptima parte del capital comercial e industrial del país. Para contrarrestar su poder el gobierno

favoreció la formación de nuevos zaibatsu, dedicados a nuevas actividades, como Nissan y Toyota, que se iniciaron en la industria del automóvil, protegidos por una legislación que concedía exenciones fiscales a las empresas que producían vehículos militares, a la vez que las ponía bajo la autoridad del gobierno. Se estaba desarrollando una situación en que el gobierno controlaba cada vez más la industria y los militares controlaban cada vez más el gobierno.

En julio de 1937, como consecuencia de unos incidentes con tropas chinas, posiblemente preparados por los propios japoneses, se comenzó a ocupar Beijing y Tientsin. En teoría se trataba de un incidente más; pero los japoneses enviaron al continente ciento cincuenta mil soldados, que comenzaron en suelo chino una campaña que vino a representar, de hecho, el inicio de la Segunda guerra mundial, con dos años de anticipación al estallido del conflicto en Europa.

La India y el sudeste asiático

La mayor y más importante de las colonias administradas directamente por una metrópoli europea era la India, que hacia 1931 tenía cerca de cuatrocientos millones de habitantes y era controlada por menos de cien mil británicos. La India había sido gobernada inicialmente por una compañía mercantil, hasta que la revuelta de su ejército de nativos obligó al gobierno británico a tomar la situación en sus manos en 1858 y a establecer un «gobierno de la India», que fue puesto bajo la autoridad de un virrey. La apertura del canal de Suez en 1869 aumentó considerablemente el interés por una colonia con la que resultaba más fácil comerciar directamente.

La India no sólo era un buen mercado para los productos industriales británicos —lo que explica que se preocupasen de desalentar el desarrollo industrial local, como ocurrió con la producción de tejidos de yute, que en 1902 daba trabajo a 196.000 operarios— sino que proporcionaba directamente recursos al estado británico, a costa de abandonar las necesidades del país, que sufrió hambrunas terribles, a consecuencia de las cuales su población disminuyó en la década de 1895 a 1905.

La primera organización nacionalista india, fundada en 1885 por hombres educados a la europea, fue el Congreso Nacional Indio, que sigue siendo en la

actualidad una de las organizaciones políticas más importantes del país. Muy pronto fueron los musulmanes quienes plantearon sus propios problemas, porque, siendo menos que los hindúes, sabían que, de llegar a la independencia, serían siempre minoritarios en un sistema parlamentario democrático. La organización que fundaron en 1906, la Liga Musulmana de la India, planteó al virrey la posibilidad de que, en caso de que se celebrasen elecciones, se hiciesen por electorados separados de hindúes y musulmanes. A los ingleses les convenía esta división y la recogieron en las reformas políticas realizadas en 1909, después de una crisis en que se boicotearon los productos ingleses y se lanzaron las primeras bombas contra ciudadanos de la metrópoli.

Después de la Primera guerra mundial los indios, que habían aportado unos novecientos mil hombres a la lucha en Europa y en el Oriente próximo, esperaban reformas políticas sustanciales, pero las introducidas en 1919 eran tan insignificantes que todos los colectivos —hindúes, sijs y musulmanes— las rechazaron. En medio de esta agitación, mientras la llamada «gripe española» causaba doce millones de muertos en 1918-1919, se produjo la masacre de Amristar, donde el general Reginald Dyer ordenó disparar contra una multitud indefensa, reunida para una fiesta en la ciudad santa de los sijs, con el resultado de 379 muertos y 1.200 heridos.

En 1922 había en la India huelgas obreras y malestar generalizado, a lo que en el año siguiente se sumaron revueltas campesinas. Fue entonces cuando comenzó una nueva fase de la política nacionalista del Partido del Congreso, marcada por dos personalidades, distintas pero complementarias, como eran Gandhi y Nehru.

Mohandas Karamchand Gandhi, llamado «Mahatma» («alma grande») había nacido en 1869 en una familia de comerciantes hindúes de castas medias, que le enviaron a estudiar Derecho a Inglaterra. Aceptó un trabajo legal en una empresa de comercio en África del Sur y allí no sólo aprendió a luchar contra la discriminación de los suyos, sino que desarrolló un rechazo contra la civilización europea y sobre todo contra la industrialización, que veía como la fuente de todos los males.

Regresó a la India en 1915, con cuarenta y seis años de edad, considerado por los suyos como un santo y por las autoridades como un «peligroso bolchevique». No era ninguna de estas dos cosas, pero sí el hombre que con el

ejemplo de su pobreza y con sus planteamientos tradicionalistas, en la línea de una utopía popular hindú, podía movilizar unas masas a las que no llegaban los nacionalistas del Partido del Congreso. Su filosofía política era la de la «satyagraha», un programa pacífico de no colaboración, de desobediencia civil, que aplicó al boicot de los productos ingleses, lo que favorecía el consumo de los tejidos de los artesanos locales, o a cuestiones que estaban relacionadas con el interés de los campesinos y con la subsistencia de los pobres, que respetaban a este hombre que vivía tan pobremente como ellos.

En marzo de 1930 inició su «marcha hacia el mar», un recorrido a pie de más de trescientos kilómetros para protestar contra el monopolio de la sal, que impedía obtenerla de la naturaleza. Gandhi llegó al mar el 6 de abril e hizo un poco de sal, como una incitación a imitar su conducta y dejar de comprarla en las tiendas oficiales. Un mes más tarde fue encarcelado, y permaneció allí hasta enero de 1931, cuando el virrey comenzó a negociar con él para frenar las campañas de desobediencia civil. Acudió a la mesa de negociaciones que se celebraba en Londres como representante del Partido del Congreso, sorprendiendo con su ropa y con la cabra que lo acompañaba, lo que dio lugar a que Churchill lo describiera como «un faquir medio desnudo». No se logró nada en estas negociaciones, y Gandhi regresó a la India y a la cárcel.

La línea de acción de Jawāharlāl Nehru, miembro de una familia de brahmanes de Kashmir, que se había educado en Cambridge y había abandonado las preocupaciones religiosas, era muy distinta, y se concretaba en una petición de independencia completa para la India. En 1932 los británicos endurecieron su política represiva y el Partido del Congreso hizo lo mismo con su respuesta. La hora de Gandhi había pasado y comenzaba la de Nehru, que no sólo pedía la independencia, sino la nacionalización de las grandes industrias y una reforma agraria.

En 1935 los ingleses dieron un paso adelante con la *Government of India Act*, que daba facultades a los órganos de gobierno interior sobre las tierras de las provincias —hay que recordar que seguían existiendo unos quinientos cincuenta estados indígenas teóricamente independientes, gobernados por príncipes locales (maharajás)— y dejaba tan sólo al gobernador general británico las cuestiones de defensa y de asuntos exteriores. La ley debía entrar en vigor en 1937, pero Nehru, que ganó las elecciones en todo el territorio, excepto en las

regiones de predominio musulmán, estaba ya planteando la creación de una Asamblea constituyente votada por todos los indios para decidir el futuro común, sin aceptar el camino planteado por Gran Bretaña.

No hubo en cambio desarrollos paralelos en las otras grandes colonias del sur y del sudeste asiático, como en Indonesia, gobernada por los holandeses, o en los territorios que se conocían globalmente como Indochina, bajo dominio francés, cuya explotación combatió Jaurès en la cámara en 1911, en una de las más lúcidas denuncias de los errores del colonialismo: «Les habéis arrebatado sus recursos, habéis hecho, no los modestos trabajos que les resultarían útiles: trabajos de regadío para sus arrozales, caminos para sus comunicaciones o para sus pobres vehículos; habéis construido grandes ferrocarriles que han dado lugar a préstamos rentables y a negocios desvergonzados. ¿Por qué? Porque habéis partido del falso principio de que, desde el primer momento, las colonias habían de ser para la metrópoli tierras de ganancia».

Pero tanto en Indonesia como en Indochina (un nombre colonial para designar el conjunto de Vietnam, Laos y Camboya) se estaban preparando ya las fuerzas que habían de llevarlos a la independencia.

5

UNA DÉCADA DE CRISIS (1929-1939)

Todos los desequilibrios latentes en el mundo de posguerra iban a estallar a partir de 1929 como consecuencia de una crisis económica mundial que conocemos como la «Gran depresión». Sus efectos fueron terribles: de octubre de 1929 a fines de 1932 los precios de las materias primas y de los productos agrícolas cayeron a menos de la mitad, mientras que los industriales bajaron dos tercios y la producción industrial se redujo en un 40 %, con la consecuencia de dejar treinta millones de trabajadores en el paro. Los sectores más afectados fueron los que estaban ligados al comercio internacional, que se redujo a poco más de un tercio entre 1929 y 1933; una disminución que afectó especialmente a las economías avanzadas y a las que dependían de las exportaciones a éstas. Desde fines de 1929 muchos países abandonaron el patrón oro y otros depreciaron sus monedas para poder competir. Los británicos corrigieron el disparate que habían cometido en 1925 y salieron del patrón oro en septiembre de 1933; también reaccionaron, a su modo, los norteamericanos, que fijaron un nuevo precio del oro, a 35 dólares la onza, para evitar que las devaluaciones de los demás les perjudicasen.

La inquietud social causada por la crisis alentó, por una parte, a los movimientos políticos que pretendían establecer un sistema más equitativo, pero también, en contrapartida, a las fuerzas reaccionarias que defendían el orden establecido. Los años treinta fueron de crisis de la democracia y ascenso del fascismo.

La crisis contribuyó también a desmontar el precario equilibrio internacional que se había querido establecer en la posguerra, con la Sociedad de Naciones y el pacto Briand-Kellog. La escalada que condujo a la Segunda guerra mundial se produjo en una secuencia de etapas: en 1931 los japoneses invadieron Manchuria

y establecieron el estado títere del Manchukuo; en 1935 Italia invadió Etiopía; de 1936 a 1939 alemanes e italianos intervinieron activamente en la guerra civil española, ensayando los métodos que se aplicarían poco después en el conflicto mundial; en 1938, con la anexión de Austria, se iniciaban las agresiones de Hitler. El gasto en armamento de las grandes potencias había crecido considerablemente en estos años, en una clara muestra de la escasa confianza que se tenía en la resolución de las disputas por una vía pacífica.

El crac de Estados Unidos

La crisis económica se inició en Estados Unidos, donde a fines de los años veinte se había desencadenado un proceso acelerado de especulación financiera, caracterizado por la creación ficticia de riqueza: se compraban acciones sin tomar en cuenta los beneficios que producían las empresas que las habían emitido, confiando en que su precio iba a seguir subiendo (las acciones de Radio Corporation of America pasaron de cotizarse a 85 dólares en 1928 a 420 en 1929, sin haber repartido ningún dividendo). Un profesor de economía afirmaba: «Siempre les digo a mis estudiantes que gasten todo lo que tienen, que pidan más en préstamo y que lo gasten. Ahorrar es insensato». Un financiero, John J. Raskob, escribía en agosto de 1929: «Todo el mundo debería ser rico»; para ello bastaba con invertir los ahorros en la bolsa e ir capitalizando los beneficios. Los republicanos hicieron la campaña electoral con la frase: «Un pollo en cada cazuela y dos coches en cada garaje» y anunciando la desaparición de la miseria. Que su candidato, Herbert Hoover, un ingeniero de minas que había alcanzado un considerable prestigio por su actuación política durante las presidencias de Harding y Coolidge, obtuviese la mayor victoria conocida hasta entonces demuestra que estaban diciendo lo que los votantes querían oír.

Gran parte de las operaciones especulativas de bolsa se hacían a crédito: se pagaba en efectivo una pequeña parte de la compra y se usaban los títulos adquiridos como garantía de un préstamo por el valor del resto, que podían proporcionar los propios corredores de bolsa, y que se pagaba después de haber

vuelto a vender los títulos. Como se daba por seguro que éstos habrían subido de precio, se esperaba recuperar lo invertido, devolver el préstamo y obtener un beneficio adicional. Éste es un proceso que puede seguir desarrollándose mientras llegan al mercado nuevas aportaciones de dinero de quienes esperan sacar provecho, lo que contribuye a elevar las cotizaciones de los títulos, pero que se acaba cuando deja de haber nuevas aportaciones y los participantes se ven obligados a vender para cubrir sus compromisos, con lo que se inicia el desmoronamiento de las cotizaciones.

En el verano de 1929 la euforia llegó al máximo; los créditos que proporcionaban los corredores a los compradores aumentaban en cuatrocientos millones cada mes, de modo que llegaron a ser en septiembre de más de siete mil millones de dólares. El 24 de octubre se inició un primer sobresalto, en que se perdieron miles de millones de dólares y miles de especuladores se arruinaron. Se consiguió convencer al público de que era un problema momentáneo, pero el martes 29 se produjo el hundimiento final. Si en la semana anterior habían caído los incautos, ahora se arruinaban los expertos. El índice de cotizaciones, que el 23 de octubre de 1929 estaba en 413, había caído a fin de año a 275 y el 8 de julio de 1932 llegaba a 58,46.

Las consecuencias, como suele suceder, se extendieron al conjunto de la economía: quebraron más de cinco mil bancos y desaparecieron con ellos unos tres mil millones en depósitos, que representaban los ahorros de la gente sensata que no había querido jugárselos en la bolsa, además de la liquidez de muchas empresas, que se vieron obligadas a cerrar y a dejar a sus trabajadores en el paro (que llegó a ser de un 25 %). Los precios agrícolas cayeron, arruinando también a los campesinos, incapaces de devolver los préstamos que les habían dado los bancos.

Hoover creía que la crisis era una escuela de virtud que tendría estas consecuencias: «la gente trabajará más duro, llevará una vida más moral, se reajustarán los valores y los emprendedores recogerán los restos de la derrota de los incompetentes». Dio una ayuda de 45 millones para salvar de la sequía al ganado de Arkansas, pero se negó a añadir 25 millones más para alimentar también a los agricultores y a sus familias. Pensaba que dar asistencia a los pobres les quitaba a éstos incentivos para trabajar.

Rechazaba tomar medidas de estímulo económico porque creía que eran

inútiles —sería «como exorcizar un huracán con un decreto»—, y compartía con los dirigentes de las grandes empresas unas ideas de darwinismo social que sostenían que las crisis saneaban la economía al expulsar de ella a los más ineptos y a los más débiles. Para lo que ni Hoover ni los dirigentes de la economía estaban preparados, en cambio, era para enfrentarse al malestar social que la situación provocó. Un malestar que atribuían a la actuación de agitadores, incluyendo comunistas extranjeros que habrían desembarcado para instigar una revolución en suelo norteamericano.

El pánico aumentó ante acontecimientos puntuales como la «marcha del hambre» de 1932 en que unos tres mil trabajadores de Detroit que iban a presentar sus demandas a Ford fueron detenidos a tiros por la policía, que mató a cuatro de los manifestantes e hirió a unos cincuenta. Los cuatro muertos fueron enterrados por una multitud que cantaba «la Internacional» y exhibía un retrato de Lenin.

De entre los muchos conflictos que se produjeron en estos años el más grave fue la «marcha de los veteranos de guerra». En 1924 el Congreso norteamericano había aprobado una ley de compensaciones para los soldados que habían participado en la Primera guerra mundial. Les daban unos bonos por un valor que, aunque difería de acuerdo con los méritos y servicios de cada soldado, venía a ser por término medio de unos cuatrocientos dólares, capitalizados al 4 % de interés. La póliza se les pagaría a los veinte años, en 1945, cuando, sumándole los intereses, valdría unos mil dólares. Pero al llegar la crisis muchos veteranos pidieron que se les adelantase el pago. Ellos habían salvado el país en 1918 y hacerles esperar a 1945 para cobrar significaba que el dinero del premio sólo serviría para comprar flores para sus tumbas. Pero el gobierno opinaba que esto podía producir inflación, lo cual era deshonroso para un país como Norteamérica.

En su desesperación, los veteranos de Portland decidieron emprender una marcha hacia Washington, tocando un tambor y llevando una bandera, como habían hecho cuando los movilizaron. Eran doscientos cincuenta, sin dinero para pagarse billetes de tren, y cuando otros quisieron sumarse a su marcha, les exigieron que demostrasen sus servicios en la guerra, que jurasen respetar la constitución y prometiesen fidelidad a la bandera. Eligieron un jefe, crearon una especie de policía interna y se comprometieron a no beber alcohol, a no hablar

contra el gobierno y a no hacer nada que no fuese propio de un soldado. Siguieron marchando, a pie o viajando en vagones de ganado, recibiendo asistencia de la gente e incorporando a nuevos reclutas que eran cuidadosamente inspeccionados acerca de sus méritos y de sus personas.

En Washington se les esperaba como si fuesen los bolcheviques dispuestos a asaltar el Palacio de Invierno. Los veteranos que llegaron a la capital a fines de mayo de 1932, en número de quince mil a veinte mil, se instalaron en campamentos donde convivían con los parados locales, en campos, parques y edificios abandonados. Hoover se negó a recibirlos. Todo lo que se les ofreció fueron billetes de tren para el regreso, cuyo importe se descontaría en 1945 del bono que habían de cobrar. Desengañados, los veteranos se disponían a marchar de regreso, pero no lo hicieron tan pronto como querían las autoridades, y un policía disparó y mató a uno de ellos.

Las cosas se complicaron y el general MacArthur, respaldado en su actuación por Hoover, decidió intervenir con tanques, bayonetas y gases lacrimógenos, y organizó una carga de caballería para dispersar a los veteranos y a sus familias. La operación fue dirigida por el propio MacArthur, asistido por los comandantes Eisenhower y Patton, al frente de la caballería, que atacaba con los sables desenvainados. Entre los dirigentes de los veteranos figuraba Joe Angelo, que había recibido la medalla de servicios distinguidos en 1918 por haber salvado, con riesgo de su vida, la de Patton (a quien una pedrada dejó ahora fuera de combate). Al término de la carga MacArthur declaró: «Si el presidente no hubiese actuado hoy, si hubiese dejado que la cosa durase un día más, hubiera habido de enfrentarse a una batalla real. Si lo hubiese dejado correr durante una semana, creo que las instituciones de nuestro país se habrían visto seriamente amenazadas».

La gravedad de la situación social no hacía más que aumentar (las cifras de trabajadores en paro pasaron de un millón y medio en 1929 a doce millones en 1932), mientras Hoover, incapaz de percibir el sufrimiento de los norteamericanos, se negaba a adoptar medidas de ayuda. A fines de 1931 sostenía que el pueblo americano había sabido responder a las dificultades y había conseguido protegerse del hambre y del frío sin necesidad de ayudas del gobierno. De hecho las decisiones que tomó, como las de aumentar los impuestos y disminuir el gasto para mantener el presupuesto equilibrado, no

hicieron más que agravar la situación.

Estas circunstancias ayudan a explicar que en noviembre de 1932 Hoover fuese ampliamente derrotado en las elecciones presidenciales por el demócrata Franklin D. Roosevelt, lo cual evitó probablemente que hubiera una seria conmoción social en Estados Unidos. El nuevo presidente emprendió desde el primer momento una enérgica acción reformista, que comenzó con la creación del Civilian Conservation Corps, que dio trabajo a lo largo de nueve años a un total de tres millones de jóvenes solteros (de diecisiete a veinte años), a quienes se proporcionaba alojamiento, alimento y vestido, además de un sueldo mensual de treinta dólares, veinticinco de los cuales debían enviarse a sus familias, por un trabajo manual realizado en terrenos propiedad del estado, en especial en los bosques.

Roosevelt, que en el discurso de inauguración de su mandato señaló que la recuperación de la economía nacional era más importante que el mantenimiento de las relaciones del comercio internacional, se negó a participar en las medidas de estabilización general que proponía la conferencia de Londres, comenzó sacando el dólar del patrón oro y experimentó por un tiempo en materia monetaria, hasta que en enero de 1934 volvió a la convertibilidad y fijó la paridad en 35 dólares la onza de oro, lo que representaba una devaluación considerable en relación con los 20,67 dólares a que se había cotizado durante un siglo (una valoración, la de 35 dólares, que se mantuvo hasta que en 1971 Nixon cerró de nuevo «la ventana del oro»).[1]

Su preocupación fundamental fue el desarrollo del programa de reforma interior del New Deal, con medidas como la *Agricultural Adjustment Act* (AAA), que daba subsidios a los agricultores para que redujeran una producción excesiva, o la *National Industrial Recovery Act* (NIRA), que además de establecer una serie de medidas sobre la competencia y de favorecer el reconocimiento de los derechos sindicales, permitía destinar fondos a la realización de obras públicas, con el fin de reducir las cifras del desempleo.

Para enfrentarse a las consecuencias de la crisis bancaria el Congreso aprobó en junio de 1933 la ley Glass-Steagall, que separaba las actividades de banca comercial de las de inversión, para impedir que los bancos especulasen con los depósitos de sus clientes (una ley que fue derogada en 1999, en los antecedentes de la recesión de 2008).

Una de las primeras formas de resistencia que utilizaron los trabajadores fue el desarrollo de sistemas de autoayuda. En Seattle, por ejemplo, el sindicato de los pescadores intercambiaba pescado por frutas, verduras y leña. Había 21 locales para hacer estos intercambios, cada uno de los cuales tenía un comisario al frente. A fines de 1932 había 330 organizaciones de autoayuda en todo el país, con trescientos mil miembros, pero acabaron colapsándose, porque era muy difícil mantenerlas en funcionamiento.

Gradualmente la lucha obrera se fue endureciendo, hasta el punto de que en 1934 se llegó a un millón y medio de huelguistas. Los descargadores de los muelles de la costa del Pacífico paralizaron la actividad portuaria, asociados a los camioneros, y se enfrentaron a la policía, que les lanzaba gases y disparaba contra ellos. En San Francisco una huelga seguida por ciento treinta mil trabajadores llevó a *Los Angeles Times* a decir que lo que había era «una revuelta organizada por los comunistas para derribar al gobierno», y que era obligado aplastarla usando toda la fuerza necesaria. Fue la amenaza de intervención del ejército la que llevó a los descargadores, que habían desafiado hasta entonces las instrucciones de sus sindicatos, a negociar y volver al trabajo.

En el otoño de 1934 una huelga de 325.000 trabajadores del textil, que se inició en el sur, se extendió por todo el país. Eran movimientos que recibían su energía de la base, desbordando la timidez de los sindicatos. La situación llegó a un punto en que los enfrentamientos con las fuerzas del orden causaron trece muertos; Roosevelt creó entonces un comité de mediación para detener la huelga.

En 1934 y 1935 cientos de miles de trabajadores dejaron el sindicato tradicional, American Federation of Labor (AFL), para integrarse en el Congress of Industrial Organizations (CIO), que no era un sindicato de oficios, como AFL, sino de fábrica, esto es, que reunía los diversos oficios que coincidían en una misma empresa.

Las mayores amenazas surgieron en estos momentos de la combatividad de la base obrera que, desbordando a los sindicatos, inventó un nuevo tipo de huelga, la de brazos caídos (*sit-down strike*), que se realizaba en el propio lugar de trabajo, lo que permitía controlar mejor la situación, impidiendo que la empresa recurriese al empleo de esquiroles, y creaba una solidaridad colectiva mayor que el sistema de piquetes vigilando el exterior, con lluvia o frío. Los

trabajadores se organizaban en la propia fábrica, hacían turnos de faena y de comida, recibían clases por parte de estudiantes universitarios... La huelga de brazos caídos de Flint (diciembre de 1936-febrero de 1937), que consiguió paralizar la producción de General Motors, significó el triunfo de este nuevo tipo de huelga y marcó la aparición de un nuevo sindicato integrado en el CIO, *United Automobile Workers* (UAW), fundado en Detroit en mayo de 1935. El método se extendió a nuevas industrias y acabó implicando a millones de trabajadores en millares de huelgas.[2]

Algunos sectores de la población sufrieron en mayor grado la crisis, como consecuencia del racismo. Tal fue el caso de los negros, para quienes el paro llegó a ser del 50 %. Los blancos desesperados les arrebataban los trabajos más humildes que antes les estaban reservados. Un grupo de blancos de Atlanta pedía: «Ningún trabajo para los negros hasta que todos los blancos lo tengan».

Valoraciones recientes, como la de Eric Rauchway, elogian la actuación de Roosevelt en relación con la salida del patrón oro y con su política económica keynesiana; pero parece claro que uno de sus mayores méritos fue el de haber conseguido encauzar la conflictividad social en una época de tensión extrema, venciendo las resistencias que se oponían a sus intentos de establecer organizaciones de arbitraje de los conflictos, que culminaron con la aprobación en 1935 de la *National Labor Relations Act*, o *Wagner Act*, que autorizaba la sindicación de los trabajadores y la negociación colectiva.

La oposición empresarial a la política de Roosevelt comenzó muy pronto y se mantuvo a lo largo de toda su gestión. Cuando devaluó el dólar para frenar la deflación, hubo quienes anunciaron que era el comienzo del camino que llevaba a Moscú y al fin de la civilización occidental. Con una desconfianza mayor vieron todavía sus medidas favorables a los sindicatos. Los primeros ataques vinieron de la *American Liberty League*, fundada el 15 de agosto de 1934 con una generosa financiación de la familia Du Pont y de la empresa General Motors, pero la propaganda conservadora fue incapaz de impedir la espectacular victoria de Roosevelt en las elecciones de 1936. Dos años más tarde, en 1938, se fundó el Comité de la cámara de representantes sobre actividades antiamericanas (*House Un-American Activities Cpmmittee*, HUAC), encargado de descubrir elementos subversivos en los sindicatos o en las organizaciones del New Deal, en lo que fue un primer anuncio del macarthismo.

Por estos mismos años los empresarios agrupados en la NAM (*National Association of Manufacturers*) descubrieron la utilidad de usar los movimientos religiosos en una campaña de defensa de la «libre empresa» contra la política «socializante» del New Deal y contra la influencia de los sindicatos. El discurso que en la reunión de la NAM de diciembre de 1940 pronunció el pastor James W. Fifield jr., atacando como contraria al cristianismo la política de Roosevelt y del New Deal, entusiasmó a los empresarios, que apoyarían en el futuro estas campañas de «movilización espiritual» que apartaban a los fieles de los problemas de este mundo.

Se suele objetar que las medidas reformistas del New Deal no frenaron la crisis económica, que no se resolvió hasta que el estallido de la Segunda guerra mundial reanimó la actividad industrial, liquidó el paro y llevó millones de afiliados a los sindicatos. Pero no se puede ignorar que los cambios introducidos en estos años, en especial los que tendieron a crear un nuevo marco de relaciones entre empresarios y trabajadores, dejaron una fuerte impronta, sin la cual no se explicaría el clima social en que se desarrolló el auge de las décadas de posguerra.

En política internacional, la opinión norteamericana propugnaba un aislacionismo que partía de considerar un error haber intervenido en la Primera guerra mundial, y planteaba todo tipo de medidas para impedir que pudiera volver a ocurrir algo semejante. De ahí que Roosevelt tratase de mantenerse al margen de pactos y negociaciones internacionales de cualquier tipo. Obligado a buscar apoyos para las leyes sociales, hubo de aceptar medidas que le forzaban a una neutralidad restrictiva, lo que le impidió actuar en la guerra de Italia contra Etiopía y, de nuevo, en la guerra civil española, en que la división de la sociedad norteamericana condujo a una «neutralidad malevolente», que permitió al general Franco valerse impunemente de la ayuda recibida de Italia y de Alemania (una neutralidad que no observaron las grandes petroleras norteamericanas que abastecían a los franquistas).

Desde mayo de 1937, sin embargo, consiguió que, aun manteniendo la

prohibición de vender armas y hacer préstamos a los beligerantes, se permitiese venderles al contado cualquier otra mercancía. Con el comienzo de la Segunda guerra mundial el presidente hubo de sostener una durísima campaña hasta conseguir que se aprobase, en noviembre de 1939, una nueva ley de neutralidad que permitía la venta de armas pagadas al contado, con la condición de que se transportasen en buques de los propios países compradores (*cash and carry*).

Mientras tanto, Roosevelt se preparaba por su cuenta para una guerra que estaba convencido de que acabaría implicándoles. Sus jefes militares sostenían la idea, que se demostró equivocada, de que todo lo que importaba para la guerra futura era la aviación, de modo que el presidente inició en mayo de 1941 un programa de construcción de bombarderos en que se producían quinientos al mes. Tuvo, sin embargo, el buen sentido de hacer caso también de la opinión discrepante de George Marshall y permitir que se dedicasen recursos a la formación de fuerzas de tierra. Fue también por entonces cuando, en respuesta a la preocupación de Albert Einstein, que temía que los nazis desarrollasen un arma basada en la desintegración del átomo, aceptó realizar fuertes inversiones en los inicios de un proyecto científico que conduciría a la producción de la bomba atómica.

En la valoración de su obra lo más importante es, sin duda, su proyecto social, cuyas grandes líneas explicó él mismo en su discurso del estado de la unión de enero de 1944, en el que propuso un nuevo orden constitucional que garantizase a cada ciudadano trabajo, una remuneración suficiente, una vivienda digna y la protección ante «los temores económicos de la vejez, la enfermedad, los accidentes o el paro».

En la cultura norteamericana de los años de la depresión coexistieron la toma de conciencia de quienes se daban cuenta de la fragilidad del sueño americano, y la demanda de evasión de los millones de ciudadanos empobrecidos que deseaban olvidar las miserias cotidianas

Fue la época dorada de Hollywood como fábrica de sueños, potenciada por la adopción del sonido, con las primeras películas musicales, como las de Fred Astaire y Ginger Rogers, pero también con las cómicas de Laurel y Hardy o de los hermanos Marx. Aunque el mayor de los éxitos lo consiguieron las

interpretadas por Shirley Temple, la niña que de 1934 a 1938 filmó catorce películas y vendió más de seis millones de muñecas. Una popularidad compartida por los cortos de animación de Walt Disney, desde el momento en que Mickey Mouse comenzó a hablar en 1928 con la voz del propio Disney.

Se producían menos libros, a consecuencia de la crisis, pero se leía más, ya que la gente los tomaba en préstamo de las bibliotecas públicas. Querían leer libros que les ayudasen a ser felices. Obras como *La vida comienza a los cuarenta* o *Vive sola y disfrútalo*, acerca de los problemas de las mujeres abandonadas por maridos arruinados, tuvieron un gran éxito, superado por *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie, que vendió millones de ejemplares y fue el libro de autoayuda más influyente hasta los años cincuenta.

En el terreno de la novela, *La buena tierra*, de Pearl S. Buck, contribuyó a concienciar al público norteamericano sobre la suerte de una China agredida por Japón. Pero el gusto de los lectores se orientaba hacia un tipo de novela histórica con una cierta dosis de erotismo, como *Lo que el viento se llevó*, la única novela que escribió Margaret Mitchell, una mujer de Atlanta que pasó diez años escribiendo la historia de una joven del sur que había ascendido, caído y que finalmente consiguió rehacerse. Era un mamotreto de mil páginas, que se anunciaba como «la lectura para todas las vacaciones a tres dólares». Apareció en 1936 y vendió un millón de ejemplares en seis meses, en una escalada que aumentó todavía con la película, estrenada en 1939.

En la música popular hubo dos grandes novedades; la primera la difusión del *jukebox*, la máquina tocadiscos en los establecimientos públicos, que fue muy importante para los músicos negros, ya que permitía que sus canciones se escuchasen en lugares a los que no tenían acceso personal. La segunda, que tiene que ver con la cultura de la competición y del «récord», fue el «hit parade», las listas de éxitos, que comenzaron en 1935 en una emisión de radio, y que tuvieron una fuerte influencia en la venta de los discos promocionados.

Al lado de esta cultura de la evasión hubo también la de la concienciación, que estuvo representada en el cine por una obra maestra como *Tiempos modernos*, de Charlie Chaplin, que se limitó a reflejar en ella la vida de los años de la depresión y acabó, por ello, obligado a abandonar Estados Unidos, acusado de simpatía con el comunismo. Su equivalente en la novela fue *Las uvas de la*

ira, de John Steinbeck, que narraba el drama de unos campesinos de Oklahoma expulsados de la tierra por la sequía y la crisis, y en el teatro, obras como las de Elmer Rice. Pero el testimonio más fiel de la época hay que buscarlo en la literatura policíaca, en lo que más adelante se llamaría la «novela negra» (una denominación que apareció mucho después en Francia), que pintaba la corrupción de la sociedad norteamericana. El más lúcido de sus autores fue sin duda Dashiell Hammett, que había sido detective de la agencia Pinkerton, con obras como *Cosecha roja* (1929). Junto a él, Raymond Chandler, James M. Cain (*El cartero siempre llama dos veces*) y Horace McCoy (*¿Acaso no matan a los caballos?*). Algunos de estos escritores fueron perseguidos posteriormente, en la época del macarthismo, como Jim Thompson, o hubieron de emigrar, como Chester Himes.

Los problemas de América Latina

La caída de las inversiones norteamericanas como consecuencia de la crisis tuvo graves repercusiones en América Latina. La mayoría de estas inversiones se habían canalizado hacia el sector primario, como la minería y las plantaciones, con el objeto de aumentar la producción que se exportaba, pero, una vez se había conseguido este objetivo, la caída de los precios llevó a que disminuyera el valor de las exportaciones e impidió atender las obligaciones pendientes con los acreedores.

El malestar engendrado por la crisis llevó a cambios políticos generalizados, que respondían a dos modelos distintos: o a un golpe militar que conducía a una dictadura, o a regímenes populistas que usaban el apoyo colectivo para frenar el poder de las oligarquías. A Estados Unidos le importaba asegurar la continuidad de sus negocios, en especial en el área de América Central y del Caribe, que tutelaba más estrechamente, por lo que se dedicó a dar apoyo a los gobiernos dictatoriales en esta zona. En 1930 hubo golpes de estado en la República Dominicana, Bolivia, Perú, Argentina, Brasil y Guatemala; en 1931 en Panamá, Chile y El Salvador; en 1932 hubo cuatro cambios de gobierno en Chile, y en 1933 le tocó el turno a Cuba, y al asesinato del presidente de Perú.

La política de ayudar a los dictadores resultaba más barata para Estados

Unidos que la tradicional de enviar marines a restablecer el orden, y permitía mantener la ficción de un trato más respetuoso. Roosevelt tuvo la suerte de encontrar el panorama estabilizado por tres años previos de golpes de estado y pudo así plantear en su discurso de investidura el ofrecimiento de una política de «buen vecino» y aceptar que su secretario de Estado, Cordell Hull, suscribiera en la Conferencia Interamericana de Montevideo, en diciembre de 1933, el principio de que «ningún estado tiene derecho de intervención en los asuntos internos ni en los externos de otro», entendiendo que esto se refería tan sólo a las intervenciones armadas.

Una muestra de cómo se concebía realmente esta cuestión la tenemos en Cuba, donde Roosevelt no quiso desembarcar para restablecer el orden, como se lo permitía la enmienda Platt, y como le pedía su amigo el embajador Summer Welles, escandalizado ante la situación social en la isla. Se limitó a enviar barcos de guerra a título de advertencia, derogó la enmienda Platt, como gesto de buena voluntad, y favoreció el ascenso al poder del sargento Fulgencio Batista, que controló dictatorialmente la isla hasta que la revolución castrista le obligó a huir en 1959. Situaciones semejantes se dieron en Haití, que las tropas norteamericanas abandonaron en 1934, dejando a un administrador que controló el presupuesto del país hasta 1941, o en la República Dominicana, donde apoyaron a Rafael Leónidas Trujillo, cuya sanguinaria dictadura había de durar más de treinta años. Trujillo, que hizo cambiar el nombre de la capital por el de Ciudad Trujillo y mandó erigir por todo el país estatuas que lo celebraban como «Benefactor de la patria», asentó su dominio en una sucesión de crímenes tolerados por sus protectores, hasta que sus interferencias en la política exterior obligaron a la CIA a asesinarlo en 1961.

En Nicaragua, los marines abandonaron el país tras haber asegurado en 1932 la elección a la presidencia de Juan Bautista Sacasa y haber organizado una Guardia nacional, formada con mandos norteamericanos, que aseguró el nuevo régimen y completó la pacificación con el asesinato del líder obrero Augusto César Sandino. El jefe de esta Guardia nacional, Anastasio Somoza, ocupó la presidencia en 1937 e inició una dictadura que, continuada por su hijo, iba a mantener el terror hasta 1979.

En México, donde el régimen salido de la revolución se había acomodado, la elección en 1934 de un indígena de Michoacán, el general Lázaro Cárdenas,

permitió iniciar una política de apoyo a los campesinos, a los que dio tierra para cultivar y armas para defenderla, y a los sindicatos, en una línea de actuación que culminó con la nacionalización del petróleo, que estaba en manos de intereses británicos y norteamericanos, a los que se indemnizó por el valor de lo que habían invertido. Edgar J. Hoover, el director del FBI, denunciaba a este hombre que «siempre ha sido antiextranjeros, debido a sus antecedentes indios. Siempre ha favorecido a los ignorantes indios mexicanos, calzados con sandalias, hasta el punto de que se sabe que ha recibido en su despacho delegaciones de este tipo, mientras los representantes diplomáticos de países extranjeros esperaban a ser recibidos en audiencia». En 1940 la maquinaria «revolucionaria» oficial impidió que se eligiera a otro hombre del temple de Cárdenas y el PRI comenzó su larga etapa de corrupción.

Más al sur, la apetencia por el petróleo fue causa del enfrentamiento entre Bolivia y Paraguay en la guerra del Chaco, de 1932 a 1935. La derrota de Bolivia, y el malestar de los soldados que regresaban enfermos del combate, dio lugar a una sucesión de golpes de estado (hubo nueve en Bolivia entre 1930 y 1952), mientras que Paraguay, cuyo triunfo no sirvió de nada, puesto que el petróleo sólo se encontró en suelo boliviano, cayó bajo la infame dictadura de Alfredo Stroessner, que gobernó durante treinta y cinco años en medio de crímenes y violaciones de los derechos humanos.

El primero de los regímenes populistas del sur fue el de Getúlio Vargas en Brasil. Vargas, que llegó al poder en 1930 con el apoyo de los militares jóvenes, desplazó del gobierno a la oligarquía de latifundistas exportadores de café, en unos momentos en que estas exportaciones estaban en crisis, y mantuvo el poder con el apoyo del ejército, de la burguesía industrial y de los trabajadores urbanos. Era un dictador ilustrado, que impulsó mejoras sociales y no empleó la violencia para mantenerse en el gobierno, aunque rechazaba las elecciones. Tras haber instaurado en 1937 un «Estado Novo» de carácter fascistoide, fue obligado a dimitir en 1945. Cinco años de democracia que sumieron a Brasil en unas desastrosas condiciones le llevaron a presentarse a las elecciones de 1950 con el Partido Trabalhista Brasileiro; obtuvo entonces una gran victoria, pero su política nacionalista, y en especial la creación de una empresa estatal, Petrobras, para controlar la producción de petróleo, no agradaron ni a Estados Unidos, ni a la oligarquía brasileña, preocupada además por sus proyectos de reforma agraria

y de expropiación de latifundios. Vargas, que se vio sometido a un acoso despiadado, escribió una carta al pueblo brasileño, culpando a los grupos internacionales y a la oligarquía local de haberse unido contra él, y se suicidó el 24 de agosto de 1954.

En Perú, Víctor Haya de la Torre, al frente de APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), un partido de izquierda enfrentado a los comunistas, propugnaba una revolución de los trabajadores y de los indígenas de toda América para alcanzar la unidad de América Latina, la nacionalización de la tierra y de la industria, y la internacionalización del canal de Panamá. Haya se presentó a las elecciones en 1931 y se las robaron. Quiso mantenerse, con todo, dentro de la legalidad, pero los vencedores y el ejército declararon ilegal su partido. Y cuando una insurrección en Trujillo produjo la muerte de unos doscientos soldados, el ejército replicó ferozmente matando a millares de apristas, y decidió asegurarse de que APRA no llegase nunca al poder (no lo pudo hacer hasta 1985, con Alan García, cuando era ya un partido caciquil y corrompido).

Coetáneo de Haya era el dirigente marxista peruano José Carlos Mariátegui, que en 1928 publicó *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en que denunciaba la mentira de la modernización liberal y capitalista en un país donde cuatro quintas partes de la población eran campesinos indígenas sometidos a la férula de los terratenientes, los *gamonales*, que mantenían instituciones casi feudales, como el «yanaconazgo», que era un residuo de la antigua servidumbre. En Perú, sostenía Mariátegui, una revolución debía tener una dimensión agraria que permitiese «sacar la gran masa indígena-campesina de su anonimato histórico».

En Colombia se turnaban en el poder dos partidos, el Liberal y el Conservador. El Partido Liberal se mantuvo de 1930 a 1946; pero los intentos de ganarse a los campesinos con proyectos de reforma agraria que les permitiesen recuperar las tierras que les habían arrebatado los terratenientes, valiéndose de que no poseían títulos de propiedad, acabó dividiendo el partido entre tradicionalistas y populistas. Al frente de estos últimos se puso un líder notable, Jorge Eliécer Gaitán; pero en 1946 los conservadores ganaron las elecciones, anularon las reformas que habían realizado los liberales y declararon ilegales muchas de las ventas de tierras a los campesinos. Gaitán fue asesinado en abril

de 1948 y se iniciaron entonces veinte años de violencia en que hubo en el campo más de doscientos mil asesinatos.

Argentina, en cambio, mantuvo una política vacilante en los años treinta, que acabó en 1944 con la aparición del movimiento populista de Juan Domingo Perón, que iba a marcar profundamente su historia.

La crisis en Europa

Las primeros efectos de la crisis en Europa se manifestaron en el banco Kreditanstalt de Viena, en mayo de 1931, y en la banca alemana: el Darmstädter und National Bank (o Danat Bank) quebró en julio de 1931, lo que provocó una situación de crisis generalizada, hasta llevar a una alarmante disminución de las reservas del Reichsbank. Ante esta amenaza el canciller Heinrich Brüning adoptó una serie de medidas deflacionistas que no hicieron más que agravar la situación de la economía, y proclamó que Alemania era incapaz en aquellas condiciones de seguir pagando reparaciones. Alarmado ante lo que sucedía en Europa, el presidente norteamericano, Herbert Hoover, anunció una moratoria de un año en el pago a Estados Unidos de las deudas de guerra de los países europeos, con la contrapartida de que estos hiciesen lo mismo con las reparaciones alemanas.

En 1932, y a instancias de la Sociedad de Naciones, se celebró en Lausana una conferencia en que se acordó no exigir de momento más reparaciones a los alemanes y reducir la suma total de lo que habían de abonar a una cantidad mucho menor, que se pagaría en bonos que se emitirían cuando las circunstancias económicas lo permitiesen. Lo cual estaba, sin embargo, condicionado a que Estados Unidos accediese también a alguna fórmula que facilitase liquidar las deudas de guerra de los aliados, algo que no tenía intención de hacer. Estas cuestiones habían de discutirse en la Conferencia Económica Internacional que se celebró en Londres en junio de 1933. Pero el nuevo presidente norteamericano, F. D. Roosevelt, a quien lo que le preocupaba era la situación interior de su país, sacó el dólar de la convertibilidad en oro en aquellos momentos, y puso un abrupto final a las negociaciones de la conferencia de Londres, al enviar un mensaje en que se negaba a participar en

una política internacional de estabilización monetaria. La crisis había alcanzado en aquellos momentos a todos los países europeos, con tasas de paro entre el 20 y el 30 %.

En Gran Bretaña la situación creó descontento hacia el segundo gobierno laborista, que había llegado al poder en 1929 con el apoyo de los liberales. La preocupación de los empresarios por el coste de la política social del laborismo llevó a que en agosto de 1931 se formase un gobierno de coalición presidido por el propio primer ministro laborista, Ramsay MacDonald, que fue expulsado del partido por lo que se consideró una traición. MacDonald dirigió hasta junio de 1935 un gobierno de predominio conservador, al que sucedió, entre esta fecha y mayo de 1937, el del conservador Stanley Baldwin. Esta estabilidad política contribuyó a que se superase sin problemas una crisis política de naturaleza muy distinta, como fue la provocada en diciembre de 1936 por la abdicación de Eduardo VIII.[3]

En el terreno económico el país había experimentado ya la crisis en los años veinte, y tuvo ahora el alivio de salir del patrón oro, devaluar la libra esterlina y refugiarse en el mercado protegido de su imperio, la Commonwealth. La devaluación de la libra favoreció sus exportaciones, mientras sus importaciones de alimentos y materias primas se beneficiaban de los bajos precios en el mercado mundial: el coste de la vida de los trabajadores disminuyó en un tercio, de modo que se pudieron mantener estables los salarios, a la vez que subía su poder de compra. Ayudó además a la recuperación el inicio del rearme, que alivió el paro y favoreció la reactivación de la siderurgia. Con todo ello aumentaron también la construcción de viviendas, el consumo de electricidad, la producción de automóviles y la industria del entretenimiento: en 1939 había cinco mil cines y se inauguraban otros tres cada semana.

Aunque hubo en estos años pobreza y paro, sobre todo en zonas atrasadas como Gales, la situación social se mantuvo mucho más estable que en los años veinte, aliviada por el subsidio de paro, que administraban las autoridades locales, que en muchos lugares eran laboristas, y por el papel activo de los sindicatos.

En Francia, la crisis se desarrolló en un doble contexto de escándalos de

corrupción y de una radicalización de la derecha, que condujo a los disturbios del 6 de febrero de 1934, cuando grupos ultraderechistas intentaron asaltar la cámara de diputados e iniciaron unos alborotos que causaron en pocos días veinte muertos y cientos de heridos. El resultado fue, además del reemplazo en el poder de Édouard Daladier por Gaston Doumergue, al frente de un «gobierno de unidad nacional», una vigorosa reacción de la izquierda. El 12 de febrero el sindicato CGT organizaba una huelga general y en julio se firmaba un pacto de unidad contra el fascismo entre socialistas y comunistas, que acabó conduciendo, de acuerdo con el giro que la Tercera Internacional había hecho ante el avance del fascismo, a la propuesta de creación de un «frente popular».

El 13 de febrero de 1936 Léon Blum, un político socialista de sesenta y cuatro años de edad, de origen judío, fue atacado en la calle por una multitud derechista que le hubiera dado muerte de no rescatarlo unos albañiles que trabajaban en las proximidades. El 16 de febrero, el mismo día en que se celebraban elecciones en España, una manifestación de protesta en que participaban los dirigentes radicales, socialistas y comunistas recorrió París.

Las elecciones francesas, celebradas en dos vueltas en abril y mayo, dieron un triunfo sustancial al Frente popular y llevaron al poder un gobierno de izquierda presidido por Blum. Se votaron de inmediato las medidas sociales anticrisis, la más conocida de las cuales era la semana de trabajo de cuarenta horas (cinco días a ocho horas diarias), a lo que se añadieron en julio la reforma del Banco de Francia, en agosto la nacionalización de las industrias de guerra y en septiembre la devaluación del franco, que iba a tener como consecuencia una subida de los precios que erosionó las ganancias obtenidas por los trabajadores con los aumentos de salarios.

Pero cuando se trataba de seguir con las medidas sociales, lo que hubiera conducido a una radicalización política y a la movilización obrera, Blum se negó a ir más allá. En febrero de 1937 anunció que era necesario hacer una pausa, retrasando poner en práctica las medidas sociales, e hizo un regalo a los especuladores con un empréstito con garantía de cambio —a salvo, por tanto, de las posibles pérdidas de valor del franco—, destinado a favorecer la repatriación de capitales.

La violenta represión, con muertos y heridos, de los alborotos de Clichy, el 15 de marzo de 1937, significó la ruptura definitiva con las masas obreras. Blum

dimitió en abril de 1938, cediendo el poder a Daladier, quien no tardó en reprimir las huelgas, suprimir la semana de cuarenta horas, liquidar el Frente popular e impulsar el gasto militar dirigido al rearme. En noviembre de 1938 el ministro de Hacienda, Paul Reynaud, manifestaba que había que respetar las leyes del beneficio y la libertad de empresa: el liberalismo volvía a restaurarse en su plenitud. Algunos empresarios, como Louis Renault, iniciaron entonces una auténtica guerra contra los sindicatos, una conducta que acabaría convirtiéndose, después de la Segunda guerra mundial, en una de las causas de la confiscación de su empresa por el estado.

La combinación de esta política y de las inversiones en rearme acabaron conduciendo a una reactivación económica, conseguida a costa de los trabajadores, lo que implicaba debilitar el consenso en una sociedad que, pese al rearme, fracasó cuando llegó el momento de enfrentarse a la guerra.

En Italia la crisis económica forzó al fascismo a un cambio en su política. Hubo de abandonar su vieja actitud de dejar la economía en manos de los empresarios para acudir a auxiliar a bancos e industrias con los recursos del estado. Se creó para ello un Instituto para la reconstrucción industrial (IRI), pensado para realizar pequeñas actividades de salvamento y devolver después las empresas rescatadas al sector privado. Sólo que el capital privado se limitó a aceptar de vuelta las más rentables, y dejó el resto en manos de esta institución mixta, privada y estatal, que a fines de 1933 tenía la propiedad de más de una quinta parte del capital de las sociedades anónimas italianas, y una participación mayor aún como consecuencia de su implicación en los bancos mixtos. Finalmente, se decidió en 1937 que el IRI fuese una entidad permanente e Italia consolidó una economía mixta, privada y estatal, en que el estado gestionaba las actividades menos rentables, mientras que los buenos negocios (tejidos, automóvil, química) seguían en manos privadas.

La crisis se alivió, además, con el gasto público a que obligó el inicio de la guerra de Etiopía, que comenzó el 3 de octubre de 1935, sin previa declaración. La aventura, legitimada por la voluntad de vengar la vieja derrota de Adua (1896), iba encaminada a crear un imperio africano en que se esperaba asentar a millones de colonos italianos. Se envió a esta guerra a seiscientos treinta mil

hombres y muchos miles de toneladas de material (mucho más del necesario, en medio de una desorganización espantosa). La condena de la Sociedad de Naciones sirvió para que aumentase el apoyo a los fascistas de un pueblo ilusionado por el sueño imperial, pero la guerra fue en realidad un desastre, pese a que Mussolini no dudó en adoptar métodos brutales, bombardeando hospitales, usando gases tóxicos y armas bacteriológicas. En mayo de 1936 las tropas italianas tomaron la capital, Addis Abeba, y Mussolini decidió que había ganado la guerra, y que una vez acabada ésta tenía derecho a matar a los que todavía resistiesen, convertidos legalmente en terroristas. Se exterminó a maestros y letrados —a veces se limitaban a echarles gasolina y quemarlos—, se fusilaba a doce etíopes por cada italiano muerto, pero, pese a la brutalidad de la conquista, nunca se llegó a pacificar una tierra que se mantuvo sujeta militarmente a costa de grandes gastos. Todo lo cual se ocultó con la invención de historias de grandes batallas, que permitieron repartir medallas y recompensas, y de una fábula civilizadora que se expresaba en la canción «Facetta nera» («Carita negra») donde los italianos se presentaban como los libertadores que arriesgaban sus vidas para liberar a la «*bella abissina*» de la esclavitud.

Así se completaba el territorio del África Oriental Italiana, integrada por Somalia, Etiopía y Eritrea. La existencia previa de la colonia de Libia, conquistada en 1912, explica el interés de Mussolini por adueñarse de Egipto durante la Segunda guerra mundial, para completar un vasto dominio colonial africano, que, añadido a las islas del Dodecaneso, ocupadas en 1912, y a la conquista de Albania en 1939, se inscribían en el proyecto de un gran imperio mediterráneo, que no llegó a consolidarse y que tuvo escasa rentabilidad (los últimos colonos italianos de Libia fueron expulsados por Gaddafi en 1970).

Las condenas de la SDN y de los países democráticos a la guerra de Etiopía facilitaron la aproximación de Mussolini a Hitler, y su participación en otras aventuras imperiales. Primero, en 1936, con su intervención en la guerra civil española, a la que seguirían la invasión de Albania en 1939, y más adelante, el 28 de octubre de 1940, la invasión de Grecia, destinada a proseguir la ampliación del Imperio italiano en el Mare Nostrum.

Un caso distinto fue el de la Segunda república española, proclamada el 14 de

abril de 1931, como consecuencia del triunfo de los republicanos en unas elecciones municipales que obligaron a marchar al exilio al rey Alfonso XIII, desacreditado por su complicidad con los siete años de gobierno de la dictadura militar del general Primo de Rivera (1923-1930). El gobierno republicano, que inició una política reformista moderada, tuvo la virtud de evitar las peores consecuencias de la crisis económica mundial con una actuación que mejoró los salarios y permitió mantener los niveles de consumo. Pero esta deriva a la izquierda, por moderada que fuese, le situaba contracorriente de la evolución mundial y le costó la hostilidad de una diplomacia internacional que veía en cada giro a la izquierda la amenaza del bolchevismo.

Lo cual no tenía sentido ante la obra de unos gobiernos que se enfrentaban a los grandes problemas del país con tímidas medidas reformistas, como una reforma agraria que se fue desarrollando con mucha lentitud —«se aplicó a dosis homeopáticas», diría Camilo Berneri— y que tenían como objetivo político fundamental la pretensión de transformar la sociedad española a través de la educación, lo que se concretó en la creación de numerosas plazas de maestros y en la construcción de miles de escuelas. La Sociedad de Naciones felicitó al gobierno español por el hecho insólito de estar realizando un esfuerzo semejante en el terreno de la educación en unos años en que los efectos de la crisis económica tendían a frenar este tipo de gasto en la mayoría de países.

Cuando las elecciones de 1933 dieron el poder a la derecha, hubo un retroceso en la política reformista y un giro reaccionario que tomó proporciones alarmantes cuando en 1934 se asoció al poder la CEDA (Confederación de Derechas Autónomas), un partido que parecía dispuesto a iniciar una evolución fascistoide como la que había conducido en Austria a la supresión de la democracia. Un frustrado intento revolucionario de la izquierda en octubre de 1934 reforzó el poder de la derecha, hasta las elecciones de febrero de 1936, que fueron ganadas por un Frente popular del que salió un gobierno formado íntegramente por republicanos moderados, que no se proponía otra cosa que proseguir la política reformista que se había desarrollado entre 1931 y 1933.

Esta vez, sin embargo, las fuerzas de la derecha no pensaban tolerar que prosiguiesen las reformas e iniciaron una sangrienta guerra civil (1936-1939) en que contaron con el pleno apoyo de las potencias fascistas, que, ante la pasiva complicidad de las potencias democráticas europeas, intervinieron directamente

con armas, hombres, buques y aviones, practicando técnicas de bombardeo de la población civil en Barcelona y en Guernica, a modo de entrenamiento de lo que iba a ser la Segunda guerra mundial. La desgracia de haber participado en esta especie de prólogo de la guerra mundial iniciada en 1939 se agravó en este caso por el hecho de que hubiesen triunfado en él las fuerzas que perdieron después la contienda, lo cual dejó en 1945 a España al margen del proceso de reconstrucción de la economía europea.

En algunos países europeos la respuesta a la crisis económica fue la consolidación de políticas autoritarias, que se suponía que estaban mejor preparadas para hacer frente a sus consecuencias sociales. Dejando para más adelante lo sucedido en Alemania, éste fue el caso de Polonia, donde en 1930 Józef Piłsudski se hizo con el poder, disolvió el parlamento y organizó unas elecciones controladas a las que los campesinos, dirigidos por la policía, acudían con banderas y bandas de música a votar por el Bloque imparcial de colaboración con el gobierno. Bastó con meter después en la cárcel a unos cuantos diputados y la dieta dejó de molestar, gracias a lo cual Piłsudski pudo dejar el poder en manos de sus colaboradores y marchar a descansar a Madeira.

En septiembre de 1931 el Reino de los serbios, croatas y eslovenos se convirtió, como se ha dicho, en Reino de Yugoslavia y se introdujeron en él reformas que desvirtuaban por completo el sistema. El voto no era secreto y los ministros eran responsables tan sólo ante el rey, y no ante el parlamento. Se dividió el país en nueve regiones que no coincidían con las divisiones étnicas, y se prohibieron los partidos de base regional o confesional. La respuesta fue la aparición del terrorismo de los nacionalistas croatas.

En Austria el miedo a las consecuencias de la crisis explica que en 1929 el gobierno «social-cristiano» modificase la constitución para autorizar al presidente a gobernar por decreto. Sólo faltó que los socialdemócratas consiguiesen unos buenos resultados en las elecciones de 1930 para acentuar el miedo de la derecha, que inició una evolución hacia el fascismo que acabaría con la eliminación de la democracia a manos del canciller Engelbert Dollfuss, quien, con la intervención del ejército, aplastó la resistencia socialista en «Viena la Roja», y murió asesinado como consecuencia de una insurrección nazi en julio

de 1934.

Movimientos semejantes que buscaban la estabilidad social dando el poder a regímenes autoritarios se produjeron en Portugal en 1933, con la creación del «Estado Novo», en Estonia en 1934 o en Grecia en 1936 con el general Metaxás.

La «revolución» de Stalin

Lo que se inició en la Unión Soviética en 1929 fue «la revolución de Stalin»: una nueva época en el desarrollo del proceso que Lenin había iniciado en 1917, que comenzó con el impulso dado a la industrialización y se completó con las grandes purgas de 1936-1938. Todo ello se hacía en nombre del progreso del socialismo, en medio del entusiasmo de los bolcheviques, convencidos de que iniciaban el salto hacia delante que había de llevarles, como decía Kaganóvich en 1931, hablando ante un congreso de las juventudes del Komsomol, a atrapar y superar al más avanzado de los países industriales, Estados Unidos: «Seréis los amos del mundo», les profetizaba.

Como los recursos necesarios para impulsar el programa de crecimiento industrial debían salir de la agricultura, el primer paso de este programa fue la colectivización agrícola, organizada como un remedio al abandono del cultivo que solía acompañar a un régimen de requisas de las cosechas. Una colectivización que se llevó a cabo con tanta brutalidad como incompetencia por un Stalin al que las cuestiones económicas preocupaban poco, porque estaba convencido de que todo se podía resolver desde el plano de la acción política, «movilizando a las masas».

El 27 de diciembre de 1929 Stalin anunciaba un acontecimiento maravilloso: venciendo sus resistencias anteriores, los campesinos se estaban apresurando a integrarse en las granjas colectivas o *koljoses* y, en menor número, en las estatales (*sovjoses*). Los dirigentes provinciales, estimulados para que promoviesen la colectivización, comenzaron enviando propagandistas para convencer a los campesinos y acabaron forzándolos a integrarse en las nuevas explotaciones.

Tras la buena cosecha de 1930, Stalin sólo pensaba en forzar las exportaciones de cereales para importar máquinas y tecnología, «o de otro modo nos arriesgamos a quedarnos sin nuestras fábricas». No se tuvo en cuenta que con la reagrupación forzada de los campesinos se estaba comprometiendo la siembra en 1930 y el resultado fue el fracaso de la cosecha de 1931 y el reconocimiento por parte de Stalin de los errores a que había conducido «la euforia del éxito», lo que no bastó para evitar una cosecha todavía peor en 1932. La consecuencia fueron las terribles hambrunas de los años 1932 y 1933, con una especial incidencia en Ucrania y en el norte del Cáucaso, cuyos efectos sobre el nivel de vida de los campesinos se vieron agravados por el aumento en la extracción de las cosechas, algo que resultaba más fácil de realizar en las grandes explotaciones colectivas.

La causa del fracaso —una disminución de la producción agraria del 23 % entre 1928 y 1932— derivaba no sólo de la súbita desorganización del cultivo, sino también del hecho de que los campesinos que se veían forzados a entrar en las explotaciones colectivas saciaron su hambre procediendo al sacrificio en masa de su ganado —el vacuno y el porcino disminuyeron hasta la mitad, el de ovejas y cabras, hasta la tercera parte; unas pérdidas que tardaron diez años en recuperarse— debido a que los *koljoses* apenas les compensaban por su aportación, a que no les convenía políticamente que los tomasen por propietarios ricos (por *kulaks*), y a que se les había dicho que el estado les proporcionaría todo lo que pudiesen necesitar, en la línea a que apuntaba la creación de Estaciones de máquinas y tractores (MTS) que atendían las necesidades de maquinaria.

De 1930 a 1932 hubo un buen número de revueltas campesinas reprimidas por el ejército, que completó su actuación con ataques a las iglesias y al clero rural. La colectivización se consolidó a costa de una primera etapa de terror con un gran número de ejecuciones (20.201 en 1930, 10.651 en 1931, 22.728 en 1932) y del envío al exilio en Siberia de quienes se resistían. Poco a poco, sin embargo, la resistencia abierta se fue transformando en una diversidad de estrategias subterráneas y, con el tiempo, de acomodación, con las que los campesinos respondieron a la nueva servidumbre del *koljós*. En especial a partir de 1933, cuando el gobierno volvió a un sistema de cuotas (un impuesto sobre la producción) y permitió que los campesinos cultivasen parcelas destinadas a su

propio consumo. Finalmente, sostiene Lynne Viola, «los campesinos hicieron suya la explotación colectiva», como lo demostraría la resistencia que opusieron en los años noventa al fin de la colectivización, a la cual habían acomodado su forma de vivir.

La percepción que Stalin tenía de lo que había ocurrido nos la revela una conversación que mantuvo con Churchill durante la Segunda guerra mundial, que nos cuenta su intérprete. El *premier* británico le preguntó si la guerra mundial le resultaba tan dura como la colectivización. Stalin contestó:

> —¡Oh, no! La campaña de colectivización fue una lucha terrible.
>
> —Ya pensaba —dijo Churchill— que habría sido dura. No se trataba de enfrentarse a unos pocos miles de aristócratas o terratenientes, sino a millones de pequeños propietarios.
>
> —Diez millones —exclamó Stalin levantando las manos—; fue terrible. Duró cuatro años. Pero era absolutamente necesario para Rusia, si se querían evitar las hambrunas periódicas y proporcionar al campo los tractores necesarios.
>
> —¿Eran todos kulaks? —preguntó Churchill.
>
> —Sí. Fue muy duro pero necesario.
>
> —¿Y, qué les pasó? —terminó preguntando el primer ministro británico.
>
> —Bien; muchos aceptaron unirse a nosotros. Algunos recibieron trozos de tierra en el área de Tomsk o de Irkutsk o incluso más al norte. Pero no arraigaron allí. No se entendían con la población local. En algunos casos los mismos trabajadores del campo los liquidaron.

En el terreno de la producción industrial el primer plan quinquenal, que se había elaborado originalmente como un conjunto de previsiones, se transformó en un sistema de órdenes, y se forzó su ejecución acelerando los plazos («plan quinquenal en cuatro años») y aumentando los objetivos hasta extremos irracionales: el planteamiento inicial del plan fijaba la producción de diez millones de toneladas de hierro como una aspiración óptima; pero una revisión de 1930 elevó el objetivo a diecisiete millones (en realidad sólo se produjeron siete). Stalin opinaba que había «reservas colosales en la economía, aguardando a ser explotadas» y que la función del partido era movilizar «el entusiasmo de las masas» para sacar provecho de estas reservas.

Pese a todo, la verdad es que se consiguieron progresos en la producción industrial básica, que ayudan a entender la capacidad militar que los soviéticos mostraron en la Segunda guerra mundial. Pero esto se logró derivando recursos hacia la producción de armamento, a costa de abandonar los objetivos previstos en la obtención de alimentos y de productos de consumo, o en la construcción de

viviendas. No se consiguieron tampoco los grandes aumentos de productividad a que aspiraban los planificadores, sino que en una primera etapa se dio prioridad a alcanzar los resultados multiplicando los brazos: al lado de trabajadores expertos se ponía a campesinos o a nómadas arrancados de la vida rural.

Más adelante, una vez que el recurso de aumentar la mano de obra con nuevos brazos había agotado sus efectos, se intentó aumentar la productividad del trabajo industrial con recursos voluntaristas como el del *estajanovismo*, que celebraba como héroes del trabajo, y les ofrecía compensaciones adicionales, a aquellos obreros que superaban las cuotas fijadas (el modelo era de Alekséi Stajánov, un minero del Don que en agosto de 1935 había conseguido extraer en su jornada de seis horas 14 veces la norma fijada).

Se había desvirtuado la naturaleza misma de la planificación, que había sido concebida como un medio de coordinar las diversas actividades para elaborar un diseño común, y que se transformó en un conjunto de decisiones impuestas de arriba hacia abajo, seleccionando los objetivos prioritarios que se pretendía alcanzar en función de unas opciones políticas. En lo más alto no había más que un cuadro elemental que imponía unas tareas que se traducían en unos miniplanes, que iban diversificándose hacia abajo y que en cada paso recibían precisiones que se convertían en órdenes para el nivel inferior. «Al primer plan quinquenal —se ha dicho— se llegó con unos cálculos sobre el papel que no servían para nada; pero de él se salió con unos principios de actuación acabados.»

Pese a sus muchas deficiencias, una industria que presentaba crecimientos de un 20 % contrastaba con la parálisis de un mundo capitalista en crisis. Estos crecimientos se estaban pagando con el sacrificio de unos seres humanos sometidos a una dura explotación y condenados al hambre; pero eran muchos los que pensaban que este aumento espectacular de la producción permitiría en un futuro próximo mejorar los niveles de vida que ahora se sacrificaban. Lo que era más bien un retorno a los sacrificios de los años del comunismo de guerra, enmascarado con un artificio de métodos contables de planificación, se transformó en una esperanza de futuro presentada al mundo como un modelo. Se pensaba que este sacrificio era pasajero, y que los progresos espectaculares que se estaban consiguiendo permitirían recuperar lo que ahora se perdía. Fueron los años de la epopeya, cantada en los versos de Louis Aragon o en los textos de

César Vallejo, cuando se pensaba, como anunciaba el régimen, que posiblemente lo creía, que con este sistema se podía pasar en pocos años al comunismo, y con él a la felicidad colectiva.

El segundo plan quinquenal, que abarcaba el período de 1933 a 1937, pudo emprenderse en mejores condiciones. Tras las buenas cosechas de 1933 y 1934 las cosas comenzaron a estabilizarse y pareció que había llegado el momento en que empezarían a recogerse los resultados del salto adelante. El crecimiento económico, que superó las previsiones del plan, permitió mejoras como la supresión del racionamiento del pan, y calmó un tanto el malestar campesino y las protestas obreras. El XVII congreso del partido, celebrado del 26 de enero al 16 de febrero de 1934, fue el «Congreso de los vencedores», en que se celebraron los progresos alcanzados y se declaró que se había llegado ya al socialismo.

Lo que hubiera podido revertir en una mejora sustancial de las condiciones de vida de los ciudadanos se frustró en parte porque el temor a los planes de las potencias capitalistas para atacar y destruir la «patria del socialismo» llevó a priorizar la industria pesada y la producción de armamento. Los primeros temores de que pudiera producirse un ataque exterior surgieron con la invasión de Manchuria por los japoneses en septiembre de 1931, cuando la OGPU (Directorio Político Unificado del Estado) descubrió indicios de que planeaban un ataque para incorporarse territorios soviéticos del Extremo Oriente y de Siberia. A esto se sumaron las noticias de que los polacos conspiraban con otras potencias para atacar a la Unión Soviética desde el oeste, sospechas que parecieron confirmarse en el otoño de 1934, cuando se supo que el gobierno de Józef Piłsudski estaba negociando una alianza germano-polaca, con el apoyo de Francia, la complicidad de los rumanos y un posible acuerdo con los japoneses para atacarles conjuntamente.

Estas previsiones no carecían de base, como lo demostró el intento japonés de invasión de Siberia en 1939 y lo confirmó la invasión por parte de la Alemania nazi en 1941. Lo malo fue que estos temores iban acompañados por una visión paralela de que existía también una conspiración interior protagonizada por los antiguos miembros de la oposición de izquierda, alimentada por las campañas de prensa de Trotski en el exilio, donde en ocasiones publicaba noticias confidenciales que le proporcionaba la red de

informadores con que contaba en la URSS. A lo que se añadió el miedo a que algunos de los muchos extranjeros que habían pedido asilo político en los últimos años, en su mayoría comunistas que huían de las persecuciones en sus países, fuesen en realidad agentes de gobiernos extranjeros.

Un suceso inesperado que tuvo lugar el 1 de diciembre de 1934, el asesinato de Serguéi Kírov en Leningrado a manos de Leonid Nikolaev, pareció confirmar los temores de que había una campaña para asesinar a los dirigentes bolcheviques, coordinada posiblemente con un proyecto para invadir la URSS. Stalin encaminó las averiguaciones hacia Zinóviev y Kámenev, antiguos miembros de la oposición de izquierda, y no aceptó los resultados de la investigación realizada por el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), dirigido por Guénrij Yagoda, que les atribuía tan sólo una «responsabilidad moral» y minimizaba la importancia de las conspiraciones interiores.

Confió entonces una nueva investigación a Nikolái Yezhov, que detuvo a cientos de sospechosos y, sobre la base de confesiones obtenidas bajo tortura, sacó a la luz un cuadro estremecedor de conspiraciones que condujo en agosto de 1936 a un nuevo juicio contra Zinóviev y Kámenev, que fueron condenados a muerte. Yezhov reemplazó a Yagoda al frente del NKVD en septiembre de 1936 e inició una caza de enemigos del régimen, basada en las confesiones que difundía entre los miembros del politburó para alimentar sus temores.

Dos nuevos procesos prolongaron la depuración de dirigentes bolcheviques. En el de enero de 1937 Piatakov fue condenado a muerte, mientras a Radek y Sokolnikov se les enviaba a la cárcel, donde fueron asesinados en 1939. En el de marzo de 1938 fueron condenados a muerte Bujarin, Ríkov y el propio Yagoda, que pasaba así de ejecutor a ejecutado. La imagen tradicional de estos «procesos de Moscú» ha fijado sobre todo la atención en la condena y ejecución de viejos dirigentes de la revolución; pero el estudio de la documentación desclasificada en estos últimos años nos ha dado una imagen muy distinta de la «gran purga» que entre 1937 y 1938 costó la vida a más de setecientas mil víctimas.

La persecución se desarrolló en una serie de campañas que sucesivamente diezmaron el aparato del partido en las provincias, se dirigieron contra el ejército, al que se consideraba en estrecha relación con Trotski y con el espionaje alemán (lo que llevó a la ejecución del mariscal Mijaíl Tujachevski y de miles de

oficiales de todos los rangos), responsabilizaron a ingenieros y técnicos de los fallos en la producción (lo que acabó llevando al suicidio a uno de los dirigentes bolcheviques, Sergó Ordzhonikidze, comisario de la industria pesada) y persiguieron ferozmente a los extranjeros sospechosos de ser agentes de los enemigos de la Unión Soviética: alemanes, polacos, finlandeses, coreanos y otros grupos fueron objeto de campañas «nacionales» en las que, hasta su fin en el otoño de 1938, se detuvo a 335.513 sospechosos y se ejecutó a 247.157.

Lo peor vino a partir del 30 de julio de 1937 con la publicación de la orden número 00447 del NKVD «sobre la represión de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos», que animaba a las organizaciones locales a tomar la iniciativa en la campaña para acabar con todos estos «enemigos» ejecutándolos, desterrándolos al Gulag por períodos de ocho a diez años o aplicándoles otro tipo de castigos. Cuando se cerró la operación, en el otoño 1938, se había arrestado a 767.197 sospechosos, de los que 386.798 fueron ejecutados.

El terror incluía también el sistema carcelario. En 1934, al crearse el NKVD, que se encargaba de las actividades policiales y de la seguridad del estado, se constituyó un organismo llamado «Gulag» (Directorio General de Campos), que decidió transformar el conjunto de campos y colonias penitenciarias, creados inicialmente como un sistema más humanitario que la cárcel, en «una gran red de agencias administrativas industriales para la construcción de carreteras, ferrocarriles, presas hidroeléctricas, empresas metalúrgicas y mineras, obras de ingeniería forestal, y para el desarrollo de la región del Extremo Oriente». El Gulag llegó a reunir en 1937 un máximo de 1.881.570 trabajadores forzados (entre los cuales había unos trescientos mil delincuentes comunes), con los que creó un gigantesco imperio industrial.

El terror afectó, pues, a ingenieros, militares y funcionarios del partido, pero la inmensa mayoría de sus víctimas fueron ciudadanos ordinarios, obreros y campesinos que no estaban implicados en ninguna de las conspiraciones contrarrevolucionarias por las que se les castigó y que no constituían una amenaza real para el poder soviético.

A mediados de noviembre de 1938 se decidió poner fin a este sistema de persecuciones incontroladas. El politburó envió a las organizaciones regionales del NKVD una decisión en que se las felicitaba por el éxito alcanzado en la

campaña contra terroristas, subversivos y otros enemigos, que se declaraba acabada, a la vez que se les planteaba la necesidad de adoptar nuevos métodos, basados en la investigación de la evidencia material para corroborar las confesiones.

Los dirigentes bolcheviques eran conscientes de que se habían producido muchos abusos y se había sacrificado a muchos inocentes, pero lo atribuían a «enemigos» actuando en el interior del NKVD. Yezhov dimitió el 23 de noviembre, acusado de no haber sabido desenmascarar a los «enemigos del pueblo» infiltrados en su organización, como resultó evidente cuando, en junio de 1938, Genrikh Lyushkov, jefe del NKVD en el Extremo Oriente, desertó y se puso al servicio de los japoneses. Yezhov siguió por un tiempo en un cargo menor, hasta que fue acusado por Lavrenti Beria, su sucesor al frente del NKVD, de diversos crímenes, incluyendo espionaje, y fue ejecutado en febrero de 1940. [4]

Stalin y los suyos acabaron asumiendo que el terror había sido un paso más hacia la consolidación del socialismo: una tercera batalla para la supervivencia de la revolución, después de las dos de la guerra civil y de la colectivización, a la vez que una necesidad ante la inminencia del ataque de las potencias capitalistas. Sin el terror, diría Mólotov, no se hubiera podido ganar la Segunda guerra mundial.

A todo lo cual hay que añadir, dice James Harris, algo que ha revelado la desclasificación de los documentos privados de Stalin en 2000. Contra lo que los historiadores esperaban, no había ninguna discrepancia entre lo que Stalin decía en público y sus motivaciones: «Tanto en público como en privado, Stalin estaba entregado a la tarea de construir el socialismo, no a la de construir una dictadura en provecho propio». El terror no estaba dirigido a asegurar su poder, sino que fue una consecuencia del gran miedo a los peligros que amenazaban la continuidad de la revolución.

Que desde el exterior se percibiese tan sólo la imagen política de los «procesos de Moscú» y de las confesiones con que los acusados recibían las condenas, ayuda a explicar que el modelo soviético siguiese conservando la capacidad de ilusionar a amplios sectores de las capas trabajadoras del mundo entero, y que fuese percibido como una amenaza por los dirigentes de un capitalismo en crisis.

Un cambio muy importante para el futuro del comunismo surgió del miedo de los dirigentes soviéticos al ascenso del fascismo. El séptimo congreso de la Internacional Comunista, que se celebró en Moscú en julio y agosto de 1935, acabó con la política de aislamiento decidida en 1920, cuando se declaró la guerra «a todos los partidos de la socialdemocracia amarilla». Se proponía ahora, por el contrario, que se crearan frentes populares en que los comunistas colaborasen con los socialistas y con otras fuerzas progresivas para luchar conjuntamente contra el fascismo.

EL TRIUNFO DEL NAZISMO

Los años de 1925 a 1929, la época dorada de la república de Weimar, no fueron buenos para el partido nazi, que en las elecciones de 1928 obtuvo un 2,6 % del voto y tan sólo 12 diputados sobre un total de 491. Fue entonces cuando empezaron a recoger el voto rural, surgido del malestar campesino, y cuando comenzaron a prepararse para presentarse como la solución a una situación de crisis económica y paro que los gobiernos de Weimar se mostraban incapaces de resolver.

Los resultados comenzaron a verse en las elecciones de 1930, cuando obtuvieron el 18,3 % del voto y 107 diputados, lo que les convertía en el segundo partido del Reichstag, tan sólo superados por los socialistas. En los años siguientes, antes de llegar al poder, conseguirían elevar su afiliación hasta 850.000 y disponer de una fuerza armada propia, las SA (*Sturmabteilung*), con 170.000 miembros (de la cual formaba parte entonces el cuerpo de protección de las SS o *Schutzstaffel*).

Su mayor problema era en estos momentos el de la financiación, ya que dependían de las cuotas de sus afiliados y de las entradas que cobraban en los mítines, sin más que unas reducidas subvenciones de algunos industriales atípicos como Fritz Thyssen y Emil Kirdorf, ya que, aunque Hitler escondía en esta etapa los planteamientos revolucionarios de su programa inicial, los grandes empresarios preferían subvencionar a partidos conservadores tradicionales; una actitud que no cambió hasta la llegada de Hitler al poder.

Mientras tanto, y en un contexto en que el paro aumentaba brutalmente (la

cifra de los desempleados se había triplicado de 1929 a 1932, cundo llegó a más de cinco millones y medio), el general Kurt von Schleicher preparó la subida al poder de Franz von Papen, un miembro de la aristocracia prusiana, y negoció la tolerancia de los nazis a cambio de autorizarles a que pudiesen aparecer en público sus dos cuerpos armados, las SA y las SS, y de la promesa de que se harían unas nuevas elecciones, las de junio de 1932, que dieron a los nazis 230 diputados, más del doble de los que tenían en 1930. Hitler, sin embargo, pedía demasiado para colaborar con el poder, puesto que pretendía que se le nombrase canciller, lo cual obligó a ir a unas nuevas elecciones en noviembre del mismo año. Esta vez los nazis experimentaron un retroceso, de 230 a 196 diputados, y vieron cómo el partido quedaba arruinado por el coste de tantas elecciones seguidas.

Con un Reichstag dividido, y tras un intento de Schleicher de formar gobierno con la colaboración de un nazi, Gregor Strasser, a lo que Hitler se opuso, parecía que no quedaban más remedios que recurrir al ejército para que asumiese el poder, algo que los militares rechazaban, o ceder a las exigencias de Hitler.

Papen propuso a Hindenburg una combinación para formar un gobierno de coalición con militares y políticos de derecha en que Hitler tendría el cargo de canciller, como exigía, pero estaría en minoría, puesto que tan sólo otros dos nazis le acompañarían en el gobierno: Frick como ministro del Interior y Goering como ministro sin cartera encargado del gobierno de Prusia (y ministro del Interior de aquel estado). Era una combinación en que los nazis se habían preocupado sobre todo de asumir el control de los cuerpos de policía, lo que iba a facilitarles el acceso al poder en momentos en que parecían haber iniciado un retroceso electoral.

Ludendorff, que tenía motivos para conocer bien a Hitler, con quien había conspirado en Múnich en 1923, escribió una nota a Hindenburg en que le decía: «Solemnemente profetizo que este maldito hombre llevará nuestro Reich al abismo ... Las generaciones futuras os maldecirán en vuestra tumba por lo que habéis hecho».

En su primer discurso como canciller, el 10 de febrero de 1933, Hitler sostuvo que no iba a hacer ninguna promesa, porque no tenía programa alguno que presentar, sino que esperaba que la recuperación de la economía vendría por

la fuerza de la voluntad, actuando de acuerdo con las leyes eternas de la tierra y de la sangre.

Se había hecho conceder, además, una nueva celebración de elecciones, el 5 de marzo de 1933, las primeras a las que podía enfrentarse contando con los privilegios del poder. Los nazis comenzaron a prepararlas a partir de su control de la policía, destituyendo a los jefes que no les resultaban afines, a la vez que actuaban contra las organizaciones de izquierda con la creación de una «policía auxiliar» voluntaria en la que se integraron cincuenta mil miembros de las SS, de las SA y del grupo paramilitar de los Stahlhelm, que veían así legalizada la práctica de la violencia.

El 27 de febrero, una semana antes de las nuevas elecciones, se incendió el edificio del Reichstag por obra de un holandés perturbado, Marinus van der Lubbe. Aunque estaba claro que se trataba de un acto individual, Hitler lo convirtió en el inicio de un levantamiento comunista y convenció a Hindenburg para que el 28 de febrero de 1933 firmase un «Decreto para la Protección del Pueblo y del Estado» que establecía un estado de excepción que facilitó a los nazis perseguir y encarcelar a sus enemigos de los partidos de izquierda y silenciar su prensa. Era, de hecho, el fin de la democracia en Alemania y el decreto fundacional del Tercer Reich. Su consecuencia inmediata fue el inicio de una campaña de terror en que comunistas, socialdemócratas, judíos y cualquiera que se hubiera interpuesto en algún momento a los nazis eran encarcelados o torturados por las SA por su propia iniciativa. Poco después se inauguraba en Dachau el primer campo de concentración, destinado a albergar cinco mil comunistas que no cabían ya en las cárceles.

Pese a celebrarse en estas condiciones, las elecciones no dieron los resultados que se esperaba. El partido nazi, que había conseguido el 43,9 % de los votos, tuvo que contar con el 8 % de los conservadores para asegurarse la mayoría en la cámara. Decepcionado por el resultado, Hitler procedió de inmediato a poner en marcha su plan para eliminar toda la oposición organizada y tomar el control de todos los niveles del gobierno y la administración civil.

Comenzó por ello a enviar comisarios del Reich a todos los *Länder* (estados) en que no gobernaban los nazis, donde la violencia ejercida por los nazis locales y por los grupos de las SA les facilitaba el control total de la administración. Una semana más tarde se decretaba la creación de gobernadores del Reich en los

Länder, nombrados por el presidente a propuesta del canciller.

En la primera sesión de trabajo del nuevo parlamento, alojado en la Kroll Opera, junto al arruinado edificio del Reichstag, Hitler pidió a la cámara una ley de habilitación que le permitiera gobernar sin interferencias durante cuatro años. Necesitaba dos tercios de los votos para su aprobación, pero los comunistas y parte de los socialdemócratas no estaban allí para oponerse y Hitler obtuvo el voto del Zentrum, presidido por un sacerdote católico, Ludwig Kaas, a cambio de la garantía de que respetaría los derechos de la Iglesia, con lo que consiguió que se aprobase, por 444 votos a favor y tan sólo los de los 94 socialistas presentes en contra, la ley de que le concedía cuatro años para legislar sin dar cuentas al parlamento.

Es mentira, por tanto, que Hitler consiguiera el acceso al poder por el voto popular —en realidad era consciente de que su apoyo electoral comenzaba a decaer—, sino que lo hizo con el consentimiento de un parlamento del que estaban ausentes la mayor parte de los diputados de izquierda, expulsados de él por el terror policíaco. Desde aquel momento el Reichstag se convirtió en un mero elemento decorativo, que le renovó los poderes excepcionales en 1937, 1939 y 1943, y que en los seis años que transcurrieron hasta el inicio de la guerra no llegó a votar más que siete leyes.

En mayo de 1933 se suprimieron los sindicatos, reemplazados por el Frente alemán del trabajo; en junio se liquidó el partido socialista (el SPD), los nacionalistas abandonaron y los católicos se disolvieron, a cambio de un concordato con el Vaticano que se firmó el 8 de julio. Una ley de 14 de julio de 1933 proclamaba: «El NSDAP es el único partido político de Alemania». En cuatro meses, y con la tolerancia de los representantes de las clases elevadas de la sociedad alemana, se había liquidado la democracia.

Instalado en el poder absoluto, le tocaba ahora consolidar su apoyo social y asegurarse el del ejército. Para ello había de comenzar por deshacerse de la amenaza que representaban las aspiraciones revolucionarias de las SA, mandadas por Ernst Röhm, que con la absorción de otros grupos paramilitares habían llegado a alcanzar unas dimensiones extraordinarias y que actuaban con total independencia. Esta situación desagradaba tanto al mundo de los negocios como al ejército, hasta el punto de que llegaron a amenazarle con obtener de Hindenburg que proclamara la ley marcial, lo que pondría el orden público en

manos del ejército. A Hitler —que en junio de 1933 había dicho a una reunión de jefes de las SA «la revolución se ha acabado»— le convenía liquidar esta amenaza, porque era consciente de que al viejo Hindenburg le quedaba poco tiempo de vida y que iba a necesitar el apoyo del ejército para evitar que se eligiese a un nuevo presidente conservador, con el propósito de acumular en sus manos el poder de la presidencia junto al de la cancillería.

Las ambiciones de las SA, que pidieron formalmente reemplazar al ejército profesional como la principal fuerza de seguridad, siguieron en ascenso a lo largo de la primavera de 1934, en unos momentos en que esta milicia, que había sido una herramienta fundamental para generar la situación de violencia que permitió a los nazis el asalto al poder, resultaba ya innecesaria. El ejército se puso en estado de alerta, mientras Hitler, a quien se había convencido de que Röhm preparaba un golpe de fuerza para derrocarle, ultimaba los planes para enfrentarse al problema.

El Führer dio instrucciones a Röhm para que el 30 de junio de 1934 convocase una reunión de mandos de las SA en Bad Wiessee, una residencia de vacaciones al sur de Múnich, donde Röhm estaba descansando, tras haber concedido un mes de permiso a todos los grupos de las SA. Hitler se desplazó a Múnich y, acompañado por hombres de las SS y por policías, se dirigió de madrugada al hotel, donde los jefes de las SA dormían tras una noche de borrachera. El propio Hitler arrestó pistola en mano a Röhm, mientras sus acompañantes se encargaban de los demás, que fueron conducidos a la prisión de Stadelheim, en Múnich, donde al día siguiente comenzó la ejecución de más de un centenar de los detenidos, incluyendo a Röhm.

Aquella misma «noche de los cuchillos largos» se dio orden de iniciar la detención de los jefes de las SA en Berlín, operación que Göring aprovechó para detener y asesinar además a una serie de personalidades de derechas, como el general Schleicher y a su esposa o a Erich Krausner, el presidente de la Acción Católica, a la vez que al antiguo dirigente nazi Gregor Strasser, entre otros, mientras Papen era retenido en arresto en su domicilio.[5]

Todo esto sucedió en secreto, sin que la mayor parte del público alemán se enterase de lo ocurrido. Hindenburg felicitó a Hitler por esta operación y el ejército se mostró complacido por la desaparición de Röhm, aunque hubiese costado la vida a un general. El jurista Carl Schmitt sostuvo que lo que Hitler

había hecho era correcto, puesto que el Führer es también el juez y «sus actos son el genuino ejercicio de la justicia». Lo sucedido devolvía también la tranquilidad a los empresarios, al desvanecerse el fantasma de una segunda revolución.

El 2 de agosto de 1934 murió Hindenburg; un día antes Hitler le había visitado en su residencia del este de Prusia, llevándole el texto de una ley que unificaba los cargos de jefe del gobierno y jefe del estado, de modo que el Führer se convirtió automáticamente en presidente de la república y acumuló todos los poderes. A reforzar todavía su situación vino el descrédito de dos de los mandos supremos del ejército: el del general Werner von Blomberg al descubrirse que se había casado con una antigua prostituta, y el del hombre que lo podía reemplazar, el general Werner von Fritsch, por unas acusaciones de homosexualidad que lo condenaron a los ojos del propio ejército.

Hitler, que había tranquilizado entre tanto a los medios de negocios renunciando a los planteamientos de transformación económica del programa del «socialismo nacional», pudo dedicarse de lleno a la tarea de reconstrucción de la economía, con planes de obras públicas destinados a crear puestos de trabajo para aliviar un paro que había llegado al 30 %, en una línea de acción que siguió con la construcción de autopistas (*Autobahnen*) y con la producción de motores, pero sobre todo con el aumento del gasto destinado al rearme.

Esta expansión del gasto interno, que condujo a un rápido descenso del paro, se basaba en recursos obtenidos por los métodos de financiación diseñados con anterioridad por Günther Gereke, y no por los supuestos milagros financieros del ministro de Hacienda, Hjalmar Schacht. Buena parte de estas inversiones públicas tenían una finalidad militar, una tendencia que aumentó durante el período de rearme, de 1936 a 1940, en que no sólo se invirtió en la producción de armas o en el desarrollo de la siderurgia, sino en asegurarse unos aprovisionamientos que no podrían obtenerse del exterior en tiempo de guerra, con la producción de gasolina y de caucho sintéticos.

¿Cómo se pagó este esfuerzo? Un hábil juego del comercio con los países de los Balcanes, mediante cajas de compensación, y los controles de los cambios pudieron ayudar, pero mucho menos de lo que la mitología del milagro económico nazi pretendía. El gasto en aumento se pagó sobre todo con el endeudamiento interior, basado inicialmente en los créditos que se concedían a

una empresa fantasma, la MEFO —MEtallurgische FOrschungsgesellschaft— que no producía nada pero endosaba al Banco del Reich miles de millones en letras. Este manejo se mantenía en secreto para no engendrar un pánico inflacionario. A la recuperación ayudaron también el control de los salarios como consecuencia del desmantelamiento de los sindicatos, la limitación de los dividendos, que estimulaba la reinversión en las empresas, y la contención de los precios mediante ayudas a los agricultores.

Comenzaba también, al propio tiempo, el establecimiento de un régimen de terror. Desde 1933 Hitler fue creando unos ciento diez campos de internamiento para enemigos del régimen, por los que en el transcurso de este primer año se calcula que pasaron unos cien mil detenidos, de los que fueron asesinados entre quinientos y seiscientos.

En marzo de 1935 Hitler anunció la creación de una nueva Wermacht, un ejército de 36 divisiones, y volvió a instaurar el servicio militar obligatorio. Tardó poco en realizar las primeras tentativas de uso de la fuerza: el 7 de marzo de 1936 un cuerpo de veintidós mil soldados alemanes invadió la zona desmilitarizada del Rin, tomando como pretexto la amenaza que pretendía que representaba para Alemania la firma de un pacto franco-soviético. No hubo ningún enfrentamiento en este caso, sino que las potencias se limitaron a protestar. Era la primera etapa de una secuencia de actuaciones que llevarían a la Segunda guerra mundial.

Si bien el nazismo había tomado elementos externos del fascismo italiano, como el saludo brazo en alto, y compartía con él aspectos tan fundamentales como la alianza con los grandes empresarios, a los que garantizaba una mano de obra sumisa, su programa de expansión imperial, con una fuerte dimensión racista, era mucho más ambicioso que el sueño mussoliniano del «Mare nostrum». El programa imperial nazi tuvo una recepción favorable por parte de un sector mayoritario de la población alemana, marcada todavía por los traumas de la derrota y de la «humillación de Versalles», como lo prueba el rápido aumento de las cifras de afiliados al partido nazi, que habían llegado a 850.000 en enero de 1933, antes de la toma del poder, y amentaron hasta 7.100.000 en 1942.

Para mantener la pureza de la raza se había optado desde el principio por la

esterilización de los alemanes que no se considerasen dignos de reproducirse; una actuación que se completó posteriormente con el exterminio de enfermos mentales y minusválidos. Pero una de sus actuaciones fundamentales había de ser la «desjudaización» (*Entjudung*), bien recibida por una población habituada al antisemitismo. Los judíos fueron expulsados de la administración y de la universidad sin que nadie protestase por ello. Ni hubo tampoco resistencia a las leyes de Núremberg de 1935 que prohibían los matrimonios interraciales y convertían a los judíos en ciudadanos de segunda fila.[6]

Se estimuló, por otra parte, la violencia antisemita, en una escalada que llegó al máximo en noviembre de 1938, cuando, en respuesta al asesinato de un funcionario de la embajada alemana en París a manos de un joven polaco de diecisiete años (que quería asesinar al embajador, en venganza por la deportación de sus padres), se decidió tolerar los actos de antisemitismo, con instrucciones directas de Hitler: «Los judíos han de percatarse de la ira de este pueblo». El progrom de la noche del 9 al 10 de noviembre, la «noche de los cristales rotos» (*Reichskristallnacht*), estimuló a muchos judíos a huir del Reich y facilitó expulsarlos de las actividades económicas en beneficio de los «arios», que se apoderaron de sus negocios a bajo precio.

Era lógico que el nazismo combatiera la renovación cultural de la época de Weimar, que calificaba de *Kulturbolschewismus*, cuando, paradójicamente, lo que los nazis proponían era semejante al «realismo socialista» con que Stalin combatía la vanguardia soviética. La idea de que la nobleza de los pueblos arios había estado siempre ligada a la tierra, y de que había que buscar la reserva natural de sangre en las familias campesinas, ayuda a entender el rechazo de la cultura urbana minoritaria, muy en especial cuando pudiera tener una dimensión internacional. El Führer, arquitecto frustrado con pretensiones de artista, no dudaba en expresar su rechazo de las vanguardias: «La Alemania nacionalsocialista se propone volver a tener un arte alemán, y éste, como todos los valores creativos de un pueblo, ha de ser un arte eterno».

Los nazis emprendieron de inmediato el combate contra el arte y la ciencia «degenerados», y en especial contra todo lo que estaba asociado a los judíos. El 10 de mayo de 1933 comenzó la depuración de las bibliotecas universitarias por

parte de estudiantes nazis y simpatizantes que sacaban los libros condenados a la calle y los quemaban en grandes hogueras. Ardieron en ellas, entre otras muchas, las obras de Remarque, Thomas Mann, Sigmund Freud, Albert Eisntein, Alfred Döblin, Bertolt Brecht, junto a las de un clásico como Heine, condenado por su origen racial.

Pronto comenzó la emigración de profesionales de la cultura. El cine perdió directores como Fritz Lang (su esposa Thea von Harbou, en cambio, siguió al servicio del nazismo), Billy Wilder, Fred Zinnemann, Otto Preminger, Robert Siodmak o Douglas Sirk, que, instalados en Estados Unidos, contribuyeron a la renovación del cine de Hollywood.

En el terreno de la música marcharon directores como Bruno Walter y Otto Klemperer, junto a violinistas como Jascha Heifetz y Fritz Kreisler, la clavecinista Wanda Landowska y el pianista Arthur Schnabel. Lo hicieron también compositores como Arnold Schönberg, Alban Berg, Erich Wolfgang Korngold o Paul Hindemith, que vio vetada su obra maestra, la ópera *Mathis der Maler*. Se condenaba además, por judía, la música de Mahler, Mendelssohn, Meyerbeer, Saint-Saens y las operetas de Offenbach. El músico del régimen era Richard Strauss, y de los del pasado Richard Wagner, y sus directores de orquesta, Karl Böhm y, sobre todo, Von Karajan, que daban pleno apoyo al partido.

Se «limpiaron» los museos de «arte degenerado», retirando 16.000 obras de arte de vanguardia, 650 de las cuales fueron seleccionadas para la gran exposición en Múnich del «arte degenerado» (*Entartete Kunst*), que se organizó en junio de 1937 en paralelo con otra Gran exposición de arte alemán, que recibió muchos menos visitantes que la del arte condenado. De los 112 artistas representados en la del arte degenerado, sólo seis eran judíos, y había entre ellos alemanes como Franz Marc, que había muerto en el frente de Verdun, donde combatió como voluntario. Entre los condenados figuraban, además, artistas como Beckmann, Nolde, Chagall, Otto Dix, Paul Klee, Kandinski, Max Ernst, Kokoschka, Feininger (que era ciudadano norteamericano), Mondrian, Grosz, *etc.* Los cuadros estaban clasificados por temas —el arte al servicio del marxismo, la inmoralidad, la raza, etc.— y la exhibición iba ilustrada con citas de Hitler, que afirmaba que nunca toleraría el cubismo o el futurismo, y que debía prohibirse todo arte que necesitase ser explicado para entenderse.

En contraposición se exhibía el arte eterno de la raza aria, integrado por pastiches clásico-germánicos, paisajes idílicos y escenas de la vida de familia (una robusta familia campesina sentada ante un aparato de radio, en éxtasis, que respondía al título de *El Führer habla*). Dominaban el gusto por lo monumental y el culto al cuerpo humano. Edificios con columnas y frontones, de dimensiones gigantescas (en Berlín se proyectaba una sala cubierta para ciento ochenta mil personas sentadas). Grandes esculturas de hombres desnudos, fuertes y dominadores, campesinos y soldados, mujeres que ejemplificaban su función sexual de reposo del guerrero y procreadoras de hijos para la patria, el Führer a caballo y con una bandera. Para los escultores del régimen, Arno Brecker y Josef Thorak, se construyeron los talleres más grandes del mundo.

No faltaron los colaboradores, por conveniencia o por convicción. Gotfried Benn escribía a un amigo que lo que estaba sucediendo era «la última y grandiosa concepción de la raza blanca, posiblemente una de las realizaciones más grandiosas del espíritu universal». Heidegger, por su parte, decía a sus estudiantes que el Führer era «la realidad presente y futura de Alemania».

Coincidían en esto con los sentimientos de buena parte de la sociedad alemana que, no habiendo aceptado la derrota de 1918, rechazaba los nuevos valores de la república de Weimar: la ruptura con las tradiciones culturales, una sociedad en que los socialdemócratas o los judíos desempeñaban cargos políticos y en que las mujeres ocupaban posiciones profesionales y académicas... Para muchos alemanes normales y corrientes, simplemente conservadores, la idea de decadencia estaba asociada a esta degeneración cultural: la música de *jazz*, la pintura surrealista, la arquitectura racionalista de la Bauhaus... El giro cultural nazi correspondía plenamente a sus gustos.

El régimen alcanzó sus niveles máximos de eficacia en el arte de la propaganda. La arquitectura monumental estaba destinada a crear espacios de masas, aptos para los grandes desfiles, procesiones de antorchas, grandes festivales como los que acompañaban a los congresos del partido o las olimpiadas de Berlín de 1936, momento en que se realizaron las primeras experiencias de transmisiones de televisión en aparatos públicos (la guerra no les dio tiempo a construir televisores baratos para uso doméstico).

Habiendo descubierto la escasa eficacia del periódico (la prensa del partido tenía pocos lectores), se volcaron en la radio, que había sido ya nacionalizada en

1932, antes de su llegada al poder. La base de su campaña se centró en la producción de receptores baratos (*Volksempfänger*), lo que explica que en 1941 los hubiera en dieciséis millones de hogares, sin olvidar la difusión por columnas de altavoces al aire libre. Al comienzo se equivocaron abusando de la propaganda (en 1933 se retransmitieron cincuenta discursos de Hitler), pero acabaron aprendiendo a proporcionar entretenimiento. Uno de sus mayores éxitos lo alcanzaron con los conciertos solicitados: una orquesta interpretaba lo que le pedían los oyentes, que a cambio de ver atendida su demanda —pasajes de opereta, canciones de moda, fragmentos de música clásica— hacían donaciones para el Servicio de invierno o para el ejército.

Su otro gran medio fue el cine, del que tanto Hitler como Goebbels eran apasionados, y en el que se controlaban estrechamente tanto los guiones como el reparto. Aunque se hicieron películas de exaltación alemana —*biopics* de Federico el Grande o de Bismarck— o de propaganda antibritánica o antisemita, destinaban el cine sobre todo a la evasión: comedias, espectáculos musicales con cantantes y bailarinas que se proyectaron después en todos los cines de la Europa ocupada. Hasta el final de la guerra realizaron grandes inversiones para rodar películas con las que esperaban influir en el estado de ánimo de los espectadores. *Kolberg*, la película de 1945 con la que Goebbels confiaba en alentar el ánimo para la resistencia, lo que consideraba más importante que ganar una batalla, se estrenó en Berlín pocos días antes de que los rusos la ocupasen.

La pasión de Goebbels por el espectáculo se mantuvo hasta el fin. En abril de 1945, poco antes de suicidarse con su mujer y sus seis hijos, les decía a sus colaboradores: «Señores, de aquí a cien años se hará una película en color sobre estos días terribles que estamos viviendo. ¿Os gustaría aparecer en ella? Pues manteneos firmes, para que los espectadores no os griten y os silben cuando aparezcáis en la pantalla».

6

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)

La primera etapa de la política de expansión emprendida por Hitler se concretó en el «Anschluss», la anexión de Austria, que se inició acorralando al canciller Kurt Schuschnigg, a quien se impuso en febrero de 1938 que nombrase ministro del Interior al nazi Arthur Seyss-Inquart y se le obligó a aceptar un tratado económico que dejaba a Austria en una situación de dependencia. Schuschnigg dimitió el 11 de marzo, dejando el gobierno a Seyss-Inquart. Al día siguiente entraban en Austria las tropas alemanas, y comenzaba la preparación de un plebiscito que sancionó la anexión, recibida con mucho más entusiasmo que resistencia.[1]

El paso siguiente consistió en la destrucción de Checoslovaquia, justificada por el problema de los Sudetes, una minoría alemana que sumaba unos tres millones de habitantes. El jefe del Partido alemán de los Sudetes comenzó exigiendo al gobierno checoslovaco autonomía para la zona y una legislación especial para todos los «alemanes» que residían en Checoslovaquia, lo que no era más que el inicio de una escalada de tensión que prosiguió, pese a las concesiones que iban haciendo los checos, quienes para Goering eran una «miserable raza de pigmeos sin cultura, que oprimen a una raza civilizada».

Lejos de prestarles ayuda, el jefe del gobierno británico, Neville Chamberlain, inició negociaciones directas con Hitler, accediendo a que absorbiera las zonas de Checoslovaquia en que hubiera un 50 % de germanohabitantes, sin hacer referéndum alguno.[2] Los checos aceptaron, pero Hitler había aumentado entre tanto sus exigencias. Para hacer frente a la tensión internacional fue el propio Hitler quien propuso una reunión en la cumbre que se celebró en Múnich el 29 de septiembre de 1938, donde Hitler, Mussolini, Chamberlain y el jefe del gobierno francés, Édouard Daladier, firmaron un

acuerdo deshonroso que cedía el territorio de los Sudetes a Alemania.

Para disimular su derrota, Chamberlain logró que Hitler firmara un supuesto acuerdo germano-británico en que se afirmaba que todos los problemas entre los dos países se podían resolver con consultas y negociaciones; un acuerdo que enseñó triunfalmente a su retorno en Londres, diciendo: «Amigos míos, ésta es la segunda vez en nuestra historia que hemos llevado de Alemania a Downing Street paz con honor. Pienso que se trata de la paz para nuestra época».

Mientras Chamberlain, cada vez más solo, seguía haciendo discursos pacifistas y viajaba a Italia para entrevistarse con Mussolini, Hitler proseguía la escalada de la agresión, amenazando al anciano presidente checo, Emil Hácha, para exigirle que ordenase que no se opusiera resistencia a las tropas alemanas que iban a invadir su país. El 15 de marzo de 1939 las fuerzas del Reich entraron en Praga y liquidaron la existencia de Checoslovaquia, dividida entre un «Protectorado de Bohemia-Moravia» y un estado-títere de Eslovaquia. Con esta invasión Hitler se beneficiaba de los recursos del banco nacional checo —aumentados con el oro que guardaba en el Banco de Inglaterra, que los británicos tuvieron la gentileza de devolverle— además de con la adquisición de las fábricas de armamento koda y Brünn, y con los 1.213 aviones y 810 tanques del ejército checo. El paso siguiente fue apoderarse del puerto autónomo de Memel (Klaipėda, que los lituanos habían ocupado en 1923), donde Hitler desembarcó en la madrugada del 23 de marzo, mareado como consecuencia del estado del mar.

El próximo turno había de corresponderle a Polonia. Para defenderse, los polacos firmaron el 31 de marzo de 1939 un tratado con Gran Bretaña y Francia, que se comprometían a darles ayuda contra cualquier ataque a su independencia (una oferta vacía de contenido, puesto que, en caso de conflicto, ni los británicos ni los franceses tenían medio alguno para enviar tropas a Polonia). Los rusos, que llevaban meses tratando de llegar a un acuerdo con Francia e Inglaterra, insistieron en ello hasta agosto de 1939, pero se vieron postergados por los británicos, que prefirieron la alianza con Polonia. Ante esta situación, y con el temor a quedar aislados, acabaron aceptando la oferta de un pacto de no agresión que les ofrecían los alemanes, a quienes interesaba mantener relaciones comerciales con los rusos para proveerse de alimentos durante el bloqueo con que podían amenazarles los británicos, a la vez que así se aseguraban de no ser

molestados por los soviéticos mientras conquistaban la Europa occidental. El pacto entre Alemania y la Unión Soviética, que Ribbentrop y Mólotov firmaron el 23 de agosto de 1939, una semana antes del inicio de la invasión de Polonia, contenía entre sus cláusulas secretas un acuerdo para la partición de Polonia, y dejaba en la práctica los países bálticos y Finlandia en manos de Stalin. Aquel mismo día Hitler recibía la advertencia de Chamberlain de que Francia y Gran Bretaña estaban dispuestas a ir a la guerra por Polonia; pero Hitler pensaba que no cumplirían la amenaza y que, en todo caso, si había de haber una guerra, mejor ahora que dentro de unos años.

Para entender la cronología de la actuación de Hitler hay que recordar que en 1936 los nazis habían elaborado un plan económico de cuatro años con un memorándum secreto en que Hitler, que adelantaba ya que la guerra contra Rusia era inevitable, sostenía que la superpoblación de Alemania y la mejora del nivel de vida de sus ciudadanos les obligaba a una extensión de su espacio vital (*Lebensraum*), para ampliar las bases de producción de alimentos y materias primas (en lo referente a obtener alimentos, el mínimo necesario abarcaba los territorios de Polonia y de Ucrania). Los cálculos apuntaban a que el momento ideal para iniciar el conflicto sería hacia el año 1943; pero se consideraba que algunos de los objetivos iniciales podían conseguirse con operaciones localizadas de guerra relámpago (*Blitzkrieg*), que sólo requerían una acumulación puntual de recursos, sin necesidad de un esfuerzo sostenido, y que podían realizarse sin llegar al enfrentamiento general, como se había conseguido en los casos de Austria y Checoslovaquia.

Pocos días antes de que comenzara la invasión de Polonia se puso en marcha el programa T4 para la liquidación en cámaras de gas de enfermos mentales e incurables alemanes, uno de cuyos fines era liberar camas de hospital y recursos para atender a los soldados heridos en la guerra. Se iniciaba, con ello, un proceso de eliminación de seres humanos que más adelante tomaría proporciones gigantescas.

Convencido de que podía repetir en Polonia los métodos empleados en Austria y

en Checoslovaquia, y acuciado por la necesidad de alimentos, que se veía agravada por las nuevas incorporaciones territoriales, Hitler precipitó la operación sobre Polonia, que se inició el 1 de septiembre de 1939, sin previa declaración de guerra, y que se resolvió en una campaña de poco más de tres semanas, ante el empuje de unos soldados alemanes que se lanzaban al combate estimulados por las abundantes dosis de metanfetaminas que se les daban para ayudarles a resistir los duros esfuerzos que se les exigían. El 17 de septiembre Stalin invadía a su vez Polonia desde el este, comenzando por recuperar los territorios del oeste de Ucrania y de Bielorrusia que Polonia se había anexionado en 1921, una operación que se completó sometiendo Estonia, Letonia y Lituania a unos pactos de protección que estaban destinados inicialmente a establecer bases para defenderse de un ataque desde el oeste, para lo cual se necesitaba hacer lo mismo en Finlandia, que rechazó someterse, de modo que los soviéticos la invadieron a fines de noviembre en una operación que iba a poner de relieve las debilidades del ejército rojo.

Las primeras consecuencias de estas anexiones fueron una masiva serie de deportaciones y la ejecución de 21.587 oficiales y civiles polacos en los bosques de Katyn a manos de los soviéticos, mientras que los alemanes organizaban por su parte la operación Tannenberg, con la que las SS, que operaban con un listado de más de sesenta mil nombres de personas de la élite nacional polaca destinados a ser internados o ejecutados, mataron también a miles de polacos.

La conquista de Polonia proporcionaba a los nazis un extenso territorio en que asentar colonos alemanes, expulsando a los polacos «racialmente inferiores», que se instalarían en una parte segregada del territorio, el «Gobierno general» —salvo los que se conservasen como trabajadores forzados—, con la intención de desplazarlos después más al este, cuando se conquistase Rusia.

Se comenzó «limpiando» campos y ciudades para dar estas tierras a alemanes étnicos traídos de Rumania, Bulgaria, Hungría, Eslovaquia o los Países Bálticos. En septiembre de 1941 un funcionario preguntó si a las poblaciones indeseables se les debía seguir asegurando alguna forma de subsistencia o habían de ser «totalmente erradicadas». La consulta se refería sobre todo a los polacos que seguían en el territorio incorporado, mientras los campesinos alemanes

repatriados vivían malamente en campamentos, a la espera de que se vaciasen las casas y tierras que habían de ocupar. Unos cuarenta mil muchachos polacos de diez a catorce años fueron transportados a Alemania para usarlos como trabajadores esclavos.

La «drôle de guerre»

Uno de los aspectos más sorprendentes de la guerra fue que, una vez la habían declarado, el 3 de septiembre de 1939, Francia y Gran Bretaña no hicieran nada para iniciar los combates, en unos momentos en que, como explicó el mariscal Jodl en el proceso de Núremberg, de haber atacado los franceses con sus 110 divisiones a los alemanes, que, con la mayoría de sus fuerzas en el frente de Polonia, tenían tan sólo 25 divisiones en el oeste, hubieran podido conseguir una victoria, sobre todo si contaban con la ayuda aérea de Gran Bretaña.

Británicos y franceses, que estaban convencidos de que su superioridad les permitiría realizar un bloqueo que forzaría a los alemanes a rendirse, planeaban fantasmagóricas operaciones para intervenir en el norte de Europa, ocupando el puerto noruego de Narvik, por el que los alemanes embarcaban durante el invierno el mineral de hierro sueco que llevaban a las fábricas del Ruhr. Se pensaba en completar la operación atravesando Suecia, donde se ocuparían las minas de hierro, para dar apoyo a los finlandeses, que el 30 de noviembre habían iniciado una guerra contra la Unión Soviética. Esta campaña se combinaría con otra de bombardeos en el mar Negro para privar a Hitler del petróleo rumano.

Ninguno de estos planes se llevó a cabo, mientras los alemanes comenzaban a torpedear barcos británicos y neutrales en aguas de Noruega. La única actividad que realizaron los británicos, con la oposición del gobierno de Noruega, fue atacar en un fiordo al *Altmark*, un buque alemán que auxiliaba al *Graf Spee*, un acorazado de bolsillo que realizaba operaciones de corso por el Atlántico, y que llevaba unos trescientos prisioneros británicos, capturados en los barcos que habían hundido.

Mientras franceses y británicos seguían planeando operaciones sobre el papel, y Chamberlain declaraba, el 23 de febrero de 1940, que «aunque sus instintos estaban a favor de emprender una acción, no podía adoptar esta

propuesta a la ligera»,[3] los finlandeses, cansados de esperar, se rindieron el 13 de marzo de 1940, lo que arruinaba la operación nórdica antes de haberse iniciado.

Esta frustración fue uno de los principales motivos de la dimisión en Francia del gobierno presidido por Édouard Daladier, reemplazado el 21 de marzo de 1940 por Paul Reynaud, que insistía aún en que se emprendieran las operaciones en el norte y en el mar Negro, ante la resistencia de Chamberlain, que pensaba que los franceses pretendían que fuera Gran Bretaña quien hiciera todo el trabajo, y proponía como alternativa que los franceses lanzaran minas aguas abajo del Rin, para destruir puentes e instalaciones alemanes.

Mientras los aliados preparaban una operación de minado de las aguas de Noruega, como una etapa previa a un desembarco en aquel país, Hitler, al que sus marinos convencieron del interés de contar con bases en Noruega para hacer la guerra a los británicos, a lo que había que añadir la garantía del acceso al mineral de hierro sueco, se decidió a invadir Dinamarca y Noruega. El minado de las aguas por parte de los aliados vino a coincidir en el tiempo con el desembarco de los alemanes en Oslo. Cuando despertaron al rey de Noruega, Haakon, para decirle que estaban en guerra, este preguntó «¿Contra quién?», puesto que se sentía acosado por ambos bandos. Los nazis ocuparon Dinamarca y, en una campaña de dos meses, del 8 de abril al 9 de junio de 1940, se adueñaron de Noruega, a cuyo frente pusieron un gobierno títere presidido por Vidkun Quisling.

Las batallas de Francia e Inglaterra

El ataque contra Francia se inició el 10 de mayo de 1940; este mismo día Chamberlain dimitió en Gran Bretaña, y fue reemplazado por Winston Churchill. El frente francés se hundió de inmediato ante el ataque alemán, hasta el punto de que el día 16 de mayo el gobernador militar de París recomendó al gobierno que huyera, y empezaron a quemarse los archivos del ministerio de Asuntos exteriores. El jefe del ejército, Gamelin, fue reemplazado por Weygand y por el anciano Pétain, el «héroe de Verdun». El 10 de junio, al cabo de un mes de iniciarse los combates, el gobierno huyó a Burdeos.

¿Por qué se produjo este rápido hundimiento? Los franceses esperaban ser atacados a través de Bélgica, como en la Primera guerra mundial, y se prepararon para detener a los alemanes en esta dirección, fortificada por la línea Maginot. Pero los alemanes fingieron un ataque por Bélgica y Holanda, y lanzaron el grueso de sus fuerzas, en especial los tanques, por el bosque de las Ardenas con la intención de llegar rápidamente a la costa y dejar a las tropas francesas y británicas aisladas. El genio de dirigentes militares como Erwin Rommel les permitió obtener una victoria que los propios alemanes no esperaban lograr con tanta rapidez. De hecho, su intención inicial no era conquistar Francia, sino ocupar la costa —Bélgica, Holanda y lo que se pudiera del norte de Francia— para usar este territorio como una base desde la cual realizar ataques aéreos que obligasen a ingleses y franceses a negociar.

Acorralados en la costa, los británicos se salvaron porque el general Von Rundstedt detuvo el 24 de mayo el avance de sus tropas, lo que Hitler aceptó, convencido de que el mar era infranqueable y que los bombardeos de la Luftwaffe obligarían a los soldados franceses y británicos a rendirse. Fue la sorprendente retirada de Dunkerque, en que todo tipo de embarcaciones inglesas acudieron al rescate en las playas de Francia, lo que hizo posible que, del 26 de mayo al 4 de junio, se evacuase a 338.226 hombres, incluyendo unos 125.000 franceses. De haber caído prisioneros, como pudo suceder si los alemanes no se hubiesen detenido, es posible que Gran Bretaña no hubiera podido continuar combatiendo.

El 14 de junio los alemanes tomaron París: dos días más tarde, en Burdeos, Reynaud planteaba el dilema entre resistir, marchando a un territorio colonial del norte de África y conservando la flota, o rendirse. El general Weygand, y sobre todo Pétain, querían el armisticio. El presidente de la república decidió el debate nombrando jefe del gobierno a Pétain, quien se apresuró a solicitar al embajador español, José Félix de Lequerica, que pidiese a los alemanes los términos de la rendición, a la vez que preparaba el giro hacia un gobierno reaccionario, proclamándose jefe del estado francés.

El Führer, que visitó París para disfrutar de su triunfo, estaba convencido de que había ganado la guerra y esperaba que los británicos le hicieran propuestas de paz. En vista de que no lo hacían, dio el 16 de julio una directiva para preparar la invasión de Inglaterra, la operación Seelöwe («León marino»), y tres

días más tarde pronunció un discurso en el Reichstag en que daba a Churchill y a su gobierno un último aviso antes de destruir su imperio.

Pero una Gran Bretaña que, aunque derrotada en los campos de Francia, había salvado el grueso del ejército en Dunkerque, optó por resistir. Trasladó sus reservas de oro y divisas al Canadá, y se preparó para luchar contra los alemanes si, como se temía, desembarcaban en la isla. Contaba apenas con la escasa ayuda que Roosevelt, obligado a enfrentarse a la hostilidad de los aislacionistas,[4] les concedía de acuerdo con la ley de neutralidad de 1939, que obligaba a los británicos a pagar al contado, hasta que la aprobación de la *Lend-Lease Act* (ley de préstamo y arriendo) de 11 de marzo de 1941 autorizó al presidente a proporcionar armas y provisiones de guerra a un país al que se quisiera ayudar, sin la exigencia del pago inmediato.

Tal como había amenazado, Hitler emprendió una campaña de ataques por aire y por mar encaminada a debilitar y aislar a Gran Bretaña hasta forzarla a rendirse. Del 10 de julio al 31 de octubre de 1940 la aviación alemana protagonizó la batalla de Inglaterra, en que los bombardeos, que se sucedían cada día y cada noche, causaron un gran número de muertes de civiles y grandes destrucciones materiales en fábricas y viviendas. Pero las fuerzas aéreas británicas, la Royal Air Force (RAF), respondieron eficazmente y la población británica mostró su voluntad de resistir.

El 17 de septiembre, en vista de que se acercaban los meses de invierno que harían más difícil un desembarco, Hitler ordenó que se aplazase la operación Seelöwe para el año siguiente, y se dispuso a prepararse para la campaña de Rusia, que podía poner en sus manos el petróleo del Cáucaso, que facilitaría no sólo el asalto a Gran Bretaña, sino sus planes para atacar a Estados Unidos en el futuro.[5]

Tan amenazadora como la guerra desde el aire resultó para los británicos la batalla del Atlántico, en que los submarinos alemanes estuvieron en algunos momentos muy cerca de interrumpir por completo el aprovisionamiento necesario para su supervivencia. Hasta la primavera de 1941 los alemanes parecían estar ganando, como lo mostraban las grandes pérdidas del transporte naval que se dirigía a Gran Bretaña. Las cosas comenzaron a cambiar con el aumento de la cobertura aérea y de la protección de los buques que daban escolta a los convoyes, en especial tras la entrada en guerra de Estados Unidos, a lo que

ayudó también el desciframiento de los códigos de comunicación alemanes. Pero un cambio en estos códigos y un aumento de la actividad de los submarinos alemanes, que atacaban en masa, a modo de una manada de lobos, volvieron a agravar la situación en 1942, cuando consiguieron hundir mil cien barcos. Al final de la guerra los alemanes habían hundido más de tres mil buques mercantes y habían causado la muerte de más de treinta mil marinos, a costa de veintiocho mil setecientas pérdidas humanas en sus submarinos.

Creyendo que Hitler había vencido ya y que había que apresurarse para estar presente en el reparto del botín, Mussolini declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña el 10 de junio de 1940.[6] Atacó Francia pocos días antes de que se rindiese y decidió invadir Egipto desde Libia (lo que le costó una tremenda derrota, en que ciento quince mil soldados italianos cayeron presos). La culminación de sus errores fue la invasión de Grecia desde Albania, iniciada el 28 de octubre de 1940, que acabó con una derrota total.

Indignado por la conducta de los italianos, que se habían metido en esta aventura sin consultarle, y sin prever lo que significaba iniciar los combates cuando se aproximaba la temporada de lluvias y nieves en los Balcanes, Hitler, que había enviado tropas a Rumania con vistas a la futura campaña de Rusia, en la que los rumanos, que deseaban recuperar Besarabia, iban a desempeñar un papel muy importante, se vio obligado ahora a ocupar Yugoslavia, desde donde invadió Grecia, a la vez que ocupaba Creta con un lanzamiento de paracaidistas. En febrero de 1941 envió además a Libia las tropas del Afrika Korps, al mando de Rommel, para socorrer a los italianos.

A mediados de 1941 los alemanes controlaban todo el continente europeo. Si se hubiesen detenido aquí, limitándose a proseguir los combates en el norte de África, podían haber ganado la guerra. Pero los sueños geopolíticos del Führer tenían como un punto central la expansión hacia el este, y esto exigía conquistar Rusia, en una operación que estaba inicialmente prevista para comenzar en mayo de 1941, contando con cinco meses de campaña antes de la llegada del frío invernal. Las imprudencias de Mussolini no sólo retrasaron la fecha, sino que debilitaron la dotación de hombres disponibles, al obligarle a dejar guarniciones en Yugoslavia y en Grecia, donde grupos de guerrilleros muy activos, entre los

que predominaban las fuerzas afines a los comunistas, dificultaban su dominio.

Poco antes, en mayo de 1941, uno de los jerarcas nazis más próximos al Führer, Rudolf Hess, convencido de que hacer la guerra en dos frentes era un suicidio, escapó en avión hacia Escocia, con la intención de entrevistarse con el monarca británico Jorge VI para convencerle de que aceptase firmar la paz y hacer juntos la guerra contra el comunismo, o que, como mínimo, aceptase negociar una tregua mientras duraba la guerra en el este.[7]

La guerra en el Pacífico

En julio de 1937, tomando como pretexto un choque con tropas chinas (el «incidente del puente de Marco Polo», cerca de Wanping), posiblemente provocado por los mismos japoneses, éstos comenzaron a ocupar Beijing y Tientsin. En teoría se trataba de responder a un «incidente», pero los japoneses se apresuraron a enviar a China ciento cincuenta mil soldados que obtuvieron rápidas victorias e hicieron tantos prisioneros que decidieron que el problema se podía resolver matándolos (una orden enviada el 13 de diciembre de 1937 decía: «Todos los prisioneros de guerra deben ser ejecutados»). Ese mismo día los japoneses entraron en la ciudad de Nanjing y se entregaron a una de los más terribles matanzas de la historia: hombres, mujeres, ancianos y niños fueron masacrados sin piedad en una orgía de violencia que duró seis semanas; se calcula que los muertos pudieron llegar a trescientos mil, lo que superaría el número de las víctimas de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki.

En noviembre de 1938 los japoneses controlaban ya la zona costera, que era la parte más rica de China; pero no habían conseguido su objetivo principal, que era que el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek, que había establecido su capital en Chongqing, se rindiese. De hecho la brutalidad de la conquista japonesa tuvo como consecuencia unir contra el invasor a una China que fue cobrando conciencia nacional y superó la tradicional división del poder entre los señores de la guerra. Los dos ejércitos contrapuestos de los nacionalistas del Guomindang y de los comunistas que dirigía Mao Zedong optaron por dedicarse ante todo a luchar contra los invasores.

En el verano de 1939 el ejército de Kwantung inició, sin autorización de

Tokio, una campaña que se proponía extenderse hacia el norte por Mongolia, con el propósito de conquistar Siberia y expulsar a los comunistas de Asia, pero su avance se vio frenado por las tropas soviéticas mandadas por Zhúkov que, con un fuerte apoyo de tanques y aviones, les infligieron una durísima derrota en lo que empezó como el incidente de Nomonhan y se transformó en la batalla de Jaljin Gol. Una derrota de extraordinaria trascendencia para la suerte final de la guerra, porque el haber obligado a los japoneses a aparcar los planes de expansión hacia el norte —en 1941 firmaron un pacto de neutralidad con Rusia — para poner en ejecución el proyecto de expandirse por el sureste de Asia, permitió a la Rusia soviética dedicar todas sus fuerzas a resistir la invasión alemana.

Convencidos de que la resistencia de los chinos se debía a que recibían ayuda externa por dos rutas, la del ferrocarril de Haifong a Hanói, en Indochina, y la de la India a través de Birmania, los japoneses atacaron Birmania y en 1941 se instalaron en Vietnam, en bases cedidas por el gobierno francés de Vichy, mientras se preparaban para conquistar el sur y sureste asiáticos. Su intención era atacar en dirección a la India e Indonesia, colonias de británicos y holandeses, debilitados por el hecho de estar en guerra en Europa contra las potencias del Eje, confiando en aprovechar su superioridad temporal para ocupar los territorios y negociar después una paz que les permitiese conservar buena parte de lo ganado, basándose en la fuerza que les daría el hecho de controlar la producción de estaño, caucho y petróleo del sudeste asiático.

Los norteamericanos, que no deseaban iniciar una guerra para la que no estaban aún preparados, ayudaron a China proporcionándole aviones, y dieron apoyo a Rusia para la defensa de Siberia, a la vez que trataban de frenar a los japoneses, instalando parte de la flota en Hawái y aplicando medidas de acoso económico, como la de cortarles el suministro de petróleo en agosto de 1941 y congelar los fondos japoneses en los bancos norteamericanos, con la exigencia de que abandonasen China. Con reservas de petróleo tan sólo para dieciocho meses, los japoneses estaban obligados a buscar suministros en las colonias holandesas. Lejos de frenarles, el embargo norteamericano les animó a ir a la guerra.

Fue, sin embargo, la invasión de Rusia por Alemania en junio de 1941 la que decidió el momento en que iban a intervenir, puesto que les garantizaba que los

rusos no iban a estar en situación de atacarles. De modo que en lugar de sumarse al ataque contra la Unión Soviética, secundando a Hitler, como éste esperaba, decidieron emprender la gran campaña de conquista del sudeste asiático.

Para evitar cualquier interferencia norteamericana, se proponían destruir al mismo tiempo la flota de Estados Unidos estacionada en la base de Pearl Harbor (en la isla de Oahu, en las Hawái). Tras muchas vacilaciones, el nuevo gobierno que presidía el general Tōjō decidió, con la aprobación del emperador Hirohito, llevar adelante el proyecto.

El domingo 7 de diciembre de 1941 aviones japoneses que se acercaron a su objetivo en seis portaviones atacaron Pearl Harbor en dos oleadas, a las 7.48 y 8.54 de la mañana, destruyeron los acorazados *Arizona* y *Oklahoma*, hundieron y dañaron gravemente otros barcos, inutilizaron 188 aviones, mataron a 2.335 norteamericanos e hirieron a otros 1.143. Lo más difícil de explicar es que, teniendo como tenían noticia de las preparaciones de guerra de los japoneses, los mandos militares de Pearl Harbor no hubiesen tomado precaución alguna.

No iba a ser un golpe definitivo, sino una forma de ganar tiempo, puesto que atacar los buques en un puerto significaba que éstos podrían reflotarse de nuevo (algunos de los hundidos ahora tendrían un papel decisivo en las victorias navales norteamericanas de 1944), y que las pérdidas en vidas humanas serían mucho menores que en un ataque en alta mar. Pocos días después, el 10 de diciembre, la aviación japonesa hundió dos acorazados británicos, el *Prince of Wales* y el *Repulse*, y bombardeó las bases norteamericanas en Filipinas, destruyendo en el suelo la mitad de sus aviones.

El ataque a Pearl Harbor no era más que una operación secundaria dentro de la gran campaña que se inició el mismo día con un ataque simultáneo a Tailandia, Malasia, las Filipinas y las islas de Wake y Guam, a la vez que bombardeaban Singapur y Hong Kong, para proseguir después hacia Birmania, Indonesia y las islas del Pacífico. Su éxito fue fulminante: el 15 de diciembre invadían Birmania, el 16 ocuparon los campos petrolíferos de Borneo, tomaron Hong Kong el 25 de diciembre y Manila el 2-3 de enero de 1942, el 31 de enero ocupaban Malasia y el 15 de febrero se adueñaban de Singapur, la gran fortaleza británica de Oriente, conquistada por una fuerza inferior en número a la que defendía la plaza. Ese mismo día ocupaban los campos petrolíferos de Palembang, en Sumatra, y a comienzos de marzo de 1942 habían cerrado la ruta

de Birmania y bombardeaban Calcuta. En seis meses habían completado la conquista de un gran imperio, habían hecho doscientos cincuenta mil prisioneros y hundido 105 buques aliados, con escasas pérdidas por su parte. Cada victoria había ido acompañada de asesinatos en masa de los prisioneros o de su encierro en campos en que eran sometidos a una brutal explotación.[8]

El mayor de sus errores fue el «día de infamia» de Pearl Harbor, ya que la muerte de los marinos norteamericanos allanó el camino para la declaración de guerra, facilitada aún más cuando, cumpliendo con los compromisos establecidos en el pacto tripartito de septiembre de 1940, Hitler y Mussolini declararon también la guerra a Estados Unidos.[9] Chiang Kai-shek aprovechó la ocasión para sumarse a su vez a la guerra contra las potencias del Eje y convertirse así en un aliado que optaba a recibir amplia y generosa ayuda.

En diciembre de 1941, en plena euforia por sus triunfos, los japoneses propusieron a los alemanes un pacto para repartirse Asia por el meridiano 70°, que dejaría en manos de Japón la casi totalidad de Siberia, China, el sudeste asiático y la mayor parte de la India. Más allá de este reparto de Asia con Alemania, los planes imperiales japoneses incluían la conquista de todas las islas del Pacífico, incluyendo Australia y Nueva Zelanda, de Alaska, Ecuador, las provincias occidentales del Canadá, el estado de Washington, América Central, Colombia, Perú y Chile; el resto quedaría para Alemania

Estados Unidos no tardó en estar preparado para entrar en el conflicto, puesto que Roosevelt había tomado con anterioridad las medidas encaminadas a crear una gran aviación de combate, y su capacidad de producción industrial les permitió ponerla a punto en breve tiempo. Su idea era aproximarse a Japón hasta una distancia que permitiese a sus bombarderos actuar con seguridad. No sólo esperaban conseguirlo ocupando islas cada vez más próximas a sus objetivos, sino que estaban construyendo aeródromos en suelo chino. El 18 de abril de 1942 dieciséis aviones B-25 norteamericanos, al mando del teniente coronel Jimmy Doolittle, despegaron del portaviones *Hornet*, bombardearon Japón y escaparon hacia un aeropuerto en China. La respuesta japonesa fue una campaña para destruir los aeropuertos chinos que habían usado los norteamericanos, acompañada de una masacre de civiles, que se calcula que produjo doscientas

cincuenta mil muertes.[10]

Las cosas empezaron a cambiar con las batallas del mar del Coral (mayo de 1942) y de Midway (4 de junio de 1942), en las que ambos bandos sufrieron grandes pérdidas —Japón la de cuatro de sus doce portaviones— con consecuencias muy distintas, puesto que los japoneses, a diferencia de Estados Unidos, no tenían la capacidad industrial necesaria para reponer estas pérdidas a corto plazo. A los seis meses de haber iniciado su ofensiva las tropas japonesas veían detenido su avance por el Pacífico y habían de dedicarse ante todo a defender sus conquistas.

La guerra del Pacífico se convirtió entonces en una confrontación sin grandes avances territoriales, desarrollada como una serie de asaltos sangrientos, isla a isla, en que la toma de un islote podía costar un gran número de víctimas. Una primera muestra de ello fue la batalla de Guadalcanal, una isla del archipiélago de las Salomón, donde los japoneses estaban construyendo un aeródromo. De agosto de 1942 a febrero de 1943 se mantuvo en la isla una feroz batalla en que llegaron a combatir veinticinco mil japoneses y cincuenta mil norteamericanos. La consecuencia más importante de este primer gran fracaso japonés fue que les obligó a emplear en el Pacífico unas fuerzas que en estos momentos podían haber completado la conquista de China.

BARBARROJA

La invasión de la Unión Soviética formaba parte de los planes de Hitler desde el inicio de su carrera política, como se puede ver en las páginas de *Mi lucha*, porque consideraba que adueñarse del territorio ruso era necesario para que Alemania dispusiera de «espacio vital» para crecer.

Los dirigentes nazis seguían las ideas de Herbert Backe (un ingeniero agrónomo de origen germánico, nacido en el Cáucaso), que sostenía que para mantenerse en guerra durante unos años les era indispensable a los alemanes conquistar previamente la Unión Soviética, con el fin de asegurarse el mínimo de alimentos necesarios para subsistir. Esta conquista no sólo implicaba adueñarse del suelo agrícola, sino obtener los alimentos con el trabajo esclavo de los nativos y eliminar los millones de bocas que no fuesen necesarias para la

producción de alimentos. Lo cual respondía claramente a los propósitos de Hitler, que el 30 de marzo de 1941 pronunció un discurso secreto ante unos doscientos cincuenta generales, a los que dijo: «Ésta es una guerra de aniquilación».

Por otra parte Hitler, que menospreciaba al ejército soviético tras haber observado sus dificultades en Finlandia, pensaba que ésta era una guerra que se ganaría en pocas semanas.[11] Esto es lo único que puede explicar que la iniciase a fines de junio y sin suficientes equipos de invierno para sus soldados.

Stalin estaba advertido de los planes de Hitler —Sorge, el agente alemán al servicio de la Unión Soviética, envió desde Tokio microfilms de los telegramas en que Ribbentrop anunciaba al embajador alemán que la invasión de Rusia comenzaría a mediados de junio— pero no hizo caso de las noticias que le llegaban de diversas fuentes, porque estaba convencido de que Hitler no emprendería una campaña en el este antes de haber conquistado Gran Bretaña, y desatendió las peticiones de sus generales de prepararse ante un posible ataque. Cuando comenzó la invasión, creyó en los primeros momentos que se trataba de una provocación de los militares alemanes y ordenó que no se respondiera al fuego. Mientras las tropas alemanas invadían Rusia, los convoyes rusos que llevaban mercancías seguían circulando en dirección a Alemania.

Al amanecer del 22 de junio de 1941 avanzaron sobre la frontera rusa 3,35 millones de soldados (las tres cuartas partes de todas la fuerzas alemanas), acompañados de entre seiscientos mil a un millón de hombres de sus satélites y aliados, que se sumaban a la «cruzada contra el comunismo»: croatas, finlandeses, rumanos, húngaros, italianos, eslovacos y españoles (los hombres de la División Azul, que se incorporaron unos meses más tarde a los combates). Contaban con 3.600 carros de combate, 600.000 vehículos motorizados y 625.000 caballos, que seguían siendo necesarios para el transporte de provisiones y piezas de artillería. Unos 3.400 aviones alemanes destrozaron una gran parte de la aviación rusa en tierra (el 22 de junio, afirma Bergström, «se dio el mayor número de bajas que haya conocido en un solo día la historia de la aviación de guerra»).

Los ejércitos alemanes seguían tres líneas de ataque: una, al norte, hacia Leningrado (el nuevo nombre de la vieja capital imperial de San Petersburgo); otra, por el centro, hacia Moscú, y una tercera, al sur, en estrecha colaboración

con los rumanos, hacia Ucrania, en busca del trigo. Con los soldados alemanes avanzaban las fuerzas de las SS y de la Orpo (*Ordnungspolizei*), que se dedicaban al fusilamiento en masa de judíos.

Las pérdidas iniciales de los rusos fueron inmensas, de modo que al cabo de seis semanas los alemanes estaban convencidos de que habían destruido su ejército, al que habían hecho ya más de seiscientos mil prisioneros. Los alemanes esperaban que esta gigantesca *Blitzkrieg* les llevaría en pocas semanas hasta los Urales, y se proponían detenerse allí, sin preocuparse de momento por las tierras más al este, donde entrarían cuando les conviniese. Para asegurarse los alimentos que necesitaban de inmediato, los territorios conquistados, y en especial Ucrania, fueron sometidos al «Plan del hambre» de Backe, que proponía forzar la disminución del consumo de la población local para destinarla íntegramente al ejército: «la guerra sólo podrá continuarse si la Wehrmacht entera se alimenta de Rusia». De paso, el plan serviría para exterminar gradualmente la población de los territorios conquistados, liberando sus tierras para una futura colonización germana.

La conducta criminal de los invasores, que asesinaban a la población civil, mataban a los pacientes de los hospitales y dejaban morir de hambre a los soldados presos dio nuevo aliento a la resistencia de los rusos, que eran conscientes de que luchaban por su vida. «Mujeres con niños en brazos, ancianos, rebaños de ovejas, vacas y caballos de las granjas colectivas, hundiéndose en el polvo, avanzaban hacia el este por caminos rurales, en carretas y a pie», nos cuenta Vassili Grossman.

A fines de septiembre las fuerzas alemanas redoblaron los esfuerzos para completar sus objetivos de guerra con la conquista de Moscú. En diciembre habían llegado hasta los suburbios de la capital y las radios alemanas anunciaban ya su inminente conquista. El gobierno soviético transportó parte de sus organismos a Kúibyshev, pero Stalin, que había asumido todas las responsabilidades del gobierno y del mando militar, y sus más próximos colaboradores permanecieron en el Kremlin.

Nuevas reservas rusas —traídas de Siberia, gracias a los avisos de Sorge, el espía que anunció al gobierno soviético que Japón, que se disponía entonces a invadir el sudeste asiático, no se proponía atacar a los rusos— y un gran número de nuevos aviones mostraron que el desmoronamiento no iba a producirse tan

pronto como habían esperado los alemanes. Incapaces de combatir en invierno en las condiciones de aquel frente, decidieron esperar, y prepararse para llegar a los Urales el año próximo.

El contraataque ruso del invierno de 1941 no recuperó mucho terreno, pero infligió enormes pérdidas materiales a los alemanes, que dependían para su transporte de los caballos, incapaces de arrastrar las piezas de artillería por un suelo helado. Hubieron de enfrentarse, además, a la actividad de grupos de resistencia en su retaguardia, en lo que se fue transformando gradualmente en una «gran guerra patriótica», de la que puede ser un buen ejemplo la resistencia de Leningrado, que era uno de los primeros objetivos de la invasión, y que no sólo no fue tomada en estos momentos, sino que resistió sin rendirse 872 días de asedio, de septiembre de 1941 a enero de 1944, en lo que fue un acto extraordinario de resistencia colectiva, a costa de cerca de un millón de muertos.

En diciembre de 1941, como hemos visto, los japoneses atacaron Pearl Harbor e iniciaron la guerra contra Estados Unidos. La noticia causó una profunda decepción a Hitler, que había esperado que le ayudasen a la conquista de la Unión Soviética, donde había tenido ya más de novecientas mil bajas y había perdido ingentes cantidades de camiones, caballos y piezas de artillería, sin conseguir el rápido triunfo que esperaba. Fue precisamente en estos días cuando Hitler, al ver que no iba a disponer de inmediato de nuevas tierras en el este, dio la orden de iniciar la «solución final»: la liquidación completa de los judíos. A partir de este momento, además, los rusos iban a contar con ayuda tanto de los británicos como de los norteamericanos, a quienes interesaba que mantuvieran millones de soldados alemanes combatiendo en el frente del este.

El holocausto

La primera fase del holocausto estuvo dedicada a «limpiar» de razas inferiores, sobre todo de judíos (*Entjudung*), el territorio del Reich; algo que, como hemos visto, los nazis habían comenzado a hacer antes de la guerra. Aunque el exterminio afectó también a gitanos, homosexuales, comunistas, antisociales, testigos de Jehová y prisioneros de guerra, en especial polacos y soviéticos, los judíos fueron su víctima principal: entre 5,1 y 6,2 millones de muertos, según

diversas estimaciones.

A comienzos de 1937 se había pensado en enviar a los judíos a Madagascar, y hubo incluso consultas con el gobierno francés de Léon Blum sobre este asunto. También se proyectó enviarlos a Palestina, para lo cual se establecieron contactos con los sionistas, hasta que se dieron cuenta del riesgo que representaría reforzar un estado judío enemigo.

En el otoño de 1940 los planes tenían como objeto la deportación de 5,8 millones de judíos. La idea de acumular todos los de Alemania en una especie de gran *ghetto* en Polonia se vio muy pronto que era impracticable, y la reemplazó el proyecto de deportarlos más al este, hacia un espacio indeterminado, en Rusia o más allá, en una operación que combinaría la deportación con el exterminio, como se puede ver en el protocolo de la conferencia de Wannsee de 20 de enero de 1942, en que se diseñaba un plan a escala continental, incluyendo los judíos de Portugal, Suecia, Suiza, Irlanda y España, de acuerdo con lo que Hitler había dicho en enero de 1939, cuando amenazó con «la aniquilación de la raza judía en Europa».

Once millones de judíos europeos habían de ser evacuados hacia un este indefinido, en unas marchas de exterminio. Conducidos en grandes columnas, separados por sexos, se les emplearía en construir carreteras. Su destino estaba claramente fijado: «No hay duda alguna de que se perderá una gran proporción de ellos como consecuencia de una selección natural. Los que queden necesitarán un tratamiento adecuado, porque sin duda alguna representan la parte más resistente, y con su liberación se podrían transformar en el germen de una resurrección judía (pruebas de ello las da la historia)».

En los últimos meses de 1941 se decidió aplicar a este problema la solución que se había utilizado al comienzo de la guerra, cuando se procedió a eliminar a minusválidos, enfermos incurables y débiles mentales alemanes con un sistema de eutanasia, el programa T4, que se inició con inyecciones pero acabó con las cámaras de gas como procedimiento más práctico de eliminación, y con la cremación posterior de los cadáveres. Entre enero de 1940 y agosto de 1941 el programa T4 había eliminado 70.273 minusválidos y débiles mentales.

Las primeras pruebas de empleo del gas a gran escala se estaban realizando en los campos de exterminio de Polonia desde septiembre de 1941; el 12 de diciembre Hitler se reunió con los jerarcas nazis, les comunicó que se había

tomado la decisión de liquidar de una vez a los judíos y les exhortó a hacerlo «sin sentimentalismos».

Las formas en que se llevó a cabo el exterminio fueron diversas, pero el agotamiento y el hambre tuvieron un papel fundamental en la mayor parte de ellas. El encierro en *ghettos*, en que se dejaba a los internados sin alimentos —en el de Varsovia, que llegó a contener quinientos mil reclusos, se les proporcionaban trescientas calorías al día— se calcula que produjo en total unos ochocientos mil muertos.[12] Las mayores matanzas fueron, sin embargo, las efectuadas con los fusilamientos al aire libre y con la eliminación en los campos de la muerte. Los fusilamientos, practicados por los *Einsatzgruppen* de las SS y por la policía ordinaria (*Ordnungpolizei*), a la que se unían grupos de reservistas que no eran aptos para combatir en primera línea, dieron lugar a matanzas como la del barranco de Babi Yar, junto a Kiev, el 29-30 de septiembre de 1941, en que se asesinó a 33.771 hombres, mujeres y niños judíos. En estas operaciones los alemanes pudieron contar con la entusiasta colaboración de polacos (I. T. Gross sostiene que éstos mataron más judíos que los alemanes),[13] lituanos (que en Ponar ayudaron a eliminar cien mil «enemigos del Reich»), ucranianos (en especial los miembros de grupos nacionalistas que se habían refugiado en Alemania) y rumanos.

Pero la eliminación individual era un trabajo lento, pesado y desmoralizador —los soldados acababan sufriendo trastornos nerviosos debido al asesinato de mujeres y niños—, de modo que la matanza industrial en los campos, precedida normalmente por la utilización del trabajo de los reclusos hasta su agotamiento físico, se convirtió en una solución más eficaz. Los campos, que empezaron siendo simplemente de concentración, como el abierto en marzo de 1933 en Dachau, cerca de Múnich, se convirtieron progresivamente en centros de trabajo esclavo, contando con las grandes masas de prisioneros de guerra para ocupaciones en el propio campo, como la fabricación de misiles en el de Dora, o para abastecer a las grandes industrias instaladas en su proximidad.

Nikolaus Wachsmann calcula una cifra mínima de 1.700.000 muertes en el conjunto de los 27 campos mayores, con un máximo de 1.100.000 en Auschwitz. Pero ni siquiera en estos grandes campos, que contaban con un sistema de

administración y control eficaz, se podrá conocer nunca la cifra exacta de los muertos, sumando los que sucumbieron de agotamiento o enfermedad a los ejecutados en las cámaras de gas.

Auschwitz es representativo de la naturaleza de lo que podemos llamar el holocausto industrial. Constaba de tres unidades: Auschwitz I era un centro de producción industrial con talleres de las SS y de industrias de armamento (pero también era un centro de experimentos médicos, en que investigadores universitarios practicaban la vivisección); Auschwitz II Birkenau era el gran campo de exterminio y Auschwitz III Monowitz, el que proporcionaba trabajo a la gran fábrica de caucho sintético de las I. G. Farben. Había además un sistema de unos cincuenta campos auxiliares extendidos por Silesia, con granjas, minas de carbón, canteras, piscifactorías... La vida activa de los trabajadores esclavos de este sistema industrial era corta, ya que terminaba cuando dejaban de rendir adecuadamente y se les enviaba a Birkenau para su liquidación.

Una etapa final del exterminio la constituyeron las marchas de la muerte a que se sometió a los internados a medida que había que desalojar los campos ante el avance de los tropas rusas, para llevarlos hacia el oeste, a un destino indefinido, con la finalidad de irlos exterminando de hambre y agotamiento, o de un tiro a la cabeza cuando no podían seguir.

Pero no todo se reducía a los grandes centros de muerte como Auschwitz o el *ghetto* de Varsovia. Una investigación sistemática ha llegado a encontrar un total de 42.500 centros distintos: 30.000 campos de trabajo esclavo, 1.150 *ghettos*, 980 campos de concentración, 1.000 campos de prisioneros de guerra, 500 burdeles y miles de otras instalaciones destinadas a la eutanasia de viejos y enfermos, a forzar abortos, *etc.* Algunos eran pequeños centros en los que trabajaban diez o doce internos, o «casas de judíos». De estos tipos eran los 3.000 que había en la zona de Berlín. Muchos estaban integrados en su entorno; del campo de Gross-Rosen, en Silesia, nos dice Gellately que los prisioneros eran explotados por los agricultores de la zona, que los «solicitaban» y «tomaban prestados» como mano de obra barata.

En el proceso de Núremberg se calculó que el holocausto causó 5,7 millones de muertos; la estimación se rebajó después a 5,1 y se redondeó más tarde en seis millones. Pero no hay modo de calcular una cifra que tenga un mínimo de verosimilitud. A la dificultad de conocer y sumar las víctimas de 42.500 centros

hay que añadirle el problema que plantean casos como el de los prisioneros de guerra muertos en cautividad. De los entre 2,5 y 3,3 millones de soldados rusos que murieron como prisioneros de los alemanes, muchos no llegaron a los campos de trabajo y exterminio, sino que sucumbieron antes por el abandono en que se les dejó, sin proporcionarles alimentación.

La magnitud y dispersión de estos centros de represión hace imposible pensar que todo esto ocurriera sin que los alemanes comunes se enterasen, como pretendieron después. Aceptaron el sistema y colaboraron en él de buena gana; los ayuntamientos de las pequeñas localidades se ocupaban de que «sus judíos» fuesen incluidos en el transporte a los campos, recibían las peticiones de viviendas y muebles que los vecinos presentaban antes incluso del desalojo, y organizaban subastas de los bienes embargados en presencia de las familias judías que no habían marchado aún.

En las matanzas tomaron parte cientos de miles de alemanes, incluyendo los millares de mujeres que marcharon al este para colaborar como maestras, secretarias o enfermeras, o que participaron directamente en las labores de exterminio. Muchos alemanes trabajaban en los campos como guardas o funcionarios. Sólo por Auschwitz y por sus 50 campos satélites llegaron a pasar 7.000 guardas; en Mauthausen había en 1945 4.500 guardas y funcionarios. Los grupos de exterminio, los Einsatzgruppen, incluyeron unos 6.000 hombres y los 38 batallones de policía que participaron en matanzas unos 19.000 (con las rotaciones, serían muchos más; se calcula que unos 25.000 SS intervinieron en matanzas en Rusia). Todo lo cual obliga a ver el holocausto menos como una operación política organizada desde el poder, que como una amplia campaña en que participó la población alemana en masa.

Cuando llegó el tiempo de los grandes bombardeos sobre las ciudades alemanas, el odio a los judíos, a los que se responsabilizaba de la guerra, se mantuvo activo. Las matanzas siguieron hasta el último momento. El 2 de mayo de 1945, en vísperas de la rendición, miembros de las SS, de las Juventudes hitlerianas y de la marina mataron en Kiel a quinientas mujeres judías que trataban de escapar.

Hubo además otros holocaustos menores de los que no se suele hablar. En

Yugoslavia los miembros de la Ustaša croata se calcula que dieron muerte a 592.000 serbios, musulmanes y judíos; en Volinia, los ucranianos que colaboraban con los nazis masacraron de 60.000 a 100.000 polacos, los húngaros mataron serbios en la Voivodina y los búlgaros, los griegos, etc., se ocuparon del mismo modo de sus enemigos (por ejemplo, de los turcos).

Los imperios del Eje: los territorios ocupados

El nuevo Imperio alemán estaba integrado por tres zonas. La primera la formaban Alemania y los territorios que se había anexionado: Austria, parte de Polonia y la mayor parte del territorio checo. En segundo lugar, los países ocupados, como Yugoslavia, el resto de Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y Grecia, además de Francia, que inicialmente sólo se ocupó a medias. Y finalmente los satélites, como Hungría, Bulgaria y Rumania.

En el caso de Polonia y de Yugoslavia se pensaba inicialmente en destruirlos como entidades estatales. En Polonia el gobierno de Berlín se anexionó la parte más avanzada desde un punto de vista tanto industrial como de producción de alimentos. Göring sostenía que nunca más había de existir una economía polaca, de modo que se destruían las fábricas (enviando su maquinaria a Alemania) y todas las líneas férreas que no fuesen de utilidad para los ocupantes; se pensó incluso en destruir las líneas telegráficas y telefónicas. La parte no incorporada al Reich se convirtió en un «Gobierno general», con fronteras y aduanas que lo separaban del resto; a este territorio se iría enviando a los polacos que eran expulsados para que les reemplazaran colonos alemanes (Hitler había dicho «Sólo la tierra puede ser germanizada»). El Gobierno general, sometido a las autoridades militares alemanas, era el lugar de depósito de los polacos hasta que la conquista de la URSS permitiese expulsarlos hacia la Siberia occidental (mientras tanto, 2,8 millones de polacos eran obligados a trabajos forzados en Alemania).

Los agricultores que quedaban en la zona ocupada estaban sometidos a tantos controles que se puede considerar que eran trabajadores mal pagados más que propietarios. En el Gobierno general los campesinos estaban obligados a entregar cuotas de su producción a los precios fijados por el gobierno. Estas

cuotas se multiplicaron por cuatro entre 1940 y 1943, y en 1942 se impuso la pena de muerte a quienes no las cumplieran.

En algunos casos, como el de Yugoslavia, una explotación semejante resultó imposible, como consecuencia de la fuerza y persistencia de la guerrilla. Aquí se procedió al puro y simple saqueo, como ocurrió con la destrucción de un 40 % de los bosques de Croacia.

Francia fue tratada inicialmente de manera especial, porque interesaba que el gobierno que había establecido su capital en Vichy, bajo la dirección del mariscal Pétain —que administraba una zona del sureste como «gobierno de Francia», pero no podía instalarse en París— mantuviera las colonias de África y Asia bajo su obediencia (en noviembre de 1942 los alemanes ocuparon también esta zona, sin encontrar resistencia alguna). Alsacia y Lorena fueron incorporadas de nuevo a Alemania, expulsando a centenares de miles de franceses, y se proyectaba la anexión de una zona de la costa atlántica.

Pétain había realizado un giro conservador, reemplazando los ayuntamientos de izquierda por otros formados por notables locales, y persiguió a masones, judíos, sindicalistas y comunistas. La nueva Francia había de ser autárquica, basada en un retorno a la tierra, en el corporativismo y la supresión de la lucha de clases. En 1941 se organizó la Legión de los voluntarios franceses contra el bolchevismo para combatir por el cristianismo contra la barbarie rusa.

Gracias a la colaboración de la administración y de la policía francesas, los alemanes controlaban Francia con pocas tropas de ocupación. La colaboración era tan estrecha que, cuando los alemanes ejecutaban a algún rehén para castigar la muerte de un alemán, el gobierno de Vichy escogía las víctimas, comunistas preferentemente, y las entregaba a los alemanes. No fue hasta 1943, cuando las cosas comenzaban a ir mal dadas, cuando tomó fuerza una auténtica resistencia francesa.

Francia pagaba por los costes de ocupación una tarifa que en 1944 llegó a ser de setecientos millones de francos al día. No eran abonos directos, sino que se incluían en una caja de compensación para pagar las provisiones y servicios de trabajo que se pedían a los franceses, a un tipo de cambio fijado por los alemanes, que sobrevaloraba el marco. Como pedían más de lo que cubrían los costes de ocupación, se calcula que la contribución real de los franceses era hacia 1944 de más de mil millones al día; una suma con la que los alemanes

pudieron pagar las campañas del norte de África, la construcción de la muralla del Atlántico y otros gastos de guerra. A esto hay que añadirle la aportación de los trabajadores forzados enviados a Alemania, que se calcula que contribuyeron con unos trece mil millones de horas de trabajo.

Un caso distinto fue el de Noruega, Dinamarca, Luxemburgo y Holanda, a cuyos habitantes se les consideraba de suficiente calidad racial como para integrarse en el imperio, una vez hubieran sido germanizados. A Noruega, sometida a duras cargas por los costes de ocupación, le dedicó su atención el grupo de las SS *Ahnenerbe* («legado ancestral»), que pretendía germanizar aquella parte de la población que fuese racialmente digna de este honor. El proyecto fracasó: en 1942 el intento del gobierno de Quisling de introducir una enseñanza nazi topó con la resistencia mayoritaria de los maestros; en diciembre de 1943, con motivo de una protesta antinazi de estudiantes de la Universidad de Oslo, se envió a 650 de ellos al campamento de Sennheim, en Alemania, para que fuesen reeducados por profesores de la Ahnenerbe, que acabaron decidiendo que no eran aptos para integrarse en una élite racial con la que se pudiese construir una nueva clase dominante noruega y los enviaron al campo de exterminio de Buchenwald en vagones de ganado.

En conjunto se calcula que hacia 1943-1944 los países ocupados proporcionaban un 40 % de los ingresos del tesoro alemán, que es lo que explica los escasos sacrificios económicos que los nazis pidieron a la población del Reich. La utilización de trabajo esclavo permite entender, por ejemplo, por qué en Alemania, a diferencia de lo que ocurrió en Gran Bretaña o en Estados Unidos, no fue necesario que las mujeres participasen en la producción industrial.

Los satélites, por su parte, se subordinaban a las necesidades de la economía alemana, convertidos en proveedores de lo que le faltaba a ésta, especialmente en materia de alimentos: en 1941 los alemanes exigían a Hungría la mitad de su excedente de cereales, el 80 % del maíz y la totalidad de la cosecha de semillas oleaginosas. Tanto estos alimentos como sus contribuciones a la industria de guerra no eran pagados, ya que se consideraban como «contribuciones al esfuerzo común de guerra», sobre cuya liquidación se trataría después.

La historia de la resistencia al ocupante nazi ha sufrido dos manipulaciones posteriores que hacen difícil comprender su realidad. La primera la produjo el deseo de ocultar no sólo las miserias de la colaboración, sino la extensión de lo que los franceses llamaban *attentisme* y los italianos *zona grigia*, que abarca desde la pasividad al oportunismo. Se exageró así, y se adelantó en el tiempo, el despertar de la resistencia francesa y se exageró la importancia de la resistencia interior alemana, magnificada por el atentado frustrado contra Hitler de julio de 1944, cuando todo lo que conocemos parece demostrar que la inmensa mayoría de la población alemana estaba de acuerdo con el régimen y que las cosas sólo empezaron a torcerse en los últimos momentos del conflicto, cuando se endureció la acción de la justicia sobre los propios ciudadanos alemanes.

Un caso ilustrativo es el de Holanda, donde las autoridades colaboraban con los nazis desde 1935, arrestando «elementos marxistas»,[14] con lo que evitaban recibir una masa de fugitivos del régimen nazi. La propia familia real no tuvo inconveniente en que la heredera, Juliana, se casase en 1937 con un alemán afiliado al partido nazi. Cuando se produjo la invasión alemana, en la noche del 9 al 10 de mayo de 1940, las clases dirigentes se acomodaron fácilmente a la situación, colaborando con el comisario del Reich, Seyss-Inquart, y mantuvieron abundantes y provechosas relaciones económicas con Alemania; hubo muchos holandeses que colaboraron con las SS y que ayudaron a la persecución de los judíos (Anna Frank fue denunciada por un holandés). Al acabar la guerra se realizó un gran esfuerzo de ocultación, se envió a los afiliados a las SS a Indonesia —para que se rehabilitasen y ayudaran de paso a mantener el orden colonial con los métodos que habían aprendido de los nazis— y se fabricó la leyenda de un pueblo resistente.

La segunda distorsión la creó la guerra fría, con su empeño por silenciar, o denigrar, la actuación de la guerrilla comunista en Yugoslavia, Grecia, Polonia o Bulgaria. Esto ha dificultado entender la complejidad de lo que en muchos casos tomó caracteres de guerra civil, como en Yugoslavia, donde la guerrilla comunista de Tito no sólo se enfrentaba a la monárquica de «Draza» Mihajlović sino a la Ustaša croata, aliada al nazismo (que en el campo de concentración de Jasenovac asesinó, de 1941 a 1945, más de cien mil serbios, judíos, gitanos y

croatas antifascistas), o a los musulmanes bosnios que se integraron en las SS para luchar contra los partisanos. O un caso como el de Polonia, donde el movimiento Armia Krajowa (Ejército nacional), conservador y antisemita, que seguía las órdenes del gobierno en el exilio instalado en Londres, competía con el comunista *Armia Ludowa*, ligado al Partido Obrero Polaco que respaldaba Moscú.

En este complejo relato habría que incluir muchas otras historias que no caben aquí, como la colaboración de los ucranianos con las SS o la participación de los cosacos, de la que relataré tan sólo un episodio.

El general Piotr Krasnov, que había luchado durante la revolución rusa contra los bolcheviques al frente de los cosacos del Don y había marchado después al exilio, se dejó convencer en 1938 por los nazis para que se uniera a la lucha contra la Unión Soviética al frente de un ejército cosaco. Tras haber combatido en Rusia a lo largo de la guerra, Hitler decidió en 1944 utilizar a los cosacos en el norte de Italia para luchar contra la resistencia de izquierda y contra el avance de las fuerzas yugoslavas de Tito. En julio y agosto de 1944 cincuenta trenes transportaron hacia Italia a hombres, mujeres, viejos y niños, con sus mulas y sus camellos, y se comenzó a expulsar a los italianos de sus casas para instalar en ellas a estos recién llegados, que debieron pensar que aquel iba a ser su nuevo hogar.

Cuando el ejército alemán de Italia se rindió, el 7 de mayo de 1945, los cosacos se internaron en Austria y se entregaron al ejército británico, esperando ser tratados como prisioneros de guerra. Los británicos les dieron inicialmente las seguridades que deseaban, pero al cabo de pocos días los entregaron en bloque a las tropas rusas. Algunos oficiales, entre ellos los que habían desertado del ejército soviético en plena guerra, fueron fusilados de inmediato. Otros desaparecieron en los campos de trabajo de Siberia. Piotr Krasnov fue ahorcado en Moscú en enero de 1947.

Los japoneses, que habían fundado Manchukuo como un «estado virtuoso» en que realizar «la cooperación de las cinco razas» (chinos, manchúes, coreanos, mongoles y japoneses), proclamaban, al extenderse por el sudeste asiático, que estaban liberando aquellas tierras de los imperialistas occidentales y creando la

«Esfera de coprosperidad de la gran Asia oriental».

Uno de sus mayores problemas para crear un imperio era que no contaban con la población suficiente para mantener una ocupación eficaz de un territorio tan amplio. Ésta es una de las razones, pero tan sólo una de ellas, que ayuda a entender la utilidad del terror como medio para asegurar la sumisión. Necesitaban además contar con políticos locales para administrar los nuevos territorios, y en la nómina de los que colaboraron encontramos, al lado de meros títeres, a algunos de los hombres que iban a dirigir la independencia de estos países después de la guerra, como Sukarno, Suharto, Tunku Abdul Rahman, U Nu, Aung San, *etc.*

En 1943 declararon independientes a Filipinas y Birmania, y crearon un gobierno de la India en Singapur. En noviembre de 1943 dirigentes de Manchukuo, de la China ocupada, Tailandia, Birmania y Filipinas se reunieron en Tokio en una «Conferencia de la gran Asia oriental». De todos modos, unas normas de 1941 aclaraban: «Aunque usemos la expresión de cooperación asiática, esto no implica olvidar que Japón fue creado por los dioses, ni presupone la igualdad racial».

Mientras los países proclamados independientes, como Filipinas y Birmania, tenían bajo control japonés los asuntos exteriores y todas las cuestiones de interés militar, los otros eran tratados simplemente como colonias y se señalaba explícitamente que debía impedirse que se industrializasen, puesto que su destino futuro era el de convertirse en proveedores de materias primas y consumidores de productos industriales japoneses. Los malos tratos, abusos y muestras de discriminación racial, sumados a la expoliación de recursos que los condenaba al hambre, explican que los japoneses no fuesen aceptados ni siquiera en los países a los que habían concedido una independencia nominal, donde cientos de miles de guerrilleros lucharon contra ellos. Hubo guerrillas antijaponesas en Filipinas, en Malaya (mayoritariamente de origen étnico chino y de filiación comunista), en Birmania o en Vietnam.

La mayor excepción fue Indonesia, donde, al haber hundido los submarinos aliados los buques que transportaban una gran parte de los japoneses encargados de administrar la nueva conquista, se vieron obligados a contar con los funcionarios nativos y con sus dirigentes, como Sukarno y Muhammad Hatta. El 17 de agosto de 1945, pocos días antes de la rendición de Japón, Sukarno y Hatta

proclamaron la independencia de Indonesia, sin oposición de los japoneses.

La prueba de la insinceridad del programa liberalizador japonés es que nunca se les ocurrió pensar en dar la independencia a Corea, que habían ocupado en 1910, sino que siguieron sometiendo a sus habitantes a una explotación despiadada. Los salarios eran en Corea la tercera parte de los que se pagaban en Japón y las condiciones sanitarias, muy deficientes. Se prohibía la enseñanza en coreano y se practicaba una discriminación racial extrema. Se les reclutó como trabajadores esclavos y se les obligó a participar en la guerra, mientras millares de jóvenes eran enviadas al frente como prostitutas forzadas para los soldados japoneses.[15]

Mucho menos conocidos que los del holocausto europeo, los daños causados por los japoneses fueron posiblemente mayores, puesto que se calcula que fueron responsables de la muerte de veinte a treinta millones de asiáticos, en su mayoría de origen étnico chino, fallecidos como consecuencia de las atrocidades cometidas sobre los prisioneros de guerra y sobre los civiles en los «cruceros de la muerte» y en unos campos de concentración en que se les obligaba a trabajos agotadores. Mención especial merecen los centros de investigación de armas bacteriológicas en que se sacrificaron millares de presos; el más importante de ellos era el establecido en Pingfan, cerca de Harbin (en el Manchukuo), conocido como la unidad secreta 731, donde un millar de investigadores experimentaban armas bacteriológicas y practicaban la vivisección sin anestesia en seres humanos.

El reflujo

A mediados de 1942 se inició el reflujo en todos los frentes, comenzando por Rusia, donde al llegar la primavera, cuando los soviéticos esperaban que los alemanes seguirían atacando en dirección a Moscú, y mantenían allí la mayor parte de sus reservas, la Wehrmacht y las tropas de sus satélites iniciaron el 28 de junio una gran ofensiva en el sur, en dirección al soñado petróleo del Cáucaso. Estas tropas avanzaron hasta Stalingrado, a orillas del Volga, donde se luchó calle por calle desde agosto de 1942 hasta enero de 1943. «A veces —escribe Grossman— las trincheras excavadas por el batallón están a veinte

metros del enemigo. El centinela puede oír como caminan los soldados en la trinchera alemana, y sus discusiones cuando se reparten la comida.» Hitler, que estaba convencido de que los rusos estaban exhaustos, ordenó resistir allí a toda costa, al igual que se lo exigía a Rommel en el norte de África, donde las tropas alemanas fueron derrotadas a comienzos de noviembre en El Alamein.

Los rusos, cuyas fábricas comenzaban a producir más y mejores tanques y aviones que los alemanes, contraatacaron en Stalingrado en noviembre de 1942 y cercaron a los 275.000 combatientes (alemanes, rumanos, algunos italianos y «hiwis», o sea rusos al servicio de los nazis) al mando del general Von Paulus. Aunque Hitler les había ordenado resistir, los soldados, insuficientemente aprovisionados por el aire por los aviones de la Luftwaffe, morían de hambre y de frío, y eran incapaces de enfrentarse a las tropas rusas, mejor equipadas y alimentadas. El 31 de enero de 1943 Paulus se rindió con unos cien mil soldados, que era lo que quedaba de aquel gran ejército tras una batalla en que hubo más de cien mil muertos y unos ciento treinta mil prisioneros, muchos de los cuales murieron posteriormente en los campos de trabajo. Era no sólo una gran derrota, sino el inicio de un cambio decisivo en el curso de la guerra.

Un cambio que se confirmó cuando en el verano de 1943 fracasó el último gran intento alemán de contraatacar en Rusia, la operación Zitadelle, dirigida contra el saliente de Kursk. La suerte de la batalla, en que intervinieron unos tres millones de combatientes, y que fue el mayor choque de fuerzas acorazadas de la historia, la determinó la superioridad soviética tanto en hombres como en cañones y aviones.[16] El fracaso en Kursk se produjo al mismo tiempo que los aliados desembarcaban en Sicilia, lo que obligó a los alemanes a retirar aviones del este para dedicarlos a la defensa de Italia. Era el comienzo del fin; desde aquel momento los alemanes comenzaron a retroceder, destruyéndolo todo en la retirada,[17] y los rusos no pararon hasta llegar a Berlín.

Paralelamente se producía el fracaso de la campaña de África. En febrero de 1941 los alemanes habían enviado a Trípoli las fuerzas del Afrika Korps, al mando del general Erwin Rommel, para apoyar a los italianos. Rommel obtuvo grandes éxitos en su avance hacia Egipto; pero cuando su entrada en Alejandría parecía próxima, los británicos pudieron frenar su avance en la llamada «primera

batalla de El Alamein» (1-27 de julio de 1942). La situación había cambiado por la superioridad aérea de los británicos y por la eficacia de sus submarinos, que dificultaban el aprovisionamiento de las tropas de Rommel y las dejaron sin la gasolina necesaria para maniobrar adecuadamente. En la llamada «segunda batalla de El Alamein» (23 de octubre-4 de noviembre de 1942), la superioridad del ejército británico en hombres (gracias a la aportación de australianos y neozelandeses) y en recursos (los alemanes conservaban tan sólo 36 de los 249 tanques con que habían comenzado la batalla), aseguraron el triunfo británico.

Por estos mismos días, el 8 de noviembre de 1942, ingleses y norteamericanos desembarcaban en Marruecos y en Argelia. Los alemanes, en unos momentos en que la campaña de Rusia exigía un máximo esfuerzo, fueron incapaces de apoyar a sus fuerzas en África del norte, que se rindieron en mayo de 1943.

Entre tanto Roosevelt y Churchill se habían reunido en la conferencia de Casablanca, del 14 al 23 de enero de 1943, a cuyo término el presidente norteamericano declaraba que habían llegado al acuerdo de exigir «la rendición incondicional de Alemania, Italia y Japón».[18]

El 10 de julio de 1943 los aliados desembarcaban en Sicilia y el 3 de septiembre lo hacían en la península italiana. Mientras tanto el Gran consejo fascista había pedido la destitución de Mussolini, que el rey confirmó el 25 de julio, reemplazándolo por el general Badoglio, que firmó en secreto un armisticio con los aliados. Éstos dieron publicidad a la rendición el 8 de septiembre y Badoglio y el rey tuvieron que huir hacia el sur, a Brindisi, para buscar la protección de los aliados, sin haber podido preparar la resistencia a los alemanes, de modo que mientras la marina y la aviación obedecieron las órdenes del rey y fueron a entregarse a las bases aliadas, el ejército se desintegró, entre el enfrentamiento a los alemanes (Hitler dio órdenes de que se fusilase como francotiradores a los soldados italianos que no se sometieran) o la rendición y la entrega de las armas. Esto provocó un tremendo desconcierto, acompañado de matanzas de los soldados italianos que se rendían en Albania, Yugoslavia, Grecia o las islas del Egeo (en Cefalonia los alemanes fusilaron a sangre fría a unos dos mil italianos que habían entregado las armas).

Mussolini, liberado el 8 de septiembre de su confinamiento en las montañas del Gran Sasso por una operación de comando, fue puesto al frente de una fantasmagórica República Social Italiana de Saló, que duró seiscientos días. Un período que aprovechó para condenar a muerte a los que le habían traicionado, incluyendo a su propio yerno, el conde Ciano, en los procesos de Verona de diciembre de 1944, y para ordenar que se matase a todos los guerrilleros que cayeran presos con las armas en la mano.

Hitler, dispuesto a castigar la traición de los italianos, estimuló a sus tropas a aplicar una represión brutal. Cuando un atentado causó en Roma la muerte de treinta y dos soldados alemanes, dio orden de que se ejecutase a cincuenta italianos por cada alemán muerto. Se le pudo convencer de que rebajase la cifra de cincuenta a diez y hubo que buscar a los italianos que habían de ser fusilados en las cuevas de las Fosse Ardeatine. Como no tenían suficientes prisioneros, los alemanes les añadieron judíos y una serie de presos proporcionados por las autoridades italianas, con lo que se completó una cifra de 335 fusilados, en una sucesión de 67 tandas de ejecución que les ocuparon toda la tarde del 24 de marzo de 1944, tras lo cual dinamitaron las cuevas para ocultar el crimen.

La ocupación de Italia les resultó a británicos y norteamericanos larga y difícil, en especial tras haber fracasado su intento de ocupar el centro de la península con el desastroso desembarco en Anzio, en enero de 1944, que pretendía dejar aislados a los alemanes en el sur y que dio lugar a la batalla de Montecassino, en que los aliados tuvieron cincuenta y cinco mil bajas. La guerra tomó aquí unos caracteres confusos, con soldados italianos luchando en ambos ejércitos, a la vez que lo hacían entre sí los partisanos antifascistas y los fascistas de Saló, en lo que fue realmente una guerra civil, inserta en la que enfrentaba a alemanes y aliados.

En Asia, donde los japoneses sufrieron en junio de 1942 graves pérdidas en la batalla naval de Midway, la campaña norteamericana tenía dos ejes. El primero en el Pacífico, donde, bajo la dirección de MacArthur y del almirante Nimitz, se pretendía arrebatar a los japoneses las islas principales,[19] en un afán por llegar a las Filipinas o a Taiwán, a una distancia desde la cual se pudiera realizar el asalto a Japón. El segundo, dirigido por Stilwell, tenía como objetivo abrir la

ruta de Birmania y enfrentarse a los japoneses en suelo chino, a la vez que frenaba sus intentos de invadir la India, donde los japoneses esperaban que se produjera una insurrección contra los británicos (en octubre de 1943 patrocinaron la creación de un «Gobierno provisional de la India libre», dirigido por Subhas Chandra Bose). Para prevenir la invasión, los británicos destruyeron unas veinte mil pequeñas embarcaciones de pesca y transporte, con lo que contribuyeron a agravar la gran hambruna de 1943 que causó millones de muertos en Bengala.

Aprovechando el debilitamiento temporal en Oriente de las fuerzas aéreas aliadas con motivo del inicio de la invasión de Francia, los japoneses lanzaron en marzo de 1944 una campaña que había de avanzar por Birmania hacia la India (acompañados por cuarenta mil soldados de un llamado «Ejército nacional indio», reclutados en los campos de prisioneros), y en abril del mismo año emprendieron otra, encaminada a eliminar la amenaza de los aeródromos chinos desde los cuales se bombardeaba Japón, a la vez que intentaban acabar con la resistencia de los nacionalistas del Guomindang.

El desembarco norteamericano en Saipán, en las islas Marianas, el 15 de junio de 1944, seguido en agosto por la conquista de Guam y de Tinian, inició un cambio decisivo en la guerra, puesto que permitió instalar en estas islas aeródromos desde los cuales era posible efectuar bombardeos regulares sobre Japón. Comenzaba así una nueva etapa de guerra total que obligó a los japoneses a abandonar la campaña de China. Al propio tiempo, la ofensiva en dirección a la India acabó con una gravísima derrota en Imfal-Kohima, donde tuvieron cincuenta y cinco mil bajas, con un total de treinta mil muertos, muchos de ellos por hambre y enfermedad, de modo que quedó abierta una vía de aprovisionamiento de las tropas chinas por Birmania. Estados Unidos se prepararó entonces para asaltar Filipinas.

La derrota

En la conferencia de Teherán, en diciembre de 1943, los tres grandes —Roosevelt, Churchill y Stalin— decidieron emprender al año siguiente una ofensiva conjunta contra Alemania, que se completaría con desembarcos en

Normandía y en el sur de Francia. Hitler, sin embargo, conservaba todavía esperanzas de dar la vuelta a la guerra; de hecho, sabemos que no las perdió hasta los últimos días de su vida, durante su estancia en el búnker en que se suicidó en abril de 1945. En su discurso de primero de año de 1944 les dijo a los alemanes que les iba a pedir sacrificios porque «el curso de la guerra, en toda su enormidad, alcanzará su punto crítico». Había frenado a los aliados en Italia, tras el frustrado desembarco en Anzio, y reforzaba la «muralla del Atlántico», desde Noruega hasta los Pirineos, con la esperanza de obtener un triunfo decisivo sobre el previsto desembarco angloamericano.

La ofensiva aliada se inició en Italia, donde Roma fue liberada el 5 de junio de 1944, y aunque el avance hacia el norte resultó difícil, se consiguió retener un buen número de fuerzas alemanas en aquel escenario en los días en que se producía, el 6 de junio de 1944, el desembarco aliado en Normandía (operación Overlord), seguido, a mediados de agosto, de otro en el sur de Francia que les permitió apoderarse de Toulon y Marsella. La réplica alemana fue, a partir del 13 de junio, el inicio del bombardeo de Gran Bretaña con misiles (las «bombas volantes» V1 y V2; el supercañón V3, destinado a destruir Londres, no llegó a entrar en funcionamiento), mientras esperaban que sus nuevos aviones de reacción entraran en combate y les diesen la superioridad en el aire.

El desembarco del Día D en Normandía fue la mayor operación anfibia de la historia, con la participación de cinco mil barcos, ocho mil aviones y una primera oleada de ocho divisiones. Hitler había preparado sus fuerzas para repeler la invasión, convencido de que podrían rechazar a los aliados, lo cual le permitiría concentrar el esfuerzo contra los ejércitos soviéticos. La resistencia alemana en Francia fue considerable; pero no bastó para frenar a las fuerzas que habían desembarcado, mientras en el este el ejército alemán sufría su mayor derrota.

El fracaso del atentado contra Hitler, el 20 de julio de 1944, que desvanecía cualquier esperanza de negociación, se producía al mismo tiempo que las fuerzas aliadas en Normandía superaban la resistencia alemana y se adentraban en Francia. París cayó en sus manos en agosto —en una campaña en que participaron activamente fuerzas republicanas españolas que luchaban al lado de

los aliados, confiando en que la liberación de la España franquista iba a ser el paso siguiente de la guerra— y el 21 de octubre cayó la primera ciudad alemana, Aachen (la residencia de Carlomagno, conocida también como Aix-la-Chapelle o Aquisgrán).

Entre tanto ingleses y norteamericanos estaban sometiendo las ciudades, las fábricas, los puentes y las líneas de ferrocarril de Alemania a una campaña de bombardeos en masa (*carpet bombing*). Entre junio y octubre de 1944 las aviaciones británica y norteamericana lanzaron sobre el Reich medio millón de toneladas de bombas, en una escalada que tuvo como culminación el salvaje bombardeo de Dresde el 13 y 14 de febrero de 1945, que causó unos 135.000 muertos y arrasó una ciudad que no tenía importancia industrial ni militar. En estos momentos los militares aliados seguían creyendo —equivocadamente, como se pudo comprobar al final de la guerra—, que los bombardeos afectaban gravemente a la producción industrial de armamento. No fue así, por lo menos hasta los últimos meses de la guerra, de modo que el efecto real de estas campañas fue el de causar muerte y terror entre la población civil.

Mientras se estaba luchando en Normandía, las fuerzas soviéticas, que habían expulsado ya a los alemanes de la mayor parte de Ucrania, iniciaban, en la noche del 21 al 22 de junio de 1944, en el tercer aniversario de la invasión hitleriana, la operación Bagration, con 1.250.000 soldados, 4.000 tanques y 6.000 aviones que infligieron al ejército alemán la más grave derrota sufrida hasta entonces y le causaron 500.000 bajas. El 17 de julio desfilaban por las calles de Moscú 57.000 soldados alemanes presos, con 19 generales a la cabeza. Los ejércitos soviéticos se adentraban ahora en Polonia y el 23 de julio descubrían los campos de exterminio alemanes de Majdanek, Sobibor y Treblinka. Poco después, exhaustos y desabastecidos, llegaban ante Varsovia, donde se detuvieron sin intervenir en el frustrado intento de revuelta de la Armia Krajowa, que se inició el 1 de agosto; los alemanes aplastaron implacablemente a los sublevados, a lo que siguió la destrucción de la ciudad de Varsovia con fuego y explosivos.

El ejército soviético había ido avanzando también por el sur. En enero de 1943 los rusos habían destrozado el ejército húngaro en el Don, donde perdió la mitad de sus doscientos mil hombres. Horthy retiró a los restantes y trató de llegar a un acuerdo con los aliados, algo en que éstos no estaban interesados.

Conocedor de estas negociaciones, Hitler echó del poder a Horthy, reemplazado por un gobierno títere, y en marzo de 1944 ocupó con sus tropas Hungría sin encontrar resistencia. Adolf Eichman se encargó entonces de capturar a los judíos de las zonas rurales, a los que Horthy había protegido, para enviarlos a Auschwitz.

En agosto los rusos iniciaron una ofensiva en el sur que consiguió la rendición de Rumania y de Bulgaria, lo que privaba a los alemanes de su principal proveedor de petróleo. Por otra parte, el rápido desmoronamiento de sus ejércitos en los Balcanes amenazaba con dejar aisladas las tropas alemanas en Grecia y en Yugoslavia.

Fue en estos momentos, el 9 de octubre de 1944, cuando Churchill viajó a Moscú con una delegación británica para negociar con los rusos el reparto de influencias después del fin de la guerra. El intérprete que la presenció nos ha contado lo que se dijo en una conversación privada entre ambos: el primer ministro inglés, tras haber afirmado que «Estados Unidos lo pide todo para ellos y deja oportunidades muy limitadas para Gran Bretaña y la Unión Soviética», le propuso formalmente un reparto de zonas de influencia en que Grecia quedaba mayoritariamente para Gran Bretaña (90 %-10 %), Rumania para los soviéticos (90 %-10 %) y le dio además un papel en que se exponían los porcentajes de reparto de influencias para Yugoslavia (50 %-50 %), Hungría (50 %-50 %) y Bulgaria (75 % para Rusia-25 % para los demás). «Stalin le devolvió el papel sin decir nada y Churchill añadió: "¿No pareceremos unos cínicos si se llega a saber que hemos decidido estas cuestiones, vitales para millones de persones, tan a la ligera? ¿Quemamos el papel?". "No —replicó Stalin—, guárdelo usted". Churchill lo dobló y se lo metió en el bolsillo.»

Hitler intentó todavía una «última jugada». El sábado 16 de diciembre de 1944 las tropas alemanas iniciaban un ataque por sorpresa en los bosques nevados de las Ardenas, con la intención de avanzar hacia Amberes, dividir las fuerzas aliadas e infligirles una severa derrota. Soñaba con repetir el éxito que había alcanzado en 1940, al inicio de la guerra, con un nuevo Dunkerque que, al expulsar a sus enemigos del oeste, le permitiese destinar todas sus fuerzas a parar el avance de los rusos por suelo alemán. Fue en el inicio de esta batalla, el

17 de diciembre, cuando los hombres de las SS que mandaba Joachim Peiper mataron en Malmedy a ochenta y dos soldados norteamericanos, a lo que siguió posteriormente el asesinato sistemático de civiles belgas. La batalla, en que intervinieron más de un millón de hombres y dos ejércitos blindados, pudo parecer inicialmente un renacer de las fuerzas armadas alemanas, pero a mediados de enero de 1945 acababa en un fracaso que costó al ejército alemán setenta y cinco mil bajas y una gran pérdida de tanques, aviones y cañones, lo que contribuyó a agotar sus escasas reservas.

El 12 de enero de 1945 los rusos iniciaban la ofensiva que les iba a llevar del Vístula al Óder, a setenta kilómetros de Berlín. Ésta iba a ser una campaña de una brutalidad extrema, como respuesta a la «guerra de exterminio» que Hitler había declarado en 1941. Como dijo Ilyá Ehrenburg, «Hasta que alcanzamos las fronteras de Alemania éramos libertadores. Ahora seremos jueces», fueron más bien verdugos. Los alemanes, por su parte, dejaban un rastro de destrucción en su retirada: «incendiaban todo lo que estaba a la vista, mataban o se llevaban el ganado y volaban manzanas enteras de casas en las ciudades, así como puentes y líneas férreas».

En el oeste las tropas aliadas tomaron el puente de Remagen y cruzaron el Rin el 7 de marzo; era el comienzo de la carrera hacia Berlín, y Stalin, consciente de lo que significaba, ordenó a Zhúkov que acelerase el avance hacia la capital del Reich. El 16 de abril dos cuerpos del ejército soviético con dos millones y medio de soldados y el mayor potencial de fuego que se hubiese visto hasta entonces avanzaban por el sur y por el norte hacia Berlín, que ocuparon el 2 de mayo de 1945.

Hitler, que el 20 de abril había celebrado su cincuenta y seis aniversario en el refugio de su búnker, se suicidó el 30 de abril y, ante la defección de Göring y de Himmler, que trataban de llegar a acuerdos con los aliados por su cuenta, nombró como sucesor al almirante Karl Dönitz. Dos días antes, el 28 de abril, Mussolini y su amante, Clara Petacci, habían sido ejecutados por los partisanos y sus cadáveres se exhibieron, colgados por los pies, en el *Piazzale* Loreto de Milán.

Todavía iba a derramarse más sangre en estos últimos días; los checos, creyendo

inminente la llegada de las tropas aliadas, se sublevaron en Praga el 5 de mayo, y durante unos días se vengaron ferozmente de los soldados alemanes que capturaban, colgándolos de las farolas. Pero los soviéticos no llegaron hasta el día 9 y durante estos días los checos no tuvieron más apoyo que el de los hombres del Ejército nacional de liberación ruso (RONA) de Andréi Vlásov, que, revolviéndose en este último momento contra los alemanes a cuyo lado habían luchado, impidieron que llegasen las tropas que Dönitz había enviado para castigar a los checos.

Dönitz se rindió incondicionalmente el 8 de mayo;[20] pero, creyendo que la capitulación se refería tan sólo al ejército, mantuvo un gobierno fantasma un par de semanas más, hasta que los aliados arrestaron a sus miembros el 23 de mayo de 1945, que es, por consiguiente, el día en que acabó oficialmente el Tercer Reich. El 5 de junio los aliados publicaban la Declaración de Berlín por la que asumían todos los poderes del gobierno: militar, local y municipal. No había ya, por tanto, autoridades alemanas.

A mediados de 1944 los japoneses, que controlaban el centro y el sur de China, se veían obligados a concentrar sus esfuerzos en el Pacífico, donde en octubre de 1944 los norteamericanos, al mando del general MacArthur, desembarcaban en la isla de Leyte para iniciar la reconquista de las Filipinas, una acción que los japoneses trataron en vano de impedir empeñando su flota en la llamada «batalla de Leyte» (24-25 de octubre de 1944), el mayor combate naval de la guerra, en que los japoneses perdieron numerosas unidades y se vieron forzados a suplir su falta de cobertura aérea con la actuación de una nueva arma: los ataques de los pilotos suicidas drogados (*kamikaze* o *tokkötai*), que causaron numerosas pérdidas a los aliados hasta el fin de la guerra.

Pese a su victoria en el mar, los norteamericanos se vieron obligados a luchar duramente en Leyte, donde los japoneses siguieron transportando tropas desde Luzón, la isla principal del archipiélago, en la que los norteamericanos desembarcaron a comienzos de enero de 1945. En Luzón, donde contaron con la ayuda de los guerrilleros filipinos, se vieron obligados a combatir durante dos meses, hasta que tomaron Manila el 3 de marzo, a costa de la muerte de cien mil de sus habitantes, muchos de ellos víctimas de los asesinatos y violaciones en

masa practicados por los japoneses. Los combates duraron en Filipinas hasta la rendición de Japón.

En febrero de 1945 la conquista de la isla de Iwo Jima, a seiscientas cincuenta millas de Japón, costó las vidas de siete mil marines americanos y de veinte mil japoneses; se trataba de eliminar los aeródromos desde los que actuaban los cazas japoneses que atacaban a los bombarderos norteamericanos con destino a Japón y, al propio tiempo, de disponer de un refugio en que pudiesen aterrizar los bombarderos dañados en estos ataques, en lugar de precipitarse en el Pacífico. La conquista de otra isla, la de Okinawa, que duró de abril a junio de 1945, fue la última gran batalla de la guerra en el Pacífico. Su proximidad a Japón (550 km) la convertía en un punto necesario para organizar un desembarco. Participaron en el combate 1.457 embarcaciones, entre las cuales más de 40 acorazados, y 430 buques de transporte de tropas, que llevaban 567.000 hombres, 50.000 de los cuales habían de protagonizar un primer desembarco, tras cinco días de bombardeos y de ataques navales, para enfrentarse a los 77.000 hombres de la guarnición japonesa, protegidos por una red de cuevas, refugios y defensas, y con el apoyo adicional de unos 2.000 kamikazes. El resultado fue la muerte de 70.000 soldados japoneses, de unos 12.000 norteamericanos y de más de 100.000 de los 460.000 habitantes de la isla, civiles atrapados entre dos fuegos.

Los horrores de Okinawa representaban un anticipo de lo que podía ocurrir en el proyectado desembarco en Japón, que estaba previsto que se realizara en dos operaciones, en noviembre de 1945 y en marzo de 1946. Pero desde marzo de 1945 comenzó, bajo la dirección del general Curtis LeMay, una nueva fase en los bombardeos norteamericanos, usando los nuevos aviones B-29 y las bombas incendiarias de napalm, que tenían un tremendo efecto destructor en las ciudades japonesas, donde predominaban las construcciones en madera. En la noche del 9 al 10 de marzo de 1945 trescientos B-29 lanzaron sobre Tokio 1.665 toneladas de bombas incendiarias que arrasaron un área de cuarenta kilómetros cuadrados en que el fuego se mantuvo durante cuatro días; mataron a cerca de cien mil personas (83.793 según la policía de Tokio) y dejaron a un millón sin hogar, en el más devastador bombardeo de la historia. En las semanas siguientes se repitieron en Tokio[21] y en otras 66 ciudades japonesas, y elevaron el número de muertos a unos 900.000. Al propio tiempo la combinación de los ataques de

los submarinos y el lanzamiento de minas en las aguas costeras estaban reduciendo a los japoneses al hambre. Meses antes de su rendición, los japoneses estaban ya derrotados.

Para forzar su rendición, el nuevo presidente norteamericano, Harry Truman, que sucedía a Roosevelt tras su fallecimiento en abril de 1945, presionó a Stalin para que cumpliese con su compromiso de declarar la guerra a Japón, un hecho que arruinó las pocas esperanzas que los japoneses mantenían de lograr una paz negociada, y que parece haber sido más importante para decidir su rendición que los efectos del lanzamiento sobre territorio japonés de las dos bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki (6 y 9 de agosto de 1945).[22] De esta forma se llegó a la rendición, que se firmó el 2 de septiembre de 1945 a bordo del acorazado *Missouri*.

Terminaba así la mayor de las guerras de la historia, que dejaba tras de sí 60 millones de muertos, en su mayoría civiles, de los que unos 27 millones correspondían a las víctimas causadas en la Unión Soviética y unos 15 millones a las de China.

7

EL INICIO DEL SIGLO AMERICANO

Vencedores de nuevo en una guerra mundial, y en mayor grado aun que en la Primera, como únicos poseedores del arma nuclear, los norteamericanos habían aprendido la lección de que no les convenía aislarse de nuevo, como habían hecho al término de la Gran guerra. Antes incluso de que entrasen en la conflagración, el 17 de febrero de 1941, Henry Luce avisaba ya que no podían permitirse el aislacionismo, sino que habían de asumir la convicción de que el siglo XX era «el siglo americano».

De acuerdo con esta idea, los gobernantes estadounidenses aspiraban en 1945 a recomponer un mundo de libre comercio que hiciera posible reactivar los intercambios internacionales, en los que, con su estructura productiva intacta, tendrían un papel predominante que les ayudaría a establecer el «liderazgo global» sobre el que había de basarse su supremacía política.

No era un escenario neutral, que ofreciese a todos los participantes las mismas oportunidades, porque partía de una desigualdad que se proponían mantener. Nadie lo expresó con más claridad que George Kennan en un texto de 1948, escrito mientras era funcionario del departamento de Estado, donde partía del hecho de que Estados Unidos tenía «alrededor del 50 % de la riqueza del mundo y tan sólo el 6,3 % de su población» para sostener: «En esta situación no podemos dejar de ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea real en el período que se acerca es diseñar una pauta de relaciones que nos permita mantener esta posición de disparidad, sin detrimento de nuestra seguridad nacional. Para conseguirlo tendremos que prescindir de sentimentalismos y fantasías, y concentrarnos en todas partes en nuestros objetivos nacionales

inmediatos ... Hemos de dejarnos de objetivos vagos y poco realistas como los derechos humanos, la mejora de los niveles de vida y la democratización».

Debían hablar en público de estos «objetivos vagos y poco realistas» como elemento de propaganda, pero dirigir en la práctica su política en función de las necesidades a que obligaba el mantenimiento de su superioridad. Los derechos humanos, la democracia y la mejora de los niveles de vida servirían de legitimación para la formación de un amplio imperio informal de países con gobiernos «favorables a nuestro estilo de vida» y a la libre empresa, como diría unos años más tarde Eisenhower, que no pusieran obstáculos a la expansión económica norteamericana.

Una expansión que se producía en el marco de un «mercado libre» sobre cuya naturaleza dijo Thomas Friedman: «La mano oculta del mercado no puede funcionar sin un puño oculto. McDonald's no puede prosperar sin McDonnell Douglas, el diseñador del F-15. Y el puño oculto que mantiene el mundo a salvo para que las tecnologías de Silicon Valley puedan florecer se llama el ejército, la fuerza aérea, la marina y el cuerpo de infantería de marina de Estados Unidos».

Fuera de este ámbito imperial, conocido convencionalmente como «el mundo libre», pese a que se integraban en él monarquías absolutas y a que las dictaduras fueron siempre el sistema de gobierno que los estadounidenses preferían para los demás, quedaban la Unión Soviética, China y sus satélites. Para aislarlos se dejó a un lado señalar las diferencias entre los sistemas sociales de uno y otro bando, para presentarlos como un enemigo implacable, que amenazaba con conquistar el «mundo libre», lo cual no era verdad, pero servía para crear lazos de solidaridad entre los miembros del imperio, conscientes de que sólo Estados Unidos, con su dotación de bombas atómicas, podía garantizarles protección contra esta amenaza imaginaria. Sobre esta base se organizó el mito de la «guerra fría», supuestamente dirigida contra una formidable potencia soviética, pero cuyo móvil real era, aparte de asegurar la solidaridad entre sus miembros, el miedo a la influencia que el modelo socialista pudiera ejercer entre los descontentos de las sociedades capitalistas, amenazando la continuidad del sistema.

Desde 1945 la historia del mundo estaría marcada por la sucesión de los ocupantes de la presidencia norteamericana, como la del mundo mediterráneo en la época romana lo había estado por la de los emperadores. Cada cuatro años,

cuando en noviembre se aproximaba la fecha de la elección de un nuevo amo del mundo (el martes correspondiente entre los días 2 y 8), la atención global estaba fija, y sigue estándolo setenta años más tarde, en este acontecimiento, del que pueden depender la guerra o la paz universales.

Un nuevo orden mundial

La guerra acabó en una rendición incondicional (con matices en Japón, donde se respetaba la continuidad del emperador). Era lo que Roosevelt había propuesto en Casablanca y lo que los tres grandes reafirmaron en su reunión en Moscú en octubre de 1943, donde decidieron además que se castigaría a los dirigentes nazis y japoneses por sus crímenes de guerra, y que se crearía una Organización de las Naciones Unidas.

En febrero de 1945, en una nueva conferencia, celebrada en Yalta (Crimea), los tres grandes se pusieron de acuerdo acerca de la partición de Alemania en cuatro zonas de ocupación (a las suyas se añadiría otra para Francia) y se discutió la situación de Polonia. Éste era un tema prioritario para Stalin, que quería restablecer la frontera en la línea Curzon —algo que sus aliados habían aceptado ya en la conferencia de Teherán— y asegurarse un gobierno favorable en Polonia, sobre la base del comité de Lublin, dominado por los comunistas, al que proponía que se unieran miembros del gobierno polaco en el exilio instalado en Londres.[1]

Para Roosevelt, que había sido secretario adjunto de Marina con Wilson y había vivido el drama de su fracaso en relación con la Sociedad de Naciones, lo fundamental era asegurar la participación de los soviéticos en la Organización de las Naciones Unidas, el gran proyecto con el que esperaba garantizar la paz mundial. Para Stalin, en cambio, el objetivo más importante era la reconstrucción de su país, destrozado por la invasión nazi. Esperaba conseguir un préstamo norteamericano —confió en ello mientras vivía Roosevelt, con quien había establecido una buena relación personal—, pero luchaba a la vez por asegurarse unas cuantiosas reparaciones económicas de Alemania, que era culpable directo de haber arrasado su país.

El 25 de abril de 1945, cuando aún no había terminado la guerra, se

reunieron en San Francisco los representantes de 46 países para fundar una Organización de las Naciones Unidas que se suponía que había de contribuir a crear un nuevo orden mundial. Constaba de una Asamblea general abierta a todos los países miembros, pero el poder de decisión estaba en manos de un Consejo de seguridad de quince miembros, en que los «cinco grandes» —Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China— tenían plaza permanente y contaban con el derecho de veto, lo que les permitía, y les sigue permitiendo en la actualidad, bloquear las decisiones que no les acomodasen.[2]

En realidad, las grandes líneas políticas del nuevo orden habían sido ya fijadas por las tres potencias dominantes en sus reuniones en Moscú, Teherán, Yalta y Potsdam. Mientras que en el terreno de la economía lo fueron en julio de 1944 en la conferencia de Bretton Woods, que creó el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, integrado posteriormente en el Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional (FMI) como reguladores de la economía financiera, con la intención de evitar que se reprodujeran los desórdenes monetarios que se habían vivido al término de la Primera guerra mundial. Pero también, y ante todo, para garantizar la libertad del comercio internacional, eliminando todas las restricciones, lo que era esencial para asentar la supremacía de Estados Unidos.

Para asegurar la estabilidad monetaria se escogió el dólar como moneda de referencia, según la propuesta del representante norteamericano Harry Dexter White, y se rechazó la de John M. Keynes, que planteaba la creación de una Unión Internacional de Compensación, que usaría para sus cuentas una moneda no convertible en oro, el «bancor». La elección del dólar se basaba en el hecho de que en aquellos momentos las reservas de oro norteamericanas representaban del 60 al 80 % de las del mundo, lo que permitía mantener su plena convertibilidad al cambio de 35 dólares la onza de oro. Pese a los esfuerzos realizados por Harry Dexter White, que sirvieron de base a las acusaciones posteriores de que estaba en connivencia con los soviéticos, éstos, que desconfiaban del régimen de dependencia que implicaba el nuevo plan, firmaron inicialmente el acta, pero se negaron posteriormente a integrarse en el sistema.[3]

La elección de la moneda no era inocente. Como dice Michael Hudson, el

dólar sirvió «a modo de arma de la guerra fría» que el Banco Mundial utilizaba para financiar a los países subdesarrollados amigos de Estados Unidos, prestándoles dólares para construir infraestructuras, «a fin de hacer ganar dinero a las empresas norteamericanas de ingeniería», con la seguridad de mantenerlos después controlados a través de sus deudas.

Los temas políticos que habían quedado pendientes en Yalta se resolvieron unos meses más tarde, del 16 de julio al 2 de agosto de 1945, en Potsdam, en una reunión en que cambiaron dos de los tres protagonistas de las anteriores: Harry S. Truman sucedió a Roosevelt, que había fallecido en abril, y Clement Atlee reemplazó en el curso de las negociaciones a Winston Churchill, que se hallaba presente al inicio, pero que hubo de retirarse cuando fue derrotado en las elecciones británicas de aquel mes de julio.

El clima de cordialidad que había existido en las reuniones celebradas en la época de Roosevelt no volvió a aparecer. No era tan sólo una cuestión de personalidades; en realidad, si nos guiamos por lo que escribió en estos días, Truman se entendía bien con Stalin y confiaba en los soviéticos. No puede decirse lo mismo de Churchill, que antes de concluir la contienda había ordenado la preparación de planes para una nueva guerra contra la Unión Soviética, en la llamada «operación impensable».

Truman consiguió en Potsdam la confirmación de la entrada de la Rusia soviética en la guerra contra Japón, que era su principal objetivo, pero británicos y norteamericanos se negaron a aceptar que las elevadas reparaciones que los soviéticos pretendían recibir de Alemania salieran también de las zonas occidentales que iban a controlar. Nunca tomaron en cuenta que los costes que los rusos habían asumido en la guerra, tanto en vidas humanas como en destrucción de sus recursos, eran superiores a los de todos los demás juntos, vencedores y vencidos. Truman les negó además el crédito que solicitaban, mientras se lo concedía a los británicos. En realidad eran muchos los que pensaban, como el mariscal Alan Brooke, que el hecho de que los rusos hubieran de realizar un duro esfuerzo para recuperarse era una garantía de que se mantendrían débiles durante muchos años.

En Japón, en cambio, los norteamericanos no aceptaron interferencias. Aunque existiera un Consejo aliado, el control del país quedó en manos del general MacArthur, quien, al frente de unas fuerzas de ocupación que llegaron a

los cuatrocientos mil hombres, actuaba como un virrey, como se pudo ver cuando impuso a los japoneses una constitución en cuya elaboración no se les permitió participar. Los intentos de realizar reformas democratizadoras cesaron además en 1947, cuando el inicio de la guerra fría cambió el clima político, y se dio prioridad a alentar la restauración económica, apoyándose en los zaibatsu. Georges Kennan, que fue enviado a Japón para reestructurar su economía, escribía en su diario: «No estoy de acuerdo en que insistamos en pedir a los japoneses la promesa de ser democráticos y respetar los derechos humanos, cuando me consta que no tenemos intención alguna de insistir en que cumplan esta promesa, una vez la hayan firmado».

La recuperación económica iba destinada a reducir los costes de la ocupación, reanimando la producción industrial japonesa y ayudándola a competir de nuevo en los mercados asiáticos. El nuevo ministerio de Comercio internacional e industria (MITI) y el ministerio de Hacienda se esforzaron en favorecer el desarrollo de la industria pesada, que disponía de una tecnología avanzada, y contribuyeron a que los bancos facilitasen crédito barato a los proyectos que se seleccionaban desde el gobierno, a los que se proporcionaban además ventajas para la importación de maquinaria extranjera y protección arancelaria para sus productos. Los viejos zaibatsu se transformaron ahora en *keiretsu*, grandes complejos integrados por una serie de empresas industriales asociadas, con participaciones accionariales cruzadas, que tenían en su centro un banco y una firma de comercialización.

Para cumplir con el acuerdo de castigar a los dirigentes derrotados se puso en práctica un procedimiento para juzgar los «crímenes contra la paz», los «crímenes de guerra» y los «crímenes contra la humanidad». El proceso de Núremberg, que se limitó a 22 acusados, los máximos dirigentes de la Alemania nazi, se inició el 20 de noviembre de 1945, con cuatro jueces en representación de cada una de las cuatro grandes potencias aliadas, incluyendo Francia, e hizo público su veredicto en octubre de 1946. Hubo doce condenas a muerte: las de Goering, Von Ribbentrop, Rosenberg, Streicher, Kaltenbrunner, Franck, Saukel, Seyss-Inquart, Frick, Keitel, Jodl y Bormann (este «en ausencia», ya que se ignoraba que había muerto al intentar huir de Berlín). Goering se suicidó en su

celda, envenenándose; los otros diez fueron ahorcados, se incineraron sus cadáveres en Múnich y las cenizas se dispersaron en las aguas del Isar.

Hubo después una serie de procesos contra oficiales, guardianes y médicos de las SS, que acabaron con penas de muerte y a cadena perpetua. Gradualmente, sin embargo, las penas fueron rebajadas o conmutadas por las autoridades militares norteamericanas. A lo que se sumaron una sucesión de amnistías que fueron vaciando las cárceles. En 1955, a los diez años del fin de la guerra, sólo había en las de las zonas británica y norteamericana veinte inculpados por la participación en los crímenes contra los judíos, que fueron liberados por otra amnistía.

Más ineficaz fue aun la desnazificación realizada por los propios alemanes, especialmente en la zona occidental. Era evidente que durante la guerra los alemanes conocían lo que sucedía y que no les preocupaba, por lo que se acomodaron sin dificultad a la situación y no dudaron en colaborar en la represión con sus denuncias, y en sacar provecho de los bienes de los sancionados. Pero terminada la guerra se dedicaron colectivamente a fingir que no sabían nada y a callar lo que conocían los unos de los otros.

En el caso del ejército, se aceptó el mito de que había sido víctima de la locura de Hitler, reduciendo el círculo de los culpables a las SS, cuando los mandos militares de la Wehrmacht coincidían con el Führer en sus ideas, aceptaron con entusiasmo sus planes y colaboraron activamente en los peores crímenes nazis.

Más escandaloso fue todavía el caso de Italia, donde ni siquiera se consiguió echar a los funcionarios fascistas de sus cargos en la administración o, lo que era todavía peor, en la policía.

En Japón, que había rechazado adherirse a la convención de Ginebra (ejecutaba a los aviadores norteamericanos capturados tras los bombardeos) y que se calcula que fue responsable de la muerte de veinte a treinta millones de asiáticos, los juicios por los crímenes de guerra fueron aparentemente más duros que los celebrados en Alemania. De 1945 a 1948 un Tribunal militar internacional establecido en Tokio juzgó a 25 dirigentes militares: siete fueron condenados a muerte y ahorcados el 23 de diciembre de 1948. En conjunto las Comisiones militares aliadas condenaron, entre 1945 y 1951, a 920 japoneses a muerte y a unos 3.000 a penas diversas de prisión por delitos cometidos en los

territorios ocupados. Se silenciaron en cambio las responsabilidades de algunos criminales, como el general Shirò Ishii, que había dirigido las experiencias sobre seres humanos en Manchukuo, con el fin de aprovechar sus conocimientos.

Uno de los casos más aberrantes de impunidad fue el de los industriales alemanes y japoneses, que no sólo eran responsables de haberse aliado con sus gobiernos, sino de haber aprovechado el trabajo esclavo de los campos de concentración. En Alemania, empresarios como Alfred Krupp o como Otto Ambros, implicados en los peores crímenes de explotación del trabajo esclavo, sufrieron cortas penas de cárcel y recuperaron de inmediato su lugar al frente de la economía. Los grandes empresarios japoneses no fueron ni siquiera molestados.

EUROPA: DESTRUCCIÓN Y ESPERANZA

La paz llegó a una Europa sumida en la pobreza y el hambre, que iba a sufrir, además, las terribles consecuencias de un gigantesco desplazamiento de seres humanos, que combinaba el de los alemanes expulsados del este de Europa (de doce a catorce millones, que no sólo eran ocupantes instalados tras la conquista nazi, sino descendientes de familias que habitaban en estas tierras desde hacía mucho tiempo) y, en un sentido contrario, el de los cerca de ocho millones de presos y trabajadores forzados de otros países que se encontraban en Alemania, que antes de ser repatriados contribuyeron a asolar el país: bandas de desplazados robaban y mataban impunemente en una tierra sin ley.

Todo comenzó con la despavorida huida hacia el oeste de unos cuatro millones de alemanes que vivían en la Prusia oriental, en Pomerania y en Silesia, ante el avance de los ejércitos rusos. Pero lo peor fue la expulsión, en el transcurso de los tres años siguientes y de acuerdo con las medidas aprobadas por las potencias vencedoras en el artículo 13 de los acuerdos de Potsdam, de millones de alemanes de Polonia, Checoslovaquia, Rumania o Hungría.

Los holocaustos locales de los años de guerra dieron paso ahora a sangrientas réplicas de venganza. Los polacos no sólo persiguieron a los alemanes, sino también a la población de origen ucraniano y a los judíos que habían sobrevivido a las persecuciones nazis y que pretendían regresar para recuperar sus bienes, lo

que en muchas ocasiones se resolvió asesinándolos. Los eslovacos, por su parte, persiguieron y expulsaron a los húngaros que se habían instalado en sus tierras desde 1938.

Pero la más despiadada fue posiblemente la venganza de los checos, que trataron a los alemanes, que representaban el 22,5 % de la población del país, como ellos habían tratado a los judíos (campos de concentración y marchas de la muerte), sin olvidar los casos en que murieron a manos de sus convecinos. Dos años después del fin de las hostilidades, Alemania tenía más de dieciséis millones de refugiados y desplazados, que vinieron a agravar la situación del país.

El coste total en términos de vidas humanas de esta limpieza étnica —de lo que Richard Evans llama «el otro horror»— puede haber sido de dos millones de muertos. A lo cual habría que agregar la cifra, imposible de establecer, de las muertes que se produjeron entre los once millones de soldados alemanes presos que sufrieron hambre y abandono en campos de concentración, o que fueron explotados despiadadamente como trabajadores forzados. Eisenhower afirmaba que los franceses estaban explotando a los prisioneros alemanes para obtener carbón y que, según su conocimiento personal, «tenían por lo menos cincuenta Dachaus en operación, donde hacían pasar hambre a los prisioneros hasta el punto de que muy pronto resultaban incapaces de trabajar».

La ayuda proporcionada por la UNRRA (*United Nations Relief and Rehabilitation Administration*), la agencia de la ONU creada para proporcionar alimentos y ayuda médica a los habitantes de las zonas liberadas, sólo duró hasta junio de 1947, cuando cesó la institución, en momentos en que Europa sufría las consecuencias del frío invierno de 1946-1947, el peor en el transcurso de un siglo, que arruinó las cosechas de cereales en unos países que no contaban con recursos para importarlos. El hambre comenzó a hacer estragos en Francia, Italia y Alemania, mientras en Gran Bretaña el paro aumentaba amenazadoramente.

Pero esta Europa del desastre, de las persecuciones y del hambre era también la de unas esperanzas renovadas. En Gran Bretaña la victoria de los laboristas puso en marcha el estado de bienestar —que comenzó en 1948 con la sanidad proporcionada por el National Health Service— y reforzó la capacidad de acción

de los sindicatos, que por un tiempo creyeron que podían transformar la economía. Hasta que el gobierno laborista optó por dedicar los recursos a construir bombas atómicas y a armarse para la guerra fría.

En Francia, el Consejo Nacional de la Resistencia había elaborado un «Programa de acción» que propugnaba «un plan completo de seguridad social», la nacionalización «de los grandes medios de producción monopolizados, fruto del trabajo común, de las fuentes de energía, de las riquezas del subsuelo, de las compañías de seguros y de los grandes bancos», y la intensificación de la producción de acuerdo con un plan que el estado elaboraría, «después de consultar a los representantes de todos los elementos de esta producción». Unos principios que se trató de poner en práctica en los primeros momentos después de la liberación.

Los pueblos europeos liberados del fascismo pensaban que los males que habían sufrido, desde la crisis económica de los años treinta a la guerra, podían remediarse con un cambio de sistema que combinase un cierto grado de socialismo con el respeto a los derechos humanos. En las primeras elecciones de la posguerra, en los años 1945 y 1946, los comunistas obtuvieron más del 20 % de los votos en Checoslovaquia (37,9 %), Francia (26 %) y Finlandia (23,5 %), y más del 15 % en otros países (19,5 % en Islandia, 19 % en Italia, 16,9 % en Hungría, etc.). La mayoría de estos partidos participaban en los gobiernos de los países del oeste de Europa al lado de fuerzas progresistas que apoyaban programas sociales avanzados, mientras que en los países del este se integraban en gobiernos plurales de «frente nacional», que emprendieron políticas nacionalistas y de reforma agraria.

Stalin, que no tenía ninguna aspiración de dominio mundial, sino que confiaba en que la superioridad del socialismo les daría el triunfo a largo plazo, estimulaba estos «frentes», tanto en la Europa occidental como en la del este, convencido de que en las condiciones que se daban en la posguerra era posible emprender el camino hacia el socialismo por una vía pacífica, a través de un parlamentarismo democrático popular. En su opinión, la propia superioridad del socialismo aseguraría el avance hacia un triunfo que se conseguiría por la convicción, sin necesidad de recurrir a la dictadura del proletariado. Dirigentes comunistas que habían protagonizado las luchas de liberación contra el fascismo se empeñaron en unas políticas de reconstrucción nacional y de progreso, en lo

que fue una breve etapa feliz de reformas agrarias (que permitió repartir a millones de campesinos la tierra de los terratenientes expulsados) y de nacionalización industrial.

En Checoslovaquia el Partido comunista llegó a tener en 1948 más de dos millones de afiliados, uno de cada cinco adultos del país, y fue el más votado en las elecciones de 1946. En Hungría las elecciones comenzaron dando un gobierno con mayoría del partido campesino de los pequeños propietarios, que dejó a los comunistas en minoría; pero éstos aceptaban el modelo de una democracia parlamentaria y de una transición gradual, ya que consideraban «que el camino a seguir por Hungría no podía ser el de Rusia», puesto que era un país diferente, con tradiciones distintas. En Polonia Gomułka expresó desde 1945 su voluntad de seguir una «vía polaca al socialismo», con gobiernos de «frente nacional» y con una política de democracia popular, sin colectivizar la tierra, que en un 80 % se mantuvo en explotaciones familiares, ni provocar enfrentamientos de clase. En Rumania el nuevo gobierno se formó con el acuerdo de una comisión de representantes de las tres grandes potencias. Sólo en Bulgaria, donde los comunistas habían llegado al poder en plena guerra, en 1944, con un golpe de estado, se dejó manos libres a la influencia soviética (en 1946 un referéndum abolió la monarquía y proclamó la república).

Incluso en la Alemania del este hubo un tiempo de ilusión. «Aquellos años —escribió el historiador alemán Manfred Kossok—, fueron los de las grandes esperanzas, de las visiones, de las utopías —fin del imperialismo en diez o veinte años, liberación de todos los pueblos, bienestar universal, paz eterna— y fueron años de ilusiones heroicas: el socialismo real como el mejor de todos los mundos.»

Era la realización del sueño antifascista que Frank Thompson había expresado en diciembre de 1943, poco antes de morir en Bulgaria, en una carta a su hermano, el historiador E. P. Thompson: «Hay un espíritu en Europa que es más noble y audaz que todo lo que este cansado continente ha conocido durante siglos, y que no se podrá resistir ... Es la voluntad confiada de pueblos enteros que han conocido los mayores sufrimientos y humillaciones, y que han triunfado sobre ellos para construir su propia vida de una vez y para siempre».

Recordando, años más tarde, estos momentos, E. P. Thompson sostenía: «Pienso que había otra alternativa en 1945. No creo que fuera inevitable que

debiera realizarse la degeneración que se produjo en los dos bandos. Pienso que había una autenticidad de alianza de frente popular en algunos aspectos de la experiencia de España y de los movimientos de resistencia de Yugoslavia, de Francia y de otros países. Éste fue un momento auténtico y no creo que la degeneración, en la que hubo dos culpables, el estalinismo y Occidente, fuera inevitable. Es necesario volver a recordarlo y decir que ese momento existió».

Lo cual no implica que el ajuste de la situación política de Europa a los pactos de reparto de influencias de los tres grandes no crease problemas. Polonia, obligada por Stalin a aceptar un gobierno de predominio comunista, fue una de las víctimas de estos ajustes. Pero lo ocurrido en estos primeros años en el campo de las «democracias populares» no guarda comparación con la violencia aplicada por Gran Bretaña para asegurarse el control de Grecia, donde le correspondía ejercer su influencia, según el reparto de Europa que Churchill y Stalin habían negociado en Moscú.

En Grecia el peso mayor de la resistencia contra los nazis lo había asumido un Frente de liberación nacional (EAM) con destacada participación de los comunistas, que en abril de 1945 aceptó desmovilizarse, no se opuso al desembarco de un importante contingente de soldados británicos y se mostró dispuesto a colaborar en gobiernos de unidad nacional.

Siguiendo las instrucciones de Churchill, los británicos desencadenaron el «terror blanco» contra los partidarios del EAM y contra los guerrilleros. En la guerra civil que se inició entonces, los comunistas integrados en el Frente de Liberación Nacional no lograron apoyo alguno de Stalin, que se opuso a que se les diese ayuda con estos argumentos: «¿Pensáis que Gran Bretaña y Estados Unidos —Estados Unidos, el estado más poderoso del mundo— os permitirán que rompáis su línea de comunicación en el Mediterráneo? Es una insensatez. Y nosotros no tenemos flota. El levantamiento de Grecia debe detenerse cuanto antes».

En marzo de 1946 se realizaron en Grecia unas elecciones sin participación de la izquierda, y a éstas le siguió un referéndum que restauró la monarquía, mientras de cuarenta mil a cincuenta mil izquierdistas permanecían encerrados en prisiones y campos de concentración.

La crisis social en Estados Unidos

El final de la guerra fue seguido en Estados Unidos por unos años de agitación social. La contienda había enriquecido a los empresarios y sometido a los trabajadores a una situación de congelación salarial, aliviada por los ingresos por horas de trabajo extra y por el control de los precios de los principales artículos de consumo que realizaba el Office of Price Administration (OPA).

Pero aunque la desmovilización del ejército se benefició de la previsión de Roosevelt con el llamado «G. I. Bill of Rights» de 22 de junio de 1944, que ofrecía a los soldados desmovilizados ayudas del gobierno para estudiar, los efectos negativos del fin de las hostilidades sobre la economía, comenzando por el despido de obreros al acabar la demanda de guerra del gobierno, se dejaron sentir muy pronto y suscitaron la respuesta de un movimiento obrero que había crecido considerablemente durante la guerra, en una etapa de fuerte aumento de la sindicación. En noviembre de 1945 los trabajadores de General Motors se declararon en huelga reclamando un aumento de salarios y fueron seguidos por los de otras actividades, hasta el punto de que a mediados de 1946 se habían perdido cincuenta millones de días de trabajo en el mayor movimiento huelguístico de la historia de Estados Unidos. Los empresarios, por su parte, deseaban dar marcha atrás respecto de las concesiones que se habían visto obligados a hacer en tiempo de guerra, con el fin de recuperar el pleno control sobre la producción.

Truman, desconcertado, escribía a su familia en enero de 1946 que «los obreros se han vuelto locos y los empresarios están próximos al delirio en su egoísmo». Para evitar que se deteriorara más la situación mantuvo el control de los precios a través del OPA, lo cual le obligaba a contener también las demandas de aumento de salarios. De ahí surgió una nueva oleada de conflictos. Si en la segunda mitad de 1945 había habido grandes huelgas en las industrias eléctrica, del automóvil y del acero, en 1946 las hubo en la minería y en los ferrocarriles, que paralizaron el país, de modo que Truman tuvo que amenazar con la militarización «de todos los trabajadores que están en huelga contra su gobierno». A mediados de 1946 había inflación y millones de obreros en huelga, lo que parecía amenazar con un enfrentamiento general entre los trabajadores y «un gobierno que apoyaba a los patronos».

Si en sus intentos por frenar la escalada huelguística Truman había perdido el apoyo de la izquierda, su propósito de mantener los controles de precios —la inflación llegó en 1947 a niveles que no se conocían desde hacía muchos años— le costó la oposición de los empresarios, que organizaron campañas de prensa contra la política de Truman que tuvieron un efecto decisivo en las elecciones de noviembre de 1946 —las «midterm elections» que se celebran a mediados de cada mandato presidencial— con una resonante victoria de los republicanos, quienes, por primera vez desde 1932, alcanzaron la mayoría en las dos cámaras e iniciaron una contraofensiva conservadora: redujeron los impuestos, boicotearon las propuestas de leyes sociales, introdujeron una enmienda para que ningún presidente pudiera optar a más de dos períodos de mandato —una venganza póstuma contra Roosevelt— y en junio de 1947 votaron la ley Taft-Harley, que recortaba las concesiones al movimiento obrero de la *National Labor Relations Act* de 1935; Truman trató de frenarla con su veto, pero no lo consiguió, abandonado incluso por los representantes de su propio partido. El presidente se vio obligado además a renunciar al más ambicioso de sus planes: un sistema de seguros médicos que hubiese completado el cuadro de las reformas del New Deal.

El clima de enfrentamiento social de estos años favoreció la percepción por parte de los norteamericanos de que existía un «peligro rojo» interno, lo cual facilitó a los empresarios recuperar parte del control social que habían perdido con el New Deal, y preparó el terreno para la llegada de la guerra fría.

El conflicto se superó, con todo, sin que hubiese un retroceso significativo en el terreno de las conquistas sociales de los trabajadores. Como diría unos años más tarde Eisenhower, en una conversación privada, hubiera sido una locura pretender anular de golpe lo que se había concedido durante los años del New Deal. A partir del momento en que volvió a crecer la economía los salarios aumentaron de nuevo (en 1950 el salario mínimo pasó de 40 a 75 céntimos la hora), el paro cayó hasta llegar a ser de un 2,7 % en diciembre de 1952 y la desigualdad disminuyó. El precio que el movimiento obrero hubo de pagar para acceder a estos beneficios fue el de renunciar a sus aspiraciones a tener una voz propia en la política, lo que dejaba en manos de la «élite financiera y empresarial» la capacidad de fijar las reglas y de modificarlas en el futuro, cuando le conviniera.

La destrucción de los imperios coloniales en Asia

Concluida la guerra, las potencias imperiales europeas no tenían intención de renunciar a sus colonias en momentos en que, arruinadas por la contienda, pretendían explotarlas para financiar su recuperación. La continuidad del sistema resultó posible en África, pero no en Asia, donde las metrópolis europeas hubieron de enfrentarse a movimientos independentistas que no aceptaban volver al pasado colonial. La derrota ante los japoneses, que había puesto en evidencia la debilidad e incompetencia de los europeos, había acabado para siempre con su prestigio y había alentado las aspiraciones de libertad.

Franceses y holandeses iniciaron de inmediato el intento de recuperar los territorios de Indochina y de Indonesia. Los británicos, sabiéndose demasiado débiles para mantener la totalidad de sus viejas colonias, renunciaron a las más difíciles de conservar y menos rentables: abandonaron la India en agosto de 1947, y en 1948 dieron la independencia a Ceilán (Sri Lanka) y a Birmania (que en 1989 cambiaría su nombre por el de Myanmar), mientras centraban sus esfuerzos en conservar Malasia, Hong Kong y su protectorado informal sobre el Oriente próximo.

La India había sufrido duramente las consecuencias de la Segunda guerra mundial, no sólo por la participación de más de dos millones de hombres en las fuerzas armadas británicas, combatiendo en los más diversos escenarios, desde Irán a Etiopía, sino sobre todo por sus repercusiones internas, desde la gran hambruna de Bengala en 1943-1944, que se calcula que causó más de dos millones de muertos, hasta los efectos de una inflación que empobreció a los asalariados y enriqueció a los propietarios agrícolas e industriales, lo cual agravó las desigualdades sociales. En 1946 se registraban en su territorio un gran número de huelgas, motines de la policía, movimientos populares e incluso una gran revuelta campesina dirigida por el Partido comunista en Telangana, que iba a prolongarse hasta 1951. El poder estaba escapando de las manos de los británicos, lo cual acentuó su voluntad de liberarse de una colonia que en estos

momentos había dejado de ser rentable desde un punto de vista económico.

En marzo de 1947 Clement Attlee nombró a lord Mountbatten como último virrey de la India, con la misión de llevarla a la independencia rápidamente. El nuevo virrey llegó a Delhi el 22 de marzo, y ante la imposibilidad de ceder el poder a un gobierno unificado, debido a la división entre musulmanes e hindúes, optó por acelerar el proceso de independencia con el fin de completarlo antes de que la partición del territorio diese paso a una guerra civil.

El 15 de agosto de 1947 Mountbatten abandonó el poder, en momentos en que ni siquiera se habían definido las fronteras que habían de separar los territorios hindúes de los musulmanes para formar los dos estados de la India y Pakistán. Lo cual dejaba además sin resolver problemas como el de la liquidación de los principados independientes o el de la atribución a uno u otro estado de Kashmir, un territorio poblado por terratenientes hindúes y por una mayoría de campesinos musulmanes, por el que se sigue peleando en la actualidad.

Los trasvases de población que iban a producirse —hindúes y sijs marchando hacia la India y musulmanes refugiándose en Pakistán—, implicaban un problema para el que los británicos no habían hecho previsión alguna, lo cual ayuda a entender su interés por marchar antes de que comenzara. El resultado fue un inmenso estallido de violencia que ninguno de los dos estados recién creados podía controlar: un éxodo, uno de los mayores de la historia, de unos doce millones de personas (hay estimaciones que lo elevan a veinte millones), en buena medida a pie, puesto que los ferrocarriles eran incapaces de transportar estas grandes masas, que dejó de quinientos mil a un millón de muertos, incluyendo a Gandhi, el viejo luchador por la independencia, partidario de una India unida, que fue asesinado el 30 de enero de 1948 por un hindú radical que le reprochaba su voluntad de mantener unidas las dos comunidades.

Los dos estados surgidos de la partición iban a seguir evoluciones muy distintas. La India, que se constituyó como un estado laico y multiétnico, ha mantenido una trayectoria formalmente democrática hasta la actualidad: celebró sus primeras elecciones generales por sufragio universal en el invierno de 1951-1952, y las ha repetido regularmente desde entonces. Pakistán, en cambio, fracasó como estado democrático, puesto que no tuvo su primera constitución hasta 1956, a los nueve años de la independencia, y experimentó el primero de

los numerosos golpes militares que iban a marcar su historia en 1958.

Lo sucedido con el abandono de la India se iba a reproducir en otros casos en que los británicos, que habían utilizado los enfrentamientos étnicos como una ayuda para dominar las sociedades coloniales, se desentendieron de sus responsabilidades al abandonarlas. Tal fue el caso de Sri Lanka (Ceilán), donde una mayoría cingalesa budista emprendió una política de limpieza étnica, negando lengua y derechos a la minoría tamil, hinduista y cristiana, que representaba un 18 % de su población, lo que dio lugar a una guerra civil que duró 26 años y causó más de cien mil muertos. O el de Birmania (Myanmar), que había sufrido graves pérdidas durante la Segunda guerra mundial, de las que los británicos se desentendieron cuando dieron la independencia, en enero de 1948, a un gobierno que hubo de enfrentarse a guerrillas de distinto signo: desde los comunistas excluidos por los británicos de los acuerdos de independencia, a diversos grupos étnicos, como los karens, y a fugitivos chinos del Guomindang, armados por la CIA, que se habían refugiado en Birmania tras su derrota.

Indonesia, ocupada por los japoneses, proclamó su independencia el 17 de agosto de 1945, dos días después de hacerse pública la rendición de Japón. Tras una etapa de enfrentamientos con las tropas británicas que habían acudido a desarmar a los soldados japoneses y a liberar a los prisioneros de guerra, los holandeses se esforzaron en reconquistarla, enfrentándose a la opinión internacional, y en especial a la de Estados Unidos, lo que acabó forzando a Holanda a una negociación de la que surgió una república federal de Indonesia. Lo único que la vieja metrópoli logró conservar de momento fue Nueva Guinea Occidental (Irian Jaya), que iba a convertirse en una fuente de conflictos en el futuro. El nuevo estado indonesio comenzó a funcionar con un sistema parlamentario, pero con muchas divisiones internas, que impidieron redactar una constitución y acabaron engendrando un régimen de «democracia guiada» bajo la dirección de Sukarno.

En Indochina el norte de Vietnam quedó en manos del Viet Minh, dirigido por Hô´ Chí Minh, que el 2 de septiembre de 1945 proclamó en Hanói la República Democrática de Vietnam, con un gobierno de coalición de comunistas y no comunistas. Hô´ Chí Minh se había hecho ilusiones acerca del apoyo de Estados Unidos, que se proclamaba antiimperialista, y había expresado públicamente su voluntad de neutralismo entre los dos campos de la guerra fría; pero lo que Truman hizo, a los dos meses de terminada la guerra mundial, fue poner sus buques a disposición de Francia para que transportase sus soldados a la colonia.

Enfrentados a este capítulo final de la historia del imperialismo, Estados Unidos reaccionó sin más preocupación que la de salvaguardar sus intereses. Un informe de la CIA de 1948 señalaba que la creación de nuevos estados en Oriente «tiene serias implicaciones para la seguridad de Estados Unidos». Las independencias no sólo debilitaban a sus aliados europeos, sino que afectaban directamente a Estados Unidos porque les dificultaban el acceso a materias primas y a bases que podían ser vitales en caso de guerra. Lo que más les preocupaba, por otra parte, era que estos nuevos estados pudiesen orientarse favorablemente a la URSS.

En este momento de la historia, ha escrito David Price, la CIA pudo haber optado por tomar posiciones al lado de las fuerzas que pugnaban por la liberación de los pueblos, pero decidió en un sentido contrario al plantear la cuestión en términos de un posible enfrentamiento con el comunismo. Quienes, como Hô´ Chí Minh, o más adelante Mosaddeq, creyeron que el antiimperialismo que formaba parte de la propaganda norteamericana era sincero, sufrieron un amargo desengaño. Para Truman los nativos que luchaban por su libertad no eran más que «bandidos que atacan al mundo libre». Dean Acheson, por su parte, sostenía que no importaba si un dirigente como Hô´ Chí Minh era nacionalista o comunista, porque en las sociedades coloniales todos los comunistas eran nacionalistas.

Cuando el mariscal Leclerc se hizo cargo de la situación en Indochina, Hô´ Chí Minh aceptó la autonomía en el seno de la Unión Francesa, mediante un acuerdo, firmado el 6 de marzo de 1946, por el que el gobierno francés reconocía

a la república vietnamita como un estado libre dentro de una Federación indochina integrada en la Unión Francesa, con la promesa de un futuro referéndum que permitiría a todos los vietnamitas elegir su destino. Pero lo que hicieron los franceses fue enviar tropas a los territorios del norte para controlarlos. Cuando el 23 de noviembre de 1946 un buque de guerra francés bombardeó el barrio portuario de Haiphong, causando la muerte de un gran número de civiles, el Viet Minh inició la primera «guerra de Indochina», que duraría hasta 1954.

Durante unos años prosiguió esta «guerra olvidada» entre vietnamitas y franceses, apoyados por los norteamericanos con recursos y armas, hasta que en 1949, en vista de que no podían derrotar a la guerrilla, los franceses optaron por conceder la independencia, como estados asociados a la comunidad francesa, a Vietnam del Sur, Laos y Camboya. La oferta no convenció al Viet Minh, que siguió combatiendo, contando en esta etapa con la ayuda de la China de Mao, hasta infligir a los franceses una derrota decisiva en Dien Bien Phu, el 7 de mayo de 1954, a manos del general Vo Nguyen Giap, un profesor de historia que había visto morir a su esposa en una cárcel francesa. Era la primera derrota de un ejército metropolitano moderno a manos de insurgentes coloniales y fue determinante para que Francia optase por abandonar la guerra.

Malasia fue la única de las colonias asiáticas que los británicos decidieron defender desde el primer momento para salvaguardar sus intereses. La tarea comenzó en 1948, cuando firmaron un acuerdo con nueve sultanes malayos para formar la Federación de Malasia, un estado cuyo mayor problema era su compleja composición étnica, con algo menos de un 50 % de malayos musulmanes, que integraban los dos extremos de la sociedad (las familias aristocráticas y los príncipes locales, por una parte, y la masa de los campesinos, por otra), un 35 % de población de origen chino y un 15 % de indios, traídos por los británicos para trabajos como el de extraer caucho. Una guerrilla de seis mil a ocho mil combatientes, mayoritariamente de etnia china, que había luchado contra los japoneses, inició entonces una nueva guerra, a la que los británicos replicaron con una dura campaña de violencia y contraterrorismo en los años de la llamada «emergencia», que se inició en julio de 1948 poniendo fuera de la ley

al Partido comunista malayo y a toda una serie de organizaciones izquierdistas, a la vez que se realizaban más de un millar de detenciones. La campaña se completó con una operación en que medio millón de campesinos de etnia china fueron trasladados a «pueblos protegidos», para aislarlos de la guerrilla, a la vez que se les sometía a un trato brutal, que incluía la deportación.

En 1957 una Gran Bretaña que no necesitaba ya en la misma medida los recursos de este territorio, y que no tenía capacidad para seguir controlándolo, decidió darle la independencia con un gobierno favorable al mantenimiento de los intereses británicos, presidido por el Tunku Abdul Rahman, que había obtenido en 1955 un rotundo triunfo electoral al frente del UMNO (United Malays National Organisation, PKMB en sus iniciales en malayo), aliado a las organizaciones representativas de los pobladores de origen chino e indio, pero que inició, una vez obtenida la independencia, una política discriminatoria a favor de los malayos.

En 1963 el proceso de consolidación se completó al crear la Federación de Malasia, que reunía Malasia, la ciudad estado de Singapur y las dos posesiones británicas de Sabah y Sarawak en el norte de Borneo (Kalimantan para los indonesios), dejando a un lado el rico sultanato de Brunéi, un protectorado británico productor de petróleo que se independizó en 1983.

La nueva China

La situación al fin de la Segunda guerra mundial era netamente favorable a Chiang Kai-shek y al Guomindang, pero las fuerzas comunistas, que habían luchado eficazmente y habían establecido una buena relación con la población campesina, comenzaron a adueñarse del territorio que iban abandonando los japoneses, sin hacer caso de las pretensiones de supremacía de Chiang, quien consiguió incluso el apoyo de Stalin, que advirtió a los comunistas chinos que no era el momento de iniciar una nueva guerra civil. Chiang logró, a la vez, la colaboración del ejército japonés de ocupación, que seguía en el continente después de su rendición, para que hiciera frente a los comunistas hasta que sus tropas pudiesen encargarse de la tarea.

Los norteamericanos proporcionaron a Chiang una considerable ayuda

militar y económica, y desplegaron cincuenta mil marines, enviados para hacerse cargo de los soldados japoneses y organizar el retorno a su país, pero también para apoderarse de sus armas y proteger ferrocarriles y ciudades, con el fin de evitar que los comunistas se aprovechasen de la situación. Esperaban, sin embargo, que el enfrentamiento interno entre el Guomindang y los comunistas se resolviese mediante negociaciones, puesto que no deseaban verse involucrados en una guerra civil de semejantes dimensiones.

George Marshall, enviado por Truman como su embajador especial, consiguió que se celebrasen conversaciones y que se acordara un alto el fuego a partir del 10 de enero de 1946. Pero cuando los soviéticos se retiraron de Manchuria, que habían ocupado en los últimos días de la guerra, se produjeron choques entre las tropas comunistas que se apresuraban a ocupar estos territorios y las del GMD, con lo que las negociaciones de paz se complicaron de nuevo, entre acusaciones mutuas de violación de los acuerdos. En julio, una vez expirado el alto el fuego, se reemprendieron en Manchuria los combates entre el ejército del GMD y el que ahora había adoptado el nombre de Ejército de liberación del pueblo.

Chiang, animado por los resultados favorables que sus tropas alcanzaron inicialmente en Manchuria, fingía aceptar las demandas de Marshall, pero seguía una política de hechos consumados que pensaba que le iba a dar la victoria final: en los seis últimos meses de 1946 los comunistas perdieron 174.000 km^2 de territorio y 165 poblaciones. A partir de este momento, todos los intentos de Marshall por negociar acuerdos de paz se frustraron por la intransigencia de los extremistas de ambos bandos. Marshall abandonó finalmente China, a comienzos de enero de 1947, para ocupar en Washington el cargo de secretario de Estado.

Liberado de presiones, Chiang comenzó a organizar el nuevo estado chino. En estos momentos controlaba el 80 % del territorio, incluyendo sus regiones más ricas y desarrolladas, y había de comenzar la tarea de administrarlo y gobernarlo. Muy pronto, sin embargo, la ineficacia y la corrupción de las nuevas autoridades iban a extender el malestar por las ciudades, donde se multiplicaban las huelgas, acompañadas por la agitación de los estudiantes, mientras que en el campo, donde el GMD no tenía presencia política, surgía toda una serie de movimientos de resistencia.

En el verano de 1947 la ofensiva nacionalista se estancó y los comunistas obtuvieron un éxito espectacular al cruzar el río Amarillo y penetrar en las llanuras centrales, donde tuvieron una muy buena recepción por parte de los campesinos. Aquel invierno, además, una afortunada campaña de Lin Biao proporcionó a los comunistas grandes avances en Manchuria, gracias a la eficacia de sus tropas y a la debilidad de las del GMD, que eran una combinación de un inmenso ejército de reclutas famélicos y descontentos, que saqueaban el país y desertaban a la primera oportunidad, y de unos cuerpos de élite de gran calidad, pero que no bastaban para contener por sí solos a los comunistas. A fines de 1947, 640.000 soldados nacionalistas habían causado baja —heridos o muertos— y un millón más se habían rendido.

Estados Unidos, que, ante las presiones de los medios conservadores norteamericanos favorables al GMD, había reanudado las ventas de armas a Chiang, envió al general Wedemeyer en una visita de inspección, en la que pudo comprobar el extremo grado de corrupción a que había llegado el gobierno de Chiang; pese a lo cual recomendó a Truman que le proporcionase más ayuda. En enero de 1947 George Kennan escribía en su diario que estaban obligados a seguir prestando ayuda a Chiang, aun sabiendo que su gobierno «está condenado por su propia ineficiencia y que su poder está destinado a desintegrarse». Chiang recibió otros 463 millones de dólares de ayuda económica y militar, que se agregaban a los 1.400 millones que se le habían concedido desde el fin de la guerra mundial.

En la campaña del otoño de 1948 comenzó el desmoronamiento de las fuerzas del GMD. Primero fueron las victorias comunistas en Manchuria; después, la batalla de Huai-hai, de noviembre de 1948 a enero de 1949, en la que llegaron a estar implicados 1.800.000 soldados, y que acabó en un desastre total para los nacionalistas. Tianjin se rindió el 15 de enero y Beijing lo hizo pocos días más tarde. La entrada en la capital histórica de China la realizó el ejército comunista con un impresionante despliegue de tanques, camiones y vehículos motorizados, todos ellos de fabricación norteamericana, capturados o comprados a los nacionalistas. Mientras tanto Chiang preparaba su retirada a la isla de Taiwán —donde su instalación estuvo acompañada de una sangrienta campaña de terror contra los nativos taiwaneses— llevándose sus mejores tropas y sus funcionarios de confianza, junto a las reservas de oro del estado.

En la noche del 20 al 21 de abril de 1949 los ejércitos de Mao comenzaron a cruzar los cerca de tres kilómetros de amplitud de las aguas del Yangtsé sin encontrar resistencia, en unos momentos en que eran ya muchos los jefes militares del GMD que optaban por cambiar de bando. Dos días más tarde llegaban a Nanjing, la capital del gobierno nacionalista.

Truman lo tenía claro: «La caída de Chiang Kai-shek fue obra suya. Sus generales en campaña entregaron el equipamiento que les dimos a los comunistas, que usaron sus propias armas y municiones para derrocarle. Sólo un ejército norteamericano de dos millones de hombres podría haberle salvado, y eso hubiera significado la tercera guerra mundial».

El nuevo régimen chino convocó una conferencia consultiva del pueblo chino, una especie de Asamblea nacional integrada por miembros de numerosos partidos, de las religiones y de las comunidades de los chinos de ultramar, que proclamó la República popular el 1 de octubre de 1949 y adoptó una bandera roja con una gran estrella amarilla, rodeada de otras cuatro más pequeñas que representaban a los miembros de la alianza de clases: obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional. La constitución de 1949 declaraba que China era una «dictadura democrático-popular», no del proletariado como la URSS. Se iniciaba ahora el período de la «nueva democracia» (1949-1953), al que seguiría un «programa de transformación socialista», hasta que en 1956 se inició la «construcción del socialismo».

La primera gran medida transformadora del nuevo régimen fue la reforma agraria (1949-1952), que redistribuyó un 43 % de las superficies cultivadas y dio la independencia a 120 millones de campesinos, que participaron activamente en todo el proceso. A diferencia del caso soviético, en que la lucha contra los propietarios ricos se organizó desde arriba, en China la realizaron los propios campesinos, que sometieron a los grandes propietarios a juicio público ante toda la comunidad y los condenaron, y en muchas ocasiones los ejecutaron, lo que los convertía en protagonistas de la operación.

Aunque las relaciones de Mao con Stalin no fueron siempre fáciles, fue sobre todo la ayuda soviética, generosamente aumentada por Jrushchov, la que contribuyó en estos primeros años a la modernización de la economía China. Entre 1954 y 1959 la URSS concedió a la República Popular China lo que se ha podido considerar como un auténtico Plan Marshall, que equivalía al 7 % de la

renta nacional soviética de estos años.

Los territorios coloniales islámicos

La amplia zona que va del Oriente próximo al Atlántico, y que abarca los territorios musulmanes del norte de África —lo que se llama hoy MENA: Middle East and North Africa— siguió una trayectoria particular.

Hasta el fin de la Segunda guerra mundial los británicos habían mantenido en el Oriente próximo un imperio informal, basado en una clientela de reyes y emires, de Irak al Golfo Pérsico y a Egipto, que le garantizaba el acceso al petróleo (en 1947 el 60 % del consumido por Gran Bretaña procedía de esta zona). Que el colonialismo estaba aquí condenado lo mostró el fracaso de los franceses, que en abril de 1946 se vieron obligados, por la resistencia local y por las presiones de ingleses y norteamericanos, a retirarse de Siria y del Líbano, que iniciaron su vida independiente en condiciones difíciles. Paralelamente, los británicos dieron la independencia al reino de Jordania, aunque seguían manteniendo en él una presencia militar, asegurada por la «legión árabe», que mandaba un oficial británico, John Bagot Glubb, conocido como «Glubb Pachá».

Los mayores problemas habían de surgir en el territorio de Palestina, un mandato que la Sociedad de Naciones había confiado a Gran Bretaña, que previamente, en 1917, había acordado, en la llamada «declaración Balfour», crear un «hogar nacional para el pueblo judío en Palestina», comprometiéndose a no hacer nada «que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que existen en Palestina». A la hora de la verdad, sin embargo, no se respetaron las limitaciones a la inmigración judía, que atrajo oleadas de nuevos pobladores que llegaban con la idea de que tenían derecho al territorio entero del Israel bíblico, que Dios había dado al pueblo elegido, y consideraban que allí no había una población nativa que hubiese que respetar.

Las protestas de los palestinos contra la inmigración ilegal de los judíos condujeron a los primeros actos de violencia protagonizados ante todo por el terrorismo judío, que preparaba ya la limpieza étnica de la tierra que aspiraba a controlar. Una actividad que desde 1939 cobró nueva intensidad, con una serie

de atentados contra civiles árabes, que culminaron el 22 de julio de 1946 con la voladura del hotel Rey David de Jerusalén, sede de la administración civil y militar británica en Palestina.

El 10 de noviembre de 1947, ante la intransigencia de los judíos, que boicotearon el plan inicial de un estado palestino en que convivieran árabes y judíos, las Naciones Unidas aprobaron un plan de partición entre dos estados, que dejaba Jerusalén y Belén bajo la tutela de las Naciones Unidas. Una decisión inspirada por los sionistas y apoyada por Estados Unidos y por la Unión Soviética, que los palestinos rechazaron, porque daba a los judíos la mayor y mejor parte del territorio.

Los judíos se preparaban entre tanto para expulsar a los palestinos de las zonas que pensaban apoderarse. El 29 de febrero de 1948 dieron instrucciones a sus mandos militares, en el llamado «Plan Dalet», para «la ocupación de aldeas, pueblos y ciudades árabes y, donde fuese necesario, la expulsión de sus habitantes». El 9 de abril de 1948, un mes antes de la proclamación de la independencia, los dos grupos principales del terrorismo israelí, el Stern Gang y el Irgun, hicieron una incursión en Deir Yasin, una población con cuatrocientos habitantes árabes. Según la declaración del delegado principal de la Cruz Roja «unos cincuenta escaparon y estaban aún con vida; todo el resto fue deliberadamente asesinado a sangre fría». La matanza fue aireada con el fin de aterrorizar a los palestinos que vivían en el territorio que Israel iba a apropiarse para que huyeran abandonando sus tierras y sus hogares. Así se preparó la operación por la que las organizaciones sionistas ocuparon las ciudades y expulsaron a los palestinos de las zonas rurales, con matanzas que se realizaban ante la indiferencia de los funcionarios británicos que permanecían todavía allí y de las Naciones Unidas.

Mientras tanto el rey Abdullah de Jordania había llegado ya a un acuerdo con los israelíes para anexionarse la orilla occidental del Jordán, la única parte del territorio destinado a la creación de un estado palestino que los israelíes renunciaban por el momento a ocupar, comprometiéndose a no ir más allá.

Los británicos —que no querían enfrentarse ni a Truman, que apoyaba a los sionistas, ni a los países árabes, sus proveedores de petróleo— pusieron fin al mandato el 15 de mayo de 1948, un día después de que Ben-Gurión hubiese proclamado la independencia del estado de Israel y su soberanía sobre todos los

territorios de Palestina, sin hacer caso de las particiones. A los once minutos de esta proclamación Truman se apresuraba a reconocer al nuevo estado, anticipándose a sus diplomáticos, que preferían una tutela de las Naciones Unidas, y contra la opinión de la mayoría de los miembros del departamento de Defensa, partidarios de dar apoyo a los árabes.

El 15 de mayo cinco países árabes enviaban tropas en apoyo de los palestinos. Un apoyo de escasa entidad, puesto que el más importante de los contingentes, el de Jordania, no pretendía más que asegurarse su parte de los despojos. Los egipcios enviaron diez mil voluntarios mal preparados, incluyendo a miembros de la Hermandad musulmana a los que se sacó de las cárceles para deshacerse de ellos en el combate, que ocuparon Gaza pero fueron derrotados cuando trataron de adueñarse del desierto de Negev; los sirios, que temían que Abdullah aspirase a incorporar Siria a su reino, proporcionaron pocos hombres; los libaneses se contentaron con defender su frontera y los iraquíes tenían órdenes de actuar de acuerdo con las directrices del soberano de Jordania.

Los judíos crearon un ejército centralizado (Fuerza de Defensa de Israel), integrando en él los grupos terroristas ya existentes, y lo equiparon con las armas proporcionadas por los soviéticos a través de Checoslovaquia, mientras proseguían la limpieza étnica del territorio, con masacres y destrucciones llevadas a cabo de manera despiadada, en que se produjeron episodios como el de Dawayima, donde, según un testimonio israelí de la época, «no hubo batalla ni resistencia... Los primeros conquistadores mataron de ochenta a cien árabes [incluyendo] mujeres y niños. Los niños eran asesinados abriéndoles la cabeza con palos ... En la población quedaban hombres y mujeres árabes, a los que se colocó en casas y se les encerró sin darles comida ni bebida. Luego vinieron los ingenieros de explosivos y volaron las casas».

La guerra de 1948, que los palestinos conocen como «al-Naqba», «el Desastre», acabó con una serie de armisticios firmados entre febrero y julio de 1949, que dieron a Egipto un enclave en Gaza, y a Transjordania una parte considerable de los territorios de la orilla occidental del Jordán (lo que motivó que cambiase su nombre por el de Jordania), mientras que Israel se incorporaba todo el resto de lo que debió haber sido el estado palestino. La paz no llegó a firmarse nunca, ante la negativa de los israelíes a aceptar ninguna concesión, y muy en especial la del retorno de los setecientos cincuenta mil palestinos

obligados a abandonar sus casas y sus tierras por la violencia de la limpieza étnica. En las negociaciones no figuraron los palestinos, sino tan sólo los estados árabes que asumían su representación y que no tenían interés alguno en que estos tomasen su destino en sus manos.

La derrota ante Israel fue el motor de una serie de cambios en los países árabes: en diciembre de 1948 fue asesinado el primer ministro egipcio Nukrashi y en 1951 lo fueron el antiguo primer ministro libanés Al Solh y el rey Abdullah de Jordania. La iniciativa política estaba pasando en estos años de las viejas élites a una generación de jóvenes oficiales del ejército, de origen rural, que eran más sensibles a las necesidades de la población y aportaban ideas nuevas de nacionalismo. En Siria, un golpe de estado militar auspiciado por la CIA dio el poder en marzo de 1949 a Husni Zaim, quien trató en vano de negociar en secreto un acuerdo de paz con Israel, hasta que fue derrocado y asesinado por un nuevo golpe de estado militar el 8 de julio de 1949.

En Egipto, una manifestación popular contra los ingleses culminó en El Cairo en la violencia del «sábado negro» (25-26 de enero de 1952) en que se dio muerte a diecisiete extranjeros y se prendió fuego a los barrios ricos de la capital. El rey Faruk destituyó al gobierno y disolvió el parlamento, mientras una organización de «oficiales libres», formada por comandantes y tenientes coroneles, dirigida por Gamal Abdel Nasser, se preparaba para acabar con el corrupto gobierno monárquico en un golpe incruento que les permitió adueñarse del poder el 23 de julio de 1952.

En Libia el interés de británicos y norteamericanos por mantener a los soviéticos lejos del Mediterráneo, en el que los rusos pretendían instalar alguna base, les obligó a conceder una temprana independencia a este territorio, que se emancipó en diciembre de 1951, con Idriss al-Senussi como rey de un país de 880.000 habitantes, desarticulado por más de treinta años de un dominio colonial italiano ejercido con brutalidad (se calcula que de 1911 a 1943 hubo unos cincuenta mil muertos, sesenta mil de ellos en campos de concentración).

Los pasos siguientes en el camino de la liberación se produjeron en los

territorios al norte del Sahara. En Marruecos, medidas provocadoras de los franceses causaron el 29 de enero de 1944 alborotos en Rabat y en la vecina Salé, extendidos después a Casablanca y Fez, que fueron aplastados a tiros. Los movimientos nacionalistas cobraron fuerza en los años siguientes, alentados por el propio sultán Mohammed V, al que los franceses enviaron en 1953 al exilio en Madagascar; un exilio del que regresó dos años más tarde como rey Mohammed V para negociar la independencia, que se concedió en 1956, no sólo al reino de Marruecos sino también al protectorado de Túnez.

Francia cedió en el caso de estos dos protectorados, pero no pensaba hacerlo en el de Argelia, donde había una fuerte implantación de colonos franceses que sostenían la ficción de que aquellas tierras eran provincias francesas, aunque se mantenía a los argelinos nativos como ciudadanos de segunda categoría, sin plenos derechos políticos. Acabada la guerra, se les hicieron escasas concesiones, al tiempo que se tomaban medidas para frenar el nacionalismo, mientras los colonos franceses, los *pieds-noirs*, exigían que se controlase la arrogancia de los «indígenas». Una mala cosecha, la de 1944, provocó el hambre en las zonas rurales y expulsó a muchos campesinos hacia las ciudades, donde su malestar se iba a unir al de los nacionalistas para engendrar un clima de violencia y potenciar las demandas de independencia.

El resultado de estas tensiones fue la brutal represión de Sétif, en mayo de 1945, donde la muerte de 103 colonos a manos de bandas de argelinos dio lugar a una respuesta represiva en que los senegaleses y las unidades de la legión extranjera asesinaron indiscriminadamente a un gran número de argelinos (entre mil trescientos, según las estimaciones más moderadas, y cuarenta y cinco mil, según los nacionalistas).

Francia aprobó en agosto de 1947 la concesión de un estatuto especial para Argelia, que había de ser elaborado por una asamblea cuyos miembros serían elegidos por mitades por los argelinos y por los colonos; pero cuando se disolvió esta asamblea, en abril de 1956, ni siquiera se había discutido el contenido que debía darse al estatuto.

Tras unos años de actividades clandestinas de los independentistas, un grupo de radicales musulmanes se reunió en 1954 en El Cairo para fundar el Frente de Liberación Nacional (FLN). En la madrugada del primero de noviembre de este mismo año unas cincuenta explosiones, incendios y ataques de comandos

marcaron el inicio del conflicto de Argelia.

La reacción del gobierno de Mendès France fue proclamar que Argelia era francesa y que no había negociación posible, a lo que François Mitterrand, ministro del Interior encargado de los departamentos de Argelia, añadió que lo que había que hacer era reforzar la policía y enviar más soldados.

La continuidad del imperialismo en África

La fundación de la ONU dio por un tiempo a los territorios coloniales la esperanza de que la nueva institución proclamaría el fin de la colonización, sobre todo después de la conclusión de una guerra mundial a la que los africanos habían sido llevados a la fuerza. Las metrópolis europeas no pensaban en liberar sus colonias africanas, sino en sacar provecho de ellas para su propia recuperación; pero el proyecto de modernizar sus economías para revitalizar las de las metrópolis acabó fracasando. Mientras se consultaba a los africanos acerca de las posibles reformas políticas, sin ninguna prisa por llevarlas a cabo, se tomaban grandes decisiones sobre su economía, que habrían de condicionar su desarrollo en el futuro, sin tener en cuenta su opinión acerca de estos nuevos proyectos imperiales (se ha hablado por ello de la «segunda invasión colonial»).

Los ingleses no consiguieron desarrollar la economía de sus colonias tropicales como esperaban. Los grandes programas imperiales de desarrollo resultaban demasiado costosos, de modo que a la hora de la verdad, lo que se procuró fue hacer inversiones en las infraestructuras más necesarias para los negocios de exportación y en programas que diesen beneficios a corto plazo, con fracasos tan estrepitosos como el del «Tanganyika groundnut scheme», que proyectó inmensas plantaciones de cacahuete destinadas a la producción de aceite, con un resultado desastroso, que condujo a la pérdida de la inversión y dejó improductivas muchas de las tierras implicadas. Colonialismo y desarrollo resultaron incompatibles, de modo que el programa imperial de los años cincuenta acabó en un desastre, cuyos costes heredaron los nuevos estados independientes.

Aparte de la insensatez de algunos de estos proyectos había otras razones para explicar el fracaso del nuevo colonialismo. El desarrollo africano había

hecho aparecer un sector de trabajadores organizados sindicalmente en las actividades más ligadas a la exportación —en las plantaciones, las minas, los ferrocarriles y los puertos—, que habían asociado sus demandas a las de los políticos nacionalistas, lo que dio lugar a que, al fin de la Segunda guerra mundial, las reivindicaciones políticas fuesen acompañadas por otras acerca de salarios y servicios sociales, que las empresas metropolitanas se resistían a aceptar, lo que explica las huelgas y los conflictos de estos años, tanto en el África británica como en la francesa. El problema era que los africanos habían acabado creyendo las promesas de que se les iba a integrar en igualdad con los europeos, y pretendían acceder a los mismos derechos y niveles salariales que los trabajadores de las metrópolis.

La historia de los últimos años de las colonias africanas es una historia de violencia: del trabajo forzado de los nativos, que se mantuvo en el África francesa hasta 1946 (y se conservó todavía más en Madagascar), de los doscientos mil campesinos explotados como siervos en las minas de estaño del norte de Nigeria o del *apartheid*, que duró en muchos lugares del África francesa hasta los años cincuenta.

La mayoría de los conflictos surgieron de enfrentamientos contra el movimiento obrero. Era normal en las colonias africanas que una huelga acabase con veinte o treinta muertos como consecuencia de la represión policíaca o militar. En Senegal el ejército mató en diciembre de 1944 a 35 antiguos prisioneros de guerra repatriados que se quejaban de las míseras pagas que se les habían concedido.

Las huelgas eran cada vez más frecuentes y más amplias. En 1948 hubo revueltas en el territorio de Gold Coast, cuando la policía de Accra disparó contra una manifestación, y al año siguiente la represión de una huelga de mineros en Nigeria produjo 21 muertos. La agitación obrera iba en ascenso; en 1950 otra huelga general en Gold Coast fue reprimida ferozmente, y este mismo año hubo una matanza en Dimboko (Costa de Marfil), además de huelgas en Nairobi (Kenia). Esta violencia llegó al extremo en Madagascar, donde el ejército francés realizó una auténtica masacre en 1947, con unos cuarenta mil muertos indígenas (ochenta y nueve mil, según otras versiones), además de practicar brutalidades como la de lanzar presos desde el aire sobre las poblaciones sublevadas, con fines de intimidación.

8

LA GUERRA FRÍA (1947-1960)

A fines de 1945 un Truman presionado por los anticomunistas que le rodeaban, como el almirante Leahy y el secretario de Marina, Forrestal (que acabó enloquecido, lanzándose por la ventana de un hospital), había abandonado la actitud conciliadora hacia los rusos, que no se acomodaban a la disciplina que pretendía imponer el imperio, y sostenía que la única política que entendían era la de la amenaza.

Una vez acabada la guerra mundial, en que la aportación de la Unión Soviética fue decisiva, los norteamericanos, incitados por la visión alarmista que difundían sus gobernantes, fueron presa colectivamente de un miedo irracional a sus antiguos aliados, que llegó a niveles de pánico cuando se supo que disponían de armas nucleares y de misiles para transportarlas. Que Stalin no tenía ninguna intención agresiva lo demuestra que desmovilizase el ejército (que pasó de más de once millones de hombres a menos de tres de 1945 a 1947) y redujese el presupuesto de defensa a menos de la mitad. A fines de 1945 le decía a Gomułka que no creía que las potencias occidentales fuesen a declararle la guerra. «Sus ejércitos se han desarmado ... y no tomarán las armas contra nosotros. La guerra no la deciden las bombas atómicas, sino los ejércitos ... Que en unos treinta años más o menos deseen hacer otra guerra es una cuestión distinta.»

En lo cual se equivocaba, porque no supo ver que, si bien sus antiguos aliados no iban a entrar en combate abierto, se estaban preparando para otra clase de guerra que Stalin fue incapaz de prever. No se puede entender su política en estos años si se olvidan su fe en la superioridad a largo plazo del socialismo y su esperanza de que la situación mundial podía cambiar con la participación en los gobiernos de las democracias parlamentarias occidentales de unos partidos comunistas que, por lo menos en Europa, habían abandonado

cualquier tentación de asalto revolucionario del poder. Stalin había dado instrucciones tanto a Togliatti como a Thorez para que los comunistas italianos y franceses siguieran una política de frente popular, aliándose a las fuerzas de izquierda, y evitasen cualquier tipo de provocación que pudiera alarmar a norteamericanos y británicos.

Nunca hubo proyectos de ataque nuclear del lado soviético. Fue la continuidad de las amenazas norteamericanas lo que les obligó a armarse a su vez para disuadir a sus enemigos de que emprendieran un ataque con la amenaza de una represalia. Lo cual provocó una escalada insensata de armamento que acabó arruinando la economía soviética, pero implicó también que Estados Unidos dedicase a esta guerra fantasmal unos recursos que hubieran permitido elevar el nivel de vida de sus ciudadanos y proporcionarles mejores servicios sociales.

La guerra fría

En la guerra contra el comunismo que iniciaban en estos momentos los gobernantes norteamericanos contaba mucho menos el miedo al poder militar soviético, cuyos límites conocían bien, que el que sentían ante la subversión, tanto en su propio país —injustificada ante la debilidad de un Partido comunista norteamericano totalmente infiltrado por el FBI— como en el exterior: un combate en que pudieron contar desde el primer momento con la colaboración de los sindicatos norteamericanos, que consideraban que «cualquiera que desafiase el *statu quo* (y especialmente el capitalismo) y buscase luchar por el bienestar de los trabajadores ... era un comunista».

Los programas políticos de la doctrina de la guerra fría solían limitarse, sin embargo, a hablar de la amenaza exterior, que era la que servía para crear consenso con los demás países del «mundo libre». El 22 de febrero de 1946 un funcionario de la embajada norteamericana en Moscú, George Kennan, contestó a una demanda de interpretación de las actitudes soviéticas hacia las instituciones financieras internacionales con el llamado «telegrama largo».

Kennan sostenía que los soviéticos estaban fanáticamente convencidos de que no era posible un *modus vivendi* con los norteamericanos. Temerosos de los

extranjeros, e inseguros ante la superioridad tecnológica de Occidente, habían desarrollado una visión paranoica que les hacía creerse sitiados. No se podía negociar con ellos, ni se debía tratar de aplacarlos. Sólo una actitud de firmeza, unida a la voluntad de usar la fuerza si era necesario, podía contener a los soviéticos. Pocos días más tarde, el 5 de marzo, se producía el discurso de Churchill en Fulton, donde formuló una denuncia de las tendencias expansivas y del proselitismo de la Rusia comunista en una arenga que iba a recordarse sobre todo por la imagen del «telón de acero» que habría caído en Europa, de Szczecin a Trieste.

Las propuestas de Kennan no se difundieron públicamente hasta febrero de 1947, con la publicación de un artículo en que insistía en que, como no se podía hacer nada para razonar con los rusos, lo mejor era desarrollar una política de contención que aplicase una «contrafuerza» en puntos geográficos y políticos cambiantes, oponiéndose a sus actuaciones expansivas, sin necesidad de llegar a una confrontación global.[1]

Kennan fue marginado a medida que la iniciativa pasaba a quienes planteaban propuestas cada vez más agresivas. La política exterior norteamericana empezó a endurecerse en el verano de 1946 con motivo de los problemas de Turquía y de Irán. En el caso de Turquía los rusos estaban presionando para revisar el Convenio de Montreux de 1936, que dejaba en manos de los turcos el control de la navegación por los estrechos que unen el mar Negro con el Mediterráneo (los rusos pedían el derecho a cruzar libremente por los estrechos, tal como se lo habían concedido a los nazis).

En agosto de 1946 el subsecretario de Estado Dean Acheson inició una evolución que iba a convertirle en uno de los principales protagonistas del inicio de la guerra fría, al denunciar los daños que podían producirse si los rusos se imponían a Turquía, y convencer a Truman para que advirtiese a Stalin que el régimen de los estrechos debía seguir igual, apoyando este planteamiento con el envío de una flota norteamericana al Mediterráneo.

El caso de Irán era más complejo. Británicos y rusos habían ocupado Irán en agosto de 1941 —con el acuerdo de retirarse en los seis meses siguientes al fin de la guerra— para impedir que los alemanes, que contaban con el apoyo de las fuerzas francesas de la *Armée du Levant* en el Líbano y tenían agentes en toda la zona, se adueñasen de su petróleo. La permanencia de los soviéticos en Irán

hasta abril de 1946 dio lugar a que los norteamericanos ofreciesen pleno apoyo a los iraníes para que protestasen ante las Naciones Unidas; pero los rusos, que no querían quedar aislados internacionalmente, retiraron sus tropas antes de que el tema se discutiese en la ONU.[2]

En julio de 1946 Clark Clifford, uno de los asistentes del presidente, recibió de Truman el encargo de redactar un informe acerca de la marcha de las relaciones con los soviéticos. El resultado fue un extenso texto que recogía tan sólo los aspectos negativos de estas relaciones, y que concluía que «los líderes soviéticos creen que es inevitable un conflicto entre la Unión Soviética y los estados capitalistas, y que su deber es preparar a la Unión Soviética para este conflicto», lo cual obligaba a Estados Unidos a mantener una fuerza militar suficiente para frenarles, que había de estar a las órdenes directas del presidente, con el fin de que éste pudiera utilizarlas sin aguardar a dar cuenta al Congreso.

Las reformas militares se completaron con la *National Security Act* de 1947, que reorganizó las fuerzas armadas norteamericanas, poniendo las diversas armas bajo el control de una sola entidad, el departamento de Defensa, dirigido por un secretario, a la vez que definía las funciones de asesoramiento del Joint Chiefs of Staff, un cuerpo que reunía a los jefes de las diversas armas. Si añadimos a ello el refuerzo de las actividades clandestinas y de inteligencia, con la creación de la CIA (Central Intelligence Agency) y de la NSA (National Security Agency), los presidentes dispusieron a partir de entonces de unos instrumentos para ejercer su autoridad que explican que Arthur Schlesinger jr. hablase de la «presidencia imperial».

Las primeras batallas

Las primeras batallas abiertas de la guerra fría comenzaron en marzo de 1947 con la formulación de la llamada «doctrina Truman», seguida en el mes de junio por el anuncio del «Plan Marshall». El paso de lo que hasta entonces había sido simplemente un envío de advertencias a los soviéticos a una intervención política en el Mediterráneo oriental se produjo cuando Gran Bretaña comunicó a

los norteamericanos, en febrero de 1947, que por razones económicas no podía seguir sosteniendo su participación en la guerra civil griega. Convencidos de que, tras haber sido frenado en Irán y en Turquía, Stalin se disponía ahora a apoderarse de Grecia, lo que era totalmente erróneo, los hombres que rodeaban a Truman se dispusieron a iniciar una política de intervención más activa.

Se comenzó sugiriendo a los gobiernos griego y turco que pidiesen ayuda a Estados Unidos, y Truman, con un discurso cuidadosamente preparado por sus asesores, consiguió el 12 de marzo de 1947 suscitar el terror en el Congreso hablando de la confrontación entre el bien y el mal, del «mundo libre» y del comunismo, y enunció una doctrina que sostenía que Estados Unidos debía «apoyar a los pueblos libres que se resistían a ser subyugados». Se le podía objetar que el gobierno de Grecia era antidemocrático y que Turquía ni siquiera era formalmente una democracia, pero la realidad era que eso de la democracia no era una exigencia requerida para formar parte del «mundo libre». El caso es que consiguió el dinero que necesitaba para auxiliar tanto a Turquía como al gobierno griego, que recibió la ayuda suficiente para ganar la guerra civil, a costa de cien mil muertos, cinco mil ejecuciones y ochocientos mil desplazados, y de una brutal represión en cárceles y campos de concentración.

Dos acontecimientos que tuvieron lugar en 1949 vinieron a dar un nuevo sentido a la guerra fría: el triunfo del maoísmo en China y la explosión de la primera bomba atómica soviética, que tuvo lugar el 29 de agosto de 1949, por los mismos días en que culminaban la formación de la OTAN y la división de Alemania. Esto ocurría al mismo tiempo que Gran Bretaña se veía forzada a devaluar la libra esterlina y que empezaba en Rusia la producción en masa del fusil automático AK-47, el kalashnikov, que iba a convertirse en una de las armas más letales de la guerra y del terrorismo.

El clima agresivo que reinaba en la política norteamericana lo revelaba un informe de enero de 1950, preparado a iniciativa del Joint Chiefs of Staff, donde se preveía que la Unión Soviética desencadenaría un ataque nuclear contra Estados Unidos en el momento en que dispusiera de una reserva suficiente de bombas atómicas, que se calculaba que podían ser unas doscientas. Esta previsión fue discutida por la CIA, que objetaba que los soviéticos carecían de

medios suficientes de transporte aéreo para efectuar un ataque de semejante magnitud. Pero los miedos de los más, y el afán de rearme de los militares, bien conectados por otra parte con la industria del armamento, acabaron imponiéndose, y la suposición de que había que prevenir un ataque nuclear soviético se convirtió en uno de los puntos clave en torno a los cuales iba a basarse la política norteamericana en los próximos años.

Lo que Kennan había planteado como una confrontación política que excluía cualquier riesgo de conflicto armado dio paso a una visión más agresiva, alimentada por la idea de que los soviéticos no tenían otro objetivo que destruir Estados Unidos con un ataque nuclear preventivo, y por la delirante combinación de dos teorías sobre las relaciones internacionales: la del «dominó», que sostenía que si un país «caía» en manos del comunismo, el contagio de sus vecinos era inevitable, y la del «monolitismo», que afirmaba que detrás de cualquier acción «comunista», un calificativo que se aplicaba a cualquier muestra de disidencia respecto de las reglas políticas del imperio, estaba el largo brazo de Moscú. Una de las consecuencias más negativas de esta visión fue que incapacitó a los norteamericanos para entender los movimientos nacionalistas de los países coloniales que buscaban emanciparse del imperialismo.

La nueva orientación de la política exterior se definió en un documento de 14 de abril de 1950 que el presidente Truman ordenó que se mantuviese en secreto. Se trata del llamado «NSC 68», en que se afirmaba que «la guerra fría es de hecho una guerra real para la supervivencia del mundo libre», y que los soviéticos estaban animados «por una nueva fe fanática, antitética a la nuestra, que trata de imponer su autoridad sobre el resto del mundo».

Se preveía en él que los rusos estarían hacia 1954 en situación de desencadenar un ataque «preventivo», y que esto sólo se podía impedir con un esfuerzo de rearme que asegurase una gran superioridad americana, lo cual exigía dedicar al gasto militar dinero y más dinero, aumentando los impuestos y sacrificando el gasto social.

El inicio de la guerra de Corea, a los dos meses justos de la aprobación del NSC 68, decidió la cuestión. La nueva guerra tuvo la virtud de justificar el aumento de la demanda militar, lo que tuvo un efecto económico positivo al favorecer la recuperación de la industria.

Todo ello implicaba embarcar al país en un rearme costoso y permanente,

que llevó el gasto militar y de seguridad nacional a límites impensables con anterioridad. Una consecuencia aún más grave fue que el mantenimiento de un estado de crisis constante condujo a la militarización de la política norteamericana y a reforzar la acumulación de poder en manos del presidente y del aparato de consejeros de seguridad que le rodeaban.

La estrategia del NSC 68 tenía, sin embargo, otra dimensión fundamental, además de la de prepararse para la guerra atómica, como era la de alertar acerca del peligro de la expansión del comunismo por su difusión pacífica, contra la cual sólo se podía luchar con una cruzada mundial que frenase el avance de todos aquellos movimientos políticos o intelectuales que se sospechase que podían favorecer su desarrollo, o que de alguna manera se oponían al «liderazgo global de Estados Unidos» (para decirlo brevemente, a todos los que implicasen una crítica del capitalismo). La técnica preferida del comunismo, se decía, era la de la subversión, de modo que había que vigilar para evitar que se infiltrara en «sindicatos, organizaciones cívicas, escuelas, iglesias y en los demás medios de influencia en la opinión». De ahí nació, por una parte, la lucha contra el enemigo interior del progresismo en la propia sociedad norteamericana, pero también la voluntad de combatir en el mundo entero contra todo lo que pareciese que podía conducir a favorecer el comunismo.

Los norteamericanos comenzaron entonces a perseguir estas reales o imaginadas amenazas en todos los rincones del planeta. Veían el peligro tras los movimientos izquierdistas y los sindicatos europeos, o tras los planteamientos nacionalistas en África, en el sudeste asiático o en América Latina.

La situación de Europa y el Plan Marshall

Se temía que la desastrosa situación económica de la Europa occidental pudiera contribuir a que los comunistas ganasen elecciones libres en Francia, en Bélgica o en Italia. El secretario de Estado, Marshall, había regresado de Europa con la convicción de que la mayor amenaza a que habían de enfrentarse no era la de una agresión militar soviética, sino la de un avance espectacular de los partidos comunistas locales. De ahí la urgencia de un plan de ayuda económica para la recuperación de los países europeos, diseñado para combatir la influencia

política de los partidos comunistas locales, a la vez que contribuía a abrir los mercados a los productos norteamericanos. Tal fue el origen del *European Recovery Program* (ERP), más conocido como Plan Marshall.

La oferta, hecha el 5 de junio de 1947 en un discurso pronunciado por Marshall en la Universidad de Harvard, iba dirigida incluso a la Unión Soviética y a los países de su área de influencia. Aunque lo acogieran con desconfianza, los soviéticos, necesitados de créditos para la reconstrucción, decidieron estudiarlo. Stalin envió a París en julio de 1947 a Mólotov con un amplio equipo de asistentes para evaluar las condiciones del plan; pero reaccionó rápidamente, cuando se dio cuenta de que no sólo implicaba una penetración económica sino también cultural: la introducción de un marco de ideas antagónico al socialismo. De modo que los soviéticos no sólo lo rechazaron, sino que ordenaron a checos y polacos, que deseaban participar en él, que renunciaran a hacerlo. Fue la percepción de la amenaza que implicaban la doctrina Truman y el Plan Marshall lo que llevó a Stalin a endurecer el control sobre los países de su entorno, lo cual, al confirmar la división de Europa en dos bloques, iba a convertirse en un factor decisivo para que surgiese el «telón de acero» que Churchill había anunciado anticipadamente.

El importe total de la ayuda del ERP fue, de 1948 a 1951, de unos doce mil setecientos millones de dólares, que se destinaban a pagar importaciones de alimentos (alrededor de un tercio del total), materias primas y maquinaria de Estados Unidos. Los gobiernos debían crear un fondo de valor equivalente en su propia moneda, nutrido por el importe de lo que pagaban quienes adquirían las mercancías norteamericanas. Estos recursos en moneda local se destinaban a finalidades de reconstrucción diversas, en especial a la industria; pero un 5 % —unos seiscientos cincuenta millones de dólares— se habían de devolver a los norteamericanos, que los reservaron para financiar las actividades secretas de la CIA.

Se realizó, a la vez, una amplísima campaña de propaganda, con carteles, panfletos, exposiciones, conciertos y espectáculos de todo tipo, pero muy especialmente con documentales y noticiarios cinematográficos destinados a mostrar el «modo de vida americano» y el «sistema de libre empresa» como modelos de progreso y bienestar.

El Plan Marshall tuvo efectos positivos para la economía estadounidense, a

la que evitó una previsible crisis de posguerra; mientras que su importancia real en el inicio del rápido proceso de crecimiento económico europeo de los años cincuenta es algo que ha sido largamente debatido.

De lo que no hay duda es de que los objetivos políticos que se consiguieron fueron importantes, puesto que permitieron culminar una campaña destinada a evitar que los comunistas accediesen a los gobiernos europeos, que se había iniciado con anterioridad, en la primavera de 1947, cuando se logró que los ministros comunistas fuesen expulsados de los gobiernos de coalición de Francia, Bélgica, Italia y Luxemburgo, en respuesta a una petición que se presentaba como una condición para recibir ayuda económica. Para impedir que pudieran volver al gobierno de estos países como resultado de unas elecciones, se crearon, en colaboración con los militares y las policías locales, organizaciones secretas «stay behind», como Gladio en Italia, preparadas para dar un golpe armado e impedirles el acceso al poder.[3]

Otro objetivo político, de consecuencias duraderas, fue el de impulsar una unión europea, que era la única forma de conseguir que los países que habían sido invadidos por Hitler aceptasen la integración de Alemania en el bloque defensivo occidental, como convenía a los planes militares norteamericanos. Su administración requirió la constitución de una Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE, que se transformaría en 1961 en la OECD) que contribuyó a promover las primeras fases de una política de coordinación internacional, a la vez que consolidaba la división del continente en un ámbito de hegemonía occidental y otro oriental.

Los orígenes de la Unión Europea arrancan del Plan Schumann de 1950, inspirado por Jean Monnet, que proponía coordinar la producción de acero y de carbón de la Europa occidental en un sistema dirigido por instituciones comunes. Así nació en 1951 la CECA, la Comunidad europea del carbón y del acero, integrada por seis naciones —Francia, Alemania federal, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo— cuyo móvil político era ayudar a la recuperación económica de la Alemania occidental para facilitar su integración en la nueva Europa, venciendo las reticencias de los franceses, que necesitaban el carbón alemán para su siderurgia, pero temían ver una Alemania nuevamente fortalecida.

El paso siguiente se dio el 25 de marzo de 1957 con la firma, por parte de los mismos integrantes de la CECA, del tratado de Roma, que creaba la Comisión

Económica Europea, destinada a organizar un Mercado común entre los seis países, mediante la abolición de las tarifas aduaneras entre los estados miembros, y la creación de otras comunes entre éstos y los del exterior. Lo cual se completó en 1962 con la creación de la PAC, la Política Agraria Comunitaria.

España tuvo la mala suerte de vivir con el reloj cambiado respecto de la evolución de Europa desde 1914, en que fue uno de los pocos países del continente que quedó al margen de la Primera guerra mundial. Proclamó en 1931 una república que se proponía planes moderados de reforma mientras la mayor parte de Europa viraba a la derecha y miraba con malos ojos este posible contagio de comunismo. Y le correspondió, encima, entrar en la Segunda guerra mundial en una fase previa, en la guerra de 1936 a 1939, en que sufrió bombardeos, destrucciones y una durísima represión, con el grave inconveniente de que en este prólogo de la gran contienda ganaron «los malos», las potencias fascistas, de modo que cuando en 1945 se produjo la victoria sobre el fascismo, quedó al margen de la reconstrucción de posguerra —ni participó en el Plan Marshall, ni entró a formar parte de la Comunidad europea— y no compartió las tres décadas de crecimiento y progreso que vivió la Europa occidental entre 1945 y 1975. No puso el reloj a la misma hora hasta 1985, cuando ingresó en la Comunidad europea; pero entonces era ya para compartir una época de retroceso y de crisis.

La crisis de Berlín y el nacimiento de la OTAN

Las negociaciones sobre el futuro de Alemania resultaron difíciles. Los soviéticos hubieran querido que se crease una administración conjunta de las cuatro zonas, pero británicos y norteamericanos preferían mantener aparte a los soviéticos, para impulsar por separado el crecimiento económico de las zonas de Alemania que ocupaban, y controlar a la vez su evolución política. Las dos conferencias de los ministros de Asuntos exteriores de las cuatro grandes potencias que se celebraron en Moscú (marzo-abril de 1947) y en Londres (noviembre-diciembre de 1947) para discutir las bases de un tratado de paz con

Alemania fracasaron por la exigencia soviética de que se cumplieran sus peticiones sobre reparaciones; pero también porque los norteamericanos querían integrar cuanto antes las tres zonas «occidentales» de Alemania en su bando. Les convenía, sin embargo, sostener que el fracaso se debía a la intransigencia de los rusos, lo cual les sirvió para justificar la reunión de una nueva conferencia, limitada esta vez a seis potencias occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo), quienes el 6 de marzo de 1948 anunciaron su propósito de establecer una forma de gobierno federal en las zonas occidentales de Alemania, aun manteniendo la ocupación militar y fijando limitaciones a la soberanía del nuevo estado.

Estos acuerdos produjeron una dura reacción por parte de los soviéticos, que abandonaron el Consejo aliado de control de Alemania y comenzaron a crear dificultades a las zonas «occidentales» de Berlín, revisando los trenes que se dirigían a la antigua capital. Fue finalmente el anuncio, el 18 de junio, de que se iba a establecer una nueva moneda alemana occidental, lo cual causaría una evidente confusión en Berlín, que se convertiría en una ciudad con dos monedas distintas, lo que llevó a que los soviéticos cortasen por completo el tráfico terrestre el 24 de junio de 1948.

Los norteamericanos replicaron enviando a las bases de Inglaterra, con un claro propósito intimidador, sesenta aviones B-29, a la vez que establecían un puente aéreo para abastecer los distritos occidentales de Berlín, sin que los rusos obstaculizaran los vuelos, como podían haber hecho. El bloqueo acabó el 12 de mayo de 1949, gracias a un acuerdo para volver a reunir la conferencia de ministros de Asuntos exteriores en París.

La crisis de Berlín, al plantear la posibilidad de una confrontación armada, precipitó las demandas de británicos y franceses, que querían contar con un compromiso explícito, en forma de tratado de defensa mutua, que les garantizase que podrían contar con el apoyo norteamericano para la protección de la Europa occidental. La negociación la iniciaron Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Islandia, Italia, Noruega y Portugal, que el 4 de abril de 1949 firmaron en Bruselas el acuerdo constitutivo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que determinaba que un ataque contra cualquiera de los firmantes «en Europa o en América del Norte» —se quiso excluir del acuerdo los conflictos coloniales— se consideraría un

ataque contra todos. Su primer secretario general, lord Ismay, lo definió como un pacto «para tener a los americanos dentro, a los rusos fuera y a los alemanes debajo».

El 23 de mayo de 1949, pocos días después de haber concluido el bloqueo de Berlín, se creó la República federal alemana (*Bundesrepublik Deutschland*, BRD), con una «ley básica» que convertía al presidente en una figura decorativa y daba un considerable poder al canciller, que era el jefe del gobierno. Pocos meses más tarde, el 7 de octubre, se constituyó en la zona soviética la República democrática alemana (*Deutsche Demokratische Republik*, DDR), como una respuesta obligada a la creación de la federal.

La nueva República federal nacía bajo la dirección del canciller Konrad Adenauer, un político católico conservador que presidía la Unión cristianodemócrata (*Cristlich Demokratische Union Deutschlands, CDU*) un partido aliado a la Unión socialcristiana (CSU) de Baviera. Adenauer consiguió una precaria mayoría de un voto en la primera reunión del parlamento federal y logró mantener el cargo en las elecciones sucesivas, hasta que su propio partido lo echó del poder en 1963, a los ochenta y siete años de edad. Su política estuvo encaminada a frustrar todos los proyectos de reunificación de las dos Alemanias y a aislar a la República democrática. El nuevo estado recibió una considerable ayuda económica, consolidada con el arreglo de la deuda de agosto de 1953.[4] En mayo de 1955 la República federal ingresó finalmente en la OTAN.

La República democrática alemana, donde el control político estaba en manos del SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*), un «partido socialista unificado» surgido en 1946 de la fusión de los socialistas (SPD) y los comunistas, arrancó con el lastre del empobrecimiento del país como consecuencia de las exacciones soviéticas, lo que implicaba que los niveles de vida y las condiciones de trabajo iban a ser mucho peores que en la Alemania occidental, que recibía un trato económico muy favorable de sus patrocinadores «occidentales». Nacía además con una indefinición política, fruto de la persistente voluntad de Stalin de no crear una situación irreversible que impidiera llegar en el futuro a un acuerdo de unificación, que era lo que realmente buscaba, sin importarle que el resultado fuese una Alemania burguesa, con tal de asegurarse su neutralización en términos militares.

En marzo de 1952 Stalin pidió que se celebrase una reunión de los «cuatro

grandes» para preparar un tratado de paz con un gobierno de toda Alemania, con el fin de formar un estado unificado, independiente, democrático y neutral, del que todas las tropas extranjeras se retirarían en el transcurso de un año. «Occidente» no estaba en estos momentos por negociar, y menos que nadie Adenauer, lo que explica que Stalin renunciase finalmente a este plan y aceptase para la Alemania oriental la política de «transición al socialismo» que hasta entonces había vetado, con el fin de asegurar el flanco occidental de sus fronteras.

La guerra de Corea

Liberada de los japoneses, Corea quedó dividida por una frontera a lo largo del paralelo 38, con el norte en manos de un gobierno comunista nacido de la guerrilla que había luchado contra los japoneses, y una mitad sur donde los norteamericanos, que rechazaban la unificación del país, crearon el 15 de agosto de 1948 la República de Corea. Los rusos replicaron pocas semanas más tarde creando en el norte la República Popular Democrática de Corea.

Los dos gobiernos coreanos podían responder a formas políticas distintas, pero estaban alejados por igual de la democracia. Si el norte era autocrático, el sur se convirtió en un estado policial, que se impuso con crímenes como el de la isla de Jeju, donde, de abril de 1948 a mayo de 1949, las fuerzas armadas del gobierno de Corea del Sur reprimieron una revuelta matando a unos treinta mil civiles y forzando la huida a Japón de otros cuarenta mil.

El conflicto entre los dos estados era previsible. Los dos regímenes aspiraban a unificar el país, y desde mayo de 1949 protagonizaron constantes enfrentamientos a lo largo de la frontera, tratando de conseguir el apoyo de sus respectivos patrocinadores para liquidar al contrincante. Fue finalmente el jefe del gobierno del norte, Kim Il-sung, quien obtuvo la aprobación de Stalin para realizar un rápido ataque al sur, donde esperaba contar con el apoyo de los numerosos descontentos con la política represiva de Syngman Rhee.

En la madrugada del 25 de junio de 1950 las tropas del norte cruzaron la frontera del paralelo 38 y en tres días llegaron a Seúl, mientras el ejército surcoreano se desmoronaba. En el gobierno norteamericano se produjo un

momento inicial de pánico, ya que se pensó que se trataba de una maniobra de distracción de los rusos para invadir Europa occidental o para atacar a Estados Unidos.

El secretario de Estado Dean Acheson, en momentos en que Truman estaba ausente de Washington, llevó el asunto a la ONU, una decisión que Truman apoyó y que se había tomado sin consultar ni al Congreso ni a los militares. MacArthur, instalado en Japón a modo de virrey, declaró a los periodistas que la situación era tan alarmante que pediría a Truman «el envío de divisiones americanas a Corea». En realidad fue él mismo quien, sin esperar la aprobación de Washington, comenzó a bombardear Vietnam del Norte y envió una división a Corea.

Se consiguió que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas legitimase el envío de tropas internacionales a Corea, aunque a la hora de la verdad todo se redujo a una iniciativa norteamericana con alguna colaboración británica y otras que no pasaban de simbólicas, pero, contra las previsiones de MacArthur, que menospreciaba a los asiáticos, el ejército de Corea del Norte resultó ser duro y disciplinado, y las primeras intervenciones de las tropas americanas fueron decepcionantes. A fines de agosto las fuerzas estadounidenses y surcoreanas estaban arrinconadas en una estrecha zona alrededor de Pusan, y los norcoreanos parecían estar a punto de dar el último golpe a la guerra. Fue la superioridad aérea de los norteamericanos la que les permitió resistir, mientras preparaban la operación que iba a cambiar el curso de la contienda.

El 15 de septiembre de 1950 se produjo un desembarco en Incheon, que puso a ochenta mil marines tras las líneas de los coreanos del norte, lo que permitió cambiar el signo de la guerra, al sorprender a unas tropas que estaban exhaustas por el esfuerzo realizado. El éxito resultó tan grande como inesperado: el 26 de septiembre, a los once días del desembarco, los norteamericanos recuperaban Seúl y seguían hacia el norte.

El problema lo tenía ahora Mao, que se había comprometido a apoyar a los coreanos y había creado un Ejército para la defensa de la frontera del noreste por si era necesario intervenir en su ayuda. El hecho de que Estados Unidos hubiese enviado la séptima flota a los estrechos de Taiwán, unido a la retórica agresiva de MacArthur, le hizo temer que los norteamericanos se proponían seguir hacia el norte e invadir Manchuria.

MacArthur, por su parte, al que Truman había autorizado a seguir avanzando más allá de la frontera del paralelo 38, pensaba que los chinos no iban a intervenir, y estaba convencido de que, en caso de que entrasen en el conflicto, bastaría con enviar la aviación norteamericana a bombardear sus ciudades. Obsesionado por llegar cuanto antes a la frontera del río Yalu, cuyas centrales hidroeléctricas proporcionaban energía a China, ignoró las informaciones de los servicios de inteligencia que le avisaban de la movilización de tropas chinas, y fue directo al desastre.

El 19 de octubre los chinos cruzaban la frontera del Yalu con ciento treinta mil «voluntarios», dirigidos por Peng Dehuai, desafiando el riesgo de que los norteamericanos, que tenían ahora un arsenal de unas trescientas bombas nucleares, decidieran usarlas contra ellos. El primer enfrentamiento con las tropas chinas se produjo el 1 de noviembre en Unsan y acabó cuatro días más tarde en una humillante derrota norteamericana.

MacArthur prosiguió sin embargo su avance hacia la frontera del Yalu, y cayó en la trampa que le habían tendido, al quedarse sin líneas de aprovisionamiento fluidas con la retaguardia. El contraataque comenzó el 27 de noviembre y en pocos días los chinos infligieron a las tropas norteamericanas una de las mayores derrotas de su historia. A fines de 1950 los chinos se encontraban ya en la frontera del paralelo 38 y el 4 de enero de 1951 ocuparon de nuevo Seúl.

MacArthur exigió entonces que se declarase la guerra a China y que se lanzasen bombas atómicas sobre sus ciudades, una propuesta a la que daba apoyo una gran parte del público norteamericano. Pero Truman no quiso correr el riesgo de iniciar la tercera guerra mundial, y de que los rusos atacasen Europa occidental, en momentos en que Estados Unidos no disponía de fuerzas suficientes para hacer frente a un conflicto en varios frentes. Lo que explica que su primera decisión fuese, en diciembre de 1950, enviar a Europa cuatro divisiones más, lo que elevaba a ciento ochenta mil los soldados americanos en el continente.

Ante la resistencia de MacArthur a aceptar sus órdenes, Truman le destituyó el 11 de abril de 1951, reemplazándolo por el general Matthew Ridgeway en una

decisión condenada por el público norteamericano, que recibió como un héroe nacional al MacArthur que seguía insistiendo en extender el conflicto. No tenía, en cambio, el apoyo de los altos mandos militares: el general Bradley, que presidía el Joint Chiefs of Staff, rechazó explícitamente que Estados Unidos se involucrase «en una guerra equivocada, en el lugar equivocado, en un momento equivocado y contra un enemigo equivocado».

Las perspectivas norteamericanas habían cambiado y se comenzó ahora a buscar una solución política al problema de Corea, al tiempo que la aviación seguía bombardeando brutalmente objetivos civiles e industriales en el norte, y que Truman enviaba un escuadrón aéreo con armas atómicas al Pacífico occidental, en previsión de cualquier posible contingencia. La guerra quedó en un estado de semicongelación y el 10 de julio de 1951 se iniciaron las primeras conversaciones para un alto el fuego, que iban a durar dos años, hasta que el 27 de julio de 1953, con la amenaza por parte de Eisenhower de utilizar armas atómicas si no se llegaba a un rápido acuerdo, se firmó el armisticio en Panmunjom. Esta guerra no declarada había causado más de cuatro millones de bajas, de las que la mitad eran civiles, y había visto producirse las mayores brutalidades por los dos bandos, incluida la ejecución de prisioneros de guerra y el asesinato en masa de civiles.

Para Estados Unidos la guerra de Corea tuvo dos consecuencias inmediatas: el recrudecimiento de la persecución de los supuestos enemigos interiores y un aumento brutal del gasto militar, que en 1953 cuadruplicaba el de 1949. Las dimensiones de lo que llamamos la guerra fría no sólo se consolidaron sino que se ampliaron a partir de este momento.

Para China, que sufrió en los combates un gran número de muertes —las estimaciones van de ciento cincuenta mil a novecientas mil—, incluyendo la del hijo mayor de Mao, Anying, significaba una victoria: era la primera vez en los tiempos contemporáneos en que un ejército asiático se medía de igual a igual con el de una de las potencias imperiales. Esta experiencia reforzó en Mao la convicción de que la fuerza de la voluntad lo podía todo.

La guerra fría como instrumento de control social

La guerra fría tuvo como consecuencia inevitable la lucha por mantener en el interior de los dos bandos —incluyendo el conjunto de los aliados y satélites integrados en cada uno de ellos— el modelo de orden social que defendían, controlando estrechamente la disidencia. El miedo al enemigo externo —el comunismo internacional, por un lado; el imperialismo capitalista, por el otro— servía de justificación para exigir obediencia y combatir despiadadamente a los enemigos internos, reales o imaginarios.

En Estados Unidos, donde el miedo al rojo había sido potenciado por la oposición al New Deal, el congresista Martin Dies había promovido desde 1938 el *House Un-American Activities Committee* (HUAC, Comité del congreso de representantes sobre actividades antiamericanas), que comenzó buscando subversivos en los sindicatos o en las organizaciones del New Deal y, tras haber prestado una fugaz atención al peligro fascista en los años de la guerra, se dedicó después a la búsqueda de todo lo que pareciera tener algún matiz de rojo.

El clima social confuso de la posguerra favoreció el desarrollo de un nuevo pánico, basado en la idea, difícilmente justificable, de que el minúsculo Partido comunista norteamericano era un arma terrible de subversión que había penetrado en los organismos del gobierno, dominaba los sindicatos y auxiliaba a los agentes al servicio de Rusia en su afán por adueñarse de los «secretos atómicos».

La *Smith Act* (*Alien Registration Act*) de 1940, que criminalizaba el propósito de derribar el gobierno de Estados Unidos, fue usada desde 1948 para castigar a los miembros del Partido comunista, alegando que si su propósito era liquidar el capitalismo, ello implicaba que pretendían derribar al gobierno americano. No se precisaba ningún indicio objetivo de conspiración para acusarlos, sino que podían ser condenados por sus ideas.

No sólo se reactivó entonces el HUAC, sino que a mediados de los años cincuenta había docenas de otras entidades similares que emulaban sus procedimientos, como los comités presididos por los senadores McCarthy y McCarran, que contaban con el pleno apoyo del FBI, cuyo director, J. Edgar Hoover, tenía una obsesión anticomunista enfermiza.

Hoy, al revisar la historia de las persecuciones anticomunistas a partir de los documentos desclasificados, se puede ver que los norteamericanos que pasaron información a los rusos fueron muchos menos de lo que se suponía, y que el

delito más común de los inculpados fue el de mentir respecto de sus posibles contactos anteriores, durante los años del New Deal, con el Partido comunista o con organizaciones de izquierda, por miedo a las consecuencias que podía acarrearles. Lo que es comprensible si se piensa que se les obligaba a defenderse por hechos que cuando se «cometieron» no eran delictivos, y que se castigaban retroactivamente.

Cuando la guerra de Corea vino a sumarse a este panorama, la histeria anticomunista fue aprovechada para la lucha contra el movimiento obrero, y preparó el escenario para la aparición de un demagogo como Joseph McCarthy, un oscuro senador republicano por Wisconsin, que descubrió que el del comunismo podía resultar un buen asunto, y conquistó la fama cuando el 9 de febrero de 1950 declaró en público que tenía en la mano la lista de 205 miembros del departamento de Estado que eran «comunistas y homosexuales que han vendido a cuatrocientos millones de asiáticos a un esclavismo ateo». Nunca existió tal lista, ni llegó a concretar ninguna acusación contra estos funcionarios.

Es verdad que en Estados Unidos tan sólo fueron ejecutados los Rosenberg, lo que contrasta con las sangrientas purgas de Stalin en la Europa del este, pero el daño causado por la caza de brujas en Norteamérica fue mayor de lo que se suele creer. En 1953 el FBI había investigado a seis millones de norteamericanos, y había establecido una lista de veintiséis mil personas que debían ser detenidas si ocurría una emergencia.[5] Objeto de persecuciones infundadas fueron personalidades como Robert J. Oppenheimer, el más famoso científico del país, que tenía un pasado antifascista, o el sinólogo Owen Lattimore, escogido por McCarthy como culpable de la supuesta «conspiración china».

La CIA estableció contactos con las universidades y utilizó una serie de fundaciones para ocultar el origen de los fondos con los que financiaba determinadas investigaciones en los más diversos campos y patrocinaba campañas internacionales de propaganda cultural a través del Congreso para la Libertad de la Cultura que, además de su función de propaganda exterior, tenía la muy importante de ofrecer a intelectuales que en algún momento habían simpatizado con la izquierda la oportunidad de redimirse en el anticomunismo, a cambio de publicidad, subvenciones y oportunidades de progreso en sus carreras.

No hubo campo en que la CIA no ejerciera su influencia, desde el del arte, promocionando el expresionismo abstracto de Mark Rothko o Jackson Pollock, frente al realismo socialista o al arte comprometido de Picasso o de Renato Guttuso, hasta la narrativa, con iniciativas depuradoras como los programas «de escritura creativa», patrocinados por fundaciones anticomunistas, cuyo propósito principal era combatir la crítica social que había florecido en la literatura de los años treinta para fijar la atención en lo individual y personal, en los sentimientos y no en las ideas.

Pero las víctimas principales de la guerra fría interior fueron el movimiento obrero norteamericano (su sindical más combativa, la CIO, se fusionó en 1955 con la AFL para sobrevivir) y las aspiraciones socialdemócratas de los herederos del New Deal.

Una evolución parecida ocurrió en el otro bando, donde la Unión Soviética estaba alcanzando a partir de 1948 un cierto grado de recuperación económica, pero donde la sucesión de los golpes recibidos como consecuencia del inicio de la guerra fría no sólo se reflejó en el aumento del gasto militar, sino que tuvo consecuencias parecidas a las del pánico rojo y el macarthismo en América, aunque con resultados mucho más sangrientos.

La serie de medidas agresivas que se inició en marzo de 1947 con la doctrina Truman y continuó, en los meses siguientes, con la expulsión de los ministros comunistas de los gobiernos de Francia, Bélgica, Italia y Luxemburgo, alarmó a Stalin y le llevó a reforzar el control sobre los países del este de Europa para mantenerlos al margen de esta ofensiva de «Occidente». Habiendo fracasado en el oeste la estrategia de las vías nacionales y del «gradualismo», Stalin la liquidó también en los países del este y priorizó asegurar el control comunista en ellos.

Con este fin se organizó, a fines de septiembre de 1947, una Oficina de información de los partidos comunistas, Cominform, nacida de una idea sugerida inicialmente por el dirigente yugoslavo Tito, que aunque decía no tener otro objetivo que el intercambio de informaciones y experiencias, revelaba la preocupación de Stalin por no perder el control de la situación. Venía a ser en algún modo una recuperación de la Komintern, disuelta en 1943, en plena guerra mundial. En la conferencia fundacional Andréi Zhdánov expuso las líneas de la

nueva política exterior soviética: habiendo percibido la amenaza de Occidente, los rusos deseaban asentar la unidad de su área de influencia en una rigurosa disciplina ideológica. El mundo se había dividido en dos campos como consecuencia de la ofensiva norteamericana, y no había ya espacio para las terceras vías, ni para la democracia popular.

Pocos meses después Rudolf Slánský, secretario general del Partido comunista checo, expuso la necesidad de forzar la evolución de los «frentes nacionales», buscando el pleno apoyo de los partidos progresistas y echando de los gobiernos a los reaccionarios, lo cual se tradujo en un incremento de presión que condujo a la crisis de febrero de 1948 en Checoslovaquia y acabó dando el pleno control del gobierno al Partido comunista.

Lo peor fue que se tendió a acelerar los ritmos del «tránsito al socialismo» a costa del mantenimiento de la democracia. Sus primeras víctimas fueron en Checoslovaquia el ministro de Asuntos exteriores Jan Masaryk, que se suicidó, y el propio presidente Beneš, que dimitió poco después y fue reemplazado al frente del estado por Klement Gottwald. Pero la víctima más representativa, la que iba a reflejar mejor el fin de las esperanzas del gradualismo democrático, iba a ser, poco después, el propio Rudolf Slánský.

También el sueño democrático de la Alemania oriental acabó en estos momentos. Como señaló Manfred Kossok: «Los intentos espontáneos de un viraje democrático popular inspirados por los comités antifascistas se veían bloqueados rápidamente. Las auténticas posibilidades revolucionarias de los años de 1946 a 1948, que culminaron en la constitución de 1948, propuesta por el *Volkscongress* (Congreso del pueblo), no llegaron a realizarse. El poder del pueblo se convirtió en una “dictadura de los obreros y campesinos”, que en realidad se reducía a la dictadura de un partido y, finalmente, a la del Buró político del partido dirigente. La historia de la República democrática alemana se convirtió en la historia de la creciente enajenación entre el poder y el pueblo».

Las consecuencias de esta nueva política las sufrió también Josip Broz, «Tito», que era el más destacado dirigente comunista europeo después de Stalin, y que estaba al frente de un país, Yugoslavia, que había escogido la vía de la «revolución socialista». Tito tenía el ambicioso proyecto de crear una especie de gran federación soviética en los Balcanes, con Yugoslavia, Albania y Macedonia, que podía ampliarse con territorios de Bulgaria y de Grecia. Desafió

además la prohibición de Stalin al prestar apoyo a los rebeldes griegos, lo que implicaba la ruptura de la estrategia política soviética.

El hecho de que el Partido comunista yugoslavo decidiese proseguir en la línea de sus intereses nacionales, preparando la unión con Albania y auxiliando a la guerrilla griega, motivó una serie de críticas de Moscú, cada vez más duras, seguidas de un intento frustrado de promover una revuelta del sector promoscovita del comité central del partido yugoslavo. Tras el fracaso de este intento no quedaba ya más que la condena abierta, que se preparó forzando el asentimiento de los demás partidos del Cominform. La reunión de junio de 1948 denunció públicamente que los «elementos nacionalistas» se habían apoderado de la dirección del Partido comunista yugoslavo, a la vez que se decía en privado que había sido víctima de una infiltración de agentes de los servicios secretos occidentales, lo cual era falso.

El efecto más grave de la ruptura con Tito fue el de proporcionar nuevos argumentos para la persecución, entre 1948 y 1953, de supuestos elementos nacionalistas en el seno de los partidos comunistas europeos, a quienes se acusaba a la vez de mantener contactos con agentes americanos, británicos y yugoslavos. Así comenzó la dramática persecución en los países del este de los antiguos miembros de las brigadas internacionales que habían combatido al fascismo en España, una persecución que se producía al propio tiempo que en Estados Unidos los veteranos de la brigada Abraham Lincoln eran perseguidos como sospechosos de ser agentes comunistas. El proyecto de democracia social que éstos habían defendido en España, y que se intentó establecer en las democracias populares entre 1946 y 1948, no era ahora aceptable para ninguno de los dos bandos de la guerra fría.

En el origen de la paranoica persecución desencadenada en la Europa oriental tuvo un papel destacado la llamada «operación Splinter Factor», organizada desde la OPC (Office of Political Coordination) por Allen Dulles, quien no dudó en sacrificar a un amigo personal, Noel Field, enviándolo a Praga y denunciándolo al propio tiempo a las autoridades checas por medio de un policía polaco a sueldo de los norteamericanos, con el fin de hacerles creer en la existencia de una conspiración en que estaban implicados miembros destacados de los partidos comunistas de los países del este. Allen Dulles se enorgulleció en más de una ocasión de haber provocado las «purgas» de la Europa oriental,

afirmando que éste había sido «el mayor éxito de su vida».

Así fue como se iniciaron los procesos que iban a liquidar a los antiguos dirigentes antifascistas. En septiembre de 1949 se detuvo en Hungría a László Rajk, que fue ejecutado el 15 de octubre; el 7 de diciembre del mismo año se inició en Sofía el proceso contra Traycho Kostov, que había ingresado en el Partido comunista hacía treinta años y que ahora se veía acusado de ser un agente de los británicos, lo que le costó también ser ejecutado. En Polonia Stalin decidió asegurarse el control de la situación nombrando ministro de Defensa y jefe del ejército al mariscal Rokossovski, un militar soviético de origen polaco, a la vez que reemplazaba en la jefatura del partido a Gomułka, acusado de «desviaciones nacionalistas y derechistas», y ponía en su lugar a un ortodoxo duro como Bolesław Bierut. Tras estas caídas vendría aún la del ministro de Asuntos exteriores checoslovaco Clementis, acusado también de «nacionalismo burgués».

En 1950 una nueva oleada de detenciones incluyó a Otto ling, del comité central del Partido comunista de Checoslovaquia, y siguió en 1951, afectando ahora a los propios miembros de los servicios de espionaje y de seguridad que habían tomado parte activa en las purgas anteriores, hasta acabar en 1952 con el proceso a los «cosmopolitas» checos. La víctima principal de la nueva oleada represiva fue Rudolf Slánský, el número dos del partido, perseguido personalmente por Stalin y comprometido de manera indigna por los servicios de inteligencia norteamericanos que dejaron que se filtrara una supuesta oferta para facilitarle la evasión.

Si hubiese sido posible en otras condiciones el mantenimiento de la «democracia popular» en Europa central y del este es una pregunta que debe quedar en el terreno de las hipótesis no verificables. No le convenía a Occidente, que combatió este modelo en aquellos países, como Francia e Italia, donde los comunistas intentaron establecerlo por la vía del frentepopulismo. Y es muy probable que Stalin no lo hubiese tolerado a largo plazo, aunque sólo fuese por los efectos de contagio que podía ejercer sobre la propia Unión Soviética.

Pero lo que resulta indiscutible es que fueron muchos los comunistas que creyeron en este modelo de socialismo democrático, como lo demuestra el hecho de que se tratase de recuperarlo en Hungría en 1956 o en Praga en 1968. Y que en la Alemania oriental hubiese hasta su mismo final partidarios de establecer un

régimen en que libertad democrática e igualdad social fuesen compatibles.

La sucesión de Stalin

En los primeros meses de 1953 hubo dos grandes cambios en la política mundial: Eisenhower sucedió en enero a Truman en la presidencia de Estados Unidos, y Stalin falleció a comienzos de marzo. Esto último, sobre todo, iba a tener grandes consecuencias, porque llegaba en momentos en que el bloque soviético estaba al borde de una crisis, tanto política como económica.

La escalada del rearme de la guerra fría había obligado a los soviéticos a privilegiar el gasto militar y la inversión en la industria pesada, a costa de aumentar los impuestos y marginar la inversión en la agricultura, que había de sufrir el peso creciente de las entregas forzosas al estado, lo que llevó a una disminución de la producción agrícola y ganadera, y condujo a graves situaciones de escasez de alimentos.

Mientras tanto, los cambios derivados del inicio de la guerra fría, a los que se agregaba el desencanto por la alianza de Israel con Estados Unidos, apuntaban a mutaciones radicales en la política de Stalin. Enfermo y cada vez más aislado del mundo que le rodeaba, acabó alejándose tanto de la realidad que era incapaz de entender lo que sucedía en su propio país, y no aceptaba las propuestas de reforma de los miembros de su entorno, que vivían en una inquietante incertidumbre, agravada por el inicio de una nueva purga, de carácter netamente antisemita, que amenazaba tanto a los dirigentes de la Europa del este como a los soviéticos.

La muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953,[6] llevó a Gueorgui Malenkov a la presidencia del gobierno, con cuatro vicepresidentes y con Lavrenti Beria al frente del aparato de seguridad, reuniendo los dos ministerios del Interior y de Seguridad del estado. Mólotov volvió al ministerio de Asuntos exteriores, mientras que Nikita Jrushchov, que quedaba fuera del gobierno, asumía las funciones de Secretario general del partido, cuya cúpula había reorganizado Stalin, reemplazando el politburó del comité central, integrado por nueve miembros, por un Presidium de veinticinco.[7]

Uno de los primeros actos realizados por los nuevos gobernantes, apenas

finalizado el funeral de Stalin, fue el comienzo de la liquidación del aparato represivo, algo en lo que Beria, que pretendía que se olvidase su actuación como represor, tomó la iniciativa. Había en aquellos momentos en el Gulag algo más de dos millones y medio de presos, políticos y comunes, a los que había que agregar tres millones de desplazados forzosos. Todo comenzó con una amnistía, el 27 de marzo de 1953, aplicada a los presos con condenas de hasta cinco años, que permitió liberar a un millón y medio de reclusos en tres meses. La contrapartida de esta devolución a la sociedad de una masa de gente sin recursos fue un aumento considerable de la criminalidad.

Los objetivos de esta política eran restaurar la «legalidad socialista», esto es, la seguridad de que nadie sería encarcelado sin un proceso previo, a la vez que liquidar el sistema de trabajo forzado, cuyos costes de producción eran superiores a los que se alcanzaban con trabajadores libres. Esta primera amnistía sería seguida por otras, en 1954 y 1955, que dejaron en 1960 el Gulag reducido a una quinta parte de las cifras iniciales.

Hubo además toda una serie de medidas de liberalización, de abandono de la rusificación forzada impuesta a las nacionalidades, acompañadas de rebajas de las cargas impuestas a los campesinos y de mejoras en la producción de bienes de consumo para la población urbana.

En política internacional, donde se comenzó restableciendo las relaciones con Yugoslavia y con Israel, hubo un cambio fundamental, inspirado por Beria, que quería adoptar iniciativas de distensión: acabar la guerra de Corea y liquidar con negociaciones los problemas de Irán, Austria y Turquía. Esto habría de servir para disminuir los costes de la tutela de los satélites y, en especial, los de mantener el gobierno de la Alemania del este. Su política, que comenzó desaconsejando a los dirigentes de la DDR las medidas socializadoras que estaban adoptando, preveía un solo estado alemán con un gobierno de coalición, con las cuatro potencias participando por igual en la unificación.

Un documento de 28 de abril de 1953 planteaba la política del «nuevo curso» que se quería implantar en los países de la órbita soviética. Pero las revueltas iniciadas en junio en la República democrática alemana, que obligaron a intervenir a las tropas soviéticas estacionadas en el país, condenaron al fracaso el proyecto de Beria y sirvieron de pretexto para su proceso y ejecución, aunque la causa real de su condena fuese el miedo que los demás dirigentes sentían por un

hombre de turbio pasado que daba muestras de ambicionar el mando personal y que tenía a su disposición todo el poder represivo del estado.

El gobierno funcionaba en aquellos momentos como un equipo colectivo, y el deshielo comenzaba a extenderse en la vida cotidiana de la Unión Soviética. Subsistía, en cambio, la pugna interna por el poder entre el aparato político, representado por el consejo de ministros, y el partido, dirigido por el Presidium. Esta pugna se tradujo en una lucha entre Malenkov, como jefe del gobierno, y Jrushchov, como primer secretario del partido, que acabó con la dimisión de Malenkov en enero de 1955, reemplazado por Nikolái Bulganin. La división producida por los acontecimientos de Hungría dio lugar en 1957 a un intento fallido de la vieja guardia por derrocar a Jrushchov, que éste logró superar y que condujo a la postergación de Mólotov y Kaganóvich, y al declive de Bulganin, al que Jrushchov reemplazó como jefe del gobierno en 1958, acumulando así la totalidad de los poderes del gobierno y del partido.

Se inició entonces una nueva época en que la política exterior soviética se iba a caracterizar por el intento de establecer una relación pacífica con «Occidente» y por el reforzamiento de las relaciones con las «democracias populares» del este. En mayo de 1955 los ocho países europeos del área comunista firmaron el tratado de amistad, cooperación y defensa mutua, más conocido como Pacto de Varsovia, que establecía una unión militar paralela y antagónica a la OTAN, y que completaba la relación establecida en 1949 con el Consejo de ayuda mutua económica (CAME, conocido también como COMECON).

En el interior de la URSS, Jrushchov rebajó en marzo de 1954 la policía política de su rango de ministerio al de Comité de seguridad del estado (KGB), a la vez que depuraba a sus miembros. Encargó además estudios sobre el alcance real del terror entre 1921 y 1953, que fueron la base del informe que iba a leer el 25 de febrero de 1956, en el transcurso del vigésimo congreso del Partido comunista de la Unión Soviética: el llamado «discurso secreto» que denunciaba los crímenes de Stalin. Sus efectos fueron devastadores, no sólo en la URSS, sino en los países de la Europa del este, donde muchos de los gobiernos habían surgido de las depuraciones estalinistas.

En el terreno económico Jrushchov era consciente de que los mayores problemas de la Unión Soviética nacían de la necesidad de impulsar el

crecimiento y mejorar el nivel de vida de la población. En su opinión, lo esencial para conseguirlo era aumentar la producción agrícola y eso lo quiso hacer con el Plan de las Tierras vírgenes, aprobado en 1954, que llevó a que en tres años se roturasen 36 millones de hectáreas de nuevas tierras en Kazajistán y Siberia para sembrarlas de cereales.

Las cosas empezaban a cambiar. Los grandes planes de expansión de los cultivos parecían estar dando resultados favorables: la cosecha de 1958 estaba casi un 70 % por encima del promedio de las de 1949-1953. Se construían bloques de pisos, crecía el consumo de carne, la gente comenzaba a poseer televisores, neveras y lavadoras, los hospitales y la educación eran gratuitos, no había paro y los salarios aumentaban. El crecimiento del nivel de vida ayuda a entender la larga etapa de estabilidad que se produjo entre 1956 y 1985. El lanzamiento del primer satélite artificial, *Sputnik*, el 4 de octubre de 1957, produjo una euforia que iba a verse completada dos años más tarde con el primer cohete a la Luna y, en 1961, con el vuelo orbital de Iuri Gagarin. Fueron los años felices en que se creyó posible superar el crecimiento del Occidente capitalista y en que se fijaban plazos para la realización de la sociedad comunista.

La presidencia de Eisenhower

En la primavera de 1952 el general Dwight D. Eisenhower, que estaba al frente de la OTAN, aceptó presentarse como candidato a la presidencia de Estados Unidos por el partido Republicano. John Foster Dulles fue a verle a París para plantearle su visión de una nueva línea política, que Eisenhower aceptó. Dulles era un hombre de su misma edad, que coincidía con Eisenhower tanto en su anticomunismo como en su religiosidad.[8] Tenía una considerable experiencia diplomática, pero tanto él como su hermano Allen, que se hizo cargo de la CIA, mantenían unas estrechas relaciones con el mundo de los negocios que condicionaron frecuentemente su actuación. En la campaña electoral fue el joven candidato a la vicepresidencia, Richard Nixon, quien se encargó del trabajo sucio, haciéndose eco de las críticas que acusaban a Truman y a los demócratas de ser complaciente con los comunistas.

Eisenhower formó su gobierno con un conjunto de millonarios procedentes

de las grandes empresas («ocho millonarios y un fontanero», se dijo, aludiendo al secretario de Trabajo, Martin Durkin, que sólo duró ocho meses en el cargo), pero fue lo suficientemente cauto como para no concederles todo lo que hubieran querido en términos de liquidación de los avances del New Deal, del que personalmente abominaba, porque estaba convencido de que recortar los derechos sociales hubiera sido en aquellos momentos una medida peligrosa.

En el terreno de la persecución interior del comunismo se envaneció en sus memorias de haber expulsado a miles de funcionarios. Pero tuvo que enfrentarse al propio tiempo con los excesos del senador McCarthy, no tanto por sus ideas como por sus intentos de intimidación política, que toleró hasta que cometió el error de pretender enfrentarse al ejército.

El cambio más importante que realizó en la estrategia de la guerra fría consistió en abandonar la política de «contención» de Truman, considerando que era demasiado costosa y que les había dejado a los soviéticos campo libre para ir ganando las batallas políticas. De seguir así, decía Foster Dulles, «perderemos pedazo a pedazo el mundo libre y nos arruinaremos financieramente», asumiendo unos gastos militares excesivos. Una nueva política exigía ordenar y rehacer el confuso esquema organizado por Truman, comenzando por disminuir los costes previstos por el NSC 68, que podían llegar a resultar insostenibles.

Eisenhower, un héroe militar que nunca había entrado personalmente en combate, pero que había sido testigo de los efectos de la guerra sobre los soldados, se propuso mantener la paz mediante la construcción de un montaje amenazador, que intimidase a los soviéticos y tranquilizase a los norteamericanos y a sus aliados con la sensación de sentirse protegidos por un poder superior al de sus enemigos. Toda su política de defensa fue, sostiene Evan Thomas, un «bluff», un engaño.

La nueva estrategia quedó definida en un documento (NSC 162/2) que determinaba que Estados Unidos mantendría «una fuerte posición militar, con énfasis en la capacidad de infligir daños con una represalia en masa», y con el uso si era preciso de armas nucleares, en una respuesta preparada para atacar a la Unión Soviética y a China. En lugar de combatir localmente en las pequeñas guerras que los comunistas pudieran emprender, como la de Corea, se mantendría frente al comunismo la amenaza global de un ataque en masa, dirigido al centro mismo de la agresión.

Lo cual exigía construir una fuerza de choque nuclear que disuadiese a los soviéticos de emprender un ataque, sabiendo que serían objeto de una réplica demoledora. Curtis LeMay fue el encargado de crear una fuerza aérea numerosa y potente, que se erigió en el pilar básico del sistema de defensa, y se encargó por su cuenta de ir desarrollando el SIOP (*Single Integrated Operational Plan*), un plan para la realización de un ataque global contra el mundo comunista.[9]

La reciente publicación de las primeras formulaciones de este plan, preparadas en 1956 para que estuviesen operativas en 1959, ha puesto al descubierto la brutalidad del proyecto. Los objetivos incluían una primera oleada con bombas atómicas para atacar ciudades como Moscú, Leningrado, Beijing, Berlín oriental o Varsovia, con cargas de una potencia que garantizaba una elevada mortalidad humana. A lo que había de seguir una segunda fase dedicada a una destrucción sistemática del potencial industrial soviético.

Esta política de intimidación se complementaba con un sistema de alianzas que había de dividir el mundo entre amigos y enemigos, sin tolerar la existencia del neutralismo. En Asia se quiso repetir el modelo europeo de la OTAN con el Pacto del Sudeste Asiático (SEATO), inoperante puesto que estaban ausentes de él India, Indonesia y Birmania, y con el Pacto de Bagdad en el Oriente próximo. Esta política alcanzó incluso a la España de Franco, aislada internacionalmente, que se adelantó a ofrecer bases a los norteamericanos, a cambio de magras compensaciones (y de la visita de Eisenhower, que no dudó en exhibirse junto a Franco, viejo aliado de los nazis). Fracasó, en cambio, el proyecto de la European Defence Community, una fuerza de defensa colectiva que había de integrar a Francia, Italia, el Benelux y Alemania occidental, y que disminuiría el volumen y el coste de las guarniciones norteamericanas en Europa, que fue rechazada por la Asamblea nacional francesa en agosto de 1954.

La segunda parte de su proyecto político se destinaba a combatir la capacidad que los soviéticos habían demostrado para desarrollar una «guerra política» con la que explotaban «las diferencias entre los miembros del mundo libre, las actitudes neutralistas y los sentimientos anticoloniales y nacionalistas en las áreas subdesarrolladas». En un contexto en que ambos bandos disponían de armas nucleares y en que parecía poco probable que ninguno de los dos se arriesgase a iniciar una guerra general, por temor a las represalias del contrario, Eisenhower estaba convencido de que la gran batalla del futuro iba a ser la lucha

«por los corazones y las mentes de los hombres».

Se trataba, evidentemente, de una política de reforzamiento de la solidaridad del «mundo libre», que excluía por definición las negociaciones de paz y de desarme con los soviéticos. Habían esperado inicialmente que la muerte de Stalin produjese una crisis profunda en el estado soviético; pero la consolidación del régimen tras la ejecución de Beria, y la noticia, difundida por Malenkov en agosto de 1953, de que la Unión Soviética había desarrollado una bomba de hidrógeno, acabaron con estas esperanzas.

Las campañas de paz que iniciaron los nuevos dirigentes soviéticos habían de rechazarse como intentos de «dividir Occidente, suscitando falsas esperanzas y buscando que Estados Unidos apareciese como intransigente». Pero no pudieron evitar que se desarrollase una exigencia internacional de que se convocase una reunión de los jefes de estado. En la conferencia de Ginebra, celebrada del 18 al 23 de julio de 1955, se reunieron Eisenhower, el jefe del gobierno británico, Anthony Eden, y el nuevo primer ministro francés, Edgar Faure, con Bulganin, que era el jefe nominal de la delegación soviética, Mólotov y Jrushchov.

La conferencia fue un fracaso, puesto que ni de ella ni de la reunión posterior de ministros de Asuntos exteriores salió ninguna decisión trascendental. Lo cual era lógico, si se tiene en cuenta que los norteamericanos no tenían ningún interés en llegar a acuerdos que pusieran fin a la guerra fría y que, por otra parte, seguían pensando que los soviéticos se encontraban en una situación de debilidad y que lo que había que hacer era presionarles para acelerar su crisis, sin ofrecerles ningún respiro.

Las guerras secretas de la CIA

Las guerras que Eisenhower quiso ahorrar a los soldados norteamericanos —forzó el armisticio en Corea y evitó la implicación directa en cualquier otro conflicto— las realizaron por su cuenta, y en secreto, los hermanos John Foster y Allen Dulles, sobre todo este último, que convirtió la CIA en una poderosa organización dedicada a la conspiración y al crimen.

Buena parte de estas guerras secretas tenían como objetivo los viejos

territorios coloniales que accedían ahora a la independencia. El documento NSC 162/2 denunciaba las «fuerzas de inquietud y de resentimiento hacia Occidente». «Entre estas fuerzas están los sentimientos raciales, el anticolonialismo, el ascenso del nacionalismo, la demanda popular de un rápido progreso social y económico, la superpoblación, la ruptura de pautas sociales estáticas y, en muchos casos, el conflicto entre las filosofías sociales y religiosas locales con las de Occidente».

Al racismo de la sociedad norteamericana le correspondía en política internacional el miedo al ascenso de los pueblos de color, simbolizado por esa internacional de las razas oprimidas que fue la conferencia de Bandung, que en 1955 reunió a representantes de 29 naciones de Asia y de África.

La actitud norteamericana ante las independencias coloniales estaba netamente condicionada por el racismo. En una reunión del NSC Nixon afirmó: «Algunos pueblos de África hace tan sólo unos cincuenta años que han abandonado los árboles», a lo que el director del Presupuesto, Maurice Stans, añadió que «tenía la impresión de que muchos africanos estaban todavía en los árboles». El propio Eisenhower, que consideraba a los africanos incapaces de gobernarse, no dudaba en mostrar su disgusto cuando se veía obligado a invitar a las recepciones diplomáticas a «esos negros».

Pero su peor error, y uno de sus mayores crímenes, se produjo respecto de la independencia del Congo, donde la política de Patrice Lumumba podía poner en peligro, no sólo los intereses mineros de algunas empresas, sino el aprovisionamiento de los minerales de uranio de Katanga. Eisenhower, que se cuidó de mantenerse fuera de Washington cuando el político congoleño viajó a Estados Unidos para pedir ayuda, le dio a Allen Dulles en una reunión del Consejo nacional de seguridad de agosto de 1960 la aprobación explícita e inequívoca para que se eliminase a Lumumba.

Nunca lograron superar, tampoco, la idea de que lo que ocurría en el sudeste asiático era «una conspiración monolítica, eficientemente dirigida desde Moscú y obedientemente ejecutada por sus subsidiarios en Beijing y en Hanói». No fueron capaces de apreciar lo que significaba la fuerza del nacionalismo en una lucha de emancipación contra sus dominadores coloniales, y en cada dirigente que trataba de encontrar un camino propio en un mundo dividido en dos bandos vieron un enemigo que combatir.

Esta incomprensión marcó la conducta de Eisenhower en Vietnam, donde se negó a aceptar las decisiones sobre Indochina de la conferencia celebrada en Ginebra en 1954, en la que se había acordado suspender los combates y dividir el territorio de Vietnam por el paralelo 17, dejando el norte al Viet Minh y el sur a un gobierno prooccidental, hasta que en 1956 se celebrasen unas elecciones generales para unificar el país.

Estados Unidos no sólo no firmó el acuerdo, sino que comenzó a organizar en el sur un estado satélite, a cuyo frente se puso a Ngo Dinh Diem, un católico conservador que recibió todo tipo de apoyos para facilitarle el encumbramiento en la República de Vietnam del Sur, y que, una vez llegado al poder, se apresuró a declarar que rechazaba la celebración de las elecciones generales de 1956 que habían de unificar el país. La respuesta a esta decisión fue el inicio de una guerra civil en el sur en que una coalición que adoptó el nombre de Frente de Liberación Nacional se enfrentaba a Diem.

Algo parecido ocurrió en Indonesia, donde el temor a que Sukarno se estuviese volviendo procomunista —algo que la propia embajada de Estados Unidos en Yakarta desmentía— llevó a Eisenhower y a Dulles a apoyar en 1958 una revuelta militar que estableció un gobierno alternativo en el oeste de Sumatra, en una operación que fracasó por completo y que no tuvo más consecuencia que aumentar la desconfianza de Sukarno hacia los norteamericanos.

El mayor éxito de estas operaciones, y uno de los mayores errores de la política exterior norteamericana en estos años, fue el que en 1953 les llevó a derrocar al primer ministro de Irán, Mohammad Mosaddeq, un político de setenta años, de una rica familia de terratenientes: un nacionalista que odiaba a los británicos y propugnaba una política democratizadora y populista, sin afinidad alguna a los comunistas. Su objetivo inmediato era conseguir un aumento de los beneficios de la explotación del petróleo que abonaba al gobierno la Anglo Iranian Oil Company (AIOC) británica, que pagaba más impuestos en Gran Bretaña que en Irán. La pugna culminó en abril de 1951, cuando el parlamento iraní aprobó por unanimidad la nacionalización de la AIOC.

Tras fracasar en un intento de derribar el gobierno iraní con un golpe de estado, los británicos pidieron ayuda a los norteamericanos, a quienes

Mosaddeq, que creía ingenuamente en la retórica antiimperialista de Eisenhower, les pidió auxilio para liberarse del acoso británico, que había impuesto un embargo económico al país.

Eisenhower parece haber simpatizado inicialmente con Mosaddeq, pero en la cuestión estaban implicados los intereses de las compañías petroleras norteamericanas para las que trabajaban los hermanos Dulles, y fue precisamente Allen quien se encargó de situar el conflicto en el escenario de la guerra fría, lo que le permitió utilizar a la CIA en el asunto.

No había motivos racionales para temer una interferencia soviética, ni para dudar del conservadurismo de Mossaddeq; pero los hermanos Dulles ya habían decidido que era un comunista y acordaron derribarle, e intervenir además en el reparto del negocio del petróleo. El Plan Ajax, dirigido por Kermit «Kim» Roosevelt, comenzó con una intensa campaña de propaganda y con la compra de políticos y militares iraníes. El punto esencial consistía en convencer al Shah para que firmase un decreto para destituir a Mosaddeq. Hubiera sido, de este modo, un golpe legal.

Mosaddeq logró parar este intento, pero Roosevelt acertó a dar la vuelta a la situación, y aprovechó las enemistades que el político iraní se había creado para organizar un movimiento contrarrevolucionario a favor del Shah, con la colaboración de mandos militares a sueldo de la CIA. El conflicto acabó con Mosaddeq en la cárcel y con un nuevo acuerdo sobre el petróleo en que participaban en pie de igualdad la Anglo-Iranian y las cinco grandes petroleras americanas, además de Shell y de una compañía francesa. El Shah, que había huido entre tanto a Roma, donde Allen Dulles fue a buscarlo para embarcarlo de vuelta a Teherán, recuperó su función de guardián de la zona, y se mantuvo en el poder con el armamento adquirido en Estados Unidos y con el apoyo de una policía política, la SAVAK, creada en 1957 y entrenada por la CIA.

Eisenhower, convencido finalmente por los hermanos Dulles, escribió en su diario que aquélla había sido una gran derrota para los soviéticos. Se equivocaba por completo: la intervención en Irán había sido la primera ocasión —la segunda se produciría poco después en Guatemala— en que el pretexto de la lucha contra el comunismo se utilizaba, en contextos en que no existía amenaza comunista alguna, para favorecer intereses inconfesables y justificar la imposición de gobiernos autoritarios en los que se pudiese confiar para hacer negocios.

La crisis de 1956

En 1956 una sucesión de crisis anunciaba los cambios que iban a producirse en la década de los sesenta. Fue un año de agudización de los problemas raciales en Estados Unidos, de crisis del imperio colonial francés en el norte de África, del difícil proceso de la desestalinización en la Unión Soviética, de la publicación de «Aullido» (el poema de Allen Ginsberg que denunciaba el desmoronamiento interno de la sociedad norteamericana), del inicio de la persecución a Mandela en África del Sur, de la invasión de Suez, de la llegada a Cuba del Granma (el yate en que viajaban los hombres que iniciaron la revolución castrista)... Martin Luther King jr. era consciente de la globalidad de estos problemas cuando señaló que la lucha de los negros contra la segregación compartía las motivaciones de «los pueblos oprimidos de todo el mundo». Dos de los acontecimientos de este año adquirieron una mayor visibilidad: los que se refieren a Hungría y a Suez.

Para la Unión Soviética los problemas de 1956 comenzaron con las crisis de los gobiernos de los países del este de Europa como consecuencia de la desestalinización. Primero fue Polonia, donde del 28 al 30 de junio hubo graves alborotos en Poznań, provocados por el malestar de los trabajadores al rechazar el gobierno sus peticiones de mejoras. El orden fue restablecido por el ejército polaco, con 73 muertos y numerosos heridos, y los rusos no hubieron de intervenir. Tras la muerte de Bierut (el secretario general del partido polaco, que falleció en un hospital de Moscú, de un infarto que se dijo causado por la lectura del discurso de Jrushchov sobre los crímenes de Stalin), había que elegir un nuevo secretario y a los polacos les pareció coherente con el nuevo clima político que su sucesor fuera Gomułka, que había sido desplazado por las purgas estalinistas; deseaban, al propio tiempo, desembarazarse de la tutela de Rokossovski como ministro de Defensa.

Los soviéticos pensaron en intervenir, pero las grandes manifestaciones populares de apoyo a Gomułka, que concluyeron con una concentración de más de medio millón de personas en Varsovia, les aconsejaron no emplear la fuerza, por temor a un levantamiento popular.

Mientras tanto surgían también inquietudes sociales en Hungría, donde los

acontecimientos de Polonia habían contribuido a crear demandas de reforma dentro del socialismo. A diferencia de lo sucedido en Polonia, aquí el conflicto, que iniciaron los estudiantes, se producía con un partido dividido entre Mátyás Rákosi e Imre Nagy. Los soviéticos decidieron que no querían una repetición de los sucesos polacos y enviaron a Budapest a Anastás Mikoyán, que pretendió calmar el conflicto interno del partido desplazando a los dos dirigentes enfrentados, a los que reemplazó Ernö Gerö.

El 23 de octubre una gran manifestación de estudiantes en apoyo de los polacos pedía que se introdujesen cambios parecidos en su país, con la consigna de «independencia nacional y democracia». Los manifestantes se desplazaron hacia el parlamento, donde aclamaron a Nagy, al que hubo que ir a buscar a su domicilio. La respuesta del Partido comunista húngaro consistió en nombrar a Nagy jefe del gobierno y pedir a los soviéticos ayuda armada para restablecer el orden.

El 25 de octubre otra manifestación acabó en un enfrentamiento con las tropas rusas, con el resultado de sesenta a ochenta muertos. Mientras el conflicto se iba extendiendo al resto de Hungría con la formación de Consejos obreros y revolucionarios, la política de negociación seguía. El 27 Nagy formaba un nuevo gobierno en que se integraban tres personalidades ajenas al Partido comunista, procedentes de los antiguos partidos campesinos, y anunciaba por la radio que había llegado a un acuerdo con los soviéticos para la retirada de sus tropas, que el 28 comenzaban en efecto a abandonar Budapest. Al mediodía del 30 de octubre Nagy daba por finalizado el régimen de partido único y ponía «el gobierno del país sobre la base de la cooperación democrática entre los partidos de la coalición que existía en 1945».

Los soviéticos, por su parte, publicaron el 30 de octubre una «Declaración sobre los principios de desarrollo y de refuerzo posterior de la amistad y la cooperación entre la URSS y los demás países socialistas», donde se anunciaba que se retirarían las tropas soviéticas. Todo cambió, sin embargo, en este mismo día, en momentos en que las fuerzas del orden húngaras estaban desorganizadas y algunos grupos insurgentes actuaban por su cuenta y sin control, persiguiendo y asesinando a miembros de la policía. Uno de estos grupos atacó el edificio del Partido comunista del Gran Budapest; veinticuatro de los miembros del Partido comunista que estaban en él fueron sacados a la calle y asesinados, a la vista de

los fotógrafos y de los reporteros de televisión occidentales. Esto fue lo que acabó decidiendo a Jrushchov a intervenir, tras muchas vacilaciones, convencido de que Nagy era incapaz de controlar la situación.

El 1 de noviembre las tropas soviéticas cruzaron de nuevo la frontera de Hungría, tras haber recibido seguridades del embajador de Estados Unidos de que los norteamericanos no pensaban intervenir.[10] Nagy cometió el error de proclamar la «neutralidad» de Hungría, lo que implicaba su salida del Pacto de Varsovia, en lugar de esforzarse en seguir negociando un acuerdo. Su decisión de pedir ayuda a la OTAN y a la ONU era insensata, y no iba a tener respuesta alguna. Engañados por las promesas de Radio Free Europe, una de las emisoras de propaganda norteamericana en Europa, los húngaros prosiguieron una lucha sin ninguna posibilidad de éxito, que las tropas soviéticas aplastaron en cuatro días.

Por los mismos días de la crisis de Hungría Estados Unidos había de enfrentarse al conflicto de Suez. Eisenhower había apostado inicialmente por Nasser, al que ayudó de diversos modos, presionando a Israel para que abandonara parte del Néguev y apoyándole en su demanda de que las guarniciones británicas abandonaran la zona del canal. Pero Nasser, que pretendía mantener Egipto como un país no alineado, se mantuvo independiente de los dos bloques de la guerra fría, lo que le llevó a reunirse en Brioni con Tito y con Nehru para discutir las perspectivas del movimiento de los países no alineados, a la vez que reconocía diplomáticamente a la China comunista.

En septiembre de 1955 pidió a los norteamericanos que le hiciesen un préstamo para financiar la presa del Nilo en Asuán, su gran proyecto para el desarrollo económico de Egipto, pero Foster Dulles decidió castigar este «neutralismo positivo» negándole el préstamo que había pedido, y Nasser optó, el 26 de julio de 1956, por nacionalizar la compañía del canal de Suez, con la intención de usar los ingresos que obtuviera para la continuación de las obras de Asuán. La nacionalización era un acto legítimo, puesto que la compañía era legalmente egipcia, a lo cual hay que añadir que se anunció que se compensaría a sus accionistas.

A los británicos, que estaban en una delicada situación financiera, les

preocupaba la libertad de paso por el canal, puesto que cualquier interrupción de los flujos normales de su comercio internacional podía resultarles fatal. Temían además, sin fundamento alguno, que Egipto pudiera aproximarse a los soviéticos.

Tras haber convocado una conferencia internacional sobre Suez, a la que Egipto se negó a asistir, organizaron en octubre de 1956 una reunión secreta en las afueras de París, en que participaron los primeros ministros de Israel y de Francia y el ministro de Asuntos exteriores de Gran Bretaña, para organizar un plan de acuerdo con el cual Israel atacaría Egipto y, una vez iniciado el combate, franceses y británicos intervendrían entre ambos contendientes y les conminarían a que detuviesen el enfrentamiento y retirasen sus fuerzas a diez millas del canal, a la vez que pedían a los egipcios que aceptasen que tropas británicas y francesas ocupasen la zona del canal para asegurar la libertad del tráfico.

Los israelíes iniciaron el ataque el 29 de octubre, ocupando la península del Sinaí, y los británicos y los franceses hicieron público al día siguiente su ultimátum, que Nasser rechazó. A las seis de la tarde del día 31 los aviones británicos empezaron a bombardear El Cairo y, en colaboración con los franceses, destruyeron la mayor parte de los aviones militares egipcios. El 5 de noviembre lanzaron paracaidistas sobre Port Said y el 6 se produjo el desembarco de sus comandos, con unos ochenta mil hombres en total. Pero la resistencia popular en Port Said advirtió a los invasores de las dificultades que podían encontrar en una lucha calle por calle en El Cairo. Mientras tanto los egipcios bloqueaban el canal hundiendo en él 48 embarcaciones, lo que iba a mantenerlo cerrado hasta abril de 1957.

Las cosas no habían salido como se preveía, puesto que no se consiguió culminar la operación antes de que la condena internacional y las presiones de norteamericanos y soviéticos obligaran a detener los combates. Las protestas antioccidentales se multiplicaron en el mundo islámico y Arabia Saudí detuvo las exportaciones de petróleo a Francia y Gran Bretaña. Bulganin llegó a amenazar a los invasores con un ataque nuclear, lo cual no era más que un gesto retórico.

Eisenhower, que hubiera aceptado la operación de Suez si se hubiese realizado rápidamente y de manera eficaz, no podía arriesgarse a que esta chapuza, convertida en una invasión imperialista, lanzase al nacionalismo árabe

en brazos de los soviéticos. Se consiguió, con el apoyo de la URSS, que las Naciones Unidas forzasen el alto el fuego y obligasen a una retirada de las tropas ocupantes en los meses siguientes. Para evitar que se produjeran nuevos choques, en marzo de 1957 se instaló en la península del Sinaí una fuerza internacional de paz enviada por las Naciones Unidas (UNEF I). Era la primera ocasión en que se recurría a esta forma de control de un conflicto.

Con el fin de la revolución húngara y la retirada de Suez parecía que todo volvía al orden, pero no era así. Lo único que se había conseguido era contener unos problemas que tardarían poco en reaparecer.

Por poner un solo ejemplo, fue entonces cuando los norteamericanos agravaron sus errores políticos en el Oriente próximo con la aprobación de la llamada «doctrina Eisenhower» de 9 de marzo de 1957, que ofrecía cooperación contra la agresión armada de cualquier nación «controlada por el comunismo internacional». Su objetivo era «bloquear la marcha de los soviéticos hacia el Mediterráneo, el canal de Suez y el petróleo»; pero también combatir el nacionalismo árabe, y más en concreto a Nasser, aliándose a los regímenes más reaccionarios de la zona.

Este planteamiento se basaba en graves errores de percepción acerca de la política de los rusos respecto del mundo árabe. Los soviéticos, conscientes de que era imposible que los partidos comunistas locales, que se embarcaban con frecuencia en insensatas actuaciones sectarias, alcanzasen algún día el poder, buscaban sobre todo la aproximación a los políticos nacionalistas, como Nasser, incluso cuando, como sucedía en este caso, eran agresivamente anticomunistas en sus propios países.

Los efectos que podían esperarse de la doctrina Eisenhower quedaron patentes en el desconcierto de su actuación en los años siguientes, con sus interferencias en Siria, Irak y el Líbano, que no eran más que el inicio de una política de confusión que iba a prolongarse hasta la actualidad.

El fin de un proyecto de coexistencia pacífica

En el terreno de la política internacional la gran frustración de Jrushchov fue la de no haber conseguido concretar los proyectos de paz y desarme que se habían ofrecido a Estados Unidos, puesto que para realizar sus planes de reforma en la Unión Soviética necesitaba no verse obligado a invertir en la guerra. De hecho, convencido como estaba de que el equilibrio nuclear hacía impensable una nueva guerra general, y de que, en todo caso, un conflicto de este tipo lo resolverían los misiles, se negó a hacer fuertes gastos para construir nuevos aviones, y menos aún los acorazados y portaaviones que reclamaban los jefes de la marina. Lo que es más, entre 1955 y 1960 redujo las fuerzas armadas en unos tres millones y medio de hombres.

Para presionar a Estados Unidos Jrushchov había optado por atacar el mundo capitalista por sus flancos débiles en el «tercer mundo», dando apoyo a los movimientos de liberación nacional, como correspondía a la tradición de la Tercera Internacional, en unos años en que se estaba produciendo el acceso a la independencia de un gran número de nuevos pueblos. Lo esencial para él, sin embargo, era completar cuanto antes unas negociaciones que asegurasen la paz, resolviendo ante todo el complejo problema de Alemania, como se intentó con el Plan Rapacki (que proponía desnuclearizar Europa central), con las conversaciones sobre Berlín celebradas en Ginebra en mayo y junio de 1959, o con la visita de Jrushchov a Eisenhower en Camp David, aquel mismo otoño.

A los norteamericanos, que contaban con una gran superioridad de armamento atómico, no les interesaba entrar por el camino de la reducción de armamento, que debilitaría la tensión que mantenía cohesionada la alianza del «mundo libre», y sólo se vieron obligados a hacer un gesto cuando los rusos plantearon un objetivo modesto y fácil de controlar. El 31 de marzo de 1958 los soviéticos anunciaron que suspendían unilateralmente las pruebas nucleares al aire libre e invitaron a los norteamericanos a hacer otro tanto, lo que obligó a Eisenhower a reaccionar, con el fin de calmar a la opinión mundial.

Fue en estos momentos cuando empezaron las negociaciones para celebrar en París, a mediados de mayo de 1960, una reunión de las cuatro grandes potencias. Era la primera vez que Eisenhower aceptaba negociar un acuerdo, porque consideraba vital mantener el apoyo de la opinión pública y quería evitar que los comunistas obtuvieran ganancias en este terreno. Jrushchov, por su parte, tenía puestas grandes esperanzas en esta conferencia en la cumbre, que podía

permitirle continuar con su política de reducción del gasto militar. Pero sus esperanzas acabaron arruinadas por un hecho que nacía de la desconfianza de los norteamericanos.

El fracaso de los intentos de crear una red de espionaje en territorio soviético llevó a Eisenhower a autorizar los vuelos de los aviones espía U-2, aunque ello implicaba una violación del espacio aéreo ruso. La preocupación por hacer una última averiguación sobre el potencial militar ruso antes de la conferencia de París llevó a que se autorizase un nuevo vuelo, que debía cruzar la Unión Soviética partiendo de Peshawar, en Pakistán, para aterrizar en Bodø, en Noruega. El vuelo se produjo el 1 de mayo de 1960, pero un cohete ruso estalló junto al avión en el área de Sverdlovsk y el piloto, Francis Gary Powers, saltó en paracaídas, sin poder activar el mecanismo de destrucción (y sin usar la pastilla de veneno que había en el aparato). El piloto fue capturado y los restos del avión permitieron a los rusos estudiar su equipamiento.[11]

Eisenhower asumió públicamente su responsabilidad, lo que dejaba a Jrushchov, que era atacado en la URSS por su política de apaciguamiento, con la obligación de exigirle que pidiese disculpas y se comprometiera a no repetir los vuelos, aun sabiendo que con ello peligraba la realización de las negociaciones. Eisenhower anunció que no se iban a realizar nuevos vuelos sobre territorio soviético, y Macmillan y De Gaulle se esforzaron en convencer a Jrushchov para que no exigiese al presidente norteamericano una humillación mayor. Pero éste no cedió y la reunión en la cumbre no llegó a realizarse.

AMÉRICA LATINA EN LA PERSPECTIVA DE LA GUERRA FRÍA

Acabada la Segunda guerra mundial los norteamericanos se ocuparon poco de sus vecinos del sur. Entre otras razones porque, según opinaba en 1948 el departamento de Estado, el comunismo «no era seriamente peligroso» en aquellas tierras, donde lo que convenía eran dictaduras estables que asegurasen la continuidad de los negocios. La primera amenaza comunista que creyeron descubrir fue la de Guatemala, sin ningún fundamento, puesto que no existía ninguna conexión entre sus gobernantes y la URSS.

En Guatemala, donde la compañía norteamericana United Fruit disfrutaba de

privilegios políticos y económicos que había conseguido del dictador Jorge Ubico, su situación cambió cuando, tras el derrocamiento de Ubico, unas elecciones llevaron en 1945 a la presidencia a Juan José Arévalo, un moderado que permitió la creación de sindicatos en sus plantaciones, ante la indignación de la compañía.

Las cosas empeoraron durante la presidencia de Jacobo Árbenz, que en 1952 trató de poner en práctica un proyecto de reforma agraria que proponía expropiar las tierras *no cultivadas* de los latifundios para darlas a los campesinos, compensando a los propietarios por el valor declarado —esto es, el que usaban para el pago de impuestos— de las tierras expropiadas, que recibirían en bonos de deuda del estado a veinticinco años, con un interés anual del 3 %.

La United Fruit, que poseía cerca del 85 % de las tierras cultivables de Guatemala, y que siempre había declarado un valor muy por debajo del real para eludir el pago de impuestos, denunció la reforma como inconstitucional y pidió ayuda al gobierno norteamericano, donde la compañía tenía un gran número de amigos, desde el subsecretario de Estado a la secretaria personal de Eisenhower, incluyendo a los dos hermanos Dulles, que habían actuado en muchas ocasiones a su servicio. Cuando Árbenz rechazó una oferta de dos millones de dólares para paralizar la reforma agraria, se decidió que era comunista y se organizó una operación para derrocarle.

La operación PBFORTUNE comenzó el 1 de mayo de 1954 con una campaña de propaganda por la radio, seguida el 17 de junio por una invasión de ciento cincuenta hombres, dirigidos por el coronel guatemalteco Castillo Armas, con el apoyo de tres aviones norteamericanos de bombardeo que operaban partiendo de Nicaragua. Aunque la invasión fue un fracaso, los norteamericanos negociaron con los militares y fueron estos mismos quienes, el 27 de junio, le exigieron a Árbenz que dimitiera. El embajador norteamericano consiguió la liquidación de la reforma agraria y organizó una entrada triunfal de Castillo Armas, lo que le hacía aparecer como vencedor. Bastó más adelante una votación amañada para darle la presidencia.

Acabada la operación Eisenhower le preguntó a Dulles cuántas bajas había tenido. «Solo una», contestó y el presidente exclamó, «¡Increíble!». Las pérdidas humanas, dice Talbot, comenzaron cuando Castillo se dispuso a limpiar el país de «enemigos» e inició un proceso que acabaría, años más tarde, con un total de

doscientas cincuenta mil víctimas.

Estados Unidos sacó una lección de esta experiencia: que para evitar otras Guatemalas la fórmula más barata era apoyar a gobernantes como Castillo, sin hacer caso de los informes que les advertían que el grave problema de la pobreza podía favorecer la subversión social en el continente. En 1954 trece de las veinte naciones latinoamericanas tenían regímenes dictatoriales y Estados Unidos había decidido no sólo tolerarlos, sino darles pleno apoyo.

Las cosas empezaron a complicarse a partir de 1955, cuando tanto el presidente de Panamá, José Antonio Remón, como el de Nicaragua, Anastasio Somoza, y el propio Castillo Armas fueron asesinados, y cuando en Cuba empezaba la revuelta de Fidel Castro. En 1958 un viaje del vicepresidente Nixon por América del Sur le enfrentó a recepciones hostiles de los estudiantes. Y la situación se agravó de súbito al producirse la radicalización de Castro en Cuba.

El triunfo de Castro a comienzos de enero de 1959, basado esencialmente en el apoyo popular, aumentó las preocupaciones de Eisenhower, que no se fiaba de un régimen que en aquellos momentos no tenía relaciones con la URSS, ni muchas afinidades con el Partido comunista. Las cosas se complicaron cuando Castro comenzó una política de nacionalizaciones y promulgó una reforma agraria que expropiaba parte de las grandes propiedades que los norteamericanos tenían en la isla. Los inversores norteamericanos comenzaron a presionar a Eisenhower para que castigase a los cubanos condenándolos al hambre con la supresión de la cuota de azúcar que adquiría Estados Unidos.

Se produjo a partir de entonces una escalada de medidas hostiles de Estados Unidos y de respuestas cubanas que llevaron a la nacionalización de empresas norteamericanas en una campaña con el lema «Sin cuota pero sin amo». En diciembre la CIA ya había decidido que no se podía tolerar esta «dictadura de extrema izquierda», cuyo nacionalismo podía resultar una mala influencia para el resto de América Latina. Fue esta política la que finalmente echó al castrismo en brazos de la URSS, que había acudido a ofrecerse para comprar el azúcar.

Los norteamericanos iniciaron en febrero y marzo de 1960 una campaña de sabotajes en que pilotos mercenarios alquilados por la CIA bombardearon instalaciones azucareras y atacaron en los muelles de La Habana un buque

francés que llevaba un cargamento de armas, lo que dio lugar a una explosión en que murieron marineros, descargadores y bomberos.

Eisenhower aprobó entonces un plan de la CIA para entrenar una fuerza paramilitar que se emplearía en una futura invasión de la isla, a partir del desembarco de un grupo de exiliados cubanos que establecerían un gobierno alternativo y pedirían ayuda para legitimar la intervención de Estados Unidos. El éxito de la operación PBSUCCESS les había dado una confianza exagerada en su capacidad para arreglar las cosas con intervenciones encubiertas de bajo coste.

No era el comunismo soviético, sino unas fuerzas internas que respondían a problemas reales de sus sociedades, lo que estaba engendrando en América Latina los primeros signos de los grandes cambios que se avecinaban.

México mantenía en estos años una política de fiel seguimiento de Estados Unidos, encubierta con una retórica izquierdista destinada a la propaganda exterior, mientras que en el interior aplicaba una política de dura represión contra el movimiento obrero y contra las protestas campesinas, en una «guerra sucia» que recurría sin ningún reparo a la tortura y a la «desaparición».

Al sur, los dos grandes países andinos, Colombia y Venezuela, vivieron una etapa de dictaduras, como la de Rojas Pinilla en Colombia (1953-1957) o la de Pérez Jiménez en Venezuela (1952-1958), que no tenían capacidad alguna para resolver los graves problemas de sus sociedades. En Colombia la actuación de los terratenientes en el período de 1946 a 1960, conocido como «la violencia», condujo a la matanza de más de doscientos mil campesinos y a la aparición, determinada por la necesidad de oponerse a la violencia de las bandas al servicio de los terratenientes y a la del ejército, de grupos de autodefensa campesina que se transformaron en el movimiento guerrillero que en 1966 adoptó el nombre de Fuerzas Armadas de la Revolución de Colombia (FARC). En Venezuela, en cambio, los ingresos generados por el petróleo permitieron mantener la prosperidad económica e impidieron el desarrollo de la guerrilla de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Ecuador vivió entre 1947 y 1979 una etapa en que breves períodos de normalidad constitucional, dominados por la figura del populista Velasco Ibarra,

alternaban con golpes militares. Bolivia y Perú experimentaron una sucesión de movimientos pretendidamente revolucionarios, como el del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) de Paz Estensoro y Hernán Siles Suazo, que gobernó Bolivia de 1952 a 1964. Más ambicioso y trascendente fue, en Perú, el intento de «revolución desde arriba» del general Velasco Alvarado, que fue derrocado por los propios militares, en un tiempo de luchas campesinas en que apareció, en Ayacucho, el movimiento Sendero Luminoso, de inspiración maoísta.

Brasil, que en los años cincuenta había crecido económicamente a tasas muy elevadas, seguía manteniendo una gran pobreza rural, de la que surgió una resistencia que se expresaba desde 1955 a través de las Ligas camponesas de Francisco Julião. La llegada de la crisis económica condujo a una agitación obrera y campesina que alarmó a los terratenientes, y que se extendió incluso a los suboficiales del ejército, lo que asustó a su vez a los altos mandos militares. Esto ocurría en un país con una izquierda dividida e inactiva, empachada de retórica revolucionaria y de utopía, que fue incapaz de formular una alternativa coherente, pero que suscitó las alarmas que justificarían la acción de la dictadura militar que se inició en 1964.

Fue en Argentina donde se desarrolló el régimen populista que iba a dejar un rastro mayor y más duradero, personificado por el coronel —después general— Juan Domingo Perón, que fue elegido presidente por primera vez en 1946. Perón acertó a utilizar y manipular a los sindicatos en su beneficio, consiguiendo que los trabajadores se integrasen con la «burguesía nacional» en la estructura vertical del Partido justicialista, de acuerdo con un programa «nacional-popular» que tenía un claro influjo del corporativismo fascista. La intervención de los tipos de cambio de las exportaciones tradicionales le proporcionó recursos que ayudaron a animar la producción industrial y el consumo interior en una política que contaba con el apoyo de los industriales pequeños y medios. Esta prosperidad, unida al instinto populista de su esposa, Eva Duarte, que falleció en 1952 y se convirtió en una figura de culto popular, le proporcionaron unos años de triunfo que duraron hasta que la crisis económica acabó con la euforia del crecimiento, y creó las condiciones para que los militares le forzaran a dimitir y marchar al exilio en 1955.

Los años finales de la gestión de Eisenhower

El primer mandato presidencial de Eisenhower terminó con una de sus realizaciones más duraderas, la *National Interstate and Defense Highways Act* de junio de 1956, que construyó 66.000 km de carreteras, en una operación que tenía la intención adicional de facilitar los desplazamientos como medio de defensa en caso de un ataque atómico.

Dudó en presentarse de nuevo a las elecciones en 1956 a causa de su estado de salud. En septiembre de 1955 había sufrido un ataque cardíaco que se ocultó al público, y su cardiólogo le advirtió del riesgo que corría si optaba a un nuevo mandato. Inició su nueva gestión en momentos de una severa recesión económica y hubo de hacer frente a las revelaciones sobre la corrupción de algunos miembros de su administración, entre ellos Sherman Adams, su consejero más cercano, lo que contribuyó al desastroso resultado para los republicanos de las elecciones de mitad de mandato de 1958.

El lanzamiento del *sputnik* ruso en 1957 produjo en la sociedad norteamericana una sensación de inseguridad que el presidente no podía contrarrestar informando sobre la debilidad militar soviética, porque no le convenía disminuir la tensión interna en el bloque de la OTAN. De modo que su réplica al éxito espacial ruso fue la creación de la NASA (National Aeronautics and Space Administration), una organización de carácter civil destinada a promover la investigación espacial.

Uno de los problemas que no acertó a manejar fue el de la lucha por los derechos civiles, un problema en el que no hubiera querido intervenir. Le había correspondido inicialmente completar una brutal campaña de expulsión de inmigrantes mexicanos, la operación Wetback («Espaldas mojadas»), que se había iniciado hacia 1944 y que culminó en el verano de 1954 con más de un millón de expulsiones. Pero ésta era una cuestión que no suscitaba discrepancias en el seno de la sociedad estadounidense, a diferencia de lo que ocurría con las reivindicaciones de la población afroamericana.

Todo comenzó con la decisión del Tribunal supremo *Brown vs. Board of Education* de 1954, que declaraba anticonstitucional la segregación en las escuelas.[12] A esto siguió la protesta iniciada por Rosa Parks, que el 1 de

diciembre de 1955 se negó a ceder su asiento a un blanco en un autobús de Montgomery, y fue por ello detenida y procesada; a lo que los afroamericanos respondieron con el boicot a los autobuses de la ciudad. Pronto surgirían conflictos más graves.

El intento de aplicar la sentencia que prohibía la discriminación en Little Rock (Arkansas) en septiembre de 1957 dio lugar a una serie de violencias y a que el gobernador del estado movilizase a la Guardia nacional para impedir el acceso de los negros a la escuela. El presidente se había resistido hasta entonces a intervenir en estos conflictos, que ni siquiera había condenado de palabra, pero esta vez se vio obligado a enviar tropas federales, ante el efecto que un conflicto racial como éste podía tener para el prestigio internacional de Estados Unidos.

Sus peores problemas vinieron ahora de la política exterior. Su secretario de Estado, John Foster Dulles, afectado por el cáncer, fue hospitalizado en los días de la crisis de Suez y no se recuperó por completo, lo que le obligó a renunciar en abril de 1959, un mes antes de morir. El fracaso de las negociaciones con los soviéticos, el agravamiento de la situación en Indochina, su errónea intervención en Indonesia o la deriva de la revolución cubana hacia el comunismo amargaron su gestión en estos años.

Fue en estos últimos momentos de su presidencia, sin John Foster Dulles a su lado, cuando Eisenhower, de quien uno de los redactores de sus discursos dijo que «como intelectual dedicó al golf y al *bridge* el entusiasmo y la perseverancia que negaba a los libros y a las ideas», empezó a darse cuenta de todo lo que se había hecho en su nombre. Tomó conciencia de que había dado demasiado poder a los hermanos Dulles, y que la historia le juzgaría por los que éstos habían hecho y, sobre todo, por los crímenes de la CIA, que él no había sido capaz de controlar. Le habían robado su lugar en la historia como un hombre de paz y no le dejaría a su sucesor más que «un legado de cenizas».

Pero su mayor y más sorprendente muestra de arrepentimiento fue el discurso de despedida que pronunció en enero de 1961, donde denunció la influencia política del «complejo militar-industrial» y planteó la necesidad de que los ciudadanos controlaran la enorme maquinaria industrial y militar ligada a la defensa.

Era una clara advertencia acerca de los peligros de corrupción que ofrecía el engaño de la guerra fría, que podía llevar a que se destinase a un gasto militar

innecesario, desproporcionado en relación con las amenazas reales a que había que hacer frente, unos recursos que se sustraían así a las necesidades del gasto social que había de atender las necesidades de los ciudadanos. Pero la advertencia no sirvió de nada.

9

MAREA ALTA (1960-1968)

En la década de los sesenta el mundo vivió el nivel más alto del movimiento de ascenso del progreso y de la democracia que se había iniciado después de la Segunda guerra mundial. Por unos años pareció que podía mudarse el rumbo de la guerra fría. Con los dos bandos contendientes equipados con un arsenal de armas nucleares capaces de producir la destrucción de la especie humana, no parecía tener sentido arriesgarse a que cualquier incidente imprevisible, que estuvo en muchas ocasiones a punto de producirse, desencadenase el holocausto universal. Desde 1962, con la solución pacífica dada al problema de los misiles soviéticos en Cuba, hasta la culminación por Nixon de los pactos de la distensión, en 1972, se recorrió un camino esperanzador.

Más prometedores parecían ser aún los cambios que se estaban produciendo, tanto en las sociedades «occidentales» como en las del bando soviético, por iniciativas surgidas de abajo, y muy en especial de los jóvenes, que aspiraban a transformar el mundo para construir sociedades más igualitarias y más justas. «Justicia e igualdad» eran los dos objetivos de esa revuelta «de los descalzos y descamisados de la tierra» que Martin Luther King anunciaba en 1967. Aunque no fueron los descamisados, sino los estudiantes universitarios de los más diversos países quienes protagonizaron las luchas que tuvieron su momento culminante en la primavera de 1968, cuando en Praga se reivindicaba un «socialismo con rostro humano», en París los estudiantes luchaban para cambiar el mundo, en Norteamérica los *hippies* pretendían demoler la vieja sociedad con las armas de la contracultura y en China los guardias rojos pensaban que de la destrucción de lo viejo saldría un mundo nuevo y mejor.

Fue éste, también, un tiempo de sueños de solidaridad norte-sur, como el que vio surgir en 1964 en Ginebra la UNCTAD (United Nations Conference on

Trade and Development), destinada a ayudar a los países en vías de desarrollo. [1]

John F. Kennedy

John Fitzgerald Kennedy llegó al poder en 1960 con el propósito de cambiar el estilo burocrático y rígido de su predecesor. A sus cuarenta y tres años era el presidente más joven de la historia; se rodeó, además, de un grupo de jóvenes y brillantes universitarios: nombró fiscal general a su hermano Robert y ministro de Defensa a Robert McNamara y puso a McGeorge Bundy, decano de Harvard, al frente del National Security Council (NSC), una institución que dejaría de ser a partir de este momento un mero consejo asesor para convertirse en el órgano fundamental de dirección de la política internacional, puesta directamente en manos del presidente.

Hoy sabemos que mucho de lo que rodeaba la imagen pública de este Kennedy juvenil y vigoroso, así como la del entorno feliz del «Camelot» en que habitaban él y su esposa Jacqueline, era un fraude, comenzando por su estado físico, que era tan deplorable que, de haberse conocido, hubiese hecho imposible que se le aceptara como presidente.

Kennedy comenzó su gestión en enero de 1961 con un discurso sobre la defensa de la libertad, como primera muestra de la retórica de la «Nueva frontera» que encubría el pensamiento de un político pragmático y conservador. Su carisma y la promesa de idealismo de su joven administración, se ha dicho, «ocultaban con frecuencia su cinismo y su conservadurismo». Lo que realmente le preocupaba eran los problemas internacionales relacionados con la guerra fría —pidió que en su discurso de inauguración no se tocasen cuestiones domésticas: «¿A quién le importa eso del salario mínimo?»—, y en este terreno su mayor contribución fue haber actuado, salvo en el caso de Vietnam, con una prudencia que le permitió esquivar los riesgos de una guerra nuclear, que pudo muy bien haber estallado desde los primeros días de su gestión.

Pudo haber comenzado, por ejemplo, con motivo del «incidente de Goldsboro»: el 23 de enero de 1961 un B-52 que transportaba dos bombas de hidrógeno se estrelló en un campo de tabaco cerca de la ciudad de Goldsboro. La

noticia de que se había producido una explosión dio lugar a que Kenendy, McNamara y otros dirigentes fuesen trasladados a un refugio secreto, en previsión de que se tratase de un ataque nuclear soviético.

Sin noticias concluyentes sobre lo ocurrido, el general LeMay dio por seguro que se trataba de un misil soviético y pidió autorización para lanzar un ataque nuclear en masa contra la Unión Soviética, a lo que añadió que no importaba si habían sido los rusos o no, ya que un día u otro lo harían. No se sabe muy bien cómo estos nuevos dirigentes civiles, que llevaban pocos días en el gobierno, pudieron impedir que se desencadenase la represalia que los militares proponían. Éste fue, en todo caso, el inicio de un enfrentamiento con los altos mandos militares que no haría más que enconarse.

Más grave fue aún el problema que le planteó la operación para liquidar el régimen de Castro que la CIA había preparado en tiempos de Eisenhower como respuesta al giro a la izquierda de la revolución cubana. Era del mismo estilo que la que se realizó para derrocar a Árbenz en Guatemala en 1954, pero en mayor escala y usando esta vez exiliados cubanos anticastristas.

Se iniciaría con un desembarco apoyado por un ataque aéreo previo, efectuado por aviones norteamericanos camuflados. Según el plan original, «se espera que estas operaciones precipitarán un gran levantamiento en toda Cuba y causarán la revuelta de un amplio sector del ejército y la milicia», con la previsión de derribar a Castro «en un par de semanas». La CIA garantizaba los resultados del proyecto de desembarco; pero parece claro que quienes lo habían diseñado contaban con que, si no se obtenía un éxito inmediato, se recurriría a una intervención aérea y naval norteamericana.

Kennedy, que encontró el plan ultimado, frustró esta perspectiva al dejar claro que no toleraría que Estados Unidos apareciese implicado directamente en él, lo que hubiera hecho inviables sus proyectos de acercamiento político a América Latina. De modo que, cuando llegó el momento, resistió a las presiones de los militares que esperaban imponerse al joven e inexperto presidente (el almirante Burke había embarcado ya dos batallones de marines para enviarlos a Cuba).

El desembarco en Bahía de Cochinos (Playa Girón), iniciado el 17 de abril de 1961, fue un desastre total (con 114 muertos y unos 1.200 prisioneros). El episodio acabó con la destitución de Allen Dulles de la jefatura de la CIA,[2] y

con Kennedy organizando a partir de este momento sus propios planes contra Cuba, en la llamada «operación Mongoose», que proyectaba campañas de sabotaje, operaciones de guerra sucia e intentos de asesinar a Fidel Castro, en colaboración con los hombres de la mafia.[3]

Cuatro meses después, el 17 de agosto de 1961, Ernesto «Che» Guevara contactó en Uruguay con Dick Goodwin, asesor de asuntos latinoamericanos de la Casa Blanca, y le ofreció el inicio de negociaciones para llegar a un *modus vivendi* sobre la base de una serie de concesiones; pero Kennedy no estaba interesado en negociar, puesto que estaba convencido de poder derribar al gobierno castrista con sus operaciones encubiertas.

La consecuencia de esta negativa fue que en mayo de 1962 se firmasen acuerdos secretos entre Castro y el gobierno soviético, y que los cubanos acabasen aceptando la propuesta de Jrushchov de instalar en la isla misiles rusos que habían de defenderles de una posible invasión norteamericana.

Tras el fracaso de la operación contra Cuba la política de Kennedy para Latinoamérica combinó la retórica de la Alianza para el progreso, que se presentaba como un generoso plan de ayuda y cooperación para promover la democracia, con el establecimiento de relaciones permanentes con los militares de estos países, a los que se les proporcionaban armas y apoyo para que se hicieran con el poder. De 1961 a 1963, con Kennedy al frente de Estados Unidos, seis gobiernos latinoamericanos elegidos fueron derribados por golpes militares. Como afirmaba en 1968 un documento interno de la CIA, las juntas militares de los países del sur eran buenas para Estados Unidos, puesto que se habían mostrado como la única fuerza capaz de controlar en ellos las crisis políticas. La ley y el orden de los dictadores eran mejores que la confusión que engendraba la democracia.

En marzo de 1968 un diplomático norteamericano que regresaba de América Central, Viron Vaky, expresaba en un informe todo el horror de la situación que había visto y su angustia por la complicidad de Estados Unidos: «No es que no hayamos podido hacer nada por evitarlo, sino que nunca lo hemos intentado». Tal vez hemos pensado, añadía, «que es una buena táctica, y que mientras sean comunistas los que resultan muertos, todo va bien».

La complicada situación a que hubo de hacer frente en los primeros meses de su gestión condicionó a Kennedy en su encuentro con Jrushchov en Viena, a comienzos de junio de 1961. Una reunión en que Jrushchov se equivocó tratándole con dureza, sin darse cuenta de que, a diferencia de Eisenhower, Kennedy aspiraba a una cierta distensión. Kennedy regresó a Washington resentido y con deseos de devolver el golpe.

Jrushchov aceptó en agosto de 1961 la sugerencia del dirigente de la DDR Walter Ulbricht de levantar una barrera de separación entre las zonas soviética y occidental de Berlín, con el propósito de cortar el flujo de ciudadanos que pasaban al oeste y dificultar las numerosas actividades de espionaje y subversión que se organizaban desde la zona occidental. Kennedy dijo en privado: «un muro es muchísimo mejor que una guerra», pero no dejó de aprovechar «el muro de la vergüenza» como objeto de propaganda.

La crisis de Berlín había puesto en evidencia los riesgos que implicaba la política de Eisenhower, que en una situación como ésta no tenía más respuesta que la amenaza del holocausto nuclear. A comienzos de 1961 Bundy descubrió la existencia del SIOP con sus planes para atacar globalmente y sin previo aviso la Unión Soviética y China, y supo que los militares tenían desde 1957 una autorización, dada por Eisenhower, para utilizar armas nucleares cuando el presidente estuviese muerto o incapacitado.

El general Maxwell Taylor propuso como alternativa a esta política de defensa un programa de «respuesta flexible», que implicaba aumentar la presencia militar norteamericana en el mundo, con la idea de que la participación en guerras limitadas era una forma más adecuada de enfrentarse a los avances parciales del comunismo, y de prevenir con ello el estallido de una nueva guerra mundial, que confiar tan sólo en la eficacia de la disuasión nuclear. Se seguiría invirtiendo en misiles y en armas nucleares, pero se aumentaría considerablemente el gasto global en defensa, que llegó con Kennedy al 13 % del PNB, en lo que fue «el apogeo de la militarización de Estados Unidos después de 1945».

La carrera hacia el espacio, nacida de la necesidad de replicar a los éxitos espaciales de los soviéticos con una operación de prestigio, condujo a iniciar un

programa para llegar a la Luna antes del fin de la década. Era un proyecto muy costoso, que consumió recursos que podían haber tenido una considerable trascendencia social, y que resultaba de escasa utilidad, sin más finalidad que la propagandística. Pero en la medida en que la idea de la llegada a la Luna como victoria sobre los soviéticos en la carrera del espacio había prendido en el público, los norteamericanos se encontraron atrapados por el monstruo que habían creado.

El 16 de octubre de 1962 la CIA informó que las fotografías obtenidas por los aviones U-2 mostraban que había misiles soviéticos en Cuba. Comenzaron entonces las reuniones de Kennedy con el ExComm (un grupo reducido, que actuaba como comité ejecutivo del NSC) para decidir cómo responder a esta amenaza. La propuesta de la mayoría era invadir la isla, y lo mismo opinaron, con mucha más insistencia, los militares en la reunión que el presidente mantuvo con el Joint Chiefs of Staff, así como los líderes del Congreso con los que habló el 22 de octubre, antes de dirigirse al país. Una invasión implicaba arriesgarse a que algunos de los misiles instalados en la isla se lanzaran contra Estados Unidos y causaran un gran número de víctimas. Aunque el riesgo más grave era el de que los rusos replicaran a la invasión tomando Berlín y se iniciase una escalada que podía conducir a una nueva guerra mundial.

Finalmente, el sábado 20 de octubre se decidió optar por un bloqueo naval —una «cuarentena»—, que impidiese que llegaran a Cuba las embarcaciones que estaban transportando más misiles. Kennedy había decidido jugar la carta de la amenaza para forzar a Jrushchov a la negociación, y el lunes 22 de octubre, a las 7 de la tarde, anunció por televisión la presencia de misiles soviéticos en Cuba y su propósito de iniciar el bloqueo. Los barcos americanos se desplegaron por el Caribe y se prepararon aviones y tropas por si se necesitaba que interviniesen. La cuarentena empezó el miércoles 24 por la mañana, al propio tiempo que las fuerzas aéreas norteamericanas se ponían en DEFCON-2, a un paso de la guerra nuclear, por primera vez en dieciséis años.

Jrushchov protestó por este acto de piratería, y puso en alerta las fuerzas soviéticas,[4] a la vez que declaraba que los cohetes instalados en Cuba eran meramente defensivos, pero no trató de forzar el bloqueo. El viernes 26 llegó a

Washington un primer comunicado de Jrushchov en que mostraba su preocupación por la gravedad de unas circunstancias que podían conducir a un holocausto nuclear y pedía garantías de que no se iba a invadir Cuba. A éste le siguió, a primera hora del sábado 27, otro mensaje en que se planteaba la eventualidad de la retirada de los misiles rusos en Cuba, a cambio de que Estados Unidos hiciera lo mismo con los Júpiter que habían instalado en Turquía.

Kennedy contestó aceptando, en una nota que su hermano Robert entregó en mano al embajador ruso Dobrynin, y Jrushchov, que creyó que Kennedy estaba sometido a presión y que se corría el riesgo de un ataque inmediato a la isla, decidió desmantelar los misiles.

Los dos factores decisivos de este resultado fueron la prudencia de Kennedy para evitar el conflicto (oponiéndose a la respuesta violenta que proponían los reunidos en el ExComm, incluyendo a su hermano Robert)[5] y, sobre todo, la actitud de Jrushchov, que aceptó un acuerdo que había de aparecer ante los suyos como una rendición. Una de las consecuencias de la crisis cubana fue que la Unión Soviética emprendiese una escalada de rearme con el fin de no volver a encontrarse en el futuro en una situación de inferioridad ante una nueva amenaza de guerra.

El episodio de los misiles soviéticos en Cuba influyó en la conducta política posterior de Kennedy, obligándole a mantener un equilibrio entre la necesidad de seguir firmemente el curso de la guerra fría, como lo deseaba la opinión pública norteamericana, y el temor a que una imprudencia condujese a una guerra total. Con el propósito de favorecer la distensión, Kennedy pronunció el 10 de junio de 1963 un discurso en la American University de Washington en que manifestaba su voluntad de contribuir a crear «un mundo de paz en que los débiles estén a salvo y los fuertes sean justos», y anunció que se iban a iniciar conversaciones con Moscú para discutir la prohibición de pruebas nucleares, a la vez que comunicaba que Estados Unidos renunciaba a efectuar pruebas en la atmósfera.

Este cambio de rumbo exigía tranquilizar previamente a los aliados europeos —que estaban ya indignados por el hecho de que Estados Unidos hubiese asumido en el caso de los misiles cubanos un riesgo de conflicto sin consultarles —, que temían ahora que una negociación directa entre Washington y Moscú pudiera significar su marginación.

El momento estelar de este viaje a Europa fue su visita a Berlín, donde se proponía expresar su apoyo decidido a los berlineses del oeste. En el avión quiso elaborar una frase inspirada en la latina «Cives romanum sum», para manifestar, en mal alemán, «yo soy berlinés». La agresividad del lenguaje con que se había expresado en este discurso del 26 de junio en Berlín contrastaba con el tono que había empleado quince días antes en la American University; pero no obstaculizó las negociaciones que llevaron a la firma, el 5 de agosto, de un tratado entre Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña para prohibir los ensayos nucleares en la atmósfera.

En el tema de los derechos civiles Kennedy fue poco más que «un espectador», que supo crear esperanzas de reforma, pero no se arriesgó a realizarlas (en privado se quejaba de que los negros fuesen tan intransigentes en sus reivindicaciones). Manejó con mucho cuidado el problema que planteó James H. Meredith, un negro de veintiocho años, veterano de las fuerzas aéreas, cuando pretendió ingresar en la Universidad de Mississippi, lo que dio lugar a incidentes que obligaron a desplazar más de veinte mil soldados al campus. Fue precisamente esta crisis la que motivó su gesto más decidido en este terreno, que fue el discurso que pronunció por televisión el 11 de junio de 1963 para referirse a estos acontecimientos y prometer una futura ley de derechos civiles. Las cosas estaban cambiando; como Schlesinger escribía estos días en su diario, el movimiento por los derechos civiles «se había convertido de súbito en una revolución negra».

Con el fin de forzar que las promesas se convirtieran en realidad, los dirigentes negros organizaron el 28 de agosto de 1963 una gran marcha a Washington, en la que participaron doscientos cincuenta mil manifestantes, con amplia presencia de simpatizantes blancos. Kennedy trató de convencerles de que renunciaran a la marcha y, al no conseguirlo, preparó un gran dispositivo de seguridad para contener lo que temía que pudiera convertirse en una manifestación violenta.

Todo se desarrolló pacíficamente, con un memorable discurso de Martin Luther King acerca de su sueño de igualdad, que contribuyó a cambiar las actitudes de una parte de la población blanca norteamericana respecto a la

discriminación racial. Durante toda la mañana, mientras la manifestación pasaba ante las ventanas de la Casa Blanca, Kennedy mantenía con sus asesores una reunión sobre Vietnam. Más tarde se hizo traer un televisor y escuchó el discurso de King, al que el presidente reaccionó diciendo: «Es bueno; es condenadamente bueno». Lo que le había impresionado era la capacidad retórica del orador, más que sus ideas.

Su mayor error político fue seguramente el que se refiere a Vietnam, aunque la decisión de optar por mantener la división del país y dar un apoyo incondicional a Diem fuese una herencia que recibía de Eisenhower y que no podía cambiar a la ligera. Los norteamericanos no supieron entender que la guerrilla del FLN —que denominaban Vietcong, «comunistas vietnamitas», en su empeño por ignorar su trasfondo nacionalista— estaba constituida esencialmente por hombres del sur y que su fuerza se basaba en el descontento de los vietnamitas hacia el gobierno corrupto y dictatorial que ejercía Diem, asociado a su hermano, que era el jefe de la policía, y a la esposa de éste, Madame Nhu, quien con sus intervenciones contribuyó a sublevar a la mayoría budista.

Convencido de que todo se debía a la acción de vietnamitas del norte infiltrados, Kennedy optó por aumentar su apoyo a Diem con acciones de contrainsurgencia y con el envío de instructores norteamericanos, lo que significaba entrar por el camino de una guerra encubierta, dirigida por la CIA. Se vivió por un tiempo en la ilusión de que Diem estaba ganando la guerra y conquistando a la vez el afecto de sus súbditos, debido a que los militares y la CIA falseaban los informes que enviaban a Washington.

Hasta que en el verano de 1963 Diem provocó innecesariamente la revuelta de los budistas, mayoritarios en el sur, en unos momentos en que los propios militares vietnamitas, convencidos de que la guerra no podría ganarse si seguía en el poder el régimen corrupto de la familia Diem, preparaban conjuras contra el presidente y contra su hermano. Kennedy aceptó finalmente que se diese un golpe militar que se inició el 1 de noviembre y que acabó con el asesinato de los dos hermanos.[6] Cuando llegó a la Casa Blanca la noticia de lo ocurrido, el presidente y Bundy lamentaron la muerte de los hermanos Diem, pero se alegraron del resultado. Para Bundy éste «era un ejemplo del tipo aceptable de

golpe militar». El 11 de diciembre de este mismo año llegaban a Vietnam 32 helicópteros y un contingente de cuatrocientos hombres encargados de manejarlos. Se iniciaba así la escalada de la participación norteamericana que iba a continuar Johnson.

El programa de distensión con los soviéticos no era bien recibido por una parte de la sociedad norteamericana, en especial por los grupos de extrema derecha, sostenidos con el dinero de los empresarios, que pasaron ahora de las amenazas verbales contra el presidente a la organización de intentos de magnicidio. Su discurso pacifista de junio de 1963 contribuyó a que aquel otoño arreciara la feroz campaña de la extrema derecha, que acusaba al presidente y a toda su administración de ser comunistas. Temiendo que el tema de la prometida ley de derechos civiles podía dividir al partido Demócrata en el sur, lo que hubiera sido nefasto para sus aspiraciones a la reelección, Kennedy decidió hacer un viaje a Texas. Mientras recorría las calles de Dallas, el 22 de noviembre de 1963, fue objeto de un atentado que le causó la muerte.

El magnicidio de Dallas sigue siendo en la actualidad un acontecimiento con muchos aspectos oscuros. A los pocos minutos de recibir la noticia del atentado, su hermano Robert Kennedy trató de averiguar si sus autores eran la CIA, los cubanos anticastristas, los millonarios petroleros de Texas, la mafia o una combinación de los esfuerzos de todos ellos. La versión oficial que patrocinó la CIA, y que fue la que publicó finalmente la comisión Warren, nombrada para investigar el asesinato, fue que «Lee Harvey Oswald, por motivos no determinados, había actuado solo en la muerte de Kennedy». Era la interpretación políticamente tranquilizadora que convenía vender al público. Desde entonces se han publicado las más diversas teorías conspirativas para explicar el atentado, ninguna de las cuales resulta convincente. Aunque en la mayor parte de ellas aparece la sospecha de una participación de la CIA, que se ocupó después de ocultar parte de la evidencia que se puso en manos de la comisión Warren.[7]

La presidencia de Johnson

El asesinato de Kennedy dejó en el poder a su vicepresidente, Lyndon Baines Johnson, un texano de cincuenta y tres años, que había sido maestro en el sur, antes de convertirse en un político profesional y en uno de los más expertos manipuladores de la actividad parlamentaria en el senado. Se sentía a sí mismo como un progresista al estilo del New Deal, y opinaba que «Kennedy es demasiado conservador para mi gusto», pero, obligado a enfrentarse a una elección presidencial en el plazo de un año, era consciente de que éste no era el momento adecuado para introducir cambios en la política que había recibido de su predecesor.

Johnson difería de los hombres del equipo de Kennendy que conservó a su servicio por su preocupación por los problemas internos de la sociedad norteamericana, lo que lo convirtió en última instancia en un personaje mucho más importante que Kennedy para su país. Aspiraba a continuar la política de reformas de Roosevelt y formuló un programa para una «Gran sociedad» que incluía declarar la «guerra contra la pobreza».

Ello ocurrió en unos breves años de predominio en las cámaras del partido Demócrata, con el apoyo de políticos como Hubert Humphrey y del sindicato AFL-CIO, que facilitaron que se llevara a la práctica una parte de su programa democratizador. La primera de las medidas de reforma social puesta en marcha por Johnson fue la mejora de la educación, que estaba convencido de que era clave, tanto para la mejora del nivel de vida de los ciudadanos como para el progreso global de la nación. La mayor parte de los problemas sociales, afirmaba, «podían remediarse dando a cada persona el derecho a adquirir toda la educación que pueda asimilar».

La creación de un programa público de asistencia médica era el segundo punto de su programa. Venciendo la feroz oposición de los conservadores, logró que se aprobasen las medidas de ayuda hospitalaria para los ancianos (Medicare) y para los pobres (Medicaid), que habían sido rechazadas en diversas ocasiones por el Congreso.[8]

El tercer capítulo, el de la igualdad racial, se inició el 2 de julio de 1964 con la aprobación de la ley de derechos civiles (*Civil Rights Act*), que prohibía la segregación racial en hoteles, restaurantes y teatros, y retiraba los fondos federales a las instituciones que practicasen la discriminación. Y se completó en

agosto de 1965 con la ley que garantizaba el derecho al voto (*Voting Rights Act*), que representaba, por lo menos sobre el papel, un paso decisivo en la conquista de la igualdad racial.

En su discurso al presentar la ley de derecho al voto, Johnson recordó que su experiencia sobre la pobreza y la discriminación habían surgido conjuntamente: «Mi primer trabajo fue el de maestro en Cotulla, Texas, en una pequeña escuela mexicano-americana. Pocos de los [estudiantes] sabían hablar inglés... Mis niños eran pobres, y con frecuencia venían a clase sin haber desayunado, hambrientos. Conocían ya, en su corta edad, el dolor que causa el prejuicio. No parecían saber por qué desagradaban a la gente. Pero sabían que era así, porque lo veían en sus ojos».

Sus programas de guerra contra la pobreza se basaban en potenciar la acción comunitaria. Los fondos federales destinados a una serie de servicios sociales —de ayuda a los niños pobres en edad preescolar, de obras públicas en viejas zonas industriales en decadencia, de control de la polución, etc.— se encaminaban a comunidades locales que intervenían en su distribución, de modo que permitiesen el máximo posible de participación de aquellos a quienes iban destinados.

En agosto de 1965 Johnson hacía el balance de lo realizado y de los continuos obstáculos que se le habían presentado: «Nunca he visto un esfuerzo real y significativo para ayudar a los más pobres que no haya tropezado con apóstoles de la codicia que encuentran siempre razones por las cuales no puede hacerse».

El 3 de octubre de 1965 firmaba la «ley de inmigración y nacionalidad», que iba a transformar la composición étnica de Estados Unidos, ya que liquidaba la ley de 1924 que establecía cuotas de entrada por origen y limitaba el acceso de europeos del sur. Su propósito era «eliminar las barreras de discriminación contra los que buscan entrar en nuestro país, en especial los que tienen destrezas que necesitamos o los que vienen a unirse a sus familias».

Eran tiempos de grandes esperanzas. La economía prosperaba, las tasas de paro y de criminalidad se mantenían bajas. «A comienzos de agosto —escribía cuarenta años más tarde James T. Patterson— cuando la mayor parte de las leyes de la Gran Sociedad de Johnson se habían firmado, el liberalismo norteamericano estaba alcanzando la marea más alta de todos los tiempos: un

nivel que no ha vuelto a repetirse desde entonces.»

El optimismo, sin embargo, duró poco; muy pronto aparecieron los primeros desengaños del sueño reformista. A los negros la libertad de voto que la ley les había concedido, pero que en la realidad debían ganarse en pugna con las resistencias de los estados y enfrentándose a la represión de la policía, no les estaba mejorando ni su condición de vida, ni su integración en la sociedad, de modo que comenzaron a expresar su malestar en revueltas urbanas, como la de Selma en marzo de 1965, que fue reprimida en un «domingo sangriento», o la de Watts, que estalló en Los Ángeles en agosto de este mismo año.

Incapaz de comprender las causas de estas revueltas, el gobierno las atribuía a organizaciones subversivas de carácter comunista, sin entender que la represión no iba a conseguir más que empeorar el problema y llevarlo de las manifestaciones pacíficas de Martin Luther King a las acciones subversivas de los Panteras Negras.

La realidad era que los problemas eran demasiado graves, y estaban demasiado condicionados por el racismo de la sociedad norteamericana, como para esperar que unas leyes bienintencionadas los pudieran resolver a corto plazo. Bill Boyarsky, un periodista que vivió de cerca los acontecimientos de Watts, nos dice: «Yo no sabía nada entonces de la larga historia de segregación residencial y escolar que precedió a la revuelta, ni de los años de brutal y racista actuación del departamento de policía de Los Ángeles, básicamente blanco. Ni sabía del cierre de las fábricas, de neumáticos y automóviles entre otras, que habían dejado sin trabajo a tantos habitantes del sur de Los Ángeles».

Las palabras con que Johnson presentó en septiembre de 1965 la *Law Enforcement Assistance Act*, que daba al gobierno nuevos poderes para intervenir en la persecución del crimen, anticipaban la frustración de sus ilusiones: «La Gran Sociedad que estamos luchando por construir no puede convertirse en una realidad si no golpeamos el crimen hasta su raíz hasta ponerlo bajo nuestro control. Estamos trabajando para que un día cada hombre pueda satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, y cada niño tenga la oportunidad de desarrollar su mente y ensanchar su espíritu hasta los límites de su capacidad ... Pero si alcanzamos este día y andamos todavía con miedo por las

calles, nuestro trabajo habrá sido inútil».

En julio de 1967 las revueltas devastaron Newark y Detroit y se extendieron por otros muchos lugares. El informe de la comisión Kerner sobre estos desórdenes civiles, que Johnson había pedido porque quería saber qué había sucedido y cómo podía evitarse que volviera a ocurrir, llegaba a la conclusión de que no habían sido causados por ninguna conspiración, y que los que habían participado en ellos eran generalmente gente con educación, que habían tenido ocupación en los años anteriores, pero que estaban indignados ante la discriminación con que tropezaban cuando buscaban empleo o un lugar donde vivir. Los programas contra la pobreza no bastaban para resolver los problemas que creaba el racismo: «nuestra nación se está moviendo hacia la creación de dos sociedades, una negra y otra blanca, separadas y desiguales». Johnson no aceptaba esta conclusión; pero el asesinato de Martin Luther King, el 4 de abril de 1968, vino a reforzarla.

«Nadie imaginaba —dice Edward Kennedy en sus memorias—, el alcance de la desesperación y de la cólera que se acumulaban en las calles más marginales de la nación, tanto blancas como negras, a la espera de la chispa que las hiciera estallar.»

Era muy poco lo que se podía hacer usando la ley contra el racismo, que más bien tendió a aumentar cuando los blancos pobres y de clase media, que se sentían discriminados por la atención que ahora se dedicaba a los negros, comenzaron el giro contra los demócratas que daría el poder a Nixon y a Reagan, quienes no dudaron en utilizar el potencial que les ofrecía la discriminación. En estas condiciones, las leyes contra el crimen de Johnson acabaron convirtiéndose en la base de un proceso de criminalización que tuvo como víctima principal a la comunidad negra.

Johnson hubiera querido dedicarse ante todo a las cuestiones sociales de su propio país, a combatir la injusticia, la desigualdad y la pobreza, pero las circunstancias le obligaron a emplear gran parte de sus esfuerzos en la política internacional, para la que estaba mal preparado, lo cual le obligaba a depender en este terreno de los consejeros que le había legado Kennedy, en especial del secretario de Defensa, Robert McNamara, del de Estado, Dean Rusk, y del

Consejero nacional de seguridad, McGeorge Bundy.

Los años en que Johnson desempeñó la presidencia fueron un tiempo de confusión en la escena internacional. Su mandato comenzó cuando acababan de producirse, a mediados de octubre de 1964, la caída de Jrushchov y la explosión de la primera bomba nuclear china, y concluyó en 1968, en un año de revoluciones (París, México, Praga), de asesinatos (Martin Luther King, Robert Kennedy) y de frustraciones. Las relaciones con Europa no fueron fáciles en esta época, como consecuencia de la revuelta de De Gaulle, del cansancio de una Gran Bretaña a la que le pesaban demasiado los gastos de la guerra fría, y de la voluntad de la Alemania federal de mantener una política exterior independiente. Y en cuanto se refiere a América Latina, la actuación de Johnson estuvo marcada por la incompetencia del secretario de Estado adjunto, Thomas C. Mann, quien le embarcó en errores como el de la intervención en la República Dominicana, y degradó la retórica de la Alianza para el progreso de Kennedy, convirtiéndola en un programa explícito de apoyo a los dictadores y de protección de los intereses económicos norteamericanos.

Pero el problema que amargó su presidencia del primer al último momento, y que acabó arruinándola, fue el de Vietnam, que recibía como una herencia de los errores políticos de Eisenhower y de Kennedy, con el agravante de tener a su alrededor el equipo de su antecesor, que contribuyó a embarcarle en la escalada de la guerra.

Había de presentarse a las elecciones en noviembre de 1964, y ello le forzaba a mantenerse pendiente de la guerra de Vietnam, ya que estaba obligado a no dar señales de debilidad ante su contrincante, un republicano millonario ultraconservador, Barry Goldwater, que si en política interior propugnaba una reducción drástica del poder federal, en el terreno internacional se declaraba contrario a cualquier forma de coexistencia y defendía la necesidad de conseguir una «victoria total» sobre el comunismo, lo que le llevaba a propuestas como la de defoliar Vietnam del Norte con bombas atómicas.

Johnson, víctima de la teoría del dominó, consideraba que no se podía dejar que ganasen los vietnamitas del norte, porque «las fichas del dominó caerían y esta parte del mundo iría a parar a los comunistas; podríamos enviar entonces a los marines y nos encontraríamos atrapados en la tercera guerra mundial o en otra acción como la de Corea». La única alternativa era ayudar a los vietnamitas

del sur para que luchasen y resistiesen.

Esta interpretación, unida a la conciencia de que los norteamericanos no tolerarían que se dejase el campo abierto a los comunistas, le obligaba a rechazar el camino de la negociación. McGeorge Bundy le reforzó en esta actitud al decirle: «El daño político para Truman y Acheson por la caída de China se produjo porque los americanos pensaban que podíamos y debíamos haber hecho más para prevenirla. Eso es lo que sucedería si pareciese que somos los primeros en abandonar a Saigón». No era tiempo de negociar; «cuando seamos más fuertes podremos planteárnoslo».

De cara a las elecciones que habían de celebrarse en noviembre de aquel mismo año, Johnson había de mostrarse como un político razonable, que no iba a llevar a los jóvenes norteamericanos a la guerra, pero que era, a la vez, duro con los comunistas: una receta que le dio una victoria resonante en las urnas; pero que pagó cara, porque, en su deseo de acabar la guerra cuanto antes, aceptó una política encaminada a forzar al norte a capitular, basada en la errónea convicción de que la revuelta del sur dependía fundamentalmente de la participación directa de Hanói.

A comienzos de agosto, y como consecuencia de las acciones que lanchas norteamericanas tripuladas por vietnamitas del sur efectuaban contra la costa del norte, se produjo un incidente en aguas del golfo de Tonkín que fue interpretado erróneamente como un ataque a buques norteamericanos por parte de lanchas norvietnamitas. A consecuencia de lo cual se aprobó el inicio de una serie de operaciones de castigo contra Vietnam del Norte.[9]

Fue responsabilidad de los dirigentes norteamericanos haber ordenado, sin motivo que las justificara, unas represalias que cambiaron el curso de la guerra, puesto que los norvietnamitas, que no habían realizado ningún acto hostil directo contra los norteamericanos y que, aunque diesen ayuda al sur, no habían intervenido hasta entonces con sus tropas en la guerra civil que se estaba desarrollando allí, interpretaron los actos de Estados Unidos como una prueba de que había decidido entrar en la guerra y que aprovechaba el incidente del golfo de Tonkín para hacerlo.

El viernes 7 de agosto, tras la declaración de McNamara de que los buques norteamericanos habían sido atacados sin que hubiese mediado provocación alguna, lo cual era falso, el presidente pidió a las dos cámaras una resolución

conjunta que le autorizase al uso de la fuerza en el sudeste asiático para prevenir nuevas agresiones, basándose en que «los ataques de Vietnam del norte no son un acontecimiento aislado, sino que forman parte de un impulso comunista continuado para conquistar Vietnam y, eventualmente, conquistar y dominar otras naciones libres del SE de Asia». Con un voto favorable arrollador (416-0 y 88-2, en las dos cámaras) se aprobó una resolución que autorizaba al presidente a «tomar todas las medidas necesarias, incluyendo el uso de la fuerza armada», para auxiliar a cualquier estado miembro de la SEATO «que pidiera ayuda para defender su libertad». Era una autorización que, por su misma amplitud y vaguedad, le iba a permitir a Johnson iniciar una política de escalada de la guerra sin necesidad de volver a consultar a las cámaras.

La intervención directa norteamericana comenzó con bombardeos sistemáticos de las instalaciones industriales y de las vías de comunicación del norte, que en marzo de 1965 se transformaron en la llamada operación «Rolling Thunder»: una campaña de bombardeos que se proyectó inicialmente para ocho semanas pero que iba a durar, con algunas pausas, hasta comienzos de noviembre de 1968, con un total de más de 300.000 ataques estadounidenses en que se lanzaron 643.000 toneladas de bombas, pero que no tuvieron el efecto disuasorio que se esperaba; lejos de ello la guerrilla del FLN parecía estar ganando la partida en el sur.

La teoría del secretario de Defensa, Robert McNamara, era que la guerra se ganaría cuando los norteamericanos consiguieran matar más guerrilleros de los que los vietnamitas pudieran reponer. El éxito se medía a través de la cuenta de cadáveres: todo muerto, incluyendo mujeres y niños, contaba como un vietcong. Lo cual iba a llevar a todo tipo de abusos, como el que se produjo el 16 de marzo de 1968, cuando un grupo de soldados norteamericanos, al mando del subteniente Calley, asesinaron en el poblado de Mȳ Lai a centenares de civiles vietnamitas desarmados (entre 347 y 504), incluyendo ancianos, mujeres y niños. Una hazaña largamente superada por la operación Phoenix de la CIA, que de 1967 a 1971 asesinó a millares de campesinos (de veinte mil a setenta mil, según estimaciones) sin pararse demasiado a averiguar si eran o no simpatizantes del «Vietcong».

Los bombardeos no bastaban; se necesitaba también luchar contra la guerrilla sobre el terreno, que era la función que correspondía al ejército survietnamita.

Los primeros contingentes de marines se habían enviado con el argumento de que iban a ocuparse de defender los aeródromos y otras instalaciones norteamericanas; pero el 31 de diciembre de 1965 había ya 184.300 soldados norteamericanos en Vietnam, a los que el fracaso del ejército del sur les obligó a asumir cada vez más un papel protagonista en los combates.

En noviembre de 1967 el general Westmoreland anunciaba que la guerra estaba a punto de acabar porque los enemigos estaban exhaustos y no podían seguir combatiendo; pero el 31 de enero de 1968, durante la fiesta del Tết, el FLN inició una ofensiva global, movilizando ochenta mil hombres, lo cual demostraba que se estaba muy lejos de la victoria.

La oposición a la guerra aumentaba entre tanto en Estados Unidos, en especial a partir del momento en que se estaba enviando a soldados norteamericanos, y sobre todo cuando no bastaron ya los profesionales y fue necesario enviar reclutas, que en un 80 % procedían de familias trabajadoras pobres, y predominantemente negras, como consecuencia de un sistema de reclutamiento socialmente sesgado. Aunque Johnson pretendía realizar la escalada de forma contenida, para no alarmar al país, la realidad fue que las necesidades de la guerra obligaron a enviar cada vez más hombres, atendiendo en lo posible las peticiones de los militares, que sostenían que para ganar la guerra se necesitaban quinientos mil hombres y cinco años. Fue así como la guerra de Vietnam se convirtió en un asunto cada vez más norteamericano (en total sirvieron en Vietnam unos dos millones y medio de soldados estadounidenses).

Se ha dicho que 1968 fue un año desastroso para Estados Unidos en que «casi cada semana traía una nueva e inesperada calamidad». Los problemas comenzaron en enero con la captura del buque de información *Pueblo* por los coreanos del norte[10] y con la ofensiva del Tết, a la que siguieron protestas crecientes contra la guerra en Estados Unidos. En abril se produjo el asesinato de Martin Luther King, que dio pie a una oleada de revueltas raciales y de incendios en todo el país, y en junio, el asesinato de Robert Kennedy. En agosto tuvo lugar la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia, mientras la convención demócrata en Chicago se desarrollaba en un clima de guerra civil.

Uno de los pocos acontecimientos positivos del año fue la conclusión, el 1 de julio de 1968, del tratado de no proliferación nuclear (NPT), que firmaron Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, y al que se adhirieron posteriormente hasta 189 países (sólo India, Pakistán, Israel y Corea del Norte permanecen al margen de él). Pero el tratado no era más que la primera etapa de un proyecto que sólo conocían los más íntimos colaboradores del presidente: Johnson proyectaba hacer un viaje a la Unión Soviética para entrevistarse con Brézhnev y Kosygin, con el objeto de negociar un gran acuerdo de control de armamento que había de convertirse en uno de los actos culminantes de su carrera política; algo que la invasión de Checoslovaquia hizo imposible.

Fueron todos estos acontecimientos, y muy en especial los referidos a Vietnam, los que decidieron a un Johnson exhausto, tanto física como emocionalmente, a manifestar el 31 de marzo que no se presentaría a la reelección, a la vez que anunciaba un alto parcial de los bombardeos en Vietnam, el cese de los refuerzos y su disposición a negociar.

Johnson estaba realizando grandes esfuerzos para que los norvietnamitas aceptasen comenzar unas negociaciones de paz que habían de tener, para que fuesen válidas, cuatro interlocutores: Estados Unidos, el gobierno de Hanói, el FLN y el gobierno de Thieu en Vietnam del Sur. Este intento, aceptado en principio por Vietnam del Norte, fue saboteado por Richard Nixon, que se presentaba a las elecciones presidenciales como candidato por el partido Republicano.

Nixon convenció a Thieu para que no acudiese a las negociaciones de paz, sino que esperase, porque podría negociar en mejores condiciones si él ganaba. De modo que cuando Johnson se dispuso a anunciar el fin de los bombardeos y el inicio de las negociaciones, Thieu rechazó el proyecto. Johnson se enteró de la trama a través de los cables que el embajador vietnamita enviaba a Saigón y de intercepciones telefónicas, y pudo haber arruinado la elección de Nixon de haberlo revelado, pero, siguiendo la opinión de algunos de sus consejeros (como Walt Rostow, Dean Rusk y Clark Clifford) optó por callar para evitar el escándalo y confió posteriormente a Rostow los documentos que demostraban esta traición, estimulada al parecer por miembros de los bancos de Wall Street, que esperaban beneficiarse con el uso de la información privilegiada sobre el fracaso de las negociaciones.

En 1995 McNamara le decía a un periodista: «Lanzamos sobre esa zona minúscula, en un período de cinco años, entre tres y cuatro veces el tonelaje empleado por los aliados en todos los teatros bélicos en la II Guerra Mundial. Fue algo increíble. Matamos ... a 3.200.000 vietnamitas, sin contar los soldados de Vietnam del Sur. ¡Dios mío! La mortandad, el tonelaje, fueron disparatados. El problema es que tratábamos de llevar a cabo algo militarmente imposible; tratábamos de doblegar voluntades. No creo que se pueda quebrantar la voluntad bombardeando hasta bordear el genocidio».

La traición de Nixon trajo como consecuencia que la guerra se prolongase más de cuatro años, a costa de muchos miles de muertos, americanos y vietnamitas, que pudieron evitarse. Johnson, por su parte, vivió sus últimos años «viendo cómo su legado se desmoronaba ante sus ojos».

El fracaso del proyecto social de Jrushchov

Nikita Jrushchov era un político con un proyecto ambicioso, casi utópico, que no siempre se ha acertado a valorar adecuadamente. En el terreno político estaba decidido a profundizar el proceso de desestalinización, lo que se manifestó en un cierto deshielo cultural. No se autorizó en 1957 la publicación de la novela *El doctor Zhivago*, que le valió a Borís Pasternak el Premio Nobel de Literatura de 1958, y que la CIA utilizó como un arma de propaganda antisoviética, pero fue posible en 1962 la edición de un libro como *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Aleksandr Solzhenitsyn, una denuncia del Gulag que significaba un apoyo para la campaña de condena de los crímenes de Stalin. Se reimprimían ahora las novelas de Dostoyevski, que Stalin no permitía publicar, y había esperanzas de que el deshielo pudiese ir más allá.

Pero el rasgo más importante de este proyecto renovador era su vertiente social: su intento de adelantar el establecimiento de una sociedad socialista por medios pacíficos. Para Jrushchov la ruta de la construcción de la sociedad del comunismo debía pasar por tres etapas: la primera consistía en el derrocamiento de los explotadores y el establecimiento de la dictadura del proletariado y la segunda, en la construcción del socialismo. La Unión Soviética había cubierto ya las dos primeras etapas y se enfrentaba ahora al inicio de la tercera: la creación

de la sociedad comunista.

Ésta había de ser una sociedad armónica y estable, cuyos ciudadanos no tendrían estímulo alguno para delinquir. Se basaba en la idea de que nadie era incorregible, ni siquiera los opositores políticos y los criminales. Los únicos enemigos reales eran los capitalistas, movidos ante todo por la codicia; pero éstos habían desaparecido ya de la Rusia socialista. En el interior de la sociedad soviética había que usar la corrección para reemplazar la represión y eliminar el encarcelamiento. En la paz social del comunismo los crímenes serían tan raros que quienes los cometiesen serían considerados como enfermos mentales. No sólo pensaba que era posible un futuro sin cárceles, sino que creía que se estaba en condiciones de alcanzarlo.

Para facilitar la reeducación que había de ir reemplazando a la cárcel, un decreto de 2 de marzo de 1959 creaba brigadas voluntarias en cada fábrica y en cada explotación agraria del país para que se encargasen de patrullar las calles, identificar a los perturbadores del orden e informar de su conducta a su lugar de trabajo, y eventualmente a la policía. Se reformaban a la vez los «tribunales de camaradas», como elementos de una opción que lo que pretendía no era detener o encarcelar, sino reeducar a través de la reprobación pública.

Pero en 1960 habían aumentado los delitos, en especial en la ciudad de Moscú, lo cual se atribuyó a las excarcelaciones y al nuevo sistema que ponía a los ofensores bajo la tutela de organizaciones sociales, en lugar de someterlos a los habituales mecanismos represivos.

Fue por ello por lo que en el vigesimosegundo congreso del partido, en 1961, se organizó la batalla contra los vagos, parásitos, alborotadores y borrachos, que pensaban que en el comunismo no había que trabajar, sino que bastaba tan sólo con consumir y disfrutar. Había que echar a estos elementos antisociales para que no impidiesen el avance hacia el comunismo. Pese a todos los inconvenientes, Jrushchov no había renunciado aún a su utopía social. Fue, dirá Miriam Dobson, el «último aliento de la revolución, el último intento de construir un mundo perfecto, esta vez sin necesidad de un uso excesivo de la violencia».

La sociedad soviética no estaba preparada para enfrentarse a un cambio semejante, por lo menos a corto plazo. En junio de 1962 los trabajadores de Novocherkask, que se manifestaban pacíficamente contra la subida del precio de

los alimentos, fueron reprimidos a tiros y castigados con penas muy severas. Poco a poco crecieron de nuevo las cifras de los presos del Gulag y, tras la caída de Jrushchov, sus sucesores abandonaron su utopía social en favor de métodos represivos que asegurasen el orden interno.

La coincidencia en el tiempo de los fracasos del proyecto social de Jrushchov y del de Johnson merecen sin duda una consideración más a fondo acerca de las dificultades de una transformación social profunda.

En el terreno de las relaciones internacionales Jrushchov siguió una política de distensión, favorecida por el entendimiento que había alcanzado con Kennedy después de la crisis de los misiles cubanos. Fue precisamente el asesinato del presidente norteamericano el que frustró las perspectivas de esta política, que no entusiasmaba a muchos dirigentes soviéticos, que opinaban que había recogido hasta entonces muy pocos resultados positivos a cambio de hacer muchas concesiones.

Pero los motivos que condujeron a su caída personal procedían sobre todo de problemas internos. Hacia 1964 su plan de siete años, iniciado en 1959, parecía entrar en crisis. Las tierras vírgenes, explotadas demasiado aprisa, empezaron a dar rendimientos decrecientes y las cosechas volvieron a caer, hasta el punto de que en 1963, como consecuencia de una sequía extrema, fue necesario importar grandes cantidades de cereales de Estados Unidos.

Los dirigentes del partido comenzaban además a cansarse de su forma personal de gobernar. Había actuado siempre por su cuenta, sin consultar a nadie, y había realizado muchos cambios en la estructura del partido, lo que implicó que se crease muchos enemigos. Algunas de sus propuestas, como la de introducir la rotación obligatoria de los funcionarios en los cargos, amenazaban a los hombres del aparato. Cuando pareció evidente su fracaso político, fueron los mismos a los que había colocado en el Presidium los que se dispusieron a deshacerse de él.

A fines de septiembre de 1964 decidió ir a pasar unos días de descanso en las playas del mar Negro, desde donde habló telefónicamente con los cosmonautas del primer vehículo espacial para más de un tripulante, lanzado el 12 de octubre. Aquel mismo día le convocaron a una reunión del Presidium en Moscú, donde se

iba a discutir la situación de la agricultura. Había recibido diversos avisos, entre otros el de su hijo Serguéi, de que se estaba preparando una conjura en contra suya, pero no les prestó atención.

En la discusión Brézhnev le echó en cara que no había respetado las reglas leninistas de la dirección colectiva, algo en que estuvieron de acuerdo la mayoría de los presentes, y Shelepin le atacó por sus fracasos en el terreno económico y en el de las relaciones internacionales. Jrushchov afrontó los ataques con serenidad, reprochando a los que ahora le atacaban que no le hubiesen planteado estas críticas en su debido momento, pero reconoció que el partido tenía derecho a destituirle y que él lo aceptaba, sin pedir clemencia ni renegar de lo que había hecho.

Se publicó que el cambio, que daba el cargo de primer secretario del partido a Leonid Brézhnev y la jefatura del gobierno a Kosygin, era consecuencia de la edad y la mala salud de Jrushchov, pero nadie lo creyó. Se le dejó conservar su casa de Moscú, una dacha, un automóvil y la pensión de jubilado.

África: el difícil acceso a la libertad

El 3 de febrero de 1960 el primer ministro británico, Harold Macmillan, hizo en Ciudad del Cabo un discurso en que dijo: «Hemos visto el despertar de la conciencia nacional en pueblos que durante siglos habían vivido en dependencia de otros poderes. Quince años atrás este movimiento se extendió por Asia ... Hoy está pasando lo mismo en África ... El viento del cambio está soplando en todo el continente».

La lucha por la emancipación había comenzado mucho antes, frenada por la resistencia de las potencias colonialistas a ceder sus poderes, y por la desconfianza de Estados Unidos, a cuyos dirigentes les preocupaba la imprevisible evolución de «la gran masa de la humanidad que no es blanca ni europea», y opinaban, por otra parte, que los africanos eran políticamente inmaduros e incapaces de gobernarse.

Pero las presiones de los pueblos nuevamente independizados, veintinueve de los cuales se habían reunido en 1955 en la conferencia de Bandung, obligaban a tomar en serio el problema. Fue Jrushchov quien, en septiembre de 1960,

propuso presentar una petición sobre la independencia de las colonias a la Asamblea general de las Naciones Unidas, si bien cedió la iniciativa a un grupo de países asiáticos y africanos, quienes plantearon lo que se iba a convertir en la resolución 1514 de las Naciones Unidas, aprobada el 14 de diciembre de 1960 por 89 votos a favor, ninguno en contra y nueve abstenciones. La resolución proclamaba que «la sujeción de pueblos a una subyugación, dominio y explotación extranjeros constituye una negación de los derechos humanos fundamentales de la carta de las Naciones Unidas», reconocía el derecho a la autodeterminación e instaba a los poderes imperiales a «transferir todos los poderes» a los pueblos que estaban bajo su dominio. Completar este camino resultó, sin embargo, mucho más difícil de lo que parecía inicialmente.

Las primeras independencias se habían conseguido en el norte islámico. En Argelia la guerra, iniciada en el verano de 1955, se había desarrollado con una extraordinaria brutalidad, enfrentando a las guerrillas del FLN contra cuatrocientos mil soldados franceses. Como explicó el general Aussaresses, la responsabilidad por las brutalidades practicadas por los franceses era colectiva: «Al pedir a los militares que restableciesen el orden en Argel, las autoridades civiles habían admitido implícitamente el principio de las ejecuciones sumarias. Cuando creímos útil obtener instrucciones más explícitas, este principio se nos reafirmó claramente ... En cuanto a la tortura, estaba tolerada, si no recomendada».

En el terreno militar los métodos del general Salan, que tenía la experiencia de la lucha contra la insurgencia en Indochina, estaban funcionando y la guerra comenzaba a ganarse, ya que las fuerzas del FLN se veían obligadas a refugiarse en las montañas. Pero fue en la metrópoli donde se produjeron cambios decisivos. De Gaulle, que fue llamado a asumir el poder en junio de 1958, consiguió que se aprobase en referéndum la nueva constitución que iniciaba la Quinta república, y en diciembre se convirtió en su primer presidente.

Respecto de Argelia, estaba convencido de que era imposible conservarla, si no era a costa de una guerra interminable, como lo mostraba la lección de Indochina. Lo que De Gaulle pretendía en este caso era salir con dignidad: «El tiempo trabaja contra nosotros. Argelia nos gangrena. Gangrena a nuestra

juventud. Más vale marchar con la cabeza bien alta que permanecer al precio de más sangre».

El 8 de enero de 1961 un referéndum sobre la política argelina gaullista obtuvo el triunfo del sí, y el 11 de abril de 1961 el presidente manifestó: «La descolonización es en nuestro interés y debe ser, por tanto, nuestra política». Hubo que resistir la violencia de los militares y las campañas terroristas de la OAS, la organización secreta creada por militares y colonos, pero las negociaciones llegaron a su fin el 18 de marzo de 1962 con los acuerdos de Evian. Argelia se convirtió en estado independiente el 3 de julio de 1962, tras una guerra que había causado alrededor de trescientos mil muertos (los argelinos hablan de un millón y medio) al tiempo que comenzaba el exilio de los colonos europeos: de un millón que había a fines de 1962, no quedaron más que ciento veinticuatro mil.

El nuevo régimen argelino, dominado por los militares, se presentaba como progresista, propugnaba el arabismo, el neutralismo y los sistemas de autogestión, con una política que en la carta de Argel de 1964 pretendía efectuar una síntesis entre marxismo e islam, pero en la práctica gobernaba con una constitución que se mantenía suspendida y con el apoyo de una policía política, las «brigadas especiales». Pese a su proyección exterior, en un tiempo en que Argelia era la cabeza indiscutible del movimiento de los estados no alineados, el país vivía en medio del desorden social y de la miseria, mientras sus dirigentes percibían la mitad de los *royalties* del petróleo. Como diría Mohamed Harbi, la independencia había sido un espejismo: los argelinos se habían librado de los franceses para caer en poder del ejército.

Al sur del desierto del Sahara, en cambio, el proceso emancipador apenas había comenzado antes de 1960. Las independencias no se alcanzaron aquí como fruto de la revuelta de los campesinos y de los desposeídos contra la violencia del colonialismo, como Frantz Fanon había previsto en *Los condenados de la tierra*, sino como resultado de negociaciones de los dirigentes de los partidos nacionalistas con los gobiernos de las metrópolis.

El cambio vino propiciado por el desengaño de las potencias imperiales, que habían mantenido durante los años de posguerra esperanzas de que un refuerzo

de las economías africanas podía servir para revitalizar las de las metrópolis. Tras el fracaso de este intento, se optó por conceder la independencia a las colonias, en un proceso que se precipitó a partir de 1960, el año en que accedieron a ella Camerún, Togo, la Federación de Malí, Madagascar, el Congo belga, Somalia, Dahomey, Níger, Alto Volta, Costa de Marfil, Chad, República Centroafricana, Congo-Brazzaville, Gabón, Senegal y Nigeria, al propio tiempo que Ghana se convertía en república.

No fue un proceso fácil. En los primeros años de la independencia hubo buen número de golpes militares y guerras civiles, que se debieron en parte a la dificultad de ensamblar en un proceso nacional los poderes tribales; pero también a las interferencias de las viejas metrópolis, dispuestas a instalar y mantener en el poder a gobernantes favorables a sus intereses.

Poco después de las celebraciones de la independencia una serie de crímenes vinieron a demostrar que las metrópolis habían puesto límites muy estrechos a sus concesiones. Mientras los británicos proseguían en Kenia una brutal campaña contra los kikuyu, se producía en octubre de 1960 el asesinato en Ginebra del camerunés Félix Moumié, envenenado por un agente del gobierno francés que se presentó como un periodista. A lo que siguió, en enero de 1961, el asesinato en el Congo de Patrice Lumumba, decretado por Eisenhower, y en 1963 el de Sylvanus Olympio, presidente de Togo. Si recordamos además que 1960 fue el año de la matanza de Sharperville en África del Sur, donde la policía disparó contra una multitud que protestaba por las limitaciones a la libre circulación que imponían las *pass laws*, con el resultado de 69 africanos muertos (según las cifras oficiales; las reales pueden haber sido mayores), que en 1962 Nelson Mandela, denunciado a la policía sudafricana por un agente de la CIA, fue condenado a cadena perpetua, o que el 24 de febrero de 1966 Kwame Nkrumah fue derrocado del gobierno de Ghana por un golpe organizado por la CIA, estaba claro que los vientos de la libertad eran todavía muy débiles.

Una de las crisis más graves se produjo en Nigeria, el país más poblado de África, y en potencia uno de los más ricos, que abarcaba cuatro grupos étnicos principales: los hausa-fulani y los kanuri en el norte, los yoruba en la costa y los igbo en el sur. Con la complicación de que el norte era predominantemente musulmán y pobre, y que el sur, más rico y donde se encuentran los yacimientos de petróleo, era cristiano. Tras una etapa en que los igbo fueron perseguidos y

masacrados por militares del norte, se proclamó en 1967 un estado independiente igbo en el sur, la República de Biafra, que fue brutalmente aplastada y concluyó en enero de 1970, dejando tras de sí tres millones de muertos, la cuarta parte de la población igbo, como culminación de un genocidio que se realizó con la colaboración explícita de Gran Bretaña y la aprobación de Estados Unidos.

En aquellas de sus colonias en que había una proporción importante de propietarios blancos, Gran Bretaña se preocupó sobre todo de que el acceso a la independencia se produjese en condiciones que permitiesen a los colonos europeos conservar sus extensas propiedades agrícolas. Éste era el caso de Kenia, con una población de unos cinco millones de nativos y unos treinta mil colonos británicos, dueños de las mejores tierras. Los kikuyu, juramentados en las bandas del Mau mau, combatieron en las selvas del monte Kenia con un ejército de cuatro mil hombres hasta 1956. A las veintidós mil bajas que tuvieron en combate hubo que añadir las numerosas y no contadas muertes por enfermedad y hambre en los campos de prisioneros, y las víctimas de fusilamientos incontrolados, fruto de una represión brutal.

El gobierno británico resolvió finalmente el problema concediendo la independencia a Kenia en 1963, en condiciones que permitían mantener la estabilidad del dominio de los plantadores blancos: no hubo ni reparto de la tierra a los indígenas, ni demanda de responsabilidades por los crímenes de los años de emergencia.

La situación de Rodesia del Sur, la actual Zimbabue, se asemejaba a la de Kenia. Los europeos representaban menos del 5 % de la población pero poseían el 70 % de la tierra cultivable, mientras que cuatro millones y medio de campesinos negros debían conformarse con las llamadas «tierras tribales», marginales y pobres. Sintiéndose amenazados por los procesos de independencia que se estaban produciendo en el resto del continente, los blancos de Rodesia decidieron emanciparse por su cuenta y proclamaron su independencia en noviembre de 1965, lo cual podía causar graves problemas a los intereses económicos de los colonos en los países en que se había llegado a acuerdos para respetar sus propiedades. No fue hasta 1980 cuando sus pobladores negros consiguieron la independencia con el nombre de Zimbabue.[11]

Las colonias francesas del África negra se mantuvieron por un tiempo asociadas a Francia, hasta que comenzaron a independizarse a partir de 1960, empujadas a ello por la propia metrópoli. Lo que no significaba que Francia hubiese renunciado a su tutela, sino que cambiaba la forma de ejercerla: concedía la independencia a los jefes que le convenía, y seguía conservando una presencia militar en aquellos países, con el fin de mantener en el poder a sus títeres y preservar una hegemonía informal que aprovechaban las empresas francesas. La descolonización, había dicho Robert Delavignette, «implica a la vez hacer un buen negocio y tener buena conciencia». Ésta era, además, una independencia que se producía dentro de una red de intereses que tenía como base el mantenimiento de la moneda común, el franco colonial o CFA, y la creación de un protectorado en la sombra. La metrópoli mantuvo así en el poder durante largos años a los títeres favorables a sus intereses económicos, y derribó por la fuerza, o por el asesinato, a los que no se amoldaban, lo cual la obligó a mantener en el continente más bases que cualquier otra potencia y a convertirse durante muchos años en el gendarme del África negra.

La descolonización del África belga fue tardía, precipitada y desastrosa, y las consecuencias de ello han sido décadas de guerras en el Congo, Ruanda y Burundi. En la mayor y más importante de estas colonias, el Congo, la metrópoli fracasó en su intento de seguir manteniendo después de la independencia el control de la economía, contando con el ejército (mandado por oficiales belgas), los funcionarios y el clero. Tras los viejos colonizadores estaba, además, el secreto interés de Estados Unidos por no perder el control de las minas de uranio de Katanga, de donde había salido el mineral que permitió construir la bomba de Hiroshima. El jefe del gobierno congolés, Patrice Lumumba, cometió la ingenuidad de pedir auxilio a los norteamericanos para hacer frente a la secesión de Katanga y, al no recibir ayuda, trató de intervenir con tropas de Ghana transportadas en aviones cedidos por la Unión Soviética, lo que llevó a Washington a decidir que era necesario impedir que Lumumba siguiese gobernando.

En los momentos de turbulencia que se produjeron en la antigua colonia a iniciativa de los representantes de los intereses mineros, el presidente Eisenhower aprobó su ejecución, como ya se ha dicho, en una reunión del Consejo nacional de seguridad de agosto de 1960, lo que puso en marcha el proceso que llevó al asesinato de Lumumba en enero de 1961.[12]

Cuatro años más tarde, Joseph Desiré Mobutu, un sargento al que Lumumba había confiado el mando del ejército, dio un golpe incruento e inició treinta y dos años de gobierno con un régimen cleptocrático protegido por Estados Unidos y por Francia, que llevó la corrupción a extremos hasta entonces desconocidos.

Quien más se resistió a conceder la independencia a sus colonias fue Portugal, que luchó por conservarlas, con el apoyo de África del Sur, hasta que la revolución «de los claveles», que acabó con la dictadura portuguesa en 1974, precipitó el fin de su imperio africano.

Un caso muy distinto fue el de la Unión de África del Sur, que se convirtió en República de Sudáfrica en 1961, cuando abandonó la Commonwealth. La *Native's Land Act* de 1913 había reservado para los «nativos» un 7 % de las tierras, una proporción que se elevó más tarde al 13 %, mientras que el resto se concedía a los cultivadores «blancos». Ante la amenaza que representaba para su supremacía el avance irresistible de la descolonización, la República de Sudáfrica, bajo la dirección de su primer jefe de gobierno, Hendrik Verwoerd (1958-1966), organizó un régimen explícitamente racista que reducía a la población negra a una condición subordinada, mediante expedientes tales como la continuidad de un sistema de separación (*apartheid*), el uso de un rigor policíaco brutal para eliminar a los dirigentes negros (con el encarcelamiento a perpetuidad de Mandela o la salvaje tortura y asesinato de Steve Biko) o el alejamiento de la población negra del contacto con los blancos, segregándola en poblados en que se amontonaban en terribles condiciones de vida, como Soweto, o creando «bantustanes», falsas «naciones negras» establecidas en tierras de las reservas para los nativos: enclaves destinados a acantonar en ellos a millones de pobladores negros.

La guerra fría en Asia y en el Oriente próximo

Ni Kennedy ni Johnson consiguieron emanciparse de los errores de Eisenhower en relación con los movimientos nacionalistas del tercer mundo. Lo que en Vietnam culminó en una larga guerra, se convirtió en el caso de Indonesia en una intervención no menos sangrienta.

Se corrigió el error que había cometido Eisenhower al dar apoyo a grupos separatistas y se optó por una alianza con los sectores más reaccionarios del ejército contra un Sukarno que se mostraba demasiado independiente y que, tras haber ocupado Nueva Guinea Occidental (Irian Jaya) en 1962, reivindicaba los territorios británicos de Borneo (Kalimantan), una isla en que predominaban los pobladores de etnia indonesia, con la idea de reconstruir los lazos que el colonialismo había roto en el siglo XIX. Quienes no estaban de acuerdo en seguir esta escalada eran los jefes del ejército indonesio que, convertidos en su mayoría en dirigentes de las compañías incautadas a los holandeses, no querían más aventuras militares.

El general Suharto, el hombre que había dirigido la ocupación de Irian Jaya, estableció contactos secretos con ingleses y norteamericanos para garantizarles que no habría más programas de conquista, y para negociar el fin de la política de confrontación con Occidente. Para atajar la deriva neutralista que estaba adoptando Sukarno en colaboración con el movimiento de los países no alineados, y prevenir el riesgo de que quisiera nacionalizar también las petroleras de propiedad norteamericana, los estadounidenses azuzaron al ejército contra Sukarno y, sobre todo, contra el Partido comunista indonesio, que tenía unos tres millones de afiliados y muchos más simpatizantes, por lo que, según advertía un consejero de la CIA en 1963, «Indonesia podía convertirse en el primer país del sureste de Asia en tener un gobierno comunista de base popular y elegido legalmente».

Será difícil averiguar qué sucedió realmente en Indonesia en octubre de 1965, cuando Suharto aprovechó la oportunidad para deshacerse de Sukarno y acusar al Partido comunista de estar detrás de un intento de golpe de estado, lo que le sirvió de justificación para iniciar una terrible masacre, no sólo contra los comunistas, sino contra todos sus posibles simpatizantes, destruyendo sindicatos,

cooperativas y organizaciones juveniles, y matando a sindicalistas, políticos de la oposición, intelectuales, maestros de escuela y a miembros de la etnia china («Maté a todos los chinos que encontré», decía cincuenta años más tarde uno de los participantes).

Unas matanzas que, de acuerdo con el testimonio de la CIA, que las auxilió y orientó, proporcionando incluso listas de las personas que había que matar, figuran entre las peores del siglo XX, con estimaciones que van de medio millón a tres millones de asesinados, además de los cientos de miles de presos políticos que fueron recluidos sin proceso en cárceles y campos de concentración.[13]

Lo que siguió, comenzando por medidas para favorecer a los altos mandos del ejército en sus negocios, y por la publicación de leyes que liberalizaban la economía y estimulaban las inversiones extranjeras, fueron más de treinta años del gobierno corrupto de Suharto y de los militares. Un régimen de «capitalismo gansteril», con un «Nuevo orden» político fundamentado en la suposición de que la democracia occidental no era adecuada para Indonesia, con un crecimiento económico basado en el petróleo, que representaba el 78 % de todas las exportaciones del país, y en la entrega de los abundantes recursos minerales y forestales a las grandes empresas extranjeras (más de la mitad de los bosques del Borneo indonesio fueron destruidos en las décadas siguientes), en medio de una corrupción sin límites.

Mientras la India seguía una trayectoria formalmente democrática bajo la dirección del Partido del Congreso y la presidencia de su primer gobernante, Jawaharlal Nehru (que se mantuvo en el poder de 1947 a 1964, y fue sucedido por su hija Indira Gandhi), Pakistán tuvo una trayectoria mucho más agitada. Un golpe de estado militar dio el poder a Ayub Khan, quien estableció en 1958 una dictadura paternalista y en 1962 promulgó una nueva constitución, tras haberse asegurado los apoyos suficientes para ganar en 1965 la presidencia con una elección amañada. Este mismo año Ayub atacó a la India introduciendo tropas en Kashmir e inició una guerra que acabó sin obtener ganancia alguna. En 1967 surgió un grupo populista dirigido por Zulfikar Ali Bhutto, el Partido Popular de Pakistán, con un programa de «Pan, vestido y vivienda», que canalizó el descontento de la población, manifestado en las revueltas estudiantiles de 1968-

1969, hasta conseguir la dimisión de Ayub en marzo de 1969. La inestabilidad que había caracterizado al Pakistán en sus primeras décadas de existencia iba a mantenerse como un rasgo permanente en el futuro.

Las guerras de Corea y de Vietnam habían aportado un estímulo para el crecimiento, no sólo a Japón, que vivió unas décadas de expansión que lo convirtieron en una de las primeras potencias industriales del mundo, sino también a los llamados «cuatro tigres» —Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur— que entre 1965 y 1996 alcanzaron tasas de crecimiento de más del 6,5 % anual. Este triunfo del capitalismo, que se extendió también, en mayor o menor medida, a Tailandia y Malasia, se produjo contra todas las reglas del liberalismo económico, de forma semejante a como había ocurrido en Japón, con fuerte intervención del estado (lo cual traía aparejadas las consiguientes consecuencias de corrupción), y con gobiernos autoritarios que limitaban las libertades políticas de los ciudadanos.

Una de las razones fundamentales del inicio de este crecimiento fue la intervención económica y militar norteamericana, que se volcó en estos países para evitar que, de acuerdo con la teoría del dominó, cayeran en manos comunistas. Ello explica que la prosperidad económica estuviese asociada aquí a la existencia de gobiernos dictatoriales que garantizaban su anticomunismo.

El ejemplo más claro de este proceso es el de Corea del Sur, donde el general Park Chung-hee instauró en 1961 un régimen dictatorial que colaboró en la guerra de Vietnam, a cambio de que firmas coreanas recibieran considerables beneficios de los contratos militares estadounidenses. Vigilando personalmente cada proyecto y desafiando en ocasiones los consejos del Banco Mundial, que se negaba, por ejemplo, a apoyar la construcción de una gran siderurgia —que, contra sus previsiones, se convirtió en la base de la gran industria coreana del futuro— Park alcanzó un notable éxito en esta tarea, en la que se implicó personalmente, a costa de mantener el orden social con una dura política represiva.

Los cambios más perturbadores fueron, sin embargo, los que tuvieron por

escenario el Oriente próximo con motivo de la «guerra de los seis días». En una situación de tensión entre Israel y Siria, Egipto reaccionó pidiendo a la ONU que retirase el contingente instalado en la península del Sinaí, como un gesto de amenaza hacia los israelíes. Esto ponía en sus manos el estrecho de Tirán, que daba acceso al puerto israelí de Eilat, y dio pie a que cortara la navegación por esta vía, vital para los israelíes, que recibían por ella el petróleo iraní.

Los militares de Israel, que se sabían mucho más fuertes que los egipcios —habían ido recibiendo armamento norteamericano a través de Alemania occidental— forzaron la entrada en la guerra, al tiempo que sus políticos pregonaban que Egipto les amenazaba con un nuevo holocausto. Para ello consultaron previamente a Estados Unidos, y se aseguraron de la aprobación de Johnson, plenamente identificado con los intereses judíos desde hacía muchos años.

El lunes 5 de junio de 1967 Israel atacó sin previo aviso a Egipto y comenzó destruyendo la mayor parte de su aviación de combate en el suelo. Sus tropas invadieron la península del Sinaí en un ataque brutal y bombardearon de paso un buque norteamericano de espionaje y escucha electrónica, el *Liberty*, que se había aproximado inadvertidamente al escenario de la guerra.

Aquel mismo día atacaron también Jordania: destruyeron su fuerza aérea y ocuparon la totalidad de Jerusalén y todo el territorio palestino de la llamada «orilla occidental». El 8 de junio agredieron a los sirios, que se habían mantenido sin participar activamente en el conflicto, y ocuparon los altos del Golán. En seis días habían obtenido una victoria total: las fuerzas israelíes estaban a 50 km de Amman, a 60 de Damasco y a 110 de El Cairo.

Alarmado ante el ataque israelí, que amenazaba a sus aliados sirios, Kosygin se puso en contacto inicialmente con Johnson, y el 10 de junio anunció que, si Israel no cesaba en su agresión contra Siria en las próximas horas, la Unión Soviética se vería obligada a tomar decisiones por su cuenta, «incluyendo las de carácter militar». Ante la gravedad de la amenaza, Johnson advirtió al embajador israelí en Washington que convenía que cesasen las hostilidades por su cuenta; los israelíes le hicieron caso y detuvieron el fuego a tiempo.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó por unanimidad el 22 de noviembre de 1967 la resolución 242 que pedía el establecimiento de una paz duradera en el Oriente próximo, comenzando por el abandono por parte de

Israel de todos los territorios conquistados en esta guerra. Pero los israelíes se negaron a acatarla, y han seguido desde entonces conservando los territorios de la orilla occidental del Jordán y los altos del Golán, lo que ha hecho imposible cualquier acuerdo estable de paz.

Israel no sólo había vencido, sino que sus aliados norteamericanos decidieron armarla para que se convirtiese en la gran potencia militar del Oriente próximo. Por otra parte, el gobierno de Tel Aviv había comenzado sus investigaciones para construir armas nucleares en 1958, con una ayuda inicial de Francia, completada después con la de grupos sionistas norteamericanos, de modo que parece ser que el 29 de mayo de 1967, pocos días antes del ataque a Egipto, ensamblaron sus primeras armas nucleares, que se pensó en utilizar si hubiese sido necesario. La CIA tuvo la certeza de la existencia de estas armas en 1968, pero cuando su director, Richard Helms, se lo comunicó al presidente Johnson, éste, que apoyaba incondicionalmente a Israel, no sólo no tomó medida alguna para investigarlo, sino que indicó a Helms que lo mantuviera en secreto, sin darlo a conocer al secretario de Defensa. En 1969, finalmente, Nixon llegó con Israel a un acuerdo que ha permitido que se mantenga al margen del tratado de no proliferación, como una potencia nuclear secreta.

Las nuevas condiciones creadas por la victoria en la guerra, y en especial el hecho de convertirse en potencia ocupante, contribuyeron a cambiar la sociedad israelí. Si inicialmente Israel cultivó, de cara al exterior, el mito de una especie de utopía social que iba a desarrollarse en los espacios abiertos del Negev, toda esa parafernalia del socialismo israelí de los «kibbutzim» fue abandonada después de la «guerra de los seis días».

Con su decisión de no devolver los territorios conquistados —la península del Sinaí, Cisjordania y los altos del Golán— Israel se convertía en una potencia ocupante que imponía durísimas condiciones de vida a la población palestina sometida, a la que se restringía incluso el acceso al agua potable, y que hubo de ver cómo las colonias israelíes invadían sus tierras y cómo las autoridades israelíes limitaban a los palestinos la circulación por las rutas interiores, convirtiendo la orilla occidental en una gran cárcel.

Lo cual iba a costarle a Israel cincuenta años de guerra interior intermitente: habían elegido vivir con la espada en la mano.

El fin de la utopía maoísta

Para entender el proyecto político de Mao conviene recordar que procedía de un mundo campesino de autosuficiencia, y que el éxito de la guerra de Corea, un triunfo militar contra un enemigo superior, reforzó en él la idea de que todo era posible con esfuerzo y voluntarismo.

Ante la sorpresa general, la colectivización de la tierra, que estaba programada para terminar en 1971, se pudo dar por completada en diciembre de 1956, cuando ya sólo quedaban un 3 % de familias campesinas que cultivaban individualmente. Se habían ganado quince años, en un proceso cuya precipitación tendría graves consecuencias, pero que confirmó la fe de Mao en la importancia de la voluntad.

Aleccionado por el conflicto de Hungría de 1956, Mao inició en 1957 la «campaña de rectificación», destinada a favorecer la expresión de la crítica y a resolver las contradicciones en el seno del pueblo por la discusión y la persuasión: «Dejemos que cien flores florezcan, dejemos que cien escuelas compitan». Los resultados no fueron tan apacibles como esperaba y se saldaron con una «campaña contra la derecha» que llevó a medio millón de intelectuales a reformarse en campos de trabajo o directamente a la cárcel.

Para compensar este fracaso puso en marcha un proyecto de crecimiento acelerado que exigía movilizar todas las energías colectivas. La Asamblea popular lanzó en febrero de 1958 el «Gran salto adelante», y Mao dio la consigna de «atrapar o incluso sobrepasar a Gran Bretaña», con previsiones de crecimientos anuales que eran inviables, confiando en que los mensajes de estímulo bastarían para dirigir los esfuerzos individuales en la dirección deseada.

Para alcanzar estos aumentos de la producción industrial todos debían ponerse a trabajar. En el otoño de 1958 había medio millón de pequeños altos hornos por todo el país, con noventa millones de hombres dedicados a ellos, que consumían incluso sus utensilios domésticos, y hasta sus herramientas, para producir el acero deseado. Al propio tiempo oleadas humanas construían presas y canales, no de acuerdo con un gran plan central parecido al de los soviéticos de los años treinta, que el régimen era incapaz de poner en marcha, sino según las iniciativas autónomas de las comunas. En teoría se trataba de un proceso de

descentralización que pasaba la realización a los cuadros locales, y que estaba ligado a la formación en el campo de grandes comunas populares, creadas a velocidad estalinista, en lo que en realidad era una aceleración forzada de la colectivización. En noviembre de 1958, veintiséis mil comunas agrupaban al 98 % de la población rural y se convertían, hasta su abolición en 1982, en el cuadro administrativo esencial.

El problema de China, pensaba Mao, era que producía poco acero, que era el elemento fundamental de la industrialización. Los objetivos que fijaba para remediarlo eran insensatos: de una producción anual de 5,3 millones de toneladas quería pasar a 12 millones en 1958, y calculaba que en pocos años más se podrían alcanzar los 100 millones de toneladas, superando a la Unión Soviética y hasta a Estados Unidos. Para ello había que crear el clima adecuado para forzar el aumento de la producción, y la guerra fría era buena para esta tarea: «Es mejor que haya tensión en el mundo. La tensión nos conviene. Mantiene unido nuestro país». Una situación internacional tensa «podría movilizar a las gentes más desfavorecidas, junto con las personas de posición media y, por consiguiente, podría promover el Gran salto adelante necesario para la construcción económica».

A ello obedeció en buena medida que Mao buscase reanimar la tensión con un incidente internacional: el 23 de agosto de 1958 los maoístas iniciaron un feroz cañoneo de las islas Quemoy, un archipiélago situado en el estrecho de Taiwán, muy cerca de la costa china, que estaba ocupado por tropas «nacionalistas» de Chiang Kai-shek. A decidir a Mao a dar este paso había contribuido también su primer choque frontal con los soviéticos. Mao reprobaba la «desestalinización», y se sentía amenazado por la influencia entre los suyos de un supuesto «jrushchovismo».

Jrushchov realizó, del 31 de julio al 3 de agosto de 1958, un viaje secreto a Beijing para mejorar las relaciones con China y se encontró con un recibimiento humillante, en lo que no era más que un primer aviso de la ruptura que iba seguir. Mao estaba en aquellos momentos eufórico ante los aumentos previstos de su producción agrícola y se envaneció ante Jrushchov de que China iba a tener tales excedentes de grano que el problema sería decidir qué hacer con ellos, algo que contrastaba con las dificultades que en ocasiones seguían dándose en la Unión Soviética, que importaba grandes cantidades de cereales de China.

La realidad, sin embargo, era que en aquella misma primavera se habían producido ya las primeras situaciones de hambre en muchas zonas en que los campos quedaron abandonados como consecuencia de que los hombres habían sido movilizados para construir canales de riego o altos hornos rurales.

A fines de 1958 el gobierno chino anunciaba que la producción industrial había aumentado en un 65 % respecto de la del año anterior. Pero este aumento era tan ilusorio como el de las cosechas de grano anunciadas pero no recogidas: más de una tercera parte del hierro producido en los altos hornos campestres no era utilizable en la industria. A lo que había que añadir que el simple aumento de la producción de acero no bastaba para llevar a cabo los proyectos industriales; se necesitaba importar máquinas y tecnología, lo que explica que las importaciones de la Unión Soviética y de los «países socialistas» aumentasen considerablemente hasta alcanzar un máximo en 1959-1960, y estas importaciones había que pagarlas fundamentalmente con productos agrícolas, como arroz, soja y otros alimentos, que serían destinados a mejorar los niveles de vida en la Unión Soviética, en Polonia o en la Alemania del este.

Lo cual hubiera sido correcto si la producción agraria china hubiese crecido de acuerdo con unas previsiones que se basaban en las anticipaciones de unos dirigentes provinciales atrapados en el juego de la emulación competitiva por la necesidad de hacer méritos ante la dirección suprema del partido, y condenados por ello a ocultar las malas noticias.

Un cierto grado de sacrificio del consumo interno, que era lo que preveían los dirigentes chinos, hubiese sido aceptable en el corto plazo, mientras se realizaba el sueño de la rápida construcción del comunismo, que había de garantizar la abundancia para todos. Pero lo que se produjo a partir de 1959 fue un desastre total: el sueño milenarista acabó en la gran hambruna de los «tres amargos años» de 1959 a 1962, la mayor y más amplia de la historia de China. Una hambruna que por primera vez se dejó sentir en todos los rincones del país, lo que parecía imposible en un espacio tan amplio y con tan grandes diferencias de ecología y de clima. El agravamiento de la situación partió de la sucesión de dos malas cosechas en 1959 y 1960, que vinieron a producirse en los años en que eran mayores las exportaciones de alimentos a cambio de bienes de equipo.

Las cifras de los muertos por la hambruna son difíciles de precisar. La estimación más ajustada calcula que hubo globalmente 32,5 millones de muertes

prematuras, pero otras las elevan aun más, hasta unos 45 millones. A diferencia de lo que sucede frecuentemente en las hambrunas, las muertes no solían producirse como consecuencia de enfermedades, sino que eran causadas directamente por el hambre. Las principales víctimas fueron posiblemente los niños, abandonados por sus familias, y las mujeres, sometidas a duras exigencias colectivas de trabajo.

La situación condujo a que se produjeran discrepancias en el interior del Partido comunista chino. Mao había renunciado en 1958 a la presidencia de la república, que pasó a Liu Shaoqi, quien se empeñó, para aliviar la desastrosa situación de los campesinos, en practicar una política de liberalización: se les concedió permiso para cultivar pequeñas parcelas privadas, para hacer funcionar talleres artesanos y para vender los productos en los mercados rurales.

Mao estaba en desacuerdo con esta línea política y temía que Liu acabase convirtiéndose en «el Jrushchov chino», pero lo que realmente le enfureció fue recibir las críticas de Peng Dehuai, que culminaron en la conferencia de Lushan, en julio de 1959. El héroe de la guerra de Corea, que era entonces ministro de Defensa, estaba convencido de que convenía oponerse a la política de Mao. Tras haber podido advertir, recorriendo los campos de China, la magnitud del desastre que se había producido, Peng calificó el «Gran salto adelante» de «fanatismo pequeñoburgués».

Mientras seguían llegando noticias de los estragos del hambre, Mao preparaba su respuesta. A comienzos de agosto inició un duro ataque contra quienes se habían mostrado críticos con su política, calificándolos de «demócratas burgueses» que no tenían nada que ver con la revolución proletaria y que, en consecuencia, debían ser despojados de sus cargos. Los dirigentes del partido, que eran tan responsables como Mao del desastre del Gran salto, le dieron todo su apoyo y Peng Dehuai y los demás críticos fueron condenados como culpables de haber conspirado contra el partido, el estado y el pueblo. Lin Biao reemplazó a Peng Dehuai en el ministerio de Defensa y en el control político del ejército, al tiempo que se iniciaba una campaña a escala nacional contra los elementos «derechistas», que anunciaba el clima que iba a conducir a la revolución cultural.

10

TIEMPOS REVUELTOS (1968-1974)

«Estos son tiempos de revolución. En todo el mundo los hombres se sublevan contra los viejos sistemas de explotación y opresión, y de la matriz de un mundo precario nacen nuevos sistemas de justicia e igualdad. Los descalzos y descamisados de la tierra se levantan como nunca antes lo habían hecho.» Estas palabras de Martin Luther King, pronunciadas en la iglesia de Riverside, en Nueva York, el 4 de abril de 1967, expresaban una apreciación, común en su tiempo, de que se estaban generalizando las demandas de cambio social en el mundo entero.

Unas demandas que nacían de una sensación global de frustración, tanto en «Oriente» como en «Occidente». La Segunda guerra mundial se había hecho en nombre de la democracia, la liberación de los pueblos y las mejoras sociales. Pero al cabo de veinte años el panorama distaba de responder a las expectativas de las nuevas generaciones, que veían ante sí toda una serie de motivos de desencanto: la crisis económica de los países subdesarrollados y de los de la Europa del este, la guerra de Vietnam (donde en diciembre de 1968 los combatientes americanos llegaban a la cifra de 536.100), el fracaso de los intentos de transformación social en América Latina y las dificultades de la lucha por la integración racial en Estados Unidos, entre muchos otros.

En Europa occidental se había ido extendiendo la insatisfacción por la escasa entidad de las conquistas sociales alcanzadas, y la evidencia de que el sistema que se había instalado después de la guerra, incluso cuando se presentaba como una socialdemocracia, no estaba hecho para llevar a cabo las viejas promesas de transformación, sino para frenar las acciones que pretendiesen ir más allá de lo que se había decidido conceder inicialmente.

En algunos casos las ilusiones de cambio resultaron rápidamente frustradas,

como en el del supuesto «aggiornamento» de la Iglesia católica, surgido en torno al papa Juan XXIII y al Concilio Vaticano II (1962-1965). Su sucesor, Pablo VI (1963-1978), frenó estas expectativas y Juan Pablo II, el polaco Karol Józef Wojtyła, que gobernó la Iglesia de 1978 a 2005, dio un giro radical a la derecha, persiguió las corrientes de la «teología de la liberación» que se habían implicado en la transformación social de América Latina, y colaboró abiertamente con Estados Unidos en la guerra fría.

De algún modo, la revolución cultural china, cuyo arraigo entre las masas podía entenderse como una respuesta al malestar social causado por la frustración de las promesas de rápido crecimiento del «salto adelante» y por la burocratización de una política que parecía insensible a las necesidades colectivas, podría integrarse en este cuadro de ruptura de los años sesenta, aunque su historia sea más compleja.

La insatisfacción prendió sobre todo en los jóvenes y se manifestó en movimientos de protesta que carecían de proyectos razonables para derribar el orden establecido, como hubiera sido necesario para cambiar las cosas, y que acabaron en la desesperación de la impotencia. Ni en Praga se podía pensar en vencer a los tanques soviéticos con manifestaciones pacíficas, ni en Estados Unidos los universitarios, los *hippies* o el «poder negro» podían amenazar seriamente el sistema, ni en París el entusiasmo milenarista de los estudiantes podía transformar la sociedad. Como tampoco los «guardias rojos» chinos iban a acabar con el viejo mundo del maoísmo para crear otro enteramente nuevo.

No hubo, contra lo que anunciaba Martin Luther King, una auténtica revolución; el mensaje de protesta de los jóvenes no bastó para movilizar al conjunto de la sociedad. Herbert Marcuse teorizó en *El hombre unidimensional* la decadencia del potencial revolucionario en las sociedades capitalistas, donde una organización aparentemente tolerante había creado nuevas formas de control social que conseguían desmovilizar a la clase obrera, estimulando su afán de consumo y facilitando que se integrara plenamente. Las capas medias de la población y los niveles superiores de los trabajadores se adaptaron a un sistema

que les ofrecía la posibilidad de poseer bienes y servicios que antes estaban reservados a los ricos.

Un aspecto importante del nuevo consumismo era que se basaba en el crédito: en la hipoteca para la adquisición de la vivienda y en la tarjeta de crédito —que comenzó con *Diners* en 1949, pero que se extendió sobre todo con American Express y con BankAmericard, que en 1976 cambió el nombre por el de *VISA*— para el consumo ordinario. Y el crédito era un factor que aseguraba la continuidad de la dependencia.

Los años cincuenta habían sido en el «mundo occidental» un tiempo de conformismo social, con una aceptación sin discusión de la autoridad del gobierno, la familia y la religión, una rígida subordinación de las mujeres a los hombres y de los hijos a los padres, un tiempo de racismo y de actitudes reprimidas respecto del sexo. En los sesenta estos valores fueron reemplazados gradualmente por la lucha en favor de los derechos civiles, el feminismo y la liberación sexual, y por el nacimiento de una contracultura. Eran unos movimientos animados por la fe sincera de los jóvenes en la posibilidad de construir un mundo mejor a partir de estos fundamentos.

Fueron sobre todo los estudiantes universitarios quienes comenzaron esta nueva etapa de reivindicaciones. En Estados Unidos protestaban contra la guerra de Vietnam, encuadrados en las organizaciones de la «nueva izquierda», como Students for a Democratic Society, que mezclaban elementos marxistas y libertarios con los de la contracultura. Con ellos nació la canción de protesta de Joan Baez o de Bob Dylan, salidos de la tradición de la música «folk» y con ecos, a través de Pete Seeger, de las viejas canciones de la lucha obrera.

Clara Bingham ha reconstruido la historia del año en que «América perdió su mente y encontró su alma», que fecha entre agosto de 1969, con el festival de Woodstock, y septiembre de 1970, al comienzo del nuevo curso: un año en que «la rebelión de la juventud sacudió al país de forma que tal vez no volveremos a ver». Por entonces dos millones de norteamericanos habían probado el LSD y unos tres millones vivían en comunas, cuatrocientos mil jóvenes habían desertado del ejército y cien mil huyeron al extranjero: «una generación entera parecía estar al margen de la ley».

En Europa los movimientos de los estudiantes comenzaron en Alemania occidental, con Rudi Dutschke como dirigente más destacado, rechazando tanto el régimen comunista del este como el capitalismo occidental con sus residuos de fascismo, y propugnando una tercera vía revolucionaria de emancipación social y nacional. Siguieron en Italia, aunque aquí las protestas contra la guerra de Vietnam se asociaban a otros objetivos más concretos, como el ataque a una enseñanza adocenada y al sistema de exámenes. Y culminaron en Francia en el movimiento de mayo de 1968.

En París el conflicto comenzó el 3 de mayo de 1968 con el enfrentamiento entre los estudiantes y la policía que culminó en «la noche de las barricadas» del 10 al 11 de mayo. El 11 de mayo se sumaron al movimiento los sindicatos, que tenían sus propios motivos de queja, y el 13 se organizó una manifestación a la que asistieron ochocientas mil personas. Las protestas y las huelgas se extendían y las reivindicaciones tomaban un carácter revolucionario. Los estudiantes creían sinceramente estar participando en una revolución social: «La lucha de los estudiantes es parte integrante de la lucha de las masas trabajadoras y explotadas».

En estos momentos, sin embargo, el Partido comunista y su sindicato optaron por la negociación de mejoras salariales con la patronal, abandonando la causa de la revolución, y el general De Gaulle, que contaba con el apoyo del ejército, recuperó fácilmente el control de la situación.

Hubo también movimientos de estudiantes en Polonia, en marzo de 1968, donde se complicaron con las reacciones ante la primavera de Praga, así como en Brasil y en México, donde acabaron en la matanza de Tlatelolco, en la plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México, el 2 de octubre de 1968.

Brézhnev, Praga y el fin del comunismo

Leonid Brézhnev no tenía la talla política ni intelectual de sus predecesores en el poder. Los nuevos dirigentes, a los que se sumaron hombres como Kosygin y Podgorni, querían llegar a acuerdos con Estados Unidos y abandonar las batallas a escala mundial en que se había implicado Jrushchov. Sufrieron con paciencia el desastre que significaba el triunfo de Suharto en Indonesia (donde el golpe

militar de 1965 desembocó en un auténtico genocidio de comunistas y simpatizantes), así como la defección de Sadat, el sucesor de Nasser en Egipto, que rompió con los soviéticos, a los que tanto debía, para establecer relaciones con los norteamericanos (la reacción de Chernyaev, un joven dirigente soviético, fue: «suerte que nos hemos desembarazado del Oriente próximo»).

Como convenía disminuir la ayuda económica que se prestaba a los países del este de Europa, se autorizó a János Kádár para que introdujese reformas en la economía húngara, donde empezaron a admitirse determinadas actividades privadas. Sin embargo los efectos de estas reformas favorecieron desigualmente a los diversos componentes de la sociedad, muy poco a los obreros, y en marzo se podían ver en Hungría manifestaciones de estudiantes «con inscripciones nacionalistas y antisoviéticas».

Los mayores problemas se produjeron, sin embargo, en Checoslovaquia, donde las reformas pretendieron ir más allá de lo estrictamente económico, desarrollando un clima de cambios dentro del sistema, con la aspiración de crear un socialismo en que la propiedad colectiva de los medios de producción (en una economía reformada, con cierta participación de elementos de mercado) fuese compatible con una política mucho más democrática y pluralista.

Al frente de este proceso estaba Alexander Dubček, secretario del Partido comunista eslovaco, un hombre de cuarenta y seis años que había pasado su infancia en la URSS y se había formado en la escuela superior del partido en Moscú. La alarma de los dirigentes soviéticos se acentuó a partir de la progresiva supresión de la censura y de la tolerancia de unas discusiones políticas en que se proponía el restablecimiento de los partidos de antes del golpe de 1948.

El 23 de marzo se celebró en Dresde una reunión de los checos con los dirigentes de cinco partidos comunistas de otros países, en que los ataques a las reformas fueron generales. Dubček se esforzó en tranquilizarles, minimizando el alcance de la situación, pero forzado también por el hecho de que desde Checoslovaquia se le pedía que resistiese a estas presiones. Quería ganar tiempo porque esperaba que cuando el llamado «Plan de acción», el programa de la «ruta checoslovaca al socialismo», saliese adelante, se demostraría que las reformas tenían una amplia aceptación popular y que no amenazaban en absoluto a la comunidad socialista.

Cuando finalmente se aprobó este plan, a comienzos de abril de 1968, con su

contenido de reformas económicas y de promesas de democratización, crecieron a un tiempo el malestar de los soviéticos y de sus satélites, y el entusiasmo de una población checa que pedía todavía más reformas. Se restableció la libertad religiosa y se dio un paso tan importante como el de decidir que el gobierno fuese responsable ante la Asamblea nacional, y no ante el partido. Brézhnev se convenció entonces de que lo que estaba sucediendo «no era ya un asunto interno».

El 15 de julio los dirigentes de los partidos comunistas de Bulgaria, Hungría, la República democrática alemana, Polonia y la URSS enviaron a los checos una «Carta de Varsovia» en que se manifestaban gravemente preocupados por los acontecimientos en su país. Estaban, al propio tiempo, preparando el Plan Danubio para realizar una intervención militar en gran escala. En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968 veinte divisiones de los países del Pacto de Varsovia cruzaron la frontera y aplastaron el movimiento checo sin lucha. Dubček y otros dirigentes fueron arrestados por las tropas invasoras y enviados a la Unión Soviética, donde el 23 de agosto se les obligó a firmar el Protocolo de Moscú, por el que se comprometían a aceptar las exigencias de sus invasores.

Se ponía así en acción la llamada «doctrina Brézhnev» de soberanía limitada, que sostenía que cuando fuerzas hostiles al socialismo amenazasen derribar el régimen de un país socialista y dar marcha atrás hacia el capitalismo, el asunto no debía concernir solamente al país afectado, sino al conjunto de los países del campo del socialismo. Esta advertencia se dirigía también a Occidente, para que entendiese que lo de Checoslovaquia era un asunto interno del campo socialista y no formaba parte de una confrontación entre los dos bandos de la guerra fría. Y, en efecto, estos acontecimientos no impidieron que prosiguiera el proceso de distensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

Lo que se había demostrado era que el sistema del «socialismo realmente existente» era incapaz de aceptar este tipo de reformas democratizadoras, que pretendían recuperar los valores con que se había puesto en marcha el proyecto de las democracias populares al término de la Segunda guerra mundial. Los efectos se dejaron sentir en muchas partes. En Polonia el endurecimiento político de Gomułka vino a combinarse con el malestar producido por el fracaso económico. En diciembre de 1970 el aumento de los precios de los alimentos produjo una serie de choques con los trabajadores de las atarazanas de Gdansk,

que fueron reprimidos a sangre y fuego. Gomułka fue entonces reemplazado por Edward Gierek. En la Europa occidental, las ilusiones acerca de la posibilidad de un socialismo democrático se fueron desvaneciendo a partir de este momento, y ello tuvo graves consecuencias en el seno de los partidos comunistas de estos países.

Los diarios de Anatoly Chernyaev, un documento que nos permite observar desde dentro la decadencia del sistema soviético, nos revelan la realidad de la política de estos años. Los dirigentes de Moscú estaban ante todo preocupados por la distensión, que pensaban que había de conseguirse plenamente con los acuerdos que se negociaban con Nixon, hasta el punto de que Chernyaev llegó a pensar, una vez concluida la visita del presidente norteamericano a Moscú, que la guerra fría había llegado a su fin. «Estas semanas de mayo de 1972 pasarán a la historia como el inicio de una era de convergencia», escribía en su diario. No había entendido cuál era la naturaleza real de la guerra fría.

En el interior de la Unión Soviética las cosas no iban mal. Chernyaev señalaba que había «una actividad económica vigorosa, los estantes de los almacenes están llenos, la prosperidad es evidente y obvia». Aunque debía reconocer que «la clase media y la *intelligentsia* lo aprovechan sobre todo; los trabajadores menos». Pero era una prosperidad que apuntaba al estancamiento.

Los dirigentes aspiraban a poca cosa más que a mantener el orden dentro de un sistema estable que conservaba unos mecanismos represivos que lo aseguraban. Con motivo del desfile del 1 de mayo Chernyaev exclamaba: «¡Dios mío! ¡Cuántos policías tenemos! Y hordas de guardias del pueblo también».

El marxismo no era para ellos más que una liturgia. Cuando Chernyaev releía a Lenin, se veía forzado a reconocer que «los políticos no han leído o estudiado a Lenin desde hace mucho tiempo». Por otra parte Pyotr Demichev, que iba a ocupar el ministerio de Cultura en los años siguientes, sostenía que era peligroso ahondar en Lenin, porque daba demasiadas cosas en que pensar.

Lo que estaba claro era que lo que les importaba más a Brézhnev, Kosygin o Gromyko eran las cuestiones de política internacional, pragmáticamente consideradas. «El Movimiento comunista —dirá Chernyaev— no es ahora más que un añadido ideológico a nuestra política internacional.» La URSS no era ya

una «autoridad ideológica», sino una superpotencia, y el movimiento comunista internacional le resultaba más bien un estorbo.

Los propios partidos comunistas de otros países «estaban desapareciendo como una categoría ideológico-política independiente». El único que conservaba alguna altura intelectual era el italiano, que inquietaba y molestaba a los soviéticos por su distanciamiento de la ortodoxia. «El Movimiento Comunista Internacional —sostenía Chernyaev— está desapareciendo ante nuestros ojos, hasta perder finalmente su potencial político e ideológico.» Por eso se explica que los dirigentes rusos no hicieran caso de las peticiones del dirigente comunista francés Georges Marchais, que pedía que le recibieran, y prefiriesen acoger a Georges Pompidou, quien, al igual que Nixon o Willy Brandt, entendía «que nuestra ideología es sólo para consumo interno». El comunismo —o, más bien, la aspiración a construir el comunismo— había muerto con Jrushchov.

LA «REVOLUCIÓN CULTURAL» CHINA

Todo comenzó con motivo del propósito de Mao Zedong de combatir la reproducción en China de una política de acomodación y apaciguamiento como la que creía que estaba desarrollando entonces la URSS, lo que se unía a su deseo de deshacerse de los que lo habían arrinconado en nombre del combate contra el «culto a la personalidad». Pero que esta confrontación, que comenzó en 1965 en el terreno cultural, bajo la inspiración de un grupo radical que dirigía Jiang Qing, la esposa de Mao, acabase convirtiéndose en un movimiento de masas se debió a la existencia de un gran número de descontentos, víctimas de la desastrosa situación económica en que había quedado el país después del fracaso del «Gran salto adelante», que respondieron fácilmente a los llamamientos para rebelarse.

En julio de 1966 Mao participaba en la travesía a nado del Yangtsé, en una demostración de vigor físico que anunciaba su intención de volver a la acción. Fue también entonces cuando escribió a su esposa que se disponía a crear «un gran desorden bajo el cielo» con el propósito de alcanzar «un gran orden bajo el cielo». En realidad, el desorden inducido desde abajo había comenzado ya meses antes. Los primeros episodios se produjeron en la Universidad de Beijing, donde

el 25 de mayo de 1966 apareció un cartel en que se acusaba al gobierno municipal y al presidente de la universidad de haber suprimido las directivas de Mao sobre la revolución cultural, y se instaba a los estudiantes a sublevarse contra «los revisionistas al modo de Jrushchov».

El comité central del P C chino, que el 16 de mayo había publicado una circular que anunciaba el inicio de la Gran Revolución Cultural Proletaria y animaba a «criticar y repudiar las ideas burguesas reaccionarias», envió, por iniciativa de Liu Shaoqi y de Deng Xiaoping, grupos de trabajo para dirigir la operación en escuelas y universidades. Mao denunció esta actividad como un intento represivo y publicó el 5 de agosto un cartel con el lema «Bombardead el cuartel general», incitando a los estudiantes a actuar por su cuenta, sin dejarse dirigir.

La lucha contra la dirección del partido tenía el apoyo del ejército, que dirigía Lin Biao, quien la presentaba como una «victoria del pensamiento de Mao Zedong», esto es, de la ortodoxia revolucionaria, contra el revisionismo burgués. Su instrumento principal de difusión fue el libro de *Citas del presidente Mao Zedong*, el «libro rojo» del que se publicaron 350 millones de ejemplares y que se convirtió en una especie de breviario del pensamiento ortodoxo.

Convencido de que la Rusia postestalinista marchaba de vuelta hacia el capitalismo, y perdidas las esperanzas en el movimiento comunista mundial, Mao quería mantener viva la revolución luchando contra la degeneración burocrática del socialismo. Recurría, para ello, a los jóvenes con consignas como «Sublevarse está justificado» y «Derribad todo lo viejo», pensando que eran los mejores auxiliares que podía encontrar para enfrentarse al aburguesamiento del partido. Los carteles colgados por todas partes iban a convertirse en uno de los elementos definidores de la espontaneidad del nuevo movimiento.

El 12 de agosto de 1966, en el pleno ampliado del comité central del partido, se votó la nueva composición del politburó, que Mao hizo modificar finalmente para dejarlo a su gusto. La lista estaba encabezada por él mismo, seguido por Lin Biao y Zhou Enlai, con Chen Boda en quinto lugar, Deng Xiaoping en sexto y Liu Shaoqi en octavo. Dos días más tarde Mao, vestido con uniforme militar y con el brazalete de «guardia rojo», se presentaba ante una gran masa de estudiantes en la plaza de Tiananmén, en una operación que repetiría en los meses siguientes, ante un total de doce millones de jóvenes.

Mientras tanto los guardias rojos formaban las guerrillas que iban a conmocionar el país con el propósito de combatir la vieja cultura y las viejas costumbres, esperando con ello mantener una revolución permanente e impedir el «neocapitalismo». Una guerrilla que atacó a intelectuales y profesores, sometiéndolos a humillaciones públicas y a palizas, o asesinándolos, y que dejó tras de sí millares de muertos.

Mao había dicho que la revolución «es un acto de violencia con el que una clase derriba a otra», y Lin Biao les pedía a los jóvenes que combatiesen los cuatro «viejos»: «viejo pensamiento, vieja cultura, viejas costumbres y viejas prácticas». Al propio tiempo el ministro de Seguridad indicaba a la policía que dejase hacer a los guardias rojos y simpatizase con ellos, incluso si llegaban a causar muertes. Los estudiantes destruían todo lo que siempre habían sentido que estaba por encima de ellos, con el fin de construir un mundo nuevo desde sus mismos fundamentos.

Pero no sólo los guardias rojos iban a intervenir, sino que hubo millones de ciudadanos ordinarios que tomaron parte en diversas formas de actuación violenta e incontrolada. En enero de 1967 un millón de trabajadores rebeldes arrebataban el poder al comité municipal del partido en Shanghái, en unos momentos en que Mao incitaba a estos actos y en que se recomendaba al ejército colaborar con las «masas revolucionarias». Pronto, sin embargo, grupos militares que apoyaban a los dirigentes del partido y se oponían a los rebeldes se vieron envueltos por todo el país en situaciones de violencia.

Una de las consecuencias más trascendentales de la lucha contra el viejo orden había sido la creación de comités rebeldes que reemplazaban a los existentes. Algo que podía conducir a una situación incontrolable en que las iniciativas se tomasen a partir de unas directrices fijadas por las masas. Los viejos miembros del partido y los dirigentes del ejército pensaban que se había ido demasiado lejos y que era necesario detenerse, si no querían verse desplazados por nuevos órganos de poder surgidos desde abajo.

Mao no tomó ninguna medida para frenar la radicalización hasta que estuvo convencido de que toda la vieja estructura de los mandos del ejército y del partido había sido desarticulada. La forma de poner fin a la escalada del proceso revolucionario fue, por una parte, acusar a un pequeño grupo de ultraizquierdistas de los abusos cometidos y, por otra, frenar las propuestas de

depuración del ejército. Así comenzó una nueva orgía de detenciones y persecuciones en que ahora les tocaba el turno de víctimas a una parte de los propios revolucionarios.

Lo cual no significa que Mao pensase que la revolución cultural había fracasado. Por el contrario, consideraba que había alcanzado los objetivos que perseguía, y que posiblemente convendría repetirla en otras ocasiones para renovar el impulso revolucionario y evitar la degeneración burguesa; pero pensaba también que en esta ocasión había llegado el momento de hacer una pausa.

Se trataba ahora de formar comités revolucionarios en que conviviesen los representantes del ejército, los cuadros revolucionarios y las masas, lo cual, dado el debilitamiento que habían sufrido los cuadros del partido, iba a dar un papel preponderante a los militares. La nueva consigna era la de acabar las luchas y formar alianzas. En octubre de 1967 se ordenaba que se iniciasen de nuevo las actividades de enseñanza, que habían permanecido suspendidas cerca de año y medio. En diciembre de 1968 se publicó una directiva de Mao que ordenaba que los estudiantes marchasen a reeducarse en el campo, una decisión que iba a afectar, desde este momento hasta 1980, a diecisiete millones de estudiantes, expulsados de las ciudades para proseguir su educación por el trabajo en los campos y en las fábricas.

El 13 de octubre de 1968 se reunió en Beijing lo que quedaba del comité central del Partido comunista. Más de dos tercios de sus miembros anteriores habían sido purgados. Quedaban tan sólo cuarenta y Mao nombró diez más y llenó la reunión con militares y con miembros de los comités revolucionarios, que podían intervenir en las discusiones, pero no tenían derecho a votar.

Liu Shaoqi fue expulsado del partido y murió en la prisión, en unas condiciones infames. Deng Xiaoping, a quien parece ser que Mao reservaba para el futuro, hubo de sufrir todo tipo de humillaciones, antes de ser enviado a hacer «trabajos correctivos» en el interior del país.

En abril de 1969 el noveno congreso del partido, el «congreso de los vencedores», liquidaba a los hombres del octavo congreso y mostraba el extraordinario avance que había hecho el ejército: dos tercios de los delegados llevaban uniforme militar, y eran militares cerca de la mitad de los miembros del nuevo comité central. Lin Biao, que era designado ahora como sucesor de Mao,

controlaba un ejército con cinco millones de hombres armados.

Sin embargo, esta posición privilegiada no iba a durar mucho. En el verano de 1968, en momentos en que la relación con los rusos no podía ser peor, los acontecimientos de Checoslovaquia, en que los soviéticos habían liquidado por la fuerza la «primavera de Praga», le hicieron temer a Mao que los rusos, con quienes había habido una serie de choques armados en la frontera del río Usuri, podían intentar hacer lo mismo en China, con un ataque a sus depósitos atómicos y un golpe de fuerza.

Fue en estas circunstancias cuando el hecho de que Lin Biao comenzase a desarrollar grandes preparativos militares, algo que hacía de acuerdo con las instrucciones de Mao, le hizo temer a éste que su ministro de Defensa estaba acumulando demasiado poder.

No parece que existiese la conspiración que se afirmó que organizaba Lin Liguo, el hijo de Lin Biao. Lo más probable es que fuese Mao quien preparase la trampa en que cayó el ministro de Defensa, cuya falta real pudo ser la de haber mostrado escaso entusiasmo ante las propuestas de acercamiento a Estados Unidos. El 13 de septiembre de 1971, asustado al verse cada vez más acosado, Lin huyó con su esposa y su hijo hacia la Unión Soviética, pero el avión en que viajaban, que había despegado apresuradamente, sin cargar suficiente combustible, se estrelló en Mongolia y todos sus ocupantes fallecieron.

Era la hora de la pacificación y de poner fin a las persecuciones. El «gran desorden bajo el cielo», basado en una movilización de las masas, y en especial de los jóvenes, había creado las condiciones que permitirían construir un nuevo «gran orden bajo el cielo». Fue Zhou Enlai, siguiendo las órdenes de Mao, quien se encargó de iniciar el proceso de pacificación y aprovechó las circunstancias para calmar el clima revolucionario, devolver la libertad a muchos cuadros perseguidos y marginados, y recuperar la normalidad en el terreno de las relaciones internacionales, donde en 1972 se iba a producir el gran viraje de la aproximación a Estados Unidos, con motivo de la visita de Nixon.

Deng Xiaoping regresó a Beijing en 1973. Cuando Mao le preguntó: «¿Dónde has estado durante todos estos años?», Deng contestó: «Esperando». «Bien —replicó Mao—, trabaja duro y mantente sano.» Con el apoyo de Mao, Deng comenzó a reformar la economía, actuando enérgicamente contra los grupos obreros radicales que se oponían a los cambios, y emprendió con la

misma determinación y eficacia la «rectificación» del ejército. Su ascenso en los escalones del poder fue rápido, hasta que en enero de 1976 se produjo la muerte de Zhou, que era todavía jefe del gobierno de China, y Deng, que pronunció el discurso en su funeral en la plaza de Tiananmén, parecía presentarse como su sucesor. Lo cual sirvió para que Jiang Qing y su grupo de radicales denunciasen el acto como una maniobra contrarrevolucionaria y despertaran la desconfianza de Mao, con lo que consiguieron que se destituyese a Deng de todos sus cargos y que se iniciase una feroz campaña de persecución contra él, acusándole de desviacionismo de derecha. Mao nombró entonces a Hua Guofeng como vicepresidente del comité central y primer ministro, lo que significaba que le ungía como su sucesor al frente tanto del partido como del gobierno.

Por entonces «el Gran timonel» había perdido por completo la visión del ojo izquierdo y tenía graves problemas de salud. Durante los tres últimos años de su vida los médicos le mantuvieron vivo a base de inyecciones de drogas que le dejaban la mayor parte del tiempo en estado de coma.

RICHARD M. NIXON

Richard Mulhouse Nixon, que había sido miembro activo de las campañas anticomunistas de la época del macarthismo, fue escogido como vicepresidente por Eisenhower, que nunca le mostró aprecio personal, y fracasó en su intento de disputar la presidencia a Kennedy en 1960 (perdió por escasa diferencia de votos y quedó convencido de que le habían robado la elección con malas artes, lo cual puede que tuviese cierto fundamento).

Su gran oportunidad llegó en 1968, cuando, como candidato por el partido Republicano, acertó a recoger el voto racista del sur, que los demócratas perdieron como consecuencia de las leyes de derechos civiles de Johnson, y supo encarnar a la vez un populismo que se nutría de los miedos de la «mayoría silenciosa» blanca que desconfiaba del rumbo que estaba tomando una sociedad que parecía al borde de la guerra civil, con movimientos de oposición a la guerra[1] y disturbios raciales que causaban cientos de muertos. A lo que había que añadir el malestar que causaba la situación económica, con inflación y paro (lo que se iba a denominar «estanflación»).

Saboteó, por otra parte, el inicio de las negociaciones sobre la paz en Vietnam, que pudieron haberle dado la victoria a su contrincante demócrata, Hubert Humphrey, en lo que fue un acto de traición que Johnson no quiso revelar para no crear una grave crisis política. Consiguió reunir abundantes donaciones para su campaña, algunas inconfesables, como la de la junta militar de Grecia (otras, de donantes personales, las pagaría después repartiendo embajadas).

Todo en Nixon era falso y estaba calculado. Cuando en enero de 1969 tomó posesión de la presidencia habló ante todo en su discurso inaugural de los problemas internos que dividían a la sociedad norteamericana, puesto que los votos que le habían llevado al poder eran los de los ciudadanos inquietos por la agitación social, a los que prometió una política de «ley y orden». Pero una vez en el poder hizo muy poco en este terreno. «El país podría funcionar domésticamente sin un presidente —afirmaba—. Para lo que se necesita un presidente es para la política exterior.»

La transcripción de las cintas que recogieron sus conversaciones en la Casa Blanca le muestran preocupado ante todo por los grandes temas de política internacional en que esperaba cimentar su fama de gran estadista. De los problemas de la sociedad norteamericana le importaban sobre todo, en la medida en que le afectaban personalmente, las protestas contra la guerra de Vietnam y en especial las de los estudiantes,[2] que iniciaron una huelga en que participaron dos millones y medio en un total de setecientos centros, incluyendo Kent State, donde el 4 de mayo de 1970 miembros de la Guardia nacional de Ohio dispararon contra un grupo de estudiantes que se manifestaban, mataron a cuatro e hirieron a otros nueve. Cinco días después, el 9 de mayo, unos setenta y cinco mil manifestantes se reunieron cerca de la Casa Blanca, haciendo sentir a Nixon la gravedad de la protesta.

En junio, el presidente reunió a los directores de las grandes agencias de inteligencia (FBI, CIA, NSA, DIA) para diseñar un plan clandestino de vigilancia y represión contra los grupos subversivos de estudiantes, negros, izquierdistas, *etc.* Se trataba de continuar la lucha secreta que el FBI y la CIA mantenían contra los movimientos de protesta, iniciada en 1956 con la puesta en

marcha del programa Cointelpro, basado en la convicción de que tras estos movimientos había oscuras fuerzas antiamericanas. Una de las organizaciones contra las que el FBI se empeñó con más dureza, incluyendo el asesinato de dos de sus líderes, fue el movimiento de los Panteras Negras (*Black panthers*), fundado en Oakland en 1966 para luchar contra la brutalidad policial.

Esta campaña de represión interior recibió un duro golpe cuando en marzo de 1971 un grupo de ocho activistas contra la guerra, personas comunes que nunca fueron descubiertas, entró en una oficina del FBI en Media (Pensilvania) y robó una serie de documentos secretos que enviaron a periodistas y miembros del Congreso: unos documentos que revelaban hasta qué punto el FBI y la CIA se habían convertido en una policía política secreta, empleada en una lucha entre cuyas víctimas figuraban sobre todo los movimientos de resistencia de los negros.

Uno de los medios empleados para actuar contra la subversión fue la instrumentalización política de la lucha contra la droga, iniciada en 1970 con la *Controlled Substances Act*. Como explicó años más tarde John Erlichman, uno de los colaboradores más próximos de Nixon, los dos enemigos principales del presidente eran «la izquierda contra la guerra y los negros». No se podía declarar ilegales a ninguno de estos dos grupos, pero «consiguiendo que el público asociase a los *hippies* con la marihuana y a los negros con la heroína, y criminalizando duramente las dos, podíamos perturbar estas comunidades. Podíamos arrestar a sus líderes, asaltar sus casas, interrumpir sus reuniones y difamarlos noche tras noche en los noticiarios. ¿Sabíamos que estábamos mintiendo acerca de las drogas? Por supuesto que lo sabíamos».

La represión alcanzó uno de sus momentos culminantes en la masacre con que el gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, que aspiraba a presentarse a las elecciones para la presidencia, y pensaba que le podía favorecer mostrar una imagen de luchador contra el crimen, liquidó la revuelta de la prisión de Attica, el 13 de septiembre de 1971, en un acto que Nixon celebró con un «hay que ser duro en estas cosas».

Recordando lo ocurrido en Attica, como resultado de la revuelta contra un trato inhumano, que reflejaba en la cárcel la desigualdad e injusticia de la sociedad exterior, Heather Ann Thompson sostiene que las protestas no fueron escuchadas, sino que se optó por asesinar a los que protestaban y ocultar el

crimen.

Rockefeller publicó en 1973 unas medidas que condenaban con duras penas de prisión la simple posesión de drogas, iniciando una política que no sirvió para resolver el problema de las drogas, sino para potenciar una represión, aplicada preferentemente a los pobres, y sobre todo a negros y latinos, que acabaría conduciendo al gran proceso de encarcelamiento que ha hecho de Estados Unidos la nación con más cárceles y más presos de la historia.

El pragmatismo de Nixon ante los problemas sociales se explica en parte por el hecho de que había de gobernar con unas cámaras en que dominaban los demócratas, pero también, y sobre todo, por su obsesiva preocupación por obtener una aprobación mayoritaria, lo cual permite entender que este hombre de convicciones racistas —que en privado opinaba que los afroamericanos «acababan de bajar de los árboles»— se mostrase moderado en público en materia de derechos civiles, aunque bajo mano tratase de favorecer a los segregacionistas del sur. O que un conservador como él fuese el creador de una ayuda económica para los pobres y discapacitados, y estableciese una norma a escala nacional para el SNAP (Supplemental Nutrition Assistance Program): los «food stamps» o cupones de comida que han sido vitales para la subsistencia de los norteamericanos pobres en los años de la última gran recesión.

Para realizar sin interferencias su gran proyecto de política internacional, Nixon concentró el poder en el despacho oval de la Casa Blanca, en sus manos y en las de Henry Kissinger, un alemán instalado en Norteamérica desde los quince años de edad para escapar de la persecución de los judíos, que fue primero su Consejero nacional de seguridad y más tarde su secretario de Estado. Contaba además con la colaboración de una troika integrada por H. R. Haldeman, John Ehrlichman y John Mitchell.

Que Kissinger fuese su colaborador más estrecho no significa que el presidente confiara en él, como lo muestra que le mantuviese ignorante de la existencia del sistema de grabación de la Casa Blanca, que le ocultase parte de la información confidencial que recibía y que le pidiese a Haldeman que retirase de

la oficina de Kissinger los originales de todos los memorandos cruzados entre el presidente y su consejero. Nixon no tenía amigo alguno y no confiaba en nadie.

Tampoco parece que Kissinger estimase al presidente con quien colaboró para gobernar el mundo, como lo muestra que le definiera posteriormente como «un bebedor maníaco y tal vez no del todo cuerdo». Lo de bebedor no era una calumnia, porque Nixon cayó frecuentemente en la embriaguez. Pero, por otra parte, la verdad es que ambos, presidente y consejero, podían entenderse sin dificultad porque eran semejantes en el terreno de la bajeza moral, como lo demostró su complicidad en crímenes como la guerra secreta de Camboya o el genocidio de Bangladesh.

La gran aportación de Nixon a la política mundial fue el inicio de la distensión en la guerra fría, que había de servir de base para su «gran proyecto», que incluía llegar a acuerdos con Moscú y con China, y acabar la guerra de Vietnam. No era fácil realizarlo: las negociaciones previas para el acuerdo de desarme con Moscú se fueron arrastrando interminablemente, y las que sostuvo con los vietnamitas del Norte resultaron largas y difíciles.

Con motivo del retorno de los astronautas del Apolo 11 que habían pisado por primera vez la Luna, Nixon hizo en julio de 1969 un viaje al Pacífico para recibirlos y anunció en Guam la doctrina Nixon, que sostenía que Estados Unidos podía proporcionar armas y ayuda a sus aliados asiáticos, pero no fuerzas militares propias: no habría más guerras como las de Corea y de Vietnam. Este intento de retirarse de un escenario de guerras locales era coherente con su concepto de la distensión, basado en la creencia de que la multiplicación del armamento nuclear hacía insensata una guerra general, que habría llevado a una destrucción mutua de los dos contendientes, de modo que lo mejor era negociar acuerdos con las grandes potencias rivales.

Respecto de Vietnam, sin embargo, su política se reducía inicialmente a una combinación de retirada de los soldados norteamericanos y bombardeos brutales para anular la resistencia de los vietnamitas del norte y forzarles a la negociación. A comienzos de 1971 había retirado ya por lo menos la mitad de los quinientos cincuenta mil militares norteamericanos destinados a Vietnam, y en septiembre de 1972 tan sólo quedaban cuarenta mil. De lo que se trataba era

de que los vietnamitas del sur hicieran la guerra por su cuenta, con armas y apoyo norteamericano, y de ayudarles machacando brutalmente, no sólo a Vietnam, sino a Laos y Camboya al propio tiempo.

Pese a los bombardeos, los intentos de negociar con Vietnam del Norte fracasaron. En agosto de 1969, pocos días antes de morir, H� Chí Minh los rechazó tajantemente. Nixon, que en octubre de 1969 llegó al extremo de enviar aviones con bombas atómicas hasta las proximidades de la Unión Soviética, con la esperanza de que los rusos se asustasen y presionasen a Hanói, recurrió entonces a lo que él llamaba la «teoría del loco», que consistía en hacer circular el rumor de que preparaba un ataque brutal contra los vietnamitas, empleando incluso armas nucleares. Empezó realmente a organizar una operación de esta naturaleza, precedida por unas grandes maniobras en que se llegó a entrar en situación DEFCON, como si se fuese a iniciar un ataque atómico; pero se echó atrás cuando se dio cuenta de que no iba a tener el apoyo de la población norteamericana.

Lo que el Congreso y el país ignoraron durante mucho tiempo fue que, simultáneamente, Nixon estaba desarrollando una guerra secreta —«ejecutada con la exclusiva autorización de un hombre, Nixon, por el consejo de otro, Kissinger»— sobre Laos y sobre Camboya. Una guerra no declarada que condujo a que entre marzo de 1969 y agosto de 1973 se lanzaran sobre estos dos países, y en parte sobre Vietnam, 790.000 bombas de racimo, con más de un billón de piezas de metralla —más de las que los aliados habían empleado en toda la Segunda guerra mundial—, a costa de causar tal vez ciento cincuenta mil víctimas.[3]

Las conversaciones que Kissinger mantenía en París con Lê Dú’c Thọ, miembro del politburó del Partido comunista vietnamita, no avanzaban, porque éste exigía la destitución del gobierno survietnamita de Thieu y se negaba a aceptar la retirada de sus tropas del sur. Desde septiembre de 1970 Kissinger comenzó a abandonar la exigencia de la retirada mutua de las tropas del territorio de Vietnam del Sur, confiando en que, con la ayuda de las armas norteamericanas, los survietnamitas podían resistir solos durante «un intervalo decente» de tiempo, lo suficiente como para justificar ante el público norteamericano la pretensión de que se había negociado un acuerdo de paz honorable. Como le dijo Kissinger a Zhou Enlai: «lo que necesitamos es un

período de transición entre la retirada militar y la evolución política».[4] Los votantes de Nixon querían que acabase la guerra, pero sólo si era con una victoria. Nunca le hubieran perdonado una retirada deshonrosa.

Lo malo era que la vietnamización de la guerra no marchaba bien. Los vietnamitas del sur no hacían honor a la confianza depositada en ellos, como lo demostró el fracaso de la llamada «operación Lam Son 719», cuyo objetivo era destruir las bases logísticas de Vietnam del Norte en territorio de Laos, que se inició el 30 de enero de 1971 con 36.000 soldados survietnamitas y el apoyo de la aviación norteamericana.

Pero el aspecto más miserable de la cuestión nos lo ofrece esta conversación de Kissinger con Bob Haldeman, el 15 de diciembre de 1970:

«Kissinger vino y la discusión se extendió a algunas de las ideas generales sobre Vietnam y el gran plan de paz del presidente para el año próximo, del que Kissinger me dijo después que no era partidario. Piensa que una salida el año próximo sería un serio error, porque la reacción contraria a él podría producirse antes de las elecciones del 72. Él prefiere, por su parte, continuar negociando hasta llegar a una salida justo en el otoño del 72, de manera que si resulta alguna mala consecuencia, se produzca demasiado tarde como para afectar la elección». «Parece tener sentido», concluye Haldeman.

Que prolongar la guerra deliberadamente dos años más fuese a causar muchos millares de muertos no era cuestión que le importara a Kissinger.

Mientras tanto había que enfrentarse a un problema interno inaplazable: el de una situación económica que ponía en grave riesgo al dólar. En 1944, cuando se estableció el sistema de Bretton Woods, se decidió mantener el dólar con plena convertibilidad al cambio de 35 dólares la onza de oro. Esta situación se sostuvo sin problemas mientras Estados Unidos tuvo un superávit en su balanza comercial, pero hacia 1970 su comercio exterior comenzaba a ser deficitario, de modo que fueron aumentando las reservas de dólares, en billetes o en títulos de la deuda, que estaban en manos de tenedores extranjeros, hasta que llegó un momento en que el valor del oro guardado en Fort Knox sólo alcanzaba a responder por una tercera parte de los activos en dólares que eran convertibles (había en circulación 40.000 millones de dólares en billetes y títulos de deuda,

por tan sólo de 10.000 millones a 12.000 millones en oro en los depósitos oficiales).

Paul Volcker, subsecretario del Tesoro para asuntos monetarios, escribió un memorándum confidencial avisando de los riesgos que presentaba esta situación, de los que ni Nixon ni Kissinger, que pensaban que éstos eran problemas que debían resolver los técnicos, se habían preocupado. «Sólo más tarde aprendí —dirá Kissinger en sus memorias— que las principales decisiones de política económica no son técnicas, sino políticas.»

Nixon no confiaba en los expertos de la Reserva federal, a los que culpaba de haber actuado a favor de Kennedy en las elecciones de 1960, de modo que discutió la cuestión con sus asesores, John Connally y George Shultz, en una reunión en que se decidió anunciar que, para defender el dólar de los especuladores extranjeros, «se cerraba temporalmente la ventana del oro». A ello se añadirían otras medidas destinadas a contener la inflación, como la congelación por tres meses de precios, salarios y márgenes de beneficio, junto a otras de reducción del gasto y de estímulo de la economía, incluyendo un recargo del 10 % en los derechos sobre las importaciones. Una medida, esta última, destinada a complacer a los sindicatos, pero que se anuló en diciembre, tras haber llegado a un acuerdo internacional por el que una serie de países aceptaron revaluar sus monedas respecto del dólar.

Todo esto se hizo bajo el asesoramiento de Connally y con la intención de favorecer la imagen del presidente, un objetivo que se alcanzó, como lo demuestra el hecho de que tras la presentación que el propio Nixon hizo de estas medidas, el 15 de agosto de 1971, subiesen las cotizaciones en la bolsa. Se había conseguido convencer al público de que no se trataba de un signo de debilidad económica, sino de una acción positiva de lucha contra la especulación internacional.

Con esta política, que desligaba al dólar del oro, se liquidaba el sistema creado en Bretton Woods para mantener el equilibrio monetario internacional y se entraba en una etapa de regulaciones mucho más complejas, en un sistema de tipos de cambio flotantes. Liberados de la obligación de mantener un equilibrio entre los dólares emitidos y sus reservas, los gobernantes norteamericanos entraron por el camino que iba a conducir a un enorme endeudamiento, que contribuiría, a la larga, a la grave crisis de comienzos del siglo XXI.

Nixon y Kissinger dieron apoyo a toda una serie de regímenes despóticos, sin importarles el coste en vidas humanas que ello implicaba. En el caso del genocidio de Bangladesh, en concreto, su actitud implicó la colaboración en el exterminio de un mínimo de trescientos mil civiles.

El conflicto se originó cuando el general Yahya Khan quiso celebrar las primeras elecciones por sufragio universal en Pakistán, con el propósito de convocar una Asamblea que redactase una nueva constitución. Estas elecciones dieron un resultado inesperado, puesto que mientras que en el Pakistán occidental el voto se dispersó entre diversos partidos, con una mayoría de 88 diputados (de un total de 144) para el PPP de Bhutto, en el Pakistán oriental (Bangladesh) la Liga Awami, encabezada por Mujibur Rahman (Mujib), que proponía un programa de autonomía y gobierno civil para los territorios del este, obtuvo 167 diputados (de un total de 169), lo que le daría la mayoría en una futura Asamblea nacional constituyente de poco más de trescientos escaños y, con ella, el derecho a formar gobierno. Esta situación reflejaba el descontento de los bengalíes ante la postergación a que se veían sometidos por el gobierno central, que residía en el territorio occidental y representaba sobre todo los intereses de los terratenientes de aquella parte del país. Un malestar acentuado por la escasa atención que se dio a las graves inundaciones producidas en Bengala por el monzón de 1970, que causó un total de doscientas mil muertes.

Las negociaciones para convocar la Asamblea que había de redactar la nueva constitución resultaron inviables, ya que Mujib no aceptaba formar un gobierno de coalición con el PPP de Bhutto, si no se le concedía al Pakistán oriental una amplia autonomía que sólo dejaría los asuntos de defensa y relaciones exteriores en manos del gobierno central. El ejército pakistaní respondió al clima de protesta que se estaba extendiendo por Bangladesh con una campaña de terror que comenzó en la noche del 25 al 26 de marzo de 1971: un auténtico genocidio con centenares de miles de muertos,[5] que provocó además la huida de ocho millones de fugitivos hacia la India.

El gobierno norteamericano estaba puntualmente informado de estas atrocidades, gracias a las informaciones que enviaba Archer Blood, cónsul general norteamericano en Daca. Pero Nixon tenía un gran aprecio por Yahya

Khan y no estaba dispuesto a oponerse a él. A lo cual se añadía el hecho de que los pakistaníes se habían convertido en el canal de comunicación con China.

A Nixon y a Kissinger no les importaba el genocidio del que Blood les había informado. Lo que les convenía, pensaban, era «mantenerse fríos y no hacer nada». Kissinger no dudó en afirmar cínicamente: «Debemos mantener a Yahya a flote seis meses más ... todo lo que necesitamos son seis meses».[6] El 9 de julio de 1971 Kissinger partió en avión para Delhi, y pasó después a Islamabad, en ruta hacia China, en un viaje ocultado al público con una supuesta enfermedad que le habría retenido en Pakistán.

La revelación, hecha por el *New York Times* en el mes de junio, de que un barco cargado de armas para Pakistán iba a zarpar de Nueva York, desencadenó una serie de protestas en Estados Unidos. Para acabar de complicar la situación internacional, la India firmó el 9 de agosto un tratado de amistad con la Unión Soviética, en un intento de defenderse de la amenaza que implicaba el apoyo público que el gobierno de China había ofrecido a Pakistán.

Indira Gandhi, que en marzo había obtenido una rotunda victoria electoral, fue objeto de una fría recepción en Washington el 4 y 5 de noviembre. Nixon y Kissinger querían convencer a «esa perra» para que no interviniese militarmente en Bengala, pero no podían ofrecerle garantía alguna de que Yahya estuviese dispuesto a negociar en serio con los bengalíes.

Los intercambios de fuego entre los ejércitos de Pakistán y de la India iban aumentando, pero fueron los pakistaníes quienes comenzaron la guerra el 3 de diciembre, atacando a la India desde el oeste y bombardeando sus aeropuertos. Era un acto insensato, dada su evidente inferioridad en hombres y armamento (y al hecho de que sus aliados chinos no hubieran podido enviarles refuerzos en invierno, con los pasos de montaña cerrados por la nieve). Al día siguiente tropas indias atacaron a los pakistaníes en dos frentes.

A las dos semanas de iniciarse la guerra, el 16 de diciembre, las tropas pakistaníes en Bangladesh se rendían y al día siguiente la India proclamaba un alto el fuego, que Yahya Khan no tuvo más remedio que aceptar, si no quería ver cómo las tropas indias se adentraban por el Punyab. La guerra había durado dos semanas.

Sus generales le propusieron a Indira Gandhi que invadiese Pakistán occidental; pero los soviéticos le habían advertido que debía contentarse con su

victoria en Bangladesh e Indira aceptó, sabiendo que un ataque al Pakistán occidental habría podido conducir a la intervención de China. Fue precisamente el temor a un conflicto de esta naturaleza lo que llevó a la India a realizar una «explosión nuclear pacífica» en 1974 y a convertirse en una nueva potencia atómica.

Obligado a abandonar el poder por el descrédito de la derrota, Yahya fue reemplazado por Zulfikar Ali Bhutto, que puso en libertad a Mujib, quien en enero de 1972 se convirtió en el primer jefe de gobierno de Bangladesh (y murió asesinado tres años más tarde, junto con cuarenta miembros de su familia, como consecuencia de un golpe militar del que la embajada norteamericana estaba, al parecer, enterada previamente).

Zulfikar Ali Bhutto, que se mantuvo en el poder como presidente de Pakistán entre 1971 y 1973, y como primer ministro de 1973 a 1977, acabó inquietando tanto a los militares pakistaníes como a sus protectores norteamericanos, de modo que el general Muhammad Zia-ul-Haq, que había sido encumbrado por el propio Bhutto, lo derrocó en 1977 y lo hizo ahorcar en abril de 1979.

El gran proyecto

En enero de 1972 Nixon manifestó su intención de presentarse a la reelección en noviembre de aquel año, lo que le obligaba a acelerar la culminación de las etapas pendientes del gran proyecto: las negociaciones con China y Moscú, y la paz en Vietnam.

La negociación con China, que se mantuvo en secreto hasta que se llegó a un acuerdo para celebrar una reunión en la cumbre, se había puesto en marcha en 1969, con gestiones realizadas personalmente por Nixon en Pakistán y en Rumania. Pero su inicio real arranca de abril de 1971, cuando Zhou Enlai escribió a Nixon proponiéndole una reunión en Beijing. A comienzos de julio del mismo año Kissinger, como hemos explicado, hizo un viaje secreto a China, vía Delhi e Islamabad, que conmocionó al público norteamericano cuando, a su regreso, se dio a conocer que el presidente Nixon proyectaba viajar personalmente a China.

Nixon llegó a Beijing el 21 de febrero de 1972, donde fue recibido

cortésmente, pero sin excesivas muestras públicas de entusiasmo: la consigna era acogerle «con un trato ni demasiado cálido, ni demasiado frío». Mantuvo una única entrevista de algo más de una hora con Mao, en la que éste no quiso hablar de política —«yo discuto las cuestiones filosóficas»— y se limitó a generalidades como «me gustan los políticos de derechas», mientras Nixon y Kissinger se mostraban amables y obsequiosos con «el Gran timonel», quien delegó en Zhou Enlai la discusión de los acuerdos concretos.

Los días siguientes se dedicaron a conversaciones privadas entre Zhou y Nixon, en compañía de Kissinger, mientras se mantenía al margen de los debates al secretario de Estado, William P. Rogers, al que sólo se le dejó negociar por su cuenta cuestiones menores. Hasta el punto de que cuando Rogers y los funcionarios que le acompañaban pudieron ver el texto del «Comunicado de Shanghái» en que se sintetizaba el resultado de las negociaciones, hubieron de señalar los errores en la forma en que se había redactado todo lo que se refería a los compromisos norteamericanos con sus aliados asiáticos. Pero lo que les importaba, tanto a Nixon como a los chinos, no era lo que se decía en el documento, sino lo que se había acordado en las conversaciones que habían mantenido estos días, que el propio Nixon se comprometió a mantener en secreto, incluso para el resto de su gobierno. El comunicado no era más que una formalidad, y su ambigüedad era deliberada. En el último banquete en Shanghái, un Nixon eufórico, y animado por la bebida, dijo en su brindis: «Ésta ha sido la semana que ha cambiado el mundo».

El balance del acuerdo sino-norteamericano lo definía así Kissinger: «Una estrategia paralela con China para prevenir la hegemonía —en otras palabras, para preservar el equilibrio mundial contra la amenaza soviética—, evitar por parte de cada uno de los dos bandos el desafío de intereses vitales del otro y aceptación por Estados Unidos del principio de una sola China».

La noticia de los acuerdos sino-norteamericanos causó conmoción en los aliados asiáticos de Estados Unidos, que se sintieron traicionados por unas negociaciones de las que no se les había informado previamente, pero, en contrapartida, Nixon fue recibido como un héroe en Washington.[7]

Mientras se preparaba la etapa siguiente, el viaje a Moscú, previsto para mayo de 1972, los acontecimientos de Vietnam enturbiaron el escenario. Un documento autógrafo conservado entre los papeles de Alexander Butterfield

revela la insatisfacción de Nixon ante la situación en Vietnam: «K. Hemos tenido diez años de control *total* del aire en Laos y V.Nam. El resultado = Nada de nada. Hay algo que falla en la estrategia de la Air Force. Quiero un estudio serio —no un cuento chino— puesto en mi mesa en dos semanas sobre cuál es la razón del fracaso. De otro modo continuar las operaciones aéreas en Camboya, Laos, etc., no tendrá sentido una vez completemos la retirada».

Era el reconocimiento de la inutilidad de cerca de tres años de bombardeos, lo que quedó confirmado cuando el 30 de marzo de 1972, el domingo de Pascua, las tropas de Hanói cruzaron la zona desmilitarizada entre los dos Vietnam e iniciaron la mayor ofensiva de toda la guerra: una campaña en gran escala, encaminada a ganar territorio y ocupar ciudades, preparando un eventual asalto a Saigón.

Sorprendido mientras preparaba el viaje a Moscú,[8] meses antes de las elecciones, Nixon escribió en su diario: «Ésta ha sido la última oportunidad para Hanói». A lo que añadiría más adelante: «Vamos a bombardear a estos bastardos como nunca se les ha bombardeado antes». El 8 de mayo decidió el minado de la bahía de Haiphong y al día siguiente ordenaba el inicio de Linebaker I, una brutal operación de bombardeo. No era momento de ceder. «Estamos jugando un juego mayor —le dijo a Kissinger—, un juego sobre Rusia, un juego sobre China y un juego sobre las elecciones, y no vamos a permitir que el ejército de la República de Vietnam [del Sur] se hunda.»

Aunque era consciente de la inutilidad de los bombardeos, necesitaba replicar de algún modo a la actividad de Vietnam del Norte, y le constaba además, por los estudios de opinión realizados, que ésta era la respuesta que preferían los ciudadanos estadounidenses, de modo que bombardear podía no ser suficiente para culminar las negociaciones, pero era lo que le convenía de cara a la reelección.

Contra lo que habían temido, los soviéticos no reaccionaron tampoco ante esta brutal escalada de los ataques a Vietnam y mantuvieron el encuentro. El 22 de mayo de 1972 Nixon llegaba a Moscú para iniciar unas negociaciones que durarían hasta el 29 del mismo mes, fecha en que se firmó el tratado de limitación de armas SALT I, que se refería a las instalaciones antimisiles (ABM) y a los misiles disparados desde submarinos. Era el primer acuerdo de la guerra fría que ponía un freno real a la carrera de armamentos. Al propio tiempo

firmaban un texto sobre los «Principios básicos de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS», cuyo primer punto señalaba que «las diferencias en la ideología y en los sistemas sociales de Estados Unidos y de la URSS» no eran obstáculo para que se respetasen mutuamente los principios de soberanía, igualdad y no interferencia en los asuntos internos.

En cuanto a los acuerdos económicos, y en especial los de intercambio comercial, que eran vitales para los soviéticos, no se hizo gran cosa. Lo más destacado fue una gigantesca operación de compra de cereales por parte de los soviéticos en unos momentos, el verano de 1972, en que el fracaso de las cosechas en la mayor parte del mundo convirtió el trato en un negocio ruinoso para Estados Unidos, que vieron cómo en los meses siguientes el precio del grano aumentaba muy por encima del acordado para esta venta (aunque ni Nixon ni Kissinger llegaron a entender el lío que habían armado).

A comienzos de octubre Kissinger y Haig regresaban de París con la propuesta de los acuerdos para la paz de Vietnam y el 30 de noviembre, una vez Nixon había obtenido una victoria aplastante en las elecciones para una segunda presidencia, se presentó el proyecto de acuerdo al Joint Chiefs of Staff. Se determinaba en él que el ejército norteamericano marcharía del país en sesenta días, mientras el del norte quedaría en las zonas del sur que ya ocupaba, lo que haría prácticamente imposible evitar los choques entre las tropas de los dos Vietnam una vez establecido el alto el fuego. El único compromiso que aceptaban los norvietnamitas, aparte del de la inmediata liberación de los 591 prisioneros de guerra norteamericanos, era el de no introducir nuevos refuerzos desde el norte.

Faltaban tan sólo los detalles finales para llevar el acuerdo a la firma, pero los negociadores de Hanói se resistieron a algunas modificaciones que Kissinger pretendía introducir, ante lo cual Nixon ordenó que se iniciara Linebaker II: una nueva serie de «bombardeos de Navidad» que tenían la doble finalidad de intimidar a los norvietnamitas y de tranquilizar a Thieu, haciéndole creer que se le dejaba un enemigo muy debilitado, al que podría vencer. Finalmente, el 23 de enero de 1973 Nixon anunciaba que Estados Unidos, la República Democrática de Vietnam (del Norte), la República de Vietnam (del Sur) y el Gobierno Revolucionario Provisional (representante de las guerrillas del sur) firmarían en París la paz que ponía término a la guerra, que entraría en vigor el día 27. La

presentó a los norteamericanos como «un acuerdo para acabar la guerra y traer una paz con honor a Vietnam y al sureste de Asia», cuando en realidad dejaba muchos elementos de incertidumbre para el futuro. En opinión del coronel Himma, uno de los últimos oficiales que se retiraron de Saigón: «Estallará una guerra en toda regla en cuanto marchemos».[9]

Cuando se concedió el Premio Nobel de la Paz a los dos negociadores, Kissinger y Lê Dú'c Tho, el vietnamita tuvo la dignidad de renunciar, pero Kissinger, responsable conjunto de un crimen tan injustificado como el lanzamiento de más de cien mil toneladas de bombas sobre Laos y Camboya, lo aceptó complacido. De hecho, esta otra guerra secreta prosiguió y los bombardeos se reanudaron entre febrero y agosto de 1973.

En julio de 1973 el nuevo secretario de Defensa, James R. Schlesinger, admitió que Estados Unidos había realizado en 1969 y 1970 3.600 vuelos de bombardeo sobre un país neutral como era Camboya, y que se habían falseado los informes para ocultarlo al público. Fue ésta una de las causas de la «revuelta del Congreso», que no sólo acabó el 15 de agosto con las operaciones militares en el sudeste asiático, sino que consiguió recortar los poderes presidenciales con la *War Powers Act*, que el 7 de noviembre de 1973 votaron conjuntamente la cámara de representantes y el senado, con el propósito de limitar los poderes del presidente para utilizar tropas de Estados Unidos sin la previa aprobación de las cámaras. Era el fin, por lo menos para los próximos treinta años, de la «presidencia imperial».

WATERGATE

Nixon iniciaba su segundo mandato en enero de 1973 como un triunfador, dispuesto a comenzar una *Nueva revolución americana*, con hombres nuevos y una reducción del gasto público. Kissinger fue elevado a secretario de Estado en septiembre de 1973, en pago a que, como dijo el propio Nixon, había sido hasta entonces «*de facto* secretario de Estado y secretario de Defensa». Pero los días felices del presidente iban a durar poco.

Mantenía un gobierno personal, al margen no sólo de las cámaras sino de su propio equipo ministerial, y había muchos interesados en pedirle cuentas. Los

grupos de presión económicos, por ejemplo, obstaculizaron que se pusieran en práctica los acuerdos comerciales con los soviéticos. Nixon tenía, además, mucho que ocultar en su conducta personal.

Cuando en junio de 1971 comenzaron a publicarse los «Papeles del Pentágono», que ponían en evidencia que cuatro presidentes, desde Truman hasta Johnson, habían mentido sistemáticamente al país, Nixon organizó una unidad de investigadores especiales, los «fontaneros», cuyo propósito era «detener las filtraciones e investigar otras cuestiones de seguridad sensibles», a la vez que pedía a la CIA, cuya implicación real en este asunto no conocemos todavía, que le proporcionase toda la información disponible sobre la fallida operación de desembarco en Bahía de Cochinos, donde temía que hubiese evidencias que le comprometían. El 17 de junio de 1972 la policía detuvo a cinco de estos «fontaneros» (uno de ellos un funcionario a sueldo de la CIA), que habían entrado fraudulentamente en las oficinas del Comité Nacional Demócrata en el edificio de apartamentos Watergate, en Washington, para instalar aparatos de escucha y fotocopiar documentos, con el objeto de averiguar qué era lo que los demócratas pensaban utilizar contra Nixon en las elecciones.

El juicio contra estos «fontaneros» se inició en enero de 1973 y se fue complicando gradualmente, en especial cuando, a partir de abril, dos reporteros del *Washington Post*, Carl Bernstein y Bob Woodward, empezaron a utilizar en su periódico la información reservada que les proporcionaba W. Mark Felt, el segundo en el mando del FBI, despechado por su postergación.

Hubo unos días de calma en junio, con motivo de un viaje de Brézhnev a Estados Unidos en que el líder ruso mantuvo largas conversaciones con Nixon y firmó una serie de acuerdos insustanciales, sin que se llegase a una decisión acerca del tema que Brézhnev planteaba con mayor urgencia, que era el de evitar un conflicto en el Oriente próximo.

En julio, un Nixon agotado por la tensión hubo de ingresar en un hospital. Ello sucedía por los mismos días en que el comité investigador del escándalo Watergate descubría, por el testimonio de Alexander Butterfield, la existencia de un sistema de grabación que había registrado desde febrero de 1971 las conversaciones y llamadas de teléfono en el despacho del presidente y en otros lugares próximos. En su habitación del hospital Nixon escribió: «Tendría que haber destruido las cintas».

En septiembre de 1973, en plena batalla por ocultar las cintas, que Nixon quería conservar como base para redactar sus memorias, obtuvo su último triunfo en el escenario internacional: el derrocamiento del presidente Allende de Chile. El 1 de octubre el vicepresidente Spiro Agnew se veía forzado a dimitir, atrapado en una serie de delitos de corrupción, y le reemplazaba Gerald Ford, el líder de la minoría republicana en el Congreso.

Fue en estos meses en que Nixon estaba dedicado de pleno a defenderse, y en que en más de una ocasión estaba bebido, incapacitado de actuar, cuando Kissinger, Haig y unos pocos hombres más de su entorno asumieron de hecho la presidencia y hubieron de ocuparse de temas tan importantes como la guerra en Oriente próximo y las relaciones con los soviéticos. Fueron momentos en que estos hombres pusieron al mundo al borde de un nuevo conflicto global, como consecuencia de las decisiones que tomaban por su cuenta, sin consultar ni al Congreso ni al presidente.

La guerra del Yom Kipur

Dos acontecimientos que se produjeron en septiembre de 1970 iban a tener una fuerte influencia en la evolución del Oriente próximo. El primero fue la expulsión por parte de Jordania de los refugiados palestinos, que se instalaron en el Líbano, desde donde iniciaron campañas de hostigamiento a Israel, bajo la dirección de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) de Yasser Arafat.[10]

El 15 de marzo de 1972 Hussein de Jordania presentó a los israelíes un plan para la creación de un Reino Árabe Unido que reuniría Jordania con los territorios palestinos de la orilla occidental, que Jordania había contro-lado hasta 1967. En conversaciones con la jefa del gobierno israelí, Golda Meir, Hussein le ofrecía controlar y «destruir» a los extremistas palestinos. Pero Golda Meir se negó a discutir la idea de un retorno a las fronteras de 1967: no estaba dispuesta a ceder ni un palmo del territorio ocupado.

El segundo acontecimiento que tuvo lugar en septiembre de 1970, de consecuencias más duraderas, fue la muerte de Nasser, que dio el poder en Egipto a Anwar el-Sadat, quien inició un cambio radical en su política exterior,

abandonando la alianza con la Unión Soviética con el propósito de alcanzar un acuerdo con Estados Unidos, de los que pretendía obtener un trato económico semejante al que éstos daban a Israel. Como los israelíes se negaban a negociar con Egipto, ideó un plan basado en lo que él consideraba un acuerdo secreto con Kissinger, especulando sobre la base de unas conversaciones en que éste le había dicho que Estados Unidos tan sólo intervendría en caso de un conflicto. El plan consistía en iniciar un ataque para poner el pie al otro lado del canal, en la península del Sinaí, sin más objetivo que conseguir que los norteamericanos interviniesen y forzasen a los israelíes a negociar.

Conocedor de la situación de Siria, que estaba ya en pie de guerra como consecuencia de la invasión de los altos del Golán por colonos judíos, Sadat engañó al presidente Hafez al-Assad proponiéndole que participasen juntos en lo que le presentaba como una actuación seria y a fondo para conseguir una negociación global sobre la situación de Palestina.

El ataque de egipcios y sirios comenzó el 6 de octubre de 1973, el día de la fiesta judía del Yom Kipur. Los israelíes esperaban repetir sus éxitos militares anteriores, pero los resultados iniciales les fueron desfavorables, aunque no pasaron a más porque Sadat mismo detuvo el avance de los egipcios en el Sinaí, una vez alcanzado su objetivo, que no era más que el de provocar un incidente que forzase al inicio de negociaciones.

Como consecuencia de la inhibición de Sadat, los sirios hubieron de enfrentarse a toda la fuerza del ejército israelí, de modo que las tropas judías avanzaron hasta unos cincuenta kilómetros de Damasco, lo que hizo temer a los soviéticos que se proponían derribar el régimen de Assad, que era su aliado. Mientras tanto la presión del *lobby* judío en el senado de Estados Unidos consiguió que los norteamericanos organizasen, a partir del 13 de octubre, un puente aéreo de transporte de material de guerra, y que proporcionasen a los israelíes más de ochenta aviones y una gran cantidad de carros de combate y de armas pesadas, lo que les permitió contraatacar en el Sinaí y obligar a los egipcios a retirarse.

Que fuese a haber problemas internacionales a consecuencia de este conflicto era previsible. Los saudíes, en concreto, habían avisado a Casey, el subsecretario de Estado norteamericano, que convenía que frenasen las continuas provocaciones del ejército de Israel, porque en caso contrario se verían obligados

a usar el arma del petróleo, embargando los envíos a Estados Unidos.

Para evitar que el conflicto se extendiera, Kissinger, que actuaba como protagonista, ante la incapacidad del presidente, respondió a una petición de Brézhnev para negociar un alto el fuego inmediato, y se desplazó el 20 de octubre a Moscú con plenos poderes. Allí, desobedeciendo las órdenes que le había dado Nixon, que lo que proponía era que se negociase para llegar a un acuerdo global de paz, se limitó a pactar un alto el fuego.

Soviéticos y norteamericanos consiguieron que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobase la resolución 338, que ordenaba un alto el fuego a partir del 22 de octubre, y exigía el cumplimiento de la resolución 242 de 1967, que había ordenado la devolución de las conquistas realizadas por Israel en la «guerra de los seis días». Los israelíes se vieron obligados a aceptar públicamente el alto el fuego, pero ni siquiera abandonaron el cerco a que tenían sometido al tercer ejército egipcio, lo que implicaba que continuaban combatiendo.

Agobiado por la continuidad de los ataques de los judíos, un Sadat desesperado, que aseguraba que El Cairo «estaba rodeado por tanques israelíes», pidió ayuda una vez más a los soviéticos. Ante esta situación, Brézhnev escribió a Nixon el 24 de octubre proponiéndole el envío de fuerzas conjuntas para asegurar el alto el fuego, tal como había solicitado Egipto, ya que, si no se hacía esto, «nos encontraremos en la urgente necesidad de tomar las medidas adecuadas unilateralmente». No tenía intención de intervenir, pero necesitaba hacer un gesto de fuerza para impedir el total aplastamiento de Egipto, y lo reforzó poniendo en situación de actuar a dos divisiones de paracaidistas en el Cáucaso, y ordenando que la flota soviética en el Mediterráneo se dirigiera hacia Israel.

Era una mera advertencia, pero en la noche del 24 al 25 de octubre, mientras Nixon permanecía borracho en sus habitaciones, Kissinger, Haig, Schlesinger, el almirante Moorer y el jefe de la CIA, Bill Colby, se reunieron en el *Situation Room* y decidieron poner en «el grado de alerta máxima en tiempo de paz», DEFCON-III, las fuerzas armadas americanas, incluyendo la aviación con armamento nuclear —algo que se hizo en secreto, ante la indignación de los miembros de la OTAN, que no fueron avisados— y enviaron tres barcos de guerra al Mediterráneo, a la vez que advertían a los israelíes de la necesidad de que cesasen la actividad armada.

Los dirigentes soviéticos se reunieron ante la perspectiva de lo que podía convertirse en el inicio de una tercera guerra mundial y decidieron que no había motivo suficiente para ello. Esta noche hubo un riesgo muy serio de estallido de una guerra nuclear, que no fue más allá porque los soviéticos esperaron a ver cómo justificaban los norteamericanos su conducta y éstos alegaron que la medida no era un gesto hostil hacia la Unión Soviética, sino que respondía a consideraciones domésticas. Al día siguiente Kissinger dijo a la prensa que el presidente había resuelto el problema y Nixon, que lo vivió dormido, no dudó en apuntarse el mérito.

La caída de Nixon

Nixon luchaba entre tanto por su supervivencia. En el discurso sobre el estado de la unión, el 30 de enero de 1974, aseguró que había proporcionado todo el material que se le había pedido sobre el caso Watergate. Pero el 6 de febrero el Congreso comenzaba los procedimientos para el *impeachment* (destitución) del presidente.

El 30 de abril Nixon entregó el *Blue Book*, un volumen con 1.308 páginas de transcripciones censuradas y arregladas de las cintas. Pese a estas modificaciones, sin embargo, las conversaciones del presidente con los miembros de su entorno parecían las de una banda de delincuentes.

Tratando de escapar del acoso judicial, emprendió en junio un épico viaje por Oriente próximo, seguido de otro a Moscú, con la intención de llamar la atención del público hacia sus éxitos de política internacional. El recorrido de este hombre enfermo y agotado fue patético: en Egipto recibió el Collar del Nilo y visitó las pirámides, de allí pasó a Arabia Saudí, donde pronunció un discurso en que confundió al rey Faisal con el difunto rey de Irak, miembro de una familia a la que los saudíes habían destronado; visitó después a Assad y restableció las relaciones con Siria. El 16 de junio aterrizaba en Israel, donde Kissinger tuvo que usar toda su habilidad para obviar las irritaciones que había causado el presidente en este viaje. Tras una nueva escala en Jordania, regresó a Estados Unidos, para volver a viajar a los pocos días en dirección a Moscú, con una escala en Bruselas, donde, en la celebración de los veinticinco años de la

creación de la OTAN, dijo a los reunidos, ante la estupefacción general, que él y Brézhnev habían puesto fin a la guerra fría. En Moscú hubo muchas conversaciones y mucha cordialidad, pero ningún resultado concreto.

A comienzos de julio regresaba a Estados Unidos, donde el día 24 el Tribunal supremo le ordenó entregar todas las cintas, y el 27 de julio se empezó a discutir su *impeachment*. Las cintas iban a descubrir no sólo sus trampas y mentiras, y el modo en que había abusado del poder, sino también su lenguaje violento y grosero, que contrastaba con la imagen que pretendía dar en público. Fueron las cintas las que le condenaron y las que hacen irrelevantes los intentos de reivindicarle. De haberlas destruido, como pudo haber hecho durante todo el tiempo transcurrido desde que se conoció su existencia, se hubiera salvado; pero las guardaba como testimonio de su obra, que reflejaría en unas memorias que podían asegurarle millones de dólares de beneficios, apuntalando su situación económica personal, que no era muy brillante (al abandonar la presidencia hubo de hacer frente a deudas considerables, desde atrasos en el pago de impuestos hasta gastos de abogados, e incluso médicos, al carecer de un seguro sanitario).

El 9 de agosto de 1974 Nixon renunció a la presidencia, y el 8 de septiembre aceptó el perdón que su sucesor, Gerald Ford, le concedía por todos los delitos contra Estados Unidos que hubiera cometido desde enero de 1969.

Tras unos años en que se trató de rescatar su figura como estadista, y en que sus partidarios consiguieron mantener las cintas lejos del alcance de los investigadores, la publicación de su contenido y de una nueva serie de testimonios de sus manejos explican que Carl Bernstein definiera en 2015 su presidencia como «una sórdida historia de abuso del poder, venganza, cinismo e ilegalidad».

Gerald Ford

La renuncia de Nixon llevó al poder a comienzos de agosto de 1974 a Gerald Ford (nacido Leslie Lynch King jr.), el primer presidente de Estados Unidos que llegaba a la presidencia sin haber ganado ninguna elección para un cargo nacional. Había comenzado lavando platos para pagarse los estudios y fue su capacidad como deportista la que le llevó finalmente a la Universidad de Yale,

donde no iba a deslumbrar por su talento (Johnson opinaba que era tan tonto que no era capaz de «echarse un pedo y comer chicle al mismo tiempo»).

El destino lo había llevado a reemplazar con anterioridad en la vicepresidencia al corrupto Spiro Agnew, y después le tocó hacer lo mismo con Nixon. Su mensaje inicial tranquilizador —«nuestra larga pesadilla nacional ha concluido»— le ganó la estimación del público, que apreciaba la sencillez de este hombre, en contraste con la personalidad atormentada de Nixon.

Pero su decisión de perdonar a Nixon, que el nuevo presidente justificaba por la conveniencia de evitar una tremenda controversia interior, le costó ataques durísimos, en los que se llegó a decir que lo había pactado con su antecesor para acceder a la presidencia. Sus buenas intenciones resultaron frustradas; nadie comprendía que los colaboradores de Nixon hubiesen ido a parar a la cárcel, mientras que su jefe, que nunca aceptó haber cometido falta alguna, quedaba impune.

Conservó inicialmente el equipo que recibió de Nixon, con cambios como el de Donald Rumsfeld como secretario de Defensa, o Nelson Rockefeller, a quien nombró vicepresidente en diciembre de 1974. Rumsfeld, a su vez, reunió a su alrededor un grupo de halcones como Dick Cheney, Colin Powell, Paul Wolfowitz, Richard Perle y Condoleezza Rice: el equipo que veinticinco años más tarde iba a adueñarse del poder y a restablecer la presidencia imperial con George W. Bush.

Conservador y opuesto a las ayudas sociales, Ford no estaba capacitado para enfrentarse a la crisis económica de aquellos momentos. Pensaba que el mayor problema era el de la inflación, y no le importaba si las medidas adoptadas para combatirla tenían como consecuencia un aumento del paro, que llegó a las mayores cifras que se habían conocido desde 1941. Escogió como presidente del Consejo de asesores económicos a Alan Greenspan, un reaccionario de la secta de los seguidores de Ayn Rand, quien aplicó recortes del gasto público, una reducción de los impuestos y las primeras medidas de desregulación. Sin embargo, la miope política económica de Ford hubo de enfrentarse a la oposición de unas cámaras dominadas por los demócratas, que resistieron con éxito los intentos de veto presidencial y le obligaron a aceptar medidas contrarias a sus convicciones.[11]

Su autoridad se vio asaltada, por una parte, por la oposición de los

demócratas; pero también se veía atacado desde la derecha por un amplio grupo de halcones que deseaban acabar con la política de distensión que había realizado Nixon, y que Kissinger trataba de continuar. Se oponían a que se llegase a un acuerdo de limitación de armas, SALT II, y denunciaban que se estaba subvalorando la realidad de la amenaza soviética. Para enfrentarse a estas críticas fue el propio director de la CIA, George H.W. Bush, quien creó en mayo de 1976 el «Team B» —llamado así en relación con la CIA o «Team A»—, un equipo de dieciséis asesores externos que contaba entre sus miembros a halcones tan notorios como Paul Nitze, Paul Wolfowitz o el historiador polaco Richard Pipes.

El clima político se vio además enturbiado por las revelaciones de la comisión Church acerca de los abusos cometidos por la CIA y el FBI, que sirvieron de base para unos ataques dirigidos de manera especial contra la CIA, que había practicado por su cuenta, sin autorización explícita, el espionaje de las comunicaciones privadas en el interior de Estados Unidos, donde legalmente tenía prohibido actuar, había realizado experimentos con drogas en seres humanos y planeado asesinatos de líderes extranjeros, en ocasiones con éxito.

La propia administración había realizado por su cuenta una investigación en el mismo sentido, encargada a la comisión Rockefeller; pero cuando sus resultados estuvieron disponibles, se eliminaron por entero las 86 páginas del capítulo sobre los planes de asesinatos políticos de la CIA, y Cheney se encargó de retocar el texto del resto del informe.

A los problemas que implicaba una política internacional esquizofrénica, dividida entre las contrapuestas visiones de Kissinger y Rumsfeld, hubo que añadir la obstrucción del Congreso, que pretendía recobrar el control de la política exterior y que le creó por ello todo género de dificultades, al impedirle, por ejemplo, que ayudase a los turcos en su conflicto con Grecia acerca de Chipre, lo que llevó a que Turquía cerrase las bases americanas en su territorio.

Le negaron, además, los recursos que pedía para frenar el hundimiento final del gobierno de Vietnam del Sur, que fue abandonado a sus fuerzas por un Congreso que estaba convencido de que era inútil seguir gastando dinero en sostener un ejército que no tenía voluntad de combatir. El desmoronamiento se produjo con mucha más rapidez de lo que la CIA había calculado, de modo que en abril de 1975 hubo que proceder a una evacuación de emergencia del personal

norteamericano que quedaba en Saigón, antes de que las tropas del gobierno revolucionario provisional se apoderasen de la capital el 30 de abril de 1975 y pusieran fin de este modo a la guerra. Ford, que no pudo hacer nada para impedir este final, se vio obligado a intervenir personalmente para conseguir que se diese una mínima ayuda a los refugiados vietnamitas.

La interferencia de las cámaras, y la actuación de Rumsfeld y de su grupo desde el interior del gobierno, llevaron al fracaso los esfuerzos que Ford realizó para continuar la política de distensión. En noviembre de 1974 se entrevistó en Vladivostok con un Brézhnev enfermo que trataba de reanudar con él la amistosa relación personal que había mantenido con Nixon. Ambos consiguieron llegar a un principio de acuerdo acerca de la conservación de un número igual de misiles; pero la situación en Estados Unidos había cambiado y las negociaciones de Vladivostok encontraron una firme resistencia por parte de unos representantes que criticaban los acuerdos de desarme y rechazaban los de comercio con la Unión Soviética.

Tan sólo en un caso, cuando los jemeres rojos de Camboya capturaron, en mayo de 1975, el mercante americano *Mayagüez*, decidió ignorar al Congreso y ordenó un ataque aéreo y naval que se realizó cuando los tripulantes habían sido ya liberados, lo que dio lugar a una operación de rescate tan inútil como costosa en términos de vidas humanas. El gesto, sin embargo, fue apreciado por el pueblo norteamericano y le dio unos días de gloria.

Se estaban produciendo, además, cambios perturbadores en la escena internacional, como la revolución que derribó la dictadura en Portugal y creó una confusa situación en sus colonias, como en Timor Oriental o en Angola. Ford y Kissinger, que pasaron por Jakarta el 6 de diciembre de 1975, aceptaron que Suharto invadiera Timor Oriental, con tal que aguardase un día a comenzar el ataque, para dar tiempo a que hubiesen regresado a Estados Unidos y no se les pudiese acusar de complicidad. Le proporcionaron además las armas y el apoyo logístico que le permitió realizar un auténtico genocidio en que se calcula que perdieron la vida, según la estimación de un agente de la CIA, por lo menos doscientos mil del alrededor de un millón de sus habitantes. Se consiguió ocultar al mundo esta salvaje matanza, cuyo objetivo inmediato eran los ricos yacimientos de gas y petróleo de la isla. Unos recursos de los que se aprovechó Australia, que los ha seguido explotando después de que Timor Oriental ganase

su independencia en 1999.

Ford y Kissinger fracasaron en cambio cuando, de paso por Madrid, trataron de convencer a un Franco envejecido para que interviniera en Portugal y frenase el proceso revolucionario, con el fin de evitar que un gobierno portugués con participación de comunistas tuviera acceso a los órganos superiores de la OTAN. [12]

El más importante éxito de Ford en el campo de la política internacional fue la culminación de las negociaciones para la Conferencia sobre la Cooperación y la Seguridad en Europa, que condujo a la firma, en agosto de 1975, de los acuerdos de Helsinki, donde se decidió la aceptación de las fronteras europeas surgidas de la Segunda guerra mundial, se permitió reanudar el comercio con la Unión Soviética y se comprometió a los firmantes (todos los países europeos, salvo Albania, más la Unión Soviética, Estados Unidos y Canadá), a respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales. Unas decisiones que resultaron trascendentales para la disolución del sistema soviético, porque favorecieron la actuación de los disidentes y debilitaron el control de la URSS sobre los países del este de Europa. Los acuerdos de Helsinki, celebrados en Europa como un paso decisivo hacia el fin de la guerra fría, fueron mal recibidos, en cambio, por los políticos norteamericanos, que no supieron apreciar la importancia que iban a tener en la disminución de la tensión en la escena internacional.

En noviembre de 1975, a un año de las nuevas elecciones, Ford renovó su personal, nombrando a George H. W. Bush como jefe de la CIA y a Brent Scowcroft como consejero de Seguridad Nacional, en reemplazo de Kissinger, que seguiría sin embargo al frente del departamento de Estado. Fue inútil. Los republicanos le apreciaban tan poco que estuvo a punto de ser el primer presidente a quien no se le concedía que se presentase por segunda vez a unas elecciones.

Oriente próximo tras la guerra de Yom Kipur

La guerra del Yom Kipur había llegado a su fin con el acuerdo de 1974 que determinó la retirada de las tropas de Israel del territorio de Siria, y el de 1975

entre Israel y Egipto por el que los israelíes se retiraron unos treinta kilómetros de la orilla este del canal, dejando que se estableciera de nuevo en la península del Sinaí una fuerza de interposición de la ONU. Este último tratado era un acuerdo bilateral entre Israel y Egipto, en el que Sadat se desentendió tanto de las reivindicaciones generales de los árabes como de la suerte de los palestinos que, desengañados, optaron por aceptar la solución de que se formasen dos estados separados, con la aspiración de crear una entidad palestina en los territorios de la franja de Gaza y de la orilla occidental, para lo cual necesitaban ganar el apoyo de los dirigentes árabes, que reconocieron ahora que la OLP, que dirigía Yasser Arafat, era la única representación legítima del pueblo palestino.

A Sadat la guerra le sirvió para completar su cambio de alianzas, abandonando a los soviéticos, que habían invertido grandes sumas en apoyo de Egipto. Tras la visita de Kissinger a El Cairo, en noviembre de 1973, Egipto restableció las relaciones diplomáticas con Estados Unidos y comenzó a recibir las ayudas económicas prometidas, que no eran del monto que habían esperado, y no bastaban para resolver sus problemas.

Agobiado por la mala situación económica de su país, Sadat quiso forzar las negociaciones de paz con Israel y emprendió un viaje a Jerusalén, donde el 20 de noviembre de 1977 habló ante la Knéset israelí llevando «un mensaje de paz del pueblo egipcio», sin que consiguiese nada positivo con esta humillación, que fue repudiada por todo el mundo árabe.

Sadat recibió en 1978 el Premio Nobel de la Paz, y fue asesinado el 6 de octubre de 1981, tras unos años en que acentuó el carácter represivo de su gobierno para hacer frente al descontento popular por la situación económica, y al malestar político de los muchos disidentes con su gestión. Le sucedió su vicepresidente, Hosni Mubarak, que instauró una república que acabó pretendiéndose vitalicia, y hasta hereditaria, con una política inmovilista basada en la represión, y una «economía rentista» que dependía de las remesas de los trabajadores egipcios en los países del Golfo, de los ingresos del canal de Suez y, sobre todo, de la ayuda económica que recibía de Estados Unidos a cambio de contribuir a la seguridad de las fronteras de Israel.

Hubo sin embargo en estos años un cambio muy importante en el mundo árabe. En octubre de 1973 la Organización de países árabes exportadores de petróleo (OAPEC) —que incluía a los miembros árabes de la OPEP, más Egipto

y Siria—, decidió suspender los envíos a los países que habían apoyado a Israel, y optó después, de acuerdo con los demás miembros de la OPEP, por aumentar los precios del crudo. El poder económico que esto dio a los productores de petróleo, y la coordinación de sus intereses a través de la OPEP, pareció dar una capacidad de actuación independiente a una diplomacia que se expresó inicialmente, por iniciativa de Argelia, con el lenguaje del movimiento de los países no alineados. Muy pronto, sin embargo, Arabia Saudí y los emiratos del Golfo se apartaron de esta deriva, preocupados por el ascenso de un radicalismo árabe que se manifestaba en los ataques a las embajadas saudíes, en el terrorismo en el Líbano o en el asalto de un grupo guerrillero a la reunión de los ministros de la OPEP en Viena, en diciembre de 1975.

AMÉRICA LATINA: LA ÉPOCA DE LAS DICTADURAS MILITARES

Después de 1961, tras el fracaso de la operación de Kennedy contra la Cuba castrista, Estados Unidos optó por establecer alianzas permanentes con los militares latinoamericanos, a los que proporcionaba armas y apoyo. Se organizaron cursos para ellos en las escuelas militares del norte, y sobre todo en la conocida como *School of the Americas*, en que se formaban jefes militares y de policía para los países del sur.

El cambio más importante fue, sin embargo, la creación de grupos paramilitares de contrainsurgencia que podían actuar sin ninguna limitación formal. En algunos casos se partió de una alianza con grupos ya existentes, como los paramilitares de Colombia, que habían nacido al servicio de los terratenientes, pero que iban a ser usados por Washington en la guerra contra la izquierda. En otros, como en América Central, estos grupos fueron creados por la colaboración de los ejércitos locales con instructores norteamericanos.

A diferencia de los países de América Central y del Caribe, sometidos a una injerencia constante, los dos grandes países andinos, Colombia y Venezuela, alcanzaron una cierta estabilidad política a partir de los años sesenta, con una fórmula basada en la alternancia pacífica de dos partidos que representaban, más

o menos verosímilmente, a la derecha tradicional y a una izquierda liberal, con el apoyo del ejército para mantener a raya a los disidentes. Con ello se buscaba evitar el riesgo de que la continuidad de dictaduras como la de Rojas Pinilla en Colombia (1953-1957) o la de Pérez Jiménez en Venezuela (1952-1958) pudiera acabar desencadenando una protesta social incontrolable.

Más complejo era el caso de los grandes países del sur, con partidos de izquierda importantes y unos sindicatos poderosos. Países en que, como se demostró en Chile, la izquierda podía llegar al poder a través de unas elecciones democráticas. Para hacer frente a estas amenazas se necesitaban dictaduras militares que contasen con un amplio apoyo económico de Estados Unidos, con el fin de que pudieran presentarse como alternativas de modernización.

La secuencia de estas dictaduras comenzó en 1964 en Brasil, donde el gobierno de los militares duró veintiún años, hasta 1985. Al principio se mostraron relativamente moderados, en la etapa de gestión de Castelo Branco (1964-1967), que gobernaba con el pleno apoyo de los empresarios industriales de São Paulo; pero a medida que la izquierda comenzó a responder con la guerrilla urbana, la represión se fue endureciendo y se extendió de los trabajadores sindicados, que fueron su primer objetivo, a los estudiantes y a una parte de los miembros de la propia burguesía.

De 1967 a 1973 se desarrolló el llamado «milagro económico brasilero», caracterizado por unos años de crecimiento del PIB a un ritmo del 10 % anual, que dieron un fuerte impulso a la industrialización y sirvieron para consolidar a los militares en el poder. Pero a medida que la situación económica empeoraba, como consecuencia de factores como el encarecimiento del petróleo (el Brasil importaba entonces un 73 % del que consumía), se fue desarrollando un proceso de endeudamiento y una inflación galopante que hicieron la situación insostenible. En su conjunto, sin embargo, estos fueron años de modernización de la economía y la sociedad brasileñas, que sentaron las bases de su desarrollo posterior.

En Bolivia hubo dieciocho años de dictadura (1964-1982), en que los peores fueron los del general Hugo Banzer, de 1971 a 1978, en que se generalizaron la tortura y el asesinato. En Perú, tras el derrocamiento de Velasco Alvarado en 1975, se registró un largo período de crisis social y violencia, que culminaron en las invasiones de tierras por las comunidades campesinas de Puno y en la

aparición del movimiento maoísta Sendero Luminoso.

En Chile es donde aparece con más claridad la responsabilidad norteamericana en el triunfo de las sangrientas dictaduras del cono sur. Las intromisiones para impedir el triunfo electoral de la izquierda habían comenzado ya en la época de Kennedy, cuando se financiaron operaciones encubiertas de propaganda y se utilizaron fondos secretos para apoyar al Partido demócrata cristiano y a Eduardo Frei, que fue presidente de la república de 1964 a 1970.

El auge de la izquierda, dirigida por Salvador Allende, alarmó a Nixon, que el 15 de septiembre de 1970 ordenó a la CIA que organizase un golpe militar en el caso de que no se pudiera evitar que Allende ganase las elecciones chilenas al frente de la coalición de la Unidad Popular. Algo que Kissinger justificaba con estas palabras: «No veo por qué hemos de quedarnos mirando cómo un país se hace comunista por la irresponsabilidad de sus habitantes».

Las notas manuscritas de las instrucciones de Nixon que tomó Richard Helms, el director de la CIA, afirman que «el presidente Nixon ha decidido que un régimen Allende en Chile no es aceptable para Estados Unidos» y que la agencia debía impedir que llegase al poder, o derribarlo, si fracasaba en este intento.

Tras unos años de acoso económico, de campañas de propaganda hostil y de conspiraciones frustradas, el triunfo de Allende en las elecciones de 1970 decidió a Nixon y a Kissinger a dar apoyo al golpe militar que se inició el 11 de septiembre de 1973, en el que Salvador Allende encontró la muerte en el palacio de La Moneda, sede de la presidencia. Las relaciones de los conspiradores con Estados Unidos se mantuvieron inicialmente por medio de contactos personales, porque, dado el carácter sangriento de la represión que siguió, los norteamericanos pretendían parecer ajenos a unos crímenes de los que habían sido instigadores y cómplices. Aunque la Junta cifraba en 244 las muertes producidas por el golpe, la CIA calculaba en los primeros momentos que podían haber sido unas 4.000 (el número de las víctimas de la dictadura a lo largo de toda su gestión oscila entre 5.000 y 15.000 muertos).

Aparte de estos crímenes, la dictadura chilena dejó como legado una economía destrozada por los experimentos de un neoliberalismo ortodoxo y el desastre del sistema de pensiones privadas que condena hoy a los jubilados chilenos a la pobreza.

El general Augusto Pinochet se mantuvo en el poder como presidente de la república, de acuerdo con una nueva constitución aprobada en 1980, con un mandato que concluía en 1989 y que no podía renovarse a menos que lo autorizara un plebiscito. Se convocó este plebiscito en 1988, con la intención de garantizar al dictador que siguiese en el poder hasta 1997, pero el resultado fue negativo y sus propios colegas militares le obligaron a aceptarlo y a permitir que se eligiera como presidente al democristiano Patricio Aylwin y que se iniciase un complejo proceso de transición hacia la democracia.

En Argentina los movimientos militares se habían iniciado en 1955, como consecuencia del enfrentamiento del ejército contra el peronismo, lo que dio lugar a un período en que los presidentes elegidos —Arturo Frondizi (1958-1962), Arturo Illia (1963-1966)— veían interrumpidos sus mandatos por golpes militares intermitentes, que se consolidaron a partir de 1966, cuando el general Juan Carlos Onganía optó por asentar una dictadura estable, que se mantuvo hasta 1973, cuando unas elecciones permitieron un regreso fugaz del peronismo, en unos años de caos político y violencia, a los que puso fin un nuevo golpe militar, el 24 de marzo de 1976.

Se instaló entonces una Junta integrada por los generales Videla y Agosti y por el almirante Massera, con Videla en funciones de presidente, que inició una etapa de feroz represión destinada a exterminar a los enemigos del orden establecido, tal como lo planteaba el general Ibérico Saint-Jean, gobernador de Buenos Aires: «Primero mataremos a los subversivos; después a sus colaboradores; después... a sus simpatizantes; después... a los que permanezcan indiferentes, y, finalmente, a los tímidos».

Kissinger intervino de inmediato para pedir que se aumentara la ayuda económica a la Argentina. Cuando el secretario adjunto de Estado para América Latina le dijo que era mejor que de momento se mantuvieran al margen, porque iba a haber una dura represión «no sólo contra los terroristas, sino contra los disidentes de los sindicatos y los partidos», Kissinger replicó que, de todos modos, él quería animarlos, porque no deseaba que se sintiesen «hostigados por Estados Unidos». El 10 de junio, en una entrevista en Chile con César Guzzetti, ministro de Asuntos exteriores de la Junta argentina, Kissinger le dijo que comprendía que estaban obligados a «restablecer la autoridad» y le aconsejaba que lo que hubieran de hacer «debían hacerlo cuanto antes».

Los secuestrados, desaparecidos y muertos por el terror militar en la «guerra sucia» que se desarrolló entre 1976 y 1983 se calculan en más de veinte mil, los presos políticos eran unos dieciocho mil y los exiliados, incontables. Una comisión investigadora de la OEA que visitó Argentina en 1979 acusó al régimen de «terrorismo de estado».

11

EL GIRO (1974-1982)

Éstos fueron los años en que se inició un giro decisivo, que iba a poner fin a la etapa en que creímos que la historia de la humanidad era el relato de un proceso ininterrumpido de progreso. Parecía que éste era el fin del sueño de libertad, igualdad y fraternidad anunciado por la Revolución francesa, y del de un mundo de paz y justicia asentado en unas bases nuevas que proponía «La Internacional» e incluso de la mera esperanza en la continuidad del crecimiento que Keynes predijo en 1930, cuando sostenía que «el nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy».

La revisión de esta esperanza de progreso ininterrumpido comenzó con las previsiones acerca de «los límites del crecimiento» y con la llamada «crisis del petróleo» de los años setenta. La crisis económica vino acompañada del inicio de una contrarrevolución conservadora que consideraba innecesario seguir manteniendo el clima de negociación social que había asegurado el consenso en los treinta años felices que siguieron al fin de la Segunda guerra mundial. Las concesiones del mundo empresarial que habían hecho posible este clima tenían su fundamento en la necesidad de combatir las amenazas de subversión del comunismo. Después del fracaso, tanto en Oriente como en Occidente, de los movimientos revolucionarios de 1968, estaba claro que no cabía seguir temiendo que una amenaza interior revolucionaria pudiese afectar a la estabilidad del sistema. De modo que, mientras se abandonaba la política de distensión con la Unión Soviética, con el objeto de seguir manteniendo el miedo al espantajo comunista en el terreno de la política exterior, se comenzaba a liquidar lo que un dirigente sindical definió como «el frágil acuerdo no escrito» en que se había basado la etapa de paz social y de crecimiento armónico iniciada al fin de la

Segunda guerra mundial.

La crisis económica de los setenta

En 1972 el informe sobre *Los límites del crecimiento*, encargado por el Club de Roma, avisaba que los ritmos de crecimiento de la población mundial, de la producción y del uso de los recursos naturales eran insostenibles a largo plazo. Unas previsiones que se agravaron pocos años después, cuando los países industrializados sufrieron las consecuencias del alza de los precios del petróleo, iniciada durante la guerra del Yom Kipur.

Las importaciones de petróleo se reanudaron acabada la guerra, pero los precios del crudo no sólo no bajaron, sino que siguieron aumentando después de un segundo *oil shock* en 1979, como consecuencia de la revolución de Irán, y se mantuvieron altos hasta 1986. La dependencia de las potencias industriales respecto del petróleo importado les permitió a los productores multiplicar el precio del barril, que subió de tres a cerca de doce dólares en seis meses.

Las razones de fondo de esta alza de precios derivaban del fracaso de las negociaciones con las grandes petroleras occidentales, «las siete hermanas», a las que los países productores pedían que se aumentasen los precios del crudo para resarcirse de la pérdida que implicaba para ellos, que operaban con unos precios fijados en dólares, la depreciación por Nixon de la moneda norteamericana.

No existe, sin embargo, una relación simple y directa entre el aumento del precio del petróleo y la crisis económica mundial. De hecho sus primeras manifestaciones se produjeron en la primavera de 1973, seis meses antes del alza de los precios del crudo. El petróleo fue un factor agravante que contribuyó a sacar a la luz las deficiencias del modelo de crecimiento económico y aceleró una recesión que se hubiera producido probablemente algo más tarde. En el inicio de los problemas estaba el desorden monetario que sucedió a la crisis del sistema de Bretton Woods, como consecuencia del fin de la convertibilidad del dólar en 1971. Estas circunstancias ayudan a explicar que el *shock* del petróleo produjera una oleada inflacionista que se disparó desde 1974 (de un 12 % en Estados Unidos a un 23 % en Japón), acompañada de una subida excepcional de

los tipos de interés, que condujo a una situación de crisis generalizada en que, contradiciendo las ideas establecidas, paro e inflación aparecían asociados en el fenómeno de la «estanflación».

Todo indicaba que estaba llegando a su fin la euforia desarrollista de las tres «décadas gloriosas» que, a partir de 1945, habían permitido una rápida etapa de crecimiento económico que había dado a los países avanzados la ilusión de que se había encontrado la fórmula de un crecimiento sin interrupciones, y a los subdesarrollados, la de que podían alcanzar otro tanto imitando sus métodos y endeudándose a largo plazo.

La primera consecuencia de la crisis fue que la producción industrial del mundo entero disminuyese en un 10 %, lo que arrojó a millones de trabajadores al paro, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos. Éstos fueron, por ello, años de conmoción social, con los sindicatos movilizados en Europa en defensa de los intereses de los trabajadores, con lo que consiguieron retrasar unas décadas los cambios que se estaban iniciando en Estados Unidos y en Gran Bretaña, donde los empresarios decidieron que éste era el momento de iniciar la lucha contra los sindicatos y en favor del desguace del estado de bienestar, de la limitación del papel del estado en el control de la economía y de la liberalización de la actividad empresarial.

La existencia en la Europa occidental de una fuerte base de solidaridad social, fruto de su evolución histórica, ayudó en cambio a frenar los efectos de la crisis en una época en que el movimiento obrero se mantenía todavía vivo y activo.

El reparto a escala mundial de los efectos de la crisis fue muy desigual. Los índices del producto interior bruto por habitante (comparando las cifras del período 1973-1992 con las de los años 1950-1973) cayeron brutalmente en África, en Europa (en especial en la Europa del sur y en los países «socialistas» del este) y en América (mucho más en América Latina que en el norte). La única excepción, anticipando el nacimiento de un nuevo equilibrio mundial, fue Asia, donde la imagen global de un crecimiento positivo, matizada por el estancamiento de Japón, estaba sobre todo influida por el rápido ascenso de la economía de China.

En China, la muerte en 1976 de Zhou Enlai y de Mao Zedong dio paso a una etapa de lucha por el poder en la que acabó imponiéndose Deng Xiaoping, quien

dio nueva vida al programa de las modernizaciones, con el apoyo de los cuadros descartados durante la revolución cultural: se comenzó a adoptar tecnología occidental y a enviar a los jóvenes a estudiar en el extranjero. Se había optado por una vía de transformación que buscaba mejorar el nivel de vida de la población a través de la reforma económica, introduciendo mecanismos de mercado, sin que ello implicase concesiones paralelas en el terreno político.

El fin de las ilusiones de un crecimiento universal

La idea de que existían unos modelos de modernización y crecimiento económico de validez universal, tal como Walt Rostow lo había planteado en 1960 en su libro *Las etapas del crecimiento económico*, donde la historia de la industrialización británica se presentaba como una guía de los pasos a seguir para repetir el mismo éxito, con la condición de mantener un marco político y económico de liberalismo (no en vano el libro se subtitulaba *un manifiesto no comunista*), se vino ahora abajo ante la realidad del fracaso de los proyectos de desarrollo emprendidos por muchos países.

El caso del África subsahariana era un buen ejemplo de ello. Las nuevas naciones comenzaron su vida independiente con el propósito de emprender nuevos caminos de progreso, que les liberasen de la dependencia a que les había condenado el imperialismo. Casi todos compartían el sueño de llevar adelante un proyecto de industrialización, que parecía ser una condición necesaria para su progreso, de acuerdo con los modelos que tomaban en préstamo de sus antiguos dominadores, sin haber verificado si eran realmente de valor universal o correspondían a las características específicas de las historias de las sociedades europeas (Rostow no había tomado en cuenta, por ejemplo, la importancia que el trabajo esclavo en las plantaciones de algodón había tenido para el progreso de la industria textil británica).

A la industrialización dedicaron estos países buena parte de los ingresos que obtuvieron por sus exportaciones en los años dorados de 1960 a 1975, cuando los precios a que se cotizaban las exportaciones de café, cacao o cobre eran elevados, y no dudaron en complementar estos recursos con créditos exteriores para financiar sus inversiones.

Los primeros veinte años de la independencia estuvieron dominados por proyectos industriales fantasmagóricos, los llamados «elefantes blancos», que proporcionaron grandes beneficios a las empresas europeas y americanas que intervenían en ellos —y a los dirigentes locales que se embolsaban sus comisiones— y consumieron los recursos en intentos condenados al fracaso.

El sueño acabó a mediados de los años setenta, cuando la subida de los precios del petróleo se combinó con la caída de los de las materias primas que producían los países africanos, con descensos del orden del 40 % entre 1980 y 1982. En 1990 Robert Lucas, que pocos años después sería galardonado con el Premio Nobel de Economía, trataba de encontrar las razones por las cuales, desmintiendo «las predicciones igualitarias de los modelos más simples de comercio y crecimiento», resultaba evidente que los capitales no fluían de los países ricos a los pobres, sino preferentemente en sentido contrario.

Partiendo de visiones que interpretaban el desarrollo capitalista como un proceso desequilibrado entre el centro y la periferia, tal como sostenían los teóricos latinoamericanos de la dependencia, y en especial Raúl Prébisch, surgió la idea de corregir el problema con un Nuevo Orden Económico Internacional (NIEO, en sus siglas en inglés), que la ONU formuló en una resolución de 1 de mayo de 1974 en que abordaba el problema del desequilibrio del crecimiento económico que había dado como resultado que «las naciones en vías de desarrollo, que representan el 70 % de la población mundial, reciban tan sólo el 30 % de los ingresos del mundo», una situación agravada por las crisis que se habían producido desde 1970.

Se proponía para remediarlo el establecimiento de reglas de comercio internacional más justas que dirigieran una parte equitativa de los beneficios a los países en vías de desarrollo, en un proyecto de diálogo norte-sur que no salió adelante, porque el norte no sólo no estaba interesado en remediar estas desigualdades, sino que deseaba seguir sacando provecho de ellas.

El fiasco final del proyecto se produjo en la reunión de Cancún del 21 de octubre de 1981, en que líderes de ocho países industrializados, entre los que figuraban Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y de catorce en vías de desarrollo se reunieron para discutir estos problemas. Reagan se encargó de dejar claro que él creía que el libre juego de las fuerzas del mercado era lo más provechoso para los países pobres, y Thatcher estuvo de acuerdo con esta

opinión, lo que significaba el fin del sueño del NIEO.

Fueron, efectivamente, las fuerzas del mercado, en la peculiar versión del Fondo Monetario Internacional, las que se aplicaron para resolver los problemas. Cuando los gobiernos que habían solicitado créditos para invertir en su desarrollo industrial comenzaron a encontrarse ahogados por sus obligaciones (la deuda exterior del África negra pasó de 6.000 millones de dólares en 1970 a 66.000 en 1982) y pidieron nuevas ayudas, el Fondo Monetario Internacional les impuso programas de ajuste estructural que exigían la reducción del déficit fiscal, recortando el gasto social, y la privatización de los bienes y empresas públicos.

Esta línea de actuación no sólo agudizó el estancamiento, sino que acabó conduciendo a una tragedia social colectiva, agravada por el hecho de que la población del África subsahariana se triplicó entre 1961 y 2005, a unas tasas de crecimiento demográfico que no podía seguir su producción de alimentos.

El propio Fondo se encargó además de obligarlos a sujetarse a las condiciones con que habían de competir en un mundo de pretendido «libre comercio». El GATT (General Agreement on Tariffs and Trade), fundado en 1947, al que iba a reemplazar en 1994 la Organización Mundial del Comercio (OMC, o WTO, World Trade Organization), fueron las instituciones que fijaron las reglas de este supuesto «comercio libre», que nunca fue, en todo caso, un comercio neutral, sino que estaba condicionado a favor de los intereses de los países desarrollados.[1]

En 1975, en los momentos en que surgió el proyecto del NIEO, el PNB per cápita del África subsahariana equivalía al 17,6 % del PNB medio mundial; en 1999 había caído al 10,5 %.

JIMMY CARTER

En las circunstancias de crisis mundial de la economía, con una Unión Soviética en plena decadencia y con las perspectivas de pacificación que ofrecía la experiencia de la distensión iniciada por Nixon, se hubiera necesitado en Estados Unidos un gobernante capaz de enfrentarse con lucidez a los problemas económicos y a las nuevas coordenadas de la situación internacional. Por

desgracia, la sucesión de Nixon y Ford fue a recaer en un hombre incompetente, que no sólo fracasó en cuanto abordaba, sino que reavivó la guerra fría y alimentó el nacimiento del terrorismo islámico.

Jimmy Carter, ingeniero de marina, predicador baptista y cultivador de cacahuetes, era un hombre profundamente religioso y tímido, al que, una vez convertido en presidente, le gustaba sobre todo retirarse a la residencia rural de Camp David. Se presentaba como alguien desligado de las intrigas políticas del mundo de Washington: un hombre sencillo y provinciano, con una sonrisa permanente. Su imagen de honradez contrastaba con la de Nixon: su mensaje inicial era «Nunca os mentiré». Con los escándalos de Watergate todavía recientes, y con la decepción pública por el perdón que Ford había concedido a Nixon, era el momento en que se les podía vender a los ciudadanos un programa tan trivial como el de prometerles «un gobierno tan bueno, honesto, decente, veraz, correcto, competente, idealista y compasivo, y tan lleno de amor como el propio pueblo americano».

Su imagen personal, fundada inicialmente en esta retórica, se completó posteriormente con el rumbo que dio a su actuación una vez abandonada la presidencia, dedicándose a la búsqueda de la paz y a causas humanitarias, o con la sinceridad con que denunció en 2015 que Estados Unidos es hoy «una oligarquía, en que una corrupción ilimitada constituye la esencia del procedimiento para conseguir la nominación o para elegir al presidente». Pero la realidad es que no sólo hay que culparle por su incapacidad y su incompetencia, sino que en el terreno de la política internacional dio apoyo a toda una serie de tiranos indignos y mantuvo actitudes como la de negar la responsabilidad americana por la guerra de Vietnam, alegando que «la destrucción fue mutua» y que no habían de disculparse por haber ido a defender «la libertad de los survietnamitas».

Pronto se pudo ver que, más allá de los tópicos morales de su campaña, no tenía una política propia. Pero una vez instalado en la presidencia no podía seguir jugando a vivir al margen de la realidad, de modo que si bien se limitó inicialmente a una gestión burocrática, a medida que fueron apareciendo las dificultades, carente como estaba de un programa propio que aplicar, se vio obligado a aceptar toda una serie de compromisos.

Parte de los desastres que cometió en política internacional se debieron a la

influencia de su consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, nacido en Polonia (hijo del embajador polaco en Washington), que era su asesor más próximo en la Casa Blanca —«nos veíamos cuatro o cinco veces cada día, dirá Carter, y empezaba el día reuniéndome con Zbig»— y quien le acompañaba en sus viajes al extranjero. Brzezinski consiguió además convencer a Carter para que transfiriese la jurisdicción sobre la CIA de las manos de Vance, pasándola del departamento de Estado al Consejo de Seguridad Nacional, esto es, a sus propias manos, lo que le dio el control de las operaciones encubiertas y le permitió iniciar una política más agresiva contra los soviéticos, a espaldas del departamento de Estado.

La actuación de Carter en política exterior estuvo marcada en sus inicios por la esquizofrenia de verse sometido a la doble influencia de su secretario de Estado, Cyrus Vance, partidario de una política de negociación, y del feroz antisoviético que era Brzezinski. Una esquizofrenia que se reproducía en su entorno en relación con la influencia de dos instituciones con visiones contradictorias. Por una parte la Trilateral, una organización de dirigentes políticos y económicos de Europa occidental, Japón y Estados Unidos, fundada en 1973 por David Rockefeller, a la que pertenecían tanto Carter, como Vance y Brzezinski, que consideraba errónea la fijación en el enfrentamiento contra la Unión Soviética y en las soluciones militares, y propugnaba adaptarse a un mundo de interdependencia creciente.

En contra tenía al Committee on the Present Danger (CPD), integrado por halcones procedentes del «Team B», el equipo que George H. W. Bush había creado para revisar la actuación de la CIA: hombres como Richard Pipes, Paul Nitze, Donald Rumsfeld o Paul Wolfowitz, que desde el primer momento de su mandato se le enfrentaron con una visión alarmista de la amenaza soviética, sosteniendo que tanto Carter como sus predecesores «habían traicionado los intereses de la nación» con la política de distensión.

El CPD sobrevaloraba la potencia de una Unión Soviética que, según su opinión, seguía armándose para aniquilar a Estados Unidos, lo que les llevaba a propugnar un nuevo rearme que cerrase la imaginaria «ventana de vulnerabilidad» y asegurase a los norteamericanos una superioridad total. Se oponían además a la visión de la Trilateral de una economía mundial gestionada globalmente por Estados Unidos, Japón y Europa, para sostener que debía ser

Estados Unidos quien dominase unilateralmente la escena internacional, y que para imponer sus objetivos al resto del mundo no había de dudar en hacerlo más por la fuerza que por la persuasión.

El 22 de mayo de 1977 Carter pronunciaba su primer gran discurso de política exterior en el que expresaba su preocupación por los derechos humanos y decía: «Estamos hoy lejos del exagerado temor del comunismo que nos llevaba a asociarnos con cualquier dictador que coincidía con nosotros en este temor». Lo cual resultó ser una falacia, con escasos efectos en la práctica, puesto que toleró los crímenes de los militares en El Salvador (a los que proporcionaba helicópteros para que siguieran exterminando campesinos) y que sabemos hoy, gracias a la reciente desclasificación de documentos sobre Argentina, que, aun conociendo los crímenes de los militares, recibió a Videla en la Casa Blanca el 9 de septiembre de 1977 para expresarle «su admiración por los logros obtenidos por el gobierno del presidente Videla en su lucha contra los problemas del terrorismo y de la reconstrucción de la economía argentina», en la espera de que «la fuerza, estabilidad e influencia» que había conseguido su gobierno le permitiría despejar las dudas que algunos mantenían con referencia a los derechos humanos.

A esto hay que agregar que favoreció a dirigentes despóticos como el Shah de Irán, el dictador Zia-ul-Haq de Pakistán (que estaba construyendo por entonces su bomba atómica), su «amigo» Sadat, el presidente filipino Marcos o el dictador congoleño Mobutu, que recibió ayuda norteamericana para defenderse de quienes intentaban derribarlo. Aumentó además la ayuda militar a Suharto, que la usaba para dominar Timor Oriental a sangre y fuego, y decidió apoyar a Pol Pot para que prosiguiese su genocidio en Camboya. Todo lo cual oscurece el golpe de efecto del tratado de devolución a los panameños de la zona del canal —que culminaba unas negociaciones que llevaban muchos años gestionándose— y devalúa su retórica acerca de los derechos humanos.

Su otro éxito, jaleado como un triunfo, aunque a la hora de la verdad resultase inoperante, fueron los acuerdos de Camp David de septiembre de 1978, que llevaron a la firma por Sadat y Begin del tratado de paz de 1979 por el que Egipto reconocía al estado de Israel y éste se comprometía a devolverle la península del Sinaí, a cambio de lo cual los norteamericanos les concedieron tres mil millones de dólares en préstamo a bajo interés para construir nuevas bases

aéreas en el desierto de Néguev. De hecho no era más que un acuerdo bilateral, que no tomaba en cuenta los intereses de los palestinos, de modo que sus repercusiones reales fueron mínimas. Arafat diría: «Sadat ha vendido Jerusalén, Palestina y los derechos del pueblo palestino por un puñado de arena del Sinaí». Con estos acuerdos no se consiguió nada de lo que Carter pretendía obtener, puesto que Begin se negaba a reconocer la resolución 242 de las Naciones Unidas y a ceder terreno alguno en la orilla occidental del Jordán. Lo único que se logró fue acabar con los enfrentamientos entre Israel y Egipto, dejar a la Unión Soviética al margen del conflicto y poner a Egipto «firme e inalterablemente en la órbita norteamericana».

A la vez que hostigaba a los rusos acerca de los derechos humanos, Carter normalizaba las relaciones con China, culminadas con la visita de Deng Xiaoping a Estados Unidos en enero de 1979, lo que implicaba reforzar la alianza contra el enemigo común soviético que había iniciado Nixon, e incluía la venta de tecnología y armas a los chinos, con el añadido de la aceptación tácita por parte de Washington del ataque que China iba a emprender contra Vietnam, al cual colaboraron los norteamericanos «ofreciendo información acerca de emplazamientos de tropas [soviéticas] alrededor de China».[2]

Mientras proseguía la construcción de las armas que no estaban incluidas en SALT I, las negociaciones de desarme continuaban: Carter y Brézhnev firmaron SALT II en Viena el 18 de junio de 1979, un tratado que quedó pendiente de la ratificación por el senado norteamericano, que no llegó a revalidarlo. La excusa para este alto en la distensión fueron las actividades soviéticas en África: «SALT fue enterrado bajo las arenas de Ogaden, las arenas que dividen Somalia de Etiopía», diría Brzezinski. Pero la realidad era que los soviéticos «no estaban siguiendo ningún plan global para extender su influencia hacia las regiones del Golfo Pérsico o del África subsahariana», como imaginaba Brzezinski, sino que simplemente respondían en ocasiones «a las demandas de asistencia de líderes de los países en vías de desarrollo, o de facciones dentro de éstos, que se proclamaban socialistas y usaban la retórica del internacionalismo proletario» para legitimar sus peticiones de ayuda.

La crisis de Afganistán, en la que Carter se estaba preparando para intervenir meses antes de la firma de SALT II, vino a liquidar toda posibilidad de acuerdo.

Carter iba a convertirse además en protagonista de los inicios del giro a la derecha de la política económica y social norteamericana. La influencia que los empresarios habían adquirido resultó patente en las dos grandes batallas legislativas que ganaron en estos años. La primera fue la que libraron contra el proyecto de creación de una «Oficina de representación de los consumidores». La segunda, mucho más grave, fue la que tuvo por objeto el proyecto de *Labor Law Reform Act*, presentado en octubre de 1977. Los sindicatos, que pretendían defenderse con ella de las campañas hostiles de las empresas, estaban convencidos de que este proyecto iba a ser aprobado por un Congreso con mayoría demócrata. El voto de los representantes, favorable por 257 contra 163, parecía anunciarlo así; pero el proyecto, objeto de una dura campaña hostil de las organizaciones empresariales, se eternizó en el senado, hasta que acabó retirado en junio de 1978.[3]

Fue seguramente Douglas Fraser, dirigente del poderoso sindicato de los trabajadores del automóvil, quien entendió mejor que nadie lo que esto significaba, argumentándolo al presentar su dimisión de un organismo dedicado a la conciliación de las relaciones industriales, en la que es sin duda la más lúcida visión de los orígenes de la gran divergencia: «Creo que los dirigentes de la comunidad empresarial, con pocas excepciones, han escogido desencadenar una guerra de clases unilateral ... contra los trabajadores ... y contra buena parte de la clase media. Los líderes de la industria, el comercio y las finanzas de Estados Unidos han roto y descartado el frágil acuerdo no escrito que estuvo en vigor durante un período pasado de crecimiento y progreso». Fraser denunciaba que los empresarios querían «un gobierno dócil» y la eliminación de los sindicatos, lo que iba a darles facilidades para conseguir mayores ventajas con respecto a unas leyes fiscales que eran ya «un escándalo».

La incapacidad de Carter, que hizo posible que el reflujo social se iniciara con un presidente demócrata, asistido por unas cámaras en que dominaba su propio partido, se reflejó también en su actuación en el terreno de la economía. Había llegado al poder cuando el país estaba inmerso en una crisis que las autoridades económicas no habían sabido frenar, a lo que se agregó el impacto

del encarecimiento del petróleo, agravado posteriormente por la revolución iraní, y se encontró con una etapa de paro, inflación y caída del poder adquisitivo de los salarios, a la vez que había de enfrentarse a déficit crecientes de los presupuestos estatales.

Carter se desentendió del paro y fracasó ante el problema de la inflación (pasó del 7,4 % en 1978 al 13,5 % en 1980), que pretendió remediar con las medidas tradicionales de control del gasto, a la vez que pedía a los sindicatos que aceptasen una «deceleración» de los salarios, a lo que éstos se negaron. A esto hay que agregar que desvió fondos de los servicios sociales y de una serie de programas destinados a aliviar la pobreza y el hambre para destinarlos al gasto militar.

En agosto de 1979 puso a Paul Volcker al frente de la Reserva federal, desde donde éste inició una política económica destinada a luchar contra la inflación subiendo los tipos de interés, sin que importasen sus consecuencias en términos de desempleo. En abril de 1980, dice Alan Greenspan, cuando los tipos de interés nominal subieron al 20 %, «los coches quedaron sin vender, las casas sin construir, millones de personas perdieron sus puestos de trabajo».

Fue así Carter, y no Reagan, quien puso fin a una larga época de política reformista favorable a las capas populares y a los trabajadores, que se había prolongado desde Roosevelt hasta Johnson como un objetivo de gobierno propio de los demócratas, y que tanto Eisenhower como Nixon habían respetado.

La crisis de la energía parecía un problema adecuado para quien, como Carter, tenía una formación en ingeniería. Preparó su plan para hacer frente al problema, elaborado casi en secreto, lo anunció el 18 de abril de 1977 en un discurso a la nación en que calificaba esta crisis como «el mayor desafío al que nuestro país se deberá enfrentar en el tiempo de nuestras vidas», lo presentó al Congreso dos días después, y creó en agosto un nuevo departamento de Energía. Sus objetivos eran reducir la dependencia del petróleo, aumentar la producción de energías alternativas procedentes de fuentes limpias, y ahorrar en su consumo. Pero su *National Energy Plan* fue recortado y enmendado en el Congreso hasta convertirlo en una ley inocua, llena de concesiones a los intereses de las industrias del gas y del petróleo.

Los problemas se agravaron, además, por los repetidos aumentos del precio del petróleo impuestos por la OPEP, que culminaron en junio de 1979, hasta

amenazar con obligar a los norteamericanos a recurrir al racionamiento del combustible. Un presidente que había hecho del tema de la energía el punto central de su política estaba obligado a responder a las inquietudes de los ciudadanos. Carter, que se encontraba en Tokio en los momentos de inicio de la crisis, en una reunión del G7 en que el canciller alemán criticó a Estados Unidos por haber provocado este aumento de los precios del petróleo con sus incompetentes manejos en el Oriente próximo, regresó a Washington y se retiró a Camp David, donde pasó once días meditando acerca de los problemas globales de su presidencia, a la vez que invitaba a un total de 134 personalidades, «los mejores pensadores de nuestra sociedad, junto a ciudadanos medios», a hablar con él. De ahí surgió su discurso del 15 de julio de 1979, que sería conocido como «el discurso del malestar», en que sostenía que lo que fallaba era «el espíritu de América», pero no ofrecía soluciones prácticas para resolver los problemas. Fue, afirma Edward Kennedy, «un discurso producto del pánico», que destruyó sus esperanzas de reelección. Lo acabó de estropear, dos días después, con el anuncio de que había pedido la dimisión de todos los ministros y ayudantes del más alto rango, lo que ponía de manifiesto su incapacidad para dirigir al país en esta crisis.

La revolución iraní

A comienzos de 1963, al cabo de una década de gobierno autoritario en que el parlamento iraní estuvo dominado por los terratenientes y por sus representantes, con los partidos populares prohibidos y el gobierno dirigido por políticos dóciles, el Shah Mohammad Reza presentó su proyecto de «revolución blanca», que se definía como un programa de transformación pacífica y de modernización, con la intención de introducir cambios políticos que pudieran satisfacer las aspiraciones de los grupos dominantes, haciéndolos compatibles con la continuidad de la monarquía. Su primer enfrentamiento fue con el clero musulmán chií, los ulemas, lo cual condujo a que en junio de 1963 uno de los principales dirigentes religiosos, el ayatolá Jomeini, fuese arrestado por hablar contra la reforma agraria y contra la emancipación femenina, y al año siguiente fuese expulsado del país, en lo que significó el inicio de catorce años de exilio.

El Sha gobernó en estos años como un autócrata, sin contar con sus aliados tradicionales, terratenientes y clérigos, en una línea de despotismo pretendidamente ilustrado. Sostenía, en privado, que la democracia al estilo occidental no convenía a su país, y procuraba tranquilizar a Carter respecto de las frecuentes violaciones de los derechos humanos que se producían en Irán, diciéndole que para él lo primero era la lucha contra el comunismo, y que sólo cuando lo hubiese vencido podría modificar su conducta.

Gradualmente la oposición se fue aproximando a los sectores que propugnaban la revolución islámica: los terratenientes afectados por la reforma agraria simpatizaban con un clero que también la condenaba; más adelante, al agravarse la situación económica, incluso los militantes obreros se aliaron a la protesta liderada por el islamismo. Mientras tanto el soberano aumentaba sin tasa el gasto militar, para realizar el sueño megalómano de convertir Irán en una gran potencia armada, con un peso decisivo en Oriente próximo y en el Índico.

Culminando este proceso de «revolución blanca», el 2 de marzo de 1975 se anunció el fin del sistema de partidos, reemplazados por un partido único, el Rastakhiz, que en vano se intentó poner en marcha entre 1975 y 1978, en medio de las protestas generales.

Todo había marchado más o menos bien mientras los ingresos crecientes del petróleo permitían asumir los gastos, pese al malestar que producían la corrupción de los grupos dominantes y las exhibiciones de opulencia de la corte. Pero cuando, a mediados de los años setenta, llegaron los primeros síntomas de la crisis económica, las cosas cambiaron rápidamente.

En noviembre de 1977 el Shah y su esposa visitaron Washington, lo que sirvió para aumentar la admiración que Carter sentía por el soberano, sin tomar en cuenta las manifestaciones de protesta con que lo acogieron los estudiantes iraníes en Estados Unidos, a los que la policía hubo de dispersar con gases lacrimógenos. Al cabo de poco más de un mes, el primero de enero de 1978, fueron el presidente norteamericano y su esposa quienes hicieron una visita a Teherán, durante la cual Carter y el Shah llegaron a acuerdos en privado para ayudar al desarrollo de un programa nuclear iraní «para usos pacíficos». En el transcurso de esta estancia Carter dijo en un banquete: «Irán, a causa del liderazgo del Shah, es una isla de estabilidad en una de las regiones más turbulentas del mundo. Esto es un gran tributo para vos, majestad, para vuestra

política y para el respeto, admiración y amor que os tiene vuestro pueblo». «Comprensiblemente —dice Carter en su diario— esto fue ridiculizado cuando el Shah fue derrocado, trece meses más tarde.» Lo que no es comprensible es que los servicios de inteligencia norteamericanos no fuesen capaces de informar mejor al presidente.

Al cabo de un mes de este discurso comenzaban los disturbios que acabaron con la expulsión del soberano, en medio de la perplejidad de los dirigentes norteamericanos, que no sólo no habían sabido preverlo, sino que no comprendían nada de lo que estaba ocurriendo. La propia CIA, obsesionada con el comunismo, no se había percatado del potencial revolucionario del islamismo.

En enero de 1978 los ataques de algunos periódicos al exiliado ayatolá Jomeini provocaron manifestaciones religiosas a las que se sumaron otras de los trabajadores en paro. Antes de marchar a México, donde se proponía pasar dos meses de vacaciones, el embajador norteamericano en Teherán comunicó a Washington que la crisis se había superado: el Shah había comprado a los *mullahs* y éstos habían regresado tranquilamente a sus mezquitas. En agosto la CIA aseguraba al presidente Carter que Irán «no se encuentra en una situación revolucionaria, ni tan sólo prerrevolucionaria». Algo en que coincidía con el informe confidencial de la DIA (Defense Intelligence Agency) de 18 de agosto de 1978, que concluía: «No hay ninguna amenaza a la estabilidad del gobierno del Sha».

Tres semanas más tarde, el 7 y el 8 de septiembre de 1978, nuevas manifestaciones en los barrios populares de Teherán, suscitadas por una situación creciente de paro y de hambre, eran reprimidas a sangre y fuego por el ejército, que el «viernes negro» causó decenas, tal vez centenares, de muertos. Pocos días después un terremoto causaba quince mil muertos en Tabas, en Jorasán, y la rápida reacción de ayuda de las instituciones religiosas musulmanas ponía en evidencia la debilidad e ineficacia del estado. El diálogo con la oposición estaba roto y los líderes religiosos iban tomando el control del movimiento de protesta, con un Jomeini que se erigía desde el exilio en su dirigente máximo.

El 10 de octubre hubo manifestaciones y huelgas en más de cuarenta ciudades, y a fines de este mismo mes la producción de petróleo quedó prácticamente paralizada. Carter descubría ahora que los informes de la CIA

acerca de la popularidad del Shah eran falsos. A comienzos de diciembre se produjeron grandes manifestaciones en Teherán y aunque la represión militar causó unos setecientos muertos en los tres primeros días, el movimiento fue en ascenso hasta reunir dos millones de personas en una inmensa manifestación. En estos momentos los soldados, hartos de disparar contra civiles indefensos, comenzaban a desertar y a unirse a los manifestantes.

Mientras tanto, en Washington, el tema se discutía en el *Situation Room*, sin asistencia del presidente, en una de sus frecuentes ausencias para descansar en el campo, con Brzezinski manteniendo que era necesario que el Sha respondiese con una solución de fuerza, y oponiéndose furiosamente a los consejos del embajador en Teherán, William H. Sullivan, que proponía que se favoreciese la formación de un gobierno civil que reemplazase al Sha.

El Sha se vio obligado a anunciar que marchaba del país por tiempo indefinido y el 16 de enero de 1979 tomó con su familia un avión hacia El Cairo, en lo que iba a ser el inicio de un viaje sin retorno. En Washington seguían sin entender lo que estaba ocurriendo, mientras Brzezinski insistía en que la URSS y los comunistas estaban detrás de la revolución, y pretendía seguir incitando a los militares iraníes a impedir el acceso de Jomeini y de los suyos al poder.

Tan sólo el embajador Sullivan tenía claro lo que estaba sucediendo, y llevaba muchos días pidiendo que se retirase el apoyo incondicional al Sha y se entrase en contacto con Jomeini. En respuesta a su insistencia, el 15 de enero de 1979 se iniciaron conversaciones secretas en Francia con Jomeini y con su entorno, en el transcurso de las cuales los americanos llegaron a aceptar que hubiese un cambio político, con tal que fuese gradual y ordenado, y que se evitase un enfrentamiento con los militares. A cambio, Jomeini ofrecía garantías para la continuidad de los tratos con Estados Unidos.

El primero de febrero de 1979 Jomeini regresó a Teherán en triunfo y todo el proceso se precipitó. No hubo la transición gradual y ordenada que deseaban los norteamericanos, sino una rápida descomposición del orden establecido en que un ejército dividido dejó que los partidarios de Jomeini se adueñasen del poder y que, después de ganar un referéndum con el 98 % de los votos a favor, proclamasen la república islámica el primero de abril de 1979.

En octubre de 1979 los norteamericanos aceptaron que el depuesto Sha, que se encontraba gravemente enfermo, recibiese atención médica en Estados

Unidos, no sin notificarlo previamente al gobierno de Teherán. El 4 de noviembre grupos de estudiantes iraníes asaltaron la embajada de Estados Unidos en Teherán, tomaron como rehenes a 66 norteamericanos y exigieron, para liberarlos, la extradición del Shah, con el fin de que pudiese ser juzgado y ejecutado, y la confiscación de su fortuna. La ocupación, que parece haberse planeado como un movimiento de protesta temporal, se endureció cuando Jomeini le dio apoyo público.

Un indignado Carter reaccionó inicialmente cortando las compras de petróleo, lo que agravó la escasez de carburante en Estados Unidos, y congelando los fondos iraníes en bancos norteamericanos, a la vez que emprendía negociaciones secretas con Teherán. Ante el fracaso de estas gestiones intentó, en abril de 1980, resolver el problema con una operación militar de rescate en gran escala, ideada por Brzezinski, contra la opinión del secretario de Estado Cyrus Vance, partidario de continuar por la vía de las negociaciones.

La llamada «operación Eagle Claw» («Garra de águila») era un proyecto tan complicado como insensato, cuyo estrepitoso fracaso dejó a Carter en ridículo. Cyrus Vance dimitió, indignado por esta aventura a la que se había opuesto en vano. Los iraníes acabaron negociando la devolución de los rehenes a cambio de una elevada suma y de la disponibilidad de sus activos en Estados Unidos, pero no fue posible que Carter aprovechara el valor propagandístico que hubiera podido tener el regreso de los rehenes al final de la campaña electoral, sino que éste se produjo una vez pasadas las elecciones que dieron el poder a Ronald Reagan.[4]

Afganistán: en el inicio de la gran guerra islámica

A fines de diciembre de 1979 los rusos entraron con sus tropas en Afganistán, un país con el que siempre habían mantenido una política de buena vecindad (Jrushchov y Bulganin habían visitado Kabul en 1955). La monarquía, representada por el rey Zahir, había sido derribada en 1973, después de una hambruna que causó decenas de miles de muertos, en un movimiento dirigido por el general Daoud, pariente cercano del rey, que instaló una república con un

programa modernizador, y gobernó asociado a una parte del Partido Democrático del Pueblo Afgano, que se proclamaba comunista.

Daoud se aproximó a la Unión Soviética, que de 1955 a 1978 proporcionó a los afganos una considerable ayuda militar y económica. A partir de 1975 trató de emanciparse de la tutela de Moscú con un acercamiento a Irán; pero el ejército estaba ya penetrado por militantes comunistas, que el 27 de abril de 1978 dieron un golpe, la «revolución de abril», que, tras asesinar a Daoud, llevó al poder al Jalq, la facción más radical de los comunistas, dirigida por Nur Muhammad Taraki y por Jafizulá Amín, quienes procuraron marginar al ala más moderada del partido, conocida como el Parcham, que dirigía Babrak Karmal.

En junio de 1979 el gobierno del Jalq inició la persecución y liquidación física de sus presuntos opositores y se lanzó a una política radical con la que no estaban de acuerdo los rusos, que pensaban que una sociedad de campesinos analfabetos en que predominaba el islam no estaba preparada para los grandes cambios que los comunistas locales querían introducir de súbito, y temían las consecuencias que todo ello podía tener, en momentos en que la revolución iraní empezaba a extender su influencia por Asia central.

En marzo de 1979 comenzaron en la región predominantemente chií de Herāt movimientos de revuelta islamista, protagonizados por una fuerza nueva en Afganistán, que tenía el apoyo de Irán y explotaba el descontento campesino contra el gobierno central, que se había ido acumulando a lo largo de décadas de corrupción e inmoralidad de los diversos regímenes afganos. La revuelta fue inicialmente dominada y los derrotados se refugiaron en Irán, pero los soviéticos temían por la suerte que le esperaba a la revolución afgana si seguía por este camino, ya que pensaban que era la propia intransigencia radical del Jalq la que había provocado esta primera reacción de protesta islámica.

Sabiendo que los soviéticos estaban preocupados por lo que ocurría en Afganistán, la CIA, que había establecido ya en 1978 contactos con los islamistas afganos a través de los servicios secretos de Pakistán, recomendó a comienzos de marzo de 1979 que se ayudase a los grupos islamistas, una opción que apoyaban el subsecretario de Defensa norteamericano, Walter Slocumbe, quien especulaba con la posibilidad de que la insurgencia afgana «metiese a los soviéticos en un cenagal a la vietnamita», y sobre todo Zbigniew Brzezinski, que había desarrollado una especie de fantasía geopolítica según la cual las

actuaciones de los soviéticos en África, en especial en Etiopía y Somalia, formaban parte de un gran proyecto ruso para hacer una pinza con otra presión que, actuando desde Afganistán a través de Irán, les permitiría alcanzar el Golfo Pérsico para apoderarse de un petróleo que creía que los rusos necesitaban a causa de la insuficiencia de sus propias reservas.

Desaparecido el Sha, se había quebrado la barrera que protegía el petróleo del Golfo Pérsico de una posible intrusión soviética. Brzezinski pensó que convenía buscar el apoyo de los grupos islamistas, incitándolos a una especie de guerra santa preventiva, para obligar a los rusos a intervenir en Afganistán, lo que los mantendría alejados de la ruta del Golfo. El 2 de febrero de 1979, en un informe al presidente, sostenía que los movimientos islamistas del Próximo oriente no eran de temer, sino que podían convertirse en una «potente fuerza política de cambio» y que convenía apoyarlos. El 3 de julio de 1979, unas semanas después de haber firmado un acuerdo de desarme con Brézhnev, Carter autorizó a la CIA a realizar operaciones encubiertas en Afganistán.

El propio Brzezinski lo explicó en 1998 en unas declaraciones que publicó *Le Nouvel Observateur*: «De acuerdo con la versión oficial de la historia, la ayuda de la CIA a los muyahidines empezó ... después de que el ejército soviético invadiera Afganistán ... Pero la realidad, mantenida en secreto hasta hoy, es totalmente distinta: la verdad es que fue el 3 de julio de 1979 cuando el presidente Carter firmó la primera disposición para dar ayuda en secreto a los opositores al régimen prosoviético de Kabul. Y este mismo día yo le escribí una nota al presidente en la que le explicaba que en mi opinión esta ayuda iba a inducir una intervención militar soviética».

En octubre el embajador norteamericano en Arabia Saudí llegaba a un acuerdo para compartir el coste económico de la ayuda a los islamistas afganos, y el 17 de diciembre, una semana antes de la entrada de los soviéticos, se acordaba en Washington que la CIA proporcionase armas y logística a los rebeldes e iniciase una campaña mundial de propaganda en su favor.

Ante las dificultades con que se encontraba, el régimen de Kabul había pedido ayuda a Moscú. Los soviéticos enviaron inicialmente armas y asesores, pero no deseaban implicarse directamente, sino que pidieron a los gobernantes afganos que frenasen la política de reformas que creaba malestar en los islamistas y formasen un gobierno de coalición con miembros del Parcham e

incluso, si era posible, con representantes de algunos grupos islamistas moderados.

Amín no sólo rechazó estos consejos, sino que prosiguió con una política represiva que llevó a la emigración de gran número de islamistas a Irán y a Pakistán. Moscú no logró tampoco convencer a Taraki, que desempeñaba la presidencia, de que hiciera los cambios políticos que se le pedían y se librase de su segundo en la jefatura del Jalq. En lugar de ello fue Amín quien consiguió apoyos militares, se hizo con el poder, ejecutó a una serie de políticos, incluyendo al propio Taraki, que fue estrangulado en la cárcel, pese a las peticiones personales de Brézhnev para que se respetase su vida, y asumió la presidencia en septiembre de 1979.

Amín expulsó entonces al embajador ruso, a la vez que intentaba recuperar personalmente la confianza de Moscú, donde se negaban a recibirlo, e inició contactos amistosos con el encargado de negocios de Estados Unidos en Kabul. Los soviéticos no podían dejar ni que los islamistas afganos ganasen la partida, ni que Amín hiciese un viraje de alianzas, semejante al que había hecho Sadat en Egipto, y se uniese al campo norteamericano. El nuevo embajador ruso en Kabul avisaba de que la situación era grave: el clero islámico, los campesinos y las tribus estaban contra Amín, que no tenía a su alrededor más que lacayos que repetían consignas sobre la construcción del socialismo y la dictadura del proletariado.

Para entender la reacción que llevó a la intervención rusa hay que prestar atención a lo que sucedía entre tanto en Europa, donde, por estas mismas fechas, se producía la llamada «crisis de los euromisiles». Ante la alarma manifestada en la Alemania occidental por la instalación de los misiles SS 20 rusos, la OTAN instaló en Europa occidental 572 misiles, incluyendo los Pershing II con carga nuclear,[5] algo que los soviéticos interpretaron como una amenaza. Esto explica sus temores de que los norteamericanos tuviesen el proyecto de instalar también misiles en Afganistán.

Sabemos hoy, gracias al testimonio de Chernyaev, que la decisión de intervenir en Afganistán fue obra de cuatro miembros del politburó —Gromyko, Ustínov, Andrópov y Ponomarev— que se impusieron a la debilidad de Brézhnev, quien «apenas entendía lo que estaba sucediendo a su alrededor», y a las dudas de los demás, que opinaban que aquélla era una aventura sin sentido,

puesto que no había en Afganistán las condiciones necesarias para emprender una política modernizadora, y que era imposible realizar este tipo de cambios con el apoyo de una fuerza militar extranjera. Se oponían también a la invasión los militares, a los que Ustínov se impuso, recordándoles que no eran ellos los que debían tomar las decisiones políticas, sino que lo que les correspondía era obedecer las órdenes y presentar un plan de operaciones.

Con el propósito de eliminar a Amín e instalar un gobierno más moderado que garantizase la estabilidad del país, se infiltró en Kabul a comandos de la KGB que atacaron el palacio en que residía Amín y lo ejecutaron el 27 de diciembre de 1979, mientras las tropas rusas entraban en el país y Babrak Karmal se proclamaba primer ministro y presidente, e iniciaba una política de tolerancia y de reformas sociales que le enfrentó a los grupos islámicos, que comenzaron a organizar guerrillas contra un gobierno que pretendía cambios tales como que las mujeres aprendieran a leer. La intención de los soviéticos no era la de imponer un régimen comunista al país, sino tan sólo la de asegurar en él un gobierno estable, para lo cual emprendieron un programa de «nation-building», enviando equipos de asesores y proporcionando ayuda económica, de acuerdo con los propios militares, que entendían que ésa era una guerra que no podía ganarse tan sólo por las armas.

Cuando se produjo la invasión soviética, Carter, que había contribuido deliberadamente a provocarla, declaró que era «la más seria amenaza a la paz desde la Segunda guerra mundial». Preocupado ante todo por el efecto que el secuestro de la embajada en Teherán podía tener en su campaña para la reelección, reaccionó diciendo: «Por el modo en que he manejado el asunto de Irán piensan que no tengo el valor de hacer algo. Quedaréis asombrados de lo duro que puedo llegar a ser». Una consideración que ayuda a entender que replicase con una política que quería ser enérgica, suspendiendo las ventas de cereales a la URSS, lo que perjudicó en aquellos momentos a los agricultores norteamericanos que exportaban sus excedentes, y negándose a presentar a ratificación el SALT II, acompañada de gestos tan ridículos como el de proponer al Comité Olímpico Internacional que cambiase el lugar de celebración de los juegos que habían de desarrollarse en Moscú en 1980, y negarse, al no conseguirlo, a participar en ellos (otra idea de Brzezinski).

El 23 de enero de 1980, dentro de su discurso sobre el estado de la unión, el

presidente norteamericano formuló la llamada «doctrina Carter», que sostenía que «un intento por parte de cualquier fuerza exterior de ganar el control del Golfo Pérsico será considerado como un ataque a los intereses vitales de Estados Unidos y será rechazado por todos los medios necesarios, incluyendo la fuerza militar». El texto, ideado por Brzezinski de acuerdo con sus fantasías geopolíticas, estaba modelado sobre el de la doctrina Truman. Su finalidad última era preservar el acceso de los norteamericanos al petróleo, que consideraban vital para su economía.

Aunque su intención inicial fuese tan sólo la de disuadir amenazadoramente a los soviéticos, sus consecuencias a largo plazo serían considerables. Como ha dicho Andrew Bacevich, esta doctrina era, aunque Carter no se diera cuenta de ello, una declaración de la que se derivaría «una secuencia de guerras sin fin», a medida que el ámbito de acción se extendía del Golfo Pérsico al conjunto del mundo islámico, con lo que acabó iniciando una gran guerra del Oriente Próximo que ha seguido ininterrumpidamente durante más de treinta y cinco años.

En febrero de 1980 Brzezinski viajó a Pakistán para establecer acuerdos con el dictador Zia-ul-Haq, con el fin de que diese pleno apoyo a los islamistas afganos, y pasó en su regreso por la Arabia Saudí, donde se renovaron los acuerdos para que los saudíes colaborasen en la ayuda a los muyahidines invirtiendo una suma equivalente a la que aportarían los norteamericanos, lo que vino a significar que cada uno de los dos «socios» gastase a la larga más de tres mil millones de dólares en la financiación de la guerrilla. «Durante los años ochenta —explica Milton Bearden, que fue responsable de la oficina de la CIA en Pakistán— la compañía proporcionó varios cientos de miles de toneladas de armas y de material militar a Pakistán para que se distribuyesen entre los rebeldes afganos.» Los pakistaníes, que tenían sus propios intereses en el conflicto, fueron los encargados de canalizar los recursos hacia aquellos jefes de guerrilla que podían controlar.

Años más tarde Brzezinski resumía así la estrategia global de la aventura afgana: «La administración Carter no sólo decidió de inmediato apoyar a los muyahidines, sino que organizó una coalición que abarcaba Pakistán, China, Arabia Saudí, Egipto y Gran Bretaña en favor de la resistencia afgana. De igual importancia fue la garantía pública norteamericana de la seguridad de Pakistán

contra cualquier ataque militar soviético, con lo que se creó un santuario para las guerrillas».

De este modo el presidente que había prometido no embarcar a su país en nuevas guerras, lo llevó a la aventura de Afganistán, que se ha convertido en la guerra más larga que Estados Unidos haya sostenido en toda su historia, y que sigue sin resolverse muchos años después. Los grandes objetivos políticos asociados a la «doctrina Carter» se convirtieron en uno de los fundamentos de la gran guerra islámica del siglo XXI.

La reactivación de la guerra fría

Fue Carter quien puso en marcha el proceso de reactivación de la guerra fría que Reagan iba a continuar (y finalmente a cerrar). El hombre que había asumido el poder anunciando que se proponía luchar para la eliminación de las armas nucleares en el mundo, acabó convirtiéndose en el iniciador de una nueva etapa de rearme nuclear. Carter, que había servido en un submarino nuclear y tenía conocimientos sobre la materia, descubrió muy pronto que Estados Unidos era vulnerable a un ataque nuclear y que sus sistemas de alerta eran de escasa eficacia, como lo revelaron varios episodios de falsa alarma de ataque, como el del 9 de noviembre de 1979, a las tres de la madrugada, en que un error envió a los ordenadores del NORAD (North American Aerospace Defense) un falso aviso de un ataque de doscientos cincuenta misiles soviéticos. Brzezinski esperó a tener una nueva confirmación antes de despertar al presidente para desencadenar un ataque de respuesta, como estaba previsto; pero no hubo más indicios, y como esto había sucedido anteriormente —volvería a ocurrir seis meses más tarde— se evitó el desastre.

Esta situación llevó a desarrollar una serie de planes, no sólo para mejorar la alerta, sino para prever «un mosaico de alternativas viables en lugar de las opciones de ataque agregado relativamente amplio de los planes actuales del SIOP». Unos planes que llevaron a un aumento considerable de la inversión en este campo.

Son estos antecedentes los que permiten entender la génesis de la Directiva presidencial/NSC 59 (PD 59) de 25 de julio de 1980 sobre «Política de empleo

de las armas nucleares», un documento que proponía mantener y aumentar las fuerzas nucleares con el argumento de que eran necesarias para disuadir a cualquier enemigo, convenciéndole de que era imposible que alcanzase «ninguna definición plausible de victoria» y que, si la disuasión fallaba, debían ser capaces de responder «de modo que el adversario no alcance sus objetivos de guerra y sufra daños inaceptables».

Los objetivos soviéticos incluidos en el plan de destrucción del SIOP se aumentaban de mil setecientos a siete mil. Entre ellos se incluían «mandos militares, comunicaciones y capacidades de inteligencia» y «el sistema de control político». Uno de los aspectos de apariencia más siniestra del plan era lo que se dio en llamar «la decapitación», o sea, la teoría de que era posible alcanzar la victoria sobre los soviéticos mediante la eliminación sistemática de sus dirigentes en una serie de ataques destinados individualmente a sus despachos, domicilios y refugios.

La campaña tenía, además, una motivación electoral. En el transcurso de un año, escriben Craig y Logevall, «el presidente adoptó una medida política antisoviética tras otra, autorizando nuevos sistemas de armas, aislando diplomáticamente a la URSS, y sobrepasando a sus críticos en la exageración de los peligros que amenazaban al país».

Le movía a ello el intento de quitar argumentos al belicismo de los republicanos, y de responder a los feroces ataques del CPD, donde un grupo de intelectuales y políticos, no sólo republicanos, sino también demócratas conversos, le acusaban de debilidad ante la amenaza soviética, criticaban muy severamente su política de «derechos humanos» y comenzaban a definir las grandes líneas de lo que iba a ser la política de Ronald Reagan.

El ala «liberal» de los políticos demócratas criticó la «insensatez apocalíptica» del NSC 59, que acababa con el equilibro del MAD, la idea de una destrucción mutua asegurada, que había sido la base para alcanzar la distensión. Acabar con el equilibrio del sistema implicaba, además, el inicio de una nueva carrera armamentística que obligó a Carter a aumentar de nuevo el gasto militar, con el objetivo de financiar nuevos programas de construcción de armamento, a costa de disminuir el gasto de carácter social, lo que vino a sumarse al desprestigio en que le hundieron la captura de los rehenes norteamericanos en Teherán y el fracaso de su intento por rescatarlos. A todo ello se añadió la mala

situación de la economía, como consecuencia de una política que dejó a millones de norteamericanos sin trabajo, con una inflación del 18 %: un 86 % de los norteamericanos rechazaban su gestión en el terreno de la economía. «La miseria económica, unida a la crisis de los rehenes de Irán —dice Greenspan— le hicieron perder a Jimmy Carter la elección de 1980.»

Al término de su mandato Carter dejaba las relaciones soviético-americanas en su punto más bajo desde hacía muchos años. Había iniciado una nueva guerra fría, de la que Reagan se convertiría en portavoz, en los mismos momentos en que en la URSS iba desapareciendo la vieja guardia de los sucesores de Stalin. El enemigo contra el que se intentaba movilizar de nuevo todas las fuerzas no era más que un fantasma nacido de los terrores de unos y de los intereses inconfesables de otros.

El final de la era de Brézhnev

¿Cuál era la realidad de ese enemigo fantasmal contra cuyos horrendos planes de dominación mundial se estaban rearmando Carter y Brzezinski?

El dirigente máximo de la Unión Soviética, Leonid Brézhnev, se sentía feliz con sus avances en la distensión, puesto que deseaba ser recordado como el hombre que había traído la paz a su país. En mayo de 1972 parecía haber comenzado un período en que se abrían perspectivas de que la coexistencia de ambos sistemas podía ser posible. Un año más tarde, en mayo y junio de 1973, visitó Alemania occidental y Estados Unidos, donde iba a desarrollar las negociaciones que debían conducir a SALT II, convencido de haber alcanzado el objetivo de poner los fundamentos para una paz a largo plazo.

Pero las cosas cambiaron con la caída de Nixon. «Ahora —se lamentaba Brézhnev en enero de 1976— incluso después de Helsinki, Ford y Kissinger y algunos senadores piden que América se arme todavía más, quieren ser los más fuertes. Nos siguen presionando por nuestra flota, por Angola o por cualquier otro motivo.» La consecuencia de este cambio era que el ministro de Defensa le venía a pedir más dinero, «y yo lo apruebo una vez, y otra, y otra. Y el dinero se va volando».

La distensión comenzaba a encontrar resistencias en Rusia, ante las

concesiones que Brézhnev estaba haciendo para mantener abiertas las negociaciones. A todo ello se sumó el problema de los disidentes rusos, que empezaron a actuar en público al amparo del acuerdo de Helsinki. No iban a parar ahora a la cárcel, sino que se les facilitaba la marcha al extranjero, y en algunos casos se les retiraba la ciudadanía soviética cuando se encontraban en el exterior, para impedir que regresaran. A Solzhenit-syn, en concreto, que exhortaba a los dirigentes soviéticos a abandonar el marxismo y reemplazarlo por el cristianismo ortodoxo, le pusieron en un avión para que marchara.

El tratado SALT II, del que un Brézhnev enfermo y agotado firmó junto a Gerald Ford un acuerdo básico en Vladivostok en 1974, y que el propio Brézhnev y Carter volvieron a firmar en Viena en junio de 1979, no fue ratificado nunca por el senado norteamericano. Brézhnev quedaba ahora como el único firme defensor de la distensión, en momentos en que se sentía agotado y en que su salud empeoraba progresivamente, agravada por las sobredosis de un sedante opiáceo que se había acostumbrado a tomar después de la crisis de Checoslovaquia, y que le hacía caer en largos períodos de abatimiento. Tras las conversaciones con Gerald Ford en Vladivostok sufrió un colapso del que le costó semanas recuperarse, y en la cumbre de Helsinki estaba en tan precaria situación que le resultó difícil incluso firmar el acta. Después pasó mucho tiempo en que apenas aparecía por el politburó.

La derrota de Ford en las elecciones significó una nueva decepción para él. Ahora se veía enfrentado a un Carter que no aceptaba la negociación personal, que estaba bajo la influencia de Brzezinski y que, además, en abierto contraste con el realismo de Nixon y de Kissinger, pretendía inmiscuirse en los asuntos internos soviéticos con su retórica acerca de los derechos humanos, estimulada por sus asesores con una clara intención antisoviética.

La cumbre de Viena de junio de 1979, en que hubo un encuentro personal cordial entre Carter y Brézhnev, pareció que podía cambiar el signo de las cosas, pero el giro a la derecha del presidente norteamericano, que éste pretendía legitimar con una hipócrita condena por la intervención rusa en Afganistán, acabó de arruinar cualquier perspectiva de arreglo: la guerra fría se recrudecía de nuevo.

Se iniciaba ya, al propio tiempo, la crisis interna en las «democracias populares». Las huelgas de Gdansk, dirigidas por un sindicato independiente,

Solidarność, que obtuvo su reconocimiento legal en 1980 y creció en influencia en los años de crisis económica, no sólo perturbaron la vida de Polonia, sino que alcanzaron un eco internacional, gracias a la colaboración que les prestaba la Iglesia católica, dirigida en aquellos momentos por un papa polaco. Lo cual sucedía al tiempo que se acentuaba también, en el «campo socialista», la divergencia de la Rumania de Ceaușescu.

En estos momentos, con el secretario general del partido soviético enfermo y agotado, recluido habitualmente en su dacha, eran los miembros de la troika integrada por Andrópov, Ustínov y Gromyko, con Súslov como presidente de la comisión del politburó, quienes debían tomar las decisiones respecto de la crisis polaca. Contra las propuestas de intervención planteadas por Ustínov, Yuri Andrópov se opuso a una nueva aventura militar, que hubiera acabado con todo el proceso de distensión y hubiera puesto en peligro los acuerdos de Helsinki: «El cupo de las intervenciones en el extranjero se ha agotado», diría. Una actitud que coincidía con la del propio Brézhnev, que no hizo caso de las peticiones de los dirigentes de otros países del Pacto de Varsovia para que invadiera Polonia. El deseo de recuperar el clima de distensión y el temor al coste de una operación militar de ocupación, que los soviéticos hubieran tenido que financiar, tanto si la ejecutaban directamente como si se encargaban de ella otros países, pesaron fundamentalmente en su decisión.

Los miembros de la troika decidieron que podían tolerar por el momento algunos socialdemócratas en Polonia y que lo mejor sería una solución con un movimiento militar interno que reemplazase a la impotente y desmoralizada dirección del Partido comunista polaco. Se esgrimió, para facilitar el cambio, la amenaza de una intervención soviética, que no tenían intención alguna de hacer, y se facilitó de este modo el «golpe de estado» del general Jaruzelski, que restableció el orden el 13 de diciembre de 1981, a costa de imponer la ley marcial.

Para paliar la grave crisis en que vivía la economía polaca los soviéticos se habían visto obligados a invertir en ella cuatro mil millones de dólares, sin resultado apreciable, mientras el malestar económico agudizaba los sentimientos antisoviéticos de los polacos. En el invierno de 1981 tuvieron que aprontar mil quinientos millones más para evitar una catástrofe humana, pese a que en la propia Rusia escaseaban los alimentos que se estaban entregando a Polonia. El

problema de los costes del imperio se estaba planteando ahora con toda crudeza.

Brézhnev murió el 10 de noviembre de 1982. El balance de su gestión en el interior era más bien mediocre. Abandonó las medidas descentralizadoras de la economía que había intentado Jrushchov y reprimió los movimientos nacionalistas internos. La estabilidad política la aseguraba manteniendo a los funcionarios en sus puestos, en lugar de practicar los cambios que Jrushchov había realizado en sus intentos por mejorar la gestión.

Había conseguido estabilizar inicialmente la economía —la producción agraria creció de 1960 a 1970 a una tasa del 3 % anual y la industrial lo hizo globalmente en un 38 %—, pero no se atrevió a implantar las reformas más ambiciosas que proponía Kosygin y que eran necesarias, sobre todo para mejorar una agricultura estancada que no siempre era capaz de satisfacer las necesidades de subsistencia de la población. La economía, decía Chernyaev, estaba iniciando un período de estancamiento que apuntaba a una decadencia irreversible. Se pudo aplazar la reforma de una industria ineficaz y anticuada gracias a los beneficios que proporcionaba el petróleo que se exportaba, y el propio Brézhnev tomó la iniciativa de invertir en los gasoductos que habían de permitir que la exportación de gas natural se convirtiese en uno de los ingresos fundamentales de la economía rusa. Por otra parte, los costes del programa de rearme hicieron imposible una mejora sustancial de los niveles de vida de los ciudadanos soviéticos.

En política internacional tuvo dos grandes fracasos. No logró la reconciliación con los chinos y se frustró su intento de ayudar a los regímenes árabes amigos tras sus derrotas en las guerras «de los seis días» y del Yom Kipur. Por otra parte, la política de intervención en el tercer mundo que había organizado Jrushchov —en el cuerno de África o en Angola, con la mediación de Cuba, que envió a África tanto combatientes como médicos— estaba en franco retroceso.

El gran empeño de toda su gestión había sido la lucha por conseguir la paz a través de la distensión, lo cual exigía, paradójicamente, reforzarse militarmente para poder negociar en pie de igualdad. Ésta fue la obra de su vida, a la que dedicó los mayores esfuerzos, incluso cuando estaba ya gravemente enfermo. Pero vivió lo suficiente para ver que todo lo que había conseguido se desmoronaba ante el retorno de Carter a una política de guerra fría.

Años más tarde Chernyaev haría justicia a Brézhnev y a la sinceridad y entrega de su lucha por la paz. Algunos de los mayores errores de su gestión no fueron obra suya. En el caso de la intervención en Checoslovaquia en 1968, a la que se resistía, cedió a las presiones de su entorno, porque no se sentía aún seguro en el poder. En el caso de Afganistán fueron, como se ha dicho, tres miembros del politburó los que decidieron, aprovechándose de su debilidad física y mental.

En la propia Unión Soviética se podía afirmar que la ideología del comunismo había perecido a manos del fracaso económico. Y era evidente, además, que el modelo soviético no tenía ya capacidad de atracción para el resto del mundo. Como diría Karen Brutents, uno de los dirigentes del departamento de política internacional soviético, en aquellos momentos «las consideraciones ideológicas no tenían papel alguno en nuestra política. Los intereses del estado, tal como los entendíamos, eran la consideración principal. La coloración ideológica se mantenía, influía aún a algunas personas; pero la consideración que prevalecía era siempre la de los intereses del estado».

Contra lo que los norteamericanos temían, los soviéticos no estaban fraguando proyectos para atacarles, sino que, atemorizados por sus amenazas, se armaban para defenderse. Les había llegado la noticia de que la directiva PD-59 de Carter incluía a los propios dirigentes rusos como uno de los objetivos inmediatos de un primer ataque que, con los misiles Pershing II instalados en Europa, podía completarse en pocos minutos. ¿Quién podría dar las órdenes para responder a este ataque, si la cúpula gobernante era eliminada? ¿Cómo podría organizarse una respuesta?

Los soviéticos crearon entonces un sistema de represalia automático, «Mano Muerta», integrado por satélites de observación que transmitirían la noticia de un ataque a unos oficiales instalados en un búnker subterráneo, desde el cual podían dar las órdenes para lanzar la respuesta, incluso si todos los dirigentes y todos los sistemas de mando habían sido destruidos. Un sistema que estaba a punto de completarse a fines de 1984 y que incluía, al parecer, elementos de guerra biológica.

En estas condiciones, y tras la experiencia de estos años de búsqueda desesperada de acuerdos de paz, acompañada por la retirada gradual de las intervenciones soviéticas en el resto del mundo, tras su derrota en el escenario de

Oriente próximo ¿cómo puede entenderse que en Estados Unidos se optase por revivir la guerra fría? La amenaza soviética había sido desde el comienzo un fantasma utilizado por unos dirigentes que conocían bien la debilidad del adversario, pero la ocultaban para mantener la disciplina social interior y la colaboración de sus aliados, aparte de para garantizar el negocio del complejo militar-industrial. Pero ¿qué utilidad tenía en estos momentos un nuevo llamamiento a la guerra?

La única respuesta válida es que los norteamericanos habían acabado siendo víctimas de su propia máquina de propaganda. Acostumbrados a asociar al enemigo rojo a todos los problemas a los que se enfrentaban, tanto a los de su propia sociedad como a los que planteaban en el mundo las aspiraciones de los pueblos a la independencia y al bienestar, sucumbieron al complejo de la guerra fría y acabaron devorados por unos miedos irracionales que algunos utilizaban para su propio provecho.

12

LA CONTRARREVOLUCIÓN CONSERVADORA (1982-1989)

La agitación de los años sesenta no consiguió transformar la sociedad como se proponía, pero dejó sembrados temores que habían de impulsar a los defensores del sistema a dar la batalla con una contrarrevolución conservadora. No se trataba ahora de combatir el comunismo, que había sido erradicado de la sociedad norteamericana por la acción del FBI y de la CIA, y que estaba en plena decadencia en los países de la Europa occidental, sino de enfrentarse a las tendencias progresistas elaboradas y difundidas en los años sesenta.

A lo cual se añadiría, como un punto fundamental del programa conservador, la tarea de acabar con la elevada carga de los impuestos a los más ricos que se había mantenido después de la Segunda guerra mundial, argumentando, como sostenía el partido Conservador británico en 1979, que había que hacerlo para «premiar el trabajo duro, la responsabilidad y el éxito» o, como afirmaba el partido Republicano de Estados Unidos en 1980, para respetar «el derecho de los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan». Los argumentos que sostenían que esto era, además, bueno para el crecimiento económico, surgirían más tarde como una legitimación. El resultado sería que la carga de los impuestos, que era del 62 % en 1970, caería al 42 % en 1991.

El primer programa político e intelectual de esta reacción lo expuso en agosto de 1971 Lewis Powell, un abogado defensor de los intereses empresariales que poco después ingresaría en el Tribunal supremo de Estados Unidos. Su *Memorándum confidencial. Ataque al sistema americano de libre empresa*, escrito para la United States Chamber of Commerce comenzaba con estas palabras: «Ninguna persona reflexiva puede dudar de que el sistema económico americano está siendo sometido a un duro ataque».

La amenaza no provenía de los extremistas de izquierda que criticaban el

sistema, sino de la proliferación de voces críticas que procedían de «elementos perfectamente respetables de la sociedad: de los campus universitarios, del púlpito, de los medios, de las revistas intelectuales y literarias, de las artes y las ciencias, y de los políticos». Y una de las más lamentables paradojas era que «el sistema de empresas lo tolera, cuando no participa en su propia destrucción».

El extenso documento, que Bill Blum describe como «una caricatura invertida del *¿Qué hacer?* de Lenin», era una declaración de guerra, dirigida a la Cámara de comercio, a la que pedía que se pusiera al frente de otras instituciones industriales y comerciales para una campaña de penetración en las universidades (en especial en las facultades de ciencias sociales), de vigilancia de los libros de texto y, finalmente, de penetración en la educación secundaria.

Esta campaña debía completarse con otra sobre el público, utilizando para ello a intelectuales, escritores y presentadores. Había que vigilar la televisión como los libros de texto, y había que trabajar también en lo referente a la radio y la prensa, las revistas científicas, los libros y panfletos, y utilizar anuncios pagados para difundir las ideas.

Lo más importante, sin embargo, era la acción política. «El mundo de los negocios debe aprender la lección que hace tiempo aprendieron los sindicatos y otros grupos de intereses. La lección de que el poder político es necesario; que este poder debe ser asiduamente cultivado, y que, cuando convenga, debe utilizarse agresivamente y con determinación.» «No debe haber la menor vacilación en presionar vigorosamente en todos los escenarios políticos en favor del apoyo al sistema de libre empresa. Ni debe haber escrúpulo alguno en penalizar políticamente a los que se oponen a él.»

Este llamamiento a la lucha política, que tenía a los sindicatos como primer enemigo que había que combatir, tuvo unos efectos inmediatos, al movilizar a las asociaciones empresariales, que no sólo emprendieron acciones directas, como la que les permitió frenar el proyecto de creación de un organismo de representación de los consumidores en tiempos de Carter, sino que aumentaron su papel en la financiación de las campañas electorales a través de los PAC (Comités de Acción Política), con lo que lograron influir sobre los políticos demócratas, que hasta entonces habían dependido sobre todo del apoyo económico de los sindicatos, y que optaron ahora por suavizar sus actitudes para no enajenarse el apoyo de las asociaciones y de los empresarios, cuyas

contribuciones superaron muy pronto en volumen a las sindicales.

Esta contrarrevolución encontró audiencia en un público que, en una época de inseguridad económica, empezaba a estar de vuelta de las viejas ilusiones: que se oponía a la legalización del aborto, a las reivindicaciones del feminismo o a la tolerancia hacia la homosexualidad, y que estaba dispuesto a apoyar la restauración de los que se suponían ser los valores tradicionales.

Y tuvo sobre todo una gran aceptación por parte de las capas trabajadoras y medias del sur de Estados Unidos, que rechazaban la distribución de ayudas sociales a los pobres, entre los cuales predominaban las minorías étnicas. Los norteamericanos pensaban que la suya era una sociedad abierta y equitativa, y que «si alguien es pobre será por su propia culpa», lo cual les llevaba a la convicción de que las ayudas sociales engendraban pobreza y ociosidad.

Cuando Reagan utilizó para sus campañas la imaginaria historia de una «reina de la seguridad social», negra naturalmente, que ganaba ciento cincuenta mil dólares al año cobrando la viudedad por cuatro maridos veteranos de guerra que jamás habían existido, además de enriquecerse con «cupones de comida» y otros tipos de beneficios, le costó poco colocar esta fábula en una audiencia que estaba convencida de que los auxilios a la pobreza eran un error.

Ésta de los setenta había de ser lo que Tom Wolfe caracterizó como «“Me” decade», la época de afirmación del individuo, con un regreso a los valores religiosos y al sentimentalismo. Era una restauración que pretendía presentarse como una revolución, como diría Charles A. Reich en *The greening of America* (1970): «Hay una revolución que llega. No será como las revoluciones del pasado. Se originará en el individuo y en la cultura, y cambiará la estructura política sólo como su acto final».

También en la cultura de élite iba a haber cambios fundamentales. Los fallecimientos de Stravinski en 1971 y de Picasso en 1973 anunciaban el final de una época y el inicio de otra que iba a ver el triunfo de una música culta cada vez más alejada del público medio, de una arquitectura que rechazaba la «modernidad» del racionalismo (la propia denominación de «posmodernismo» nació en este terreno), de un arte, en suma, en que desaparecería el concepto mismo de vanguardia, que implicaba la idea de que el artista participaba en un combate por la transformación de la sociedad, para primar los valores del subjetivismo. Al fin y al cabo, en una época en que las galerías de arte y los

museos aceptaban las manifestaciones más provocadoras en busca de la sorpresa de la innovación, no tenía sentido seguir pensando en el artista como en alguien que luchaba contra el arte académico para introducir valores nuevos. El mercado había reemplazado al crítico como evaluador de la calidad artística.

En términos de opciones políticas, sin embargo, habría en un primer momento grandes diferencias entre lo sucedido en Norteamérica y en Gran Bretaña respecto de la evolución en la Europa occidental, donde la existencia de una sociedad civil que se había ido construyendo en torno al estado de bienestar (en 1960 el gasto del estado en subsidios y transferencias, expresado en términos del PIB, era el doble en la Europa occidental que en Estados Unidos), mantendría, aunque sólo fuera parcialmente, las opciones de los partidos socialdemócratas, mientras que en Estados Unidos el giro político a la derecha se vería reforzado por un componente racista, que sigue plenamente vivo en la actualidad, y que ayuda a entender la obsesión de la sociedad blanca estadounidense por la posesión individual de armas con que defenderse de los «otros».

Ronald Reagan

Ronald Wilson Reagan llegó a la Casa Blanca con un pobre bagaje cultural y escaso conocimiento de las cuestiones políticas, diplomáticas o militares. William Clark, que se convirtió en su segundo ayudante de seguridad a comienzos de 1982, sostenía que el presidente «no sabía apenas nada acerca de lo que estaba ocurriendo en muchos lugares del mundo».

Actor cinematográfico de segunda fila, evolucionó hacia posiciones reaccionarias cuando su carrera en el cine declinaba, en contraste con la de su primera esposa, Jane Wyman, contra la que prestó declaración ante el HUAC. Se casó en segundas nupcias con Nancy Davis —que se llamaba en realidad Anne Frances Robbins—, una joven actriz de poco talento e ideas ultraconservadoras, que se guiaba en su vida por los pronósticos de su astróloga, Joan Quigley, que cobraba tres mil dólares al mes por contestar las consultas que Nancy le hacía por teléfono varias veces al día.

Nancy, que llevó a la Casa Blanca las apariencias de un nuevo «Camelot»,

fue una auténtica «primera dama», que no sólo se dedicó a proteger incansablemente a su esposo, aislándole del entorno, sino que influyó decisivamente en su carrera, y fue determinante en la elección de los hombres que habían de rodearle.

Este actor de limitada inteligencia tenía poca capacidad de concentración, lo que obligaba a simplificar las cuestiones que se le planteaban. En su segundo mandato su decadencia se acentuó; olvidaba los nombres de algunos de sus ayudantes, y hasta el de su perro, de modo que se llegó a plantear la posibilidad de relevarlo. Pero era, sin embargo, un gran comunicador, que resultaba de la máxima eficacia recitando ante las cámaras unos discursos escritos por un equipo de redactores, que iba leyendo en el *teleprompter*. En sus memorias contó cuál era la fórmula de su oratoria: «Generalmente comienzo con un chiste o con una historia para captar la atención de la gente: luego les cuento lo que voy a decirles, se lo digo, y después les digo lo que acabo de decirles».

Tras dos intentos frustrados de obtener la candidatura republicana, en 1968 frente a Nixon y en 1976 frente a Gerald Ford, se presentó en 1980 con un repertorio de ideas de derecha dura, que vendía con citas de Thomas Paine y de Roosevelt, presentándolas como la base de una nueva revolución. A la vez que se ocupaba de movilizar con una retórica piadosa al amplio sector de la derecha religiosa, a la que conquistó adornando los rituales públicos y los discursos con invocaciones a Dios, aunque él apenas acudía a la iglesia. No dudó, por otra parte, en buscar el voto racista del sur, defendiendo los «derechos de los estados» en la feria de Neshoba County, cerca del lugar en que habían sido asesinados en 1964 tres defensores blancos de los derechos civiles.

En su campaña recuperó los tópicos más duros de la guerra fría, rechazando la distensión y atacando en especial a Carter, cuya preocupación por los derechos humanos habría contribuido a que «se perdiesen» Nicaragua e Irán, y a que hubiese disminuido el prestigio de Estados Unidos en el mundo. Le favoreció además la desastrosa situación en que Carter dejaba la economía, con paro e inflación, algo que Reagan prometía resolver disminuyendo el gasto gubernamental y rebajando los impuestos —«El gobierno no es la solución a nuestros problemas, el gobierno es el problema»— pese a comprometerse a mantener un alto presupuesto de defensa. El proyecto era insensato, como se acabaría demostrando —el déficit y la deuda pública crecieron durante su

gestión hasta extremos nunca conocidos—, pero los electores apreciaban estas promesas y no se paraban a analizarlas.

Reagan derrotó a un desacreditado Carter en unas elecciones en que sólo votó el 54,7 % de los electores (fue en realidad la abstención la que le dio la victoria) y en que obtuvo el 50,8 % de los votos depositados, y asumió la presidencia en enero de 1981, cuando faltaban pocos días para que cumpliese setenta años de edad. Los republicanos obtuvieron además excelentes resultados en las dos cámaras, lo que ayudó a que el nuevo presidente consiguiese, usando toda su habilidad personal, que los demócratas aceptaran su programa económico.

Su afinidad con el Committee on the Present Danger (CPD) explica que incorporase hasta treinta y tres de sus miembros en su administración, veinte de ellos en cargos relacionados con la seguridad nacional, como George Shultz, William Casey (como jefe de la CIA), Jeane Kirkpatrick,[1] Paul Nitze, Richard Perle, Eugene V. Rostow, Richard Pipes o Richard Allen. Personajes que contribuirían a alimentar una política exterior extremadamente agresiva.

Las actividades cotidianas de gobierno, de las que Reagan solía desentenderse, las dirigieron durante su primer período presidencial tres ayudantes —Michael Deaver, Edwin Meese y, muy en especial, James Baker III — que tomaban muchas de las decisiones que correspondían al presidente. Como diría Alexander Haig, su primer secretario de Estado: «No se podía servir en su administración sin saber que Reagan era un símbolo y que eran estos hombres los que dirigían el gobierno». En contraste con la gestión directa y personal de Kennedy, Johnson o Nixon, este anciano —que sufrió, además, graves heridas en un atentado a los dos meses de su toma de posesión, el 30 de marzo de 1981—[2] mantenía una mezcla de distanciamiento y desinterés ante la mayoría de los asuntos. Por otra parte, sordo del oído derecho y con escasa capacidad de oír en el izquierdo, solía asistir impasible a las reuniones, sin hacer preguntas ni mostrar signos de lo que pensaba. Sin embargo, se mantuvo lo suficientemente activo durante la mayor parte de su gestión, por lo menos hasta los últimos años de su segundo mandato, cuando aparecieron los primeros signos de alzheimer: dejaba entonces sin leer papeles importantes de trabajo y dedicaba la mayor parte del tiempo a ver películas en el televisor.

Todo lo cual no significa que abandonase las decisiones políticas importantes

en manos de su entorno. Muy al contrario. En lo que consideraba que eran los grandes problemas actuó de acuerdo con sus ideas, sin dejarse influir e incluso oponiéndose frontalmente a los miembros de su propio gobierno, como ante la guerra de las Malvinas (abril-junio de 1982), en que, contra las opiniones de Jane Kirkpatrick, su representante en la ONU, y del secretario de Estado Shultz, optó por aparentar en público imparcialidad, a la vez que procuraba que se diera a «Maggie» Thatcher todo lo que necesitase.

Era un hombre sin amigos, influido sobre todo por su esposa, y con escasa relación con sus hijos. No hubo en su entorno nadie que ocupase la función esencial que en anteriores presidencias habían tenido los consejeros de Seguridad Nacional como Kissinger (Reagan tuvo hasta seis distintos en los ocho años de su gestión) y dejó que los pesos pesados de su administración —Shultz, Caspar Weinberger o Casey— se enfrentasen entre sí sin mediar en sus disputas.

REAGANOMICS

La primera de las tareas que se vio obligado a emprender Reagan era la de poner orden en la situación económica que había dejado Carter. La recesión económica de 1980-1981 significó el inicio de un cambio decisivo en la economía norteamericana. Unos elevados tipos de interés, que alentaban a la inversión especulativa, y el dólar caro contribuyeron a iniciar un proceso de desindustrialización en el que se perdió más de un millón de puestos de trabajo. No era una crisis, en el sentido de un descenso temporal de la actividad, sino el inicio de un doble cambio: el de la deslocalización de la actividad industrial a los países subdesarrollados, por una parte, y por otra, el de la «gran divergencia», de lo que se hablará más adelante.

La nueva política económica destinada a hacer frente a la crisis, la «reaganomics», la elaboraría y pondría en práctica David Stockman, el director de la oficina del Presupuesto, considerado, a sus treinta y cuatro años de edad, como un genio. Fue él quien consiguió convencer al Congreso de que el recorte de impuestos, que beneficiaba especialmente a los más ricos (la tarifa máxima cayó del 70 % a la llegada de Reagan al poder hasta el 28 % en 1988),

estimularía la inversión y produciría tal expansión de la economía y del empleo que los ingresos fiscales no disminuirían.

Para compensar la disminución inicial de la recaudación era necesario poner en marcha una campaña paralela de recorte de los gastos, que estaba previsto que no afectara a los de carácter militar. Con el argumento de la necesidad del rearme el secretario de Defensa optó, con la aprobación de Reagan, por un aumento desmesurado de gasto que hacía inviable el equilibrio presupuestario. [3] Los recortes se produjeron en programas federales de educación, vivienda y ayudas sociales: se redujo en un 40 % la financiación del programa de alimentación en las escuelas, cuatrocientas mil familias obreras perdieron las ayudas sociales y un millón de norteamericanos se quedó sin cupones de comida.

A fines de 1981 el país estaba sometido a una combinación de recesión, tipos de interés en ascenso y déficit creciente que parecía anunciar un próximo desastre. Lo cual obligó a introducir, a partir de 1982, aumentos de impuestos que liquidaron en parte el recorte del año anterior, a lo que se añadieron aún otros aumentos en años posteriores.

Si se evitó la inflación, no fue por la «reaganomics», sino que se debió sobre todo a la labor efectuada desde la Reserva federal por Paul Volcker, que se encargó de que los tipos de interés se elevaran por encima del 15 %, con lo que consiguió reducir rápidamente la inflación. Reagan mantuvo a Volcker en el cargo hasta agosto de 1987, cuando lo reemplazó por Alan Greenspan, que se acomodaba mejor a sus proyectos de desregulación de la economía.

Los otros elementos esenciales del programa eran la liberalización de las actividades financieras, la supresión de medidas reguladoras (como los controles sobre la polución) y una política de apoyo a las empresas, ayudándolas en su pugna contra los sindicatos, con una lógica semejante a la que había servido para justificar el recorte de los impuestos: así se enriquecerían y crearían puestos de trabajo. Una de las peores consecuencias de esta política liberalizadora fue el abandono de las medidas antitrust, que abrió el camino que conduciría a reforzar el monopolio de las grandes empresas y a disminuir su competitividad.

La pugna contra los sindicatos comenzó con la disolución del de controladores del tráfico aéreo, PATCO (Professional Air Traffic Controllers Organization), uno de los únicos sindicatos que le había dado apoyo en las elecciones de 1980. PATCO declaró una huelga en 1981 en demanda de mejoras

salariales. Como era una organización dependiente del gobierno federal, Reagan les hizo una oferta y les dio dos días de plazo para aceptarla, al cabo de los cuales decidió que los más de once mil de sus miembros que no habían regresado al trabajo quedaban despedidos. Se inició así una política de acoso a los sindicatos que condujo a que entre 1970 y 1990 se produjera en Estados Unidos un colapso del movimiento sindical.

Con la desregulación se desarrolló en la economía una oleada de especulación que dio lugar a todo tipo de escándalos y corruptelas, como la de los «bonos basura» («junk-bonds»), que ofrecían altos rendimientos para negocios arriesgados, o las opas hostiles que permitían apoderarse de las empresas con recursos obtenidos a crédito.

El mayor de los escándalos de este tipo fue el las *Savings and Loans*, una especie de cajas de ahorro que recibían depósitos de ahorro y los invertían en activos de baja rentabilidad, pero seguros, como eran por entonces las hipotecas. Ante las dificultades con que se encontraban en unos años de aumento de los tipos de interés, se decidió ayudarlas a mejorar sus resultados liberándolas de las regulaciones que fijaban la naturaleza de sus inversiones. Esta desregulación, propugnada por el departamento del Tesoro, permitió un rápido crecimiento de estas instituciones, entregadas a la búsqueda de beneficios en inversiones de dudosa solvencia. Su crisis, que comenzó a estallar en 1986, llevó a la ruina a 747 de estas entidades y descubrió además un trasfondo de corrupción y fraude. En 1989 el nuevo presidente, George H. W. Bush, tuvo que acudir a su rescate, asumiendo un coste para el estado de unos 125.000 millones de dólares.

James K. Galbraith ha definido así las líneas esenciales de esta política económica: «La política monetaria restrictiva estaba encaminada a acabar con la inflación rápidamente, brutalmente si fuera necesario. Y a favorecer con ello un asalto general al gobierno, las regulaciones y los sindicatos, cuyo propósito era dejar que las fuerzas del mercado —y los capitalistas privados— gobernasen». La propia contraposición de los términos «desregular» y «gobernar» invita a no caer en la trampa de pensar que la desregulación implicaba liberar la economía; de lo que se trataba era de pasar su control de las manos del estado a las de los empresarios privados. Esta combinación de desregulación de la economía, retroceso de los servicios sociales y grandes recortes de los impuestos a los más ricos formaba la esencia de la llamada «supply-side economics» o «economía de

la oferta». Algo que el propio inspirador de esta política, David Stockman, desmitificó muy pronto, reconociendo que era poco más que una forma de arropar la vieja idea de que reduciendo los impuestos a los ricos se lograría que invirtiesen, creasen trabajo e hiciesen surgir una riqueza que se derramaría sobre el conjunto de la sociedad (*trickel-down economics*), lo que años más tarde definiría él mismo como «un keynesianismo vulgar vestido con los arreos ideológicos de las clases prósperas».

Se menospreció el gasto en «escuelas, ciudades, carreteras y puentes, y en el sistema de salud», ha dicho Anne Hessing Cahn, al tiempo que Estados Unidos pasaba «de ser el mayor acreedor del mundo ... a convertirse en el mayor deudor del mundo, con el fin de costear las armas para contrarrestar la amenaza de una nación [la Unión Soviética] que estaba en pleno colapso».

Los resultados a largo plazo de esta política fueron el aumento de la desigualdad, del déficit público y, sobre todo, de la deuda, tanto pública como privada; las familias dejaron de ahorrar y comenzaron a endeudarse irresponsablemente. En el terreno de la economía la «reaganomics» favoreció el auge de los negocios financieros e inmobiliarios en detrimento de la industria. Éstos serían, en palabras de Judith Stein, los años en que Estados Unidos cambió fábricas por negocios financieros.

Reavivar la guerra fría

«En 1983 —dice Doug Rossinow— los seres humanos vivieron el mayor peligro de guerra nuclear desde la crisis de los misiles cubanos de 1962.» Reagan pensaba que una política de enfrentamiento a los soviéticos era obligada mientras se alcanzaba la superioridad de fuerzas sobre ellos, que era la condición necesaria para comenzar a discutir acerca de desarme. Sólo así se puede entender la aparente esquizofrenia de su planteamiento: rechazaba seguir con las negociaciones de desarme, con la idea de que sólo servirían para consolidar la superioridad soviética, y pretendía hacerlo compatible con su deseo de alcanzar un mundo sin armas nucleares.

Una serie de experiencias le llevaron a descubrir en marzo de 1982 la vulnerabilidad de Estados Unidos ante un posible ataque soviético; pocos meses

después, nos dice Reagan en su diario, un científico de origen húngaro, Edward Teller, le vino a hablar de una «excitante idea» acerca de usar armas nucleares y láseres «para interceptar y destruir los misiles enemigos muy por encima de la tierra».[4] Entusiasmado con esta fantasía, que se parecía a las de algunas películas que había interpretado años atrás, anunció en público el 23 de marzo de 1983 su gran proyecto de construcción de un sistema de defensa general contra los misiles que «iba a cambiar el curso de la historia de la humanidad»: una «visión de futuro» que haría inútiles las armas nucleares. Lo cual se convirtió, dos años más tarde, en un plan de cinco años, con un presupuesto de veintiséis mil millones de dólares, para desarrollar un sistema de defensa a escala del conjunto de Estados Unidos llamado «SDI» (Strategic Defense Initiative), pero conocido sarcásticamente como «Star wars» («Guerra de las galaxias»).

El proyecto era descabellado desde un punto de vista científico —la tragedia del Challenger, en enero de 1986, en que murieron sus siete tripulantes, mostró los límites de la tecnología espacial norteamericana—, podía tener un coste desmesurado (consumió diecisiete mil millones de dólares entre 1983 y 1989), y no hizo más que crear desconcierto entre los miembros de la OTAN, pues parecía apuntar a un repliegue norteamericano hacia su propia defensa. No dejó tampoco de causar inquietud en los dirigentes soviéticos, pese a que sus científicos les dijeron que era inviable.

La combinación del rearme y de una actitud agresiva contra el «evil empire», el imperio del mal, se había concebido como una política defensiva destinada a disuadir al contrario de cualquier intención de atacar. Pero su contrapartida fue que acabó convenciendo a sus contrincantes de que Estados Unidos se estaba preparando para un ataque global contra la Unión Soviética, máxime cuando el director de la Agencia de control de armas y de desarme, Eugene Rostow, minimizaba los riesgos de un ataque atómico, señalando que Japón había prosperado después de sufrir las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y que «la raza humana es muy resistente».

Que la preocupación real de Reagan fuese la de acabar con la amenaza nuclear, y no la de preparar un ataque preventivo, resultaba difícil de creer para quienes eran objeto de la feroz retórica anticomunista que usaba en público, como sucedió con motivo de la tragedia del KAL 007: un avión de pasajeros surcoreano que fue derribado el 1 de septiembre de 1983 por aviones de combate

rusos, al introducirse en el espacio aéreo soviético, cerca de donde se realizaban pruebas secretas de misiles, y no responder a las advertencias que le hicieron los pilotos rusos, alertados por las violaciones que realizaban en ocasiones los aviones norteamericanos que participaban en las maniobras FleetEx’83.

Los norteamericanos, que habían grabado las conversaciones de los pilotos, sabían que lo sucedido era fruto de un error, provocado en buena medida por la tensión derivada del hecho de que el Pentágono estaba manteniendo, desde hacía dos años, una campaña de provocación en que la flota del Pacífico y la aviación norteamericana se aproximaban a las fronteras soviéticas, en un programa destinado a detectar las debilidades de su sistema defensivo. Reagan no dudó, sin embargo, en aprovechar el suceso para denunciar la barbarie y la maldad del comunismo.

La escalada de las actuaciones agresivas de Estados Unidos en el Líbano, en América Central y en Libia, que culminaron en el ridículo episodio de la conquista de la isla de Grenada, vinieron seguidos en noviembre de 1983 por otra provocación: la celebración en Europa de las maniobras Able Archer 83, que incluían la simulación de un ataque nuclear contra la Unión Soviética. Los rusos temieron que pudiera tratarse del preludio a un ataque real, y se prepararon para responder a él, lo que pudo haber dado ocasión al inicio de un conflicto directo. En su diario Reagan se manifestó sorprendido del «miedo paranoico» de los soviéticos a ser atacados por sorpresa: «Sin ser en modo alguno blandos con ellos, deberíamos decirles que nadie aquí tiene intención de hacer algo semejante. ¿Qué demonios tienen que alguien pudiera desear?».

Éste parece haber sido el momento en que descubrió que los soviéticos temían realmente que podían ser víctimas de un ataque y en que comenzó, por ello, a cambiar su percepción personal del problema. La realidad era que había en aquellos momentos en el mundo entero un temor generalizado a que se desencadenase un conflicto nuclear, cuyas consecuencias, según preveían los científicos, podían asolar el planeta. En Inglaterra Margaret Thatcher había hecho preparar un estudio, Wintex-Cimex 83, que preveía que un ataque nuclear soviético podía causar treinta y tres millones de bajas. Este estudio contenía incluso el discurso con el que la reina había de anunciar a los ciudadanos el inicio de la tercera guerra mundial. Ante esta situación, Reagan declaró en enero de 1984 que se había remediado ya la situación de inferioridad en que Estados

Unidos se encontraba, de modo que se podía comenzar a hablar de paz.

Resulta incomprensible que los servicios de inteligencia norteamericanos, que disponían de la información que les proporcionaban sus satélites, pudiesen creer que los soviéticos disponían de un arsenal de destrucción superior al de Estados Unidos, que en aquellos momentos era de 1.054 misiles balísticos intercontinentales, y de 656 SLMB que podían dispararse desde submarinos, además de los miles de bombas atómicas desplegadas en 27 países distintos: lo suficiente para acabar varias veces con la vida en el planeta. Pero los energúmenos del CPD no eran capaces de entender que la superioridad militar no tenía sentido en un enfrentamiento que hubiera aniquilado a los dos bandos.

Reagan racionalizaría posteriormente esta política de rearme diciendo: «Me proponía hacer saber a los rusos que teníamos el propósito de gastar cuanto fuera necesario para adelantarles en la carrera de las armas», lo que habría forzado a los soviéticos a gastar hasta arruinarse, a la vez que se les castigaba con una serie de restricciones destinadas a dañar su economía. Este argumento, repetido con frecuencia por la historiografía de la guerra fría, tiene cierta validez en términos generales, pero no para un momento concreto como éste, donde los móviles fueron el miedo obsesivo a la inferioridad que alentaba el CPD, y la capacidad del complejo militar-industrial para convertir este miedo en negocio.

Porque cuando se analiza la situación real de la Unión Soviética en estos años es fácil ver que no hay que otorgar ninguna credibilidad a la ilusión de que esta política de aumento del gasto militar, y mucho menos aún el desafío de la SDI, contribuyesen al hundimiento de una economía que se enfrentaba ya con anterioridad a graves problemas. Lo que es seguro, en cambio, es que Reagan sometió a la economía norteamericana a una durísima carga, puesto que de 1980 a 1988 multiplicó por 2,5 la deuda pública.

Las guerras secretas

Cuesta también entender la lógica que inspiró la interminable serie de guerras, operaciones encubiertas y actos de terrorismo que Estados Unidos desarrolló durante estos años, sin ningún provecho. En su base estaba la creencia de que había en el mundo una amplia conspiración terrorista alimentada y armada por

Moscú. Todos los que se apartaban de la norma de conducta política que propugnaba Estados Unidos —palestinos, nicaragüenses, libios, iraníes...— eran identificados como miembros de esta conspiración universal. Una convicción que se refleja en la delirante afirmación que Reagan hizo en octubre de 1983 de que «los acontecimientos de Grenada y del Líbano, aunque estén separados por los océanos, están estrechamente relacionados». La única relación que tenían entre sí era que la victoria en Granada iba destinada a que el público norteamericano olvidase el fracaso en el Líbano.

Esta fantasía no sólo procedía de los halcones del CPD, sino que tenía en las cámaras el apoyo del Subcomité del senado sobre seguridad y terrorismo, que presidía el senador Jeremiah Denton, quien había pasado más de siete años preso en Vietnam del Norte, y adquirió allí la certeza de que Dios le hablaba y le había escogido para combatir a los enemigos de la civilización norteamericana. Denton no sólo sospechaba de todos los movimientos antibelicistas y antinucleares, sino que pensaba que la propia ONU «estaba bajo un creciente control del KGB».

La idea de la conspiración universal fue difundida entre el público por Claire Sterling, una periodista que alcanzó un gran éxito con su libro *The terror network*, donde sostenía que a partir de 1968 los soviéticos habían equipado a grupos terroristas en todo el mundo con la misión de que desestabilizasen Occidente. Muy pronto apareció toda una red de novelistas, autores de panfletos y periodistas que desarrollaron esta teoría de la conspiración mundial.

Lo que surgió de esta siniestra obsesión fue una serie de guerras contra enemigos diversos, con motivaciones mal definidas o inconfesables: guerras sucias en que la parte más importante solía asumirla la participación de la CIA. En 1984 estaban en ejecución más de cincuenta operaciones encubiertas, la mitad de ellas en América Latina. Nunca, ni en la etapa más activa de la CIA en tiempos de Eisenhower, se había visto tal proliferación de actividades ocultas. También se revitalizó entonces en Europa la propaganda dirigida a los países del área soviética, a la vez que se financiaba a Wałęsa y al sindicato polaco Solidarność en una campaña que contaba con el apoyo de la Iglesia católica.

La secuencia de las guerras secretas comenzó en Oriente próximo, donde Reagan estaba decidido a dar apoyo a Israel contra una imaginaria amenaza soviética,

que creía ver asociada al «salvajismo que yace bajo las arenas» de aquellos países. Haig, que en diversas ocasiones había mostrado la ambición de dirigir personalmente la política internacional, aprobó, sin consultarlo siquiera con Reagan, que los israelíes invadieran el Líbano en junio de 1982 para aplastar a los grupos de la OLP que se habían refugiado allí, con la idea de dar un golpe de fuerza que sirviese a la vez para humillar a Siria, establecer una alianza judeo-cristiana en el Líbano y forzar a los refugiados palestinos a marchar.

La invasión se inició el 4 de junio de 1982: los israelíes bombardearon hospitales y orfanatos y, según informó la Cruz Roja, atacaron sus ambulancias y sus voluntarios para impedir que pudieran evacuar a los heridos o transportar alimentos y medicinas. Beirut fue bombardeada despiadadamente, tratando en vano de matar a Yasser Arafat, lo que causó miles de muertes de civiles, a la vez que se atacaba a las fuerzas sirias y a su aviación en el Líbano. Fue entonces cuando Irán comenzó a enviar los combatientes que constituirían los primeros fundamentos de la creación de la milicia chií de Hezbollah.

Para resolver el problema, Reagan forzó a los israelíes a aceptar en el Líbano un alto el fuego controlado por una fuerza internacional de tropas francesas e italianas, con un pequeño contingente británico, que se encargaría de supervisar la emigración de 6.436 palestinos de la OLP, cuya sede central se instaló a partir de entonces en Túnez. Los israelíes, sin embargo, estaban dispuestos a proseguir la neutralización de un Líbano al que querían convertir en un satélite gobernado por los derechistas cristianos.

La salida de los guerrilleros palestinos del Líbano se había hecho con la condición de que las milicias cristianas protegerían a las familias palestinas que habían quedado en los campos de refugiados para ponerlas a salvo de los ataques israelíes. Pero Sharón entró con sus tanques en Beirut oeste, vulnerando el compromiso de alto el fuego, y cercó los campos de refugiados palestinos para exterminarlos, sirviéndose para ello de las falanges derechistas cristianas, que del 16 al 18 de septiembre de 1982 realizaron en el campo de Sabra y Chatila el asesinato de un gran número, imposible de precisar, de familiares de los guerrilleros: viejos, mujeres y niños a los que los soldados israelíes impedían escapar de la masacre, en lo que fue uno de los crímenes más monstruosos del siglo.

Con el fin de contribuir a estabilizar la situación en el Líbano Estados

Unidos envió de nuevo a los marines para que se integrasen en la fuerza de paz internacional. El 18 de abril de 1983 un camión bomba destruyó la embajada norteamericana en Beirut, causando 63 víctimas, que incluían 17 norteamericanos, entre ellos los seis miembros de la estación local de la CIA.

Seguían entre tanto los enfrentamientos internos de las facciones libanesas, armadas respectivamente por israelíes y sirios, mientras los cañones de la flota americana disparaban para proteger a sus marines. Hasta que el 23 de octubre, en las primeras horas de la mañana, un camión bomba lanzado contra un acuartelamiento en el aeropuerto internacional de Beirut produjo «la mayor explosión no nuclear desde la Segunda guerra mundial», con el resultado de 241 marines muertos y de que apenas quedaran unos pocos hombres en condiciones de buscar a los supervivientes entre las ruinas. Veinte segundos más tarde un segundo camión dirigido contra el edificio que albergaba a un grupo de paracaidistas franceses causó 58 muertos más.

Fue necesaria, para detener los proyectos de represalia que se estaban fraguando en Washington, la implicación del secretario de Defensa, Caspar Weinberger, que alegó que lo que a Estados Unidos le importaba más en aquel escenario era el acceso al petróleo, y que había de evitar la participación directa en una guerra que causase víctimas musulmanas.

Reagan ordenó en febrero de 1984 retirar las tropas norteamericanas del Líbano, un país que fue abandonado así al control de sirios e israelíes. Tras la frustración de esta experiencia Estados Unidos decidió, afirmó Reagan, «no comprometer sus fuerzas en acciones militares en ultramar, a menos que la causa sea vital para nuestros intereses nacionales».

Otra cosa era seguir con la guerra sucia, con operaciones como un atentado organizado en Beirut, en marzo de 1985, por el director de la CIA, William Casey, con conocimiento y aprobación del presidente, que causó 80 muertos y 256 heridos civiles, en su mayoría mujeres y niños, a la salida de los fieles de una mezquita, en un vano intento por matar a un clérigo chií que escapó con vida. Carter reconocería más adelante que los secuestros y los atentados que tenían lugar en esta zona se explicaban por el hecho de que «en estos pueblos de alrededor de Beirut hemos bombardeado, machacado y matado sin piedad a lugareños enteramente inocentes: mujeres y niños, campesinos y sus esposas. El resultado es que nos hemos convertido a sus ojos en una especie de Satán».

Más allá de las operaciones encubiertas hubo todo un amplio repertorio de actuaciones estadounidenses de terrorismo de estado. El gobierno de Reagan dio pleno apoyo al brutal bombardeo israelí de Túnez en octubre de 1985 y bombardeó Libia por su cuenta en 1986. No está claro qué movía en este caso a Reagan, que cita repetidamente en su diario a Gadafi como si se tratase de uno de los mayores villanos de la escena mundial. La guerra secreta contra él la había empezado años antes, financiando grupos de oposición, alentando revueltas y realizando maniobras navales frente a las costas libias; trató incluso de convencer a Mubarak para que Egipto invadiese Libia y derrocase a su jefe de estado.

Finalmente, un atentado en una discoteca de Berlín en que murieron dos soldados norteamericanos y otros resultaron heridos dio la oportunidad de culpar a Gaddafi y de que Reagan denunciase a «ese perro loco» y ordenase al Pentágono que iniciase la operación El Dorado Canyon, en que se bombardeó Bengasi, en un intento de matar a Gadafi, lo que no se consiguió, pero sí causar treinta y siete víctimas civiles.

Pero el peor de estos actos de terrorismo de estado fue tal vez el apoyo que Estados Unidos siguió dando a Pol Pot y a los jemeres rojos, que habían sido desalojados del poder en Camboya después de cuatro años de dominio (1975-1979) en que habían causado alrededor de 1.700.000 muertos en una población de 7.900.000. Un alto funcionario del departamento de Estado norteamericano reconoció posteriormente que de 1978 a 1986 «Estados Unidos jugó la carta de la recuperación y el reforzamiento de la capacidad política y militar de los jemeres rojos para hacer contrapeso a la fuerza de los vietnamitas».

La guerra Irak-Irán

La siguiente intervención en Oriente próximo se produjo con motivo de la guerra entre Irak e Irán. La república de Irak, que Saddam Hussein presidía desde 1979, declaró la guerra a Irán el 28 de septiembre de 1980, en un intento por hacerse con la zona costera del Golfo Pérsico y con la salida al mar por Shatt el-Arab.

Era una guerra desigual, puesto que Irán era cuatro veces más extenso y contaba con tres veces la población de Irak; pero Saddam no se proponía conquistar Irán, sino que contaba con el efecto de un ataque por sorpresa en momentos en que el régimen revolucionario no estaba todavía asentado, y en que cabía dudar de la lealtad de su ejército, para anexionarse unos territorios vitales para la exportación del petróleo.

El ataque inicial del ejército iraquí no tuvo el éxito esperado y el conflicto se convirtió en una sangrienta guerra que duró ocho años y arruinó a ambos contendientes. Ésta fue, en opinión de Pierre Razoux, «la última guerra total del siglo XX», en que dos países libraron un enfrentamiento empleando todas sus fuerzas. Ni las grandes potencias —para las que la guerra fue una espléndida oportunidad de negocio, vendiendo armas a unos y a otros— ni los países árabes tomaron inicialmente partido por ninguno de los dos contendientes, aunque el carácter revolucionario del proyecto de Jomeini —que había proclamado: «Queremos fundar un estado islámico que reúna al árabe, al persa, al turco y a las demás nacionalidades bajo la bandera del Islam»— fue decantando los apoyos árabes a favor de Irak, sobre todo después de la destrucción por Israel de la proyectada central nuclear iraquí de Osirak, que no había entrado todavía en funcionamiento.

Las cosas empezaron a ir mal para los iraquíes en el verano de 1982, como resultado de la ofensiva iraní «Ramadán bendito», y fue entonces cuando Reagan decidió en secreto que «Estados Unidos no podía permitir que Irak perdiese la guerra», lo que se tradujo en que Saddam recibiera ayuda financiera e incluso militar, aunque ésta fuera disimulada o a través de intermediarios. Una de las mayores ayudas fue la de proporcionarle informaciones detalladas, obtenidas por los satélites norteamericanos, de los movimientos y la entidad de las tropas iraníes y de la localización de sus líneas de suministro, lo que permitió a los iraquíes frustrar un avance iraní que podía haber sido decisivo.

Los países occidentales, y en especial Estados Unidos y Gran Bretaña, proporcionaron a Saddam, no sólo armamento convencional, sino los medios para fabricar armas químicas y biológicas, que Saddam usó contra los iraníes, pero también contra los kurdos, provocando una inmensa mortandad: un documento del departamento de Estado del 1 de noviembre de 1983 confirmaba el uso «casi diario» de armas químicas por parte de Irak.

Los norteamericanos repudiaban estos actos en público, pero no querían que se impidiese su realización, de modo que cuando Irán pidió a las Naciones Unidas que condenasen el uso de armas químicas por parte de Irak, el delegado de Estados Unidos recibió el encargo de ponerse en contacto con otras delegaciones amigas para que no se diese una respuesta positiva a la petición; en caso de no poder conseguirlo, el delegado norteamericano debía abstenerse en la votación.

La guerra entre Irak e Irán acabó en agosto de 1988, en medio de una caída de los precios del petróleo (causada por la presión de Estados Unidos sobre Arabia Saudí para que aumentase la extracción y la venta del crudo), que arruinó a ambos contendientes, puesto que ambos dependían de las exportaciones de hidrocarburos (y arruinó, al propio tiempo, a una Unión Soviética en crisis, en unos momentos en que los recursos que obtenía del petróleo y del gas le eran angustiosamente necesarios).

Saddam, que mantenía simultáneamente una campaña de exterminio contra los kurdos, aprovechó el fin de las hostilidades con Irán para activar sus ataques contra ellos. El genocidio kurdo llegó a su momento culminante de febrero a septiembre de 1988, en la llamada «campaña al-Anfal» —«los despojos de la guerra», del nombre de la octava sura del Corán—, con el uso masivo de armas químicas contra la población civil, la destrucción de unas cuatro mil aldeas y de una docena de ciudades y centros administrativos. Los horrores de Halabja, donde el ataque produjo cinco mil muertes de inmediato y dejó a diez mil kurdos con graves daños que durarían todas sus vidas, no es más que un ejemplo de una campaña que se calcula que causó de cincuenta mil a cien mil muertes, además de provocar el desplazamiento forzado de cientos de miles de kurdos, recluidos en campos de internamiento.

Los costes de la guerra entre Irak e Irán en términos de vidas humanas parecen haber sido de unos 680.000 muertos (180.000 de Irak y 500.000 de Irán), a los que hay que agregar un millón y medio de heridos y mutilados. Saddam se proclamó vencedor y erigió en Bagdad un arco triunfal en conmemoración de su victoria. Salía del conflicto arruinado y endeudado; pero con unas fuerzas armadas que superaban considerablemente a las de los demás países del Golfo en su conjunto. En estos momentos seguía siendo todavía un protegido de los norteamericanos, que reanudaron entonces las relaciones

diplomáticas con Irak, rotas en 1967 con motivo de la guerra contra Israel.

Afganistán y los orígenes del yihadismo

Parece mentira que los hombres que embarcaron a Reagan en la escalada de apoyo a los islamistas afganos no se diesen cuenta de los riesgos que implicaba para el futuro esta operación de apoyo a los muyahidines, organizada por la CIA y por los servicios secretos de Pakistán, en la que desde 1983 se invirtieron más de tres mil millones de dólares para proveerles de armamento y pagar los sueldos de los combatientes. Alentando y financiando la participación de milicias islamistas de otros países convirtieron lo que era un conflicto regional localizado en un foco de integrismo islámico que muy pronto se extendería más allá de este escenario.

El hombre que dirigió la CIA de 1981 a 1987, William J. Casey, católico de misa diaria, pensaba que la Iglesia católica y el islam eran aliados naturales contra el comunismo ateo, lo que explica que no sólo diese apoyo a las organizaciones islamistas radicales, sino que hiciese imprimir miles de ejemplares del Corán en lengua uzbeka para distribuirlos en Afganistán. Casey favoreció la práctica del terrorismo más brutal, fomentando el uso por los muyahidines de los coches bomba, dirigidos contra los profesores de la Universidad de Kabul y contra los medios de comunicación de la izquierda laica. Le ayudó en esta tarea el congresista texano Charles Wilson, un alcohólico que aprovechaba su cargo para viajar por el mundo en compañía de reinas de la belleza de segunda fila, quien, entusiasmado con las hazañas de los muyahidines afganos, contribuyó a proporcionarles cientos de millones de dólares del «presupuesto negro» del departamento de Defensa.

A financiar esta guerra santa contribuyeron también el gobierno saudí y un gran número de donantes particulares, tanto de Arabia como de los emiratos del Golfo. En 1987 llegó a Peshawar, en un avión de transporte cargado de armas para los muyahidines, un millonario saudí, Osama Bin laden, hijo de un magnate de los negocios de la construcción, que más tarde comenzaría la tarea de crear al-Qaeda, un movimiento de integrismo islámico que iba a declarar la guerra santa a Estados Unidos.

Gracias a estos recursos se pudo potenciar la guerrilla afgana con voluntarios musulmanes venidos de otros países, que se reclutaban sobre todo en un norte de África en crisis, y que eran entrenados por funcionarios del ISI pakistaní, con asesores de la CIA, en campamentos organizados primero en Estados Unidos (en Virginia) y después en el propio Afganistán. Se calcula que unos treinta y cinco mil musulmanes venidos de otros países fueron entrenados en estos campamentos entre 1982 y 1992. Así se crearon los cimientos de la infraestructura que años más tarde serviría para alimentar el terrorismo islámico en el mundo entero.

Desde el mismo momento en que accedió al poder en la Unión Soviética, Gorbachov comenzó a pensar en librarse de la carga del mantenimiento de la guerra de Afganistán. En noviembre de 1986 manifestaba al politburó: «No buscamos establecer el socialismo allí. Nuestro objetivo es tener un vecino neutral y amistoso para marchar de allí. Lo que no queremos es a los norteamericanos con sus tropas y sus bases. Si no hay aeródromos o campamentos norteamericanos, todo lo demás lo pueden decidir como quieran». Un total de 14.453 muertos soviéticos y unos gastos anuales de 6.000 millones de rublos eran demasiado como para seguir sosteniendo aquella aventura.[5] La retirada de las tropas soviéticas comenzó en mayo de 1988 y concluyó antes de lo previsto, en febrero de 1989.

Con el fin de asegurarse en aquella frontera un régimen amigo, o por lo menos neutral, los rusos habían puesto en el poder a Muhammad Najibullah, que en noviembre de 1986 fue elegido presidente de la república y publicó una nueva constitución que admitía el multipartidismo, la libertad de expresión y un sistema legal islámico presidido por una judicatura independiente. Najibulá ofreció a los rebeldes veinte lugares en el consejo de estado, doce ministerios, la posibilidad de acceder al cargo de primer ministro y la declaración de Afganistán como un estado islámico no alineado.

Shevardnadze, el ministro de Asuntos exteriores soviético, viajó a Islamabad para proponer a quien era entonces su jefa de gobierno, Benazir Bhutto, que el ejército pakistaní y sus servicios de inteligencia aceptasen una tregua durante la cual el régimen de Kabul y los muyahidines compartirían el gobierno, para

preparar una transferencia pacífica del poder que evitase una sangrienta guerra civil. Ni el ISI, que se beneficiaba de los recursos que aportaban los norteamericanos, ni la CIA aceptaron el trato, convencidos de que derrocar al régimen prosoviético sería cosa de semanas. Pero el régimen de Najibullah, que seguía recibiendo abundante ayuda económica rusa, resistió en Kabul y en las principales ciudades y consiguió frenar los éxitos de los muyahidines durante tres años, hasta que en abril de 1992 abandonó la presidencia para dar paso a un gobierno de transición que trató inútilmente de llegar a un acuerdo de paz.

Kabul cayó poco después en manos de los rebeldes, quienes instalaron un gobierno islamista que se mantuvo en el poder hasta septiembre de 1996, cuando el protagonismo pasó a los talibanes, la nueva fuerza sectaria surgida de las madrasas —las escuelas islámicas— del sur y armada por el ISI pakistaní: «jóvenes barbudos y tocados con un turbante que llevaban un Corán en una mano y un kalashnikov en la otra».

Una vez dueños de Kabul, los talibanes, a cuyo frente estaba Mullah Omar, el guerrillero tuerto, se apresuraron a asesinar salvajemente a Najibullah, que había permanecido en la ciudad, a la vez que expulsaban de la universidad a ocho mil muchachas y dejaban sin trabajo a millares de maestras, en el inicio de una política de fundamentalismo sustentada en un régimen de terror.

Para Reagan y para Thatcher la retirada de los soviéticos era una gran victoria del mundo libre sobre el comunismo, conseguida a costa de los miles de millones de dólares que la CIA y los saudíes invirtieron en estas campañas. Compartían la idea, difundida desde el principio en Estados Unidos, de que aquellos «guerreros de Dios» eran un movimiento «sin retórica ni ideología» y, por supuesto, sin política; grupos tribales apegados a los valores de unas sociedades tradicionales, que se habían implicado en la guerrilla accidentalmente.

Pero los talibanes y sus asociados no pensaban que todo había acabado con la victoria sobre los rusos, sino que aquello era tan sólo el comienzo de una gran guerra santa contra los cruzados cristianos.

Los años de plomo de América Latina

América Latina había vivido el final de los años felices de crecimiento entre la euforia desarrollista, alimentada por las exportaciones —sobre todo en los países productores de petróleo, como Venezuela y México— y la consolidación de un fuerte bastión represivo en el cono sur. En un informe secreto de 3 de agosto de 1976 el secretario adjunto de Estado para Asuntos interamericanos, Harry Shlaudeman, hacía un análisis benévolo de las dictaduras militares del cono sur, vistas desde la perspectiva de Washington. En él decía que estos regímenes, sintiéndose acosados por las izquierdas de sus países y por «la hostilidad y la incomprensión de las democracias industriales, engañadas por la propaganda marxista», se habían instalado en una mentalidad de asedio y creían estar librando una «guerra del tercer mundo» en que actuaban como «el último bastión de la civilización cristiana». El diplomático norteamericano se daba cuenta de que abusaban de la represión, aplicándola contra cualquier disidencia, pero no le preocupaban sus métodos, que llegaba a disculpar afirmando que «probablemente los militares creen que la tortura es indispensable».

Las dictaduras del sur se organizaron además para ejercer la represión de forma colectiva. En noviembre de 1975 se puso en marcha el Plan Cóndor, una alianza secreta de los gobiernos de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Perú y Bolivia, creada para coordinar a escala internacional la acción secreta de sus fuerzas represivas, que hizo posible que miles de exiliados de estos países fuesen interrogados, torturados y en muchos casos asesinados en los centros de detención de los países en que se habían refugiado. Contaban para ello con la colaboración de Estados Unidos, que les facilitaba un sistema de comunicaciones establecido en la zona norteamericana de Panamá; la CIA recibía, a cambio, los resultados de los interrogatorios bajo tortura.

De poco les sirvió, sin embargo, porque estos gobiernos no fueron capaces de adaptarse a la crisis económica y entraron en un proceso de rápida decadencia. En Argentina, donde el régimen instaurado por el golpe militar de 24 de marzo de 1976 había establecido un régimen de terror al que se atribuyen de diez mil a veinte mil muertos, el malestar popular ante la crisis llevó al general Galtieri a emprender una aventura militar que podía movilizar el entusiasmo patriótico de los argentinos: la conquista de las islas Malvinas (Falkland para los británicos), que se inició en abril de 1982. Pero Margaret Thatcher reaccionó, con el apoyo de Reagan, y derrotó la intentona argentina, lo

cual acabó con el prestigio de los militares y llevó a que su último dirigente, el general Bignone, convocase unas elecciones que ganó el radical Raúl Alfonsín, con quien se inició un período de hiperinflación e inestabilidad.

En Brasil, donde la dictadura militar se había instalado en 1964, el agotamiento hacia 1973 de la etapa del «milagro brasilero» coincidió con el endurecimiento del régimen y con el aumento de las eliminaciones físicas y de los desaparecidos. Obligados a hacer frente a los intereses de la deuda con que habían financiado su programa de crecimiento, los militares decidieron retirarse a los cuarteles y dejar paso en 1985 a la «nueva república», que se inició con una etapa de hiperinflación e inestabilidad, hasta que Fernando Henrique Cardoso, que llegó al ministerio de Hacienda en 1993, y fue presidente de la república de 1995 a 2002, consiguió estabilizar la inflación y atraer inversiones extranjeras.

Los países andinos —Colombia, Bolivia, Perú— vivían en estos años desangrados por la actuación de guerrillas, de grupos paramilitares y de bandas de narcotraficantes. En Colombia las FARC y el ELN actuaban en el campo y el M-19 en las ciudades, mientras los grupos paramilitares —que en 1997 formaron las Autodefensas Unidas de Colombia— estaban al servicio de los terratenientes y de compañías norteamericanas, como Chiquita Brands International, para matar campesinos y expulsarlos de sus tierras.

Sin embargo, la situación más dramática fue en estos años la de los países de América Central, donde el predominio de gobiernos militares brutales y corruptos había engendrado resistencias que alarmaron a Estados Unidos, sobre todo en los años en que desempeñó la presidencia Ronald Reagan, cuyo empeño en intervenir en estos países contrastaba con su ignorancia de la realidad del territorio.[6]

No había allí infiltraciones comunistas, como sostenían los norteamericanos. Cuando se consultan los testimonios de los medios gobernantes rusos, como los diarios de Chernyaev, todo lo que se encuentra acerca de América Central y del Caribe son algunas críticas al «socialismo primitivo» que practican los cubanos, junto a observaciones acerca de que habría que decirle al «Barbas» que no puede seguir siendo un revolucionario «a expensas de un quinto del crecimiento del ingreso nacional soviético».

Las actuaciones norteamericanas en este escenario fueron operaciones encubiertas, con la única excepción de la invasión de Grenada, una isla caribeña de menos de cien mil habitantes, productora de nuez moscada, que Reagan creía que «era una base soviético-cubana preparada como un gran bastión militar para exportar el terror y minar la democracia».[7] Grenada fue objeto en octubre de 1983 de una invasión en toda regla del ejército norteamericano, la operación Urgent Fury, que se presentó como una «victoria sobre el comunismo» y dio lugar a expansiones propagandísticas desmesuradas: «Nuestros días de debilidad han acabado», diría Reagan en público, celebrando esta victoria militar, mientras en su diario escribía: «El éxito parece brillar para nosotros y doy gracias por ello al Señor». La verdad es que este ridículo episodio, por el que se premió con 8.612 medallas individuales a los participantes, fue la única victoria militar que alcanzó Reagan en su guerra contra el imaginario imperio del mal.

Mucho más graves fueron las consecuencias de guerras sucias, basadas en el uso de la contrainsurgencia, como la de Honduras, donde Estados Unidos había preparado personal policíaco para actuar en tareas de represión con la colaboración de instructores norteamericanos. La realidad de lo que fuera esta forma de guerra quedó reflejada en una enmienda del senado de Estados Unidos de 20 de septiembre de 1995 que afirmaba: «Hay una evidencia considerable de que en 1981 un escuadrón secreto de la muerte del ejército hondureño fue creado con el conocimiento y la asistencia del gobierno estadounidense. Se conoció como batallón Prónay 3-26, y durante los años ochenta realizó una campaña sistemática para secuestrar, torturar y asesinar a supuestos subversivos. Éstos eran organizadores sindicales, activistas de los derechos humanos, periodistas, abogados, estudiantes y profesores. La mayoría de ellos estaban ligados a actividades que serían legales en cualquier democracia. En aquellos momentos la embajada de Estados Unidos, que tenía amplia razón para saber de estas actividades, las negó. Aún hoy, funcionarios de Estados Unidos que estuvieron allí dicen no saber nada». Conviene retener estas palabras, porque éste es el único reconocimiento público que se ha hecho de un tipo de guerra sucia que se iba a seguir utilizando posteriormente (hasta hoy mismo en países como Honduras).

Las peores consecuencias de estas guerras sucias las sufrió Guatemala. Hacia 1978 el gobierno inició una oleada de torturas y asesinatos con el fin de liquidar

el sindicalismo urbano, a lo que se agregó, a partir de 1981, el empleo del ejército en una campaña de masacres e incendios en el medio rural, en una política de tierra quemada que provocó una auténtica guerra popular. Estas campañas de exterminio, nos dice Greg Grandin, estaban alentadas a un tiempo «por el celo anticomunista y por el odio racial» hacia los mayas. «Las matanzas eran brutales —añade— hasta un extremo inimaginable. Los soldados asesinaban a los niños a la vista de sus padres, extraían órganos y fetos, amputaban los genitales o las extremidades, cometían violaciones en masa y quemaban algunas víctimas vivas.»

En 1982 un nuevo golpe militar llevó al poder a Efraín Ríos Montt, quien derogó la constitución y reforzó las actuaciones de contrainsurgencia. Reagan se entrevistó con él en Honduras en diciembre de 1982 y dijo a los periodistas que le acompañaban que Ríos Montt era «un hombre de una gran integridad personal ... totalmente dedicado a la democracia», a quien las organizaciones de defensa de los derechos humanos atacaban porque combatía a guerrilleros izquierdistas.

Al día siguiente de estas declaraciones, el 6 de diciembre de 1982, uno de los pelotones de élite del ejército de Guatemala entró en un poblado de la selva llamado Las Dos Erres y exterminó por completo a sus más de doscientos cincuenta habitantes. Los soldados estrellaban las cabezas de los niños contra las paredes y decapitaban a los adultos con sus machetes, después de torturarlos. Violaron a un grupo de mujeres jóvenes que habían reservado para el final, las echaron a la fuente «y la llenaron de basura, enterrando vivas a unas pocas desdichadas».

Las investigaciones de una comisión de la verdad patrocinada por las Naciones Unidas revelaron posteriormente que en los treinta y cuatro años de conflicto armado hubo en Guatemala 161.500 asesinatos y 40.000 desaparecidos, y que el gobierno realizó de 1981 a 1983 una actuación deliberada de genocidio contra la población maya.

Los dos casos en que la participación de Estados Unidos fue más escandalosa, tras el de Guatemala, fueron los de El Salvador y Nicaragua. En El Salvador gobernaba una camarilla de terratenientes y militares, a quienes Estados Unidos proporcionó asesores y subsidios por un importe de unos seis mil millones de

dólares para ayudarles en la tarea de realizar millares de crímenes políticos, entre ellos el asesinato, el 24 de marzo de 1980, del arzobispo Óscar A. Romero, un conservador moderado que mantenía un programa radiofónico de noticias donde analizaba críticamente la actualidad, y que fue condenado por ello a morir, ejecutado en plena celebración de la misa. El Salvador se convirtió en un país destrozado, con setenta y cinco mil muertos, la mayoría de ellos civiles inocentes, asesinados por el ejército y por las fuerzas de seguridad del gobierno. [8]

En Nicaragua, donde la caída del dictador Somoza había llevado al poder en 1979 al Frente Sandinista de Liberación Nacional, y donde el nuevo régimen se esforzó en respetar en lo posible los intereses norteamericanos, la CIA organizó a los fugitivos de la «guardia nacional» somocista para formar las fuerzas de la «contra», que se preparaban en campamentos de Honduras.

Paralelamente la CIA actuaba contra Nicaragua con su incompetencia habitual, indignando a la opinión pública internacional al minar las aguas nicaragüenses y provocar accidentes y daños humanos en embarcaciones de diversas nacionalidades. Cuando se descubrió esta actuación, en la primavera de 1984, el Tribunal Internacional de Justicia ordenó a Estados Unidos detener las acciones militares y paramilitares contra Nicaragua, a lo que el departamento de Estado replicó que eran legítimas, porque se trataba de la defensa de El Salvador, que era su aliado.

Harold Pinter denunció lo sucedido en el discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura en 2005: «Los sandinistas ... trataron de establecer una sociedad estable, decente y plural ... Unas cien mil familias recibieron títulos de propiedad de la tierra. Se construyeron dos mil escuelas ... La educación y la sanidad eran gratuitas, y la mortalidad infantil se redujo en un tercio. Estados Unidos denunció estas realizaciones como subversión marxista-leninista». Si se les permitía que mejorasen de este modo sus condiciones de vida, «las naciones vecinas se plantearían las mismas cuestiones y harían las mismas cosas».

El segundo mandato de Reagan

En 1984 Reagan conservaba crédito suficiente para optar a su reelección, y se

enfrentó al candidato demócrata, Walter Mondale, en una campaña basada en la exaltación de una América renacida —«it's morning again in America»—, que se vio reforzada por los triunfos en los Juegos olímpicos de Los Ángeles, donde la ausencia de la Unión Soviética y de la mayoría de los países del este de Europa, en represalia por el boicot americano a los Juegos de Moscú en 1980, multiplicó las victorias estadounidenses. Una buena campaña de anuncios en televisión y la retórica patriótica de Reagan bastaron para conseguir el triunfo en las elecciones presidenciales con el 58,8 % de los votos, frente al 40,6 % de Mondale.

Poco tardó Reagan en desinteresarse de nuevo de los asuntos internos de Estados Unidos para seguir con su guerra en América Central. Faltándole los recursos que hasta entonces le había proporcionado el Congreso, consiguió que la familia real saudí financiase por un tiempo a la «contra», a lo que se añadieron ayudas de distinto tipo de Brunéi y de Israel, y comenzó a gestionar estos asuntos al margen de la legalidad, en una actuación ocultada a los departamentos de Defensa y de Estado, así como al Congreso.

Se necesitaban más recursos y éstos se obtuvieron de lo que se conoció como la «operación Irán-contra». Todo había comenzado con motivo del intento de liberar a unos norteamericanos secuestrados por Hezbollah. Se buscó dinero para rescatarlos a través de la venta clandestina de armas a Irán, que se encontraba en aquellos momentos en plena guerra contra Irak (una guerra en la que, como se ha dicho, el gobierno de Estados Unidos apoyaba a Irak). Las ventas siguieron después, realizadas por la CIA bajo la dirección del almirante Pointdexter y del teniente coronel Oliver North, y produjeron grandes beneficios, con los que se pudo seguir financiando la guerrilla en América Central.

En el verano de 1986 Reagan había conseguido del Congreso una nueva partida de cien millones de dólares para la «contra», pero, mientras se estaba tramitando la asignación, los detalles de las ventas de armas a Irán, destapados por un periódico libanés, fueron saliendo a la luz y comenzó un largo proceso en el que se fue descubriendo la maraña de actuaciones ilegales y clandestinas que incluían la venta de armas a Irán, de modo que el Congreso pudo darse cuenta de que había sido engañado durante años.

El escándalo se liquidó cargando las culpas a la CIA y echando a todo el personal del entorno del presidente. Cayó el jefe de su servicio en la Casa

Blanca, Donald Regan (que diría, al marchar, que él había sido como los que van detrás de un desfile circense, limpiando lo que deja el elefante) y lo hicieron también el almirante Pointdexter y Oliver North, que acabaron admitiendo que habían actuado sin que el presidente supiese exactamente lo que hacían —por más que North aclaró en algún momento que «El presidente no sabe qué es lo que sabe»— con el fin de dejar a salvo a un Reagan que declaró, en un discurso a la nación el 4 de marzo de 1987: «Hace unos meses dije al pueblo americano que no había intercambiado armas por rehenes. Mi corazón y mis intenciones me siguen diciendo que esto es cierto, pero los hechos y la evidencia me dicen que no lo es».

Entre las secuelas que dejó tras de sí la financiación de la guerra de América Central hubo una que, a diferencia de lo que ocurrió con la «operación Irán-contra», se procuró ocultar. Y es que cuando el Congreso prohibió que se siguiese financiando a la guerrilla, los grupos que la dirigían obtuvieron recursos a partir de la venta de cocaína, traída a través de Costa Rica e introducida por Miami en el mercado norteamericano, sin que la CIA se preocupase demasiado por ello. Un periodista, Gary Webb, descubrió la extraña relación que existía entre los traficantes de droga nicaragüenses y la CIA, y publicó unos reportajes que le valieron ataques salvajes que consiguieron silenciarlo y llevarle finalmente al suicidio (aunque la propia CIA admitió más tarde su relación con los traficantes de drogas).[9] Pero es que este descubrimiento había provocado la indignación de los negros, que descubrieron entonces que el gobierno toleraba que la droga —y en especial el *crack*, que era más barato que la cocaína— se difundiese en sus barrios (un rumor extendido aseguraba que había sido un arma de lucha empleada deliberadamente contra la protesta negra, y muy en especial contra los «Black panthers»).

Se acentuó en estos años la decadencia física de Reagan, que se negaba a leer las propuestas legislativas de la administración, reducía sus horas de trabajo y se informaba por los noticiarios televisivos de la noche. Su jefe de equipo, Don Regan, se quejaba de que estaba perdiendo contacto con la realidad.

La evidencia del declive de su prestigio fue posiblemente una de las razones que le llevaron a salvar el final de su presidencia con una plena dedicación a la

lucha por la paz, aunque le costase vencer su desconfianza y pusiera en peligro las negociaciones con salidas de tono como el discurso pronunciado en Berlín el 12 de junio de 1987 en que exhortaba a Gorbachov a derribar el muro («tuve una acogida tremenda, interrumpido 28 veces por los aplausos», escribe en su diario, en una muestra de su sensibilidad de actor).

Decadencia y crisis de la Unión Soviética

La herencia más grave que Brézhnev había dejado a sus sucesores era la crisis del Imperio soviético, que era económicamente inviable, puesto que no se podía seguir haciendo pagar a la población rusa el coste de financiar los niveles de vida de la Europa del este, sin contar la ayuda que se prestaba a toda una serie de «clientes» en otros lugares del mundo.

Yuri Andrópov, que era el más capacitado de los herederos potenciales de Brézhnev, recibió el poder a los sesenta y ocho años de edad, con una grave enfermedad renal. Estaba obligado a hacer frente, además de a una situación económica difícil, a la agresividad de Reagan. Hasta entonces, decía Andrópov, los norteamericanos hablaban de sus armas como medios de intimidación, ahora se referían a los nuevos sistemas de misiles como destinados a una futura guerra, lo que daba un sesgo inquietante a la instalación en las bases de Alemania occidental de los nuevos misiles Pershing, cuyo tiempo de llegada a objetivos en Rusia se calculaba que era de cuatro a seis minutos. El malestar fue en aumento con las grandes maniobras de la OTAN, como los ejercicios Able Archer 83 de que ya hemos hablado, o con la presencia desafiante de la flota del Pacífico, que realizaba maniobras cerca de las aguas territoriales soviéticas en Asia. Los representantes soviéticos abandonaron el 23 de noviembre de 1983 las negociaciones de limitación de armamentos de Ginebra, mientras un Andrópov hospitalizado manifestaba su convicción de que los norteamericanos se habían propuesto aplastarles y que no se les podía hacer concesión alguna.

Tras su fallecimiento, el 9 de febrero de 1984, el poder pasó a manos de Konstantín Chernenko, un hombre de setenta y tres años de edad, débil y enfermo —tenía una grave afección asmática y se mantenía activo gracias al consumo de una gran cantidad de tranquilizantes—, quien se vio obligado a

abandonar el ejercicio efectivo del gobierno en manos del ministro de defensa Ustínov y de Andréi Gromyko. Chernenko falleció el 10 de marzo de 1985, pero esta vez no se optó por los miembros del viejo aparato para sucederle, porque se era consciente de que urgía realizar grandes cambios.

El elegido fue Mijaíl Gorbachov, que acababa de cumplir cincuenta y cuatro años: era hijo de campesinos y había ascendido en el partido gracias a su esfuerzo y a su inteligencia.[10] Había viajado por diversos países de Occidente, lo cual le hizo consciente del atraso económico de la URSS y le llevó a preocuparse desde el primer momento por el elevado gasto de la política de rearme, que consumía del 15 al 17 % del PIB, así como por los costes de mantenimiento del imperio europeo (los subsidios a las economías del «campo socialista» europeo llegaron a ser de cinco mil a diez mil millones de dólares anuales) a lo que había que agregar los de las ayudas a países como Cuba, Camboya, Angola o Etiopía, sin olvidar el gasto generado por la guerra de Afganistán.[11]

Disminuir a la vez el gasto militar y los costes del imperio, y volver a negociaciones de distensión eran pasos necesarios para disponer de recursos con los que mejorar la situación interior de la Unión Soviética sin necesidad de abandonar el sistema vigente, porque estaba convencido de que, con todos sus defectos, el socialismo era más justo y equitativo, más beneficioso para la gente común.

Para que el sistema siguiera funcionando había que realizar reformas muy costosas en la economía —en junio de 1985 revelaba a un grupo de dirigentes que se necesitaba reemplazar un 50 % de la maquinaria de las industrias soviéticas—, que debían venir acompañadas por cambios a fondo en el terreno político, para lo cual comenzó con una campaña para eliminar a los dirigentes corruptos, echando a cientos de funcionarios del partido.

Convencido de que la distensión y el desarme eran condiciones necesarias para su proyecto, se dedicó a la vez a la reforma política interior y a las relaciones exteriores. Para colaborar con él en el campo de la política internacional escogió al georgiano Eduard Shevardnadze, que reemplazó a Gromyko y se integró en el núcleo de los jóvenes reformadores que formaron el equipo del nuevo secretario general, junto a hombres como Yákovlev, que regresaba de un exilio de diez años como embajador en Canadá, Primakov o

Chernyaev.

Chernyaev escribía en enero de 1986 en su diario que Gorbachov estaba decidido a acabar unilateralmente con la carrera armamentística, porque se había dado cuenta de que «nadie nos atacará, aunque nos desarmemos por completo», y que liquidar esta carga era necesario para liberar el país.

Gorbachov preparaba al propio tiempo el decimosegundo plan quinquenal (que preveía un crecimiento de la economía del 25 % y sostenía que para el año 2000 la Unión Soviética habría duplicado su potencial) y las propuestas políticas que presentó en el 27 congreso del partido, que se celebró del 25 de febrero al 6 de marzo de 1986, en la línea de un «nuevo pensamiento» que abandonaba la teoría de los dos campos enfrentados.

El 26 de abril de 1986 se produjo la catástrofe de Chernóbil: la explosión en una central nuclear en Ucrania, que causó la muerte de unas ocho mil personas y obligó a desplazar a más de doscientas mil. El accidente vino a mostrar, dirá Gorbachov, «no sólo cuán obsoleta era nuestra tecnología, sino también el fracaso del viejo sistema».

La situación económica de la Unión Soviética se agravó además en 1986 cuando Arabia Saudí y los emiratos del Golfo decidieron aumentar la producción de petróleo y provocaron un súbito descenso de los precios del crudo (el barril cayó de 32 dólares en noviembre de 1985 a 12 dólares en la primavera de 1986), lo cual iba a disminuir seriamente los ingresos que los rusos obtenían en el mercado mundial por sus exportaciones.

Reagan y Gorbachov: el diálogo

El segundo mandato de Reagan como presidente —el de mayor edad, a sus setenta y tres años, en la historia de Estados Unidos— había comenzado con intenciones renovadoras que se manifestaron en los cambios en el grupo de sus asesores directos. Fue entonces también cuando desarrolló una nueva actitud respecto de las negociaciones para el desarme, que tenía su fundamento en algunas experiencias personales. En 1983, por ejemplo, había visto una película para televisión, *El día después*, que mostraba lo que podía suceder en una ciudad norteamericana después de un ataque atómico. Quedó deprimido, nos dice en su

diario, y reforzó su convicción de que había que asegurarse de que «nunca habrá una guerra nuclear».

En el nuevo tono de su política internacional influyeron la personalidad de su segundo secretario de Estado, George Shultz, que era un personaje relativamente moderado, en comparación con Alexander Haig,[12] y la desaparición progresiva de su entorno de una serie de halcones como el secretario de Defensa Caspar Weinberger (que tenía como adjunto a Richard Perle, a quien Kissinger define como «un destructivo hijo de puta»), el director de la CIA, William J. Casey, responsable de difundir informes falseados que exageraban la potencia militar soviética, o su consejero de Seguridad Nacional, William P. Clark, que se valía como asesor de un extremista como el polaco Richard Pipes.

Reagan había escrito a Andrópov en diciembre de 1983, pero la muerte del dirigente ruso dio lugar a que la respuesta de su sucesor, Chernenko, no llegase hasta fines de junio de 1984. Preocupado en aquellos momentos por quitarle el argumento del desarme al candidato demócrata Walter Mondale, al que había de enfrentarse para su reelección en el mes de noviembre, y condicionado por el Congreso —que no le concedía más recursos para armas atómicas, si no hacía al propio tiempo esfuerzos para negociar su limitación—, propuso a la Asamblea general de la ONU, en septiembre de 1984, que se abriesen nuevas negociaciones NST (Nuclear and Space Arms Talks), lo que los soviéticos aceptaron en noviembre, una vez concluidas las elecciones presidenciales norteamericanas. Las conversaciones se frustraron, sin embargo, por la muerte de Chernenko en marzo de 1985, y después, en julio del mismo año, por la operación a que fue sometido el presidente norteamericano al descubrírsele un cáncer de colon.

Margaret Thatcher, que había conocido a Mijaíl Gorbachov en Londres en diciembre de 1984, se entusiasmó ante la personalidad de este ruso tan distinto a sus predecesores y se apresuró a comunicárselo a Reagan y a animarle a que negociase con él. En marzo de 1985 el vicepresidente Bush, que había viajado a Moscú para asistir al funeral de Chernenko, le entregó a Gorbachov una carta personal de Reagan en que éste le invitaba a negociar personalmente, con la convicción de que «nuestras diferencias pueden y deben resolverse por medio de la discusión y la negociación». Gorbachov contestó de inmediato y hubo un intercambio de cartas entre ambos en los meses siguientes, hasta que se

encontraron personalmente en Ginebra en noviembre de 1985.

Aunque de estas primeras conversaciones no salieran resultados efectivos, se llegó por lo menos al compromiso de mantener abiertas las negociaciones de limitación de armamento. «Esta reunión, afirma Dobrynin en sus memorias, abrió una nueva época que eventualmente condujo a un drástico cambio de relaciones entre los dos países.» Reagan sentía que había comenzado a romperse el hielo y aspiraba a seguir negociando con la ayuda de Shultz; pero los pasos siguientes no resultaron fáciles, con complicaciones como, en abril de 1986, el ataque norteamericano a Libia, un país con el que la URSS mantenía buenas relaciones.

Gorbachov, que estaba ansioso por avanzar por el camino de una política de desarme nuclear, propuso a Reagan una nueva reunión de carácter personal, que se celebró en Reikiavik en octubre de 1986, a la que el ruso llevó propuestas avanzadas de desarme. En el transcurso del encuentro parecían estarse realizando más progresos que en los veinte años anteriores, gracias a las concesiones que ofrecían los soviéticos, que sorprendieron a los norteamericanos. Los problemas surgieron por la pretensión de Reagan de seguir desarrollando el sistema de defensa de la SDI, resistiéndose a cualquier concesión en este terreno.

La actitud de Gorbachov en este punto fue un error, puesto que, como él mismo le dijo a Grachov años más tarde, «no teníamos miedo de la SDI, en primer lugar porque nuestros expertos estaban convencidos de que este proyecto era irrealizable, y en segundo lugar, porque sabíamos cómo neutralizarlo ... No era por miedo que nos oponíamos a ella, sino por su efecto desestabilizador». Temían que, una vez que hubiesen completado su protección, Estados Unidos endurecería sus exigencias en las negociaciones. Por otra parte, Gorbachov necesitaba obtener alguna concesión de los norteamericanos para justificar ante la opinión soviética lo mucho que les ofrecía. Pero era consciente de que las negociaciones iban a seguir, como lo demuestra que antes de marchar le dijera al presidente de Islandia: «Éste es el comienzo del fin de la guerra fría».

Reagan escribió en su diario: «No quería entregar la SDI y no la entregué, pero esto significó que no hubiera acuerdo en ninguna de las reducciones de armas». Thatcher, por su parte, estaba indignada con Reagan por frustrar las negociaciones de Reikiavik con su obsesión por la SDI: «Ha perdido el contacto

con la realidad. Nuevas armas conseguirán siempre atravesar el escudo de la SDI».

Reikiavik representó, sin embargo, por la amplitud de sus planteamientos, el inicio de una nueva y decisiva etapa en las discusiones de desarme, que se desarrollarían más tarde en Moscú. Eran, además, momentos en que Gorbachov daba nuevos pasos para normalizar las relaciones internacionales, como el anuncio, en noviembre de 1986, de que se iban a retirar todas las tropas rusas de Afganistán.

Tanto Reagan como Gorbachov estaban encontrando resistencias a sus propuestas de desarme. Gromyko echó en cara a Gorbachov que lo que proponía implicaba dejar a los soviéticos a merced de la buena fe de los norteamericanos. En cuanto a Reagan, no sólo se enfrentaba a la oposición del Pentágono, y a resistencias por parte de los países miembros de la OTAN, sino que incluso los viejos políticos de la época de la distensión, como Kissinger o Nixon, se mostraban en abierta oposición a sus propósitos de negociación. Pero Reagan había decidido ya seguir este camino en momentos en que los miembros de su equipo más hostiles a este giro estaban dejando sus cargos.

El 28 de mayo de 1987 un extraño incidente arrojaba nueva luz sobre las debilidades del sistema defensivo soviético: un joven piloto alemán, Mathias Rust, se adentraba con su avioneta en el espacio aéreo ruso y aterrizaba en la Plaza Roja de Moscú, lo cual sirvió para acentuar los ataques de Gromyko y de los enemigos de la distensión.

En diciembre de 1987 Gorbachov viajó a Washington para una serie de conversaciones que condujeron a la firma del tratado de eliminación de armas nucleares de alcance medio, en lo que Reagan calificaría en su diario como «la mejor cumbre que nunca hayamos tenido con la Unión Soviética».

La parte fundamental de las negociaciones de limitación de armas las llevaba Shultz con los dirigentes soviéticos, aunque en apariencia culminasen en la visita de Reagan a Moscú entre el 29 de mayo y el 3 de junio de 1988. Una reunión en que hubo conversaciones cordiales entre un Reagan que le planteaba a Gorbachov cuestiones de moral y religión, a las que éste correspondía amablemente. «No tengo dudas de que existe una cierta química entre nosotros», escribió en su diario Reagan, que le había dicho a Gorbachov: «Estoy convencido de que es voluntad de Dios que cooperemos». Los acuerdos reales

de desarme culminaron, sin embargo, cuando Reagan había dejado ya la presidencia.

El 7 de diciembre de 1988 Gorbachov pronunció un discurso en las Naciones Unidas, en Nueva York, en que pedía la «no politización de las relaciones internacionales», hablaba de la democracia y de la superioridad de los valores humanos universales respecto de los intereses de clase, exponía las líneas de un «nuevo pensamiento» que se apartaba cada vez más del «marxismo-leninismo», y acompañaba estos planteamientos con el anuncio de la liberación de presos políticos, la reducción unilateral de sus tropas y la evacuación de hombres y tanques de la República democrática alemana, Hungría y Checoslovaquia. Chernyaev nos cuenta el efecto electrizante que produjo su discurso: «Durante más de una hora nadie se movió. Y luego la audiencia estalló en ovaciones, e impidió que M. S. [Gorbachov] marchase. Tuvo incluso que levantarse y saludar, como si estuviese en un escenario». Seguidamente Reagan, el nuevo presidente electo, George H. W. Bush, y Gorbachov se retrataron juntos ante la Estatua de la libertad.

La Europa del desencanto

En mayo de 1979 Margaret Thatcher llegó al poder en Gran Bretaña, al frente del partido Conservador, y comenzó anunciando su propósito de reducir el sector público, suprimir los controles de precios y «reformar» los sindicatos (en privado manifestaba que lo que quería era aplastarlos). Se proponía, ante todo, liberalizar la economía británica, que «estaba asfixiada y controlada por un estado burocrático que ... sofocaba la innovación y engendraba una irresponsable dependencia de las ayudas sociales». Su primer presupuesto redujo el gasto, disminuyó los tipos del impuesto sobre la renta, en especial la tarifa máxima, pero aumentó el IVA, suprimiendo la exención que regía para los productos básicos de alimentación. Más adelante, y tras su hora de gloria en la «guerra de las Malvinas», que los militares argentinos habían tratado en vano de conquistar, emprendió la gran batalla contra el sindicato de los mineros, la National Union of Mineworkers, dirigida por Arthur Scargill. La huelga de los mineros, provocada por los cierres de minas, se inició en marzo de 1984 y duró un año,

hasta acabar con la derrota total de los trabajadores. Fue el triunfo más significativo de la «dama de hierro», en unos años turbulentos en los que, como diría John Pilger, «la corrupción y la falta de humanidad no conocieron límites».

Paralelamente, la propia señora Thatcher dirigía una campaña cultural que tenía como uno de sus principales objetivos transformar la educación, con un empeño especial en la enseñanza de la historia en las escuelas, imponiendo unos programas unificados de los que se quería eliminar cualquier rastro de la vieja historia social progresista. Ella misma definió sus objetivos hablando ante la cámara de los Comunes: «En lugar de enseñar generalidades y grandes temas, ¿por qué no volvemos a los buenos tiempos de antaño en que se aprendían de memoria los nombres de los reyes y las reinas de Inglaterra, las batallas, los hechos y todos los gloriosos acontecimientos de nuestro pasado?».

Lo cual era coherente con lo que había dicho el 31 de octubre de 1987: «No existe eso que llamamos sociedad; hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias», un argumento que servía de apoyo a la negativa de que el gobierno tuviera la obligación de resolver los problemas de la gente.

A diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos y en Gran Bretaña, la Europa occidental conservó gobiernos de izquierda en los años que siguieron a la crisis económica de los setenta, en una época en que, como se ha dicho, el movimiento obrero se mantenía vivo y activo en la mayor parte de la misma: los sindicatos consiguieron en Italia que se estableciera una escala móvil que asociaba precios y salarios, y en Alemania obtuvieron derechos de participación en las decisiones empresariales.

El 25 de abril de 1974 un golpe militar pacífico, la «revolución de los claveles», provocó la caída de la dictadura en Portugal y la subida al poder de la izquierda, ante la alarma de Estados Unidos, que temió ver a ministros comunistas en los organismos de la OTAN. Pocos meses después caía también la dictadura militar que gobernaba Grecia. En España la muerte del general Franco el 20 de noviembre de 1975 dio paso a una etapa indecisa en que la agitación sindical contribuyó en buena medida a forzar una transición negociada a la democracia, destinada a mantener la estabilidad social.

En algunos países los partidos de izquierda experimentaron avances

electorales considerables, como ocurrió en Italia con el Partido comunista (que afirmó entonces su propuesta de «compromiso histórico», esto es, de colaboración con las demás fuerzas democráticas). En Francia este avance se produjo en las elecciones de 1981, con la victoria de un François Mitterrand que manifestaba su propósito de «romper el discurso del beneficio privado», y en España con la del PSOE en las de 1982. Este avance llevaría, en los casos de Francia y España, a una larga etapa de aparente estabilidad (de 1981 a 1995 en Francia, con Mitterrand en la presidencia, y de 1982 a 1996 en España, con Felipe González al frente del gobierno).

Este giro, que llevó al poder en diversos países europeos a partidos «socialistas» en la órbita de la Segunda Internacional, no implicó, sin embargo, que estos adoptasen medidas de transformación social propias de la tradición de la izquierda, sino que en todos los casos se produjo una deriva hacia posiciones centristas moderadas, que se justificaban por la necesidad de hacer frente a la desfavorable evolución de la coyuntura económica y al endeudamiento que había implicado el desarrollo del estado de bienestar. Esta evolución hacia la derecha de los partidos socialistas vino acompañada por el declive de los comunistas, tras el fugaz intento de los partidos de Italia y de España por crear, a inspiración de Enrico Berlinguer, una tercera vía próxima a la socialdemocracia, la del llamado «eurocomunismo», que se distanciaba de la obediencia a la URSS.

El caso de Italia era distinto y muy especial, debido a la fuerza que conservaban allí los grupos de izquierda extraparlamentaria, herederos de los combates del 68, que llevaron su lucha a la calle en lo que comenzó en muchos casos como una serie de actos de «propaganda armada», para pasar posteriormente al terrorismo de la guerrilla urbana, en respuesta a la violencia del estado, que no sólo actuaba con la represión policíaca, sino con atentados realizados por grupos terroristas neofascistas, organizados con el apoyo del gobierno, y probablemente de la CIA. Su objetivo era crear un clima de inestabilidad que obstaculizase el avance electoral del Partido comunista.

Los grupos de extrema izquierda, como *Brigadas Rojas* o *Prima linea*, respondieron por su parte a la violencia de estos «años de plomo» con acciones terroristas que culminaron el 16 de marzo de 1978 con el secuestro y posterior ejecución del antiguo primer ministro democristiano Aldo Moro, que estaba negociando la colaboración del Partido comunista con el gobierno. En este

confuso asunto hubo sospechas fundadas de que sus ejecutores podían estar movidos por intereses oscuros. En todo caso, lo que quedó claro es que desde el gobierno se hizo muy poco para salvar la vida de Aldo Moro.

Frustrado el «compromiso histórico», el poder quedó entre 1983 y 1994 en manos de una sucesión de gobiernos de cinco («pentapartito») y cuatro partidos, dominados por la alianza entre el Partido socialista (cuyo líder, Bettino Craxi, fue jefe del gobierno de 1983 a 1987) y la Democracia Cristiana; una etapa que acabó en la disolución del sistema en medio de los escándalos de corrupción de la llamada «Tangentopoli» (de «tangente», soborno) y favoreció la llegada al poder de Silvio Berlusconi, un magnate de los negocios que controlaba la televisión privada.

En la Alemania federal la guerrilla urbana estuvo protagonizada sobre todo por la *Rote Armee Fraktion*, cuya existencia sirvió para legitimar una política represiva desproporcionada: entre 1971 y 1979 los servicios de investigación alemanes interrogaron a un millón y medio de ciudadanos acerca de sus ideas políticas, mientras a cuatro mil se les negaba trabajar para el estado por razones difícilmente justificables. Los dirigentes de la RAF murieron además en extrañas circunstancias en la cárcel de alta seguridad de Stammheim. Todo esto ocurría mientras los socialdemócratas seguían en el poder, aliados a los liberales, hasta que en octubre de 1982, agotados por los efectos de la crisis económica, de la lucha contra el terrorismo y de su división interna en torno al rearme atómico, hubieron de dar paso a la larga era de gobierno de los cristianodemócratas, con Helmut Kohl como canciller (1982-1998).

En el terreno de las ideas comenzó a desarrollarse en la Europa occidental una contrarrevolución conservadora muy distinta a la norteamericana, alimentada por la frustración de los movimientos izquierdistas del 68 y por el desengaño que para muchos significó el aplastamiento por la Unión Soviética de la llamada «primavera de Praga». Una contrarrevolución que encontró escasa resistencia por parte de aquellos intelectuales que habían adoptado en los sesenta un bagaje de ideas pretendidamente marxistas, que abandonaron ahora, desencantados ante el agotamiento de las esperanzas políticas de la izquierda.

13

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA (1989-2001)

La guerra fría terminó en 1989. El capitalismo liberal había ganado el conflicto y proclamaba su derecho a extenderse a escala mundial. Francis Fukuyama, desarrollando ideas que había apuntado en un artículo escrito en 1989, publicó en 1992 *El fin de la historia y el último hombre*, donde anunciaba que, con el triunfo mundial del nuevo orden, había finalizado la era de las guerras y las revoluciones.

La realidad le desmintió rápidamente. En 1991 estallaba la guerra del Golfo, en 1992 se iniciaba la de Bosnia, mientras que Somalia se desangraba en una cruenta guerra civil; en 1994 iba a comenzar en Ruanda la gran guerra de África Central que causaría más de cinco millones de muertos...

En 1993 Samuel Huntington, profesor de ciencia política en Harvard, criticaba a Fukuyama y exponía su propio «paradigma del mundo después de la guerra fría», que desarrolló en 1996 en su libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* en que, recuperando la visión de la historia de Arnold Toynbee, exponía el panorama de un mundo donde los enfrentamientos no se producirían por motivos ideológicos, sino por el choque entre civilizaciones; un enfrentamiento que oponía en aquellos momentos la civilización occidental cristiana (la de Europa, América del Norte y Australia) a las civilizaciones islámica, sínica, africana, *etc.*

Ambos, Fukuyama y Huntington, compartían, como se ve, la convicción de que había concluido para siempre la «lucha de clases».

En los últimos años del siglo iban a producirse, además de la secuencia de guerras a que me he referido, acontecimientos tan espectaculares como la caída

del sistema del «socialismo realmente existente», la disolución de la URSS o el cambio de rumbo de China. Y, sin embargo, el más trascendente de los cambios que se estaban produciendo, el que significaba el avance de una gran mutación histórica en que estamos todavía inmersos, pasaba desapercibido por los contemporáneos.

Me refiero el inicio de lo que Paul Krugman llama «la gran divergencia»,[1] una etapa de aumento de la desigualdad que iba a conducir al desguace del estado de bienestar, a la debilitación de los sindicatos, a la liberalización de la actividad empresarial y al empobrecimiento de la población trabajadora, esto es, de la mayoría de la población mundial.

El origen de esta divergencia no se explica a partir de la economía, sino que, como señala Krugman, es netamente político: desde 1970 «las normas e instituciones de la sociedad estadounidense han cambiado, de forma que o bien han favorecido o bien posibilitado un radical incremento de la desigualdad». Una desigualdad que nace en su misma raíz del hecho de que la productividad ha crecido más que la compensación del trabajo desde 1970 y sigue haciéndolo en la actualidad.

Tomando como pretexto la necesidad de superar los efectos de la crisis de los años setenta, se recrudeció la lucha contra los sindicatos y contra el establecimiento de un salario mínimo, completada por una serie de acuerdos de libertad de comercio que permitieron a los empresarios deslocalizar la producción a otros países e importar después sus productos, con el fin de debilitar la capacidad de los obreros de los países desarrollados para seguir luchando por mejoras de las condiciones de trabajo y de los salarios.

Estos cambios, que no tardaron en irse extendiendo a lo ancho del mundo desarrollado, contribuyeron a transformar la faz misma de la economía internacional. Los que en un tiempo eran designados como países subdesarrollados (o en vías de desarrollo) se convertían ahora en «países emergentes», integrados en un único proceso productivo, por obra de las empresas transnacionales que desplazaron la producción industrial a lugares donde, ante la ausencia de leyes sociales como las que protegían a los trabajadores en los países desarrollados, tenían más fácil pagar salarios bajos y podían desentenderse de las pugnas laborales —que resurgieron aquí, al tiempo que desaparecían del mundo desarrollado—, cuyas consecuencias asumían en

estos escenarios quienes ejercían de intermediarios.

Paralelamente, al permitir la libre circulación de los capitales, los ponía fuera del alcance de los estados nacionales, dejando a sus propietarios la posibilidad de refugiarse en paraísos fiscales, lo cual iba a permitir una gigantesca evasión de impuestos que dejaría sin recursos al estado de bienestar.

De este modo la globalización, presentada como una fuerza transformadora y progresiva, abría el camino, a la vez, al desarrollo del nuevo imperialismo del siglo XXI y al triunfo de la desigualdad en el interior de los países desarrollados.

Conviene recordar que todos estos cambios se estaban desarrollando ya, a escala global, mientras otros acontecimientos de naturaleza política ocupaban la atención pública.

Las «revoluciones» de 1989

En el terreno internacional el deshielo que Gorbachov ambicionaba conseguir, y que con Reagan parecía cercano, tardó unos años en producirse, ante los recelos del nuevo presidente norteamericano, George H. W. Bush. Pese a que éste asegure en sus memorias que siempre creyó en la sinceridad de Gorbachov y que simpatizaba personalmente con él, estaba condicionado por un entorno que seguía desconfiando de la URSS, incluso en momentos en que su agonía resultaba evidente. Nixon, por ejemplo, aconsejó a Bush que no cometiese el error de confraternizar con Gorbachov, y le advirtió que no debía negociar con él ni la reunificación alemana ni el futuro de la OTAN.

Entendían tan poco lo que estaba ocurriendo en Rusia que llegaron a pensar que Gorbachov era más peligroso que los gobernantes que le habían precedido. El propio Scowcroft, consejero de Seguridad de Bush, nos dice: «creía que el objetivo de Gorbachov era devolver el dinamismo a un sistema político y económico socialista, y revitalizar la Unión Soviética domésticamente e internacionalmente para competir con Occidente. Para mí, especialmente hasta 1990, esto hacía a Gorbachov más peligroso que sus predecesores».

No fue hasta diciembre de 1989, con un año de retraso, cuando había culminado ya el proceso de las llamadas «revoluciones» de la Europa central y oriental, que se produjo una primera reunión entre George H. W. Bush y

Gorbachov en el puerto de Malta, a bordo del buque soviético *Maxim Gorky*. De acuerdo con la estrategia propuesta por el secretario de Estado, James Baker, Bush frenó cualquier planteamiento que pudiera hacer Gorbachov. Según Scowcroft: «el plan de Baker había funcionado. Sea lo que fuere lo que Gorbachov tuviese en mente para sus planteamientos iniciales, sigue siendo un misterio, porque el presidente había arruinado su plan ... enterrado bajo el alud de propuestas norteamericanas». Que Gorbachov creyese entonces, como afirma en sus memorias, que «habíamos cruzado definitivamente el Rubicón», revela claramente la magnitud de su autoengaño.

El Imperio soviético se desmoronaba. Los gobiernos «socialistas» de los países de la Europa central y oriental no habían conseguido establecer sistemas políticos capaces de satisfacer las aspiraciones populares de libertad y democracia, aunque habían protagonizado una auténtica transformación social: en todos ellos se crearon sistemas de beneficios sociales en el terreno de la salud o las pensiones, se aseguró el pleno empleo (sin estímulos para aumentar la productividad) y se desarrolló un sistema educativo que transformó los niveles culturales de sus sociedades. Estos avances pudieron sostenerse gracias a un progreso económico que durante veinticinco años mantuvo tasas de crecimiento cercanas al 4 % anual.

Pero con la crisis de mediados de los setenta unas economías que se habían basado en el carbón, el hierro, las manufacturas metálicas o la construcción naval, y que dependían en buena medida de sus relaciones económicas con Occidente, comenzaron a experimentar los efectos de la recesión y buscaron mantener el gasto social con créditos que fueron agobiándolos con una carga insoportable de deudas. «Los comunistas, escribe Stephen Kotkin, se endeudaron con Occidente como marinos borrachos para comprar bienes de consumo, hasta que fueron incapaces de pagar estas deudas y se endeudaron todavía más.»

Gorbachov que, como dice un informe de la CIA de septiembre de 1985, «había heredado una economía atrasada tecnológicamente, que había experimentado una década de débil crecimiento», no sólo necesitaba dinamizar la economía soviética, sino que estaba obligado a cambiar el costoso sistema de tutela de los países integrados en el llamado «COMECON» (o CAME, Consejo

de ayuda mutua económica), por el que los soviéticos estaban subsidiando a aquellos países a través de unos créditos que no se devolvían y de precios especiales para los suministros de petróleo y de gas, a lo que se añadía el coste de asegurar la estabilidad del sistema con la presencia de fuertes contingentes de tropas rusas.

En octubre de 1986 Nikolái Ryzhkov presentó al politburó del partido soviético un informe en que mostraba que tanto Polonia, como Hungría y Bulgaria estaban gravemente endeudadas, al borde de la ruina, pero seguían empeñadas en negociar por su cuenta créditos con los bancos occidentales. Las previsiones anunciaban que estos países iban a entrar en bancarrota en 1989-1990. El mes siguiente se convocó una reunión secreta del COMECON en Moscú, en que se presentó una especie de «doctrina Gorbachov» sobre las relaciones entre los países socialistas: la época del paternalismo había concluido y en el futuro cada partido sería responsable ante su propia población y ante su opinión pública. El aspecto más desagradable de este anuncio de una nueva política era el que se refería a la exigencia de que en el futuro las relaciones económicas con la URSS debían ser mutuamente provechosas y realizarse en términos de las condiciones y precios del mercado mundial. Por entonces ninguno de estos dirigentes aceptaba estas críticas ni pensaba en adoptar reformas; lejos de ello, se quejaban de que la influencia de la «perestroika», el proceso de liberalización que se había iniciado en Rusia, les estaba causando problemas.

Los primeros cambios tuvieron lugar en Polonia, que desde 1981 tenía como jefe de estado al general Wojciech Jaruzelski, quien mantenía un clima de tolerancia que le llevó a aceptar una visita del papa polaco Juan Pablo II, que éste aprovechó para estimular la movilización de los católicos contra el comunismo. Hubo una larga etapa de huelgas y conflictos hasta que en 1989 se inició una transición con unas elecciones parciales que dieron un triunfo arrollador al sindicato Solidarność; un cambio que Jaruzelski, elegido al propio tiempo presidente de la república, completó al nombrar primer ministro al católico Tadeusz Mazowiecki, el primer jefe de gobierno no comunista de la Europa del este desde 1948. Un Bush entusiasmado viajó a Polonia para dar apoyo al cambio.

La crisis final empezó en la República democrática alemana, donde el

secretario general del partido, Erich Honecker, se había endeudado en secreto y de manera insensata con los bancos de la Alemania occidental, y rehusaba realizar reforma política alguna. Sus problemas se precipitaron cuando los ministros de Asuntos exteriores de Hungría y de Austria cortaron simbólicamente las alambradas de la frontera que les separaba, y Hungría se llenó de «turistas» alemanes del este que deseaban emprender la ruta hacia Alemania occidental a través de su territorio.

El éxodo en masa, que llevaba hacia Occidente a quienes estaban movidos sobre todo por motivos económicos, dio nuevos estímulos en la Alemania del este a las organizaciones sociales, animadas en buena parte por grupos disidentes, que lo que querían no era la unión a la Alemania occidental, sino un nuevo socialismo democrático, lo cual ponía al gobierno ante la alternativa de la reforma política o la represión, algo que resultaba poco viable desde el momento en que Gorbachov había dado instrucciones para que las tropas soviéticas de guarnición en Alemania se abstuvieran de intervenir en sus asuntos internos.

El 17 de octubre de 1989 Honecker fue destituido y reemplazado al frente del SED (el gubernamental Partido socialista unificado) por Egon Krenz, contrario al uso de la represión. Pero los mayores problemas del país, como descubrió muy pronto el nuevo secretario general, eran de índole económica: la República democrática alemana estaba al borde de la quiebra, sin capacidad para hacer frente al pago de los intereses de su deuda exterior. Cuando viajó a Moscú para comunicar a Gorbachov que el país se encontraba en una situación desesperada, recibió la respuesta de que la Unión Soviética no podía ayudarles y que la solución residía o en decirles a los ciudadanos alemanes que habían estado viviendo por encima de sus medios y que ahora les tocaba sacrificarse, o en buscar la ayuda económica de la Alemania occidental, que sólo se podría obtener a cambio de concesiones políticas.

El comienzo del fin, la mitificada «caída del muro» del 9 de noviembre de 1989, que se ha convertido poco menos que en el símbolo representativo del hundimiento del comunismo, fue un acontecimiento puntual que no tuvo su origen en la acción de las masas, sino en el desconcierto de un gobierno cuyo portavoz, Günter Schabowski, cometió el error, tal vez intencionado, de afirmar en una rueda de prensa que se permitiría a los alemanes del este abandonar el país por la frontera con el oeste *de inmediato* —«ab sofort, unverzüglich»,

«inmediatamente a partir de ahora», contestó a las preguntas que se le hacían—, lo que dio lugar a una aglomeración ante los pasos fronterizos que obligó a las autoridades del este a ceder.

Al día siguiente, 10 de noviembre, Chernyaev escribía en su diario: «El muro de Berlín ha caído. Una época entera de la historia del "sistema socialista" ha llegado a su fin ... No se trata ya del socialismo, sino de un cambio en el balance mundial de las potencias: el fin de Yalta, el fin del legado de Stalin y de la derrota de la Alemania nazi en la Guerra mundial».

En diciembre comenzaba a desintegrarse el gobierno alemán del este: se disolvió el politburó y Krenz renunció al cargo de jefe del estado, reemplazado por Hans Modrow, partidario de implantar reformas y de establecer una confederación con la Alemania occidental. Sólo que era demasiado tarde para ello. Kohl, el canciller de la Alemania occidental, comenzaba a hablar con los dirigentes del este acerca de los pasos que se debían seguir hacia una confederación, cuando había decidido ya por su cuenta ir a una rápida unificación.

A comienzos de febrero de 1990 el secretario de Estado norteamericano, James Baker, viajó a Moscú, donde ofreció a Gorbachov, que seguía soñando en una Europa en paz en que tanto la organización del Pacto de Varsovia como la OTAN se disolvieran, la formación de una Alemania unificada, pero en la que la OTAN no se implantaría en el territorio del este. Gorbachov traicionó las esperanzas de los disidentes del este, que preparaban un nuevo texto constitucional en que se aceptaría el pluralismo de la propiedad estatal y la privada, en un marco de socialismo en libertad. Nada podía interesar menos a Kohl que un proyecto que aspiraba a regenerar el conjunto de Alemania. Las cosas se precipitaron, en parte por la torpeza de lo que quedaba del gobierno y de la policía del viejo régimen alemán del este, y las elecciones celebradas el 18 de marzo de 1990 en la Alemania oriental dieron un inesperado triunfo a los cristianodemócratas (la coalición CDU-CSU), que obtuvieron el 48 % de los votos, contra el 21,9 obtenido por los socialdemócratas (SPD) y tan sólo un 16,4 % el Partido del socialismo democrático, formado por una alianza de viejos miembros del disuelto SED y disidentes. El resultado reflejaba el amplio apoyo que el conjunto de la población daba a la perspectiva de una unificación, que pensaban que iba a resolver sus problemas económicos, puesto que Kohl les

había prometido hacer la unión monetaria a un tipo de cambio favorable para los habitantes del este.

En la reunión en la cumbre celebrada en Washington y Camp David en mayo-junio de 1990 Gorbachov, aunque estaba sometido a fuertes presiones de su entorno para que no cediera, acabó aceptando el derecho a que la nueva Alemania unificada escogiera la alianza militar a la que quisiera unirse —una elección de resultado claramente anticipado— ante el asombro de sus huéspedes norteamericanos, que habían conseguido fácilmente su objetivo, y ante la reprobación del equipo diplomático que le acompañaba. Todo lo que los soviéticos obtenían del encuentro era un acuerdo comercial pendiente de aprobación, del que esperaban, erróneamente, la ayuda económica que necesitaban para sostener una agonizante perestroika.

El rápido deterioro de la situación en una URSS en proceso de disolución facilitó que Kohl, que fue el único que se ocupó de que Gorbachov consiguiese créditos, pudiese imponer sus condiciones en julio, en una visita a Moscú en la que, agobiado por la situación económica, Gorbachov se rindió y acabó aceptando que la unificación se realizase en aquel mismo año y dejó en un equívoco silencio lo relativo a la extensión de la OTAN, una vez las tropas soviéticas de ocupación hubiesen sido repatriadas, lo cual se haría en un plazo de cuatro años, contra pago por parte de los alemanes de una suma para asegurar el traslado y alojamiento de las tropas en territorio ruso. El 12 de septiembre se firmaba en Moscú el acuerdo a que habían llegado.

En la mayoría de los otros países del área, que hacía ya tiempo que miraban hacia una integración en la Unión Europea como la única salida posible de sus problemas económicos, fueron las propias autoridades comunistas las que negociaron la transición hacia el pluralismo, con la tolerancia e incluso el apoyo de los soviéticos. En Hungría el comité central del partido adoptó en febrero de 1989 el proyecto de una nueva constitución que preconizaba elecciones libres y multipartidismo, y se iniciaron las negociaciones con las fuerzas opositoras en una «mesa redonda» que acordó que se celebraran elecciones en 1990.

En Bulgaria el movimiento de reforma surgió, a falta de una oposición anticomunista, de las nuevas organizaciones de debate político, como el «Club

por la perestroika y la glasnost», creado por un centenar de intelectuales en noviembre de 1988, a la vez que de los sectores reformistas del propio Partido comunista, que contaron con la colaboración de la embajada soviética para forzar a Todor Zhivkov, el dirigente comunista de la Europa del este que llevaba más años en el poder, a que «dimitiese» el 10 de noviembre de 1989.

En Checoslovaquia fue después de la caída del muro de Berlín y de la crisis del gobierno de la Alemania del este cuando se iniciaron negociaciones entre el gobierno y el Foro cívico, que dieron paso a unas elecciones libres en junio de 1990. La «revolución de terciopelo» consiguió sus objetivos en pocas semanas y con escasa violencia.

Sólo en Rumania puede decirse que el cambio fue el fruto de una revolución, nacida en un clima social de malestar como consecuencia de los abusos del gobierno de Ceauşescu en el terreno de los derechos humanos, y de la escasez de unos alimentos que se destinaban a la exportación para pagar los intereses de la deuda externa. Ante la agitación popular que se desarrolló entre el 20 y el 25 de diciembre de 1989, el «Conducator» fue abandonado por las fuerzas armadas y ejecutado, junto con su esposa. Se formó entonces, apresuradamente, un Consejo del Frente de salvación nacional integrado por 36 miembros: antiguos dirigentes del Partido comunista, militares y disidentes.

En ninguno de los países de la Europa del este se puede hablar de «revolución», aunque los acontecimientos estuvieran acompañados por grados diversos de movilización popular. En todos los casos, comenzando por los de Polonia y Hungría, las negociaciones se hicieron por arriba, sin participación de las masas.

No hubo una revolución popular contra el comunismo, se ha dicho, sino más bien «una guerra civil dentro de las élites comunistas»: una especie de suicidio colectivo de los propios dirigentes, que se vieron obligados a ceder un poder que eran incapaces de seguir manteniendo. Pero no hubo tampoco resistencia al cambio, que estaba legitimado por el descontento popular hacia unos regímenes que no habían cumplido sus promesas.

Las sociedades de los países del este entraron ilusionadas en una nueva era que les prometía que podrían acceder a niveles de vida superiores, como los que la propaganda televisiva occidental les mostraba, pero esta transición fue en líneas generales un fracaso. Pasando revista a la situación en 2014, Branko

Milanović distinguía entre los países en que los niveles de producción eran en la actualidad inferiores a los de 1989, los que habían progresado tan sólo moderadamente y los tres únicos casos de plena adaptación al capitalismo, que serían en su opinión Albania, Estonia y Polonia (aunque dos millones de polacos han emigrado a países de la Unión Europea y a Gran Bretaña en busca de trabajo).

Pero si no obtuvieron los beneficios inmediatos que esperaban del tránsito al capitalismo, pagaron en cambio el precio de aceptar sus exigencias, comenzando por la desigualdad. «La República democrática alemana —ha dicho Klaus Blessing— tenía como objetivo garantizar una vida digna, y esto se hizo incluso más allá de lo que se debiera, porque contribuyó a asfixiar la iniciativa propia de los individuos.»

Cuando llegaron los años de la crisis de comienzos del siglo XXI, que se llevó por delante, aquí como en el resto del mundo, buena parte de los viejos beneficios sociales, surgió en algunos lugares una nostalgia por los aspectos positivos que, pese a todo, había tenido un viejo orden comunista que era ya irrecuperable. Frente a esta actitud, gobiernos como el de la Hungría de Orbán y el de la Polonia de Kaczyński han dado marcha atrás, hasta parecer, como señala Soros, que quieren volver a los tiempos de Horthy y de Piłsudski. Sin embargo, la dinámica que ha conducido a estos cambios es, como veremos, más compleja.

Estados Unidos, la Unión Soviética y otros treinta países firmaron el 21 de noviembre de 1990 la «Carta de París para una nueva Europa», que anunciaba «una nueva era de democracia, paz y unidad», y proclamaba que «la era de la confrontación y división de Europa ha concluido». Un mes antes se había firmado en Versalles el tratado de paz de las cuatro potencias ocupantes con la Alemania unificada, que ponía fin formalmente a la Segunda guerra mundial, y en julio de 1991 se disolvía el Pacto de Varsovia.

La disolución de la Unión Soviética

El éxito de Gorbachov en el terreno de la política internacional se había

conseguido a cambio de una sucesión de concesiones unilaterales. El regreso de las guarniciones de los países del este europeo, sin que existiera reciprocidad en la reducción de tropas por parte de la OTAN, suscitó las críticas de los militares, cuya indignación aumentó ante la quiebra progresiva del Pacto de Varsovia y ante la forma en que se produjo la reunificación de Alemania, que traicionaba los objetivos por los que se habían sacrificado tantas vidas en la Segunda guerra mundial.

El mayor fracaso de la política de Gorbachov fue, sin embargo, el de su actuación en la reforma interior, donde quiso aplicar una política ambiciosa que se definía por dos términos, «glasnost» (transparencia) y «perestroika» (reestructuración), con la idea de favorecer la discusión y la crítica, no sólo en el interior del partido, sino entre el partido y los ciudadanos, y de promover la participación colectiva en las reformas.

Para vencer las resistencias al cambio necesitaba separar el estado del partido, sometiéndolo al control de la sociedad. En el verano de 1988 propuso realizar «una transición pacífica de un sistema político a otro», y el 1 de diciembre del mismo año hizo aprobar por el Sóviet supremo una reforma constitucional que instituía un nuevo parlamento, un Congreso de los diputados del pueblo de 2.250 miembros, de los que 1.500 serían elegidos entre una pluralidad de candidatos, mientras que los restantes 750 se reservaban a las «grandes organizaciones nacionales», incluido el Partido comunista. Estos diputados, que se reunirían dos veces al año, serían quienes eligiesen a los 450 miembros de un Sóviet supremo de nuevo estilo, que funcionaría permanentemente como órgano legislativo y de control.

Las elecciones al nuevo Congreso se celebraron en marzo de 1989, con resultados muy desiguales —permanencia de la burocracia en muchos lugares y triunfo de las fuerzas alternativas en las grandes ciudades— y dio paso a un colectivo abigarrado y confuso, cuyas discusiones, transmitidas por televisión por primera vez, sorprendieron y desconcertaron a un país acostumbrado a otro estilo de gobernanza. Gorbachov fue entonces investido como presidente de la URSS.

Se consiguió mantener por un tiempo la ilusión de que se podía transformar la sociedad. Chernyaev había escrito a comienzos de 1988 que «tal vez es éste el momento de la historia en que, después de dos mil años, habiendo sufrido a

través del fascismo, del estalinismo, de Hiroshima y de Chernóbil, la humanidad tiene la oportunidad de llevar a término los diez mandamientos en la práctica».

Svetlana Aleksiévich recuerda también aquel tiempo en que creyeron posible construir un socialismo con rostro humano y en que se trató, por ello, de establecer un diálogo con el pueblo. «Fueron unos años espléndidos, los años de nuestra ingenuidad... A Gorbachov le creímos. Ahora es más difícil que creamos a alguien. Muchos rusos volvieron desde el exilio... ¡Fue un subidón de entusiasmo! Creíamos poder echar abajo aquella barraca y construir algo nuevo.»

Será difícil explicar satisfactoriamente por qué fallaron estas esperanzas. Hay que contar, por una parte, con los errores que se cometieron en el terreno de la reforma económica, por las consecuencias que tuvieron, defraudando las expectativas de los ciudadanos, que esperaban que el cambio les aportase una mejora en sus condiciones de vida.

Gorbachov aspiraba a construir una economía mixta, introduciendo elementos de mercado, descentralizando la gestión y mejorando tecnológicamente una producción que sólo podía considerarse avanzada en los sectores ligados a las cuestiones militares y del espacio. Pero los resultados de sus reformas económicas resultaron decepcionantes. Chernyaev escribía en abril de 1988: «No hay idea de cómo ajustar los mecanismos económicos para que trabajen de acuerdo con los nuevos principios. La producción cae, la oferta comienza a escasear en el mercado».

El abastecimiento empeoró: «Cuanto más se hablaba de libertad, escribe Svetlana Aleksiévich, cuanto más escribíamos la palabra, más rápido desaparecían de los escaparates de los comercios el queso y la carne, la sal y el azúcar. Hasta que quedaron vacíos. Era terrible. Se restituyeron los talones de racionamiento, como en tiempos de la guerra». Y también empeoró la situación de los trabajadores, hasta el punto de que comenzaron a producirse grandes huelgas, que ahora no eran reprimidas, sino escuchadas y satisfechas en la medida, muy escasa, en que ello era posible.

Con una economía estancada, que no podía seguir equilibrando sus resultados con los beneficios de las exportaciones de petróleo (el precio del crudo cayó brutalmente entre 1980 y 2000), y una población, tanto en la URSS como en los demás países del «área socialista», descontenta de las condiciones

de vida y trabajo que les proporcionaba el sistema, se había llegado a un momento en que parecía lógico que comenzasen a ponerse en duda tanto la pretendida superioridad de la economía planificada como los beneficios que el «socialismo realmente existente» proporcionaba a la clase trabajadora.

A partir de este punto se produjo un desplome de la fe en el sistema en que se había basado toda la historia de la URSS, sin que estuviera claro con qué se pretendía reemplazarlo. La televisión y la prensa mostraban una imagen idealizada de la vida en el Occidente capitalista, que ignoraba sus limitaciones y escondía la pobreza. El resultado fue que la suma de todos estos factores condujo finalmente a que lo que se había iniciado como una rectificación acabase convirtiéndose en un desastre: el régimen soviético no iba a ser derribado por sus enemigos interiores o exteriores; sino por la renuncia a los principios que le daban sentido.

Se sumó también al desastre el fracaso de la política soviética en relación con la cuestión nacional, que era un problema viejo y mal resuelto, puesto que la Unión Soviética nunca respondió en la realidad a las pretensiones de federalismo proclamadas en su constitución. La propia debilidad del estado reanimó el problema cuando Gorbachov anunció, en septiembre de 1989, su propósito de «ampliar los derechos de las repúblicas».

En realidad, tan sólo el caso de las repúblicas bálticas, y hasta cierto punto el de Georgia, eran realmente insolubles. Los demás podían haberse resuelto con negociaciones, de haberse sabido emprenderlas a tiempo. En el caso de Ucrania el giro hacia el separatismo, que no se produjo hasta después del abortado golpe de estado contra Gorbachov, venía sobre todo de arriba, de unos dirigentes que aspiraban a monopolizar el poder. El misterio de los dos referéndums ucranianos, que en marzo optaban por mantenerse en la Unión y en diciembre escogieron la separación se puede explicar en parte, sostiene Stephen Cohen, por la ambigüedad de la segunda consulta, en que no estaba claro que el apoyo a la independencia significase que se optaba por la separación.

«La Unión Soviética —afirma Tuminez— no estaba condenada a desintegrarse en 1991 ... El Imperio soviético pudo haber durado por muchos años más, tal vez incluso décadas, si hubiese habido un líder o un conjunto de líderes dispuestos a mantener el control imperial.»

En Rusia había aparecido en estos años un grupo de políticos ambiciosos que querían llevar las cosas al extremo. El más destacado de ellos era Borís Yeltsin, que se presentó en marzo de 1989 a las elecciones para el nuevo Congreso de los delegados del pueblo con un programa que insistía en la necesidad de proporcionar a los ciudadanos rusos alimentos, servicios y vivienda, recortando los gastos de defensa y los del programa espacial, y fue elegido con cerca del 90 % de los votos de los moscovitas. Tras un viaje a Estados Unidos en septiembre de 1989, Yeltsin comenzó a distanciarse del comunismo y a jugar la carta de un nacionalismo que expresaba el malestar de los ciudadanos rusos por las consecuencias de la crisis.

En el desfile del 1 de mayo de 1990, nos cuenta Chernyaev, aparecieron grupos que llevaban pancartas con lemas contra Gorbachov, contra el PCUS «explotador y ladrón del pueblo» o contra «el imperio rojo fascista». Las cosas iban mal. En septiembre Chernyaev añadía: «todo va cuesta abajo: la cosecha se pierde, las comunicaciones se interrumpen, no hay aprovisionamiento, las tiendas están vacías, las fábricas han parado y los trabajadores del transporte están en huelga». Todos estos males se atribuían a Gorbachov y a su política.

Yeltsin consiguió la presidencia del Sóviet supremo o parlamento de la República rusa en mayo de 1990, abandonó entonces el Partido comunista e hizo una declaración de soberanía rusa. Organizó después una elección democrática para el cargo de presidente de la república de Rusia y la ganó en junio de 1991, imponiéndose al candidato apoyado por Gorbachov. Al asumir la soberanía de Rusia Yeltsin confiscó todos sus activos, desde los recursos naturales a la banca.

Los dirigentes de las repúblicas, que habían seguido las reformas políticas con el propósito de que las viejas nomenclaturas comunistas se adueñasen de los nuevos órganos de poder, aprendieron rápidamente la lección: Uzbekistán, Moldavia, Bielorrusia y Ucrania se proclamaron soberanas, mientras que las repúblicas bálticas tomaban medidas para independizarse. Gorbachov reunió en julio de 1990 el 28 y último congreso del PCUS, que le reeligió como secretario general del partido y aceptó su propuesta de establecer un nuevo marco de relaciones federales dentro de una Unión de repúblicas soviéticas soberanas.

El referéndum acerca de esta reforma tuvo un 80 % de participación y dio más de un 70 % de votos favorables al mantenimiento de una Federación «de

repúblicas soberanas e iguales en derechos», incluso en Ucrania.

Gorbachov, sin embargo, estaba cada vez más solo y tenía cada vez menos poder. Chernyaev observaba en su diario el 13 de enero de 1991: «Nunca pensé que el proceso inspirador que inició Gorbachov pudiese conducir a un final tan ignominioso». El 19 de febrero Yeltsin, hablando por la televisión, pedía su dimisión, acusándole de ser el culpable de la sangre vertida en los conflictos étnicos, y de la ruina y la pobreza del país.

En aquellos difíciles momentos lo único que hubiera podido salvar a Gorbachov hubiera sido obtener de Occidente una ayuda económica de volumen suficiente como para aliviar los graves problemas internos. Pero su petición de créditos a la reunión del G7 en Londres, en julio de 1991, recibió respuestas dilatorias, debido ante todo a la oposición de los norteamericanos. Bush proclamó siempre en público su amistad por Gorbachov, pero se esforzó al propio tiempo por asegurarse de que la falta de recursos le llevase al fracaso.

Lo único que a Bush le preocupaba era que una posible disolución de la URSS dejase las armas nucleares, que estaban desplegadas en cuatro repúblicas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán), en manos poco fiables, de modo que una vez se vio que este asunto iba a quedar resuelto, se olvidó de su retórica de amistad y comenzó a precipitar el fracaso de Gorbachov con el reconocimiento de la independencia de las repúblicas bálticas.

El 18 de agosto de 1991, dos días antes del que se había fijado para la entrada en vigor del nuevo tratado federal, mientras Gorbachov estaba descansando en Crimea, se organizó un golpe contra él en Moscú, encabezado por su vicepresidente, por el primer ministro y por los ministros de Defensa y del Interior del gobierno de la Unión, que enviaron una delegación a Crimea para pedirle que dimitiese, a lo que se negó.

«La conspiración fracasó, dirá Primakov, porque el país había cambiado.» Pero también porque sus organizadores no supieron tomar las medidas de urgencia adecuadas, por el rechazo internacional y, sobre todo, porque las fuerzas de seguridad y el ejército se negaron a disparar contra la oposición popular dirigida por Borís Yeltsin, y contra los diputados radicales que se habían refugiado en la Casa Blanca de Moscú, el edificio del Sóviet supremo o parlamento.

Yeltsin, que se había mostrado al público subido en un tanque, mientras a su

alrededor unos miles de moscovitas organizaban frágiles barricadas de defensa, vivió su momento de gloria como supuesto vencedor del golpe, en una escena que retransmitieron las televisiones del mundo entero.

El golpe, que Ucrania aprovechó para declarar su separación el 24 de agosto (en diciembre un nuevo referéndum daba un 90 % de apoyo a la independencia), precipitó el desenlace de la crisis. Cuando Gorbachov volvió a Moscú se encontró con que Yeltsin controlaba buena parte de los organismos decisivos, tomaba el mando de las fuerzas militares de la República rusa, ordenaba que el PCUS suspendiese sus actividades en Rusia y humillaba a Gorbachov en la cámara.

Gorbachov lo aceptó, renunció a su posición como secretario general de una organización que le había traicionado, y anunció la disolución del Partido comunista el 6 de noviembre. Su única autoridad era ahora la de presidente del Sóviet supremo de una Unión de la que no formaban parte ya los países bálticos, que aprovecharon el golpe para independizarse. El resto de las repúblicas estaban en pleno desconcierto y fueron proclamando su independencia entre agosto y diciembre.

Mientras Gorbachov se esforzaba en crear una nueva forma de unión que preservase por los menos un marco económico común, el reconocimiento por Bush de la independencia de Ucrania echó por tierra todas sus esperanzas.

El 7 de diciembre de 1991 Yeltsin se reunió en el bosque de Belavezha con el presidente de Ucrania y el del parlamento de Bielorrusia. En unos momentos en que los dirigentes de las repúblicas «estaban transformando poder en riqueza», querían garantías de que no habría un retroceso que frenase su enriquecimiento. Se decidió entonces preparar el proyecto de una Comunidad de Estados Independientes (CEI), que era una simple confederación, sin órganos ni poderes. El acuerdo se firmó el 8 de diciembre, para lo cual hubo que disolver previamente la URSS, que se había constituido en 1922 por un acuerdo entre estas tres mismas repúblicas y la ahora inexistente de Transcaucasia.

Todos los esfuerzos realizados por Gorbachov para declarar ilegal el pacto y mantener la Unión fueron inútiles. El 12 de diciembre el Sóviet supremo de la república de Rusia ratificaba la disolución de la URSS, al igual que lo hacían las cámaras de Ucrania y de Bielorrusia. Otras ocho repúblicas se unieron a la CEI, mientras Rusia era reconocida internacionalmente como sucesora de la URSS,

por lo que mantuvo su condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, y se acordó enviar a su territorio todas las armas nucleares para que pudiera procederse a su desmontaje.

El 25 de diciembre de 1991 Gorbachov dimitía del cargo de presidente de la URSS. Como había aceptado previamente la disolución del partido del que había sido secretario general, quedaba ahora reducido a la condición de ciudadano particular. El 27 de diciembre, sin respetar siquiera el plazo fijado previamente, Yeltsin ocupó su despacho en el Kremlin, donde la bandera de la Unión Soviética había sido reemplazada ya por la de Rusia.

Chernyaev terminaba su diario de 1991 con estas palabras: «Éste es el año de la desintegración del estado, del colapso de la economía y del caos social». En la declaración formulada en el momento de dimitir, Gorbachov repasaba lo ocurrido desde que había llegado al poder, siete años antes, al frente de un país «que no marchaba bien», que tenía «mucho de todo», pero donde se vivía mucho peor que en los países desarrollados, y donde el atraso respecto de ellos se acentuaba cada día, porque «la sociedad se ahogaba en las garras de un sistema autoritario burocratizado». Celebraba el hundimiento del autoritarismo, los avances democráticos y la transición hacia una economía mixta, y achacaba la mala situación del momento al hecho de que el viejo sistema se hubiera derrumbado «antes de que lograra empezar a funcionar el nuevo». Nunca había imaginado que iniciar un moderado programa de reforma iba a producir semejante desastre.

En febrero de 1992, en su discurso en el Congreso sobre el estado de la unión, Bush celebraba el triunfo de Estados Unidos sobre la Unión Soviética: «El comunismo murió este año. El acontecimiento mayor que se ha producido en el mundo en mi vida, en nuestras vidas, es éste. Por la gracia de Dios América ha ganado la guerra fría». No había, como se puede ver, ninguna simpatía por los hombres que, desde el otro lado, con su afán de pacificación y de reforma, habían hecho posible este cambio.

Lo que iba a producirse en Rusia a partir de entonces no sería una transición

hacia el nuevo mundo feliz del capitalismo liberal, sino una catástrofe. La terapia liberalizadora de choque aplicada por los asesores norteamericanos de Yeltsin —con una especial mención para Jeffrey Sachs, el teórico del «desarrollo sostenible», que incluso recibió una condecoración por su labor en los años 1991 a 1993— produjo un auténtico desastre, que culminó en una privatización de la economía estatal que puso el aparato productivo creado desde 1917 en manos de unos cuantos especuladores, entre los que destacaban «oligarcas» como Borís Berezovsky y Román Abramóvich, que utilizaron las grandes fortunas creadas con este despojo para controlar un poder político corrompido.

Las consecuencias fueron terribles: de 1989 a 1998 el producto nacional se redujo a la mitad y la población se vio sometida a grandes privaciones. El consumo de carne cayó en un 23 % y el de leche en un 28 %; los hospitales estaban sin fondos y la situación sanitaria quedó reducida a la miseria. A partir de 1992 la población de Rusia disminuyó en tres millones de habitantes y la esperanza de vida de los hombres cayó de sesenta y cuatro a cincuenta y ocho años, lo que ha permitido hablar de «una catástrofe demográfica». Para Aleksandr Zinóviev lo que habían hecho Gorbachov y los suyos era «una traición a los intereses de su país y de su pueblo, que por su magnitud no tiene precedentes en la historia de la humanidad».

Yeltsin se mantuvo en el poder, sostenido por los oligarcas, para quienes era una garantía de que podían seguir haciendo negocios, y con el apoyo de Bill Clinton, el nuevo presidente norteamericano, que sentía una extraña simpatía por este borracho que le recordaba a su padrastro. Una simpatía que no iba a impedir el amenazador avance de la OTAN hacia la frontera rusa, traicionando las promesas que se le habían hecho a Gorbachov. Kennan dijo en mayo de 1998 que éste era el comienzo de una nueva guerra fría y que no había motivo alguno que lo justificara: no hacía más que anticipar lo que iba a ocurrir en los años siguientes, hasta llegar al extremo con Obama.

Yeltsin dimitió el 31 de diciembre de 1999, pidiendo perdón por su conducta. Fue un hombre nuevo, Vladímir Putin, quien emprendió la normalización de la vida política rusa, rescatando el poder, y el control de los recursos, de las manos de los oligarcas; lo que le iba a costar ser combatido por «Occidente» como un nuevo Stalin.

En la disolución del imperio les correspondió un papel especial a las repúblicas soviéticas de Asia, donde los miembros de la nomenclatura comunista aprovecharon la debilidad del poder de la Unión para crear unas estructuras políticas que les permitieron pasar a la independencia perpetuándose en el poder al frente de regímenes autoritarios disfrazados de democracia. En Azerbaiyán, por ejemplo, Heydər Əliyev, que gobernaba el país como primer secretario del Partido comunista desde 1969, se convirtió en presidente de la nueva república independiente en 1993 y fue sucedido a su muerte, en 2003, por su hijo Ilham quien, reelegido en 2008 y 2013, sigue en el poder, tras haber eliminado de la constitución la norma que le impedía perpetuarse, y haber acumulado una gran fortuna. En Uzbekistán Islam Karimov pasó de secretario del partido a presidente vitalicio (1991-2016) y se mantuvo en el poder, administrando las grandes riquezas de su país en gas, petróleo y minerales, con un régimen de despotismo y corrupción.

Una de las trayectorias más agitadas fue la de Georgia, que amenazó con convertirse en uno de los peones de la nueva guerra fría cuando la «revolución rosa» llevó al poder a Mijéil Saakashvili, un político formado en Estados Unidos, que envió tropas a la guerra de Irak, pidió la entrada en la OTAN y se embarcó en agosto de 2008 en un conflicto con Rusia que acabó en una desastrosa derrota.

El futuro de las repúblicas asiáticas parece hoy destinado a orientarse en torno a un proyecto iniciado en 1996 y consolidado en 2001: la Organización de Cooperación de Shanghái, que incluye a Rusia y China con Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, y a la que en 2016 se han incorporado India y Pakistán.

China: Las reformas de Deng Xiaoping

Con la muerte de Mao en 1976 comenzó en China una nueva lucha por el poder. Hua Guofeng se resistía a perdonar a Deng Xiaoping, considerando que era el propio Mao quien lo había condenado; pero la presión de los altos mandos del ejército y de los viejos dirigentes del partido, en cuyas manos residía buena parte

del poder real, acabó imponiendo el retorno de Deng, mientras se culpaba por los males pasados a la viuda de Mao, Jiang Qing, a la «banda de los cuatro» y a Chen Boda, como responsables de los excesos de la revolución cultural, acusándoles de haber traicionado a Mao y a la revolución.

En julio de 1977 Deng fue nombrado vicepresidente del partido y primer ministro adjunto y comenzó a ocuparse de la modernización de la ciencia y de la tecnología, a la vez que iniciaba una aproximación a la educación universitaria, con el propósito de superar el colapso que había provocado la revolución cultural. La voluntad de orientar la actividad hacia la modernización y el crecimiento económico, en un entorno más participativo, se fue extendiendo, a la vez que lo hacía la convicción de que Deng era quien debía dirigir esta tarea. En la conferencia del comité central de noviembre y diciembre de 1978 Deng asumió de hecho el liderazgo del partido, sin necesidad de ostentar los cargos más destacados, puesto que contaba con el poder, informal pero efectivo, que le daba su condición de uno de los ocho «viejos dirigentes». Esto es lo que explica que fuese él quien en enero de 1979 viajó a Washington a entrevistarse con el presidente Carter y a reactivar la alianza contra Moscú con el establecimiento de relaciones diplomáticas.

Reforzado en su autoridad por la campaña de castigo contra Vietnam, pudo dar nueva vida al programa de las cuatro modernizaciones —de la agricultura, la industria, la ciencia y la técnica, y la defensa nacional— que había planteado en su día Zhou Enlai, contando con la ayuda de los cuadros descartados durante la revolución cultural. Se comenzó entonces a adoptar tecnología occidental y a enviar a los jóvenes a estudiar al extranjero, donde el contacto con economistas de otros países les ayudó a formular soluciones adecuadas a las necesidades de recuperación de la economía china. Deng optaba por una vía de transformación que buscaba mejorar el nivel de vida de la población china a través de la reforma económica, introduciendo mecanismos de mercado, sin que ello implicase concesiones paralelas en el terreno político, que quedaba definido por los «cuatro principios cardinales» que debían permanecer inalterables: socialismo, dictadura democrática popular, dirección del Partido comunista y pensamiento marxista-leninista-maoísta.

Seguía en esto el pensamiento de Chen Yun, que rechazaba la idea de los ortodoxos, incluyendo entre ellos a Hua Guofeng, de promover el crecimiento

por la vía de un nuevo «salto adelante» industrial, y proponía desarrollar ante todo la agricultura para acabar con su atraso y, a la vez, con el hambre de los campesinos, en una política de «reajuste» que combinaría la planificación con mecanismos de mercado, con la intención de atender ante todo a satisfacer las necesidades básicas.

Para emprender estas reformas económicas, que le enfrentaron inicialmente a aquellos dirigentes que pretendían mantener con todo rigor los mecanismos de la planificación, contó sobre todo con la colaboración de dos jóvenes dirigentes, Zhao Ziyang, hijo de una próspera familia campesina, que, como Deng, había sufrido persecución durante la revolución cultural, y Hu Yaobang, el hombre en quien pensó inicialmente como en su posible sucesor.

La política de reformas se inició en 1978 con la mejora de la situación de los agricultores, en una actuación que comenzó aumentando los precios de sus productos, continuó con la reducción en 1985 de las cuotas que debían entregarse al estado, y culminó con la cesión del uso de la tierra a los campesinos en contratos de larga duración, acabando con el marco de las comunas, en una línea inspirada en las ideas y en la actuación de la NEP en la Unión Soviética de los años veinte. Estas medidas, combinadas con los efectos de una sucesión de buenas cosechas de 1979 a 1984, permitieron aumentar la capacidad de consumo de la población campesina, que iba a verse atendida en su demanda de productos industriales por la producción de nuevas fábricas de artículos para el consumo doméstico, como las de tejidos, que recibieron ahora las ayudas que hasta entonces se habían reservado para las que producían acero o maquinaria.

Se estimuló además a los municipios y a las provincias para que invirtiesen sus recursos en las actividades que considerasen más provechosas, lo que favoreció el desarrollo de industrias ligeras, intensivas en el uso de trabajo humano, y permitió transferir mano de obra de la agricultura a la industria. El resultado inmediato de estos primeros cambios fue un aumento de la producción de alimentos y una mejora de las condiciones de vida tanto de los campesinos como de los trabajadores urbanos.

Tras una primera fase en que la producción de artículos de consumo se destinaba sobre todo al mercado interior, se comenzó a exportar los productos de las nuevas industrias, lo que proporcionó recursos para la importación de

maquinaria extranjera.

La apertura de la economía china al exterior se vio favorecida por la creación de «zonas especiales de desarrollo económico y tecnológico» en las regiones costeras del sur, en las que se admitía la entrada de capital extranjero, procedente en buena medida de las comunidades de la diáspora china, para crear empresas o asociarse a las ya existentes, lo que, aunque diese lugar a casos de corrupción y contrabando, impulsó considerablemente el crecimiento de la economía.

Para consolidar esta política reformista Deng se fue deshaciendo de los hombres de Hua Guofeng, y acabó desplazándolo a un cargo honorífico, mientras colocaba al frente del gobierno a Zhao Ziyang.

En septiembre de 1982, en el duodécimo congreso nacional del Partido, Deng sostuvo que los principios universales del marxismo debían integrarse con las realidades concretas de China para que el país encontrase su propia ruta hacia un «socialismo con características chinas», mientras dejaba que fuese Hu Yaobang quien defendiera el programa que proponía cuadruplicar el producto agrícola e industrial de China en los veinte años siguientes. No se procedió en este caso a liquidar las empresas estatales, como en la Unión Soviética, pero la ley de empresas de 1988 dio a sus directores la facultad de fijar sus condiciones de funcionamiento, incluyendo el derecho a despedir a cuadros y trabajadores.

En 1985, y a la luz del éxito conseguido en las zonas especiales, Deng ofreció a Hong Kong, Macao y Taiwán que se integrasen en China con la garantía del respeto a su propio sistema económico y social, formando «un país con dos sistemas».

En el plano político las reformas implicaban un proceso de descentralización, destinado a transferir la capacidad de decisión a diferentes niveles de gobierno local, lo que, si bien conducía a una disminución de los ingresos del gobierno central en términos de la proporción del PIB que recibía directamente, contribuía a legitimar la acción del partido en su propósito de construir una nación fuerte y poderosa, para lo cual, sostenía Deng Xiaoping, se necesitaban dos condiciones: «paz internacional y estabilidad política interna».

Esa estabilidad requería, en opinión de Deng, un grado de disciplina que actuase como un freno contra los excesos de lo que consideraba que eran las propuestas de un «liberalismo burgués». El conflicto se hizo presente en el cuarto congreso de escritores chinos en que se presentaron unas reivindicaciones

de libertad de expresión a las que Hu Yaobang dio apoyo, mostrándose en público como el dirigente que podía llevar más allá la liberalización. Hu no aceptó disculparse ante Deng, que estaba perdiendo la confianza que había puesto en él, y un movimiento de protesta de estudiantes en los últimos meses de 1986 acabó de decidir su suerte: Hu Yaobang hubo de dejar el cargo de secretario del partido, en el que le reemplazó Zhao Ziyang.

La evolución de la economía encontró un grave obstáculo en la crisis de 1988, cuando hubo que hacer frente a la inflación, en especial en los precios de los alimentos, que se había desarrollado en una economía sobrecalentada en que resultaba difícil manejarse con un doble sistema de precios, unos fijados por el gobierno, a costa de enormes subsidios, y otros que determinaba el mercado. La situación, que condujo a la retirada de fondos de los bancos y al acaparamiento de mercancías, permitió al sector más duro del gobierno frenar momentáneamente las políticas de reajuste.

Al propio tiempo el malestar popular, agravado por la conciencia de que existía un considerable grado de corrupción en las filas de la administración y del gobierno, dio lugar al inicio de una serie de protestas, que tuvieron como principales protagonistas a los estudiantes universitarios, que se movilizaron en masa con motivo de los funerales de Hu Yaobang, que falleció de un ataque cardíaco el 15 de abril de 1989.

Los viejos dirigentes querían liquidar el asunto con rapidez, pero Deng, que esperaba una visita de Gorbachov en aquellos días, prefirió evitar que se produjera entonces un baño de sangre. El 13 de mayo un millar de estudiantes se instalaron en la plaza de Tiananmén para iniciar una huelga de hambre, con el fin de atraer la atención de Gorbachov, cuya llegada estaba prevista para el día 15. Miles de estudiantes se fueron uniendo en los días siguientes a la protesta, pero los dirigentes chinos mantuvieron a Gorbachov lejos de este escenario.[2]

Había en aquellos momentos en las calles de Beijing más de un millón de personas que daban apoyo a los estudiantes y pedían la dimisión de Deng. Zhao Ziyang, que intentó mediar ante el gobierno a favor de los estudiantes, acabó uniéndose a ellos y fue separado de su cargo. El 20 de mayo se proclamó la ley marcial en la ciudad, a cuyo alrededor se habían desplegado las tropas. El 29 de mayo se nombró secretario del partido, en reemplazo de Zhao, a Jiang Zemin, partidario de una actuación enérgica.

La situación en la plaza de Tiananmén no mejoraba, de modo que el 2 de junio de 1989 se decidió echar a los manifestantes por la fuerza. Al día siguiente entraron, acompañadas por tanques, las tropas que se habían mantenido en los alrededores de la capital. El 4 de junio, finalmente, la resistencia de los manifestantes dio lugar a una actuación violenta por parte de unas fuerzas armadas que no estaban preparadas para enfrentarse a este tipo de movimientos urbanos pacíficos con elementos de disuasión, sino que disponían únicamente de sus armas de fuego, con las que causaron un número de muertos que se ha estimado entre 220 y 3.000.

No se deben interpretar estos acontecimientos de acuerdo con los modelos de lo que sucedió en 1989 en la Unión Soviética y en la Europa oriental. Los resistentes chinos acusaban de fascistas a los soldados y cantaban «La Internacional». En opinión de James Kynge, que estaba por aquellos días en Beijing como reportero, el movimiento respondía a la frustración de las esperanzas de una generación que se liberaba de la rigidez de los años de Mao, y expresaba su malestar por la corrupción, la inflación, la brutalidad de la policía, la carga de la burocracia y por toda una serie de deficiencias y abusos. En la medida en que se dirigían contra los fallos dentro del sistema, «estaban motivados más bien por una protesta contra la traición de los ideales socialistas que por la aspiración a un nuevo sistema».

La brutal intervención de Tiananmén desencadenó protestas en todo el país y dio pie a numerosas condenas internacionales, pero el partido la consideró necesaria para evitar una crisis que hubiera puesto en peligro su programa de reformas. Tiananmén no significó, como se pensaba en occidente, el comienzo del fin del sistema político chino, que resistió sin grandes cambios formales en la larga etapa de estabilidad social que iba a seguir.

El resultado de las reformas que se estaban realizando fue, en opinión de David Shambaugh, un sistema económico que era un híbrido en que el sector estatal tan sólo abarcaba un 30 % de la economía, pero en que el estado seguía siendo la «mano invisible» que controlaba el conjunto con su capacidad de intervención. En contrapartida, se comenzó a desmantelar parte del sistema de beneficios sociales que el estado proporcionaba a los ciudadanos.

Jiang Zemin mantuvo su cargo de secretario general del partido en una etapa en que se consiguió el retorno de Hong Kong y de Macao de manos de ingleses y

portugueses respectivamente, reuniéndolos a China de acuerdo con el principio de «un país, dos sistemas». Tras el fallecimiento de Deng, en 1997, Jiang Zemin definió la base ideológica de esta etapa de reforma y crecimiento en la llamada «doctrina de los tres representantes», basada en la conjunción del marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao y la «doctrina de Deng Xiaoping».

La presidencia de G. H. W. Bush

En noviembre de 1988 llegó a la presidencia de Estados Unidos George Herbert Walker Bush, héroe de guerra (fue derribado en combate en las Filipinas), que había sido vicepresidente con Reagan, embajador en las Naciones Unidas y director de la CIA. Se presentaba al público como un americano medio, amante de la familia, aficionado a la música *country* y encariñado con su perra *Millie*. Su esposa, Barbara Bush, era madre de seis hijos, tenía el pelo blanco y quería dar la imagen de un ama de casa: «lo que sucede en nuestra casa es más importante que lo que sucede en la Casa Blanca». Esta imagen ocultaba la realidad de una fortuna millonaria, basada en el petróleo y en negocios turbios.

El país se encontraba en plena crisis económica y Bush cometió el error de prometer que no subiría los impuestos —«leed mis labios: ningún impuesto nuevo»— lo que era harto arriesgado, puesto que iba a comenzar gobernando con un déficit de ciento setenta mil millones de dólares, producto de los años de gasto incontrolado del gobierno de Reagan. La necesidad de crear nuevos impuestos para paliar el déficit fue recibida por los propios republicanos como una traición que no le perdonaron.

Tras su victoria en las urnas, se rodeó del mismo equipo de halcones con que había convivido en su etapa de director de la CIA: con Dick Cheney como secretario de Defensa, Colin Powell al frente del Joint Chiefs of Staff y la colaboración de jóvenes como Paul Wolfowitz y Condoleezza Rice. Éstos, sin embargo, no ejercieron sobre él la influencia que tendrían, años más tarde, sobre su hijo, sino que el más estrecho colaborador de Bush fue su consejero de Seguridad Nacional, el general Brent Scowcroft, un hombre desconfiado y prudente.

El nuevo presidente, enfrentado al grave inconveniente que para su gestión

representaba el hecho de que los demócratas dominasen en las dos cámaras, tenía difícil desarrollar una actuación política interior con unas características personales. Su enfrentamiento con el Congreso le llevó a vetar hasta cuarenta y cuatro propuestas de ley, incluyendo algunas, como la del aumento del salario mínimo o la de la extensión de la ayuda a los parados, que hubiesen resultado beneficiosas en unos años de crisis.

Carente de posibilidades en la política interior, se volcó sobre todo en la internacional, que era lo que realmente le gustaba. De su participación en el desmoronamiento del sistema soviético hemos hablado ya. No tuvo reparo por ello en apuntarse finalmente el mérito de la «derrota de la Unión Soviética». El problema que el fin de la guerra fría le creaba era que, una vez liquidado «el imperio del mal», de cuyas asechanzas habían defendido los norteamericanos al «mundo libre», había que inventar una nueva retórica que justificase la continuidad de la existencia del imperio en un mundo en que Estados Unidos iba a ser la única superpotencia, sin un enemigo externo del que hubiera de defender al «mundo libre».

La nueva etapa de la política exterior norteamericana se inició con una lamentable invasión de Panamá en diciembre de 1989, emprendida con el pretexto de la muerte de un marine y el maltrato a otro, lo que no parecía suficiente para justificar una expedición de veintiséis mil soldados y marines, la mayor operación de este tipo desde Vietnam, que causó numerosas muertes de civiles —cuatrocientos según fuentes oficiales norteamericanas y por lo menos cuatro mil según la emisora CBS— y grandes destrozos, provocados por los saqueos de las tropas invasoras.

El motivo real era desembarazarse de Manuel Noriega, un político, traficante de drogas y colaborador de los norteamericanos en las guerras de América Central, que amenazaba con revelaciones comprometedoras para la CIA, con la que el panameño había trabajado en operaciones inconfesables, y para el propio Bush. Incapaz de resistir la invasión, Noriega se refugió en la legación del nuncio de la Santa Sede; pero Bush no cesó hasta obligarle a salir y llevarlo a una cárcel norteamericana con una condena de cuarenta años. La propia Asamblea general de las Naciones Unidas condenó esta intervención como una «violación flagrante» de las leyes internacionales.

De más trascendencia, y de mucho mayor volumen, fue la siguiente

operación: la primera «guerra del Golfo», dedicada a intervenir en Irak contra un viejo aliado, Saddam Hussein, que, arruinado por la guerra que había mantenido contra Irán, invadió Kuwait en la medianoche del 2 de agosto de 1990, con el fin de apoderarse de sus pozos de petróleo. La posibilidad de que las fuerzas armadas iraquíes pudiesen adueñarse de los estados petrolíferos del Golfo, e incluso de los pozos de Arabia Saudí, lo que pondría en las manos de Saddam el control del 40 % de las reservas mundiales de petróleo, obligó a los norteamericanos a reaccionar.

La guerra le iba a permitir a Bush proclamar, en un discurso ante una sesión conjunta del Congreso, el 11 de septiembre de 1990, el nacimiento de un «nuevo orden mundial» en que Estados Unidos asumía la responsabilidad de velar por el mantenimiento de la democracia en el mundo, ante la evidencia de que en aquellos momentos «no había reemplazo para el liderato americano».

Con la legitimación que le daba la condena de la ONU a la invasión de Kuwait, y contando con el uso temporal de bases en territorio saudí, que un monarca aterrorizado ante la amenaza de Saddam no dudó en concederle, organizó durante seis meses la operación Escudo del desierto (*Desert shield*) con seiscientos cincuenta mil hombres, dos tercios de los cuales eran norteamericanos, junto con cien mil saudíes y a tropas de otros países árabes, además de contingentes internacionales, en especial de Gran Bretaña y Francia. Estas tropas fueron equipadas con tanques y artillería que se transportaron por mar, mientras se reunía una potente flota de guerra y se organizaba una fuerza aérea que operaría desde veintiuna bases distintas.

El 12 de enero de 1991 consiguió que el Congreso norteamericano aprobase la declaración de guerra y cinco días después, el 17 de enero, se puso en marcha la operación Tormenta del desierto (*Desert Storm*), con una primera fase de 38 días de bombardeos destructivos en que se lanzaron 88.500 toneladas de bombas, no sólo sobre los invasores de Kuwait, sino sobre todo el territorio de Irak, donde destruyeron mezquitas, escuelas, hospitales, plantas de depuración del agua o mercados, y causaron centenares de muertes de civiles.

El 24 de febrero a las cuatro de la madrugada comenzó la invasión de Kuwait y del territorio iraquí, sin encontrar en principio más inconvenientes que el mal tiempo y las tormentas de arena, mientras el ejército de Saddam huía en desbandada, habiendo incendiado previamente los pozos de petróleo de Kuwait.

Cuatro días más tarde, el 28 de febrero, tras la derrota de la Guardia republicana, que era la principal fuerza de apoyo del régimen, no le quedó a Saddam capacidad alguna de resistencia y se plegó a las exigencias de una rendición incondicional, con lo que se llegó a un alto el fuego que ponía fin a la llamada «guerra de las cien horas». El balance total de bajas fue de 240 muertos entre los atacantes —incluyendo un cierto número de víctimas de «fuego amigo»— contra más de cien mil, muchos de ellos civiles, entre los iraquíes, víctimas sobre todo de unos bombardeos brutales y de un tipo de armas, como las de uranio empobrecido, que seguirían causando daño hasta mucho más tarde, no sólo a los iraquíes sino también a soldados estadounidenses que necesitaron atención médica por las secuelas del combate.

Bush no quiso proseguir la campaña hasta derrocar a Saddam porque el objetivo de la operación aprobada por la ONU era simplemente la liberación de Kuwait, y algunos de los miembros de la coalición, en especial los árabes, no hubieran aceptado llevar la acción más lejos. No le convenía, por otra parte, eliminar a Saddam como un contrapeso a Irán. Como dijo una columnista del *Washington Post*, «Bush no desea que los rebeldes fundamentalistas chiíes derriben a Saddam; esto daría a Irán una posición dominante en el Oriente próximo». Lo que se había pretendido, diría Brent Scowcroft, era «dañar su capacidad ofensiva sin ... destruir el equilibrio entre Irak e Irán».

Los bombardeos habían tenido un efecto devastador. Una gran parte de la infraestructura del país había quedado destruida: puentes, carreteras, la red eléctrica, las instalaciones industriales, las plantas depuradoras de agua... La víctima real de la guerra no fue Saddam sino el pueblo iraquí, para quien, además, el fin de las hostilidades no significó el fin de sus sufrimientos. En los doce años que siguieron al final de la lucha armada, la «coalición», con la excusa de contener a Saddam, mantuvo otra inacabable y durísima guerra contra los ciudadanos de Irak, en que lo menos grave fueron los bombardeos ocasionales. La peor acción de castigo fue la de las sanciones económicas. Interpretando de un modo abusivo la prohibición de comprar materiales que pudieran ser utilizados para la guerra, se impidió a los iraquíes adquirir ambulancias y medicamentos (e incluso las publicaciones científicas médicas), o reparar los sistemas de depuración del agua, con unas consecuencias gravísimas para la salud y la vida de sus habitantes, y en especial de los niños, que se vieron

privados incluso de vacunas, con el argumento de que contenían cultivos vivos que podían usarse para desarrollar armas bacteriológicas.

Según una estimación que la UNICEF publicó en 1999, las sanciones fueron responsables de que, desde el fin de la guerra del Golfo, hubiese cada mes cinco mil muertes de niños de edad inferior a los cinco años que hubieran podido evitarse con una atención médica adecuada. La tasa de mortalidad infantil de Irak, que en 1990 era del 50 ‰, llegó en 1998 a ser del 125 ‰, más del doble. El profesor Richard Garfield, de la Universidad de Columbia, calculó que las sanciones habían causado tal vez medio millón de muertes, en especial entre los niños.

La operación Tormenta del desierto inició un cambio importante que iba a conducir a la militarización de la política norteamericana. Era la primera vez, desde Vietnam, que se reunía un gran ejército —es decir de voluntarios, esto es, profesional— en un cambio de dinámica que anunciaba la nueva era de las invasiones y de la dispersión de fuerzas estadounidenses en centenares de bases distribuidas por todo el mundo. Una expansión que iría acompañada por un aumento del gasto militar, que avivó el interés de las empresas por los grandes contratos de armamento, y que condujo al desarrollo de la «puerta giratoria» por la que los altos mandos militares pasaban del servicio de las armas al asesoramiento o dirección de empresas proveedoras del ejército, en lo que iba a significar el triunfo definitivo del «complejo militar-industrial».

Las cosas se torcieron para Bush una vez pasada la euforia del triunfo militar del Golfo que, en opinión del presidente, había «restaurado la credibilidad» norteamericana, perdida en Vietnam. En 1992, el año que en sus memorias aparece calificado como «el peor de los tiempos», se produjo en Estados Unidos una oleada de enfrentamientos raciales, mientras que la economía sufría las consecuencias de una nueva recesión. «Un triunfo en el desierto —escribe Judith Stein— no podía competir con el declive industrial, la competencia de los japoneses, el aumento del paro y una desigualdad creciente.»

Los esfuerzos por equilibrar el presupuesto no bastaban y el gobierno no tenía soluciones para unos problemas que no entendía. Todo lo que dice Bush en sus memorias sobre esto es que «el país estaba en una recesión pese a nuestros

muchos intentos para arrancar la economía». Su popularidad, que en los momentos del triunfo en Irak era del 91 %, cayó al 29 % en el verano de 1992.

Esta incapacidad para entender los problemas fundamentales que afectaban a la sociedad norteamericana en aquellos momentos fue la causa de su fracaso al presentarse a la reelección. Se preocupó por buscar el apoyo del ala conservadora de su partido con proclamas como la de que estaban enfrentados «a una guerra cultural tan crítica para la clase de nación que queremos ser como lo fue la guerra fría». Y el candidato demócrata, Bill Clinton, le replicó: «Es la economía, estúpido». Uno de los carteles de propaganda demócrata decía: «Saddam Hussein sigue teniendo su empleo. ¿Y tú?».

Bush quiso rematar su gestión, una vez derrotado en las urnas, con lo que se presentaba como un acto altruista: la intervención en Somalia, en la operación internacional Restore hope («Restablecer la esperanza»), destinada a crear «un entorno seguro» para proporcionar ayuda a una población famélica. En la noche del 9 de diciembre de 1992 los mandos militares americanos, al frente de una fuerza internacional humanitaria patrocinada por las Naciones Unidas, desembarcaron en la playa de Mogadiscio en presencia de fotógrafos y cámaras de televisión, tras haber negociado previamente la conformidad de los jefes locales y en especial del general Aidid, y se apoderaron fácilmente del aeropuerto. En teoría se trataba de una misión humanitaria de corta duración, que no iba a inmiscuirse en los problemas internos del país y que se retiraría antes del 20 de enero de 1993, cuando Bush había de ceder el poder al nuevo presidente. Lo que siguió fue una suma de fracasos que acabaron dejando a Somalia destrozada y a las tropas de intervención en ridículo.[3]

Fracasada la operación, Clinton retiró las tropas; pero Estados Unidos siguió actuando bajo mano en la guerra civil somalí hasta acabar con Aidid. Y siguen hoy presentes en un contexto de enorme confusión, dominado por la presencia del grupo islamista radical al-Shabab. Lo que no ha habido es ninguna «restauración de la esperanza». Somalia, destruida por las luchas intestinas, no existe hoy en los indicadores estadísticos mundiales: la estimación de su población que se nos da en el «World Factbook» de la CIA se basa en un censo de 1975. Nadie ha sido capaz de contar a los somalíes después.

BILL CLINTON

William Jefferson Clinton, gobernador del estado de Arkansas de 1978 a 1992, ganó la presidencia en 1992 como consecuencia del malestar por la crisis económica que G. H. W. Bush había sido incapaz de aliviar. Clinton hizo su campaña como un populista, pero en cuanto llegó a la presidencia decidió optar por Wall Street. Robert Reich, que fue su secretario de Trabajo, diría muchos años después que Clinton prometió en 1992 reformas sustanciales que importaban a la clase obrera, pero una vez elegido no se preocupó por realizarlas. Si de Nixon hemos dicho que todo en él era falso y calculado, de Clinton podría decirse que todo en su actuación y en su política era un fraude.

El aspecto más visible de su gestión fue el éxito económico. El período de sus dos presidencias, de 1993 a 2001, fue una etapa de prosperidad —la economía creció al 3,7 % en los ocho años de su mandato—, lo que, al aumentar los ingresos fiscales, le permitió transformar el déficit del presupuesto que había amargado las presidencias de Reagan y de Bush en un superávit que pudo reivindicar como prueba de su buena gestión. Los costes de este aparente éxito no se advertirían hasta unos años más tarde.

El otro rasgo que caracterizó estos años fue la persistencia de los ataques que Clinton sufrió por obra del partido Republicano, financiados por grupos partidarios de la disminución de los impuestos, como los hermanos Koch y las compañías tabaqueras Philip Morris y Reynolds, que no sólo pagaron durísimas campañas políticas contra el presidente, sino que utilizaron el potente aparato de los medios de difusión de la derecha para crear escándalos acerca de la financiación de sus campañas, a lo que siguió, desde 1998, el acoso personal como consecuencia del asunto de Monica Lewinsky, una becaria que, en el transcurso de dieciséis meses, se prestó a diez sesiones de sexo oral con el presidente.[4]

Las ilusiones republicanas de capitalizar la ofensiva de desprestigio con la que se le acosó resultaron fallidas. Su fácil victoria en las elecciones de 1996 ante el candidato republicano, Robert Dole, un hombre de setenta y tres años, en unos comicios con muy baja participación de votantes, no vino sin embargo

acompañada por un triunfo demócrata suficiente como para arrebatar el control del Congreso a los republicanos.

Clinton se beneficiaba ante la opinión pública del efecto que producía su éxito en la gestión de la economía. Si en el discurso sobre el estado de la unión de 1998 pudo decir: «Éstos son buenos tiempos para América ... El estado de nuestra unión es vigoroso», en el de 1999 hizo un balance global de sus logros, señalando que se había «creado la más duradera expansión económica en tiempo de paz de toda nuestra historia», con cerca de dieciocho millones de nuevos puestos de trabajo, mientras los salarios crecían a un ritmo más de dos veces superior al de la inflación y el país tenía, por primera vez en treinta años, un presupuesto equilibrado que se saldaba con superávit.

La realidad era más compleja de lo que parecía indicar esta imagen complaciente. Clinton, que mantuvo al frente de la Reserva federal a Alan Greenspan, nombrado por Reagan, y que escogió como secretario del Tesoro a Robert Rubin, que procedía del banco Goldman Sachs, hizo una política que beneficiaba sobre todo a la banca —que contribuyó con 11,17 millones a su primera campaña electoral y con 28,37 millones a la de su reelección en 1996— y a las grandes empresas, a las que benefició con medidas como la reducción del 28 al 20 % en el impuesto sobre las ganancias del capital.

Pero su mayor contribución al enriquecimiento de las empresas financieras fueron las medidas de desregulación, como la *Financial Services Modernization Act* de 1999, que eliminaba las últimas restricciones de la ley Glass-Steagall de 1933 y permitía a los bancos simultanear operaciones comerciales y de inversión, y la *Commodity Futures Modernization Act* del año 2000, que permitió el tráfico de derivados y dio paso a unos años de especulación que acabaron en la crisis de 2008. Otra de sus medidas de estímulo económico fue el NAFTA (North America Free Trade Agreement) de 1994 que, al establecer una zona de libre comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, se llevó puestos de trabajo de la industria norteamericana a las maquiladoras mexicanas, que operaban con salarios más bajos, y aceleró la desindustrialización de Estados Unidos. Fue, se ha dicho, la mayor traición de un partido Demócrata escorado a la derecha a su electorado tradicional de clase obrera.

Complementando el efecto de estas medidas que favorecieron el enriquecimiento de los más ricos, Clinton aplicó duros recortes a las ayudas

sociales en lo que pretendió ser una mejora, la *Welfare Reform Law* de 1996,[5] y acabó convirtiéndose en un desastre, que privó de cupones de comida a «millones de niños de familias trabajadoras».

No dudó, en cambio, en usar los recursos públicos para desarrollar el proyecto de la *Violent Crime Control and Law Enforcement Act* de 1994, que creaba cien mil nuevos puestos de policías y destinaba abundantes medios a construir un nuevo y más amplio sistema de cárceles, a la vez que endurecía las leyes que permitieron llenarlas («dos décadas más tarde, estas leyes siguen pesando negativamente sobre las vidas de millones de afroamericanos»).

Eran tiempos de inquietud social en Estados Unidos: en 1993 el FBI había asaltado el centro de los «davidianos» en Waco (Texas), matando a 76 miembros de la secta. Dos años más tarde Timothy McVeigh los vengaba haciendo estallar un camión cargado de explosivos ante un edificio oficial de Oklahoma y causaba 168 muertes; en octubre del mismo año, 1995, tenía lugar la «marcha del millón de hombres» de la «Nación del Islam», liderada por Louis Farrakhan, que denunciaba los abusos de la policía contra los afroamericanos.

En los tres últimos años de su presidencia, la necesidad de «emplear todo su capital político» para hacer frente a un entorno hostil llevó a Clinton a embarcarse en aventuras exteriores en busca de prestigio. Desaparecido el enemigo comunista, había que inventar uno nuevo para justificar la hegemonía norteamericana. Fue su consejero de Seguridad Nacional, Anthony Lake, quien aportó el concepto de «rogue state» (estado delincuente) para designar a los países que estaban fuera de «la familia de las naciones democráticas», implicados en actividades como «el terrorismo, la difusión de armas de destrucción masiva, el crimen organizado, el tráfico de drogas...», con lo que amenazaban la paz internacional. Ante esta situación Estados Unidos estaba autorizado a intervenir donde creyese necesario. Como dijo en su discurso sobre el estado de la unión de 1996: «donde nuestros intereses y nuestros valores estén en juego, y donde podamos aportar una diferencia, América debe dirigir».

Clinton contó en la definición de esta nueva política con la colaboración de Madeleine Albright, que había sido embajadora en las Naciones Unidas en su primer mandato y se convirtió en su secretaria de Estado en el segundo. Fue ella

quien definió la «doctrina Clinton» o «doctrina del multilateralismo afirmativo» (*assertive multilateralism*), que proponía la colaboración con las organizaciones internacionales en las tareas destinadas a mantener la seguridad global. La ONU debía asumir la legitimación de estas actuaciones, que se realizarían a través de la OTAN, con la colaboración de las fuerzas militares norteamericanas, pero dejando claro que «la restauración de la democracia y la deposición de dictadores es responsabilidad de Estados Unidos como última superpotencia que queda».

Albright tuvo que enfrentarse por ello al secretario de las Naciones Unidas, el egipcio Boutros-Ghali, a quien consiguió reemplazar por otro africano más acomodaticio, como era Kofi Annan. Y también a Colin Powell, que presidió el Joint Chiefs of Staff hasta septiembre de 1993, quien opinaba que Estados Unidos sólo debía implicarse militarmente en aquellos casos en que sus intereses estuvieran afectados, y que debía hacerlo entonces con toda su fuerza y con objetivos políticos definidos. Albright opinaba que no tenía sentido disponer de una poderosa maquinaria militar si no se usaba. Había que dejar de lado la doctrina de la guerra fría para asumir el papel único y determinante que correspondía ahora a Estados Unidos como «la nación indispensable», y ello exigía un protagonismo total y continuo.

Clinton había recurrido ya a utilizar los medios aéreos y a minimizar el uso de tropas en las operaciones de castigo que realizó contra Saddam Hussein en 1993 y 1994, y de nuevo en 1998, cuando se aproximaban las «midterm elections», con la operación Desert Fox, en que se lanzaron contra Irak más misiles que en toda la guerra de 1991, seguidos por cuatro días de bombardeos en masa de las aviaciones británica y norteamericana.[6]

Pero las campañas en que el nuevo estilo de guerra se definió por completo fueron las de Yugoslavia, donde se decidió atacar, sin mandato de las Naciones Unidas, a un gobierno elegido democráticamente que no había violado ninguna ley internacional. La destrucción de Yugoslavia había comenzado con las independencias de Eslovenia (1991, patrocinada por Alemania), de Croacia y Macedonia (1992), mientras que la Unión Europea invitaba a Bosnia-Herzegovina a emanciparse, lo que dio lugar a una feroz guerra civil étnica con la participación de serbios y croatas. Una guerra en que las fuerzas de protección de las Naciones Unidas (UNPROFOR) fueron incapaces de evitar matanzas de

civiles como la de Srebrenica en julio de 1995, donde fueron asesinados 8.373 bosnios.

Fue precisamente cuando las noticias sobre este genocidio horrorizaban al mundo, cuando Clinton decidió intervenir. Aceptó que se enviase temporalmente veinte mil militares norteamericanos, para lo cual tuvo que enfrentarse al Congreso y vencer la resistencia de los altos mandos del ejército, pero consiguió imponer que en el futuro estas acciones internacionales, realizadas en el marco de la OTAN, se desarrollasen de acuerdo con una fórmula en que los norteamericanos pondrían los aviones y las bombas, y los otros los hombres.

«El papel que Estados Unidos había asumido de traer la paz a Bosnia —he escrito Bacevich— afirmaba su posición única en el mundo de después de la guerra fría. Y lo que es más importante, el resultado mostraba que el público norteamericano estaba dispuesto a respaldar las responsabilidades de un liderazgo global.»

En febrero de 1999, una vez liberado de la amenaza del asunto Lewinski, Clinton decidió dedicarse al tema de Kosovo, para lo cual envió a Madeleine Albright a negociar el acuerdo de Rambouillet. Para forzar a Serbia a aceptar las durísimas condiciones que se le imponían, el 24 de marzo de 1999 un total de cuatrocientos aviones de la OTAN, a los que se sumaron los misiles lanzados desde el mar, completaron 78 días de bombardeo sistemático de Belgrado, Novi Sad y Montenegro, con numerosas víctimas civiles, en lo que Clinton justificaba como una campaña necesaria para mantener «una Europa libre, pacífica y estable», aparte de para salvar vidas kosovares. Era la primera vez, en sus cincuenta años de historia, que la OTAN atacaba a una nación soberana, en una actuación que desmentía su definición inicial como una organización de defensa contra la «amenaza soviética». El 3 de junio, ante el desastre que significaban los bombardeos de infraestructuras esenciales, incluyendo las de producción de electricidad, Serbia aceptó las condiciones de paz que se le imponían, comenzando por la retirada de sus fuerzas del territorio kosovar y el establecimiento en él de una administración provisional confiada a la ONU. Era la primera manifestación de lo que el periodista Jim Hiaglenda bautizó en junio de 1999 como la «doctrina de la guerra humanitaria».

La última actividad internacional de Clinton tuvo como objetivo el problema de Palestina, en el que se había iniciado al comienzo de su gestión, cuando se firmaron en Washington, el 13 de septiembre de 1993, los acuerdos de Oslo, que, como ha dicho Ilan Pappé, no eran más que el ofrecimiento a los palestinos de los términos de una rendición, pero que dio lugar a que en 1994 se concediera el Premio Nobel de la Paz a sus firmantes, Arafat, Rabin y Shimon Peres, quien dos años después honraría esta distinción con el crimen de Qana, asesinando a 106 palestinos en un campo de refugiados de la ONU.

El 11 de julio de 2000 Clinton reunió en Camp David a Ehud Barak, el jefe del gobierno israelí, y a Arafat, intentando forzar un acuerdo entre Israel y los palestinos. La oferta israelí era inaceptable y la reunión acabó el 25 de julio con una conferencia de prensa en que Clinton presentó una visión falseada de las «concesiones» israelíes, con la pretensión de mostrar a los palestinos como culpables de rechazar la paz.

En septiembre Ariel Sharón provocó deliberadamente a los palestinos ante la mezquita de al-Aqsa, en Jerusalén, en lo que iba a convertirse en el inicio de las violencias de la segunda intifada. Clinton no renunció a un último intento de forzar un acuerdo de paz a fines de diciembre de 2000 y comienzos de enero de 2001, en los últimos días de su mandato, en una reunión con Arafat en Washington, donde, con el apoyo de saudíes y egipcios, trató de forzar al líder palestino a que aceptase las propuestas israelíes. No lo hizo y la nueva reunión de Camp David que debía haber sellado el acuerdo no se llegó a celebrar. Un mes más tarde las elecciones dieron el poder en Israel a Sharón, que estaba dispuesto a seguir por el camino de la violencia.

Con este último intento de negociar la paz en Palestina concluyó la actividad política de Clinton, quien, al término de su gestión, legaba al nuevo presidente norteamericano, G. W. Bush, el hijo del hombre a quien él había derrotado en las elecciones de 1992, una situación económica aparentemente próspera, pero que contenía todos los elementos que iban a desembocar en una catástrofe, y un escenario político en que los ejercicios de triangulación, que le llevaron a situarse entre los dos bandos representados tradicionalmente por demócratas y republicanos, habían dejado al partido Demócrata irremediablemente escorado a

la derecha.

Lo más grave fue que esta doctrina de las «terceras vías», que se extendió a Europa con Tony Blair y, en un papel secundario, con Felipe González, significaba el fin de la socialdemocracia, que había sido la gran fuerza inspiradora de las décadas de progreso que siguieron a la Segunda guerra mundial, y que ahora iba a rendirse, no sin beneficio personal para sus corruptores, al capitalismo más depredador.

Guerra y paz en África

La década de los noventa marcó en el África subsahariana una diversidad de destinos que iban a perpetuarse a comienzos del nuevo siglo. Fue, para el sur, una etapa de paz, conseguida cuando Sudáfrica cesó en sus intromisiones en los países vecinos (en 1988 Cuba y Sudáfrica acordaron retirar sus tropas de Angola), concedió la independencia a Namibia en 1990, y abandonó la política racista del *apartheid*.

Fueron, en cambio, los años en que se inició la gran guerra de África Central que iba a ensangrentar Ruanda y el Congo, mientras más al norte, en los territorios del Sahel, del cuerno de África y del Golfo de Guinea, la penetración gradual del yihadismo islámico iba a cobrar protagonismo en un área de gobernantes corruptos y de sangrientos conflictos civiles como la limpieza étnica de Darfur, la destrucción del estado de Somalia, la liquidación final de los acholi en Uganda, la dictadura de Eritrea o la guerra civil que siguió al nacimiento del estado de Sudán del Sur.

En Sudáfrica la persistencia de la política racista provocaba respuestas internas como la revuelta de los estudiantes de Soweto en 1976, cuya represión, que acabó con seiscientos muertos y cuatro mil heridos, escandalizó al mundo, a lo que vino a sumarse, al año siguiente, la muerte de Steve Biko, como consecuencia del trato brutal que sufrió a manos de la policía.

La condena internacional, que pesaba cada vez más duramente sobre el país, dificultando su crecimiento económico, obligó a Frederik W. de Klerk, elegido

presidente del gobierno en 1989, a aceptar la independencia de Namibia en 1990 y, lo que era más importante, a iniciar negociaciones con Nelson Mandela, liberado tras veintisiete años de encarcelamiento, y con el African National Congress (ANC), hasta aceptar que en abril de 1994 se celebrasen las primeras elecciones con participación de la población negra, que llevaron a Mandela al poder.

La transición política fue un éxito; pero Sudáfrica estaba obligada también a resolver los graves problemas de la pobreza y la desigualdad, partiendo de una economía en mala situación y de la necesidad de ajustar su política económica a las exigencias del Banco Mundial y del FMI. Los catorce primeros años del nuevo período fueron satisfactorios en algunos terrenos, como en la mejora de los servicios sociales, pero el crecimiento económico no bastó para crear el suficiente número de puestos de trabajo para aliviar la pobreza, y las consecuencias de la crisis de 2008, que coincidió con el fin de la presidencia de Thabo Mbeki y el inicio de la de Jacob Zuma, se dejaron sentir duramente sobre esta potencia emergente, que no sólo no había avanzado lo suficiente en la mejora de las condiciones de vida, sino que sufrió retrocesos como el provocado por la extensión del sida, un tema del que se desentendió el gobierno (Mbeki estaba convencido de que se trataba de un mito inventado por los blancos).

La crisis económica se vio agravada desde 2009 por la gestión de un presidente inepto y corrompido, Jacob Zuma, que malgastó el dinero público en su provecho y no hizo nada para evitar la caída de la población en la pobreza o por frenar el avance del dominio de la economía sudafricana por las grandes compañías mineras internacionales, de lo que iba a servir de ejemplo la masacre de Marikana, donde el 16 de agosto de 2012 la policía hizo fuego contra los mineros en huelga de una mina de platino, propiedad de la compañía británica Lonmin (entre cuyos accionistas figura la Iglesia de Inglaterra), con el resultado de matar a 34 mineros y herir a otros 78. Pese a las graves acusaciones de corrupción y de toda clase de abusos que pesaban sobre él, Zuma fue reelegido en 2014; pero el retroceso en las elecciones locales de 2016 fue un claro aviso de la decadencia del ANC, que había dejado de ser, como en el pasado, «un movimiento orgullosamente revolucionario», y sobre la necesidad de un cambio en la política sudafricana: la herencia de Mandela se había agotado.

En 1994, en los mismos momentos en que la paz obtenía un triunfo en el sur con el fin de un régimen racista, se iniciaba más al norte un conflicto que desangró África Central, comenzando con las matanzas de Ruanda en 1994 y siguiendo desde 1998 con la guerra civil del Congo. Un conjunto de guerras que, con sus 5,4 millones de muertos, ha resultado ser el más sangriento de los conflictos armados que se han producido después de la Segunda guerra mundial.

El primer acto se inició en Ruanda, donde convivían tradicionalmente dos grupos indígenas: los tutsis, que eran ganaderos, y los hutus, sobre todo agricultores. Los hutus eran mayoritarios, puesto que representaban un 85 % de la población, contra un 14 % de los tutsis y un 1 % del grupo minoritario de los twas. No eran grupos étnicos enteramente diferenciados, puesto que compartían lengua (el kinyarwanda), cultura y religión, y habían vivido tradicionalmente en paz. Fueron los intereses de sus dominadores coloniales, alemanes primero y belgas después, los que ahondaron la fractura entre los dos grupos étnicos principales. Los belgas, y en especial la Iglesia católica belga, favorecieron a los hutus en los momentos de la independencia, dejando a los tutsis como ciudadanos de segunda clase. Esta política iba a enviar al exilio, refugiados en países vecinos, a cientos de miles de tutsi, que en Uganda fundaron un Frente Patriótico Ruandés (RPF) que en 1990 realizó un primer intento de invasión.

Ruanda estaba entonces gobernada por una camarilla hutu de miembros del clan del presidente Habyarimana, quien inició negociaciones con los tutsi, en unas conversaciones que culminaron en 1993 con una serie de medidas que preveían un gobierno de transición hasta la celebración de elecciones democráticas. El seis de abril de 1994 el avión en que viajaba Habyarimana, acompañado por el presidente Cyprien Ntaryamira de Burundi, fue derribado por un misil, en un atentado que versiones distintas atribuyen a militares hutus, opuestos a que se materializasen los acuerdos, o al RPF y a su dirigente, Paul Kagame.

La respuesta a este suceso fue el inicio de una masacre: una orgía de sangre que durante tres meses causó de ochocientos mil a un millón de víctimas, mayoritariamente tutsis, y que prosiguió ante la indiferencia de las grandes potencias —Mitterrand opinaba que «en estos países un genocidio no es muy importante». Invadiendo el país desde Uganda, las fuerzas del RPF que mandaba

Paul Kagame derrotaron a los ejércitos hutus armados por Francia y los expulsaron hacia Zaire, en una campaña que concluyó en poco más de tres meses y que tuvo su propio corolario de abusos y represión, con tal vez trescientas mil víctimas.

Los fugitivos de esta derrota se instalaron en Zaire, en campos de refugiados cerca del lago Kivu, donde se alojaron unos cuatrocientos mil habitantes que sobrevivían saqueando los recursos del entorno. A fines de 1996 Kagame, que recibía ayuda de Estados Unidos, y el presidente ugandés, Yoweri Museveni, decidieron aprovechar el pretexto que les daba la amenaza de los campamentos de refugiados para invadir Zaire, asociados a una alianza de fuerzas hostiles a Mobutu (AFDL), en la que figuraba Laurent-Désiré Kabila como portavoz.

El ejército zaireño, débil y corrompido, no opuso ninguna resistencia a la invasión, sino que huyó apresuradamente, saqueando cuanto encontraba a su paso. Ante el temor de que pudiese producirse un baño de sangre en Kinshasa, el enviado especial de Clinton, Bill Richardson, pidió a Mobutu que se retirase. Mientras Mobutu y su familia huían hacia Togo en un viejo avión de carga, abandonados por los suyos, las embajadas norteamericana y británica le pidieron a Kabila que apresurase su avance hacia la capital para controlar el país, y lograron que las tropas de Mobutu abandonasen la idea de resistir.

En mayo de 1997 Laurent-Desiré Kabila creó la República Democrática del Congo, devolviendo al país su viejo nombre, y comenzó a gobernar, tras haberse deshecho de una u otra forma de los otros líderes del AFDL. Tanto Ruanda como Uganda, a las que se sumó Burundi, lo habían usado como hombre de paja para establecer unas zonas de influencia en el este del Congo con el fin de explotar sus riquezas minerales, que eran el objetivo fundamental de su actuación. De modo que, cuando vieron que Kabila pretendía, en julio de 1998, expulsar las tropas que le habían llevado al poder, iniciaron un nuevo conflicto, que se ha calificado como «la primera guerra mundial africana», en que participaron, además de Ruanda y Uganda por un bando, Angola, Namibia y Zimbabue por el otro, en apoyo de Kabila, quien compensó su ayuda con sustanciosas concesiones para participar de las riquezas minerales del país.

El 31 de agosto de 1999 se firmó en Lusaka un acuerdo de alto el fuego entre quince países, una serie de movimientos rebeldes y el presidente Laurent Kabila; pero el «diálogo nacional» previsto, y el desarme de las diversas facciones, que

debía ser supervisado por una misión de la ONU (MONUC), no se realizaron y el acuerdo de alto el fuego fue repetidamente violado por unos y otros.

Laurent-Desiré Kabila fue asesinado en 2001, a instigación de una compañía minera, y le sucedió su hijo Joseph, que ganó las elecciones para la presidencia en 2006 y en 2011 (en este caso con la ayuda de diez millones de dólares recibidos de una compañía extranjera a cambio de la cesión de unas minas de cobre) y parece aspirar a perpetuarse en el poder, lo que ha provocado ya manifestaciones de resistencia popular.

Los conflictos en el este del país prosiguieron hasta que en diciembre de 2013 el gobierno firmó la paz con los rebeldes, tras unos años en que la población civil sufrió una terrible escalada de mortalidad, víctima de los combates, de los abusos de las tropas, del hambre y de las enfermedades. Lo cual no impide que estos territorios sigan siendo devastados por bandas invasoras y sufran matanzas como las que se han venido produciendo en Beni desde 2014.

En Ruanda, con Kagame, el «carnicero de los grandes lagos», en el poder, no hubo un retorno a la paz étnica, ni el establecimiento de un sistema democrático, sino un gobierno autoritario, muy semejante al de su vecino y cómplice Yoweri Museveni, un peón de Estados Unidos que lleva treinta años al frente de Uganda. Kagame se ha asegurado la permanencia indefinida en el poder con un referéndum que le permite seguir en la presidencia hasta 2034, y parece dispuesto a alentar nuevas operaciones de saqueo: un informe confidencial de la ONU le acusaba en febrero de 2016 de entrenar guerrilleros para derrocar el gobierno de Burundi.

Más al norte, en el Sahel, entre Senegal y el cuerno de África, la revuelta islamista se ha ido extendiendo pese a los esfuerzos realizados por las fuerzas norteamericanas integradas en el AFRICOM, creado en 2007 para luchar contra el yihadismo en colaboración con los ejércitos locales y con el auxilio de las bases de drones establecidas en Yibuti, Etiopía y Níger. No se ha conseguido con ello frenar la expansión de al-Shabab en Somalia, de Boko Haram, que se ha extendido desde Nigeria, donde ha provocado el desplazamiento de dos millones de personas, a Chad, Camerún y Níger, ni el de al-Qaeda en el Magreb islámico, que actúa en Mali. De hecho, según el general Donald C. Bolduc, jefe de las

SOF (Special Operations Forces) en África habría en la actualidad «48 grupos malignos» actuando en el continente, con la dificultad que implica haber de luchar contra fuerzas transnacionales que actúan y se mueven de manera imprevisible en una «zona gris».

Otras tragedias quedan en cambio en la sombra de estos combates, como la de los acholis del norte de Uganda, exterminados por Yoveri Museveni con la colaboración de Estados Unidos, escudándose en la fantasmagórica persecución del Lord's Resistance Army de Joseph Kony. O como el que resulta ser el ejemplo más dramático del fracaso de una construcción nacional africana, el de Sudán del Sur, independizado en 2011 tras cuarenta y dos años de lucha contra el norte islámico. Aunque la guerra civil que se inició en 2013, dirigida por el presidente Kiir, de etnia dinka, por una parte, y por el vicepresidente Machar, de etnia nuer, por otra, tiene menos que ver con las diferencias entre sus sesenta grupos étnicos que con el reparto de las grandes riquezas naturales del país, como lo muestra la fortuna que han amasado sus dirigentes, mientras setecientos cincuenta mil fugitivos han tenido que huir del país.

Los contrastes del escenario asiático

La evolución de las nuevas potencias asiáticas inició en estos años un cambio muy sensible, que condujo al estancamiento de Pakistán o de Japón, y más adelante a la «crisis asiática» de los años noventa, frente al crecimiento de la India y, sobre todo, de China.

La guerra entre la India y Pakistán de 1971 tuvo consecuencias muy distintas para ambos países. Mientras la victoria daba un empujón a la carrera política de Indira Gandhi, la crisis económica puso al descubierto las deficiencias de un crecimiento desigual, alentado por la corrupción y el autoritarismo, con un 45 % de la población india por debajo de los límites de la pobreza. Indira reaccionó al malestar colectivo implantando el estado de emergencia, lo que no bastó para evitar un período de conmociones sociales que llevaron a que fuese asesinada en 1984 por dos miembros de su guardia personal. Había tomado fuerza entre tanto un partido hinduista y conservador, el *Bharatiya Janata Party*, que, solo o en alianza con otros partidos regionales, se alternó en el poder con el Partido del

Congreso, hasta que en las elecciones de 2014 una rotunda victoria dio la mayoría absoluta al BJP y llevó al poder a Narendra Modi.

La vida política de Pakistán fue mucho más inestable que la de la India, donde los cambios políticos se han ido produciendo al ritmo de los resultados electorales. En Pakistán la influencia del todopoderoso ejército, que por lo menos desde 1998 dispone de armas nucleares, y del directorio del *Inter-services Intelligence* (ISI) marcó la evolución de una política que de 1988 a 1999 registró cuatro derrocamientos de gobierno por las fuerzas armadas, y que tuvo su mayor período de estabilidad de 1999 a 2008, con la dictadura militar de Pervez Musharraf. Una época en que Pakistán, como aliado de Estados Unidos, se implicó a fondo en la lucha contra los talibanes de Afganistán, que se extendió también por su territorio. Las cuantiosas ayudas recibidas de Estados Unidos por esta colaboración se destinaron fundamentalmente al gasto militar y sobre todo a reforzar las defensas contra la India, a aumentar el arsenal nuclear y a fomentar las guerrillas islámicas en el Kashmir, en una escalada de provocaciones que estuvo a punto de llevar a un nuevo enfrentamiento armado contra la India en enero de 2002.

Japón, que había sido uno de los motores esenciales del progreso económico en Oriente —creció a tasas del 10 % entre 1955 y 1970, y del 5 % entre 1970 y 1990— sufrió las consecuencias de la crisis del petróleo, que no sólo frenó su producción industrial, sino que contribuyó a poner al descubierto la profunda corrupción de un sistema político basado en los sobornos derivados de la concesión de obras públicas. En 1985 el acuerdo Plaza, que le obligaba a revaluar el yen en relación al dólar, causó una disminución de las exportaciones japonesas y una caída del PIB, a la que el Banco de Japón quiso responder bajando los tipos de interés. La combinación de tipos de interés bajos y de políticas de estímulo condujo a una etapa de especulación en la compra de propiedades inmobiliarias que acabó en el colapso de 1989, coincidiendo con la muerte del emperador Hirohito. Lo que siguió fue la llamada «década perdida de los noventa», en que la debilidad de los bancos, cargados de deudas incobrables, y la continuidad de unos tipos de interés cercanos al 0 % contribuyeron a frenar la economía del país, condenado a un estancamiento que tenía una de sus causas

en la obsesión por la estabilidad: las empresas fallidas —«empresas zombi»— eran mantenidas por créditos bancarios incobrables, que acabaron afectando a la sostenibilidad de los propios bancos.

El progreso de los «tigres» o «nuevos países industriales» empezó a flaquear también en los últimos años de la década de los ochenta y sufrió gravemente en la crisis de 1997, que puso en evidencia las limitaciones de este modelo de crecimiento. Todo comenzó con los problemas que afectaron a las monedas de Tailandia y de Malasia, cuyos efectos se extendieron a Hong Kong, Filipinas, Singapur y sobre todo a Indonesia. La situación más grave fue la de la mayor de estas economías, la de Corea del Sur. Ante el riesgo de que el país fuese a la quiebra, Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y otros países emprendieron un plan de salvación que exigía que se abriera la economía a la inversión exterior y que se emprendiera una reestructuración de las grandes empresas. Bajo la dirección del secretario norteamericano del Tesoro, Robert Rubin, un consorcio internacional de bancos aceptó reestructurar veinticuatro mil millones de la deuda de Corea, y tanto la moneda como la bolsa se estabilizaron.

Las crisis de fin de siglo

«Los años que van desde comienzos de los setenta —escribía en 2005 Robert Z. Aliber— no tienen precedentes en términos de la volatilidad de los precios de las mercancías, de las monedas, de las propiedades inmobiliarias y de los valores, así como de la frecuencia y gravedad de las crisis financieras.» La inestabilidad de las bolsas pareció acelerarse en los años finales del siglo, marcados por una sucesión de crisis que ponían de manifiesto las flaquezas de un sistema basado en la desregulación financiera, que animaba a buscar mayores beneficios en operaciones especulativas de alto riesgo.

Una desregulación iniciada en las épocas de Carter y Reagan, pero que culminó, como hemos explicado, durante la presidencia de Clinton con la «ley de modernización de los servicios financieros» o GLBA (*Gramm-Leach-Bliley*

Act) de 11 de noviembre de 1999, que permitía que los bancos usasen los ahorros de sus clientes para especular. Un año después, en los días finales de la gestión de Clinton, se aprobaba otra ley que eximía de control legal las operaciones de futuros y derivados, lo que iba a favorecer la especulación. «Nunca en la historia de las finanzas se había otorgado un espacio tan grande a la codicia», ha dicho Robert Skidelsky. El resultado fue una sucesión de crisis financieras, que acabarían repercutiendo en el conjunto de la economía, penalizando la producción.

Durante la presidencia del viejo Bush la economía norteamericana había sufrido las consecuencias de una nueva recesión, agravada por la costosa liquidación del problema de las *Savings and Loan* y por las dificultades por las que pasaban muchos bancos que habían invertido especulativamente en deuda latinoamericana o habían comprometido sus recursos en créditos inmobiliarios poco seguros.

Estos problemas tenían su origen remoto en la subida de tipos de interés efectuada por la Reserva federal, que tuvo como consecuencia aumentar la carga de los países deudores. Unos países «en vías de desarrollo» a los que la banca de los países desarrollados había hecho abundantes préstamos, destinados en buena medida a financiar sus compras de petróleo, lo que dio lugar a que en la Conferencia monetaria internacional de 1980, celebrada en Nueva Orleans, tanto el director del Deutsche Bank como David Rockefeller, del Chase Manhattan Bank, avisasen de la conveniencia de establecer una «red de seguridad» para proteger a los bancos que habían hecho estos préstamos.

La secuencia de las crisis comenzó con la de la bolsa de Estados Unidos, que se inició el «lunes negro», 19 de octubre de 1987, y que acabó sin que nadie entendiese muy bien cuáles habían sido sus causas, hasta el punto de que el presidente de la Reserva federal, Alan Greenspan, dijo que había sido «un accidente» que había de ocurrir en algún momento; a esto le siguió en 1989-1990 el colapso de los «bonos basura».

La segunda etapa fue de carácter internacional. Se inició en enero de 1990 con el hundimiento de la bolsa japonesa, como consecuencia del fin de la burbuja inmobiliaria y financiera, con lo que se inició una crisis que sigue sin haberse resuelto del todo veinticinco años después. Los problemas continuaron poco más tarde con el colapso de los bancos suecos, que se recuperaron

rápidamente, gracias a la acertada intervención del gobierno.

Lo más grave llegó con una serie de crisis monetarias que comenzaron afectando a las economías latinoamericanas, que se habían endeudado en dólares y necesitaban desesperadamente recursos con que atender sus vencimientos. La primera de ellas, en diciembre de 1994, fue el llamado «efecto Tequila», originado por la incapacidad por parte del gobierno mexicano de atender la deuda (tenía obligaciones por un monto de veinticinco mil millones de dólares y reservas de tan sólo seis mil millones para cubrirlas). La crisis mexicana requirió una considerable ayuda norteamericana para evitar el desplome del país y ejerció un efecto inmediato en Argentina.

A ésta le siguió en 1997 la crisis financiera asiática a la que nos hemos referido, lo que Greenspan llama «el contagio asiático», que fue un fenómeno de corta duración, aunque no exento de consecuencias. La primera de ellas, sostiene Dean Baker, fue que estos países aprendieron, y con ellos lo hizo China, que les convenía acumular reservas para no encontrarse de nuevo en una situación semejante, a expensas del Fondo Monetario Internacional.

En la Rusia de Yeltsin, donde el tipo de interés llegó a ser en mayo de 1998 del 150 %, un paquete de ayuda de veintidós mil millones de dólares del FMI no consiguió evitar que el gobierno suspendiera los pagos de la deuda a corto plazo, que se declarase una moratoria sobre los pagos de la deuda comercial a los no residentes, y que el rublo quedase en flotación.

Las consecuencias de esta nueva oleada de inseguridad financiera se extendieron a Chile y sobre todo a Brasil, donde los tipos de interés subieron al 50 % y el real quedó en flotación. Eran las consecuencias de la política del Fondo Monetario Internacional, que al impulsar la liberalización de los mercados financieros, en un marco de tipos de cambio fijos, estimulaba a las empresas y a los bancos a endeudarse irresponsablemente en el extranjero.

El imprevisto desastre de Rusia, en el verano de 1998, provocó la crisis de un sofisticado fondo de inversión norteamericano, el Long-Term Capital Management (LTCM), asesorado por dos premios Nobel de Economía, quienes habían diseñado los complejos modelos que controlaban sus operaciones. Durante cuatro años el LTCM funcionó con un éxito asombroso, que le permitió cuadruplicar su capital; pero en el verano de 1998 todo el tinglado se desmoronó —los modelos con que trabajaba no habían podido prever los efectos que iba a

tener sobre el mercado la suspensión de pagos de la deuda rusa— y el 22 de septiembre había perdido cerca de 4.500 millones de dólares. Temiendo que su hundimiento pudiera arrastrar al conjunto del sistema financiero, se organizó su rescate mediante la aportación de 3.650 millones de dólares por parte de catorce firmas de Wall Street, a la vez que la Reserva federal realizaba tres recortes sucesivos de 0,25 puntos en los tipos de interés, y Greenspan proclamaba, con la intención de restablecer la confianza, que las transformaciones que la tecnología de la información había introducido en la economía norteamericana abrían esperanzas de nuevos niveles de beneficios.

Estas esperanzas iban a contribuir a la euforia que llevó, de 1995 a 2000, a la burbuja de las «dot.com», los negocios de tecnología informática en que los inversores pagaban por las acciones de unas empresas que se esperaba que tuviesen un rápido crecimiento el equivalente a cien veces sus rendimientos anuales: de marzo de 2000 a octubre de 2002 el índice bursátil S&P perdió el 45 %, y el tecnológico Nasdaq, el 78 %. A lo cual se iba a agregar en 2001 el escándalo Enron, que demostró la escasa fiabilidad de los controles sobre las cuentas que se suponía que estaban ejerciendo las empresas de auditoría, y que fue una de las razones fundamentales de que se aprobase la ley Sarbanes-Oaxley de 2002, destinada a prevenir los fraudes en las empresas que cotizaban en bolsa, pero que fue incapaz de prever el tipo de abusos que iban a desencadenar la gran crisis de 2008.

Eran los frutos lógicos de una época en que los bajos tipos de interés ayudaron a impulsar una orgía especulativa. Unos tipos cuyo bajo nivel tenía que ver con el hecho de que las economías asiáticas, y en especial la china, habían decidido mantener sus reservas en dólares invirtiendo buena parte de los beneficios de sus exportaciones en la compra de bonos del tesoro norteamericano. China, por ejemplo, lo hizo por un volumen de más de un billón de dólares, lo que venía a representar un gigantesco préstamo que ayudó a mantener en Estados Unidos un crédito barato y, con ello, a favorecer los altos niveles de consumo privado así como la burbuja inmobiliaria, a la vez que, incentivando la importación por los norteamericanos de productos industriales asiáticos, contribuía a arruinar aún más el tejido industrial estadounidense, ya en franca decadencia.

Se animó entonces a los inversores a que se endeudaran con créditos baratos

para poner el dinero en negocios de riesgo que ofrecían rendimientos más altos que los costes del endeudamiento, incluyendo operaciones que los propios expertos calificarían más tarde, cuando tras el desastre de 2008 vino el momento de hacer un examen de sus causas, como «difíciles de comprender y más difíciles aún de valorar», pero que el propio Greenspan había alentado, asegurando que «distribuían el riesgo por toda la economía» y la hacían más estable, a la vez que justificaba que se mantuviesen estas operaciones al margen de las regulaciones oficiales, basándose en la creencia de que los modelos de control de riesgo de los bancos eran mucho más efectivos que aquéllos de que disponía la administración.

Wall Street consiguió, en consecuencia, evitar que se regulase el mercado de estos instrumentos de «banca en la sombra» que se negociaban entre los agentes, al margen de los tratos públicos que se hacían en las bolsas, y que carecían por ello de cotizaciones públicas que pudieran servir de referencia, a lo que se sumó el hecho de que las agencias calificasen favorablemente, incluso sin saber de qué activos dependían, unos productos financieros cada vez más complejos, como los derivados, cuyo valor se basaba en el precio de otro activo (de hecho las crisis de LTCM y de Enron estaban ligadas a sus operaciones en derivados), hasta llegar a casos que llevaron a un profesor de la Universidad de Duke a decir que había visto contratos «tan complicados que no sería práctico para los inversores tratar de entenderlos, porque tendrían que gastar más dinero contratando expertos para deconstruirlos de lo que podían ganar con sus beneficios». Como diría en 2008 un experto en inversiones, «ni siquiera la gente que dirigía Wall Street entendía realmente lo que estaban comprando y vendiendo».

El hecho mismo de que se hubiera conseguido superar toda la serie de crisis que se sucedieron desde 1987 sin un grave quebranto, mientras la economía norteamericana crecía, infundió confianza en el futuro y llevó a que se pasasen por alto los fallos internos del sistema. Esta alegre inconsciencia iba a marcar el camino que conduciría a una crisis mucho más grave, como fue la que se inició en el verano de 2007, pero que cobró plena fuerza en 2008.

14

REFUNDACIÓN Y CRISIS DEL IMPERIO (2001-2009)

George W. Bush llegó al poder asistido por un equipo que llevaba años formulando un nuevo proyecto imperial para el «siglo americano»: un proyecto encaminado a establecer una nueva supremacía mundial. Pero sus planes se vieron alterados por los atentados del 11 de septiembre de 2001, que dieron pie a que fuese el propio presidente quien tomase las riendas de la gestión e iniciase una etapa de guerras que han marcado el rumbo del imperio hasta nuestros días.

El conflicto comenzó en Afganistán y en Irak como si se tratase de guerras tradicionales, a semejanza de las que Estados Unidos había mantenido con anterioridad en estos mismos escenarios. Pero pronto se pudo ver que las objetivos de los conquistadores no eran los mismos y que, en consecuencia, los resultados alcanzados serían también muy distintos. Lejos de instaurar la paz y la democracia, lo que se iba a conseguir sería el inicio de unos años de guerra perpetua, de un conflicto permanente que parece no tener perspectiva alguna de solución.

La presidencia de G. W. Bush

George W. Bush, personaje mediocre, hijo de un presidente anterior —George Herbert Walker Bush fue el 41 en la lista histórica de los presidentes norteamericanos; George Walker Bush, su hijo, iba a ser el 43— tuvo, como él mismo contaba, una juventud irresponsable, hasta que su conversión a los cuarenta años hizo de él un cristiano convencido de que Dios le destinaba a perseguir el mal en la tierra.

Obtuvo la presidencia con una dudosa legitimidad, gracias a la caótica

elección de Florida, donde era gobernador su hermano «Jeb» Bush. Con él llegaban al poder los hombres de los equipos formados en tiempos de Reagan, conservadores duros que realizaron los mayores recortes de impuestos de la historia, y que en política exterior no aceptaban los en apariencia modestos objetivos de la política de Clinton, sino que estaban elaborando un nuevo proyecto imperial. Un equipo integrado fundamentalmente por Richard Cheney como vicepresidente, Donald Rumsfeld como secretario de Defensa, Colin Powell como secretario de Estado y Condoleezza Rice como consejera de Seguridad Nacional.[1]

Es posible que en los primeros momentos de su gestión fuesen los miembros del equipo los que determinaban el curso de la política que había que seguir, pero cuando llegó el momento de las grandes decisiones fue Bush quien las tomó, sin hacer caso de consejo alguno. Así sucedió con motivo de un acontecimiento inesperado, el ataque de al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001, que el nuevo equipo no acertó a prever. Se habían burlado inicialmente de la obsesión de Clinton por al-Qaeda y por Bin laden, lo cual les llevó a menospreciar las informaciones que la CIA les estaba ofreciendo acerca de la amenaza terrorista. Había noticias acerca de un posible atentado desde mayo de 2001; pero fue el 10 de julio cuando la CIA creyó tener evidencias innegables de que se preparaban múltiples ataques, sin que Condoleezza Rice lo tomara en serio. El «President's Daily Brief» —el resumen de noticias con que la CIA informa al presidente cada mañana— del 6 de agosto de 2001 avisaba específicamente que «Bin Laden planeaba explotar el acceso de sus agentes a Estados Unidos para montar un atentado terrorista», y agregaba detalles sobre «actividades sospechosas en este país, consistentes en preparaciones para secuestrar aviones u otros tipos de ataque, incluyendo reciente vigilancia de edificios federales en Nueva York».

En la mañana del 11 de septiembre de 2001 cuatro equipos de terroristas, la mayor parte de ellos saudíes (15 de los 19 eran de esta nacionalidad), secuestraron dos aviones en Boston, uno en Washington y otro en Newark. Entre las 8.46 y las 9.37 de la mañana dos aviones se estrellaron contra las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York, causando 2.973 muertos y daños estimados en ochenta mil millones de dólares, y un tercero lo hizo contra el edificio del Pentágono en Washington; el ataque con el cuarto avión fracasó

como consecuencia de la resistencia de sus pasajeros.

La primera de las grandes decisiones la tomó Bush en el comunicado que realizó desde la Casa Blanca, donde dijo, con una frase que añadió personalmente al texto del discurso: «No haremos distinción alguna entre los terroristas que cometieron estos actos y aquellos que los amparen». Era la declaración de una guerra de alcance internacional, formulada sin haber consultado la cuestión con nadie. Inmediatamente después se reunió con el Consejo nacional de seguridad y declaró: «Quiero que todos entendáis que estamos en guerra y que seguiremos en guerra hasta que esto se haya acabado. No hay nada más que importe. Todo debe estar disponible para proseguir esta guerra. Cualquier inconveniente en vuestro camino debe eliminarse. Tendréis todo el dinero que necesitéis. Éste es nuestro único programa». A lo que añadió, para que se percatasen de las dimensiones de su proyecto, que no se trataba tan sólo de Afganistán, sino que «hemos de desencadenar el terror en lugares como Siria, Irán o Irak», y que no le importaba si se vulneraba o no la legislación internacional al hacerlo. El sentido más profundo de su proyecto lo manifestó en su discurso en la Catedral Nacional, el 14 de septiembre: «Nuestra responsabilidad ante la historia es responder a estos ataques y librar al mundo del mal». Para entender lo que sucedió después es necesario tomar en cuenta que lo que se presentó al mundo como «la guerra contra el terror» era para Bush algo mucho más trascendente: «la guerra contra el mal».

Las consecuencias internas del ataque del 11 de septiembre fueron considerables. La «guerra contra el terror» iba a facilitar la aceptación del reforzamiento del poder presidencial, a costa no sólo de la autoridad del Congreso y de los tribunales, sino de las libertades de los ciudadanos, basándose en el principio de que Estados Unidos estaba «en guerra» contra una nueva clase de enemigo y que, para ganarla, tenía que actuar también «en el lado oscuro». Para ello, además, el joven Bush, que había eludido el servicio militar, fue reinventado como un líder guerrero: «era el hombre en quien se podía confiar para mantenernos a salvo, porque hablaba duro, se vestía como un piloto militar y proclamaba con orgullo que era él quien decidía».

A la Authorization for the Use of Military Force (AUMF), aprobada por el Congreso el 23 de septiembre, que sigue siendo hoy la base para justificar la guerra contra el islamismo, se le unió la *Patriot Act* de 26 de octubre de 2001,

digna de un estado policial, que daba al gobierno nuevas y amplísimas facultades para invadir la esfera privada, espiando incluso las comunicaciones íntimas con el programa Stellarwind.

Este clima de guerra total sirvió además para justificar graves vulneraciones de los derechos humanos, tales como la aplicación de la tortura en los interrogatorios que la CIA efectuaba en cárceles fuera del territorio norteamericano, como las de Bāgram, Guantánamo y Diego García, o en las prisiones secretas (*black sites*) facilitadas por países como Tailandia, Polonia, Rumania y Lituania (en estos dos últimos casos, al parecer, a cambio de conseguir su incorporación a la OTAN). Fue entonces también cuando la CIA comenzó a desarrollar el programa de ejecuciones sin juicio previo realizadas por medio de drones, que Obama iba a potenciar años más tarde.

El problema no era tan sólo responder a un ataque organizado desde Alemania y desde las playas de Tarragona[2] y realizado por ciudadanos saudíes, con sospechas de que hubiesen recibido apoyo y financiación de instituciones religiosas del mismo país, sino emprender una guerra universal contra el mal. El general Wesley Clark cuenta que sus amigos del Pentágono le explicaron, cuando se estaban preparando para la invasión de Irak, que aquello no era más que la primera parte de un plan de cinco años que se extendería a seis países más: Siria, Líbano, Libia, Irán, Somalia y Sudán.

El primer objetivo fue Afganistán, donde se sabía que estaba refugiado Bin laden. Como no era posible organizar a corto plazo una invasión en gran escala, se llevó a cabo una breve campaña (7 de octubre-6 de diciembre de 2001) en que 110 agentes de la CIA y 316 soldados de las fuerzas especiales, en combinación con unos cien millones de dólares en sobornos, y con la ayuda de grandes operaciones de bombardeo, derribaron en 78 días el gobierno de los talibanes, que no estaban preparados para resistir, ya que ni siquiera esperaban que les atacasen, puesto que no tenían nada que ver con lo ocurrido el 11 de septiembre en Nueva York y en Washington.

Se bombardeó la región montañosa de Tora Bora, cercana a la frontera con Pakistán, donde se pensaba que se encontraba Bin laden, pero la operación resultó inútil, puesto que la mayoría de los hombres a los que perseguían se

refugiaron en cuevas y búnkeres, mientras afganos y pakistaníes ayudaban a escapar a unos centenares de miembros de al-Qaeda, y Bin laden huía a caballo con sus guardaespaldas hacia tierras del Waziristán del sur.

Una conferencia internacional celebrada en Bonn en diciembre de 2001 creó un gobierno provisional de Afganistán al frente del cual se puso a Hamid Karzai, un oscuro personaje pastún cuya autoridad real nunca llegó más allá de las afueras de la capital, mientras que una gran parte del territorio afgano escapaba del control del gobierno y el cultivo y las exportaciones de opio aumentaban.

Durante la campaña se había detenido a unos seiscientos sospechosos de pertenecer a al-Qaeda o de ser combatientes talibanes. En relación con estos presos, y con otros que la CIA capturó en diversos lugares del mundo, Bush autorizó que fuesen procesados por tribunales militares, sin ninguna de las garantías que se observaban en los tribunales civiles, o a que se les mantuviera indefinidamente en la cárcel en espera de juicio; en enero de 2002 se comenzó a enviarlos a la cárcel de Guantánamo, en Cuba, donde podrían permanecer años sin ser juzgados.

El 1 de mayo de 2003 Donald Rumsfeld declaraba terminadas las «principales operaciones militares» en un país de cuya defensa se hacía cargo una Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) dirigida por la OTAN, cuya misión, terminada oficialmente en diciembre de 2014, se iba a saldar con la eliminación de un gran número de reales o supuestos talibanes, pero sin haber conseguido recuperar el control del país.

La guerra de Irak

En el discurso sobre el estado de la unión de enero de 2002 Bush se envanecía de la victoria en Afganistán y advertía que aquello sólo era el comienzo. Acusaba a Corea del Norte, Irán e Irak de formar un «eje del mal» que alentaba el terrorismo, y aseguraba que se habían encontrado «diagramas de centrales nucleares y de instalaciones de abastecimiento público de agua, instrucciones detalladas para hacer armas químicas, planos de ciudades norteamericanas...». La conclusión era clara: «Estados Unidos de América no permitirá que los regímenes más peligrosos del mundo nos amenacen con las armas más

destructivas del mundo».

La primera etapa de esta guerra preventiva se iba a dirigir contra Irak. Para obtener el apoyo de las Naciones Unidas y de las grandes potencias, como se había conseguido en la primera guerra del Golfo, había que presentar argumentos más convincentes que los de la guerra contra el mal. Bush pudo darse cuenta de ello cuando trató de convencer al presidente francés, Jacques Chirac, diciéndole: «Gog y Magog están actuando en el Oriente próximo. Las profecías bíblicas se están cumpliendo. Esta confrontación la quiere Dios, que desea usar este conflicto para exterminar a los enemigos de Su pueblo antes de que comience la nueva era».

Ante el fracaso de esta apelación al Apocalipsis, se decidió emplear un argumento más terrenal, como era el de acusar a Saddam de almacenar armas de destrucción masiva que amenazaban al resto del mundo. Como reconoció Paul Wolfowitz, «por razones burocráticas nos decidimos por un argumento, el de las armas de destrucción masiva, porque era aquél con el que todo el mundo estaría de acuerdo». El problema consistía en convencer a aquéllos a quienes se pedía que colaborasen de la existencia de tales armas, que los inspectores de la ONU eran incapaces de encontrar.[3]

Los esfuerzos de Colin Powell por convencer a la asamblea de las Naciones Unidas, presentando evidencias inventadas, con las que le había engañado su propio gobierno, resultaron inútiles. Ni Francia, ni Alemania, ni Rusia estaban de acuerdo en participar en una nueva intervención militar, y Turquía se negaba a colaborar, lo que impediría actuar desde el norte. Más adelante millones de manifestantes salieron a las calles de París, Londres, Roma o Barcelona para protestar contra la guerra.

Para arrancar del Congreso la autorización para intervenir en Irak se inició una gran campaña de propaganda en la que se afirmaba que Saddam tenía una gran cantidad de armas químicas y bacteriológicas, con el complemento de fantasías como la de que estaba preparando vehículos aéreos no tripulados que se lanzarían tal vez desde embarcaciones en el Atlántico para atacar a Estados Unidos.

La guerra misma era algo que preocupaba muy poco al entorno del presidente. El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld y los mandos militares estaban convencidos de que, con la tecnología disponible, la conquista de Irak

sería rápida y barata. A lo cual se añadían las previsiones de la CIA de que los ocupantes encontrarían en los pueblos iraquíes multitudes que los recibirían alborozadas. Dick Cheney le dijo en septiembre de 2002 a un político que le manifestaba sus dudas: «Nos van a dar la bienvenida. Será como el ejército americano desfilando por las calles de París ... La gente estará tan feliz con sus libertades que probablemente podremos retirarnos en uno o dos meses». Calculaban que a las pocas semanas de la conquista podrían comenzar a retirarse las tropas norteamericanas, dejando tan sólo unos treinta y cuatro mil hombres sobre el terreno, que en diciembre de 2006 deberían quedar reducidos a cinco mil.

Las únicas complicidades internacionales que Bush pudo mostrar el 15 de marzo de 2003, en una breve y esperpéntica reunión en las Azores, que fue poco más que una caricatura de las reuniones de los cuatro grandes en la Segunda guerra mundial, fueron las del primer ministro británico Tony Blair, del español José María Aznar y del camaleónico jefe del gobierno portugués Durão Barroso, que respaldaron la decisión final de Bush de dar a Saddam 48 horas para abandonar Irak, al cabo de las cuales, de no haberlo hecho, las fuerzas que se habían ido reuniendo en Kuwait iniciarían la invasión.[4]

La guerra la inició el 20 de marzo de 2003 una coalición de treinta y cuatro países, muchos de los cuales ofrecieron colaboraciones meramente simbólicas, salvo Gran Bretaña, con 41.000 hombres, y Australia, con 2.000. La iniciaban en total 200.000 hombres, la mitad de los que habían intervenido en la guerra del Golfo de 1991, con un importante apoyo naval y aéreo. La lucha comenzó al alba del 21 de marzo: en el primer día seiscientos misiles y mil quinientos aviones de combate atacaron un millar de objetivos; en los días siguientes los bombardeos prosiguieron, arrasando edificios y destruyendo equipo pesado. Mientras tanto una fuerza de 145.000 hombres, que sólo tenían enfrente los restos desmoralizados del ejército derrotado en 1991, carente de apoyo aéreo, avanzaban sin oposición.

El 1 de mayo de 2003, a bordo del portaviones *Abraham Lincoln*, en el mar frente a las costas de California, Bush declaró: «Las operaciones de combate en gran escala en Irak han acabado»; una pancarta en el fondo decía: «Misión

cumplida».

Le correspondía ahora a la secretaría de Defensa emprender la tarea de reconstrucción y Rumsfeld se la encargó al teniente general Jay Garner, quien inició, en colaboración con agentes de la CIA, conversaciones con oficiales iraquíes para planear un proceso razonable para reconstruir el país, con una depuración previa de los elementos más próximos a Saddam: era el camino lógico para preparar la retirada de las tropas norteamericanas.

Todo cambió, sin embargo, cuando Bush decidió tomar de nuevo las riendas. La guerra no se había hecho tan sólo para echar a Saddam, sino que el presidente quería instalar en Irak una democracia formal al estilo occidental sin molestarse en contar con los nativos: una tarea que le encargó el 9 de mayo de 2003 a Paul Brenner III, como jefe de la Autoridad provisional de la coalición.

Brenner era un diplomático de sesenta y un años, sin ninguna experiencia ni conocimiento acerca del Oriente próximo: «el mejor hombre para realizar el peor trabajo..., una persona arrogante con una actitud colonial».[5] Apenas llegado a Irak su primera orden fue la de ilegalizar el partido Baaz, que había gobernado el país desde 1968, y destituir de sus cargos en la administración a todos sus miembros, lo que privó de su trabajo a cerca de cien mil maestros y técnicos, y dejó a la administración sin personal competente que asegurase su funcionamiento. Su segunda decisión, una semana más tarde, fue una orden de «disolución de entidades» que afectaba al ejército iraquí, al ministerio de Defensa y a los servicios de inteligencia, lo que dejaba a más de trescientos mil hombres con preparación militar, y la mayoría de ellos con armas, en la calle, sin medios de vida ni pensiones.

Anuló los preparativos que Garner había hecho para facilitar la formación de un gobierno provisional iraquí y decidió que esto sólo se podría hacer el día en que se pudieran celebrar unas elecciones libres, lo cual tardaría mucho tiempo en lograrse. Bush, con quien Brenner se comunicaba, lo apoyaba plenamente.

La disolución de la administración del Baaz dejó el país paralizado, sin que funcionasen los bancos, las escuelas, el sistema judicial ni los hospitales. Tres días después del anuncio de la disolución del ejército murió el primer soldado americano en un atentado en la carretera al aeropuerto de Bagdad. En los meses siguientes se iba a iniciar el terrorismo en gran escala. Fue entonces cuando comenzó la auténtica guerra de Irak y cuando la presencia militar norteamericana

se transformó en una ocupación. La invasión había sido un paseo militar; ahora se iniciaba una combinación de guerra civil entre suníes, chiíes y kurdos, con una oleada de terrorismo en que se asociaban radicales islamistas, miembros de al-Qaeda, baasistas marginados y toda clase de descontentos con la ocupación norteamericana. Murieron más soldados norteamericanos entre mayo y noviembre de 2003 que en el transcurso de la invasión.

Ante la creciente violencia de quienes se resistían a la ocupación —que se vio agravada por la divulgación de brutalidades como las realizadas en la cárcel de Abu Ghraib— Washington recurrió a la ONU, que propuso un plan para la celebración de elecciones y para la redacción de una constitución, mientras se negociaba ceder la soberanía a un gobierno provisional iraquí el 30 de junio de 2004; algo que le convenía a Bush de cara a las elecciones presidenciales de noviembre del mismo año.

Tras unos mandatos de escasa duración, el poder pasó en abril de 2006 a Nuri al-Maliki, un chií que mantenía relaciones con Irán, pero que estaba dispuesto a facilitar el acceso al petróleo a las empresas occidentales. Por entonces, sin embargo, la situación había cambiado por completo.

Con una población musulmana en que los chiíes eran mayoritarios, la instalación en Irak de un régimen democrático les aseguraba el poder a éstos, sobre todo después de que los norteamericanos habían eliminado por completo la estructura de administración y gobierno de Saddam, que había asegurado hasta entonces el dominio a los suníes. Ello iba a reforzar la influencia del Irán chií, que se apresuró a enviar personal civil y clérigos al Irak liberado, cuyos mercados se vieron invadidos de inmediato por productos de consumo iraníes.

El 22 de febrero de 2006 unos terroristas volaron la mezquita al-Askari de Samarra, uno de los santuarios más venerados de los chiíes. La respuesta inmediata fue el incendio de un gran número de mezquitas suníes y el asesinato de sus imanes. Lo que hasta entonces podía considerarse como una resistencia a la ocupación tomaba un carácter adicional de guerra civil. En este nuevo escenario el poder de al-Maliki era muy precario, como lo muestra que a fines de 2006 hubiese más de veinte milicias sectarias que gobernaban la vida en las ciudades, imponiendo un régimen de terror y desafiando al gobierno de Bagdad.

Se abandonaron los planes de retirar tropas americanas y Bush anunció en enero de 2007 un «nuevo camino hacia delante» que incluía el envío de veinte

mil hombres más y el inicio de al-Sahwa («el despertar»), una operación que implicaba la contratación de unos cien mil miembros de las viejas fuerzas armadas suníes para realizar operaciones de contrainsurgencia, con la promesa de que el gobierno iraquí los integraría en el ejército o en las fuerzas de seguridad cuando los norteamericanos marchasen. «Fueron las tribus patrióticas iraquíes —sostiene Jamal al-Dahri— y no un gobierno corrupto, quienes salvaron a Irak de su disolución.» Esto iba a permitir que se retirasen soldados americanos de la lucha antiterrorista, y que disminuyese una mortalidad que comenzaba a ser muy elevada.

Pero cuando en el verano de 2010, ya con Obama en el poder, comenzó la retirada sistemática de las tropas norteamericanas, los compromisos con los combatientes de al-Sahwa no se cumplieron y la inestabilidad volvió a aumentar hasta convertirse, combinada con los efectos de la guerra de Siria, en el caos actual que domina Irak.

Los costes de la guerra

La guerra fue muy cara en términos económicos. Joseph Stiglitz y Linda Bilmes estimaron los costes totales de la intervención norteamericana en tres billones de dólares. Cálculos más complejos, efectuados por el Watson Institute de la Universidad de Brown, los elevan a 4,4 billones (consumidos en buena medida por la tremenda corrupción que acompañó la «reconstrucción» del país).

Mucho más importantes que estos gastos fueron los daños que se refieren a las pérdidas de vidas humanas y a los sufrimientos y humillaciones de los vencidos. La estimación más citada de las muertes ha sido durante muchos años la de la organización Iraq Body Count (IBC), que, sumando los datos publicados en la prensa, daba una cifra de unos 100.000 muertos, que en 2015 elevó a unos 150.000 civiles muertos violentamente, o a 224.000, si se incluía a los combatientes.

La perspectiva cambió a partir de un cálculo realizado por epidemiólogos, basado en el sondeo a una amplia muestra de hogares, que efectuó un equipo de la Bloomberg School of Public Health de la Universidad Johns Hopkins, colaborando con la Universidad Al-Mustansiriya de Bagdad. Sus resultados, que

se publicaron en la revista médica *The Lancet*, concluían que entre marzo de 2003 y julio de 2006 había habido en Irak 654.965 muertes «de más» (esto es, que no se hubieran producido de no haber ocurrido la guerra), de las que un 91,8 % habían sido violentas. Siguiendo estos mismos métodos, una organización británica, Opinion Research Business, publicaba en enero de 2008 una estimación de 1.033.000 muertos.

Las cifras que había publicado *The Lancet*, que ponían en evidencia que la mayor parte de las muertes no las había causado la guerra, sino la violencia de los años de ocupación, produjeron indignación en los medios oficiales norteamericanos, que utilizaron toda clase de argumentos para descalificarlas. La única réplica medianamente seria se publicó en octubre de 2013 en la revista médica *PLOS Medicine*, en un estudio que elevaba las muertes desde 2003 a 2011 a 465.000, un tercio de ellas por causas indirectas.

La estimación más fiable, realizada por una organización médica que en 1985 recibió el Premio Nobel de la Paz, afirma que «la guerra causó la muerte, directa o indirectamente, de alrededor de un millón de personas en Irak, 220.000 en Afganistán y 80.000 en Pakistán, esto es, de un total de alrededor de 1,3 millones ... La cifra es aproximadamente diez veces mayor que las que el público, los expertos y los políticos admiten, y que han propagado los medios de comunicación y las ONG más importantes. Y ésta es tan sólo una estimación conservadora. El número total de muertes en los tres países mencionados podría ser superior a los dos millones de muertos, mientras que resulta muy poco probable una cifra por debajo de un millón».

A la violencia como causa de estas muertes hay que agregarle las consecuencias de la destrucción del sistema de salud de Irak. Antes de la guerra del Golfo, Irak tenía uno de los mejores servicios de salud del Oriente próximo; la larga etapa de sanciones que siguió a la derrota, en que se prohibió a los iraquíes comprar medicamentos, lo debilitó seriamente, como se puede ver en el aumento de las tasas de mortalidad infantil. Pero los efectos de la invasión de 2003 fueron todavía peores, no sólo por la destrucción y saqueo de los hospitales, sino porque las medidas de expulsión de sus cargos y oficios de todos los funcionarios del Baaz los dejó sin personal médico cualificado. Si añadimos a esto que sus «libertadores» no hicieron nada por reparar estos daños, se puede entender que la Organización Mundial de la Salud (OMS, WHO) sostenga que

no hay en la actualidad en Irak un servicio capaz de atender a las necesidades colectivas: la mayor parte de los 1.717 centros primarios de salud no tienen electricidad ni agua corriente, y los 197 hospitales carecen de dotaciones y de equipamiento para hacer frente a la atención que precisan 28 millones de ciudadanos. Algo que conviene recordar cuando los Bush, Blair y compañía, artífices de este desastre, pretenden justificarse diciendo que Irak está mejor hoy que cuando se dedicaron a salvarlo.

Si queremos entender la cosecha de odio que sigue alimentando todavía hoy los combates en tierras de Irak y de Siria, es necesario partir de una valoración adecuada de lo que fueron los siete años de ocupación, no sólo en términos de muertes, sino en los de la tortura en las cárceles, como la de Abu Grahib, o a manos de mercenarios como los de Blackwater, que escapaban del escrutinio de las leyes militares americanas como civiles, y de la justicia civil como «fuerzas de guerra». No fue en las mezquitas, sino en las prisiones de Irak donde se formaron los dirigentes del Estado islámico. Como revela una investigación realizada con entrevistas a presos de ISIS en Irak, éstos no se unieron a la revuelta por motivos religiosos, sino por el resentimiento acerca del trato que ellos y los suyos habían sufrido bajo la ocupación norteamericana y bajo los corruptos gobiernos que Estados Unidos instaló en Bagdad.

Hay además un capítulo que no está incluido en estas cifras: el de los soldados norteamericanos muertos después de la guerra, pero a consecuencia de la guerra. Joseph Hickman ha denunciado el horror de los «pozos ardientes» situados junto a las bases, en que se quemaban, sin el control adecuado, la basura y los desperdicios, incluyendo productos contaminantes.[6] La proximidad a los pozos fue responsable de que muchos soldados norteamericanos contrajeran graves enfermedades, que en muchos casos no se manifestaron plenamente hasta su regreso. Una combinación de causas, entre las que hay que incluir el abandono en que los dejó después el gobierno norteamericano, explican el elevado número de soldados veteranos de Irak y Afganistán que han acabado suicidándose (según una información de marzo de 2015, se registraban entonces 22 suicidios diarios).

Una gestión fracasada

La supuesta victoria en la guerra de Irak, bien recibida por el público, puesto que la había realizado un ejército profesional, aumentó la popularidad de Bush y le ayudó a conseguir la reelección en 2004. Los primeros reparos se produjeron cuando se descubrió que no había armas de destrucción masiva en Irak, que era lo que se había alegado para justificar la guerra, y cuando empezaron a salir a la luz los abusos practicados durante la ocupación, o las evidencias de la práctica de la tortura por la CIA. Refiriéndose precisamente al uso de la tortura, Elaine Scarry escribía en septiembre de 2008: «Tenemos en la actualidad dos dirigentes del gobierno, un presidente y un vicepresidente, que, de acuerdo con toda la evidencia disponible, han llevado a cabo graves crímenes».

El senador John McCain, que había sido prisionero de guerra en Vietnam, puso en marcha una campaña para declarar ilegal la tortura. Cheney trató de frenarla, o de conseguir que, por lo menos, se exceptuase de ella a la CIA; pero el apoyo que el Congreso dio a esta propuesta en diciembre de 2005 fue tan amplio que Bush no tuvo más remedio que declarar públicamente que aceptaba la ley. Lo que hizo fue agregarle un añadido en que se precisaba que sería el presidente quien la interpretase y quien diese instrucciones a sus subordinados acerca de su aplicación, de acuerdo con sus poderes como comandante supremo. O sea, que la prohibición tenía un alcance general, excepto en aquellos casos en que el presidente considerase que había razones de seguridad nacional que permitían vulnerarla.

De hecho este mismo razonamiento, inspirado por Cheney, se había aplicado a otras leyes y era utilizado para legitimar los métodos de espionaje de la NSA, basándose en el supuesto de que en un caso de guerra, como era aquél, las acciones del comandante en jefe no podían verse limitadas por las leyes. Lo mismo podía aplicarse a los tratados internacionales, lo que permitía prescindir de los convenios de Ginebra en el trato dado a los prisioneros y hacía posible establecer comisiones militares para juzgar a sospechosos de terrorismo, al margen del sistema regular de justicia y sin pedir permiso al Congreso para ello, siempre sobre la base de que la autoridad del comandante en jefe legitimaba estos actos.

Con el paso del tiempo resultó evidente que la guerra de Irak había sido un fracaso total. No sólo no se había realizado el proyecto de establecer en el país una democracia de estilo occidental —algunos pensaban incluso en catedrales reemplazando a las mezquitas—, sino que tampoco se consiguió establecer una especie de protectorado apoyado en bases militares norteamericanas (la de Balad se había proyectado como una ciudad en que podrían albergarse cuarenta mil personas), porque el parlamento iraquí se negó a aceptar su cesión y no aceptó tampoco conceder a soldados y contratados la inmunidad de las leyes iraquíes.

Bush había ganado la reelección en 2004 frente al candidato demócrata John Kerry, y obtuvo mayorías en las dos cámaras; pero su segundo mandato nació bajo el peso, cada vez más evidente, del fracaso en Irak, a lo que se sumaría la desastrosa gestión de las consecuencias del huracán *Katrina*, que a fines de agosto de 2005 inundó la ciudad de Nueva Orleans, causó graves daños en una amplia zona del sureste de Estados Unidos, y provocó el desplazamiento de setecientos mil fugitivos. Una situación a la que el gobierno, y sobre todo el presidente, reaccionaron tarde y mal: las fotos que mostraban a Bush contemplando los efectos del desastre desde la ventanilla del avión presidencial acabaron de consolidar su desprestigio.

Desde mediados de 2006 el índice de popularidad de Bush comenzó a caer considerablemente, lo que ayuda a explicar la derrota de los republicanos en las últimas elecciones de medio mandato de su presidencia. En su último año de gestión, en 2008, en pleno desarrollo de la Gran recesión, el hombre al que el apoyo popular tras los ataques terroristas de 2001 había llevado a la cima del aprecio, acababa su gestión optando a ser calificado como «el peor presidente» de la historia.

Cuando abandonó la Casa Blanca, en enero de 2009, quiso despedirse con una justificación: le habían engañado los informes de los servicios de inteligencia que le aseguraron que Saddam Hussein disponía de armas de destrucción masiva. «Me hubiera gustado —añadió— que los informes de inteligencia hubieran sido diferentes.» Era una mentira indigna, puesto que las armas las habían inventado él y los suyos, y no tenían nada que ver con los motivos que le llevaron a declarar la guerra.

AMÉRICA LATINA: EL GIRO A LA IZQUIERDA

Con el final de la guerra fría la política norteamericana respecto del sur definió un programa de integración económica entre «democracias librecambistas», con el NAFTA —el acuerdo de libre comercio entre Canadá, Estados Unidos y México— como modelo que había de generalizarse. Una vez la amenaza izquierdista vencida, si dejamos a un lado una Cuba aislada, y con los militares de vuelta en los cuarteles, los dirigentes de los países latinoamericanos adoptaron el llamado «consenso de Washington» —una expresión ideada en 1989 por John Williamson para sintetizar la doctrina del Fondo Monetario Internacional— con un entusiasmo triunfalista, convencidos de que les aguardaba un futuro de libertad y progreso, como pareció que sucedía en los años noventa. Pero las ilusiones duraron poco.

Los intentos de promover fórmulas políticas centristas fallaron, porque ni fueron capaces de eliminar la corrupción que minaba los gobiernos, ni lograron hacer frente a los costes del elevado endeudamiento en que habían incurrido.

México fue una de las víctimas de esta etapa de imprudente endeudamiento. En 1982 daba la señal de alarma al declararse incapaz de hacer frente a su deuda exterior, lo que, como se ha dicho, obligó a Estados Unidos a intervenir en su ayuda para evitar la quiebra del estado. «En pocos meses, escribe Paul Krugman, la crisis se propagó por la mayor parte de Latinoamérica y más allá, a medida que los bancos dejaron de prestar y empezaron a reclamar el reembolso». El precio por evitar la quiebra fue «una grave recesión, seguida por una recuperación lenta y a menudo insegura».

Esta crisis, agravada por la caída de los precios del petróleo, estuvo en el origen del giro a la derecha que un PRI en plena descomposición hizo con Carlos Salinas de Gortari en el poder (1988-1994). Se acabó con la ficción de una política agraria progresista, herencia de la revolución, y ello desencadenó el malestar campesino, manifestado en el surgimiento, a comienzos de 1994, del llamado «Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)», que inició una larga etapa de consolidación de la autonomía indígena, brutalmente combatida por el ejército.

Tras una gestión caracterizada por la corrupción y por crímenes políticos como el asesinato del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, Salinas legó a su sucesor, Ernesto Zedillo, un peso sobrevaluado y una deuda a corto plazo (los *Tesobonos*) a la que éste no pudo hacer frente, lo que desembocó en la crisis del «efecto tequila» (1994), que requirió una considerable ayuda norteamericana para evitar el desplome de las finanzas mexicanas y, con ellas, la de uno de los dos estados latinoamericanos cuya evolución importaba más a Washington.

El otro era Colombia, que recibió de Clinton una ayuda de diez mil millones de dólares en el Plan Colombia, con la intención de acabar con la guerrilla de izquierdas y combatir el narcotráfico. Su primer receptor fue Andrés Pastrana, pero fue sobre todo Álvaro Uribe (2002-2010) quien lo aprovechó para poner en marcha una «política de seguridad democrática» que era más bien de terrorismo de estado, dirigida contra los movimientos populares, y muy en especial contra el movimiento obrero, que se completaba con la tolerancia de los abusos de las fuerzas armadas como una de sus estrategias fundamentales. No fue hasta la llegada al poder, en 2010, de Juan Manuel Santos cuando se intentó resolver el problema de la guerrilla de las FARC con un acuerdo que fue rechazado, por muy poca diferencia, en un referéndum celebrado a comienzos de octubre de 2016.[7]

En Brasil, la estabilización ideada por Fernando Henrique Cardoso logró atraer una inversión extranjera de carácter especulativo, estimulada por los altos tipos de interés y por las facilidades que se daban para la salida posterior de los beneficios. Ello produjo una breve etapa de auge aparente, mientras el endeudamiento se duplicaba, debido al pago de intereses, a las repatriaciones y a los dividendos. Cuando la coyuntura internacional comenzó a cambiar, el tinglado se hundió rápidamente.

En Chile, tras el abandono del poder por Pinochet en 1990 y los tres gobiernos de la «transición», se instaló también un gobierno centrista, el de la «concertación», presidido por Michelle Bachelet (2006-2010), que unía a democratacristianos, radicales y socialistas, hasta que el desencanto por una etapa de cambios insuficientes —agravado por problemas pendientes de la dictadura, como el desastre de las pensiones privadas— condujo a la vuelta de la derecha al poder de 2010 a 2014, bajo la dirección de Sebastián Piñera.

En Argentina, el retorno del peronismo en la persona de Carlos Menem (1989-1999) inició una etapa en que los recursos obtenidos de la venta de activos estatales, como Aerolíneas Argentinas y, sobre todo, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, con fundadas sospechas de corrupción en los tratos, no pudieron impedir el desorden monetario. La sucesión de Menem condujo a un período de confusión política en que llegó a haber cinco presidentes distintos en doce días. El Producto interior bruto cayó en un 21,8 % entre 1998 y 2002, mientras un 57,5 % de la población urbana quedaba en una situación de pobreza.

Las dos últimas décadas del siglo XX fueron para América Latina un tiempo de estancamiento económico y de sujeción a las normas fijadas por el Fondo Monetario Internacional. Un tiempo en que el predominio de los intereses de Estados Unidos pareció que iba a culminar en la extensión del área de comercio libre del NAFTA al conjunto del continente con el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Pero la culminación de este nuevo proyecto de conquista se vio frenada por el giro a la izquierda de los países del sur en la primera década del siglo XXI, en lo que se ha llamado su «segunda independencia».

Un giro que protagonizó inicialmente Venezuela, en 1998, con la «revolución bolivariana» de Hugo Chávez, que consiguió resultados tan notables como reducir a la mitad las cifras de la miseria y aumentar el crecimiento del PIB de una tasa del 0,3 % en 1998 al 5,6 % en 2012. Chávez redistribuyó los beneficios del petróleo para mejorar los niveles de vida de la mayoría; pero no había en esto nada del pretendido «socialismo bolivariano», sino un sistema de beneficios sociales que dependía de los precios del petróleo y que no estuvo acompañado por un esfuerzo paralelo para transformar la economía venezolana; algo que pagaría duramente su sucesor.

A Venezuela le siguió Brasil con Luiz Inácio Lula da Silva (2003), al que se sumaron posteriormente Uruguay, con la elección en 2004 de un primer presidente de izquierdas (ratificada en 2009, cuando llegó a la presidencia un antiguo «tupamaro», José Mújica, que fue presidente entre 2010 y 2015), y Bolivia, con la elección como presidente, en diciembre de 2005, de un cocalero nacido en una pobre familia campesina aymara, Evo Morales, al frente de un

partido llamado Movimiento al Socialismo (MAS), que emprendió la nacionalización de los recursos naturales y dio protagonismo, por primera vez, a la voz y a los intereses de los indígenas (en 2014 Bolivia fue declarada por la UNESCO país libre de analfabetismo).

Los documentos publicados por WikiLeaks demuestran que Estados Unidos dio apoyo desde el principio a los proyectos subversivos de la oposición boliviana, mientras se preparaban para intervenir ante «un intento de golpe o ante la muerte del presidente Morales», que se preveían como una solución posible. Hubo, en efecto, un intento de asesinato y no faltó el apoyo estadounidense al movimiento de separación de las regiones del este, que acabó fracasando.

Con una cierta afinidad a este grupo podría considerarse la Argentina de los Kirchner. Cuando Néstor Kirchner llegó a la presidencia, en 2003, el país se encontraba en una situación económica y social desastrosa, que se vio aliviada por una política que permitió que el PIB creciera un 8 % anual entre 2003 y 2008, y que los salarios y el nivel de vida mejorasen. En diciembre de 2007 Néstor dejó la presidencia, que pasó a su esposa, Cristina Fernández de Kirchner (que fue reelegida en 2011, tras la muerte de su esposo).

El giro a la izquierda siguió en enero de 2007 con la elección del ecuatoriano Rafael Correa, que no aceptó firmar un tratado de libre comercio con Estados Unidos y se mostró dispuesto a no renovar el uso por la aviación norteamericana de la base de Manta. Las tensiones que llevaron en septiembre de 2010 al secuestro del presidente por la policía acabaron conduciendo a la expulsión del embajador norteamericano en abril de 2011.

Este «eje del mal» latinoamericano pareció ampliarse todavía en abril de 2008 con la elección en Paraguay del antiguo obispo Fernando Lugo. A lo que habría aún que añadir los resultados de las elecciones en Guatemala (2008) y El Salvador (2009)[8] para completar una imagen, demasiado simplista, de un continente que habría virado a la izquierda, sin atender a la fuerza real de los nuevos gobernantes, esto es, a su capacidad para efectuar un cambio político sustancial, en las condiciones en que recibían el poder, ni analizar los apoyos sociales que los sostenían.

El giro a la izquierda se apoyó en el crecimiento económico iniciado hacia el año 2000, como consecuencia de los beneficios que producían los altos precios

de las materias primas, incentivados por la demanda de una China en una fase de rápido despegue (el PIB latinoamericano creció entre 2000 y 2008 a un ritmo del 3,6 %).

Éste fue el motivo de que los efectos de la crisis se dejasen sentir aquí con un cierto retraso (en 2010 y 2011 hubo todavía tasas elevadas de crecimiento), mientras se mantenía el auge de sus exportaciones, pero la caída de los precios de las materias primas, a la que se sumó seguidamente el desplome de los del petróleo, tuvo efectos devastadores en estos países, como resulta evidente en el caso de Brasil, uno de los miembros del grupo de los BRICS, que todavía vio crecer su PIB en un 7 % en 2010, pero que se vio obligado poco después a frenar los grandes planes de construcción de infraestructuras.

El sucesor de Bush, Barack Obama, aprovecharía la recesión económica para emprender la reconquista y reintegrar América Latina al redil del imperio.

El auge económico de Asia

Al igual que sucedió en América Latina, una gran parte del mundo emergente se salvó por un tiempo de los efectos de la crisis de 2008 gracias al impacto que estaba teniendo en el comercio internacional el auge de la economía de China. Un auge complejo, que se apartaba en muchos sentidos de los modelos conocidos, en especial por cuanto se refiere a funcionar armonizando un control estatal-socialista con mecanismos de mercado.

No había precedentes de un crecimiento como éste, que hizo pasar el PIB per cápita de 800 dólares en 1990 a 8.430 en 2011 (acompañado de una disminución paralela de la tasa de pobreza) y que dio lugar a que se multiplicasen las previsiones de que la economía de China iba a superar a la de Estados Unidos en 2030, o incluso, como se decía en octubre de 2014, que lo había conseguido ya. Abundaban, sin embargo, en paralelo las anticipaciones de que este crecimiento, que se basaba ante todo en la exportación de productos industriales, no podía durar, acompañadas de repetidos anuncios del inicio de su decadencia.

La expansión de la economía china en los años de la Gran recesión, con sus compras de materias primas, mantuvo altos los precios de éstas y aseguró la prosperidad de los países que se las proporcionaban. China compraba petróleo a

las repúblicas de Asia central, minerales a Australia, hierro, cobre y soja a América Latina, y se había convertido en el más importante comprador de las exportaciones de África (su comercio con África pasó de diez mil millones de dólares en el año 2000 a doscientos mil millones en 2015). Su presencia en estos mercados no se limitaba además a los intercambios, sino que tomaba una parte activa en su desarrollo: construía ferrocarriles, fábricas, gasoductos...

China efectuó en estos años grandes inversiones en todo el mundo. Contaba con el 87 % de todas las inversiones extranjeras en Zimbabue, el 79 % en Afganistán, el 57 % en Ecuador, y se iba introduciendo en aquellos países de donde los inversores occidentales se retiraban, como Angola, Myanmar o Papúa Nueva Guinea, desplazando del mapa las inversiones británicas y las de otros países europeos. Todo lo cual vino acompañado, en especial a partir del ascenso al poder de Xi Jinping en noviembre de 2012, de la voluntad de asumir en la escena internacional el papel político que le correspondía como gran potencia.

El crecimiento ininterrumpido que se estaba produciendo desde que se iniciaron las reformas de Deng Xiaoping había creado una serie de problemas internos, incluyendo el de la extensión de la corrupción en el partido y en la administración. Xi Jinping anunció en noviembre de 2013 un programa de reformas en el terreno económico (medidas de liberalización, sobre todo; pero también un gran proyecto de futuro, del que se hablará más adelante), acompañado de otras de carácter político, como la abolición del sistema de «reeducación por el trabajo», y una serie de mejoras sustanciales en los procesos de toma de decisiones dentro del partido.

Que había problemas resultaba innegable. Una combinación de factores produjo una deceleración en el comercio exterior, lo cual se debía en parte a una menor competitividad como consecuencia del aumento de los salarios, pero también a una serie de otros factores, desde la pérdida de valor del renminbi en relación con el dólar, hasta desequilibrios internos que se manifestaron en la crisis de la bolsa en julio de 2015.

Pero que el impulso de crecimiento seguía lo demostró la persistencia de los grandes programas de expansión, con una ambiciosa perspectiva de futuro. Esta expansión, y no el reforzamiento militar, es lo que permite explicar la actitud de Estados Unidos, que cambió en estos años la orientación central de su política de Europa al Pacífico, y proclamó que «el futuro de la política se decidirá en Asia

oriental, no en Afganistán ni en Irak, y que Estados Unidos estará en el centro mismo de la acción».

Su principal propósito era el de obstaculizar, con la colaboración de sus aliados de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), el tránsito por el mar del Sur de China y por el estrecho de Malaca, por donde cada año pasa «cerca de un tercio del tráfico mundial de petróleo y cerca de la mitad del de gas natural licuado», sin olvidar que en su subsuelo se calcula que hay enormes reservas de petróleo y de gas natural.

Pero la expansión de China no se limitaba a asegurarse esta ruta marítima, que podría defender con una marina de guerra en rápido crecimiento, sino que buscaba salidas marítimas fuera de este ámbito, interviniendo en proyectos como el del puerto de Kyaukpyu, en Myanmar, o en un plan de grandes inversiones en Pakistán, cuyo objetivo final era establecer un corredor de ferrocarriles y carreteras entre el puerto de Gwadar, en el mar de Arabia, y el territorio chino de Xinjiang. Pakistán, por su parte, necesitaba aprovechar estos estímulos para su crecimiento con el fin de compensar los efectos negativos para su futuro del auge económico de la India.

El otro gran protagonista del crecimiento asiático fue la India de Narendra Modi, cuyo progreso llevó primero a que se la comparase con China, y a que después, ante la quiebra de las economías emergentes y la ralentización de la de China, se valorase el hecho de que seguía creciendo y se le augurase un futuro brillante, pese a que se trate del país con más habitantes pobres del planeta (más de la mitad de su población) y a la desastrosa situación de sus servicios sociales (los servicios de transfusiones de sus hospitales infectaron a miles de pacientes con el sida) y de sus infraestructuras, en especial en lo que se refiere al agua.[9]

Modi rompió con la política del Partido del Congreso, que se había interesado por mejorar la situación del 70 % rural de su población, y se interesó ante todo por las clases medias urbanas y por el desarrollo industrial. Su programa se presentó al mundo como un modelo de futuro, contrastando su «vibrante liberalismo» con el estatismo de China. Buscó paralelamente una aproximación política a Estados Unidos, ofreciéndose como aliado en la lucha contra China, en la que participó estrechando lazos económicos y políticos con

Vietnam, cuyos puertos visitan regularmente los buques de guerra indios.

La contrapartida de este viraje político fue un auge de los peores rasgos del hinduismo —como el linchamiento de sospechosos de comer carne de vacuno— y el recorte de las libertades internas: «dosis calculadas de violencia contra las minorías —denuncia Vijay Prashad—. Las puertas de las prisiones chirrían abriéndose; amenazas e intimidaciones están a la orden del día». Este giro a la derecha, acompañado de una política económica neoliberal, dio lugar a que el 2 de septiembre de 2016 se produjera una huelga general de ciento cincuenta millones de trabajadores.

Desde la caída de Pervez Musharraf, Pakistán ha vivido en un difícil equilibrio de poderes entre los políticos, con Nawaz Sharif por tercera vez al frente del gobierno desde 2013, y los militares, dirigidos por el general Raheel Sharif (sin ninguna relación de parentesco con Nawaz), que cuentan con unos poderes reforzados por las atribuciones judiciales que han conseguido con motivo de la lucha contra el terrorismo de Jamaat-ul-Ahrar, una facción de los talibanes pakistaníes que se declaró responsable de un terrible atentado en un parque de Lahore en marzo de 2016, muchas de cuyas víctimas eran niños cristianos. En la misma medida en que se ha ido produciendo la aproximación de Modi a Estados Unidos, y con la amenaza creciente de una posible agresión de la India, que mantiene en Kashmir un brutal régimen de ocupación, Pakistán se ha ido aproximando a China y a sus proyectos de crecimiento a escala continental.

En contraste con el auge de China y de la India, Japón prosiguió en una fase de estancamiento, que se mantuvo entre 1991 y 2002 con un crecimiento que no superaba el 1 %. Lo cual parecía excepcional tratándose de un país con un alto nivel de vida y con una tasa de paro del 3,3 %, que no debía tener problemas a consecuencia de su elevado endeudamiento, que a fines de 2015 era del 390 % de su PIB, porque era básicamente una deuda interna y había pocos problemas para atenderla con los bajos tipos de interés existentes.

La de Japón fue la primera gran economía que inició una política de expansión cuantitativa (*quantitative easing*) para introducir dinero en la

economía con el fin de auxiliar a la recuperación de los bancos y de las empresas, con lo que logró una leve mejoría entre 2003 y 2008, en que el crecimiento aumentó hasta el 1,8 %, hasta que la crisis global de 2008, con la contracción del comercio internacional, sumergió de nuevo el país en una recesión, que se agravó en marzo de 2011, cuando el terremoto y el tsunami que devastaron la costa noreste, seguidos por el desastre nuclear de la central de Fukushima, dieron lugar a una catástrofe humana y económica sin precedentes.

Al hacerse cargo del poder por segunda vez en diciembre de 2012, el primer ministro Shinzō Abe trató de hacer frente a esta combinación de estancamiento y deflación, con un programa, la llamada «Abenomics», que no se planteaba necesidades vitales como un reforma fiscal y el aumento de los salarios de los trabajadores, sino que reformulaba las soluciones tradicionales, combinando una política monetaria agresiva con ayudas a las grandes empresas exportadoras y un aumento considerable del gasto del gobierno. Los escasos resultados conseguidos —devaluar el yen y elevar las cotizaciones de la bolsa— no han afectado a su estabilidad política, como lo demuestra que, pese a la dimisión en enero de 2016 del ministro de Economía Akira Amari, acusado de corrupción, la coalición que dirige Abe, con sus proyectos para un nuevo y gigantesco plan de expansión del gasto, volviera a ganar las elecciones en julio de 2016. No debe olvidarse, por otra parte, que a pesar de sus veinticinco años de estancamiento, la de Japón sigue siendo, por su tamaño, la tercera economía del mundo.

En el escenario del sudeste asiático se han producido en los últimos años cambios políticos importantes como el fin de la dictadura militar en Myanmar, aunque prosiguen las guerras étnicas que han dividido el país desde su independencia, o en un sentido contrario, el reforzamiento del poder militar en Tailandia, en un movimiento preventivo ante la precaria salud del monarca fallecido en octubre de 2016. El rasgo más común en la evolución de estos países ha sido el aumento imparable de la corrupción, como en Camboya, gobernada desde hace más de treinta años por Hun Sen, un antiguo jemer rojo dedicado ahora, con el auxilio de su familia, a adueñarse de la economía entera del país. O como en Malasia, cuyo primer ministro, Najib Razak, un aristócrata de educación británica y «uno de los más importantes aliados de Estados Unidos

en el sudeste asiático», ha sido acusado de haber desviado más de setecientos millones de dólares de fondos del estado a su cuenta personal, pese a lo cual espera seguir al frente del país y ganar las próximas elecciones en 2018. Sin olvidar el caso de Indonesia, donde se asegura que la policía, los tribunales y el parlamento están corroídos por la corrupción «de arriba abajo».

No parece que tenga sentido limitarse en este escenario a relatar los cambios políticos en términos de avance o retroceso de la democracia, ante problemas reales como el de la persecución de los rohinyás en Myanmar, la matanza de «traficantes de droga» emprendida en Filipinas por su nuevo presidente, Rodrigo Duterte, o mucho más grave aún, como el del tráfico de seres humanos en gran escala que revela el descubrimiento en diversos puntos del continente de grandes cementerios clandestinos de sus víctimas.

PALESTINA: EL CONFLICTO OLVIDADO

Una de las consecuencias de la estrecha alianza del gobierno de Bush con Israel fue la marginación del problema de Palestina, sometida a un nuevo período de violencia: de septiembre de 2000 a julio de 2006 un total de 4.142 palestinos recibieron la muerte a manos del ejército israelí, y 41 más fueron asesinados por civiles. La excusa del terrorismo le permitió a Ariel Sharón, que contaba con el entusiasta apoyo de G. W. Bush, iniciar en marzo de 2002 una nueva ocupación de la orilla occidental y emprender la construcción de un muro de separación que se edificó expropiando tierras y destruyendo casas de los palestinos.

Esta operación se complementó con la retirada israelí de la zona de Gaza, realizada en el verano de 2005, que implicaba sacar a 8.000 colonos judíos de aquella franja, a cambio de incorporar al estado de Israel a 246.000 colonos establecidos en la orilla occidental, 200.000 en Jerusalén este y 20.000 en los altos de Golán. El territorio de Gaza, en las condiciones fijadas por Sharón, con el mar Mediterráneo vetado a los residentes, queda aislado como una gran cárcel a cuyos habitantes se les niega la libertad de movimientos y se les deja con frecuencia cercados, sin alimentos ni medicamentos, con el fin de generar una situación insostenible, que, cuando desemboca en las lógicas protestas de los confinados, permite mostrarlos al mundo como una gente ingobernable, indigna

de la independencia.

Tras el fallecimiento de Arafat en noviembre de 2004, posiblemente envenenado por los israelíes, las elecciones palestinas de enero de 2006 dieron un inesperado triunfo a Hamás, el ala radical del movimiento palestino, que derrotó a Mahmud Abás, el sucesor de Arafat al frente de Fatah; pero las potencias «occidentales», que decían perseguir el establecimiento de la democracia, decidieron boicotear al nuevo gobierno y, siguiendo servilmente el dictado de Estados Unidos, optaron por apoyar la continuidad como jefe de la Autoridad Nacional Palestina de Mahmud Abás, pese a haber sido derrotado en las urnas.

La realidad de la situación la ponían en evidencia los ataques israelíes al territorio de la franja de Gaza, que se iban reproduciendo en función de las conveniencias de los políticos israelíes: en 2008, en 2012 y finalmente en 2014, en la llamada «guerra de los 51 días», que causó más de dos mil muertes entre los residentes en la franja, y dio lugar a una implacable destrucción. La respuesta de los palestinos sería, a partir de octubre de 2015, lo que se ha calificado como la tercera intifada, protagonizada por civiles palestinos que atacan a los judíos cuchillo en mano. La reacción israelí consistió en «asesinatos, arrestos y tortura», extendidos a extremos como el encarcelamiento de niños palestinos que, según un testimonio de Human Rights Watch, «son tratados de forma que aterrorizaría y traumatizaría a un adulto».

Estas oleadas regulares de violencia forman parte de la lógica política de Israel y cumplen entre otras funciones la muy esencial de distraer la atención de la peor de las amenazas que sufren los palestinos: la invasión gradual de los colonos piratas que se instalan en sus tierras y obtienen después su legalización por parte del gobierno israelí. Colonos que tienen claro que «Dios nos ha devuelto aquí» y que contribuyen a hacer imposible cualquier solución que implique la creación de un estado palestino.

Todo lo cual se realizó con el apoyo y aprobación de Estados Unidos, como lo revelaba que la última intervención de Barack Obama en esta cuestión, a fines de 2016, fuera la firma de un acuerdo que garantizaba a Israel treinta y ocho mil millones de ayuda militar en los diez años siguientes.

La Gran recesión

La herencia que el nuevo siglo recibía de veinticinco años de desregulación, especulación y endeudamiento fue la crisis económica que comenzó en 2007-2008 como un fenómeno local de Estados Unidos, pero que, en correspondencia con las conexiones que implican las realidades políticas del imperio y las económicas de la globalización, acabó afectando al mundo entero, dejando sin trabajo, sin vivienda y sin recursos a millones de seres humanos.

Comencemos precisamente por el fenómeno local norteamericano. Sus antecedentes inmediatos hay que buscarlos en el cambio de modelo económico que se inició en Estados Unidos en la década de 1970, cuando se rompió la relación entre inversión productiva y beneficio, por un lado, y la que asociaba mejora de la productividad y aumento de los salarios, por otro. Mientras la productividad seguía creciendo, se decidió, en nombre de la necesidad de controlar la inflación, limitar el alza de los salarios, combatiendo a los sindicatos y desmantelando las protecciones sociales de los trabajadores. El resultado fue que de 1979 a 2012 los salarios subieron una media del 5 %, mientras la productividad lo había hecho en un 74,5 %.[10]

Para Richard D. Wolff, la progresiva reducción de los salarios impulsó la demanda de créditos para el consumo por parte de los trabajadores, lo cual sostuvo la actividad económica durante más de veinte años, hasta el momento en que los ingresos de quienes se habían endeudado no les permitieron seguir haciendo frente a sus obligaciones y arrastraron en su quiebra a las empresas financieras que habían especulado con estos créditos.

En efecto, la persistencia de unos tipos de interés bajos había animado a las entidades financieras a aumentar la concesión de créditos a unas economías familiares que, convencidas de vivir en un mundo estable, se lanzaron a gastar y a endeudarse, adquiriendo viviendas que estaban por encima de sus posibilidades reales, con unas cargas hipotecarias que era dudoso que pudiesen atender a la larga, como lo revelaba el hecho de que en 2005 la deuda de los hogares ascendiese a un 125 % de sus ingresos.

Lo que seguiría se puede ilustrar con la conocida historia de la crisis de las hipotecas basura, que partió de la creación de una masa de hipotecas de muy baja fiabilidad, que la banca vendía empaquetadas con otros valores de menos

riesgo en CDO (Obligaciones de deuda colateralizada), en unos tiempos de especulación en que se multiplicaban las operaciones de derivados, los *Credit default swaps* o CDS, créditos de cobertura mutua creados por bancos que pagaban a otros para que asumieran los riesgos que habían contraído concediendo préstamos con escasas garantías, o los SIV (*Vehículos de inversión estructurados*) que tomaban dinero prestado a bajos tipos de interés para adquirir activos a más largo plazo que ofrecían mayor remuneración.

Ben Bernanke sostenía que el problema residió sobre todo en que «el sistema financiero norteamericano había llegado a ser demasiado complejo y opaco», con mecanismos de regulación obsoletos e ineficaces, y que una excesiva dependencia de la deuda —sobre todo de la deuda a corto plazo— lo hacía inestable.

El 6 de agosto de 2007 American Home Mortgage, una gran empresa privada dedicada al crédito hipotecario, se declaró en bancarrota, como consecuencia de la caída de los precios en el mercado inmobiliario. Era el primer anuncio de lo que podía suceder en un contexto en que la relación entre los activos y las deudas de los cinco grandes bancos de inversión norteamericanos (Goldman Sachs, Morgan Stanley, Merrill Lynch, Lehman Brothers y Bear Stearns, por orden de importancia), era de 1 a 30, lo que podía hacer difícil su supervivencia.

En el transcurso de 2008 la sucesión de crisis de empresas financieras obligó al gobierno norteamericano a intervenir, contradiciendo la teoría del liberalismo conservador. La operación de rescate —protagonizada por Ben Bernanke, presidente de la Fed, por el secretario del Tesoro Henry Paulson y por Timothy Geithner, de la New York Fed— comenzó con Bear Stearns, en marzo de 2008, y con las dos grandes empresas hipotecarias respaldadas por el gobierno, Fannie Mae y Freddy Mac, a lo que seguiría más adelante el rescate de AIG, la mayor compañía aseguradora del mundo, cuyas operaciones se extendían por 130 países.

No evitaron, en cambio, que el 15 de septiembre se produjera la bancarrota de Lehman Brothers, el cuarto de los cinco grandes bancos de inversión, que se había endeudado irresponsablemente en el mercado de las hipotecas basura y era muy vulnerable. Se hizo todo lo posible por salvarlo, asegura Bernanke, «pero para entonces habíamos acabado las balas». Nadie quiso hacerse cargo de la operación de rescate con las ayudas que se ofrecían, afirma, porque se estimaba

que la empresa era insolvente.[11]

La quiebra de Lehman Brothers desencadenó el caos en la bolsa y vino a confirmar que los grandes bancos eran «demasiado grandes para caer», debido a sus conexiones con el conjunto de la economía, lo que obligaba a los poderes públicos a acudir a su rescate, si se quería evitar que se repitiera lo que había sucedido en la Gran depresión de los años treinta, que comenzó con el colapso de los bancos.

De modo que hubo que pasar a un plan general de rescate que requería la aprobación del Congreso. «Estaba cansado de apagar fuegos uno tras otro —escribe Bernanke—. Necesitábamos una solución más amplia de la crisis y esto significaba pedir al Congreso dólares de los contribuyentes.» Se trataba de poner en marcha un plan general de rescate que se evaluaba en setecientos mil millones de dólares, pero que los especialistas calculaban que podía llegar a un billón, destinado inicialmente a adquirir activos devaluados («tóxicos») de las instituciones con problemas de liquidez, en lo que se denominó TARP (Troubled Asset Relief Program).

El 29 de septiembre el rumor de que el Congreso no aprobaría el plan llevó a que el índice de bolsa Dow Jones cayese 778 puntos, la mayor caída en un solo día de la historia («1,2 billones de valor desaparecieron de la bolsa en un solo día»). Pero el 1 de octubre lo aprobaron la cámara de representantes y el senado, y comenzó la operación por la que se repartieron miles de millones de dólares a Citigroup, Morgan Stanley, Goldman Sachs y a otros, escogidos para sobrevivir por ser «demasiado grandes para caer», mientras se abandonaba a su suerte a los más de ocho mil pequeños bancos provinciales y locales, de los que se preveía que por lo menos un millar tendrían que cerrar en los próximos años.

El programa escandalizó a muchos por el descaro con que se ayudaba a las empresas. Un grupo de más de doscientos economistas universitarios criticaron que se diese ese subsidio a los inversores a costa de los contribuyentes y Stiglitz lo calificó como «el gran atraco norteamericano», producto «del soborno y la corrupción». Bernanke lo defiende como necesario para evitar el desplome; pero no deja de reconocer que algunos ejecutivos de Wall Street debieron haber ido a la cárcel, «porque todo lo que falló o que era ilegal lo había hecho algún individuo, no una entidad abstracta».

No se debe olvidar, por otra parte, que los mismos políticos que aprobaron el

rescate de los bancos se negaron a votar un plan para extender los beneficios del subsidio de paro a ochocientos mil norteamericanos sin trabajo. Era un hecho que reflejaba la gran diferencia entre esta sociedad insolidaria y la Norteamérica del New Deal, donde Roosevelt se había preocupado más por las víctimas de la Gran depresión que por los bancos.

La posibilidad de una reforma que regulase los mercados financieros hubo de desestimarse ante la feroz resistencia de los grandes bancos. Los directivos interrogados por la Financial Crisis Inquiry Commission sostenían que la crisis había sido un acontecimiento imprevisible, como un huracán o un terremoto, y que no tenía sentido pretender evitarlo con regulaciones. Deseaban seguir como hasta entonces y, para conseguirlo, invertían grandes sumas para influir en los políticos y en la opinión pública.

La crisis tuvo, como era lógico esperar, repercusiones en otras latitudes, en especial en Europa, en países que habían usado alegremente el crédito bancario para alimentar burbujas inmobiliarias, como ocurrió en Gran Bretaña, Irlanda o España, lo cual iba a originar las mismas consecuencias de crisis, a la vez que forzaba a los gobiernos a sanear con dinero público las entidades financieras que se habían implicado en la especulación concediendo créditos demasiado arriesgados.

En Gran Bretaña, donde el primer ministro laborista, Gordon Brown, pensó incluso en sacar las tropas a la calle por miedo a una respuesta popular anárquica, el gobierno se vio obligado a emplear grandes sumas para sanear la banca, con la compra de acciones preferentes de entidades como Lloyds Banking Group, Royal Bank of Scotland y, sobre todo, de Northern Rock. En España hubo que acudir a la reestructuración de la banca, y en especial de las cajas de ahorro, que habían concedido un gran volumen de crédito a los constructores. En Islandia el sistema bancario se hundió estrepitosamente, incapaz de atender a los compromisos que había asumido con los británicos y holandeses que le confiaron sus ahorros, atraídos por los altos intereses que se les ofrecían.

España fue uno de los países donde la burbuja inmobiliaria alcanzó niveles más insensatos, con la tolerancia complaciente de sus gobiernos. En la medida en que la construcción se había convertido en el motor fundamental del

crecimiento, atrayendo a un número considerable de trabajadores inmigrantes, su brusca detención, cuando créditos e hipotecas se congelaron, causó una rápida escalada del paro y dejó a un gran número de familias sin recursos para seguir pagando las hipotecas con que se habían endeudado, lo que no sólo significaba que perdían sus viviendas, sino que seguían condenadas a pagar los créditos pendientes, ya que los bancos no admitían la «dación en pago», esto es, que la deuda se cancelase con la devolución de la vivienda.

Para los países de la zona del euro la situación se agravó considerablemente a partir de 2010, cuando los gobiernos se vieron obligados a destinar los recursos a atender la crisis de su sistema financiero, a expensas de los servicios sociales. El proceso se inició con la crisis de Grecia, escogida como modelo para dar ejemplo, que fue obligada a duros reajustes a cambio de los préstamos que habían de salvar de la bancarrota su crédito público (esto es, la solvencia de unos títulos de la deuda que estaban en su mayor parte en poder de la misma banca internacional que exigía los reajustes);[12] siguió con la de Irlanda (lo que puso de relieve la mentira del supuesto «milagro celta», elogiado como un modelo por los teóricos del neoliberalismo, cuyas altas tasas de crecimiento se basaban en minimizar los impuestos a las empresas), y se extendió en 2011 a Portugal, para amenazar seguidamente a España e Italia. El gobierno español, por ejemplo, se vio obligado a invertir 61.495 millones de euros en ayudas a la banca, de los que en septiembre de 2016 había recuperado tan sólo 3.990 y daba por irrecuperables un total de 26.300 millones, lo que explica tanto el aumento del déficit como la falta de recursos para el gasto social.[13]

El paso siguiente en la profundización de la crisis se debió a los propios gobiernos europeos que, cediendo a las presiones de las instituciones que asumían la dirección de la economía (la llamada «troika», integrada por el Banco Central Europeo, el gobierno de la Unión en Bruselas y el Fondo Monetario Internacional), aceptaron las imposiciones de la canciller alemana Angela Merkel, que exigía «poner las economías del continente en la camisa de fuerza de una continuada austeridad fiscal», olvidando que la prosperidad de Alemania nacía en el origen de la condonación de sus deudas al término de la Segunda guerra mundial y que el endeudamiento actual de algunos países lo habían agravado los bancos alemanes cuando fueron a buscar beneficios rápidos en los países del sur de Europa, elevaron los precios de los activos con sus inversiones,

y abandonaron después el terreno en busca de nuevos horizontes de negocio.

De poco serviría, sin embargo, ahondar en el relato de la crisis de 2008 y de sus inmediatas consecuencias, como si se tratase de una más de las crisis cíclicas del sistema, que se puede explicar a partir de la propia economía. Para Peter Radford sus orígenes proceden de «años de negligencia, de desregulación, de mala teoría económica, de aumento en la desigualdad de los ingresos, de estancamiento de los salarios, de ineptitud política, de pésima gestión de los negocios, de sobreendeudamiento, de deriva de la posguerra fría. ¿He olvidado algo? ¡Oh, sí! De múltiples guerras que decidimos pagar, no con dinero, sino con deuda».

La literatura sobre las causas de la crisis es inmensa. En el prólogo a *The end of normal* James K. Galbraith hace un catálogo de los diversos relatos que han propuesto «una causa» para explicarla, y observa que esta diversidad de interpretaciones no ha servido para producir un relato que las integre satisfactoriamente. En contrapartida nos ofrece una visión global que arranca de los años dorados de la posguerra, sitúa en los años setenta el fin del crecimiento sostenido, nos muestra cómo en las décadas de los ochenta y noventa hubo un crecimiento desequilibrado, con un considerable aumento de la desigualdad, que acabaría a partir de 2000, a pesar de los esfuerzos por estimularlo con recortes de impuestos, gastos de guerra y desregulación financiera. Lo cual ayuda a entender la incapacidad para volver a un crecimiento sostenido una vez superada la crisis.

Volveré a algunos de estos análisis cuando se trate de interpretar la situación del mundo «después» de la crisis, pero lo que interesa al propósito que ha inspirado este libro no es tratar de explicar la crisis —algo que, por otra parte, está por encima de mi competencia— sino mostrar cómo se inscribe ésta en el proceso global que ha conducido a consolidar un orden social injusto, a través del aumento de la desigualdad. Y esto es lo que voy a intentar en los capítulos finales.

15

UN TIEMPO DE GUERRA Y DE INCERTIDUMBRE (2009-2017)

Los primeros años del siglo XXI han sido de guerra permanente y de incertidumbre. Con dudas sobre la continuidad del crecimiento económico, o sea, sobre nuestra capacidad para seguir proporcionando alimento, educación, sanidad y bienestar a la gran mayoría de los seres humanos, en una situación seriamente agravada por una desigualdad creciente, que desmiente visiones tranquilizadoras como la de que «el bienestar material medio es hoy tres veces mayor de lo que era en 1950» (¿para quién?).

Dudas del imperio acerca de su capacidad para seguir ejerciendo su hegemonía, como lo reconocía en 2016 el general Martin Dempsey al decir que «éste es el período más peligroso que he visto en mi vida». En sus cuarenta y un años de servicio, añadía, siempre estuvo claro cuál era la amenaza que había que combatir: «primero era todo sobre la Unión Soviética, después [en la era de Clinton] sobre el mantenimiento de la paz, después fue el terrorismo. Ahora nos enfrentamos a montones de cosas al mismo tiempo: hay múltiples desafíos a los que atender con unos recursos limitados».

Porque parece claro que todos los recursos disponibles pueden acabar siendo insuficientes para mantener una contienda que George W. Bush inició en 2001 contra los países del «eje del mal», pero que con Obama se transformó, por una parte, en una renovación de la guerra fría y, por otra, en una guerra universal contra el islam que se extiende de año en año a nuevos escenarios y que no tiene un final previsible, porque, entre otras cosas, ni siquiera hay un enemigo identificable a quien derrotar.

LA PRESIDENCIA DE BARACK OBAMA

La política norteamericana pareció que podía experimentar un giro con la subida al poder, en enero de 2009, del primer presidente afroamericano, el demócrata Barack Obama, que recibía un país sacudido por la crisis económica y por el fracaso del proyecto imperial de su predecesor. Prometió retirar las tropas de Irak en dieciséis meses, devolver la política norteamericana al terreno de la moral (con compromisos concretos como el cierre de la cárcel de Guantánamo en el plazo de un año), revisar las relaciones con Rusia y con China con el fin de evitar una nueva guerra fría, y buscar un nuevo acomodo con «los musulmanes del mundo entero». En abril de 2009 prometió en Praga tomar medidas para lograr un mundo sin armas nucleares. Todas estas promesas le valieron para que pocos meses después se le concediera el Premio Nobel de la Paz «por sus extraordinarios esfuerzos para reforzar la diplomacia internacional y la cooperación entre los pueblos».

Lo que convierte a Obama en un caso único entre los presidentes norteamericanos es que no sólo no cumplió lo que había prometido, sino que acabó realizando precisamente lo contrario. Y si bien hay que admitir que encontró inicialmente resistencias para desarrollar sus proyectos, como las que se opusieron a su plan de estímulo de febrero de 2009 (*American Recovery and Reinvestment Act*), el entusiasmo con que se entregó poco más tarde a la tarea de mantener las guerras pendientes y de iniciar otras, a la vez que a multiplicar el arsenal atómico, obligan a considerar su gestión como una gran mentira.

Entre sus problemas iniciales figuraba el de gobernar un país que mantenía activada la «guerra contra el terror» de Bush y Cheney, quienes habían establecido unas reglas que iba a ser difícil de eliminar, si no quería verse acusado de debilitar la defensa contra el terrorismo. El atentado frustrado que se produjo el 25 de diciembre de 2009 en un avión de pasajeros que volaba de Ámsterdam a Detroit vino a renovar todas las alarmas, y la forma en que abordó el asunto dio lugar a que Sarah Palin afirmase: «Para ganar esta guerra necesitamos un comandante en jefe, no un profesor de derecho».

Enfrentado a esta realidad, Obama comenzó a hacer concesiones. La *Patriot Act* fue parcialmente prorrogada en mayo de 2011 por cuatro años, y en 2015, al expirar, se renovaron algunas de sus provisiones hasta 2019. Se mantuvo, con pocas modificaciones, la detención indefinida de sospechosos, se conservaron

las comisiones militares y hubo que renunciar a castigar las torturas de la CIA (el presidente acabó admitiendo que «torturamos a algunos tipos» y que había que «aceptar como país la responsabilidad por ello»), a la vez que fracasaba en su promesa de cerrar Guantánamo.

Por otra parte, la aprobación en enero de 2010 por el Tribunal supremo de la ley *Citizens United*, que liberalizaba el «gasto político» de las empresas, permitió que éstas financiaran las campañas hostiles que convirtieron las elecciones de mitad del mandato de noviembre de 2010 en un descalabro para los demócratas, acosados por campañas de descrédito que se alimentaban de «cientos de millones de dólares secretos», destinados a defender la continuidad de los privilegios fiscales alcanzados con Bush. Esta derrota le obligó a negociar con los republicanos la renovación de los recortes de impuestos en una ley que confirmaba las exenciones para los más ricos.

No hubo ninguna novedad en su política económica, que se limitó a continuar la del pasado, traicionando la confianza que habían puesto en él los sindicalistas de AFL-CIO, que tuvieron un papel importante en su elección. Renovó a Ben Bernanke al frente de la Fed en agosto de 2009, y a fines de 2010 nombró nuevos miembros de su equipo económico que eran netamente favorables al mundo de los negocios. La consecuencia fue que durante su mandato aumentaron las desigualdades y los niveles de pobreza.

Una visión muy distinta a la que el propio Obama pretendió dar de su gestión en su último «Informe económico del presidente», de febrero de 2016, donde afirmaba que «cuando asumí el cargo, nuestra nación se encontraba en medio de la peor recesión desde la Gran depresión», y lo contrastaba con el hecho de que «siete años más tarde, gracias al coraje y a la determinación del pueblo americano, Estados Unidos de América se ha reconstruido y reformado, y ha emergido como la más fuerte y perdurable economía del mundo».

En el terreno de las relaciones económicas internacionales trató de suplir la desacreditada gestión de la Organización Mundial del Comercio por un nuevo sistema de acuerdos multilaterales en amplias áreas geográficas, como el TPP (Trans-Pacific Partnership): un supuesto pacto de libre comercio entre doce países del Pacífico, del que Joseph Stiglitz opina que es «el peor en décadas» y que pone en peligro «las reglas sobre el medio ambiente, la seguridad y la salud» en provecho de los grupos de presión empresariales.[1]

En cuanto a la guerra, el hombre que, siendo senador, se había opuesto a la de Irak, denunciando que iba a servir para inflamar los peores impulsos del extremismo islámico, conservó como secretario de Defensa a Robert Gates, que lo había sido con Bush, y si bien pretendió en 2011 que había acabado «la misión de combate en Irak», decidió proseguir la guerra contra los talibanes y contra al-Qaeda en Afganistán, «la guerra que necesitamos ganar», que sigue en 2016 sin perspectivas de una victoria final. Después, y esto es más grave, se embarcó en nuevas guerras «personales» en Siria, Libia, Somalia,[2] etc., iniciadas sin consultar al Congreso, sobre la base de la imprecisa autorización que G. W. Bush había obtenido en 2001 (con un gasto anual de cerca de seiscientos mil millones de dólares, según el presupuesto para 2017, que muchos, comenzando por los militares, consideran insuficiente).[3]

En política exterior contribuyó a liquidar los movimientos de la «primavera árabe», que se iniciaron en 2011 y se extendieron por el norte de África y por Oriente próximo en un breve paréntesis de democratización.[4] La «primavera» acabó en todas partes aplastada por el islamismo radical, con la tolerancia de Estados Unidos, que condenaba verbalmente los excesos, pero proporcionaba armas a quienes los cometían, como lo muestran su colaboración con Arabia Saudí en la infame guerra del Yemen, o su conducta en el caso de Egipto, donde una breve etapa de liberalización permitió elegir como presidente en junio de 2012 a Muhammad Morsi, de la Hermandad musulmana, que fue derribado un año después por un militar, el general Abdel Fattah al-Sisi, que se hizo elegir presidente en 2014, y mantuvo desde entonces un régimen de terror, auxiliado por Obama con tolerancia y armamento, que llevó al país a un desastre económico.

El peor de sus errores en este campo fue, según confesó el propio presidente, su participación en la operación contra Gadafi en 2011, que se realizó por iniciativa de Francia y Gran Bretaña, quienes consiguieron convertirla en una operación de la OTAN, aprobada por las Naciones Unidas. Estados Unidos le dio apoyo, de acuerdo con la desafortunada recomendación de la secretaria de Estado, Hillary Clinton, y el resultado fue un desastre, ya que, en lugar de conseguir que se instalase en Libia un gobierno estable, dio pie a que se

produjera la desintegración del país, dominado por una multitud de milicias islamistas independientes, mientras las armas de sus arsenales se dispersaban para alimentar el terrorismo en el Próximo oriente y en África.

Dejando a un lado la propaganda con que se quiso justificar esta intervención —las historias de que Gaddafi daba Viagra a sus soldados para estimular las violaciones, en unos momentos en que Libia era el país de África con un mejor índice de desarrollo humano—, norteamericanos y británicos hicieron el juego a Nicolas Sarkozy (que en 2007 había recibido cincuenta millones de euros de Gadafi como ayuda para su campaña electoral), a quien sus servicios de inteligencia habían comunicado que el dirigente libio, a quien se le calculaban unas reservas de metales preciosos valoradas en más de siete mil millones de dólares, pensaba crear una moneda panafricana basada en el dinar libio para reemplazar al CFA, el franco colonial francés. Hillary lo sabía, puesto que su informador Sidney Blumenthal se lo había explicado en un *e-mail* el 2 de abril, pero no dudó en mezclar a Estados Unidos en la operación y completó su hazaña el 11 de octubre en la televisión celebrando entre risas el asesinato de Gadafi con un «We came, we saw, he died» («Fuimos, vimos y murió»).

La realización política más positiva de la carrera de Obama fue la reforma sanitaria, un objetivo que suscitaba la mayor oposición por parte de los sectores conservadores y del negocio médico (a la industria farmacéutica se la ganó comprometiéndose a no buscar el abaratamiento de los medicamentos). En marzo de 2010 se aprobó la *Affordable Care Act*, llamada habitualmente «Obamacare», que pareció poder convertirse en una poderosa herramienta de mejora social, pero que hoy está en una grave crisis.

El 20 de septiembre de 2016 Obama hacía ante las Naciones Unidas su discurso de despedida: un intento de limpiar su imagen que revelaba, según algunos, «al presidente que pudo haber sido, y que muchos esperaban que fuese», pero que no pasaba de señalar los males existentes, sin proponer ninguna solución practicable. La idea fundamental que defendía era la de la necesidad de preservar el sistema global existente contra «las visiones alternativas del mundo» que amenazan su continuidad: «fundamentalismo religioso, políticas de etnicidad, de tribu o de secta, un nacionalismo agresivo, un crudo populismo —a veces de extrema izquierda, pero con más frecuencia de extrema derecha— que busca restaurar lo que creen que fue una edad mejor y más simple, libre de

contaminación exterior».

A diferencia de Eisenhower, Obama no era ni siquiera consciente de que el suyo sería, no un legado de cenizas, sino de guerra perpetua y desigualdad creciente.

América Latina: la reconquista

En lo que Obama siguió fielmente la tradición de sus predecesores fue en la política hacia América Latina, con la práctica de acciones subterráneas encaminadas a recuperar un dominio que se había visto amenazado por el giro a la izquierda de estos países, para lo cual utilizó los métodos tradicionales que Chris Hedges describe como: «el uso de la propaganda; la manipulación de los medios; el soborno y la corrupción de políticos, generales, policías, dirigentes sindicales y periodistas; los golpes de estado parlamentarios; la estrangulación económica; el descrédito de líderes elegidos democráticamente; la criminalización de la izquierda y el uso de escuadras de la muerte para silenciar y eliminar a los que luchan en favor de los pobres. Un viejo y sucio juego».

La reconquista comenzó con el derrocamiento del presidente de Honduras, Manuel Zelaya, que negociaba con las comunidades campesinas una reforma que les garantizase la propiedad de las tierras que cultivaban. Zelaya fue derribado en junio de 2009 por un golpe militar que recibió todo el apoyo de la secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, y el nuevo presidente, Porfirio Lobo, se apresuró a declarar el país «open for business» y aprobó toda una serie de leyes destinadas a facilitar a las empresas internacionales la explotación de plantaciones, minas y recursos naturales, prescindiendo por completo de los derechos de los campesinos.

Esta conversión a las reglas del neoliberalismo se produjo en un marco de violencia extrema, con asesinatos de periodistas, dirigentes campesinos y sindicalistas, destitución de jueces, arrestos en masa, palizas y torturas. El 26 de enero de 2012 un artículo del *New York Times* afirmaba: «Es hora de reconocer el desastre de política exterior en que se ha convertido el apoyo norteamericano a la administración de Porfirio Lobo en Honduras. Desde el golpe de junio de 2009 que depuso a José Manuel Zelaya, el presidente elegido democráticamente,

el país ha descendido cada vez más hacia un abismo en materia de seguridad y derechos humanos. Este abismo es en buena medida obra del departamento de Estado».

En enero de 2014 Juan Orlando Hernández asumió la presidencia y recibió el inmediato reconocimiento del nuevo secretario de Estado norteamericano, John Kerry. Mientras tanto el expolio campesino seguía, agudizado por concesiones como la que iba a permitir a una compañía holandesa construir diecisiete presas en un río para producir la energía que necesitaban las empresas mineras. El asesinato el 3 de marzo de 2016 de Berta Cáceres, una dirigente del COPINH (Consejo de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras) que había recibido el Premio Goldman, el «Nobel verde», por su labor en la defensa del medio natural, ilustra la naturaleza del régimen tutelado por Estados Unidos.

El paso siguiente fue, en 2013, la caída del obispopresidente Fernando Lugo en Paraguay, que representó la vuelta al poder de los terratenientes. Pero las mayores victorias las obtuvo a partir de los últimos meses de 2015, con triunfos conseguidos por la vía electoral, gracias a las ayudas financieras norteamericanas y al apoyo de los medios de difusión controlados por las burguesías locales. El primero fue la derrota del kirchnerismo en Argentina, víctima final, como otros países emergentes, de la disminución de sus exportaciones (la tasa de crecimiento pasó del 8,8 % anual en tiempos de Néstor Kirchner al 0,2 % en el último mandato de su esposa). Las elecciones llevaron al poder a Mauricio Macri, quien se apresuró a romper lazos con la izquierda latinoamericana y a negociar las deudas pendientes con los fondos buitre,[5] en una operación que Joseph Stiglitz ha calificado como excelente para un pequeño grupo de especuladores, pero terrible «para el resto del mundo, en especial para los países que deban hacer frente a sus propias crisis de deuda en el futuro». Esto le valió a Macri el premio de una visita personal de Obama, como celebración de una vuelta al redil que le cuesta al pueblo argentino acomodarse a «un ajuste neoliberal para transferir ingresos de los trabajadores a los capitalistas», comenzando con una inflación que ha devaluado los salarios (disminuyeron un 12 % de 2015 a 2016); pero que tiene la compensación, según nos revela una crónica de *El País*, de que «Macri recibe apoyo entusiasta de las multinacionales».

A esta victoria le siguió otra, más importante si cabe, en Venezuela. El acoso

al régimen bolivariano de Chávez, que había comenzado ya en tiempos de Bush, cobró nueva fuerza en la campaña contra Nicolás Maduro, que llegó al poder tras la muerte de Chávez en marzo de 2013. Maduro quiso seguir la política de su predecesor y no supo adaptarse a las nuevas circunstancias de crisis, agravada por la caída de los precios del petróleo, que había de incidir duramente en una economía que importa el 70 % de los alimentos que consume. Su derrota en las elecciones parlamentarias de diciembre de 2015 llegaba en momentos en que la economía venezolana se encontraba en una situación que Maduro fue incapaz de afrontar y condujo a una situación de escasez de subsistencias y desórdenes civiles. Lo más escandaloso es que el gobierno norteamericano sigue persiguiendo al de una Venezuela totalmente arruinada como «una extraordinaria amenaza» a su seguridad nacional.

Dos meses más tarde, en febrero de 2016, se sumó a estos triunfos la derrota en Bolivia de Evo Morales, que perdió el referéndum que había de autorizarle a optar a un cuarto mandato presidencial en 2019. Los méritos de su gestión en los terrenos del desarrollo económico y de la eliminación de la pobreza son indiscutibles, pero Morales tuvo en contra los casos de corrupción que se dieron en las organizaciones del MAS, a lo que se sumaron los problemas de una producción minera que controlan mayoritariamente unas «cooperativas» cuyos dirigentes, que se comportan como empresarios —se niegan, por ejemplo, a aceptar que los trabajadores se organicen en sindicatos y pretenden negociar con el capital privado sin que les controle el gobierno—, protagonizaron unas protestas culminadas en el asesinato del viceministro Rodolfo Illanes en agosto de 2016. No parece, sin embargo, que estos problemas vayan a implicar cambios radicales en el futuro, ante la falta de alternativas convincentes a este gobierno indigenista de izquierdas.

El paso siguiente fue el vergonzoso golpe de estado judicial organizado en Brasil contra la presidenta Dilma Rousseff y contra Luiz Inácio Lula da Silva, que fue presidente de 2003 a 2011, en una gestión que contribuyó a combatir la pobreza y a transformar profundamente el país. Su principal impulsor fue la Federación de Industrias del Estado de São Paulo (FIESP), que había sido ya determinante en 1964 con su apoyo a la dictadura militar, pero el golpe contó también con el apoyo de los medios de información más importantes del país, y con la colaboración de Estados Unidos, cuyo secretario de Estado, John Kerry,

dio un apoyo explícito a los golpistas. El nuevo gobierno, integrado por políticos implicados en abusos y fraudes, comenzó con un giro político radical a la derecha, y abrió paso a todo tipo de negocios especulativos, en nombre del liberalismo. Los factores fundamentales del malestar popular que ha ayudado al éxito del golpe han sido la mala situación económica y el hecho de que el Partido de los Trabajadores no realizó las reformas sociales que planteaba en su programa, sino que se acomodó y se limitó a administrar la época de progreso en que Brasil se presentaba al mundo como un país emergente cargado de futuro.

Una muestra de la doblez de la política de Obama la tenemos en su visita a Cuba en marzo de 2016, que dio pie a un espectáculo tan degradante como el de ver cómo un periodista norteamericano preguntaba al presidente Raúl Castro por los presos políticos en la isla, mientras Obama le escuchaba sonriente, como si ignorase que en la isla de Cuba hay efectivamente presos políticos sometidos a condiciones infrahumanas, que son los que Estados Unidos retiene en su base de Guantánamo, donde en enero de 2016, pocas semanas antes de su visita, había 93 presos, sometidos habitualmente a tortura, unos treinta de los cuales estaban en «prisión indefinida», porque no había evidencia suficiente para procesarlos, ni siquiera ante tribunales militares, pero se les consideraba demasiado peligrosos para dejarlos en libertad.[6]

El israelí Shlomo Ben Ami señalaba con júbilo que lo que estaba sucediendo representaba el fin de la izquierda latinoamericana, con lo cual se iniciaba una «transición al pragmatismo político» y concluía: «Y son muy buenas noticias»; pero no aclaraba para quién eran buenas. Un informe de Oxfam de octubre de 2016 lo aclara: en 2015 fueron asesinados en América Latina 122 defensores de los derechos humanos; en 2016, 24 fueron asesinados en Brasil en los cuatro primeros meses del año; 19 en Colombia entre enero y marzo; 7 en Guatemala entre enero y junio; y por lo menos 6 en Honduras y dos en México entre enero y abril. Asesinatos ligados en todos los casos a la venta por estos gobiernos «pragmáticos» de tierras y aguas a empresas extranjeras, despojando a campesinos e indígenas, y asesinando a los que se resisten.

La guerra permanente

Contra lo que había prometido, Obama se dedicó a hacer la guerra, pero la hacía de un modo distinto al de los dos Bush, padre e hijo, sin desplazar grandes cantidades de soldados americanos («boots on the ground») a escenarios remotos. La nueva fórmula consistió en combinar la actuación rápida de cuerpos de operaciones especiales que actúan desde bases dispersas por todo el mundo, con el uso de tropas locales entrenadas por instructores norteamericanos y con el empleo de formas diversas de actividad clandestina, como los ataques aéreos efectuados mediante drones, sin abandonar la práctica habitual de los bombardeos de saturación («carpet bombing»).

Los drones fueron «el arma preferida del presidente, usados para perseguir y matar a quienes la administración consideró —en procesos secretos, sin acusación ni juicio— dignos de ejecución», de acuerdo con dos variantes: «individually targeted», cuando se dirigían contra un enemigo identificado, o «signature strikes», cuando se atacaba a individuos no identificados por parecer combatientes, lo que en Afganistán condujo a bombardear fiestas de boda que se confundieron con grupos de talibanes.

Esto plantea dos tipos de problemas. El primero, el de la legalidad de matar sin juicio previo a un presunto terrorista, una cuestión que cobró una fuerza especial en el caso de Anwar al-Awlaki, un ciudadano norteamericano asesinado por un dron en Yemen el 30 de septiembre de 2011.[7] El segundo deriva del hecho de que los márgenes de seguridad de los ataques no individualizados son muy vagos, y dan lugar a un gran número de víctimas civiles que no eran los objetivos buscados. Por ejemplo, en una operación en Yemen, a fines de 2009, el ataque a un grupo de al-Qaeda produjo la muerte de cuarenta y cuatro civiles —incluyendo 14 mujeres y 21 niños—, miembros de pobres familias beduinas que vivían cerca del campamento terrorista. Las reglas de la «Presidential Policy Guidance» sobre «la acción directa contra los terroristas», dadas a conocer al público en agosto de 2016, muestran que las decisiones de «capturar o matar» a sospechosos de terrorismo se toman en un círculo muy reducido de asesores de la Casa Blanca, sin ningún control.

Junto a la acción de los drones está la de los bombardeos: según una información del *Washington Post*, en un fin de semana de septiembre de 2016 la aviación norteamericana realizó 45 ataques contra objetivos del Estado islámico en Irak y Siria, y bombardeó además Libia, Yemen, Somalia y Afganistán. Lo

que no se nos dice es cuántas víctimas civiles, cuántas mujeres y cuántos niños murieron como consecuencia de estos bombardeos de fin de semana, y en qué medida aumentó la carga de resentimiento que impele a las víctimas a la venganza.

No menos problemática es la forma de actuar de los cuerpos de operaciones especiales, como los «Navy Seals», que tuvieron en Afganistán una amplia actividad de «muertes silenciosas y límites borrosos». Se creó en torno a éstos una literatura épica que oculta la realidad de sus actuaciones como «una máquina de caza del hombre con muy poco control», tal como lo muestran episodios como el asesinato de Osama bin Laden en Abbottabad o el bombardeo de un hospital de Médicos sin fronteras en Kunduz.

El empleo de tropas extranjeras preparadas por instructores norteamericanos ha resultado con frecuencia decepcionante. En Afganistán, un 40 % de las tropas afganas en la provincia de Helmand no existen más que en las nóminas, rellenadas con nombres falsos o de soldados muertos. En Irak el gobierno expulsó de las filas del ejército a cincuenta mil soldados fantasmas que cobraban sueldo sin prestar servicio. En Siria Estados Unidos gastó quinientos millones de dólares en formar un ejército de rebeldes de los que en septiembre de 2015, según testimonio del general Lloyd J. Austin III, tan sólo quedaban «cuatro o cinco en la lucha». La mayoría se habían retirado o se habían unido al Estado islámico, contra el que se suponía que iban a combatir. Uno de estos mandos rebeldes se pasó a la rama siria de al-Qaeda con camiones y municiones americanos.

La realidad es que ninguna de las dos guerras que estaban en curso cuando Obama llegó al poder se ha resuelto. Irak siguió sin un gobierno estable, con el poder dividido entre facciones sectarias que conservaban sus propias milicias, en una situación que tocó fondo en 2014, cuando murieron 17.049 civiles y el país se vio invadido por las fuerzas del Estado islámico. El gobierno chií de Haider al-Abadi, incapaz de movilizar un ejército suní, dependía de milicias chiíes incontrolables, lo que explicaba que la situación militar no mejorase hasta que en 2016 Estados Unidos volvió a involucrarse con armas, bombardeos y soldados, preparando la gran campaña de recuperación de Mosul, que Obama organizó como un triunfo para su despedida, al modo que Bush padre hizo en 1992 con la operación de desembarco en Mogadiscio.

En cuanto a Afganistán, el *New York Times* sintetizó así la situación en un editorial de septiembre de 2016, evaluando los resultados de unas campañas que costaron más de ochocientos mil millones de dólares: «El gobierno afgano sigue siendo débil y corrupto y está minado por rivalidades internas. Las cifras de bajas de las tropas afganas son insostenibles. La economía está desquiciada. Las fuerzas resurgentes de los talibanes están ganando terreno en las zonas rurales y llevan a cabo bárbaros atentados en el corazón de Kabul, la capital». Desde el punto de vista local fue Malalai Joya la que definió el conflicto como «una guerra contra el pueblo afgano».

La guerra se ha convertido en un elemento esencial y constitutivo del imperio, escribe Robert Neer: «La guerra define a Estados Unidos. Domésticamente, es la mayor prioridad del presupuesto: [607.000 millones en el año fiscal 2016]. Globalmente, tenemos más de 800 bases en unos 80 países, y gastamos más que los nueve países siguientes combinados».

Los cálculos del Watson Institute de la Universidad de Brown concluyen que de 2001 a 2016 las guerras costaron a Estados Unidos 4,79 billones, y que al haberse pagado fundamentalmente con deuda, habrá que añadir a esta cifra los intereses que se irán acumulando hasta llegar en 2053 a una suma adicional de 7,90 billones.

Lo malo es que la guerra es también un negocio que ha extendido su penetración en la política hasta confirmar los peores augurios de Eisenhower: 198 altos mandos militares retirados, generales y almirantes, ocupan cargos en las empresas de armamento y siguen interviniendo en la vida pública reclamando más inversión militar.

Por otra parte, Obama construyó más armamento nuclear que ningún presidente anterior y puso en marcha un programa de un billón de dólares para desarrollar en los próximos años nuevos tipos de armas más destructivas, lo que parece innecesario cuando las existentes bastan para acabar varias veces con la vida humana en el planeta.

La guerra de civilizaciones

La implicación de Estados Unidos en el Oriente próximo se ha transformado en una secuencia de guerras sin fin, que se han extendido por Libia, Yemen, Somalia..., siempre contra países islámicos. La respuesta del mundo islámico tomó el carácter de una movilización para hacer la guerra santa, la yihad, contra el occidente cristiano que les atacaba. Lo que al principio eran tan sólo actos aislados de resistencia tomó una nueva dimensión con Osama Bin laden y al-Qaeda, que fueron capaces de organizar atentados como el del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos.

Fue del interior de la propia al-Qaeda que nació lo que iba a denominarse ISIS (*Islamic State in Iraq and al-Sham* [Siria]), Estado islámico o Daesh (*al-Dawla al-Islamiya fi al-Iraq wa al-Sham*). Su primer dirigente fue Abu Musab al-Zarkawi, un pequeño delincuente jordano que cobró conciencia con la invasión de Irak. Tras su muerte como consecuencia de un ataque aéreo norteamericano, el 7 de junio de 2006, hubo un período de interinidad en que los dirigentes de ISIS mantuvieron tensas relaciones con al-Qaeda, hasta que en mayo de 2010 se eligió como jefe a Abu Bakr al-Baghdadi, un clérigo suní experto en recitación del Corán, que en junio de 2014, tras la toma de Mosul, se proclamó califa, adoptando el nombre de Ibrahim al-Quraishi al-Hashimi, reivindicándose con estos términos como descendiente de la tribu de Mahoma. Se enconaron entonces las discrepancias entre los partidarios de establecer un estado islámico y el grupo sirio dependiente de al-Qaeda, Jabhat al-Nusra, que seguía las instrucciones de Aymán al-Zawahirí, el sucesor de Osama Bin laden al frente de la organización, quien expulsó de al-Qaeda a los miembros de ISIS.

Fueron las victorias alcanzadas en Irak en 2014 y 2015, las que llevaron a la conquista de Mosul, Faluya y Ramadi, las que dieron una base territorial al Estado islámico, que ha gobernado efectivamente este territorio, proporcionando a sus habitantes un mínimo de servicios y un sistema judicial basado en una interpretación rigurosa de la sharia islámica. Aunque el yihadismo se alimentó en sus inicios de los recursos de Arabia Saudí y de los estados del Golfo, confusamente distribuidos entre los diversos grupos que actuaban en Siria, el Estado islámico se ha financiado sobre todo con los impuestos de sus súbditos, con la venta de petróleo y con los rescates de los secuestros.

ISIS, que ha extendido sus actuaciones a Pakistán, Afganistán, Libia,

Indonesia y Bangladesh, se convirtió en un foco de atracción de jóvenes, tanto musulmanes de origen como conversos, que acudieron a sumarse a esta revuelta antioccidental y anticapitalista, como alternativa a una sociedad que les margina y no les ofrece esperanza alguna para el futuro. Desde 2011 miles de jóvenes se integraron en sus filas, atraídos por la fascinación que ejerce una revolución, asociada a un estilo de vida igualitario.[8]

ISIS cumple además la función de crear un lazo de unión entre los diversos grupos del islamismo radical, desde Marruecos a Filipinas, así como con los terroristas que actúan en escenarios europeos y norteamericanos. La bandera negra de ISIS contribuye a crear un sentido global de participación en una guerra santa contra los ejércitos de «Roma» que, según las profecías apocalípticas del islam, debe finalizar en una batalla en los campos de Siria, precediendo a la llegada del Mahdi, al que acompañará Jesucristo para destruir el cristianismo y proclamar que sólo el islam es verdadero (más de la mitad de los musulmanes del mundo parecen creer que la llegada del Mahdi es inminente).

La situación más compleja es la que se da en Siria,[9] donde lo que comenzó como una manifestación de la primavera árabe se complicó por la intervención de Estados Unidos, Arabia Saudí y Turquía. Siria es un escenario marcado por su estratégica situación geográfica y por su alianza tradicional con Rusia y con Irán, lo que basta para explicar que la CIA se interesase desde 2006 por desestabilizar el régimen de Bashar al-Assad y que aprovechase las primeras protestas civiles que se iniciaron en 2011 en Damasco, en lo que inicialmente fueron manifestaciones pacíficas, fruto de un malestar agravado por el empobrecimiento causado por unos años de sequía que expulsaron hacia las ciudades a un gran número de campesinos.

Assad es uno más de los dirigentes árabes corruptos que apoyan su poder en una estructura democrática falseada; pero está lejos de la brutalidad del absolutismo saudí o de la dictadura egipcia de al-Sisi, protegidos por Estados Unidos. No había en realidad motivos serios de enfrentamiento religioso en Siria, donde los matrimonios mixtos no eran raros, ni se podía calificar a su régimen como chií, porque aunque el presidente es alauí, seguidor de una rama del chiísmo, el 80 % de los funcionarios de la administración y del ejército eran

suníes.

Fue la interferencia exterior, ayudada por la brutal respuesta que Assad dio de inmediato a la revuelta, la que transformó lo que había comenzado como un momento más de la «primavera árabe» en una confusa guerra civil de perfil religioso en que participaban diversos grupos de rebeldes, algunos financiados por Estados Unidos (unos por el Pentágono y otros por la CIA, que en ocasiones se han enfrentado entre sí), otros por Arabia Saudí, junto a la filial de al-Qaeda en Siria (Jabhat al-Nusra),[10] a los que se sumó después el Estado islámico.

A este panorama hay que agregar a los kurdos, que hacen su propia guerra de liberación con un programa revolucionario innovador, que aspira a construir una democracia sin estado en el territorio de Rojava, y Turquía, que hace su guerra particular contra los kurdos, y que durante mucho tiempo ha permitido que los hombres y las armas de los yihadistas cruzasen sus fronteras, en el marco de una colaboración con Jabhat al-Nusra, y ha negociado con el petróleo que ISIS vendía para financiarse.

Se calcula que el conflicto ha causado ya cientos de miles de muertos[11] y ha desplazado a más de doce millones de sirios (de una población que en 2011 se estimaba en 22,4 millones), cuatro millones y medio de los cuales se albergan en campos de refugiados en Líbano (1,2 millones), Jordania (1,4 millones) y Turquía (2 millones), mientras cientos de miles iniciaron en 2015 una desesperada huida hacia Europa, acompañados de muchos asiáticos y africanos (afganos, somalíes, iraquíes, etc.) que huían de la pobreza y del hambre.

La primera manifestación pública del gobierno de Estados Unidos sobre este conflicto se produjo el 31 de agosto de 2013, cuando Barack Obama anunció que iba a intervenir para castigar un supuesto ataque con armas químicas a civiles sirios que se atribuía al gobierno de al-Assad.[12] A instancias de Vladímir Putin, Assad destruyó su arsenal de armas químicas y la amenaza de Obama no se tradujo en una intervención directa. En un largo testimonio recogido en *The Atlantic* por Jeffrey Goldberg, que forma parte de sus intentos por limpiar su imagen, Obama explicó las dudas y sentimientos que le llevaron a optar por abstenerse de atacar, con argumentos como el de que estaba cansado de ver cómo la política norteamericana iba derivando hacia una guerra global contra los países islámicos.

Pero la realidad es que Estados Unidos ha intervenido continuamente en

Siria, armando y financiando a supuestos rebeldes moderados —como a la milicia Harakat Nur al-Din al-Zenki, financiada por la CIA, a cuyos miembros mostró un vídeo decapitando a un niño— que no son más que parte del conjunto de grupos extremistas islámicos que se enfrentan a al-Assad. Lo confirma el testimonio de un veterano de las fuerzas especiales de Estados Unidos que entrenan a los «rebeldes» sirios: «Nadie cree en esto ... Nadie sobre el terreno cree en esta misión y en este esfuerzo; saben que están entrenando a la futura generación de los yihadistas, de manera que lo sabotean diciendo "Fuck it". ¿A quién le importa?».

Es probable que el objetivo de la guerra no sea tanto al-Assad como el estado sirio. Diana Johnstone sostiene que Siria es la víctima de una iniciativa planeada desde hace tiempo para destruir el último estado árabe secular y nacionalista que quedaba en el Oriente próximo después de la destrucción de Irak. Algo que liga con los planteamientos del director del Begin-Sadat Center for Strategic Studies israelí, que propone que se deje subsistir a ISIS para favorecer la continuidad del desorden en la zona.

La situación se agravó a partir de septiembre de 2015, cuando comenzó la intervención en Siria de la aviación rusa en apoyo de al-Assad, a la vez que fuerzas especiales enviadas por Putin colaboraban con su ejército de tierra y le ayudaban a reconquistar Palmira y a atacar Alepo, lo que dio lugar en la administración norteamericana a presiones para que Estados Unidos actuase más agresivamente.

En el otoño de 2016 se llegó a un máximo de confusión, a lo que contribuyó, en primer lugar el golpe militar fallido de 15 de julio de 2016 contra Recep Tayyip Erdoğan, el hombre que ha regido los destinos de Turquía desde 2003, primero como jefe del gobierno y desde 2014 como presidente, al frente del Partido para la Justicia y el Desarrollo (AKP). Erdoğan sospechó que el golpe, del que los rusos le advirtieron a tiempo, fue instigado desde Occidente, y logró provocar una reacción popular nacionalista que dio pleno apoyo a su respuesta autoritaria.[13]

El segundo elemento de confusión surgió del avance de la coalición de Fuerzas Democráticas Sirias, patrocinada por el Pentágono, que estaba integrada por kurdos del YPG, con el auxilio de unos doscientos cincuenta hombres de las fuerzas especiales norteamericanas (que llevaban insignias del YPG con la hoz y

el martillo), lo que provocó primero un ataque de los rebeldes sirios a sueldo de Estados Unidos contra los soldados norteamericanos, y después una intervención militar directa de Turquía, a quien le importa sobre todo frenar el avance de los kurdos y que ha decidido, por ello, participar en la campaña de Irak, alegando la necesidad de proteger su frontera.

La tregua pactada por Estados Unidos y Rusia en septiembre de 2016 acabó desastrosamente, entre el bombardeo por Estados Unidos de tropas del ejército sirio[14] y el de los camiones de ayuda humanitaria, no se sabe por quién. La actuación simultánea de los rusos apoyando a los sirios en Alepo, de los turcos interviniendo en la conquista de Dabiq y amenazando con adentrarse en Irak, de los norteamericanos empeñados en la «batalla decisiva» de Mosul —en la que coincidirían iraquíes, kurdos y turcos, que siempre han reivindicado Mosul como propio— anunciaba un futuro de muerte y destrucción.

Por otra parte está claro que acabar con el dominio de ISIS y pacificar Siria no resolvería el problema del terrorismo. El retroceso del Estado islámico puede liquidar su asentamiento territorial en Irak y en Siria —aunque se proponen seguir resistiendo desde el desierto, si pierden las ciudades—, pero esto es algo para lo que los islamistas parecen estarse preparando, puesto que sus planes de futuro se basan en la expansión de la «guerra de civilizaciones» al mundo entero, para lo cual cuentan ya con miles de partidarios distribuidos desde Nigeria a Bangladesh, y con células ocultas en América y en Europa, donde viven unos veinte millones de musulmanes.

Una nueva guerra fría

El rasgo más inquietante de la política exterior norteamericana al final de la gestión de Obama era la renovación de la guerra fría. La política de acoso a Rusia comenzó en 1998 con la decisión del senado norteamericano de extender la OTAN hacia las fronteras de Rusia, siguió con George W. Bush y con sus simpatías por la «revolución rosa» de Georgia en 2003 (preludio de la guerra contra Rusia de 2008, cuando Moscú apoyó a los territorios de Osetia del Sur y de Abjasia, que los georgianos pretendían incorporarse) y por la «revolución naranja» de Ucrania en 2004-2005, y ha llegado hasta un extremo alarmante a

partir de 2014.

A sus noventa y cuatro años de edad un George Kennan en plena lucidez advirtió, al producirse la extensión de la OTAN: «Pienso que es el comienzo de una nueva guerra fría». A lo que añadía: «Por supuesto que habrá una mala reacción por parte de Rusia, y entonces [los que expanden la OTAN] dirán, nosotros siempre dijimos que es así como son los rusos, y eso es completamente falso».

Aunque el crítico más agudo de la política exterior de Obama ha sido, paradójicamente, Zbigniew Brzezinski, quien, en un artículo publicado en abril de 2016 con el título de «Toward a global realignment», llamaba la atención hacia el hecho de que, aunque Estados Unidos sigue siendo la mayor potencia mundial, no es ya «el poder imperial dominante», lo cual exige que tome la iniciativa para elaborar un nuevo equilibrio global que ha de establecerse necesariamente contando con Rusia y con China.

La Rusia surgida de la disolución de la Unión Soviética, que no había sido vencida por la guerra fría, como pretendía G. W. H. Bush, sino que fue víctima de una implosión, acabó enteramente destrozada por los asesores económicos norteamericanos que diseñaron la terapia de choque que llevó a la privatización de su economía y abrió el camino al saqueo de los recursos públicos, a costa de un empobrecimiento general.

Vladímir Putin, que ocupó la presidencia de la república de 2000 a 2008, y volvió a ella tras las elecciones de 2012 (entre 2008 y 2012 fue presidente de la república Dmitri Medvédev, con Putin como jefe del gobierno), recuperó una parte de estos recursos arrebatándoselos a los oligarcas, utilizando métodos como el de obligarles al pago de impuestos —y resulta revelador que desde «Occidente» se le siga acusando por haber acabado con sus «robber barons»—, consiguió un cierto grado de recuperación económica —que duró hasta las sanciones orquestadas por los norteamericanos en 2014— y obtuvo un éxito político tan importante como el de haber pacificado las repúblicas del norte del Cáucaso, tras quince años de guerras sangrientas y terrorismo.

En la actualidad es un gobernante popular que, según nos dice Svetlana Aleksiévich, «goza de un poder semejante al de los secretarios generales del partido en tiempos soviéticos», en una sociedad en que el lugar que tuvo antaño «el marxismo-leninismo lo ocupa ahora la doctrina de la Iglesia ortodoxa rusa»,

pero que ha desarrollado también «una fuerte nostalgia de la Unión Soviética». Putin, concluye la escritora, encarna hoy las ilusiones de un pueblo humillado y engañado, que le apoya para conseguir un país grande y fuerte. Porque, como ha señalado acertadamente Brzezinski, «Rusia se está convirtiendo por primera vez en su historia en un auténtico estado *nacional*».

El acoso norteamericano culminó con el apoyo oculto que el gobierno de Obama dio en febrero de 2014 a la revuelta que derrocó en Ucrania a un presidente legalmente elegido, Víktor Yanukóvich, e instaló en el poder un régimen antirruso.[15] Una revuelta que se produjo en unos momentos en que, según Anatol Lieven, Rusia se interesaba por incorporar a Ucrania a sus proyectos de unión económica euroasiática y «estaba dispuesta a dar a Kiev mucha más ayuda de la que la Unión Europea ofrecía en su vago "Acuerdo de asociación"».

Fue la violenta respuesta a este ofrecimiento la que dio origen al movimiento de Maidán, en que participaron activamente fuerzas de extrema derecha y en que había aspectos tan oscuros como la persistencia en Ucrania de cárceles secretas a las que se negó el acceso a observadores de las Naciones Unidas. De ahí nació el conflicto que llevó al movimiento separatista de las provincias rusófonas del este, y a la incorporación por Rusia, con un referéndum previo, de la península de Crimea, que había sido cedida a Ucrania en 1954 por Jrushchov, ante el temor de perder la base de su flota en el mar Negro (una anexión que aumentó considerablemente la popularidad de Putin entre los rusos).

Obama llevó el acoso al extremo, aliándose con los gobiernos más reaccionarios del este de Europa para crear una especie de cerco armado a Rusia, dotándolo de instalaciones de misiles, armas pesadas y vehículos acorazados, a la vez que anunciaba que para el año 2017 se preveía hacer allí un gasto militar de 3.400 millones. Pero lo que resultaba delirante era que se hablara, como hacían el secretario de Defensa, Ashton B. Carter, o el general «Fighting Joe» Dunford, director del Joint Chiefs of Staff, de que Rusia significara una amenaza para la seguridad de Estados Unidos.[16] Para desmentirlo basta comparar el volumen del gasto militar norteamericano en 2015 (596.000 millones de dólares) con el de Rusia (66.400), algo que llevó al propio Putin a reconocer: «América es una gran potencia. En la actualidad es, probablemente, la única superpotencia. Lo aceptamos ... El mundo necesita de estas naciones potentes, como Estados

Unidos. Nosotros las necesitamos también. Lo que no necesitamos es que se mezclen constantemente en nuestros asuntos, instruyéndonos acerca de cómo hemos de vivir e impidiendo que Europa establezca una relación con nosotros».

El problema consiste en que, en la misma medida en que los norteamericanos la acosan, una Rusia que se sabe más débil vuelve a recurrir, como ya ocurriera en la primera guerra fría, a modernizar y desarrollar su armamento nuclear, como una garantía de su seguridad y un elemento esencial para asegurar su posición como gran potencia. Y ello implica, como sabemos por la experiencia del pasado, una serie de riesgos que pueden surgir incluso como consecuencia de un accidente involuntario.[17]

También la relación de Estados Unidos con China se desarrolla de acuerdo con las reglas de la guerra fría, como lo muestra la actuación de la flota norteamericana para dificultar la expansión de Beijing por el mar del Sur de China, que constituye una vía marítima vital para su aprovisionamiento,[18] o la instalación de bases de misiles que pueden alcanzar China en menos de una hora.

Los aliados de Estados Unidos en esta política de confrontación con China son esencialmente Japón (que ha hecho con Abe un viraje belicista y tiene por ministra de Defensa a Tomomi Inada, una nostálgica del pasado imperial), India y Australia, con quien en 2015 realizaron los norteamericanos unas maniobras militares secretas en gran escala, Talisman Sabre, cuyo objetivo era desarrollar un plan para bloquear las rutas marítimas que usa China. Una amenaza que tuvo la respuesta en la celebración posterior de maniobras navales conjuntas de las flotas de China y de Rusia.

Uno de los móviles de la hostilidad norteamericana es, sin duda, el deseo de frenar la evasión de Rusia y de China del control económico ejercido por Estados Unidos a través del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Es a esto a lo que obedecería lo que Michael Hudson llama una «nueva guerra fría financiera global», en que el Fondo Monetario Internacional se ha dedicado a cambiar las reglas para aislar financieramente a Rusia y a China, o la campaña organizada por Estados Unidos para implantar el TPP, una iniciativa que Obama justifica con estas palabras: «Con este acuerdo somos nosotros, y no países como China quienes estamos escribiendo las reglas de la economía

global». Lo malo es que «nosotros» no significa los gobiernos nacionales, sino las empresas que controlan hoy a los gobiernos de estos países.

Parece claro que ni Rusia ni China tienen la voluntad de enfrentarse a Estados Unidos, ni la capacidad para hacerlo (no hay más que ver la diferencia entre sus gastos militares y los de Estados Unidos); pero lo que sí pueden hacer es erosionar la hegemonía económica mundial que el imperio americano ha ejercido desde 1945 y, como acertadamente señalaba Brzezinski, «expulsar a Estados Unidos de Eurasia».

China y el gran proyecto euroasiático

China reformó su economía y recuperó su crecimiento sin repetir la desastrosa experiencia de la liberalización rusa. El proyecto de Deng Xiaoping se apartaba del modelo soviético, en primer lugar, por el hecho de que no se basaba en la privatización sino en la continuidad de un control público descentralizado, que daba una gran autonomía a los gobiernos provinciales y municipales.

Esta descentralización tuvo un papel decisivo en incentivar el crecimiento, pero traía aparejados riesgos de despilfarro, que conducirían a un aumento incontrolado de la deuda y, sobre todo, a estimular la corrupción. Estos factores negativos, que condujeron a la grave crisis de las bolsas chinas en junio de 2015, se sumaron al descenso del comercio exterior para provocar un retroceso que alimentó los augurios negativos sobre la continuidad del crecimiento de China que se han venido repitiendo en estos años desde la perspectiva de la ortodoxia neoliberal, basados ante todo en el volumen de su deuda.[19]

Una nueva diferencia en su evolución, esta vez respecto de las economías del mundo capitalista, ha sido el rechazo de las políticas de austeridad como remedio a la crisis. Se decidió aquí atacarla con una política de reformas, descartando también la solución de recurrir a estímulos económicos para mantener la estabilidad, como había hecho Japón. Se puso freno a la sobreproducción industrial en algunos campos, lo que exigía reestructurar y suprimir empresas zombis, en su mayoría de propiedad estatal, con una aportación de fondos para apoyar a los obreros afectados, y se emprendió la lucha contra el alto volumen de endeudamiento corporativo, confiando en la

capacidad del propio sistema para realizar el necesario desapalancamiento.

El cambio más importante fue, sin embargo, el de transformar un modelo de crecimiento basado en las exportaciones en otro dirigido hacia el consumo interno y los servicios. Según David Dollar, «China ha desarrollado un círculo virtuoso en que los salarios aumentan a un buen ritmo (más del 10 % en el pasado año), el consumo crece y, como lo hace sobre todo en servicios», este sector, con actividades más intensivas en trabajo que las de la industria, se expande y permite aumentar el empleo. «Hay muchas coas que podrían ir mal, pero el gran desafío de China es mantener el consumo, no el sector exterior.»

Si China logra mantener esta pauta y completar la transición real a un nuevo equilibrio —algo para lo que, dice Jonathan Woetzel, tiene sobre otros países en crisis la ventaja de disponer de un claro camino hacia delante— su futuro puede ser muy distinto y cumpliría las previsiones de Justin Yifu Lin de que está impulsando una iniciativa «que traerá beneficios insospechados a la economía global».

Al margen de estos cambios internos el futuro de China se orienta hacia un gran proyecto de desarrollo euroasiático, que se realiza en estrecha asociación con Rusia. Su origen arranca de la creación en 1996 de la Organización de Cooperación de Shanghái integrada por China, Rusia, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, a la que se han incorporado a partir de 2016 Pakistán e India, mientras que otros estados asiáticos figuran como observadores o como participantes en el diálogo. El conjunto de sus miembros y de los estados observadores representan la mitad de la población del mundo.

Paralelamente la cooperación entre China y Rusia ha adquirido una considerable importancia. En junio de 2016 Vladímir Putin viajaba a Beijing, por cuarta vez desde la subida al poder de Xi Jinping en 2013, para concretar una serie de programas de cooperación como el que garantiza a China el aprovisionamiento de gas natural por parte de Gazprom en un período de treinta años.

En septiembre y octubre de 2013 Xi Jinping, hijo de un hombre perseguido

durante la «revolución cultural», presentó un plan para la creación de «un cinturón y una ruta», un proyecto que aspira a promover una expansión económica en Eurasia a través del «cinturón económico de la ruta de la seda» y de la «ruta de la seda marítima», sobre la base de la colaboración internacional. Para ello se requiere un considerable desarrollo de las infraestructuras, que ha sido el objetivo por el que se creó en 2015 un Banco asiático de inversión e infraestructura, al que se unieron inicialmente 57 países, con participantes como Gran Bretaña, que desempeñaba una de las cinco vicepresidencias, Brasil, Francia o Alemania (sólo Estados Unidos y Japón prefirieron quedar fuera).[20]

Estas rutas, escribe Justin Lifu Yin, «enlazarán China con el resto de Asia, África y finalmente Europa». Desarrollando carreteras, ferrocarriles, puertos y oleoductos, China aspira a crear «una comunidad que comparta intereses comunes, destino y responsabilidad». Un proyecto de desarrollo basado en la cooperación, que no tiene nada que ver con el que el imperio ha desarrollado a través del Fondo Monetario Internacional y de las instituciones reguladoras del comercio internacional, o con el que Obama trataba de instaurar con los grandes acuerdos internacionales del TPP, y de su versión paralela para Europa (TTIP), cuyo objetivo final era poner el control del comercio y del crecimiento en manos de las grandes empresas transnacionales. Que estos dos modelos son incompatibles es evidente, como lo es que en esta incompatibilidad reside una de las razones que pueden alimentar una nueva guerra fría.[21]

Panorama después de la crisis: la «Gran capitulación»

En junio de 2009 se dio por concluida en Estados Unidos la «Gran recesión», por lo menos en el sector financiero, hasta el punto de que en el primer trimestre de 2012 la banca registraba «los mayores beneficios trimestrales en cerca de cinco años». Para el conjunto de la producción la recuperación pudo darse por asegurada en el último trimestre de 2011 y en los primeros meses de 2016 se llegaba a un índice de paro del 5 %, o sea, de hecho al pleno empleo.[22]

No estaba claro, sin embargo, que todos los norteamericanos se hubiesen recuperado. Los índices de pobreza se mantenían «a los niveles máximos del tiempo de la recesión», con una especial gravedad en la vieja zona industrial, de

lo que puede servir de muestra la decadencia de la ciudad de Detroit.[23]

En el caso de Europa, donde los efectos de las políticas de austeridad en el empobrecimiento del conjunto de la población habían sido devastadores, hablar de recuperación resultaba sarcástico. En mayo de 2016 Krugman afirmaba que en Europa: «Ocho años después de lo que se suponía que era una crisis financiera temporal, la debilidad económica sigue y sigue, sin un final a la vista». Y Robert Skidelsky lo confirmaba unos meses después: «Su PIB apenas ha crecido en los últimos cuatro años y su PIB per cápita es todavía inferior al de 2007».

Esto era evidente en el Reino Unido, donde la degradación de la situación permitía entender el retorno del descontento que protagonizaba Jeremy Corbyn, quien denunciaba que «la austeridad es una elección política, no una necesidad económica», y que con ella se estaba castigando a la gente «por una crisis que no provocó». O en Francia, donde los intentos del gobierno de imponer una severa reforma laboral condujeron al movimiento de la «Nuit» debout, que reproducía en París el género de protestas que se iniciaron en Estados Unidos con «Occupy» y se extendieron por Europa con los «indignados».

Más evidente resultaba todavía en España, donde el gobierno del Partido Popular se ufanaba de haber liquidado la crisis y haber iniciado una etapa de crecimiento y progreso, cuando el porcentaje de la población en riesgo de pobreza o de exclusión social se mantenía cerca del 30 %. A comienzos de 2016 Joseph Stiglitz decía en Davos: «lo que les han hecho a los españoles es un desastre»: «están cantando victoria por bajar la tasa de paro del 25 % al 22 %. Yo digo que una economía que tiene un paro así y con una tasa de desempleo juvenil del 50 % está en depresión».[24]

A escala global las dudas sobre la continuidad del crecimiento económico eran considerables. Larry Summers, que había sido secretario del Tesoro norteamericano, sostenía a fines de 2013 que nos encontrábamos en un período de estancamiento secular y que no podía esperarse que unas condiciones económicas y políticas como las de antes de 2008 volvieran a repetirse en el futuro. Lo que llevó a Paul Krugman a preguntarse «¿Y si el mundo en que vivimos desde hace cinco años fuese la nueva normalidad? ¿Qué pasaría si condiciones parecidas a las de una depresión estuviesen destinadas a persistir, no un año o dos, sino por décadas?». En la misma incertidumbre se movió la

reunión del World Economic Forum de Davos de enero de 2016, en un contexto en que, afirmaba Roberto Savio, los reunidos mostraron una total desconexión respecto de los problemas del mundo real.

Las expectativas de una recuperación de la economía mundial no se estaban cumpliendo. El Fondo Monetario Internacional sostenía en octubre de 2015 que «la recuperación global continúa, pero el crecimiento es modesto y desigual en su conjunto. La incertidumbre y la volatilidad del mercado financiero han aumentado y las perspectivas de crecimiento a medio plazo se han debilitado».

A comienzos de 2016 el informe de las Naciones Unidas sobre la situación económica, que empezaba reconociendo que las previsiones que había hecho para 2015 no se habían cumplido, señalaba: «Han pasado más de siete años de la crisis financiera global y los políticos del mundo entero se enfrentan a enormes desafíos en la tarea de estimular la inversión y revitalizar el crecimiento global». Los factores que determinaban esta situación eran diversos: «incertidumbre y volatilidad macroeconómicas persistentes; bajos precios de las mercancías y flujos de comercio decrecientes; volatilidad creciente en las tasas de cambio y los flujos de capital; inversión estancada, un crecimiento menguante de la productividad, y una desconexión continuada entre las actividades financieras y las del sector real».

El propio informe ilustraba cuantitativamente cuestiones como la caída en el mercado mundial de los precios de productos básicos como el acero, el cobre, el trigo o la soja, y muy en especial el petróleo, que alcanzaron a fines de 2015 «su nivel más bajo en dieciséis años». Ésta fue una de las causas del retroceso de las economías de los BRICS, como Brasil, Rusia o Sudáfrica, que entraron en recesión, vieron cómo se colapsaba el valor de sus monedas y empezaron a sentir las consecuencias de haberse endeudado alegremente.[25]

Los cálculos del proyecto TIGER (Tracking Indexes for the Global Economic Recovery) de la Brookings Institution llevaban en octubre de 2016 a esta conclusión: «La economía mundial se desliza hacia la ciénaga del bajo crecimiento en que se ha mantenido por algún tiempo. Se ha ido formando un fuerte bucle negativo en que el bajo crecimiento, una frágil confianza de los negocios y de los consumidores, las tensiones en el sistema financiero y en el comercio, y la inestabilidad política se alimentan y refuerzan mutuamente».

Como observaba Paul Krugman, el hecho de que los compradores de deuda

norteamericana prestasen dinero a diez años vista al gobierno por un 1,36 % de interés, y los de deuda de Alemania lo hiciesen a un tipo negativo (-0,19 %), o sea perdiendo dinero, revelaba que estaban convencidos de que las actuales condiciones de estancamiento económico iban a prolongarse por mucho tiempo. Algo que definía como la «Gran capitulación»: la aceptación de que la debilidad de la demanda y la tendencia a la deflación iban a durar; que «la debilidad actual es la nueva normalidad».

Las grandes reservas de ahorro acumuladas en Asia y en Europa no han ido a parar a la inversión, sino que han buscado refugio en la compra de títulos del tesoro de Estados Unidos y de deuda de empresas americanas, con lo que mantienen bajos los tipos de interés y crean expectativas para inversiones de riesgo. Joseph Stiglitz se lamentaba de que se hubiese llegado a una situación en que «la abundancia de liquidez ha contribuido desproporcionadamente a crear riqueza financiera y engrosar las burbujas de activos, más que a reforzar la economía real», y proponía remedios tan poco realistas, por lo menos a corto o medio plazo, como «reescribir las reglas de la economía de mercado», algo que sería contrario a la lógica que inspira la política dominante.

En el caso de la «austeridad», por ejemplo, esta lógica sostiene que los recortes salariales y la disminución del gasto social son necesarios para mantener el equilibrio del sistema, evitando el déficit y la inflación. Descarta, sin embargo, que este equilibrio se pueda obtener recuperando otras fuentes de ingresos, en especial las cargas fiscales sobre los beneficios de las empresas y de los empresarios. De lo que se trata es de hacer pagar los costes a los de abajo, lo que tiene el valor político añadido de desmontar las defensas con que en el pasado mantenían éstos sus derechos. Como afirma Krugman, se trata de «utilizar el pánico al déficit como una excusa para desmantelar los servicios sociales», con intenciones que van más allá de la recuperación económica, puesto que su finalidad es «aprovechar la crisis, no resolverla».[26]

Algo que ha podido imponerse porque, como afirma Michael Hudson, «lo que parece una democracia ha sido secuestrado por políticos que aceptan la ideología de la guerra de clases financiera, que sostiene que la forma de que una economía se enriquezca es la ... disminución de los salarios, el paro y el desmantelamiento del gobierno, cediendo el dominio público al sector financiero». Lo que ha permitido crear una economía rentista, cuyas élites

desempeñan el papel que los terratenientes asumían durante el feudalismo.

En un artículo de sorprendente lucidez, «Robber baron recessions», Paul Krugman nos ofrece un análisis del estancamiento en que vivimos, en un mundo en que los beneficios empresariales están cerca de un máximo «gracias a la disminución sustancial del porcentaje del PIB que va a los trabajadores». Pero donde estos beneficios no se traducen en inversiones en nuevas plantas, equipamiento o tecnología, lo cual se explica por el hecho de que los beneficios empresariales no son el fruto de la inversión, sino que reflejan sobre todo «un poder creciente de monopolio», que les permite obtener beneficios sin necesidad de aumentar la capacidad o mejorar el servicio. Esta economía con elevados beneficios y baja inversión no sólo no comparte con los trabajadores los resultados de los aumentos de productividad, sino que tiene problemas para proporcionarles ocupación y pretende justificarlo atribuyendo las culpas a los progresos de la tecnología. Como decía un obrero portuario europeo, todos estos cambios iban encaminados a un mismo objetivo: «pagarle menos a él, para que la empresa ganase más».

La conclusión más importante en que coinciden la mayor parte de estas distintas visiones es que la situación actual de estancamiento productivo y empobrecimiento de la mayoría no es una crisis, sino una nueva normalidad, destinada a subsistir: «Estamos en un mundo de bajo crecimiento», dice Neil Irwin. Pero que sus beneficios se repartan de manera cada vez más desigual es algo que no depende de la evolución de la economía, sino que es el resultado de la actuación política de los empresarios y de sus representantes.

16

LA ERA DE LA DESIGUALDAD

El recorrido por un siglo de luchas en torno a la libertad y la igualdad concluye con un análisis de los mecanismos en que se basa el triunfo actual de la desigualdad, con su secuela de pobreza y estancamiento, en un dramático contraste con las previsiones de crecimiento económico y mejora social en las que creímos en el pasado.

Un análisis que ha de hacerse en dos niveles distintos. El primero de ellos es el de la desigualdad en el interior de las sociedades capitalistas desarrolladas, donde, en los años transcurridos del siglo XXI, se ha producido la transferencia de una proporción cada vez mayor de los ingresos a ese 1 % (o más bien «1 ‰») de los privilegiados que integran los poseedores de grandes fortunas, a costa de disminuir la parte que corresponde al 99 % (o 99,9 %) de los que están por debajo de ellos en ingresos y fortuna, condenados a un empobrecimiento creciente.

A este problema interno de las sociedades desarrolladas hay que añadirle otro todavía más grave, aunque sólo sea porque afecta a un número mayor de seres humanos: el que engendra una desigualdad creciente a escala global entre las naciones (o mejor, entre sus habitantes).

Todo lo cual debería conducirnos a una consideración final sobre las causas del crecimiento de la desigualdad, de donde puedan deducirse las estrategias para revertir el proceso y emprender la lucha por la recuperación de niveles de igualdad más equitativos.

La desigualdad en las sociedades desarrolladas

El triunfo de la desigualdad parece asegurado al cabo de cuatro décadas de crecimiento imparable. Las estadísticas que publica Crédit Suisse («Global Wealth Report») mostraban en su edición sobre 2015 que la desigualdad aumentaba y que en la distribución de la riqueza familiar (*household wealth*) el 1 % de los más ricos poseía ya la mitad del total, o sea, tanto como el 99 % restante, y que la parte que correspondía al decil (el grupo del 10 %) superior era del 87,7 %, o sea, que sólo quedaba un 12,3 % para el 90 % restante de la población. Según el informe de Oxfam de enero de 2016 «en 2015, 62 individuos tenían la misma riqueza que 3.600 millones de seres humanos, la mitad más pobre de la humanidad».[1]

Que esto no haya surgido de un proceso «natural», fruto de la actuación de las fuerzas del mercado, sino que sea el resultado de medidas de naturaleza política es lo que explica que Warren Buffett pudiera calificarlo como el resultado de una «lucha de clases» en que su clase, que definía simplemente como «la de los ricos», había triunfado. Este triunfo ha sido el resultado de un proceso, iniciado a mediados de los años setenta del siglo XX, que ha conducido a lo que Robert Reich llama «un círculo vicioso en que una gran riqueza se traduce en poder político, que engendra todavía más riqueza, y todavía más poder», desde el cual se dictan las reglas que promueven el avance de la desigualdad. Esta acumulación de riqueza y poder, añade Holger Apel, es la que ha permitido la implantación de medidas desfavorables a los trabajadores que minan su capacidad de negociación y conducen a salarios estancados. Un estudio del Economic Policy Institute concluye: «En la medida en que ha caído la afiliación a los sindicatos, el 10 % de los de arriba han conseguido una parte mayor de los ingresos».

La Gran recesión, finalmente, vino a favorecer el avance de la desigualdad al legitimar las medidas de austeridad que se activaron como necesarias para remediar la crisis y que han conducido en realidad a aumentar el despojo de los de abajo y el enriquecimiento de los de arriba. El propósito de este capítulo es estudiar los mecanismos que han engendrado esta desigualdad.

La degradación del trabajo

Una de las causas fundamentales del aumento de la desigualdad ha sido el retroceso experimentado por esa parte mayoritaria de la sociedad que son los trabajadores, tanto con respecto a las condiciones en que ejercen su actividad como en su remuneración, esto es, en su participación en los beneficios que produce su trabajo. La interpretación tópica de este retroceso como «una consecuencia de la tecnología y la globalización» resulta tramposa, porque oculta los aspectos políticos del problema. Confunde la globalización con los intercambios a escala internacional y elude considerar lo que significa en la actualidad como intento de poner el control de las relaciones sociales más allá de los marcos nacionales en que los trabajadores tenían la posibilidad de ejercer un cierto control a través del voto y del sindicato. Y en cuanto a la tecnología, está claro, como ha escrito David Ruccio, que la cuestión determinante es «¿quién poseerá los robots?» O, dicho de otro modo, ¿cómo se fijan las reglas que determinan cómo se reparten los beneficios que aporta la mejora de la tecnología? Contra estas especulaciones teóricas que eluden el análisis de la complejidad social, intentaré una aproximación a partir de la descripción de la realidad actual.

La causa fundamental que ha conducido a la degradación actual del trabajo ha sido el retroceso de los sindicatos, atacados desde el poder en algunos países, como en Estados Unidos (donde la proporción de los obreros afiliados a los sindicatos es hoy de menos del 7 %) y en Gran Bretaña (donde 2015 fue el año en que hubo un menor número de huelgas desde que en 1893 se comenzó a registrarlas), y desarmados en otros con «reformas laborales» basadas en los principios de la austeridad. Un retroceso que deja a los trabajadores en una situación de indefensión, obligados a competir por un trabajo escaso en las condiciones que fijan los patronos (que pueden forzarles, por ejemplo, a que trabajen más allá de las horas contratadas sin abonarles este tiempo extra).[2]

No son menos graves, por otra parte, los efectos de la ruptura de los lazos

solidarios que mantenían unidas las comunidades de los trabajadores. Como señalaba un viejo sindicalista: «Los sindicatos no sólo trabajaban para obtener mejores sueldos y más beneficios, sino que proporcionaban una red social para los miembros y sus familias. La sede del sindicato era un centro para la socialización de la comunidad. Los sindicatos organizaban fiestas para las familias, construían viviendas, ofrecían hipotecas y vacaciones a bajo precio. Los sindicatos proporcionaban una sana sensación de pertenencia a una comunidad».

Han sido estas condiciones de indefensión las que han hecho posible acabar con la estabilidad de la ocupación. Estábamos acostumbrados a identificar las crisis con el paro. Sus cifras eran la medida tradicional de la situación económica: su aumento coincidía con los años de recesión, pero sabíamos que los puestos de trabajo se recuperarían posteriormente, cuando la crisis hubiera pasado. Pero desde la Gran recesión de 2008 las cifras del paro se han mantenido altas en la mayor parte del mundo, sin que la recuperación haya implicado una mejora a escala global (el caso de Estados Unidos, que había recuperado «la normalidad» a fines de 2015, debe considerarse separadamente).

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) dio a conocer a comienzos de 2016 su informe sobre el empleo a escala mundial: en 2015 había en el mundo 197,1 millones de parados (27 millones más que antes de la crisis), a los que se calculaba que se añadirían 2,4 millones más en 2016 y 1,1 millones en 2017. El problema más grave era el de los jóvenes, y sobre todo el de las mujeres jóvenes, con tasas de paro que eran tres veces las de los adultos.[3] A lo cual había que añadir el caso de los que, como consecuencia de la falta de puestos de trabajo, abandonaban la búsqueda de ocupación. Éstos aumentaron en veintiséis millones en 2015, hasta superar en su conjunto los dos mil millones. Los «trabajadores perdidos», que se caían de las estadísticas, contribuían a alimentar la ilusión de que el paro disminuía.

Una ojeada al mapa de la ocupación mostraba que su situación había empeorado en los países emergentes y en vías de desarrollo, y que tan sólo mejoraba en las economías avanzadas, aunque de manera desigual. En la Europa del sur, en concreto, el paro retrocedía lentamente, pero lo hacía a partir de tasas muy elevadas, sin ninguna posibilidad de recuperación a corto plazo. El malestar social, que había ido disminuyendo antes de la crisis de 2008, volvió a aumentar

desde entonces, en estrecha asociación al crecimiento del paro, y muy en especial al del desempleo juvenil.

Pero hay un factor que ha cambiado por completo el panorama y que obliga a ir más allá de las cifras de ocupación: el de la degradación de las condiciones de trabajo que se ha ido extendiendo desde la crisis y que prosigue día a día. El resultado de este cambio ha sido la desaparición del modelo tradicional de empleo en que los trabajadores recibían una remuneración fija, en una relación directa con sus patronos, por ocupaciones estables y a tiempo completo. Un modelo que ha sido reemplazado por otro con diversos tipos de empleo informal, con contratos a corto plazo y con un horario irregular. En la actualidad el empleo asalariado regular abarca menos del 45 % del empleo global, en una proporción que sigue disminuyendo, y que se extiende cada vez más en las economías desarrolladas, contradiciendo las pautas históricas de la conquista de derechos en el terreno de la seguridad en el trabajo por parte del movimiento obrero.

La OIT calcula que un 46 % de los que trabajan en la actualidad lo hacen en puestos «vulnerables», con el riesgo de no tener ni unos ingresos asegurados, ni acceso a una pensión. Esto ha aumentado con el auge del «trabajo flexible», que se da cada vez más en las empresas que contratan un gran número de trabajadores, como los grandes almacenes, los supermercados o los negocios de comida rápida, donde abundan los contratos de diez, de ocho e incluso de cero horas (en España había a fines de 2015 4,6 millones de contratos de menos de siete días, mientras que en Gran Bretaña se calculaba que había 1,8 millones de cero horas).[4]

Los contratos de pocas horas, que no garantizan un mínimo de paga y obligan a los trabajadores a estar siempre disponibles para cuando se les necesite, se destinan sobre todo a mujeres, a jóvenes y a trabajadores mayores; pero se están extendiendo cada vez más en una coyuntura en que el paro se está convirtiendo en una situación permanente para muchos. Perder el trabajo, algo que puede suceder fácilmente en las actuales condiciones de indefensión laboral, puede significar el inicio de un largo calvario, ya que el paro a largo plazo tiende a perpetuarse, porque los que buscan trabajadores discriminan a este tipo de parados, culpándoles por su inactividad. Esto está creando una clase especial de parados casi permanentes, que son sobre todo los que pierden su ocupación a partir de los cuarenta y cinco años de edad, que se ven obligados a caer en la

economía sumergida, realizando faenas ocasionales, sin ninguna garantía de estabilidad.

La seguridad que tienen los empresarios de haber conseguido cambiar para siempre las reglas sobre el trabajo, liquidando los viejos métodos de negociación con los sindicatos, resulta patente en la afirmación hecha en mayo de 2016 por Juan Rosell, el presidente de la CEOE española, de que «el trabajo fijo y seguro es un concepto del siglo XIX».

Estos razonamientos valen también para el caso de Estados Unidos, que ha alcanzado la «normalidad» de las cifras de paro, en torno al 5 %,[5] lo que no parece haberse reflejado adecuadamente en la mejora de los salarios. Un estudio de Lawrence F. Katz y Alan B. Krueger muestra cómo han aumentado entre 2005 y 2015 las formas alternativas de trabajo, desplazando gradualmente a las tradicionales. Una evolución que apunta al desarrollo de una «gig economy» en que la mayor parte del trabajo lo desempeñarán operarios independientes contratados para tareas de corta duración (un estudio asegura que en 2020 un 40 % de los trabajadores norteamericanos serán «contratistas independientes»).[6] Los empresarios que contratan el trabajo de esta forma se libran de los costes de seguridad social: accidentes, enfermedad, pensiones...

Robert Reich describe así la situación actual de los trabajadores norteamericanos: «Alrededor de un 30 % de vosotros no tenéis un trabajo estable: trabajáis a tiempo parcial o contratados, sin ninguna de las protecciones del trabajo creadas en los últimos ochenta años; no tenéis seguro de paro si perdéis la ocupación, no tenéis indemnización por accidentes, no cobráis una remuneración extra por trabajar más de cuarenta horas a la semana, no tenéis salario mínimo, y os toca pagaros vuestra seguridad social».

Uno de los grandes núcleos de exclusión, como se ha visto, es el de los jóvenes, con tasas de paro muy superiores a las de los adultos y obligados a aceptar contratos temporales de corta duración, con el problema añadido de que cuanto más tardan en incorporarse al mercado de trabajo, más probable es que hayan de contentarse con un lugar de baja calificación y poco sueldo. A lo cual se añade el problema del encarecimiento de su formación, que está creando situaciones en que comienzan a generalizarse las noticias de estudiantes universitarios que pasan hambre o que sobreviven sin un alojamiento fijo («*homlessnes*»).

A ello hay que añadir la masa de trabajo impagado que proporcionan becarios, empleados con contratos de prácticas o internos. En el verano de 2015 Goldman Sachs contrató a 2.900 internos a los que se animaba a que trabajasen en jornadas de 17 horas (un interno de Bank of America, de veintiún años de edad, murió tras una jornada ininterrumpida de 72 horas).

De esta situación ha surgido una realidad nueva, la de los «trabajadores pobres», que tienen un empleo por el que reciben una remuneración que no basta para cubrir el coste de su subsistencia. En 2015 había en el mundo 987 millones de trabajadores viviendo en un situación de pobreza moderada y 327 millones en extrema pobreza (que subsistían con menos de 1,90 dólares al día). En Estados Unidos una encuesta realizada en 22 grandes ciudades mostraba que el 42 % de quienes recurrían a obtener comida de las instituciones de asistencia tenían un trabajo, pero con sueldos tan bajos que no les permitían eludir el hambre. En Gran Bretaña el recurso a los «bancos de alimentos» ha aumentado considerablemente.

Por otra parte, la extensión de la pobreza en las sociedades desarrolladas ha hecho aparecer una nueva línea de negocios: el endeudamiento de los pobres se ha convertido en una gran fuente de beneficios, que se multiplican con los retrasos en el pago, que permiten obtener intereses muy elevados en una época en que en la actividad financiera normal los tipos de interés son muy bajos. Lo que tradicionalmente era el terreno de la usura, rebautizado como «microfinanzas»,[7] se ha convertido ahora en un negocio respetable en el que participan las grandes empresas financieras.

En Estados Unidos cuentan en primer lugar los «payday loans», créditos de pequeño volumen, de un máximo de quinientos dólares, que se recuperan a partir de la paga siguiente, con un interés que equivale a un 391 % anual. Como menos de la mitad de quienes los solicitan consiguen saldarlo con la primera paga, los intereses de los que tardan más en hacerlo pueden llegar a ser mucho mayores. Éste es un sistema al que recurren más de diecinueve millones de familias norteamericanas, y que proporciona miles de millones de beneficio a los prestamistas, quienes no dudan en recurrir a vulneraciones de la ley, valiéndose del desamparo en que las autoridades dejan a los deudores.

Los grandes bancos hacen este tipo de negocio al margen de sus oficinas; en una empresa como OneMain Financial, de Citigroup, que tiene 1.300.000

clientes, el 60 % de las cuentas son «renovaciones», esto es, cuentas de clientes que no han podido pagar cuando tocaba y que lo van compensando en pagos mensuales en que los intereses ascienden gradualmente. El sistema está garantizado en Estados Unidos por 360.000 cobradores de deudas que se encargan de encontrar a los deudores y de hacerles pagar, actividad que realizan con una notable eficacia. A este panorama hay que agregarle, además, las compañías que compran a bajo precio deudas impagadas y aplican medios enérgicos, y no siempre legales, para sacar dinero.[8]

En América Latina el negocio de los microcréditos, que se suelen presentar al público como si se tratase de una actividad benéfica, se ha extendido también bajo el patrocinio de la gran banca (el BBVA español tiene cerca de un millón de «clientes» de este tipo). El mayor de los problemas que presenta este sistema es que hay un escaso control de la escalada de los intereses que se imponen cuando, como es frecuente, hay prórrogas en el pago.

No son tan sólo los derechos laborales lo que se ha perdido en este proceso, sino también los sociales, lo cual se manifiesta en muchos terrenos, desde el de las compensaciones por enfermedad o por accidentes de trabajo, hasta el de las pensiones de jubilación. Dejando a un lado la turbia historia del saqueo y desmantelamiento de algunos fondos de pensiones, y de las pérdidas, inocentes o no, que otros sufren a consecuencia de sus inversiones —Wall Street coloca billones de ahorros para el retiro en inversiones arriesgadas que se realizan en secreto—, están los casos en que las pensiones son asumidas por los sistemas públicos de seguridad social, y que sobreviven en medio de constantes amenazas sobre su continuidad. Se busca disminuir su importe prolongando la edad de jubilación, se endurecen las condiciones para acceder a ella y se procura limitar su importe.[9] La exigencia de un tiempo mínimo de cotización para poder acceder a una pensión es uno de los argumentos que obligan a los parados de cierta edad a aceptar una ocupación a cualquier precio.

En estas condiciones de degradación de lo que era la relación laboral en otros tiempos, el uso por parte de los políticos de la vieja retórica acerca del número de puestos de trabajo creados como un indicador de progreso no tiene sentido alguno.

Éste es un nuevo mundo, con nuevas reglas. Entendiéndolo así la Organización Internacional del Trabajo denunciaba en junio de 2015 que «más de la mitad de la fuerza de trabajo del mundo está atrapada en la economía informal», y presentaba una recomendación encaminada a iniciar un programa general para «facilitar la transición de los trabajadores y las unidades económicas de la economía informal a la formal». Algo que parece difícil de conseguir, puesto que iría en sentido contrario al de las reglas establecidas que amparan el crecimiento de la desigualdad. Entendiéndolo así, Robert Reich concluye en su «mensaje a los trabajadores»: «No aguardéis a que los políticos tomen la iniciativa. Nosotros hemos de tomarla».

El triunfo de «los ricos»

En un trabajo sobre la evolución de la desigualdad en Estados Unidos, Emmanuel Saez y Daviz Zucman llegan a la conclusión de que «el crecimiento de la desigualdad de la riqueza se debe casi por entero al aumento de la parte que corresponde al 1 ‰ de los más ricos, que ha pasado del 7 % en 1979 al 22 % en 2012».

Entre los mecanismos que producen esta acumulación en lo más alto de la tabla, dos de los más importantes, la disminución del gasto salarial y de los impuestos sobre las ganancias, dependen de decisiones políticas, como son las que regulan las «reformas laborales» y la legislación fiscal.

La caída de la remuneración del trabajo en relación con su productividad es un fenómeno universal, que contrasta con la tendencia de los años felices que siguieron a la Segunda guerra mundial, en que se producía un avance paralelo de la productividad y de los salarios. Esta situación cambió desde fines de los años setenta, al propio tiempo que se producía el desmantelamiento de los sindicatos y comenzaba el proceso de degradación del trabajo a que nos hemos referido. Robert Reich calcula que la remuneración por hora trabajada, estimada en dólares actuales, pasó en Estados Unidos de 35 dólares en 1965 a 9 dólares en 2015 (la reivindicación actual de los trabajadores norteamericanos es la de una remuneración de 15 dólares la hora; el sueldo mínimo federal, fijado en 2009, es de 7,25 dólares).

La disparidad entre la evolución de los salarios y la de la productividad es un fenómeno que se agudizó todavía a partir de los años de la Gran recesión. Un estudio realizado conjuntamente por la OECD, la OIT y el Banco Mundial concluye que la productividad ha crecido en más de un 15 % entre 1999 y 2013, mientras que la participación del trabajo en la riqueza producida ha descendido en todas las economías avanzadas entre 1970 y 2013.

La reducción de los salarios no suele producirse de manera directa, sino por la sustitución de trabajo caro por otro de menor precio. Hace unos años un estudio sobre el empleo en Estados Unidos mostró que las reducciones de plantilla de las grandes empresas solían compensarse con la contratación de nuevo personal en categorías salariales inferiores. Esta línea de actuación no ha hecho más que crecer en los últimos años: está claro que la disminución de los salarios «de los trabajadores» —una precisión necesaria para distinguirlos de las pagas de los ejecutivos— es el producto de una política favorable a los empresarios.

El segundo factor de enriquecimiento es la disminución de los impuestos con que contribuyen directamente las empresas y sus dirigentes. Lo cual contribuye a agravar la situación de los de abajo, como consecuencia de la disminución de los servicios sociales que proporcionan los gobiernos, a causa de su incapacidad financiera, al recibir menos recursos por los impuestos.

Los recortes de impuestos a las empresas y a los más ricos, que se suponía que habían de favorecer el desvío de los recursos hacia la inversión, y de este modo acabar beneficiando a los trabajadores (la llamada «trickle down economics») formaban parte de la teoría de la «reaganomics» y se han venido repitiendo desde entonces (en Estados Unidos, por ejemplo, con los grandes recortes de impuestos de G. W. Bush, prorrogados por Obama). Repetidamente se ha podido comprobar que no es verdad que los impuestos ahorrados vayan a parar a la inversión productiva —un estudio de 2015 muestra que los grandes beneficios obtenidos desde la recesión se acumulan sin invertir— sino que significan, como dice Ha-Joon Chang, «una redistribución de ingresos hacia arriba», lo cual no impide que se siga empleando el mismo argumento para justificar esta forma de atraco social.

En Estados Unidos, donde el tipo oficial de impuesto sobre los ingresos era del 52 %, comenzó bajando al 46 con Reagan, más adelante el Congreso lo

reformó y lo dejó en el 35 %, que se supone ser el vigente en la actualidad, pero Coca-Cola, Apple e IBM pagan hoy un 17 %, Boeing el 8 % y Facebook el 4 %, entre impuestos federales, de los estados y locales. En España se calcula que lo que pagan las empresas por impuesto de sociedades ha pasado de un 22,7 % en 1999 a un 8,3 % en 2015.

Hay, además, un método para eludir el pago de los impuestos mucho más eficaz, al que hemos aludido anteriormente al indicar que la libre circulación de capitales, uno de los frutos más rentables de la globalización, permitía poner los beneficios fuera del alcance de los gobiernos. Este sistema, que no habría podido establecerse sin la complicidad de los políticos de los estados defraudados, se realiza por métodos estrictamente legales.

Tal es, por ejemplo, el de crear empresas subsidiarias en paraísos fiscales —territorios donde los impuestos son bajos— para trasladar a estos los beneficios realizados, a salvo de la hacienda del país donde se han obtenido (filiales en muchas ocasiones sin actividad real, como las dieciocho mil que están domiciliadas en un solo edificio de las islas Caimán). En Estados Unidos esto se realiza de acuerdo con una ley de 1986, firmada por Reagan, que autorizaba los pagos a estas subsidiarias, transformando así los beneficios en gastos exentos de tributar.

Las tácticas de evasión —lo que se llama «tax inversion» o «corporate inversion»— se han refinado hasta el extremo, con modelos como el llamado «doble irlandés con sándwich holandés», por el que los beneficios pueden llegar a un refugio seguro en las Bermudas tras haber pasado por Irlanda y por Holanda en su camino de evasión.

Un ejemplo revelador de esta situación es el de Gilead Sciences Inc., una compañía farmacéutica de California que explota el Sovaldi, un medicamento para la hepatitis C, resultado de una investigación financiada con dinero público, que ha evadido el pago de diez millones en impuestos por el procedimiento de traspasar sus patentes a una filial en Irlanda. Cuando Obama intentó frenar estas operaciones con nuevas reglas, un artículo de opinión en el *New York Times* reclamó que no se tomasen medidas restrictivas y que se respetase la voluntad de pagar menos impuestos de las empresas, ya que esto les permite «aumentar su negocio». El remedio, se decía, consiste en rebajar los impuestos en el propio país para que nadie quiera marchar.

Pero cuando la Unión Europea reclamó a Apple trece mil millones de impuestos no pagados a Irlanda, fue el propio gobierno americano el que protestó, alegando que esta medida «mina el clima de negocio para las empresas internacionales porque crea incertidumbre», añadiendo, en un tono de velada amenaza, que «eso no es bueno para la economía europea». Lo cual revela hasta qué punto el aumento del poder de las empresas depende de la colaboración de los gobiernos.

Unos gobiernos que consienten que los grandes bancos europeos —como Deutsche Bank o Royal Bank of Scotland— declaren buena parte de sus beneficios en Malta, Jersey o Curazao, y donde los gobiernos de Holanda y Luxemburgo han establecido acuerdos secretos para permitir a las multinacionales transferir sus cuentas a estos países, con el compromiso de aplicarles tipos impositivos bajos. Un informe sobre la banca europea de julio de 2015 revelaba la magnitud de la evasión fiscal de aquellos mismos bancos que pocos años antes habían sido rescatados de la crisis con recursos públicos.

Los gobiernos justifican su incapacidad de actuar en este problema con el argumento de que tratar de cargar impuestos elevados a las grandes empresas multinacionales las llevaría a desplazarse a otros países que les ofreciesen un trato fiscal más favorable. Pero la verdad es que tampoco se ve que los políticos pongan mucho empeño en esta tarea, que podría dificultar su acceso a un empleo bien remunerado cuando atraviesen la puerta giratoria que les espera al fin de su actividad pública.[10]

El resultado de esta incapacidad es que, de acuerdo con los cálculos de Gabriel Zucman, las cantidades depositadas en paraísos fiscales han crecido considerablemente en los últimos años, hasta alcanzar un volumen de unos 7,6 billones de dólares (un cálculo de 2016 los eleva a 8,7 billones), equivalentes al 8 % de toda la riqueza mundial, lo que vendría a representar una evasión anual de unos 190.000 millones en impuestos. En abril de 2016 Oxfam calculaba que estas evasiones de impuestos costaban 111.000 millones de dólares al año a Estados Unidos, y 100.000 millones a los «países pobres».

Ante esta situación, legal y aceptada por los gobiernos, el escándalo suscitado por la publicación de documentos como los «papeles de Panamá» —

que son los de una sola oficina de uno solo de los muchos centros en que se esconden los capitales, desde las islas Caimán al estado de Delaware— puede tener, paradójicamente, el efecto negativo de fijar la atención pública en evasores de segunda fila, mientras que se considera normal que las grandes empresas lleguen a tener centenares de filiales en los paraísos fiscales, lo cual no es más que uno de los métodos de evasión que utilizan impunemente, gracias a su capacidad para influir en los políticos (y de ocultar sus manejos a la opinión a través del control que ejercen sobre los medios de información).

Más allá de este escenario de los recortes de impuestos a las empresas hay, además, una lucha subterránea de «los más ricos», llevada a cabo por abogados y contables especialistas en fiscalidad, que les ha permitido «crear una especie de sistema de impuestos privados», del que sólo pueden disfrutar unos pocos (en Estados Unidos los cuatrocientos mayores contribuyentes pagaban en torno a un 27 % de sus ingresos en tiempos de Clinton; ahora pagan menos de un 17 %).

Una forma eficaz de redistribución hacia arriba, que sirve además para reducir impuestos, es la que se consigue dando a los ejecutivos de las empresas grandes cantidades a título de paga, incluyendo diversos complementos, el más importante de los cuales es el abono de «premios por rendimiento» (*pay for perfomance*), que pueden tomar diversas formas, como «stock options» (opciones de compra de acciones) o entrega directa de acciones, según los objetivos que las justifican. «Los superávit crecen —escribe David Ruccio—, pero el puñado de grandes corporaciones que se los apropian los emplean para recompensarse a sí mismas y a sus cómplices.» Por otra parte estos pagos en compensación de rendimientos están exentos de impuestos, lo que rebaja las cargas fiscales de las empresas; por ejemplo, de 2012 a 2015 los veinte mayores bancos norteamericanos abonaron más de dos mil millones en pagos por rendimiento a sus cinco principales ejecutivos, lo que les ahorró impuestos por un importe de 725 millones.

El estudio de la relación a largo plazo entre las compensaciones recibidas por los ejecutivos y por los trabajadores muestra un rápido crecimiento a favor de los ejecutivos, que se acentuó a partir de mediados de los años noventa (a costa, también, de los dividendos que reciben los accionistas). Este fenómeno, que se

daba sobre todo en los países anglosajones, y muy especialmente en Estados Unidos, se extendió también al viejo continente. En Estados Unidos se puede ver que en el año 2015 la media de los doscientos ejecutivos mejor pagados era de 22,8 millones al año (dejando a un lado los dirigentes de fondos de inversión, que pueden multiplicar estos ingresos). En España los sueldos asignados a los directivos de las grandes empresas, con una media de unos 5,5 millones de euros, aumentó en un 80 % de 2014 a 2015 (mientras el nivel medio de los salarios había disminuido en un 5,3 % entre 2009 y 2014).[11]

El resultado de «dar tanto a los de arriba», observa Joseph Stiglitz, es «tener menos para dar a los de abajo o tener menos para invertir en la empresa. Y, de hecho, están sucediendo las dos cosas». Lo cual es lógico, por cuanto, como señala Krugman, una economía rentista, basada en el privilegio, no tiene necesidad alguna de seguir invirtiendo en la empresa. Su forma normal de crecimiento, que es la adquisición de nuevas empresas, aumenta sus rentas de monopolio, ya que como consecuencia de la concentración disminuye la competitividad.

Política de la desigualdad

Todo esto, sostiene Stiglitz, nació en tiempos de Reagan como «un gran experimento» que contaba con que disminuyendo los impuestos a los ricos y suprimiendo regulaciones, «liberando la economía norteamericana», ésta crecería de tal modo que no sólo se beneficiarían los de arriba, sino que todos saldrían ganando. La realidad, concluye, es que este experimento «ha fracasado miserablemente». Dejando aparte que este argumento olvida el papel fundamental que hay que atribuir a la codicia, al confundir los motivos con las legitimaciones, resulta evidente la naturaleza política de este proceso, que se ha agravado como consecuencia de la crisis de 2008 y de las políticas implantadas con la excusa de la recuperación, hasta llegar a una situación en que se multiplican las voces de alarma acerca de las consecuencias que esta progresión puede tener en el crecimiento económico y en la estabilidad social.

Es evidente que este apogeo de la desigualdad no puede atribuirse al juego de las reglas del mercado. «Los mercados —afirma Stiglitz— tienen un papel,

por supuesto, pero son configurados por la política, y en Norteamérica, con su cuasicorrupto sistema de financiación de las campañas y su sistema de puertas giratorias entre el gobierno y la industria, la política la configura el dinero.» La desigualdad, sostiene, no es un desastre natural, sino la consecuencia de unas políticas deliberadas. Todo se debe «a la forma en que hemos escrito las reglas».

Robert Reich denuncia las complicidades entre el poder político y el del mercado: el aumento de la riqueza de los de arriba les ha permitido comprar influencia política, por las vías de las contribuciones a las campañas, *el lobby* y la puerta giratoria. Y esta influencia se usa para cambiar las reglas del juego —por medio de desregulaciones, reformas laborales, etc.— con el fin de reforzar la concentración de los ingresos en las manos de unos pocos, lo que se convierte en una espiral, un círculo vicioso en provecho de la oligarquía.

Como dicen Hacker y Pierson, esta gigantesca redistribución de la riqueza ocurrió porque los legisladores y los funcionarios públicos permitieron que ocurriese. No fue una conspiración, sino que el proceso fue transparente. No necesitó de la formación de un nuevo partido o de un movimiento. Fue el resultado de la inercia de la clase política e intelectual que, ante la expansión del poder de las grandes empresas, encontró que le resultaba personalmente provechoso facilitarlo o mirar para otro lado.

¿Cómo luchar contra esto? Stiglitz piensa que la desigualdad no es una característica inevitable del capitalismo, sino que es fruto de la forma en que los ricos lo han adulterado «para prevenir la competencia y proteger su poder político y económico». Algo que podría resolverse con un sistema fiscal adecuado, con el que se podría «simultáneamente recaudar dinero, mejorar la marcha de la economía, y enfrentarnos a algunos de nuestros mayores problemas sociales, no sólo la desigualdad, sino el paro y la amenaza de una catástrofe ambiental».

Pero ¿cómo se consigue la fuerza política necesaria para imponer un sistema fiscal equitativo a unos grupos dominantes que no lo aceptan, porque es contrario a sus intereses? No parece que pueda hacerse sin cambiar las reglas, lo que implicaría cambiar los sistemas políticos vigentes, cuya identificación con el modelo económico justifica la afirmación de Bichler y Nitzan de que «el capitalismo no es un modo de producción sino un modo de poder».

Remediar esta situación exigiría recuperar la capacidad de los gobiernos para

imponer una fiscalidad que les permita restaurar y restablecer los servicios sociales que están degradándose día a día y, al propio tiempo, devolver a los obreros la capacidad de negociar salarios y condiciones de trabajo. Para lo cual se necesita un cambio político que profundice la democracia.

No parece esta recuperación democrática posible en la sociedad norteamericana, donde la política permanece desde hace años secuestrada en manos de los intereses empresariales. Un trabajo de Martin Gilens y Benjamin Page que se titula «Probando las teorías sobre la política estadounidense: élites, grupos de interés y ciudadanos medios», aplica un método de análisis multivariante para examinar las teorías dominantes sobre la política en Estados Unidos y llega a la siguiente conclusión: «La mayoría del público estadounidense tiene poca influencia sobre las políticas que adoptan los gobiernos. Los estadounidenses disfrutan de muchos de los rasgos básicos de una gobernanza democrática, como elecciones regulares, libertad de expresión y de asociación ... Pero pensamos que si la práctica política la dominan poderosas organizaciones de negocios y un pequeño número de estadounidenses ricos, la pretensión de que América del Norte sea una sociedad democrática está seriamente amenazada». El trabajo fue comentado por el *Washington Post* con un artículo que llevaba el título de «Los ricos gobiernan».

No es muy distinto el panorama que encontramos en la mayoría de los países desarrollados, con algunos matices en casos como los de Dinamarca o Suecia, que no en vano figuran en los primeros lugares de todos los índices de bienestar. Los intereses de las clases poseedoras han acabado controlando no sólo los medios de comunicación, que utilizan para influir sobre la opinión pública, sino también, por las vías de la financiación y del mecenazgo, las universidades (donde cada vez se tolera menos la libertad de expresión), las iglesias y las instituciones de todo tipo. «Nuestra democracia está amenazada de manera directa cuando los ricos compran a los políticos —escribe Robert Reich—, pero no es menos peligrosa la tranquila y aún más insidiosa compra de las instituciones de que la democracia depende para investigar, exponer y movilizar las actuaciones contra lo que está pasando». Una vía importante de utilización del dinero para ejercer una influencia cultural conservadora es la filantropía, como se puede observar en el caso de muchas fundaciones multimillonarias.

Está claro que han cambiado las reglas del juego social que hicieron posible

en el pasado las conquistas que condujeron al estado de bienestar. La socialdemocracia, que había tenido una parte fundamental en estas conquistas, acabó aceptando, como señala Hobsbawm, «la idea de que el predominio del mercado hace innecesaria la supervivencia de la política». Pero «la soberanía del mercado —añade Hobsbawm— no es un complemento de la democracia liberal, sino una alternativa a este sistema ... que niega la necesidad de tomar las decisiones políticas, que son precisamente decisiones relacionadas con intereses comunes o de grupo».

José Gabriel de Palma denuncia que el triunfo del neoliberalismo ha acabado con las tradiciones en que se basó el progreso de nuestras sociedades: «la mayor parte de las vigorosas luchas políticas, sociales y económicas que nos aportaron tanta civilización, desde la huelga del puerto de Londres de 1889, el Ford-T, el miedo del contagio de los ideales utópicos de los primeros sóviets, el New Deal y Keynes, todo se lo ha llevado el viento».

Para defender el sistema de las amenazas que pudieran surgir del malestar de los más perjudicados, como los jóvenes o los marginados por un paro permanente, que no tienen nada que perder, se han organizado unos eficaces sistemas de prevención y represión que permiten garantizar la estabilidad social. Estados Unidos ha sido el antecedente y el modelo en el desarrollo de estos métodos, imitados después en Europa.

A partir de los años setenta y con el pretexto de la lucha contra la droga se inició en Estados Unidos una escalada de la criminalización sin paralelo en la historia, que hizo pasar la población encarcelada de 300.000 en 1972 a 2.300.000 en 2015.[12] A esto hay que agregar los que están en alguna forma de libertad condicional, o que han sido liberados en condiciones que limitan sus derechos sociales, lo cual eleva el número de los ciudadanos implicados en el sistema judicial a más de siete millones y medio. Algo que afecta sobre todo a los negros y en menor proporción a los «hispanos», y que pesa con especial gravedad también sobre las mujeres, hasta el punto de que se calcula que en la actualidad hay en Estados Unidos cerca de un tercio de todas las mujeres encarceladas en el mundo.

A ello se vino a sumar, sobre todo a partir de los años noventa, la creciente presencia de la policía en las escuelas públicas, con efectos especialmente negativos para la población negra, discapacitada o pobre (la mitad de los

sancionados son latinos o negros; uno de cada tres sufre una discapacidad, como desorden bipolar o dislexia). Una población escolar que, lejos de ser protegida, empieza a sufrir aquí la discriminación que le aguarda más tarde y entra a formar parte de lo que se llama habitualmente el «oleoducto de la escuela a la cárcel».

Este encarcelamiento en masa ha sido, a la vez, un mecanismo de segregación de la población negra, objeto preferente de la violencia policial, y de exclusión política de los pobres, al negar el derecho al voto a quienes tienen antecedentes. En julio de 2015 había más de setenta millones de norteamericanos con antecedentes en la base de datos del FBI y se calculaba que la mitad de los varones negros y cerca de un 40 % de los blancos había sufrido por lo menos un arresto antes de los veintitrés años de edad. A partir de esta situación estaba claro que el proceso político quedaba fundamentalmente alterado.

Al endurecimiento de las penas se le sumó un sistema de multas por faltas leves, que las autoridades locales decidieron utilizar para equilibrar sus presupuestos. Las cárceles se han llenado así de pobres detenidos por infracciones menores, como las de tráfico, incapaces de pagar unas multas que se ven recargadas por gastos diversos y por la rapacidad de las compañías que se encargan de proporcionar fianzas.

Un artículo de la *Harvard Law Review* que relacionaba la venta de los sistemas de fianzas a empresas privadas con los sucesos de Ferguson en agosto de 2014, cuando un joven negro desarmado fue asesinado por un policía blanco, denunciaba «cómo la policía es utilizada para oprimir a comunidades empobrecidas usando la exigencia del cumplimiento de la ley para extraer recursos de los pobres».

La situación de los presos ha empeorado con la multiplicación de las cárceles privadas, gestionadas por empresas que no sólo se benefician utilizando el trabajo esclavo de los presos, sino que comercializan todo lo que se refiere a ellos, como las comunicaciones telefónicas de los reclusos con el exterior, que se han convertido en una grave causa de endeudamiento para sus familias, agregadas así, con esta y otras exigencias semejantes, a las víctimas del gran negocio carcelario.

Por otra parte los sistemas de vigilancia interna se han desarrollado considerablemente a partir de la «guerra contra el terror». El formidable equipamiento que la National Security Agency (NSA) había construido para

espiar al mundo entero, se dirigió desde entonces también contra los ciudadanos norteamericanos, con el fin de controlar una población que se veía sometida al empeoramiento gradual de sus niveles de vida. La vigilancia se efectúa a través de una panoplia de agencias, con cientos de miles de empleados y con unos enormes presupuestos, que han creado un auténtico «estado policial». La NSA almacena todo tipo de comunicaciones, incluyendo los contenidos completos del correo electrónico privado, las llamadas de los teléfonos móviles y las búsquedas en Google, así como toda suerte de registros de datos personales: recibos de *parking*, itinerarios de viaje y hasta compras de libros.

A partir del desarrollo de las políticas de austeridad los países europeos han imitado este ejemplo, tanto con medidas que limitan los derechos de protesta de los ciudadanos, como la «ley mordaza» española de junio de 2015, como con el desarrollo de sistemas exhaustivos de vigilancia y control, que han contribuido a poner los fundamentos de lo que Sheldon Wolin llamaba un «totalitarismo invertido», integrado por la combinación de un cuerpo legislador débil, un aparato legal que es a la vez complaciente y represivo, y un sistema de partidos en que cada uno de ellos, en el poder o en la oposición, se dedica a mantener el sistema existente, mientras que se deja a los ciudadanos más pobres en la indefensión política y se mantiene a las clases medias alejadas de cualquier tentación de protesta, oscilando entre el miedo al paro y las promesas de prosperidad que les ofrecen participar en un crecimiento que por ahora las deja de lado.

La erosión del sistema

Para que el sistema establecido se mantenga se requiere que el conjunto de la población siga aceptando sus reglas, convencida de que los sacrificios que se le imponen están destinados a mejorar su situación en el futuro. Pese a la degradación de las condiciones de vida de la mayoría, esta aceptación se ha mantenido hasta hoy en Europa y en América, donde gobiernos con políticas económicas «neoliberales» han llegado al poder a través de unos mecanismos de elección que, aunque profundamente corrompidos, siguen siendo aceptados mayoritariamente como válidos.

Son muchos los que temen que esta estabilidad no pueda mantenerse si prosiguen el crecimiento de la desigualdad y, con ella, el empobrecimiento. Robert J. Shiller, Premio Nobel de Economía, sostiene que «la desigualdad de hoy podría fácilmente convertirse en una catástrofe para mañana». Un temor compartido por Zbigniew Brzezinski, que afirma que se ha alcanzado un grado tal de malestar que cabe temer que la situación desemboque en descontento civil en las calles.

Una alarma con la que coincide Nick Hanauer, un rico empresario norteamericano, quien sostiene que, si bien alguna desigualdad es necesaria para el funcionamiento de una economía capitalista, el grado actual de acumulación de la riqueza está convirtiendo la sociedad norteamericana en cada vez más semejante a la feudal. «Ninguna sociedad puede tolerar este nivel de crecimiento de la desigualdad. De hecho, no hay ejemplo en la historia de la humanidad de que se haya acumulado una riqueza semejante y no hayan aparecido las horcas de la rebeldía. Mostradme una sociedad muy desigual y os mostraré un estado policial: O una insurrección. No hay ejemplos en sentido contrario. No se trata de si..., sino de cuándo.»

No son ejemplos aislados; Matthew Pulver nos habla del miedo de las élites que comienzan a pensar que «han impulsado la desigualdad económica demasiado lejos». Multimillonarios ejecutivos de grandes empresas y de fondos de inversión consideran que han «creado un sistema de castas del que es casi imposible escapar». Johann Rupert, a quien se le calcula una fortuna de 7.400 millones (lo que lo sitúa en el lugar 179 de la lista de los 400 de Forbes), explica que el aumento de la desigualdad le mantiene «despierto de noche». «Estamos destruyendo las clases medias», afirma; a lo cual añade: «¿Cómo va la sociedad a hacer frente al paro estructural y a la envidia, el odio y la guerra social?».

Sin embargo, los movimientos de protesta, que no han faltado en los últimos años, no han conseguido alterar hasta ahora la estabilidad del sistema. William I. Robinson ha analizado el fracaso de las dos grandes oleadas de protesta del siglo XXI. La primera, que se originó en los últimos años del siglo XX a partir de una demanda colectiva de justicia expresada en el lema «Otro mundo es posible», culminó en la aparición del World Social Forum, cuya primera reunión internacional se celebró en São Paulo en 2001 y que en 2013 llamaba la atención ante el riesgo de que el malestar de una juventud sin trabajo «puede conducir a la

disolución del edificio social».

La segunda oleada nació como una respuesta a las políticas de austeridad impuestas a partir de la crisis de 2008 y tuvo su momento de auge entre 2009 y 2011. En su nómina entran los movimientos «Occupy» de Estados Unidos, los «indignados» de España, Irlanda, Grecia o Chipre, y las huelgas y resistencias obreras a las reformas laborales, como la de la «Nuit debout» de Francia en 2016. La mayor de sus debilidades ha sido su carácter fragmentario, que no ha permitido generalizar la protesta más allá del colectivo de los afectados.

Las causas de este fracaso se deben probablemente a la ausencia de propuestas actuales de un orden social alternativo, como la que representaba el socialismo en los años de la «Gran depresión» en la década de los treinta del siglo XX. Uno de los mayores triunfos del neoliberalismo ha sido el de imponer la idea de que «no hay alternativa». Es lo que permite entender que no haya sido necesario responder a la «Gran recesión» del siglo XXI con un New Deal que se ocupase de la suerte de sus víctimas, sino que los gobiernos han podido limitarse a políticas destinadas a reparar el sistema y a preservar los beneficios empresariales.

Sin embargo, la fractura que no se ha producido en forma de una explosión del descontento parece estarse gestando a través de la erosión del sistema político, como consecuencia de lo que se ha dado en llamar la «explosión populista». En Europa, la persistencia de las políticas de austeridad, aplicadas por igual por partidos conservadores y socialdemócratas, ha vaciado de contenido la alternancia bipartidista en que se basaba una democracia cada vez menos representativa. En respuesta a este descrédito surgieron una serie de movimientos que reivindicaban lo que se ha dado en llamar «una democracia populista».

Según Mark Leonard: «a lo ancho de Europa hay 47 partidos insurgentes que están ... ganando el control de la agenda política». Participan en coaliciones de gobierno en una tercera parte de los países de la Unión Europea y han conseguido que los grandes partidos adopten algunas de sus posiciones. Son partidos como el de la Ley y Justicia de Polonia, como Fidesz, que gobierna en Hungría, como el Front national francés o el Partido del Pueblo Danés. Grupos que «reemplazan las batallas tradicionales entre derecha e izquierda por luchas que enfrentan su ultranacionalismo indignado contra la visión cosmopolita de

unas élites a las que desprecian». En Polonia y en otros países del este de Europa, escribe John Feffer, «la parte más vieja y más pobre de la población, en su mayor parte residente en el campo», ha impuesto un cambio político radical, que tiene que ver, indudablemente, con el rechazo del inmigrante, pero que va mucho más allá.

Ha sido, sin embargo, un acontecimiento local como el *brexit*, la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, el que ha desencadenado el pánico. No se trata de las consecuencias económicas que pueda tener a la larga, algo en que nos movemos en el terreno de las especulaciones, sino del hecho de que signifique una inesperada ruptura de las previsiones de los guardianes del orden establecido, lo que se suele describir como «las élites». Porque una cosa es que el sistema falle en Hungría o en Polonia, y otra mucho más seria que lo haga en Gran Bretaña.

Una de las visiones más lúcidas de los móviles de los votantes del *brexit* nos la ofreció Lisa Mckenzie en un artículo publicado una semana antes del referéndum, con el título de «*Brexit* es la única forma en que la clase obrera puede cambiar algo», donde señalaba que unas comunidades que solían menospreciar las elecciones, porque opinaban «que todos los políticos son lo mismo», reaccionaban ahora con excitación ante el referéndum, movidos por su indignación y por sus frustraciones. «El debate ... en el seno de las comunidades de clase trabajadora no tiene que ver con la inmigración, pese a la retórica. Tiene que ver con la precariedad y el miedo.» «En los últimos treinta años —añade— ha habido un ataque sostenido a la gente de clase trabajadora, a sus identidades, a su trabajo y a su cultura por parte de la política de Westminster y de la burbuja mediática que lo rodea. Como consecuencia de ello, han dejado de escuchar a los políticos y ... utilizan su propia experiencia para juzgar qué es lo que va a favor suyo y en su contra.» Para ellos, votar a favor de la ruptura era probar a obtener algún cambio favorable y, sobre todo, hacer oír su voz.

Una interpretación que coincide hasta cierto punto con la que se ofreció, una vez triunfante el referéndum, en una publicación de *Occupy.com*: «La proclamación hecha por *brexit* es alta y clara: es tiempo de recuperar la soberanía local, regional y nacional para implementar la democracia directa y devolver el poder al pueblo común».

Quien percibió con más angustia lo que esto podía significar para la

continuidad de un sistema de cuya corrupción había sido uno de los artífices, fue Tony Blair, que denunciaba que «el centro político ha perdido su poder de persuadir y sus medios esenciales de conexión con la gente a quienes trata de representar». En lugar de este orden dominado por el «centro político» —esto es, por la confluencia de la derecha tradicional y una socialdemocracia vendida al neoliberalismo— que dirigía hasta ahora el conjunto de la sociedad desde arriba, nos encontramos con «una convergencia de la extrema izquierda y la extrema derecha. La derecha ataca a los inmigrantes y la izquierda clama contra los banqueros, pero el espíritu de insurgencia, el desahogo de la ira contra los que están en el poder ... son los mismos en ambos extremos». No era una buena descripción de la realidad, pero sí un retrato fiel de los miedos de los guardianes del orden establecido.

Algo de lo mismo puede percibirse en el apoyo de los trabajadores norteamericanos a la candidatura de Donald Trump, en una sociedad desestructurada, como reconocía el propio Obama en su discurso en el funeral por unos policías muertos en Dallas: «Como sociedad, escogimos no invertir lo suficiente en escuelas decentes. Dejamos que la pobreza se extendiese hasta el punto de que comunidades enteras carecen de oportunidades de empleo digno. Rehusamos financiar los programas de tratamiento de la drogadicción y de la salud mental. Llenamos las comunidades con tantas armas que le es más fácil a un joven comprar una pistola que acceder a un ordenador o incluso a un libro».

Mucha de la abundante literatura a que está dando lugar el tema del «populismo» refleja el desconcierto y la alarma ante unos cambios imprevistos y difíciles de definir. Está claro que tras estas revueltas hay una clara voluntad «antisistema», pero no estoy seguro de que tenga mucho sentido calificarla de «populista», como se suele hacer, porque éste es un ejercicio reduccionista que trata de identificar una realidad muy compleja con fenómenos del pasado. Más razonable es Mohamed A. El-Erian cuando asocia la aparición de esta «política tóxica» con el descontento por los efectos de muchos años de «consenso de Washington» que han llevado a los ciudadanos de los países desarrollados a rechazar unas directrices a las que achacan su mala situación económica.[13]

Aunque los líderes de una derecha tradicional populista estén sacando provecho de estos movimientos, el malestar ha surgido de abajo y no es seguro que estos dirigentes dispongan de un proyecto capaz de satisfacer las demandas

de los indignados, que se mueven por una combinación de malestar económico, añoranza de un mundo de solidaridad comunitaria y reivindicación de su estatus social y de su autoestima. Que se han sublevado contra el sistema que les ha condenado a la desigualdad y a la indefensión presentes, en el inicio de una ruptura que nadie sabe adónde puede conducir.

Resulta erróneo interpretar esta revuelta como una reacción retrógrada contra el progreso económico.[14] Su rasgo más significativo es el rechazo de un sistema político que delega en unas supuestas élites el ejercicio del poder y la reivindicación de una democracia más participativa, que se base en las necesidades reales de la gente y les ofrezca la posibilidad de intervenir en la tarea de remediar los desastres a que este sistema les ha conducido.

La desigualdad de las naciones

Queda el problema, más complejo aún, de medir la desigualdad a escala global, en un mundo en que los tópicos difundidos por los defensores del orden establecido sostienen que la globalización ha sido una poderosa herramienta igualitaria, y en que se da por supuesto que las diferencias entre las naciones se están igualando y que la pobreza se está reduciendo rápidamente.

La globalización ha heredado las mentiras legitimadoras de su inmediato antecesor, el imperialismo, que se presentaba como una generosa empresa por la que el hombre blanco llevaba la civilización al resto del mundo, con el objeto de mejorar las vidas de los primitivos. Se suele dejar en el olvido, por ejemplo, que la globalización permite el libre paso de capitales y mercancías, pero no el de seres humanos, que ven cerrado el acceso al mundo desarrollado por barreras difíciles de salvar.

El nuevo imperialismo comenzó a desarrollarse después de 1975 con el proceso que externalizó la mayor parte de la producción industrial del mundo desarrollado a los ahora denominados «países emergentes» (que dejaron así de ser «subdesarrollados», por lo menos en la retórica del sistema). En estos países los empresarios podían encontrar las ventajas acumuladas de salarios muy bajos y de pocos costes de protección social. Hasta el punto de que el aumento de esta ocupación deslocalizada ha venido acompañada de un considerable crecimiento

del trabajo forzado y de la esclavitud, que afecta en la actualidad a 46 millones de seres humanos.

Así surgió en los países «emergentes» una industrialización subordinada, dependiente de la grandes compañías multinacionales, que descargan en empresas locales la responsabilidad de producir camisetas, zapatillas de deporte o teléfonos móviles, explotando a trabajadores que cobran sueldos de miseria: un obrero textil de Bangladesh cobra 0,21 dólares por una hora de trabajo, por la que se paga en Francia 30,39 dólares y 30,81 dólares en Japón.[15] Cuáles son las condiciones en que se trabaja en estas nuevas industrias lo reveló la catástrofe del Rana Plaza, el edificio industrial de Bangladesh que se hundió el 24 de abril de 2013, con el resultado de 1.133 trabajadores muertos y 2.500 heridos.

Lo que la globalización ha llevado a los países emergentes no ha sido la industrialización en la forma en que se conocía en el mundo desarrollado, donde el movimiento obrero había conseguido, como fruto de un siglo y medio de luchas, mejorar las condiciones de trabajo, sino simplemente la explotación, tal como se conoció en los orígenes de la revolución industrial, asociada a tecnologías actuales.

Los rápidos progresos del mundo «emergente» existen sobre todo en la retórica que difunde la internacional humanitaria a través de la ONU. Del 11 al 13 de mayo de 2016, por ejemplo, se celebró en Kigali, Ruanda, un World Economic Forum en que se repetían todos los tópicos sobre el progreso imparable de África; nada se dijo, en cambio, de lo sucedido un mes antes en la vecina Uganda, donde se averió sin remedio la única máquina de radioterapia que atendía a los enfermos de cáncer del país (el parlamento ugandés, que aprobó por los mismos días una ampliación del presupuesto personal de gastos del presidente Yoweri Museveni, no preveía en cambio adquirir otra máquina de este tipo).

El empeño por ocultar los problemas con retórica no cesa: el 23 de mayo de 2016, a los diez días de concluida la reunión de Kigali, el secretario general de la ONU inauguraba en Estambul un World Humanitarian Summit que se anunciaba como «el primer acontecimiento de este género en los setenta años de historia de las Naciones Unidas», donde se reunirían jefes de estado y de gobierno, dirigentes de comunidades y negocios, y organizaciones humanitarias. Los

resultados fueron prácticamente nulos: ni aparecieron los dirigentes de los gobiernos, ni se consiguieron compromisos sustanciales de contribución a las necesidades denunciadas.

Tampoco merecen credibilidad las campañas que se comprometen a acabar con la «extrema pobreza» (definida como la situación de quienes ganan menos de 1,90 dólares al día, al valor que tenía el dólar en 2011), y mucho menos aún los repetidos anuncios de que la pobreza está retrocediendo rápidamente en el mundo.

En todo caso podemos tomar como una conclusión provisional acerca de la situación actual lo que la ONU dijo en su convocatoria del Foro Humanitario: «en 2016 casi uno de cada cinco de los 7.400 millones de habitantes de nuestro planeta vive en situaciones frágiles. Esto representa el nivel más alto de sufrimiento desde la Segunda guerra mundial, y el número va en camino de aumentar...».

La riqueza y la felicidad de las naciones

Uno de los primeros y más serios problemas para efectuar comparaciones entre naciones es el del método que se debe emplear para averiguar sus respectivas situaciones. Usar los datos del PIB, como se suele hacer, tiene graves inconveniente, dadas las dudas que hay sobre la representatividad de este indicador. Cuando comparamos los datos del PIB per cápita de diversos países nos encontramos con que entre los dieciocho primeros por orden de riqueza hay dieciséis que son entidades de escasa población, dedicadas sobre todo a ocultar capitales y favorecer el fraude fiscal (Qatar, Liechtenstein, Macao, Bermudas, isla de Man, Jersey...). ¿Tiene algún sentido comparar los 89.400 dólares del PIB per cápita de Liechtenstein con los menos de 800 de Burundi, Malawi, la República Democrática del Congo, Somalia y la República Centroafricana? Liechtenstein tiene 37.624 habitantes, mientras que estos cinco países africanos suman 124 millones.

Ésta es una de las razones por la que se han buscado para sustentar las comparaciones índices más aproximados a las condiciones de vida de la población. Tal es el «índice de desarrollo humano» de las Naciones Unidas, que

toma en cuenta factores como la esperanza de vida al nacer o los años de escolarización. Aquí las cosas cambian, y en los cinco primeros lugares encontramos a Noruega, Australia, Suiza, Holanda y Estados Unidos, con índices que van de 0,944 a 0,915 (en contraste con los 0,348 de Níger). Pero cuando consultamos las tablas ajustadas a la desigualdad de estos mismos índices, la imagen de los países más desarrollados se desintegra entre los valores de Noruega (0,893) o de Holanda (0,861) y el que corresponde a Estados Unidos (0,760), que viene a asemejarse por su nivel a los que se dan en países como Grecia o Polonia; un hecho que se refleja también en los datos de esperanza de vida y de educación (o en los de la elevada mortalidad infantil norteamericana).[16]

Ante la ambigüedad de las investigaciones basadas en los datos materiales, otros intentos de índice buscan, con resultados poco alentadores, la expresión subjetiva del bienestar, como el de la OECD «Better Life», que a los indicadores sobre la vivienda o el trabajo añade otros acerca de la satisfacción por la vida. Otra institución, «Sustainable Development Solutions Network», elabora el «World Happiness Record» con los mismos conceptos de «bienestar subjetivo» que emplea la OECD, partiendo de tres aspectos: la evaluación cognitiva de la propia vida, las emociones positivas (alegría, orgullo) y las negativas (dolor, angustia, preocupaciones), que se equiparan con los datos sobre ingresos y sobre condiciones materiales. De acuerdo con estos criterios el *ranking* de los países más felices comienza con Suiza, Islandia, Dinamarca, Noruega y Canadá, y deja a Estados Unidos en el número 15, por debajo de México.[17]

Uno de los problemas que nos plantea este tipo de análisis es el de la inadecuación de las cifras globales para reflejar las complejas realidades de las sociedades a que se refieren. Lo cual vale también para las mediciones tradicionales de la desigualdad usando el índice de Gini. Más útil resulta el que nos propone José Gabriel de Palma, que relaciona el ingreso del 10 % de los más ricos con el del 40 % de los más pobres, y que insiste en señalar que lo fundamental reside en considerar «la parte de los ricos y lo que éstos hacen con ella», lo cual nos ayuda a entender por qué la desigualdad y el crecimiento son tan distintos en diversas partes del mundo.

El caso del África subsahariana

El caso del África subsahariana (SSA en la jerga de los estudios económicos) puede ilustrarnos acerca de los problemas que presenta el estudio de la desigualdad de las naciones (y acerca de las falacias con que se suele plantear). Dos afirmaciones que se repiten generalmente en las noticias sobre África son: que su economía está creciendo y que la pobreza disminuye, a lo cual habría contribuido sobre todo la acción de programas como el «Millennium Development Goals» (MDG) de las Naciones Unidas, desarrollado entre los años 2010-2015, reemplazado por una nueva agenda, la de «Sustainable Development Goals», que se propone toda una serie de objetivos más o menos utópicos, comenzando por el de acabar con la pobreza en 2030 (lo que de momento, de acuerdo con un estudio de la Brookings Institution, no parece estar funcionando).[18]

Sabemos ahora, gracias a Morten Jerven, que buena parte de las cifras optimistas del crecimiento africano eran falsas, y las cosas no han mejorado tras haberse esfumado la alegría de los años de una prosperidad basada en las exportaciones de materias primas, lo cual ha llevado al Banco Mundial al sorprendente descubrimiento de que esto se puede remediar desarrollando «una industria competitiva», algo que los países africanos vienen intentando, en vano, desde su independencia. No está claro tampoco que la pobreza haya disminuido *para todos*, como pretenden unas cifras manejadas tramposamente para dar una visión tranquilizadora.[19] Aparte de que quepa preguntarse qué significado real tiene una definición de pobreza que se establece como la situación de quienes viven con menos de 1,90 dólares.

La voces críticas sobre el mito de «Africa rising» nos hablan habitualmente de los problemas de gobernanza o de las dificultades de financiar las infraestructuras necesarias; pero no de factores tan decisivos como el doble despojo a que está siendo sometido el continente en la actualidad, superior, si cabe, al de los momentos de auge del «reparto de África» en el siglo XIX. Se trata por una parte de la extracción de sus recursos minerales por empresas extranjeras que, protegidas por sus gobiernos, abonan unos derechos escasos a los gobiernos africanos y dejan tras de sí «una devastadora estela de abusos sociales, ambientales y de derechos humanos». Mark Curtis ha publicado un amplio

informe sobre este «nuevo colonialismo» que detalla las actuaciones de 101 compañías, la mayoría de ellas británicas, que controlan los recursos de petróleo, oro, diamantes, carbón y platino en 27 países africanos. Compañías que mantienen el principio, apoyado por el Banco Mundial, de que África debe permanecer como un productor de recursos primarios que se exportan sin transformar.[20]

El segundo despojo es el que sufren las explotaciones agrícolas familiares, que ven cómo sus gobiernos ceden las tierras de labor, y el agua necesaria para cultivarlas, a fondos de inversión y grandes empresas del «agrobusiness», aprovechando la indefinición de los derechos tradicionales de propiedad, cuya validez no reconocen 31 de los 54 países africanos.[21]

Las compras de tierras de cultivo en gran escala (*landgrab*) que desplazan a las familias de campesinos que las trabajan para entregarlas a empresas internacionales para su explotación, se han multiplicado en las últimas décadas, dejando tras de sí un rastro de miseria. El «International Consortium of Investigative Journalism» publicó en 2015 los resultados de una investigación sobre documentos del Banco Mundial que revelaban que en la década anterior una serie de proyectos financiados por el Banco Mundial habían contribuido a expulsar de sus tierras a 3,4 millones de campesinos, y que el Banco había financiado a compañías acusadas de violaciones de los derechos humanos, incluso después de haberse comprobado estos abusos.

Estas operaciones de *landgrab*, facilitadas muchas veces por las presiones que ejercen los gobiernos «occidentales» para favorecer los intereses de sus compañías, se multiplicaron en el África subsahariana entre 2000 y 2012, un período en que se vendieron 8 millones de hectáreas en la R. D. del Congo, 5,3 millones en Etiopía, 3,9 millones en Sudán, 3,8 en Madagascar y 2,3 en Zambia. «Los contratos —dice un estudio de Ayodele F. Adusola— se hacen en su mayoría en secreto, sin la participación de los pequeños propietarios y sin ninguna garantía sobre la seguridad de la alimentación local.» La inmediata consecuencia es crear una masa creciente de millones de campesinos desarraigados que se amontonan en los suburbios de las ciudades o en los campos de refugiados.

Un caso digno de consideración es el de Etiopía, que los informes de McKinsey & Company destacaban como el país africano de más rápido

crecimiento entre 2010 y 2015. Un éxito que se debía a abusos como el cometido cuando el gobierno utilizó parte del dinero que había recibido del Banco Mundial para que lo emplease en la mejora de la educación y la sanidad para financiar una operación destinada a expulsar de sus tierras a unos dos millones de campesinos anuaks, un grupo indígena de pastores cristianos del estado de Gambela, con el fin de instalarlos en otros lugares de Etiopía, prometiéndoles que se les darían viviendas, servicios sociales e infraestructuras de apoyo, en lo que se presentaba como un proyecto de «transformación cultural y socioeconómica». Sus tierras fueron entregadas a compañías como Saudi Star, que pretendía producir arroz, o la india Karuturi Global Ltd., mientras los campesinos desplazados eran obligados a construir sus chozas en nuevos emplazamientos en que no había escuelas, asistencia médica ni pozos de agua, abandonados a una situación que les expone al hambre. Muchos huyeron a Sudán del Sur, donde se instalaron en campamentos de refugiados.

Etiopía vive hoy en una guerra civil social con un fuerte componente étnico, silenciada durante mucho tiempo por los medios de comunicación internacionales, que no prestaban atención a las denuncias sobre la frecuencia de las muertes y las desapariciones de miembros de las etnias de Oromía y Amhara. *The Economist* afirmaba recientemente que la que fuera objeto de preferencia de los inversores «se desliza ahora hacia el caos».

Estas realidades contrastan con la repetición constante de afirmaciones como la de que África tiene un enorme potencial de crecimiento. En diciembre de 2011 *The Economist* profetizó que «África tenía la oportunidad de seguir a Asia emprendiendo un rápido crecimiento en breve plazo». El siglo XXI, concluía, podía ser el de África. Un estudio publicado por la Brookings Institution comienza también con la afirmación «África es el continente del futuro»; pero la matiza de inmediato con esta observación: para realizar su potencial necesita resolver su déficit en infraestructuras que, nos dice otro estudio de la misma institución, necesitaría una inversión de 95.000 millones de dólares al año que, ante la debilidad de los recursos locales, deberían proceder de inversores externos. Unos inversores que es difícil que se arriesguen a esperar los beneficios de un proyecto a muy largo plazo, cuando África sigue ofreciendo tantas oportunidades de saqueo con beneficios inmediatos.

Otra cosa son los fantasiosos proyectos de desarrollo de la internacional

humanitaria. Patrick Bond, profesor de economía de la Universidad de Witwatersrand, ha denunciado los pronósticos de la reunión del World Economic Forum celebrada en Kigali, Ruanda, en mayo de 2016, donde se hicieron previsiones acerca del éxito que África puede alcanzar en la «Cuarta Revolución Industrial», dado que el continente es «el mercado de consumo digital que crece más rápidamente del mundo», olvidando que tan sólo 1 de cada 3 africanos tiene acceso a la electricidad y sólo uno de cada cinco usa internet. Una situación que es difícil que cambie en el futuro inmediato, dado que el África subsahariana ha duplicado su deuda hasta unos cuatrocientos mil millones de dólares, y que en cuanto se acerque el momento en que le resulte imposible atenderla, el Fondo Monetario Internacional acudirá a exigir más recortes de gasto y más cargas fiscales.[22]

La gran migración

El problema no es sólo del África subsahariana, sino de un mundo devastado por la guerra y las persecuciones en que, según los cálculos de las Naciones Unidas, había a fines de 2015 más de sesenta y cinco millones de seres humanos desplazados, procedentes de estados fallidos, incapaces de proporcionar a sus ciudadanos los servicios sociales más elementales.[23] A los que se suma cada día un número mayor de fugitivos del hambre, dispuestos a asaltar la ciudadela del bienestar europeo, arriesgando para ello sus vidas.

Hombres y mujeres que huyen de una pobreza que no se puede entender en términos de los 1,90 dólares de ingresos al día, sino de la calidad de vida. Un estudio sobre la pobreza extrema en el África subsahariana actual, que abarca a unos doscientos millones de hombres y mujeres, describe así su situación: un 60,9 % han experimentado la muerte de dos o más hijos, el 93,3 % no tienen acceso a la electricidad y el 71 % no la tienen a agua potable, en el 52 % de los casos ninguno de los niños acuden a una escuela, casi todos ellos (el 99’6 %) «defecan al aire libre con todos los sentimientos de vergüenza, miedo, inseguridad y humillación que ello implica», el 63,4 % no poseen ni los bienes más básicos (bicicletas, radios, teléfonos)...

Para entender la magnitud del problema que se avecina hemos de partir de las previsiones actuales de que la población de los «estados fallidos» —sería mejor decir «sociedades fallidas», incapaces de sostener un estado eficiente— va a sumar hacia 2050 cerca de 2.000 millones de habitantes, cuando la del conjunto de los países desarrollados no pasará de 1.300 millones. A más largo plazo, África va a crecer, según las estimaciones publicadas en 2015 por las Naciones Unidas, de los 1.186 millones de habitantes actuales hasta 4.387 millones a finales del siglo XXI: una población que no va a poder subsistir con unas dotaciones de tierra y agua que no bastan ni siquiera hoy para proporcionar a sus habitantes los 1,90 dólares diarios de la supervivencia.

Una situación, además, que se verá agravada por la evolución del cambio climático, ya que según el UNEP (United Nations Environtment Program), África, que en estos momentos tiene dos tercios de sus tierras desiertas o es pasto de la sequía, va a ser el continente que sufra en mayor grado los efectos del cambio climático. De hecho los está sufriendo ya, señala Monique Barbut, viendo desde el desierto del Teneré, en Níger, el paso «de cientos y miles de desesperados fugitivos del África occidental que tratan de llegar a las costas del Mediterráneo». A medida que el aumento de la temperatura provoca el desplazamiento de plantas y animales, las poblaciones humanas que dependen de ellas para su nutrición se ven forzadas también a emigrar.

Jim Yong Kim, presidente del Banco Mundial, sostiene que el acceso a internet (sobre todo a través de los teléfonos móviles) por parte de la población del mundo subdesarrollado ha creado las condiciones para que todos puedan saber cómo viven los demás, lo cual significa que «el próximo gran movimiento social» podría estallar en cualquier lugar y en cualquier momento. La aspiración a una vida mejor, comparable a la de los europeos y americanos medios que muestran los medios digitales, ha tenido mucho que ver en el inicio de los grandes desplazamientos de población que se están realizando desde el Oriente próximo, a los que ya se anuncia que se van a sumar los millones de fugitivos de la guerra perpetua de Afganistán (de los que hay unos tres millones en Pakistán).

Todo anuncia que las grandes migraciones causadas por la pobreza y el hambre, que están asaltando ya las costas del Mediterráneo, no han hecho más que empezar. William Polk prevé un futuro en que «se emplearán muros

defensivos automatizados y se minarán las vías de agua para evitar que el Sur del mundo invada lo que queda del Norte». Una investigación de Gallup afirma que en Nigeria, que tiene en la actualidad 182 millones de habitantes, un 40 % de ellos, esto es, más de 72 millones, emigrarían a «Occidente» de poder hacerlo. Si tenemos en cuenta que estos 182 millones se habrán más que duplicado en 2050 y más que cuadruplicado en 2100, cuando la población nigeriana superará los 752 millones —será la tercera del mundo, tras India y China—, en unos momentos en que la población total de Europa no pasará de 646 millones, parece difícil que se pueda evitar que estos desequilibrios se mantengan sin crear conflictos.

Para valorar las consecuencias que puede tener esta migración basta ver lo que ha ocurrido con la fracasada operación humanitaria para acoger a los fugitivos de la guerra de Siria. La alarma despertada entre los ciudadanos europeos por los costes de la acogida ha favorecido el resurgir de fuerzas de derecha dura que quieren preservar el bienestar propio con el rechazo de los extranjeros. Un fenómeno que se ha extendido desde Polonia a Gran Bretaña, con matices que van desde la caza de refugiados en Bulgaria a la mezquindad de la «feliz Dinamarca», y que llega a su extremo más deprimente en Grecia, donde los padres «amenazan con ocupar la escuela de sus hijos si aceptan inmigrantes».

En Estados Unidos, demasiado alejados de África para temer la llegada de sus emigrantes por mar, el problema parece reducirse a proteger su frontera con México del asalto de quienes huyen de la miseria de América Central. Algo que Donald Trump propuso evitar con una muralla a lo largo de la frontera, y para lo que el Pentágono se prepara vendiendo a las fuerzas de policía locales un armamento de alta tecnología que incluye tanques, lanzadores de cohetes o «robots asesinos», preparándose para una guerra contra la invasión de inmigrantes.

Todo lo cual debe ayudarnos a entender la gravedad de los problemas que puede implicar la continuidad del actual crecimiento de la desigualdad en su doble vertiente, «nacional» e internacional. Un problema de origen político que debería resolverse con soluciones políticas que exigirán, sin duda, grandes cambios en nuestras sociedades.

17

EL SIGLO DE LA REVOLUCIÓN: UNA RECAPITULACIÓN Y UN FINAL ABIERTO

Este recorrido por el siglo de la revolución comenzó en 1914, en el inicio de una guerra que creó en Rusia las condiciones que hicieron posible que en abril de 1917 Lenin plantease en la estación de Finlandia de Petrogrado un programa para conseguir la instauración del socialismo, entendido como la democracia plena que había de surgir de la eliminación del estado y de sus instrumentos de coerción, y del fin de la sociedad de clases, liberando a la humanidad «de la esclavitud asalariada». Lenin era consciente de que, como había señalado Marx en 1875, no se podría implantar el socialismo sin una etapa previa de transición en que la dictadura del proletariado haría posible vencer las resistencias de quienes se opusieran a renunciar a los privilegios que les garantizaba el sistema existente.

Tras la fácil victoria de los bolcheviques en octubre de 1917, Lenin esperaba a comienzos de enero de 1918 que el triunfo de la revolución socialista sería cosa de meses. A desengañarle de estas ilusiones vino una «guerra civil» en que participaron, dando apoyo a los diversos enemigos de la revolución, hasta 13 países extranjeros, y que tuvo un coste final de ocho millones de muertos y de la destrucción total de la economía rusa, lo cual obligaba a aplazar para el futuro la implantación de la nueva sociedad.

El régimen soviético sobrevivió al asalto de la «guerra civil» y sus enemigos exteriores —los países del «capitalismo realmente existente»— decidieron dar prioridad a la lucha contra las influencias que las ideas de la revolución rusa pudieran tener en otros países. Sin abandonar el acoso de la Unión Soviética, el

combate se iba a dirigir ahora contra un enemigo invisible y universal que se sospechaba que se escondía no sólo tras cada protesta o cada huelga, sino también tras cada proyecto de reforma progresista. Una huelga de los descargadores de los puertos de la costa norteamericana del Pacífico, por ejemplo, era denunciada por *Los Angeles Times* como «una revuelta organizada por los comunistas para derribar al gobierno», por lo que no dudaba en pedir que interviniese el ejército. Ejemplos como éste se pueden encontrar en los más diversos momentos y en los más diversos escenarios.

Desde entonces la lucha contra el comunismo se transformó en un combate a escala universal contra enemigos fantasmales. La Segunda república española, por ejemplo, que nacía en 1931, en tiempos en que la inquietud social conducía en toda Europa a dictaduras y giros a la derecha, fue recibida por las grandes potencias con un temor injustificado a que aquel proyecto moderadamente reformista pudiese degenerar en una revolución comunista. El embajador de Estados Unidos en Madrid, por ejemplo, informó a su gobierno el 16 de abril de 1931, a los dos días de proclamada la república: «El pueblo español, con su mentalidad del siglo XVII, cautivado por falsedades comunistoides, ve de súbito una tierra prometida que no existe. Cuando les llegue el desengaño, se girarán ciegamente hacia lo que esté a su alcance, y si la débil contención de este gobierno deja paso, la muy extendida influencia bolchevique puede cautivarlos». El embajador, que, como sus mensajes posteriores revelaban, ignoraba incluso quiénes eran los dirigentes republicanos españoles, inventó por su cuenta una «influencia bolchevique» que no existía más que en sus terrores personales.[1]

Una vez terminada en Rusia la guerra civil, el estado soviético inició la recuperación de la economía durante la NEP, y vivió una larga lucha entre los que aspiraban a heredar el poder de Lenin, que acabó con el triunfo de Stalin y con el abandono del modelo de poder colegiado, reemplazado por el de un equipo sólidamente reunido en torno al *vozhd* (el jefe).[2] En 1929, una vez firmemente asentado en el poder, Stalin inició su «revolución», que comenzó con un proceso de industrialización forzada a partir de los recursos obtenidos con la colectivización agrícola.[3]

Entre los móviles fundamentales de esta nueva etapa de la revolución

figuraba el de prepararse para hacer frente a un ataque exterior, que se creía inminente, lo que obligó a invertir en armas unos recursos que podían haber servido para mejorar los niveles de vida de los ciudadanos. Pero la peor de las consecuencias de este «gran miedo» fue que acabó degenerando en un pánico obsesivo a las conspiraciones interiores que los dirigentes soviéticos creían que se estaban preparando para colaborar con un ataque exterior destinado a acabar con la «patria del socialismo». Un miedo que fue responsable de las más de setecientas mil ejecuciones que se produjeron en la Unión Soviética de 1936 a 1939. La orden 00447 del NKVD, de 30 de julio de 1937, «sobre la represión de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos», afectó sobre todo a ciudadanos ordinarios, campesinos y trabajadores que no estaban implicados en ninguna conspiración y que no representaban amenaza alguna para el estado. [4]

Aunque los dirigentes soviéticos que sucedieron a Stalin no volvieron a recurrir al terror en esta escala, conservaron hasta el fin una escasa tolerancia de la disidencia. Consiguieron con ello salvar el estado soviético, pero fue a costa de renunciar a avanzar en la construcción de una sociedad socialista. La revolución que había nacido para eliminar la tiranía del estado acabó construyendo un estado opresor, erigido, paradójicamente, para salvar la revolución.

Pese a todo, fuera de la Unión Soviética, en el resto del mundo, la ilusión engendrada por el proyecto revolucionario siguió animando durante muchos años las luchas colectivas y obligó a los defensores del orden establecido a buscar nuevas formas de combatirlo.

El miedo a las consecuencias que pudiera tener la difusión de estas ideas no sólo alentó en el «mundo libre» el empleo de la represión, sino que, ante la insuficiencia de ésta, potenció la política del «reformismo del miedo», ideada en la Alemania de fines del siglo XIX como un antídoto a la revolución, destinado a consolidar un orden social amenazado por el descontento de los trabajadores.[5] Después de 1945, y en pleno combate contra el comunismo, se dio un nuevo impulso en «Occidente» a una política reformista que prometía alcanzar objetivos de mejora social sin recurrir a la violencia revolucionaria. La etapa

feliz que significaron las tres décadas que transcurrieron entre 1945 y la crisis de los años setenta, con el despliegue del estado de bienestar, fue el fruto de esta actuación, que difundió la esperanza de que se había iniciado una nueva época de avance continuado de las mejoras sociales, lo que contribuyó por otra parte a la desmovilización del movimiento obrero y favoreció su derrota posterior.

El complemento lógico del «reformismo del miedo» fue una campaña sistemática contra el comunismo, que se presentaba como el enfrentamiento del «mundo libre» contra la amenaza comunista. La primera mentira residía en esta definición, puesto que no sólo es que desde el primer momento se contó con gobiernos dictatoriales y hasta con monarquías absolutas para integrar el supuesto «mundo libre», sino que la actuación de Estados Unidos a lo largo de estos años condujo a la destrucción de muchos gobiernos democráticos, con el pretexto de que podían estar contaminados de comunismo. Como dijo Harold Pinter: «Estados Unidos apoyó y en muchos casos engendró cada dictadura militar de derechas que apareció en el mundo después de la Segunda guerra mundial. Me refiero a Indonesia, Grecia, Uruguay, Brasil, Paraguay, Haití, Turquía, Filipinas, Guatemala, El Salvador y, por supuesto Chile ... Hubo cientos de miles de muertos en estos países», pero nadie se dio por enterado. Era como si no hubiese ocurrido. Estos crímenes «han sido sistemáticos, constantes, implacables y despiadados, pero son muy pocos los que han hablado de esto». Estados Unidos, concluía Pinter, ha emprendido una campaña por el poder mundial, «enmascarándose como una fuerza para el bien universal».[6]

Esta campaña tenía una doble vertiente. Por una parte mantenía una ficción, la de la «guerra fría», que se presentaba como la defensa del «mundo libre» contra una agresión de la Unión Soviética, que se suponía que era inevitable. Todo era mentira; lo era, para empezar, que el comunismo soviético fuese un enemigo implacable «embarcado en una monstruosa conspiración para aplastar la libertad en todo el mundo». Los rusos no se propusieron nunca una guerra de conquista mundial, sino que confiaban en que la superioridad del socialismo y las luchas de clases en las sociedades capitalistas les darían el triunfo a largo plazo.

Era mentira también que los norteamericanos se preparasen para destruir la Unión Soviética con un ataque preventivo. Aunque los militares norteamericanos prepararon planes para la aniquilación total de la URSS y de todo «el mundo

comunista», que implicaban graves riesgos colaterales para el conjunto del planeta, sus dirigentes políticos nunca pensaron en ello.

«Lo peor que nos podría ocurrir en una guerra global sería ganarla. ¿Qué haríamos con Rusia, si venciéramos?», se preguntaba Eisenhower. Lo que se pretendía era mantener un clima de amenaza constante para desgastar a los soviéticos y, a la vez, asegurar por el miedo la adhesión de los suyos y la subordinación de sus aliados, convenciéndoles de que necesitaban la protección norteamericana para sobrevivir.

La ficción cumplió sus funciones, asumiendo los riesgos de que un incidente imprevisto pudiera desencadenar un conflicto que nadie deseaba, como estuvo a punto de ocurrir en varias ocasiones; pero su falsedad era tan evidente que el propio Ronald Reagan se sorprendió en 1983 de que los rusos no se hubiesen dado cuenta de ello. Al descubrir que temían ser víctimas de un ataque norteamericano por sorpresa escribió en su diario: «Sin ser en modo alguno blandos con ellos, deberíamos decirles que nadie aquí tiene intención de hacer algo semejante. ¿Qué demonios tienen que alguien pudiera desear?».[7]

La segunda vertiente del proyecto consistía en una campaña global contra el comunismo, cuya intención real no era defender la democracia, sino combatir la difusión de todas las ideas que pudieran oponerse al pleno desarrollo de la «libre empresa» capitalista.

La alergia de los gobiernos de Washington a la democracia se puede advertir en el caso de la descolonización. Contradiciendo la retórica antiimperialista que profesaban en público, no sólo no ayudaron a los países que luchaban por su independencia, sino que en muchas ocasiones se opusieron a que la consiguieran, o mediatizaron sus resultados. En octubre de 1958 el secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, sostenía que el acceso a la independencia debía realizarse con lentitud. Estaba inquieto ante la evolución de los países que accedían a la libertad: «En la actualidad, muchos de los nuevos países independientes que no estaban básicamente preparados para su independencia se han convertido en objetivos del comunismo internacional y eso ha conducido con frecuencia a una dictadura del proletariado».[8]

Descontando el menosprecio racista que había tras estas actitudes, hay que tener en cuenta también el hecho de que las independencias no parecían ser buenas para el negocio. No fue el temor a que Patrice Lumumba introdujera en

el Congo la «dictadura del proletariado», sino los perjuicios que podía causar a los negocios mineros en Katanga, de donde había salido el uranio que sirvió para elaborar la bomba de Hiroshima, lo que llevó a Eisenhower a ordenar su asesinato. Y la colaboración de la CIA en la monstruosa matanza organizada por Suharto en 1965, a la que se atribuyen entre medio millón y tres millones de asesinatos, tenía más que ver con la protección de los intereses de las petroleras norteamericanas que con la democracia, puesto que estaba destinada a instalar en Indonesia una dictadura que duró más de treinta años.

No todo se limitaba, sin embargo, a operaciones puntuales para proteger intereses concretos, sino que el miedo obsesivo al comunismo inspiró una interminable serie de guerras, operaciones encubiertas y actos de terrorismo que Estados Unidos desarrolló en estos años. En su base estaba la creencia de que existía una amplia conspiración universal alimentada y armada por Moscú, y que tras de cada movimiento de reivindicación que apareciera en cualquier lugar del mundo se escondía la larga mano del comunismo soviético. Una creencia que ayuda a entender que todos los que se apartaban de las normas de conducta que defendía el «mundo libre» —vietnamitas, palestinos, nicaragüenses, libios, iraníes...— fuesen identificados como miembros de esta conspiración universal.

De las aberraciones a que podía conducir este miedo obsesivo es una buena muestra la guerra de Vietnam, que fue uno de los mayores y más inútiles crímenes del siglo. Que el conflicto no se emprendió para defender la democracia es evidente, puesto que comenzó cuando Eisenhower rechazó que el futuro de los vietnamitas se decidiese en unas elecciones libres que se realizarían bajo supervisión internacional, porque temía que las pudieran ganar los comunistas de H� Chí Minh. Y lo mismo puede decirse de la intervención de sus sucesores en la presidencia, que prestaron pleno apoyo a gobiernos de dictadura militar en Vietnam del Sur. La escalada de la guerra la justificó Johnson en nombre de la necesidad de combatir el «impulso comunista continuado para conquistar Vietnam y, eventualmente, conquistar y dominar otras naciones libres del SE de Asia». Dejando a un lado que Vietnam del Sur no era «una nación libre», nadie en su sano juicio podía pensar que los campesinos de Vietnam del Norte iban a emprender la conquista del sureste de Asia.

El problema, como señaló uno de los testigos más lúcidos del conflicto, John Laurence, que informó sobre la guerra de Vietnam para la cadena CBS de 1965 a

1970, fue que, una vez metidos en la campaña, los dirigentes de Washington no podían abandonarla sino como vencedores: «Hemos estado matando gente durante cinco años sin otra razón que favorecer a un puñado de generales vietnamitas ladrones que se han hecho ricos con nuestro dinero. Eso es todo lo que hemos hecho *realmente*. ¿La amenaza comunista? ¡Y un cuerno! Todo el sistema está podrido ... Nos hemos metido tan a fondo que no podemos salir porque parecería que hemos perdido. Es una locura. No vamos a ganar, eso lo sabe todo el mundo. Pero no vamos a admitirlo y volver a casa. De modo que seguiremos matando a la gente, miles y miles de personas, incluyendo los nuestros. ¿Y por qué? ¡Por orgullo! Por los egos y la vanidad de un puñado de viejos fantasmones de Washington».[9]

Robert McNamara, uno de los grandes responsables de este crimen, que introdujo la norma de evaluar el curso de la guerra por la cuenta del número de vietnamitas muertos, reconocía en 1995 el error cometido:[10] «Lanzamos sobre esa zona minúscula, en un período de cinco años, entre tres y cuatro veces el tonelaje empleado por los aliados en todos los teatros bélicos en la II Guerra Mundial. Fue algo increíble. Matamos ... a 3.200.000 vietnamitas, sin contar los soldados de Vietnam del Sur. ¡Dios mío! La mortandad, el tonelaje, fueron disparatados. El problema es que tratábamos de llevar a cabo algo militarmente imposible; tratábamos de doblegar voluntades. No creo que se pueda quebrantar la voluntad bombardeando hasta bordear el genocidio».

Pero ése fue un reconocimiento excepcional, realizado por alguien que no tenía ya responsabilidades de gobierno. Lo que resulta más revelador acerca de la turbia naturaleza de ésta y de la mayoría de las guerras que se justificaron con la necesidad de oponerse al comunismo son los argumentos con que los sucesivos presidentes norteamericanos han tratado de legitimarlas. Como Jimmy Carter, que sostenía que «la destrucción fue mutua», sin tomar en cuenta que fue abrumadoramente desigual, y que no habían de disculparse por haber ido a defender «la libertad de los survietnamitas», o como Reagan, que en 1980 afirmaba que «fue de verdad una noble causa». La manifestación más clara de esta confusión la tenemos en las declaraciones de Barack Obama en el cincuentenario de la guerra, al glorificar a quienes «avanzaron por junglas y arrozales, entre el calor y las lluvias, luchando heroicamente para proteger los ideales que reverenciamos como americanos».[11] ¿Qué ideales?

No había conjuras rojas en los países de América Central que fueron devastados, en nombre de la lucha contra el comunismo, por las guerras sucias de la CIA. Lo reconoció una investigación del senado de Estados Unidos de septiembre de 1995, que denunció que los subversivos asesinados «eran organizadores sindicales, activistas de los derechos humanos, periodistas, abogados, estudiantes y profesores. La mayoría de ellos estaban ligados a actividades que serían legales en cualquier democracia». Una guerra sucia que continúa hoy, cuando en Honduras se sigue matando, con la tolerancia y la protección de Estados Unidos, a dirigentes campesinos que defienden la propiedad colectiva de los ríos y los montes, como Berta Cáceres, asesinada el 3 de marzo de 2016, o como José Ángel Flores, presidente del Movimiento Unificado Campesino del Aguán, asesinado el 18 de octubre del mismo año.[12]

El gran conflicto global que dominó la segunda mitad del siglo XX no fue el enfrentamiento del «mundo libre» contra «el comunismo», como se nos ha contado, sino el de las fuerzas armadas de «la libertad de empresa» contra todo aquello que podía oponerse a sus intereses, disfrazado como una cruzada contra los restos del viejo proyecto socialista soviético, que no era ya capaz de llevar más adelante la trasformación de la sociedad, y aspiraba a poco más que a sobrevivir a las amenazas externas y a mantener el orden social interno con métodos autoritarios.

La amenaza no eran la URSS y sus satélites, sino la capacidad que podían conservar las viejas ideas para oponerse a los abusos del capitalismo. Lo había señalado ya en 1920 Karl Kraus, cuando escribió que no le importaba para nada la praxis del comunismo, pero que lo valoraba sobre todo por lo que significaba como herramienta de denuncia y resistencia: «en su condición de amenaza constante sobre las cabezas de los que poseen riquezas; de los que, para preservarlas, envían implacables a los otros a los frentes del hambre y del honor de la patria, mientras pretenden consolarnos diciendo y repitiendo que la riqueza no es lo más importante en esta vida. Que Dios nos conserve para siempre el comunismo, para que esta chusma no se vuelva todavía más desvergonzada ... y para que, por lo menos, cuando se vayan a dormir sufran pesadillas».[13]

Las cosas comenzaron a cambiar a partir de 1968 con el fracaso de la ilusión del comunismo europeo, cuando la negativa de los dirigentes comunistas franceses a apoyar en París la revolución que habían iniciado los estudiantes y,

mucho más aún, la incapacidad de los dirigentes de la Unión Soviética y de los países de su área para aceptar el desafío del programa de socialismo con rostro humano que se había planteado en la primavera de Praga, demostraron que su vocación revolucionaria había terminado.

Este desarme ideológico, combinado con la decadencia de la Unión Soviética, favorecieron que el miedo a la revolución se fuera desvaneciendo gradualmente, de modo que desde mediados de los años setenta la poderosa minoría del uno por mil de los más ricos pudo dormir tranquila, sin miedo a la revolución, y decidió comenzar la tarea de recuperar todo lo que había cedido, desmontando incluso una parte de las conquistas sociales que el movimiento obrero había logrado en siglo y medio de luchas.

El retroceso comenzó en Estados Unidos en tiempos de Carter, cuando un Congreso con mayoría demócrata rechazó una ley de defensa de los derechos sindicales. Un dirigente obrero fue quien primero advirtió la trascendencia de lo que estaba sucediendo: «Creo que los dirigentes de la comunidad empresarial, con pocas excepciones, han escogido desencadenar una guerra de clases unilateral ... contra los trabajadores, los desempleados, los pobres, las minorías, los muy jóvenes y los muy viejos y hasta contra buena parte de la clase media. Los líderes de la industria, el comercio y las finanzas de Estados Unidos han roto y descartado el frágil acuerdo no escrito que estuvo en vigor durante un período pasado de crecimiento y progreso».[14]

La guerra fría acabó en 1989 con la implosión de los restos del «socialismo realmente existente». El 27 de diciembre de 1991 se arriaba en el Kremlin la bandera de la Unión Soviética y el 28 de enero de 1992 el presidente de Estados Unidos, George H. W. Bush, declaraba en el Congreso: «El comunismo murió este año ... El acontecimiento mayor que se ha producido en el mundo en mi vida, en nuestras vidas, es éste: por la gracia de Dios, América ha ganado la guerra fría».[15]

No era verdad. No era «América», si con este término se pretende designar al pueblo de Estados Unidos, quien había declarado guerras como la de Vietnam, a la que sus dirigentes le llevaron engañado, o como las campañas sucias de América Central. No fue el pueblo norteamericano quien decidió el derrocamiento de Mossaddeq o de Allende, ni quien dio apoyo a las matanzas de Suharto. Muchas de estas victorias del «mundo libre» se alcanzaron a espaldas

del público, al que todavía se le ocultan hoy los documentos sobre la participación de su gobierno en hechos como los de Indonesia en 1965 o los de Chile en 1973, al igual que se le siguen ocultando leyes y acuerdos internacionales.[16]

No era «América» tampoco quien había sacado provecho de esta guerra, sino la «libre empresa», que en los veinticinco años siguientes iba a consolidar su dominio del mundo a costa de los derechos y libertades de todos, incluyendo a los trabajadores norteamericanos, que vieron cómo se reducían sus sueldos en relación con su productividad.[17]

Las grandes empresas transnacionales, muchas de las cuales son hoy más potentes en términos económicos que la mayoría de los estados,[18] se adueñaron de los gobiernos nacionales. Jimmy Carter lo denunciaba en 2015, cuando sostenía que, por la influencia del dinero, Estados Unidos es en la actualidad «una oligarquía, en que una corrupción política ilimitada constituye la esencia del procedimiento para conseguir la nominación o para elegir al presidente».[19] Lo mismo vale para la mayoría de las democracias parlamentarias actuales, donde las elecciones están condicionadas por el capital financiero de manera directa, por su influencia sobre los partidos, e indirecta, por el control que ejercen sobre la formación de la opinión pública a través de los medios de comunicación, que o son de su propiedad o dependen de él por sus deudas.[20]

El grado de control del poder político a que había llegado el conjunto de las grandes empresas quedó en evidencia después de la Gran recesión de 2008, cuando las pérdidas a que se vieron abocadas como consecuencia de los excesos de la especulación las superaron recapitalizándose, tanto en América como en Europa, con dinero público, esto es, con los recursos que debieron haberse destinado ante todo a fines sociales como la sanidad y la educación.[21]

Al propio tiempo que se apoderaban de los gobiernos nacionales, los empresarios usaron el desarrollo de la globalización para desnacionalizar sus empresas, con el fin de poner sus ganancias fuera del alcance de las instituciones de sus países, eludiendo la carga de los impuestos, lo que condujo al desmantelamiento del estado de bienestar y favoreció la privatización de los servicios sociales. La lucha por la ampliación del poder de las empresas prosiguió todavía con las campañas para la implantación de una serie de

acuerdos transnacionales (como el TPP, el TTIP, TISA o CETA) que, según advierte Joseph Stiglitz, podían poner en manos de los grandes grupos empresariales «las reglas sobre el medio ambiente, la seguridad y la salud».[22]

Visto desde la perspectiva actual, cuando van a cumplirse veinticinco años del momento en que George H. W. Bush proclamó la victoria en la gran guerra contra el comunismo, resulta cada vez más evidente que el gran combate del siglo XXI, una vez superada la amenaza comunista, será el que continúe con la tarea de arrebatar a los trabajadores lo que les queda de los derechos ganados en muchos años de luchas sociales y a los campesinos del mundo entero la propiedad de los bienes comunes, y en especial de la tierra y del agua: de un 50 a un 65 % de la tierra productiva del mundo la cultivan en la actualidad pueblos indígenas y comunidades campesinas, pero tan sólo una pequeña parte de ella les es reconocida por los gobiernos como propiedad.[23]

El botín obtenido hasta el presente por los vencedores de esta guerra no consiste tan sólo en el conjunto de los bienes con que se han enriquecido, sino en la implantación de unas reglas que aseguran la continuidad de un reparto desigual que aumenta cada año su riqueza y debilita a la vez a quienes pudieran aspirar a disputársela. «La desigualdad de la riqueza ha explotado en Estados Unidos en las últimas cuatro décadas» en beneficio del 0,1 % de los más ricos, señala Gabriel Zucman; algo que no se ve en la actualidad como un problema que haya que remediar, lo que significa que puede seguir creciendo aceleradamente.[24]

Sin embargo, en este mundo apacible de comienzos del siglo XXI en que el orden establecido parecía haber superado definitivamente las amenazas revolucionarias, apareció un nuevo enemigo: el rechazo por parte de amplios sectores de las capas populares y medias de la hegemonía ejercida por las «élites» a las que los sistemas parlamentarios actuales otorgan la dirección de la política. Un rechazo sin un programa definido, al que se dio el nombre genérico de «populismo», sin que quedase claro el sentido de esta denominación. Ante la ausencia de una izquierda alternativa, esto es, no comprometida con el sistema como la vieja socialdemocracia, iban a ser sobre todo los partidos reaccionarios de extrema derecha los que acogieran esta ira colectiva, con la que simpatizaban, aunque carecieran de respuestas válidas para enfrentarse a las frustraciones que la habían engendrado.

Esta evolución, que apareció inicialmente en países de la Europa del este, tomó una nueva dimensión con el *brexit* y adquirió categoría de problema universal con la elección presidencial norteamericana de 2016, que enfrentaba a dos personajes igualmente despreciables: Hillary Clinton, cuya biografía bastaba para desautorizarla, contra Donald Trump, que no era mejor que su contrincante, pero que acertó a encarnar el rechazo de los trabajadores blancos, víctimas de la desindustrialización y de los bajos salarios, y de una población rural que se sentía «traicionada por *todas* las élites políticas», y que por eso optó por un hombre que prometía «“limpiar la corrupción” en Washington». Eran, diría Stiglitz, los norteamericanos que sentían que les habían dejado atrás, abandonados. A lo que se sumó el apoyo de un racismo ampliamente extendido en la sociedad norteamericana.[25]

El miedo a que la llegada al poder de Trump pusiera en peligro los frágiles mecanismos que mantienen en funcionamiento el sistema explica el apoyo entusiasta que Hillary Clinton recibió de los pilares de la sociedad, que llegaron a convencerse de que tenía asegurada la victoria.

El triunfo de Trump en las elecciones del 8 de noviembre de 2016 —un triunfo alcanzado en el colegio electoral, puesto que obtuvo menos votos populares que su contrincante—[26] causó la estupefacción de las élites. Paul Krugman afirmaba que «no comprendía el país en que vivía», y anunciaba un desastre económico: «una recesión global sin un fin a la vista». Una reacción parecida a la del *New York Times*: «Esta mañana muchos americanos se sienten enfermos. El país que creían conocer no existe. ¿Y ahora qué?».[27]

La reacción inmediata de pánico de las bolsas tardó poco, sin embargo, en transformarse en un optimista ascenso de las cotizaciones, al darse cuenta de que las medidas que proponía Trump «podían o no ayudar a la economía en su conjunto, pero mejorarían con toda seguridad los balances de las grandes compañías».[28]

¿Qué representa en realidad Trump como alternativa al neoliberalismo de Obama? Su «plan de cien días», expuesto en el «Contrato con el votante americano»,[29] no responde a un proyecto coherente, sino que contiene tan sólo medidas aisladas como la expulsión de millones de inmigrantes indocumentados (algo parecido a lo que Obama ha hecho durante su mandato), el rechazo del «Obamacare», el nombramiento de un juez reaccionario para el Tribunal

supremo, el abandono del programa de la ONU contra el cambio climático,[30] facilidades para la industria del petróleo, *etc.* A ello se añadían, en sus discursos, unos planteamientos económicos que combinaban los recortes de impuestos con grandes inversiones en infraestructuras.[31]

Sus ideas sobre política exterior parecen articularse en torno a la oposición conjunta a las alianzas y a la globalización.[32] Lo de las alianzas, que expresa su rechazo a seguir manteniendo los altos costes de la OTAN y de las operaciones militares en el exterior, podía crearle un conflicto con los grupos intervencionistas, asociados a los organismos de seguridad (FBI, CIA y NSA) y al Pentágono, que se preparaban para desarrollar una política más agresiva bajo la protección de Hillary Clinton.[33]

El rechazo de la globalización, acompañado de un proteccionismo arancelario cuyo objetivo declarado es devolver los puestos de trabajo industriales a suelo americano, podría causar graves trastornos en las relaciones económicas internacionales. Aunque el problema económico más grave puede proceder del entusiasmo de los inversores internacionales que, contagiados del optimismo de los norteamericanos y hartos de refugiarse en la compra de deuda soberana, que ofrece unos rendimientos miserables, han descubierto las perspectivas que ofrece la economía en la era Trump y se han lanzado a invertir en títulos de empresas norteamericanas. Lo cual se ha traducido en una depreciación del euro y de otras monedas en relación al dólar que, combinada con unos tipos de interés crecientes, va a dificultar a gobiernos y empresas del resto del mundo el pago de unas deudas contraídas en dólares, lo que anuncia «un torrente de calamidades en los mercados emergentes.[34]

Las especulaciones acerca de lo que Trump va a hacer, que oscilaban entre la perplejidad y el pesimismo,[35] se basaban en unos planteamientos esquemáticos formulados en la campaña electoral, cuando las expectativas de victoria parecían escasas. Había que esperar a los programas que publicase el gobierno que se instalaría después del 20 de enero de 2017, aunque ofrece pocas dudas que lo que cabe esperar de Trump es una política encaminada a favorecer el predominio de los intereses empresariales, recortando a la vez las obligaciones de los de arriba y los derechos de los de abajo. Esto es: lo mismo de antes, pero en una versión más retrógrada y brutal, que asegurará que el imperio de la desigualdad alcance su apogeo.

Pero el apogeo de la desigualdad significa necesariamente el comienzo del fin del sistema que la ha engendrado: de un capitalismo a la deriva, que amenaza con desmoronarse sin que exista un recambio a la vista para reemplazarlo. Para hacerle frente a escala global no parece haber hoy otra oposición que la de los movimientos de protesta ciudadana y obrera en los países desarrollados, y la resistencia de los campesinos que luchan en las más diversas latitudes por la conservación de sus derechos sobre la tierra y el agua. Muy poco como para que representen una amenaza para el orden establecido.

Eso explica los pronósticos de un futuro inmediato en que, se nos dice, no habrá «un nuevo orden social definido, sino un duradero interregno... un período de entropía social y desorden».[36] Quienes miran más allá de este interregno defienden la esperanza en un gran despertar colectivo que pueda cuajar algún día en un «proyecto popular transnacional»[37] que vendría a ser el equivalente a la «revolución socialista mundial» que Lenin invocaba en 1917, pero que no estará protagonizado por partidos políticos del viejo estilo, esto, es por élites dirigiendo a las masas, sino por fuerzas surgidas de abajo, de las luchas cotidianas de los hombres y las mujeres.

Algo que nos permita mantener la esperanza de que, como dijo Paul Éluard en los versos que he reproducido al comienzo de este libro, los hombres y las mujeres «tienen el poder de ser libres, de superar el destino que se les ha asignado».

APÉNDICE

UNA REFLEXIÓN SOBRE PROGRESO, CAMBIO Y DESIGUALDAD

Mi generación se educó en la convicción de que la historia de la humanidad era el relato de un proceso ininterrumpido de progreso, de un crecimiento económico que iba asociado al avance de la sociedad hacia un mundo más libre y más igualitario.

Pensábamos que los hombres habían pasado de una primera existencia como cazadores-recolectores a otra en que la invención de la agricultura les permitió acceder a un estadio superior. Era lo que Gordon Childe denominaba la «revolución neolítica», cuando aparecieron la aglomeración de la población en las ciudades, la diferenciación de las actividades (agricultores, artesanos, comerciantes, funcionarios, sacerdotes...), una concentración efectiva de poder económico y político, el uso de los símbolos convencionales de la escritura para registrar y transmitir la información, y de patrones también convencionales de pesos y medidas, de tiempo y de espacio que condujeron al nacimiento de la ciencia matemática.

Después vino un largo período de fluctuaciones hasta que en el siglo XVIII la revolución industrial permitió aumentar considerablemente la capacidad productiva y multiplicó los bienes al alcance de los seres humanos. Un ascenso que pensábamos que iba a proseguir indefinidamente. En 1930, en plena crisis económica mundial, Keynes expresó su fe en el futuro en un escrito sobre *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, en que decía: «Pienso con ilusión en los días no muy lejanos del mayor cambio que nunca se haya producido en el entorno material de los seres humanos en su conjunto ... El nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy», en un mundo en que bastaría con trabajar tres horas al día, en

semanas de quince horas, para asegurarse la subsistencia. A lo que añadía una dimensión de progreso ético: «cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los códigos morales».

Poco a poco, al propio tiempo que el presente desmentía nuestras grandes esperanzas, descubríamos que la visión de la historia en que las habíamos fundamentado era falsa. Aprendimos, por ejemplo, que el ascenso de la manufactura y del comercio que se inició en Europa en el siglo XVI y que acabó conduciendo a la revolución industrial se había desarrollado bajo el signo de la disminución de los salarios reales de los trabajadores y de la exigencia de una intensificación del trabajo familiar destinado al mercado, en el marco de lo que De Vries definió como la «revolución industriosa», que condujo a la aparente paradoja de que los salarios reales disminuyeran en Europa entre 1500 y 1800, mientras que los inventarios domésticos mostraban un aumento del equipamiento de las familias.

Los estudios de historia antropométrica, que relacionan la evolución de la estatura con la de los niveles de vida, confirmaron que hubo entre 1500 y 1800 evoluciones negativas, tanto en Inglaterra como en Holanda o en Estados Unidos. Como ha dicho Jan Luiten van Zanden, hubo «una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida», que obliga a pensar que amplios sectores de la población de Europa no sacaron mucho provecho del progreso económico que se estaba produciendo. Esta evolución negativa de los niveles de vida se prolongó durante el desarrollo de la industrialización, al menos hasta mediados de siglo XIX, en la mayor parte de la Europa desarrollada.

La vieja visión de un progreso ininterrumpido en el que el crecimiento habría beneficiado a todos, se transformaba así en la de un proceso que se habría fundamentado en la violencia y en la desigualdad. En 1954 Simon Kuznets trató de explicar esta evolución a partir de una pregunta: «¿La desigualdad en la distribución de los ingresos aumenta o disminuye en el curso del crecimiento económico de un país?». Lo cual planteaba un problema tan fundamental como el de medir los costes sociales del crecimiento económico.

Su respuesta, expresada en términos de lo que se llama la «curva de Kuznets», sostenía que la desigualdad había aumentado en una primera fase del crecimiento industrial, pero que empezó a disminuir en un determinado momento, entre el último cuarto del siglo XIX y la Primera guerra mundial, a

partir del cual se inició un reparto más equitativo de los ingresos. En 1995 Van Zanden aplicó este mismo análisis a la historia económica de Europa desde fines del siglo XV, y la reinterpretó sosteniendo que hubo a lo largo de la Edad Moderna una asociación entre crecimiento y desigualdad, que se interrumpió en el último tercio del siglo XIX, entre 1870 y 1900, momento en que se inició una fase en la que «el crecimiento económico fue habitualmente acompañado de una disminución de la desigualdad. En consecuencia —añadía— se puede argumentar que hubo una supercurva de Kuznets que duró siglos, que se caracterizó por una desigualdad en aumento, hasta que en algún momento del último tercio del siglo XIX se produjo un cambio de tendencia y se inició la disminución de la desigualdad que caracterizaría el siglo XX». Posteriormente Lindert, Williamson y Branko Milanović extendieron esta exploración hacia el pasado, llevándola hasta la época del Imperio romano, aunque muchas de las especulaciones sobre la evolución de la desigualdad en el mundo preindustrial se basan en cálculos globales de muy dudosa fiabilidad.

El progreso —entendido como la suma del crecimiento económico y de una mejora colectiva de los niveles de vida, como consecuencia de un reparto equitativo de sus beneficios— que habíamos desalojado de su papel de motor de la historia, reaparecía al menos en el siglo XX y nos devolvía la esperanza en el futuro. El problema es que este cambio, que se habría iniciado a fines del siglo XIX y que tuvo su etapa más vigorosa en los treinta años que siguieron al fin de la Segunda guerra mundial, terminó repentinamente hacia 1975, y no se ha recuperado en los últimos cuarenta años.

Un cambio, éste de los años setenta, que Paul Krugman sostiene —refiriéndose a Estados Unidos, que fue donde se inició, antes de extenderse a todo el mundo desarrollado— que se debió a que «las normas e instituciones de la sociedad norteamericana han cambiado, por lo que o han favorecido o al menos han hecho posible un incremento radical de la desigualdad». Tomando como pretexto la necesidad de superar los efectos de la crisis del petróleo, se emprendió entonces la lucha contra los sindicatos, completada por una serie de acuerdos de libertad de comercio que permitieron a las empresas deslocalizar la producción a otros países e importar después sus productos, con el fin de

debilitar la capacidad de los obreros locales de luchar por mejoras de las condiciones de trabajo y de los salarios.

William I. Robinson lo interpreta también a partir de la respuesta de los intereses empresariales a la crisis de los años setenta. Una clase capitalista transnacional que emergía en aquellos momentos optó por reconstruir su poder rompiendo con los obstáculos que el estado-nación y las demandas de las clases populares de sus países oponían a la acumulación. Crearon entonces lo que se conoce como «el consenso de Washington»: un acuerdo para una reestructuración económica mundial como base de un nuevo orden corporativo transnacional, y pasaron a la ofensiva en su guerra contra las clases populares y trabajadoras.

La crisis de 2007-2008 empeoró aún esta evolución en todos los sentidos. Pero el problema más grave al que nos enfrentamos hoy es el de explicar por qué, una vez pasada la crisis, prosigue cada vez con más fuerza esta dinámica de aumento de la desigualdad que conlleva el empobrecimiento de la mayoría.

Una serie de economistas han pretendido reemplazar el relato histórico de este proceso por modelos explicativos que se basan exclusivamente en la evolución de la economía.[1] Tal es el caso de Thomas Piketty en su libro *El capital en el siglo XXI*, donde niega que haya habido en el siglo XX una dinámica que haya favorecido el aumento de la igualdad. La desigualdad es un rasgo permanente de la historia humana. «En todas las sociedades y en todas las épocas la mitad de la población más pobre en patrimonio no posee casi nada (generalmente en torno a un 5 % del patrimonio total), la décima parte superior de la jerarquía de los patrimonios posee una clara mayoría del total (generalmente más de un 60 % del patrimonio total, y en ocasiones hasta un 90 %), y la población comprendida entre estos dos grupos ... tiene una parte entre el 5 % y el 35 %.»

Este planteamiento, que reduce la ilusión de progreso de los años felices entre 1945 y 1975, cuando parecía que las cosas estaban cambiando, a una simple consecuencia del «caos del período entre las dos guerras» y de «las fuertes tensiones sociales que lo caracterizaron», liquida la historia del progreso y devuelve una cierta estabilidad, o más bien un cierto estancamiento, al curso de la historia. Uno de los rasgos que sorprenden más en el libro de Piketty es la

ausencia de referencias a la política en su interpretación de lo ocurrido en el siglo XX, hasta el punto de que la palabra «sindicatos» aparece una sola vez, en la página 491 de su libro. ¿Se puede interpretar la evolución a largo plazo de los salarios y de las condiciones de trabajo prescindiendo de la actuación de los sindicatos?[2]

James K. Galbraith le replicó que la evidencia sugería, por el contrario, que lo que había sucedido era que «el aumento de la desigualdad es la consecuencia de momentos particulares en la historia del capitalismo financiero, cuando fuertes presiones a nivel continental o global se impusieron a las defensas institucionales que la sociedad procura erigir para proveer protecciones estabilizadoras contra los males de la desigualdad extrema».

Partiendo de sus estudios sobre la evolución de la desigualdad, Branko Milanović ha utilizado el concepto de «ondas o ciclos de Kuznets» para interpretar la evolución global de la desigualdad a lo largo de la historia, que acaba así reducida a una secuencia de ciclos, reflejados en una sugerente serie de curvas sobre la evolución de la desigualdad en el Imperio romano entre el año 14 y el 700 de la era cristiana o en España entre 1326 y 1842 (basada en la relación entre la renta de la tierra y los salarios), que pueden servir de base para sus teorizaciones, pero que tienen el inconveniente de carecer por completo de valor histórico.[3]

Así llegamos al presente, interpretado por Milanović como una «segunda onda de Kuznets» en que el crecimiento actual de la desigualdad se explica como resultado de la segunda revolución tecnológica (basada fundamentalmente en la tecnología de la información) y de la globalización, en una interpretación adornada con todos los tópicos del neoliberalismo (la imposibilidad de aumentar los impuestos por la movilidad del capital, etc.). Tras lo cual llegamos a las previsiones de futuro, que son de una extrema vaguedad y se limitan a poco más que a afirmar que en los próximos veinte años la desigualdad puede reducirse a lo sumo en una «decimoquinta parte» y que las ganancias de este proceso no se distribuirán uniformemente.

La misma gráfica española, de 1350 a 1850, la usa Milanović en un artículo publicado en *Nature* en septiembre de 2016, que concluye previniendo contra las fuerzas malignas de las políticas populistas-nacionalistas con las que, tanto en el «Occidente rico» como en Rusia, Turquía y China, se intenta aplacar a los

descontentos. La moral del artículo, y de la obra entera de Milanović, se expresa en el título mismo del artículo, «La desigualdad de los ingresos es cíclica», que se amplía en un subtítulo: «Las alzas y caídas periódicas en la disparidad entre pobres y ricos a lo largo de siglos indican que la desigualdad no crecerá por siempre». Lo cual es, evidentemente, una incitación a la paciencia y a la inacción, mientras millones de niños siguen muriendo en el mundo a causa de una alimentación insuficiente.

Casi al mismo tiempo en que aparecía el libro de Milanović, Lindert y Williamson, que habían colaborado con él en los estudios sobre la desigualdad en la historia, publicaban un estudio sobre el crecimiento y la desigualdad en Estados Unidos desde 1700 hasta la actualidad, más sólido que el de Milanović en cuanto se refiere a su base estadística, y con una conclusión razonable que sostiene que «los movimientos de la desigualdad no derivan de ninguna ley fundamental del desarrollo capitalista» y que si hay algún punto de apoyo para mover la desigualdad, éste debe ser político.

Una nueva interpretación, más limitada aún a la economía que las anteriores, la aportó Robert J. Gordon con su libro, *The rise and fall of American growth. The U.S. standard of living since the civil war*. Gordon había avanzado ya en 2012 interpretaciones en que anunciaba el fin del crecimiento y denunciaba el efecto negativo de los «vientos en contra» (*headwinds*), que eran entonces seis y han quedado con el tiempo reducidos a cuatro. Las conclusiones que los críticos deducían de estos trabajos eran que Gordon sostenía que la era del progreso continuo se había acabado y que no había que esperar nuevas revoluciones industriales.

En el libro de 2016 el análisis de Gordon se limita a considerar la evolución de los niveles de vida —un tema al que hay que reconocer que hace interesantes aportaciones— en Estados Unidos de 1870 a 2014. El factor esencial del progreso habría sido la tecnología, en el transcurso de tres revoluciones industriales, la tercera de las cuales, la digital, desarrollada entre 1996 y 2004, habría sido de escasos efectos, lo que explicaría que la década de 2004 a 2014 fuese la de más lento crecimiento de la productividad de la historia norteamericana. Todo lo cual le conduce a predecir un futuro de estancamiento en que en los próximos veinticinco años el crecimiento del nivel de vida no va a pasar del 0,3 %.

A todo eso se agrega la consideración de estos «vientos en contra» que obstaculizan el progreso, que son una débil demografía, el aumento de la desigualdad, las deficiencias de la educación y la carga creciente de la deuda del estado. Aunque tampoco se debe tomar esto demasiado en serio, puesto que su última conclusión es que «las fuentes del lento crecimiento de la productividad, el aumento de la desigualdad y la disminución de las horas de trabajo por persona residen en causas fundamentales que serían difíciles de compensar». La conclusión es que aplicar todas las medidas que se proponen para contrarrestar los efectos de los «vientos en contra» no serviría para mejorar el ingreso por persona más allá de unas pocas décimas por encima del 0,3 % previsto.

Pudiera pensarse que un análisis tan limitado en su alcance reduciría su influencia al campo de los debates en torno a las medidas del crecimiento económico y del nivel de vida. Lejos de ello, una amplia reseña publicada en la *New York Review of Books* por William D. Nordhaus, profesor de economía de la Universidad de Yale, lleva el título de «Why growth will fall» («Por qué caerá el crecimiento»). Se trata, en suma, de una aportación más a la doctrina que sostiene que la combinación de estancamiento y desigualdad en que estamos inmersos la han causado factores económicos inevitables y que no hay forma de oponerse eficazmente a ellos. Como había escrito Martin Wolf en el *Financial Times*, en una reseña a un trabajo anterior de Gordon: «Acostumbraos a eso. No cambiará».[4]

BIBLIOGRAFÍA

1. LA GRAN GUERRA (1914-1918) La bibliografía sobre la Gran guerra que se ha usado comienza con Jay Winter, ed., *The Cambridge history of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 3 vols. y con las obras de Hew Strachan, en especial el espléndido primer volumen, único publicado, de *The First World War. I, To arms*, Oxford, Oxford University Press, 2001 y su síntesis *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2004. A ellos se suman los numerosos libros aparecidos con motivo del centenario, como Max Hastings, *1914. El año de la catástrofe*, Barcelona, Crítica, 2013; Margaret MacMillan, *1914. De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013; Christopher Clark, *Los sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2014; Adam Hochschild, *Para acabar con todas las guerras*, Barcelona, Península, 2013; Alexander Watson, *Ring of Steel. Germany and Austria-Hungary at war, 1914-1918*, Londres, Allen Lane, 2014; Geoffrey Wawro, *A mad catastrophe. The outbreak of World war I and the collapse of the Habsburg empire*, Nueva York, Basic Books, 2014; F. W. Beckett, *The making of the first World war. A pivotal history*, New Haven, Yale University Press, 2012; Charles Emerson, *1913: In search of the world before the Great War*, Londres, Bodley Head, 2013, *etc.* Una importante fuente de informaciones es la *International encyclopedia of the first world war*, que puede consultarse *online*.

Una serie de revisiones bibliográficas valoran estas aportaciones recientes y las sitúan en el contexto de los estudios anteriores: Samuel R. Williamson Jr. y Ernest R. May, «An identity of opinion: Historians and July 1914», en *Journal of Modern History*, 79 (2007), n.º 2, pp. 335-387; Jan Rüger, «Revisiting the Anglo-German antagonism», en *Journal of Modern History*, 83 (2011), n.º 3, pp. 579-617; Heather Jones, «As the centenary approaches: The regeneration of First World War historiography», en *The Historical Journal*, 56 (2013), nº 3, pp. 857-868; R. J. W. Evans, «The greatest catastrophe the world has seen», en *New York Review of Books*, 6 de febrero de 2014; William Mulligan, «The trial continues. New directions in the study of the origins of the First World War», «review article», en *English Historical Review*, 129 (2014), n.º 538, pp. 639-666; John Deak, «The Great War and the forgotten realm: the Habsburg monarchy and the First World War», en *The Journal of Modern History*, 86 (2014), n.º 2, pp. 336-380; Ferdinand Mount, «Easy going procrastinators», en *London Review of Books*, 37 (2015), 1, pp. 17-20, o el número especial, dedicado a «Historiographies étrangères de la Première Guerre Mondiale», de la revista *Histoire@Politique*, n.º 22 (2014, 1).

Hay una amplísima bibliografía sobre los antecedentes y causas del conflicto, comenzando por los debates en torno a los móviles de guerra de Alemania, que planteó en 1961 Fritz Fischer en *Griff nach der Weltmacht* y que suscitaron una amplia discusión: véase, por ejemplo, el número monográfico del *Journal of Contemporary History*, edición especial, «The Fischer controversy after 50 years», 48 [2013], n.º 2, coordinado por Annika Mombauer, del que he utilizado diversos textos, como el de la coordinadora del número y el sumario de la conferencia por Jonathan Steinberg. También, paralelamente, la defensa del propio Fischer en «Twenty-five years later: Looking back at the 'Fischer Controversy' and its consequences» *Central European History*, 21 (1988) 3, pp. 207-223, en que denuncia la persecución política de que fue objeto. Paralelamente, Holger H. Herwig, «Admirals versus Generals: The war aims of

the Imperial German Navy, 1914-1918», en *Central European History*, 5 (1972) 3, pp. 208-233.

Sobre la «crisis de julio» y el comienzo de la guerra: John C. G. Röhl, en *Wilhelm II into the abyss of war and exile 1900-1941*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, la parte final de su monumental biografía de Guillermo II, a quien atribuye la responsabilidad por el estallido de la guerra (criticado por Christopher Clark en «How powerful was the Kaiser?», en *London Review of Books*, 23 de abril de 2015); T. G. Otte, *July crisis. The world's descent into war, summer 1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014; Richard F. Hamilton y Holger H. Herwig, *Decissions for war, 1914-1917*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; Sean McMeekin, *The Russian origins of the first World War*, Cambridge, Mass., Belknap/Harvard University Press, 2011, y *July 1914. Countdown to war*, Londres, Icon Books, 2013, donde nos ofrece un relato día a día de los acontecimientos; Mark Hewitson, *Germany and the causes of the First World War*, Oxford, Berg, 2004; Douglas Newton, *The darkest day. The truth behind Britain's rush to war 1914*, Londres, Verso Books, 2014; David G. Herrmann, *The arming of Europe and the making of the First world war*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Samuel R. Williamson, *The politics of grand strategy: Britain and France prepare for war, 1904-1914*, Londres, Ashfield Press, 1990; Keith Wilson, ed., *Decisions for war, 1918*, Londres, UCL Press, 1995; Christopher H. D. Howard, «The Vienna Diary of Berta de Bunsen, 28 June-17 August 1914», en *Historical Research*, 51 (1978), n.º 124, pp. 209-225, *etc.* Sin olvidar el viejo pero fundamental artículo de Imanuel Geiss, «The outbreak of the First World War and German war aims», en *Journal of Contemporary History*, I (1966), n.º 3, pp. 75-91, ni otros, como Konrad H. Jarausch, «The illusion of limited war: Chancellor Bethmann Hollweg's calculated risk, July 1914», en *Central European History*, 2 (1969), 1, pp. 48-76 y, del mismo autor, «Revising German history: Bethmann Hollweg revisited», en *Central European History*, 21 (1988), 3, pp. 224-243; Solomon Wank, «Desperate counsel in Vienna in July 1914: Berthold Molden's unpublished memorándum», en *Central European History*, 26 (1993) 3, pp. 281-295.

Sobre la historia militar: Peter Hart, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Crítica, 2014, ofrece una buena síntesis. Entre los libros sobre campañas y batallas: Mira Radojević y Ljubodrag Dimić, *Serbia in the Great War, 1914-1918*, Belgrado, 2014 (he utilizado también el artículo de Mile Bjelajac en *International Encyclopedia of the First World War*); Richard Basset, *For God and Kaiser. The Imperial Austrian army from 1619 to 1918*, New Haven, Yale University Press, 2016; Holger H. Herwig, *The Marne, 1914. The opening of World War I and the battle that changed the world*, Nueva York, Random House, 2009; Malcolm Brown, *The Imperial War Museum Book of the Somme*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1996; Chris McCarthy, *The Somme. The day-by-day account*, Londres, Greenwich Editions, 1996 (ed. original 1993); Robin Prior and Trevor Wilson, *The Somme*, New Haven, Yale University Press, 2005 y, de los mismos autores, *Passchendaele. The untold story*, New Haven, Yale University Press, 1996; Mark Harrison, «Why the battle of the Somme marks a turning point of World War I», en *The Conversation*, 29 de junio de 2016; John Jewell, «'Our casualties are not heavy': how British press covered the battle of the Somme», en *The Conversation*, 30 de junio de 2016; Norman Stone, *The eastern front 1914-1917*, Londres, Penguin, 1998[2]. Nick Lloyd, *Hundred days. The end of the Great War*, Londres, Viking, 2013; Henri Castex, *L'affaire du Chemin des Dames. Les Comités secrets (1917)*, París, Imago, 1998; Louis Barthas, *Les carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914-1918*, París, La Découverte, 1997. Una denuncia de la brutalidad de los métodos empleados por Alemania, Diana Preston, *A higher form of killing*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2015. F. L. Carsten, *War against war. British and German radical movements in the First World War*, Londres, Batsford, 1982; Wayne Thorpe, «The European syndicalists and war, 1914-1918», en *Contemporary European History*, 10 (2001), 1, pp, 1-24; *L'année 1915*, número monográfico de la revista *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 219, 2005, ed. por Francis Latour, de donde uso el artículo de Jean-Jacques Becker, «Réflexions sur la guerre en 1915 sur le front occidental (d'après les notes des généraux Fayolle et Haig)», pp. 5-13. Sobre el mito del ataque a la bayoneta, Jean-Norton Cru, *Témoins*, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 1993 (la edición original es de 1929); los detalles sobre la caballería británica proceden de The Marquess of Anglesey, *A history of the British cavalry, 1816-1919:* VIII: *The Western Front, 1915-1918: Epilogue, 1919-1939*, Londres, Leo Cooper, 1997. Sobre la guerra

naval, Robert K. Massie, *Dreadnought: Britain, Germany and the coming of the Great War*, Londres, Pimlico, 1993 y *Castles of steel. Britain, Germany and the winning of the Great War at sea*, New York, Ballantine Books, 2003; Erik Larson, *Lusitania*, Barcelona, Ariel, 2015; Barbara W. Tuchman, *El telegrama Zimmermann*, México, Grijalbo, 1960; Antonio Martelli, *Le due battaglie dell'Atlantico*, Bolonia, Il Mulino, 2015. Sobre los motines de soldados, Nicolas Offenstadt, *Les fusillés de la Grande Guerre et la mémoire collective (1914-1999)*, París, Odile Jacob, 1999.

Otros aspectos que van más allá de la diplomacia y los combates, en Jürgen Kocka, *Facing total war. German society, 1914-1918*, Lexington Spa, Berg, 1984; Arno Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1984; Avner Offer, *The First World War: an agrarian interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 1989; Mark Levene, *Devastation.* I: *The European rimlands 1912-1938*, Oxford, Oxford University Press, 2013; G. Hardach, *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1986; Mary Elisabeth Cox, «Hunger games: or how the allied blockade in the First World War deprived German children of nutrition, and allied food aid subsequently saved them», en *Economic History Review*, 68 (2015), n.º 2, pp. 600-631; William Butler, «How World War I contributed to the Easter rising», en *The Conversation*, 21 de abril de 2016: Colm Tóibin, «After I am hanged my portrait will be interesting. (Easter 1916)», en *London Review of Books*, 38, n.º 7, 31 de marzo de 2016. Sobre la «revolución armamentista», Daniel R. Headrick, *El poder y el imperio*, Barcelona, Crítica, 2011 y John Ellis, *The social history of the machine gun*, Londres, Pimlico, 1993.

He utilizado además, Roger Chickering y Stig Förster, eds., *Great War, Total War. Combat and mobilization on the western front, 1914-1918*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000; Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; John Lowe, *The great powers, imperialism and the German problem, 1865-1925*, Londres, Routledge, 1994; Holger H. Herwig, *The first world war. Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, Londres, Arnold, 1997; Niall Ferguson, *The pity of war*, Londres, Allen Lane, 1998; Joachim Remak, «1914. The Third Balkan War: Origins reconsidered» y la réplica de Paul W. Schroeder, «World War I as Galloping Gertie: A reply to Joachim Remak», ambos en *Journal of Modern History*, 43 (1971), n.º 3, pp. 353-366 y 44 (1972), n.º 3, pp. 319-345, respectivamente; Alan Sked, *The decline and fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*, Londres, Longman, 1989, y la excelente revisión de las nuevas aportaciones que hace en «Austria Hungary and the First World War», en *Histoire@Politique*, n.º 22 (2014), pp. 16-49; F. R. Bridge, *The Habsburg monarchy among the great powers, 1815-1918*, Nueva York, Berg, 1990; Jean Jacques Becker, *La France en guerre, 1914-1918: la grande mutation*, Bruselas, Complexe, 1988; Alexander Watson, «'Unheard-of brutality': Russian atrocities against civilians en East Prussia, 1914-1918», en *Journal of Modern History*, 86 (2014), n.º 4, pp. 780-825; Stephen Bailey, «The Berlin strike of January 1918», en *Central European History*, 13 (1980), 1, pp. 158-174; Elizabeth H. Tobin, «War and the working class: The case of Düsseldorf 1914-1918», en *Central European History*, 18 (1985), 3, pp. 257-298; Keith Surridge, «More than a great poster: Lord Kitchener and the image of the military hero», en *Historical Research*, 74 (2001), n.º 185, pp. 298-313; Anne-Laure Annizan, «1914-1918, Le gouvernement de guerre», en *Histoire@Politique*, n.º 22 (2014), pp. 215-232; Joshua A. Sanborn, «Unsettling the Empire: Violent migrations and social disaster in Russia during World War I», en *Journal of Modern History*, 77 (2005), n.º 2, pp. 290-324; Michael Geyer, «Insurrectionary warfare: The German debate about a 'levée en masse' in october 1918», en *Journal of Modern History*, 73 (2001), n.º 3, pp. 459-527; Belinda Davis, «Experience, identity, amd memory: The legacy of World War I», en *Journal of Modern History*, 75 (2003), n.º 1, pp. 111-131; Michel Ostenc, «L'Italie en guerre», en *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 219 (2005), pp. 15-30; *etc.*

Los libros sobre la otra guerra, la que se desarrolló más allá de los escenarios europeos, son menos abundantes. Se ha usado sobre todo Eugene Rogan, *La caída de los otomanos. La Gran Guerra en el Oriente Próximo*, Barcelona, Crítica, 2015; Robert Gerwarth y Erez Manela, eds., *Empires at war, 1911-1923*, Oxford, Oxford University Press, 2014; Chantal Antier, «Le recrutement dans l'empire colonial Français, 1914-1918», en *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 230 (2008), pp. 23-36; Philippe-Blaise Essomba, «La guerre des voies de communication au Cameroon, 1914-1916», en *Guerres mondiales*

et conflits contemporanis, n.º 248 (2012), pp. 7-26; Bernerd Porter, «Who was the enemy?», en *London Review of Books*, 37 (2015), n.º 10, pp. 39-41; Raymond H. Kerkovian e Yves Ternon, *Mémorial du génocide des arméniens*, París, Seuil, 2014; Ronald Grigor Suny, *«They can live in the desert but nowhere else». A history of the Armenian genocide*, Princeton, Princeton University Press, 2015 (reseñada por Edward Luttwak en *London Review of Books*, 37 [2015], 4, pp. 6-8); Sean McMeekin, *The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman empire and Germany's bid for world power*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2010; Andrekos Varnava, «Imperialism first, the war second: the British, an Armenian legion and deliberations on where to attack the Ottoman empire, November 1914-April 1915», en *Historical Research*, 87 (2014), n.º 237, pp. 533-555; Martin Motte, «La seconde Iliade: Blocus et contre-blocus au Moyen Orient, 1914-1918», en *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 214 (2004), pp. 39-53.

Sobre los tratados de paz: Pierre Renouvin, *Le traité de Versailles*, París, Flammarion, 1969; Arno J. Mayer, *Politics and diplomacy of peacemaking: containment and counterrevolution at Versailles, 1918-1919*, Nueva York, Knopf, 1967; John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002; Margaret Macmillan, *París 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2005.

2. LA HORA DE LA REVOLUCIÓN

Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003; David Priestland, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010; Donald Sassoon, *One hundred years of socialism. The West European left in the twentieth century*, Londres, I. B. Tauris, 2010; Franz Mehring, *Storia della socialdemocrazia tedesca*, Roma, Riuniti, 1974; Pierre Rosanvallon, *Rethinking equality in an age of inequality*, Florencia, European University Institute, 2011 y «How to create a society of equals», en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2016, pp. 16-22.

La revolución rusa

Orlando Figes, *La revolución rusa 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000; Oleg V. Khlevniuk, *Stalin. New biography of a dictator*, Mew Haven, Yale University Press, 2015; James Harris, *The great fear, Stalin's terror of the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 2016 (pese a la limitación temática que implica su subtítulo, el libro de Harris nos ofrece una revisión a fondo de la historia de la revolución); Edward Acton, Vladimir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg, eds., *Critical companion to the Russian revolution, 1914-1921*, Bloomington, Indiana University Press, 1997; Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000; Ronald Kowalski. *The Russian revolution 1917-1921*, Londres Routledge, 1997; Lev Trotski, *Historia de la revolución rusa*, París, Ruedo Ibérico, 1972; Christopher Hill, *La revolución rusa*, Barcelona, Ariel, 1969; Stephen F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política 1888-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1976, y *Rethinking the Soviet experience: politics and history since 1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1985; Catherine Merridale, *El tren de Lenin*, Barcelona, Crítica, 2017; Edward Crankshaw, «When Lenin returned», en *The Atlantic*, octubre de 1954; sobre el rechazo inicial de las «tesis de abril», Khlevinuk, *Stalin*, pp. 42-47; Kenneth D. Ackerman, *Trotski in New York 1917. A radical on the eve of revolution*, Berkeley, Counterpoint, 2016; Yuri Akhapkin, *The first decrees of Soviet power*, Londres, Lawrence and Wishart, 1970; Diane Koenker, *Moscow workers and the 1917 revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1991; S. A. Smith, *Red Petrograd: Revolution in the factories, 1917-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Diane Koenker y W. G. Rosenberg: *Strikes and revolution in Russia, 1917*, Princeton, Princeton University Press,

1989; L.T. Lih, *Bread and autorithy in Russia, 1914-1921*, Berkeley, University of California Press, 1990; Donald J. Raleigh, *Revolution on the Volga: 1917 in Saratov*, Ithaca, Cornell University Press, 1986; Alec Nove, *An economic history of the USSR, 1917-1991*, Londres, Penguin, 1992; Christopher Read, *From tsar to soviets. The Russian people and their revolution, 1917-21*, Londres, UCL, 1996; E. N. Gorodetskij, *La formazione dello stato sovietico*, Roma, Editori Riuniti, 1972; Liliana Riga, *The Bolsheviks and the Russian empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014; Robert Service, *Lenin. A biography*, Londres, Macmillan, 2000; Simon Sebag Montefiore, *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*, Barcelona, Crítica, 2008; Mark D. Steinberg y Vladimir M. Khrustalev, *The fall of the Romanovs. Political dreams and personal struggles in a time of revolution*, New Haven, Yale University Press, 1995; Simon Sebag Montefiore, *Los Románov, 1613-1918*, Barcelona, Crítica, 2016; Alfred Knox, *With the Russian army*, Londres, Hutchinson, 1921; William G. Rosenberg, *Liberals in the Russian revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921*, Princeton, Princeton University Press, 1974; Joshua A. Sanborn, *Imperial Apocalypse: The Great War and the destruction of the Russian empire*, Oxford, Oxford University Press, 2014; del mismo autor, «Unsettling the Empire: Violent migrations and social disorder in Russia during World War I», en *Journal of Modern History*, 77 (2005), 2, pp. 290-324 y «The genesis of Russian warlordism: Violence and governance during the First World War and the Civil War», en *Contemporary European History*, 19 (2010), 3, pp. 195-213; Greg Afinogenov, «I try not to thinnk too hard», en *London Review of Books*, 38 (2016), n.º 3, pp. 29-30; John W. Wheeler-Bennett, «The meaning of Brest-Litovsk today», en *Foreign Affairs*, octubre de 1938 y «From Brest-Litovsk to Brest-Litovsk», en *Foreign Affairs*, enero de 1940.

Sobre la guerra civil: Vladimir R. Brovkin, *Behind the front lines of the civil war. Political parties and social movements in Russia, 1918-1922*, Princeton, Princeton University Press, 1994; V. P. Butt, A. B. Murphy, N. A. Myshov y G. R. Swain, eds., *The Russian civil war. Documents from the Soviet archives*, Londres, Macmillan, 1996; Evan Mawdsley, *The Russian civil war*, Boston, Allen and Unwin, 1987; Jean-Jacques Marie, *La guerre civile russe, 1917-1922*, París, Autrement, 2005; Paul Avrich, *The Russian anarchists*, Princeton, Princeton University Press, 1971.

Sobre 1921: Michel Olivier, *La izquierda bolchevique y el poder obrero, 1919-1927*, Barcelona, Espartaco Internacional, 2011; Israel Getzler, *Kronstadt 1917-1921: the fate of a soviet democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Ida Mett, *La comuna de Cronstadt*, Barcelona, Espartaco Internacional, 2006; Alexandra Kollontai, *La oposición obrera*, Barcelona, Anagrama, 1975.

Sobre Alemania y la Europa central: F. L. Carsten, *Revolution in Central Europe, 1918-1919*, Berkeley, University of California Press, 1972 y *War against war. British and German radical movements in the First World War*, Londres, Batsford, 1982; Richard Bessel, *Germany after the First World War*, Oxford, Clarendon Press, 1993; Holger H. Herwick, «The first German Congress of Workers' and Soldiers' Councils and the problema of military reforms», en *Central European History*, 1 (1968), pp. 150-165; D. K. Buse, «Ebert and the German crisis, 1917-1920», en *Central European History*, 5 (1972), 3, pp. 214-255; J. W. Wheeler-Bennet, *The Nemesis of power*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2005[2]; Gilbert Badia, *Los espartaquistas*, Barcelona, Mateu, 1971; Pierre Broué, *Revolución en Alemania. Victoria y derrota del izquierdismo*, Barcelona, A. Redondo, 1973; Gerald D. Feldman, «Big business and the Kapp putsch», en *Central European History*, 4 (1971), 2, pp. 99-130.

Sobre el movimiento contrarrevolucionario: Robert Gerwarth, «The Central European counterrevolution: paramilitary violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», en *Past and Present*, 200 (2008), pp. 175-209; Robert Gerwarth y John Horne, *War in peace: Paramilitary violence in Europe after the Great war*, Oxford, Oxford University Press, 2012, y de los mismos autores, «Vectors of violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923», en *Journal of Modern History*, 83 (2011), 3, pp. 489-512, y «The Great War and paramilitarism in Europe, 1917-1923», en *Contemporary European History*, 19 (2010), 3, pp. 267-273 (en un número monográfico, presentado como suplemento, con el título de «Aftershocks: Violence in dissolving empires after the First World War», con una introducción de Julia Eichenberg y John Paul Newman); William Carl Mathews, «The economic origins of the Noskepolitik», en *Central European History*, 27 (1994), 1, pp. 65-86. Son interesantes también las aportaciones que acerca de los movimientos de protesta en Alemania y Austria-Hungría hace Alexander Watson en *Ring of Steel. Germany and Austria-Hungary at war, 1914-1918*, Londres, Allen Lane, 2014.

Sobre Hungría: Rudolf L. Tökes, *Bela Kun and the Hungarian Soviet Republic: the origins and the role of the Communist Party of Hungary in the revolutions of 1918-1919*, Londres, Pall Mall, 1967; Joseph Rothschild, *East Central Europe between the two World Wars*, Seattle, University of Washington Press, 1990; Peter Handk y Josep Held, «Hungary on a fixed course», en Peter Held, ed., *The Columbia History of Eastern Europe in the twentieth century*, Nueva York, Columbia University Press, 1992; Bela Bodo, «Hungarian aristocracy and the White terror», en *Journal of Contemporary History*, 45 (2010), 4, pp. 703-724.

El comunismo a escala internacional

Además de los libros de Geoff Eley, David Priestland y Donald Sassoon citados al principio, Kevin McDermott y J. Agnew: *The Comintern. A history of international communism from Lenin to Stalin*, Londres, Macmillan, 1996; Miloš Hájek, *Historia de la Tercera Internacional: la política de frente único, 1921-1935*, Barcelona, Crítica, 1984; Jules Humbert-Droz, *L'origine de l'Internationale communiste: de Zimmerwald à Moscou*, Neuchätel, Editions de la Baconnière, 1968 y *De Lénine a Staline: dix ans au service de l'Internationale Communiste, 1921-1931*, Neuchätel, Editions de la Baconnière, 1971; Karl Kraus, «Antwort an Rosa Luxemburg von einer Unsentimentalen», en *Die Fackel. Glossen*, *Aufsätze, Vorträge*, 1920.

El nuevo rumbo del socialismo soviético

Además del libro de Khleniuk sobre Stalin y de las interesantes aportaciones de James Harris en los capítulos 3 y 4 de su libro (pp. 57-100), Edward H. Carr, *Socialism in one country, 1924-1926*, Hardmonsworth, Penguin, 1970, y *Bases de una economía planificada, 1926-1929*, Madrid, Alianza, 1980; Alec Nove, *Socialist econmomics. Selected readings*, Harmondsworth, Penguin, 1972; Margarete Buber-Neumann, *La révolution mondiale: l'histoire du Komintern, 1919-1943 racontée par l'un de ses principaux témoins*, Tournais, Casterman, 1971; Nikolái I. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, París, Ruedo Ibérico, 1969; Evgeni Preobrazenskij, *De la N. E. P. al socialismo: una visión del futuro de Rusia y Europa*, Barcelona, Fontanella, 1976 y *La nueva economía*, Barcelona, Ariel, 1970; A. V. Chayánov, *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974; Maurice Dobb, *El desarrollo de la economía soviética desde 1917*, Madrid, Tecnos, 1972; Robert C. Allen, *Farm to factory: a reinterpretation of the Soviet industrial revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2003; R. W. Davies, *Soviet economic development from Lenin to Khrushchev*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Sheila Fitzpatrick, *El equipo de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2016; Teodor Shanin, *La clase incómoda: sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo, Rusia 1910-1925*, Madrid, Alianza, 1983; R. W. Davies, Mark Harrison y S. G. Wheatcroft, eds., *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; Alexander Erlich, *The Soviet industrialization debate: 1924-1928*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960; Naum Jasny, *Soviet economists of the twenties: names to be remembered*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972; Nicolas Spulber, ed., *La strategia soviética per lo sviluppo económico 1924-1930: la discusione degli anni venti nell'URSS*, Turín, Einaudi, 1970; Sigrid Grosskopf, *L'Alliance ouvrière et paysanne en U. R. S. S., 1921-1928: le problème du ble*, París, Maspero, 1976; Loren R. Graham, *El fantasma del ingeniero ejecutado. Por qué fracasó la industrialización soviética*, Barcelona, Crítica, 2001; *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, edición digital de Izquierda Comunista, mayo de 2008. Un análisis del llamado «testamento de Lenin» se encontrará en Luciano Canfora, *La storia falsa*, Milán, Rizzoli, 2009; John Channon, «New insights into rural Russia. East and west», «review article» en *European History Quarterly*, 17 (1987), pp. 493-504; Nirmal Kumar Chandra, «Bukharin's alternative to Stalin: Industrialisation without forced collectivisation», en *Journal of Peasant Studies*, 20 (1992), n.º 1, pp. 97-159.

3. RESTABLECER EL ORDEN (1919-1929) Adam Tooze, *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Barcelona, Crítica, 2016; John Maynard Keynes, *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988; Julián Casanova, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2013;

Susan Pedersen, *The guardians. The League of Nations and the crisis of empire*, Nueva York, Oxford University Press, 2015 y «Back to the League of Nations», Review Essay, en *American Historical Review*, 112 (2007), n.º 4, pp. 1091-1117; Sally Marks, «Mistakes and myths: The allies, Germany and the Versailles Treaty, 1918-1921», en *Journal of Modern History*, 85 (2013), n.º 3, pp. 632-659; Derek H. Aldcroft, *The European economy, 1914-2000*, Londres, Routledge, 2001[4].

La decadencia de Europa

Zara Steiner, *The lights that failed. European international history 1919-1933*, Oxford, Oxford University Press, 2005; Ian Kershaw, *Descenso a los infiernos. La autodestrucción de Europa, 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016; Charles S. Maier, *Recasting bourgeois Europe: stabilization in France, Germany, and Italy in the decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1975; Dan P. Silverman, *Reconstructing Europe after the Great War*, Londres, Harvard University Press, 1982; Charles P. Kindleberger, *Historia financiera de Europa*, Barcelona, Crítica, 2011; Derek H. Aldcroft, *De Versalles a Wall Street*, *1919-1929*, Barcelona, Crítica, 1985; R. J. Overy, *The inter-war crisis 1919-1939*, Londres, Longman, 1994; Stephen White, *The origins of détente: the Genoa conference and Soviet-Western relations, 1921-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Benjamin D. Rhodes, «Reassessing 'Uncle Shylock': the United States and the French War debt, 1917-1929», en *The Journal of American History*, 55, n.º 4 (marzo de 1969), pp. 787-803. Sobre los impuestos en la guerra y la posguerra, Kenneth Scheve y David Stasavage, *Taxing the rich, A history of fiscal fairness in the United States and Europe*, Princeton, Princeton University Press and Russell Sage Foundation, 2016.

Sobre Gran Bretaña, John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1987; W. H. B. Court, *Scarcity and choice in history*, Londres, Edward Arnold, 1970, que nos ofrece sus recuerdos sobre la huelga general; A. J. P. Taylor, *English history*, *1914-45*, Oxford, Oxford University Press, 1992; Andrew Thorpe, *Britain in the era of the two world wars*, *1914-45*, Londres, Longman, 1994

Sobre Francia: Philippe J. Bernard, *La fin d'un monde, 1914-1929*, París, Seuil, 1975; Émile Moreau, *Souvenirs d'un gouverneur de la Banque de France (1926-1928)*, París, Ed. M.-Th. Génin-Librairie Médicis, 1954; Jean Jacques Becker y Serge Bernstein: *Victoire et frustrations, 1914-1929*, París, Seuil, 1990; Zeev Sternhill, *Ni droite ni gauche: l'idéologie fasciste en France*, París, Fayard, 2000; Alfred Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, París, Fayard, 1965-1972, 3 vols.

Sobre Alemania: Richard Bessel, *Germany after the First World* War, Oxford, Clarendon, 1993; Gordon A. Craig, *Germany*, *1866-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1981; Helmut Heiber, *The Weimar republic*, Oxford, Blackwell, 1993; Hans Mommsen, *The rise and fall of Weimar democracy*, Chapell Hill, University of North Carolina Press, 1996; Jonathan Weight, *Gustav Stresemann. Weimar's greatest stateman*, Oxford, Oxford University Press, 2002; Anton Kaes y Martin Jay, eds., *The Weimar republic sourcebook*, Berkeley, University of California Press, 1994; Gerald D. Feldman, *The great disorder. Politics, economics, and society in the German inflation, 1914-1924*, Nueva York, Oxford University Press, 1997 e *Iron and Steel in the German inflation, 1916-1923,* Princeton, Princeton University Press, 1977; Carl-Ludwig Holtfrerich, *The German inflation, 1914-1923*, Nueva York, 1985; Harold James, *The German slump. Politics and economics, 1924-1936*, Oxford, Clarendon Press, 1986; David Abraham, *The collapse of the Weimar Republic. Political Economy and crisis*, Princeton, Princeton University Press, 1981; Peter Fritsche, «Did Weimar fail?» «review article», en *Journal of Modern History*, 68 (1996), pp. 629-656; John Lowe, *The great powers, imperialism and the German problem, 1865-1925*, Londres, Routledge, 1994; Conan Fischer, *The rise of the nazis*, Mánchester, Manchester University Press, 1995; Ron Rosenbaum, *Explaining Hitler. The search for the origins of his evil*, Londres, Macmillan, 1998; Sven Felix Kellerhoff, *«Mi Lucha» La historia de un libro que marcó el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2016; Stefan Vogt, «Strange encounters: Social democracy and radical nationalism in Weimar Germany», en *Journal of Contemporary History*, 45 (2010), n.º 2, pp. 253-281. Se han utilizado también una serie de artículos de la revista *Central European History*, como los del «Symposium: Hindenburg and the Weimar republic», en 23 (1990), n.º 2, demasiado numerosos como para citarlos aquí.

Sobre Italia y el fascismo: Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1923)*, Bolonia, Il Mulino, 1996, *E fu subito regime. Il fascismno e la marcia su Roma*, Roma, Laterza, 2012; Renzo di Felice, *Mussolini*, Turín, Einaudi, 1965-1997, 8 vols. (para esta etapa, los volúmenes 1-3, «Il rivoluzionario, 1883-1920», «Il fascista, I: La conquista del potere, 1921-1925» e «Il fascista II: L'organizzaione dello stato

fascista, 1925-1929»); Alberto Aquarone, *L'organizzazione dello stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1995; Aurelio Lepre, *Mussolini*, Roma, Laterza, 1998; Emidio Orlando, *Il dossier Matteotti*, Milano, Mursia, 1994; Denis Mack Smith, *Mussolini*, Milán, Rizzoli, 1983; R. J. B. Bosworth, *Mussolini*, Barcelona, Península, 2003; Donald Sassoon, *Mussolini y el ascenso del fascismo*, Barcelona, Crítica, 2008; Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, Turín, Einaudi, 1967-1975; Enzo Colloti, ed., *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma, Laterza, 2000; Nicola Tranfaglia, *La Prima guerra mondiale e il Fascismo*, Turín, Utet, 1995; Christopher Duggan, *Fascist voices. An intimate history of Mussolini's Italy*, Londres, The Bodley Head, 2012; Daniel Guerin, *Fascisme et grand capital*, París, Libertalia, 2014; David L. Kertzer, *The Pope and Mussolini. The secret history of Pius XI and the rise of fascism in Europe*, Nueva York, Random House, 2014; David Roberts, «Italian fascism: New light on the dark side», en *Journal of Contemporary History*, 44 (2009), n.º 3, pp. 523-533; Paul Corner, «Italian fascism: Whatever happened to dictatorship?», en *Journal of Modern History*, 74 (2002), n.º 2, pp. 325-351; Anthony L. Cardoza, «Recasting the Duce for the new century: Recent scholarship on Mussolini and Italian fascism», en *Journal of Modern History*, 77 (2005), n.º 3, pp. 722-737; Adam Tooze, «When we loved Mussolini», en *New York Review of Books*, 18 de agosto de 2016, pp. 55-56 (reseña del libro de Gian Giacobo Migone sobre las relaciones entre Wall Street y el fascismo).

Sobre Europa central y los Balcanes, Joseph Rothschild, *East Central Europe between the two World Wars*, Seattle, University of Washington Press, 1990; Peter Held, ed., *The Columbia History of Eastern Europe in the twentieth century*, Nueva York, Columbia University Press, 1992; Albert Londres, *Terrorismo en los Balcanes*, Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2010.

Una cultura para los nuevos tiempos

Eric Hobsbawm nos ha ofrecido algunas de las mejores visiones de conjunto de la evolución cultural del siglo, desde su *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica 1995, hasta *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013. A lo que podemos añadir las interpretaciones de Peter Watson en *Historia intelectual del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002 y *La edad de la nada. El mundo después de la muerte de Dios*, Barcelona, Crítica, 2014. Sobre la revolución científica, José Manuel Sánchez Ron, *Historia de la física cuántica*, Barcelona, Crítica 2001, y *El mundo después de la revolución. La física de la segunda mitad del siglo XX*, Barcelona, Pasado&Presente, 2014.

Sobre la cultura de Weimar, John Willett, *Art and politics in the Weimar period. The New Sobriety 1917-1933*, Nueva York, Da Capo Press, 1996; Richard Huelsenbeck, *The Dada almanach*, Londres, Atlas Press, 1993; Eric D. Weitz, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Madrid, Turner, 2009; Siegfried Kracauer, *The mass ornament*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995 y *De Caligari a Hitler: historia psicológica del cine alemán*, Barcelona, Paidós, 1985; Magdalena Droste, *Bauhaus, 1919-1933*, Berlín, Benedikt Taschen, 1993. Sobre el cine, además, Shlomo Sand, *El siglo XX en la pantalla*, Barcelona, Crítica, 2005. Una excelente visión del arte europeo en la «época amenazadora» en el volumen colectivo: *Années 30 en Europe. Le temps menaçant 1929-1939*, París, Flammarion, 1997.

Las Américas

George C. Herring, *From colony to superpower. U.S. Foreign relations since 1776*, Nueva York, Oxford Univerity Press, 2008; Maldwyn A. Jones, *The limits of liberty. American history, 1697-1992*, New York, Oxford University Press, 1995; Eric Burns, *1920. The year that made the decade roar*, Cambridge, Pegassus, 2015; Gordon J. Davis, «What Woodrow Wilson cost my grandfather», en *New York Times*, 24

de noviembre de 2015; Edward J. Larson, *Summer for the gods. The Scope's trial and America's continuing debate over science and religion*, New York, Basic Books, 1997; Lois Wingerson, *Unnatural selection. The promise and the power on human gene research*, Nueva York, Bantam Books, 1998. Sobre los linchamientos y el verano rojo, Equal Justice Initiative, *Lynching in America. Confronting the Legacy of racial terror*, Montgomery, 2015; Tom Lewis, «How Woodrow Wilson stoked the first urban race riot», en *Politico Magazine*, 2 de noviembre de 2015; Jonathan Zimmermann, «What Woodrow Wilson did for Black America», en *Politico Magazine*, 23 de novembre de 2015; Nancy C. Unger, «Even judging Woodrow Wilson by the standards of his own time, he was deplorably racist», en *History News Network*, 13 de diciembre de 2015; David F. Krugler, *1919, the year of racial violence*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015 y la entrevista de Robin Lindley con el autor en *History News Network*, 30 de agosto de 2015; R. Radosh y A. Radosh, «What the GOP should know now about Warren G. Harding's presidential win in 1919», *Observer*, 30 de marzo de 2016; Jeffrey St. Clair y Alexander Cockburn, «A short history of Zyklon B on the US-Mexican border», en *Counterpunch*, 18 de marzo de 2016.

Las otras Américas

Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, vols. 7 (América Latina: economía y sociedad, *c.* 1870-1930); 8 (América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930), 9 (México, América Central y el Caribe, *c.* 1870-1930) y 10 (América del Sur, *c.* 1870-1930), Barcelona, Crítica, 1991-1992; Thomas E. Skidmore y P. H. Smith: *Historia contemporánea de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1996; Lars Schoultz, *Beneath the United States. A history of U.S. policy towards Latin America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998; David Schmitz, *Thank God they're on our side: United States and right-wing dictatorships 1921-1965*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999; Noel Maurer, *The empire trap. The rise and fall of U.S. intervention to protect American property overseas, 1893-2013*, Princeton, Princeton University Press, 2013; John Lynch, *Dios en el Nuevo Mundo: una historia religiosa de América Latina*, Barcelona, Crítica, 2012; John Reed, *México insurgente, 1887-1920*, Barcelona, Crítica, 2000; Alan Knight, *La revolución mexicana*, México, Grijalbo, 1996; Friedrich Katz, *The life and times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998; Enrique Krauze, *Biografía del poder: caudillos de la revolución mexicana, 1810-1940*, Barcelona, Tusquets, 1997; Richard Hart, *From occupation to independence. A short history of the peoples of the English-speaking Caribbean region*, Londres, Pluto Press, 1998; Hans Schmidt, *The United States occupation of Haiti, 1915-1934*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1995; Boris Fausto, *História do Brasil*, São Paulo, Edusp, 1998; Euclides da Cunha, *Os Sertões. Campanha de Canudos*, Río de Janeiro, Francisco Alves, 1979; Enrique Ayala, *Manual de historia del Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2008; Alberto Flores Galindo, *Los rostros de la plebe*, Barcelona, Crítica, 2001.

4. REPARTIRSE EL MUNDO (1918-1939) Susan Pedersen, *The guardians. The League of Nations and the crisis of empire*, Nueva York, Oxford University Press, 2015; Vijay Prashad, *The darker nations. A people's history of the third world*, Nueva York, The New Press, 2007; Pankaj Mishra, *From the ruins of empire. The revolt against the West and the remaking of Asia*, Londres, Allen Lane, 2012; Jeffrey G. Williamson, *Comercio y pobreza. Cuándo y cómo comenzó el atraso del Tercer Mundo*, Barcelona, Crítica, 2012; P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British imperialism, 1688-2000*, Londres, Longman, 2002; Lance E. Davis, y Robert A. Huttenback, *Mammon and the pursuit of empire: The political economy of British imperialism, 1860-1912*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Bill Schwarz, *The white man's world (Memories of Empire, I)*, Oxford, Oxford University Press, 2013; V. G. Kiernan, *Imperialism and its*

contradictions, ed. por H. J. Kaye, Nueva York, Routledge, 1995; Marc Ferro, *Le livre noir du colonialisme, XVIe-XXIe siècle: De l'extermination à la repentance*, París, Robert Laffont, 2003; Jacques Marseille, *Empire colonial et capitalisme Français. Histoire d'un divorce*, París, Seuil, 1989; John M. Hobson, «The military-extraction gap and the wary titan: The fiscal-sociology of British defence policy 1870-1913», en *Journal of European Economic History*, 22 (1933), n.º 3, pp. 461-506; P. K. O'Brien, «The costs and benefits of British imperialism: 1864-1914», en *Past and Present*, n.º 120 (agosto de 1988), pp. 163-200; David Cannadine, «The empire strikes back», en *Past and Present*, n.º 147 (mayo de 1995), pp. 180-194; Yuri Semyonov, *The conquest of Siberia*, Londres, Routledge, 1944.

Oriente próximo

Eugene Rogan, *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2011 y *La caída de los otomanos*, Barcelona, Crítica, 2015; Stanford J. Shaw, *History of the Ottoman Empire and modern Turkey*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; Justin McCarthy, *The Ottoman Turks*, Londres, Longman, 1977; A. L. Macfie, *Atatürk*, Londres, Longman, 1994; Lou Ureneck, *Smyrna, september 1922: The American mission to rescue victims of the 20th century first genocide*, Nueva York, Ecco Press, 2015; Perry Anderson, «Kemalism», en *London Review of Books*, 30 (2008), n.º 17, pp. 3-12; Daniel Pipes, «A 'shocking document' turns 100», en *Washington Post*, 8 de mayo de 2016; Juan Cole, «Colonial slow genocide: Palestinian leader Abbas ask Britain for 'Balfour' apology», en *Informed Comment*, 23 de septiembre de 2016; Justin McCarthy, «Palestine population. During the Ottoman and the British mandate», en *Palestine's Remembered's Mission Comment*, 8 de septiembre de 2001.

África

Piers Brendon, *The Decline and fall of the British Empire, 1781-1997*, Londres, Jonathan Cape, 2007; Michael Havinden y David Meredith, *Colonialism and development. Britain and its tropical colonies, 1850-1960*, Londres, Routledge, 1993; Chika Ezeanya, «Colonialism, corruption and the future», en *Pambazuka News*, 12 de septiembre de 2012; sobre Smuts «Frontier philosopher. Jan Christian Smuts», en Schwarz, *The white man's world*, pp. 277-340; Mahmoud Mandani, «The invention of the indigene», en *Pambazuka News*, 13 de enero de 2011; Mammo Muchie, «Turning Adwa into a global heritage site of Pan-African struggle» y Hanna Giorgis, «If we want to understand African history, we need to understand the battle od Adwa», ambos en *Pambazuka News*, 2 de marzo de 2016; Georges Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila. A People's History*, Londres, Zed Books, 2002. Sobre la influencia del sistema británico de «indirect rule», Merima Ali *et al*., *Colonial legacy, state-building and the salience of ethnicity in Sub-Saharan Africa*, Bergen, Chr. Michelsen Institute, 2015; Eric Reeves, «Don't forget Darfur», en *New York Times*, 11 de febrero de 2016; Herbet Ekwe-Ekwe, «Empires of conquest, occupation and genocide», en *Pambazuka News*, 4 de agosto de 2016. Sobre el exterminio de los hereros, Edwin Black, «Before Germans slaughtered Jews they slaughtered Africans», en *History News Network*, 22 de mayo de 2016 (con la réplica documentada de Jeremy Best en *HNN*, 11 de julio de 2016).

China

J. K. Fairbank y M. Goldman, *China. A new history*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1998; Immanuel Chung-yue Hsü, *The rise of modern China*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; Alexander V. Pantsov y Steven I. Levine, *Mao: The real story*, Nueva York, Simon and Schuster, 2012; Philip Short, *Mao*, Barcelona, Crítica, 2003; Lucien Bianco, *Los orígenes de la revolución china (1915-1945)*, Barcelona, Bellaterra, 1999; Peter Duus *et al*, eds., *The Japanese informal empire in China, 1895-1937*, Princeton, Princeton University Press, 1989. No estoy de acuerdo con la interpretación progresiva que de Cixi hace Jung Chang (coautora de un discutible libro sobre Mao) en *Empress dowager Cixi: The concubine who launched modern China*, Vintage, 2014.

Japón y su imperio

S. C. M. Paine, *The wars for Asia, 1911-1949*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014; Kenneth G. Henshall, *A history of Japan. From stone age to superpower*, Londres, Macmillan, 1999; Herbert P. Bix: *Hirohito and the making of modern Japan*, Londres, Duckworth, 2001; Ann Waswo, *Modern Japanese society, 1868-1994*, Oxford, Oxford University Press, 1996; Peter Duus, *The abacus and the sword: The Japanese penetration of Korea, 1895-1910*, Berkeley, University of California Press, 1995; Bruce Cumings, *Korea's place in the sun. A modern history*, Nueva York, Norton, 1997; Louise Young, *Japan's total empire. Manchuria en the culture of wartime imperialism*, Berkeley, University of California Press, 1998; Mitsuhiko Kimura, «The economics of Japanese imperialism in Korea, 1910-1939», en *Economic History Review*, XLVIII (1995), n.º 3, pp. 555-574; Ian Barnes and Robert Hudson, *Historical atlas of Asia*, Belfast, Arcadia Editions, 1998; Iris Chang, *The rape of Nanking. The forgotten holocaust of world war II*, Nueva York, Basic Books, 1997.

India y el sudeste asiático

Stanley Wolpert, *A new history of India*, Oxford, Oxford University Press, 1993[4]; Tariq Ali: *The Nehrus and the Gandhis. An Indian dinasty*, Londres, Picador, 1991; S. M. Burke y Salim Al-Din Quraishi: *The British Raj in India. An historical review*, Karachi, Oxford University Press, 1996; Pierre Brocheux y Daniel Hémery, *Indochine. La colonisation ambigüe, 1858-1954*, París, La Découverte, 1995; D. R. Sar Desai, *Southeast Asia. Past and present*, Boulder, Westview Press, 1997[4]; John Keay, *Last post. The end of empire in the Far East*, Londres, John Murray, 1997.

5. UNA DÉCADA DE CRISIS (1929-1939) Charles P. Kindleberger, *La crisis económica, 1929-1939*, Barcelona, Crítica, 1985; Charles H. Feinstein, Peter Temin y Gianni Toniolo, *The world economy between the world wars*, Nueva York, Oxford University Press, 2008; Charles P. Kindleberger y Robert Z. Aliber, *Manias, panics and crashes*, Londres, Palgrave Macmillan, 2011[6]; Dietmar Rothermund, *The global impact of the Great Depression, 1929-1939*, Londres, Routledge, 1996; Selwyn Parker, *The Great Crash: how the stock market crash of 1929 plunged the world into depression*, Londres, Platkus, 2008; Peter Fearon, *The origins and nature of the Great Slump, 1929-1932*, Londres, Macmillan, 1979; Société des Nations, *La situation économique mondiale, 1931-32*, Ginebra, Sociedad de Naciones, 1932; Walter A. Friedman,

Fortune tellers. The story of America's first economic forecasters, Princeton, Princeton University Press, 2014.

El crac de Estados Unidos

Maldwyn A. Jones, *The limits of liberty. American history, 1697-1992*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; J. K. Galbraith, *El Crac del 29*, Barcelona, Ariel, 1976; Conrad Black, *Franklin Delano Roosevelt: champion of freedom*, Nueva York, Public Affairs, 2003; Michael A. Bernstein, *The Great Depression: delayed recovery and economic change in America, 1929-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Williem E. Leuchtenburg, *The American president*, Nueva York, Oxford University Press, 2016, pp. 117-242; Robert S. McElvaine, *The Great Depression: America, 1929-1941*, Nueva York, Times Books, 1984; David F. Schmitz, *The United States and Right-Wing dictatorships*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006; John Steinbeck, *The harvest gypsies*, Berkeley, Heyday Books, 1958; Studs Terkel, *Hard times. An oral history of the Great Depression*, Nueva York, Pantheon Books, 1986; David M. Kennedy, *Freedom from fear: the American people in depression and war, 1929-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1999; Sharon Smith, *Fuego subterráneo. Historia del radicalismo de la clase obrera en Estados Unidos*, Hondarribia, Hiru, 2015; Kevin M. Kruse, *One nation under God. How corporate America invented Christian America,* Nueva York, Basic Books, 2015 (véase además la reseña de Ron Briley en *History News Network*, 23 de marzo de 2016); Frederick Rudolph, «The American Liberty League, 1934-1940», en *American Historical Review*, 66, n.º 1 (octubre de 1950), pp. 19-33; Robert H. Zieger, «Herbet Hoover: A reinterpretation», «review article» en *American Historical Review*, 81 (1976), 4, pp. 800-810; sobre Flint, David Rosner y Gerald Markovitz, «Two, three... many Flints. America's coast-to-coast toxic crisis», en *TomDispatch*, 9 de febrero de 2016; Bruce Lesnick, «Flint: A tale of two cities», en *Counterpunch*, 11 de febrero de 2016; Robert D. Parmet, «Review of Ahmed White's 'The last great strike'», en *History News Network*, 7 de julio de 2016.

Los problemes de América Latina

Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, vols. 11 (*Economía y sociedad desde 1930*), 12 (*Política y sociedad desde 1930*), 13 (*México y el Caribe desde 1930*), 14 (*América Central desde 1930*), 15 (*El cono sur desde 1930*) y 16 (*Los países andinos desde 1930*), Barcelona, Crítica, 1991-1992; Thomas E. Skidmore y P. H. Smith: *Historia contemporánea de América Latina: América Latina en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1996; Andrés Oppenheimer, *Ojos vendados. Estados Unidos y el negocio de la corrupción en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; «Latin american peasants» número especial de *Journal of peasant studies*, 29, n.º 3 y 4, abril-julio de 2002; Manfred Kossok, «José Carlos Mariátegui: obra y efecto», s.l., s.a. (conferencia pronunciada en Leipzig en 1980); Boris Fausto, *História do Brasil*, São Paulo, EDUSP, 1998[6]; Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998; Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora, 1994; Hans Schmidt, *The United States occupation of Haiti, 1915-1934*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1995.

La crisis en Europa

Ian Kershaw, *Descenso a los infiernos. La autodestrucción de Europa, 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016; Zara S. Steiner, *The lights that failed: European international history, 1919-1933*, Oxford, Oxford University Press, 2005 y *The triumph of the dark: European international history, 1933-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2011; Charles P. Kindleberger, *Historia financiera de Europa*, Barcelona, Crítica, 2011; Patricia Clavin, *The great depression in Europe, 1929-1939*, Londres, Macmillan, 2000; Suzanne Pagé *et al.*, *Années 30 en Europe. Le temps menaçant, 1929-1939*, París, Flammarion, 1997. Sobre Gran Bretaña, A. J. P. Taylor, *Historia de Inglaterra. 1914-1945*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; Peter Dewey, *War and progress: Britain, 1914-1945*, Londres, Longman, 1997; Jan Morris, *Farewell the trumpets: an imperial retreat*, Hardmonsworth, Penguin, 1982; Andrew Thorn, *Britain in the era of the two world wars: 1914-1945*, Londres, Longman, 1994. Sobre Francia, Alfred Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, París, Economica, 1984; Richard Kuisel, *Capitalism and the state in modern France: renovation and economic management in the twentieth century,* Cambridge, Cambridge Unviersity Press, 1983; André Malraux, *Carnet du Front Populaire: 1936-1936*, París, Gallimard, 2006; Daniel Guérin, *Front Populaire, révolution manquée: témoignage militant*, Arlés, Actes Sud, 1997; Louis Bodin y Jean Touchard *Front Populaire 1936*, París, Armand Colin, 1972; Dominique Borne et Henri Dubet, *La crise des années 30, 1929-1938*, París, Seuil, 1989; Julian Jackson, *The polítics of depression in France, 1932-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; François Caron, *Histoire économique de la France, XIXe-XXe siècles*, París, Armand Colin, 1981. Sobre Italia, Federico Chabod, *L'Italia contemporanea, 1918-1948*, Turín, Einaudi, 1961; Renzo De Felice, *Mussolini il Duce, 1929-1940* y *Mussolini, l'alleato, 1940-1945*, Turín, Einaudi, 1974-1997; Galeazzo Ciano, *Diarios 1937-1945*, Barcelona, Crítica, 2004; Ruggero Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, Milán, Feltrinelli, 1962; Christopher Duggan, *Fascist voices. An intimate history of Mussolini's Italy*, Londres, The Bodley head, 2014.

La revolución de Stalin

La historiografia sobre este período se ha renovado por completo en estos últimos años, a partir de los millones de documentos desclasificados en 1991 y en 2000. De esta nueva bibliografía he usado sobre todo Sheila Fitzpatrick, *El equipo de Stalin. La Rusia soviética de Lenin a Jruschov*, Barcelona, Crítica, 2016; Oleg V. Khlevniuk, *Stalin. New biography of a dictator*, Mew Haven, Yale University Press, 2015 y James Harris, *The great fear, Stalin's terror of the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 2016 (del mismo autor, «What Stalin's great terror can tell us about Russia today», en *The Conversation*, 28 de julio de 2016), complementando la buena bibliografía anterior, como Sheila Fitzpatrick, *Stalin's peasants. Resistance and survival in the Russian village after collectivization*, New York, Oxford University Press, 1994, *Everiday Stalinism. Ordinary life in extraordinary times: Soviet Russia in the 1930s*, Nueva York, Oxford University Press, 1999 y «Signals from below: Soviet letters of denunciation of the 1930s», en *Journal of Modern History*, 68, n.º 4 (diciembre de 1996), pp. 831-866; Moshe Lewin, *El siglo soviético*, Barcelona, Crítica, 2006; Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2004; Philip Boobbyer, *The Stalin era*, Londres, Routledge, 2000; Felix Chuev, *Molotov remembers. Inside Kremlin politics. Conversations with...*, Chicago, Ivan R. Dee, 1993; Lynne Viola, *Peasant rebels under Stalin. Collectivization and the culture of peasant resistance*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; Valentin M. Berezhkov, *At Stalin's side. His interpreter's memoirs from the october revolution to the fall of the dictator's empire*, Nueva York, Birch Lane Press, 1994; Eugène Zaleski, *La planification stalinienne: croissance et fluctuations économiques en U.R.S.S., 1933-1952*, París, Economica, 1984; J. Arch Getty, *Origins of the Great purges. The soviet communist party reconsidered, 1933-1938*, Nueva York, Cambridge

University Press, 1985; J. Arch Getty y Roberta T. Hanning, eds., *Stalinist terror. New perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; J. Arch Getty, Gabor T. Rittersporn y Victor N. Zemskov, «Victims of the Soviet penal system in pre-war years: a first approach on the basis of archival evidence», en *American Historical Review* 98 (1993), n.º 4, pp. 1017-1049; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona, Crítica, 2001; Alec Nove, *An economic history of the USSR, 1917-1991*, Londres, Penguin, 1992 y *Socialist economics: selected readings*, Harmondsworth, Penguin, 1971; Michal Reiman, *El nacimiento del estalinismo*, Barcelona, Crítica, 1982; James Hughes, *Stalinism in a Russian province. A study of collectivization and dekulakization in Siberia*, Londres, Macmillan, 1996; Igor Korchilov, *Translating history. The top Russian interpreter's twenty-five years on the front line of diplomacy*, Nueva York, Scribner, 1997; L. T. Lih, O. V. Naumov y O. V. Khlevniuk, *Stalin's letters to Molotov*, New Haven, Yale University Press, 1995; R. W. Davies *et al.*, *The Stalin-Kaganovich correspondence, 1931-36*, New Haven, Yale University Press, 2003; Kevin McDermott y J. Agnew: *The Comintern, A history of international communism from Lenin to Stalin*, Londres, Macmillan, 1996; Evan Mawdsley, *The Stalin years. The Soviet Union, 1929-1953*, Mánchester, Manchester University Press, 1998; Geofrey Roberts, *The Soviet Union and the origins of the second world war. Russo-German relations and the road to war, 1933-1941*, Londres, Macmillan, 1995; Lewis Siegelbaum y Andrei Sokolov: *Stalinism as a way of life*, New Haven, Yale University Press, 2000; Lewis Siegelbaum, *Stakhanovism and the políticss of productivity in the USSR, 1935-1941*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988; Donald Rayfield, *Stalin and his hangmen*, Londres, Penguin, 2005; Robert W. Thurston, *Life and terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, New Haven, Yale University Press, 1996; Dmitri Volkogonov, *Stalin. Triumph and tragedy*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1991; R. W. Davies, Mark Harrison y S. G. Wheatcroft, eds., *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; Zhores y Roy Medvedev, *El Stalin desconocido*, Barcelona, Crítica, 2005; Oleg Khlevniuk, *Master of the House. Stalin and his inner circle*, New Haven, Yale University Press, 2009; Pierre Broué, *Los procesos de Moscú*, Barcelona, Anagrama, 1969; Wendy Goldman, «Stalinist terror and democracy: The 1937 Union campaign», en *American Historical Review*, 110, n.º 5 (diciembre de 2005), pp. 1427-1453; Nirmal Kumar Chandra, «Bukharin's alternative to Stalin: Industrialisation without forced collectivisation», en *Journal of Peasant Studies*, 20 (1992), n.º 1, pp. 97-159; John Channon, «New insights into rural Russia. East and west», en *European History Quarterly*, 17 (1987), pp. 493-504; Peter Holquist, «'Information is the alpha and omega of our work': Bolshevik surveillance in its Pan-european context», en *Journal of Modern History*, 69 (1997), pp. 415-450; Mark Harrison, «Trends in Soviet labour productivity, 1928-1985: War, postwar recovery and slowdown», en *European review of economic history*, 2 (1998), n.º 2, pp. 171-200, y «Stalinist industrialisation and the test of war», en *History Workshop Journal*, 29 (primavera de 1990), pp. 65-84; Jonathan Haslam, «Soviet-German relations and the origins of the second world war: the jury is stil out», en *Journal of Modern History*, 69 (1997), pp. 785-797; Nick Shepley, «The Soviet famines: A stalinista genocide?», en *History News Network*, 2 de julio de 2012.

El triunfo del nazismo

Una excelente visión general se encontrará en Thomas Childers, *The Third Reich. A history of nazi Germany,* Nueva York, Simon and Schuster, 2017; Harold James, *The German slump: politics and economics, 1924-1936*, Oxford, Clarendon Press, 1986, y «The causes of the German banking crisis of 1931», en *Economic History Review,* 37 (1984), n.º 1, pp. 68-87; Michael Burleigh: *The third Reich. A new history*, Londres, Macmillan 2000; M. Burleigh y W. Wippermann, *The racial State. Germany, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Klaus P. Fischer, *Nazi Germany. A new history,* Nueva York, Barnes & Noble, 1998; Richard J. Evans, *El Tercer Reich. En la historia y en la memoria*, Barcelona, Pasado&Presente, 2015; Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Londres, Allen Lane, 1998; John Lukacs, *The Hitler of history*, Nueva York, Vintage Books, 1998; Fritz Redlich, *Hitler. Diagnosis of a destructive prophet,* Nueva York, Oxford University Press, 1999; Henry Ashby Turner jr., *German big business and the rise of Hitler,* Nueva York, Oxford University Press, 1985 y *Hitler's thirty days to power, January 1933*, Londres, Bloomsbury, 1997; Giles Macdonogh, *Hitler 1938. El año de las grandes decisiones*, Barcelona, Crítica, 2009; Alfred Rosenberg, *Diarios 1934-1944*, Barcelona, Crítica, 2015; J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945. A documentary reader,* Exeter, University of Exeter Press, 1991-1998, 4 vols.; Peter Fritzsche, *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2011 y *Germans into nazis*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998; Götz Aly: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006, *Los que sobraban. Historia de la eutanasia social en la Alemania nazi, 1939-1945*, Barcelona, Crítica, 2014; Norbert Frei, *National socialist rule in Germany. The Führer state, 1933-1945*, Oxford, Blackwell, 1993; Robert Gellately, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002; Victor Klemperer, *I shall bear witness. The diaries of Victor Kemplerer 1933-41*, Londres, Fenix, 1998; Peter Reichel, *La fascination du nazisme*, París, Odile Jacob, 1993; Guido Knopp, *Los niños de Hitler. Retrato de una generación manipulada*, Barcelona, Salvat, 2001; Samuel W. Mitchan jr., *Why Hitler? The genesis of the nazi Reich*, Westport, Praeger, 1996; Ronald Smelser y Rainer Zitelammn, eds., *The nazi elite*, Londres, Macmillan, 1993; Johannes Steinhoff *et al*.

Voices from the Third Reich. An oral history, Nueva York, Da Capo, 1994; Banjamin Carter Hett, *Burning the Reichstag*, Oxford, Oxford University Press, 2014; Avraham Barkai, *Nazi economics. Ideology, theory and policy*, Oxford, Berg, 1990; V. R. Berghahn, *Quest for economic empire. European strategies of German big business in the twentieth century*, Providence, Berghahn, 1996; John Gillingham, *Industry and politics in the third Reich: Ruhr coal, Hitler and Europe*, Londres, Methuen, 1985; Peter Hayes, *Industry and ideology. I. G. Farben in the nazi era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Hervé Joly, *Patrons d'Allemagne. Sociologie d'une élite industrielle, 1933-1989,* París, Presses de Sciences Po, 1996; R. J. Overy, *The nazi economic recovery, 1932-1938*, Londres, Macmillan, 1982 y *Goering, the iron man*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1984; A. O. Ritschl, «Nazi economic imperialism and the exploitation of the small: evidence from Germany's secret foreign exchange balances, 1938-1940», en *Economic History Review*, LIV (2001), n.º 2, pp. 324-345; Dan P. Silverman, *Hitler's economy. Nazi work creation programs, 1933-1936*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998; B. H. Klein, *Germany's economic preparation for war*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1959; Alfred Sohn-Retel, *The economy and class structure of German fascism*, Londres, Free Association Books, 1987; John Weitz, *Hitler's banker. Hjalmar Horace Greeley Schacht*, Boston, Little, Brown and Co., 1997. La opinión de Bernanke de que «Hitler fue quien entendió la economía bien en los años treinta» (en una entrevista con Erik Moshe en *History News Network*, 21 de febrero de 2016) se basa en la, pienso que poco afortunada, comparación de sus grandes gestos con los de Roosevelt en el New Deal. H. W. Koch, *In the name of the Volk. Political justice in Hitler's Germany,* Londres, Tauris, 1997; Ingo Müller, *Hitler's justice. The courts of the Third Reich*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1991; Wolfgang Sofsky, *The order of terror: The concentration camp*, Princeton, Princeton University Press, 1997; Robert Lewis Koehl, *Las SS. El cuerpo de élite del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Crítica, 2009; Frank MacDonough, *La Gestapo*, Barcelona, Crítica, 2016; Omer Bartov, *Hitler's army soldiers, Nazis and war in the Third Reich,* Nueva

York, Oxford University Press, 1992; George C. Browder, *Hitler's enforcers. The Gestapo and the SS Security Service in the nazi revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; William Brustein, *The logic of evil. The social origins of the nazi party, 1925-1933*, New Haven, Yale University Press, 1996; Johan Chapoutot, *La loi du sang. Penser et agir en nazi*, París, Gallimard, 2014; E. Conte y C. Essner: *La quète de la race. Une anthropologie du nazisme*, París, Hachette, 1995; Saul Friedländer, *The origins of nazi genocide. From euthanasia to the final solution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995 y *Nazi Germany and the jews.* I: *The years of persecution 1933-1939*, Londres, Phoenix, 1998; O. Heilbronner y D. Mühlberger, «The Achylles' heel of German catholicism: 'Who voted for Hitler?' revisited», en *Euroepan History Quarterly*, 27 (1997), n.º 2, pp. 221-249; Shelley Baranowski, «East Elbian landed elites and Germany's turn to fascism: The 'Sonderweg' controversy revisited», en *European History Quarterly*, 26 (1996), pp. 209-240; Todd H. Weir, «The Christian front against godlessness: anti-secularism and the demise of the Weimar republic, 1928-1933», en *Past and Present*, 229 (noviembre de 2015), pp. 201-238.

Peter Adam, *El arte del Tercer Reich*, Barcelona, Tusquets, 1992; Jonathan Petropoulos, *The faustian bargain. The art world in nazi Germany*, Londres, Allen Lane-Penguin, 2000; Alan E. Steinweis, «The nazi purge of German artistic and cultural life», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus, eds., *Social outsiders in nazi Germany*, Princeton, Princeton University Press, 2001, pp. 99-116.

6. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945) Antony Beevor, *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Pasado&Presente, 2012; Gerhard L. Weinberg, *Un mundo en armas. La Segunda guerra mundial: una visión de conjunto*, Barcelona, Grijalbo, 1995, 2 vols. y *La Segunda Guerra Mundial. Una historia esencial*, Barcelona, Crítica, 2016; Williamson Murray y Alan R. Millett, *La guerra que había que ganar. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2002; Max Hastings, *Se desataron todos los demonios. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2011 y *La guerra secreta*, Barcelona, Crítica, 2016; I. C. B. Dear, ed., *The Oxford companion to the Second world war*, Oxford, Oxford University Press, 1995; Richard Holmes, *Un mundo en guerra. Historia oral de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2008; Richard Overy, ed., *The Oxford illustrated history of World war II*, Oxford, Oxford University Press, 2015 y *The bombing war. Europe 1939-1945*, Londres, Allen Lane, 2013; Lizzie Collingham, *The taste of war. World war two and the battle for food*, Londres, Allen Lane, 2011; Larry H. Addington, *The patterns of war since the eighteenth century*, Bloomington, Indiana University Press, 1994[2].

La guerra en Europa y en el norte de África

Brigitte Hamann, *La Vienne d'Hitler*, París, Éditions des Syrtes, 2001; Evan Burr Bukey, *Hitler's Austria. Popular sentiment in the nazi era, 1938-1945*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000; Kurt von Schuschnigg, *Réquiem por Austria*, Barcelona, Janés, 1947; A. J. Crozier, *The causes of the Second world war*, Oxford, Blackwell, 1997; Patrick Finney, ed., *The origins of the Second world war*, Londres, Arnold, 1997; Geoffrey Roberts, *The Soviet Union and the origins of the Second world war*, Londres, Macmillan, 1995; John Lukacs, *The duel: Hitler vs. Churchill: 10 may-31 july 1940*, Londres, Phoenix, 2000, *Five days in London. May 1940*, New Haven, Yale University Press, 1999; Victor Rothwell, *The origins of the Second world war*, Mánchester, Manchester University Press, 2001; François Kersaudy, *Norway 1940*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998; Ernest R. May, *Strange victory. Hitler's conquest of France*, Nueva York, Hill and Wang, 2000; Mark Harrison, ed., *The economics of World war II*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Helmut Heiber, ed., *Hitler y sus generales*, Barcelona,

Crítica, 2005; Wolfram Wette, *La Wehrmacht: los crímenes del ejército alemán*, Barcelona, Crítica, 2007; Omer Bartov, *Hitler's army. Soldiers, nazis, and war in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1992; Sönke Neitzel y Harald Welzer, *Soldados del Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2011; Marie Moutier, *Cartas de la Wehrmacht*, Barcelona, Crítica, 2015; Max Hastings, *La guerra de Churchill*, Barcelona, Crítica, 2010; Norman Ohler, *El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich*, Barcelona, Crítica, 2016; Norman J. W. Goda, *Tomorrow the world. Hitler Northwest Africa and the path toward America*, College Station, Texas A&M University Press, 1998; Jonathan Haslam, «Soviet-German relations and the origins of the Second world war: the jury is still out», «review article» en *Journal of Modern History*, 69 (diciembre de 1997), pp. 785-797; A. Goutard, 1940, *La guerre des occasions perdues*, París, Hachette, 1956; Andrew Williams, *La batalla del Atlántico*, Barcelona, Crítica, 2004; Jonathan Dimbleby, *The battle of the Atlantic*, Londres, Viking, 2015; Antonio Martelli, *Le due battaglie dell'Atlantico*, Bolonia, Il Mulino, 2015; Rick Atkinson, *Un ejército al amanecer*, Barcelona, Crítica, 2004, *El día de la batalla*, Barcelona, Crítica, 2007, *Los cañones del atardecer*, Barcelona, Crítica, 2014; Alan Moorhead, *The desert war, The North African campaign, 1940-1943*, Londres, Sphere Books, 1984; el discurso de Franco en *ABC*, 18 de julio de 1940.

La guerra en el Pacífico

S. C. M. Paine, *The wars for Asia, 1911-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014; Craig Nelson, *Pearl Harbor. From infamy to greatness*, Nueva York, Scribner, 2016; Alastair Horne dedica en *Hubris. The tragedy of war in the twentieth century*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2015, un capítulo a la batalla de Nomonhan; Evan Thomas, *Mar de tormenta*, Barcelona, Crítica, 2007; Iris Chang, *The rape of Nanking. The forgotten holocaust of world war II*, Nueva York, Basic Books, 1997; Laurence Rees, *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la Segunda guerra mundial*, Barcelona, Crítica, 2009; James D. Hornfischer, *The fleet at flood tide. America's total war in the Pacific, 1944-1945*, Nueva York, Bantam, 2016; Christopher M. Bell, «The Singapore strategy and the deterrence of Japan: Winston Churchill, the Admiralty and the dispatch of Force Z», en *English historical review*, n.º 467 (junio de 2001), pp. 604-634); Mark Ealey, «An August storm: the Soviet-Japan endgame in the Pacific war», en *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 26 de febrero de 2006; Ramachandra Guha, «'India at war' by Yasmin Khan», en *New York Times*, 25 de noviembre de 2015; Martin Thomas, *The French empire at war, 1940-45*, Mánchester, Manchester University Press, 1998; *Barbarroja*

El libro de Christer Bergström, *Operación Barbarroja. La invasion alemana de la Unión Soviética*, Barcelona, Pasado&Presente, 2016, renueva la historia militar de este episodio; Richard Overy, *Russia's war*, Londres, Allen Lane, 1998; Gabriel Gorodetsky, *Grand delusion: Stalin and the German invasion of Russia*, New Haven, Yale University Press, 1999; Robert Gellately, *La maldición de Stalin. La lucha por el comunismo en la guerra mundial y en la guerra fría*, Barcelona, Pasado&Presente, 2013; Robin Cross, *Citadel. The battle of Kursk*, Nueva Yok, Barnes and Noble, 1998; Michael K. Jones, *El sitio de Leningrado, 1941-1944*, Barcelona, Crítica, 2008, *La retirada. La primera derrota de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2010, *El trasfondo humano de la guerra. Con el ejército soviético de Stalingrado a Berlín*, Barcelona, Crítica, 2012 y *After Hitler. The last days of world-war two in Europe*, Londres, John Murray, 2015; Rodric Braithwaite, *Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra*, Barcelona, Crítica, 2006; Antony Beevor, *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el ejército rojo, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2006 y *Stalingrado*, Barcelona, Crítica, 2000; William Taubman, Sergei Khrushchev y Abbot Gleason, *Nikita Khrushchev*, New Haven, Yale University Press, 2000; Lukasz Kamienski, *Shooting up. A history of drugs and war*, Londres, Husst and Company, 2016; Jean-Paul Depretto, «Travail libre et travail forcé dans l'Oural pendant la Seconde guerre mondiale», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 2011, n.º 58-2, pp. 7-48.

El holocausto

Saul Friedlander, *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939): los años de la persecución*, y *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945): los años del exterminio*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009; Nikolaus Wachsmann, *KL. Historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona, Crítica, 2015; Peter Longerich, *Holocaust,* Oxford, Oxford University Press, 2010; David Cesarani, *Final solution. The fate of the Jews, 1933-1949*, Londres, Macmillan, 2015; Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, Tres Cantos, Akal, 2005; Donald Bloxham, *The final solution. A genocide*, Oxford, Oxford University Press, 2009; Joseph Goebbels, *Journal: 1943-1945*, París, Tallandier, 2005; Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1999[2]; Michael Berenbaum, y Abraham J. Peck, eds., *The Holocaust and history. The known, the unknown, the disputed and the reexamined*, Bloomington, Indiana University Press, 1998; Richard Breitman, *Official secrets. What the nazis planned, what the British and Americans knew*, Londres, Allen Lane, 1999; Christopher R. Browning, *Ordinary men. Reserve police battalion 101 and the final solution in Poland*, Londres, Penguin, 2001; Götz Aly, *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos? Las causas del holocausto*, Barcelona, Crítica, 2012; Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus, 1997; Susan Zuccotti, *Under his very windows. The Vatican and the holocaust in Italy*, New Haven, Yale University Press, 2000; Christian Gerlach, *Sur la conference de Wannsee: de la décision d'exterminer les juifs d'Europe*, París, Liana Levi, 1999; Jochen von Lang y Claus Sibyll, eds., *Eichmann interrogated. Transcripts from the archives of the Israeli police*, Nueva York, Da Capo, 1999; Donald Niewyk y Francis Nicosia *The Columbia guide to the Holocaust*, Nueva York, Columbia University Press, 2000; George L. Mosse, *Toward the final solution*, Nueva York, Howard Fertig, 1997; Ernst Klee, *La médicine nazie et ses víctimes*, Arlés, Actes Sud, 1999; Jan T. Gross, *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002 (sobre este hecho véase el debate entre Gordon Black y Louis Begley, «What happened in Poland? An Exchange», en *New York Review of Books*, 19 de febrero de 2015 y Julian Barnes, «Even worst than we thought», una reseña del libro de Anna Bikont, en *New York Review of Books*, 19 de novembre de 2015; el gobierno polaco ha propuesto retirar a Gross una condecoración que se le había otorgado); Thomas Laqueur, «Devoted to terror», en *London Review of Books*, 24 de septiembre de 2015, pp. 9-16; R. S. Landau, *Studying the holocaust. Issues, rereadings and documents*, Londres, Routledge, 1998; Yisrael Gutman y Michael Beenbaum, eds., *Anatomy of the Auschwitz death camp*, Bloomingtoon, Indiana University Press/Washington, United States Holocaust Memorial Museum, 1994; Donald Bloxham, *The final solution. A genocide*, Oxford, Oxford University Press, 2009; Yitzhak Arad *et al*., eds., *El holocausto en documentos*, Jerusalén, Yad Vashem, 1996; Michael Thad Allen, *The business of genocide. The SS, slave labor, and the concentration camps*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002; Omer Bartov, «Defining enemies, making victims: Germans, Jews, and the holocaust», Forum essay, en *American Historical Review*, june 1998, pp. 771-816 y «Reply», «Forum essay responses», en *American Historical Review*, octubre de 1998, pp. 1191-1194; Eric Lichtblau, «The holocaust just got more shocking», en *New York Times*, 1 de marzo de 2013; Peter Fritsche, «The holocaust and the knowledge of murder», en *Journal of Modern History*, 80 (2008), n.º 3, pp. 594-613; Richard J. Evans, «The anatomy of hell», en *New York Review of Books*, 9 de julio de 2015; «Poland may sue over claim poles killed more Jews tan Germans during war», en *The Guardian*, 16 de octubre de 2015; Alexander Nazaryan, «Excavate history? WWII-era tunnel unearths story of Lithuania's jews», en *Neewaweek*, 6 de agosto de 2016. La visión de Timothy Snyder, *Black Earth. The holocaust as history and warning*, Tim Duggan Books, 2015 es criticada duramente por Michel R. Marrus en *New York Times*, 3 de septiembre de 2015, por Walter Laqueur en «Timothy Snyder: The Newton of the holocaust?», en *Mosaic*, 4 de noviembre de 2015, y por Omer Bartov en «How not to write a history of the holocaust», en *History News Network*, 6 de marzo de 2016. Sobre el holocausto croata, Sven Milekic, «Croatia's WWII revisionism 'terrifying' says historian», en *Balkan Transitional Justice*, 28 de septiembre de 2016 (entrevista con el historiador británico Rory Yeomans).

Los imperios del Eje

Mark Mazower, *El imperio de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2008; Peter Liberman, *Does conquest pay? The exploitation of occupied industial societies*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Rivera Sun, «Got fascism?», en *Counterpunch*, 24 de diciembre de 2015: Alan S. Milward, *The German economy at war*, Londres, Athlone Press, 1965, *The New Order and the French economy*, Oxford, Clarendon Press, 1970 y *The fascist economy in Norway*, Oxford, Clarendon Press, 1972; István Deak, *Europe on trial*, Boulder, Westview Press, 2015; Claudio Pavone, *Una guerra civile: saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991; Xavier Tabet, «Resistencia y revisionismo en Italia: las "revelaciones" de Giampaolo Pansa» en Carlos Forcadell *et al*., eds., *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 207-230; David Clay Large, ed., *Contending with Hitler. Varieties of German resistance in the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; Robert O. Paxton, «The truth about the Resistance», en *New York Review of Books*, 25 de febrero de 2016.

El reflujo y la derrota

Antony Beevor, *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona, Crítica, 2002, *El día D. La batalla de Normandía*, Barcelona, Crítica, 2009, y *Ardenas 1944*, Barcelona, Crítica, 2015; Christer Bergström, *Ardenas: la batalla*, Barcelona, Pasado& Presente, 2015; Max Hastings, *Armagedón. La derrota de Alemania, 1944-1945*, Barcelona, Crítica, 2005 y *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945*, Barcelona, Crítica, 2008; Ian Kershaw, *The end. Germany 1944-45*, Londres, Penguin, 2012; Gil Bennett, ed., *The end of the war in Europe 1945*, Londres, HMSO, 1996; Jay Winik, *1944. FDR and the year that changed history*, Nueva York, Simon and Schuster, 2015; Nicholas Best, *Cinco días que estremecieron al mundo. Testigos presenciales del final de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Pasado&Presente, 2014; Dan North, «The bloody victory at Monte Cassino», en *Consortium News*, 19 de mayo de 2014; Hugh Hunt, «Building Hitler's supergun: the ploy to destroy London and why it failed», en *The Conversation*, 21 de noviembre de 2015; Stephen Harding, *The last battle*, Boston, Da Capo Press, 2013; Bill Sloan, *Okinawa, la última batalla*, Barcelona, Crítica, 2008; Richard Sams, «Perdition: A forgotten Tokyo firebombimng raid», en *Asia Pacific Journal. Japan Focus*, V. 14, p. 12, n.o 3, 12 de junio de 2016.

Sobre el lanzamiento de las bombas atómicas merece la pena comenzar con una valiosa colección de documentos: William Berry, ed., «The atomic bomb and the end of World War II. A collection of primary sources», en *National Security Archive* electronic briefing book 525, 4 de agosto de 2015. Además, J. Samuel Walker, *Prompt and utter destruction, Truman and the use of atomic bombs against Japan*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997; Gar Alperovitz, *The decision to use the atomic bomb*, Nueva York, Knopf, 1995; Paul Ham, *Hiroshima, Nagasaki*, Londres, Doubleday, 2012; Richard Rhodes, *Arsenals of folly. The making of the nuclear arms race*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2007; George Weller, *Nagasaki*, Barcelona, Crítica, 2007; Dan Drollette, jr, «Trinity, now and then», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, enero de 2015; Rachel Bronson, «The start of the nuclear age», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, julio de 2015; Christian Appy, «Our 'merciful' ending to the 'good war'», en *TomDispatch*, 4 de agosto de 2015; Ellen Bradbury y Sandra Blakeslee, «The harrowing story of the Nagasaki bombing mission», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, 4 de agosto de 2015, aporta nuevas y valiosas informaciones sobre este bombardeo «casual» —el mal tiempo impidió bombardear el objetivo elegido— y sobre las características que distinguen *Fat Man*, la bomba de Nagasaki, de *Little Boy*, la de Hiroshima; William Burr y Jeffrey Kimball, «Seven decades after Hiroshima, is there still a nuclear taboo?», también en *Bulletin of the Atomic Scientists*, 4 de agosto de 2015; Tessa Morris-Suzuki, «Obama, Hiroshima, apologies, and the invisible victims of the atomic bombings», en *Bulletin ot the Atomic Scientists*, mayo de 2016; John Hersey, «Hiroshima», en *The Newyorker*, 31 de agosto de 1946. El intento de recordar en 1995 lo sucedido en una exposición provocó un nuevo debate que puede seguirse en el simposio «History after the Enola Gay controversy», publicado, con una introducción de David Theles, en *Journal of American* History, 82 (1995), n.º 3, pp. 1029-1144.

7. EL INICIO DEL SIGLO AMERICANO

Henry R. Luce, «The American Century», en *Life*, 17 de febrero de 1941; Thomas Friedman, *The Lexus and the olive tree*, Londres, Harper Collins, 2000.

Un nuevo orden mundial

Ed Conway, *The Summit*, Londres, Little Brown, 2014; Raymond F. Wikesell, «The Bretton Woods debates: a memoir», Princeton University, Essays in International Finance n.º 192, marzo de 1994; Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes, 1883-1946*, Londres, Pan Books, 2004, «Inventing the world's money», en *New York Review of Books*, 9 de enero de 2014; Charles P. Kindleberger, *Historia financiera de Europa*, Barcelona, Crítica, 2011; Barry Eichengreen, *Globalizing capital. A history of the international monetary system*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Yanis Varoufakis, «Imagining a new Bretton Woods», en *Project Syndicate*, 4 de mayo de 2016; Stephen C. Schlesinger, *Act of Creation. The founding of the United Nations*, Boulder, Westview Press, 2003; Fraser J. Harbutt, *Yalta 1945. Europe and America at the crossoroads*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010; S. M. Plokhy, *Yalta. The price of peace*, Nueva York, Viking, 2010; Susan Butler, *Roosevelt and Stalin. Portrait of a partnership*, Nueva York, Knopf, 2015; Lynne Olson, «Did F. D. R. know he was dying? Did anyone?», en *New York Times*, 20 de septiembre de 2016 (reseña de Joseph Lelyveld, *His final battle*); Robert H. Ferrell, ed., *Off the record. The private papers of Harry S. Truman*, Columbia, University of Missouri Press, 1997; Michael Neiberg, *Potsdam. The end of World War II and the remaking of Europe*, Nueva York, Basic Books, 2015; R. Butler y M. E. Pelly, eds., *Documents on British policy overseas. Series I*, vol. I: *The conference at Potsdam 1945*, Londres, HMSO, 1984; Jonathan Walker, *Operación «Impensable». 1945. Los planes secretos para la tercera guerra mundial*, Barceloma, Crítica, 2015. James Owen, *Nuremberg. El mayor juicio de la historia*, Barcelona, Crítica, 2007; Philip R. Piccigallo, *The Japanese on trial. Allied war crimes operations in the East, 1945-1951*, Austin, University of Texas Press, 1979; Annette Wiewiorka, ed., *Les procès de Nuremberg et de Tokyo*, Bruselas, Complexe, 1996; Herbert Lottman, *La depuración, 1943-1953*, Barcelona, Tusquets, 1998; William Burr y Stav Geffner, «70th anniversayy of Operation 'Crossroads' atomic tests in Bikini Atoll, july 1946», en *National Security Archive*, electronic briefing book 553, 1 de julio de 2016.

Europa: destrucción y esperanza

Ben Shepard, *The long road home. The aftermath of the Second world war*, Londres, Bodley Head, 2010; Keith Lowe, *Savage continent. Europe in the aftermath of World War II*, Londres, Penguin, 2013; R. M. Douglas, «The European atrocity you never heard about», en *The Chronicle of Higher Education*, 11 de junio de 2012; Philip Ther y Ana Siljak, eds., *Redrawing nations. Ethnic cleansing in East-central Europe, 1944-1948*, Lanham, Rowman and Littleflied, 2001; Norman M. Naimark, *Fires of hatred. Ethnic cleansing in twentieth-century Europe*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2001; Gregor Thum *et al*., «Ethnic cleansing in Eastern Europe after 1945», en *Contenporary European History*, 19 (2010), n.º 1, pp. 75-81; Bradley Brewer, «The ugly and forgotten legacy of Potsdam», en *History News Network*, 9 de agosto de 2015, sostiene que el número de alemanes expulsados después de 1945 fue de doce a dieciséis millones; James Bacque, *Other losses: an investigation into the mass deaths of German prisoners at the hands of the French and Americans after World War II*, Londres, Macdonald, 1990, afirmó que unos ochocientos soldados alemanes prisioneros podían haber muerto en manos de norteamericanos y franceses; sus cálculos han sido duramente criticados, pero no se ha aportado la evidencia suficiente para desmentirlos por completo. La afirmación de Eisenhower procede de un fragmento del diario de R. P. Meiklejohn, reproducido en William Berry, ed., «The atomic bomb and the end of World War II. A collection of primary sources», en *National Security Archive*, electronic briefing book 525, 4 de agosto de 2015. Marc Trachtenberg, «The United States and Eastern Europe in 1945», en *Journal of Cold War Studies*, 10 (2008), n.º 4, pp. 94-132; Eduard Mark, «Revolution by degrees: Stalin's national-front strategy for Europe, 1941-1947», *Cold War International History Project*, working paper, 31, 2001; Adam B. Ulam, «A few

unresolved mysteries about Stalin and the Cold War in Europe», en *Journal of Cold War Studies*, I (1999), n.º 1, pp. 110-116.

Noel Whiteside, «The Beveridge report and its implementation: a revolutionary project?», en *Histoire&Politique*, n.º 24 (2014), pp. 24-27; Claire Andrieu, «Le programe du CNR dans la dynamique de construction de la nation résistante», en *Histoire&Politique*, n.º 24 (2014), pp. 1-23; Stéphane Hessel, *¡Indignaos!*, Barcelona, Destino, 2011, pp. 22-23. La frase de Kossok procede de una versión mecanografiada de su conferencia «La cuestión alemana», que me proporcionó el propio autor (sobre el personaje y su obra Lluís Roura y Manuel Chust, eds., *La ilusión heroica. Colonialismo, revolución e independencias en la obra de Manfred Kossok*, Castellón, Universitat Jaume I, 2010). Sobre Frank Thompson, E. P. Thompson, *Beyond the Frontier. The politics of a failed mission: Bulgaria 1944*, Suffolk, Merlin Press, 1997; Peter J. Conradi, *A very English hero. The making of Frank Thompson*, Londres, Bloomsbury, 2011; Kristen Ghodsee, *The left side of history. World War II and the unfulfilled promise of communism in Eastern Europe*, Durham, Duke University Press, 2015. Las palabras de E. P. Thompson proceden de una entrevista realizada en Barcelona y publicada en la revista *L'Avenç*.

Marc Trachtenberg, *A Constructed Peace. The Making of the European Settlement, 1945-1963*, Princeton, Princeton University Press, 1999; Anita J. Prazmowska, *Civil War in Poland, 1942-1948*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2004; A. Kemp-Welch, *Poland under Communism. A Cold War History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008; Jan T. Gross, *Revolution from abroad. The Soviet conquest of Poland's western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, Princeton University Press, 2002; C. M. Woodhouse, *The Struggle for Greece, 1941-1949*, Londres, Hurst and Co., 2002[2]; André Gerolymatos, *Red Acropolis, black terror. The Greek civil war and the origins of Soviet-American rivalry, 1943-1949*¸ Nueva York, Basic Books, 2004.

La crisis social en Estados Unidos

Sobre la situación en Estados Unidos en la inmediata posguerra: George Kennan, *The Kennan diaries*, ed. de Frank Costigliola, Nueva York, Norton, 2014; Landon R. Y. Storrs, *The second red scare and the unmaking of the New Deal left*, Princeton, Princeton University Press, 2013; Richard Lingeman, *The noir forties. The American people from victory to cold war*, Nueva York, Nation Books, 2012; Robert H. Ferrell, *Harry S. Truman. A Life*, Columbia, University of Missouri Press, 1994; David McCullogh, *Truman*, Nueva York, Simon and Schuster, 1992; Harry S. Truman: *Memorias.* II: *Años de prueba y esperanza* (* *De Hiroshima a la N.A.T.O., 1945-1949*), Barcelona, Vergara, 1956; Arthur M. Schlesinger, jr., *La presidencia imperial*, Barcelona, Dopesa, 1974; David Ruccio, «Beyond the standard explanation», en *Real-world Economics Review Blog*, 16 de noviembre de 2015; Claudia Goldin y Robert A. Margo, *The great compression: the wage structure in the United States at mid-century*, National Bureau of Economic Research, working paper 3817, agosto de 1991, han señalado la influencia que las leyes del New Deal pudieron tener en mantener los salarios con escasas diferencias. Sobre la persistencia del racismo, Chris Lamb, «The police beating that opened America's eyes to Jim Crow brutality», en *The Conversation*, 11 de febrero de 2016.

La destrucción de los imperios coloniales en Asia S. C. M. Paine, *The wars for Asia, 1911-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014; Wm. Roger Louis, *Ends of British imperialism. The scramble for empire, Suez and decolonization*, Londres, I. B. Tauris, 2006; Christopher Bayly y Tim Harper, *Forgotten wars. The end of Britain's Asian empire*, Londres, Allen Lane, 2007; Odd Arne Westad, *The global cold war*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Ronald H. Spector, *In the ruins of*

empire: the Japanese surrender and the battle for postwar Asia, Nueva York, Random House, 2008; Yasmin Khan, *The great partition. The making of India and Pakistan*, New Haven, Yale University Press, 2008; Ramachandra Guha, *India after Gandhi. The history of the world's largest democracy*, Nueva York, Harper Collins, 2007; David H. Price, *Cold war anthropology*, Durham, Duke University Press, 2016; Fredrik Logevall, «'We might give them a few'. Did the US offer to drop atom bombs at Dien Bien Phu?», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, 21 de febrero de 2016; Benjamin Grob-Fitzgibbon, *Imperial endgame. Britain's dirty wars and the end of empire*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2011; Gregg and Gillian Huff, «Urban growth and change in 1949's Southeast Asia», en *Economic History Review*, 68 (2015), n.º 2, pp. 522-547; Paul Mozur, «Taiwan families recieve goodbye letters decades after executions», en *New York Times*, 3 de febrero de 2016.

La nueva China

Odd Arne Westad, *Decisive encounters. The Chinese civil war, 1946-1950*, Stanford, Stanford University Press, 2003; Frank Dikötter, *The tragedy of liberation. A history of the Chinese revolution 1945-57*, Londres, Bloomsbury, 2013 (un estudio documentado, pero sesgado, que describe «la liberación» como una sucesión de crímenes y brutalidades, aun reconociendo que el gobierno del GMD no era mejor, pero no consigue explicar cómo se llegó a la estabilidad que iba a caracterizar el maoísmo; sobre este libro véanse las reseñas de Julia Lovell en *The Financial Times* y de Rana Mitter en *The Guardian*, ambas del 30 de agosto de 2013); Jay Taylor, *The Generalissimo. Chiang Kai-shek and the struggle for modern China*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2009; Alexander V. Pantsov y Steven I. Levine, *Mao: The real story*, Nueva York, Simon and Schuster, 2012; Philip Short, *Mao*, Barcelona, Crítica, 2003; Immanuel C. Y. Hsü, *The rise of modern China*, Nueva York, Oxford University Press, 1995/5; Chen Jian, *La China de Mao y la guerra fría*, Barcelona, Paidós, 2005; Tsuyoshi Hasegawa, ed., *The Cold War in East Asia 1945-1991*, Stanford, Stanford University Press, 2011; William Hinton, *Fanshen: un documento sobre la revolución en una aldea china*, Barcelona, Laia, 1977 (el libro que durante muchos años difundió una imagen positiva de la reforma agraria maoísta); Deborah Kaple, «Agents of change: Soviet advisers and high stalinist managemnet in China, 1940-1960», en *Journal of Cold War Studies*, 18 (2016), n.º 1, pp. 5-30; Justin Jacobs, «The Xinjiang exile government in Taiwan, 1954-1969», en *Cold War International History Project*, e-Dossier 73, mayo de 2016.

Los territorios coloniales islámicos

Eugene Rogan, *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2010; Mehran Kamraya, *The Modern Middle East*, Berkeley, University of California Press, 2005; Fred Halliday, *The Middle East in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona, Crítica, 2008, *The forgotten Palestinians. A history of the Palestinians in Israel*, New Haven, Yale University Press, 2011, *A history of modern Palestine*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006[2], y *La guerre de 1948 en Palestine. Aux origines du conflit israélo-arabe*, París, La Fabrique, 2000. El testimonio sobre Dawayima, en Jonathan Ofir, «'Barbarism by an educated and cultured people' Dawayima massacre was worse than Deir Yassin», en *Mondoweiss*, 7 de febrero de 2016; Juan Cole, «Colonial slow genocide: Palestinian leader Abbas ask Britain for 'Balfour' apology», en *Informed Comment*, 23 de septiembre de 2016.

La continuidad del imperialismo en África

Frederick Cooper, *Decolonization and African society. The labor question in French and British Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Ronald Hyam, *Britain's declining empire. The road to decolonisation, 1918-1968*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; Wm. Roger Louis, *Ends of British imperialism. The scramble for empire, Suez and decolonization*, Londres, I. B. Tauris, 2006; Piers Brendon, *The decline and fall of the British empire, 1781-1997*, Londres, Jonathan Cape, 2007; J. D. Hargreaves, *Decolonization in Africa*, Londres, Longman, 1988; Yves Benot, *Massacres coloniaux. 1944-1950: la IVe république et la mise au pas des colonies françaises*, París, La Découverte, 1994; Patrick Manning, *Francophone sub-saharan Africa, 1880-1995*, Cambridge. Cambridge University Press, 1998; Alexandre Gerbi, *Histoire occultée de la décolonisation franco-africaine. Impostures, refoulement et*

névroses, París, L'Harmattan, 2006; André Nouschi, *Les armes retournées. Colonisation et décolonisation françaises*, París, Belin, 2005; Damián Mollet, *África sin deuda*, Barcelona, Icaria, 2008.

8. LA GUERRA FRÍA (1947-1960) *La guerra fría; las primeras batallas*

Odd Arne Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010; Lorenz M. Lüthi, ed., *The regional cold wars. In Europe, East Asia, and the Middle East*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2015; Jusi M. Hanhimäki y Odd Arne Westad, eds., *The cold war. A history in documents and eyewitness accounts*, Oxford, Oxford University Press, 2003; Ted Hopf, *Reconstructing the Cold War. The early years, 1945-1958*, Nueva York, Oxford University Press, 2014; Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power. National Security, the Truman administration, and the Cold War*, Stanford, Stanford University Press, 1992 y *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Marc J. Selverstone, *Constructing the monolith. The United States, Great Britain and international communism, 1945-1950*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2009; David Holloway, *Stalin and the bomb. The Soviet Union and atomic energy, 1939-1956*, New Haven, Yale University Press, 1994; Michael D. Gordin, *Red cloud at dawn. Truman, Stalin, and the end of the atomic monopoly*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 2009; Campbell Craig y Sergey Radchenho, *The atomic bomb and the origins of the cold war*, New Haven, Yale University Press, 2008; George F. Kennan, *The Kennan diaries*, Nueva York, Norton, 2014, *Al final de un siglo: reflexiones, 1982-1995*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998 y *Memoirs, 1925-1950*, Boston, Little, Brown and Co., 1967 (la frase de Kennan sobre la situación privilegiada de Estados Unidos, aunque expresa correctamente lo que quiso decir, es un montaje, como lo ha señalado Gilles d'Aymery en «Context and accuracy», en *Swans Commentary*, 28 de marzo de 2005); Patrick L. Smith, «'Intelligent people know that the empire is on the downhill': A veteran CIA agent spills the goods on the deep state and our foreign policy nightmares», en *Salon*, 7 de febrero de 2016; Robert Fisk, «The West's flawed desire to 'liberate' the Middle East», en *Counterpunch*, 7 de marzo de 2016; Andrew J. Bacevich, *Washington rules. America's path to permanent war*, Nueva York, Metropolitan Books, 2010; Kim Scipes, *AFL-CIO's secret war against developing country workers*, Lanham, Lexington Books, 2010 (Nick Egnas, «A union activist call for change», en *Truthout*, 31 de diciembre de 2010, entrevista a Kim Scipes acerca de su libro); Steve Everly, «U.S., Britain developped plans to disable or destroy Midlde Eastern oil facilities from late 1940's to early 1960's in event of Soviet invasion», en *National Security Archive*, electronic briefing book 552, 23 de junio de 2016.

La situación de Europa y el Plan Marshall

Ben Shepard, *The long road home. The aftermath of the Second World War*, Londres, The Bodley Head, 2010; Keith Lowe, *Savage continent. Europe in the aftermath of World War II*, Londres, Penguin, 2013; Keith Michael Hogan, *The Marshall Plan. America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Hermann van der Wee, *Prosperidad y crisis. Reconstrucción, crecimiento y cambio, 1945-1980*, Barcelona, Crítica, 1986; Alan S. Milward, *The European rescue of the nation-state*, Londres, Routledge, 2000; T. W. Guinnane, «Financial *Vergangenheitsbewältigung*: the 1953 London debt agreement», Yale University, Economic Growth Center, Discussion paper n.º 880, enero de 2014; Andreas Lutsch, «The persistent legacy. Germany's place in the nuclear order», Woodrow Wilson International Center for Scholars, NPIHP, working paper, mayo de 2015. Sobre la operación Gladio, Daniele Ganser, *Los ejércitos secretos de la OTAN: la operación Gladio y el*

terrorismo en Europa Occidental, Barcelona, El Viejo Topo, 2010 (hay que desechar, en cambio, relatos sensacionalistas sin ninguna credibilidad como el de Paul L. Williams, *Operation Gladio*, Amherst, Prometheus Books, 2015).

La crisis de Berlín y el nacimiento de la OTAN

Thomas Parrish, *Berlin in the balance, 1945-1949. The blockade, the airlift, the first major battle of the Cold War*, Reading, Perseus, 1998; David E. Murphy, Sergei A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin. CIA vs. KGB in the Cold War*, New Haven, Yale University Press, 1997; Fernando Hernández Holgado, *Historia de la OTAN. De la guerra fría al intervencionismo humanitario*, Madrid, Catarata, 2000; H. W. Koch, *A constitutional history of Germany in the nineteenth and twentieth centuries*, Harlow, Longman, 1984; William Glenn Gray, *Germany's Cold War. The global campaign to isolate East Germany, 1949-1969*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003; Wilfried Loth, *Stalin's unwanted child. The Soviet Union, the German question and the founding of the GDR*, Londres, Macmillan, 1998.

La guerra de Corea

Masuda Hajimu, *Cold War crucible. The Korean conflict and the postwar world*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 2015; Bruce Cumings, *The Korean War. A History*, Nueva York, The Modern Library, 2010, *North Korea. Another country*, Nueva York, The New Press, 2004, y *Korea's place in the sun. A modern history*, Nueva York, W. W. Norton, 1997; David Halberstam, *La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, Barcelona, Crítica, 2009; H. W. Brands, *The General vs. The President. MacArthur and Truman at the brink of nuclear war*, Nueva York, Doubleday, 2016; Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners, Stalin, Mao and the Korean War*, Stanford, Stanford University Press, 1993; Tsuyoshi Hasegawa, ed., *The Cold War in East Asia*, Stanford, Stanford University Press, 2011; Campbell Craig y Fredrik Logevall, *America's Cold War. The Politics of Insecurity*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2009.

La guerra fría como instrumento de control social Landon R. Y. Storrs, *The second red scare and the unmaking of the New Deal left*, Princeton, Princeton University Press, 2013; Richard M. Fried, *Nightmare in red. The McCarthy era in perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 1990; David Talbot, *The devil's chessboard: Allen Dulles, the CIA, and the rise of America's secret government*, Nueva York, Harper Collins, 2015; Peter Hennesy, *The secret state*, Londres, Allen Lane, 2002; Ted Morgan, *Reds. McCarthysm in twentieth-century America*, Nueva York, Random House, 2003; Ellen Schrecker, *Many are the crimes. McCarthysm in America*, Boston, Little Brown, 1998; Aaron Leonard, «Can you indict someone for their beliefs? It happened in 1948, In the United States», en *History News Network*, 19 de junio de 2016; Walter Schneir, *Final verdict: What really happened in the Rosenberg case*, Nueva York, Melville House, 2010; Thomas Blanton, ed., «New Rosenberg grand jury testimony released!», en *National Security Archive*, 15 de julio de 2015; Michael and Robert Meeropol [Rosenberg], «The Meeropol brothers: Exonerate our mother, Ethel Rosenberg», en *New York Times*, 10 de agosto de 2015; Lori Clune, «Exonerate Ethel Rosenberg? No. Apologize for her execution? Yes» y «The Rosenbergs were blamed for starting a war. It wasn't true» en *History News Network*, 31 de agosto de 2015 y 4 de abril de 2016, respectivamente; Murray Polner, «Committing crimes in our name» (sobre la historia de Jame Kutcher), en *History News Network*, 25 de marzo de 2016. Haynes Johnson, *The age of anxiety. McCartyism to terrorism*, Orlando, Harcourt Books, 2005; David Caute, *The dancer defects. The struggle for cultural supremacy during the Cold War*, Oxford, Oxford University Press, 2003; Volker R. Berghahn, *America and the intellectual cold wars in Europe*, Princeton, Princeton U. P., 2001; David H. Price, *Cold war anthropology. The CIA, the Pentagon and the growth of dual use anthropology*, Durham, Duke University Press, 2016; Paul Buhle, «In the shadow of the CIA: Liberalism's big embarrassing moment», en *Counterpunch*, 26 de agosto de 2016; Benn Steil, «Red White. Why a founding father of postwar capitalism spied for the Soviets», en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2013; Dominique Simmonnot, «"Más negro en la noche": la represión de las huelgas mineras de 1948 en Francia. Entrevista», en *SinPermiso*, 11 de mayo de 2014; John C. Culver y John Hyde, *American dreamer: the life and times of Hsnry A. Wallace*, Nueva York, Norton, 2001; Timothy Aubry, «'Workshops of empire' by Eric Bennett», en *New York Times*, 25 de noviembre de 2015; sobre la persecución de los homosexuales en Gran Bretaña y en Estados Unidos, Dan Lomas, «Alan Turing was one of many persecuted by Whitehall for their sexuality», en *The Conversation*, 21 de abril de 2016.

Vladislav M. Zubok. *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Gerhard Wettig, *Stalin and the cold war in Europe. The emergence and development of East-West conflict, 1939-1953*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2008; Vladimir Tismaneanu, ed., *Stalinism revisited. The establishment of communist regimes in East-Central Europe*, Budapest, Central European University Press, 2009; Norman Naimark y Leonid Gibianskii, eds., *The establishment of communist regimes in*

Eastern Europe, 1944-1949, Boulder (Colorado), Westview Press, 1997; Geoffrey y Nigel Swain, *Eastern Europe since 1945*, Londres, Macmillan, 1993; François Fejtő, *Histoire des démocraties populaires.* I: *L'ère de Stalin*, París, Seuil, 1952; Elena Zubkova, *Russia after the War. Hopes, illusions and disappointments, 1945-1957*, Armonk, M. E. Sharpe, 1998; Giuliano Procacci, ed., *The Cominform. Minutes of the three conferences 1947/1948/1949*, Milán, Feltrinelli, 1994. La historia de la entrega de Noel Field por Allen Dulles, que James Srodes había explicado en *Allen Dulles, Master of Spies*, Washington, Regnery Publishing, 1999, aparece plenamente confirmada por David Talbot en *The devil's chessboard*. Posteriormente se ha publicado una biografía de Noel Field (Kati Marton, *True believer. Stalin's last American spy*, Nueva York, Simon and Schuster, 2016); pero, por lo que veo en la recensión de Timothy Naftali (en *New York Times*, 8 de septiembre de 2016) parece ignorar por completo el papel de Allen Dulles en esta historia.

La sucesión de Stalin

Joshua Rubinstein, *The last days of Stalin*, New Haven, Yale University Press, 2016; Sheila Fitzpatrick, *El equipo de Stalin. La Rusia soviética de Lenin a Jruschov*, Barcelona, Crítica, 2016; Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2004; Geoffrey Roberts, *Stalin's wars. From world war to cold war, 1939-1953*, New Haven, Yale University Press, 2006; William Taubman, Sergei Khrushchev y Abbot Gleason, *Nikita Khrushchev*, New Haven, Yale University Press, 2000; Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Oleg Khlevniuk, *Cold peace. Stalin and the soviet ruling circle, 1945-1953*, Nueva York, Oxford University Press, 2004; Felix Chuev, *Molotov remembers. Inside Kremlin politics*, Chicago, Ivan R. Dee, 1993; Zhores A. Medvedev y Roy A. Medvedev, *El Stalin desconocido*, Barcelona, Crítica, 2003; Sergo Beria, *Beria, my father. Inside Stalin's Kremlin*, Londres, Duckworth, 2001; Miriam Dobson, *Khrushchev cold summer. Gulag returnees, crime, and the fate of reform after Stalin*, Ithaca, Cornell University Press, 2009; Paul R. Gregory y Valery Lazarev, eds., *The economics of forced labor. The soviet gulag*, Stanford, Hoover Institution Press, 2003; Yoram Gorlizki, «Oedinary stalinism: The Council of Ministers and the Soviet neopatrimonial state: 1946-1953», en *Journal of Modern History*, 74, n.º 4 (diciembre de 2002), pp. 699-736.

La presidencia de Eisenhower

Dwight D. Eisenhower, *Mis años en la Casa Blanca. Primer mandato, 1953-1956*, Barcelona, Bruguera, 1964; David Talbot, *The devil's chessboard: Allen Dulles, The CIA and the rise of America's secret government*, Londres, William Collins, 2015; William E. Leuchtenburg, *The American president*, Nueva York, Oxford University Press, 2015; Robert Bowie y Richard H. Immerman, *Waging peace. How Eisenhower shaped an enduring cold war strategy*, Nueva York, Oxford University Press, 1998; Kevin M. Kruse, *One nation under God*, Nueva York, Basic Books, 2015; Tim Weiner, *Legacy of Ashes. The History of the CIA*, Londres, Allen Lane, 2007; Evan Thomas, *Ike's bluff. President Eisenhower's secret battle to save the world*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2012; Richard White, «The eternal return of the Christian Nation», en *Boston Review*, 5 de octubre de 2015; Kenneth Osgood, *Total cold war. Eisenhower's secret propaganda battle at home and abroad*, Lawrence, University Press of Kansas, 2006; Public Papers of the Presidents, «Military-Industral complex speech, Dwight D. Eisenhower, 1961»; Yanek Mieczkowski, «So you thing you know Ike? William Ewald did», en *History News Network*, 23 de marzo de 2015; Nicholas J. Cull, *The cold war and the United States Information Agency. American propaganda and public diplomacy, 1945-1989*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008; James Srodes, *Allen Dulles, master of spies*, Washington, Regnery, 1999; Robert A. Divine, *Eisenhower and the cold war*, Nueva York, Oxford University Press, 1981; William Burr, «U.S. cold war nuclear target lists declassified for first time», en *National Security Archive*, electronic briefing book 538, 22 de diciembre de 2015; Arnold A. Offner, *Another such victory*, Stanford, Stanford University Press, 2002; Kelly Lytle Hernández, «The crimes and consequences of illegal immigration: A cross-border examination of Operation Wetback, 1943 to 1954», en *Western Historical Quarterly*, 37 (2006), n.º 4, pp. 421-444; Kate Linthicum, «The dark, complex history of Trump's model for his mass deportation plan» y Matt Ballinger, «From the archives: How The Times covered mass deportations in the Eisenhower era», en *Los Angeles Times*, noviembre de 2015; Richard Kreitner, «December 1, 1955: Rosa Parks is arrested», en *The Nation*, noviembre de 2015.

Las guerras secretas de la CIA

Audrey y George Kahin, *Subversion as foreign policy. The secret Eisenhower and Dulles debacle in Indonesia*, Seattle, University of Washington Press, 1995; Stephen Kinzer, *All the Shah's men. An American coup and the roots of Middle East terror*, Hoboken, John Wiley and sons, 2003, *Overthrow. America's century of regime change from Hawaii to Iraq*, Nueva York, Times Books, 2006 y *The brothers. John Foster Dulles, Allen Dulles and their secret world war*, Nueva York, Henry Holt and Co., 2013. Una visión revisionista, que minimiza el papel de la CIA, en Ray Takey, «What really happened in Iran. The CIA, the ouster of Mossaddeq, and the restoration of the Shah», en *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2014, y la réplica de Christopher de Bellaigue, «Coupdunnit. What really happened in Iran?», en la misma revista, septiembre-octubre de 2014; una aportación innovadora ha sido la de Ervan Abrahamian, *The coup: 1953, the CIA and the roots of modern U.S.-Iranian relations*, Nueva York, The New Press, 2013; William J. Rust, *Before the quagmire. American intervention in Laos 1954-1961*, Lexington, University Press of Kentucky, 2012; Ron Briley, «Lessons we failed to learn from the origins of the second Indochinese war», en *History News Network*, 14 de junio de 2016.

La crisis de 1956

Una excelente visión de conjunto en Simon Hall, *1956. The world in revolt*, Londres, Faber and Faber, 2015; Charles Gati, *Failed illusions. Moscow, Washington, Budapest and the 1956 Hungarian revolt*, Stanford, Stanford University Press, 2006; Jenő Györkey y Miklós Horváth, eds., *Soviet military intervention in Hungary, 1956*, Budapest, Central European University Press, 1999; Victor Sebestyen, *Twelve days. Revolution 1956. How the Hungarians tried to topple their Soviet masters*, Londres, Phoenix, 2007; «Budapest 1956: El Consejo Obrero Central», en *SinPermiso*, 30 de agosto de 2015; Fiona Haig, «The Poznan uprising of 1956 as viewed by French and Italian communists», en *Journal of Cold War Studies*, 18 (2016), n.º 2, pp. 160-187.

Donald Neff, *Warriors at Suez, Eisenhower takes America into the Mid-dle East*, Nueva York, Simon and Schuster/Linden Press, 1981; Jovan Čavoški, «Constructing Nasser's neutralism: Egypt and the rise of nonalignement in the Middle East», en Lorenz M. Lüthi, *The regional cold wars in Europe, East Asia, and the Middle East*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2015, pp. 88-107; Yevgeny Primakov, *Russia and the Arabs. Behind the scenes in the Middle East from 1950 to the present*, Nueva York, Basic Books, 2009; Keith Kyle, *Suez. Britain's end of empire in the Middle East*, Londres, Tauris, 2003; Jeremy Salt, *The unmaking of the Middle East. A history of western disorder in Arab lands*, Berkeley, University of California Press, 2008; David M. Barrett, *The CIA and Congress. The untold story from Truman to Kennedy*, Lawrence, University Press of Kansas, 2005.

Fin de un proyecto de coexistencia pacífica

Sergei Khrushchev y Abbot Gleason, eds., *Nikita Khrushchev*, New Haven, Yale University Press, 2000; Moshe Lewin, *El siglo soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona Crítica, 2006; Jonathan E. Lewis, *Spy Capitalism. Itek and the CIA*, New Haven, Yale University Press, 2002; Jeremi Suri, *Power and Protest. Global revolution and the rise of detente*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2003; Richard M. Bisell, jr., *Reflections of a cold warrior. From Yalta to the Bay of Pigs*, New Haven, Yale University Press, 1996; Maldwyn A. Jones, *The limits of liberty*, Nueva York, Oxford University Press, 1995. Sobre la cuestión del avión U-2, Jeffrey T. Richardson, ed., «The secret history of the U-2» en *National Security Archive*, electronic briefing book 434, 15 de agosto de 2013 y Gregory W. Pedlow y Donald E. Welzenbach, *The Central Intelligence Agency and overhead reconnaissance: The U-2 and OXCART programs, 1954-1974*, Washington, C. I. A., 1992 (desclasificado en 2013).

América Latina en la perspectiva de la guerra fría Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, vols. 11 (*Economía y sociedad*, c. *1870-1930*); 12 (*Política y sociedad desde 1930*), y 15 (*El cono sur desde 1930*), Barcelona, Crítica, 1997-2002; Thomas E. Skidmore y P. H. Smith: *Historia contemporánea de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1996; Juan José Arévalo, *Guatemala, la democracia y el imperio,* Buenos Aires, Palestra, 1964[7]; Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala. The foreign policy of intervention*, Austin, University of Texas Press, 1982; Nick Cullather, *Secret history. The CIA's classified account of its operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford, Stanford University Press, 1999; Piero Gleijeses, *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y Estados Unidos, 1944-1954*, Guatemala, Editorial Universitaria, 2008; Greg Grandin, *The last colonial massacre. Latin America and the Cold War*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004; María Vilanova de Árbenz, *Mi esposo el presidente Árbenz*, Guatemala, Editorial Universitaria, 2003[2]; Michelle Denise Getchell, «Revisiting the 1954 coup in Guatemala, The Soviet Union, the United Nations, and 'hemispheric solidarity'», en *Journal of Cold War Studies*, 17 (2015), n.º 2, pp. 73-102.

Michael Grow, *U.S. presidents and Latin American interventions. Pursuing regime change in the Cold*

War, Lawrence, University Press of Kansas, 2008; Lars Schoultz, *Beneath the United States. A history of U.S. policy towards Latin America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998; Renata Keller, «Stamps, rum, and hand grenades: Fidel Castro's récipe for revolution», en *Cold War History International Project*, e.dossier 66 (29 septiembre de 2015); Darío Betancourt y Martha L. García, *Matones y cuadrilleros*, Bogotá, Tercer Mundo, 1991[2] y *Marimberos y mafiosos*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994; Boris Fausto, *História do Brasil*, São Paulo, EDUSP, 1998[6]; Richard Gillepsie, *Soldados de Perón. Los montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1998[2]; Danilo Martuccelli y Maristella Svampa, *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada, 1997; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987[5]; 9. MAREA ALTA (1960-1968) *J. F. Kennedy*

Robert Dallek, *An Unfinished Life. John F. Kennedy, 1917-1963*, Boston, Little, Brown and Co., 2003; David Talbot, *La conspiración*, Barcelona, Crítica, 2008; Arthur M. Schlesinger jr., *Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Aymá, 1966 y *Journals*, *1952-2000*, Nueva York, Penguin, 2007; Lawrence Freedman, *Kennedy's wars. Berlín, Cuba, Laos and Vietnam*, Nueva York, Oxford University Press, 2000; John Prados, *Safe for democracy. The secret wars of the CIA*, Chicago, Ivan R. Dee, 2006; Ernest R. May y Philip D. Zelikow, eds., *The Kennedy tapes*, Nueva York, Norton, 2002, es un libro desacreditado por la crítica de Sheldon M. Stern, «What JFK really said» en *Atlantic Magazine*, mayo de 2000; sobre ello, David G. Coleman, *The fourteenth day*, Nueva York, Norton, 2012. James G. Blight y Janet M. Lang, «The Goldsboro incident: How the world might have ended», en *Truthdig*, 24 de junio de 2015; William Burr, ed., «New details on the 1961 Goldsboro nuclear accident», en *National Security Archive*, electronic briefing book 475, 9 de junio de 2014; William Burr y Avner Cohen, «Kennedy, Dimona and the nuclear proliferation problem: 1961-1962», en *Cold War International History Project*, Nuclear History, 21 de abril de 2016.

Peter Kornbluh, ed., *Bay of pigs declassified*, Nueva York, The New Press, 1998, «CIA sued for 'holding history hostage' on Bay of Pigs invasion», en *National Security Archive*, electronic briefing book 341, 14 de abril de 2011, y «Top secret CIA 'official history' of the Bay of Pigs: revelations», electronic briefing book 355, 15 de agosto de 2011, que enlaza con los cuatro volúmenes de la historia oficial de la CIA. El quinto volumen sigue sin desclasificar, pese a los esfuerzos del profesor David Barrett que sostiene que contiene informaciones sobre reuniones previas de la CIA con empresarios con intereses en Cuba (Victor Fiorillo, «Villanova profesor sues CIA over...Bay of Pigs?!», en *Philadelphia Magazine*, 9 de agosto de 2016). David Talbot, *The devil's chessboard*, Londres, Collins, 2015. Irving F. Gellman, *The president and the apprentice*, New Haven, Yale University Press, 2015, sostiene que Eisenhower no había dejado la operación de Bahía Cochinos preparada, sino que ésta se encontraba aún en una fase preliminar. El informe sobre los intentos de asesinar a Castro se puede consultar a partir de John Prados y Arturo Jiménez-Bacardi, «Gerald Ford White House altered Rockefeller Commisiion report in 1975; removed section on CIA assassination plots», en *National Security Archive*, electronic briefing book 543, 29 de febrero de 2016. Véase también Robert Scheer, «On Cuba, JFK was married to the mob», en *Truthdig*, 21 de marzo de 2016 (reproducción de un articulo publicado en *Los Angeles Times* el 11 de noviembre de 1997).

La historia de la crisis de los misiles cubanos, que fue adulterada deliberadamente por Robert Kennedy en su libro *Trece días*, y a la que la versión cinematográfica agregó todavía dramatismo, se renovó por completo en 2012, con la correcta transcripción de las cintas del Ex-comm, que demostraron que el presidente fue prácticamente el único que rechazó la invasión. De esta nueva bibliografía hay que destacar Sheldon M. Stern, *The Cuban missile crisis in American memory: Myths versus reality*, Stanford, Stanford University Press, 2012 (he usado también sus ocho artículos publicados en *History News Network* en 2015); James G. Blight y Janet M. Lang, *The Armageddon letters: Kennedy, Khrushchev, Castro in the Cuban missile crisis*, Rowman & Littlefield, 2015; la importante serie de documentos que *National Security*

Archive publicó en 2012 con el título global: «50 years, Cuban Missile Crisis»; los artículos aparecidos en octubre de 2012 en *Bulletin of the Atomic Scientists*, como el colectivo «Remembering the Cuban missile crisis», y el de Aaron Tovish, «The Okinawa missiles of october», en el *Bulletin* de octubre de 2015. Michael B. Petersen, *Legacy of ashes, trial by fire: The origins of the Defense Intelligence Agency and the Cuban missile crisis crucible*, una publicación histórica de la DIA, de 2011, a la que se puede acceder a través de la publicación de documentos de National Security Archive, *DIA declassified: a sourcebook*, electronic briefing book 534, 20 de noviembre de 2015. Sobre la ocultación de la realidad, «Dubious secrets of the Cuban missile crisis», en *National Security Archive*, 21 de febrero de 2013; Noam Chomsky, «The week the world stood still», en *TomDispatch*, 22 de marzo de 2014; Michael Beschloss, «When J.F.K. secretly reached Castro», en *New York Times*, 17 de diciembre de 2014.

Taylor Branch, *America in the King years (Parting the waters, 1954-63; Pillar of fire, 1963-65; At Canaan'a edge, 1965-68)*, Nueva York, Simon and Schuster, 1988-2006; Nick Bryant, *The bystander. John F. Kennedy and the struggle for black equality*, Nueva York, Basic Books, 2006; Jonathan Rosenberg y Zachary Karabell, *Kennedy, Johnson, and the quest for justice. The civil rights tapes*, Nueva York, Norton, 2003.

John Prados, ed., «The Diem coup after 50 years», an update to electronic briefing book 302, *National Security Archive*, 1 de noviembre de 2013; David Kaiser, *American Tragedy. Kennedy, Johnson, and the origins of the Vietnam war*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2000, y *The road to Dallas. The assassination of John F. Kennedy*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2008; Alain Peyrefitte, *C'était De Gaulle*, París, Fayard, 2002; David Robarge, «Death of a president», en *Studies in Intelligence*, 57, n.º 3 (septiembre de 2013); Philip Shenon, «What the Warren Commission didn't know», en *Politico Magazine*, 2 de febrero de 2015; Paul Gregory, «Lee Harvey Oswald was my friend», en *New York Times*, 7 de noviembre de 2013; Steven M. Gillon, «Why Lee Harvey Oswald pulled the trigger», en *History News Network*, 20 de noviembre de 2013; Peter Watson, «Reporting JFK's assassination: A BBC correspondent's notes», en *BBC News*, 18 de noviembre de 2013; James DiEugenio, «How CBS news aided the JFK cover-up», en *Consortium News*, 22 de abril de 2016.

La presidencia de Johnson

La fuente fundamental es la monumental biografía de Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson*, de la que han aparecido cuatro volúmenes, que no cubren aún su etapa en la presidencia; Robert Dallek, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and his times, 1961-1973*, Oxford, Oxford University Press, 1998; Randall B. Woods, *LBJ. Architect of American ambition*, Nueva York, Free Press, 2006; Lyndon B. Johnson, *Memorias de un presidente, 1963-1969*, Barcelona, Dopesa, 1971; Michael R. Beschloss, *Taking charge. The Johnson White House tapes, 1963-1964*, Nueva York, Touchstone (Simon and Schuster), 1997; Jeffrey W. Helsing, *Johnson' war/Johnson's great society. The guns and butter trap*, Westport, Praeger, 2000; Nick Kotz, *Judgment days. Lyndon Baines Johnson, Martin Luther King Jr., and the laws that changed America*, Nueva York, Mariner Books, 2006; James T. Patterson, *The eve of destruction: How 1965 transformed America*, Nueva York, Basic Books, 2012; Geraldo L. Cadava, «How should historians remember the 1965 Immigration and Nationality Act», en *The American Historian*, agosto de 2015; Kevin Baker, «Living in L.B.J.'s America», en *New York Times*, 27 de agosto de 2016. Recojo las ideas sobre los programas de guerra contra la pobreza expresados por Alice O'Connor en una entrevista con Janine Jackson, «Poverty is a product of the institutions we have in society», en *Truthout*, 6 de octubre de 2016.

Sobre los derechos civiles, además, Jim Rutenberg, «A dream undone. Inside the 50-year campaign to roll back the Voting Rights Act», en *The New York Times Magazine*, 29 de julio de 2015; Ari Berman, «Give us the ballot: The struggle continues 50 years after signing of the 1965 Voting Rights Act», en *Democracy Now*, 5 de agosto de 2015; Clay Risen, «The shrinking of Lyndon Johnson», en *New Republic*, 9 de febrero de 2014; Michael O'Donnell, «How LBJ saved the Civil Rights Act», en *The Atlantic*, 19 de marzo de 2014. Christopher Jencks, «The war on poverty: was it lost?» y «Did we lose the war on poverty?», en *New York Review of Books*, 2 de abril y 23 de abril de 2015. Sobre la revuelta negra, Bill Boyarsky, «A reporter who covered the Watts riots 50 years ago today looks back», en *Truthdig*, 10 de agosto de 2015; Kara Z. Dellacioppa, «Remembering the Watts rebellion, Operation Chaos and the infectious logic of national security», en *Truthout*, 9 de febrero de 2015; una excelente serie de artículos, fotos y documentación se pueden consultar a partir de «Watts riots remembered», en *Los Angeles Times*, 14 de agosto de 2015. Sobre los disturbios de 1967 y la comisión Kerner, Steven Gillon, «Remember the Kerner Report? Here's what you don't know», en *History News Network*, 17 de mayo de 2015, y, sobre todo, tres espléndidos trabajos publicados en *Boston Review*: Julian E. Zelizer, «Fifty years ago, the government said Black lives matter», publicado el 5 de mayo de 2016; Daniel Geary, «What the Kerner report got wrong about policing», 19 de mayo de 2016, y Elisabeth Hinton «From 'War on crime' to 'War on the black community'», 21 de junio de 2016.

Sobre Vietnam: John Prados, *Vietnam. The history of an unwinnable war, 1945-1975*, Lawrence, University Press of Kansas, 2009; Christian G. Appy, *La guerra de Vietnam. Una historia oral*, Barcelona, Crítica, 2008; Nick Turse, *Kill anything that moves*, Nueva York, Picador, 2013; Robert S. McNamara, *In retrospect. The tragedy and lessons of Vietnam*, Nueva York, Vintage Books, 1996; Mark Moyar, *Triumph forsaken. The Vietnam war, 1954-1965*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006; Seymour M. Hersh, *My Lai-4: la Guerra de Vietnam y la conciencia norteamericana*, Barcelona, Grijalbo, 1971, y «The scene of the crime. A reporter's journey to My Lai and the secrets of the past», en *The Newyorker*, 30 de marzo de 2015; Douglas Valentine, «When Phoenix came to Thann Phong: Bob Kerry and war crimes as policy in Vietnam», en *Counterpunch*, 7 de junio de 2016 (Valentine es autor de un libro sobre la operación Phoenix). Gareth Porter, «The real Tonkin Gulf deception wasn't by Lyndon Johnson», en *Truthout*, 13 de agosto de 2014; Marjorie Cohn, «40 years on, the Vietnam war continues for victims of Agent Orange», en *Truthdig*, 16 de diciembre de 2015; Robin Lindley, «Christian Appy on the legacy of the Vietnam war: an interview», en *History News Network*, 22 de diciembre de 2015. Las informaciones sobre la «traición de Nixon» y sobre su intento de asaltar la Brookings Institution para destruir las pruebas de su actuación son tan abundantes que renuncio a incluirlas aquí. Una buena síntesis, con reproducción de elementos de la documentación secreta guardada por W. W. Rostow, se puede ver en Robert Parry, «LBJ's 'X' file on

Nixon's 'treason'», en *Consortiumn News*, 3 de marzo de 2012; Davis Nasaw, «A biographer of Robert Kennedy reconciles 'Good Bobby' and 'Bad Bobby'», en *New York Times*, 5 de julio de 2016.

El fracaso del proyecto social de Jrushchov

Miriam Dobson, *Khrushchev cold summer. Gulag returnees, crime, and the fate of reform after Stalin*, Ithaca, Cornell University Press, 2009; Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's cold war. From Stalin to Khrushchev*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996; Alexander Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's cold war. The inside story of an American adversary*, Nueva York, Norton, 2006; N. Kruschev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona, Euros, 1975; William Taubman, Sergei Khrushchev y Abbot Gleason, eds., *Nikita Khrushchev*, New Haven, Yale University Press, 2000; Moshe Lewin, *El siglo soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, Crítica, 2006. Sobre el asunto «Doctor Zhivago», Michael Scammell, «The CIA's 'Zhivago'», en *New York Review of Books*, 10 de julio de 2014; Frances Stoner Saunders, «The writer and the valet», en *London Review of Books*, 28 de septiembre de 2014; Sergey Radchenko, «Love us as we are: Krushchev's 1956 charm offensive in the UK», en *Cold War International History Project*, e-dossier 71, abril de 2016.

África: el difícil acceso a la libertad

Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Éditions La Découverte, 2002 (edición original, 1961); Ronald Hyam, *Britain's declining empire. The road to decolonisation, 1918-1968*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; J. D. Hargreaves, *Decolonization in Africa*, Londres, Longman, 1988; Yves Benot, *Massacres coloniaux. 1944-1950: la IV république et la mise au pas des colonies françaises*, París, La Découverte, 1994; Vijay Prashad, *The darker nations. A people's history of the Third World*, Nueva York, The New Press, 2007.

Mohammed Harbi y Benjamin Stora, eds., *La guerre d'Algérie. 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París, Robert Laffont, 2004; Alistair Horne, *A savage war of peace. Algeria 1954-1962*, Nueva York, New York Review Books, 2006; Martin Evans and John Phillips, *Algeria: anger of the dispossessed*, New Haven, Yale University Press, 2007; Benjamin Stora, *Histoire de la guerre d'Algérie*, París, La Découverte, 1993; Général Paul Aussaresses, *Services Spéciaux. Algérie, 1955-1957*, París, Perrin, 2001; Habib Soauïdia, *La sale guerre. Le témoignage d'un ancien officier des forces spéciales de l'armée algérienne*, París, La Découverte, 2001.

Frederick Cooper, *Decolonization and African society. The labor question in French and British Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Michael Havinden y David Meredith, *Colonialism and development. Britain and its tropical colonies, 1850-1960*, Londres, Routledge, 1993; Caroline Elkins, *Imperial reckoning. The untold story of Britain's gulag in Kenya*, Nueva York, Henry Holt, 2005; David Anderson, *Histories of the hanged. Britain's dirty war in Kenya and the end of empire*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2005; Herbert Ekwe-Ekwe, «The Igbo genocide, Britain and the United States», en *Pambazuka News*, 734, 9 de julio de 2015, «The mission of Biafra», en *Pambazuka News*, 28 de julio de 2016 y «Year 50: Biafra before Brexit», en *Pambazuka News*, 21 de julio de 2016; Martin Meredith, *Mugabe. Power and plunder in Zimbabwe*, Oxford, Public Affairs, 2002; Douglas Schorr, «Mugabe is a fool, but not for the reasons you think», en *Pambazuka News*, 8 de enero de 2016.

Patrick Manning, *Francophone Sub-saharan Africa, 1880-1995*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Alexandre Gerbi, *Histoire occultée de la décolonisation franco-africaine. Impostures,*

refoulement et névroses, París, L'Harmattan, 2006; André Nouschi, *Les armes retournées. Colonisation et décolonisation françaises*, París, Belin, 2005; Ludo de Witte, *El asesinato de Lumumba*, Barcelona, Crítica, 2002; Yves Engler, «How the UN and Canada colluded to kill Lumumba», en *Pambazuka News*, 14 de julio de 2016; Susan Williams, «The link between uranium from the Congo and Hiroshima: a story of twin tragedies», en *The Conversation*, 24 de agosto de 2016; Henning Melber y Susan Williams, «Speaking truth to power: The killing of Dag Hammarskjöld and the cover-up», en *Pambazuka News*, 22 de septiembre de 2016; Georges Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila. A People's History*, Londres, Zed Books, 2002; Patrick Chabal, ed., *A History of postcolonial lusophone Africa*, Londres, Hurst and Co., 2002; Leonard Thompson, *A History of South Africa*, New Haven, Yale University Press, 1995; Vladimir Shubin, *ANC. A view from Moscow*, Bellville, Mayibuye Books, 1999; William Beinart y Saul Dubow, eds., *Segregation and apartheid in twentieth-century South Africa*, Londres, Routledge, 1995; Yash Tandon, «Resisting WTO's culture of terror and impunity», en *Pambazuka News*, 16 de diciembre de 2015; Abayomi Azikiwe, «The coup against Nkrumah and the role of African Americans in the African revolution», en *Pambazuka News*, 16 de febrero de 2016; Charles Quist-Adade, «The coup that set Ghana and Africa 50 years back», en *Pambazuka News*, 2 de marzo de 2016; Juan Cole, «Donald Trump's politics of whiteness and the CIA tip that jailed Nelson Mandela», en *Truthdig*, 16 de mayo de 2016; Adam Taylor, «The CIA's mysterious role in the arrest of Nelson Mandela», en *Washington Post*, 16 de mayo de 2016; Fickle Finger, «How the CIA sold out Nelson Mandela», en *The Daily Beast*, 17 de mayo de 2016; Alan Wieder, «The CIA and the 1962 arrest of Nelson Mandela», en *Counterpunch*, 19 de mayo de 2016.

La guerra fría en Asia y en el Oriente próximo R. E. Elson, *Suharto. A political biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; Amy Goodman, «'The look of silence': Will new film force U.S. to acknowledge role in 1965 Indonesian genocide?», en *Democracy Now*, 3 de agosto de 2015; Ian Buruma, «The violent mysteries of Indonesia», en *New York Review of Books*, 22 de octubre de 2015; Margaret Scott, «The Indonesian massacre: What did the US know», en *New York Review of Books daily*, 2 de noviembre de 2015; Jonathan Marshall, «Hiding the Indonesia massacre files», en *Consortium News*, 29 de abril de 2016; Jean-Louis Margolin y Claude Markovits, *Les Indes et l'Europe*, París, Gallimard, 2015; Michael Schuman, *The miracle. The epic story of Asia's quest for wealth*, Nueva York, Harper, 2009; Chae-Jin Lee, *A troubled peace. U.S. policy and the two Koreas*, Baltimore, The John's Hopkins University Press, 2006; Don Oberdorfer, *The two Koreas. A contemporary history*, New York, Basic Books, 2001.

Ahron Bregman, *La ocupación. Israel y los territorios palestinos ocupados*, Barcelona, Crítica, 2014; Jeremy Salt, *The unmaking of the Middle East. A history of western disorder in Arab lands*, Berkeley, University of California Press, 2008; Patrick Tyler, *A world of trouble. The White House and the Middle East, from the cold war to the war on terror*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2009; Michael B. Oren, *Six days of war. June 1967 and the making of the modern Middle East*, Nueva York, Oxford University Press, 2002; Tom Segev, *1967. Israel, the war, and the year that transformed the Middle East*, Nueva York, Metropolitan Books, 2007; James DiEugenio, «How Israel stole the bomb», en *Consortium News*, 11 de septiembre de 2016; Guy Laron, «The cold war in the Arab world», en L. M. Lüthi, ed., *The regional cold wars in Europe, Asia and the Middle East*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2015, pp. 170-188; Sumaya Awad, «Apartheid Israel's war on water», en *SocialistWorker.org*, 28 de julio de 2016.

El fin de la utopia maoísta

Mark Dikötter, *Mao's great famine. The history of China most devastating catastrophe, 1958-62*, Londres

Bloomsbury, 2010; Alexander V. Pantsov y Steven I. Levine, *Mao: The real story*, Nueva York, Simon and Schuster, 2012; Philip Short, *Mao*, Barcelona, Crítica, 2003; Gao Wenquian, *Zhou Enlai. The last perfect revolutionary*, Nueva York, Public Affairs, 2007; Immanuel C. Y. Hsü, *The rise of Modern China*, Nueva York, Oxford University Press, 1995[5]; Michael Dillon, *China. A modern history*, Londres, Tauris, 2010; Li Zhisui, *La vida privada del presidente Mao*, Barcelona, Planeta, 1995.

10. TIEMPOS REVUELTOS (1968-1974) Martin Luther King, «Beyond Vietnam. A time to break silence», sermón predicado en la iglesia de Riverside, Nueva York, 4 de abril de 1967 (versión transcrita del audio, corregida y verificada en 2010); Clara Bingham, *Witness to the revolution. Radicals, resisters, vets, hippies, and the year America lost its mind and found its soul*, Nueva York, Random House, 2016; Arthur Marwick, *The Sixties*, Oxford, Oxford University Press, 1998; Mark Kurlansky, *1968. The year that rocked the world*, New York, Ballantine Books, 2004; Jeremi Suri, *Power and protest. Global revolution and the rise of detente*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2003; Gerd-Rainer Horn, *The spirit of '68. Rebellion in western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, Oxford University Press, 2007; Uwe Bergmann *et al.*, *La rebelión de los estudiantes*, Barcelona, Ariel, 1976; Fred Kaplan, *1959. The year everithing changed*, Hoboken, John Wiley, 2009; Lawrence S. Wittner, *Confronting the bomb. A short history of the world disarmement movement*, Stanford, Stanford University Press, 2009; James D. Robenalt, «Two things you don't know about Roe v. Wade that will surprise you», en *History News Network*, 24 de abril de 2015; W. J. Rorabaugh, «How hippies created today's Anerican culture», en *History News Network*, 3 de octubre de 2015.

Brézhnev, Praga y el fin del comunismo

Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Anatoly S. Chernyaev, *Diary. 1972*, publicado por National Security Archive en 2012; Vladimir V. Kusin, *The intellectual origins of the Prague spring. The development of reformist ideas in Czechoslovakia 1956-1967*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Londres, Allen Lane, 1999.

La «revolución cultural» china

Frank Dikötter, *The cultural revolution. A people's history, 1962-1976*, Londres, Bloomsbury, 2016, que constituye la tercera pieza de su intento de demolición del maoísmo; un libro que Judith Shapiro ha calificado, en su excelente reseña en *The New York Times* (6 de mayo de 2016) de «gripping, horrific and at times sensationalistic». Para Dikötter la revolución cultural se dividiría en tres etapas: los «años rojos», de 1966 a 1968; los «años negros», de 1968 a 1971, y los «años grises», de 1971 a 1976, en que la gente del campo, desengañada del comunismo, fue redescubriendo el capitalismo y puso las bases de la expansión económica posterior (véase Eric Fish, «Historian: China's economic reforms actually started during the cultural revolution», en *Asia Society*, 31 de julio de 2016); Roderick MacFarquhar y Michael Schoenhals, *La revolución cultural china*, Barcelona, Crítica, 2009, completándolo con las reseñas del «forum» dedicado a este libro en *Journal of Cold War Studies*, 10 (2008), n.º 2, pp. 97-130; Alexander Pantsov y S. Levine, *Mao: The real story*, Nueva York, Simon and Schuster, 2012 y *Deng Xiaoping. A revolutionary life*, Nueva York, Oxford University Press, 2015; Philip Short, *Mao*, Barcelona, Crítica, 2003; Lorenz M.

Lüthi, *The Sino-soviet split: Cold war in the communist world*, Princeton, Princeton University Press, 2008 y «China's turn to the world» (en colaboración con Chen Jian), en L. M. Lüthi, ed., *The regional cold wars in Europe, East Asia and the Middle East*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2015, pp. 146-169; Guobin Yang, «How the Chinese cultural revolution came to an end», en *History News Network*, 15 de mayo de 2016; Chris Buckley, «How the Cultural Revolution sowed the seeds of dissent in China», en *New York Times*, 15 de junio de 2016.

Richard Nixon

Que Nixon siga siendo objeto de atención, más biográfica que histórica, lo demuestra la publicación de nuevas biografías, como Tim Weiner, *One man against the world. The tragedy of Richard Nixon*, Nueva York, Henry Holt, 2015 y Evan Thomas, *Being Nixon. A man divided*, Nueva York, Random House, 2015 (sobre estos libros véase la reseña de David Greenberg en *New York Times*, 24 de junio de 2015). La última aportación de Bob Woodward, *The last of the president's men*, Nueva York, Simon and Schuster, 2015, no sólo ilustra acerca de la duplicidad y miseria moral del personaje, sino que aporta algunos documentos de interés (véanse las reseñas contrastadas de Ray Locker y Bernard von Bothmer en *History News Network*, 9 de noviembre y 4 de diciembre de 2015 respectivamente, así como la de Robert G. Kaiser sobre las últimas biografías en «The disaster of Richard Nixon», en *The New York Review of Books*, 21 de abril de 2016). De las biografías anteriores retengo Rick Perlstein, *Nixonland. The rise of a president and the fracturing of America*, Nueva York, Scribner, 2008 y William Safire, *Before the fall. An inside view of the pre-Watergate White House*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2005[2]; sobre la complicidad de Kissinger, Greg Grandin, *Kissinger's shadow*, Nueva York, Metropolitan Books, 2015; Jonathan Krishner critica en «Machinations of wicked men», en *Boston Review*, 9 de marzo de 2016, el intento de Niall Ferguson de reivindicar la figura de Kissinger en *Kissinger, 1923-1968: the idealist*. Un material fundamental sobre Nixon nos lo proporcionan las ediciones recientes de sus cintas, que deben reemplazar a todas las anteriores: Douglas Brinkley y Luke A. Nichter, *The Nixon tapes: 1971-1972*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2014, y *The Nixon tapes: 1973*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2015, a lo que hay que añadir que hay una serie de cintas que no son todavía accesibles, porque se siguen manteniendo en secreto. He usado algunos datos del volumen *The president's daily brief. Delivering intelligence to Nixon and Ford*, con que la CIA presentó la desclasificación de estos documentos, que pueden consultarse en *https://www.cia.gov/library/readingroom/presidents-daily-briefs*; pero National Security Archive avisó primero acerca de las muchas ocultaciones que hay en esta edición censurada y aclaró después que Nixon, que desconfiaba de la CIA, parece ser que no leía estos boletines, sino que obtenía su información reservada de las comunicaciones que le pasaba Kissinger (electronic briefing books 558 y 559, 9 y 14 de septiembre de 2016). La cita de Kissinger en diciembre de 1970 procede de: «H. R. «Bob» Haldeman on 15 December 1970», H. R. Haldeman's Diary, 15 December 1970, *Presidential Recordings Digital Edition* [Fatal Politics, ed. Ken Hughes] (Charlottesville: University of Virginia Press, 2014). URL: http://prde.upress.virginia.edu/conversations/4006726. Uso además una amplia serie de materiales, artículos y ensayos, como Stanley Kutler, «Why Nixon matters», en *Reuters*, 7 de agosto de 2014; Jennifer Schuessler, «Prying loose the long-kept secrets of Attica», James Forman, jr., «Attica, Attica: The story of the legendary prison uprising», en *New York Times*, 23 de agosto y 30 de agosto de 2016, respectivamente y Alan Mills, «Attica: How the suppression of an uprising fed the prison industry», en *Truthout*, 9 de septiembre de 2016 (reseñas del libro de Heather Ann Thompson, *Blood in the water. The Attica prison uprising of 1971 and its legacy*); Anthony Tarrant, «Attica at 45: State sponsored terrorism and its aftermath», en *Counterpunch*, 14 de septiembre de 2016; Mark Karlin, «Joan Walsh talks with Truthout about what's the matter with white people», en *Truthout*, 6 de septiembre de 2012; Anthony Clark, «The secret Nixon Library», en *History News Network*, 23 de marzo de 2015; Ken Hughes, «Nixon's biggest crime was far, far worse tan Watergate», en *History News Network*, 15 de junio de 2012; Jack Shaler, «What made Deep Throat leak?», en *Reuters*, 21 de febrero de 2012; Carl Bernstein, «Watergate reporter: Nixon is still tricky after all these years», en *Washington Post*, 24 de julio de 2015, *etc.* Al Plan Huston está dedicado el volumen segundo de las audiencias del Comité Church, Washington, 1976. Sin olvidar las dudas que sobre toda esta historia se exponen en libros como el de Ray Locker, *Nixon's gamble. How a president's own secret government destroyed his administration*, Guilford, Connecticut, Rowland and Littlefield, 2016.

James T. Patterson, *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush*, Barcelona, Crítica, 2006; Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge,

Cambridge University Press, 2010; Melvyn P. Leffler, *La guerra después de la guerra*, Barcelona, Crítica, 2008; Jussi Hanhimäki, *The flawed architect. Henry Kissinger and American foreign policy*, Nueva York, Oxford University Press, 2004; Laurel Krause y Mickey Huff, «Kent State: Was it about civil rights or murdering student protesters?», en *Project Censored*, 11 septiembre 2012; Murray Polner, «After 45 years we need a serious look at what happened and why», en *History News Network*, 27 de abril de 2015.

Sobre la lucha interna contra la disidencia, Betty Medsger, *The burglary: The discovery of J. Edward Hoover's secret FBI*, Nueva York, Knopf, 2014; Mark Mazzetti, «Burglars who took on F.B.I. abandon shadows», en *New York Times*, 7 de enero de 2014; Amy Goodman y Denis Moynihan, «The FBI, the NSA and a long-held secret revealed», en *Democracy Now*, 9 de enero de 2014; Noam Chomsky, «1971 burglary of FBI office proved agency had become a 'National Political Police'», en *Democracy Now*, 8 de enero de 2014; Randall L. Kennedy, «Protesting too much», en *Boston Review*, 23 de marzo de 2015; Harold P. Ford, *William E. Colby as director of Central Itelligence, 1973-1976*, Langley, C.I.A,, 1993 (desclasificado en 2011); The Daily Take Team, «The big lie in the war against drugs», en *Truthout*, 29 de diciembre de 2015; German Lopez, «Nixon oficial: real reason for the drug war was to criminalize black people and hippies», en *Vox*, 23 de marzo de 2016.

Sobre Vietnam, Jeffrey Kimball, *The Vietnam war files. Uncovering the secret history of Nixon-era strategy*, Lawrence, University Press of Kansas, 2004; Larry Berman, *No peace, no honor. Nixon, Kissinger, and betrayal in Vietnam*, Nueva York, Touchstone, 2002; Stepehn P. Randolph, *Powerful and brutal weapons. Nixon, Kissinger, and the Easter offensive*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2007; William Burr y Jeffrey Kimball, eds., «Nixon White House considered nuclear options against North Vietnam, declassified documents reveal», en *National Security Archive*, electronic briefing book 195, 31 de julio de 2006 y «Nixon, Kissinger, and the madman strategy during Vietnam war», en *National Security Archive*, The Nuclear Vault, 20 de mayo de 2015; James DiEugenio, «Exposing Nixon's Vietnam lies», en *Consortium News*, 10 de agosto de 2015; Charles Ornstein *et al*., «40 years after Vietnam, Blu Water Navy vets still fighting for agent orange compensation», en *ProPublica*, 11 de septiembre de 2015; David Milne, «They died for Henry Kissinger's credibility: The real history of our Vietnam immorality», en *Salon*, 18 de octubre de 2015; Nick Turse, «Two men, two legs, and too much suffering. America's forgotten Vietnamese victims», en *TomDispatch*, 29 de mayo de 2011; Mark Landler, «Obama aknowledges scars of America's shadow war in Laos», en *New York Times*, 6 de septiembre de 2016; Robert Scheer, «U.S. pledge of $90 million to Laos for cluster munitions legacy is 'chump change'», en *Truthdig*, 9 de septiembre de 2016.

Gary J. Bass, *The Blood telegram. Nixon, Kissinger, and a forgotten genocide*, Nueva York, Knopf, 2013; Christian Gerlach, *Extremely violent societies. Mass violence in the twentieth-century world*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010, pp. 17-91; David Bergman, «The politics of Bangladesh's genocide debate», en *New York Times*, 5 de abril de 2016; Yogeshi Joshi, *The imagined arsenal. India's nuclear decisión-making, 1973-1976*, Nuclear Proliferation International History Project, working paper 6, junio de 2015.

El gran proyecto

Margaret Macmillan, *Nixon and Mao. The week that changed the world*, New York, Random House, 2007; William Burr, ed., *The Kissinger transcripts. The top secret talks with Beijing and Moscow*, Nueva York, The New Press, 1998; William Burr, «Nixon's trip to China», en *National Security Archive*, 11 de diciembre de 2003 y otras colecciones de documentos del propio archivo; Hsiao-ting Lin, «Taiwan's cold war in Southeast Asia», en *Cold-War International History Project*, e-dossier n.º 70, 7 de abril de 2016. El texto íntegro de la conversación con Mao en USC US-China Institute, Annenberg, junio de 2016.

Watergate y la caída de Nixon

Keith W. Olson, *Watergate. The presidential scandal that shook America*, Lawrence, University Press of Kansas, 2003; Mark Feldstein, «The myth of the media's role in Watergate», en *History News Network*, 30 de agosto de 2004; Robert Parry, «The heinous crime behind Watergate», en *Consortium News*, 9 de agosto de 2014; Ray Locker, «4 decades later we still don't know what the CIA's role in Watergate was», en *History News Network*, 11 de septiembre de 2016; la organización Judicial Watch obtuvo y publicó en agosto de 2016 el texto de un borrador interno de la CIA: «Working draft, CIA Watergate history»; Glenn Garvin, «Miami's Watergate mistery man at heart of newly revealed CIA report», en *Miami Herald*, 30 de agosto de 2016.

Oriente próximo y la guerra del Yom Kipur

Sobre la situación en el Oriente próximo, durante la guerra y después de ella: Ahron Bregman, *La ocupación*, Barcelona, Crítica, 2014; Yaacov Ro'i y Borís Morózov, eds., *The Soviet Union and the June 1967 Six day war*, Washington, Woodrow Wilson Center, 2008; Patrick Tyler, *A world of trouble. The White House and the Middle East, from the Cold War to the war on terror*, Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux, 2009; Yevgeny Primakov, *Russia and the Arabs. Behind the scenes in the Middle East from 1950 to the present*, Nueva York, Basic Books, 2009; los documentos sobre las conversaciones entre Hussein de Jordania y Golda Meir en Bob Woodward, *The last of the president's men*, Nueva York, Simon and Schuster, 2015, pp. 245-254; «State Department intelligence and research predicted 1973 arab-israeli war», en *National Security Archive*, electronic briefing book 415, 5 marzo 2013, ed. de William Burr; Sam Borden, «Long-hidden details reveal cruelty of 1972 Munich attackers», en *New York Times*, 1 de diciembre de 2015.

Gerald Ford

Barry Werth, *31 Days. Gerald Ford, the Nixon pardon, and a government in crisis*, Nueva York, Anchor Books, 2007; Henry Kissinger, *Years of renewal*, Nueva York, Simon and Schuster, 1999; Alan Greenspan, *The age of turbulence. Adventures in a New World*, New York, Penguin, 2007; William Burr, ed., «Kissinger to Ford: 'Smash Rumsfeld'», en *National Security Archive*, Electronic briefing book 454, 24 de enero de 2014; L. K. Johnson, «James Angleton and the Church committee», en *Journal of Cold War History*, 15 (2013), 4, pp. 128-147; John Prados y Arturo Jiménez-Bacardi, «Gerald Ford White House altered Rockefeller Commission report in 1975; removed section on CIA assassination plots», en *National Security Archive*, electronic briefing book 543, 29 de febrero de 2016; David D. Newsom, *The imperial mantle. The United States, decolonization, and the third world*, Bloomington, Indiana University Press, 2001; John Pilger, «'Saving' East Timor: How one of the 20th century's worst mass murders was covered up», en *Truthout*, 4 de marzo de 2016; «The Kissinger telcons: New documents throw light on sensitive Ford and Kissinger views», en *National Security Archive*, electronic briefing book 526, 19 de agosto de 2015.

América Latina: la época de las dictaduras militares Michael Grow, *U.S. presidents and Latin American interventions. Pursuing regime change in the Cold War*, Lawrence, University Press of Kansas, 2008; David F. Schmitz, *The United States and rigth-wing dictatorships*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006; Andrés Oppenheimer, *Ojos vendados. Estados Unidos y el negocio de la corrupción en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Lesley Gill, *The School of the Americas. Military training and political violence in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2004; Charles D. Brockett, *Political movements and violence in Central America*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005; Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*, Bogotá, Norma, 1995; Medófilo Medina y Margarita López Maya, *Venezuela: confrontación social y polarización política*, Bogotá, Aurora, 2003; Jacob Gorender, *Combate nas trevas*, São Paulo, Editora Atica, 1998[5]; Maria Celina d'Araujo *et al*., *Visoes do golpe. A memória militar sobre 1964*, Río de Janeiro, Relume Dumará, 1994; P. Israel Singer, «El 'milagro brasileño': causas y consecuencias», en *El Trimestre Económico*, 40 (1973), n.º 160(4); Rafael Moraes, «O governo Castello Branco e a Federação das Indústrias do estado de São Paulo: as bases do 'milagre'(1964-1967)», en *América Latina en la Historia Económica*, 23 (2016), n.º 2, pp. 64-90; Rodrigo Pattosá Motta *et al*. org., *A ditadura que mudou o Brasil. 50 anos do golpe de 1964*, Río de Janeiro, Zahar, 2014 (de este volumen se han usado los dos trabajos de Francisco Vidal Luna y Herbert S. Klein sobre las transformacions sociales y económicas en el período 1964-1985); Rafeal Archondo, «Bolivia. Comisión de la Verdad contra la impunidad», en *SinPermiso*, 29 de mayo de 2016; Eduardo Anguita y Martín Caparrós: *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1998[4] y *La voluntad*, II: *Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1973-1976*, Buenos Aires, Norma, 1998; Robert A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina. 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994[10] y *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; Patricia Marchak, *God's assassins. State terrorism in Argentina in the 1970s*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1999; María Seoane y Vicente Muletero, *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Carlos Osorio, «Kissinger to Argentines on dirty war: 'The quicker you succeed the better'», en *National Security Archive*, Electronic briefing book n.º 194, 4 de diciembre de 2003; Andrea Germanos, «Skip your visit to Argentina, Nobel laureate tells Obama», en *Common Dreams*, 3 de marzo de 2016; Peter Kornbluh, *Pinochet: los archivos secretos*, Barcelona, Crítica, 2004; Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago de Chile,

Sudamericana, 2002[2]; Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar. Chile, 1973-1988*, Buenos Aires, Grijalbo, 1997[3]; Peter Kornbluth, ed., «The Pinochet file: U.S. declassifies missing documents in the Letelier-Moffitt case», en *National Security Archive*, electronic briefing book 532, 8 de octubre de 2015; Samuel Blixen, *Operación Cóndor. Del archivo del terror y el asesinato de Letelier al caso Berrios*, Barcelona, Virus, 1998. Una visión alternativa, Jack Devine, «What really happened in Chile», en *Foreign Affairs*, 22 de mayo de 2014; David Corn, «New memo: Kissinger gave the 'green light' for Argentina's dirty war», en *Mother Jones*, 14 de enero de 2015. A los cuarenta años del golpe argentino se ha hecho una nueva publicación de documentos: Carlos Osorio y Peter Kornbluh, «Obama brings 'declassified diplomacy' to Argentina», en *National Security Archive*, electronic briefing book 545, 18 de marzo de 2016 y «Obama declassification holds promise of uncovering new evidence of Argentina's dirty war», en *National Security Archive*, electronic briefing book 546, 23 de marzo de 2016.

11. EL GIRO (1974-1982) *La crisis económica de los setenta*

Donella H. Meadows *et al*., *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972; Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008 y *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Barcelona, Crítica, 2009; Nicholas Craft y Gianni Toniolo, eds., *Economic growth in Europe since 1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Barry Eichengreen, *The European economy since 1945. Coordinated capitalism and beyond*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Derek H. Aldcroft, *The European Economy, 1914-1990*, Londres, Routledge, 1993[3]; Jeffrey A. Frieden, *Capitalismo global*, Barcelona, Crítica, 2007; John Perkins, *Confessions of an economic hit man*, San Francisco, Berrett-Koehler, 2004; Austan Goolsbee, «The Volcker way», en *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2013.

El fin de las ilusiones de un crecimiento universal Nils Gilman, «The New International Economic Order: A reintroduction», en *Humanity*, primavera de 2015; Michael Hudson, *Global fracture. The New International Economic Order*, Londres, Pluto, 2005[2]; Robert Lucas Jr., «Why does'nt capital flow from rich to poor countries?», en *American Economic Review*, 80, n.º 2 (mayo de 1990), pp. 92-96; Laura Alfaro *et al*., «Why does'nt capital flow from rich to poor countries? An empirical investigation», *NBER working paper n.º 11901*, diciembre de 2005; United Nations, General Assembly, *Declaration on the establishment of a New International Economic Order*, 1 de mayo de 1974; Alan Riding, «22 leaders gather for two-day Cancun meeting», en *New York Times*, 22 de octubre de 1981; Esteban Pérez Caldentey *et al*., *Raúl Prebisch (1901-1986)*, CEPAL, publicación *online*; Martin Meredith, *The state of Africa. A history of fifty years of independence*, Londres, Free Press, 2006[2]; Alex de Waal, *Famine crimes. Politics and the disaster relief industry in Africa*, Oxford, James Currey, 1997; Yash Tandon, «An exclusive excerpt from 'Trade is war'», en *Truthdig*, 22 de mayo de 2015; Simplice A. Asongu, «Addressing a root cause of Sub Saharan Africa poverty tragedy: Horizons for post-2015 common capital flight policies», Yaundé, *African Governance and Development Institute*, working paper 15/048.

Jimmy Carter

Una fuente esencial para el estudio del período es el conjunto documental reunido por National Security Archive en *The Carter-Brezhnev Project*, que contiene, entre otros materiales, una amplia cronología de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y la reproducción de los coloquios *The collapse of détente from the March 1977 Moscow meetings to the December 1979 invasion of Afghanistan* (1992), *SALT II and the growth of mistrust* (1994), *Global competition and the deterioretion of U.S.-Soviet relations, 1977-1980* (1995) y *The intervention in Afghanistan and the fall of detente* (1995). Uso además, y hago citas literales de su texto y de los documentos, Svetlana Savranskaya y Malcolm Byrne, eds., «Global competition and deterioration of U.S.-Soviet ralations, 1977-1980», en *National Security Archive*, electronic briefing book 492, 12 de noviembre de 2012. Mucho menos interesante es, en cambio, el material que se ofrece en la web de la *Jimmy Carter Presidential Library and Museum*; Peter G. Bourne, *Jimmy Carter. A comprehensive biography from plains to postpresidency*, Nueva York, Scribner/Lisa Drew, 1997; Betty Glad, *An outsider in the White House. Jimmy Carter, his advisors, and the making of American foreign policy*, Ithaca, Cornell University Press, 2009; Jimmy Carter, *White House diary*, Nueva York, Farrar, Straus and Giorux, 2010, útil para valorar su inconsistencia y sus errores; William R. Anderson, «Rethinking Carter», en *Mises Institute*, 25 de octubre de 2000; Zbigniew Brzezinski, *Power and principle. Memoirs of the National Security Adviser 1977-1981*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983; Andrew Bacevich, *Breach of trust*, Nueva York, Holt, 2013; Rick Perlstein, «Jimmy Carter: prophetic president», en *TPM*, 28 de agosto de 2015; Mat Peppe, «Jimmy Carter's blood drenched legacy», en *Counterpunch*, 11 de enero de 2016; Peter Kornbluh y Carlos Osorio, «'Declassified diplomacy': Argentina», National Security Archive electronic brifing book n.º 556, 11 de agosto de 2016 (la cita que se hace es de un «Memorandum of conversation» entre Carter y Videla, de 9 de septiembre de 1977); el conjunto de los documentos, procedentes en su mayoría de la Carter Presidential Library, en Office of the Director of National Intelligence, *IC en the record: Argentina declassification project*, 8 de agosto de 2016.

La revolución iraní

Andrew J. Bacevich, *America's war for the Greater Middle East. A military history*, Nueva York, Random House, 2016; Homa Katouzian, *The Persians. Ancient, medieval and modern Iran*, New Haven, Yale University Press, 2009; el informe de la DIA de 18 de agosto de 1978 que garantizaba la estabilidad del gobierno del Shah se puede ver en National Security Archive, *DIA declassified: a sourcebook*, electronic briefing book 534, 20 de noviembre de 2015; Ali M. Ansari, «The myth of the White revolution: Mohammad Reza Shah, 'modernization' and the consolidation of power», en *Middle Eastern Studies*, 37, (2001), pp. 1-24; Parvin Merat Amini, «A single party state in Iran, 1975-78: The Rastakhiz party - the final attempt by the Shah to consolidate his political base» en *Middle Eastern Studies*, 38 (2002), n.º 1, pp. 131-168; Robert Parry, «Shamir's October surprise admission», en *Consortium News*, 3 de julio de 2012; Kambiz Fattahi, «Two weeks in January: America's secret engagement with Khomeini», en *BBC News*, 3 de junio de 2016. Sobre la negociación por parte de Reagan de la devolución de los rehenes iraníes, Robert Parry, «Reagan-Bush ties to the Iran-hostage crisis», en *Consortium News*, 9 de abril de 2014 y, del mismo, «Bush-41's october surprise denials», en *Consortium News*, 6 de abril de 2016.

Ahron Bregman, *La ocupación*, Barcelona, Crítica, 2014; Mark Tessler, *A history of the Israeli-Palestinian conflict*, Bloomington, Indiana University Press, 2009/2; Jeremy Salt, *The unmaking of the Middle East. A History of western disorder in Arab lands*, Berkeley, University of California Press, 2008, Aaron David Miller, *The much too promised land. America's elusive search for Arab-Israeli peace*, Nueva York, Bantam Dell, 2008; Roger Cohen, «When Israelis and Arabs for once agreed», en *New York Review of Books*, 4 de diciembre de 2014.

Afganistán

Steve Coll, *Ghost wars. The secret history of the CIA, Afghanistan, and Bin laden, from the Soviet invasion to September 10, 2001*, Nueva York, Penguin, 2004; Rodric Braithwaite, *Afgantsy. The Russians in Afghanistan 1979-89*, Londres, Profile Books, 2011; J. Bruce Amstutz, *Afghanistan. The first five years of Soviet occupation*, Washington, National Defense University, 1986; Vladimir Ashitkov, Karen Gevorkyan y Vladimir Svetozarov, comp., *The truth about Afghanistan*, Moscú, Novosti, 1986; Artemy Kalinovski, «Decision-making and the Soviet war in Afghanistan. From intervention to withdrawal», en *Journal of Cold War Studies*, 11 (2009), n.º 4, pp. 46-73 y «The blind leading the blind: Soviet advisors, counter-insurgency and nation-building in Afghanistan», en *Cold War International History Project*, working paper n.º 60. Luciano Canfora, «La libertà degli afghani», en *Esportare la libertà. Il mito che ha fallito*, Milán, Mondadori, 2007, pp. 47-61.

La reactivación de la guerra fría

El tema del colapso de la distensión en la etapa de Carter ha sido planteado en un «forum» en el *Journal of Cold War Studies* 12 (2010), n.º 2, en torno del trabajo de James C. Blight y Janet M. Lang, «When empathy failed. Using critical oral history to reassess the collapse of U.S.-Soviet detente in the Carther-Brezhnev years» (pp. 29-74 y 102-109), aunque sus resultados son seriamente criticados por los comentarios publicados conjuntamente, entre los que interesan sobre todo los de Raymond L. Garthoff (pp. 79-88) y Thomas W. Simons, jr. (pp. 95-101). Sobre la amenaza nuclear, la fuente esencial es el libro elaborado por la División histórica del Joint Chiefs of Staff, *A historical study of strategic connectivity, 1950-1981*, julio de 1982, desclasificado en 2012, y dado a conocer por *National Security Archive* junto con otros documentos en «The 3 A.M. phone call» y «Declassified Pentagon history provides hair-rising scenarios of U.S. vulnerabilities to nuclear attack through 1970s», electronic briefing books 371, 1 de marzo de 2012 y 403, 19 de noviembre de 2012. Al que hay que añadir, «Jimmy Carter's controversial nuclear targetting directive PD-59 declassified», en *National Security Archive*, electronic briefing book 390, 14 de septiembre de 2012; Jeremy Kuzmarov, «How the empire struck back with Jimmy Carter», en *History news Network*, 3 de agosto de 2015.

El final de la era de Brézhnev

La fuente documental más importante acerca de las relaciones entre Brézhnev y Carter y el fin de la distensión es *The Carter-Brezhnev Project*, citado más arriba, del que uso distintos materiales en este capítulo. Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Vasili Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Londres, Allen Lane, 1999; Edward C. Keefer, ed., *Soviet-American relations. The détente years, 1969-1972*, Washington, United States Government Printing Office, 2007; Stephen Kotkin, *Armageddon averted. The Soviet collapse 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2001; Jonathan Haslam, *Russia's cold war. From the October revolution to the fall of the wall*, New Haven, Yale University Press, 2011; Anatoly Dobrynin, *In confidence: Moscow's ambassador to six cold war presidents*, Seattle, University of Washington Press, 2001; sobre la política de Carter respecto de los disidentes, «Soviet dissidents and Jimmy Carter», *National*

Security Archive, electronic briefing book 391, 18 de septiembre de 2012. Pero el material más importante para repensar esta etapa han sido los diarios de Anatoly S. Chernyaev para los años 1972, 1973, 1974, 1975 y 1976, traducidos y editados por *National Security Archive*. Además, Mircea Muntenu, «The beginning of the end for detente. The Warsaw Pact Political Consultative Committee meeting in Moscow, november 22-23 1978», e-dosier n.º 24 y Adam Burakowski, «Poland and Romania: The loyal republic and the maverick», e-dosier n.º 39, ambos en *Cold-War International History Project*. David E. Hoffman, *The Dead Hand. The untold story of the cold war arms race and its dangeorus legacy*, Nueva York, Doubleday, 2009.

12. LA CONTRARREVOLUCIÓN CONSERVADORA (1982-1989)

El texto del memorándum de Lewis se puede leer en la web de Thwink.org. Bill Blum, «The right-wing legacy of justice Lewis Powell and what it means for the Supreme Court today» en *Truthdig*, 14 de agosto de 2016; Steven Higgs, «A call to arms for class war: from the top down», en *Counterpunch*, 11 de mayo de 2012. Jan-Werner Müller, «The Cold War and the intellectual history of the twentieth century», en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, III, pp. 1-22; John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The right nation. Conservative power in America*, Nueva York, Penguin Press, 2004; Stephan Halper y Jonathan Clarke, *America alone. The neo-conservatism and the global order*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; Charles A. Reich, *The greening of America*, Nueva York, Random House, 1970; Thomas Frank, *What's the matter with Kansas? How conservatives won the heart of America*, Nueva York, Metropolitan/Owl Book, 2005 y la reseña crítica de Larry M. Bartels, «What's the matter with *What's the matter with Kansas?*», en *Quarterly Journal of Political Science*, 2006, n.º 1, pp, 201-226, a lo que se puede añadir, Sarah K. Burris, «Sam Brownback kills report that would show how his Tea Party policies destroyed the Kansas economy», en *RawStory*, 26 de septiembre de 2016. Sobre el tema de los impuestos, Kenneth Scheve y David Stasavage, *Taxing the rich, A history of fiscal fairness in the United States and Europe*, Princeton, Princeton University Press and Russell Sage Foundation, 2016, pp. 200-205, aunque rechazo de plano el argumento que liga la fiscalidad progresiva a la compensación por «los sacrificios de la guerra». Alberto Alesina, Edward Glaeser y Bruce Sacerdote, «Why doesn't the United States have a European style welfare state?», en *Brookings Papers on Economic Activity*, 2: 2001, pp. 187-277; Katryn J. Edin y H. Luke Shaefer, «Ronald Reagan's 'welfare queen': How the Gipper kickstarted the war on the working poor», *Salon*, 27 de septiembre de 2015 (fragmentos de su libro *$2.00 a day*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2015); Eduardo Porter, «The myth of welfare's corrupting influence on the poor», en *New York Times*, 20 de octubre de 2015; Paul Krugman, «Slavery's long shadow», en *New York Times*, 22 de junio de 2015; Sam Pizzigati, «Remembering the moment our CEOs dug in», en Inequailty.org, 20 de agosto de 2011; Bruce J. Schulman, «Comment: The empire strikes back. Conservative responses to progressive social movements in the 70s», en *Journal of Contemporary History*, 43 (2008), n.º 4, pp, 695-700; Charles M. Blow, «Gun control and white terror», en *New York Times*, 7 de enero de 2016.

Ronald Reagan

Doug Rossinow, *The Reagan era. A history of the 1980s*, Nueva York, Columbia University Press, 2015; James Graham Wilson, *The triumph of improvisation*, Ithaca, Cornell University Press, 2014; Ronald Reagan, *An American life*, Nueva York, Simon and Schuster, 1990; Ronald Reagan *The Reagan diaries*, ed. de Douglas Brinklet, Nueva York, Harper Collins, 2007; Gil Troy, *Morning in America. How Ronald Reagan invented the 1980s*, Princeton, Princeton University Press, 2005; John Ehrman, *The Eighties. America in the age of Reagan*, New Haven, Yale University Press, 2005; Bill O'Reilly y Martin Dugard, *Killing Reagan*, Nueva York, Henry Holt, 2015; George F. Shultz, «What Bill O'Reilly gets wrong about Ronald Reagan», en *New York Times*, 8 de diciembre de 2015; Richard V. Allen, «The day Reagan was shot», en *The Atlantic*, abril de 2001; Kiron K. Skinner, «Reagan as history», en *The American Interest*, 25 de enero de 2016; Douglas Martin, «Joan Quigley, astrologer to a first lady, is dead at 87», en *New York Times*, 24 de octubre de 2015; H. W. Brands, «What Reagan learned from FDR», en *History News Network*, 13 de mayo de 2015; William Leuchtenburg, «Behind the Ronald Reagan myth: 'No one had ever entered the White House so grossly ill informed'», en *Salon*, 28 de diciembre de 2015; Lawrence K. Altman, «Parsing Ronald Reagan's words for early signs of alzhemier», en *New York Times*, 30 de marzo de 2015; Matt Taibbi, «The hunters and the hunted», en *New York Times*, 5 de octubre de 2012; Gary Buiso, «Never-before-heard tapes of Reagan revealed», en *New York Post*, 8 de noviembre de 2014. Sobre las Malvinas y la actitud de Reagan, John O'Sullivan, «How the U.S. almost betrayed Britain», en *The Wall Street Journal*, 31 de marzo de 2012; Jason McClure, «The Falklands war: causes and lessons», en *Center of Contemporary Conflict, Strategic Insights*, III, n.º 11 (noviembre de 2004); «Reagan on the Falkland/Malvinas: 'Give [] Maggie enough to carry on», en *National Security Archive*, 1 de abril de 2012; Max Hastings, «Triumph that left Britain's leaders hooked on war: Witnessing our forces liberate the Falklands as one of Max Hastings' proudest moments. But 30 years on, he fears it left a pernicious legacy», en *Mail Online*, 2 de abril de 2012; Stephen Castle, «Documents show Thatcher-Reagan rift over U.S. decision to invade Grenada», en *New York Times*, 31 de julio de 2013; Alan Travis, «Thatcher memoirs detail PM's anger at foreign secretary over Falklands», en *The Guardian*, 18 de junio de 2015; Roberto Herrscher, «Argentina: la verdad escaqueada de las Malvinas», en *SinPermiso*, 3 de abril de 2016. El fallecimiento de Nancy Reagan a comienzos de marzo de 2016 ha dado pie a la publicación de una infinidad de recuerdos de su vida (Kate Anderson Brower, «Nancy Reagan, the happiest first lady», en *New York Times*, 7 de marzo de 2016; Binoy Kampmark, «The world of make-believe: Nancy Reagan in the White House» y Jeffrey St. Clair y Alexander Cockburn, «The cult of the Reagans», ambos en *Counterpunch*, 7 de marzo de 2016, etc.). No siempre piadosas con su memoria, puesto que se ha llegado a recordar que Peter Lawford dijo en sus memorias que Nancy «gave the best blowjobs in Hollywood».

Reaganomics

James K. Galbraith, *The predator state. How conservatives abandoned the free market and why liberals should too*, Nueva York, Free Press, 2008 y *The end of normal*, Nueva York, Simon and Schuster, 2014; Judith Stein, *Pivotal decade. How the United States traded factories for finance in the seventies*, New Haven, Yale University Press, 2010; Bruce Bartlett, *The new American economy. The failure of Reaganomics and a new way forward*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009; Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008 y *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Barcelona, Crítica, 2009. La desmitificación de la «supply-side economics» por Stockman en William Greider, «The education of David Stockman», en *The Atlantic*, diciembre de 1981; completada en 2011 en «Reagan: Morning after in America», de David Corn, en *Mother Jones*, 4 de febrero de 2011, y Alex Seitz-Wald, «Reagan budget director: 'Absolutely raise taxes, just like Reagan did'», en *Truthout*, 2 de mayo de 2011. Allan Greenspan, *The age of turbulence*, Nueva York, Penguin, 2007, *passim* (la cita sobre las ideas de Reagan, en p. 89). Leo Panitch y Martijn Konings, «Myths of neoliberal deregulation», en *New Left Review*, 57, mayo-junio de 2009, pp. 67-83; Richard M. Abrams, «How did the deregulation movement get started?», en *History News Network*, 8 de julio de 2002; Joe Burns, «The PATCO strike, Reagan and the roots of labor's decline», en *In These Times*, 1 de noviembre de 2011; Bryan Burrough, «A new president, and a union's last stand», en *New York Times*, 5 de noviembre de 2011; Timothy Egan, «Ronald Reagan, heretic», en *New York Times*, 4 de septiembre de 2015; Paul Krugman, «What Reagan didn't do», y «Robber baron recessions», ambas en *New York Times*, 25 de marzo y 18 de abril de 2016, respectivamente.

Reavivar la guerra fría

Robert Service, *The end of the cold war*, Londres, Macmillan, 2015; Ronald E. Powaski, *Return to Armaggedon. The United States and the nuclear arms race, 1981-1999*, Nueva York, Oxford University Press, 2000; David E. Hoffman, *The Dead Hand. The untold story of the Cold War arms race and its dangeorus legacy*, Nueva York, Doubleday, 2009; Nicholas J. Cull, *The cold war and the United States Information Agency. American propaganda and public diplomacy, 1945-1989*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008. Sobre las maniobras Able Archer, Archie Brown, *Seven years that changed the world. Perestroika in perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Christopher Andrew, *The defence of the realm. The authorized history of MI5*, Londres, Allen Lane, 2009; Vojtech Mastny, «How able was 'Able Archer'? Nuclear trigger and intelligence in perspective», en *Journal of Cold War Studies*, 11 (2009), n.º 1, pp. 108-123; una serie de publicaciones de documentos preparados por Nate Jones y publicados por *National Security Archive* en 2013 (electronic briefing books 426, 427 y 428), más una nueva publicación de 24 de octubre de 2015 (electronic briefing book 533) que transcribe un informe secreto al presidente de febrero de 1990; a los que se ha de agregar *The Able Archer 83 Sourcebook* publicado por *National Security Archive* en septiembre de 2016, coincidiendo con la aparición del libro de Nate Jones *Able Archer 83. The secret history of the NATO exercise that almost triggered nuclear war*, Nueva York, New Press, 2016. La frase de Reagan en *The Reagan Diaries*, p. 199 (18 de noviembre de 1983); Robert Booth y Alan Travis, «National Archives; Whitehall prepared Queen's speech for third world war», en *The Guardian*, 1 de agosto de 2013.

Las guerras secretas

Greg Guma, «Seeing red: Disinformation in the age of Reagan», en *Maverick Media*, 10 de junio de 2013; John Prados, *Safe for democracy. The secret wars of the CIA*, Chicago, Ivan R. Dee, 2006; Bob Woodward, *Veil: Las guerras secretas de la CIA, 1981-1987*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Alain Ménargues, *Les secrets de la guerre du Liban. Du coup d´état de Bachir Gémayel aux massacres des camps palestiniens*, París, Albin Michel, 2004; Patrick Tyler, *A world of trouble. The White House and the Middle East -from the cold war to the war on terror*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 2009; Mark Tessler, *A history of the Israeli-Palestinian conflict*, Bloomington, Indiana University Press, 2009[2]; Augustus Richard Norton, *Hezbollah. A short history*, Princeton, Princeton University Press, 2009[5]; Robert Baer, *Soldado de la CIA*, Barcelona, Crítica, 2002; Set Anzisla, «A preventable massacre», en *New York Times*, 16 de septiembre de 2012; Timothy Naftali, *Blind spot. The secret history of American counterterrorism*, Nueva York, Basic Books, 2005; Joseph T. Stanik, *El Dorado Canyon. Reagan's undeclared war with Qaddafi*, Annapolis, Naval Institute Press, 2003; Jane Hamilton-Merritt, *Tragic mountains. The Hmong, the Americans and the secret wars for Laos, 1942-1992*, Bloomingtom, Indiana University Press, 1999; Ben Kiernan, *Le génocide au Cambodge, 1975-1979. Race, idéologie et pouvoir*, París, Gallimard, 1998; R. J. Aldrich *et al*., eds., *The clandestine cold war in Asia, 1945-65*, Londres, Frank Cass, 2000.

La guerra Irak-Irán

Pierre Razoux, *La guerre Iran Irak. Première guerre du Golfe 1980-1988*, París, Perrin, 2013; Robert Fisk, *La gran guerra por la civilización: La conquista de Oriente Medio*, Barcelona, Crítica, 2015; Jeremy Salt, *The unmaking of the Middle East, A history of western disorder in Arab lands*, Berkeley, University of California Press, 2008; Said K. Aburrís, *Saddam Hussein. La política de la venganza*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 2001; Anthony Arnove, ed., *Irak under siege. The deadly impact of sanctions and war*, Londres, Pluto Press, 2003; Stephen Zunes, *La poudrière. La politique américaine au Moyen Orient et les racines du terrorisme*, París, L'Aventurine-Parangon, 2002; Joost Hiltermann, «Chemical wonders», en *London Review of Books*, febero de 2016, pp. 3-6; Bahar Baser, «Haunted by the smell of apples: 28 years on, Kurds weap over Halabja massacre», en *The Conversation*, 17 de marzo de 2016; Jean Pascal Zanders, «The meaning of Halabja», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, marzo de 2013.

Afganistán y los orígenes del yihadismo

Andrew J. Bacevich, *America's war for the Greater Middle East. A military history*, Nueva York, Random House, 2016; Steven Coll, *Ghost wars. The secret history of the CIA, Afghanistan, and Bin laden, from the Soviet invasion to September 10, 2001*, Nueva York, Penguin, 2004; Rodric Braithwaite, *Afgantsy. The Russians in Afghanistan 1979-89*, Londres, Profile Books, 2011; Andrew Bennett, *Condemned to repetition? The rise, fall, and reprise of Soviet-Russian military interventionism, 1973-1996*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1999; John K. Cooley, *Unholy wars. Afghanistan, America and international terrorism*, Londres. 2001[2]; Robert D. Crews, *Afghan modern. The history of a global nation*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 2015; Lawrence Right, *The looming tower. Al-Qaeda and the road to 9/11*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2006; Ahmed Rashid, *Taliban. Militant islam, oil and fundamentalism in Central Asia*, New Haven, Yale University Press, 2000; Gilles Kepel, *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*,

Barcelona, Círculo de Lectores, 2001; Rod Nordland, «Old atrocities, now oficial, galvanize Afghanistan», en *New York Times*, 30 de septiembre de 2013; Robert Parry, «How US hubris baites Afghan trap», en *Consortium News*, 3 de mayo de 2012; Jonathan Steele, «10 myths about Afghanistan», en *The Guardian*, 27 de septiembre de 2011; John Prados, *Lost crusader. The secret wars of CIA director William Colby*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

Los años de plomo de América Latina

Patricia Marchak, *God's assassins. State terrorism in Argentina in the 1970s*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1999; María Seoane y Vicente Muletero, *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Andrea Germanos, «Skip your visit to Argentina, Nobel laureate tells Obama», en *Common Dreams*, 3 de marzo de 2016. El conocimiento del régimen de terror impuesto en Argentina, y de la colaboración de Estados Unidos, avanzará sin duda a partir de las sucesivas aportaciones de documentación norteamericana desclasificada: Carlos Osorio y Peter Kornbluh, «Obama brings 'declassified diplomacy' to Argentina», en *National Security Archive*, briefing book 545, 18 de marzo de 2016 y «Obama declassification holds promise of uncovering new evidence of Argentina's dirty war», en *National Security Archive*, briefing book 546, 23 de marzo de 2016; Office of the Director of National Intelligence, *IC on the record*, «Argentine Declassification Project»; Peter Kornbluh, *Pinochet: los archivos secretos*, Barcelona, Crítica, 2004; Samuel Blixen, *Operación Cóndor. Del archivo del terror y el asesinato de Letelier al caso Berrios*, Barcelona, Virus, 1998; Marta Valverde, «"De vida y de muerte". Testimonios de la "Operación Cóndor"», en *InfoLibre*, 16 de agosto de 2016; David Corn, «New memo: Kissinger gave the 'green light' for Argentina's dirty war», en *Mother Jones*, 14 de enero de 2015; Carlos Osorio y Peter Kornbluh, «Operation Condor verdict: GUILTY!», en *National Security Archive*, electronic briefing book 551, 27 de mayo de 2016; Sentencia del tribunal argentino que condenó a los responsables del Plan Cóndor, 27 de mayo de 2016; Rebecca Gordon, «Crimes of the war on terror», en *TomDispatch*, 7 de junio de 2016.

Sobre América Central: Greg Grandin, *The last colonial massacre. Latin America in the cold war*, Chicago, University of Chicago Press, 2004; Harold Pinter, *Art, truth and* po*litics. Nobel lecture*, Estocolmo, The Nobel Foundation, 2005; Stephen Zunes, «US invasion of Grenada: A 30-year retrospective», en *Truthout*, 25 de octubre de 2013; Bill Bigelow, «Grenada: Remembering 'A lovely little war'», en *Zinn Education Project*, 20 de octubre de 2013; William M. LeoGrande, *Our own backyard. The United States and Central America, 1977-1992*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998; Charles D. Brockett, *Political movements and violence in Central America*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005; Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Guatemala: nunca más. Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica*, versión abreviada, San Sebastián, Tercera Prensa, 1998; Elisabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Barcelona, Argos-Vergara, 1983 (sobre el ataque de David Stoll a este libro, Hal Cohen, «The unmaking of Rigoberta Menchú», en *Lingua Franca*, julio-agosto de 1999, pp. 48-55 y Ron Robin, *Scandals and scoundrels. Seven cases that shook the academy*, Berkeley, University of California Press, 2004, pp. 166-192); Lesley Gill, *The School of the Americas: military training and political violence in the Americas*, Durham, Duke Unviersity Press, 2005; Victor Abramovich *et al.*, *The Las dos Erres massacre*, Washington, Organization of American States, 2008; Edgar Alfredo Balsells, *Olvido o memoria. El dilema de la sociedad guatemalteca*, Guatemala, 2008; *El Salvador: entre el terror y la esperanza. Los sucesos de 1979 y su impacto en el drama salvadoreño de los años siguientes*, San Salvador, UCA editores, 1982; Murray Polner, «Review of Raymond Bonner's 'Weakness and deceit: America and El Salvador dirty war'», en *History News Network*, 29 de febrero de 2016; Enrique Yeves, *La Contra, una guerra sucia*, Barcelona, Ediciones B, 1990; Keane Bhatt, «This American life whitewashes US crimes in Central

America, wins Peabody Award», en *Truthout*, 3 de agosto de 2013; Robert Parry, «How Reagan promoted genocide» e «Israel's hand in Guatemala genocide», ambos en *Consortium News*, 21 de febrero y 23 de mayo de 2013, respectivamente; Stephen Kinzer, «Glimmers of hope in Guatemala», en *New York Review of Books*, 5 de diciembre de 2013; Cyril Michalejko, «Profiting from genocide: The World Bank's bloody history in Guatemala», en *Truthout*, 8 de marzo de 2013; Kirsten Weld, «Official histories», en *Guernica*, marzo de 2014. Pero la fuente de información más extraodinaria han sido las publicaciones de documentos realizadas por *National Security Archive*, que ha dedicado una gran atención al tema, en una serie de «electronic briefing books», en su mayoría «editados» por Kate Doyle, demasiado numerosos como para poder citarlos aquí («The Guatemalan Police archives», «Operation Sofia», «Guatemalan death squad dossier: internal military log reveals fate of 183 'disappeared'», «The Yellow Book», etc.). Sobre el tráfico de drogas: Gary Webb, *Dark alliance. The CIA, the contras, and the crack cocaine explosion*, Nueva York, Seven Stories Press, 1998; Lauren Harper, «'The Dark Alliance' declassified», en *Unredacted. National Security Archive*, 7 de abril de 2015; Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, *Whiteout. The CIA, drugs and the press*, Londres, Verso, 1998; Robert Parry, «Reagan and Argentina's dirty war» y «Regret over Gary Webb's demise», en *Consortium News*, 17 de mayo y 1 de junio de 2013, respectivamente; David Carr, «Resurrecting a disgraced reporter», en *New York Times*, 2 de octubre de 2014; Héctor Fernando Grajales, «Injerencia de Estados Unidos en Guatemala y Colombia: un doble discurso de control, 1980-1985», en *Tempus* (Medellín), 2 (2015), pp 39-64. Me limito a unas pocas citas de la abundante información sobre Honduras: Danielle Marie Mackey, «Bajo Aguán's modern tragedy of the commons» en *Boston Review*, 3 de diciembre de 2012; Lauren Carasik, «'Banana republic' Honduras open for business after tainted election», en *Truthout*, 3 de diciembre de 2013; Tory Filed y Beverly Bell, «'They fear us because we are fearless': Reclaiming indigenous lands and strenght in Honduras» y «Defending indigenous lands and waters in Honduras: The case of Río Blanco», en *Other Worlds*, 27 de agosto y 15 de septiembre de 2013; Andalusia Knoll, «Honduran elections signal increased militarism and resource extraction», en *Truthout*, 17 de diciembre de 2013; Mark Weisbrot, «Will Congress act to stop US support for Honduras' death squad regime?», en *The Guardian*, 30 de marzo de 2013, *etc.* Mucha información sobre la actividad de los grupos campesinos se puede encontrar en las webs de *Other Worlds* y de *La Vía Campesina*. En 2016 el *New York Times* ha cambiado de discurso y atribuye la violencia en Honduras a las bandas urbanas y celebra la ayuda que Estados Unidos presta para remediarla (Sonia Nazario, «How the most dangerous place on earth got safer», en *New York Times*, 11 de agosto de 2016).

El segundo mandato de Reagan

Sobre Irán-contra, «The Iran-contra affair 20 years on», *National Security Archive*, electronic briefing book 210, 24 de noviembre de 2006; Lawrence E. Walsh, *Firewall. The Iran-contra conspiracy and cover-up*, Nueva York, Norton, 1997.

Decadencia y crisis en la Unión Soviética Mikhail Gorbachev, *Memoirs*, Nueva York, Doubleday, 1996; Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido*, Barcelona, Crítica, 2008; Melvyn P. Leffler, *La guerra después de la guerra*, Barcelona, Crítica, 2008; Stephen Kotkin, *Armageddon averted. The Soviet collapse 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2001; Andrei Grachev, *Gorbachev's gamble. Soviet foreign policy and the end of the Cold War*, Cambridge, Polity Press, 2008; Pavel Palazchenko, *My years with Gorbachev and Shevardnadze. The memoir of a Soviet interpreter*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1997; Archie Brown, *Seven years that changed the world. Perestroika in perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, y «The change to engagement in Britain's Cold War policy: The origins of the Thatcher-Gorbachev relationship», en *Journal of Cold War Studies*, 10, (2008), n.º 3, pp. 3-47; Yevgeny Primakov, *Russian crossroads. Towards the new millennium*, New Haven, Yale University Press, 2004; Igor Korchilov, *Translating history*, Nueva York, Scribner, 1997; «The Moscow summit 20 years later. From the secret U.S. and Soviet files», en *National Security Archive*, 31 de mayo de 2008. Una fuente esencial de la percepción interna de los cambios en el gobierno soviético son los *Diarios* de Anatoly S. Chernyaev de 1985 a 1991, publicados en edición electrónica por *National Security Archive*.

Reagan y Gorbachov: el diálogo

Robert Service, *The end of the Cold* War, Londres, Macmillan, 2015; James Mann, *The rebellion of Ronald Reagan. A history of the end of the Cold War*, Nueva York, Viking, 2009; Richard Rhodes, *Arsenals of folly*, Nueva York, Knopf, 2007. Para estas cuestiones son fundamentales las publicaciones de documentos de National Security Archive, como «The Reykjavik file» y «To the Geneva Summit. Perestroika and the transformation of U.S.-Soviet relations», *National Security Archive*, electronic briefing books 202 (13 de octubre de 2006) y 172 (22 de noviembre de 2005), respectivamente, y «The Gorbachev file», briefing book 544 (2 de marzo de 2016). Sobre las dos reuniones Gorbachov-Reagan en Washington 1987 y Moscú 1988, Igor Korchilov, *Translating history*, Nueva York, Scribner, 1997, pp. 41-186; sobre la de Moscú, además de las memorias de Reagan y de Gorbachov, los documentos publicados el 31 de mayo de 2008 por *National Security Archive*: «The Moscow summit 20 years later. From the secret U.S. and Soviet files». Sobre el caso Rust y la actitud de los militares, Dale R. Herspring, *The Kremlin and the high command. Presidential impact on the Russian military from Gorbachev to Putin*, Lawrence, University Press of Kansas, 2006; Murray Polner, «Gorby, Ron and Nancy too: what might have been», en *History News Network*, 8 de marzo de 2016.

La Europa del desencanto

Margaret Thatcher, *Los años de Downing Street*, Madrid, Aguilar-El País, 1993; la frase sobre la inexistencia de la sociedad en una entrevista en la revista *Women's Own*, el 31 de octubre de 1987; Andrew O'Hagan, «Maggie», en *New York Review of Books*, 23 de mayo de 2013; David Runciman, «Rat-a-tat-a-tat-a-tat-a-tat», en *London Review of Books*, 6 de junio de 2013; Alan Travis, «National Archives: Margaret Thtcher wanted to crush power of trade unions», en *The Guardian*, 1 de agosto de 2013; John Pilger, «Dance on Thatcher's grave, but remember, there has been a coup in Britain», en *Truthout*, 24 de abril de 2013; Lee P. Ruddin, «Margaret Thatcher and Jimmy Carter: Political BFFs?», en *History News Network*, 20 de mayo de 2013; Geoffrey Wheatcroft, «The Iron lady and the Gipper», en *New York Times*, 13 de abril de 2012; Charlie Williams, «The battleground of Thatcher's memory», en *Truthdig*, 17 de abril de 2013; Oliver Huitson, «Thatcher-black gold or red bricks?», en *openDemocracy*, 11 de abril de 2013. Una visión general del giro de la izquierda europea en Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, y David Priestland, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010; Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011; Donald Sassoon, *One hundred years of socialism. The west European left in the twentieth century*, Nueva York, Tauris, 2010. Sobre el terrorismo en Europa, Matthew Carr, *The infernal machine. A history of terrorism*, Nueva York, The New Press, 2006; Paul Ginsborg, *Italy and its discontents, 1980-2001*, Londres, Allen Lane, 2001; Leonardo Sciascia, *L'affaire Moro*, Palermo, Sellerio, 1988; Mario Moretti, *Brigadas rojas*, Madrid, Akal, 2002; Guido Panvini, *Ordine nero, guerriglia rossa. La violenza politica nell'Italia degli anni sessanta e settanta, 1966-1975*, Turín, Einaudi, 2009. Sobre la evolución intelectual en estos años, François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1991-1992; Geoff Eley, *A crooked line. From cultural history to the history of society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005.

13. EL FIN DE LA GUERRA FRÍA (1989-2001) Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141-170; B. Ravikumar y Lin Shao, «Labor compensation and labor productivity: recent recoveries and the long-term trend», en *Economic Synopses*, Federal Reserve Bank of St. Louis, n.º 16, 2016; William I. Robinson, *Global capitalism and the crisis of humanity*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014; Wolfgang Streeckt, *Buying time: the delayed crisis of democratic capitalism*, Londres, Verso, 2014; John Smith, *Inperialism in the twenty-first century*, Nueva York, Monthly Review Press, 2016; Immanuel Ness, «Working-class militancy in the global south», en *Truthout*, 20 de agosto de 2016 (publicado inicialmente en ROAR Magazine).

Las revoluciones de 1989

Robert Service, *The end of the cold war*, Londres, Macmillan, 2015; Stephen Kotkin, *Uncivil society. 1989 and the implossion of the communist establishment*, con una contribución de I. T. Gross, Nueva York, The Modern Library, 2009; Victor Sebestyen, *Revolution 1989. The fall of the Soviet empire*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2009; Mary Elise Sarotte, *1989. The struggle to create post-cold war Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2009; Jan Adam, *Why did the Socialist system collapse in Central and Eastern European countries? The case of Poland, the former Czechoslovakia and Hungary*, Londres, Macmillan, 1996; Peter Siani-Davies, *The Romanian revolution of december 1989*, Ithaca, Cornell University Press, 2007/2; *The fall of the Berlin Wall, 25th anniversary*, en *National Security Archive*, 9 de noviembre de 2014, junto a los documentos de la serie *Berlin Wall* en el archivo digital del Cold War

History International Project (CWHIP), del Wilson Center; el memorándum de las conversaciones de Malta de 2 de diciembre de 1989, en «The Gorbachev file», en *National Security Archive*, briefing book 544, 2 de marzo de 2016; Tereza Novotna, «The man whose words brought down the Berlin wall was far from a bumbling fool», en *The Conversation*, 10 de noviembre de 2015; Klaus Blessing, «Entrevista», en *eldiario.es*, 4 de octubre de 2015; Fréderic Bozo, «'I feel more comfortable with you'. France, the Soviet Union and German reunification», en *Journal of Cold War Studies*, 17 (2015), 3, pp. 116-158; Christen Ghodsee, *The left side of history. World War II and the unfulfilled promise of communism in Eastern Europe*, Durham, Duke University Press, 2015; Charles S. Maier, «What have we learned since 1989?», en *Contemporary European History*, 18 (2009), 3 pp. 253-269; Branko Milanovic, «For whom the wall fell? A balance-sheet of transition to capitalism», en su blog *globalinequality*, 3 de noviembre de 2014; Adam J. Chmielewski, «Two halves: Poland copes with freedom», en *openDemocracy*, 31 de agosto de 2016.

La disolución de la Unión Soviética

James Graham Wilson, *The triumph of improvisation. Gorbachev's adaptability, Reagan's engagement and the end of the cold war*, Ithaca, Cornell University Press, 2014; Serhii Plokhy, *The last empire. The final days of the Soviet Union*, Londres, Oneworld, 2014 (y la reseña de Archie Brown, «The end of the Soviet Union» en *Journal of Cold War Studies*, 17 [2015], n.º 4, pp. 158-165); Mikhail Gorbachev, *Memoirs*, Nueva York, Doubleday, 1996; Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido*, Barcelona, Crítica, 2008; Andrei Grachev, *Gorbachev's gamble. Soviet foreign policy and the end of the Cold War*, Cambridge, Polity Press, 2008; Stephen Kotkin, *Armageddon averted. The soviet collapse 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2001; Yevgeny Primakov, *Russian crossroads. Towards the new millennium*, New Haven, Yale University Press, 2004; David Pryce-Jones, *The war that never was. The fall of the Soviet empire, 1985-1991*, Londres, Phoenix, 1996; Robert C. Allen, *Farm to factory. A reinterpretation of the Soviet industrial revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2003; Stephen F. Cohen, *Soviet fates and lost alternatives: from stalinism to the new cold war*, Nueva York, Columbia Universty Press, 2009 (en especial «The fate of the Soviet Union. Why did it end?», en pp. 112-140). A lo cual hay que añadir una serie de documentos publicados por *National Security Archive*, comenzando por los diarios de Anatoly S. Chernyaev, así como *The end of the USSR, 20 years later*, 22 de noviembre de 2011; *Perestroika in the Soviet Union: 30 years on*, 11 de marzo de 2015, *etc*. Un testimonio fundamental es el de Svetlana Aleksiévich, *El fin del «homo sovieticus»*, Barcelona, Acantilado, 2015. Sobre Angola y las negociaciones de paz, Anatoly Adamishin, *The white sun of Angola*, traducción inglesa de un libro publicado en Moscú en 2004, que se puede consultar en el archivo digital del CWHIP.

Sobre las repúblicas de Asia, Nozar Alaolmolki, *Life after the Soviet Union. The newly independent republics of the Transcaucasus and Central Asia*, Nueva York, State University of New York Press, 2001; Mark R. Beissinger, *Nationalist mobilization and the collapse of the Soviet state*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Jean Radvanyi, ed., *Les états postsoviétiques. Identités en construction, transformations politiques, trajectoires économiques*, París, Armand Colin, 2004[2]; Bakar Berekashvil, «Georgia's puzzled transition», en *openDemocracy*, 29 de abril de 2015; Juan Cole, «The plague of Karimov's rule in Uzbekistan», en *Informed Comment*, 3 de septiembre de 2016; Ted Rall, «What Obama doesn't want you to know about Uzbekistan», en *Counterpunch*, 7 de septiembre de 2016.

China: las reformas de Deng Xiaoping

Alexander Pantsov y S. Levine, *Deng Xiaoping. A revolutionary life*, Nueva York, Oxford University Press,

2015; Lorenz M. Lüthi, *The Sino-soviet split: Cold war in the communist world*, Princeton, Princeton University Press, 2008 y «Strategic shifts in East Asia», en L. M. Lüthi, ed., *The regional cold wars in Europe, East Asia and the Middle East*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2015, pp. 223-244; Martin Albers, «Seeking truth from facts: Deng Xiaoping's visit to France in 1975», en *Cold War International History Project*, e-dosier n.º 45; Martin Jacques, *When China rules the world. The rise of the Middle kingdom and the end of the Western world*, Londres, Allen Lane, 2009; Zhao Ziyang, *Prisoner of the state: The secret journal of Zhao Ziyang*, Nueva York, Simon and Schuster, 2009; *The Tiananmen papers. Documents from Zhongnanhai, April-June 1989*, ed. de Perry Link, Andrew J. Nathan, Orville Schell, Nueva York, Perseus, 2000; Malcolm Byrne, ed., «Tiananmen at 25 years», en *National Security Archive*, electronic briefing book 473, 3 de junio de 2014; Andrew Jacobs y Chris Buckley, «Tales of army discord show Tiananmen square in a new light», en *New York Times*, 2 de junio de 2014; Evan Osnos, «The cost of the cultural revolution, fifty years later», en *The Newyorker*, 6 de mayo de 2016; James Kynge, «West still miscasts 1989 protesters», en *Financial Times*, 4 de junio de 2009; Rafael Poch-de-Feliu, *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación*, Barcelona, Crítica, 2009.

La presidencia de G. H. W. Bush

George Bush y Brent Scowcroft, *A world transformed*, Nueva York, Knopf, 1998; Herbert S. Parmet, *George Bush. The life of a lone star yankee*, New Brunswick, Transaction Books, 2001; George Bush, *All the best. My life in letters and other writings*, Nueva York, Scribner, 1999; sobre sus negocios, Dan Briody, *The iron triangle. Inside the secret world of the Carlyle Group*, Hoboken, John Wiley and sons, 2003; Andrew J. Bacevich, *Washington rules. America's path to permanent war*, Nueva York, Metropolitan Books, 2010, y *America's war for the Greater Middle East. A military history*, Nueva York, Random House, 2016; Robert Fisk, *La gran guerra por la civilización*, Barcelona, Crítica, 2015; William E. Leuchtenburg, *The American president*, Nueva York, Oxford University Press, 2015; George H. W. Bush, «Address before a joint session of Congress (September 11, 1990)». Sobre los aspectos oscuros de la operación de Panamá, John Perkins, *Confessions of an economic Hit Man*, San Francisco, Berrett-Koehler, 2004 y Jonathan Marshall, «Unjust aftermath: Post-Noriega Panama» en *Consortium News*, 19 de diciembre de 2013; William J. Astore, «A force unto itself. A military Leviathan has emerged in America's 51st and more powerful state», en *TomDispatch*, 22 de marzo de 2016. La visión crítica de la intervención en Somalia procede en gran medida de Jan Wellmann, «1001 ways to die in Somalia», en su web, 18 de enero de 2016 (reproducido por *Truthout* el 7 de febrero de 2016).

Bill Clinton

Michael Takiff, *A complicated man. The life of Bill Clinton as told by those who know him*, New Haven, Yale University Press, 2010; sobre las campañas de persecución contra Clinton, John B. Thompson, *El escándalo político*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 206-218 y 260-270; Sidney Blumenthal, *The Clinton wars*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2003; Michael Dobbs, *Madeleine Albright*, Barcelona, Península, 2002; David Owen, *Balkan Odissey*, Londres, V. Gollancz, 1995; Bill Clinton, «Address before a joint session of the Congress on the State of the Union», 23 de enero de 1996; Mark Karlin, «Thomas Frank: Bill Clinton's five major achievements were longstanding GOP objectives», en *Truthout*, 15 de mayo de 2016. Sobre las negociaciones de Palestina, Ahron Bregman, *La ocupación*, Barcelona, Crítica, 2014, y Noam Chomsky, «The Oslo accords: their context, their consequernces», en *Who rules the world?*, Nueva York, Metropolitan Books, 2016, pp. 115-134; Jeff Nescit, «The secret origins of the Tea Party», en *Time*, abril de 2016. Una importante aportación documental sobre las guerras de Yugoslavia en Tom Blanton y Emily Willard, «Srebrenica conference documents detail path to genocide from 1993 to 1995» en *National Security Archive*, electronic briefing book 519, 1 de julio de 2015, completado con «Road to Dayton paved with genocide» (electronic briefing book 535, 23 de noviembre de 2015); Jonathan Marshall, «Kosovo chaos undercuts Clinton 'success'», en *Consortium News*, 21 de febrero de 2016; Adam Roberts, «NATO's 'Humanitarian war' over Kossovo», en *Survival*, 41 (1999), n.º 3, pp. 102-123; Noam Chomsky, «Humanitarian imperialism: The new doctrine of imperial right», en *Monthly Review*, septiembre de 2008; Robert Reich, «Who lost the white working class?», en su blog, 19 de enero de 2016; Peter Radford, «Decline and fall», en *Real-world Economics Review Blog*, 17 de febrero de 2016; Joshua Frank, «Bill Clinton's war on the poor (AKA the Hillary plan)», en *Counterpunch*, 19 de febrero de 2016. La denuncia de la política social de Clinton en Michelle Alexander, «Why Hillary Clinton doesn't deserve the black vote», en *The Nation*, 10 de febrero de 2016 (en respuesta a estos ataques, Leon Neyfakh replicó en «The Clintons aren't to blame for mass incarceration», en *Slate*, 11 de febrero de 2016, diciendo «la ley del crimen de 1994 fue dura y draconiana, pero no causó la explosión en la población encarcelada»). El testimonio más valioso es posiblemente el de Peter Edelman, «The worst thing Bill Clinton has done», en *The Atlantic*, marzo de 1997. Edelman era subsecretario en el departamento de Salud y servicios humanos, y dimitió denunciando que ésa era una medida que iba a crear más pobreza. Zaid Jilani, «John Kasich and the Clintons collaborated on law that helped double extreme poverty», en *The Intercept*, Unofficial sources, 13 de febrero de 2016. El propio Kasich ha expuesto su desengaño en «John Kassich: 20 years after reform, welfare is still broken», en *New York Times*, 22 de agosto de 2016; Robert Scheer, «How Bill Clinton waged a war on welfare mothers instead of a war on poverty», en *Truthdig*, 22 de agosto de 2016 (reedición de un artículo publicado en 2006); Jeffrey St. Clair y Alexander Cockburn, «Bill Clinton, the jolly racist», en *Counterpunch*, enero de 2010 (reeditado, tras la muerte de Cockburn, el 18 de febrero de 2016); Elizabeth Hinton *et al*., «Did blacks really endorse the 1994 Crime bill?», en *New York Times*, 13 de abril de 2016; Robert Scheer, «How Clinton democrats killed Roosevelt's dream of the affordable home», en *Truthdig*, 7 de abril de 2016 (es un capítulo de su libro *The great American stickup*); Christopher Petrella, «On Stone Mountain», en *Boston Review*, 30 de marzo de 2016. En cambio las acusaciones de Gary J. Byrne, *Crisis of character: A White House secret service officer discloses his firsthand experience with Hillary, Bill, and how they operate*, acerca de la agitada vida sexual de Bill Clinton no parecen merecer mucho crédito (véase, por ejemplo, Christopher Massie, «Former secret service agent book on the Clintons contradicted by his own testimony», en *BuzFeed News*, 22 de junio de 2016); Joel Klein, «Joel Klein of 'Primary colors' reviews the latest on Bill Clinton» (reseña crítica de una apología de Clinton por Joe Conason), en *New York Times*, 12 de septiembre de 2016.

La muerte de Shimon Peres en 2016 ha llenado los medios de comunicación de elogios al «gran pacifista», ignorando que los acuerdos que patrocinó eran una farsa y olvidando sus crímenes, como los bombardeos de poblaciones civiles en el sur del Líbano o la «masacre de Qana», en que el ataque a un albergue de las Naciones Unidas mató a más de un centenar de civiles refugiados (Maria Holt, «Shimon

Peres as an Israeli nationalist first and a pecemaker second», en *The Conversation*, 28 de septiembre de 2016; Ben White, «Shimon Peres: Israeli war criminal whose victims the West ignored», en *Common Dreams*, 28 de septiembre de 2016 y Robert Fisk, «The butcher of Qana: Shimon Peres was no peacemaker», en Counterpunch, 29 de septiembre de 2016 son muestras de esta literatura contrastada).

Guerra y paz en África

Martin Meredith, *The state of Africa*, Londres, Free Press, 2005; Bill Keller, «South Africa since Mandela», en *New York Times*, 16 de diciembre de 2012; Motsoko Pheko, «40 years after: understanding the Soweto uprising» y Nelvis Kekema, «The june 16 uprising: A response to Dr. Motsoko Pheko», en *Pambazuke News*, 30 de junio y 7 de julio de 2016; Johan Furie, «The long walk to economic freedom after apartheid, and the road ahead», Universidad de Stellenbosch, *Stellenbosch Economic Working Papers: 11/16*, 2016; Naeve McClenaghan, «The massacre in Marikana. Questions raised about role of British company in South Africa mining massacre», en *The Bureau of Investigative Journalism*, 24 de noviembre de 2013; Irvin Jim, «Sudáfrica: La corrupción y el capitalismo», en *SinPermiso*, 3 de noviembre de 2015; Nick Davies, «Marikana massacre: the untold story of the strike leader who died for worker's rihgts», en *The Guardian*, 19 de mayo de 2015; Marsha Coleman-Adebayo, «Black unionists try to save South Africa from becoming a failed state», en *Truthout*, 2 de agosto de 2015 y «Marikana massacre represents the beginning of the end of the African National Congress», en *Truthout*, 16 de noviembre de 2015; Vito Laterza y Ayanda Manqoyi, «What future for South African democracy?», en *Boston Review*, 5 de enero de 2016; Dhiru Soni *et al.*, «Bad governence, corruption and state capture», en *Pambazuka News*, 7 de abril de 2016; Mark Gevisser, «A seismic shock for Jacob Zuma», en *New York Times*, 9 de agosto de 2016; Richard Callan y Ronnie Kasrils «Sudáfrica: los primeros efectos electorales de la crisis del ANC», en *SinPermiso*, 13 de agosto de 2016.

Es imposible citar la inmensa literatura publicada sobre el caso de Ruanda, que debe actualizarse con la documentación publicada por *National Security Archive* en 2014 y con una serie de versiones revisionistas que han venido a desmontar la vieja historia de la conspiración para exterminar a los tutsis, de la que se pueden encontrar referencias en una serie de textos aparecidos en *Pambazuka News*, como Edward S. Herman, David Peterson y Dr. Odora-Obote, «The Kagame-power lobby's dishonest attack on BBC documentary on Rwanda», 12 y 28 de noviembre de 2014 e Yves Engler, «Kagame, his lobbyists and history», 20 de enero de 2016. De la literatura anterior, Gérard Prunier, *The Rwanda crisis. History of a genocide*, Londres, Hurst and Co., 1995, y *Africa's world war. Congo, the Rwandan genocide, and the making of a continental catastrophe*, Nueva York, Oxford University Press, 2009; Linda R. Melvern, *A people betrayed. The role of the West in Rwanda's genocide*, Londres, Zed Books, 2000; Roméo Dallaire, *Shake hands with the devil. The failure of humanity in Rwanda*, Londres, Arrow Books, 2004; Colette Braeckman, *Rwanda. Histoire d'un génocide*, París, Fayard, 1994; Jordi Calvo i Josep Maria Royo, *República Democràtica del Congo: Balanç de 20 anys de guerra*, Barcelona, Centre Delàs d'Estudis per la Pau, 2016; Lara Santoro, «Terror as method: A journalist's search for truth in Rwanda», en *Pambazuka News*, 29 de septiembre de 2015; Yves Engler, «Canada's hand in the bloodbath of Africa», en *Pambazuka News*, 22 de septiembre de 2016. La historia posterior se ha seguido en fuentes periodísticas, como Farouk Chothia, «Profile: Rwanda's president Paul Kagame» y Hugo Williams, «Burundi's president Pierre Nkurunzina in profile» en *BBC News*, 10 de diciembre de 2010 y 14 de octubre de 2015, respectivamente; Jean-François Dupaquier, «Burundi al borde del Apocalipsis», en *SinPermiso*, 4 de diciembre de 2015; Ann Garrison, «Rwanda conscripts Burundian refugees into new rebel force», en *Pambazuka News*, 6 de diciembre de 2015; Jeffrey Gettleman, «With Burundi's president sticking to power, violence is on the rise» y «Burundi crackdown pits hutus and tutsis, and the West, on edge», en *New York Times*, 5 y 28 de diciembre de 2015, respectivamente; Jeffrey Gettelman, «U.N. report accuses Rwanda of training rebels to

oust Burundian leader», en *New York Times*, 4 de febrero de 2016.

Sobre el Congo, Jason K. Stearns, *Dancing in the glory of monsters: The collapse of the Congo and the great war of Africa*, Nueva York, Perseus, 2011; Mbuyi Kabunda Badi, *El nuevo conflicto del Congo*, Madrid, SIAL-Casa de África, 1999; Colette Braeckman *et al.*, *Kabila prend le pouvoir*, Bruselas, GRIP, 1998; Colette Braeckman, *L'enjeu Congolais. L'Afrique centrale aprés Mobutu*, París, Fayard, 1999; Gideon Gottfried, «Golden Misabiko on the exploitation of uranium in Congo», en *Truthout*, 22 de diciembre de 2015; Nathaniel Dyer, «'Blockbuster funding' for UK investigation is a step toward justice in Congo's secretive mining sales scandal», en *Global Witness*, 16 de agosto de 2016.

Sobre el Sahel, Nicolas van de Walle, «Obama and Africa. Lots of hope, not much change», en *Foreign Affairs*, 94 (2015), n.º 5. Hay un gran número de aportaciones de Nick Turse, desde libros como *Tomorrow's bettlefield: U.S. proxy wars and secret ops in Africa*, Chicago, Haymarket Books, 2015, a una serie de artículos como, por citar los más recientes, «The numbers racket», en *TomDispatch*, 23 de junio de 2016 o «Breaking the camouflage wall of silence», en *TomDispatch*, 2 de agosto de 2016; Ann Garrison, «Uganda: A brilliant genocide», en *Counterpunch*, 16 de septiembre de 2016; Brian Dodwell, «A view from the CT foxhole: Brigadier general Donald D. Bolduc, commander, Special Operations Command Africa», en *CTC Sentinel*, 25 de mayo de 2016. Una mínima selección de lecturas sobre Sudán del Sur: Mahmood Mandani, «Who's to blame in South Sudan?», en *Boston Review*, junio de 2016; Erin Quinn, «Rape, muder, famine —and $2.1 million for K Street PR», en *The Center for Public Integrity*, julio de 2016; Gwynne Dyer, «South Sudan is not Africa», en *Common Dreams*, 14 de julio de 2016, y, la información proporcionada por la web de Thesentry.org.

Los contrastes del escenario asiático

Ramachandra Guha, *India after Gandhi. The history of the world's largest democracy*, Nueva York, Harper Perennial, 2008; Tariq Alí, *Pakistán en el punto de mira de Estados Unidos. El duelo*, Madrid, Alianza, 2008; Ian Ralbot, *Pakistan. A modern history*, Londres, Hurst and Co., 2005[2]; Benedict Anderson, «From miracle to crash», en *London Review of Books*, 20 (1998) 16 de abril de 1998, pp. 3-7; Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*, Madrid, Suma de Letras, 2005; Paul Krugman, *El gran engaño*, Barcelona, Crítica, 2004. Paul J. Bailey, *Postwar Japan. 1945 to the present*, Oxford, Blackwell, 1996; David Smith, *The dragon and the elephant. China, India and the new world order*, Londres, Profile Books, 2007.

La crisis de fin de siglo

Judith Stein, *Pivotal decade*, New Haven, Yale University Press, 2010; Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*, Madrid, Suma de Letras, 2005; Alan Greenspan, *The age of turbulence*, Nueva York, Penguin, 2007; Paul Krugman, *El gran engaño*, Barcelona, Crítica, 2004, y *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008; Robert Brenner, *The economics of global turbulence*, Londres, Verso, 2006; Dean Baker, «The question is not 'free trade' and globalization, it is free trade and globalization designed to screw the workers», en *Common Dreams*, 27 de abril de 2016; Beverly Silver, «The remaking of the global working class», en *ROAR Magazine*, junio de 2016.

14. REFUNDACIÓN Y CRISIS DEL IMPERIO (2001-2009) *Refundación y crisis del imperio*

Lewis Lapham, *Pretensions to empire. Notes on the criminal folly of the Bush administration*, Nueva York, The New Press, 2006; Peter van Buren, «It's personal! Apologizing to my daughter for the last 15 years of war», en *TomDispatch*, 18 de septiembre de 2016.

La presidencia de G. W. Bush

Las interpretaciones sobre George W. Bush y sobre la «guerra contra el mal» han sido renovadas por Jean Edward Smith, *Bush*, Nueva York, Simon and Schuster, 2016 (a lo que se puede añadir su entrevista con Robin Lindley, «How religion drove George W. Bush's decisions: an interview with biographer Jean Edward Smith», en *History News Network* y las reseñas de Peter Baker y de Jason Zengerle en *New York Times*, 3 y 18 de julio de 2016). Sobre la primera elección presidencial, Sidney Blumenthal, *The Clinton Wars*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2003, pp. 700-772 («The stolen succession»); Wade Payson-Denney, «So, who really won? What the Bush v. Gore studies showed», en *CNN Politics*, 31 de octubre de 2015. Los aspectos oscuros de su vida —conversión, servicio militar, negocios, etc.— en Russ Baker, *Family of Secrets. The Bush dinasty, the powerful forces that put it in the White House, and what their influence means for America*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2009; George C. Edwards III y Desmond Long, *The polarized presidency of George W. Bush*, Oxford, Oxford University Press, 2007; Justin W. Moyer, «George H. W. Bush slams 'iron-ass' Cheney, 'arrogant' Rumsfeld in new biography. Also faults Bush 43», en *Washington Post*, 5 de noviembre de 2015; Paul Krugman, «The Donald and the Decider», en *New York Times*, 21 de diciembre de 2015; Michael D. Shear, «Colin Powell, in hacked emails, shows scorn for Trump and irritation at Clinton», en *New York Times*, 14 de septiembre de 2016.

Jason Ralph, *America's war on terror The state of the 9'11 exception from Bush to Obama*, Oxford, Oxford University Press, 2013; Amrit Singh, *Globalizing torture. CIA secret detention and extraordinary rendition*, Nueva York, Open Society Foundation, 2013; Nadia Prupis, «New CIA documents reveal more horrors of president Bush torture program», en *Common Dreams*, 15 de junio de 2016. Sobre el atentado del 11 de septiembre, la fuente esencial es el conjunto de documentos publicados por *National Security Archive* con el título de *The september 11th sourcebooks*, incluyendo un último añadido en Thomas S. Blanton, «The president's daily brief», en *National Security Archive*, 12 de abril de 2004, actualizado en septiembre de 2015 o, al margen, el artículo de Chris Whipple, «The attacks will be spectacular», en *Politico*, 12 de noviembre de 2015 y el de John McLaughlin, «The day it all began», en *OZY*, 11 de septiembre de 2016. Abundan las noticias acerca de la ocultación de informaciones a los investigadores, que se completan con las demandas de publicación de las 28 páginas del informe del Congreso que se han mantenido en secreto hasta julio de 2016 y que ofrecen noticias sobre los contactos entre los terroristas y las autoridades saudíes (Mark Mazzetti y Scott Shane, «A Saudi imam, 2 hijackers and lingering 9/11 mystery», en *New York Times*, 17 de junio de 2016; Mark Mazzetti, «The 9/11 document, view of a Saudi effort to thwart U.S. action on al-Qaeda», en *New York Times*, 15 de julio de 2016; Daniel Lazare, «The joint US-Saudi guilt for 9/11», en *Consortium News*, 6 de octubre de 2016). Obama vetó los intentos de demandar a las autoridades saudíes, pero el Congreso desechó el veto (Julie Hirschfeld Davis, «Obama to veto bill alowing 9/1 lawsuits against Saudi Arabia» y J. Steinhauer *et al.*, «Congress votes to override Obama veto on 9/11 victims bill», en *New York Times*, 12 y 28 de septiembre de 2016).

Sobre la investigación en el interior de la sociedad norteamericana, las memorias del director de la NSA, general Michael V. Hayden, *Playing to the edge. American intelligence in the age of terror*, Nueva York, Penguin Press, 2016 (con la reseña de Mark Bowden en *New York Times*, 23 de febrero de 2016 y la de Charlie Savage en *New York Review of Books*, 26 de mayo de 2016, quien denuncia las omisiones y falsedades de Hayden); Jefrey Richelson, «The National Security Agency declassified», en *National Security Archive*, 11 de marzo de 2005; Lee Fang, «The CIA is investing in firms that mine your tweets and

Instagram photos», en *The Intercept*, 14 de abril de 2016; Sobre la primera intervención en Afganistán, descrita en tono de aventura por Doug Stanton en *Soldados a caballo*, Barcelona, Crítica, 2010; Steven Coll, *Ghost wars. The secret history of the CIA, Afghanistan, and Bin laden, from the Soviet invasion to September 10, 2001*, Nueva York, Penguin, 2004; Bob Woodward, *Bush en guerra*, Barcelona, Península, 2003, o las memorias de Donald Rumsfeld, *Known and unknown. A Memoir*, Nueva York, Sentinel, 2011; Phyllis Bennis, «Afghanistan» en *The WikiLeaks files. The world according to US Empire*, Londres, Verso, 2015, pp. 368-394; Enrique Müller, «La guerra secreta de la ISAF en Afganistán», en *El País*, 30 de diciembre de 2014; Adam Hudson, «Trading black sites for NATO membership: Eastern Europe's role in the US torture program», en *Truthout*, 1 de diciembre de 2015; Charlie Savage, *Power wars*, Nueva York, Little, Brown and Co., 2015. Sobre la herencia de *Katrina* hoy, Bill Quigley, «Race and class gap widening: Katrina pain index 2016 by the numbers», en *Counterpunch*, 23 de agosto de 2016.

La guerra de Irak

Éste es un tema que cuenta con una bibliografía inmensa y harto conocida. Me limitaré a citar fuentes recientes, como el volumen colectivo de Beth Bailey y Richard H. Immerman, eds., *Understanding the U.S. wars in Iraq and Afghanistan*, Nueva York, New York University Press, 2015, Jay Solomon, *The Iran wars. Spy games, bank battles, and the secret deals that reshaped the Middle East*, Nueva York, Random House, 2016 (que es un ejercicio de culpabilización de Irán) y, sobre todo, el análisis militar de Andrew J. Bacevich, *America's war for the Greater Middle East; a military history*, Nueva York, Random House, 2016 y la entrevista a Bacevich de Stepehen Kinzer en *Boston Review*, 4 de abril de 2016. Una fuente básica, pese a sus omisiones, es el Chilcot Report, *The Iraq Inquiry*, preparado por el gobierno británico, dado a conocer al público el 6 de julio de 2016, que puede consultarse en la red (*www.iraqinquiry.org.uk)*; omito en cambio los numerosos comentarios que ha suscitado. Krugman reconoce que los medios de comunicación norteamericanos se dedicaron a hacer propaganda a favor de la guerra, presentando como noticias todo lo que Cheney les pasaba y silenciando a los críticos y a los escépticos (Paul Krugman, «The falsity of false equivalence», en *New York Times*, 26 de septiembre de 2016). Además, Dahr Jamail, «Irak», en *The WikiLeaks files*, Londres, Verso, 2015, pp. 350-367; John Walcott, «What Donald Rumsfeld knew we didn't know about Iraq», en *Politico*, 24 de enero de 2016; Ray McGovern, «The Iraq's known unknowns», en *Consortium News*, 26 de enero de 2016; Walter Pincus, «Ex-Iraqi oficial unveiles as spy», en *Washington Post*, 23 de marzo de 2006; Neil Swidey, «Where did ISIS come from? The story starts here», en *Boston Globe*, 10 de marzo de 2016 (contiene una interesante entrevista con Bremer); Patrick Cockburn, «Baghdad after the fall of Saddam Hussein», en *Counterpunch*, 21 de abril de 2016. Sobre Chalabi, el farsante que desempeñó durante un año la jefatura del gobierno provisional, los textos dedicados a su muerte, como Bryan Glyn Willians, «Ahmad Chalabi 'The Fabricator'», en *History News Network*, 9 de noviembre de 2015; Robert Parry, «America's Chalabi legacy of lies», en *Consortium News*, 4 de noviembre de 2015. Sobre la complicidad de Blair, Charlie Cooper, «Tony Blair Iraq war memo prompts fresh calls for Chilcot inquiry to be published», en *The Independent*, 18 de octubre de 2016. De las reflexiones posteriores quisiera destacar el libro de Dexter Filkins, *La guerra eterna*, Barcelona, Crítica, 2009, o el testimonio vivido de David Finkel, *Los buenos soldados*, Barcelona, Crítica, 2010. Sobre la suerte de los veteranos, David Finkel, *Gracias por sus servicios*, Barcelona, Crítica, 2014, e historias puntales como Dave Philips, «In unit stalked by suicide, veterans try to save one another», en *The Atlantic*, 19 de septiembre de 2015, o J. Malcom Garcia, «Unwanted alive», en *Guernica*, 15 de mayo de 2015. Las informaciones posteriores sobre Irak se basan en fuentes periodísticas como Dafna H. Rand y N. A. Heras, «Iraq's sunni reawakening» en *Foreign Affairs*, 16 de marzo de 2015; Eugene Robinson, «Chasing miracles in Iraq», en *Truthdig*, 22 de mayo de 2015; Stephen Zunes, «The US and the rise of ISIS», en *National Catholic Reporter*, 7 de diciembre de 2015; Juan Cole, «Why partitioning Iraq is a terrible idea», en *Truthdig*, 13 de agosto de 2015; Ali Issa, «Massive protest wave in Iraq challenges sectarianism», en *Common Dreams*, 10 de septiembre de 2015; Ahmed Aber, «How the 2003 Iraq invasión devastated the country's health service», en *The Conversation*, 6 de julio de 2016; Jefrey St. Clair, «How the Iraq war was sold», en *Counterpunch*, 8 de julio de 2016 (una síntesis de su libro *Grand Theft Pentagon*); Robert Smith, «Iraq: what happened to the oil after the war?», en *The Conversation*, 8 de julio de 2016; Jamal al-Dahri, «To sabe Mosul, arm the Sunnis», en *New York Times*, 26 de septiembre de 2016, *etc.*

Los costes de la guerra

Joseph E. Stiglitz y Linda J. Bilmes, *The three trillion dollar war. The true cost of the Iraq conflict*, Nueva York, Norton, 2008; las cifras actualizadas por Neta C. Crawford se pueden consultar en la web «Costs of war» del Watson Institute for International Studies de Brown University, así como las de una nueva actualización, publicada en septiembre de 2016 «US budgetary costs of wars through 2016: $4,79 trillion and counting. Summary of costs of the US wars in Iraq, Syria, Afghanistan and Pakistan and Homeland Security». Sobre la corrupción, Peter van Buren, *We meant well. How I helped lose the battle for the hearts and minds of the Iraqi people*, Nueva York, Metropolitan Books, 2011. La fuente fundamental sobre las muertes es Joachim Guilliard *et al*., *Body count. Casualty figures ater 10 years of the «War on terror». Iraq, Afghanistan, Pakistan*, primera edición internacional, Washington, 2015 (publicado por Physicians for Social Responsibility (Estados Unidos), Physicians for Global Survival (Canadá) e International Physicians for the Prevention of Nuclear War (Alemania). Hay una nueva revisión de las cifras en el Chilcot Report, *The Iraq inquiry*, volumen 12, 17 «Civilian casualties». También se han usado trabajos anteriores como «Updated Iraqi survey affirms early mortality estimates», en *Public Health News Center*, Johns Hopkins Bloomberg School of Public Health, 11 de octubre de 2006; Dale Keiger, «The number», en *Johns Hopkins Magazine*, 59, n.º 1 (febrero de 2007) y «New analysis 'confirms' 1 million Iraq casualties» en *The Opinion Research Business*, 28 de enero de 2008. Elaine Scarry, «Presidential crimes», en *Boston Review*, 1 de septiembre de 2008. Sobre los pozos y la contaminación, Liam O'Donoghue, «'They really don't want this out': The biggest Iraq war scandal that nobody's talking about», en *Salon*, 16 de febrero de 2016, una entrevista con Joseph Hickman, autor de *The burn pits: the poisoning of America's soldiers*; sobre los esfuerzos del Pentágono por ocultar este asunto, John Kiriakou, «Torching the truth», en *New York Times*; Sarah Lazare, «War not over: US occupation is still poisoning Iraq's children», en *Truthout*, 29 de agosto de 2016. Un testimonio de las torturas: Amy Goodman, «A torturer's confession: Former Abu Grahib interrogator speaks out», en *Democracy Now*, 7 de abril de 2016.

América Latina: el giro a la izquierda

Lars Schoultz, *Beneath the United States: a history of U.S. policy towards Latin America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998; Andrés Oppenheimer, *Ojos vendados. Estados Unidos y el negocio de la corrupción en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940-1996*, Barcelona, Tusquets, 1997; una visión de la lógica interna del zapatismo en Levi Gahman, «Food sovereignty in rebellion: Decolonization, autonomy, gender equity, and the Zapatista solution», en *Solutions*, 7-4 de julio de 2016, pp. 77-83; David F. Schmitz, *The United States and rigth-wing dictatorships*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006; Joaquín Morales Solá, *El sueño eterno. Ascenso y caída de la Alianza*, Buenos Aires, Planeta-La Nación, 2001; Jorge Camarasa, *Días de furia. Historia oculta de la Argentina desde la caída de De la Rúa hasta la ascensión de Dualde*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002; Daniel Cecchini y Jorge Zicolillo, *Los nuevos conquistadores. El papel del gobierno y las empresas españolas en el expolio de Argentina*, Madrid, Foca, 2002; ; Mark Weisbrot, «Why Macri's win is bad news for Argentina», en *Fortune*, 24 de noviembre de 2015; Jesús González Pazos, *Bolivia. La construcción de un país indígena*, Barcelona, Icaria, 2007; Policy in Focus, *Is there a Brazilian model of development?*, número monográfico 12 (2015), n.º 3, Brasilia, IPCIG (United Nations Development Programme); Otaviano Canuto, «What's ailing Brazil?», en *Project Syndicate*, 15 de febrero de 2016; Eduardo Porter, «Slowdown in China bruises economy in Latin America», en *New York Times*, 16 de diciembre de 2014; Guy Laron, «The bubble of emerging markets pops», en *History News Network*, 27 de agosto de 2015; Bertrand Grass, «After the boom. Commodity prices and economic growth in Latin America and the Caribbean», *International*

Monetary Fund working paper, agosto de 2014; François Houtart, «The citizen revolutions in Latin America», en *openDemocracy*, 27 de junio de 2015; Pierre Salama, «Argentine, Brésil, Mexique entrent dans la tourmente. Quo vadis Amérique Latine?», FMSH working paper, julio de 2015; Joseph Stiglitz y Martín Guzmán, «Las perspectivas inciertas en la Argentina», en *SinPermiso*, 13 de febrero de 2016; Carlos Casanova *et al.*, «Measuring Latin America's export dependency on China», BBVA, working paper 15/26, Hong Kong agosto de 2015; Alberto Acosta y John Cajas Guijarro, «Ecuador: la herencia económica del correísmo, una lectura frente a la crisis», en *SinPermiso*, 21 de octubre de 2015. Menos satisfactoria es la interpretación ortodoxa de Eva Paus, *Latin America and the middle-income trap*, Santiago de Chile, ECLAC-Naciones Unidas, junio de 2014. Sobre las relaciones con Cuba, Tristram Korten y Kirk Nielsen, «The coddled 'terrorists' of South Florida», en *Salon*, 14 de enero de 2008; Andrew Cawthorne y Brian Ellsworth, «Latin America rebels against Obama over Cuba», en *Reuters*, 15 de abril de 2012; «General Assembly demands end to Cuba blockade for twenty-third consecutive year...», en *United Nations. Meetings coverage and press releases*, 28 de octubre de 2014. Sobre Venezuela son interesantes los artículos de Mark Weisbrot en *The WorldPost*, por ejemplo, «Venezuela votes soon-and the U.S. isn't missing its chance to meddle», 1 de diciembre de 2015; Mike LaSusa, «Human rights activists dispute 'success' of Plan Colombia», en *Truthout*, 25 de febrero de 2016; Dan Kovalik, «Our terrorists in Colombia: Death squads as 'freedom fighters'», en *Counterpunch*, 20 de septiembre de 2016; Amnistía Internacional, «Colombia: Authorities must protect human rights activists after spate of killings», 12 de septiembre de 2016; Henry Ruiz, «Nicaragua: Daniel Ortega es un tránsfuga político y la tarea hoy es evitar que consolide su dictadura familiar», en *SinPermiso*, 20 de septiembre de 2016.

El auge económico de Asia

Martin Jacques, *When China rules the world. The rise of the Middle kingdom and the end of the Western world*, Londres, Allen Lane, 2009; Rafael Poch-de-Feliu, *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación*, Barcelona, Crítica, 2009; Peter Frankopan, *El corazón del mundo. Una nueva historia universal*, Barcelona, Crítica, 2016; Jeffrey A. Bader, *How Xi Jinping sees the world... and why*, Washington, Brookings Institution (Asia working group paper), febrero de 2016; Chris McGreal, «China's economy to outgrow America's by 2030 as world faces 'tectonic shift'», en *The Guardian*, 10 de diciembre de 2012; Ian Johnson, «Will the Chinese be supreme?», en *New York Review of Books*, 4 de abril de 2013; Bettina Wassener y Chris Buckley, «In surprise, recovery in China loses steam», en *New York Times*, 15 de abril de 2013; Ian Johnson, «China's great uprooting: moving 250 millions into cities», en *New York Times*, 15 de junio de 2013; Paul Krugman, «Hitting China's wall», en *New York Times*, 18 de julio de 2013; John Delury, «Austerity with Chinese characteristics», en *Foreign Affairs*, 7 de agosto de 2013; Pierre Salama, «Desaceleración económica ¿China en la tormenta?», en *SinPermiso*, 29 de septiembre de 2013; Eric X. Li, «Party of the century. How China is reorganizing for the future», en *Foreign Affairs*, enero de 2014; Jill Richardson, «China trades up in Latin America», en *Truthout*, 7 de junio de 2014; Olga Timokhina, «Chinese foreign direct investment in Africa in corporate social responsibility context», *Maastricht School of Management*, working paper 2014/29, 4 de septiembre de 2014; Jane Perlez, «U.S. opposing China's answer to World Bank», en *New York Times*, 9 de octubre de 2014; Alexandra Stevenson, «As growth slows, China pins hopes on consumer spending», en *New York Times*, 19 de enero de 2015; Salvatore Babones, «China's predictable slowdown», en *Foreign Affairs*, 18 de febrero de 2015; Pepe Escobar, «Year of the sheep, century of the dragon?», en *TomDispatch*, 22 de febrero de 2015; Andrew Gavin Marshall, «After 'landmark' IMF reforms, U.S. is still the group's unrivaled economic power», en *Occupy.com*, 5 de noviembre de 2015; Salman Masood y Declan Walsh, «Xi Jinping plans to fund Pakistan», en *New York Times*, 21 de abril de 2015; Richard Smith, «China's communist-capitalist ecological apocalypse», en *Real-world Economics Review*, 71, 28 de mayo de 2015; Clifford Krauss y Keith Bradsher, «China's global

ambitions, cash and strings attached», en *New York Times*, 24 de julio de 2015; Paul Krugman, «China's naked emperors», en *New York Times*, 31 de julio de 2015; Sylviane Guillaumont y Ping Hua, «The impact of Chinese competition on Africa's manufacturing», *Fondation pour les Études et Recherches sur le Developpement International*, working paper 131, julio de 2015; Nicholas R. Lardy, «False alarm on a crisis in China», en *New York Times*, 26 de agosto de 2015; Neil Gough, «China's export data points to a deepening industrial downturn», en *New York Times*, 11 de octubre de 2015; Vijay Prashad, «China's road to the Middle East», en *Counterpunch*, 1 de febrero de 2016; Justin Yifu Lin, «China's silk road vision», en *Project Syndicate*, 21 de enero de 2016; Paola Subacchi, «The contradictions of Chinese capitalism», en *Project Syndicate*, 25 de marzo de 2016; Shivshankar Menon, «How China bucked western expectations and what it means for world order» y «What China's rise means for India», en *Brookings Institution*, 10 de marzo y 4 de marzo de 2016, respectivamente; Geoffrey Henderson y Paul Joffe, «China's climate action: looking back, and looking ahead to the 13th five-year plan», en *World Ressources Institute*, 3 de marzo de 2016; Hillary Clinton, «America's Pacific Century», en *Foreign Policy*, 20 de mayo de 2012; Dean Baker, «The Pacific 'free trade' deal that's anything but free», en *Common Dreams*, 27 de agosto de 2012; Joseph Stiglits y Adam Hersh, «The Trans-Pacific free-trade charade», en *Project Syndicate*, 2 de octubre de 2015; Ian Johnson, «The China challenge», en *New York Review of Books*, 8 de mayo de 2014; Andrew F. Krepinevich, «How to deter China, The case for archipelagic defense», en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2015; Michael T. Klare, «Powder keg in the Pacific», en *TomDispatch*, 22 de enero de 2013; Koohan Paik, «Islanders unite to resist a new Pacific War», en *Common Dreams*, 4 de noviembre de 2015; Ira Chernus, «Here's what is new in our latest fight with China», en *History News Network*, 11 de noviembre de 2015; Adam Hudson, «In Pivot to Asia, US military reinforces its foothold in the Pacific», en *Truthout*, 6 de febrero de 2016.

Sobre la India: Zahir Janmohamed, «The rise of Narendra Modi», en *Boston Review*, 28 de junio de 2013; el debate colectivo «Opening India to foreign investors·, en *New York Times*, 22 de junio de 2016; Jim Naureckas, «NYT hopes India can avoid China's plight: a high-paid well-educated workforce», en *Fair*, 19 de febrero de 2015; Martha C. Nussbaum, «Tell Narendra Modi: Human developmet is more tan GDP», en *Boston Review*, 18 de junio de 2014; Derek Monroe, «Modi's new and improved India», en *Truthout*, 6 de junio de 2015; Peter Martin, «How to upgrade the Sino-indian relationship», en *Foreign Affairs*, 15 de abril de 2015; M. S. Schmidt, «U.S. and India agree to strenghten military ties», en *New York Times*, 12 de abril de 2016; Andrew Whitehead, «Within the saffron family», en *London Review of Books*, 37 (2015), 10 de septiembre de 2015; Editorial, «Modi and the Hindu hard-liners» en *New York Times*, 14 de octubre de 2015; Editorial «Modi and India's dalits», en *New York Times*, 3 de agosto de 2016; Adrien Levy, «Experts worry that India is creating new fuel for an arsenal of H-bombs», en *Center for Public Integrity*, 16 de diciembre de 2015; Aatish Taseer, «The right-wing attack on India's universities», en *New York Times*, 27 de enero de 2016; Vijay Prashad, «Cracks in democracy: The Turkish and Indian examples», en *Counterpunch*, 21 de enero de 2016; Editorial, «India's water crisis», en *New York Times*, 3 de mayo de 2016; Druwa Jaishankar *et al*., *India-U.S. Relations in transition. June 2016*, Nueva Delhi, Brookings Institution India Center, 2016; «India hospital transfusions infect thousands with HIV», en *BBC News*, 31 de mayo de 2016; Vijay Prashad, «India is making labor history with the world's largest general strike», en *Alternet*, 7 de septiembre de 2016; Nika Knight, «World's largest strike? Tens of millions in India rise up against rigth-wing economic policies», en *Common Dreams*, 2 de septiembre de 2016; David Ruccio, «Protest of the century», en *Real-world Economics Review Blog*, 13 de septiembre de 201; Tariq Mir, «Kashmir's high price for demanding independence», en *Boston Review*, 26 de septiembre de 2016.

Sobre Pakistán, Aqil Sha, «Nawaz Sharif, 3.0» en *Foreign Affairs*, 13 de mayo de 2013; Zulfiqar Sha, «Why Pakistan is not changing», en *Truthout*, 5 de abril de 2014; Declan Walshjan, «New courts offer Pakistan's generals the power they used to seize», en *New York Times*, 10 de enero de 2015; Talat Farooq, «Pakistan bombing: what is Jamaat ul-Ahrar?», en *The Conversation*, 28 de marzo de 2016; Ahmed Rashid, «Pakistan: worse than we knew» en *The New York Review of Books*, 5 de junio de 2014 y «Pakistan: the army steps in», en *New York Review of Books*, 21 de abril de 2016.

Sobre Japón, Daniel Harari, «Japan's economy: from the lost decade to Abenomics», 24 de octubre de

2013 (pdf de la House of Commons Library); Juki Horioke *at al.*, «Why hasn't Japan's massive government debt wreaked havoc (yet)», en *Vox*, 21 de enero de 2014; Tanweer Akram, «Japan's liquidity trap», en *Real-World Economic Review*, 76 (2016), pp. 16-42; Makiko Inoue e Hisako Uenojan, «Akika Amari, Japan's Economic revitalization minister, resigns amid scandal», en *New York Times*, 28 de enero de 2016; Justin McCurry, «Japan's ruling coalition on course to win parliamentary election», en *The Guardian*, 21 de julio de 2016; Jonathan Soble, «Bank of Japan resists strong medicine for stimulus» y «Japan announces more stimulus measures as economy struggles» en *New York Times*, 29 de julio y 2 de agosto de 2016; Martin Feldstein, «Japan's economic quandary», en *Project Syndicate*, 29 de abril de 2016; Stephen S. Roach, «Is China the next Japan?», en *Project Syndicate*, 27 de junio de 2016; Paul Krugman, «Abenomics and the single arrow», en *New York Times*, 16 de agosto de 2016; Joseph Stiglitz, «A better economic plan for Japan», en *Project Syndicate*, 14 de septiembre de 2016; Ben S. Bernanke, «The latest from the Bank of Japan», en *Brookings*, 21 de septiembre de 2016.

Sobre el sudeste asiático me limitaré a unas pocas noticias de muestra como: Carol Giacomo, «Indonesia's corruption fighters in the fight of their lives», en *New York Times*, 20 de febrero de 2015; Emmarie Huetteman, «U.S. criticizes Myanmar over human trafficking», en *New York Times*, 30 de junio de 2016; Sara Perria, «Myanmar turns to Kofi Annan for help on festering Rohingya crisis», en *Inter Press Service*, 27 de agosto de 2016; «Hostile takeover. How Cambodia's ruling family are pulling the strings on the economy and amassing vast personal fortunes with extreme consequences for the population», en *Global Witness*, 7 de julio de 2016; Angelica Mangahas y Luke Lischin, «Mindanao: living in the peace of the dead», en *Brookings*, 18 de agosto de 2016; Richard C. Paddock, «Malaysia's leader, dogged by a billios-dollar scandal, proves untouchable», en *New York Times*, 30 de julio de 2016, *etc.*

Palestina: el conflicto olvidado

Patrick Tyler, *A World of trouble. The White House and the Middle East-from the cold war to the war on terror*, Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux, 2009; Mark Tessler, *A history of the Israeli-Palestinian conflict*, Bloomington, Indiana University Press, 2009[2]; Ray McGovern, «The mistery of Arafat's death», en *Consortium News*, 10 de julio de 2012; Stephen Gasteyer *et al*., «Water grabbing in colonial perspective: Land and water in Israel/Palestine», en *Water Alternatives*, 5 (2012), n.º 2, pp. 450-468; Marwan Barghouti *et al*., «La tercera intifada y la división de Jerusalén» y Norman Finkelstein *et al*. «¿Es ésta la tercera intifada palestina?», en *SinPermiso*, 18 de octubre y 14 de noviembre de 2015; Charlotte Silver, «Israel 'less lethal' weapons take children's eyes and lives», en *The Electronic Intifada*, 21 de marzo de 2016; Frank Spinney, «The Palestinian question: why the two-state solution is kaput», en *Counterpunch*, 20 de abril de 2016; Amy Fallon, «Israel is secretly shipping thousands of refugees to Africa», en *Thinkprogress*, 3 de julio de 2016; Richard Hardigan, «More murder, arrests and torture. Israeli response to uprising in Palestine», en *Counterpunch*, 2 de agosto de 2016; Saeb Ereket y Meir Margalit, «Israel-Palestina: 50 años de ocupación colonial y la iniciativa de paz francesa», en *SinPermiso*, 4 de junio de 2016; Rowan Jacobsen, «Israel, one of the world's driest countries, is now overflowing with water», en *Global Voices*, 16 de agosto de 2016; Isabel Kershner, «Israel quietly legalizes pirate outposts in the West Bank», en *New York Times*, 30 de agosto de 2016; Yoav Litvin, «Palestinian hunting season», en *Counterpunch*, 9 de septiembre de 2016; Peter Baker y Julie Hirschfeld Davis, «U.S. finalizes deal to give Israel $38 billion in military aid», en *New York Times*, 13 de septiembre de 2016.

La Gran recesión

La fuente principal que se ha usado para relatar la crisis «de las hipotecas» en Estados Unidos ha sido Ben S. Bernanke, *El valor de actuar. Memoria de una crisis y sus secuelas*, Península, 2016. Para una visión más amplia de la crisis, William I. Robinson, *Global capitalism and the crisis of humanity*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014 (y «Reform is not enough to stem the rising tide of inequality worldwide», en *Truthout*, 1 de enero de 2016); Wolfgang Streeckt, *Buying time: the delayed crisis of democratic capitalism*, Londres, Verso, 2014; James K. Galbraith, *The end of normal. The great crisis and the future of growth*, Nueva York, Simon and Schuster, 2014; Michael Hudson, *Killing the host. How financial parasites and debt bondage destroy the global economy*, Petrolia, Ca., Counterpunch Books, 2015; Robert J. Gordon, *The rise and fall of American growth*, Princeton, Princeton University Press, 2016; Paul Krugman, *Después de Bush. El fin de los «neocons» y la hora de los demócratas*, Barcelona, Crítica, 2008, *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Barcelona, Crítica, 2009 y *¡Acabad ya con esta crisis!*, Barcelona, Crítica, 2013; Joseph Stiglitz, *Free fall. Free markets and the sinking of the global economy*, Londres, Allen Lane, 2010; Mark Blyth, *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, Crítica, 2014; Barry Eichengreen, *Hall of mirrors. The great depression, the great recession, and the uses and misuses of history*, Nueva York, Oxford University Press, 2015; Peter Radford, «Flat earth rules», en *Real-World Economics Reviw Blog*, 2 de abril de 2016; la crítica a la gestión respecto de Lehman Brothers en Laurence Ball, «The Fed and Lehman Brothers», julio de 2016, que puede consultarse en la web personal del autor; Dean Baker y Travis McArthur, «The value of the 'Too big to fail' big bank subsidy», en *CEPR*, septiembre de 2009; Peter Radford, «American crisis part two», en *Real-world Economics Review Blog*, 24 de junio de 2011; Simon Potter, «The failure to forecast the Great recession», en *Federal Reserve Bank of New York.blog*, 25 de noviembre de 2011; Thom Hartmann, «$7.7 trilliom to Wall Street-Anything to keep the banksters happy», en *Truthout*, 3 de diciembre de 2011; Robin Greenwood y David Scharfstein, «The growth of finance», en *Journal of Economic Perspectives*, 27 (2015), n.º 2, pp. 3-28; Matt Taibbi, «The last mistery of the financial crisis», en *Rolling Stone*, 19 de junio de 2013; Gerald Friedman, «Collapsing investment and the great recession», en *Dollars&Sense*, julio-agosto de 2013; Gregory Mankiw, «Defending the one percent», *Journal of Economic Perspectives*, 27, n.º 3, verano de 2013, pp. 21-34; Lawrence Mishell y Heidi Shierholz, «A decade of flat wages. The key barrier to shared prosperity and a rising middle class», *Economic Policy Institute*, briefing paper 365, 21 de agosto de 2013; Jonathan Kirshner, «The neoliberal bailout», en *Boston Review*, 7 de julio de 2014 (una crítica del libro de D. Drezner, *The System worked*); William R. Cline y Joseph E. Gagnon, «Lehman died, Bagehot lives: Why did the Fed and Treasury let a major Wall Street bank fail?», en *Peterson Institute for International Economics*, policy brief, septiembre de 2014; Dean Baker, «The myth that sold the financial bailout», en *al-Jazeera America*, 15 de septiembre de 2014; Atif Mian y Amir Sufi, «Fraudulent income overstatement on mortgage applications during the credit expansion of 2001 to 2005», *Kreisman Working Papers Series in Housing Law and Policy*, n.º 21, mayo de 2015; Pratap Chatterjee, «Ernst & Young pay $10 million to settle Lehman Brothers audit failure lawsuit», en *CorpWatch*, 18 de abril de 2015; Binyamin Appelbaum, «Fed misread fiscal crisis, records show», en *New York Times*, 21 de febrero de 2014; Binyamin Appelbaum y Neil Irwin, «What the Fed's 2009 transcripts reveal about its handling of the recession», en *New York Times*, 4 de marzo de 2015. Las declaracions de Bernanke sobre que algunos ejecutivos debieron ir a la cárcel en *Los Angeles Times*, 4 de octubre de 2015; Dean Baker, «The anniversary of Lehmnan and men who don't work», en *Real-World Economics Review Blog*, 21 de septiembre de 2016. Que Gordon Brown planease sacar las tropas a la calle lo explicó su asesor Damian McBride en unas memorias publicadas por el *Mail*. Paul Craig Roberts, «The looting stage of capitalism: Germany's assault on the IMF», en *Counterpunch*, 26 de mayo de 2016; Michael Nevradakis, «Economist Paul Craig Roberts: Greece must leave the Eurozone to regain its sovereignty», en *Truthout*, 4 de mayo de 2016; James K. Galbraith, «From the destruction of Greece to democracy in Europe», en *Common Dreams*, 23 de agosto de 2016; Michael Hudson, entrevista con Sharmini Peries, «The financial invasión of Greece», en *Counterpunch*, 23 de mayo de 2016; C. J. Polycroniou, «Syryza's betrayal and the selling of a nation», en *al-Jazeera*, 7 de junio de 2016; Paul Hockenos, «The E.U. is in crisis, two economists disagree on why», en *New York Times*, 16 de agosto de 2016 (de donde tomo la referencia del libro de Galbraith sobre Grecia).

Nicolás Menéndez Sarriés, *Bankia confidencial*, Barcelona, Deusto, 2015; Miguel Ángel Fernández Ordóñez, *Economistas, políticos y otros animales*, Barcelona, Península, 2016; le rectificó el ministro Luis de Guindos en *España amenazada. De cómo evitamos el rescate y la economía recuperó el crecimiento*, Barcelona, Península, 2016, pero ni uno ni otro merecen mucho crédito.

NOTAS

[1] Al final del libro se puede ver un apéndice acerca de este tipo de interpretaciones de la desigualdad actual.

[1] Ni los franceses ni los británicos estaban preparados para la guerra en el verano de 1914: los franceses contaban con aprovisionamiento de municiones para tres semanas, y los ingleses no tenían entonces más que un ejército profesional de 247.000 hombres, un tercio de los cuales estaban en la India y otros en África, repartidos entre diversas colonias.

[2] Conrad mantenía relaciones adúlteras con Gina von Reininghaus, la esposa de un magnate de la cerveza, y había expresado en ocasiones su deseo de regresar victorioso de una gran guerra para forzar las resistencias sociales y convertirla en su esposa. La guerra no acabó en el soñado triunfo, pero el marido de Gina se divorció de ella, tras ocho años de tolerancia, y Gina y el jefe del ejército imperial se casaron en noviembre de 1915.

[3] Los aviones se usaron inicialmente para la observación —el general Foch opinaba que eran «buenos para el deporte, pero inútiles para el ejército»—, pero las cosas cambiaron cuando el francés Roland Garros montó un rifle automático en su avión, y más todavía cuando un técnico alemán, Anton Fokker, consiguió sincronizar los disparos de una ametralladora ligera con el giro de la hélice.

[4] Pero mientras los caballos permanecían estabulados en Francia, sin utilidad alguna, su papel fue decisivo en las campañas del Oriente próximo, donde tuvo lugar, a fines de octubre de 1917, la mayor carga montada de la guerra, en que ochocientos jinetes de la caballería australiana conquistaron Beersheba.

[5] «Declaro no haber visto nunca hacer uso de la bayoneta, no haber visto nunca una bayoneta manchada de sangre, no haber conocido nunca un soldado que la haya visto o un médico militar que haya constatado una herida de bayoneta.»

[6] El fallecimiento de Kitchener en un naufragio, en junio de 1916, dejó la dirección del ejército en manos de los generales Robertson y Haig. Fue este último, sobre todo, el responsable de sacrificar un gran número de hombres en busca de la victoria decisiva.

[7] El emperador austríaco Francisco José falleció en noviembre de 1916 y le sucedió Carlos, un hombre de veintinueve años que llegaba al poder con propósitos de reforma y que no tardó en deshacerse de Conrad.

[8] La prensa, sin embargo, tranquilizó al público británico diciéndole que todo iba bien y que las pérdidas humanas no eran importantes.

[9] En diciembre, al término de un año en que los franceses habían sufrido 950.000 bajas, Joffre fue reemplazado en el mando supremo del ejército francés por Nivelle.

[10] En octubre de 1918, cuando era ya inevitable la derrota de los imperios centrales, los rumanos denunciaron el tratado y volvieron al combate, lo que les permitió acabar la guerra como vencedores, y sacar un considerable provecho de ello.

[11] El ejército norteamericano no sobrepasaba en tiempos de paz los 190.000 hombres, lo que obligó a efectuar una gran labor de reclutamiento y preparación antes de disponer de una fuerza expedicionaria que pudiese desempeñar un papel importante en el equilibrio de la guerra.

[12] En 1935 el Servicio histórico de la Armada española publicó la traducción de un libro sobre Gallipoli, a la que los traductores españoles añadieron esta nota: «Cabe la duda de si Gran Bretaña podría sobrevivir a otra guerra mundial con otro Churchill». Está claro que el de la profecía es un ejercicio arriesgado.

[13] Conocida como «gripe española» en el Occidente europeo, porque sólo se hablaba de ella en la prensa de la España neutral; pero «brasileña» en Senegal, «alemana» en Brasil, y «bolchevique» en Polonia. Su aparición simultánea en el mundo entero hace más misteriosos, si cabe, sus orígenes.

[14] Cuatro días antes, el 4 de agosto, el soldado de primera Adolf Hitler, que desempeñaba funciones de correo, recibió la Cruz de Hierro.

[15] Deseando evitarle la suerte que había corrido el zar, los militares comunicaron al soberano el 10 de noviembre que debía apresurarse a atravesar la frontera para refugiarse en Holanda. Guillermo se mantenía en silencio, mirando sorprendido a su alrededor. Según cuenta Groener: «No dijo nada, de modo que lo cogimos, como si fuese un niño, y lo enviamos a Holanda».

[16] Las pérdidas se reparten así: 5.648.300 la Triple Entente (Rusia, 1.997.500; Francia y sus colonias, 1.400.000; el Imperio británico, 959.000; Italia, 600.000 y Estados Unidos 87.000), por 4.353.500 los imperios centrales (el Imperio alemán, 2.037.000; Austria, 1.457.000; el Imperio otomano, 772.000).

[17] Las principales fueron la franja cedida a Polonia, que dejaba los territorios de la Prusia oriental separados del resto del país por un corredor de territorio polaco, destinado a proporcionar a Polonia una salida al mar (por el puerto de Danzig [Gdansk] que se constituía como ciudad-estado autónoma), y la devolución a Francia de Alsacia-Lorena. El resto de los territorios ocupados temporalmente volvieron a Alemania como consecuencia de los plebiscitos en que sus habitantes optaron por la reincorporación, salvo en el caso de la Alta Silesia, con una población en que se mezclaban polacos y alemanes, que acabó siendo objeto de una partición. Sus pérdidas fueron de un 13,5 % de su territorio y de un 10 % de su población.

[18] Al margen de los cambios que surgieron de los tratados de paz, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania obtuvieron la independencia en estos años.

[1] Las fechas del año 1917 que se indican corresponden al calendario juliano, que llevaba trece días de retraso respecto del gregoriano, vigente en la Europa occidental, por lo que la revolución de febrero, que se produjo en la última semana del mes, ocurrió en marzo de acuerdo con nuestro calendario, y la de octubre, que se inició el 24 y 25, ocurrió en nuestro noviembre. En esta narración mantendremos las fechas del calendario juliano para 1917.

[2] Había recibido noticias de su esposa en que ésta le decía que todo se reducía a la agitación de jóvenes gamberros que corrían y gritaban que no había pan tan sólo para crear confusión, en compañía de trabajadores que no querían trabajar, a lo que añadía: «Si el tiempo hubiese sido muy frío, seguramente se hubieran quedado en casa».

[3] Los partidos revolucionarios más importantes eran en estos momentos el Partido socialista revolucionario, un grupo populista con fuerte arraigo entre los campesinos, que apoyaba la acción terrorista individual, y las dos ramas, escindidas en 1903, del Partido Obrero Socialdemócrata, de inspiración marxista y base obrera: los mencheviques, partidarios de una organización legal de masas y de una vía gradual al socialismo, y los bolcheviques, que propugnaban una organización revolucionaria, a modo de una vanguardia, y mantenían un programa más radical.

[4] Trotski, en cambio, que se encontraba en Nueva York, fue detenido por las autoridades británicas durante su viaje de regreso, y no llegó a Petrogrado hasta un mes más tarde (el 4 de mayo).

[5] Se quiso emplear los cañones de la fortaleza de Pedro y Pablo, que está frente al palacio, pero se descubrió que eran piezas de museo, oxidadas e inservibles. A falta de cañones, se recurrió a una salva del crucero *Aurora*, fondeado en el río Neva.

[6] Entre los 715 diputados elegidos había 370 socialistas revolucionarios, 179 bolcheviques, 40 socialistas revolucionarios de izquierda, 16 mencheviques, 17 cadetes (del Partido Constitucional Democrático) junto con otros de grupos nacionales diversos y de afiliación insegura.

[7] Los primeros cuatro meses después de la abdicación los pasó la familia imperial en Tsárkoye Seló; al parecer Kérenski quería embarcarlos para Inglaterra, pero Jorge V no los aceptaba. Para alejarlos de Petrogrado se los envió a Tobolsk, en Siberia, donde pasaron ocho meses tranquilos, acompañados de sus criados y de su séquito. En marzo de 1918 se los trasladó a Ekaterimburgo, a una residencia que había sido de un rico comerciante, hasta que en julio se decidió matarlos.

[8] En diciembre de 1918, mientras se retiraban de Ucrania las tropas alemanas, se produjo el desembarco en Odesa y en Sebastopol de un contingente en que se mezclaban franceses, griegos, checos y rumanos, llevados en buques franceses, con apoyo británico. La operación, mal preparada y recibida hostilmente por la población local, acabó fracasando y con los marineros sublevados izando la bandera roja en los buques de guerra franceses; su retirada concluyó a fines de abril de 1919.

[9] Salvo en Ucrania, donde, tras la retirada de los alemanes, que habían apoyado al gobierno títere de Pavló Skoropadsky, «atamán de Ucrania», hubo una compleja lucha a varios bandos entre los nacionalistas de Simon Petliura, los probolcheviques de Piatakov, y el «ejército negro» anarquista de Néstor Majnó, con personajes como Nikífor Grigóriev, que luchó en uno u otro momento en todos los bandos (al lado de blancos, rojos o anarquistas). Lo que hubo, además, fue el exterminio de tal vez cien mil judíos, en un anticipo ucraniano del holocausto.

[10] Los japoneses siguieron en Siberia, donde se creó una República del Extremo Oriente, hasta noviembre de 1922, cuando el triunfo de los bolcheviques y la presión de los norteamericanos les forzaron a marchar.

[11] Giles Milton asegura haber encontrado documentación que prueba que en agosto y septiembre de 1919 la aviación británica, partiendo de Arjángelsk, habría efectuado una serie de ataques con gases tóxicos, que se abandonaron al comprobar que sus efectos no eran tan positivos como se esperaba.

[12] Un programa de ayuda caritativa de Estados Unidos, organizado por Herbert Hoover, salvó en estos momentos muchas vidas con sus envíos de alimentos para los niños.

[13] Lo componían 288 delegados del SPD, 90 independientes, 25 demócratas, 28 soldados, 10 «revolucionarios unidos», 47 sin adscripción y un representante de Baviera; ni Liebknecht ni Rosa Luxemburg habían sido elegidos. Había entre ellos un número muy escaso de representantes de los campesinos, que el movimiento revolucionario alemán no había sido capaz de movilizar, salvo parcialmente en Baviera.

[14] Carlos se refugió con su familia en Suiza; pero cuando en 1921 trató de reivindicar la corona de Hungría, los aliados lo enviaron a Madeira, donde murió al año siguiente. Como se atribuían algunos milagros a su intervención, el papa Juan Pablo II lo beatificó en 2004.

[15] A Trotski se le envió primero a Kazajstán y se le expulsó de la URSS en 1929, en una persecución que no concluyó hasta que Stalin lo hizo asesinar en México en 1940.

[1] Las grandes fortunas que dominaban el banco no cedieron sin obtener una contrapartida: obligaron al gobierno a liberar la exportación de capitales, lo que representaba darles un arma que podrían emplear en el futuro si la izquierda volvía al poder, ya que con la fuga de capitales podían provocar fácilmente un pánico financiero.

[2] Una de las válvulas de seguridad de la sociedad italiana, la emigración a Estados Unidos, se cerraba en estos momentos: hacia 1913 salían anualmente para América 873.000 emigrantes, en 1921-1922 se redujeron a 280.000.

[3] En estos momentos el nuevo papa, Pío XI, había iniciado ya una aproximación a Mussolini, y los órganos del Vaticano elogiaban abiertamente la política del fascismo.

[4] En 1939, en ocasión de cumplirse diez años del tratado de Letrán, Pío XI preparaba una encíclica en que denunciaba la violación del tratado y condenaba el fascismo. Su muerte hizo posible que su secretario de Estado, el cardenal Pacelli, que le iba a suceder como Pío XII, calmase la inquietud de Mussolini ante la posible difusión de esta condena, que Pacelli se encargó de eliminar, borrando hasta el último rastro de la encíclica.

[5] Se les concedió el voto en la decimonovena enmienda a la constitución, «en pago por lo que habían hecho durante la guerra en las fábricas de municiones, en los hospitales y en el campo».

[6] En 1930 se publicó un libro, *La extraña muerte del presidente Harding*, en que se acusaba a su esposa, Florence, de haberle envenenado. La realidad es que ésta no permitió que se le practicara la autopsia y se ocupó de quemar y poner fuera del alcance de los investigadores todos sus papeles.

[7] Prestes ingresó en 1934 en el Partido Comunista y tuvo una larga participación en las luchas sociales brasileñas después de la Segunda guerra mundial.

[8] Esta página de su «Calendario de la historia de la humanidad» concluye en 1922, cuando «soldados exhaustos de matar» fueron a un prostíbulo y las cinco mujeres que trabajaban en él «les cerraron la puerta en las narices y los corrieron al grito de *asesinos, asesinos, fuera de aquí*...».

[1] Que se redujeron a cuatro cuando, al acabar la presidencia de Wilson, Estados Unidos rechazó integrarse en la Sociedad; y pasó a seis cuando Alemania se sumó al consejo en 1926, y la URSS lo hizo en 1934.

[2] En el origen de estas concesiones estaba la promesa que Gran Bretaña había hecho a los griegos en 1915, ofreciéndoles compensaciones por su entrada en la guerra. La visión de una Gran Grecia al mando de Venizelos tenía el pleno apoyo de Lloyd George, que pensaba que el Mediterráneo oriental, cuyo control era vital para asegurar, a través de Suez, la ruta del Imperio británico hacia Oriente, era preferible que quedase en manos de ingleses y griegos, desplazando a los italianos, a quienes veía como posibles rivales.

[3] Irak, que agregaba la viejas provincias otomanas de Basora, Bagdad y Mosul, era una invención que respondía a los intereses de los británicos, pero que agregaba un conjunto de minorías étnicas —kurdos, asirios...— y de culturas religiosas —chiíes, suníes, yazidíes, cristianos...— cuyos derechos no fueron protegidos, lo que creó problemas que siguen vivos en la actualidad.

[4] Hace unos años Alemania devolvió a Namibia veinte cráneos de hereros, pero rehusó aceptar responsabilidades o pagar compensaciones por los daños que había causado.

[1] Al aumentar la valoración de la onza de oro de 20,67 a 35 dólares, Roosevelt revaluaba las reservas del estado norteamericano y acumulaba recursos para el futuro.

[2] Años más tarde General Motors abandonó sus instalaciones en Flint, con lo que su población se redujo a la mitad; la empresa automovilística dejaba tras de sí un legado de contaminación en el terreno y en los ríos que estuvo en el origen del envenenamiento del agua por plomo que salió a la luz en 2015.

[3] Jorge V había fallecido en enero de 1936, y fue sucedido por Eduardo VIII, que abdicó el 10 de diciembre del mismo año, con el pretexto de su intención de casarse con una norteamericana en proceso de divorcio. Le sucedió su hermano Jorge VI, que hubo de preocuparse más adelante por las simpatías nazis del duque de Windsor, título que adoptó Eduardo tras su abdicación.

[4] Stalin le dijo posteriormente a Yákovlev: «Yezhov era una bestia, un degenerado ... Muchas vidas inocentes se perdieron. Por eso lo fusilamos».

[5] Las SA perdieron desde entonces su poder; sus números se redujeron considerablemente y su principal misión fue la de ocuparse de perseguir a los judíos.

[6] Se consideraba judío a quien tenía tres abuelos judíos, aunque bastaba con dos si se profesaba la religión judía o se estaba casado con un consorte judío.

[1] La prueba del consentimiento la tenemos en la elevada proporción de austríacos que se afiliaron a las SS y que participaron en operaciones de exterminio. Al término de la guerra, sin embargo, los austríacos se beneficiaron de ser considerados como una nación agredida por el nazismo. Schuschnigg, por su parte, pasó los años de la guerra en los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau, y sobrevivió hasta 1977; Seyss-Inquart fue ejecutado tras el proceso de Núremberg.

[2] Incluso Polonia, afirma István Deák, «se volvió contra Checoslovquia». Tan sólo Stalin ofreció ayuda armada al presidente Beneš, pero éste no se molestó ni siquiera en recibir al enviado soviético, Mijaíl Koltsov, que había viajado a Praga con el ofrecimiento.

[3] La verdad era que había en Gran Bretaña un gran número de partidarios de negociar con Hitler y evitar la guerra. Entre los más fervientes germanófilos figuraba el duque de Windsor, el mismo Eduardo VIII que había abdicado, a quien se había enviado como gobernador a las Bahamas. El duque, que era un admirador de Hitler, propuso a Roosevelt que interviniera para forzar la paz en Europa, a lo que él mismo colaboraría provocando una revolución en Gran Bretaña.

[4] Entre los cuales se encontraban personajes como Henry Ford o Charles Lindbergh. En octubre de 1940 Roosevelt retiró de la embajada de Londres a Joseph Kennedy, el patriarca de la dinastía, que era un admirador de Hitler y sostenía que no tenía sentido ayudar a un país que no estaba capacitado para resistir. En su lugar se envió como embajador a Harry Hopkins.

[5] En 1935 se había empezado a trabajar en el proyecto de un gran avión de bombardeo, el *Amerika Bomber*, con un radio de acción de doce mil kilómetros, para el que Hitler buscaba bases en la costa atlántica de Marruecos o en las Canarias.

[6] También el general Franco reclamó su derecho a participar como socio en el «Nuevo orden europeo». El 18 de julio de 1940 el Caudillo pronunció un discurso en que, además de afirmar que disponía de «dos millones de guerreros», recordaba méritos históricos como la expulsión de los judíos en el siglo XV, que calificaba como «un acto racista como los de hoy». Cuando llegó el momento de negociar su entrada en la guerra, resultó que no tenía suficiente que ofrecer a cambio de lo mucho que pedía: los territorios franceses del norte de África.

[7] Hay toda una literatura en torno a este incidente, incluyendo el misterio de la nómina de los contactos de Hess en Gran Bretaña y el de la participación en esta operación del jefe del gobierno polaco en el exilio, Władisław Sikorski, de cuya posterior muerte en accidente de aviación en Gibraltar parece que hay que culpar al gobierno británico. Churchill no le dio demasiada importancia a la cuestión. Cuando le notificaron la noticia de la llegada de Hess a Escocia, se disponía a ver la película *Los hermanos Marx en el Oeste* para distraerse de los agobios de la vida cotidiana, y optó por seguir con su plan («Hess or no Hess, I am going to see the Marx Brothers»).

[8] En Filipinas, en la llamada «marcha de la muerte de Bataán», los japoneses comenzaron ejecutando a unos cuatrocientos oficiales y suboficiales filipinos que se habían rendido, y sometieron a los restantes, filipinos y norteamericanos, a una marcha brutal en que murieron millares de ellos, muchos rematados a bayonetazos.

[9] Algo más de cien mil norteamericanos de origen japonés (la mayoría de ellos nacionalizados) que vivían en la costa del Pacífico fueron internados en campos de concentración en el interior. El motivo fue sobre todo el rechazo racista de su entorno. La Legión Americana de California pidió que, acabada la guerra, se les deportase a todos, ciudadanos o no, y que en adelante no se concediera la ciudadanía norteamericana a ningún descendiente de japoneses.

[10] Fue por entonces cuando los japoneses comenzaron los experimentos de guerra bacteriológica en la unidad 731, y cuando se afirma que provocaron brotes de ántrax, cólera y tifus en la región de China donde habían aterrizado los aviones norteamericanos.

[11] Las dificultades que encontraron los soviéticos en la campaña de Finlandia se debieron, por una parte, al frío extremo del invierno de 1939-1940 (−34 ˚C), pero también a la extraordinaria resistencia de los combatientes finlandeses, que figuraban por entonces entre los mayores consumidores de heroína del mundo.

[12] Lizzie Colingham calcula un total de veinte millones de muertos por el hambre durante la guerra; un número superior al de las víctimas en combate.

[13] Gross fue quien denunció la historia de Jedwabne, el pueblo polaco en que, en julio de 1941, sus propios vecinos asesinaron salvajemente a los judíos con los que habían convivido hasta entonces, en un número que puede ir de 340 a 1.500.

[14] El antibolchevismo tenía en Holanda una primera justificación en la anulación de la deuda exterior del Imperio ruso por los soviéticos, que afectó a una masa de pequeños y medios ahorradores que habían invertido unos mil millones de florines en estos títulos.

[15] Acabada la guerra, los coreanos heridos o mutilados en combate, además de unos 43.000 supervivientes de los bombardeos atómicos, no recibieron ayuda alguna de los japoneses, mientras en Corea eran considerados como traidores por haber luchado junto a sus opresores. En el caso de las prostitutas forzadas los japoneses intentaron durante muchos años negar su existencia, alegando que eran profesionales bien pagadas que actuaban voluntariamente.

[16] El hijo de Jrushchov nos ha contado la profunda impresión que dejó en su padre la visita al campo de la batalla en que centenares de tanques ardiendo fueron abandonados bajo el sol abrasador de julio, con sus tripulaciones, de uno y otro bando, quemándose vivas en su interior.

[17] Himmler había ordenado a las SS: «No debe quedar ni una persona, ni una cabeza de ganado, ni un quintal de grano, ni un raíl de tren... El enemigo debe encontrar un país enteramente quemado y destruido».

[18] Goebbels se sintió feliz, porque consideraba que esta declaración iba a obligar a los alemanes a resistir hasta el fin. Tras el desembarco en Normandía, Eisenhower pidió que se rectificara este error, sin conseguirlo. El propio Truman se vio obligado a mantener, por lo menos formalmente, la misma intransigencia ante Japón, presionado por la opinión pública norteamericana.

[19] En las islas que quedaban al margen de la conquista, las guarniciones japonesas permanecían abandonadas, sin posibilidad de recibir alimentos ni refuerzos, dadas las carencias de la marina japonesa, que había concentrado sus esfuerzos en construir grandes navíos de combate, y la eficacia de los submarinos norteamericanos que bloqueaban las rutas de transporte.

[20] Cuatro días antes había enviado un mensaje a los comandantes de submarinos repartidos por el mundo en que les decía que entregaban las armas sin haber sido vencidos. Un total de 138 comandantes prefirieron hundir sus embarcaciones antes que entregarlas a los aliados.

[21] El bombardero *Perdition*, en la noche del 13 al 14 de abril, causó menos daños pero destruyó el instituto en que los japoneses trabajaban en los primeros pasos para la obtención de una bomba atómica.

[22] El proyecto Manhattan, que movilizó a ciento cincuenta mil científicos y costó dos mil millones de dólares, permitió crear la bomba atómica, el arma más poderosa de todos los tiempos. Se sigue debatiendo en torno a las razones que motivaron su lanzamiento sobre Japón. Alguien tan cercano a Truman como el almirante W. D. Leahy aseguró en sus memorias que los japoneses estaban decididos a rendirse con anterioridad. En todo caso, la justificación dada por Truman de que la primera bomba se había lanzado sobre Hiroshima porque era una base militar, con el fin de evitar muertes de civiles, no servía para justificar el lanzamiento de la segunda sobre Nagasaki, ni podía ocultar que la inmensa mayoría de las muertes causadas por las dos eran de civiles.

[1] La cuestión de las fronteras, donde las pérdidas territoriales que los polacos sufrían con la aceptación de la línea Curzon les eran compensadas con territorio alemán hasta la línea de los ríos Óder-Neisse, y la del gobierno que iba a instalarse en Polonia se resolvieron finalmente en reuniones celebradas en Moscú en los meses de mayo y junio del mismo año.

[2] Era una restricción necesaria para los norteamericanos, que sostienen que su constitución les prohíbe aceptar ningún poder superior al del Congreso (que es el mismo argumento por el que rechazan la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional).

[3] No fue posible, sin embargo, evitar por completo los desequilibrios monetarios. Tras el fin del programa de Préstamo y arriendo en agosto de 1945, una Gran Bretaña sin reservas hubo de pedir un préstamo de 3.750 millones de dólares en diciembre de 1945 y se vio obligada en 1949 a devaluar la libra esterlina en más de un 30 % (de 4,02 dólares a 2,80). Problemas semejantes sufrieron las monedas europeas, salvo el franco suizo. El sistema de Bretton Woods se mantuvo estable en sus líneas generales hasta que Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en 1971.

[1] Revisando estas ideas cuarenta años más tarde, Kennan insistía en que lo que él había planteado era una confrontación política y no militar, y que al hablar de «contención» no se refería a una amenaza armada, sino ideológica y política, a la que había que responder en los mismos términos.

[2] Un plan de 1948 (NSC 26), elaborado de acuerdo con Gran Bretaña, y con la aceptación de las compañías petroleras, preveía inutilizar los pozos del Golfo Pérsico, de Irak y de Irán, en caso de que se produjese una invasión soviética.

[3] Había ejércitos «stay behind» en quince países europeos, en ocho de los cuales —Italia, Turquía, Alemania, Francia, España, Portugal, Bélgica y Suecia— su actividad estuvo ligada a actos terroristas. Andreotti reconoció en agosto de 1990 la realidad de Gladio y el parlamento europeo condenó el 22 de noviembre de 1990 la existencia, durante los cuarenta años anteriores, de una organización clandestina de información y de organización de operaciones armadas en diversos países de la Comunidad europea.

[4] El acuerdo, que se aprobó en Londres en 1953, reducía en un 50 % la deuda pública alemana, le daba un período de treinta años para el pago del resto, en condiciones muy favorables, y aplazaba el pago de parte de los intereses hasta la reunificación del país.

[5] En 1956 el FBI incluyó en estas listas, como un elemento peligroso, a James Kutcher, un soldado veterano que había perdido las dos piernas en la guerra, cuyo único delito, por el que fue implacablemente perseguido, era ser miembro de un minúsculo e inocuo partido trotskista.

[6] Hubo que enterrarle con su viejo uniforme militar, lavado y reparado, porque no tenía un traje mejor.

[7] En marzo de 1946 se había creado el consejo de ministros como gobierno oficial de la URSS, reemplazando al viejo Sovnarkom (Consejo de comisarios del pueblo); pero la división de funciones entre el nuevo organismo y el politburó —desde 1952 Presidium—, órgano superior del partido, no estaba clara, por lo menos en la práctica.

[8] Eisenhower, educado como un fundamentalista cristiano, aunque no se bautizó hasta febrero de 1953, pensaba que una base religiosa era conveniente como cimiento de la democracia americana («una nación bajo Dios»), de modo que fomentó las prácticas religiosas públicas y adoptó una retórica que iba a llevarle a definir su política, y muy en especial su enfrentamiento con el comunismo, en términos de cruzada.

[9] Se multiplicó también al arsenal atómico. En noviembre de 1952 se hizo estallar en el atolón de Enewetak la primera bomba de hidrógeno, mil veces más potente que las que se habían lanzado sobre Japón en 1945, y durante todo el tiempo de la gestión de Eisenhower el armamento nuclear fue creciendo imparablemente.

[10] En enero de 1955 el secretario de Estado, John Foster Dulles, había incitado por la radio a los países del este de Europa a que se sublevasen contra los soviéticos, prometiéndoles ayuda norteamericana. Cuando llegó el momento, sin embargo, Eisenhower se echó atrás, porque no quería iniciar una nueva guerra mundial.

[11] Se sospechó que el incidente había sido provocado por Allen Dulles para evitar que la conferencia tuviera éxito. En todo caso, el hijo de Eisenhower pidió a su padre que echara de una vez al jefe de la CIA.

[12] Eisenhower hubiera preferido personalmente que se respetase la preocupación de los padres del sur, que no querían que sus hijitas «hubiesen de sentarse en la escuela al lado de algún negrazo».

[1] Los países desarrollados marginaron gradualmente a la UNCTAD y pusieron las cuestiones de comercio y desarrollo en manos del FMI, del Banco Mundial, de la OECD y de la WTO (*World Trade Organization*), que impusieron un rígido marco neoliberal, acorde con sus intereses.

[2] Aunque la CIA siguió operando con muy escaso control. Por aquellos momentos estaba organizando un complot para asesinar a De Gaulle que Kenendy no conoció hasta meses más tarde, cuando los franceses lo descubrieron y protestaron. Kennedy se disculpó, confesando al embajador francés que la CIA era poco menos que incontrolable.

[3] Conocemos hoy el informe sobre los intentos de la CIA de asesinar a políticos extranjeros que la comisión Rockefeller redactó en 1975. La mayor parte de las 86 páginas de este informe están dedicadas a los planes para asesinar a Castro que se desarrollaron entre 1961 y 1965.

[4] Los analistas de la DIA (Defense Intelligence Agency) confirmaron que las fuerzas soviéticas estaban en alerta; pero no se preparaban para la guerra. Más inquietante resultó el hecho, conocido mucho después, de que el 28 de octubre los responsables norteamericanos de unos depósitos secretos de misiles en Okinawa recibieron la orden de lanzar misiles con carga nuclear. Algo que afortunadamente no hicieron.

[5] No renunciaba, en cambio, a proseguir la campaña de terror en Cuba, que tuvo un nuevo episodio, un atentado que causó un gran número de muertes en una industria, el 8 de noviembre, cuando aún no habían sido retirados de Cuba todos los misiles soviéticos.

[6] Los documentos publicados en los últimos años han demostrado que no es verdad que la decisión de apoyar el golpe proviniese de una especie de conjura de funcionarios en momentos en que los altos mandos estaban ausentes de Washington, como se ha mantenido durante mucho tiempo, sino que fue adoptada personalmente por Kennedy.

[7] Ésta era también la opinión de De Gaulle, que, como se ha dicho, había sido objeto de un intento de asesinato por parte de la CIA. Como le dijo a Peyrefitte, estaba seguro de que la CIA había operado con Kennedy como lo había intentado con él, asociándose con extremistas y preocupándose ante todo de cubrir su participación.

[8] En 2015, a los cincuenta años de su creación, Medicare cubría las necesidades de 49 millones de norteamericanos de más de sesenta y cinco años y de 65 millones de discapacitados.

[9] Gareth Porter afirma, basándose en documentación desclasificada recientemente, que la responsabilidad por el error cometido en este caso fue del secretario de Defensa, McNamara, que ocultó a Johnson las dudas que existían sobre la realidad del ataque.

[10] Una operación que puso en manos de los coreanos del norte una serie de elementos que permitían el acceso a los códigos de las comunicaciones norteamericanas. Johnson pensó en responder con armas nucleares, con un bloqueo naval o con alguna otra acción violenta de represalia; pero unas negociaciones secretas facilitaron la liberación de la tripulación.

[11] La vida independiente de Zimbabue ha estado marcada por la figura de Robert Mugabe, que ha conservado el poder durante más de treinta y cinco años, y ha sido sucesivamente guerrillero, gobernante ilustrado, tirano execrable y corrompido, para verse más o menos reivindicado en su vejez gracias a haber puesto en circulación las reservas de platino y uranio, y haber desarrollado la explotación de los campos de diamantes de Marange.

[12] Un asesinato en que se contó, como sabemos hoy, con la colaboración de las fuerzas de las Naciones Unidas (ONUC) y con la del propio secretario de la ONU, Dag Hammarskjöld, que murió meses después, en septiembre de 1961, en un accidente de aviación posiblemente provocado por los mismos intereses mineros con los que había colaborado en el asesinato de Lumumba.

[13] Tenemos en la actualidad pruebas de que los militares indonesios organizaron cuidadosamente esta eliminación en masa, realizada por ellos o por medio de milicias, y sabemos que Johnson era informado cada mañana por la CIA de los progresos del golpe; pero siguen siendo inaccesibles los datos fundamentales de la colaboración norteamericana en uno de los mayores crímenes del siglo.

[1] Unos doscientos obreros de la construcción de Nueva York, entre los que había veteranos de Vietnam, se irritaron el 8 de mayo de 1970 a la vista de un millar de estudiantes que se manifestaban contra la guerra, y los atacaron con sus cascos (*Hard hat riot*).

[2] En el curso de la campaña, Nixon había prometido abolir el reclutamiento forzoso para formar un ejército de voluntarios. La continuidad de los combates en Vietnam le impidió cumplir con esta promesa hasta el 27 de enero de 1973, el mismo día en que entraba en vigor el fin de los combates en Vietnam.

[3] Es importante señalar que estos bombardeos prosiguieron seis meses después de que se hubiese firmado la paz en la guerra de Vietnam, y que en este tiempo, asegura Grandin, se lanzaron casi tantas bombas como en los cuatro años anteriores.

[4] Kissinger le había dicho a Dobrynin en mayo de 1969 que estaban dispuestos a aceptar un cambio de régimen en el sur, si había un «intervalo suficientemente razonable entre la conclusión de un acuerdo y [el establecimiento de] este sistema».

[5] La cifra oficialmente establecida hoy en Bangladesh es de tres millones de muertos; ponerla en duda o discutirla constituye un delito.

[6] En su conversación con Mao en Beijing, Nixon justificó su apoyo al genocidio de Bangladesh afirmando que lo que habían hecho era impedir que India «se tragase» Pakistán, algo que la izquierda no les perdonaba.

[7] El problema más grave lo tenía Taiwán, expulsado de las Naciones Unidas y de la mayoría de organizaciones internacionales, donde hubo de ceder su lugar a la China maoísta, lo que obligó a Chiang Kai-shek a buscar nuevas alianzas para asegurar su supervivencia.

[8] El 19 de abril Kissinger había marchado a Moscú para seguir con los preparativos del viaje de Nixon, y se encontró con la sorpresa de que Brézhnev ni siquiera deseaba discutir el tema de la guerra de Vietnam.

[9] Nixon pasó el resto de su vida culpando a sus sucesores en el gobierno del hundimiento de Vietnam del Sur, al no intervenir de nuevo. Kissinger dijo más adelante: «Estalló Watergate y nos castró. No podíamos forzarles a cumplir el acuerdo... Pienso que es razonable pensar que él [Nixon] los hubiese bombardeado hasta aplastarlos». Es dudoso, sin embargo, que el Congreso se lo hubiese permitido.

[10] Un grupo de terroristas palestinos, que adoptó el nombre de «Septiembre Negro» en recuerdo de esta fecha, vengó la expulsión de Jordania con una sangrienta operación contra los atletas israelíes que participaban en la olimpiada de Múnich en 1972.

[11] Fue en este contexto como un joven economista del departamento del Tesoro, Arthur Laffer, defendió la idea de que un aumento de los tipos de los impuestos no se traducía necesariamente en que creciesen los rendimientos para el gobierno. Un argumento que se convertiría en una de las bases con las que el partido Republicano justificaría en el futuro su política de recortes de impuestos para las grandes fortunas y las grandes empresas.

[12] Franco despreciaba a los implicados en la revolución portuguesa y estaba convencido de que los militares «africanistas» de Angola y Mozambique restablecerían el orden en Portugal, como en 1936 habían hecho él y los africanistas en España.

[1] Los países subdesarrollados tenían, por ejemplo, prohibido dar auxilios económicos a su producción agrícola, mientras que los agricultores de Estados Unidos y de la Unión Europea eran generosamente —«hipócritamente», diría Joseph Stiglitz— subvencionados, lo que los situaba al margen de la competencia con aquellos.

[2] El diario de Carter nos informa acerca del banquete que se ofreció a Deng, que fue «una encantadora experiencia», y nos dice que en su transcurso discutió con el dirigente chino «acerca de religión y de derechos humanos». La otra cara de la realidad nos la muestra el informe de Brzezinski al presidente, de 5 de marzo de 1979, en que comentaba con satisfacción el éxito de la intervención china contra Vietnam, presentándola como una derrota de la influencia soviética.

[3] Resulta revelador ver cómo Carter no da importancia alguna en su diario al tema de la *Labor Law Reform Act*, apenas aludida, entre otros asuntos enojosos, el día en que fue retirada: un tema al que dedica menos espacio que a un festival de *jazz* (*White House diary*, p. 202).

[4] Un retraso que se debió, según parece, a las negociaciones que William Casey, enviado por Reagan, mantuvo en Madrid con un enviado iraní para que los rehenes no fuesen liberados antes de las elecciones.

[5] Esta medida fue recibida con protestas populares en Gran Bretaña y rechazada por el gobierno holandés, consciente de la oposición de sus votantes.

[1] Kirkpatrick era una antigua demócrata que se pasó al «reaganismo» y le sirvió como embajadora en las Naciones Unidas, donde difundió la doctrina que distinguía entre regímenes autoritarios (las dictaduras buenas, favorables a Estados Unidos) y totalitarios (las del otro bando).

[2] No hay que exagerar, sin embargo, las consecuencias del atentado. Un libro que ha alcanzado un extraordinario éxito de público, *Killing Reagan*, pretende que quedó permanentemente debilitado, física e intelectualmente; George F. Shultz, que trabajó junto a él durante todos estos años, lo ha desmentido.

[3] El presupuesto militar, que ascendía en los años de gestión de Carter a 438.000 millones anuales, subió ahora hasta 565.000 millones, un máximo histórico, por encima incluso del de la época de Johnson, en plena guerra de Vietnam.

[4] En una conversación confidencial Teller contó las cosas de modo distinto, afirmando que fue Reagan quien hizo una a modo de burbuja con sus manos y le dijo que le gustaría construir un escudo que protegiese el país de las malas gentes que quisieran hacerle daño, a lo que Teller replicó que era posible. Cuando su interlocutor le preguntó si el proyecto podía funcionar, Teller contestó que no, porque no se disponía de la tecnología necesaria, lo cual no parecía preocupar en absoluto a Reagan.

[5] En abril de 1985 Chernyaev decía: «Los soldados escriben, explicando sincera y llanamente que no entienden "por qué estamos aquí". Oficiales, e incluso un general que firmaba con su nombre, escriben que son incapaces de explicar a los soldados y a sus subordinados "por qué están allí"».

[6] En diciembre de 1982, al regreso de un viaje a Honduras, el presidente les dijo a los periodistas norteamericanos: «He aprendido mucho. Os sorprenderá, pero resulta que todo aquello son países distintos».

[7] Grenada era un territorio integrado en la Commonwealth, de modo que Margaret Thatcher se sintió ofendida por el hecho de que Reagan ni siquiera le comunicase previamente que pensaba invadirla. Se conserva la cinta de la conversación telefónica en que Reagan trató de aplacar a la indignada Maggie.

[8] Ante el asesinato de cuatro mujeres, tres monjas católicas y una misionera laica, por fuerzas del gobierno salvadoreño, Jeane Kirkpatrick se limitó a decir: «No eran simplemente monjas. Eran activistas políticas».

[9] En los cuadernos de notas de Oliver North se encontró una entrada de 12 de julio de 1985 según la cual el general de las Fuerzas aéreas retirado Richard Secord le dijo a North, refiriéndose a una compra de armas por la guerrilla, que «los 14 M[illones] para financiarla procedían de las drogas».

[10] Chernyaev nos ha contado cómo se produjo su elección, el 11 de marzo por la tarde: Gromyko, que era el encargado de hacer la propuesta, dio el nombre de Gorbachov y se produjo una ovación que duró largamente.

[11] Después de Afganistán, fue Angola el conflicto más costoso para los soviéticos, que tuvieron en los años de la «perestroika» un papel importante en las negociaciones para que se consiguiera la paz en Namibia, Angola y Mozambique, en el entorno de una agresiva República de Sudáfrica.

[12] Alexander Haig cometió dos errores, el de mostrarse favorable a los argentinos en el tema de las Malvinas, en que Reagan daba apoyo total a los británicos, y el de alentar por su cuenta a los israelíes en la invasión del Líbano. Esto, unido a su afán de protagonismo, contribuyó a que perdiera la secretaría de Estado en julio de 1982.

[1] Una denominación equívoca, puesto que los historiadores la utilizan también para referirse a los cambios que determinaron las diferencias entre el crecimiento de la Europa occidental y el de Asia, mientras que Krugman se refiere a una divergencia en el interior de las sociedades de los países desarrollados a fines del siglo XX y comienzos del XXI.

[2] Gorbachov, que solía ser recibido en sus viajes al extranjero como un campeón de la libertad, estimuló posiblemente a los estudiantes de Beijing con su presencia; pero no supo entender lo que significaba el crecimiento económico que se estaba produciendo en China y que él fue incapaz de replicar en la Unión Soviética.

[3] Se ha sugerido, sin embargo, que esta aventura tenía razones ocultas. Se sabía que en la zona entre Somalia y el Yemen existen grandes reservas de petróleo y gas que las petroleras norteamericanas aspiraban a explotar, de modo que la finalidad oculta de esta pretendida acción humanitaria habría sido la de negociar concesiones con el general Aidid, el hombre que gobernaba entonces en Mogadiscio.

[4] Sólo las dos últimas sesiones fueron «completas», y de ellas procedía el ADN en la ropa de Lewinsky que hizo posible fundamentar la acusación.

[5] La *Personal Responsability and Work Opportunity Act*, que era su nombre oficial, se aprobó el 22 de agosto de 1996. Clinton, que tuvo la desvergüenza de decir que con esta ley culminaba la guerra contra la pobreza que había iniciado Johnson, la usó como un elemento básico de su campaña para la reelección.

[6] El uso de las campañas militares para influir en la opinión pública norteamericana explica que el 20 de agosto de 1998, en el mismo momento en que estallaba el escándalo Lewinsky, organizase un ataque con misiles a supuestas bases de al-Qaeda en Afganistán y a una fábrica de productos farmacéuticos en Sudán, en represalia por un ataque terrorista a las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania.

[1] La mayoría de ellos tenían relaciones estrechas con grandes empresas a las que siguieron proporcionando abundantes beneficios desde el poder. El vicepresidente Cheney, por ejemplo, que había dirigido Halliburton, conservaba «stock options» (el derecho a adquirir acciones a un precio determinado) millonarias sobre la empresa.

[2] A comienzos de julio de 2001 Mohammed Atta viajó de Miami a Madrid para entrevistarse con Ramzi Binalshibh, el hombre que desde Alemania ayudaba a Bin laden a coordinar la operación. Binalshibh, que se encontraba en Hamburgo, no encontró pasaje para Madrid, como consecuencia de la demanda en tiempo de vacaciones, y se vio obligado a volar a Reus. Aunque no habían hecho reserva, encontraron alojamiento en el hotel Mónica de Cambrils, en cuya habitación 412, y en paseos por la playa, comenzaron a discutir los detalles de la operación. Como el hotel les dijo a los pocos días que tenían las habitaciones comprometidas, tomaron el Hyundai de alquiler en que Atta había venido desde Madrid y encontraron nuevo alojamiento en la habitación 206 del hotel Sant Jordi, junto a Tarragona, en la playa de la Savinosa.

[3] Desde el verano de 2002 la CIA sabía que no había tales armas ni se pensaba en construirlas, según los informes secretos del ministro de Asuntos exteriores de Saddam, Naji Sabri, pero éste no era un argumento decisivo para los planes de guerra preventiva de Bush.

[4] El informe Chilcot —*The Iraq Inquiry*— presentado por el gobierno británico en julio de 2016, ha sacado a la luz las trampas, miserias y errores que condujeron a una guerra innecesaria e injustificada, y ha denunciado la complicidad de Tony Blair, que constituye una de las mayores vergüenzas de una vida poco ejemplar.

[5] Rumsfeld y Paul Wolfowitz, secretario adjunto de Defensa, fueron quienes lo escogieron, para contrarrestar la influencia de Powell y del departamento de Estado. Pero a Bush le agradó Brenner y le dejó claro que era «el hombre del presidente», no de Powell ni de Rumsfeld, y Brenner lo tomó tan en serio que sólo se comunicaba directamente con Bush.

[6] Los pozos eran gestionados por KBR (Kellogs, Brown and Root) una filial de Halliburton, la empresa de la que Dick Cheney había sido director y en la que seguía teniendo intereses, que obtuvo grandes beneficios por sus servicios al gobierno en la guerra y la posguerra.

[7] Estados Unidos protegió a los paramilitares que colaboraron en esta guerra sucia, acogiendo en su suelo a sus dirigentes para evitar que fuesen procesados en Colombia por sus crímenes. Por otra parte, la violencia incontrolada de la derecha sigue siendo tan fuerte en Colombia, que Amnistía Internacional denunció que en los seis primeros meses de 2016 se produjeron 35 asesinatos de «defensores de los derechos humanos y activistas sociales».

[8] No se puede decir lo mismo del retorno al poder en Nicaragua, en 2006, del antiguo líder sandinista, Daniel Ortega, que ha instalado un régimen corrupto al servicio de su beneficio personal.

[9] El crecimiento de China sigue siendo superior, pero los augurios del *New York Times* sobre las ventajas de la India de cara al futuro se basan en argumentos como el de que en China aumentan los salarios de los trabajadores, mientras que Modi está desmantelando las protecciones que aseguraban la ocupación y el salario a los obreros.

[10] En un cálculo que se extiende de 1948 a 2014 se puede ver que las cifras de aumento de la productividad y de las compensaciones por hora de trabajo crecieron paralelamente en el período de 1948 a 1973 (96,7 % la productividad y 91,3 % la compensación), mientras que de 1973 a 2014 la productividad creció en un 72,2 % y la compensación lo hizo tan sólo en un 9,2 %.

[11] Sin embargo Laurence Ball, profesor de Economía de la Johns Hopkins, asegura en un trabajo aparecido en julio de 2016 que abandonar Lehman Brothers a su suerte fue un error, del que fue sobre todo responsable el secretario del Tesoro, Paulson. Lehman pudo haberse salvado «en los términos ofrecidos a otros bancos de inversión», y se hubiera evitado el grave daño que produjo su quiebra.

[12] Paul Craig Roberts sostiene que Grecia es un país ocupado, que está siendo saqueado como una colonia de los bancos privados alemanes, que asfixian al país con sus exigencias con el fin de apropiarse de todos sus activos. Según James K. Galbraith, Grecia ha perdido ya una cuarta parte de la riqueza que tenía antes de la crisis, de modo que su recuperación es imposible.

[13] Un antiguo gobernador del Banco de España, Miguel A. Fernández Ordóñez, afirmaba en 2016 que habían sido los errores políticos de los gobiernos del Partido Popular los que habían precipitado un innecesario rescate de la banca.

[1] Un elemento esencial de esta cesión de poder se basa en el sistema ISDS (Investor-state dispute settlement) que permite a las empresas denunciar a los estados cuando se sientan perjudicadas por los cambios en leyes y regulaciones. Las reclamaciones se resuelven ante tribunales extrajudiciales y pueden costar grandes indemnizaciones a los países.

[2] La de Somalia parece que va a ser la última guerra emprendida por Obama, quien ha puesto en marcha una «guerra en la sombra», con «tropas de operaciones especiales, bombardeos, contratistas privados y aliados africanos», en una escalada que se procura ocultar al público.

[3] En contraste con las elevadas cifras del gasto en armamento, tal vez convenga señalar que el salario base de un soldado de rango bajo parte de 18.800 dólares al año, lo que no es suficiente para mantener una familia y explica que un gran número de ellos deban recurrir a ayudas como los cupones de comida («food stamps») para asegurar su subsistencia.

[4] En su origen estaban los grandes cambios que se produjeron en esta zona entre 1980 y 2010, cuando setenta millones de campesinos empobrecidos abandonaron el medio rural para instalarse en las ciudades, lo que causó un aumento del paro y un descenso de los niveles de vida que condujo a la aparición de grandes protestas colectivas.

[5] En 2001, en una situación económica difícil, Argentina se vio obligada a negociar por 132.000 millones de dólares de deuda, ofreciendo pagar de momento un tercio de su valor, con la promesa de mejorar la compensación cuando saliera de la crisis, como efectivamente hizo. Un grupo de tenedores de deuda, fondos buitre que en su mayoría la habían comprado a bajo precio, exigieron la totalidad de la deuda y los intereses pendientes, y consiguieron que un juez de Nueva York les diese la razón e impusiera condiciones draconianas a Argentina.

[6] Presos como Abu Zubaydah, capturado en Pakistán en 2002 y presentado por Bush, erróneamente, como el número 3 de al-Qaeda, que fue sometido 83 veces a tortura por ahogamiento («waterboarding») y a un trato tan miserable (desnudo, sucio, encerrado en una caja de madera...) que «obedecía a sus torturadores como un perro», nos cuenta John Kiriakou, el oficial de la CIA que lo capturó. Lo trasladaron de una cárcel secreta a otra durante cuatro años, hasta que en septiembre de 2006 llegó a Guantánamo, donde sigue, porque aunque es evidente que su detención fue un error y que no se encontró motivo alguna para procesarlo, no hubo intención alguna de devolverle la libertad.

[7] Con al-Awlaki, que era un experto en explosivos, murió otro norteamericano, Samir Khan. Dos semanas más tarde otro dron mataba a Abdulrahman, hijo de al-Awlaki, un joven nacido en Denver.

[8] A comienzos de 2016 se calculaba que eran unos 36.500, de los que 6.000 procedían de países «occidentales». Los reveses sufridos en este año, y sobre todo el cierre de las fronteras que les permitían comunicarse con Europa, parecen haberlos reducido en Siria a unos 15.000.

[9] Una de las mayores dificultades para entender lo que sucede en este escenario es que la información que se difunde por el mundo está manipulada por grupos como The Syrian Campaign, asesorado por la agencia Purpose y mantenido por apoyos económicos inconfesables. En palabras de Stephen Kinzer, la forma en que han cubierto la guerra de Siria es «uno de los episodios más vergonzosos de la historia de la prensa norteamericana». La guerra que nos muestran nuestros medios de información es poco más que una ficción donde sólo los muertos son verdad.

[10] Separada formalmente en julio de 2016 de al-Qaeda, con el nuevo nombre de Jabath Fateh al-Sham (Frente para la conquista de Siria), para eludir ser considerada como una organización terrorista y optar a las subvenciones americanas.

[11] Las diversas estimaciones avanzadas, que van de 250.000 a 470.000 muertos, no tienen ninguna fiabilidad, como no la tiene la atribución de responsabilidades a uno u otro bando: no hay buenos y malos en Siria; todos matan por igual y son igualmente culpables.

[12] El director de inteligencia James Clapper le advirtió que no había seguridad de que el ataque fuese obra de Assad; Seymour Hersh argumentó que había razones para suponer que había sido obra de Jabhat al-Nusra, en colaboración con Turquía, con la intención de provocar una respuesta norteamericana, y la organización Veteran Intelligence Professionals for Sanity, integrada por antiguos miembros de la CIA y del departamento de Estado, denunció que las muestras de gas recogidas no correspondían al tipo que Assad conservaba en sus arsenales.

[13] Erdoğan se había enfrentado a la tradición laica que defendía el ejército con una política de islamización, realizada en colaboración con el clérigo Fetullah Gülen, que colocó a sus partidarios en la sociedad turca, incluso en la oficialidad del ejército. Gülen, instalado en Estados Unidos y caracterizado por una orientación netamente favorable a Occidente, rompió con Erdoğan en 2013 y parece haber estado tras el movimiento de los militares «gülenistas» que dieron el golpe.

[14] Pudo haber sido un error, pero duró una hora y atacó una base claramente identificable. Michael Morell, un antiguo director de la CIA, sostiene que hay que matar a rusos e iraníes «de manera encubierta, sin decirle nada al mundo».

[15] Paralelamente el Fondo Monetario Internacional intervenía para ayudar a Ucrania a evadir el pago de un préstamo ruso de tres mil millones de dólares que vencía el 20 de diciembre de 2015, en lo que se convirtió en el inicio de una política global para minar el crédito de Rusia y de China.

[16] Aunque las afirmaciones delirantes no provienen solamente de los militares. George Soros aseguraba que «el propósito actual de Putin es favorecer la desintegración de la Unión Europea, y la mejor manera de hacerlo es inundarla con refugiados sirios».

[17] En 2016 Rusia tenía un arsenal de unas 4.500 cabezas nucleares a punto para ser usadas, y Estados Unidos unas 4.700, lo suficiente para acabar con la vida humana en la Tierra.

[18] Los países de la ASEAN (Association of Southeast Asian Nations) son los que pueden discutir con China en los términos fijados por la Convención de la Ley del Mar de las Naciones Unidas (UNCLOS). Estados Unidos, que no ha ratificado la UNCLOS, no tiene derecho alguno a participar en la disputa. El Tribunal Internacional de La Haya falló en julio de 2016 a favor de una reclamación presentada por Filipinas en 2013. Pero mientras que Estados Unidos insistía en que debía cumplirse este fallo, China y los países implicados estaban negociando un acuerdo por su cuenta, y Filipinas, en concreto, parecía haber decidido cambiar de bando.

[19] Las previsiones del decimotercer plan quinquenal anunciaban que se iban a mantener tasas de crecimiento de por lo menos el 6,5 %, (el de los tres primeros trimestres de 2016 fue del 6,7 %) y que se lograría la salida de la crisis sin graves costes sociales.

[20] En junio de 2016 el Banco presentó su primer plan de inversiones en Bangladesh, Indonesia, Pakistán y Tayikistán, con proyectos modestos, pero de rendimientos seguros, en los que no dudó en colaborar con otras instituciones, incluido el Banco Mundial.

[21] Un estudio de la Brookings Institution, que señala la importancia del TPP para reafirmar la presencia de Estados Unidos en el Pacífico, confronta en un mapa los dos bloques del TPP y de la alianza económica que une China a la India, Indonesia, etc., al estilo de los viejos mapas del mundo libre y el comunismo.

[22] Aunque la proporción de la población que trabajaba era del 59,9 %, lejos aún del 63 % de 2007, lo que significa que seguía habiendo un número considerable de brazos fuera de un mercado de trabajo que seguía siendo débil.

[23] De súbito, en septiembre de 2016, las cifras de una publicación del censo desencadenaban una oleada de optimismo, al sugerir que se habían producido aumentos de los ingresos medios que permitían afirmar que «millones de norteamericanos salen al fin de la pobreza»; algo que muy pronto se pudo ver que «era demasiado bueno para ser verdadero». Algunos sospecharon que ese giro positivo podía estar destinado a favorecer la candidatura de Hillary Clinton.

[24] Las previsiones económicas de comienzos de 2016 que publicaba el diario *El País* llevaban el título de «La era de las expectativas rotas» y comenzaban con estas palabras: «Las consecuencias de la Gran recesión y un horizonte de crecimiento limitado auguran para la mayoría de los jóvenes de los países desarrollados un nivel de vida por debajo del que alcanzaron sus padres».

[25] Hay, además, algunas cuestiones inquietantes, como el aumento desmesurado de las deudas de gobiernos, empresas y particulares, que nadie sabe si podrán pagar (de 2008 a 2015 la deuda pública aumentó del 64 % del PIB al 194 % en Estados Unidos, del 176 al 237 % en Japón y del 66 al 93 % en la zona euro). Las cosas pueden ir tirando mientras los tipos de interés se mantengan bajos, aunque hay serias dudas acerca de los efectos que pueden tener sobre la estabilidad de los bancos la continuidad de los intereses negativos, que «reflejan la falta de confianza en las opciones de inversión privadas». A lo que se agrega otro riesgo que ni siquiera se puede evaluar con precisión, como es el fuerte crecimiento de la «banca en la sombra», que «resurge con fuerza y en nuevas formas que eluden las regulaciones bancarias», con métodos como el P2P (*peer-to-peer lending*) que se negocia directamente a través de plataformas *online*.

[26] Un artículo publicado en la revista del FMI, *Finance and Development*, en junio de 2016 afirmaba: «En lugar de proporcionar crecimiento, algunas políticas neoliberales han aumentado la desigualdad, poniendo en peligro una expansión duradera». Lo que no impide que la institución siga promoviendo en la práctica políticas de austeridad.

[1] En Estados Unidos la riqueza familiar total, con un volumen de 67 billones (unas cuatro veces el PIB), se repartía en 2013 entre un 76 % para las familias del 10 % de las más ricas, un 23 % para el grupo entre el 50 y el 90 % según su riqueza, y tan sólo un 1 % para la mitad más pobre de la población. Este reparto desigual tiene, además, un fuerte componente racial, agravado por hechos como la discriminación salarial de los negros (cuyos sueldos bajaron más que la media durante la recesión y se han recuperado menos desde entonces).

[2] Un estudio sobre la situación en España calculaba en julio de 2015 que «cada semana hay casi cuatro millones de horas extraordinarias que no se pagan».

[3] Las previsiones sobre el empleo de los jóvenes, publicadas en agosto de 2016, eran pesimistas: después de unos años de mejora de la ocupación, el paro juvenil había vuelto a crecer hasta al 13,1 % en 2016 (lo que significaba 71 millones de jóvenes sin trabajo), y se estimaba que persistiría igual en 2017. A lo que había que agregar que los problemas sobre la calidad del trabajo eran especialmente graves para los jóvenes de los países «emergentes y en desarrollo», donde 156 millones de jóvenes que trabajan viven en extrema o moderada pobreza.

[4] El problema se extiende desde los trabajos más elementales hasta el profesorado universitario. En Estados Unidos cerca de tres cuartas partes de los profesores son adjuntos, con puestos de trabajo a tiempo parcial y sin estabilidad, que cobran en función de los cursos que se les encargan, agobiados por una carga docente por la que reciben ingresos que están habitualmente por debajo del salario mínimo. La situación se ha ido extendiendo por el resto del mundo, a medida que las universidades se han convertido en empresas de enseñanza mal financiadas y obligadas por ello a asegurar su rentabilidad.

[5] Aunque hay siete millones de hombres de «prime age» —de veinticinco a cincuenta y cuatro años— que no trabajan ni buscan activamente trabajo (el 12 % de los de esta edad) y otros dos millones que buscan trabajo pero no lo encuentran.

[6] *The Guardian* sintetiza así los méritos del sistema: «Este nuevo modelo de trabajo ofrece más libertad, y da a los ricos una nueva oportunidad de explotar a los pobres».

[7] Un término que recuerda la experiencia de los microcréditos bancarios que le valieron el Premio Nobel de la Paz de 2006 a Muhammad Yunus, pero que han acabado hoy denunciados como un abuso.

[8] En este mismo género habría que considerar el escándalo de Wells Fargo, al imputar falsas cuentas, con sus gastos, a «inmigrantes mexicanos que hablan poco inglés, ancianos con problemas de memoria, estudiantes que abren su primera cuenta...».

[9] Una asociación patronal británica, Taxpayers' Alliance, ha propuesto que se recorten de inmediato todos los beneficios a los jubilados, animando a los políticos a tomar esta medida con el argumento de que «mucha de esta gente no estará ya aquí para votar contra vosotros en la próxima elección», a lo que añade que los que queden «ya se habrán olvidado por entonces» de quién les quitó los beneficios.

[10] Cerca de un 80 % de los generales norteamericanos que se retiran del ejército se emplean como «consejeros» en la industria del armamento. En España hay 49 consejeros «políticos» (16 ex ministros, 11 ex altos cargos relacionados con la industria, etc.) en empresas cotizadas en el IBEX 35, como Enagás, Red Eléctrica o Banco de Santander.

[11] Llamar sueldo a estas remuneraciones, identificándolas con las de los trabajadores, conduce a conclusiones tan sorprendentes como las de un trabajo de investigación publicado por el FMI donde se sostiene que el aumento de la desigualdad no se debe a la distribución de los ingresos entre trabajo y capital, sino a la desigualdad de los salarios.

[12] Estos 2.300.000 se reparten en 1.719 cárceles estatales, 102 federales, 2.259 instalaciones de corrección juvenil, 3.283 cárceles locales y 79 en territorios indios. Según Eric Holder, que ha sido fiscal general con Obama: «Estados Unidos tiene alrededor del 5 % de la población mundial, pero alrededor del 22 % de la que está encarcelada».

[13] Una encuesta publicada en octubre de 2016 muestra que más de la mitad de los «millennials», de los jóvenes norteamericanos de dieciséis a veinte años, «dicen que el sistema económico actúa contra ellos, mientras que 4 de cada 10 piden un «cambio completo» para asegurar que los que ganan más paguen lo que les corresponde».

[14] Como lo hace Nouriel Roubini, que la ve como el aviso de «una amplia reacción populista-nacionalista, por lo menos en las economías avanzadas, contra la globalización, el comercio libre, la externalización, la migración del trabajo, las políticas de mercado, las autoridades supranacionales e incluso contra el cambio tecnológico».

[15] Una noticia de septiembre de 2016 informaba que Walmart, Nike, Adidas y otras empresas que se proveen de artículos producidos en Camboya rechazaban que se les repercutiera el aumento del sueldo mensual de 130 a 179,60 dólares que solicitaban los sindicatos locales.

[16] Según la UNICEF, en la valoración del bienestar de los niños Estados Unidos figura en el lugar 34 en una lista de 35 países desarrollados.

[17] Otro índice, el de Gallup-Healthways, nos descubre cosas tan asombrosas como que «en España el bienestar social es vital para envejecer saludablemente». Y el «Good Country Index», pese a sus pretensiones moralizadoras, acaba dándonos simplemente como países mejores a los ricos (Suecia, Dinamarca, Holanda...) y como malos a los pobres (Mauritania, Guinea Ecuatorial, Libia...).

[18] En estos momentos, de acuerdo con estos estudios, «230 millones de africanos están insuficientemente alimentados, 58 millones de niños son raquíticos y 164 millones de niños y de mujeres padecen anemia».

[19] Tenemos casos como el de Botsuana, al que el «World Factbook» de la CIA describe como un país modelo, con «más de cuatro décadas de liderazgo civil ininterrumpido y de políticas sociales progresivas», y que Jonathan Tepperman sostiene que ha tenido un crecimiento económico excepcional, con tasas de crecimiento anual de hasta el 14 %. Ambos olvidan decirnos que el gobierno del presidente Ian Khama, que considera a los bosquimanos nativos una especie inferior, se ha dedicado a exterminarlos para que dejen libres las tierras que ocupan para la explotación del gas natural y los diamantes. Sólo la lógica de la CIA puede interpretar el genocidio como una «política social progresiva».

[20] Una investigación del «International Consortium of Investigative Journalists», basada en los «papeles de Panamá» de las oficinas de Mossack Fonseca, revela además que tras estos tratos hay un enorme montaje de sobornos, corrupción y evasión de impuestos que priva a África de miles de millones de dólares obtenidos de la explotación de sus recursos naturales.

[21] Museveni, el presidente perpetuo de Uganda, ha ideado otra forma de expolio. Argumentando que los minerales del subsuelo son propiedad del gobierno, se propone autorizar a quienes deseen invertir en proyectos mineros a que accedan a las tierras privadas que contienen los minerales sin necesidad de negociar con sus propietarios.

[22] Hay algunos aspectos de los programas de ayuda a África que generan dudas. Por ejemplo, la participación cada vez mayor de las grandes empresas (Chevron, Unilever, Coca-Cola, JP Morgan, Nike, etc.) en la financiación de programas de ayuda que fijan objetivos compatibles con sus proyectos de expansión, y se reservan participaciones que les producirán beneficios directos. O la confusa actuación del «filantrocapitalismo», denunciado por organizaciones como La Vía Campesina.

[23] El listado de 25 estados fallidos calculado por la división de población de las Naciones Unidas está integrado por 18 países del África subsahariana, más Libia, Yemen, Siria, Afganistán, Irak, Haití y Pakistán. El de «Fragile states» del Fund for Peace ofrece una equívoca imagen de objetividad científica, con Finlandia como máximo ejemplo de estabilidad (18,8 puntos) y Somalia en el otro extremo (114,0).

[1] Douglas Little, *Malevolent neutrality: the United States, Great Britain and the origins of the Spanish civil war*, Ithaca, Cornell University Press, 1985. La correspondencia de los embajadores norteamericanos en España con el departamento de Estado está reproducida en *Confidential U.S. State Department central files. Spain. Internal affairs, 1930-1939*, edición de Michael Davis. Una colección de microfilms de University Publications of America, 1987.

[2] Sheila Fitzpatrick, *El equipo de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2016, pp. 31-63.

[3] Oleg Khlevniuk, *Stalin. New biography of a dictator*, New Haven, Yale University Press, 2015, pp. 100-142; S. Fitzpatrick, *El equipo de Stalin*, pp. 65-90.

[4] James Harris, *The Great Fear. Stalin's terror of the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 176-180.

[5] Pierre Rosanvallon, *La sociedad de iguales*, Buenos Aires, Manantial, 2012, pp. 213-218.

[6] Harold Pinter, «Nobel Lecture: Art, truth & politics», The Nobel Foundation, 2005. Conferencia en la recepción del Premio Nobel de Literatura.

[7] Ronald Reagan, *The Reagan diaries*, Nueva York, Harper Collins, 2007, p. 199 (19 de noviembre de 1983).

[8] United States Department of State, *Foreign Relations of the United States 1958-1960*, África, vol. XIV, «Congo», pp. 251-644, cita de p. 252.

[9] John Laurence, *The cat from Hué. A Vietnam war story*, Nueva York, Public Affairs, 2002, p. 532.

[10] Robert S. McNamara, *In retrospect. The tragedy and lessons of Vietnam*, Nueva York, Random House, 1995.

[11] Barack Obama, «Presidential proclamation. Commemoration of the 50th anniversary of the Vietnam war», The White House, 25 de mayo de 2012.

[12] Mark Weisbrot, «Honduran opposition leaders being murdered while US pours in money to repressive government and military», en *Common Dreams*, 25 de octubre de 2016.

[13] Karl Kraus, «Antwort an Rosa Luxemburg von einer Unsentimentalen», en *Die Fackel. Glossen, Aufsätze, Vorträge*, 1920.

[14] Douglas Fraser, «Resignation letter from the Labor-Management Group», 17 de julio de 1978; se puede consultar en la web de «History is a weapon».

[15] George H. W. Bush, «Address before a joint sesión of the Congress on the state of the Union» (28 de enero de 1992).

[16] Según Ellen Nakashima («Despite Obama's pledge to make the government more open, a report shows secret laws still abound», en *Washington Post*, 19 de octubre de 2016), un 42 % de los acuerdos y tratados internacionales de los años 2004 a 2014 no se han dado a conocer al público.

[17] David Ruccio, «The great wage slowdown in the USA», en «Real-world Economics Review Blog», 8 de octubre de 2014; David Wessel, «The typical male U.S. worker earned less in 2014 than in 1973», en *Brookings*, 18 de septiembre de 2015. Según Gary Flomenhoft, desde 1979 la productividad ha aumentado ocho veces más que la paga.

[18] Según un estudio de *Global Justice Now* «entre las cien entidades más ricas del mundo 69 son empresas y sólo 31 naciones»; cada una de las diez mayores empresas —tres de Estados Unidos, tres de China, y una de Holanda, de Alemania, de Japón y de Gran Bretaña— tienen más ingresos que los 180 países más pobres sumados (incluyendo entre éstos Irlanda, Grecia, Israel, Colombia, etc.).

[19] Manifestación hecha en la radio, en el «Tom Hartmann Program», que puede verse en *The Intercept*, *Unofficial sources*, 31 de julio de 2015.

[20] En 2003 Rupert Murdoch, interesado en hacer negocios con el petróleo de Irak, se aseguró de que ninguno de los 175 periódicos que posee, distribuidos por tres continentes, criticase la guerra. Telefoneó además a su amigo Tony Blair para pedirle que acelerase la invasión (Andrew Sayer, *Why we can't afford the rich*, Bristol, Policy Pres, 2016, p. 365).

[21] Mike Lofgren, *The Deep State*, Nueva York, Viking, 2016, pp. 2-3, 134-137, *etc*.

[22] Joseph Stiglitz, «Rewriting the rules of the American economy», entrevista con Amy Goodman en *Democracy Now*, 27 de octubre de 2015. Stiglitz publicó posteriormente un libro colectivo con este mismo título.

[23] Peter Velt y Helen Ding, «Protecting indigenous land rights makes good economic sense», en *World Resources Institute*, 7 de octubre de 2016; «El impacto de la acción de las transnacionales para el campesinado», en *Vía Campesina*, 26 de octubre de 2016; Leonida Odongo, «Food crisis: Weaving a web of people's resistance to corporate capture of agriculture», en *Pambazuka News*, 10 de noviembre de 2016.

[24] Gabriel Zucman, «Wealth inequality», en *Pathways*, edición especial 2016, «State of the Union. The poverty and inequality report», pp. 39-44.

[25] Jonathan Martin *et al.*, «Voters express disgust over U.S. politics in New Times/CBS poll», en *New York Times*, 3 de noviembre de 2016; John Pilger, «The secrets of the US election: Julian Assange talks to John Pilger», en *Couterpunch*, 4 de noviembre de 2016; Markus F. Robinson, en una carta publicada por *Common Dreams* el 10 de noviembre de 2016; Joseph Stiglitz, «What America's economy needs from Trump», en *Project Syndicate*, 13 de noviembre de 2016. Sobre el papel del racismo, Nicole Hannah, «The end of the postracial myth», en *New York Times Magazine*, 15 de noviembre de 2016.

[26] 62,39 millones de votos populares para Clinton contra 61,23 millones para Trump, según el *Cook Political Record* de 13 de noviembre de 2016.

[27] Paul Krugman, «The economic fallout» y «Our unknowm country», en «What we're seeing on election day», en *New York Times*, 8 de noviembre de 2016; «Opinion», *New York Times*, 9 de noviembre de 2016.

[28] Neill Irwin, «What the markets are really telling us about a Trump presidency», en *New York Times*, 12 de noviembre de 2016.

[29] «Donald Trump's contract with the American voter», octubre de 2016. Véase el comentario de Deirdre Fulton, «Here it comes: Trump's 100-day plan to 'Make America great'», en *Common Dreams*, 9 de noviembre de 2016.

[30] Lo cual provocó el pánico de los reunidos en Marrakech para poner en marcha el acuerdo sobre el cambio climático de París 2015 (John Scales Avery, «Trump threatens the world with climate disaster», en *Inter Press Service*, 10 de noviembre de 2016; Tony Ryan y Duncan Cameron, «'Shocking and scary': How Trump's victory was received at the UN climate talks in Marrakech», en *The Conversaton*, 10 de noviembre de 2016).

[31] Las infraestructuras se construirían con capital privado, contando en buena medida con los peajes para compensar la inversión. Los detalles del plan pueden verse en Wilbur Ross y Peter Navarro, «Trump versus Clinton on infrastructure», documento publicado el 27 de octubre de 2016.

[32] El 9 de noviembre el equipo de expertos internacionales de Brookings mostraba sus preocupaciones, y su desconcierto, en «Experts weigh in: What this election means por U.S. foreign policy and next steps».

[33] Si bien esto parece contradecirse con su propuesta de romper el acuerdo nuclear con Irán (Ariane Tabatabai, «Trump said he'd tear up the Iran nuclear deal. Now what?», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, 10 de noviembre de 2016).

[34] Landon, Thomas jr., «Investors make bullish bet on Trump, and an era of tax cuts and spending», en *New York Times*, 21 de noviembre de 2016.

[35] Como en las previsiones de *The Economist* («The Trump era», 12 de noviembre) o en el análisis a fondo de los miembros de *Project Syndicate* en «What will Trump do?», 13 de noviembre. Darrell M. West exploraba en «Four scenarios for a Trump presidency» (*Brookings*, 14 de noviembre) la posibilidad de que resultase ser un «republicano tradicional», un «peligroso populista», un «presidente fallido» o un «dirigente autoritario».

[36] Wolfgang Streeck, *How will captalism end. Essays on a failing system*, Londres, Verso, 2016.

[37] William I. Robinson, *Global capitalism and the crisis of humanity*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 237-238.

[1] Aunque puede resultar peor cuando la historia se maneja con la superficialidad con que lo hace Angus Deaton, Premio Nobel de Economía de 2015, en *The great escape. Health, wealth, and the origins of inequality*, Princeton, Princeton University Press, 2013.

[2] El mismo Piketty reaccionó ante las críticas, aceptando considerar un factor que no aparecía en su libro. En una entrevista de la primavera de 2015 decía: «Pienso que el poder de la negociación es muy importante para determinar las participaciones relativas del capital y del trabajo en el ingreso nacional». Pero las grandes líneas de su interpretación se mantienen sin cambios.

[3] Tal es el caso de la gráfica de la página 60, que pretende mostrar la evolución de la desigualdad en España entre 1326 y 1842, a partir de la relación entre la renta de la tierra y el salario. En la península ibérica del siglo XIV, con reinos cristianos de características económicas muy diversas y una presencia todavía importante del islam en el sur, no hay forma de establecer cifras unitarias de renta de la tierra y de salarios que tengan un valor representativo global. Y algo parecido valdría, en líneas generales, para todo el período hasta 1842. Este caso, como el de Angus Deaton en otra escala, ilustran el problema de la ciencia económica actual, habituada, como señala Peter Radford, a examinar con métodos matemáticos problemas de un ámbito lo suficientemente reducido como para poder operar con las restricciones a que se ve obligada, pero que descarrila cuando ha de enfrentarse a problemas de mayor amplitud, incapaz de tomar en cuenta la complejidad del mundo real.

[4] Krugman fue más cauto en su reseña, dudando del pesimismo de Gordon con un «Quizá el futuro no es lo que acostumbraba a ser».

El siglo de la revolución. Una historia del mundo de 1914 a 2017
Josep Fontana

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-16771-63-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com